

ANTOLOGÍA UNIVERSAL DEL RELATO FANTÁSTICO

VV.AA.

Esta antología recoge cronológicamente cincuenta y cinco de los mejores relatos fantásticos de los siglos XIX y XX de tres continentes —Europa, América y Asia—, vertidos de sus idiomas originales por una excelente nómina de traductores. E. T. A. Hoffmann, Honoré de Balzac, Alexander Pushkin, Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne, Théophile Gautier, Villiers de L'Isle-Adam, Wilkie Collins, Bulwer-Lytton, Fitz James O'Brien, Charles Dickens, Iván Turguéniev, Sheridan Le Fanu, Vernon Lee, Guy de Maupassant, Rudyard Kipling, Arthur Machen, Ambrose Bierce, Charlotte Perkins Gilman, Margaret Oliphant, Henry James, Robert Hichens, O. Henry, M. R. James, Leonid Andréiev, Leopoldo Lugones, Hanns Heinz Ewers, Algernon Blackwood, Giovanni Papini, Junichiro Tanizaki, Oliver Onions, Saki, E. F. Benson, Gustav Meyrink, H. P. Lovecraft, Lord Dunsany, May Sinclair, Hugh Walpole, Ann Bridge, María Luisa Bombal, Jorge Luis Borges, Dino Buzzati, Francisco Tario, Alejo Carpentier, Adolfo Bioy Casares, Shirley Jackson, Rosa Chacel, Julio Cortázar, Silvina Ocampo, Robert Aickman, Paul Bowles, Danilo Kiš, Javier Marías, Cristina Fernández Cubas y Naiyer Masud.

La totalidad de estos cuentos demuestra sobradamente que la literatura fantástica es mucho más que un mero género literario. Su vasto abanico de temas, complejidad narrativa y continuidad en el tiempo, y el hecho de que tal vez los mejores relatos de los dos últimos siglos ya transcurridos sean fantásticos —pensemos en Poe, Maupassant o Henry James en el XIX, y en Borges o Kafka en el XX—, es ya una prueba cabal de que constituyen una categoría literaria universal de primer orden e inagotable potencia.

Jacobo Siruela, editor de dos celebradas colecciones de literatura fantástica en la editorial Siruela y autor de la más

completa y documentada antología de cuentos sobre vampiros publicada en español (Atalanta, n.° 48), rinde con este libro su personal tributo a toda una vida de lecturas sobrenaturales.

(Esta edición, al igual que la Narrativa completa de H. P. Lovecraft que hice en su momento [originariamente de la ed. Valdemar], está creada a partir de la recopilación de relatos sueltos de distinta procedencia y no se corresponde con exactitud a la elaborada por la editorial Atalanta. Es una simple traslación basada en dicha obra)

AA. VV.

Antología universal del relato fantástico

ePub r1.3
SoporAeternus 10.03.2019

Título original: *Antología universal del relato fantástico*
AA. VV., 2013
Diseño de portada: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus
Otros editores: Perseo (*El hombre de arena*), GusiX (*Manuscrito hallado en una botella*), Moro (*Los objetos*), Achab1951 (*El ángulo del horror*)
Colaboradores: Lenny (*El testamento del hacendado Toby*), isytax (*La leyenda de los durmientes*), lestercori (*La nieve, El pie de la momia*), orhi (por los escaneos faltantes), volador y Bloper (*La ventana de la biblioteca*)
ePub base r2.0

EXORDIO

A mis hijos (fantásticos), Jacobo y Brianda.

Man is so made that all his true delight arises from contemplation of mystery, and save by his own frantic and invincible folly, mystery is never taken from him; it rises within his soul, a well of joy unending.[1]

Arthur Machen

I

Existen dos maneras de acercarse a lo *fantástico*. La primera es centrípeta, y tiende a delimitar su campo de acción dentro de una estructura narrativa determinada y unos períodos históricos bien definidos. La segunda es centrífuga, y se extiende más allá de los géneros, al entender que, por su enorme variedad de temas y tratamientos estilísticos, lo fantástico no puede quedar circunscrito al cuento de terror y sus variantes, sino que debe referirse a un fenómeno literario más amplio, cuyo rastro multiplica sus huellas en todas las literaturas del mundo. La primera clasifica y pertenece al ámbito de la crítica. La segunda, desclasifica y proviene del desenvolvimiento del arte mismo. La presente antología es afín a esta última perspectiva, lo cual no implica ningún desdén hacia el cuento de terror de género, al que este antólogo ha consagrado no pocas horas de gozo en su vida, sino que más bien se debe a la obligación coyuntural de presentar la perspectiva desde la que han sido escogidos los 55 relatos de este libro. Esta elección comporta ciertas prerrogativas. En vez de situar dicha forma literaria en el lugar lateral que normalmente acostumbra a ocupar en la historia de la literatura, me gustaría destacar su relevancia histórica y otorgarle una categoría estética más amplia y justa, que sitúe con todo derecho su larga y continua aportación a las letras en relación con las grandes obras literarias de la humanidad; porque, considerado este asunto a la luz de los hechos, pocos son realmente los relatos que superan, en el siglo XIX, a *The Turn of the Screw*, de Henry James, o *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, o, en el

XX, a un cuento de Borges o de Kafka, o, por qué no decirlo, a algunas narraciones de esta antología.

Visto desde este ángulo, el progreso del cuento fantástico ha sido notable en los dos últimos siglos ya transcurridos. No sólo por haber gozado de un desarrollo y versatilidad durante todo ese tiempo, también por el carácter fundacional que tiene la literatura fantástica en la creación del relato moderno, propiamente dicho, inventado por Hoffmann en las primeras décadas del XIX, y que adquiere con Poe su total autonomía y una estructura narrativa jamás soñada por sus predecesores. En efecto, *le fantastique* —como lo llamaron los franceses a principios del XIX— no es únicamente una forma literaria específica. Debe contemplarse también como una categoría estética universal, surgida en paralelo al Siglo de las Luces, que se refiere a todo aquello que sobrepasa el ámbito de la razón y no puede ser comprendido por el entendimiento sino percibido por la sensibilidad. Se trata de una manera puramente moderna de percibir el mundo y la experiencia humana, de una mirada que se opone al imperio unívoco de la razón ilustrada e intenta compensar a través del arte todo lo que esta rechaza; de modo que cubre aquellas otras necesidades del espíritu que reclama la sociedad y sólo los artistas pueden ofrecer: la otra cara de la modernidad.

Aunque este primer impulso del Romanticismo fue modificándose con el paso del tiempo —transformando por completo el punto de vista original— sus implicaciones psicológicas y culturales han persistido pese a todo, incluso en algunos escritores que nunca trataron lo sobrenatural en sus novelas. Es el caso de Joseph Conrad, que se vio obligado a aclarar en la nota introductoria a su novela *The Shadow Line* el malentendido en el que incurrieron algunos críticos de su época, al tachar su novela de *sobrenatural*, como si hubiese dado rienda suelta a su imaginación.

Conrad consideraba esta apreciación absolutamente equivocada. Para él, el mundo visible y tangible de los vivos encierra ya de por sí tantas maravillas y misterios, los cuales actúan sobre nuestra mente de una forma tan inexplicable, que resulta del todo innecesario tener que acudir a «un artículo de manufactura fabricado por espíritus poco sensibles». «No», añade tajantemente, «mi conciencia de lo maravilloso es demasiado firme como para dejarse fascinar por algo simplemente sobrenatural». Este particular sentimiento hacia el *misterio* del mundo, más allá de los postulados de la ciencia —siempre dispuesta a ofrecer una explicación para todos los fenómenos—, ha sido la fuerza centrífuga expansiva de toda la literatura fantástica.

La crítica inglesa y estadounidense han dividido y subdividido cómodamente en géneros y subgéneros la vasta producción sobrenatural de su literatura. Sin embargo, este etnocentrismo (algo solipsista) comienza a desvanecerse cuando ampliamos las fronteras geográficas y culturales y descubrimos nuevas islas en el horizonte. Por otro lado, están los laboriosos intentos sistematizadores de la crítica francesa estructuralista, fundamentalmente orientados a delimitar el concepto de «lo fantástico» para fijarlo con alfileres a un proceso histórico determinado, como si se tratara de una mariposa. Según Louis Vax, lo fantástico nos sitúa súbitamente en presencia de lo «inexplicable»: en el mundo común y cotidiano, regido por hechos, un fenómeno extraordinario pulveriza de pronto, en pocos segundos, «el orden natural de las cosas». Roger Caillois definió esta repentina rasgadura de lo real como una «irrupción de lo inadmisible». Es una manera de ver las cosas heredada del racionalismo francés y la visión cientificista del XIX, que tiende a unir lo fantástico a las *causas*; por eso el terror es algo indisociable de lo fantástico, porque nos pone en relación directa con lo sobrenatural, es decir, con aquello

que resulta *inadmisible* para la razón ilustrada, cuando la literatura fantástica no se refiere tanto a las *causas* como a los *efectos*. Un simple velo negro le sirve a Hawthorne para producir un efecto numinoso, acaso más potente que la irrupción de un monstruo. Una mera ventana pintada de negro proporciona a Margaret Oliphant una manera sutil de sugerir una entrada al *otro mundo*. En *La lotería* de Shirley Jackson no hay nada sobrenatural, pero todo el relato respira una intensa sensación de ensueño. Tampoco la interminable cabalgata de los mensajeros de Buzzati se sale de las leyes naturales, pero una segunda lectura sugiere el infinito.

La metáfora es la gramática de lo fantástico, su lenguaje natural. De alguna manera implícita se acerca a la poesía. De hecho, todos los cuentos fantásticos tienen en mayor o menor grado una sintonía con el poema; primero, por la utilización de la forma breve; segundo, por la voluntad de crear un clima (poético), una atmósfera sugerente. En cualquier caso, todos estos territorios narrativos siempre demandan una suspensión del juicio durante su lectura, pues el significado del texto, como decía Keats, se encuentra en «la verdad de la imaginación», en la profundidad y eficacia de sus metáforas.

Si dejamos aparte las mitologías antiguas, cuyas figuras pertenecen enteramente a la esfera de lo maravilloso, las ficciones fantásticas aparecen esporádicamente en el poema de *Gilgamesh*, la Biblia, en algunos pasajes de Homero, las *Argonáuticas*, la *Vida de Apolonio de Tiana, El Asno de oro*, el *Satiricón* y la *Eneida*; durante la Edad Media, en las *Eddas, Beowulf*, el cuento del capellán de monjas de Chaucer o en la *Divina Comedia* de Dante; y más tarde en Ariosto, Tasso o Rabelais, y de vez en cuando en Shakespeare, Webster, Marlowe o Quevedo.[2] Sin embargo, nada de lo narrado en estos libros suponía en su época una

alteración del concepto general de *realidad*. Los fenómenos extraños eran testimonios de *otra* realidad invisible, tutelada siempre por la religión. Los reparos racionales a la autenticidad de un hecho sobrenatural no se encontraban entonces en primer plano: lo extraordinario era aceptado como parte de los arcanos inherentes al mundo. El elegante cuento del Infante Don Juan Manuel sobre lo que le sucedió al deán de Santiago con Don Illán, el mago de Toledo, no se refiere a la magia como algo dudoso o ficticio; los prodigios tienen un carácter meramente moral y ejemplarizante, sin el más mínimo rastro de ambigüedad. Y lo mismo ocurre con Dante o Quevedo.

La duda sistemática frente a lo sobrenatural es una reacción puramente moderna. Aparecida en el siglo XVII con Descartes, que se implanta, como condición del pensamiento, un siglo después. Hasta entonces, la confrontación entre lo *real* y lo *imaginario*, entre lo racional y lo terrorífico, sencillamente no existía. Lo «fantástico» es una idea enteramente moderna, que aparece cuando la Era de la Razón implanta su absolutismo sobre todas las cosas y lo religioso hace tiempo que ha perdido todo vigor y atractivo para la imaginación humana. Así pues, el mundo, cada vez más medido y dominado por los *hechos*, fue perdiendo, casi sin darse cuenta, toda su poesía. De ahí surge el rabioso lamento de Baudelaire, que abraza la belleza del Mal, la belleza de Satán, con el fin de recuperar el antiguo estremecimiento de lo sagrado como valor primigenio de la poesía. De esta manera inesperada, lo *numinoso* encontró en el arte su mejor refugio; al fin y al cabo, es el único lugar en donde puede campar a sus anchas, fuera del alcance y poder de la ciencia.

II

El primer cuento de fantasmas de nuestra cultura —escrito a finales del siglo I de nuestra era por Plinio el Joven, sobrino del célebre autor de la *Historia natural*— refiere la historia de una gran mansión encantada situada a las afueras de Atenas en la que por la noche se escuchan extraños ruidos y se ven apariciones. Como es natural, estas desagradables escenas propician que la casa se quede desierta. Pero un día llega a Atenas el filósofo Atenodoro, con la idea de instalarse en algún lugar apartado y tranquilo; y alquila la mansión, sin hacer el más mínimo caso a las habladurías que corren sobre ella. Pide tablillas, un estilo y un candil para alumbrarse, y manda colocar un lecho en la parte delantera de la casa. Al principio no nota nada extraño, pero al cabo de un rato escucha el sonido de unas cadenas arrastrándose, cada vez más cerca de su cuarto. Cuando el ruido irrumpe en su aposento, ve con toda claridad el espectro de un anciano ansioso, que le hace señas para que lo acompañe. Sin inmutarse, el filósofo toma el candil y le sigue hasta el patio. El fantasma desciende lentamente las escaleras hasta llegar a un lugar de la casa en donde se desvanece en el aire. Entonces, Atenodoro marca el sitio exacto de la desaparición y vuelve a su dormitorio, registra en sus tablillas lo sucedido, y después se duerme. Al día siguiente, pide permiso en la magistratura de la ciudad para cavar en la mansión. Cuando más tarde abren un gran agujero en el suelo, justo donde desapareció el fantasma, hallan, a metro y medio bajo tierra, los huesos de un cadáver encadenado con grilletes. Enseguida recogen con todo cuidado la osamenta, después honran los restos y

los entierran según la costumbre; y la casa queda limpia y liberada.

A pesar de su brevedad y sencillez narrativa, este cuento ya contiene todos los elementos posteriores del relato gótico y la *ghost story* victoriana: la casa encantada, la aparición espectral, el maleficio, incluso la *duda* expresada por el propio narrador con respecto a la veracidad de los hechos, pues Plinio acaba su relato preguntando al amigo a quien dirige su carta, si cree que los fantasmas existen y tienen vida propia o algún tipo de voluntad o si, por el contrario, son imágenes vacías e irreales impulsadas por nuestro miedo.

La epístola de Plinio durmió el sueño de los siglos, hasta que, en pleno Siglo de las Luces, cayó en manos de Horace Walpole. Su lectura exaltó la mente erudita de este versátil diletante, que se puso de inmediato a escribir una procelosa y disparatada novela, *The Castle of Otranto*, que será germen de la literatura gótica inglesa. Walpole no fue un hombre de genio; esencialmente, era una persona de gusto. Gracias a su particular criterio estético, fue una de las figuras más influyentes en las tendencias artísticas de su tiempo, no sólo en el ámbito de la novelística, también en el de la arquitectura y la jardinería.**[3]**

Según refiere Walpole en una carta, fue un sueño lo que le empujó a escribir *El castillo de Otranto*: se hallaba en una fortaleza medieval, cuando de la parte superior de una historiada escalera barroca vio aparecer una gigantesca mano de armadura. Cautivado por esa refulgente imagen y por la lectura de la epístola de Plinio, esa misma tarde se puso a escribir de corrido, sin saber bien lo que pretendía contar. La novela apareció un año después, en 1765. La mano engastada en hierro se había transformado en un desmesurado yelmo bruñido, «mil veces más grande que cualquier casco humano, cubierto proporcionalmente de

plumas negras». La obra no dejaba de ser un juego medievalista erudito, pero su atrevida invención de situar su escenario en las oscuras entrañas de un castillo piranesiano de angostos pasadizos, tortuosas escaleras y galerías pobladas de espectros o estatuas que descienden de sus pedestales con las narices ensangrentadas, supuso una ruptura radical con los usos literarios y las leyes del gusto de la época. A pesar de su inconfundible tono dieciochesco y de su involuntaria comicidad y artificios melodramáticos, la novela anunciaba un cambio significativo en el gusto de su tiempo. De un modo muy caprichoso, Otranto recogía los deseos inconscientes de la sociedad cultivada de confrontarse interiormente con todo lo reprimido por las normas sociales, y sumergirse en ese estado de horror que, a salvo de todo peligro, procura un extraño deleite. A partir de entonces, la fría y mental belleza neoclásica dejará paso a una romántica legión de fantasmas y vampiros, cuyas cualidades poéticas serán el testimonio de una nueva belleza macabra que la razón y las buenas maneras de la época rechazaban de plano. Por mucho que Ann Radcliffe insistiera en que no escribía novelas de terror sino obras literarias con intenciones didácticas y moralizantes, su público buscaba en ellas todo lo contrario, zambullirse sin freno en todo aquello que la mentalidad utilitarista burguesa, surgida en la Revolución industrial, más despreciaba: los decrépitos castillos medievales, los sueños, la noche, las supersticiones ancestrales y la presencia espectral de la muerte. No deja de ser irónico que todo lo más anticuado y antimoderno se convirtiera entonces, gracias al hechizo del arte, en la expresión más innovadora, transgresora y joven del momento. De modo que el frenesí gótico continuó inundando Europa, como si tuviera un efecto narcotizante en los lectores de su tiempo.

En medio de toda esa corriente de obras mediocres, destaca —aunque no precisamente por sus méritos literarios— una novela nerviosa, delirante, titulada *The Monk* (1796), en la que el joven veinteañero homosexual, Matthew Gregory Lewis, había derramado todo su caudaloso torrente de miedos escatológicos y fantasías eróticas que en el fondo reflejaba las emociones reprimidas de la sociedad a la que pertenecía. La rabia con que Lewis pisoteaba la moral cristiana del *establishment*, junto al marcado acento estético puesto en todo aquello que la ideología utilitarista burguesa más reprobaba, hechizó a los jóvenes de un modo muy similar a como siglo y medio después lo haría el grupo surrealista, encabezado por André Breton. Lo que prueba, a pesar de todo, su continuidad como tendencia estética moderna.**[4]**

La llama romántica también prendió con fuerza inusitada en Alemania, aunque de una forma muy diferente a lo sucedido en Francia. La filosofía francesa era desde Descartes racionalista y, a partir del triunfo de la Ilustración, contemplaba el mundo desde una visión materialista, fundada en los nuevos presupuestos de la ciencia. Alemania, en cambio, también cultivó la racionalidad de la Ilustración, pero bañada de idealismo. Como dice Hegel —y lo mismo pensaban todos los románticos germanos—, el racionalismo hizo que el ser humano tuviera que contentarse con agua y tierra, como un gusano, tras haber vivido durante siglos a la luz de una luminosa constelación de dioses y milagros. Los poetas y pensadores románticos de Alemania rechazaron el mundo mecanicista de los *philosophes* parisinos y se opusieron frontalmente a la violencia de la razón soberana y su menguada visión del psiquismo como campo cerrado de la fisiología y reducto unívoco de la conciencia. «El hombre», escribió Goethe, «no puede permanecer siempre en estado consciente; debe repetidamente sumergirse en lo

inconsciente, porque allí vive la raíz de su ser». Para el alma romántica el universo y la experiencia humana debían de ser tan poéticos y metafísicos como siempre lo habían sido, pero las respuestas ya no se podían encontrar en la religión. El escepticismo moderno había quebrado los antiguos cimientos sagrados, de ahí que las religiones hubieran perdido para las personas cultivadas todo el antiguo poder que ejercían sobre la imaginación.

Goethe, Novalis, Jean Paul, Von Arnim, Brentano y Tieck allanarían el camino, pero el primero en introducir directamente el mundo numinoso en la realidad cotidiana, disociándolo claramente del plano ideal de la imaginación —tal como aparece reflejado en los cuentos de hadas—, fue el poeta, músico y pintor Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann (1776-1822). Sus narraciones inauguran en toda Europa el mismo cambio en el gusto literario que se había producido en Inglaterra, aunque con una diferencia sustancial. Durante la primera mitad del siglo XVIII, la imaginación no había entrado en ningún momento en conflicto con lo racional, ni quebraba los fundamentos de la realidad objetiva, refrendada por la ciencia. Lo *maravilloso* se mantenía aparte, dentro del campo florido de las bellas ficciones infantiles; lo contrario habría sido sencillamente inadmisible. Lo que hizo Hoffmann fue introducir el elemento sobrenatural y macabro en el contexto cotidiano. Pero, a diferencia del tormentoso y confuso paroxismo gótico inglés, el escritor alemán optó por jugar con la ambigüedad de los acontecimientos fantásticos y su hermenéutica implícita, en cuanto a si lo narrado tiene una causa exterior sobrenatural o si, por el contrario, es subjetivo y sólo acontece en el mundo interior del protagonista. Si Hoffmann se hubiera quedado anclado en esta sencilla cuestión poética, su arte sería tan puro e ingenuo como un cuento de hadas. Sin embargo, la complejidad de sus recursos

literarios y su empleo sutil de la ambigüedad resultaron sumamente innovadores.

Los cuentos de Hoffmann se hicieron célebres en toda Europa y contribuyeron a crear una moda en todo el continente. Pero en Francia el relato fantástico no fue una corriente «popular», como en Inglaterra y Alemania, sino una moda intelectual y elegante. Francia dispone de un antecedente singular, la novela de Jacques Cazotte, *Le Diable amoureux* (1772). Su argumento narra las peripecias de un demonio invocado en una sesión nigromántica que, tras varias transformaciones grotescas, se convierte en una bella adolescente que termina enamorándose del protagonista. Ahora bien, esta deliciosa novela, de marcado estilo dieciochesco, evita en todo momento cualquier desagradable encuentro con lo macabro, de modo que no se encuadra en el mundo fantástico sino en el de lo maravilloso. Según Tzvetan Todorov, el estructuralista nacionalizado francés que estableció de forma más canónica las reglas literarias de lo fantástico, cuando lo sobrenatural es aceptado y no se pone en duda, la narración pertenece al campo de lo *maravilloso*. Habitualmente este género se aplica al cuento de hadas o al cuento oriental, al estilo de *Las mil y una noches*. En todos estos ejemplos, los elementos sobrenaturales no producen ningún tipo de extrañamiento ni desgarradura en los parámetros del mundo racional, porque se desarrollan con toda naturalidad en el ámbito autónomo, simbólico y coherente de la imaginación pura. Pero cuando lo maravilloso o sobrenatural se produce en la realidad cotidiana, e inevitablemente surge la *duda* del protagonista (y del lector), entonces las leyes narrativas exigen otro rigor en la trama, indispensable para dar credibilidad al relato.

El cuento más célebre de Hoffmann, *El hombre de arena (Der Sandmann)*, narra una historia a través de varios

puntos de vista: primero, está el relato del protagonista, Nathaniel, en primera persona, que representa la versión subjetiva de los hechos; después, la versión de su prometida, Clara, que establece un contrapunto racional y desmitificador a la exposición de su novio; en tercer lugar, la narración que retorna al protagonista, pero esta vez con un guiño hecho al lector a través de la reacción del público del concierto ante la insólita escena de la mujer autómata, con una interpretación de los hechos muy distinta a la de Nathaniel; y, por último, la aclaración objetiva en tercera persona con la que concluye el relato.

La secuencia de estos diferentes puntos de vista y planos narrativos, que anticipan con gran originalidad el campo de acción del futuro relato fantástico, deja a la novela gótica, al menos estilísticamente, como una estructura narrativa protofantástica, demasiado simple e ingenua para el nuevo lector escéptico de la época industrial, y empieza a establecer las complejidades de uno de los elementos más característicos del cuento fantástico: la ambigüedad. Esta llegará a su punto culminante a finales del XIX, con los refinados procedimientos literarios de Henry James.

Volviendo a Francia, el primer autor francés propiamente fantástico fue el bibliófilo y erudito Charles Nodier (1780-1844). Bibliotecario del Arsenal y adicto a las doctrinas de Saint-Martin y Swedenborg, lo fantástico era para él la inevitable expresión de un período histórico extremo de la vida política, la Revolución de 1789, que conseguía renovarlo todo y trascender la realidad cotidiana al otorgar «un atisbo de alma al desgastado mecanismo de la civilización». En total sintonía con los románticos ingleses y alemanes, Nodier también se opone al positivismo instaurado en Francia después de la Revolución y busca en el mundo feérico de los cuentos populares su fuente de inspiración, si bien los transforma totalmente al introducir el

elemento macabro —sobre todo en *Infernaliana* (1822) o en su relato *Smarrra ou les démons de la nuit* (1821)—, que había tomado de las novelas góticas. Estas características literarias encontrarán un notable impulso y desarrollo en sus más inspirados continuadores, Théophile Gautier, Villiers de L'Isle-Adam y Gérard de Nerval.

Théophile Gautier (1811-1872) tiene la particularidad de aunar en el curso de su vida toda la trayectoria literaria francesa del siglo XIX, desde el primer Romanticismo vinculado al descubrimiento de Hoffmann hasta la influencia de las distintas corrientes surgidas posteriormente en la segunda mitad del siglo, como el naturalismo, el simbolismo y el esteticismo. Aunque Gautier introduce un elemento macabro en el que acaso sea su cuento más perfecto, *La muerta enamorada* (1836), en general, prefiere distanciarse de lo terrorífico y consagrarse a una narrativa preciosista, siempre pintoresca, obsesionada por alcanzar la perfección formal. Sus obras más famosas giran en torno al amor como fuerza arrolladora, de potencia insólita: en *Avatar*, el amor absoluto se logra gracias a la fusión total de dos almas y dos cuerpos; en *Spirite*, por el enamoramiento de un joven poeta hacia una mujer fantasma. *Arria Marcella* y *El pie de la momia* desarrollan, junto a Mérimée y su *La Venus de Ille*, lo que algunos críticos han denominado «fantástico arqueológico». En ambos cuentos, tanto la huella dejada por una mujer pompeyana en la lava arrojada por el Vesubio como el pie embalsamado de una princesa egipcia, sirven respectivamente de excusa para que aparezca en escena una mujer hermosa, llena de atractivo y sensualidad, siempre al servicio de las diferentes modalidades expresivas que debe experimentar la imaginación del lector.

Pero si Gautier disfrutó de una vida saludable, plena de viajes y hermosas creaciones, en el otro extremo de la balanza hemos de colocar al paupérrimo conde Villiers de

l'Isle-Adam (1838-1889), siempre sumido en su elegante malditismo parisino y en un odio crónico hacia el «inmundo siglo» en el que le había tocado vivir. Como Maistre, Chateaubriand, Barbey d'Aure-villy, Léon Bloy y Nodier, también Villiers detestaba el racionalismo burgués instaurado en Francia tras la Revolución, con todas sus promesas de progreso. Curiosamente, escribió una de las primeras novelas de ciencia-ficción —*L'Éve future* (1886)—, despiadada sátira sobre la ciencia, encarnada en el macabro y misógino sueño del ingeniero Edison, que construye una mujer mecánica como representación perfecta de la mujer ideal.

En materia estética, su maestro fue Baudelaire, junto a Poe y Wagner. Villiers siempre se mantuvo alejado de los debates literarios de su época, pero nunca dejó de postular abiertamente su postura aristocrática respecto al arte, glorificando al genio como expresión suprema de la humanidad, por encima de los demás mortales. Así, en su novela *Axel*, publicada póstumamente en 1890, el protagonista exclama: «¿Vivir? No. Nuestra existencia ya está llena [...]. ¿Nuestros criados lo harán por nosotros?». Villiers mantuvo siempre esta afectada postura, acaso para conjurar mediante la retórica sus humillantes carencias económicas. En cualquier caso, el conjunto de sus *Cuentos crueles* (1883), reunidos casi al final de su vida, incluye algunos de los mejores ejemplos del relato francés del siglo XIX. No en vano los simbolistas se empeñaron en considerarlo como uno de los suyos. El amor, el misterio y la ironía son elementos constantes de su singular mundo literario, y *Vera*, con su alucinada atmósfera onírica, es uno de los más sobrenaturales.

La leyenda de Gérard de Nerval (1808-1855) —el «loco delicioso»—, es un caso aparte y único, que traspasa los límites normales de la experiencia humana. Nerval convirtió

sus sueños en vida y su vida en sueño; esto tuvo dos consecuencias bien patentes en *Aurélia*: por un lado, se erige en una de las cumbres de la poesía francesa, pero al mismo tiempo es el claro ejemplo de cómo la *hybris* del artista moderno desemboca en alienación y tragedia. Su caso recuerda a la locura de Maupassant, cuyos relatos fantásticos, escritos hacia el final de su vida, desarrollan metafóricamente todo su neurótico pavor a perder la razón, así como sus desesperados intentos de conjurar lo que finalmente sucedió, tal como había presentido. En cambio, el caso de Nerval se mueve en otro registro. Por un lado, *Aurélia* es el testimonio directo y sincero de la lucha angustiosa de su alma en su paso por el reino de las sombras, pero su zozobra interior la describe con el mínimo de patetismo. Los cuentos de Maupassant abundan en histriónicos signos exclamativos; en cambio, la prosa poética de Nerval fluye suavemente. Además, sus puntos de vista son diferentes. Para Nerval, las fronteras entre la dimensión del sueño y la realidad son artificiales: «la imaginación humana no ha inventado nada que no sea verdad, en este mundo o en los otros». De modo que la desgarradura de todo su proceso psicótico produce en su interior un dualismo radical entre la apariencia y la esencia de la realidad, algo que sólo la imaginación puede percibir. Nerval, al igual que los románticos alemanes, Coleridge y Keats, consideraba lo *imaginal* como un medio de conocimiento, y nada de esto hay en Maupassant. Se mofaba de los burdos psiquiatras de la época que, en el manicomio en donde era atendido, pretendían ostentosamente conocer mejor que él lo que ocurría en su mente. Pero, para su desgracia, andaba enredado en un amor imposible con una actriz y se había abandonado a la poesía como única verdad de la vida, con el fin de buscar, conocer y experimentar sus secretos más profundos. Nerval forzó las puertas de los abismos más

ignotos y descendió a los infiernos, sin ningún Virgilio que lo acompañase. Esto sólo les ocurre a ciertos poetas escogidos. Dante lo llevó a cabo simbólicamente; Nerval, literalmente, y se perdió en el camino. Durante la vigilia, comenzó a ver las caras de la gente transfiguradas y los objetos materiales rodeados de una vaga penumbra que modificaba su forma. Sus sueños empezaron a teñirse de imágenes sangrientas, inquietantes señales admonitorias y terroríficas apariciones de su *doble*. También tuvo visiones místicas. La dispersión de su yo le causaba un sufrimiento indecible, pero Nerval contemplaba sus figuras internas como revelaciones, lo cual no impidió que una fría noche de enero se ahorcara en un oscuro y solitario callejón de París. El día anterior a su muerte le había dejado a su tía una críptica nota que decía: «Hoy no me esperes, porque la noche será negra y blanca».

Salvo por *La main enchantée* (1832) —su cuento clásico sobre una mano hechizada que obra al margen de su dueño —, Nerval apenas abordó el género fantástico. El principal valor de su contribución radica en haber inventado una nueva dimensión poética de lo fantástico, totalmente innovadora. *Aurélia* es el testimonio directo más cabal que conservamos de una autoinmolación en aras del arte. Al mismo tiempo que marca el clima más extremo del movimiento romántico francés del XIX, su actitud desmedida abrirá el camino a Rimbaud y el surrealismo. En suma, aunque Francia haya sido el país que más profundamente asumió el racionalismo materialista de la Ilustración, y sus lectores no se presten fácilmente a la imaginación soñadora, ha ejercido un papel tardío pero esencial en el desarrollo de la sensibilidad hacia lo *fantástico*, que fue perdiendo a medida que avanzaba el siglo XX.**[5]**

Edgar Allan Poe (1809-1849) goza de tanta fama que ya su mera mención produce cierto cansancio precoz. Esto se debe en parte a su manida imagen de poeta desdichado y

maldito, y a menudo a la injusta deformación que ha sufrido por su condición de enfática lectura temprana. Sin embargo, Poe es uno de los pocos escritores que pueden ostentar con holgura el solemne apelativo de *genio*. No hay más remedio que situarle en el lugar que le corresponde como creador del género policial y las leyes del cuento moderno.

Poe construyó su propia poética con sumo cuidado. Primero se planteó la extensión, y escogió la forma breve, como el poema. La brevedad hace posible la máxima intensidad del *efecto*. La longitud de la novela no permite la lectura de un solo tirón, y por tanto el efecto no puede mantenerse todo el tiempo y acaba diluyéndose en la totalidad del texto. Por el contrario, la brevedad del relato permite tener en todo momento un perfecto control sobre el plano imaginario del lector y sostener y modular el *crescendo* emocional de la lectura en cada una de las partes del argumento. De modo que todos los episodios inventados y las atmósferas imaginadas tienen la misión de conducir al lector hacia un clima y un desenlace que exigen gran rigor. Su teoría del cuento sigue paso a paso las técnicas de su principio poético, pero Poe tiene claro que la belleza de un relato no descansa, como en el caso del poema, en la «excitación o elevación placentera del alma», sino en la eficacia de cada palabra y de cada suceso del argumento para intensificar su efecto. Poe llevó la emoción del terror —*la emoción más antigua y más profunda de la humanidad*— al ámbito de la poesía, como vieron Baudelaire y los simbolistas. Él fue el primero en descubrir y concretar la poética del cuento moderno.

El clima alucinatorio y pesadillesco que respira toda la historia del *Manuscrito encontrado en una botella*, la intemporalidad del buque fantasma, surgido de la oscuridad de la noche; su *espectral* tripulación, completamente ajena a la presencia del protagonista, no impide que sea también,

como dijo Conrad, «un magnífico trabajo, perfecto en su género y auténtico en sus detalles que bien podría haber sido narrado por un marino». Poe puso tanto énfasis en la idea de que el arte narrativo responde esencialmente a una operación compleja de la inteligencia que algún crítico llegó a sospechar cierta ironía. Pero no es así. Si bien la intensidad del efecto dramático que buscaba sólo puede lograrse mediante una comprensión cabal de las leyes del arte, sus cuentos no tendrían esa tremenda fuerza sugestiva si no brotaran de un trasfondo profundo de la imaginación. Cuando lo acusaron de ser un adepto de Hoffmann, Poe contestó: «El horror no proviene de Alemania, proviene del alma». En efecto, toda su literatura brota de su propia subjetividad. Su mundo es todo menos natural. Sus personajes carecen de los rasgos propios de la vida, de lo humano, de la psicología mundana; son lo contrario del espejo del mundo. Constituyen el reflejo oscuro de la melancolía de su alma, que sólo irradia imágenes poderosas e insólitas de horror y *fatum*. Imágenes que siempre *resuenan* en nuestro interior, como si activaran inmediatamente lo inconsciente mediante una emoción basada en el reconocimiento.

Esto mismo se puede aplicar con toda probidad al otro gran escritor norteamericano de la primera mitad del XIX: Nathaniel Hawthorne (1804-1864). Nacido en Salem, vivió toda su vida bajo los auspicios puritanos de su rígida ciudad natal. Su bisabuelo había sido uno de los jueces de aquellos feroces procesos de brujería en los que se ejecutó a muchos inocentes, pero Nathaniel fue un hombre amable y tímido. Algunos de sus mejores cuentos ensayan la alegoría, una modalidad que artísticamente comporta muchos riesgos, pero que él llevó a cabo con fortuna. Hawthorne aborda el tema de la naturaleza del Mal, que sentía en su alma como una poderosa fuerza sobrenatural que acecha en cada

recodo del camino. Lo demuestran sus excelentes relatos fantásticos de carácter alegórico como *Rappaccini's Daughter*, inspirado en su mujer; *The Great Stone Face*, sobre el tema del doble, o *Dr. Heidegger's Experiment*, en el que un viejo científico propone a sus huéspedes resucitar una rosa que yace seca desde hace más de cincuenta años. El cuento elegido para esta antología, *El negro velo del pastor (The Minister's Black Veil)*, está basado en un suceso verídico sin ningún acontecimiento sobrenatural. El pastor de una iglesia de Nueva Inglaterra decide cubrirse el rostro con un velo negro que sólo deja la boca al descubierto. Un espantoso pecado ha hecho que su rostro sea indigno de mostrarse a los ojos de Dios, y no se quita el velo ni para dormir. Esta sencilla y turbadora imagen naturalmente desata el horror entre sus feligreses, que reaccionan como si este misterioso símbolo revelara la secreta iniquidad de todos los pensamientos y obras que cada uno esconde. Así, esta negra sombra que separa al pastor del resto del mundo será el detonador del magnífico efecto numinoso del cuento, que no guarda ninguna causa explícita de naturaleza sobrenatural sino que se debe a un simple velo que suscita tenebrosas sospechas.

Es opinión unánime que el Romanticismo español empieza con el estreno en Madrid de *Don Álvaro o la fuerza del sino* en 1835, cuando en Francia ya aparecían los primeros posrománticos. En virtud de lo poco que caló la Ilustración en España, cabe preguntarse sin ironía de ningún género, ¿cómo pudo entonces haber Romanticismo? Amordazado por la censura y precariedad, el público español fue muy distinto al de los países europeos antes mencionados, cuya sociedad próspera y madura estaba sedienta de novelas que reflejaran sus inquietudes. No deja de ser pesarosamente curioso que España, el país en donde

prácticamente se inventó la novela con *El Quijote*, hubiera perdido a partir del XVIII todo su magisterio literario. La carencia, a partir del Siglo de la Luces, de un público amplio y bien formado, que estuviera al corriente de las exigencias de los nuevos tiempos, es en gran medida la causa de su escuálida situación. Sin público no hay arte, porque los artistas son la consecuencia del ambiente cultural en el que respiran. Así pues, el Romanticismo español —hecho a imitación del europeo— fue parco y tardío.

En cuanto al relato sobrenatural, en 1831 se publica *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, de Agustín Pérez Zaragoza, quien ostenta el honroso mérito literario de haber introducido la novela gótica en España con un atraso de cuarenta años. En realidad, el único autor español de relieve internacional de aquella época es el poeta Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), cuyas *Leyendas* y *Cartas desde mi celda* contienen poéticos pasajes sobrenaturales plenos de romántica fantasía y colorido poético. En efecto, *El monte de las ánimas* y alguna de sus *Cartas desde mi celda* son equiparables a los cuentos de Tieck, Brentano o Von Arnim; lo único que ocurre es que cuando Bécquer escribió sus relatos tardíos, como apunta Rafael Llopis, el Romanticismo ya no existía en Europa.

Pero ¿qué había sucedido en las islas británicas desde la aparición de la moda gótica y los poetas románticos? Como es bien sabido, la Inglaterra de la época victoriana fue el centro de un vasto imperio que se extendía por toda la tierra. A su enorme desarrollo económico e industrial se unía un gran pragmatismo, proveniente de una bien cimentada tradición de empirismo filosófico. El utilitarismo burgués había invadido toda la vida cultural inglesa y transformado paulatinamente sus hábitos. Pero al nuevo lector no le satisfacían los anticuados artificios góticos, y aunque una

gran parte de la literatura inglesa de aquella época se orientó hacia el realismo y el ahondamiento descriptivo de las luces y sombras de la sociedad, el ritual psicológico de los cuentos de miedo seguía aún muy vivo. Por otro lado, el público también había progresado en sintonía con los tiempos, y su escepticismo secular demandaba algo más que escenarios medievales de cartón piedra y retumbantes maldiciones de ultratumba, que ya sólo producían risa. Los fantasmas tuvieron pues que abandonar la noche y escoger escenarios más actualizados en los que el lector se viera reflejado, y también ofrecer argumentos más sutiles que volvieran a infundir temor.

Así procedió Charles Dickens (1812-1870) en *The Signalman*, la más celebrada de sus *ghost stories*, en donde tanto el fantasma como su argumento diluyen sus contornos para dar relevancia a un típico escenario de la era industrial, con vías, trenes, señales y sonidos maquinales. En el relato escogido para este libro, *Juicio por asesinato (The Trial for Murder)*, el autor de *Oliver Twist* nos presenta a un fantasma al que sólo el protagonista puede *ver*; curiosamente, los demás también pueden hacerlo, siempre y cuando sean *tocados* casualmente por él, porque entonces les transmite automáticamente su visión, como si se tratara de un fluido. El fantasma es el espíritu de un hombre que ha sido víctima de un crimen atroz y que se aparece al protagonista en varias ocasiones a lo largo del relato en escenarios de lo más cotidianos: en la esquina de St. James's Street a plena luz del día, frente a la sucursal bancaria en donde trabaja, en la puerta de su dormitorio y en las sesiones del juicio de su crimen. No es un espectro amenazante, ni siquiera es macabro. Tan sólo es un alma en pena, ansiosa por influir en la opinión del jurado. El relato fluye serenamente, con pulcra exactitud notarial. Pero bajo esta obligada aspiración de objetividad, sorprende que, además de las consabidas

visitas espectrales, aparezcan en la trama transmisiones telepáticas y premoniciones oníricas. Y si un autor como Dickens, tan poco proclive a este tipo de especulaciones, echa mano de ellas es porque, a pesar de la condena del *establishment*, estaban muy en boga en aquellos días.

Una de las personalidades que más ahondó en esta ola de prácticas espiritistas y experimentos psíquicos fue el barón Edward Bulwer-Lytton (1803-1873). Narrador prolífico, sus novelas de «tenedor de plata» cosecharon mucho éxito en su época, aunque hoy en día sólo haya pervivido *The Last Days of Pompeii* (1834). Lytton es de esos personajes que sólo pueden existir en Inglaterra. Parlamentario durante nueve años y con una carrera política que no paró de prosperar hasta su nombramiento como Secretario de Estado de las Colonias, sus numerosos servicios al Estado y su animada vida social no le impidieron ser miembro de la sociedad Rosacruz y convertirse en una figura central de los círculos esotéricos Victorianos, con un amplio abanico de amistades que comprendía desde el «mago» francés Eliphas Lévi hasta el primer ministro de la reina, Benjamin Disraeli.

Lytton creía firmemente en la eficacia de las operaciones mágicas. Rechazaba que en ellas participasen espíritus o demonios, y vindicaba la acción de una fuerza psíquica desconocida directamente vinculada a la voluntad humana, que sería entendida alguna vez por la ciencia. Aunque su novela *Zanoni* (1842), abunda en peregrinas disquisiciones sobre pitagorismo, gnosticismo, cábala, planos astrales y mesmerismo, Lovecraft pondera la invención de esa «enorme esfera desconocida del ser, custodiada por el terrible “Morador del Umbral” que amenaza nuestro mundo y atormenta a todos aquellos que se aventuran a entrar en ella y fracasan».

La obra de Lytton ocupa un lugar destacado en la transición de la novela gótica al moderno cuento de

fantasmas. Como profundo conocedor del tema, sobre el que se había documentado con la misma minuciosidad que aplicaba a sus novelas históricas, Lytton utilizó en uno de sus mejores relatos, *Hechizados y hechizadores (The Haunted and the Haunters)* (1857), algunos elementos góticos habituales: la casa encantada, la maldición ocasionada por antiguos crímenes, la cámara secreta y ciertos signos amenazantes de ultratumba. Sin embargo, aunque su perspectiva es siempre moderna al dar un origen humano a todos los acontecimientos sobrenaturales, tiene una infausta manía de explicar racionalmente los fenómenos extraños que aparecen en la historia en detrimento de las estrictas reglas del arte, ya que rompen el hechizo de la «verdad de la imaginación» postulada por Keats. Aun así, este relato, a veces llamado también *The House and the Brain*, es una de las *ghost stories* con mayor poder de sugerencia visual de la literatura inglesa, así como uno de los mejores ejemplos del motivo de la casa encantada.

De todos modos, ni Dickens ni Lytton fueron los representantes más notorios de las corrientes predominantes de la literatura inglesa a mediados de siglo XIX. Los imperativos artísticos comenzaron a plantear cada vez más la necesidad de jugar con un elemento imprescindible para lograr resultados literarios: la ambigüedad. Para ser creíble, el relato sobrenatural necesitaba de procedimientos más sutiles que envolvieran en la sombra los sucesos y dejaran planos opacos en el argumento con el fin de sugerir mucho más de lo que expresaban. El doble punto de vista, que convierte en psicológico lo sobrenatural, daba mucho juego y permitía seguir acariciando la sempiterna duda de si lo extraño proviene de fuera o sólo se da en la mente de quien lo vive. Un buen ejemplo de ello es *La dama de picas*, del gran poeta ruso Alexander Pushkin (1799-1837), uno de los

cuentos más perfectos de esta antología, que recurre a la ambigüedad con cierta guasa y gran sutileza. Lo mismo hace Wilkie Collins (1824-1889) en *Monkton, el loco (Mad Monkton, 1855)*, al dar la vuelta a los tópicos de la novela gótica (la antigua familia que habita en una abadía decrépita, el ambiente embrujado de algunos de sus aposentos, la maldición que marca el destino familiar), para que lo sobrenatural quede suspendido sobre un mar de incertidumbre, dada la locura del protagonista.

Una vacilación similar tiene en *El sueño* (1876), del escritor ruso Iván Turguéniev (1818-1883), fantasma que irrumpe en la vida del protagonista (primeramente a través de una visión onírica) con respecto a si está vivo o muerto; duda que se mantiene incluso después de que su cadáver sea hallado en la playa. Turguéniev, que en ninguna de sus novelas traspasa los límites reales de la humanidad viva y doliente, se permite aquí rozar lo sobrenatural, pero nunca explícitamente. Siempre diluye la certeza para que al final sea la imaginación del lector la que complete el efecto creado.

El relato fantástico se encamina hacia su plena madurez cuando toma la senda de la ambigüedad como una forma superior de expresión literaria. Ahora bien, el decantado manejo del misterio permite diferentes aproximaciones. Por ejemplo, el dominio de la vaguedad por parte de la prolífica escritora victoriana Margaret Oliphant (1828-1897) se acerca siempre a un nivel cercano a la poesía. La atmósfera enigmática de su relato *The Open Door* (1882) proviene del hueco de una puerta en las ruinas de una antigua mansión abandonada desde donde se escuchan de vez en cuando tenues lamentos que hielan la sangre. En *La ventana de la biblioteca (The Library Window*, 1896), una simple ventana tapiada, con su marco y sus cristales pintados de negro, le sirve a la mujer que narra en primera persona la historia

para contar cómo al atardecer ve una misteriosa habitación oculta tras la ventana pintada, cada vez con más detalles. Alejado de toda ambientación macabra, sin tintes románticos de ninguna clase, este relato utiliza a la perfección un elemento cotidiano cualquiera para describir los borrosos contornos que esconde todo hechizo, aunque Mrs. Oliphant, que deja este asunto abierto al juicio de cada lector, ya nos avise por boca de un personaje de que «la mirada es tan engañosa como el corazón».

Otras veces, esta doble visión entre la versión subjetiva del protagonista y la interpretación dada por los demás personajes, ha sido utilizada como excusa para denunciar determinados problemas sociales de la época. Este es el caso del relato de terror *El empapelado amarillo (The Yellow Wallpaper)*, de la estadounidense Charlotte Perkins Gilman (1860-1935). Escrito a vuela pluma en el corto espacio de dos días —tras sufrir una terrible depresión, que fue empeorando debido en gran parte a la actitud poco empática de su médico y su marido— no sólo se trata de un soberbio cuento de miedo, sino a la vez de un precoz alegato feminista.

Mención especial en todo este contexto merece el irlandés Joseph Sheridan Le Fanu (1814-1873), por ser el escritor que realmente instauró los usos modernos del cuento de terror inaugurados por Poe. «El príncipe invisible», como le llamaban sus amigos por su carácter tímido y huidizo, pasó toda su vida voluntariamente recluido (sobre todo tras la muerte de su esposa), dedicado por entero a la lectura y al ejercicio de las letras. Sus dos grandes influjos, aparte de la novela histórica de Walter Scott, fueron el místico sueco Emanuel Swedenborg, con su vasta topología sobre el *más allá*, y el psicólogo y naturalista alemán Cari Gustav Carus, descubridor del inconsciente, cincuenta años antes que Freud. Sin embargo, el gran

mérito de Sheridan Le Fanu consistió en haber despojado la *ghost story* moderna de todos los excesos del Romanticismo, al situarla en una realidad cotidiana descrita siempre con precisión y verosimilitud. «Nadie coloca la escena mejor que él —escribe M. R. James— (y) nadie utiliza con mayor destreza el efecto del detalle». *Madam Crowl's Ghost* era su cuento preferido; y el que figura en esta antología, el predilecto de Henry James.

En efecto, Henry James admiraba las historias de Le Fanu. En uno de sus cuentos, *The Liar*, le rinde homenaje cuando dice: «Acostumbraba a tener una novela del Sr. Le Fanu en la mesilla; la lectura ideal en una casa de campo para las horas posteriores a la medianoche». James debió haber escudriñado a fondo la obra de Le Fanu para estudiar las posibilidades literarias de los fantasmas. Pero James era una mente demasiado compleja como para tomar este reto al pie de la letra. *Otra vuelta de tuerca (The Turn of the Screw)* puede leerse como una *ghost story*, y al mismo tiempo como una historia sin fantasmas. En realidad, no es ni una cosa ni la otra, sino ambas a la vez. Todo depende del punto de vista, y el de James siempre es múltiple y complejo. Sus fantasmas no cobran fuerza ni entidad por lo que se supone que son o pueden ser, sino por la manera en que impregnan todo el relato y van adueñándose de las personas que se relacionan con ellos. No importa lo que sean, lo significativo es el *efecto* que nos producen. Por conveniencia deben invocar el asombro, dejarse ver y sentir para cobrar entidad. Pero para que el fantasma realmente nos cautive, lo «sobrenatural» no puede llegar por vía directa, de forma objetiva, o peor aún, desmedida, pues correría el peligro de hacerse risible. Para James, el fantasma ha de llegar de forma indirecta, a través de otra historia; y existirá en tanto sea percibido por la mente del protagonista, porque todo su poder fascinador no radica en el prodigio en sí mismo sino

«en la conciencia humana que lo aloja y lo registra, lo amplifica y lo interpreta». En esto prevalece, según James, toda la *densidad* del relato y toda su limpia belleza.

Con James alcanza su cénit la tendencia psicológica del cuento de fantasmas del XIX. No solamente en cuanto a la propensión a interiorizar lo fantástico a partir de la segunda mitad del siglo, sino también en cuanto a la progresión de la ironía moderna. Esta ya estaba plenamente activa en Hoffmann, pero a través del tiempo se va destilando con procedimientos cada vez más refinados, que por otro lado nunca llegan a desdibujar el efecto de lo sobrenatural en el argumento. Así, el complejo entramado psicológico de *Otra vuelta de tuerca* nunca relativiza ni aminora el trasfondo maléfico o el terrible drama que subyace en la historia. En *Los amigos de los amigos (The Friends of the Friends)* la ironía ya brilla desde el principio con el rechazo de un manuscrito por parte de un editor. El texto desechado es el cuento que se va a narrar a continuación sobre dos personas que a menudo han oído hablar una de la otra pero nunca llegan a coincidir, y cuando por fin van a encontrarse una de ellas muere, y a partir de ahí comienza el cuento de fantasmas. Aunque el argumento es descabelladamente irónico, su suave sonrisa nunca va dirigida a las patéticas circunstancias que rodean la conmovedora historia de amor que viven sus personajes, sino a los celos que deja traslucir la narradora y a lo incierta que puede resultar su versión.

Entre 1890 y 1915, el cuento de fantasmas llega a su máxima madurez y esplendor. Ambrose Bierce, Rudyard Kipling, Robert Hichens, Vernon Lee, M. R. James, Oliver Onions, Argenon Blackwood y E. F. Benson representan su edad de oro.

Ambrose Bierce (1842-1913) pertenece a ese grupo de pesimistas consumados que abunda entre los novelistas estadounidenses de los dos últimos siglos transcurridos. Pero

Bitter Bierce, como le llamaban, tenía motivos más que sobrados para serlo, después de haber vivido de cerca las crudas atrocidades perpetradas en la Guerra de Secesión norteamericana. Sin duda, su experiencia como soldado voluntario en las tropas unionistas cinceló su total escepticismo frente al mundo y quien lo gobierna. Prueba de ello es su *Diccionario del diablo* y *Tales of Soldiers and Civilians (Cuentos de soldados y civiles)* (1891), tal vez su mejor libro. Su vida es azarosa, pero su desaparición es legendaria. En 1913 se dirige a México con 2.000 dólares de oro y unas credenciales para atravesar la frontera. En Laredo abandona su equipaje y escribe dos cartas, la primera fechada el día de Navidad y la segunda dos días después; luego desaparece sin dejar rastro.

Los cuentos de Bierce no han perdido vigencia. Son tan descarnados como muchas de las novelas o películas de hoy en día; de alguna manera, fue un adelantado a su tiempo. Pero eso es secundario. Aunque escribiera pocos cuentos de fantasmas, en cierto modo todos sus relatos son en cierto modo de horror, ya sea sobrenatural, físico o psicológico, y siempre se desarrollan en un escenario realista en donde todo se palpa. Uno de los más terroríficos, *La muerte de Halpin Frayser (The Death of Halpin Frayser)*, escenifica el encuentro en una noche oscura entre un muerto y un hombre acosado por sus propios fantasmas. Pero el mayor asombro se produce cuando de pronto conocemos la identidad del fantasma. No en vano, la voz de este dice textualmente en su diccionario: «Signo exterior e invisible de un temor interno».

Vernon Lee (1856-1935), cuyo verdadero nombre era Violet Paget, sorprendió al mundo cuando con apenas veinticuatro años publicó un erudito estudio sobre la música italiana del siglo XVIII. Desde entonces fue considerada una especialista en este campo. Pero, como recuerda Mario Praz,

«la cualidad principal de esta escritora no es la erudición crítica sino la fantasía». Durante su niñez y parte de su primera juventud, Violet viajó con su familia (ajena a cualquier veleidad turística) por Alemania, Francia, Suiza, Bélgica e Italia, hasta que en 1873 sus padres decidieron quedarse en los alrededores de Florencia y comprar la villa Il Palmerino, en donde viviría durante gran parte de su vida.

El pasado es la clave de toda su obra literaria. Le fascinaba el misterio que transmiten ciertos lugares y objetos, o esas extrañas historias que escuchamos una sola vez y cuyo hechizo no nos abandona. En *La voz maligna* el embrujo lo proporciona el canto suave y perverso de un «soprano castrad» del XVIII, que abduce a un músico wagneriano en Venecia, y que antaño había sido un asesino; en *La muñeca*, la atmósfera envolvente de un palacio arruinado que nos conduce hasta un objeto fascinante; en *Amour Dure*, el paulatino deslumbramiento de un historiador polaco hacia una despiadada *dame fatale* del siglo XVI que acaba vampirizándolo.**[6]**

Los demás autores relevantes, pertenecientes a este corto período de esplendor, son todos de procedencia inglesa. Comencemos por Robert Smythe Hichens (1864-1950), hijo de un pastor protestante que quería ser músico y tuvo que conformarse con ejercer la crítica musical. Fue periodista y escribió cuentos y novelas, la primera de ellas a los diecisiete años. Hichens nunca llegó a casarse y pasó gran parte de su tiempo fuera de Inglaterra. Egipto fue uno de sus destinos favoritos, y al final de su vida, Suiza y la Costa Azul. En 1900 publicó *Tongues of Conscience*, con cinco piezas de terror entre las cuales se encuentra su largo relato *Cómo llegó el amor al profesor Guildea (How Love Came to Professor Guildea)*, sin duda, una soberbia historia de fantasmas sobre la peliaguda unión entre el amor y los muertos.

El otro gran relato largo de esa época es *La bella que saluda (The Beckoning Fair One)*, de Oliver Onions (1873-1961), que narra sutilmente la ominosa influencia ejercida en una habitación hechizada por las impresiones de una joven de la cual el inquilino se enamora fatalmente hasta convertirse en un psicótico asesino. El relato puede leerse de dos maneras diferentes y ambas son legítimas.

Poco publicado en español, Oliver Onions, que más tarde cambiaría su nombre legal por el de George Oliver, fue diseñador de carteles e ilustrador de revistas antes de empezar su carrera literaria. Escribió sátiras sociales y novelas policíacas, históricas y de ciencia-ficción, pero lo mejor de su obra son sus sucesivas colecciones de *ghost stories*, de las cuales *La bella que saluda* es considerada por muchos la mejor historia de fantasmas jamás escrita.

Pero el maestro indiscutible del cuento breve es Héctor Hugh Munro (1870-1916), más conocido por el pseudónimo de *Saki*, palabra que en persa significa «copero» y que ha sido relacionada con las *Rubáiyát* de Omar Khayyám, aunque también se refiere, en perfecta sintonía con su habitual sentido del humor, a un mono suramericano que protagoniza uno de sus relatos. Nacido en la Birmania colonial del Imperio británico, la prematura muerte de su madre hizo que se educara en Inglaterra, al cuidado de dos tías suyas tan severas como puritanas. Casi todos sus cuentos, que retratan y satirizan los hábitos encorsetados y triviales de la clase media victoriana, son en gran parte satíricos y abundan en la crueldad humana. Sin embargo, gracias a su estilo elegante, lo atroz siempre resulta leve. Saki escribió pocos relatos sobrenaturales, y en todos ellos reina una perfecta ambigüedad. En *Sredni Vashtar*, el culto del niño hacia el hurón convierte en dios a este animal que le ayudará a vengarse de su estricta tutora, pero el lector también puede interpretar, como sugiere Borges, que la

fuerza del animal procede del niño, quien sin saberlo, sería realmente el dios. Su otro cuento famoso, *El ventanal abierto (The Open Window)*, no es sobrenatural, pero juega a ello con tanta habilidad que acaba pareciéndolo. Saki murió de un disparo en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Un pitillo encendido en la noche acabó con su vida.

Rudyard Kipling (1865-1936) sólo escribió poco más de una docena de cuentos de fantasmas. De su etapa india destacan *The Phantom Rickshaw y At the End of the Passage*. El primero trata sobre un hombre infiel embrujado por su amante muerta; el segundo es otra variante del tema del doble. Ambos sugieren la locura como explicación, pero todo queda a merced de las conclusiones que saque el lector. En su segunda etapa inglesa, Kipling depura con gran maestría sus argumentos. Quizás el más sutil y entrañable sea *Ellos (They, 1904)*, escrito tras haber perdido a uno de sus hijos. Este relato narra sin ningún tipo de sentimentalismo ni ganas de asustar, la patética historia de una niña que vive sola con su viejo tío, quien le inculca la peregrina idea de que el carácter de una persona se desarrolla mejor en la soledad. En esa casa aislada, la niña juega con otros niños, sólo que ellos no pertenecen a este mundo. Con el tiempo su tío decide enviarla interna a un colegio, y al cabo de unas semanas comienza a sentir el mismo peso de la soledad que ha sentido su sobrina, y también acaba consolándose con la presencia de los niños fantasmas.

En su breve biografía de Kipling, Alberto Manguel dedica un capítulo al *daimon* de Kipling, quien creía desde su adolescencia que la inspiración de los escritores provenía de una especie de voz interior —semejante a las musas de los griegos o al *daimon* de Sócrates—, y a veces se tumbaba en el sofá de su estudio a esperar. Al ser preguntado una vez si podía escuchar a su *daimon* siempre que quisiera, contestó:

«No, no siempre. Pero sé por experiencia, ya desde hace tiempo, que lo mejor es esperar hasta escucharlo. Cuando tu *daimon* no dice nada, normalmente quiere decir no», pero «cuando tu *daimon* se hace cargo de la situación, no trates de pensar conscientemente. Déjate llevar, espera, y obedece».

En el polo opuesto a esta actitud puramente romántica se encuentra el más clásico de los autores de *ghost stories*: M. R. James (1862-1936), cuya vida estuvo estrechamente ligada a los libros, a Eton, al King’s College (del que fue decano y director), a las investigaciones filológicas y arqueológicas, y a los estudios históricos y bibliográficos. Esta rutinaria felicidad alcanzó su máxima expresión cuando en 1904 publicó sus *Ghost Stories of an Antiquary*, y en 1911, *More Ghost Stories of an Antiquary*, momento en el que establecerá las leyes que, según él, han de regir en un buen cuento de fantasmas. En primer lugar, deben desarrollarse en un escenario familiar con el que el lector pueda fácilmente identificarse. En segundo lugar, el fantasma ha de ser malvado, y, como consecuencia de ello, crearse una atmósfera para controlar (como ya adelantó Poe) su *crescendo*. Para ello, el escritor tiene que partir de un conocimiento cabal de la historia que desea narrar. «Introduzcamos entonces a los actores de un modo plácido; veámosles ocupándose de sus asuntos cotidianos, no molestados por presentimientos, contentos con lo que los rodea; y en este apacible ambiente dejemos a la cosa ominosa asomarse, primero discretamente, después con más insistencia, hasta hacerse dueña del escenario».

En el prólogo a su antología de cuentos de Sheridan le Fanu (un autor, dicho sea de paso, que logró salir del olvido gracias a esta publicación), M. R. James confiesa ser plenamente consciente de que la *ghost story* es una forma literaria ligeramente anticuada. Pero lo dice con cierto

regusto. Para un educado e irónico erudito de Cambridge, como era él, el cuento de fantasmas es un puro divertimento. Sí, pero un divertimento que sólo un gran artesano como él, conocedor de todos los requisitos artísticos, podía llevar a cabo de forma verdaderamente satisfactoria. M. R. James culmina lo que Poe descubrió y Le Fanu supo desarrollar. En realidad, el escritor irlandés fue el verdadero inventor del cuento moderno de fantasmas, pero M. R. James, con su dosis de horror (y de humor), lo llevó a su mayor grado de clasicismo.

Más moderno en sensibilidad, pero parejo en cuanto a precisión y pureza de estilo, fue su amigo E. F. Benson (1867-1940), hijo del arzobispo de Canterbury y hermano de otros dos escritores. M. R. James y Benson fueron miembros de la Chitchat Society de Cambridge, que tenía entre sus objetivos más preciados la civilizada práctica de conversar sobre cualquier tema de forma racional y pausada. Los cuentos de Benson se alejan de los escenarios románticos y de los fantasmas clásicos. Sus criaturas son siempre malignas y asesinas, unas veces vampiros, otras monstruos repulsivos semejantes a orugas o gigantescas babosas de las que emana una sucia luz fosforescente, o serpientes que dejan a su paso un sofocante olor nauseabundo. Sin duda, ninguna de estas abominaciones habría contado con el beneplácito de su amigo, que las consideraba de mal gusto. Pero Benson es más avanzado que James e incide en lo que ya insinuaban ciertos cuentos de Bierce u O’Brien, y que a partir de Lovecraft ya será algo habitual. Con todo, no hay nada violento en su narrativa. Ese sordo universo amenazante constituye para Benson el centro de su poética. Uno de los personajes de *The Bus-Conductor* explica mediante una curiosa imagen metafórica lo que piensa acerca de los fenómenos extraños: es como si cada uno de nosotros tuviera su ojo colocado frente a un ínfimo agujero

abierto en una hoja de cartón que no para de girar. Detrás hay otra lámina horadada, que también cambia constantemente de posición. Pues bien, cuando los dos agujeros coinciden, vemos a través de ellos las imágenes del otro mundo.

La edad de oro del cuento sobrenatural llega a su cima con un autor que curiosamente no escribió ni un solo cuento de fantasmas. En efecto, a Arthur Machen (1863-1947) jamás le interesaron las almas en pena; escribió sobre cosas mucho más remotas que los fantasmas, que apenas cuentan con unos pocos siglos de antigüedad. Su tema principal, como dice Philip Van Doren Stern, son las fuerzas elementales del mal y los poderes malignos que reflejan las leyendas populares y los cuentos de hadas. Los relatos de Machen invocan un *terror cósmico* que va más allá del miedo a los muertos, y para ello se sirve de las leyendas y las hadas de antaño, sólo que aplicándoles un giro total. Las hadas representan las fuerzas elementales de la naturaleza; son restos del paganismo primigenio que sobrevivió camuflado en la literatura oral. Machen no pobló sus cuentos con hadas benévolas, sino que introdujo lo que llamó la *gente pequeña*, una raza maléfica de seres bajitos y deformes que dominaron la tierra antes del advenimiento de los humanos y que ahora viven ocultos en bosques, colinas y cuevas solitarias. Dicho así, parece un poco ridículo, pero narrados por él, todos estos retazos de antiguas mitologías celtas nos sumergen en una densa atmósfera numinosa, como en *El pueblo blanco (The White People)*.

Otras veces sus relatos desembocan en una abominación: al final de *El gran dios Pan* una mujer va pasando por todas las fases de la evolución, y cambiando de sexo, hasta quedar reducida a una repulsiva y gelatina negruzca. En su época recibió críticas por ello. Sin embargo, la literatura de Machen

no se reduce a un mero juego de efectismos macabros, sus cuentos resuenan en la imaginación del lector de la misma manera que los mitos, que también brotan de las entrañas. En este sentido, no es un habilísimo artesano, como M. R. James, sino un artista que expresa. Muchos de sus cuentos más célebres fueron escritos en la última década del XIX, la era del decadentismo, después de conocer en Londres al ocultista A. E. Waite y a Oscar Wilde, quien lo animó encarecidamente a escribir relatos sobrenaturales.

Como todo autor que innova, no alcanzó a saborear las mieles del éxito, aunque nunca le faltó la admiración de ciertos círculos literarios. No menos peculiar es la calidad de su prosa, siempre limpia y fluida, cultivada con esmero. En su ensayo *Hieroglyphics* (1902), Machen se demora gozosamente a lo largo de 165 páginas para explicar su concepto romántico del arte, según el cual el *éxtasis* es el ingrediente esencial de la verdadera literatura, y enumera «rapto, belleza, adoración, asombro, temor, misterio», como sus elementos esenciales. Para Machen, «los meros incidentes no son nada, sólo se convierten en algo cuando son el símbolo de un significado interior».

Otro notable maestro moderno del cuento sobrenatural fue Algernon Blackwood (1869-1951).[7] Sus relatos tratan lo sobrenatural como una extensión de la consciencia más allá de sus posibilidades normales. En ciertas ocasiones, esta extraña cualidad del mundo psíquico está activa en la atmósfera de algunas casas, poseídas por «espíritus» o residuos psíquicos que afectan a la forma de pensar y actuar de sus moradores. Su otro tema dilecto son los ambientes indefinibles de la naturaleza más misteriosa y virgen. Es el caso de *El Wendigo*, un monstruo mitológico de los bosques canadienses, que simboliza la fascinación patológica que produce «el espíritu de los bosques», frente al cual se

evidencia la fragilidad del hombre moderno cuando se expone a un poder semejante, sin estar preparado para ello.

Edward John Moreton Drax Plunkett (1878-1957), decimoctavo barón de Dunsany, más conocido por Lord Dunsany, educado en Etton y Sanhurst, fue candidato del partido conservador, cazador de leones, veterano de la Guerra de los Bóeres y de la Primera Guerra Mundial, además de excelente deportista y jugador de ajedrez (ganó el campeonato mundial de Irlanda de 1929). Escribió más de sesenta libros, todos ellos con pluma de ave. Sin duda, lo más memorable de su fecunda vida productiva son sus cuentos maravillosos, germen de las obras de J. R. R. Tolkien, Sinclair Lewis, E. R. Eddison y de todas las infinitas sagas de espadas y dragones que vinieron después.

En 1905 publicó *The Gods of Pegana*; en 1906, *Time and the Gods*; en 1910, *A Dreamer's Tales*, ilustrado por Sidney Sime, y en 1912 *The Book of Wonder*; son sus cuatro libros capitales, que escribió por puro placer. En todos ellos recrea un fabuloso mundo intemporal de dioses y diosas totalmente nuevos: Maná-Yood-Sushai, Mung, Sish, Kib, Roon, Slid… Es evidente que todas estas exóticas divinidades no brotaron en su mente como setas silvestres. Dunsany se había empapado previamente de la mitología céltica irlandesa y del *corpus* de cuentos de hadas tradicionales. Pero esto empaña la frescura y originalidad de sus relatos. Aunque la mayor parte de su literatura no es propiamente fantástica —ya que no sucede en la vida real— sin embargo abrió el camino a la larga sucesión de novelas de fantasía.[8]

En el siglo XX, el relato fantástico sufrió una profunda transformación a partir de tres figuras de muy distinta naturaleza: Kafka, Lovecraft y Borges. Son como tres grandes ramas de la literatura de la que surgieron a lo largo del siglo sucesivas ramificaciones.

Cuando el doctor Freud dictaminó a principios del siglo XX que sólo un 10% de toda nuestra organización mental es consciente, nuestra evolución cultural siguió su camino con plena confianza y el más completo rechazo por el 90% restante. Sin embargo, desde finales de siglo XIX, unos pocos artistas emprendieron la búsqueda de ese 90% perdido que desde el Siglo de las Luces había sido puesto en cuarentena. Uno de ellos fue Franz Kafka (1883-1924).

Según Tzvetan Todorov, máximo exégeta de lo fantástico, *La metamorfosis* (1912) no correspondería a esta denominación literaria: la literatura fantástica «parte de una situación totalmente natural para llegar a lo sobrenatural», mientras que la transformación sufrida por Gregorio Samsa «parte de un acontecimiento sobrenatural para darle, en el curso del texto, un aire cada vez más natural», sin asomo de vacilación o asombro por parte del protagonista y el narrador. Para Todorov, como también para Callois, debe de existir una *ruptura* que divida el universo en dos mitades contrarias, «una irrupción de lo inadmisible» en el mundo real cotidiano, tal como sucedía en el siglo XIX. Pero el mundo, pese a seguir rigiéndose por los mismos patrones, había cambiado por completo. A principios del siglo XX, la teoría de la relatividad de Einstein y el inconsciente de Freud pusieron patas arriba todas las bases racionalistas e ideológicas del siglo XIX. Además, tras la culminación de la novela realista con Flaubert y Tolstói, el nuevo siglo comenzó a buscar otras formas de expresión, más allá del realismo, y la peculiar circunstancia de que un hombre despierte una mañana en su cuarto convertido en un horroroso insecto no afecta ya a la cuestión de las *causas*; ni siquiera a sus *efectos*, pues ni el protagonista apela al asombro, ni el narrador a lo patético o terrorífico que supone semejante experiencia. Lo «fantástico» ha pasado a formar parte del mundo, o al menos a la manera de representarlo.

Según Max Brod, cuando Kafka leyó el primer capítulo de *El proceso*, ambos se tiraban al suelo de risa; y podemos suponer que algo parecido debió de ocurrir con *La metamorfosis*. Se ha producido un cambio sustancial en la sensibilidad del nuevo siglo: ahora el horror hace reír. La suave sonrisa del XIX se ha transmutado en descarnada ironía. Más de la mitad de la lectura de *La metamorfosis* es sumamente cómica (curiosamente, el resto se va haciendo cada vez más conmovedor y patético). A pesar de todo, el insólito e insoportable mundo absurdo de Kafka siempre transmite una profunda sensación de *extrañeza*, que, es en definitiva uno de los elementos esenciales de lo fantástico. Aunque este cuento, por razones de espacio, no figura en esta antología, su influencia sobre la literatura del XX es tan evidente que casi no se podría hablar de literatura fantástica sin dejar de citarlo.

En otro nivel totalmente diferente se encuentra H. P. Lovecraft (1890-1937). La inmensa popularidad y la decisiva influencia que ejerció sobre el cuento de terror en su evolución a la ciencia-ficción, lo convierten en una figura paradigmática del siglo pasado.[9]

Lovecraft trabajaba durante el día con las persianas bajadas. La oscuridad y la noche fueron siempre sus elementos más íntimos, pues le permitían concentrarse en lo único que le interesaba: transmutar sus pesadillas en goce estético. Sus primeros cuentos, muy influenciados por Poe, evocan el ambiente gótico de las viejas y decrépitas mansiones. Luego pasó por una época muy dunsaniana, de intensa fantasía poética aunque no exenta de elementos terroríficos.

Al morir su madre —tras un breve y malogrado matrimonio—, Lovecraft se vio impelido a dejar su aislamiento para ganarse la vida, y empezó a escribir cuentos y a colaborar con la célebre revista *Weird Tales*. Este

súbito contacto con el mundo transformó el punto de vista de sus relatos, que empezaron a adoptar su forma definitiva. Abandonó la ambientación poético-onírica de su período dunsaniano, para situar sus historias en los escenarios del mundo real. Las presencias del otro mundo ya no pertenecían a un universo de fantasía, ahora eran seres malignos y terroríficos, contemplados siempre bajo la óptica científica. Si Machen, Blackwood, Benson y la mayoría de los cultivadores del género, siempre invocan la existencia de un mundo espiritual, paralelo inmaterial y misterioso, Lovecraft instaura lo que más tarde se ha dado en llamar *cuento materialista de terror*.

Durante toda su vida Lovecraft fue un ateo materialista a quien le repugnaba todo aquello que tuviera que ver con su tiempo. En realidad, era un escéptico dieciochesco, hijo directo de Locke y el empirismo inglés, al que paradójicamente le fascinaban los mitos. Su profundo materialismo tuvo que convivir con una honda nostalgia de la poesía de las antiguas religiones. Quizá su máxima contribución como escritor haya sido la de haber aportado a la literatura moderna una nueva mitología, una especie de oscuro politeísmo neopagano que simboliza a las fuerzas irracionales de lo inconsciente en lucha contra la razón, que las reprime: «los Mitos de Cthulhu —escribe Llopis— constituyen una racionalización de contenidos numinosos oníricos en un nivel lógico y científico. Contienen, pues, el germen de una religión. Pero este germen, en vez de crecer como creencia, se orientó hacia un plano puramente estético, donde se desarrolló sin trabas».

En cualquier caso, el hecho de que esta nueva «mitología» estableciera sus premisas bajo los dominios de la pura ficción no fue ningún obstáculo para que dispusiera de su cosmogonía, sus libros canónicos, sus lugares

sagrados y sus cultos secretos.[10] La idea central de la mitología lovecraftiana descansa en la más pura paranoia: hace millones de años, antes de la aparición en la Tierra del ciclo biológico humano, existían unos seres llamados los Primordiales. Estas poderosas criaturas, expulsadas de nuestro universo tridimensional, tuvieron que exiliarse: Hastur, el Inefable, se refugió en el lago Hali, cerca de la ciudad alienígena de Carcosa; el Gran Cthulhu duerme en una remota ciudad bajo el mar; Ithaqua fue desterrado a los helados páramos árticos, mientras que otras fueron arrojadas a otras dimensiones espacio-temporales. Todos coexisten en estado letárgico, pero continúan al acecho esperando el momento de reconquistar el planeta.

Ante semejante panorama, era de esperar que la crítica lo haya tratado siempre con sumo desdén. Sin embargo, todos los intentos de desmitificar a Lovecraft han fracasado y con el tiempo, él mismo se ha convertido en algo tan mítico como sus propias ficciones. Algo semejante ha sucedido con Bram Stoker: a mediados del siglo pasado, *Drácula* era considerado por la crítica un subproducto literario popular, pero a finales de siglo tuvo que ser elevado extrañamente a la categoría de clásico, como también sucedió con Conan Doyle o Stevenson. Lo cual es un claro indicio de lo vanos y artificiales que resultan los esfuerzos por medir esa inefable cualidad que llamamos clásico a través de la teoría. El tiempo acaba carcajeándose de todo ello e imponiendo sus leyes, porque, finalmente, clásicos acaban siendo todos aquellos libros que siempre continúan vivos.

El cuento que figura en esta antología, *La música de Erich Zann (The Music of Erich Zann, 1921)*, no pertenece al ciclo de los mitos. Su enloquecido torrente de adjetivos y exclamaciones hubiera chirriado un poco junto al estilo de los demás cuentos reunidos en este libro. Alejada de tales abusos, esta historia (además de estar muy bien escrita)

tiene el enorme atractivo de ser el cuento que Lovecraft más apreciaba de entre los suyos.

Si Lovecraft es la cima de lo fantástico popular, Jorge Luis Borges (1899-1986) elevó el cuento fantástico al lugar más elitista que pueda imaginarse. La aparición de *Ficciones* en 1944 y de *El Aleph* en 1949 abrió un nuevo universo nunca soñado antes por la imaginación fantástica. Sus cuentos son cualquier cosa menos un género. Son una *summa* de géneros y saberes que van incluso más allá del lenguaje habitual de la literatura, al abrir nuevos caminos narrativos a través de la metafísica, la teología, las visiones místicas, las matemáticas y las paradojas lógicas de la ciencia. En Borges, el viejo escalofrío al ser rozado por un fantasma en la noche cede su lugar al laberinto, el infinito, el tiempo, los espejos o la vida como sueño; estas son ahora las hermosas metáforas que conforman la vasta perplejidad del artista frente a lo inefable del mundo.

A pesar de ser un educado conservador en materia política («lo cual es una forma de escepticismo»), en realidad, Borges hizo temblar los cimientos de su tiempo. Apartado de los desórdenes verbales que profesaron las vanguardias, invoca a la claridad del pasado a la vez que inventa una nueva manera de formular la literatura. Y, además, nadie antes había escrito así en español.

Como Lovecraft, Kafka, Poe, y tantos otros, Borges sintió aversión hacia las limitaciones del realismo. Fue un poeta que escribía cuentos y ensayos, y un ensayista que juzgaba la metafísica como una de las ramas de la literatura fantástica. En el fondo, para Borges todo es literatura, todo es ficción: de ahí que no deje de sonreír ante las construcciones ilusorias de la razón humana. El cuento ya no es un fragmento de vida humana, ni siquiera un argumento sobrenatural o inquietante: se ha convertido en puro vértigo de la inteligencia. En su entrevista con Richard

Burgin, confiesa que su primera lectura de *La República* de Platón le causó cierto miedo: «el mundo de las cosas eternas (los arquetipos) era de alguna manera misterioso y terrorífico». Consciente de que, llevada a sus límites, la realidad sobrepasa con creces las capacidad humana de comprensión, halló en la perplejidad la emoción más genuina y profunda. Entonces, el verdadero deleite del arte es la contemplación tácita y laberíntica del misterio de todas las cosas.[11]

«Muy anterior a la literatura realista», escribe Borges en su prólogo a los cuentos de Arthur Machen, «la literatura fantástica es de ejecución más ardua, ya que el lector no debe olvidar que las fábulas narradas son falsas, pero no su veracidad simbólica y esencial». Irónicamente consciente de que finalmente la mentira es la verdad del arte, sus fábulas siempre admiten otras lecturas simbólicas, como sucede con las novelas de Kafka, que nunca deben confundirse con las alegorías.

Las ruinas circulares (1940) no sólo es uno de sus mejores cuentos, es también uno de sus procesos creativos más excepcionales. Nunca le había ocurrido nada igual: durante toda la semana que tardó en escribirlo, se encontró arrebatado por la idea del *soñador soñado*. Cumplía con sus modestas funciones en una biblioteca del barrio de Almagro, veía a sus amigos, iba al cine, llevaba su vida corriente, pero al mismo tiempo sentía que todo era falso, que lo verdadero era el cuento que estaba imaginando y escribiendo.

También en 1940, Borges publica junto a Silvina Ocampo y Bioy Casares la célebre *Antología de la literatura fantástica*, que tiene un carácter fundacional en la cultura literaria hispanoamericana. La aparición de este volumen en Buenos Aires marca el final del etnocentrismo anglosajón respecto al cuento fantástico. A partir de los años cuarenta ya no es algo privativo de la cultura anglosajona; se

universaliza, alcanzando unas perspectivas absolutamente renovadoras. Buenos Aires es la nueva meca de la imaginación literaria. Junto a Borges, Bioy y Silvina Ocampo, se encuentran Julio Cortázar, José Bianco, Juan Rodolfo Wilcock, Santiago Dabove, Enrique Anderson Imbert…, y también la chilena María Luisa Bombal. Buenos Aires es un hervidero literario, pero el resto del continente americano no es menos fértil: en Cuba está Alejo Carpentier; en Colombia, Gabriel García Márquez, y en México, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes y el oculto Francisco Tario. De todos ellos, sólo Carpentier y Cortázar sintieron la necesidad de aclarar los principios de su poética.

En 1949, Alejo Carpentier (1904-1980) publicó en Caracas su famoso artículo sobre *lo real maravilloso*, en el que trataba de distinguir las diferencias esenciales entre la manera que tiene Europa de afrontar este concepto y la vivencia que tiene Hispanoamérica de asumirlo. Carpentier, cubano nacido en Suiza, de padres franceses cultos y refinados, viajó a Haití en 1943, y el encuentro con la realidad afroamericana, con su música y sus creencias ancestrales, tuvo un gran impacto en su imaginario. Allí descubrió que lo maravilloso no es bello ni feo, sino asombroso, y que siempre se refiere al aspecto *extraordinario* del mundo: a esa sutil alteración de la realidad que produce la fe colectiva en los milagros, y supone una «ampliación de escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad».

Carpentier, que había estado en París a finales de los años veinte, dispara contra la manera que tiene Europa de acceder a lo maravilloso a través de «trucos de prestidigitación», en referencia al grupo surrealista que había conocido de pasada en la capital francesa. Para él, lo maravilloso ya no existe en Europa: desde hace siglos ha perdido su contacto directo con el mundo mítico. Sin

embargo, en la barroca y mestiza (Hispano) América, todo este sustrato imaginario ha continuado vivo en «estado bruto, latente». Desde la conquista, lo insólito siempre fue cotidiano. De ahí la necesidad de buscar un lenguaje capaz de traducir esta realidad alucinada que permita ver el mundo con ojos nuevos. Carpentier insta al continente americano a emanciparse de la historia y la cultura europeas, le apremia a descubrir en su propia realidad una nueva forma de entender el arte. *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad* serán las consecuencias más elaboradas de esta conjunta concepción literaria, en la que los escenarios y personajes cotidianos se transforman en surreales sin provocar el más mínimo asombro en los personajes de la trama.

Por las venas de Julio Cortázar (1914-1984), corría el mismo espíritu renovador pero, quizá por su condición de argentino, no se sentía partícipe de la historia y los mitos americanos, sino muy próximo a los movimientos de vanguardia europeos. Traductor de la obra completa de Poe, descubrió en sus textos las leyes de la poética fantástica a la vez que la necesidad de renovarlas por completo. Cortázar se lanzó a escribir cuentos fantásticos porque era «la única manera de cruzar ciertos límites para instalarse en el territorio de *lo otro*». Desde el comienzo, sintió que el camino hacia esa *otredad* que buscaba no podía estar basada en los trucos de la literatura fantástica tradicional, ni en ningún clima macabro que conduce al miedo: «La irrupción de *lo otro* ocurre en mi caso de una manera marcadamente trivial y prosaica, sin advertencias premonitorias, tramas *ad hoc*, y atmósferas apropiadas». Lo fantástico del siglo XX no tiene nada que ver con lo hecho en el XIX. Cuando Cortázar reclama un registro más amplio y abierto para la categoría de lo fantástico no lo hace solamente porque desea abandonar todos los registros

prefabricados de los cuentos de fantasmas del ochocientos, sino porque ha bebido en las fuentes de Freud, el surrealismo y los ambientes de vanguardia parisinos. Bioy, que aborrecía tanto como Borges el desorden vanguardista, también abogaba por un espectro más amplio de temas y perspectivas. En el siglo XX, lo fantástico deja ya de ser un *género* literario concreto del mundo anglosajón —como aún pretendían sostener en los años sesenta los estructuralistas franceses— para convertirse en una poética literaria más ambigua y abierta, que percibe el mundo desde el interior. Ya no responde, o al menos explícitamente, a ninguna rebelión del alma, ahogada por el espíritu —*el espíritu de los tiempos*—, como sucedió en el Romanticismo. Ahora responde a una peculiar necesidad de renovar los lenguajes artísticos para expresar las metáforas subyacentes del mundo en toda su amplitud. Así pues, se lanzó a descubrir nuevos territorios metafóricos, nuevas perspectivas narrativas de los que —como ya advirtió Benjamin en relación con las parábolas de Kafka— carecemos de códigos interpretativos.

En cualquier caso, el mundo anglosajón continuó siendo fiel a su rica tradición sobrenatural, y a partir de los años cuarenta también renovaría su lenguaje a través de la ciencia-ficción. No obstante, la *ghost story* continuó (como siempre) dando excelentes frutos. En Inglaterra, el poeta, novelista y librero, Walter de la Mare (1873-1956) llevaría el cuento de fantasmas abierto y ambiguo a la más pura expresión psicológica, en retro-sintonía con Henry James. Sus mórbidos y refinados relatos despliegan toda la atmósfera y poder de sugerencia del cuento de miedo, sólo que el fantasma no aparece.

Otro interesante escritor, muy influenciado por la obra de Blackwood y M. R. James, fue Herbert Russell Wakefield (1888-1964), autor de siete volúmenes de *ghost stories*,

publicados entre 1928 y 1960, uno de ellos por Arkham House. Aunque August Derleth lo consideraba uno de los últimos maestros del género, apenas es leído en nuestros días. No sucede lo mismo con Leslie Poles Hartley (1895-1972), famoso por su novela *The Go-Between* (1953), que continúa reeditándose sin cesar, quizá porque Joseph Losey la llevó al cine en 1970. La obra de Hartley, que quedó muy tocado por la Primera Guerra Mundial, revela un paulatino desencanto con la sociedad moderna. Sus escenarios suelen ser casas o mansiones campestres de la clase acomodada, lejos del mundanal ruido, como los de Henry James, Onions o De la Mare, sus relatos han continuado la transmutación de la *ghost story* en el cuento psicológico moderno, en el que no es posible concluir si los hechos «sobrenaturales» ocurren realmente.

Por último, me gustaría destacar el que quizá sea el mejor escritor inglés de historias sobrenaturales de la segunda mitad del siglo pasado, Robert Aickman (1914-1981).**[12]** Escribió 48 relatos, más bien largos. Siempre sostuvo que no eran de horror, y prefirió llamarlos «historias de lo extraño». *Los cicerones* es uno de los más famosos. Sucede en un corto lapso de tiempo, lo que permite a Aickman modular perfectamente el clima y la intensidad del relato, que gira en torno al extravío de un turista inglés en una onírica catedral belga, en cuya cripta está a punto de celebrase un inquietante ceremonial. No tiene la densidad simbólica de *La habitación interior* o de *En las entrañas del bosque*, pero nos sumerge de igual modo en el más puro horror numinoso.**[13]**

Estados Unidos tampoco interrumpió su tradición sobrenatural. Las revistas *Weird Tales* y *Unknown Worlds* jugaron un papel esencial en el paso de las *horror stories* a la ciencia-ficción (muy popular en Estados Unidos) y a las sagas de fantasía. Durante los años cincuenta, Richard

Matheson, Ray Bradbury, Fritz Leiber y Charles Beaumont, a pesar de su pleno reconocimiento hacia la obra de Lovecraft, reaccionaron contra su prosa rimbombante (tan alejada del estilo minimalista, tipo Hemingway, que empezaba a imperar en esos años) y contra sus escenarios, deliberadamente anticuados, situando la acción de sus historias en los marcos más triviales y cotidianos de la sociedad de consumo norteamericana.

La figura dominante de los años sesenta fue Rod Serling, cuyo programa televisivo, *The Twilight Show*, hechizó a toda una generación de estadounidenses. Sin embargo, lo más concluyente de ese período (que, en realidad, dura hasta nuestros días) fue la fusión entre literatura, cine y series televisivas. *Best-sellers* como *Rosemary's Baby*, de Ira Levin, *The Exorcist* de Peter Blatty o *The Other* de Thomas Tryon, así como varias novelas de Stephen King, fueron llevadas al cine con gran éxito. Así, la literatura aliada a los media se convirtió en un objeto de consumo más o menos sofisticado. Shirley Jackson[14] y Joyce Carol Oates son la excepción.

Hasta aquí las grandes líneas históricas de la literatura fantástica. Veamos ahora cuáles son sus temas.

III

El repaso a la temática desarrollada en los relatos fantásticos otorga una vista panorámica de sus figuras, metáforas y perspectivas literarias. La *otredad* es un vasto campo de posibilidades y dilemas, cuya suma constituye todo el tejido metafórico de ese sentimiento de *extrañeza* que llamamos fantástico. Sus variantes son enormes, tal vez inabarcables, pero no sus temas medulares. Veamos:

—*El fantasma*, que regresa al mundo desde el más allá, es la primera y más constante figura de la literatura fantástica. Proviene de un arraigado terror ancestral que encontramos ya en *La Odisea* (cuando Ulises penetra en el Hades y conversa con los muertos), en las sagas islandesas medievales o el teatro isabelino. Más tarde, a principios del XVIII, vuelve a hacer su aparición en el escueto reportaje de Daniel Defoe, *A True Relation of the Apparition of One Mrs. Veal the Next Day after her Death to One Mrs. Bargrave at Canterbury the 8th of September*, y a finales de ese mismo siglo, resurge a borbotones, con la novela gótica. Sin embargo, las diferencias entre los fantasmas góticos y los modernos son notorias. En las novelas góticas las apariciones espectrales son más bien almas en pena (vagas presencias torturadas por un sentimiento de culpabilidad, que reclaman un enterramiento adecuado) o agentes del destino que presagian todo tipo de desastres. Casi todas las apariciones son de almas penitentes o agentes del destino. En cualquier caso, no tienen fuerza individual; forman parte de la atmósfera de los castillos o los cementerios. Además, nunca tocan a los vivos ni son peligrosos. En cambio, el fantasma moderno grita, muerde, succiona, estrangula o

destroza a sus víctimas. Según M. R. James, *debe* ser maligno, pues cuanto más amenazador sea, mayor será su efecto en el lector.

A veces, el fantasma se lamenta y susurra en la niebla, como en *La puerta abierta*, de Margaret Oliphant. Otras, está condenado a vagar eternamente por el mundo, como en el cuento medieval del *Cazador salvaje*, cuyo argumento William Austin renueva con originalidad en *Peter Rugg: The Missing Man*. La acción puede continuar en el Infierno, como en el relato de May Sinclair, *Donde el fuego nunca se apaga*, que rejuvenece la visión dantesca.[15]

En ocasiones, el fantasma no es un muerto, sino una imagen espectral proyectada por un *hombre vivo*. El folclore británico lo identifica con el *wraith*. Según dicen, las personas que se encuentran en un gran peligro envían su propia imagen telepática a sus seres queridos para pedir ayuda o anunciar su muerte. Una figura de este tipo aparece en *La mujer del sueño* de Wilkie Collins.

El amor es a menudo el núcleo emocional en que se fundan estas historia: *Vera* de L'Isle-Adam o *Los amigos de los amigos*, de Henry James, por poner dos ejemplos. Sin embargo, esta figura puede enturbiarse y asumir el arquetipo opuesto al sentimiento amoroso, el de la *mujer fantasma*, negativa y despiadada que poco a poco va absorbiendo la mente y personalidad de su víctima. En *La araña*, Hanns Heinz Ewers teje una lóbrega historia en torno al fatal hechizo que ejerce en un pobre estudiante de medicina una mujer desde la ventana de la casa de enfrente. El fantasma sigue los movimientos amatorios de las arañas hembras, que fascinan al mismo tiempo que atemorizan a los machos, para al final acorralarlos y sorberles las entrañas.[16] En *La muerte de Halpin Frayser*, de Ambrose Bierce, es la madre quien retorna en su aspecto más terrorífico para dar otra vuelta de tuerca al tema

edípico. En otras ocasiones, son los celos los que empujan al fantasma a consumar una venganza en el corto espacio de unos minutos, como sucede en el relato de Hugh Walpole, *La nieve*.[17]

En cualquier caso, el género del terror va mutando hacia la *ghost story* psicológica, para satisfacer a un público incrédulo que necesita cada vez más rigor en la forma de presentar los prodigios sobrenaturales. Robert Hichens y Oliver Onions se inclinan más por lo sobrenatural en los relatos de esta antología, aunque la hipótesis de la locura siempre flota en el ambiente; mientras que en *Te verde*, de Le Fanu y *El empapelado amarillo* de Perkins Gilman, *el pathos* pasa a primer plano. Y, curiosamente, conforme nos vamos acercando más al nuevo siglo, la idea del inconsciente de Freud parece estar cada vez más presente.

Pero no siempre ocurre así. *El accidente*, de la escritora inglesa Ann Bridge (también presente en esta antología) es un perfecto cuento de género, con todos los elementos del *thriller* y, además, con el atractivo añadido de desarrollarse en las cumbres nevadas de los Alpes.[18]

El fantasma de Francisco Tario (1911-1977) data de 1943, año en que, «medio risueño, medio horrorizado», escribió un libro insólito —*La noche*—, que rompería los moldes del panorama literario mexicano, al conceder voz a los objetos y los animales para ofrecernos su desengañada y grotesca visión del mundo. Bajo el influjo de Kafka y la antología bonaerense de literatura fantástica, Tario es uno de los mejores representantes latinoamericanos de este género. En *La noche de Margaret Rose*, todo el relato tiene un clima onírico que desemboca en la sorpresa final. Tario amaba los fantasmas, sus costumbres solitarias (la soledad es uno de sus temas recurrentes) y su persistente deseo de permanecer en el mundo. Cuando en 1967 su bella mujer, Carmen Farell, murió en Madrid, le dedicó su último libro,

Una violeta de más, con estas palabras: «Para ti, mágico fantasma, las que fueron tus últimas lecturas».

—*La personificación de la muerte* es un motivo habitual de muchas culturas. Aparece en la mitología egipcia, griega, maya, así como en las leyendas de los países islámicos; también lo encontramos en el folclore y, a partir de la Edad Media, en las alegorías literarias representada en la figura de la dama blanca y fría, o en las de esqueletos de las danzas de la muerte, sosteniendo una guadaña en la mano, tan extendidas en Europa después de la peste negra.

Edgar Alian Poe trató este tema en *La máscara de la Muerte Roja*. La narración transcurre durante un baile de máscaras organizado por un rey, que se ha protegido de la peste con toda su corte en un castillo. Uno de los invitados acude disfrazado con un traje blanco, semejante a una mortaja, y el rey, ofendido por ello, lo persigue por todos los aposentos, cada uno de ellos pintado de un color diferente. Cuando al fin llegan a una sala negra, el enmascarado grita y el rey cae muerto. El perseguido era la Muerte y, uno a uno, todos los invitados van muriendo antes de la medianoche.

Pedro Antonio de Alarcón también se sirve de este modelo. Primero, en *El amigo de la muerte*, donde la parca aparece encarnada por una figura de una persona de treinta y tres años, más bien asexuada, alta, hermosa y pálida, con largos cabellos oscuros, envuelta en una capa negra y cubierta por un gorro frigio. Después, en *La mujer alta*, donde asume una forma más descarnada: una mujer de gran estatura, pero que ahora tiene unos sesenta años, es fuerte, tiesa, de potentes ojos malignos y con una horrible mueca en su boca desdentada. Por su parte, Manuel Mújica Láinez también utiliza este motivo en *El hombrecito del azulejo*.

—*El pacto con el diablo* toma su modelo en la leyenda medieval de Fausto, que Goethe convertirá en la obra de su

vida. Pero existe un antecedente en el siglo IX, *Miraculum Sancte Marie de Theophilo penitente*, en el que el mediador es un judío. Un siglo después, la monja y poeta Hroswitha de Gandersheim adapta este texto a un poema narrativo, que más tarde alcanzará gran difusión con Gautier de Coincy. En España, su ejemplo más memorable es *El mágico prodigioso* de Calderón de la Barca, mientras que en Inglaterra lo es el inolvidable *Melmoth el errabundo*. Una de sus versiones más recientes la hallamos en el cuento del estadounidense Mack Reynolds, *Martinis 12 to 1*, en donde el diablo hace una apuesta con un hombre: ha servido trece martinis en la mesa, uno de ellos envenenado; cada vez que el hombre beba uno, el diablo le dará una cantidad de dinero, que irá subiendo…

—*Vampiros*. El ser humano siempre ha tenido el deseo de pensar inconscientemente que el mal existe *fuera* del corazón humano. Ninguna figura, aparte del demonio, ha encarnado mejor tal idea que el príncipe de la noche. Sin embargo, como pura creación humana, el vampiro proviene del interior, y simboliza tanto sus oscuras obsesiones sexuales como su terror profundo a la muerte y su sorda angustia ante la corrupción y fugacidad de la carne. Es el mito moderno por antonomasia. Un hermoso resumen de las emociones subliminales de la sociedad contemporánea; de ahí su extraña perpetuidad, inmune al desgaste de los años, que lo hace resucitar periódicamente con una nueva novela, película o serie. Su última versión es la del zombi, tosco monstruo simbólicamente llano. Tieck, Polidori, Gautier, Le Fanu y Marion Crawford escribieron piezas maestras.[19]

—*Hombres lobo*. El deseo inconsciente de convertirse en lobo es una fantasía bien conocida por la psicología moderna. El origen antropológico de tal pulsión ha de rastrearse en la antigua creencia sobre la transformación de las brujas en animales (gatos, perros, cerdos…) durante el

aquelarre. Lutero arrojó un perro negro por la ventana al creer que se trataba de una encarnación del demonio. Pero la creencia en la *licantropía* viene de más atrás. Ya en época romana encontramos alusiones en Ovidio y, sobre todo, en Petronio. Cervantes, en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, alude, en boca de un astrólogo, a una enfermedad que los médicos llaman «manía lupina», lo que denota que en el siglo XVII la leyenda aún seguía viva. Los ejemplos literarios más célebres son *Olalla*, de Stevenson; *Lokis*, de Mérimée; *El lobo blanco de las Montañas de Hartz*, de Frederick Marryat; *Gabriel-Ernest*, de Saki, y, más recientemente, *El cuento del licántropo*, de Landolfi, o *En compañía de lobos*, de Angela Carter.

—*Las casas o lugares hechizados* son un motivo clásico de la literatura victoriana, herencia de la novela gótica. *El castillo de Otranto*, la casa Usher, la mansión de *Otra vuelta de tuerca, La casa en el confín de la tierra*, de Hodgson; o la morada de *Las ratas de las paredes*, de Lovecraft; el hotel de *El resplandor*, de Stephen King, o las casas de muchos otros relatos. Las casas embrujadas ocupan un lugar central en la literatura fantástica. A veces son pisos o habitaciones, como la que ocupa el estudiante de *La araña*, o el del joven escritor del relato de Onions. En realidad, el tamaño o la forma carecen de importancia. Algunas historias nos hablan de cierta cualidad especial que tienen los lugares, y que los antiguos romanos llamaban *genius loci*. Así lo da a entender el escritor indio Nayer Masud (n. 1936) en *Lo oculto*, donde un joven de la India contemporánea, que ha conseguido un trabajo relacionado con la inspección de viviendas, descubre asombrado que en ciertas habitaciones hay zonas que provocan miedo o un deseo desconocido. Tan sólo se trata de una sensación, pero es tan intensa que el protagonista le concede una total credibilidad.[20]

En *La habitación amueblada*, O. Henry ofrece una breve muestra de su talento en un precario y sucio apartamento de Nueva York, empapelado en colores chillones, con horquillas, botones y un libro de adivinación onírica de los anteriores huéspedes.**[21]**

—*Metamorfosis*. A pesar de que Ovidio ya llamó así a su colosal compendio de mitos griegos y romanos, hoy es un tema asociado a Kafka.

Las transformaciones siempre han fascinado al imaginario por su enorme poder de extrañamiento, al cambiar la forma exterior mientras la personalidad interior permanece inalterada. Encontramos este motivo en Apuleyo y Petronio, en bastantes historias medievales, y más recientemente en el singular cuento *Ser polvo*, del argentino Santiago Dabove, en *La dama zorro*, de David Garnett, o en *The Return*, de Walter de la Mare, sobre la posesión de un hombre que descubre, al despertar y mirarse al espejo, *que tiene otro rostro*, como ocurre con la cara del cuadro en *El retrato de Dorian Gray*.

Esta antología cuenta con ejemplos notables. La narración de la vallisoletana Rosa Chacel (1898-1994), *Fueron testigos*, escrita a principios de los años cincuenta en Buenos Aires, durante su exilio, es una buena muestra de lo fantástico en el siglo XX. El cuento sucede en un cortísimo lapso de tiempo, en plena calle, a la luz del día, sin apenas dejar lugar a la vacilación. Poco después, petrificados por el asombro, sus testigos ya no podrán dar fe de lo que han visto con sus propios ojos. El resto lo hace la hermosa, densa y extraña prosa de su autora.

Axolotl es uno de los cuentos más conocidos de Julio Cortázar, y también de los mejores. En *Allal*, el escritor (y compositor) norteamericano Paul Bowles (1910-1999), afincado en Tánger muchos años, nos narra la desventurada

historia de un joven marroquí que siente tanta fascinación por una serpiente que acaba convirtiéndose en ella.

—*El doble*, o el enigma de la duplicidad o desdoblamiento del yo, ha capturado la imaginación de muchos escritores: E. T. A. Hoffmann, Andersen, Goethe, Poe, Stevenson, Maupassant, Dostoievski, Henry James, Thomas Mann, Borges, Cortázar, Nabokov… Todos ellos han desarrollado este tema recurrente de la literatura occidental desde su aparición en el Romanticismo. Para los hebreos la leyenda del doble significa el encuentro con Dios; para los escoceses, la proximidad de la muerte. En cambio, en los cuentos modernos gira en torno a la identidad y duplicidad del yo. En *Dos imágenes en el estanque*, de Papini, el protagonista se encuentra con su yo de hace siete años, en un melancólico jardín de hojas muertas, y lo que ve le horroriza.**[22]**

En 1989 Javier Marías (n. 1951) publicó en la editorial Siruela una singular antología titulada *Cuentos únicos*, sobre autores ingleses olvidados (la mayoría de ellos cultivadores de la rica tradición inglesa de las *horror stories*) que a su juicio escribieron un único cuento por el que serán recordados. Entre los diecinueve relatos que forman la antología, uno de ellos, *La canción de Lord Rendall*, firmado por un tal James Denham, es obra del propio Javier Marías. En cualquier caso, esta pequeña travesura apócrifa ha permitido a su autor atreverse a hacer algo que a lo mejor bajo su propio nombre nunca hubiera hecho: escribir un pastiche perfecto de las *ghost stories* inglesas. Para Marías, que es buen aficionado y conocedor de este género literario y que ha rastreado mucho en librerías inglesas para adquirir antiguas ediciones, el fantasma es, más que un tema, una figura querida. En varias ocasiones ha escrito sobre fantasmas (o apelado a ellos). Su largo relato, *Cuando fui mortal*, síntesis de algunos temas angulares en su narrativa,

bien pudiera haber figurado en esta antología, pero *La canción de Lord Rendall*, tal vez más perfecto, es desde luego más acorde con los cuentos aquí reunidos.

—*Monstruos*. En la mitología abundan los seres monstruosos: el Minotauro, el Cancerbero, la Medusa, las Sirenas, el Basilisco… En la Edad Media, el dragón, el grifo o la quimera llenaban los capiteles de las iglesias y catedrales. Siglos más tarde, los progresos de la zoología desterraron a estos seres al lugar de donde habían salido: el inconsciente. Pero eso no quiere decir que las pesadillas hubieran acabado. La literatura no ha sido ajena a estas hipérboles de la imaginación, y ha seguido soñando monstruos terroríficos que, a partir de Lovecraft y la ciencia-ficción, resultan más abominables. A mediados del XIX, el escritor irlandés Fitz James O'Brien (1828-1862) escribió un relato treinta años anterior a *El Horla* de Maupassant —titulado *¿Qué era eso?* —, que anticipa en más de medio siglo la temible hueste de seres de otros planetas de la ciencia-ficción del siglo XX.**[23]** Por su parte, E. F. Benson juega en su cuento *Orugas (Caterpillars)* con estos animales, agigantados de aspecto, para urdir una sutil metáfora del cáncer.

—*La estatua, el autómata o la armadura* forma parte de los más tiernos juegos de nuestra infancia: proyectamos nuestro mundo interior en nuestros muñecos y estos nos hablan y adquieren independencia. La literatura también se ha dejado fascinar por este sugerente juego de espejos. En 1835, Prosper Mérimée introdujo este motivo, con un matiz arqueológico, en su historia de *La Venus de lile*, sobre una estatua romana de bronce que una noche cobra vida para vengar una descuidada afrenta. Achim von Arnim también lo utiliza en su novela *Isabel de Egipto*. Pero es *El Golem*, de Gustav Meyrink, con su versión de una leyenda judía medieval en torno a un ser de barro animado por el rabino Judah Loew ben Bezalel mediante ciertas operaciones

mágicas, la obra que alcanzará mayor relieve y resonancia. Italo Calvino se sirve en *El caballero inexistente* de la metáfora de una armadura vacía, que habla y se mueve sin tener ningún cuerpo en su interior, para transmitir con una imagen metafórica el vacío artificial del hombre contemporáneo en su vana búsqueda del ser.

—*Magia*. La arquetípica figura del mago con poderes sobrenaturales recorre toda la literatura clásica, medieval y renacentista. En el siglo XVIII alcanza su máxima expresión con el *Fausto* de Goethe, mientras que en el XX sus mayores exponentes son Gandalf, de *El señor de los anillos* y El mago de los *Cuentos de Terramar*. Salvo el cuento de Silvina Ocampo, todos los relatos de esta antología que tocan este tema pertenecen al siglo XIX.

En primer lugar está el Balzac exuberante y mágico de *El elixir de larga vida* (1830); luego, el Balzac romántico de *Seraphita* (1835), sobre la androginia espiritual, impregnada del misticismo del sueco Emanuel Swedenborg, y la sugerente alegoría *La piel de zapa (La peau de chagrin)*, sobre una mágica piel que va disminuyendo a medida que el protagonista pide más favores. En *La pata de mono*, W. W. Jacobs (1863-1902) da un magnífico giro copernicano al argumento tradicional de los tres deseos, al convertir un cuento maravilloso en un dramático relato fantástico. En *La marca de la bestia*, Kipling nos introduce en un templo hindú en donde un inglés borracho profana la estatua del dios mono Hanuman, y entonces un hombre desnudo y sin rostro surge del hueco que hay detrás de la imagen del dios. Su cuerpo brilla como la plata a la luz de la luna, porque es un leproso blanco cuya enfermedad le ha devorado la cara. Pasa aullando, como una nutria, junto al inglés y lo marca fatídicamente. La maldición de un brujo que produce una espantosa enfermedad también se cumple inexorablemente

en *Lukundoo*, del norteamericano Edward Lucas White (1866-1934).

En *¿Quién sabe?*, Maupassant emplea procedimientos más elegantes para introducirnos en el universo mágico mediante la silenciosa y suave salida de todos los muebles y objetos de una casa. Maupassant pensaba que, una vez instalada la duda en la gente, el arte tenía que hacerse más sutil. El escritor debía merodear en torno a lo sobrenatural, pero siempre quedándose en el umbral del misterio para dejar al lector sumergido en un mar de ambigüedad.

Silvina Ocampo nos muestra en *Los objetos* una situación diametralmente opuesta a la del relato de Maupassant. Aquí los objetos no se van volando de la casa, sino que son reencontrados de manera extraña años después. La protagonista es una mujer de buena posición venida a menos, que ha perdido muchas pertenencias a lo largo de su vida. Al principio se alegra de su nuevo y mágico don, pero el insospechado descubrimiento del cruel secreto que guardan las posesiones —por muy pequeñas que sean— le hará cambiar totalmente de parecer.[24]

El tatuaje, de Junichiro Tanizaki (1886-1965), también podría estar en el apartado de las metamorfosis por la araña maravillosa, creada con la sangre y el dolor de una joven doncella, que está a punto de cobrar vida, pero el cuento no es nada explícito, y ahí radica precisamente su eficacia.

—*Otras dimensiones*. Aunque la hipótesis científica de los universos paralelos se haya popularizado en los últimos años, la idea de la pluralidad de los mundos no es nueva. Fontenelle profesó esta teoría a finales del siglo XVII, como antes lo había hecho Giordano Bruno. A mediados del siglo XX, Adolfo Bioy Casares (1914-1999) se sirve en *La trama celeste* de la teoría de Blanqui sobre la existencia de infinitos mundos idénticos, levemente diversos, para estructurar su relato acerca de un aviador que, tras algunas

acrobacias en el aire, aterriza en el aeropuerto de otro Buenos Aires casi idéntico. A Bioy (para quien la escritura fue siempre un riguroso ejercicio mental) le gustaba que sus cuentos tuvieran una explicación fantástica, pero no sobrenatural. *El extraño caso de los ojos de Davidson*, de Wells y *El cuento más hermoso del mundo*, de Kipling, son otras dos brillantes versiones del mismo tema.

—*Paradojas del tiempo*. Desde que Einstein pulverizó el concepto newtoniano de tiempo absoluto al demostrar su esencial relatividad, el estudio científico de sus paradojas no ha cesado de sumar nuevas interpretaciones, cada cual más asombrosa. Pero, si la ciencia ha tratado de buscar en los últimos años leyes generales que unifiquen las teorías cosmológicas con la física de partículas, el arte, en cambio, como ya había predicho el patafísico doctor Faustroll de Alfred Jarry, ha considerado que el verdadero estudio de la realidad no estriba en buscar las leyes generales que rigen el mundo sino en encontrar las leyes que muestran las *excepciones*.

La más célebre de estas paradojas temporales acaso sea el viaje espacial al porvenir que narra H. G. Wells en *La máquina del tiempo*. Por el contrario, el protagonista de *The Sense of the Past*, de Henry James, viaja al pasado a fuerza de identificarse con el siglo XVIII. Alejo Carpentier publicó en 1944 (un año después de su viaje a Haití) *Viaje a la semilla*, uno de sus textos más importantes. Según cuenta en su *Autobiografía*, lo escribió en el curso de una sola noche, y lo que es más relevante, supuso la revelación de su estilo narrativo. El mundo en el que se desenvuelve este relato no es en absoluto fantástico. Todo es como en la realidad: el tiempo fluye naturalmente, sólo que fluye al revés.

En *La leyenda de los durmientes* (1983), el escritor serbio Danilo Kiš (1935-1989), recoge la antigua leyenda cristiana de los siete durmientes de Éfeso. Esta fábula trata sobre

siete jóvenes que huyeron de las persecuciones del emperador Decio en el año 250 de nuestra era y se refugiaron en una caverna del monte Celio; allí se tumbaron a dormir y no despertaron hasta pasados 300 años. El tiempo tampoco hace mella en el cuerpo de *Orlando*, el personaje de Virginia Woolf: nace en el siglo XVI, cambia de sexo en el XVIII y muere en accidente de moto en 1928. Pero son muy diferentes: mientras que *Orlando* es una fantasía inspirada en algunos rasgos de Vita Sackville-West —su amante— y de la historia de su linaje, el relato de Kiš detiene la acción del tiempo mediante un misterio puramente numinoso.

A veces las excepciones temporales aparecen a través de un gigantesco estiramiento del tiempo, como ocurre en el relato de lord Dunsany, *En donde suben y bajan las mareas*, en el que un cadáver constantemente desenterrado contempla el paso de los siglos desde un hoyo cubierto de fango, como también les sucede a los insólitos mensajeros del cuento de Buzzati,**[25]** que atraviesan vastos territorios en un viaje infinito.

—*Temas bíblicos*. La Biblia ha acaparado el imaginario colectivo occidental durante muchos siglos. El Paraíso y el Infierno han sido los dos temas más repetidos por la imaginación. Un testimonio de ello son los «libros proféticos» de Blake y *El paraíso perdido* de Milton. Sin embargo, los escritores no empezaron a emplear los motivos bíblicos con total libertad casi hasta el siglo XIX, cuando su utilización ya no era delito. Aun así, hasta principios del siglo XX no se publicarían las obras más relevantes sobre este tema. Esta antología tiene dos notables ejemplos. El primero, titulado *Lázaro*, es obra del prolífico escritor ruso Leonid Andréiev.**[26]** El Lázaro de Andréiev retorna impasible del reino de los muertos, donde todo lo humano le parece execrable, y lo único que quiere es morir. El relato no

presenta ninguna de las características usuales del cuento fantástico. Lázaro no es un *revenant* al uso. Sólo su circunstancia es sobrenatural —por cierto, muy semejante al de *El gallo huido*, de D. H. Lawrence—; sin embargo, aquí el alma torturada de esta numinosa figura bíblica es utilizada por Andréiev únicamente para volcar sobre ella toda la desesperanza del hombre moderno, toda su propia desazón con el mundo.

El segundo ejemplo es *La estatua de sal*, de Leopoldo Lugones (1874-1938). Según Borges, todo el proceso de la literatura argentina del siglo XX se encuentra en la obra de Lugones: el pasado colonial (*El imperio jesuítico*), el Modernismo (*Los crepúsculos del jardín*), incluso lo escrito posteriormente (*Lunario sentimental*, que data de 1909). Tres años antes, había publicado *Las fuerzas extrañas* (de donde procede el cuento de esta antología), libro de cuentos que inaugura con *Yzur*, la ciencia-ficción en nuestra lengua. *La estatua de sal* renueva y aviva el antiguo misterio de este pasaje bíblico.

—*La inmortalidad*. Desde el poema de Gilgamesh, la mortalidad de la carne ha preocupado hondamente a los hombres de todas las épocas. De modo que la fantasía arquetípica de alcanzar la inmortalidad en esta vida ha tomado muchas formas a lo largo de la historia, desde el legendario elixir de larga vida de los alquimistas o los vampiros, a la leyenda antisemita de *El judío errante*, condenado a vagar siempre por el mundo hasta la segunda venida del Mesías. Su moderno avatar es titulado *El caso del difunto señor Elvesham*, de Wells, en el que un individuo lleva siglos intercambiando su cuerpo, cada vez que envejece, con el de cualquier joven incauto de buena complexión física.

Rider Haggard alcanza su más alta expresión con su novela *Ella (She)*, protagonizada por la inolvidable Ayesha,

reina milenaria de un pueblo del Antiguo Egipto. En *El inmortal* de Borges, un centurión romano de la era de Diocleciano recorre los siglos hasta llegar a la conclusión de que «ser inmortal es baladí». En el otro extremo tenemos el relato de Gustav Meyrink, *La visita de J. H. Ohereit a las tempojuelas* que, además de abordar la naturaleza del tiempo, expone ignotos saberes sobre la inmortalidad.[27]

Las islas nuevas, de María Luisa Bombal, parece a primera vista un relato sobre la inmortalidad, pero en el fondo se trata de una fábula mucho más extraña y rica en simbolismos. Unos cazadores llegan a una casa de campo; además de buscar sus presas, desean visitar cuatro nuevas islas que acaban de surgir del mar. En la casa hay una mujer delgada, enigmática y un poco salvaje, que a pesar de su edad madura conserva inmaculada toda su juventud. Siempre duerme sobre el lado izquierdo y tiene unas pesadillas en las que desciende a tenebrosas regiones. Pero lo más extraño de todo es la protuberancia de su espalda, que insinúa levemente el nacimiento de un ala. La correspondencia entre esta mujer misteriosa con las islas nacientes, metáfora de las fuerzas elementales de la naturaleza y de la vida, encarna perfectamente el misterio del eterno femenino.[28]

—*Sueño y realidad*. Según el *Vedanta*, el alma crea el mundo y lo despliega en su propia imaginación. Esta idea recorre los siglos y todas las culturas de la Tierra. En Asia la encontramos muy desarrollada en el budismo; también en el hinduismo y en el taoísmo; en Occidente, en Platón, Leibniz, en las *Meditaciones metafísicas*, de Descartes y, sobre todo, en Berkeley. La literatura tampoco desperdició esta hermosa metáfora desde Shakespeare y los poetas isabelinos a Calderón de la Barca. En fechas más recientes, retorna con toda brillantez en *Io*, de Oliver Onions, y en *La noche boca arriba*, de Cortázar. *La visita del caballero enfermo*, de

Papini, es una melancólica reflexión sobre la ilusoria condición humana, pero enriquecida con una idea mucho más inquietante: *¿quién es el que me sueña?* ¿Quién es ese ignoto ser que yo no conozco y al que pertenezco? En *Las ruinas circulares*, Borges retoma esta antigua conjetura a partir del laberíntico pasaje de *Alicia a través del espejo*, en el que Alicia está soñando con el Rey Rojo, el cual sueña a la par con Alicia, que a su vez sueña con el Rey Rojo, y así sucesivamente. Acaso el cuento de Borges sea el ejemplo más perfecto de esta pesadilla soñada por todos.

El pie de la momia es un cuento deliberadamente ligero. Gautier nos revela en él toda su pasión colorista por el Antiguo Egipto, y aunque el recurso del sueño parece en principio fácil, todo da un giro completo cuando el protagonista encuentra, al despertar, un precioso objeto procedente del lugar que había visitado en sueños.

—*Alucinaciones*. Por último, volvemos a la perenne duda —primer requisito de lo fantástico— sobre la naturaleza de los hechos narrados: si realmente son fabulosos y sobrenatura, o si son obra del *pathos*, como sucede con la mujer del relato de Perkins Gilman, enloquecida por los monstruos que se esconden en el empapelado de su cuarto; o la locura de Monkton, que pone en tela de juicio toda la historia narrada. Pero ¿acaso no ocurre lo mismo con el estudiante de Ewers o el deslumbrado escritor de Onions?

El personaje de *El ángulo del horror*, de Cristina Fernández Cubas, descubre, primero a través de un sueño, cierta apertura en la mente desde la cual puede verse *otra parte* de la realidad. Quien asume esta nueva perspectiva sufre un proceso psicótico, que contagia a su hermana. Pero el cuento admite varias lecturas, y, por encima de todo, es una perfecta metáfora sobre el punto de vista desde el cual parte toda la literatura fantástica.[29]

Masud también nos habla de ciertos lugares ocultos de las casas en donde se experimenta *miedo* o *deseo*. Pero ¿cuál es la legitimidad de este sentimiento? ¿Cuál es su realidad o irrealidad? La literatura fantástica responde a esta pregunta con metáforas: lo extraño, lo numinoso, lo extraordinario, sólo permite aproximaciones, analogías, *imágenes*. Esta es la sintaxis de su poética. Como dice Hamlet: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que el sueño de tu filosofía». Tal es el punto de partida del que arrancan todos estos cuentos, y sin embargo, la tragedia de Hamlet es siempre la duda. El gusano en el fruto del Paraíso.

Nota a la presente edición

Esta antología tiene su punto de partida en un viejo sueño: publicar en español los dos volúmenes de la *Anthologie du fantastique* de Roger Caillois. Pero, al ponerme en contacto con Gallimard para la adquisición de los derechos, me comunicaron cortésmente que por tratarse de una obra publicada en 1966, sentían mucho no poder facilitarme, al cabo de tanto tiempo, los derechos de todos aquellos autores cuyo *copyrigth* seguían aún vigentes. Actualmente suponía demasiado trabajo, y no lo podían asumir. De modo que ante el resignado panorama de tener que trabajar para los demás, decidí rastrear mis recuerdos de lector, dar varias vueltas al mundo de mi biblioteca, y hacer mi propia antología.

De Caillois conservé su estructura abierta a la universalidad. En cambio, en lugar de dividir la antología en apartados, como hizo el escritor francés, atribuyendo a cada uno de ellos un país, desterré cualquier vestigio de nacionalismo en la mía y decidí ordenarla cronológicamente, a fin de mostrar con claridad la evolución que ha tenido la literatura fantástica en el curso del tiempo. Es difícil no tener algunas coincidencias con Caillois, la antología de Borges, Bioy y Ocampo, o con los dos volúmenes de cuentos fantásticos del XIX de Italo Calvino. La verdad es que no he podido superar algunas afinidades: ¿cómo no incluir tal o cual cuento de Borges, Villiers, Hoffmann, Vernon Lee o Cortázar, cuando es el que más me gusta de ese autor? Con todo, la mayor parte de este libro se debe a mi biobibliografía como lector y editor.

En cualquier caso, en ningún momento me he dejado tentar por la pretensión de centrar los criterios de selección de esta antología en elegir piezas raras o en descubrir terrenos vírgenes o de mucha actualidad. Tampoco he tenido reparo de incurrir en ciertos tópicos, por la sencilla razón de que, mal que nos pese, suelen ser ciertos. De modo que, aunque algunos cuentos resulten muy conocidos, me parecieron imprescindibles para fijar mis criterios selectivos. Pero además, el buen lector sabe que leer un texto por primera vez es gozar con el asombro, pero la segunda es entenderlo (y disfrutarlo) plenamente.

Este libro es una síntesis de aquellos cuentos con los que más he disfrutado y que más me han acompañado a lo largo de mi vida. Constituyen, digamos, una especie de canon. A pesar de lo rimbombante que suena esta palabra, y lo impreciso o restrictivo (aunque sólo sea por motivos de espacio) que resulta siempre una selección para el propio antólogo, es obvio que la nómina nunca acaba de satisfacer del todo, pues nunca llueve a gusto de todos. Aun así, me reconforta pensar que esta caja contiene ya suficientes golosinas.

Por último, quisiera agradecer a Juan Antonio Molina Foix sus doctas apreciaciones, a las editoriales Acantilado, Alba, Alfaguara, Alianza, Farrar Straus & Giroux, Random House Mondadori, Rey Lear, Valdemar por la cesión de los textos, a los traductores Ana Becciu, Luis Alberto de Cuenca, Rocío Moriones, José Luis López Muñoz, Ana Poljac, Francisco Torres Oliver, Paul Viejo, por su empatía con el proyecto, y, especialmente, a Francisco Peláez y a la Fundación Alejo Carpentier.

Jacobo Siruela

RELATOS

El hombre de arena

E. T. A. Hoffmann

(1817)

Traducción de Violeta Pérez Gil

Nataniel a Lotario

Sin duda estaréis inquietos porque hace mucho tiempo que no os escribo. Mamá estará enfadada y Clara pensará que vivo en tal torbellino de alegría que he olvidado por completo la dulce imagen angelical tan profundamente grabada en mi corazón y en mi alma. Pero no es así; cada día, cada hora, pienso en ustedes y el rostro encantador de Clara vuelve una y otra vez en mis sueños; sus ojos transparentes me miran con dulzura, y su boca me sonríe como antaño, cuando volvía junto a vosotros. ¡Ay de mí! ¿Cómo podría haberos escrito con la violencia que anidaba en mi espíritu y que hasta ahora ha turbado todos mis pensamientos? ¡Algo espantoso se ha introducido en mi vida! Sombríos presentimientos de un destino cruel y amenazador se ciernen sobre mí, como nubes negras, impenetrables a los alegres rayos del sol. Debo decirte lo que me ha sucedido. Debo hacerlo, es preciso, pero sólo con pensarlo oigo a mi alrededor risas burlonas. ¡Ay, querido Lotario, cómo hacer para intentar solamente que comprendas que lo que me sucedió hace unos días ha podido turbar mi vida de una forma terrible! Si estuvieras aquí podrías ver con tus propios ojos; pero ciertamente piensas ahora en mí como en un visionario absurdo. En pocas palabras, la horrible visión que tuve, y cuya mortal influencia intento evitar, consiste simplemente en que, hace unos días, concretamente el 30 de octubre a mediodía, un vendedor de barómetros entró en mi casa y me ofreció su

mercancía. No compré nada y lo amenacé con precipitarlo escaleras abajo, pero se marchó al instante.

Sospechas sin duda que circunstancias concretas que han marcado profundamente mi vida conceden relevancia a este insignificante acontecimiento, y así es en efecto. Reúno todas mis fuerzas para contarte con tranquilidad y paciencia algunas cosas de mi infancia que aportarán luz y claridad a tu espíritu. En el momento de comenzar te veo reír y oigo a Clara que dice: «¡son auténticas chiquilladas!». ¡Ríanse! ¡Ríanse de todo corazón, se lo suplico! Pero ¡Dios del cielo!, mis cabellos se erizan y me parece que los conjuro a burlarse de mí en el delirio de la desesperación, como Franz Moor conjuraba a Daniel. Vamos al hecho en cuestión.

Salvo en las horas de las comidas, mis hermanos y yo veíamos a mi padre bastante poco. Estaba muy ocupado en su trabajo. Después de la cena, que, conforme a las antiguas costumbres, se servía a las siete, íbamos todos, nuestra madre con nosotros, al despacho de nuestro padre, y nos sentábamos a una mesa redonda. Mi padre fumaba su pipa y bebía un gran vaso de cerveza. Con frecuencia nos contaba historias maravillosas, y sus relatos lo apasionaban tanto que dejaba que su pipa se apagase; yo estaba encargado de encendérsela de nuevo con una astilla prendida, lo cual me producía un indescriptible placer. También a menudo nos daba libros con láminas; y permanecía silencioso e inmóvil en su sillón apartando espesas nubes de humo que nos envolvían a todos como la niebla. En este tipo de veladas, mi madre estaba muy triste, y apenas oía sonar las nueve, exclamaba: «Vamos niños, a la cama… ¡el Hombre de Arena está al llegar…!, ¡ya lo oigo!». Y, en efecto, se oía entonces retumbar en la escalera graves pasos; debía ser el Hombre de Arena. En cierta ocasión, aquel ruido me produjo más escalofríos que de costumbre y pregunté a mi madre mientras nos acompañaba:

—¡Oye mamá! ¿Quién es ese malvado Hombre de Arena que nos aleja siempre del lado de papá? ¿Qué aspecto tiene?

—No existe tal Hombre de Arena, cariño —me respondió mi madre—. Cuando digo «viene el Hombre de Arena» quiero decir que tienen que ir a la cama y que sus párpados se cierran involuntariamente como si alguien les hubiera tirado arena a los ojos.

La respuesta de mi madre no me satisfizo y mi infantil imaginación adivinaba que mi madre había negado la existencia del Hombre de Arena para no asustarnos. Pero yo lo oía siempre subir las escaleras.

Lleno de curiosidad, impaciente por asegurarme de la existencia de este hombre, pregunté a una vieja criada que cuidaba de la más pequeña de mis hermanas, quién era aquel personaje.

—¡Ah mi pequeño Nataniel! —me contestó—, ¿no lo sabes? Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndolos llorar sangre. Luego los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos.

Desde entonces, la imagen del Hombre de Arena se grabó en mi espíritu de forma terrible; y, por la noche, en el instante en que las escaleras retumbaban con el ruido de sus pasos, temblaba de ansiedad y de horror; mi madre sólo podía entonces arrancarme estas palabras ahogadas por mis lágrimas: «¡El Hombre de Arena! ¡El Hombre de Arena!». Corría al dormitorio y aquella terrible aparición me atormentaba durante toda la noche.

Yo tenía ya la edad suficiente como para pensar que la historia del Hombre de Arena y sus hijos en el nido de la luna creciente, según la contaba la vieja criada, no era del

todo exacta; sin embargo, el Hombre de Arena siguió siendo para mí un espectro amenazador. El terror se apoderaba de mí cuando lo oía subir al despacho de mi padre. Algunas veces duraba su ausencia largo tiempo; luego, sus visitas volvían a ser frecuentes; aquello duró varios años. No podía acostumbrarme a tan extraña aparición, y la sombría figura de aquel desconocido no palidecía en mi pensamiento. Su relación con mi padre ocupaba cada vez más mi imaginación, la idea de preguntarle a él me sumía en un insuperable temor, y el deseo de indagar el misterio, de ver al legendario Hombre de Arena, aumentaba en mí con los años. El Hombre de Arena me había deslizado en el mundo de lo fantástico, donde el espíritu infantil se introduce tan fácilmente. Nada me complacía tanto como leer o escuchar horribles historias de genios, brujas y duendes; pero, por encima de todas las escalofriantes apariciones, prefería la del Hombre de Arena que dibujaba con tiza y carbón en las mesas, en los armarios y en las paredes bajo las formas más espantosas. Cuando cumplí diez años, mi madre me asignó una habitación para mí solo, en el corredor, no lejos de la de mi padre. Como siempre, al sonar las nueve el desconocido se hacía oír, y había que retirarse. Desde mi habitación lo oía entrar en el despacho de mi padre, y poco después me parecía que un imperceptible vapor se extendía por toda la casa. La curiosidad por ver al Hombre de Arena de la forma que fuese crecía en mí cada vez más. Alguna vez abrí mi puerta, cuando mi padre ya se había ido, y me deslicé en el corredor; pero no pude oír nada, pues siempre habían cerrado ya la puerta cuando alcanzaba la posición adecuada para poder verle. Finalmente, empujado por un deseo irresistible, decidí esconderme en el gabinete de mi padre, y esperar allí mismo al Hombre de Arena.

Por el semblante taciturno de mi padre y por la tristeza de mi madre supe una noche que vendría el Hombre de

Arena. Pretexté un enorme cansancio y abandonando la sala antes de las nueve fui a esconderme detrás de la puerta. La puerta de la calle crujió en sus goznes y lentos pasos, tardos y amenazadores, retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras. Mi madre y los niños pasaron apresuradamente ante mí. Abrí despacio, muy despacio, la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, en silencio y de espaldas a la puerta. No me vio, y corrí a esconderme detrás de una cortina que tapaba un armario en el que estaban colgados sus trajes. Después los pasos se oyeron cada vez más cerca, alguien tosía, resoplaba y murmuraba de forma singular. El corazón me latía de miedo y expectación. Muy cerca de la puerta, un paso sonoro, un golpe violento en el picaporte, los goznes giran ruidosamente. Adelanto a mi pesar la cabeza con precaución, el Hombre de Arena está en medio de la habitación ¡el resplandor de las velas ilumina su rostro! ¡El Hombre de Arena, el terrible Hombre de Arena, es el viejo abogado Coppelius que a veces se sienta a nuestra mesa! Pero el más horrible de los rostros no me hubiera causado más espanto que el de aquel Coppelius. Imagínate un hombre de anchos hombros con una enorme cabeza deforme, una tez mate, cejas grises y espesas bajo las que brillan dos ojos verdes como los de los gatos y una nariz gigantesca que desciende bruscamente sobre sus gruesos labios. Su boca torcida se encorva aún más con su burlona sonrisa; en sus mejillas dos manchas rojas y unos acentos a la vez sordos y silbantes se escapan de entre sus dientes irregulares. Coppelius aparecía siempre con un traje color ceniza, de una hechura pasada de moda, chaqueta y pantalones del mismo color, medias negras y zapatos con hebillas de estrás. Su corta peluca, que apenas cubría su cuello, terminaba en dos bucles pegados que soportaban sus grandes orejas, de un rojo vivo, e iba a perderse en un

amplio tafetán negro que se desplegaba aquí y allá en su espalda y dejaba ver el broche de plata que sujetaba su lazo. Aquella cara ofrecía un aspecto horrible y repugnante, pero lo que más nos chocaba a nosotros, niños, eran aquellas grandes manos velludas y huesudas; cuando él las dirigía hacia algún objeto, nos guardábamos de tocarlo. Él se había dado cuenta de esto y se complacía en tocar los pasteles o las frutas confitadas que nuestra madre había puesto sigilosamente en nuestros platos; entonces él gozaba viendo nuestros ojos llenos de lágrimas al no poder ya saborear por asco y repulsión las golosinas que él había rozado. Lo mismo hacía los días de fiesta, cuando nuestro padre nos servía un vasito de vino dulce. Entonces se apresuraba a coger el vaso y lo acercaba a sus labios azulados, y reía diabólicamente viendo cómo sólo podíamos exteriorizar nuestra rabia con leves sollozos. Acostumbraba a llamarnos los animalitos; en presencia suya no nos estaba permitido decir una sola palabra y maldecíamos con toda nuestra alma a aquel personaje odioso, a aquel enemigo que envenenaba deliberadamente nuestra más pequeña alegría. Mi madre parecía odiar tanto como nosotros al repugnante Coppelius, pues, desde el instante en que aparecía, su dulce alegría y su despreocupada forma de ser se tornaban en una triste y sombría gravedad. Nuestro padre se comportaba con Coppelius como si este perteneciera a un rango superior y hubiera que soportar sus desaires con buen ánimo. Nunca dejaba de ofrecerle sus platos favoritos y descorchaba en su honor vinos de reserva.

Al ver entonces a Coppelius me di cuenta de que ningún otro podía haber sido el Hombre de Arena; pero el Hombre de Arena ya no era para mí aquel ogro del cuento de la niñera que se lleva a los niños a la luna, al nido de sus hijos con pico de lechuza. No. Era una odiosa y fantasmagórica

criatura que dondequiera que se presentase traía tormento y necesidad, causando un mal durable, eterno.

Yo estaba como embrujado, con la cabeza entre las cortinas, a riesgo de ser descubierto y cruelmente castigado. Mi padre recibió alegremente a Coppelius.

—¡Vamos! ¡Al trabajo! —exclamó el otro con voz sorda quitándose la levita.

Mi padre, con aire sombrío, se quitó la bata y los dos se pusieron unas túnicas negras. Mi padre abrió la puerta de un armario empotrado que ocultaba un profundo nicho donde había un horno. Coppelius se acercó, y del hogar se elevó una llama azul. Una gran cantidad de extrañas herramientas se iluminaron con aquella claridad. Pero ¡Dios mío, qué extraña metamorfosis se había operado en los rasgos de mi anciano padre! Un dolor violento y terrible parecía haber cambiado la expresión honesta y leal de su fisonomía, que se había contraído de forma satánica. ¡Se parecía a Coppelius! Este manejaba unas pinzas incandescentes y atizaba los carbones ardientes del hogar. Creí ver a su alrededor figuras humanas, pero sin ojos. En su lugar había cavidades negras, profundas, horribles.

—¡Ojos, ojos! —gritaba Coppelius con voz sorda, amenazadora.

Grité y caí al suelo, violentamente abatido por el miedo. Entonces Coppelius me cogió.

—¡Pequeña bestia! ¡Pequeña bestia! —dijo haciendo crujir los dientes de un modo espantoso. Diciendo esto me arrojó al horno, cuya llama prendía ya mis cabellos.

—Ahora —exclamó— ya tenemos ojos, ¡ojos!, ¡un hermoso par de ojos de niño! —Y con sus manos cogió del hogar un puñado de carbones ardientes que se disponía a arrojar a mis ojos, cuando mi padre, con las manos juntas, le imploró:

—¡Maestro! ¡Maestro! ¡Deja los ojos a mi Nataniel! ¡Déjaselos!

Coppelius se echó a reír de forma estrepitosa.

—Que el niño conserve sus ojos para que estos realicen su trabajo en el mundo; pero, puesto que está aquí, observemos atentamente el mecanismo de sus pies y de sus manos.

Sus dedos apretaron todas las articulaciones de mis miembros, que crujieron, y me retorció las manos y los pies de una forma y de otra.

—¡Esto no está del todo bien! ¡Tan bien como estaba! ¡El viejo lo ha entendido perfectamente!

Coppelius murmuraba esto mientras me retorcía; pero pronto todo se volvió oscuro y confuso a mi alrededor; un dolor nervioso agitó todo mi ser; no sentí nada más. Un vapor dulce y cálido se derramó sobre mi rostro; desperté como del sueño de la muerte. Mi madre estaba inclinada sobre mí.

—¿Está aquí el Hombre de Arena? —balbucí.

—No, mi niño, está muy lejos; se fue hace mucho, no te hará daño.

Así decía mi madre, y me besaba estrechando contra su corazón al niño querido que le era devuelto.

¿Para qué cansarte por más tiempo con estas historias, querido Lotario? Fui descubierto y cruelmente maltratado por Coppelius. La ansiedad y el miedo me causaron una ardiente fiebre que padecí durante algunas semanas; «¿Está aún aquí el Hombre de Arena?». Estas fueron las primeras palabras de mi salvación y el primer signo de mi curación. Sólo me queda contarte el instante más horrible de mi infancia; después te habrás convencido de que no hay que acusar a mis ojos de que todo me parezca sin color en la vida; pues un sombrío destino ha levantado una densa nube ante todos los objetos, y sólo mi muerte podrá disiparla.

Coppelius no volvió a aparecer, se dijo que había abandonado la ciudad.

Había transcurrido un año, y cierta noche, según la antigua e invariable costumbre, estábamos sentados en la mesa redonda. Nuestro padre estaba muy alegre y nos contaba historias divertidas que le habían sucedido en los viajes de su juventud. En el momento en que el reloj daba las nueve oímos sonar los goznes de la puerta de la casa, y unos graves pasos retumbaron desde el vestíbulo hasta las escaleras.

—¡Es Coppelius! —dijo mi madre palideciendo.

—Sí, es Coppelius —repitió mi padre con voz entrecortada.

Las lágrimas asomaron a los ojos de mi madre:

—¡Padre!, ¿es preciso?

—Por última vez —respondió—. Viene por última vez, te lo juro. Ve con los niños. Buenas noches.

Yo estaba petrificado, me faltaba el aire. Mi madre, viéndome inmóvil, me cogió del brazo.

—Ven, Nataniel —me dijo. Me dejé llevar a mi habitación—. Estate tranquilo y acuéstate. ¡Duerme! —me dijo al irse.

Pero un terror invencible me agitaba y no pude cerrar los ojos. El horrible, el odioso Coppelius estaba ante mí, con sus ojos destellantes, sonriéndome hipócrita, e intentaba alejar su imagen. Era cerca de media noche cuando se oyó un golpe violento, como la detonación de un arma de fuego. La casa entera se tambaleó, alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto y la puerta de la calle se cerró estrepitosamente de un portazo.

—¡Es Coppelius! —grité fuera de mí, y salté de la cama. Oí gemidos; corrí a la habitación de mi padre, la puerta estaba abierta, se respiraba un humo asfixiante, y una criada gritaba:

—¡El señor! ¡El señor!

Delante del horno encendido, en el suelo, yacía mi padre muerto, con la cara destrozada. Mis hermanas, de rodillas a su alrededor, clamaban y gemían. Mi madre había caído inmóvil junto a su marido.

—¡Coppelius, monstruo infame! ¡Has asesinado a mi padre! —grité. Y caí sin sentido.

Dos días más tarde, cuando colocaron su cuerpo en el ataúd, sus rasgos habían vuelto a ser serenos y dulces como lo fueron durante toda su vida. Aquella imagen mitigó mi dolor; pensé que su alianza con el infernal Coppelius no lo había llevado a la condenación eterna.

La explosión había despertado a los vecinos, el suceso causó sensación, y las autoridades, que tuvieron conocimiento del mismo, requirieron la presencia de Coppelius. Pero había desaparecido de la ciudad sin dejar rastro.

Si te dijera, querido amigo, que el vendedor de barómetros no era otro sino el miserable Coppelius, comprenderías el horror que me produjo tan desgraciada y enemiga aparición. Llevaba otro traje, pero los rasgos de Coppelius están demasiado profundamente marcados en mi alma como para poder equivocarme. Además, Coppelius ni siquiera ha cambiado de nombre. Se hace pasar aquí —según tengo oído—, por un mecánico piamontés llamado Giuseppe Coppola.

Estoy decidido a vengar la muerte de mi padre, pase lo que pase. No digas nada a mi madre de este encuentro cruel. Saluda a la encantadora Clara; le escribiré con una mayor presencia de ánimo. Queda con Dios, etcétera.

Clara a Nataniel

Es cierto que hace mucho que no me has escrito pero creo, sin embargo, que me llevas en tu alma y en tus pensamientos; pues pensabas vivamente en mí cuando, queriendo enviar tu última carta a mi hermano Lotario, la suscribiste a mi nombre. La abrí con alegría y sólo me di cuenta de mi error al ver estas palabras: «¡Ay, mi querido Lotario!». Sin duda no debería haber seguido leyendo y debí entregar la carta a mi hermano. Alguna vez me has reprochado entre risas el que yo tuviera un espíritu tan apacible y tranquilo que si la casa se derrumbara, antes que huir, colocaría en su sitio una cortina mal puesta; pero apenas podía respirar y todo daba vueltas ante mis ojos, mi querido Nataniel, al saber la infortunada causa que ha turbado tu vida. Separación eterna, no verte nunca más, este presentimiento me atravesaba como un puñal ardiente. Leí y volví a leer. Tu descripción del repugnante Coppelius es horrible. Así he sabido la forma cruel en que murió tu anciano y venerable padre. Mi hermano, a quien remití lo que le pertenecía, intentó tranquilizarme, sin conseguirlo. El fatal vendedor de barómetros Giuseppe Coppola me perseguía, y casi me avergüenza confesar que ha turbado, con terribles imágenes, mi sueño siempre profundo y tranquilo. Pero de pronto, desde la mañana siguiente, todo me parece distinto. No estés enfadado conmigo, amor mío, si Lotario te dice que a pesar de tus funestos presentimientos sobre Coppelius no se altera mi serenidad en absoluto. Te

diré sinceramente lo que pienso. Las cosas terribles de que hablas tienen su origen dentro de ti mismo, el mundo exterior y real tiene poco que ver. El viejo Coppelius sin duda era repelente, pero, como odiaba a los niños, esto producía en ustedes, niños, verdadero horror hacia él.

El Hombre de Arena de la niñera se asoció en tu imaginación infantil al viejo Coppelius quien, sin que te dieras cuenta, permaneció en ti como un fantasma de tus primeros años. Sus entrevistas nocturnas con tu padre no tenían otro objeto que realizar experimentos de alquimia, cosa que afligía a tu madre pues posiblemente costaba mucho dinero; y aquella ocupación, además de llenar a su esposo de una engañosa esperanza de sabiduría, lo apartaba del cuidado de su familia. Tu padre sin duda causó su muerte por imprudencia suya, y Coppelius no es culpable. ¿Creerías que ayer pregunté a un viejo vecino boticario si los experimentos químicos podían causar explosiones mortales? Asintió describiéndome largamente a su manera cómo se hacían tales cosas, citándome gran número de palabras extrañas que no he podido retener en mi memoria. Ahora vas a enfadarte con tu Clara; dices: «en su frío espíritu no entra ni un solo rayo misterioso de los que tantas veces abrazan al hombre con sus alas invisibles; ella percibe tan sólo la superficie coloreada del mundo y se alegra como un niño a la vista de frutas cuya dorada cáscara esconde un mortal veneno».

¡Ah, mi bienamado Nataniel! ¿Acaso no piensas que el sentimiento de un poder enemigo que se agita de manera funesta sobre nuestro ser, no puede penetrar en las almas sonrientes y serenas? Perdóname si yo, una simple jovencita, intento expresar lo que siento ante la idea de una lucha semejante. Quizá no encuentro las palabras adecuadas y tú te ríes, no de mis pensamientos, sino de mi torpeza para expresarlos. Si realmente existe un poder

oculto que tan traidoramente hunde sus garras en nuestro interior para cogernos y arrastrarnos a un camino peligroso que habríamos evitado, si tal fuerza existe, debe doblegarse ante nosotros mismos, pues sólo así ganará nuestra confianza y un lugar en nuestro corazón, lugar que necesita para realizar su obra. Si tenemos la suficiente firmeza, el valor necesario para reconocer el camino hacia el que deben conducirnos nuestra vocación y nuestras inclinaciones, para caminar con paso tranquilo, nuestro enemigo interior perecerá en los vanos esfuerzos que haga por ilusionarnos. También es cierto, añade Lotario, que la tenebrosa presencia a la que nos entregamos crea con frecuencia en nosotros imágenes tan atrayentes que nosotros mismos producimos el engaño que nos consume. Es el fantasma de nuestro propio Yo cuya influencia mueve nuestra alma y nos sumerge en el infierno o nos conduce al cielo. ¡Te das cuenta, querido Nataniel! Mi hermano y yo hemos hablado de oscuras fuerzas y poderes que a mí, después de haber escrito, no sin esfuerzo, lo más importante, se me aparecen sosegadas, profundas. Las últimas palabras de Lotario no las entiendo del todo bien, sólo intuyo lo que piensa; sin embargo, me parece rigurosamente cierto. Te lo suplico, aparta de tu pensamiento al odioso abogado Coppelius y al vendedor de barómetros Coppola. Convéncete de que esas extrañas figuras no tienen influencia sobre ti. Sólo la creencia en su poder enemigo las vuelve enemigas. Si cada línea de tu carta no expresara la profunda exaltación de tu espíritu, si el estado de tu alma no afligiera mi corazón, podría bromear sobre tu Hombre de Arena y tu abogado alquimista. ¡Alégrate! Me he prometido estar a tu lado como un ángel guardián y arrojar al odioso Coppola de una loca carcajada si viniera a turbar tu sueño. No le temo en absoluto, ni a él ni a sus horribles manos que no podrían estropearme las golosinas ni arrojarme arena a los ojos.

Hasta siempre, mi bienamado Nataniel, etcétera.

Nataniel a Lotario

Me resulta muy penoso el que Clara, por un error que causó mi negligencia, haya roto el sello de mi carta y la haya leído. Me ha escrito una epístola llena de una profunda filosofía, según la cual me demuestra explícitamente que Coppelius y Coppola sólo existen en mi interior y que se trata de fantasmas de mi Yo que se verán reducidos a polvo en cuanto los reconozca como tales. Uno jamás podría imaginar que el espíritu que brilla en sus claros y estremecedores ojos, como un delicioso sueño, sea tan inteligente y pueda razonar de una forma tan metódica. Se apoya en tu autoridad. ¡Han hablado de mí los dos juntos! Le has dado un curso de lógica para que pueda ver las cosas con claridad y razonadamente. ¡Déjalo! Además, es cierto que el vendedor de barómetros Coppola no es el viejo abogado Coppelius. Asisto a las clases de un profesor de física de origen italiano que acaba de llegar a la ciudad, un célebre naturalista llamado Spalanzani. Conoce a Coppola desde hace muchos años y, por otra parte, es fácil observar su acento piamontés. Coppelius era alemán, pero no un alemán honesto. Aun así, no estoy del todo tranquilo. Tú y Clara pueden seguir considerándome un sombrío soñador, pero no puedo apartar de mí la impresión que Coppola y su espantoso rostro causaron en mí. Estoy contento de que haya abandonado la ciudad, según dice Spalanzani. Este profesor es un personaje singular, un hombre rechoncho, de pómulos salientes, nariz puntiaguda y ojos pequeños y

penetrantes. Te lo podrías imaginar mejor que con mi descripción mirando el retrato de Cagliostro realizado por Chodowiecki y que aparece en cualquier calendario berlinés; así es Spalanzani. Hace unos días, subiendo a su apartamento, observé que una cortina que habitualmente cubre una puerta de cristal estaba un poco separada. Ignoro yo mismo cómo me encontré mirando a través del cristal. Una mujer alta, muy delgada, de armoniosa silueta, magníficamente vestida, estaba sentada con sus manos apoyadas en una mesa pequeña. Estaba situada frente a la puerta, y de este modo pude contemplar su rostro arrebatador. Pareció no darse cuenta de que la miraba, y sus ojos estaban fijos, parecían no ver; era como si durmiera con los ojos abiertos. Me sentí tan mal que corrí a meterme en el salón de actos que está justo al lado. Más tarde supe que la persona que había visto era la hija de Spalanzani, llamada Olimpia, a la que este guarda con celo, de forma que nadie puede acercarse a ella. Esta medida debe ocultar algún misterio, y Olimpia tiene sin duda alguna tara. Pero ¿por qué te escribo estas cosas? Podría contártelas personalmente. Debes saber que dentro de dos semanas estaré con ustedes. Tengo que ver a mi ángel, a mi Clara. Entonces podrá borrarse la impresión que se apoderó de mí (lo confieso) al leer su carta tan fatal y razonable. Por eso no le escribo hoy.

Mil abrazos, etcétera.

Nadie podría imaginar algo tan extraño y maravilloso como lo que le sucedió a mi pobre amigo, el joven estudiante Nataniel, y que voy a referirte, lector. ¿Acaso no has sentido alguna vez tu interior lleno de extraños pensamientos? ¿Quién no ha sentido latir su sangre en las venas y un rojo ardiente en las mejillas? Las miradas parecen buscar entonces imágenes fantásticas e invisibles en el espacio y las palabras se exhalan entrecortadas. En vano los amigos te rodean y te preguntan qué te sucede. Y tú querrías pintar con sus brillantes colores, sus sombras y sus luces destellantes, las vaporosas figuras que percibes, y te esfuerzas inútilmente en encontrar palabras para expresar tu pensamiento. Querrías reproducir con una sola palabra todo cuanto estas apariciones tienen de maravilloso, de magnífico, de sombrío horror y de alegría inaudita, para sacudir a los amigos como con una descarga eléctrica, pero toda palabra, cada frase, te parece descolorida, glacial, sin vida. Buscas y rebuscas, y balbuces y murmuras, y las tímidas preguntas de tus amigos vienen a golpear, como el soplo del viento, tu ardiente imaginación hasta acabar apagándola. Pero si tú, como un hábil pintor, trazas un rápido esbozo de tales imágenes interiores, del mismo modo puedes también animar con poco esfuerzo los colores y hacerlos cada vez más brillantes, y las diversas figuras fascinan a los amigos que te ven en medio del mundo que tu alma ha creado. Debo confesar que, a mí, querido lector, nadie me ha preguntado por la historia del joven Nataniel; pero tú sabes que yo pertenezco a esa clase de autores que

cuando se encuentra en el estado de ánimo que acabo de describir se imagina que cuantos lo rodean, e incluso el mundo entero, le preguntan, «¿qué te pasa?, ¡cuéntanos!». Así, una fuerza poderosa me obliga a hablarte del fatal destino de Nataniel. Su vida singular me impresionaba, y por esta razón me atormentaba la idea de comenzar su historia de una manera significativa, original. «Érase una vez…» bonito principio, para aburrir a todo el mundo. «En la pequeña ciudad de S…, vivía…» algo mejor, si se tiene en cuenta que prepara ya el desenlace. O bien entrar in medias res: «—¡Váyase al diablo! —exclamó colérico con los ojos llenos de furia y de espanto el estudiante Nataniel cuando el vendedor de barómetros Giuseppe Coppola…». Así había empezado ya a escribir cuando creí ver algo de burla en la enfurecida mirada de Nataniel, aunque la historia no es en absoluto divertida. No me vino a la mente ninguna frase que reflejara el estallido de colores de la imagen que brillaba en mi interior. Decidí entonces no empezar. Toma, querido lector, las tres cartas que mi amigo Lotario me invitó a compartir como el esbozo del cuadro que me esforzaré, en el curso de la narración, en animar cada vez con más colorido, lo mejor que pueda. Quizá consiga, como un buen retratista, dar a algún personaje un toque expresivo de manera que al verlo lo encuentres parecido al original, aun sin conocerlo, y te parecerá verlo en persona. Quizá creerás, lector, que no hay nada tan maravilloso y fantástico como la vida real, y que el poeta se limita a recoger un pálido brillo, como en un espejo sin pulir.

Para que desde el principio quede claro lo que es necesario saber, hay que añadir como aclaración a las cartas que, inmediatamente después de la muerte del padre de Nataniel, Clara y Lotario, hijos de un pariente lejano también recientemente fallecido, fueron recogidos por la madre de aquel. Clara y Nataniel sintieron una fuerte inclinación

mutua, contra la que nadie tuvo nada que oponer. Estaban, pues, prometidos cuando Nataniel abandonó la ciudad para proseguir sus estudios en G. Aquí se encuentra mientras escribe su última carta y asiste al curso del célebre profesor de física Spalanzani.

Ahora podría continuar mi relato tranquilamente, pero la imagen de Clara se presenta ante mis ojos tan llena de vida que no puedo apartarla de mí, como me pasaba siempre que me miraba dulcemente.

No podía decirse que Clara fuese bella, esto pensaban al menos los entendidos en belleza. Sin embargo, los arquitectos elogiaban la pureza de las líneas de su talle; los pintores decían que su nuca, sus hombros y su seno eran tal vez demasiado castos, pero todos amaban su maravillosa cabellera que recordaba a la de la Magdalena y coincidían en el color de su tez, digno de un Battoni. Uno de ellos, un auténtico extravagante, comparaba sus ojos a un lago de Ruisdael, donde se reflejan el azul del cielo, el colorido del bosque y las flores del campo, la vida apacible. Poetas y virtuosos iban más lejos y decían:

—¡Cómo hablan de lagos y de espejos! No podemos contemplar a esta muchacha sin que su mirada haga brotar de nuestra alma cantos y armonías celestes que nos sobrecogen y nos animan. ¿Acaso no cantamos nosotros también, y alguna vez hasta creemos leer en la tenue sonrisa de Clara que es como un cántico, no obstante algunos tonos disonantes?

Así era. Clara poseía la imaginación alegre y vivaz de un niño inocente, un alma de mujer tierna y delicada, y una inteligencia penetrante y lúcida. Los espíritus ligeros y presuntuosos no tenían nada que hacer a su lado, pues ella, sin muchas palabras, conforme a su temperamento silencioso, parecía decirles con su mirada transparente y su sonrisa irónica: «Queridos amigos, ¿pretenden que mire sus

tristes sombras como auténticas figuras animadas y con vida?». Por esta razón Clara fue acusada por muchos de ser fría, prosaica e insensible. Pero otros, que veían la vida con más claridad, amaban fervorosamente a esta joven y encantadora muchacha; pero nadie tanto como Nataniel, quien se dedicaba a las ciencias y a las artes con pasión. Clara le correspondía con toda su alma. Las primeras nubes de tristeza pasaron por su vida cuando se separó de ella. ¡Con cuánta alegría se arrojó en sus brazos cuando él, al volver a su ciudad natal, entró en casa de su madre, como había anunciado en su última carta a Lotario! Sucedió entonces lo que Nataniel había imaginado; en el momento en que volvió a ver a Clara desapareció la imagen del abogado Coppelius y la fatal y razonable carta de Clara, que tanto lo había contrariado.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribía a su amigo Lotario que su encuentro con el repugnante vendedor de barómetros había ejercido una funesta influencia en su vida. Todos sintieron desde los primeros días de su estancia que Nataniel había cambiado su forma de ser. Se hundía en sombrías ensoñaciones y se comportaba de un modo extraño, no habitual en él. La vida era sólo sueños y presentimientos; hablaba siempre de cómo los hombres, creyéndose libres, son sólo juguete de oscuros poderes, y humildemente deben conformarse con lo que el destino les depara. Aún iba más lejos, y afirmaba que era una locura creer que el arte y las ciencias pueden ser creados a nuestro antojo, puesto que la exaltación necesaria para crear no proviene de nuestro interior sino de una fuerza exterior de la que no somos dueños.

Clara no estaba de acuerdo con esos delirios místicos pero era inútil refutarlos. Sólo cuando Nataniel afirmaba que Coppelius era el principio maligno que se había apoderado de él en el momento en que se escondió tras la cortina para

observarlo, y que aquel demonio enemigo turbaría su dichoso amor, Clara decía seriamente:

—Sí, Nataniel, tienes razón, Coppelius es un principio maligno y enemigo, puede actuar de forma espantosa, como una fuerza diabólica que se introduce visiblemente en tu vida, pero sólo si no lo destierras de tu pensamiento y de tu alma. Mientras tú creas en él, existirá; su poder está en tu credulidad.

Nataniel, irritado al ver que Clara sólo admitía la existencia del demonio en su interior, quiso probársela por medio de doctrinas místicas de demonios y fuerzas oscuras, pero Clara interrumpió la discusión con una frase indiferente, con gran disgusto de Nataniel. Pensó entonces que las almas frías encerraban estos profundos misterios sin saberlo, y que Clara pertenecía a esta naturaleza secundaria, por lo cual decidió hacer todo lo posible para iniciarla en tales secretos. Al día siguiente, mientras Clara preparaba el desayuno, fue a su lado y empezó a leer diversos pasajes de libros místicos, hasta que Clara dijo:

—Pero, mi querido Nataniel, ¿y si yo te considerase a ti como el principio diabólico que actúa contra mi café? Porque, si me pasara el día escuchándote mientras lees y mirándote a los ojos como tú quieres, el café herviría en el fuego y no desayunaríais ninguno.

Nataniel cerró el libro de golpe y se dirigió malhumorado a su habitación. En otro tiempo había escrito cuentos agradables y animados que Clara escuchaba con indescriptible placer, pero ahora sus composiciones eran sombrías, incomprensibles, vagas, y podía sentir en el indulgente silencio de Clara que no eran de su gusto. Nada era peor para Clara que el aburrimiento; su mirada y sus palabras dejaban ver que el sueño se apoderaba de ella. Las obras de Nataniel eran de hecho muy aburridas. Su disgusto por el frío y prosaico carácter de Clara fue en aumento, y

Clara no podía vencer el mal humor que le producía el sombrío y aburrido misticismo de Nataniel; y así, sus almas se fueron alejando una de otra, sin que se dieran cuenta.

La imagen del odioso Coppelius, como el mismo Nataniel podía reconocer, cada vez era más pálida en su fantasía, y hasta le costaba a menudo un esfuerzo darle vida y color en sus poemas, donde aparecía como un horrible espantajo del destino. Finalmente, el atormentado presentimiento de que Coppelius destruiría su amor le inspiró el tema de una de sus composiciones. Se describía a él mismo y a Clara unidos por un amor fiel, pero de vez en cuando una mano amenazadora aparecía en su vida y les arrebataba la alegría. Cuando por fin se encontraban ante el altar aparecía el horrible Coppelius que tocaba los maravillosos ojos de Clara; estos saltaban al pecho de Nataniel como chispas sangrientas encendidas y ardientes, luego Coppelius se apoderaba de él, lo arrojaba a un círculo de fuego que giraba con la velocidad de la tormenta y lo arrastraba en medio de sordos bramidos, de un rugido como cuando el huracán azota la espuma de las olas en el mar, que se alzan, como negros gigantes de cabeza blanca, en furiosa lucha. En medio de aquel salvaje bramido oyó la voz de Clara:

—¿No puedes mirarme? Coppelius te ha engañado, no eran mis ojos los que ardían en tu pecho, eran ardientes gotas de sangre de tu propio corazón… yo tengo mis ojos, ¡mírame!

Nataniel piensa: «Es Clara, y yo soy eternamente suyo». Es como si dominase el círculo de fuego donde se encuentra, y el sordo estruendo desaparece en un negro abismo. Nataniel mira los ojos de Clara, pero es la muerte la que lo contempla amigablemente con los ojos de Clara.

Mientras Nataniel escribía este poema estaba muy tranquilo y reflexivo, limaba y perfeccionaba cada línea, y volcado por completo en la rima, no descansaba hasta

conseguir que todo fuera puro y armonioso. Cuando terminó y leyó el poema en voz alta, el horror se apoderó de él y exclamó espantado:

—¿De quién es esa horrible voz?

Enseguida le pareció, sin embargo, que había escrito un poema excelente, y que podría inflamar el frío ánimo de Clara, sin darse cuenta de que así conseguiría sobresaltarla con terribles imágenes que presagiaban un destino fatal que destruiría su amor.

Nataniel y Clara se hallaban sentados en el pequeño jardín de su madre. Clara estaba muy alegre porque Nataniel, desde hacía tres días durante los cuales había trabajado en el poema, no la había atormentado con sus sueños y presentimientos. También Nataniel hablaba con entusiasmo y alegría de cosas divertidas, de modo que Clara dijo:

—Ahora vuelvo a tenerte, ¿ves cómo hemos desterrado al odioso Coppelius?

Nataniel entonces se acordó de que llevaba el poema en el bolsillo y de que deseaba leérselo. Sacó las hojas y comenzó su lectura.

Clara, esperando algo aburrido como de costumbre, y resignándose, empezó a hacer punto. Pero, del mismo modo que se van levantando los negros y cada vez más sombríos nubarrones, dejó caer su labor y miró fijamente a Nataniel a los ojos. Este seguía su lectura fascinado, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas. Cuando terminó suspiró profundamente abatido, cogió la mano de Clara y sollozando exclamó desconsolado:

—¡Ah, Clara, Clara! —Clara lo estrechó contra su pecho y le dijo dulcemente pero seria:

—Nataniel, querido Nataniel, ¡arroja al fuego esa loca y absurda historia!

Nataniel se levantó indignado y exclamó apartándose de Clara:

—Eres un autómata inanimado y maldito —y se alejó corriendo.

Clara se echó a llorar amargamente, y decía entre sollozos:

—Nunca me ha amado, pues no me comprende.

Lotario apareció en el cenador y Clara tuvo que contarle lo que había sucedido; como amaba a su hermana con toda su alma, cada una de sus quejas caía como una chispa en su interior de tal modo que el disgusto que llevaba en su corazón desde hacía tiempo contra el visionario Nataniel se transformó en una cólera terrible. Corrió tras él y le reprochó con tan duras palabras su loca conducta para con su querida hermana, que el fogoso Nataniel contestó de igual manera. Los insultos de fatuo, insensato y loco, fueron contestados por los de desgraciado y vulgar. El duelo era inevitable. Decidieron batirse a la mañana siguiente detrás del jardín y conforme a las reglas académicas, con afilados floretes. Se separaron sombríos y silenciosos. Clara había oído la violenta discusión, y al ver que el padrino traía los floretes al atardecer, presintió lo que iba a ocurrir.

Llegados al lugar del desafío se quitaron las levitas en medio de un hondo silencio, e iban a abalanzarse uno sobre otro con los ojos relampagueantes de ardor sangriento cuando apareció Clara en la puerta del jardín. Separándolos, exclamó entre sollozos:

—¡Locos, salvajes, tendrán que matarme a mí antes que uno de ustedes caiga! ¿Cómo podría seguir viviendo en este mundo si mi amado matara a mi hermano o mi hermano a mi amado?

Lotario dejó caer el arma y bajó los ojos en silencio; pero Nataniel sintió renacer dentro de sí toda la fuerza de su amor hacia Clara de la misma manera que lo había sentido

en los hermosos días de la juventud. El arma homicida cayó de sus manos y se arrojó a los pies de Clara diciendo:

—¿Podrás perdonarme alguna vez tú, mi querida Clara, mi único amor? ¿Podrás perdonarme, querido hermano Lotario?

Lotario se conmovió al ver el profundo dolor de su amigo. Derramando abundantes lágrimas se abrazaron los tres y se juraron permanecer unidos por el amor y la fidelidad.

A Nataniel le pareció haberse librado de una pesada carga que lo oprimía, como si se hubiera liberado de un oscuro poder que amenazaba todo su ser. Permaneció aún durante tres felices días junto a sus bienamados hasta que regresó a G., donde debía permanecer un año más antes de volver para siempre a su ciudad natal.

A la madre de Nataniel se le ocultó todo lo referente a Coppelius, pues sabían que no podía pensar sin horror en aquel hombre a quien, al igual que Nataniel, culpaba de la muerte de su esposo.

¡Cuál no sería la sorpresa de Nataniel cuando, al llegar a su casa en G., vio que esta había ardido entera, y que sólo quedaban de ella los muros y un montón de escombros! El fuego había comenzado en el laboratorio del químico, situado en el piso bajo. Varios amigos que vivían cerca de la casa incendiada habían conseguido entrar valientemente en la habitación de Nataniel, situada en el último piso, y salvar sus libros, manuscritos e instrumentos, que trasladaron a otra casa donde alquilaron una habitación en la que Nataniel se instaló. No se dio cuenta al principio de que el profesor Spalanzani vivía enfrente, y no llamó especialmente su atención observar que desde su ventana podía ver el interior de la habitación donde Olimpia estaba sentada a solas. Podía reconocer su silueta claramente, aunque los rasgos de su cara continuaban borrosos. Pero acabó por extrañarse de que Olimpia permaneciera en la

misma posición, igual que la había descubierto la primera vez a través de la puerta de cristal, sin ninguna ocupación, sentada junto a la mesita, con la mirada fija, invariablemente dirigida hacia él; tuvo que confesarse que no había visto nunca una belleza como la suya, pero la imagen de Clara seguía instalada en su corazón, y la inmóvil Olimpia le fue indiferente, y sólo de vez en cuando dirigía una mirada furtiva por encima de su libro hacia la hermosa estatua, eso era todo. Un día estaba escribiendo a Clara cuando llamaron suavemente a la puerta. Al abrirla, vio el repugnante rostro de Coppola. Nataniel se estremeció; pero recordando lo que Spalanzani le había dicho de su compatriota Coppola y lo que le había prometido a su amada en relación con el Hombre de Arena, se avergonzó de su miedo infantil y reunió todas sus fuerzas para decir con la mayor tranquilidad posible:

—No compro barómetros, amigo, así que ¡váyase!

Pero Coppola, entrando en la habitación, le dijo con voz ronca, mientras su boca se contraía en una odiosa sonrisa y sus pequeños ojos brillaban bajo unas largas pestañas grises:

—¡Eh, no barómetros, no barómetros! ¡También tengo bellos ojos…, bellos ojos!

Nataniel, espantado, exclamó:

—¡Maldito loco! ¡Cómo puedes tú tener ojos! ¡Ojos!… ¡Ojos!…

Al instante puso Coppola a un lado los barómetros y empezó a sacar del inmenso bolsillo de su levita lentes y gafas que iba dejando sobre la mesa.

—Gafas para poner sobre la nariz. Esos son mis ojos, ¡bellos ojos! —y, mientras hablaba, seguía sacando más y más gafas, tantas que empezaron a brillar y a lanzar destellos sobre la mesa.

Miles de ojos centelleaban y miraban fijamente a Nataniel, pero él no podía apartar su mirada de la mesa, y Coppola continuaba sacando cada vez más gafas y cada vez eran más terribles las encendidas miradas que disparaban sus rayos sangrientos en el pecho de Nataniel.

Este, sobrecogido de terror, gritó:

—¡Detente, hombre maldito! —cogiéndolo del brazo en el momento en que Coppola hundía de nuevo su mano en el bolsillo para sacar más lentes, por más que la mesa estuviera ya cubierta de ellas.

Coppola se separó de él suavemente con una sonrisa forzada, diciendo:

—¡Ah, no son para usted, pero aquí tengo bellos prismáticos! —y recogiendo los lentes empezó a sacar del inmenso bolsillo prismáticos de todos los tamaños.

En cuanto todas las gafas estuvieron guardadas Nataniel se tranquilizó, y acordándose de Clara se dio cuenta de que el horrible fantasma sólo estaba en su interior, ya que Coppola era un gran mecánico y óptico, y en modo alguno el doble del maldito Coppelius. Por otra parte, las lentes que Coppola había extendido sobre la mesa no tenían nada de particular, y menos de fantasmagórico, por lo que Nataniel decidió, para reparar su extraño comportamiento, comprarle alguna cosa. Escogió unos pequeños prismáticos muy bien trabajados, y, para probarlos, miró a través de la ventana. Nunca en su vida había utilizado unos prismáticos con los que pudieran verse los objetos con tanta claridad y pureza. Involuntariamente miró hacia la estancia de Spalanzani. Olimpia estaba sentada, como de costumbre, ante la mesita, con los brazos apoyados y las manos cruzadas. Por primera vez podía Nataniel contemplar la belleza de su rostro. Sólo los ojos le parecieron algo fijos, muertos. Sin embargo, a medida que miraba más y más a través de los prismáticos le parecía que los ojos de Olimpia irradiaban húmedos rayos de

luna. Creyó que ella veía por primera vez y que sus miradas eran cada vez más vivas y brillantes. Nataniel permanecía como hechizado junto a la ventana, absorto en la contemplación de la belleza celestial de Olimpia…

Un ligero carraspeo lo despertó como de un profundo sueño. Coppola estaba detrás de él:

—Tre Zechini. Tres ducados.

Nataniel, que había olvidado al óptico por completo, se apresuró a pagarle:

—¿No es verdad? ¡Buenos prismáticos, buenos prismáticos! —decía Coppola con su repugnante voz y su odiosa sonrisa.

—Sí, sí —respondió Nataniel contrariado—. Adiós, querido amigo.

Coppola abandonó la habitación, no sin antes lanzar una mirada de reojo sobre Nataniel, que lo oyó reír a carcajadas al bajar la escalera.

—Sin duda —pensó Nataniel— se ríe de mí porque he pagado los prismáticos más caros de lo que valen.

Mientras decía estas palabras en voz baja le pareció oír en la habitación un profundo suspiro que le hizo contener la respiración sobrecogido de espanto. Se dio cuenta de que era él mismo quien había suspirado así. «Clara tenía razón —se dijo a sí mismo— al considerarme un visionario, pero lo absurdo, más que absurdo, es que la idea de haber pagado a Coppola los prismáticos más caros de lo que valen me produzca tal terror, y no encuentro cuál puede ser el motivo».

Se sentó de nuevo para terminar la carta a Clara, pero una mirada hacia la ventana le hizo ver que Olimpia aún estaba allí sentada, y al instante, empujado por una fuerza irresistible, cogió los prismáticos de Coppola y ya no pudo

apartarse de la seductora mirada de Olimpia hasta que vino a buscarlo su amigo Segismundo para asistir a clase del profesor Spalanzani.

A partir de aquel día la cortina de la puerta de cristal estuvo totalmente echada, por lo que no pudo ver a Olimpia, y los dos días siguientes tampoco la encontró en la habitación, si bien apenas se apartó de la ventana mirando a través de los prismáticos. Al tercer día estaba la ventana cerrada. Lleno de desesperación y poseído de delirio y ardiente deseo, salió de la ciudad. La imagen de Olimpia flotaba ante él en el aire, aparecía en cada arbusto y lo miraba con ojos radiantes desde el claro riachuelo. El recuerdo de Clara se había borrado, sólo pensaba en Olimpia y gemía y sollozaba:

—Estrella de mi amor, ¿por qué te has alzado para desaparecer súbitamente y dejarme en una noche oscura y desesperada?

Cuando Nataniel volvió a su casa observó una gran agitación en la de Spalanzani. Las puertas estaban abiertas, y unos hombres metían muebles; las ventanas del primer piso estaban abiertas también, y unas atareadas criadas iban y venían mientras carpinteros y tapiceros daban golpes y martilleaban por toda la casa.

Nataniel, asombrado, se detuvo en mitad de la calle. Segismundo se le acercó sonriente y le dijo:

—¿Qué me dices de nuestro viejo amigo Spalanzani?

Nataniel aseguró que no podía decir nada, puesto que nada sabía de él, y que le sorprendía bastante que aquella casa silenciosa y sombría se viera envuelta en tan gran tumulto y actividad. Segismundo le dijo entonces que al día siguiente daba Spalanzani una gran fiesta con concierto y baile a la que estaba invitada media universidad. Se rumoreaba que Spalanzani iba a presentar por primera vez a su hija Olimpia, que hasta entonces había mantenido oculta,

con extremo cuidado, a las miradas de todos. Nataniel encontró una invitación, y, con el corazón palpitante, se encaminó a la hora fijada a casa del profesor, cuando empezaban a llegar los carruajes y resplandecían las luces de los adornados salones. La reunión era numerosa y brillante. Olimpia apareció ricamente vestida, con un gusto exquisito. Todos admiraron la perfección de su rostro y de su talle. La ligera inclinación de sus hombros parecía estar causada por la oprimida esbeltez de su cintura de avispa. Su forma de andar tenía algo de medido y de rígido. Causó mala impresión a muchos, y fue atribuida a la turbación que le causaba tanta gente.

El concierto empezó. Olimpia tocaba el piano con una habilidad extrema, e interpretó un aria con voz tan clara y penetrante que parecía el sonido de una campana de cristal. Nataniel estaba fascinado; se encontraba en una de las últimas filas y el resplandor de los candelabros le impedía apreciar los rasgos de Olimpia. Sin ser visto, sacó los lentes de Coppola y miró a la hermosa Olimpia. ¡Ah! … entonces sintió las miradas anhelantes que ella le dirigía, y que a cada nota le acompañaba una mirada de amor que lo atravesaba ardientemente. Las brillantes notas le parecían a Nataniel el lamento celestial de un corazón enamorado, y cuando finalmente la cadencia del largo trino resonó en la sala, le pareció que un brazo ardiente lo ceñía; extasiado, no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

—¡Olimpia!

Todos los ojos se volvieron hacia él. Algunos rieron. El organista de la catedral adoptó un aire sombrío y dijo simplemente:

—Bueno, bueno.

El concierto había terminado y el baile comenzó. «¡Bailar con ella…, bailar con ella!», era ahora su máximo deseo, su

máxima aspiración, pero ¿cómo tener el valor de invitarla a ella, la reina de la fiesta?

Sin saber ni él mismo cómo, se encontró junto a Olimpia, a quien nadie había sacado aún; cuando comenzaba el baile, y después de intentar balbucir algunas palabras, tomó su mano. La mano de Olimpia estaba helada y él se sintió atravesado por un frío mortal. La miró fijamente a los ojos, que irradiaban amor y deseo, y al instante le pareció que el pulso empezaba a latir en su fría mano y que una sangre ardiente corría por sus venas. También Nataniel sentía en su interior una ardorosa voluptuosidad. Rodeó la cintura de la hermosa Olimpia y cruzó con ella la multitud de invitados.

Creía haber bailado acompasadamente, pero la rítmica regularidad con que Olimpia bailaba y que algunas veces lo obligaba a detenerse, le hizo observar enseguida que no seguía los compases. No quiso bailar con ninguna otra mujer, y hubiera matado a cualquiera que se hubiese acercado a Olimpia para solicitar un baile. Si Nataniel hubiera sido capaz de ver algo más que a Olimpia, no habría podido evitar alguna pelea, pues murmullos burlones y risas apenas sofocadas se escapaban de entre los grupos de jóvenes, cuyas curiosas miradas se dirigían a Olimpia sin que se pudiera saber por qué.

Excitado por la danza y por el vino, había perdido su natural timidez. Sentado junto a Olimpia y con su mano entre las suyas, le hablaba de su amor exaltado e inspirado con palabras que nadie, ni él ni Olimpia, habría podido comprender. O quizá Olimpia sí, pues lo miraba fijamente a los ojos y de vez en cuando suspiraba:

—¡Ah…, ah…, ah…!

A lo que Nataniel respondía:

—¡Oh, mujer celestial, divina criatura, luz que se nos promete en la otra vida, alma profunda donde todo mi ser se mira…! —y cosas parecidas.

Pero Olimpia suspiraba y contestaba sólo:

—¡Ah…, ah…!

El profesor Spalanzani pasó varias veces junto a los felices enamorados y les sonrió con satisfacción.

Aunque Nataniel se encontraba en un mundo distinto, le pareció como si de pronto oscureciera en casa del profesor Spalanzani. Miró a su alrededor y observó espantado que las dos últimas velas se consumían y estaban a punto de apagarse. Hacía tiempo que el baile y la música habían cesado.

—¡Separarnos, separarnos! —exclamó furioso y desesperado Nataniel. Besó la mano de Olimpia y se inclinó sobre su boca; sus labios ardientes se encontraron con los suyos helados. Se estremeció como cuando tocó por primera vez la fría mano de Olimpia, y la leyenda de la novia muerta le vino de pronto a la memoria; pero al abrazar y besar a Olimpia sus labios parecían cobrar el calor de la vida.

El profesor Spalanzani atravesó lentamente la sala vacía, sus pasos resonaban huecos y su figura, rodeada de sombras vacilantes, ofrecía un aspecto fantasmagórico.

—¿Me amas? ¿Me amas, Olimpia? ¡Sólo una palabra! —murmuraba Nataniel.

Pero Olimpia, levantándose, suspiró sólo:

—¡Ah…, ah…!

—¡Sí, amada estrella de mi amor! —dijo Nataniel—, ¡tú eres la luz que alumbrará mi alma para siempre!

—¡Ah…, ah…! —replicó Olimpia alejándose.

Nataniel la siguió, y se detuvieron delante del profesor.

—Ya veo que lo ha pasado muy bien con mi hija —dijo este sonriendo—: así que, si le complace conversar con esta tímida muchacha, su visita será bien recibida.

Nataniel se marchó llevando el cielo en su corazón.

Al día siguiente la fiesta de Spalanzani fue el centro de las conversaciones. A pesar de que el profesor había hecho

todo lo posible para que la reunión resultara espléndida, hubo numerosas críticas y se dirigieron especialmente contra la muda y rígida Olimpia, a la que, a pesar de su belleza, consideraron completamente estúpida; se pensó que esta era la causa por la que Spalanzani la había mantenido tanto tiempo oculta. Nataniel escuchaba estas cosas con rabia, pero callaba; pues pensaba que aquellos miserables no merecían que se les demostrara que era su propia estupidez la que les impedía conocer la belleza del alma de Olimpia.

—Dime, por favor, amigo —le dijo un día Segismundo—, dime, ¿cómo es posible que una persona sensata como tú se haya enamorado del rostro de cera de una muñeca?

Nataniel iba a responder encolerizado, pero se tranquilizó y contestó:

—Dime, Segismundo, ¿cómo es posible que los encantos celestiales de Olimpia hayan pasado inadvertidos a tus clarividentes ojos? Pero agradezco al destino el no tenerte como rival, pues uno de los dos habría tenido que morir a manos del otro.

Segismundo se dio cuenta del estado de su amigo y desvió la conversación diciendo que en amor era muy difícil juzgar, para luego añadir:

—Es muy extraño que la mayoría de nosotros haya juzgado a Olimpia del mismo modo. Nos ha parecido —no te enfades, amigo— algo rígida y sin alma. Su talle es proporcionado, al igual que su rostro, es cierto. Podría parecer bella si su mirada no careciera de rayos de vida, quiero decir, de visión. Su paso es extrañamente rítmico, y cada uno de sus movimientos parece provocado por un mecanismo. Su canto, su interpretación musical tiene ese ritmo regular e incómodo que recuerda el funcionamiento de una máquina, y pasa lo mismo cuando baila. Olimpia nos resulta muy inquietante, no queremos tener nada que ver

con ella, porque nos parece que se comporta como un ser viviente pero que pertenece a una naturaleza distinta.

Nataniel no quiso abandonarse a la amargura que provocaron en él las palabras de Segismundo. Hizo un esfuerzo para contenerse y respondió simplemente muy serio:

—Para ustedes, almas prosaicas y frías, Olimpia resulta inquietante. Sólo al espíritu de un poeta se le revela una personalidad que le es semejante. Sólo a mí se han dirigido su mirada de amor y sus pensamientos, sólo en el amor de Olimpia he vuelto a encontrarme a mí mismo. A ustedes no les parece bien que Olimpia no participe en conversaciones vulgares, como hacen las gentes superficiales. Habla poco, es verdad, pero esas pocas palabras son para mí como jeroglíficos de un mundo interior lleno de amor y de conocimientos de la vida espiritual en la contemplación de la eternidad. Ya sé que esto para ustedes no tiene ningún sentido, y es en vano hablar de ello.

—¡Que Dios te proteja, hermano! —dijo Segismundo dulcemente, de un modo casi doloroso—, pero pienso que vas por mal camino. Puedes contar conmigo si todo… no, no quiero decir nada más.

Nataniel comprendió de pronto que el frío y prosaico Segismundo acababa de demostrarle su lealtad y estrechó de corazón la mano que le tendía.

Había olvidado por completo que existía una Clara en el mundo a la que él había amado; su madre, Lotario, todos habían desaparecido de su memoria. Vivía solamente para Olimpia, junto a quien permanecía cada día largas horas hablándole de su amor, de la simpatía de las almas y de las afinidades psíquicas, todo lo cual Olimpia escuchaba con gran atención.

Nataniel sacó de los lugares más recónditos de su escritorio todo lo que había escrito, poesías, fantasías,

visiones, novelas, cuentos, y todo esto se vio aumentado con toda clase de disparatados sonetos, estrofas, canciones que leía a Olimpia durante horas sin cansarse. Jamás había tenido una oyente tan admirable. No cosía ni tricotaba, no miraba por la ventana, no daba de comer a ningún pájaro ni jugaba con ningún perrito, ni con su gato favorito, ni recortaba papeles o cosas parecidas, ni tenía que ocultar un bostezo con una tos forzada; en una palabra, permanecía horas enteras con los ojos fijos en él, inmóvil, y su mirada era cada vez más brillante y animada. Sólo cuando Nataniel, al terminar, cogía su mano para besarla, decía:

—¡Ah!, ¡ah! —y luego—. Buenas noches, mi amor.

—¡Alma sensible y profunda! —exclamaba Nataniel en su habitación—: ¡Sólo tú me comprendes!

Se estremecía de felicidad al pensar en las afinidades intelectuales que existían entre ellos y que aumentaban cada día; le parecía oír la voz de Olimpia en su interior, que ella hablaba en sus obras. Debía ser así, pues Olimpia nunca pronunció otras palabras que las ya citadas. Pero cuando Nataniel se acordaba en los momentos de lucidez, de la pasividad y del mutismo de Olimpia (por ejemplo, cuando se levantaba por las mañanas y en ayunas) se decía:

—¿Qué son las palabras? ¡Palabras! La mirada celestial de sus ojos dice más que todas las lenguas. ¿Puede acaso una criatura del Cielo encerrarse en el círculo estrecho de nuestra forma de expresarnos?

El profesor Spalanzani parecía mirar con mucho agrado las relaciones de su hija con Nataniel, prodigándole a este todo tipo de atenciones, de modo que cuando se atrevió a insinuar un matrimonio con Olimpia, el profesor, con gran sonrisa, dijo que dejaría a su hija elegir libremente.

Animado por estas palabras y con el corazón ardiente de deseos, Nataniel decidió pedirle a Olimpia al día siguiente que le dijera con palabras lo que sus miradas le daban a

entender desde hacía tiempo: que sería suya para siempre. Buscó el anillo que su madre le diera al despedirse, para ofrecérselo a Olimpia como símbolo de unión eterna. Las cartas de Clara y de Lotario cayeron en sus manos; las apartó con indiferencia. Encontró el anillo y, poniéndoselo en el dedo, corrió de nuevo junto a Olimpia. Al subir las escaleras, y cuando se encontraba ya en el vestíbulo, oyó un gran estrépito que parecía venir del estudio de Spalanzani. Pasos, crujidos, golpes contra la puerta, mezclados con maldiciones y juramentos:

—¡Suelta! ¡Suelta de una vez!

—¡Infame!

—¡Miserable!

—¿Para esto he sacrificado mi vida? ¡Este no era el trato!

—¡Yo hice los ojos!

—¡Y yo los engranajes!

—¡Maldito perro relojero!

—¡Largo de aquí, Satanás!

—¡Fuera de aquí, bestia infernal!

Eran las voces de Spalanzani y del horrible Coppelius que se mezclaban y retumbaban juntas. Nataniel, sobrecogido de espanto, se precipitó en la habitación. El profesor sujetaba un cuerpo de mujer por los hombros, y el italiano Coppola tiraba de los pies, luchando con furia para apoderarse de él. Nataniel retrocedió horrorizado al reconocer el rostro de Olimpia; lleno de cólera, quiso arrancar a su amada de aquellos salvajes. Pero al instante Coppola, con la fuerza de un gigante, consiguió hacerse con ella descargando al mismo tiempo un tremendo golpe sobre el profesor, que fue a caer sobre una mesa llena de frascos, cilindros y alambiques, que se rompieron en mil pedazos. Coppola se echó el cuerpo a la espalda y bajó rápidamente las escaleras profiriendo una horrible carcajada; los pies de

Olimpia golpeaban con un sonido de madera en los escalones.

Nataniel permaneció inmóvil. Había visto que el pálido rostro de cera de Olimpia no tenía ojos, y que en su lugar había unas negras cavidades: era una muñeca sin vida.

Spalanzani yacía en el suelo en medio de cristales rotos que lo habían herido en la cabeza, en el pecho y en un brazo, y sangraba abundantemente. Reuniendo fuerzas dijo:

—¡Corre tras él! ¡Corre! ¿A qué esperas? ¡Coppelius me ha robado mi mejor autómata! ¡Veinte años de trabajo! ¡He sacrificado mi vida! Los engranajes, la voz, el paso, eran míos; los ojos, te he robado los ojos, maldito, ¡corre tras él! ¡Devuélveme a mi Olimpia! ¡Aquí tienes los ojos!

Entonces vio Nataniel en el suelo un par de ojos sangrientos que lo miraban fijamente. Spalanzani los recogió y se los lanzó al pecho. El delirio se apoderó de él y, confundidos sus sentidos y su pensamiento, decía:

—¡Huy… Huy…! ¡Círculo de fuego! ¡Círculo de fuego! ¡Gira, círculo de fuego! ¡Linda muñequita de madera, gira! ¡Qué divertido…!

Y precipitándose sobre el profesor lo agarró del cuello. Lo hubiera estrangulado, pero el ruido atrajo a algunas personas que derribaron y luego ataron al colérico Nataniel, salvando así al profesor. Segismundo, aunque era muy fuerte, apenas podía sujetar a su amigo, que seguía gritando con voz terrible:

—Gira, muñequita de madera —pegando puñetazos a su alrededor.

Finalmente consiguieron dominarlo entre varios. Sus palabras seguían oyéndose como un rugido salvaje, y así, en su delirio, fue conducido al manicomio.

Antes de continuar, ¡oh amable lector! , con la historia del desdichado Nataniel, puedo decirte, ya que te interesarás por el mecánico y fabricante de autómatas Spalanzani, que

se restableció completamente de sus heridas. Se vio obligado a abandonar la universidad porque la historia de Nataniel había producido una gran sensación y en todas partes se consideró intolerable el hecho de haber presentado en los círculos de té —donde había tenido cierto éxito— a una muñeca de madera. Los juristas encontraban el engaño tanto más punible cuanto que se había dirigido contra el público y con tanta astucia que nadie (salvo algunos estudiantes muy inteligentes) había sospechado nada, aunque ahora todos decían haber concebido sospechas al respecto. Para algunos, entre ellos un elegante asiduo a las tertulias de té, resultaba sospechoso el que Olimpia estornudase con más frecuencia que bostezaba, lo cual iba contra todas las reglas. Aquello era debido, según el elegante, al mecanismo interior que crujía de una manera distinta, etcétera. El profesor de poesía y elocuencia tomó un poco de rapé y dijo alegremente:

—Honorables damas y caballeros, no se dan cuenta de cuál es el quid del asunto. Todo ha sido una alegoría, una metáfora continuada. ¿Comprenden? ¡Sapienti sat!

Pero muchas personas honorables no se contentaron con aquella explicación; la historia del autómata los había impresionado profundamente y se extendió entre ellos una terrible desconfianza hacia las figuras humanas. Muchos enamorados, para convencerse de que su amada no era una muñeca de madera, obligaban a esta a bailar y a cantar sin seguir los compases, a tricotar o a coser mientras les escuchaban en la lectura, a jugar con el perrito... etc., y, sobre todo, a no limitarse a escuchar, sino que también debía hablar, de modo que se apreciase su sensibilidad y su pensamiento. En algunos casos, los lazos amorosos se estrecharon más; en otros, esto fue causa de numerosas rupturas.

—Así no podemos seguir, decían todos.

Ahora en los tés se bostezaba de forma increíble y no se estornudaba nunca para evitar sospechas.

Como ya hemos dicho, Spalanzani tuvo que huir para evitar una investigación criminal por haber engañado a la sociedad con un autómata. Coppola también desapareció.

Nataniel se despertó un día como de un sueño penoso y profundo, abrió los ojos, y un sentimiento de infinito bienestar y de calor celestial lo invadió. Se hallaba acostado en su habitación, en la casa paterna. Clara estaba inclinada sobre él y, a su lado, su madre y Lotario.

—¡Por fin, por fin, querido Nataniel! ¡Te has curado de una grave enfermedad! ¡Otra vez eres mío!

Así hablaba Clara, llena de ternura, abrazando a Nataniel que murmuró entre lágrimas:

—¡Clara, mi Clara!

Segismundo, que no había abandonado a su amigo, entró en la habitación. Nataniel le estrechó la mano:

—Hermano, no me has abandonado.

Todo rastro de locura había desaparecido, y muy pronto los cuidados de su madre, de su amada y de los amigos le devolvieron las fuerzas. La felicidad volvió a aquella casa, pues un viejo tío, de quien nadie se acordaba, acababa de morir y había dejado a la madre en herencia una extensa propiedad cerca de la ciudad. Toda la familia se proponía ir allí, la madre, Lotario, y Nataniel y Clara, quienes iban a contraer matrimonio.

Nataniel estaba más amable que nunca. Había recobrado la ingenuidad de su niñez y apreciaba el alma pura y celestial de Clara. Nadie le recordaba el pasado ni en el más mínimo detalle. Sólo cuando Segismundo fue a despedirse de él le dijo:

—Bien sabe Dios, hermano, que estaba en el mal camino, pero un ángel me ha conducido a tiempo al sendero de la luz. Ese ángel ha sido Clara.

Segismundo no le permitió seguir hablando, temiendo que se hundiera en dolorosos pensamientos.

Llegó el momento en que los cuatro, felices, iban a dirigirse hacia su casa de campo. Durante el día hicieron compras en el centro de la ciudad. La alta torre del ayuntamiento proyectaba su sombra gigantesca sobre el mercado.

—¡Vamos a subir a la torre para contemplar las montañas! —dijo Clara.

Dicho y hecho; Nataniel y Clara subieron a la torre, la madre volvió a casa con la criada, y Lotario, que no tenía ganas de subir tantos escalones, prefirió esperar abajo. Enseguida se encontraron los dos enamorados, cogidos del brazo, en la más alta galería de la torre contemplando la espesura de los bosques, detrás de los cuales se elevaba la cordillera azul, como una ciudad de gigantes.

—¿Ves aquellos arbustos que parecen venir hacia nosotros? —preguntó Clara. Nataniel buscó instintivamente en su bolsillo y sacó los prismáticos de Coppola. Al llevárselos a los ojos vio la imagen de Clara ante él. Su pulso empezó a latir con violencia en sus venas; pálido como la muerte, miró fijamente a Clara. Sus ojos lanzaban chispas y empezó a rugir como un animal salvaje; luego empezó a dar saltos mientras decía riéndose a carcajadas:

—¡Gira muñequita de madera, gira! —y, cogiendo a Clara, quiso precipitarla desde la galería; pero, en su desesperación, Clara se agarró a la barandilla. Lotario oyó la risa furiosa del loco y los gritos de espanto de Clara; un terrible presentimiento se apoderó de él y corrió escaleras arriba. La puerta de la segunda escalera estaba cerrada. Los gritos de Clara aumentaban y, ciego de rabia y de terror, empujó la puerta hasta que cedió. La voz de Clara se iba debilitando:

—¡Socorro, sálvenme, sálvenme! —su voz moría en el aire.

—¡Ese loco va a matarla! —exclamó Lotario. También la puerta de la galería estaba cerrada. La desesperación le dio fuerzas y la hizo saltar de sus goznes. ¡Dios del cielo! Nataniel sostenía en el aire a Clara, que aún se agarraba con una mano a la barandilla. Lotario se apoderó de su hermana con la rapidez de un rayo. Golpeó en el rostro a Nataniel, obligándolo a soltar la presa. Luego bajó la escalera con su hermana desmayada en los brazos. Estaba salvada.

Nataniel corría y saltaba alrededor de la galería gritando:

—¡Círculo de fuego, gira, círculo de fuego!

La multitud acudió al oír los salvajes gritos y entre ellos destacaba por su altura el abogado Coppelius, que acababa de llegar a la ciudad y se encontraba en el mercado. Cuando alguien propuso subir a la torre para dominar al insensato, Coppelius dijo riendo:

—Sólo hay que esperar, ya bajará solo —y siguió mirando hacia arriba como los demás.

Nataniel se detuvo de pronto y miró fijamente hacia abajo, y distinguiendo a Coppelius gritó con voz estridente:

—¡Ah, hermosos ojos, hermosos ojos! —y se lanzó al vacío.

Cuando Nataniel quedó tendido y con la cabeza rota sobre las losas de la calle, Coppelius desapareció.

Alguien asegura haber visto años después a Clara, en una región apartada, sentada junto a su dichoso marido ante una linda casa de campo. Junto a ellos jugaban dos niños encantadores. Se podría concluir diciendo que Clara encontró por fin la felicidad tranquila y doméstica que correspondía a su dulce y alegre carácter y que nunca habría disfrutado junto al fogoso y exaltado Nataniel.

El elixir de larga vida

Honoré de Balzac

(1830)

AL LECTOR: al comienzo de su carrera literaria recibió el autor, de manos de un amigo muerto hacía tiempo, el tema de esta obra, que más tarde encontró en una antología a principios de este siglo; y, según sus conjeturas, se trata de una fantasía creada por Hoffmann de Berlín, publicada en algún almanaque alemán y olvidada por sus editores. La Comédie Humaine es lo suficientemente original para que el autor pueda confesar una copia inocente; como La Fontaine ha tratado a su manera, y sin saberlo, un hecho ya contado. Esto no ha sido una broma como estaba de moda en 1810, época en la que todo autor escribía cosas atroces para complacer a las jovencitas. Cuando el lector llegue al elegante parricidio de don Juan, intente adivinar cuál sería la conducta, en situaciones más o menos semejantes, de gentes honestas que en el siglo diecinueve toman dinero de rentas vitalicias con la excusa de un catarro, o que alquilan una casa a una anciana por el resto de sus días. ¿Resucitarían a sus arrendatarios? Desearía que «pesadores-jurados» examinasen concienzudamente qué grado de similitud puede existir entre don Juan y los padres que casan a sus hijos por interés. La sociedad humana, que según algunos filósofos avanza por una vía de progreso, ¿considera como un paso hacia el bien el arte de esperar pasar a mejor vida? Esta ciencia ha creado oficios honestos, por medio de los cuales se vive de la muerte. Algunas personas tienen como ocupación la de esperar un fallecimiento, la abrigan, se acurrucan cada mañana sobre el cadáver, lo convierten en almohada por la noche: se trata de los coadjutores,

cardenales supernumerarios, tontineros, etc. Hay que añadir gente elegante presurosa por comprar una propiedad cuyo precio sobrepasa sus posibilidades, pero que consideran lógica y fríamente el tiempo de vida que les queda a sus padres o a sus suegras, octogenarias o septuagenarias diciendo: «Antes de tres años heredaré seguramente, y entonces…» Un asesino nos desagrada menos que un espía. El asesino lo es quizá por un arrebato de locura, puede arrepentirse, ennoblecer. Pero el espía es siempre un espía; es espía en la cama, en la mesa, andando, de noche, de día; es vil a cada momento, ¿qué es, pues, ser un asesino, cuando un espía es vil? Pues bien, ¿no acabamos de reconocer que hay en la sociedad unos seres que llevados por nuestras leyes, por nuestras costumbres y nuestros hábitos piensan sin cesar en la muerte de los suyos y la codician? Sopesan lo que vale un ataúd mientras compran cachemira para sus mujeres, subiendo la escalera del teatro, queriendo ir a la Comedia o deseando un coche. Asesinan en el momento en que los seres queridos, llenos de inocencia, les dan a besar por la noche frentes infantiles, mientras dicen:

—Buenas noches, padre.

A todas horas ven los ojos que quisieran cerrar, y que cada mañana se abren a la luz como el de Belvídero en esta obra. ¡Sólo Dios sabe el número de parricidios que se cometen con el pensamiento! Imaginemos a un hombre que tiene que pagar mil escudos de renta vitalicia a una anciana, y que ambos viven en el campo, separados por un riachuelo, pero tan extraños uno a otro como para poderse odiar cordialmente, sin faltar a las humanas conveniencias que colocan una máscara sobre el rostro de dos hermanos, de los cuales uno obtendrá el mayorazgo y otro una legitimación. Toda la civilización europea reposa en la herencia como sobre un eje, sería una locura suprimirla; pero ¿no se podría

hacer como con las máquinas que son el orgullo de nuestra época, es decir, perfeccionar el engranaje principal?

Si el autor ha conservado la vieja fórmula AL LECTOR en una obra en la que trata de representar todas las formas literarias, es para incluir una observación relativa a algunos trabajos, y sobre todo a este. Cada una de sus composiciones está basada en ideas más o menos nuevas cuya expresión le parece útil, puede haber considerado la prioridad de ciertas fórmulas, de ciertos pensamientos que, más tarde, han pasado al campo literario, y una vez allí quizá se han vulgarizado. Las fechas de la publicación primitiva de cada obra no deben, pues, serles indiferentes a aquellos lectores que quieran hacerles justicia. La lectura proporciona amigos desconocidos y ¡qué amigo, el lector!, tenemos amigos conocidos que no leen nada nuestro. El autor espera haber pagado su deuda dedicando esta obra DIIS IGNOTIS.[30] (1846)

En un suntuoso palacio de Ferrara agasajaba don Juan Belvídero una noche de invierno a un príncipe de la casa de Este. En aquella época, una fiesta era un maravilloso espectáculo de riquezas reales de que sólo un gran señor podía disponer. Sentadas en torno a una mesa iluminada con velas perfumadas conversaban suavemente siete alegres mujeres, en medio de obras de arte, cuyos blancos mármoles destacaban en las paredes de estuco rojo y contrastaban con las ricas alfombras de Turquía. Vestidas de satén, resplandecientes de oro y cargadas de piedras preciosas que brillaban menos que sus ojos, todas contaban pasiones enérgicas, pero tan diferentes unas de otras como lo eran sus bellezas. No diferían ni en las palabras ni en las ideas; el aire, una mirada; algún gesto, el tono, servían a sus

palabras como comentarios libertinos, lascivos, melancólicos o burlones.

Una parecía decir:

—Mi belleza sabe reanimar el corazón helado de un hombre viejo.

Otra:

—Adoro estar recostada sobre los almohadones pensando con embriaguez en aquellos que me adoran.

Una tercera, debutante en aquel tipo de fiestas, parecía ruborizarse:

—En el fondo de mi corazón siento remordimientos —decía—. Soy católica, y temo al infierno. Pero te amo tanto ¡tanto!, que podría sacrificarte la eternidad.

La cuarta, apurando una copa de vino de Quío, exclamaba:

—¡Viva la alegría! Con cada aurora tomo una nueva existencia. Olvidada del pasado, ebria aún del encuentro de la víspera, agoto todas las noches una vida de felicidad, una vida llena de amor.

La mujer sentada junto a Belvídero lo miraba con los ojos llameantes. Guardaba silencio.

—¡No me confiaría a unos espadachines para matar a mi amante, si me abandonara! —después había reído; pero su mano convulsa hacía añicos una bombonera de oro milagrosamente esculpida.

—¿Cuándo serás Gran Duque? —preguntó la sexta al Príncipe, con una expresión de alegría asesina en los dientes y de delirio báquico en los ojos.

—¿Y cuándo morirá tu padre? —dijo la séptima riendo y arrojando su ramillete de flores a don Juan con un gesto ebrio y alocado. Era una inocente jovencita acostumbrada a jugar con las cosas sagradas.

—¡Ah, no me hables de ello! —exclamó el joven y hermoso don Juan Belvídero—. ¡Sólo hay un padre eterno en

el mundo, y la desgracia ha querido que sea yo quien lo tenga!

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan y el mismo Príncipe lanzaron un grito de horror. Doscientos años más tarde y bajo Luis XV, las gentes de buen gusto hubieran reído ante esta ocurrencia. Pero, tal vez al comienzo de una orgía las almas tienen aún demasiada lucidez. A pesar de la luz de las velas, las voces de las pasiones, de los vasos de oro y de plata, el vapor de los vinos, a pesar de la contemplación de las mujeres más arrebatadoras, quizá había aún, en el fondo de los corazones, un poco de vergüenza ante las cosas humanas y divinas, que lucha hasta que la orgía la ahoga en las últimas ondas de un vino espumoso. Sin embargo, los corazones estaban ya marchitos, torpes los ojos, y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias. En aquel momento de silencio se abrió una puerta, y, como en el festín de Balthazar, Dios hizo acto de presencia y apareció bajo la forma de un viejo sirviente, de pelo blanco, andar vacilante y de ceño contraído. Entró con una expresión triste; con una mirada marchitó las coronas, las copas bermejas, las torres de fruta, el brillo de la fiesta, el púrpura de los rostros sorprendidos, y los colores de los cojines arrugados por el blanco brazo de las mujeres; finalmente, puso un crespón de luto a toda aquella locura, diciendo con voz cavernosa estas sombrías palabras:

—Señor, su padre se está muriendo.

Don Juan se levantó haciendo a sus invitados un gesto que bien podría traducirse por un: «Lo siento, esto no pasa todos los días».

¿Acaso la muerte de un padre no sorprende a menudo a los jóvenes en medio de los esplendores de la vida, en el seno de las locas ideas de una orgía? La muerte es tan

repentina en sus caprichos como lo es una cortesana en sus desdenes; pero más fiel, pues nunca engañó a nadie.

Cuando don Juan cerró la puerta de la sala y enfiló una larga galería tan fría como oscura, se esforzó por adoptar una actitud teatral pues, al pensar en su papel de hijo, había arrojado su alegría junto con su servilleta. La noche era negra. El silencioso sirviente que conducía al joven hacia la cámara mortuoria alumbraba bastante mal a su amo, de modo que la Muerte, ayudada por el frío, el silencio, la oscuridad, y quizá por la embriaguez, pudo deslizar algunas reflexiones en el alma de este hombre disipado; examinó su vida y se quedó pensativo, como un procesado que se dirige al tribunal.

Bartolomé Belvídero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida dedicado al comercio. Como había atravesado con frecuencia las talismánicas regiones de Oriente, había adquirido inmensas riquezas y una sabiduría más valiosa —decía— que el oro y los diamantes, que ahora ya no le preocupaban lo más mínimo.

—Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber —exclamaba a veces sonriendo.

Aquel padre bondadoso gustaba de oír contar a don Juan alguna locura de su juventud y decía en tono jovial, prodigándole el oro:

—Querido hijo, haz sólo tonterías que te diviertan.

Era el único anciano que se complacía en ver a un hombre joven, el amor paterno engañaba a su avanzada edad en la contemplación de una vida tan brillante. A la edad de sesenta años Belvídero se había enamorado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el único fruto de este amor tardío y pasajero. Desde hacía quince años este hombre lamentaba la pérdida de su amada Juana. Sus numerosos sirvientes y también su hijo atribuyeron a este

dolor de anciano las extrañas costumbres que adoptó. Confinado en el ala más incómoda de su palacio, salía raramente, y ni el mismo don Juan podía entrar en las habitaciones de su padre sin haber obtenido permiso. Si aquel anacoreta voluntario iba y venía por el palacio, o por las calles de Ferrara, parecía buscar alguna cosa que le faltase; caminaba soñador, indeciso, preocupado como un hombre en conflicto con una idea o un recuerdo. Mientras el joven daba fiestas suntuosas y el palacio retumbaba con el estallido de su alegría, los caballos resoplaban en el patio y los pajes discutían jugando a los dados en las gradas, Bartolomé comía siete onzas de pan al día y bebía agua. Si tomaba algo de carne era para darle los huesos a un perro de aguas, su fiel compañero.[31] Jamás se quejaba del ruido. Durante su enfermedad, si el sonido del cuerno de caza y los ladridos de los perros lo sorprendían, se limitaba a decir: ¡ah, es don Juan que vuelve! Nunca hubo en la tierra un padre tan indulgente. Por otra parte, el joven Belvídero, acostumbrado a tratarlo sin ceremonias, tenía todos los defectos de un niño mimado. Vivía con Bartolomé como vive una cortesana caprichosa con un viejo amante, disculpando sus impertinencias con una sonrisa, vendiendo su buen humor, y dejándose querer. Reconstruyendo con un solo pensamiento el cuadro de sus años jóvenes, don Juan se dio cuenta de que le sería difícil echar en falta la bondad de su padre. Y sintiendo nacer remordimientos en el fondo de su corazón mientras atravesaba la galería, estuvo próximo a perdonar a Belvídero por haber vivido tanto tiempo. Le venían sentimientos de piedad filial del mismo modo que un ladrón se convierte en un hombre honrado por el posible goce de un millón bien robado. Cruzó pronto las altas y frías salas que constituían los aposentos de su padre. Tras haber sentido los efectos de una atmósfera húmeda, respirado el aire denso, el rancio olor que exhalaban viejas tapicerías y

armarios cubiertos de polvo, se encontró en la antigua habitación del anciano, ante un lecho nauseabundo junto a una chimenea casi apagada. Una lámpara, situada sobre una mesa de forma gótica, arrojaba sobre el lecho, en intervalos desiguales, capas de luz más o menos intensas, mostrando de este modo el rostro del anciano siempre bajo un aspecto diferente. Silbaba el frío a través de las ventanas mal cerradas; y la nieve, azorando las vidrieras, producía un ruido sordo. Aquella escena contrastaba de tal modo con la que don Juan acababa de abandonar, que no pudo evitar un estremecimiento. Después tuvo frío, cuando al acercarse al lecho un violento resplandor empujado por un golpe de viento iluminó la cabeza de su padre: sus rasgos estaban descompuestos, la piel pegada a los huesos tenía tintes verdosos que la blancura de la almohada sobre la que reposaba el anciano hacía aún más horribles. Contraída por el dolor, la boca entreabierta y desprovista de dientes dejaba pasar algunos suspiros cuya lúgubre energía era sostenida por los aullidos de la tempestad. A pesar de tales signos de destrucción brillaba en aquella cabeza un increíble carácter de poder. Un espíritu superior que combatía a la muerte. Los ojos hundidos por la enfermedad guardaban una singular fijeza. Parecía que Bartolomé buscaba con su mirada moribunda a un enemigo sentado al pie de su cama para matarlo. Aquella mirada, fija y fría, era más escalofriante por cuanto que la cabeza permanecía en una inmovilidad semejante a la de los cráneos situados sobre la mesa de los médicos. Su cuerpo, dibujado por completo por las sábanas del lecho, permitía ver que los miembros del anciano guardaban la misma rigidez. Todo estaba muerto menos los ojos. Los sonidos que salían de su boca tenían también algo de mecánico.

Don Juan sintió una cierta vergüenza al llegar junto al lecho de su padre moribundo conservando un ramillete de

cortesana en el pecho, llevando el perfume de la fiesta y el olor del vino.

—¡Te divertías! —exclamó el anciano cuando vio a su hijo.

En el mismo momento, la voz fina y ligera de una cantante que hechizaba a los invitados, reforzada por los acordes de la viola con la que se acompañaba, dominó el bramido del huracán y resonó en la cámara fúnebre. Don Juan no quiso oír aquel salvaje asentimiento.

Bartolomé dijo:

—No te quiero aquí, hijo mío.

Aquella frase llena de dulzura lastimó a don Juan, que no perdonó a su padre semejante puñalada de bondad.

—¡Qué remordimientos, padre! —dijo hipócritamente.

—¡Pobre Juanito! —continuó el moribundo con voz sorda—, ¿tan bueno he sido para ti que no deseas mi muerte?

—¡Oh! —exclamó don Juan—, ¡si fuera posible devolverte a la vida dándote parte de la mía! (cosas así pueden decirse siempre, pensaba el vividor, ¡es como si ofreciera el mundo a mi amante!).

Apenas concluyó este pensamiento cuando ladró el viejo perro de aguas. Aquella voz inteligente hizo que don Juan se estremeciera, pues creyó haber sido comprendido por el perro.

—Ya sabía, hijo mío, que podía contar contigo —exclamó el moribundo—, viviré. Podrás estar contento. Viviré, pero sin quitarte un solo día que te pertenezca.

«Delira», se dijo a sí mismo don Juan. Luego añadió en voz alta:

—Sí, padre querido, vivirás ciertamente, porque tu imagen permanecerá en mi corazón.

—No se trata de esa vida —dijo el noble anciano, reuniendo todas sus fuerzas para incorporarse, porque lo sobrecogió una de esas sospechas que sólo nacen en la cabecera de los moribundos—. Escúchame, hijo —continuó

con la voz debilitada por este último esfuerzo—, no tengo yo más ganas de morirme que tú de prescindir de amantes, vino, caballos, halcones, perros y oro.

«Estoy seguro de ello», pensó el hijo arrodillándose a la cabecera de la cama y besando una de las manos cadavéricas de Bartolomé.

—Pero —continuó en voz alta—, padre, padre querido, hay que someterse a la voluntad de Dios.

—Dios soy yo —replicó el anciano refunfuñando.

—No blasfemes —dijo el joven viendo el aire amenazador que tomaban los rasgos de su padre. Guárdate de hacerlo, has recibido la Extremaunción, y no podría hallar consuelo viéndote morir en pecado.

—¿Quieres escucharme? —exclamó el moribundo, cuya boca crujió.

Don Juan cedió. Reinó un horrible silencio. Entre los grandes silbidos de la nieve llegaron aún los acordes de la viola y la deliciosa voz, débiles como un día naciente. El moribundo sonrió.

—Te agradezco el haber invitado a cantantes, haber traído música. ¡Una fiesta! Mujeres jóvenes y bellas, blancas y de negros cabellos. Todos los placeres de la vida, haz que se queden. Voy a renacer.

—Es el colmo del delirio —dijo don Juan.

—He descubierto un medio de resucitar. Mira, busca en el cajón de la mesa; podrás abrirlo apretando un resorte que hay escondido por el Grifo.

—Ya está, padre.

—Bien, coge un pequeño frasco de cristal de roca.

—Aquí está.

—He empleado veinte años en… —en aquel instante, el anciano sintió próximo el final y reunió toda su energía para decir—: Tan pronto como haya exhalado el último suspiro, me frotarás todo el cuerpo con este agua, y renaceré.

—Pues hay bastante poco —replicó el joven.

Si bien Bartolomé ya no podía hablar, tenía aún la facultad de oír y de ver, y al oír esto, su cabeza se volvió hacia don Juan con un movimiento de escalofriante brusquedad, su cuello se quedó torcido como el de una estatua de mármol a quien el pensamiento del escultor ha condenado a mirar de lado, sus ojos, más grandes, adoptaron una espantosa inmovilidad. Estaba muerto, muerto perdiendo su única, su última ilusión. Buscando asilo en el corazón de su hijo encontró una tumba más honda que las que los hombres cavan habitualmente a sus muertos. Sus cabellos se habían erizado también por el horror, y su mirada convulsa hablaba aún. Era un padre saliendo con rabia de un sepulcro para pedir venganza a Dios.

—¡ Vaya! , se acabó el buen hombre —exclamó don Juan.

Presuroso por acercar el misterioso cristal a la luz de la lámpara como un bebedor examina su botella al final de la comida, no había visto blanquear el ojo de su padre. El perro contemplaba con la boca abierta alternativamente a su amo muerto y el elixir, del mismo modo que don Juan miraba, ora a su padre, ora al frasco. La lámpara arrojaba ráfagas ondulantes. El silencio era profundo, la viola había enmudecido. Belvídero se estremeció creyendo ver moverse a su padre. Intimidado por la expresión rígida de sus ojos acusadores, los cerró del mismo modo que hubiera bajado una persiana abatida por el viento en una noche de otoño. Permaneció de pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De repente, un ruido agrio, semejante al grito de un resorte oxidado, rompió el silencio. Don Juan, sorprendido, estuvo a punto de dejar caer el frasco. De sus poros brotó un sudor más frío que el acero de un puñal. Un gallo de madera pintada surgió de lo alto de un reloj de pared, y cantó tres veces. Era una de esas máquinas ingeniosas, con la ayuda de las cuales se hacían despertar

para sus trabajos a una hora fija los sabios de la época. El alba enrojecía ya las ventanas. Don Juan había pasado diez horas reflexionando. El viejo reloj de pared era más fiel a su servicio que él en el cumplimiento de sus deberes hacia Bartolomé. Aquel mecanismo estaba hecho de madera, poleas, cuerdas y engranajes, mientras que don Juan poseía uno particular al hombre, llamado corazón. Para no arriesgarse a perder el misterioso licor, el escéptico don Juan volvió a colocarlo en el cajón de la mesita gótica. En tan solemne momento oyó un tumulto sordo en la galería: eran voces confusas, risas ahogadas, pasos ligeros, el roce de las sedas, el ruido en fin de un alegre grupo que se recoge. La puerta se abrió y el Príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes aparecieron en el extraño desorden en que se encuentran las bailarinas sorprendidas por la luz de la mañana, cuando el sol lucha con el fuego palideciente de las velas. Todos iban a darle al joven heredero el pésame de costumbre.

—¡Oh, oh!, ¿se habrá tomado el pobre don Juan esta muerte en serio? —dijo el Príncipe al oído de la de Brambilla.

—Su padre era un buen hombre —le respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían imprimido a sus rasgos una expresión tan extraña que impuso silencio a semejante grupo. Los hombres permanecieron inmóviles. Las mujeres, que tenían los labios secos por el vino y las mejillas cárdenas por los besos, se arrodillaron y comenzaron a rezar. Don Juan no pudo evitar estremecerse viendo cómo el esplendor, las alegrías, las risas, los cantos, la juventud, la belleza, el poder, todo lo que es vida, se postraba así ante la muerte. Pero, en aquella adorable Italia la vida disoluta y la religión se acoplaban por entonces tan bien, que la religión era un exceso, y los excesos una religión. El Príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan, y después, todos los rostros adoptaron

simultáneamente el mismo gesto, mitad de tristeza mitad de indiferencia, y aquella fantasmagoría desapareció, dejando la sala vacía. Ciertamente era una imagen de la vida. Mientras bajaban las escaleras le dijo el Príncipe a la Rivabarella:

—Y bien, ¿quién habría creído a don Juan un fanfarrón impío? ¡Ama a su padre!

—¿Se han fijado en el perro negro? —preguntó la Brambilla.

—Ya es inmensamente rico —dijo suspirando Blanca Cavatolino.

—¡Y eso qué importa! —exclamó la orgullosa Baronesa, aquella que había roto la bombonera.

—¿Cómo que qué importa? —exclamó el Duque—. ¡Con sus escudos él es tan príncipe como yo!

Don Juan, en un principio asediado por mil pensamientos, dudaba ante varias decisiones. Después de haber examinado el tesoro amasado por su padre, volvió a la cámara mortuoria con el alma llena de un tremendo egoísmo. Encontró allí a toda la servidumbre ocupada en adornar el lecho fúnebre en el cual iba a ser expuesto al día siguiente el difunto señor, en medio de una soberbia capilla ardiente, curioso espectáculo que toda Ferrara vendría a admirar. Don Juan hizo un gesto y sus gentes se detuvieron, sobrecogidos, temblorosos.

—Déjenme solo aquí —dijo con voz alterada— y no entren hasta que yo salga.

Cuando los pasos del anciano sirviente que salió el último sólo sonaron débilmente en las losas, cerró don Juan precipitadamente la puerta, y seguro de su soledad exclamó:

—¡Veamos!

El cuerpo de Bartolomé estaba acostado en una larga mesa. Con el fin de evitar a los ojos de todos el horrible

espectáculo de un cadáver al que una decrepitud extrema y la debilidad asemejaban a un esqueleto, los embalsamadores habían colocado una sábana sobre el cuerpo, envolviéndole todo menos la cabeza. Aquella especie de momia yacía en el centro de la habitación, y la sábana, amplia, dibujaba vagamente las formas, aun así duras, rígidas y heladas. El rostro tenía ya amplias marcas violeta que mostraban la necesidad de terminar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo que lo acompañaba, don Juan tembló al destapar el mágico frasco de cristal. Cuando se acercó a la cabecera un temblor estuvo a punto de obligarlo a detenerse. Pero aquel joven había sido sabiamente corrompido, desde muy pronto, por las costumbres de una corte disoluta; un pensamiento digno del duque de Urbino le otorgó el valor que aguijoneaba su viva curiosidad; pareció como si el diablo le hubiera susurrado estas palabras que resonaron en su corazón: «¡impregna un ojo!» Tomó un paño y, después de haberlo empapado con parsimonia en el precioso licor, lo pasó lentamente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo don Juan apretando el frasco en su mano como se agarra en sueños la rama de la que colgamos sobre un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, donde la luz temblaba en un joven fluido, y, protegida por hermosas pestañas negras, brillaba como ese único resplandor que el viajero percibe en un campo desierto en las noches de invierno. Aquel ojo resplandeciente parecía querer arrojarse sobre don Juan, pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba, mordía. Todas las pasiones humanas se agitaban en él. Eran las más tiernas súplicas: la cólera de un rey, luego, el amor de una joven pidiendo gracia a sus verdugos; la mirada que lanza un hombre a los hombres al

subir el último escalón del patíbulo. Tanta vida estallaba en aquel fragmento de vida, que don Juan retrocedió espantado, paseó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo, que veía de nuevo en el suelo, en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por todas partes brillaban ojos que ladraban a su alrededor.

—¡Bien podría haber vivido cien años! —exclamó sin querer cuando, llevado ante su padre por una fuerza diabólica, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, aquel párpado inteligente se cerró y volvió a abrirse bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan no se hubiera asustado más.

«¿Qué hacer?», pensaba. Tuvo el valor de intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos fueron vanos.

—¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio? —se preguntaba.

—Sí —dijo el ojo con un guiño de una sorprendente ironía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí hay brujería! —exclamó don Juan, y se acercó al ojo para reventarlo. Una lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver, y cayó en la mano de Belvídero—. ¡Está ardiendo! —gritó sentándose.

Aquella lucha lo había fatigado como si hubiera combatido contra un ángel, como Jacob.

Finalmente se levantó diciendo para sí:

«¡Mientras no haya sangre…!» Luego, reuniendo todo el valor necesario para ser cobarde, reventó el ojo aplastándolo con un paño, pero sin mirar. Un gemido inesperado, pero terrible, se hizo oír. El pobre perro de aguas expiró aullando.

«¿Sabría él el secreto?», se preguntó don Juan mirando al fiel animal.

Don Juan Belvídero pasó por un hijo piadoso. Levantó sobre la tumba de su padre un monumento y confió la realización de las figuras a los artistas más célebres de su tiempo. Sólo estuvo completamente tranquilo el día en que la estatua paterna, arrodillada ante la Religión, impuso su enorme peso sobre aquella fosa, en el fondo de la cual enterró el único remordimiento que hubiera rozado su corazón en los momentos de cansancio físico. Haciendo inventario de las inmensas riquezas amasadas por el viejo orientalista, don Juan se hizo avaro. ¿Acaso no tenía dos vidas humanas para proveer de dinero? Su mirada, profunda y escrutadora, penetró en el principio de la vida social y abrazó mejor al mundo, puesto que lo veía a través de una tumba. Analizó a los hombres y las cosas para terminar de una vez con el Pasado, representado por la Historia; con el Presente, configurado por la Ley; con el Futuro, desvelado por las Religiones. Tomó el alma y la materia, las arrojó a un crisol, no encontró nada, y desde entonces se convirtió en DON JUAN.

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y hermoso, a la vida, despreciando al mundo, pero apoderándose del mundo. Su felicidad no podía ser una felicidad burguesa que se alimenta con un hervido diario, con un agradable calentador de cama en invierno, una lámpara de noche y unas pantuflas nuevas cada trimestre. No; se asió a la existencia como un mono que coge una nuez y, sin entretenerse largo tiempo, despoja sabiamente las envolturas del fruto, para degustar la sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le interesaban. No cometió el error de otros hombres poderosos que, imaginando que las almas pequeñas creen en las grandes almas, se dedican a intercambiar los más altos pensamientos del futuro con la moneda de nuestras ideas vitalicias. Bien podía, como ellos, caminar con los pies en la

tierra y la cabeza en el cielo; pero prefería sentarse y secar bajo sus besos más de un labio de mujer joven, fresca y perfumada; porque, al igual que la Muerte, allí por donde pasaba devoraba todo sin pudor, queriendo un amor posesivo, un amor oriental de placeres largos y fáciles. Amando sólo a la mujer en las mujeres, hizo de la ironía un cariz natural de su alma. Cuando sus amantes se servían de un lecho para subir a los cielos donde iban a perderse en el seno de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, grave, expansivo, sincero, tanto como un estudiante alemán sabe serlo. Pero decía YO cuando su amante, loca, extasiada, decía NOSOTROS. Sabía dejarse llevar por una mujer de forma admirable. Siempre era lo bastante fuerte como para hacerla creer que era un joven colegial que dice a su primera compañera de baile: «¿Te gusta bailar?», también sabía enrojecer a propósito, y sacar su poderosa espada y derribar a los comendadores. Había burla en su simpleza y risa en sus lágrimas, pues siempre supo llorar como una mujer cuando le dice a su marido: «Dame un séquito o me moriré enferma del pecho».

Para los negociantes, el mundo es un fardo o una mesa de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una mujer; para algunas mujeres, es un hombre; para ciertos espíritus es un salón, una camarilla, un barrio, una ciudad; para don Juan, el universo era él. Modelo de gracia y de belleza, con un espíritu seductor, amarró su barca en todas las orillas; pero, haciéndose llevar, sólo iba allí adonde quería ser llevado. Cuanto más vivió, más dudó. Examinando a los hombres, adivinó con frecuencia que el valor era temeridad; la prudencia, cobardía; la generosidad, finura; la justicia, un crimen; la delicadeza, una necedad; la honestidad, organización; y, gracias a una fatalidad singular, se dio cuenta de que las gentes honestas, delicadas, justas, generosas, prudentes y valerosas, no

obtenían ninguna consideración entre los hombres: ¡Qué broma tan absurda! —se dijo—. No procede de un dios. Y entonces, renunciando a un mundo mejor, jamás se descubrió al oír pronunciar un nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como obras de arte. Pero también, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, no contradecía en exceso los prejuicios, puesto que no era tan poderoso como el verdugo, pero daba la vuelta a las leyes sociales con la gracia y el ingenio tan bien expresados en su escena con el Señor Dimanche.[32] Fue, en efecto, el tipo de don Juan de Molière, del Fausto de Goethe, del Manfred de Byron y del Melmoth de Maturin. Grandes imágenes trazadas por los mayores genios de Europa, y a las que no faltarán quizá ni los acordes de Mozart ni la lira de Rossini. Terribles imágenes que el principio del mal, existente en el hombre, eterniza y del cual se encuentran copias cada siglo: bien porque este tipo entra en conversaciones humanas encarnándose en Mirabeau; bien porque se conforma con actuar en silencio como Bonaparte; o de comprimir el mundo en una ironía como el divino Rabelais; o, incluso, se ría de los seres en lugar de insultar a las cosas como el mariscal de Richelieu; o que se burle a la vez de los hombres y de las cosas como el más célebre de nuestros embajadores.

Pero la profunda jovialidad de don Juan Belvídero precedió a todos ellos. Se rio de todo. Su vida era una burla que abarcaba hombres, cosas, instituciones e ideas. En lo que respecta a la eternidad, había conversado familiarmente media hora con el papa Julio II, y al final de la charla le había dicho riendo:

—Si es absolutamente preciso elegir prefiero creer en Dios a creer en el diablo; el poder unido a la bondad ofrece siempre más recursos que el genio del mal.

—Sí, pero Dios quiere que se haga penitencia en este mundo.

—¿Siempre piensa en sus indulgencias? —respondió Belvídero—. ¡Pues bien!, tengo reservada toda una existencia para arrepentirme de las faltas de mi primera vida.

—¡Ah!, si es así como entiendes la vejez —exclamó el Papa— corres el riesgo de ser canonizado.

—Después de su ascensión al papado, puede creerse todo.

Fueron entonces a ver a los obreros que construían la inmensa basílica consagrada a san Pedro.

—San Pedro es el hombre de genio que dejó constituido nuestro doble poder —dijo el Papa a don Juan—, merece este monumento. Pero, a veces, por la noche, pienso que un silencio borrará todo esto y habrá que volver a empezar…

Don Juan y el Papa se echaron a reír, se habían entendido bien. Un necio habría ido a la mañana siguiente a divertirse con Julio II a casa de Rafael o a la deliciosa Villa Madame,[33] pero Belvídero acudió a verlo oficiar pontificalmente para convencerse de todas sus dudas. En un momento libertino, la Rovere hubiera podido desdecirse y comentar el Apocalipsis.

Sin embargo, esta leyenda no tiene por objeto el proporcionar material a aquellos que deseen escribir sobre la vida de don Juan, sino que está destinada a probar a las gentes honestas que Belvídero no murió en un duelo con una piedra como algunos litógrafos quieren hacer creer.

Cuando don Juan Belvídero alcanzó la edad de sesenta años, se instaló en España. Allí, ya anciano, se casó con una joven y encantadora andaluza. Pero, tal y como lo había calculado, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que no somos tan tiernamente amados como por las mujeres en las que nunca pensamos. Doña Elvira,

educada santamente por una anciana tía en lo más profundo de Andalucía, en un castillo a pocas leguas de Sanlúcar, era toda gracia y devoción. Don Juan adivinó que aquella joven sería del tipo de mujer que combate largamente una pasión antes de ceder, y por ello pensó poder conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma seria, un jaque que se quiso reservar para jugarlo en sus días de vejez. Fortalecido con los errores cometidos por su padre Bartolomé, don Juan decidió utilizar los actos más insignificantes de su vejez para el éxito del drama que debía consumarse en su lecho de muerte. De este modo, la mayor parte de su riqueza permaneció oculta en los sótanos de su palacio de Ferrara, donde raramente iba. Con la otra mitad de su fortuna estableció una renta vitalicia para que le produjera intereses durante su vida, la de su mujer y la de sus hijos, astucia que su padre debiera haber practicado. Pero semejante maquiavélica especulación no le fue muy necesaria. El joven Felipe Belvídero, su hijo, se convirtió en un español tan concienzudamente religioso como impío era su padre, quizá en virtud del proverbio: a padre avaro, hijo pródigo.

El abad de Sanlúcar fue elegido por don Juan para dirigir la conciencia de la duquesa de Belvídero y de Felipe. Aquel eclesiástico era un hombre santo, admirablemente bien proporcionado, alto, de bellos ojos negros y una cabeza al estilo de Tiberio, cansada por el ayuno, blanca por la mortificación y diariamente tentada como son tentados todos los solitarios. Quizá esperaba el anciano señor matar a algún monje antes de terminar su primer siglo de vida. Pero, bien porque el abad fuera tan fuerte como podía serlo el mismo don Juan, bien porque doña Elvira tuviera más prudencia o virtud de la que España le otorga a las mujeres, don Juan fue obligado a pasar sus últimos días como un viejo cura rural, sin escándalos en su casa. A veces, sentía placer si encontraba a su mujer o a su hijo faltando a sus deberes

religiosos, y les exigía realizar todas las obligaciones impuestas a los fieles por el tribunal de Roma. En fin, nunca se sentía tan feliz como cuando oía al galante abad de Sanlúcar, a doña Elvira y a Felipe discutir sobre un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los cuidados que don Juan Belvídero prodigaba a su persona, llegaron los días de decrepitud; con la edad del dolor llegaron los gritos de impotencia, gritos tanto más desgarradores cuanto más ricos eran los recuerdos de su ardiente juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, cuyo grado más alto de burla era inducir a los otros a creer en las leyes y principios de los que él se mofaba, se dormía por las noches pensando en un quizá. Aquel modelo de elegancia, aquel duque, vigoroso en las orgías, soberbio en la corte, gentil para con las mujeres cuyos corazones había retorcido como un campesino retuerce una vara de mimbre, aquel hombre ingenio, tenía una pituita pertinaz, una molesta ciática y una gota brutal. Veía cómo sus dientes lo abandonaban, al igual que se van, una a una, las más blancas damas, las más engalanadas, dejando el salón desierto. Finalmente, sus atrevidas manos temblaron, sus esbeltas piernas se tambalearon, y una noche la apoplejía aprisionó sus manos corvas y heladas. Desde aquel fatal día se volvió taciturno y duro. Acusaba la dedicación de su mujer y de su hijo, pretendiendo en ocasiones que sus emotivos cuidados y delicadezas le eran así prodigados porque había puesto su fortuna en rentas vitalicias. Elvira y Felipe derramaban entonces lágrimas amargas y doblaban sus caricias al malicioso viejo, cuya voz cascada se volvía afectuosa para decirles: «Queridos míos, querida esposa, ¿me perdonan, verdad? Los atormento un poco. ¡Ay, gran Dios!, ¿cómo te sirves de mí para poner a prueba a estas dos celestes criaturas? Yo, que debiera ser su alegría, soy su calamidad». De este modo los encadenó a la cabecera de su cama,

haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y crueldad por una hora en que les prodigaba los tesoros, siempre nuevos, de su gracia y de una falsa ternura. Paternal sistema que resultó infinitamente mejor que el que su padre había utilizado en otro tiempo para con él.

Por fin llegó a un grado tal de enfermedad en que, para acostarlo, había que manejarlo como una falúa que entra en un canal peligroso. Luego, llegó el día de la muerte. Aquel brillante y escéptico personaje de quien sólo el entendimiento sobrevivía a la más espantosa de las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor, los dos seres que le eran más antipáticos. Pero estuvo jovial con ellos. ¿Acaso no había para él una luz brillante tras el velo del porvenir? Sobre aquella tela, para unos de plomo, diáfana para él, jugaban como sombras las arrebatadoras delicias de la juventud.

Era una hermosa tarde cuando don Juan sintió la proximidad de la muerte. El cielo de España era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban luces vivas y frescas, parecía que la naturaleza le daba pruebas ciertas de su resurrección; un hijo piadoso y obediente lo contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse solo con aquel cándido ser.

—Felipe —le dijo con una voz tan tierna y afectuosa que hizo estremecerse y llorar de felicidad al joven. Jamás había pronunciado así «Felipe», aquel padre inflexible.

—Escúchame, hijo mío —continuó el moribundo—. Soy un gran pecador. Durante mi vida también he pensado en mi muerte. En otro tiempo fui amigo del gran papa Julio II. El ilustre pontífice temió que la excesiva exaltación de mis sentidos me hiciese cometer algún pecado mortal entre el momento de expirar y de recibir los santos óleos; me regaló un frasco con el agua bendita que mana entre las rocas, en

el desierto. He mantenido el secreto de este despilfarro del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar el misterio a mi hijo, *in articulo mortis*. Encontrarás el frasco en el cajón de esa mesa gótica que siempre ha estado en la cabecera de mi cama… El precioso cristal podrá servirte aún, querido Felipe. Júrame, por tu salvación eterna, que ejecutarás puntualmente mis órdenes.

Felipe miró a su padre. Don Juan conocía demasiado la expresión de los sentimientos humanos como para no morir en paz bajo el testimonio de aquella mirada, como su padre había muerto en la desesperanza de su propia mirada.

—Tú merecías otro padre —continuó don Juan—. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el venerable abad de Sanlúcar me administraba el viático, pensaba en la incompatibilidad de los dos poderes, el del diablo y el de Dios.

—¡Oh, padre!

—Y me decía a mí mismo que, cuando Satán haga su paz, tendrá que acordar el perdón de sus partidarios, para no ser un gran miserable. Esta idea me persigue. Iré, pues, al infierno, hijo mío, si no cumples mi voluntad.

—¡Oh, dímela pronto, padre!

—Tan pronto como haya cerrado los ojos —continuó don Juan—, unos minutos después, cogerás mi cuerpo, aún caliente, y lo extenderás sobre una mesa, en medio de la habitación. Después apagarás la luz. El resplandor de las estrellas deberá ser suficiente. Me despojarás de mis ropas, rezarás padrenuestros y avemarías elevando tu alma a Dios y humedecerás cuidadosamente con este agua santa mis ojos, mis labios, toda mi cabeza primero, y luego sucesivamente los miembros y el cuerpo; pero, hijo mío, el poder de Dios es tan grande, que no deberás asombrarte de nada.

Entonces, don Juan, que sintió llegar la muerte, añadió con voz terrible:

—Coge bien el frasco —y expiró dulcemente en los brazos de su hijo, cuyas abundantes lágrimas bañaron su rostro irónico y pálido.

Era cerca de la medianoche cuando don Felipe Belvídero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Después de haber besado su frente amenazadora y sus grises cabellos, apagó la lámpara. La suave luz producida por la claridad de la luna cuyos extraños reflejos iluminaban el campo, permitió al piadoso Felipe entrever indistintamente el cuerpo de su padre como algo blanco en medio de la sombra. El joven impregnó un paño en el licor que, sumido en la oración, ungió fielmente aquella cabeza sagrada en un profundo silencio. Oía estremecimientos indescriptibles, pero los atribuía a los juegos de la brisa en la cima de los árboles. Cuando humedeció el brazo derecho sintió que un brazo fuerte y vigoroso le cogía el cuello, ¡el brazo de su padre! Profirió un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió. El licor se evaporó. Las gentes del castillo acudieron, provistos de candelabros, como si la trompeta del juicio final hubiera sacudido el universo. En un instante la habitación estuvo llena de gente. La multitud temblorosa vio a don Felipe desvanecido, pero retenido por el poderoso brazo de su padre, que le apretaba el cuello. Después, cosa sobrenatural, los asistentes contemplaron la cabeza de don Juan tan joven y tan bella como la de Antínoo; una cabeza con cabellos negros, ojos brillantes, boca bermeja y que se agitaba de forma escalofriante, sin poder mover el esqueleto al que pertenecía. Un anciano servidor gritó:

—¡Milagro! —y todos los españoles repitieron—: ¡Milagro!

Doña Elvira, demasiado piadosa como para admitir los misterios de la magia, mandó buscar al abad de Sanlúcar. Cuando el prior contempló con sus propios ojos el milagro,

decidió aprovecharlo, como hombre inteligente y como abad, para aumentar sus ingresos. Declarando enseguida que don Juan sería canonizado sin ninguna duda, fijó la apoteósica ceremonia en su convento que en lo sucesivo se llamaría, dijo, San Juan-de-Lúcar. Ante estas palabras, la cabeza hizo un gesto jocoso.

El gusto de los españoles por este tipo de solemnidades es tan conocido que no resultan difíciles de creer las hechicerías religiosas con que el abad de Sanlúcar celebró el traslado del bienaventurado don Juan Belvídero a su iglesia. Días después de la muerte del ilustre noble, el milagro de su imperfecta resurrección era tan comentado de un pueblo a otro, en un radio de más de cincuenta leguas alrededor de Sanlúcar, que resultaba cómico ver a los curiosos en los caminos; vinieron de todas partes, engolosinados por un *Te Deum* con antorchas. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar, una maravillosa edificación construida por los moros, cuyas bóvedas escuchaban desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo contener a la multitud que acudía a ver la ceremonia. Apretados como hormigas, los hidalgos con capas de terciopelo y armados con sus espadas, estaban de pie alrededor de las columnas, sin encontrar sitio para doblar sus rodillas, que sólo se doblaban allí. Encantadoras campesinas, cuyas basquiñas dibujaban las amorosas formas, daban su brazo a ancianos de blancos cabellos. Jóvenes con ojos de fuego se encontraban junto a ancianas mujeres adornadas. Había, además, parejas estremecidas de placer, novias curiosas acompañadas por sus bienamados; recién casados; niños que se cogían de la mano, temerosos. Allí estaba aquella multitud, llena de colorido, brillante en sus contrastes, cargada de flores, formando un suave tumulto en el silencio de la noche. Las amplias puertas de la iglesia se abrieron. Aquellos que, retardados, se quedaron

fuera, veían de lejos, por las tres puertas abiertas, una escena tan pavorosa de decoración a la que nuestras modernas óperas sólo podrían aproximarse débilmente. Devotos y pecadores, presurosos por alcanzar la gracia del nuevo santo, encendieron en su honor millares de velas en aquella amplia iglesia, resplandores interesados que concedieron un mágico aspecto al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, las figuras sarracenas recortadas, los más delicados trazos de tan delicada escultura se dibujaban en aquella luz excesiva, como caprichosas figuras que se forman en un brasero al rojo.

Era un océano de fuego, dominado al fondo de la iglesia por un coro dorado, donde se levantaba el altar mayor, cuya gloria habría podido rivalizar con la de un sol naciente. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los ex votos palidecía ante el relicario en que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío resplandecía de pedrería, de flores, cristales, diamantes, oro y plumas tan blancas como las alas de un serafín, y sustituía en el altar a un retablo de Cristo. A su alrededor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire ondas llameantes. El abad de Sanlúcar, adornado con los hábitos pontificios, con su mitra enriquecida de piedras preciosas, su roqueta, su báculo de oro, estaba sentado, rey del coro, en un sillón de lujo imperial, en medio del clero compuesto por impasibles ancianos de cabellos plateados, revestidos de albas finas y que lo rodeaban semejantes a los santos confesores que los pintores agrupan alrededor del Eterno. El gran chantre y los dignatarios del cabildo, adornados con las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes formadas por el incienso, semejantes a los astros que ruedan en el firmamento. Cuando llegó la hora

del triunfo, las campanas despertaron los ecos del campo, y aquella inmensa asamblea lanzó a Dios el primer grito de alabanza con que comienza el *Te Deum*. ¡Sublime grito! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis unidas a las voces graves y fuertes de los hombres, de millares de voces tan poderosas, que el órgano no dominó el conjunto, a pesar del mugir de sus tubos. Sólo las agudas notas de la voz joven de los niños del coro y los amplios acentos de algunos bajos, suscitaron ideas graciosas, dibujaron la infancia y la fuerza en este arrebatador concierto de voces humanas confundidas en un sentimiento de amor.

—*¡Te Deum laudamus!*

Aquel canto salía del seno de la catedral negra de mujeres y hombres arrodillados, semejante a una luz que brilla de pronto en la noche; y se rompió el silencio como por el estallido de un trueno. Las voces ascendieron con nubes de incienso que arrojaban entonces velos diáfanos y azulados sobre las fantasías maravillosas de la arquitectura. Todo era riqueza, perfume, luz y melodía. En el instante en que aquella música de amor y de reconocimiento se concentró en el altar, don Juan, demasiado educado como para no dar las gracias, demasiado espiritual, por no decir burlón, respondió con una espantosa carcajada y se acomodó en su relicario. Pero el diablo le hizo pensar en el riesgo que corría de ser tomado por un hombre ordinario, un santo, un Bonifacio, un Pantaleón. Turbó aquella melodía de amor con un aullido al que se unieron las mil voces del inferno. La tierra bendecía, el cielo maldecía. La iglesia tembló en sus antiguos cimientos.

—*¡Te Deum laudamus!* —decía la asamblea.

—*¡Al diablo todos!, ¡son unas bestias! ¡Dios! ¡Dios!, ¡carajos demonios!, ¡animales, son unos estúpidos con su viejo Dios!*[34]

Y un torrente de imprecaciones discurrió como un río de lava ardiente en una erupción del Vesubio.

—¡ *Deus sabaoth, sabaoth*! —gritaron los cristianos.

—¡ Insultan la majestad del infierno! —contestó don Juan con un rechinar de dientes.

Pronto pudo el brazo viviente salir por encima del relicario y amenazó a la asamblea con gestos de desesperación e ironía.

—El santo nos bendice —dijeron las viejas mujeres, los niños y los novios, gentes crédulas.

Así somos frecuentemente engañados en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de los que lo elogian y elogia en ocasiones a aquellos de los que se burla en el fondo de su corazón.

Cuando el abad arrodillado ante el altar cantaba:

—*Sancte Johannes ora pro nobis* —entendió claramente —: ¡ *Oh, coglione*![35]

»—¿Qué pasa ahí arriba? —exclamó el deán al ver moverse el relicario.

—El santo hace diabluras —respondió el abad.

Entonces, aquella cabeza viviente se separó violentamente del cuerpo que ya no vivía y cayó sobre el cráneo amarillo del oficiante.

—¡ Acuérdate de doña Elvira! —gritó la cabeza devorando la del abad.

Este profirió un horrible grito que turbó la ceremonia.

Todos los sacerdotes corrieron y rodearon a su soberano.

—¡ Imbécil! , ¿y dices que hay un Dios? —gritó la voz en el momento en que el abad, mordido en su cerebro, expiraba.

La dama de pique

Alexander Pushkin

(1833)

La dama de picas significa malevolencia secreta.
Novísimo tratado de cartomancia

I

Y en los días de lluvia se solían reunir a menudo.
Y —¡que Dios les perdone!—
apostaban a cien la jugada.
Y a veces ganaban,
apuntaban con tiza las deudas.
De este modo ocupaban, en los días de lluvia,
su tiempo.

Un día en casa del oficial de la Guardia Narumov jugaban a las cartas. La larga noche de invierno pasó sin que nadie lo notara; se sentaron a cenar pasadas las cuatro de la mañana. Los que habían ganado comían con gran apetito; los demás permanecían sentados ante sus platos vacíos con aire distraído. Pero apareció el champán, la conversación se animó y todos tomaron parte en ella.

—¿Qué has hecho, Surin? —preguntó el amo de la casa.

—Perder, como de costumbre. He de admitir que no tengo suerte: juego sin subir las apuestas, nunca me acaloro, no hay modo de sacarme de quicio, ¡y de todos modos sigo perdiendo!

—¿Y alguna vez no te has dejado llevar por la tentación? ¿Ponerlo todo a una carta?… Me asombra tu firmeza…

—¡Pues ahí tenéis a Guermann! —dijo uno de los presentes señalando a un joven oficial de ingenieros—. ¡Jamás en su vida ha tenido una carta en las manos, nunca ha hecho ni un pároli, y, en cambio, se queda con nosotros hasta las cinco a mirar cómo jugamos!

—Me atrae mucho el juego —dijo Guermann—, pero no estoy en condiciones de sacrificar lo imprescindible con la esperanza de salir sobrado.

—Guermann es alemán, cuenta su dinero, ¡eso es todo! —observó Tomski—. Pero si hay alguien a quien no entiendo es a mi abuela, la condesa Anna Fedotovna.

—¿Cómo?, ¿quién? —exclamaron los contertulios.

—¡No me entra en la cabeza —prosiguió Tomski—, cómo puede ser que mi abuela no juegue!

—¿Qué tiene de extraño que una vieja ochentona no juegue? —dijo Narumov.

—¿Pero no sabéis nada de ella?

—¡No! ¡De verdad, nada!

—¿No? Pues, escuchad:

Debéis saber que mi abuela, hará unos sesenta años, vivió en París e hizo allí auténtico furor. La gente corría tras ella para ver a la Venus moscovite; Richelieu estaba prendado de ella y la abuela asegura que casi se pega un tiro por la crueldad con que ella lo trató. En aquel tiempo las damas jugaban al faraón. Cierta vez, jugando en la corte, perdió bajo palabra con el duque de Orleans no sé qué suma inmensa. La abuela al llegar a casa, mientras se despegaba los lunares de la cara y se desataba el miriñaque, le comunicó al abuelo que había perdido en el juego y le mandó que se hiciera cargo de la deuda. Por cuanto recuerdo, mi difunto abuelo era una especie de mayordomo de la abuela. La temía como al fuego y, sin embargo, al oír la horrorosa suma, perdió los estribos: se trajo el libro de cuentas y, tras mostrarle que en medio año se habían gastado medio millón y que ni su aldea cercana a Moscú ni la de Saratov se encontraban en las afueras de París, se negó en redondo a pagar. La abuela le dio un bofetón y se acostó sola en señal de enojo.

Al día siguiente mandó llamar a su marido con la esperanza de que el castigo doméstico hubiera surtido efecto, pero lo encontró incólume. Por primera vez en su vida la abuela accedió a entrar en razón y a dar

explicaciones; pensaba avergonzarlo, y se dignó a demostrarle que había deudas y deudas, como había diferencia entre un príncipe y un carretero. ¡Pero ni modo! ¡El abuelo se había sublevado y seguía en sus trece! La abuela no sabía qué hacer. Anna Fedotovna era amiga íntima de un hombre muy notable. Habréis oído hablar del conde Saint-Germain, de quien tantos prodigios se cuentan. Como sabréis, se hacía pasar por el Judío errante, por el inventor del elixir de la vida, de la piedra filosofal y de muchas cosas más. La gente se reía de él tomándolo por un charlatán, y Casanova en sus Memorias dice que era un espía. En cualquier caso, a pesar de todo el misterio que lo envolvía, Saint-Germain tenía un aspecto muy distinguido y en sociedad era una persona muy amable. La abuela, que lo sigue venerando hasta hoy y se enfada cuando hablan de él sin el debido respeto, sabía que Saint-Germain podía disponer de grandes sumas de dinero, y decidió recurrir a él. Le escribió una nota en la que le pedía que viniera a verla de inmediato.

El estrafalario viejo se presentó al punto y halló a la dama sumida en una horrible pena. La mujer le describió el bárbaro proceder de su marido en los tonos más negros, para acabar diciendo que depositaba todas sus esperanzas en la amistad y en la amabilidad del francés.

Saint-Germain se quedó pensativo.

—Yo puedo proporcionarle esta suma —le dijo—, pero como sé que usted no se sentiría tranquila hasta no resarcirme la deuda, no querría yo abrumarla con nuevos quebraderos de cabeza. Existe otro medio: puede usted recuperar su deuda.

—Pero, mi querido conde —le dijo la abuela—, si le estoy diciendo que no tenemos nada de dinero.

—Ni falta que le hace —replicó Saint-Germain—: tenga la bondad de escucharme.

Y entonces le descubrió un secreto por el cual cualquiera de nosotros daría lo que fuera…

Los jóvenes jugadores redoblaron su atención. Tomski encendió una pipa, dio una bocanada y prosiguió su relato:

—Aquel mismo día la abuela se presentó en Versalles, au jeu de la Reine. El duque de Orleans llevaba la banca; la abuela le dio una vaga excusa por no haberle satisfecho la deuda, para justificarse se inventó una pequeña historia y se sentó enfrente apostando contra él. Eligió tres cartas, las colocó una tras otra: ganó las tres manos y recuperó todo lo perdido.

—¡Por casualidad! —dijo uno de los contertulios.

—¡Esto es un cuento! —observó Guermann.

—¿No serían cartas marcadas? —añadió un tercero.

—No lo creo —respondió Tomski con aire grave.

—¡Cómo! —dijo Narumov—. ¿Tienes una abuela que acierta tres cartas seguidas y hasta ahora no te has hecho con su cabalística?

—¡Qué más quisiera! —replicó Tomski—. La abuela tuvo cuatro hijos, entre ellos a mi padre: los cuatro son unos jugadores empedernidos y a ninguno de los cuatro les ha revelado su secreto; aunque no les hubiera ido mal, como tampoco a mí, conocerlo.

Pero oíd lo que me contó mi tío el conde Iván Ilich, asegurándome por su honor la veracidad de la historia. El difunto Chaplitski —el mismo que murió en la miseria después de haber despilfarrado sus millones—, cierta vez en su juventud y, si no recuerdo mal, con Zorich, perdió cerca de trescientos mil rublos. El hombre estaba desesperado. La abuela, que siempre había sido muy severa con las travesuras de los jóvenes, esta vez parece que se apiadó de Chaplitski. Le dio tres cartas para que las apostara una tras otra y le hizo jurar que ya no jugaría nunca más. Chaplitski se presentó ante su ganador; se pusieron a jugar. Chaplitski

apostó a su primera carta cincuenta mil y ganó; hizo un pároli y lo dobló en la siguiente jugada, y así saldó su deuda y aún salió ganado… Pero es hora de irse a dormir: ya son las seis menos cuarto.

En efecto, ya amanecía: los jóvenes apuraron sus copas y se marcharon.

II

Il paraît que monsieur est décidément pour les suivantes.
Que voulez-vous, madame? Elles sont plus fraîches.

La vieja condesa A… se hallaba en su tocador ante el espejo. La rodeaban tres doncellas. Una sostenía un tarro de arrebol; otra, una cajita con horquillas, y la tercera, una alta cofia con cintas de color de fuego. La condesa no pretendía en lo más mínimo verse hermosa, su belleza hacía tiempo que se había marchitado, pero conservaba todos los hábitos de sus años jóvenes, seguía rigurosamente la moda de los setenta y se vestía con la misma lentitud, con el mismo esmero de hace sesenta años. Junto a la ventana se sentaba ante su labor una señorita, su pupila.

—Buenos días, grand'mamma —dijo al entrar un joven oficial—. Bonjour, mademoiselle Lise. Grand'mamma, he venido a pedirle un favor.

—¿Qué, Pavel?

—Quisiera presentarle a uno de mis compañeros para que lo invite usted a su baile el viernes.

—Tráelo directamente a la fiesta y allí me lo presentas. ¿Estuviste ayer en casa de B…?

—¡Cómo no! Fue una fiesta muy alegre; bailamos hasta las cinco. ¡Yeletskaya estuvo encantadora!

—¡Qué dices, querido! ¿Qué tiene de encantadora esa muchacha? Ni comparar con su abuela, la princesa Daria Petrovna… Por cierto, ¿la princesa Daria Petrovna se verá muy envejecida?

—¿Cómo, envejecida? —respondió distraído Tomski—, si se murió hará unos siete años.

La señorita levantó la cabeza e hizo una seña al joven. Este recordó que a la vieja condesa le ocultaban la muerte de las mujeres de su edad y se mordió el labio. Pero la condesa escuchó la noticia, nueva para ella, con gran indiferencia.

—¡Ha muerto! —dijo—. Y yo sin saberlo. Pues cuando nos hicieron damas de honor a las dos, su majestad…

Y por centésima vez empezó a contar la anécdota a su nieto.

—Bien Pavel —dijo luego—, ahora ayúdame a levantarme. Liza, ¿dónde está mi tabaquera?

La condesa se dirigió con sus doncellas detrás del biombo para acabar de arreglarse y Tomski se quedó con la señorita.

—¿A quién le quiere presentar? —preguntó en voz baja Lizaveta Ivanovna.

—A Narumov. ¿Lo conoce?

—¡No! ¿Es militar o civil?

—Militar.

—¿Ingeniero?

—No. De caballería. ¿Y por qué ha creído usted que era ingeniero?

La señorita se rio, pero no dijo ni palabra.

—¡Pavel! —gritó la condesa desde detrás del biombo—, mándame alguna novela nueva, pero, por favor, que no sea de las de ahora.

—¿Cómo es eso, grand’mamma?

—Quiero decir, una novela en la que el héroe no estrangule a su padre o a su madre, y en la que no haya ahogados. ¡Tengo un pánico terrible a los ahogados!

—Novelas así hoy ya ni existen. ¿No querrá una novela rusa?

—¿Pero es que hay novelas rusas?… ¡Pues mándame una, querido, te lo ruego, mándamela!

—Le ruego que me excuse, grand'mamma: tengo prisa… Perdone, Lizaveta Ivanovna. Pero ¿por qué ha pensado usted que Narumov era ingeniero?

Y Tomski abandonó el tocador.

Lizaveta Ivanovna se quedó sola: abandonó su labor y se puso a mirar por la ventana. Al poco, a un lado de la calle, desde la casa de la esquina, apareció un joven oficial. Un rubor cubrió las mejillas de la señorita, que retornó a su labor e inclinó la cabeza hasta la misma trama. En este momento entró la condesa ya del todo arreglada.

—Liza —se dirigió a la señorita—, manda que enganchen la carroza, vamos a dar un paseo.

Liza se levantó y se puso a recoger su labor.

—¡Pero, por Dios, chiquilla, ¿estás sorda?! —gritó la condesa—. Manda que enganchen cuanto antes la carroza.

—¡Ahora mismo! —respondió con voz queda la señorita y echó a correr hacia el recibidor.

Entró un sirviente y entregó a la condesa unos libros de parte del príncipe Pavel Aleksandrovich.

—¡Bien! Que le den las gracias —dijo la condesa—. ¡Liza, Liza! Pero ¿adónde vas corriendo?

—A vestirme.

—Ya tendrás tiempo, chiquilla. Siéntate aquí. Abre el primer tomo; lee en voz alta…

La señorita tomó el libro y leyó varias líneas.

—¡Más alto! —dijo la condesa—. ¿Qué te pasa, chiquilla? ¿Has perdido la voz, o qué?… Espera; acércame el banco un poco más… ¡más cerca!

Lizaveta Ivanovna leyó dos páginas más. La condesa bostezó.

—Deja ese libro —dijo—, ¡qué estupidez! Devuélvele eso al príncipe Pavel y di que se lo agradezcan de mi parte… Pero ¿qué pasa con la carroza?

—Ya está lista —dijo Lizaveta Ivanovna lanzando una mirada hacia la ventana.

—¿Y qué haces que no estás vestida? —dijo la condesa—. ¡Siempre hay que esperarte! Chiquilla, esto resulta insoportable.

Liza corrió a su habitación. No pasaron ni dos minutos que la condesa se puso a tocar la campanilla con todas sus fuerzas. Las tres doncellas entraron corriendo por una puerta, y el ayuda de cámara, por otra.

—¿Qué pasa que no hay modo de que vengáis cuando se os llama? —les dijo la condesa—. Decidle a Lizaveta Ivanovna que la estoy esperando.

Entró Lizaveta Ivanovna, con la capa y el sombrero.

—¡Por fin, muchacha! —dijo la condesa—. ¡Qué emperifollada! ¿Para qué?... ¿A quién quieres engatusar?... ¿Y el tiempo, qué tal? Parece que haga viento.

—¡De ningún modo, excelencia! ¡Todo está en calma! —replicó el ayuda de cámara.

—Siempre habláis sin ton ni son. Abrid la ventanilla. Lo que yo decía: ¡hace viento! ¡Y helado!

¡Que desenganchen la carroza! No vamos a salir, Liza, te está bien por disfrazarte tanto.

«¡Qué vida!», pensó Lizaveta Ivanovna.

En efecto Lizaveta Ivanovna era una criatura desdichada. Amargo sabe el pan ajeno, dice Dante, y pesados los escalones de una casa extraña, ¿y quién mejor que la pobre pupila de una vieja aristócrata para conocer la amargura de la dependencia? La condesa A... no tenía mal corazón, por supuesto, pero era antojadiza, como toda mujer mimada por la alta sociedad, avara y llena de frío egoísmo, como toda la gente mayor, que tras haber agotado en su tiempo el amor, hoy vive de espaldas al presente. Participaba en todas las vanidades del gran mundo, asistía a los bailes, donde se sentaba en un rincón, con la cara pintada y vestida a la vieja

moda, igual que un ornamento deforme e imprescindible del salón; los invitados al llegar se le acercaban entre profundas reverencias, como si lo mandara el ceremonial, pero luego ya nadie se ocupaba de ella. Recibía en su casa a toda la ciudad, observando la más rigurosa etiqueta y no reconocía a nadie por la cara. Su numerosa servidumbre, que engordaba y encanecía en su antesala y en el cuarto de las doncellas, hacía lo que le venía en gana y desplumaba a cuál más a la moribunda anciana.

Lizaveta Ivanovna era la mártir de la casa. Ella servía el té y recibía las reprimendas por el excesivo gasto de azúcar; leía en voz alta las novelas y era la culpable de todos los errores del autor; acompañaba a la vieja en sus paseos y respondía del tiempo y por el estado del empedrado. Se le había asignado un sueldo que nunca le acababan de pagar; en cambio, se le exigía que fuera vestida como todas, es decir, como muy pocas. En sociedad desempeñaba el papel más lamentable. Todos la conocían, pero nadie notaba su presencia; en las fiestas sólo bailaba cuando faltaba alguien para un vis-à-vis y las damas se la llevaban del brazo siempre que, para recomponer algo de sus atuendos, debían ir al tocador. Tenía mucho amor propio, se apercibía vivamente de su condición y miraba a su alrededor esperando con impaciencia a su salvador. Pero los jóvenes calculadores en su despreocupada vanidad, no le prestaban atención, aunque Lizaveta Ivanovna era cien veces más hermosa que las descaradas y frías muchachas casaderas en cuyo derredor aquellos revoloteaban. ¡Cuántas veces, tras abandonar imperceptiblemente el aburrido y suntuoso salón, se retiraba a llorar a su modesto cuarto con un biombo empapelado, una cómoda, un pequeño espejo y una cama pintada, y donde la vela de sebo ardía mortecina sobre una palmatoria de bronce!

En cierta ocasión —esto sucedía a los dos días de la velada descrita al comienzo del relato y una semana antes de la escena en que nos hemos detenido—, Lizaveta Ivanovna, sentada junto a la ventana con su bastidor, miró casualmente a la calle y vio a un joven oficial de ingenieros que inmóvil mantenía fija la mirada en su ventana. La joven bajó la cabeza y retornó a su labor; al cabo de cinco minutos miró de nuevo: el joven oficial seguía en el mismo lugar. Como no tenía costumbre de coquetear con cualquier oficial, dejó de mirar al exterior y estuvo bordando cerca de dos horas sin levantar la cabeza. Llamaron a comer. La joven se levantó, comenzó a recoger el bastidor y, al echar un vistazo casual a la calle, de nuevo vio al oficial. El hecho le pareció bastante extraño. Después de comer se acercó a la ventana con sensación de cierto desasosiego, pero el oficial ya no estaba, y se olvidó de él… Al cabo de dos días, al salir con la condesa a tomar la carroza, lo vio de nuevo. Estaba justo delante del portal, con la cara cubierta con un cuello de piel de castor: sus ojos negros centelleaban bajo el gorro. Lizaveta Ivanovna, ella misma sin saber por qué, se asustó y subió a la carroza con un temblor inexplicable.

Al regresar a casa, corrió a la ventana: el oficial estaba donde siempre, con la mirada fija en ella. La joven se apartó venciendo la curiosidad, turbada por un sentimiento completamente nuevo para ella. Desde entonces no había día en que el joven, a la misma hora, no apareciera bajo las ventanas de la casa. Entre ambos se estableció una relación inadvertida. Sentada junto a su labor, ella notaba su llegada, levantaba la cabeza y lo miraba cada vez más largo rato. El joven parecía estarle agradecido por ello: la muchacha, con la aguda mirada de la juventud, veía cómo un repentino rubor cubría las pálidas mejillas del oficial cada vez que sus miradas se encontraban. Al cabo de una semana ella le sonrió…

Cuando Tomski vino a pedir permiso a la condesa para presentarle a su amigo, el corazón de la pobre muchacha latió con fuerza. Pero, al enterarse de que Narumov no era un oficial de ingenieros, sino de caballería, lamentó que con aquella indiscreta pregunta hubiera descubierto al alocado Tomski su secreto.

Guermann era hijo de un alemán afincado en Rusia que había dejado a su hijo un pequeño capital. Firmemente convencido como estaba de la necesidad de afianzar su independencia, Guermann no tocaba siquiera los intereses del dinero, vivía de su paga y no se permitía el menor de los caprichos. Pero dado su carácter reservado y ambicioso, sus compañeros rara vez tenían ocasión de burlarse de su desmedido sentido del ahorro. Era un hombre de fuertes pasiones y con una desbocada imaginación, pero su entereza lo había salvado de los acostumbrados extravíos de la juventud. Así, por ejemplo siendo en el fondo de su alma un jugador, nunca había tocado unas cartas, pues estimaba que su fortuna no le permitía (como solía decir) sacrificar lo imprescindible con la esperanza de salir sobrado, y, entretanto, se pasaba noches enteras en torno a las mesas de juego y seguía con frenesí febril cada una de las evoluciones de la partida.

La anécdota de las tres cartas impresionó poderosamente su imaginación y en toda la noche no le salió de la cabeza.

«¡Qué pasaría si la vieja condesa me descubre su secreto! —pensaba en la tarde del día siguiente vagando por Petersburgo—, ¡o si me indica las tres cartas de la suerte! ¿Por qué no puedo yo probar fortuna?… Podría presentarme a ella, ganarme su favor, tal vez convertirme en su amante; aunque para todo esto se necesita tiempo, y la vieja tiene ochenta y siete años, puede morirse en una semana, ¡o dentro de dos días!… Y la historia misma… ¿Se puede creer en ella?… ¡No! ¡Las cuentas claras, la moderación y el amor

al trabajo: estas son mis tres cartas de la suerte! ¡Esto es lo que triplicará, lo que multiplicará por siete mi capital y me permitirá alcanzar el sosiego y la independencia!»

Pensando de este modo se encontró en una de las calles principales de Petersburgo, ante una casa de estilo antiguo. El paseo estaba abarrotado de coches, las carrozas se detenían una tras otra ante el iluminado portal. De ellas a cada instante asomaba o la esbelta pierna de una bella joven, o una estruendosa bota, ya una media a rayas, ya los botines de un diplomático. Abrigos de piel y capotes se deslizaban ante un majestuoso portero. Guermann se detuvo.

—¿De quién es esta casa? —preguntó al guardia de la garita de la esquina.

—De la condesa A… —contestó el de la garita.

Guermann se estremeció. De nuevo en su imaginación se dibujó la asombrosa historia. Se puso a rondar junto a la casa pensando en su dueña y en su mágico don. Regresó tarde a su humilde rincón, tardó mucho en dormirse, y cuando le venció el sueño se le aparecieron unas cartas, una mesa verde, montañas de billetes y montones de monedas. Tiraba una carta tras otra, doblaba las apuestas con decisión, ganaba sin parar, recogía el oro a manos llenas y atestaba de billetes los bolsillos.

Al despertar, tarde ya, suspiró ante la pérdida de su fantástica fortuna, se marchó a vagar de nuevo por la ciudad y otra vez se encontró ante la casa de la condesa A… Al parecer, una fuerza invisible lo atraía hacia el lugar. Se detuvo y se puso a mirar a las ventanas. En una de ellas vio una cabecita de cabellos morenos, inclinada seguramente sobre algún libro o una labor. La cabecita se alzó. Guermann vio un rostro fresco y unos ojos negros. Aquel instante decidió su suerte…

III

Vous m'écrivez, mon ange, des lettres de quatre pages plus vite que je ne puis les lire.

No había tenido tiempo Lizaveta Ivanovna de quitarse la capa y el sombrero que ya la condesa la había mandado llamar para ordenarle que engancharan de nuevo los caballos. En el preciso momento en que dos lacayos levantaban a la vieja y la introducían a través de las portezuelas en la carroza, Lizaveta Ivanovna vio junto a la misma rueda a su ingeniero; él la asió de la mano, ella no pudo reaccionar del susto, y el joven desapareció: en la mano de la muchacha quedó una carta. La escondió dentro del guante y durante todo el paseo ni vio ni oyó nada.

En la carroza la condesa tenía la costumbre de hacer preguntas sin parar: ¿quién es ese que se ha cruzado con nosotros?, ¿cómo se llama este puente?, ¿qué dice ese anuncio? En esta ocasión Lizaveta Ivanovna contestaba sin ton ni son y a destiempo a las preguntas y enojó a la condesa.

—¡¿Qué te ocurre, chiquilla?! ¿O es que te ha dado un pasmo? ¿Qué pasa, no me oyes o no me entiendes?… ¡Gracias a Dios que no soy tartamuda ni he perdido la razón!

Lizaveta Ivanovna no la escuchaba. De regreso a casa corrió a su cuarto, sacó del guante la carta: no estaba sellada. Lizaveta Ivanovna la leyó. La nota contenía una declaración de amor: unas palabras tiernas, respetuosas y tomadas letra por letra de una novela alemana. Pero Lizaveta Ivanovna no sabía alemán y quedó muy satisfecha. Y, sin embargo, la carta, que ella había aceptado, la dejó sumamente preocupada. Era la primera vez que entablaba

una relación secreta y estrecha con un hombre joven. El atrevimiento de este la horrorizaba. Se reprochaba su imprudente conducta y no sabía qué hacer: ¿dejar de sentarse junto a la ventana y, con su desdén, enfriar en el joven oficial su afán de proseguir con el acoso?, ¿devolverle la carta?, ¿o bien responderle en tono frío y decidido? No tenía a quién pedir consejo, ni una amiga, o mentora. Lizaveta Ivanovna optó por contestar.

Se sentó a la mesa del escritorio, tomó pluma y papel y se puso a pensar. Comenzó la carta varias veces y la rompió otras tantas: unas su tono le parecía demasiado condescendiente, otras en exceso cruel. Por fin logró escribir varias líneas de las que se sintió satisfecha:

Estoy convencida de que sus intenciones son honestas —escribía— y que con este paso irreflexivo no ha querido usted ofenderme; pero nuestro trato no debería dar comienzo de este modo. Le devuelvo la carta esperando no tener motivos para lamentar en el futuro una inmerecida falta de respeto por su parte.

Al día siguiente, al ver pasar a Guermann, Lizaveta Ivanovna se levantó abandonando su labor, entró en la sala, abrió la ventanilla y, confiando en la destreza del joven oficial, arrojó la carta a la calle. Guermann se lanzó hacia el lugar, recogió el sobre y entró en una confitería. Arrancando el sello encontró su carta y la respuesta de Lizaveta Ivanovna. Era justo lo que esperaba, y muy absorto en su intriga regresó a su casa.

Tres días después, una mademoiselle jovencita y de ojos vivarachos trajo de una tienda de modas una nota para Lizaveta Ivanovna. Esta la abrió preocupada temiendo encontrarse con algún pago que le reclamaban, pero, de pronto, reconoció la letra de Guermann.

—Se ha equivocado usted, jovencita —dijo—; esta nota no es para mí.

—No. ¡Es para usted, seguro! —respondió la valiente chica sin esconder una sonrisa maliciosa—. ¡Tenga la bondad de leerla!

Lizaveta Ivanovna recorrió la hoja de papel. Guermann le pedía una cita.

—¡No puede ser! —dijo Lizaveta Ivanovna asustada tanto por lo apremiante de la petición como por el método empleado para hacerla—. ¡Seguro que no es para mí! —y rompió la carta en pequeños pedacitos.

—Si no era para usted, entonces ¿por qué ha roto la carta? —dijo la mademoiselle—. Se la habría devuelto a quien la ha mandado.

—Le ruego, jovencita —replicó Lizaveta Ivanovna ruborizándose ante aquella observación—, que en adelante no me traiga más notas. Y a quien la envía dígale que debería darle vergüenza…

Pero Guermann no se dio por vencido. Lizaveta Ivanovna, de un modo o de otro, recibía notas suyas cada día. Ya no eran cartas traducidas del alemán. Guermann las escribía inspirado por la pasión, hablaba con sus propias palabras: en ellas se expresaba tanto lo irrenunciable de su deseo, como el desorden de su desbocada imaginación. Lizaveta Ivanovna abandonó la idea de devolver las cartas: se embriagaba con ellas; comenzó a contestarlas, y sus notas por momentos se tornaban más largas y más tiernas. Por fin le arrojó por la ventanilla la carta siguiente:

Hoy se celebra un baile en casa del embajador de… La condesa irá. Nos quedaremos hasta las dos. He aquí la ocasión para verme a solas. En cuanto la condesa se haya marchado, lo más probable es que los sirvientes también se vayan; en el zaguán se queda el conserje, pero acostumbra a encerrarse en su cuartucho. Venga usted hacia las once y media. Diríjase directamente a la escalinata. Si se encuentra a alguien en el recibidor pregunte usted si la condesa está

en casa. Le dirán que no y, ¡qué le vamos a hacer!, deberá usted marcharse. Pero es probable que no encuentre usted a nadie. Las doncellas se recluyen todas en su alcoba. Del recibidor diríjase hacia la izquierda, siga todo recto hasta el dormitorio de la condesa. Allí, tras el biombo verá usted dos pequeñas puertas. La de la derecha da al despacho, donde la condesa no entra nunca; la de la izquierda, a un pasillo, allí verá una estrecha escalera de caracol. La escalera conduce a mi cuarto.

Guermann se estremecía como un tigre, en espera del momento señalado. A las diez de la noche ya se encontraba ante la casa de la condesa. El tiempo era horroroso: aullaba el viento, una nieve húmeda caía a grandes copos, las farolas ardían mortecinas, las calles estaban desiertas. De vez en cuando se arrastraba un coche de alquiler con su flaco jamelgo en busca de algún cliente rezagado. Guermann permanecía de pie, sólo con su levita, sin notar ni el viento ni la nieve.

Por fin apareció la carroza de la condesa. Guermann vio cómo los lacayos sacaron a la encorvada dama llevándola del brazo, envuelta en un abrigo de marta cebellina, y cómo, tras ella, cubierta por una capa liviana, con la cabeza adornada de flores naturales, se deslizó su pupila. Se cerraron las portezuelas. La carroza arrancó pesadamente por la fláccida nieve. El conserje cerró la puerta. La luz de las ventanas se apagó.

Guermann echó a andar junto a la casa vacía; se acercó a una farola, miró el reloj, eran las once y veinte. Se quedó junto a la farola con los ojos clavados en la aguja del reloj esperando que transcurrieran los minutos restantes.

Justo a las once y media Guermann pisó el porche de la condesa y subió al zaguán brillantemente iluminado. El conserje no estaba. Guermann subió corriendo por la escalinata, abrió la puerta y vio a un criado que dormía bajo

la lámpara en un sillón vetusto y manchado. Con paso ligero y firme Guermann pasó junto a aquel. El salón y el recibidor estaban a oscuras. La lámpara los iluminaba débilmente desde la entrada.

Guermann entró en el dormitorio. En el rincón de los iconos, repleto de imágenes antiguas, ardía tenue una lamparilla de oro. Unos desteñidos sillones y divanes damasquinos con cojines de plumas y dorados desgastados se disponían en triste simetría junto a las paredes cubiertas de seda china. En una de ellas colgaban dos retratos pintados en París por madame Lebrun. Un cuadro representaba a un hombre de unos cuarenta años, sonrosado y grueso, con uniforme verde claro y una estrella; el otro, a una joven belleza de nariz aguileña, las sienes peinadas hacia arriba y una rosa en el empolvado cabello. Por todas partes asomaban pastorcillas de porcelana, un reloj de mesa obra del célebre Leroy, cofrecillos, yoyós, abanicos y diversos juguetes de señora inventados a finales del siglo pasado a la par que el globo de los Montgolfier y el magnetismo de Mesmer.

Guermann se dirigió detrás del biombo. Tras este se encontraba una pequeña cama de hierro; a la derecha se veía una puerta que conducía al despacho; a la izquierda, otra, que daba a un pasillo. Guermann la abrió y vio la estrecha escalera de caracol que conducía al cuarto de la pobre pupila… Pero regresó y entró en el oscuro despacho.

El tiempo pasaba lentamente. Todo estaba en silencio. En el salón sonaron doce campanadas; en todas las habitaciones, uno tras otro, los relojes dieron las doce, y de nuevo todo quedó en silencio. Guermann esperaba de pie, apoyado en la fría estufa. Estaba sereno, su corazón latía acompasado, como el de un hombre decidido a una empresa peligrosa, pero necesaria. Los relojes dieron la una, luego las dos de la madrugada, y el joven oyó el lejano ruido de la

carroza. Le dominó una emoción incontenible. La carroza se acercó a la casa y se detuvo. Guermann oyó el ruido del estribo al bajar. La casa se puso en movimiento. Los criados echaron a correr, sonaron voces y la casa se iluminó. Entraron corriendo en la habitación las tres viejas doncellas, y apareció la condesa que, más muerta que viva, se dejó caer en el sillón Voltaire. Guermann miraba a través de una rendija: Lizaveta Ivanovna pasó a su lado. Guermann oyó sus apresurados pasos subiendo por la escalera. En su corazón brotó y se apagó de nuevo algo parecido a un remordimiento. El joven estaba petrificado.

La condesa comenzó a desvestirse ante el espejo. Le desprendieron las agujas de la cofia adornada de rosas; le quitaron la empolvada peluca de su cabeza canosa y de pelo muy corto. Los alfileres volaban como una lluvia a su alrededor. El vestido amarillo, bordado de plata, cayó a sus pies hinchados. Guermann era testigo de los repugnantes misterios de su tocador; por fin la condesa se quedó en camisón y gorro de dormir; con este atuendo, más propio de sus muchos años, parecía menos horrorosa y deforme.

Como toda la gente mayor, también la condesa padecía de insomnio. Una vez desvestida, se sentó junto a la ventana en su sillón Voltaire y despidió a las doncellas. Se llevaron las velas y de nuevo la habitación quedó sólo iluminada con la mariposa. La condesa, toda amarilla, sentada en su sillón, meneaba sus labios fláccidos balanceándose a izquierda y derecha. En su turbia mirada se reflejaba la ausencia de todo pensamiento; al verla se podría pensar que el balanceo de la espantosa vieja, más que deberse a su propia voluntad, era fruto de un oculto galvanismo. De pronto su rostro muerto se alteró de manera indescriptible. Sus labios dejaron de moverse, la mirada cobró vida: ante la condesa se encontraba un desconocido.

—¡No se asuste, por Dios, no se asuste! —dijo este con voz clara y queda—. No tengo la intención de hacerle daño; he venido a implorarle que me conceda una merced.

La vieja lo miraba en silencio y parecía como si no lo oyera. Guermann pensó que era sorda e, inclinándose hasta casi tocar su oreja le repitió las mismas palabras. La vieja seguía callada.

—Usted puede hacerme feliz para el resto de mi vida —prosiguió Guermann—, y no le va a costar nada: yo sé que usted puede adivinar tres cartas seguidas…

Guermann calló. La condesa, al parecer, comprendió lo que querían de ella; se diría que buscaba las palabras para responder.

—¡Aquello fue una broma! —dijo al fin—. ¡Se lo juro! ¡Una broma!

—¡Con cosas así no se bromea! —replicó enojado Guermann—. Acuérdese de Chaplitski, al que ayudó usted a recuperar su deuda.

La condesa pareció turbarse. Los rasgos de su cara reflejaron una poderosa emoción en su alma pero en seguida la anciana se sumergió en la impasividad de antes.

—¿Puede usted indicarme estas tres cartas seguras? —añadió Guermann.

La condesa seguía callada; Guermann prosiguió:

—¿Para quién quiere usted guardarse su secreto? ¿Para los nietos? ¿Qué falta les hace si ya son ricos? Si ni siquiera conocen el valor del dinero. A manirrotos como ellos sus tres cartas no les serán de ayuda. Quien no sabe cuidar de la herencia paterna, por muchas artes diabólicas que tenga a su alcance, de todos modos ha de morir en la miseria. Pero yo no soy un derrochador; yo sé el valor del dinero. Conmigo sus tres cartas no caerán en saco roto. ¡¿Y bien?! …

Guermann calló y esperó anhelante la respuesta. La condesa callaba; Guermann se arrodilló.

—Si alguna vez —dijo— su corazón ha conocido el sentimiento del amor, si recuerda usted cuánta emoción el amor depara, si ha sonreído siquiera una vez ante el primer llanto de su hijo recién nacido, si algún sentimiento humano ha palpitado en su pecho, le imploro a usted, por su amor de esposa, de amante y de madre, por lo más sagrado que haya en este mundo, ¡no rechace mi súplica! ¡Descúbrame su secreto! ¿Qué más le da a usted?… ¿Quizá el secreto entrañe un pecado horrible, la pérdida de la dicha eterna, un pacto con el diablo?… Piénselo; usted ya es vieja, no le queda mucho de vida; yo, en cambio, estoy dispuesto a cargar con su pecado. Lo único que le pido es que me revele su secreto. Piense que la felicidad de un hombre se halla en sus manos, que no sólo yo, sino mis hijos, mis nietos y biznietos bendecirán su nombre y honrarán su memoria como a una santa…

La vieja no decía ni palabra.

Guermann se levantó.

—¡Vieja bruja! —dijo apretando los dientes—. ¡Yo te haré hablar!…

Dicho esto, sacó del bolsillo una pistola.

Al ver el arma, la condesa mostró de nuevo en su rostro una poderosa emoción. Movió de arriba abajo la cabeza y levantó una mano como si se protegiera del disparo… Después cayó hacia atrás y se quedó inmóvil.

—Déjese de chiquilladas —dijo Guermann tomándola de la mano—. Se lo pregunto por última vez: ¿quiere usted decirme sus tres cartas? ¿Sí o no?

La condesa no contestaba. Guermann vio que estaba muerta.

IV

7 Mai 18…
Homme sans moeurs et sans religion!

Lizaveta Ivanovna, sentada en su habitación aún con el vestido de baile, se hallaba sumida en profundos pensamientos. Al llegar a casa, se apresuró a despedir a la soñolienta doncella que le había ofrecido con desgana sus servicios, diciéndole que ella misma se desvestiría, entró temblorosa en su cuarto con la esperanza de ver allí a Guermann y deseando no encontrarlo. Comprobó a primera vista su ausencia y agradeció al destino por el contratiempo que había impedido aquella cita. Se sentó sin quitarse el vestido y se puso a rememorar todas las circunstancias que en tan poco tiempo tan lejos la habían llevado.

No habían pasado ni tres semanas desde que viera por primera vez tras la ventana a aquel joven, y ya mantenía con él correspondencia, ¡y este ya le había arrancado una cita nocturna! Sabía su nombre sólo porque algunas de sus cartas iban firmadas; nunca le había dirigido la palabra, no conocía su voz y no había oído hablar de Guermann… hasta aquella misma noche. ¡Qué raro!

Justo aquella noche, en el baile, Tomski, enojado con la joven princesa Polina N… que, en contra de lo habitual, coqueteaba con otro, quiso vengarse de ella mostrándose indiferente: invitó a Lizaveta Ivanovna y bailó con ella una interminable mazurca. Durante todo el rato se burló de su interés por los oficiales de ingenieros. Le confesó que sabía muchas más cosas de las que ella podía suponer, y algunas de sus bromas fueron tan atinadas que Lizaveta Ivanovna pensó varias veces que Tomski conocía su secreto.

—¿Por quién se ha enterado de todo esto? —le preguntó ella entre risas.

—Por un compañero de quien usted sabe —contestó Tomski—, ¡una persona muy notable!

—¿Y quién es esta persona notable?

—Se llama Guermann.

Lizaveta Ivanovna no dijo nada, pero las manos y los pies se le helaron…

—Este Guermann —prosiguió Tomski— es un personaje en verdad romántico: tiene el perfil de Napoleón y el alma de Mefistófeles. Creo que sobre su conciencia pesan al menos tres crímenes. ¡Cómo ha palidecido usted!

—Me duele la cabeza… ¿Qué es lo que le decía su Guermann, o como se llame?…

—Guermann está muy disgustado con su compañero: dice que en su lugar él se hubiera comportado de muy otro modo… Yo supongo, incluso, que el propio Guermann le ha echado a usted el ojo; al menos escucha sin perder detalle las expansiones amorosas de su amigo.

—¿Y dónde me habrá visto?

—En la iglesia, tal vez… en algún paseo… ¡El diablo lo sabe! A lo mejor, en su habitación, mientras usted dormía: él es capaz…

Tres damas se acercaron a ellos con la preguntar «oubli ou regret?» e interrumpieron aquella charla que aguijoneaba cada vez de modo más torturante la curiosidad de Lizaveta Ivanovna. La dama elegida por Tomski fue la propia princesa Polina N… Esta se tomó el tiempo suficiente para aclarar sus malentendidos en las varias vueltas que dio y en el largo camino que recorrió con él hasta la silla, de modo que Tomski al regresar a su lugar ya no pensaba ni en Guermann ni en Lizaveta Ivanovna. Ella quería reanudar sin falta la charla interrumpida, pero la mazurca había llegado a su fin y al poco rato la condesa decidió irse.

Las palabras de Tomski no eran otra cosa que pura palabrería de salón, pero calaron muy hondo en el alma de la joven soñadora. El retrato esbozado por Tomski se asemejaba al que se había formado ella, y, gracias a las novelas más recientes, este rostro entonces ya vulgar espantaba y atraía a la vez su imaginación.

Se hallaba sentada con los brazos cruzados inclinando sobre el pecho descubierto su cabeza aún adornada de flores… De pronto la puerta se abrió y entró Guermann. Lizaveta Ivanovna se echó a temblar…

—Pero ¿dónde estaba usted? —preguntó ella en un susurro espantado.

—En el dormitorio de la vieja condesa —respondió Guermann—; ahora vengo de verla. La condesa está muerta.

—¡Dios santo!… ¿Qué dice usted?

—Y, al parecer —prosiguió Guermann—, yo soy la causa de su muerte.

Lizaveta Ivanovna lo miró y las palabras de Tomski resonaron en su alma: «¡Este hombre lleva sobre su conciencia tres crímenes al menos!» Guermann se sentó en el alféizar de la ventana y se lo contó todo.

Lizaveta Ivanovna lo escuchó llena de horror. De modo que todas aquellas apasionadas cartas, aquellos encendidos ruegos, aquella persecución osada y tenaz, ¡todo eso no era amor! ¡Dinero: he aquí lo que ansiaba aquella alma! ¡La pobre pupila no era otra cosa que la ciega cómplice de un bandido, del asesino de su anciana protectora!…

La joven lloró amargamente en un acceso de tardío y torturado arrepentimiento. Guermann la miraba en silencio: también su corazón se sentía desgarrado, pero ni las lágrimas de la desdichada muchacha ni la asombrosa belleza de su amargura conmovían su espíritu severo. Guermann no sentía remordimientos de conciencia ante la idea de la vieja muerta. Sólo una cosa lo llenaba de espanto:

la irreparable pérdida del secreto con el que había soñado enriquecerse.

—¡Es usted un monstruo! —dijo al fin Lizaveta Ivanovna.

—Yo no quería matarla —dijo Guermann—. La pistola no estaba cargada.

Ambos callaron.

Llegaba el amanecer. Lizaveta Ivanovna apagó la vela mortecina: una luz pálida iluminó la habitación. Se enjugó los ojos llorosos y alzó la mirada hacia Guermann: este seguía sentado en el alféizar de la ventana, las manos cruzadas y el severo ceño fruncido. En esta postura recordaba asombrosamente el retrato de Napoleón. Su parecido sorprendió incluso a Lizaveta Ivanovna.

—¿Cómo podrá salir de la casa? —dijo finalmente Lizaveta Ivanovna—. Pensaba conducirlo por una escalera secreta, pero hay que pasar por el dormitorio, y me da miedo.

—Dígame cómo encontrar esta escalera y me iré.

Lizaveta Ivanovna se levantó, sacó de la cómoda una llave, se la entregó a Guermann y le hizo una detallada descripción del camino. Guermann estrechó su fría e insensible mano. Besó su cabeza inclinada y salió.

Bajó por la escalera de caracol y entró de nuevo en el dormitorio de la condesa. La vieja muerta seguía sentada, su rostro petrificado expresaba una serenidad profunda. Guermann se detuvo ante ella, la miró largamente, como si quisiera cerciorarse de la horrible verdad; por fin entró en el despacho, encontró a tientas tras el tapizado de la pared una puerta y comenzó a bajar por una oscura escalera, abrumado por extrañas sensaciones.

«Tal vez por esta misma escalera —pensaba— hará unos sesenta años, a este mismo dormitorio y a la misma hora, con un caftán bordado, peinado à l’oiseau royal, estrechando contra el pecho un sombrero de tres picos, se habría

deslizado el joven afortunado que desde hace tiempo se pudre en su tumba; en cambio, ha sido hoy cuando el corazón de su anciana amante ha dejado de latir…»

A final de la escalera Guermann encontró una puerta que abrió con la llave, y se encontró en un largo corredor que lo condujo a la calle.

V

Aquella noche se me apareció
la difunta baronesa von V…
Iba toda vestida de blanco, y me dijo:
«¡Buenas noches, señor consejero!»

SWEDENBORG

Tres días después de la fatídica noche, a las nueve de la mañana, Guermann se dirigió al monasterio de…, donde debían celebrarse los funerales de la difunta condesa. Sin sentirse arrepentido, no podía sin embargo ahogar del todo la voz de su conciencia que le repetía: ¡eres el asesino de la vieja! No era hombre de verdadera fe, pero sí muy supersticioso. Creía que la condesa muerta podía ejercer un influjo maléfico sobre su vida, y para conseguir de ella el perdón decidió presentarse al entierro.

La iglesia estaba llena. Guermann logró a duras penas abrirse paso entre la multitud. El féretro se alzaba sobre un rico catafalco bajo un baldaquino de terciopelo. La difunta yacía en el ataúd, las manos cruzadas sobre el pecho, con una cofia de encaje y un vestido de raso blanco. A su alrededor se encontraban los suyos: la servidumbre, en caftanes negros con cintas blasonadas sobre el hombro y sosteniendo los candelabros; los familiares: hijos, nietos y biznietos, de luto riguroso. Nadie lloraba; las lágrimas hubieran sido *une affectation*. La condesa era tan vieja que su muerte ya no podía extrañar a nadie, y desde hacía tiempo, los familiares la veían como más del otro mundo que de este.

Un joven prelado pronunció la oración fúnebre. Glosó con expresiones sencillas y emotivas el tránsito de la hija de

Dios por este mundo, cuyos largos años de vida habían sido un callado y conmovedor preparativo para una cristiana muerte.

—El ángel de la muerte la ha tomado en plena vigilia —dijo el orador—, entregada a la piadosa reflexión y en espera del novio de la medianoche.

El servicio se desarrolló con la tristeza y el decoro merecido. Los familiares fueron los primeros en dirigirse a dar el último adiós a la difunta. Tras ellos se puso en movimiento la numerosa muchedumbre reunida para inclinarse ante la dama que desde hacía tantos años había sido partícipe de sus mundanas diversiones. Después también siguió toda la servidumbre. Finalmente se acercó el ama de llaves de la señora, una anciana de sus mismos años. Dos jóvenes doncellas la conducían sujetándola de los brazos. No tuvo fuerzas para inclinarse hasta el suelo, y fue la única en dejar caer unas cuantas lágrimas al besar la fría mano de su señora.

Tras ella, Guermann se decidió a acercarse al féretro. Hizo una reverencia hasta tocar el suelo y permaneció varios minutos sobre las frías losas cubiertas de ramas de abeto. Al fin se levantó, pálido como la propia difunta, subió los escalones del catafalco y se inclinó… En aquel instante le pareció que la muerta lo miró con expresión burlona y le guiñó un ojo. Guermann retrocedió con premura, tropezó y cayó de espaldas sobre el suelo. Lo levantaron. En aquel mismo instante sacaron al exterior a Lizaveta Ivanovna desmayada.

El episodio perturbó por varios minutos la solemnidad de la lúgubre ceremonia. Entre los asistentes se alzó un sordo rumor, y un escuálido chambelán, pariente cercano de la difunta, le susurró al oído a un inglés que se encontraba a su lado que el joven oficial era un hijo natural de la condesa, a lo que el inglés respondió con frialdad: ¿Oh?

Todo el día Guermann se sintió extraordinariamente disgustado. Durante el almuerzo en una apartada hostería, en contra de su costumbre, bebió muchísimo con la esperanza de ahogar su desasosiego interior. Pero el vino enardecía aún más su imaginación. Al regresar a casa, se dejó caer sin desnudarse sobre la cama y se durmió profundamente.

Se despertó cuando ya era de noche: la luna iluminaba su habitación. Miró el reloj: eran las tres menos cuarto. Le había abandonado el sueño; se sentó en la cama y se quedó pensando en el entierro de la vieja condesa. En aquel momento alguien miró desde la calle a través de la ventana y se retiró al instante. Guermann no prestó atención alguna al hecho. Al cabo de un minuto oyó que abrían la puerta de la entrada. Guermann pensó que su ordenanza, borracho como de costumbre, regresaba de un paseo nocturno. Pero oyó unos pasos desconocidos: alguien andaba arrastrando silenciosamente los zapatos. La puerta se abrió, entró una mujer vestida de blanco. Guermann la tomó por su vieja aya y se asombró de verla en casa a aquellas horas. Pero la mujer de blanco, en un abrir y cerrar de ojos, de pronto apareció ante él, ¡y Guermann reconoció a la condesa!

—He venido a verte en contra de mi voluntad —dijo la condesa con voz firme—. Pero se me ha mandado que cumpla tu deseo. El tres, el siete y el as, uno tras otro, te harán ganar; pero, con una condición: que no apuestes más de una carta al día y que en lo sucesivo no juegues nunca más. Te perdono mi muerte con tal de que te cases con mi protegida Lizaveta Ivanovna…

Tras estas palabras se dio la vuelta en silencio, se dirigió hacia la puerta y desapareció arrastrando los zapatos. Guermann oyó cómo resonó la puerta en el zaguán y vio que alguien lo miró de nuevo por la ventana.

Guermann tardó mucho rato en recobrarse. Salió a la habitación contigua. Su ordenanza dormía en el suelo; Guermann lo despertó a duras penas. El ordenanza, como de costumbre, estaba borracho, de modo que no pudo sacar de él nada en claro. La puerta del zaguán estaba cerrada. Guermann regresó a su cuarto, encendió una vela y anotó su visión.

VI

—Attendez!
¿Cómo se atreve a decirme attendez?
—Perdón, excelencia, he dicho: attendez-vous!

Dos ideas fijas no pueden existir al mismo tiempo en el ámbito de lo moral, de igual modo que en el mundo físico dos cuerpos no pueden ocupar idéntico lugar. El tres, el siete y el as pronto desplazaron en la mente de Guermann la imagen de la vieja muerta. El tres, el siete y el as no salían de su imaginación y le brotaban constantemente en los labios. Al ver a una joven, decía:

—¡Qué esbelta es! … Un auténtico tres de corazones.

Le preguntaban la hora y contestaba:

—Faltan cinco minutos para… un siete.

Cualquier hombre barrigudo le recordaba a un as. El tres, el siete y el as lo perseguían en sueños adoptando todos los aspectos posibles: el tres florecía ante sus ojos en forma de suntuosa magnolia; el siete se le aparecía como un portal gótico, y el as, como una enorme araña. Y todos sus pensamientos confluían en uno: cómo sacar provecho del secreto que tan caro le había costado. Comenzó a pensar en pedir el retiro, en marchar de viaje. Quería hacerse con el tesoro de la encantada fortuna en alguna casa de juegos de París. Pero una ocasión le ahorró los quebraderos de cabeza.

En Moscú se había formado una sociedad de ricos jugadores bajo la presidencia del célebre Chekalinski, un hombre que se había pasado la vida jugando a las cartas y que en su tiempo había amasado millones ganando con talones y perdiendo en dinero contante y sonante. Los largos años de experiencia le granjearon la confianza de sus

compañeros, y la casa siempre abierta, su famoso cocinero y el trato amable y jovial le proporcionaron el respeto del público. Chekalinski se instaló en Petersburgo. Los jóvenes inundaron sus salones abandonando los bailes por las cartas y prefiriendo las tentaciones del faraón al atractivo del galanteo. Allí llevó Narumov a Guermann. Atravesaron una serie de salas espléndidas llenas de corteses camareros. Varios generales y consejeros privados jugaban al whist; los jóvenes se sentaban recostados en mullidos sofás, comían helado y fumaban en pipa. En el salón, tras una larga mesa alrededor de la cual se agolpaban unos veinte jugadores, se sentaba el dueño, que llevaba la banca. Era un hombre de unos sesenta años, de la más respetable apariencia; unas canas plateadas cubrían su cabeza; su cara oronda y fresca era todo afabilidad; sus ojos, animados de una constante sonrisa, brillaban. Narumov le presentó a Guermann. Chekalinski le estrechó amistosamente la mano, le rogó que se sintiera como en su casa y siguió tallando.

La partida duró largo rato. Sobre el tapete había más de treinta cartas. Chekalinski se detenía tras cada tirada para dar tiempo a los jugadores a que hicieran sus apuestas; apuntaba las pérdidas, atendía cortésmente las reclamaciones y con aún mayor cortesía alisaba más de un pico doblado por alguna mano distraída. Finalmente terminó la partida. Chekalinski barajó las cartas y se dispuso a tallar de nuevo.

—Permítame jugar una mano —dijo Guermann alargando su brazo de detrás de un señor gordo que estaba jugando. Chekalinski sonrió, inclinó en silencio la cabeza en señal de sumiso asentimiento. Narumov felicitó entre risas a Guermann por haber roto su largo ayuno y le deseó un buen comienzo.

—¡Voy! —dijo Guermann tras escribir con tiza la apuesta en su carta.

—¿Cuánto? —preguntó entornando los ojos el de la banca —. Perdone, no lo veo bien.

—Cuarenta y siete mil —contestó Guermann.

Al oír aquellas palabras, al instante, todas las cabezas y todas las miradas se dirigieron hacia Guermann. «¡Se ha vuelto loco!», pensó Narumov.

—Permítame advertirle —dijo Chekalinski con su imborrable sonrisa—, que juega usted muy fuerte; aquí nunca nadie ha apostado más de doscientos setenta y cinco a una sola carta.

—¿Y bien? —replicó Guermann—. ¿Acepta usted mi carta a no?

Chekalinski inclinó la cabeza con el aspecto de sumiso asentimiento de siempre.

—Sólo quería informarle —dijo— que la confianza con que me honran los compañeros no me permite jugar con nada que no sea dinero en efectivo. Por mi parte, claro está, estoy seguro de que con su palabra basta, pero, para el buen orden del juego y de las cuentas, le ruego que coloque la suma sobre la carta.

Guermann extrajo del bolsillo un billete de banco y lo entregó a Chekalinski, quien, tras echarle un simple vistazo, lo colocó sobre la carta de Guermann. Lanzó dos cartas. A la derecha cayó un nueve, a la izquierda un tres.

—¡La mía gana! —dijo Guermann mostrando su carta.

Entre los jugadores se alzó un murmullo. Chekalinski frunció el ceño, pero al momento la sonrisa retornó a su cara.

—¿Desea retirar sus ganancias? —le preguntó a Guermann.

—Si tiene la bondad.

Chekalinski sacó del bolsillo varios billetes de banco y saldó la deuda al punto. Guermann tomó su dinero y se alejó de la mesa. Narumov no podía recobrarse de su perplejidad.

Guermann se bebió un vaso de limonada y se marchó a casa. Al día siguiente por la noche se presentó de nuevo en casa de Chekalinski. El dueño llevaba la banca. Guermann se acercó a la mesa; los jugadores en seguida le hicieron sitio. Chekalinski lo saludó con una cariñosa reverencia. Guermann esperó la nueva partida, colocó su carta poniendo sobre ella sus cuarenta y siete mil rublos y lo ganado el día anterior.

Chekalinski lanzó las cartas. A la derecha cayó un valet, a la izquierda un siete.

Guermann descubrió su siete.

Todos lanzaron un ¡ah! Chekalinski se turbó visiblemente. Contó noventa y cuatro mil rublos y los entregó a Guermann. Este los tomó impasible y al punto se alejó.

A la noche siguiente Guermann apareció de nuevo ante la mesa. Todos lo esperaban. Los generales y consejeros privados abandonaron su whist para ver aquella inusitada partida. Los jóvenes oficiales saltaron de sus divanes; todos los camareros se reunieron en el salón. Todos rodeaban a Guermann. Los demás jugadores abandonaron sus cartas impacientes por ver cómo acabaría aquel joven. Guermann, de pie junto a la mesa, se disponía a apuntar él solo contra el pálido pero todavía sonriente Chekalinski. Cada uno desempaquetó una baraja de cartas. Chekalinski barajó. Guermann tomó y colocó su carta cubriéndola de un montón de billetes de banco. Aquello parecía un duelo. Reinaba un profundo silencio.

Chekalinski lanzó las cartas, las manos le temblaban. A la derecha se posó una dama, a la izquierda un as.

—¡El as ha ganado! —dijo Guermann y descubrió su carta.

—Han matado a su dama —dijo cariñoso Chekalinski.

Guermann se estremeció: en efecto, en lugar de un as tenía ante sí una dama de picas. No daba crédito a sus ojos,

no comprendía cómo había podido confundirse.

En aquel instante le pareció que la dama de picas le guiñó un ojo y le sonrió burlona. La inusitada semejanza lo fulminó…

—¡La vieja! —gritó lleno de horror.

Chekalinski se acercó los billetes. Guermann seguía inmóvil. Cuando se apartó de la mesa, se alzó un rumor de voces.

—¡Una jugada divina! —comentaban los jugadores.

Chekalinski barajó de nuevo las cartas; el juego siguió su curso.

Epílogo:

Guermann ha perdido la razón. Está en la clínica Obujov, en la habitación número 17. No contesta a ninguna pregunta y murmura con inusitada celeridad: «¡Tres, siete, as! ¡Tres, siete, dama!…»

Lizaveta Ivanovna se ha casado con un joven muy afable que sirve en alguna parte y posee una fortuna considerable: es el hijo del que fuera el administrador de la difunta condesa. Lizaveta Ivanovna tiene de pupila a una pariente pobre.

Tomski ha ascendido a capitán y se ha casado con la princesa Polina.

Manuscrito hallado en una botella

Edgar Allan Poe

(1831)

Qui n’a plus qu’un moment à vivre
N’a plus rien à dissimuler.

(Quinault, Atys)

Sobre mi país y mi familia tengo poco que decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y malquistado con la otra. Mi patrimonio me permitió recibir una educación poco común y una inclinación contemplativa permitió que convirtiera en metódicos los conocimientos diligentemente adquiridos en tempranos estudios. Pero por sobre todas las cosas me proporcionaba gran placer el estudio de los moralistas alemanes; no por una desatinada admiración a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi talento; la falta de imaginación se me ha imputado como un crimen; y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio en todo momento. En realidad, temo que una fuerte inclinación por la filosofía física haya teñido mi mente con un error muy común en esta época: hablo de la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. En definitiva, no creo que nadie haya menos propenso que yo a alejarse de los severos límites de la verdad, dejándose llevar por el *ignes fatui* de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar esta premisa, para que la historia increíble que debo narrar no sea considerada el desvarío de una imaginación desbocada, sino la experiencia auténtica de una mente para

quien los ensueños de la fantasía han sido letra muerta y nulidad.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en el año 18… me embarqué en el puerto de Batavia, en la próspera y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. Iba en calidad de pasajero, sólo inducido por una especie de nerviosa inquietud que me acosaba como un espíritu malévolo.

Nuestro hermoso navío, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba una carga de algodón en rama y aceite, de las islas Laquevidas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco escoraba.

Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa, y durante muchos días permanecimos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre el pasamanos de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube muy singular y aislada. Era notable, no sólo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Pronto atrajo mi atención la coloración de un tono rojo oscuro de la luna, y la extraña apariencia del mar. Este sufría una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el

barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se puso intolerablemente caluroso y cargado de exhalaciones en espiral, similares a las que surgen del hierro al rojo. A medida que fue cayendo la noche, desapareció todo vestigio de brisa y resultaba imposible concebir una calma mayor. Sobre la toldilla ardía la llama de una vela sin el más imperceptible movimiento, y un largo cabello, sostenido entre dos dedos, colgaba sin que se advirtiera la menor vibración. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía indicación alguna de peligro, pero como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo bajé… sobrecogido por un mal presentimiento. En verdad, todas las apariencias me advertían la inminencia de un simún. Transmití mis temores al capitán, pero él no prestó atención a mis palabras y se alejó sin dignarse a responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera de cámara me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino, y antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La extrema violencia de la ráfaga fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto se enderezó pesadamente, salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó por fin.

Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de la destrucción. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí me encontré estrujado entre el mástil de popa y el timón. Me puse de pie con gran dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que nos encontrábamos entre arrecifes, tan tremendo e inimaginable era el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Instantes después oí la voz de un anciano sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda, y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías; pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado, y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro; pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que el justificado temor se convirtiera en una pronta realidad. Durante cinco días y noches completos —en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que trabajosamente logramos procurarnos en el castillo de proa— la carcasa del barco

avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que, sin igualar la violencia del primitivo Simún, eran más aterrorizantes que cualquier otra tempestad vivida por mí en el pasado. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. No había nubes a la vista, y sin embargo el viento arreciaba y soplaba con furia despareja e irregular. Alrededor de mediodía —aproximadamente, porque sólo podíamos adivinar la hora— volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No irradiaba lo que con propiedad podríamos llamar luz, sino un resplandor opaco y lúgubre, sin reflejos, como si todos sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente su fuego central se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder inexplicable. Quedó sólo reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía de prisa en el mar insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día —ese día que para mí no ha llegado y que para el sueco no llegó nunca—. A partir de aquel momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad, a tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, ni siquiera atenuada por la fosforescencia brillante del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. También observamos que, aunque la tempestad continuaba rugiendo con interminable violencia, ya no conservaba su apariencia habitual de olas ni de espuma con las que antes nos envolvía. A nuestro alrededor todo era espanto, profunda oscuridad y un negro y sofocante desierto de ébano. Un terror supersticioso fue

creciendo en el espíritu del viejo sueco, y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Abandonamos todo intento de atender el barco, por considerarlo inútil, y nos aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en el océano inmenso. No habría manera de calcular el tiempo ni de prever nuestra posición. Sin embargo teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior y nos asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas… olas enormes, como montañas se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado, y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía menos que sentir la absoluta inutilidad de la esperanza misma, y me preparaba melancólicamente para una muerte que, en mi opinión, nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría el mar negro y tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos para respirar, elevados a una altura superior a la del albatros… y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido turbaba el sopor del «kraken».

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero resonó horriblemente en la noche. «¡Mire, mire!» exclamó, chillando junto a mi oído, «¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!». Mientras hablaba percibí el resplandor de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos, arrojando cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo

que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío, de quizás cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier barco de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por las portañolas abiertas, y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables linternas de combate que se balanceaban de un lado al otro en las jarcias. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez sólo distinguimos su proa y poco a poco fue alzándose sobre el sombrío y horrible torbellino. Durante un momento de intenso terror se detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como si contemplara su propia sublimidad, después se estremeció, vaciló y... se precipitó sobre nosotros.

En ese instante no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro propio barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. En consecuencia, recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su estructura y el resultado inevitable fue que me vi lanzado con violencia irresistible contra los obenques del barco desconocido.

En el momento en que caí, la nave viró y se escoró, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba

parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido la indefinible sensación de temor que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes de ese navío. No estaba dispuesto a confiarme a personas que a primera vista me producían una vaga extrañeza, duda y aprensión. Por lo tanto consideré conveniente encontrar un escondite en la bodega. Lo logré moviendo una pequeña porción de la armazón, y así me aseguré un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del buque.

Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto a mi escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a verle el rostro, pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Todo en él denotaba poca firmeza y una avanzada edad. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas, y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin subió nuevamente a cubierta y no lo volví a ver.

***

Un sentimiento que no puedo definir se ha posesionado de mi alma; es una sensación que no admite análisis, frente a la cual las experiencias de épocas pasadas resultan inadecuadas y cuya clave, me temo, no me será ofrecida por el futuro. Para una mente como la mía, esta última

consideración es una tortura. Sé que nunca, nunca, me daré por satisfecho con respecto a la naturaleza de mis conceptos. Y sin embargo no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, puesto que tienen su origen en fuentes totalmente nuevas. Un nuevo sentido… una nueva entidad se incorpora a mi alma.

***

Hace ya mucho tiempo que recorrí la cubierta de este barco terrible, y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho que me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con que ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando continuaré escribiendo este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

***

Ha ocurrido un incidente que me proporciona nuevos motivos de meditación. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas

irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra descubrimiento.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura del navío. Aunque bien armado, no creo que sea un barco de guerra. Sus jarcias, construcción y equipo en general, contradicen una suposición semejante. Alcanzo a percibir con facilidad lo que el navío no es, pero me temo no poder afirmar lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su extraño modelo y la forma singular de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa severamente sencilla y su popa anticuada, de repente cruza por mi mente una sensación de cosas familiares y con esas sombras imprecisas del recuerdo siempre se mezcla la memoria de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado estudiando el maderamen de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales.

Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad. «Tan seguro es, como que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino».

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos ellos, parecían

absolutamente ignorantes de mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de tener una edad avanzada. Les temblaban las rodillas achacosas; la decrepitud les inclinaba los hombros; el viento estremecía sus pieles arrugadas; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; en sus ojos brillaba el lagrimeo de la vejez y la tempestad agitaba terriblemente sus cabellos grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y anticuada construcción.

Hace un tiempo mencioné que había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, desbocado por el viento, el barco ha continuado su aterradora carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los botalones inferiores, hundiendo a cada instante sus penoles en el más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin precipitarnos por fin en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota; y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido destruir. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que pueda diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de incontenible reverencia y de respeto. Tiene aproximadamente mi estatura, es decir cinco pies y ocho pulgadas. Su cuerpo es sólido y bien proporcionado, ni robusto ni particularmente notable en ningún sentido. Pero es la singularidad de la expresión que reina en su rostro… es la intensa, la maravillosa, la emocionada evidencia de una vejez tan absoluta, tan extrema, lo que excita en mi espíritu una sensación… un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son una historia del pasado, y sus ojos, aún más grises, son sibilas del futuro. El piso de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro y de arruinados instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación en desuso. Con la cabeza apoyada en las manos, el capitán contemplaba con mirada inquieta un papel que supuse sería una concesión y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas obstinadas de un idioma extranjero, y aunque se encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

El barco y todo su contenido está impregnado por el espíritu de la Vejez. Los tripulantes se deslizan de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados; sus miradas reflejan inquietud y ansiedad, y cuando el extraño resplandor de las linternas de combate ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido nunca, pese a haber comerciado la vida entera en antigüedades y absorbido las sombras de

columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina.

Al mirar a mi alrededor, me avergüenzan mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la ráfaga que nos ha perseguido hasta ahora, ¿cómo no horrorizarme ante un asalto de viento y mar para definir los cuales las palabras tornado y simún resultan triviales e ineficaces? En la vecindad inmediata del navío reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua a cada lado de nosotros alcanzan a verse, oscuramente y a intervalos, imponentes murallas de hielo que se alzan hacia el cielo desolado y que parecen las paredes del universo.

Como imaginaba, el barco sin duda está en una corriente; si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando y chillando entre las blancas paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

Presumo que es absolutamente imposible concebir el horror de mis sensaciones; sin embargo la curiosidad por penetrar en los misterios de estas regiones horribles predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con la más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia algún conocimiento apasionante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos y trémulos; pero en sus semblantes la ansiedad de la esperanza supera a la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores!

De repente el hielo se abre a derecha e izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un gigantesco anfiteatro, el ápice de cuyas paredes se pierde en la oscuridad y la distancia. ¡Pero me queda poco tiempo para meditar en mi destino! Los círculos se estrechan con rapidez… nos precipitamos furiosamente en la vorágine… y entre el rugir, el aullar y el atronar del océano y de la tempestad el barco trepida… ¡oh, Dios! … ¡y se hunde…!

(*) Nota: El *Manuscrito hallado en una botella* se publicó por primera vez en 1831; pasaron muchos años antes de que llegaran a mi conocimiento los mapas de Mercator, en los cuales se representa al océano como precipitándose por cuatro bocas en el golfo Polar (Norte), para ser absorbido por las entrañas de la tierra. El Polo aparece representado por una roca negra, que se eleva a una altura prodigiosa. —E. A. P.

El velo negro del pastor. Una parábola

Nathaniel Hawthorne

(1836)

El sacristán estaba en el atrio de la iglesia de Milford, tirando afanosamente de la cuerda de la campana. Los ancianos de la aldea avanzaban agobiadamente por la calle. Los niños, con las facciones encendidas, brincaban alegremente junto a sus padres, o remedaban un paso más solemne, conscientes de la dignidad de sus ropas dominicales. Los jóvenes apuestos miraban de reojo a las lindas muchachas, e imaginaban que el sol del domingo las hacía más bonitas que en los días de semana. Cuando la mayor parte de la multitud invadió el atrio, el sacristán empezó a hacer repicar la campana, con los ojos fijos en la puerta del reverendo Hooper. La primera vislumbre de la figura del pastor era la señal para que la campana interrumpiera su convocatoria.

—Pero ¿qué tiene sobre la cara el buen párroco Hooper? —exclamó el sacristán, atónito.

Todos los que estaban suficientemente cerca para oírlo se volvieron enseguida, y divisaron al pastor Hooper que se encaminaba lenta y reflexivamente hacia la iglesia. Se sobresaltaron unánimemente demostrando más sorpresa que si algún clérigo desconocido se hubiera acercado para desempolvar los cojines del púlpito del reverendo Hooper.

—¿Está seguro de que es nuestro párroco? —le preguntó Goodman Gray al sacristán.

—Por supuesto que es el buen señor Hooper —respondió el sacristán—. Debería haber permutado su púlpito con el del párroco Shute, de Westbury, pero este se excusó ayer, explicando que debía pronunciar una oración fúnebre.

La causa de semejante asombro tal vez parezca bastante fútil. El reverendo Hooper, un hombre muy cortés, de aproximadamente treinta años, aunque todavía soltero, estaba vestido con la debida pulcritud clerical, como si una esposa prolija hubiera almidonado su alzacuello y hubiese cepillado el polvo semanal de su indumentaria dominguera.

Había un solo detalle en su aspecto que llamaba la atención. El reverendo Hooper lucía un velo negro, ceñido en torno de su frente y suspendido sobre su rostro hasta tan abajo que su aliento lo hacía oscilar. Visto desde más cerca parecía consistir en un crespón doble que ocultaba totalmente sus facciones, excepto la boca y el mentón, aunque probablemente no interceptaba su vista como no fuera para impartir una tonalidad oscura a todas las cosas vivas e inanimadas.

Con este tétrico velo ante su rostro, el buen señor Hooper marchaba con paso lento y sereno, un poco encorvado y mirando hacia el suelo, como acostumbran a hacerlo los hombres absortos, pese a lo cual saludaba amablemente a aquellos feligreses que todavía se demoraban en la escalinata de la iglesia. Pero estos estaban tan perplejos que apenas devolvían el saludo.

—No puedo convencerme de que la cara que está detrás de ese crespón es verdaderamente la del buen señor Hooper —comentó el sacristán.

—Esto no me gusta —murmuró una anciana, mientras cojeaba en dirección a la iglesia—. Se ha transformado en algo horrible, con sólo ocultar su rostro.

—¡Nuestro párroco se ha vuelto loco! —exclamó Goodman Gray, trasponiendo la puerta de la iglesia tras él.

El rumor de un fenómeno inexplicable había precedido al señor Hooper al interior del templo Y había puesto sobre ascuas a toda la congregación. Fueron pocos los que pudieron controlarse y abstenerse de volver la mirada hacia

la puerta. Muchos se pusieron de pie y se dieron vuelta francamente, mientras varios chiquillos trepaban sobre los asientos y volvían a bajar con un tremendo estrépito. Hubo un bullicio generalizado, susurros de vestidos femeninos y roces de pies masculinos contra el piso, todo lo cual difería radicalmente del callado sosiego que debe preceder la entrada al pastor de su rebaño. Ingresó en el templo con paso casi silencioso, inclinó ligeramente la cabeza en dirección a los bancos laterales, e hizo una reverencia al pasar frente a su feligrés más anciano, quien ocupaba asiento en el centro de la nave. Fue extraño observar con cuánta lentitud este hombre venerable tomó conciencia de que había algo singular en el aspecto de su pastor. No pareció compartir la perplejidad que imperaba hasta que el reverendo Hooper subió por la escalinata y se mostró en el púlpito, de cara a la congregación, aunque con el velo negro de por medio. En ningún momento se quitó el misterioso emblema. Cuando entonó el salmo, el velo se balanceó a merced de su rítmico aliento; mientras leía las Escrituras interpuso sus sombras entre él y la página santa; y mientras oraba el velo permaneció pesadamente desplegado sobre su rostro vuelto hacia el cielo. ¿Pretendía ocultarlo del ser excelso al que él se dirigía?

El efecto de ese simple crespón fue tan extraordinario que más de una mujer de nervios delicados se vio obligada a abandonar el templo. Sin embargo, es probable que la pálida congregación espantara al pastor casi tanto como su velo negro la espantaba a ella.

El reverendo Hooper tenía fama de ser un buen predicador, pero no enérgico. Se empeñaba en guiar a sus fieles hacia las alturas mediante una influencia dulce y persuasiva, en lugar de acicatearlos mediante los truenos del Verbo. El sermón que pronunció en esa oportunidad ostentó las mismas características de estilo y tono que eran

comunes a toda su oratoria sagrada. Pero hubo algo, ya fuera en los sentimientos de la arenga en sí, o en la imaginación de sus feligreses, que lo convirtió con mucho en la disertación más vigorosa que estos habían escuchado de labios de su pastor. Estaba teñido, un poco más intensamente que de costumbre, por la tenue melancolía del carácter del reverendo Hooper. Su tema giraba en torno del pecado secreto, y de esos pensamientos misterios que callamos a los seres más próximos y queridos y que ocultaríamos con gusto a nuestra propia conciencia, aun olvidándose de que el Omnisciente puede descubrirlos. Sus palabras estaban impregnadas de una fuerza sutil. Todos los miembros de la congregación, ya se tratase de la niña más inocente o del hombre de corazón más encallecido, tuvieron la impresión de que el predicador se había infiltrado en ellos, detrás de su tétrico velo, y había descubierto las iniquidades mentales o de hecho que habían acumulado. Muchos se cubrieron el pecho con las manos entrelazadas.

No había nada de terrible en lo que decía el reverendo Hooper, o por lo menos, nada de violento; y sin embargo cada vibración de su voz melancólica, hacía temblar a sus oyentes. Una congoja involuntaria llegó a la par del espanto. Tan sensible era el público a algún atributo oculto de su ministro, que todos deseaban que un hálito de viento descorriese el velo, casi convencidos de que verían el rostro de un desconocido, sin embargo la forma, gesto, y voz eran los del reverendo Hooper.

Al final de los servicios, la gente salió corriendo con confusión indecorosa, anhelante por manifestar su asombro reprimido, y consciente de que se le aligeraba el espíritu inmediatamente después de perder de vista el velo negro. Algunos se agruparon en pequeños corrillos, compactamente apiñados, formando círculos dentro del que todas las bocas susurraban; otros se encaminaron solos

hacia sus casas, absortos en su silenciosa meditación. Otros dialogaron en voz alta y profanaron el día de descanso con sus risas ostentosas. Unos pocos menearon sus cabezas, sagazmente, dando a entender que podían elucidar el misterio, en tanto que dos o tres afirmaron que no existía ningún misterio, que sólo se trataba de que los ojos del reverendo Hooper habían quedado tan debilitados por la lámpara de medianoche que precisaban una pantalla. Después de un breve intervalo también apareció el buen señor Hooper, a la zaga de su rebaño. Volviendo el rostro velado hacia uno y otro grupo rindió el debido homenaje a las cabezas canosas, saludó con amable dignidad a las personas maduras de las que era amigo y guía espiritual, se dirigió a los jóvenes con una mezcla de autoridad y cariño, y apoyó las manos sobre las cabezas de los pequeños para darles su bendición. Tal era su costumbre de todos los domingos, pero su cortesía fue recibida con miradas de extrañeza y desconcierto. Nadie aspiró, como en otras ocasiones, al honor de acompañarlo. El viejo hacendado Saunders, presa sin duda de una laguna mental, olvidó invitar al señor Hooper a sentarse a su mesa, donde el buen clérigo bendecía la comida casi todos los domingos desde el día de su instalación. Por lo tanto el ministro regresó a la rectoría, y se vio que en el momento de cerrar la puerta miraba a sus feligreses, todos los cuales tenían los ojos elevados en él. Una triste sonrisa se iluminó vagamente bajo el velo negro y cruzó un instante por sus labios, justo cuando él desaparecía.

—Qué extraño resulta —comentó una dama— que un simple velo negro, idéntico al que cualquier mujer podría lucir en su cofia, produzca una impresión tan terrible sobre el rostro del señor Hooper.

—Es indudable que algo debe fallar en la mente del señor Hooper —observó su esposo, que era el médico de la aldea

—. Pero lo más extraño del asunto es que el velo negro, si bien cubre sólo el rostro del pastor, proyecta su influencia sobre toda su persona, y le da un aspecto fantasmal de pies a cabeza. ¿No tienes la misma impresión?

—Por supuesto —contestó la dama—, y no me quedaría a solas con él por nada del mundo. ¡Me pregunto si el mismo no teme estar a solas con su propia persona!

—Es lo que les sucede a algunos hombres —dijo su marido.

El oficio vespertino transcurrió en circunstancias similares. Al concluir, la campana dobló para el funeral de una joven dama. Los parientes y los amigos más allegados se hallaban dentro de la casa, mientras sus conocidos menos íntimos se congregaban de pie en torno a la puerta, hablando de las buenas calidades de la difunta, cuando su conversación fue interrumpida por la aparición del reverendo Hooper, siempre cubierto por el velo negro.

Ahora resultaba un emblema apropiado. El clérigo entró en la habitación donde yacía el cuerpo y se inclinó sobre el ataúd, para dar el último adiós a su feligresa fallecida. A medida que se encorvaba, el velo colgaba sobre su frente verticalmente, de modo que si los párpados de la doncella muerta no hubieran estado cerrados para siempre quizás podría haberse visto su cara.

¿Pudo ser que señor Hooper le temiera a su mirada, puesto que replegó presurosamente el velo negro? Una persona que presenció la entrevista entre la difunta y el ser viviente no vaciló en afirmar que, en el momento en que las facciones del clérigo quedaron al descubierto, el cadáver se estremeció ligeramente, haciendo susurrar el sudario y la cofia de muselina, aunque sus rasgos conservaron la compostura de la muerta. Una anciana supersticiosa fue la única testigo de este prodigio.

El señor Hooper dejó luego el ataúd para entrar en la cámara de los deudos, y por fin se encaminó hacia el rellano de la escalera, para pronunciar el responso fúnebre. Esta fue una oración tierna y conmovedora, cargada de pena, pero al mismo tiempo tan imbuida de esperanzas celestiales que entre las más afligidas frases del clérigo pareció oírse tenuemente la música de un arpa divina, acariciada por los dedos de la difunta. Los asistentes temblaron, pese a que sólo habían deducido vagamente mientras él rezaba que ellos, y él mismo, y toda la raza mortal, debían estar listos, como esperaba que lo hubiera estado esa joven doncella, para la trágica hora que les arrancaría el velo de la cara. Los portadores del féretro avanzaron pesadamente y los deudos los siguieron, entristeciendo toda la calle, con el cadáver adelante y el reverendo Hooper con su velo negro detrás.

—¿Por qué vuelves la cabeza? —preguntó uno de los integrantes de la procesión a su acompañante.

—Tuve la impresión —respondió ella— de que el pastor y el espíritu de la doncella marchaban tomados de la mano.

—Eso mismo me pareció a mí, en el mismo momento —dijo él.

Esa noche, la pareja más hermosa de la aldea de Milford debía contraer enlace. Aunque pasaba por ser un hombre melancólico, el reverendo Hooper desplegaba en esas ocasiones una plácida alegría que a menudo inspiraba una sonrisa comprensiva entre quienes habrían censurado un alboroto más vivaz. No había otro rasgo de su personalidad que la hiciera más acreedor a la estima general. Los asistentes a la boda esperaban con impaciencia su arribo, confiando en que entonces se disiparía la extraña congoja que se había acumulado a su alrededor durante toda la jornada. Pero el resultado no fue ese. Cuando llegó el reverendo Hooper, lo primero que divisó la concurrencia fue el mismo horrible velo negro que había contribuido a

recargar la atmósfera de pesadumbre durante el funeral y que no podía augurar sino desdicha en la boda. Su efecto inmediato sobre los invitados fue tal que una niebla pareció haber brotado oscuramente desde atrás del crespón negro, amenguando el brillo de las velas. La pareja de novios se detuvo frente al ministro. Pero los dedos fríos de la novia temblaban dentro de la mano trémula del novio, y la palidez cadavérica de la joven motivó el rumor de que la doncella que había sido sepultada pocas horas antes había salido de su tumba para casarse. Si hubo otra boda más lúgubre sólo pudo ser aquella famosa en que la campana dobló a muerto.

Después de celebrar la ceremonia, el reverendo Hooper se llevó un vaso de vino a los labios, e hizo votos por la felicidad de la pareja recién casada con un acento de afable benevolencia que debió iluminar los semblantes de los invitados como un jubiloso resplandor de la chimenea. Pero en ese instante, al captar una vislumbre de su imagen en el espejo, su propio espíritu se sumergió en el horror en que el velo negro había sumido a todos los demás. Su figura se estremeció, sus labios se pusieron blancos, derramó sobre la alfombra el vino que aún no había probado, y se perdió corriendo en la oscuridad. Porque también la Tierra llevaba puesto su Velo Negro.

Al día siguiente, el velo negro del párroco Hooper era prácticamente el único tema de conversación de toda la aldea de Milford. Dicho crespón, y el misterio que ocultaba, fueron un tema de discusión para los amigos que se encontraban en la calle y para las buenas mujeres que chismeaban desde sus ventanas abiertas. Era la primera noticia que el tabernero transmitió a sus parroquianos. Los niños parloteaban al respecto mientras marchaban rumbo a la escuela. Un bribonzuelo dotado de espíritu de imitación se cubrió la cara con un viejo pañuelo negro, y al hacerlo asustó tanto a sus compañeros de juegos que el pánico al fin

se apoderó de él también y estuvo a punto de quedar anonadado por su propia chanza.

Resultó notable que ninguno de los entremetidos e impertinentes de la parroquia se atreviera a preguntar claramente al reverendo Hooper en persona por qué se había colocado esa máscara. Hasta entonces, cada vez que se presentaba el pretexto más insignificante para una intromisión de ese género, nunca le habían faltado asesores, ni se había mostrado renuente a dejarse guiar por sus consejos. Si se equivocaba, era a causa de una inseguridad personal tan penosa que incluso la crítica más benigna lo inducía a interpretar un acto inocente como un crimen. Sin embargo, pese a que todos le conocían esta amable debilidad, ninguno de sus feligreses se atrevió a tomar el velo negro como tema de un cordial reproche. Prevalecía una sensación de miedo que ni se confesaba abiertamente en público ni se ocultaba con precaución, lo que hacía que cada uno le endilgase la responsabilidad a otro, hasta que por último se optó por enviar una delegación a la iglesia para que discutiera el misterio con el reverendo Hooper, antes de que aquel se trasformara en escándalo.

Jamás una embajada fue más inepta en el desempeño de sus funciones. El pastor recibió a los visitantes con gentil cortesía pero después que ellos se sentaron permaneció en silencio, dejándoles toda responsabilidad de exponer los importantes asuntos que los habían llevado allí. El tema, lógicamente, era bastante obvio. Allí estaba el velo negro ceñido en la frente del reverendo Hooper, y ocultando todos sus rasgos situados por encima de su boca plácida, en la cual, a veces, percibían el fulgor de una sonrisa melancólica, Pero para su imaginación el velo parecía colgar sobre su corazón, como el símbolo de un espantoso secreto que se interponía entre ellos y el reverendo. Si el crespón no hubiera estado allí, habrían podido referirse francamente a

él, pero no antes que se descorriera. Así permanecieron bastante tiempo sentados, mudos, confundidos, mientras esquivaban nerviosamente los ojos del reverendo Hooper, que sentían fijos sobre ellos con una mirada invisible. Por fin, los delegados volvieron, abochornados, a reunirse con sus mandantes, y declararon que el problema era tan complejo que sólo podría encararlo un consejo de iglesias, si no era necesario convocar, en verdad, un sínodo general.

Pero en la aldea había una persona que no compartía el terror que el velo negro había sembrado en torno de sí. Cuando los delegados regresaron sin suministrar ninguna explicación —que ni siquiera se habían atrevido a solicitar— ella, con la serena energía de su carácter, decidió disipar esa extraña nube que parecía estar condensándose alrededor del reverendo Hooper, y que oscurecía a ojos vistas. Puesto que era su prometida, le correspondía el privilegio de saber lo que ocultaba el velo. Por lo tanto, a la primera visita del pastor, lo interpeló con una extrema sencillez lo que facilitó las cosas para ambos. Una vez que él se hubo sentado, ella clavó los ojos fijamente en el velo, pero no pudo descubrir la pavorosa lobreguez que tanto había espantado a la multitud: no era más que un crespón doblado en dos que colgaba desde la frente hasta la boca y que se agitaba ligeramente cuando él respiraba.

—No —dijo ella en voz alta, sonriendo—. No hay nada de tétrico en ese crespón, como no sea que oculta un rostro que siempre me complace ver. Vamos, buen señor, ahuyenta la nube y que brille el sol que tras ella se oculta. Primero descorre el velo, y luego dime por qué te lo has colocado.

La sonrisa del reverendo Hooper se iluminó tenuemente.

—Llegará la hora —respondió—; en que todos nos despojaremos de nuestros velos. No te ofendas, querida amiga, si luzco este crespón hasta entonces.

—Tus palabras también son un enigma —dijo la joven—. Por lo menos, quítales el velo a ellas.

—Lo haré, Elizabeth —dijo él—, en la medida en que me lo permita mi voto. Entérate, pues, de que el velo es un ejemplo y un símbolo, y que debo llevarlo siempre, tanto en la luz como en las tinieblas, cuando estoy solo como cuando me encuentro frente a las multitudes, y tanto entre extraños como entre mis amigos íntimos. Ningún ojo mortal me verá sin él. Esta triste pantalla deberá separarme del mundo, y ni siquiera tú, Elizabeth, podrás trasponerla jamás.

—¿Qué trágica dolencia te ha atacado, para que debas oscurecer así tus ojos eternamente? —preguntó ella con voz ansiosa.

—Si se trata de una señal de duelo —respondió el reverendo Hooper— es posible que yo tenga, como la mayoría de los demás mortales, penas lo bastante oscuras como para que pueda simbolizarlas un velo negro.

—¿Pero qué sucedería si el mundo no creyera que es el emblema de una pena inocente? —lo acicateó Elizabeth—. Aunque la gente te ama y te respeta, puede que alguien murmure que ocultas tu rostro agobiado por el remordimiento de un pecado secreto. ¡En aras de tu santo ministerio, evita ese escándalo!

El color arreboló sus mejillas cuando insinuó la naturaleza de los rumores que ya circulaban por la aldea. Pero el reverendo Hooper no perdió su serenidad. Incluso volvió a sonreír, con esa misma sonrisa melancólica que aparecía como un tenue destello de luz desde la oscuridad oculta Por su velo.

—Si cubriera mi rostro por pena, habría razón suficiente para ello —se limitó a contestar—. Y si lo hiciera por un pecado secreto ¿qué mortal no debería hacer lo mismo?

Y con esta amable pero invencible tenacidad resistió todas sus súplicas. Por fin Elizabeth enmudeció. Durante

unos pocos minutos pareció absorta en sus cavilaciones, mientras se preguntaba, quizá, qué otros métodos podría emplear para rescatar a su amante de una fantasía tan lúgubre que si no tenía algún otro sentido podía ser el síntoma de un desequilibrio mental. Pese a que su carácter era más firme que el de él, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Pero enseguida un nuevo sentimiento ocupó el lugar de la pena, por así decirlo. Sus ojos estaban impasiblemente clavados sobre el velo negro cuando, como si un súbito crepúsculo hubiera cruzado por el aire, sus terrores se acumularon en torno de ella. Se incorporó y permaneció temblando frente a él.

—¿Lo sientes tú también, por fin? —preguntó el reverendo con tono lúgubre.

Elizabeth respondió pero se cubrió los ojos con la mano, y se volvió para abandonar la habitación. Él corrió y la tomó por el brazo.

—¡Ten paciencia conmigo, Elizabeth! —exclamó, con vehemencia—. No me abandones, aunque este velo se interponga entre nosotros aquí sobre la tierra. Sé mía, y en el futuro no habrá ningún velo sobre mi rostro, ninguna sombra entre nuestras almas. No es más que un velo mortal… ¡no para toda la eternidad! ¡Oh! No sabes cuán solo me siento, y cuán asustado de hallarme solo detrás de mi velo negro. ¡No me dejes para siempre en esta desdichada oscuridad!

—¡Levanta el velo una sola vez, y mírame en la cara! —dijo ella.

—¡Nunca! ¡No es posible! —respondió el reverendo Hooper.

—¡Entonces, adiós! —exclamó Elizabeth.

Ella libró su brazo de los dedos que la asían y se alejó lentamente, deteniéndose en la puerta para echarle una larga y trémula mirada que casi pareció atravesar el misterio

del velo negro. Pero, en medio de su dolor, el reverendo Hooper sonrió al pensar que sólo un símbolo material lo había separado de su felicidad, aunque los horrores que este ocultaba debían estar oscuramente tendidos entre los amantes más tiernos.

Desde entonces no se hicieron intentos para descorrer el velo negro del reverendo Hooper, ni para elucidar, mediante una consulta directa, el secreto que presuntamente ocultaba. Las personas que pretendían ser inmunes a los prejuicios populares lo consideraron simplemente un capricho excéntrico, como los que tan a menudo se mezclan con los actos cuerdos de individuos por lo demás racionales, cubriéndolos con su propia imagen de demencia. Pero para la multitud, el buen reverendo Hooper era objeto de horror. No podía pasear tranquilamente por la calle, porque tenía plena conciencia de que los mansos y los tímidos se hacían a un lado para evitarlo, mientras otros se esforzaban por cruzarse en su camino. La impertinencia de estos últimos lo obligó a renunciar a su habitual caminata del atardecer hasta el cementerio; pues cuando se apoyaba pensativamente contra la verja siempre asomaban caras desde atrás de las lápidas para espiar su velo negro. Circulaba la fábula de que las miradas de los muertos era lo que lo guiaba hasta allí. Lo afligía, hasta el fondo mismo de su benévolo corazón, el ver cómo los niños huían ante su sola presencia, interrumpiendo sus juegos más alegres cuando su melancólica imagen apenas se asomaba a lo lejos. Su temor instintivo era la prueba más patente de que un horror sobrenatural estaba entretejido con las fibras del crespón negro. En verdad, era sabido que sentía una antipatía tan honda por el velo que nunca pasaba voluntariamente frente a un espejo, ni se inclinaba para beber en un estanque calmo, para no asustarse de sí mismo al ver su figura reflejada en la superficie apacible. Esto era lo

que hacía verosímiles los rumores de que la conciencia del reverendo Hooper se sentía atormentada por un crimen demasiado espantoso, como para ser totalmente oculto o insinuado de una forma menos vaga que aquella. Así, desde atrás del velo negro emergía una nube que oscurecía el sol, una ambigüedad de pecado o pesar que envolvía al pobre ministro, de modo que ni el amor ni la compasión podían alcanzarlo. Se decía que los fantasmas y los demonios se confabulaban allí con él. Marchaba constantemente sumido en su sombra, estremecido por escalofríos y terrores externos, tanteando ciegamente dentro de su propia alma o atisbando a través del crespón que ennegrecía el mundo entero. Se suponía que incluso el viento rebelde respetaba su pavoroso secreto y nunca levantaba el velo con su soplo. Pero el buen señor Hooper continuaba sonriendo tristemente a los pálidos semblantes del tropel mundano con el que se cruzaba en su marcha.

En medio de estos infortunados efectos, el velo negro ejerció una influencia saludable, convirtiendo a quien lo lucía en un clérigo muy eficiente. Con la ayuda de su misterioso emblema —puesto que no había otra causa aparente— el pastor llegó a ser un hombre dotado de un inmenso poder sobre las almas atormentadas por el pecado. Sus conversos siempre lo contemplaban con un respeto muy particular, y afirmaban, aunque metafóricamente, que antes de que el pastor los transportara a la luz celestial, ellos habían estado con él detrás del velo negro. Su negrura lo ayudaba, en verdad, a condolerse de todas las penas oscuras. Los pecadores moribundos llamaban a gritos al reverendo Hooper, y no exhalaban el último suspiro hasta que él aparecía, aunque siempre, cuando se inclinaba para susurrar su consuelo, temblaban al ver el rostro cubierto tan cerca de ellos. ¡Tales eran los terrores causados por el velo negro, aun cuando la Muerte había desnudado su rostro! Los

forasteros acudían desde lejos para asistir a los servicios de su iglesia con el solo propósito ocioso de contemplar su figura, ya que les estaba vedado apreciar su rostro. ¡Pero muchos se estremecían antes de partir! En una oportunidad, durante la administración del gobernador Belcher, el reverendo Hooper fue invitado a predicar el sermón electoral. Cubierto con el velo negro, habló frente al primer magistrado, los consejeros y los representantes y produjo una impresión tan profunda que las medidas legislativas de ese año se caracterizaron por toda la solemnidad y la devoción de nuestros más antiguos mandatos ancestrales.

De este modo el reverendo Hooper vivió una larga vida, irreprochable en su faz visible aunque velada por siniestras sospechas; benévolo y misericordioso, pero huérfano de amor y vagamente temido; un hombre aislado de los demás hombres, evitado en las horas de salud y alegría, pero siempre requerido en los trances de angustia mortal. A medida que transcurrieron los años, depositando sus nieves sobre el velo oscuro, se hizo célebre en todas las iglesias de Nueva Inglaterra, y lo llamaban padre Hooper. Casi todos sus feligreses, que ya eran maduros cuando él se había establecido en la localidad, ya habían sido conducidos al seno de la tierra, de modo que tenía una congregación en la iglesia y otra más populosa en el cementerio del templo; y puesto que había trabajado hasta una hora tan avanzada, y había ejecutado su faena con tanto esmero, por fin le llegó al buen padre Hooper el turno de descansar.

Varias personas se hallaban bajo la luz velada de las bujías, en la cámara mortuoria del anciano clérigo. Carecía de parientes próximos. Mas allí estaba el médico, decorosamente adusto pero impávido, empeñado sólo en mitigar los últimos dolores del paciente incurable. Allí estaban los diáconos, y otros miembros eminentemente piadosos de su iglesia. Allí estaba, también, el reverendo

Clark, de Westbury, un sacerdote joven y entusiasta que había cabalgado a toda prisa para orar junto al lecho del clérigo moribundo. Allí estaba la enfermera, que no era una colaboradora venal de la muerte, sino una persona cuyo sereno afecto había perdurado durante mucho tiempo en secreto, solitariamente, en medio del frío de los años, y no estaba dispuesto a extinguirse ni siquiera en esa hora fatal. ¡Quién, sino Elizabeth! Y allí yacía la cabeza nevada del buen padre Hooper sobre la almohada mortuoria, con el velo negro ceñido aún en torno de la frente y extendido sobre su rostro, de modo que el jadeo cada vez más dificultoso de su débil aliento lo hacía agitarse. Durante toda su vida esa pieza de tela se había interpuesto entre él y el mundo; lo había apartado de la jubilosa fraternidad y del amor femenino, y lo había mantenido encerrado en la más triste de las prisiones: la de su propio corazón. Y todavía continuaba desplegada sobre su rostro, como para ahondar la penumbra de ese cuarto tenebroso y ocultarle los rayos del sol de la eternidad.

Durante un tiempo su mente se había mostrado confundida, oscilando inciertamente entre el pasado y el presente, adelantándose a ratos, valga la expresión, hacia las sombras del mundo por venir. Había sufrido accesos de fiebre que lo sacudían de un lado a otro y consumían las pocas energías que le quedaban. Pero en medio de sus accesos más convulsivos, y de los más delirantes desvaríos de su intelecto, cuando ningún otro pensamiento ejercía su influencia atemperante, él seguía realizando poderosos esfuerzos para que el velo negro no se deslizara de su lugar. Y aun cuando su alma agitada lo hubiera olvidado, junto a la cabecera de su lecho montaba guardia una mujer fiel que, con los ojos vueltos en otra dirección, habría cubierto ese rostro envejecido, ese rostro que, cuando ella lo había visto por última vez ostentaba todavía la donosura de la

masculinidad. Por fin, el anciano moribundo se quedó inmóvil, sumido en el sopor del agotamiento mental y físico, con un pulso imperceptible, y una respiración cada vez más débil, excepto cuando un estertor largo, profundo e irregular pareció preludiar la fuga de su espíritu.

El clérigo de Westbury se acercó al lecho.

—Venerable padre Hooper —dijo—, el momento de su liberación se halla próximo. ¿Está listo para alzar el velo que separa el tiempo de la eternidad?

Al principio el padre Hooper se limitó a responder con un ligero movimiento de cabeza; pero luego, temiendo quizá que lo interpretaran mal, hizo un esfuerzo para hablar:

—Sí —dijo con voz apagada—, mi alma sufrirá una paciente fatiga hasta que se levante ese velo.

—¿Y es justo —insistió el reverendo Clark— que un hombre tan entregado a la plegaria, de conducta tan intachable, santo en los hechos y en el pensamiento, hasta que la prudencia mortal puede juzgar; es justo que un padre de la iglesia deje una sombra sobre su memoria, capaz de mancillar una vida tan pura? ¡Os ruego, venerable hermano, que no permitáis tal cosa! Dejad que nos regocijemos con vuestro triunfante aspecto ahora que vais en busca de vuestra recompensa. ¡Antes de que se levante el velo de la eternidad, permitidme descorrer este negro velo que cubre vuestro rostro!

Y mientras pronunciaba estas palabras, el reverendo Clark se inclinó hacia adelante para develar el misterio de tantos años. Mas con un despliegue de súbita energía que dejó atónitos a todos los espectadores, el padre Hooper sacó ambas manos de debajo de las frazadas y apretó con fuerza el velo negro sobre su cara, dispuesto a resistir si el párroco de Westbury se atrevía a lidiar con un moribundo.

—¡Nunca! —gritó el clérigo enmascarado—. ¡Sobre la tierra, jamás!

—¡Viejo inescrutable! —exclamó el asustado párroco—. ¿Con qué horrible crimen sobre el alma vais a ser juzgado?

La respiración del padre Hooper se aceleró y ahogó en su garganta, pero él manoteó el aire y se aferró a la vida, sin soltarla hasta que pudo hablar. Incluso se irguió en el lecho y allí permaneció sentado, ceñido por los brazos de la muerte, temblando, mientras el velo negro colgaba, pavoroso en ese último momento en el que se acumulaban los terrores de toda una existencia. Y sin embargo, la tenue y triste sonrisa que se había esbozado tantas veces allí pareció resplandecer en ese instante desde su oscuridad, demorándose sobre los labios del padre Hooper.

—¿Por qué sólo yo os hago temblar? —clamó, paseando su rostro velado sobre la rueda de pálidos espectadores—. ¡Temblad también los unos ante los otros! ¿Los hombres me han esquivado, y las mujeres no me han tenido compasión, y los niños han gritado y huido, sólo por mi velo negro? ¿Qué es lo que ha hecho que este crespón fuera tan atroz, sino el misterio que oscuramente simboliza? Cuando el amigo le muestre al amigo lo más recóndito de su corazón; cuando el enamorado muestre el suyo a su más amada; cuando el hombre no se oculte en vano de la mirada de su Creador, atesorando abyectamente el secreto de sus pecados… ¡consideradme entonces un monstruo, por el emblema detrás del cual he vivido y con el cual muero! Yo miro en torno de mí y, ¡ay!, sobre cada rostro veo un Velo Negro.

Mientras sus escuchas se apartaban los unos de los otros, con recíproco espanto, el padre Hooper volvió a caer sobre su almohada, convertido en un cadáver velado sobre cuyos labios aún perduraba una débil sonrisa. Sin quitarle el velo lo depositaron en su ataúd, y con el velo transportaron su cadáver a la tumba.

La hierba de muchos años ha crecido y se ha secado sobre esa sepultura; la lápida está tapizada por el musgo; y

el rostro del buen reverendo Hooper se ha convertido en polvo... ¡pero aún resulta pavorosa la idea de que se desintegró debajo del VELO NEGRO!

NOTA: Otro clérigo de Nueva Inglaterra, el reverendo Joseph Moody, de York, Maine, quien murió hace aproximadamente ochenta años, se hizo famoso por la misma excentricidad que aquí se le atribuye al reverendo Hooper. Sin embargo, en su caso, el símbolo tenía un significado distinto. En su juventud había matado accidentalmente a un amigo dilecto y desde ese día hasta la hora de su propia muerte ocultó su rostro del resto de los hombres.

El pie de la momia

Théophile Gautier

(1840)

Había entrado, por aburrimiento, en el establecimiento de uno de esos vendedores de curiosidades llamados *marchands de bric-à-brac* en el argot parisino, tan completamente ininteligible para el resto de Francia. Sin duda ha echado usted una ojeada, a través del escaparate, a alguna de esas tiendas que tanto han proliferado desde que se ha puesto de moda adquirir muebles antiguos y de que el menor agente de cambio se siente obligado a poseer un dormitorio medieval. Es algo que participa a la vez de la tienda de un chatarrero, del almacén de un tapicero, del laboratorio de un alquimista y del taller de un pintor; en esos antros misteriosos en lo que los postigos filtran una prudente penumbra, lo que hay más destacadamente antiguo es el polvo; las telarañas son allí más auténticas que las blondas y el viejo peral más antiguo que la caoba llegada ayer mismo de América.

La tienda de mi vendedor de *bric-à-brac* era un auténtico Cafarnaún; todos los siglos y todos los países parecían haberse dado cita allí; una lámpara etrusca de terracota roja descansaba sobre un armario de Boulle, con paneles de ébano severamente rayado por filamentos de cobre; una duquesa de tiempos de Luis XV alargaba negligentemente sus pies de cierva bajo una robusta mesa Luis XIII, con pesadas espirales de madera de encina, y esculturas mezcladas con follajes y quimeras. Una armadura damasquinada de Milán hacía espejear en un rincón el vientre de acero de su coraza; amorcillos y ninfas de *biscuit*, figuras de porcelana de China, cucuruchos de celadón y

grietoso, tazas de Sajonia y antiguos Sèvres llenaban las estanterías y las rinconeras. Sobre los anaqueles denticulados de los chineros resplandecían inmensos platos del Japón, con dibujos rojos y azules, realzados con sombreados de oro, junto a esmaltes de Bernard Palissy, que representaban culebras, ranas y lagartos en relieve. De los armarios repletos desbordaban cascadas de telas de seda satinada de plata, oleadas de brocatel salpicado de puntos luminosos por un oblicuo rayo de sol; retratos de todas las épocas sonreían a través de su barniz amarillo en marcos más o menos deteriorados.

El vendedor me seguía con precaución por el tortuoso pasillo abierto entre dos pilas de muebles, bajando con la mano el arriesgado impulso de los faldones de mi levita, vigilando mis codos con la inquieta atención del anticuario y del usurero. Este vendedor tenía una figura singular: un cráneo inmenso, pulido como una rodilla, rodeado de una escasa aureola de canas que hacía resaltar más intensamente el tono salmón claro de la piel y le daba el falso aspecto de bonhomía patriarcal, corregida, por otra parte, por el destello de dos ojillos amarillos que temblequeaban en sus órbitas como dos luises de oro sobre azogue. La curvatura de la nariz tenía una silueta aquilina que recordaba el tipo oriental o judío. Sus manos, delgadas, finas, venosas, llenas de nervios sobresalientes como las cuerdas de un mástil de violín, provistas de uñas curvadas semejantes a las que terminan las alas membranosas de los murciélagos, tenían un movimiento de oscilación senil, inquietante para la vista; pero esas manos agitadas por tics febriles se hacían más firmes que tenazas de acero o que las pinzas de un cangrejo cuando agarraban algún objeto precioso, una copa de ónice, un vaso de Venecia o una bandeja de cristal de Bohemia; aquel viejo singular tenía un

aspecto tan profundamente rabínico y cabalístico que, por su cara, habría sido quemado en la hoguera hace tres siglos.

—¿No va a comprarme nada hoy, señor? Aquí tiene un kris malayo cuya hoja se ondula como una llama; mire estas ranuras para conducir la sangre, estas molduras practicadas en sentido contrario para arrancar las entrañas al retirar el puñal; es un arma feroz, de bello aspecto, que quedaría muy bien en su armería; este mandoble es muy hermoso, es de Josepe de la Hera y esta *cochelimarde* de cazoleta calada ¡qué excelente trabajo!

—No, tengo ya suficientes armas e instrumentos de carnicería; busco una figurilla, un objeto cualquiera que pudiera servirme de pisapapeles, pues no soporto esos bronces de pacotilla que venden en las papelerías y que se encuentran invariablemente sobre todos los escritorios.

El viejo gnomo, husmeando entre sus antiguallas, me mostró bronces antiguos o supuestamente tales, trozos de malaquita, pequeños ídolos hindúes o chinos, especie de siempretiesos de jade, encarnación de Brahma o de Visnú, maravillosamente apropiados para el uso, bastante poco divino, de sujetar periódicos y cartas.

Dudaba entre un dragón de porcelana completamente salpicado de verrugas, con las fauces adornadas de colmillos y espinas, y un pequeño fetiche mexicano abominable que representaba al dios Vitziliputzili, cuando vi un pie encantador que, en un primer momento, tomé por un trozo de una venus antigua. Tenía las bellas tonalidades amarillas y rojizas que dan al bronce florentino ese aspecto cálido y vivaz, tan preferible al tono cubierto de cardenillo de los bronces ordinarios que se tomarían fácilmente por estatuas en putrefacción: reflejos satinados temblaban sobre sus formas redondas y pulidas por los besos amorosos de veinte siglos, pues debía tratarse de un bronce de Corinto, un trabajo de la mejor época, tal vez una obra de Lisipo.

—Este pie me servirá —dije al vendedor, que me miraba con aire irónico y solapado tendiéndome el objeto solicitado para que pudiera examinarlo con más detenimiento.

Su levedad me sorprendió; no era un pie de metal, sino un pie de carne, un pie embalsamado, un pie de momia: contemplándolo de cerca se podía distinguir el relieve de la piel y el gofrado casi imperceptible impreso por la trama de los vendajes. Los dedos eran finos, delicados, terminados por uñas perfectas, puras y transparentes como ágatas; el dedo gordo, algo separado, contrariaba agradablemente el plano de los demás a la manera antigua, y le daba aspecto despejado, una esbeltez de pie de pájaro; la planta, rayada apenas por algunas sombras invisibles, evidenciaba que no había tocado el suelo jamás y que sólo había estado en contacto con las más finas esteras de juncos del Nilo y con las más mullidas alfombras de piel de pantera.

—¡Ah! ¡ah! quiere usted el pie de la princesa Hermonthis —dijo el vendedor con una extraña risa irónica, clavando en mí sus ojos de búho—, ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡para servir de pisapapeles! Una idea original, una idea de artista; si le hubieran dicho al viejo faraón que el pie de su adorada hija serviría de pisapapeles se habría sorprendido mucho cuando mandaba perforar una montaña de granito para introducir en ella el triple sepulcro pintado y dorado, completamente cubierto de jeroglíficos con hermosas representaciones del juicio de las almas —añadió a media voz el singular vendedor como si hablara consigo mismo.

—¿Por cuánto me venderá este trozo de momia?

—¡Ah! Lo más caro que pueda, pues es un trozo magnífico; si tuviera la pareja, no lo conseguiría usted por menos de quinientos francos: la hija de un faraón, ¡no hay nada más exótico!

—Verdaderamente, no es muy común; pero, en fin, ¿cuánto quiere usted? Le advierto una cosa, y es que no

poseo más tesoro que cinco luises; compraré algo que cueste cinco luises y nada más. Por más que escrutara el fondo de los bolsillos de mis chalecos, y mis cajones más recónditos, no encontraría en ellos ni un miserable tigre de cinco zarpas.

—Cinco luises por el pie de la princesa Hermonthis, es poco, muy poco en realidad, pues se trata de un pie auténtico —dijo el vendedor moviendo la cabeza e imprimiéndole movimiento a sus pupilas—. Está bien, lléveselo, y además se lo envuelvo —añadió envolviéndolo en un viejo trozo de damasco— en un damasco auténtico, de las Indias, que no ha vuelto a ser teñido; es muy resistente, muy mullido —susurraba deslizando sus dedos por el tejido razado, por una reminiscencia comercial que le hacía ensalzar un objeto de tan escaso valor que él mismo consideraba digno de ser dado.

Introdujo las monedas de oro en una especie de faltriquera medieval que colgaba de su cinturón, repitiendo:

—¡El pie de la princesa Hermonthis sirviendo de pisapapeles!

Luego, fijando en mí sus pupilas fosfóricas, me dijo con una voz estridente similar al maullido de un gato que acaba de tragarse una espina:

—El viejo faraón no va a sentirse feliz, pues amaba mucho a su hija, el pobre hombre.

—Habla usted de él como si fuera su contemporáneo; aunque anciano, usted no se remonta a las pirámides de Egipto —le contesté riendo desde el umbral del bazar.

Volví a mi casa muy contento de mi adquisición. Para darle utilidad de inmediato, coloqué el pie de la divina princesa Hermonthis sobre un legajo de papeles, esbozos de versos, mosaico indescifrable de tachones, artículos comenzados, cartas olvidadas y echadas al correo en un

cajón, error que ocurre con frecuencia a las personas distraídas; el efecto era encantador, extraño y romántico.

Satisfecho de este embellecimiento, bajé a la calle y me fui a pasear con la gravedad adecuada y el orgullo de un hombre que tiene sobre los demás transeúntes con los que se cruza, la ventaja inefable de poseer un trozo de la princesa Hermonthis, hija de un faraón. Encontré soberanamente ridículos a todos cuantos no poseían, como yo, un pisapapeles tan notablemente egipcio; considerando que el auténtico interés de un hombre sensato era tener el pie de una momia sobre su escritorio. Afortunadamente, el encuentro con algunos amigos vino a sacarme de mi excesiva admiración de reciente propietario; me fui a comer con ellos, pues me habría resultado difícil irme a comer conmigo mismo.

Cuando regresé a casa por la noche, con el cerebro jaspeado por algunas venas de gris de perle, una sutil bocanada de perfume oriental me cosquilleó delicadamente en el órgano olfativo; el calor de la habitación había atibiado el natrón, el betún y la mirra en los que los embalsamadores habían bañado el cuerpo de la princesa; era un perfume suave aunque penetrante, un perfume que cuatro mil años no habían logrado evaporar. El sueño de Egipto era la eternidad: sus olores tienen la solidez del granito y duran tanto como él.

Pronto bebí a grandes tragos en la copa negra del sueño; durante una hora o dos todo permaneció opaco, el olvido y la nada me inundaban con sus vagas sombras, pero pronto, mi oscuridad intelectual se iluminó y los sueños comenzaron a rozarme en su vuelo silencioso. Los ojos de mi alma se abrieron y vi mi habitación tal como era en realidad; habría podido creerme despierto, pero una vaga percepción me decía que estaba dormido y que algo extraño iba a suceder. El olor de la mirra había aumentado de intensidad, me

notaba un ligero dolor de cabeza que atribuía, muy razonablemente, a algunos vasos de vino de Champaña que nos habíamos tomado brindando por los dioses desconocidos y por nuestros éxitos futuros.

Miraba mi habitación con una atención que nada justificaba; los muebles estaban perfectamente en su sitio, la lámpara ardía sobre la consola, suavemente atenuada por la blancura lechosa de su globo de cristal esmerilado; las acuarelas espejeaban bajo su cristal de Bohemia; las cortinas colgaban lánguidamente: todo tenía un aspecto adormecido y tranquilo. Sin embargo, al cabo de unos instantes, este interior tan apacible pareció turbarse, las maderas crujieron furtivamente; el tronco cubierto de ceniza lanzó de repente una llamarada de gas azul, y los discos de las páteras parecían ojos de metal pendientes, como yo, de todo cuanto iba a suceder.

Mi mirada se dirigió, por casualidad, hacia la mesa sobre la que había colocado el pie de la princesa Hermonthis. En lugar de permanecer inmóvil, como corresponde a un pie embalsamado desde hacía cuatro mil años, se movía, se contraía y saltaba sobre los papeles como una rana asustada: habríase dicho que estaba conectado a una pila voltaica; yo oía con toda nitidez el ruido seco que producía su pequeño talón, duro como la pezuña de una gacela. Estaba bastante descontento con mi adquisición, pues prefería los pisapapeles sedentarios, considerando poco natural el hecho de ver pies que se paseaban sin piernas, y empecé a sentir algo que se parecía mucho al espanto.

De pronto, vi removerse el pliegue de una de mis cortinas y oí los pasos de una persona que parecía saltar a la pata coja. Debo reconocer que sentí frío y calor alternativamente; que noté un viento desconocido soplar en mi espalda, y que mis cabellos, al erizarse, hicieron que mi gorro de dormir saliera despedido hasta una distancia de dos o tres pasos.

Las cortinas se abrieron y vi avanzar la figura más extraña que pueda imaginarse. Era una joven, de color café con leche oscuro, como la bayadera de Amani, de una belleza perfecta y que recordaba al más puro tipo egipcio; tenía los ojos en forma de almendra con los rabillos hacia arriba y las cejas tan negras que parecían azules, su nariz tenía un corte delicado, casi griega por su finura, y se la habría podido tomar por una estatua de bronce de Corinto, si la prominencia de las mejillas y el tamaño algo africano de la boca no hubieran hecho reconocer, sin duda alguna, la raza jeroglífica de las orillas del Nilo. Sus brazos delgados y torneados en huso, como los de las jovencitas, estaban rodeados por una especie de aro de metal y de pulseras de abalorios; sus cabellos estaban trenzados en cordones, y sobre su pecho colgaba un ídolo de pasta verde cuyo látigo de siete cuerdas hacía reconocer como Isis, la conductora de las almas; sobre su frente resplandecía una placa de oro, y bajo los tintes cobrizos de sus mejillas asomaban restos de maquillaje. Por lo que respecta a su vestido, era muy extraño. Imaginen un taparrabos de vendas estampadas de jeroglíficos negros y rojos, engrudado de betún y que parecía pertenecer a una momia recién desfajada.

Por uno de los saltos de pensamiento tan frecuentes en los sueños, escuché la voz falsa y ronca del vendedor del bazar que repetía, como un estribillo monótono, la frase que había pronunciado en su tienda con entonación tan enigmática:

—El viejo faraón no se va a poner muy contento, pues amaba mucho a su hija, el buen hombre.

Particularidad extraña y que no me tranquilizó en absoluto: la aparición sólo tenía un pie, la otra pierna terminaba en el tobillo. Se dirigió hacia la mesa donde el pie de la momia se movía y bullía redoblando su rapidez. Cuando llegó, se apoyó en el borde y vi que una lágrima se

formaba y brillaba en sus ojos. Aunque no hablaba, comprendí su pensamiento; miraba el pie, que era sin duda el suyo, con una expresión de tristeza coqueta de una gracia infinita; pero el pie saltaba y corría de acá para allá como si estuviera provisto de resortes de acero. Dos o tres veces extendió la mano para atraparlo, pero no lo logró. Entonces, entre la princesa Hermonthis y su pie, que parecía provisto de vida independiente, se estableció un diálogo extraño en un copto antiguo como el que podría hablarse hace una treintena de siglos en los *syringes* del país del Ser: afortunadamente aquella noche yo conocía el copto a la perfección.

La princesa Hermonthis decía con un tono suave y vibrante como una campanilla de cristal:

—¡Ah! mi pie querido, huisteis de mí pese a que yo os cuidaba bien. Os bañaba en agua perfumada en un recipiente de alabastro; pulía vuestro talón con piedra pómez impregnada de aceite de palma; vuestras uñas estaban cortadas con tijeras de oro y limadas con dientes de hipopótamo, me preocupaba de elegir para vos *thabebs* bordadas y pintadas con puntera curva, que eran la envidia de todas las jovencitas de Egipto; llevabais en vuestro dedo gordo joyas que representaban al sagrado escarabajo, y sosteníais uno de los cuerpos más ligeros que un pie perezoso pudiera desear.

El pie respondía con tono mohíno y apesadumbrado:

—Sabéis bien que no me pertenezco, que he sido comprado y pagado; el viejo vendedor sabía lo que hacía, os detesta por haberos negado a contraer matrimonio con él: es su venganza. El árabe que profanó vuestro real sepulcro en el pozo subterráneo de la necrópolis de Tebas fue enviado por él, pues quería impedir que acudierais a la reunión de los pueblos tenebrosos, en las ciudades inferiores. ¿Tenéis cinco monedas de oro para rescatarme?

—Desgraciadamente, no. Mis piedras preciosas, mis anillos, mis bolsas de oro y plata, todo me lo han robado —respondió la princesa Hermonthis con un suspiro.

—Princesa —exclamé entonces— yo no he retenido jamás de forma injusta el pie de nadie; aunque no dispongáis de los cinco luises que me ha costado, os lo devuelvo con mucho gusto; me sentiría desesperado por dejar coja a una persona tan amable como la princesa Hermonthis.

Solté la parrafada con un tono regencia y trovador que debió sorprender a la bella egipcia. Me dirigió una mirada cargada de reconocimiento, y sus ojos se iluminaron con resplandores azulados. Cogió su pie, que en esta ocasión se dejó atrapar, como una mujer que va a ponerse su borceguí y lo unió a su pierna con gran habilidad. Una vez concluida la operación, dio dos o tres pasos por la habitación como para asegurarse de que, realmente, había dejado de ser coja.

—¡Ah! qué contento se va a poner mi padre, que tan desolado estaba por mi mutilación y que, desde el día que nací, había puesto a un pueblo entero a trabajar para excavarme una tumba tan profunda en la que pudiera conservarme intacta hasta el día supremo en que las almas serán pesadas en las balanzas de Amenthi. Venid conmigo a casa de mi padre, os recibirá bien puesto que me habéis devuelto mi pie.

Encontré esta proposición completamente natural; me puse mi salto de cama estampado con grandes ramos, que me proporcionaba un aspecto faraónico; me puse rápidamente mis babuchas turcas, y le dije a la princesa Hermonthis que estaba listo para seguirla.

Antes de marcharse, Hermonthis retiró de su cuello la figurilla de pasta verde y la colocó sobre las hojas dispersas que cubrían la mesa.

—Es justo —dijo sonriendo— que reemplace vuestro pisapapeles.

Me tendió la mano, que era suave y fría como una piel de culebra, y nos marchamos. Nos desplazamos durante un rato con la rapidez de una flecha, en un medio fluido y grisáceo, en el que distintas siluetas a medio esbozar pasaban a derecha e izquierda. Por un momento, sólo vimos el mar y el cielo. Minutos después, los obeliscos empezaron a apuntar, los pilones, las rampas flanqueadas de esfinges se dibujaron en el horizonte.

Habíamos llegado. Había corredores directamente tallados en la roca; los muros, cubiertos de paneles de jeroglíficos y de procesiones alegóricas, habían debido ocupar a miles de brazos durante miles de años; aquellos corredores, de longitud interminable, conducían a habitaciones cuadradas, en medio de las cuales habían perforado pozos a los que descendimos valiéndonos de grapones o de escaleras en espiral; esos pozos nos conducían a otras habitaciones de las que partían otros corredores igualmente decorados de gavilanes, de serpientes enrolladas, *taus, pedum, bari* místicos, prodigioso trabajo que ningún ojo humano vivo debía contemplar, interminables textos en granito que sólo los muertos tendrían tiempo de leer durante la eternidad.

Por fin, desembocamos en un salón tan amplio, tan enorme, tan desmesurado, que no podían verse sus límites; filas de columnas monstruosas se extendían hasta perderse de vista entre las que temblaban lívidas estrellas de luz amarilla: aquellos puntos brillantes revelaban profundidades incalculables. La princesa Hermonthis me conducía de la mano y saludaba graciosamente con la otra mano a las momias que conocía.

Mis ojos se habituaron a una semipenumbra crepuscular y empezaron a distinguir los objetos. Vi, sentados en sus

tronos, a los reyes de las razas subterráneas; eran grandes ancianos delgados, arrugados, apergaminados, negros de nafta y de betún, cubiertos con tocado de oro, protegidos por pectorales y alzacuellos constelados de pedrerías, con ojos fijos como los de las esfinges y con largas barbas blanqueadas por la nieve de los siglos: tras ellos, sus pueblos embalsamados se mantenían de pie en las poses rígidas y forzadas del arte egipcio, conservando eternamente la actitud prescrita por el código hierático; tras los pueblos, maullaban, batían sus alas y reían con risa burlona, los gatos, los ibis y los cocodrilos coetáneos, con aspecto más monstruoso aún por su fajamiento de vendas.

Todos los faraones se encontraban allí: Keops, Kefrén, Samético, Sesostris, Amenofis; todos los negros dominadores de las pirámides y de las *syringes*; sobre un estrado más alto reinaba el rey Cronos, Xixouthros, que fue contemporáneo del diluvio, y Tubal Caín, que le precedió. La barba del rey Xixouthros había crecido hasta tal punto que ya le daba siete veces la vuelta a la mesa de granito en la que se apoyaba soñador y adormecido. Más lejos, en un vapor polvoriento, a través de la bruma de la eternidad, distinguí vagamente a los setenta y dos reyes preadamistas, con sus setenta y dos pueblos desaparecidos para siempre.

Tras haberme dejado unos minutos para gozar de aquel vertiginoso espectáculo, la princesa Hermonthis me presentó al faraón, su padre, que me hizo con la cabeza un gesto muy majestuoso.

—¡He recuperado mi pie! ¡he recuperado mi pie! —gritaba la princesa mientras batía palmas con todas las manifestaciones de una alegría loca—, este es el señor que me lo ha devuelto.

Las razas de Kemé, las de Nahasi, todas las naciones negras, bronceadas o cobrizas repetían a coro: «¡La princesa Hermonthis ha recuperado su pie!».

Hasta el mismo Xixouthros se emocionó. Levantó sus párpados pesados, pasó sus dedos por el bigote y dejó caer sobre mí una mirada cargada de siglos.

—Por Oms, el perro de los infiernos, y por Tmeï, la hija del Sol y de la Verdad, he aquí un valiente y digno joven —dijo el faraón dirigiendo hacia mí su cetro terminado en una flor de loto—. ¿Qué deseas como recompensa?

Fortalecido por la audacia que conceden los sueños, en los que nada es imposible, le pedí la mano de Hermonthis: la mano a cambio del pie, me parecía una recompensa antitética de bastante buen gusto.

El faraón, sorprendido por mi osadía y mi petición, abrió por completo sus ojos de cristal:

—¿De qué país eres, y qué edad tienes?

—Soy francés, y tengo veintisiete años, venerable faraón.

—¡Veintisiete años, y quiere casarse con la princesa Hermonthis, que tiene treinta siglos! —exclamaron al unísono todos los tronos y todos los círculos de las naciones.

Sólo Hermonthis pareció no encontrar inconveniente mi propuesta.

—Si al menos tuvieras dos mil años —prosiguió el anciano rey— te concedería con mucho gusto la mano de la princesa; pero la desproporción es muy grande, y nuestras hijas necesitan esposos que duren, vosotros ya no sabéis conservaros; los últimos que trajeron hace apenas quince siglos, no son ya más que una pulgarada de ceniza; mira, mi carne es dura como el basalto, y mis huesos como barras de acero. Asistiré al fin del mundo con el cuerpo y la cara que tenía en vida; mi hija Hermonthis durará más que una estatua de bronce. Para entonces el viento habrá dispersado el último grano de tu polvo, y hasta Isis, que supo encontrar los trozos de Osiris, se las verá y deseará para recomponer tu ser. Comprueba hasta qué punto soy aún fuerte y cómo mis brazos funcionan aún —dijo estrechándome la mano a la

inglesa con tal fuerza que estuvo a punto de cortarme los dedos con mis anillos. Me apretó con tanta fuerza que me desperté, y vi a mi amigo Alfred que me tiraba del brazo y me sacudía para que me levantara.

—¡Vamos!, redomado dormilón, ¿tendré que llevarte en medio de la calle y lanzarte cohetes junto a los oídos? Son más de las doce, ¿no te acuerdas pues de que me habías prometido pasar a recogerme para ir a ver los cuadros españoles del señor Aguado?

—¡Dios Santo! Se me había olvidado —respondí mientras me vestía— vamos a ir: tengo el permiso aquí sobre mi escritorio.

Me acerqué para cogerlo; pero ¡imaginen mi sorpresa cuando en lugar del pie de momia que había adquirido la víspera, me encontré la figurilla de pasta verde depositada allí por la princesa Hermonthis!

Vera

Villiers de L'Isle-Adam

(1854)

A la señora condesa d’Osmoy:
«La forma del cuerpo le es más esencial *que su propia sustancia.»*

La fisiología moderna

El amor es más fuerte que la muerte, ha dicho Salomón: su misterioso poder no tiene límites.

Concluía una tarde otoñal en París. Cerca del sombrío barrio de Saint-Germain, algunos carruajes, ya alumbrados, rodaban retrasados después de concluido el horario de cierre del bosque. Uno de ellos se detuvo delante del portalón de una gran casa señorial, rodeada de jardines antiguos. Encima del arco destacaba un escudo de piedra con las armas de la vieja familia de los condes D’Athol: una estrella de plata sobre fondo de azur, con la divisa *Pallida Victrix* bajo la corona principesca forrada de armiño. Las pesadas hojas de la puerta se abrieron. Un hombre de treinta y cinco años, enlutado, con el rostro mortalmente pálido, descendió. En la escalinata, los sirvientes taciturnos tenían alzadas las antorchas. Sin mirarles, él subió los peldaños y entró. Era el conde D’Athol.

Vacilante, ascendió las blancas escaleras que conducían a aquella habitación donde, en la misma mañana, había acostado en un féretro de terciopelo, cubierto de violetas, entre lienzos de batista, a su amor voluptuoso y desesperado, a su pálida esposa, Vera.

En lo alto, la puerta giró suavemente sobre la alfombra. Él levantó las cortinas.

Todos los objetos permanecían en el mismo lugar en donde la condesa los había dejado la víspera. La muerte, súbita, la había fulminado. La noche anterior, su bien amada se desvaneció entre placeres tan profundos, se perdió en tan exquisitos abrazos, que su corazón, quebrado por tantas delicias sensuales, había desfallecido. Sus labios se mojaron bruscamente con un rojo mortal. Apenas tuvo tiempo de darle a su esposo un beso de adiós, sonriendo, sin pronunciar una sola palabra. Luego, sus largas pestañas, como cendales de luto, se cerraron para siempre.

Aquella jornada sin nombre ya había transcurrido.

Hacia el mediodía, después de la espantosa ceremonia en el panteón familiar, el conde D'Athol despidió a la fúnebre escolta. Después solo, encerrose con la muerta, entre los cuatro muros de mármol, y cerró la puerta de hierro del mausoleo. El incienso se quemaba en un trípode, frente al ataúd. Una corona luminosa de lámparas, en la cabecera de la joven difunta, la aureolaba como estrellas.

Él, en pie, ensimismado, con el solo sentimiento de una ternura sin esperanza, se había quedado allí durante todo el día. Alrededor de las seis, en el crepúsculo, salió del lugar sagrado. Al cerrar el sepulcro, quitó la llave de plata de la cerradura y, empinándose en el último peldaño de la escalinata, la arrojó al interior del panteón. Cayeron sobre las losas interiores a través del trébol que adornaba la parte superior del portal. ¿Por qué todo esto...? Con certeza obedecía a la secreta decisión de no volver allí nunca más.

Y ahora, él revisó la solitaria habitación.

La ventana, detrás de los amplios cortinajes de cachemira malva, recamados en oro, estaba abierta. Un último y pálido rayo de luz del atardecer iluminaba un cuadro envejecido de madera. Era el retrato de la muerta. El conde miró a su alrededor. La ropa estaba tirada sobre un sillón, como la víspera, sobre la chimenea estaban las joyas, el collar de

perlas, el abanico a medio cerrar, y los pesados frascos de perfume que *su* amada no aspiraría nunca más. Sobre el techo deshecho, construido de ébano, con columnas retorcidas, junto a la almohada, en el lugar donde la cabeza adorada había dejado su huella, en medio de los encajes, vio el pañuelo enrojecido, por gotas de su sangre cuando su joven alma aleteó un instante. El piano permanecía abierto, a la espera de una melodía inconclusa. Las flores de indiana, recogidas por ella en el invernadero, se marchitaban dentro del vaso de Sajonia. A los pies del lecho, sobre una piel negra, estaban las pequeñas chinelas orientales, de terciopelo, sobre las que un emblema gracioso resaltaba bordado en perlas: *Quien ve a Vera la ama*. Los pies desnudos de la bien amada jugaban aún la mañana del día anterior, moviendo a cada paso el edredón de plumas de cisne. Y allá, en la sombra, estaba el reloj de péndulo al que él había roto el resorte para que no sonasen más las horas.

Así, pues, ella había partido… ¿Adónde? Vivir ahora, ¿para hacer qué? Era imposible, absurdo…

Y el conde se abismó en aquellos pensamientos extraños y sobrecogedores, rememorando toda la existencia pasada.

Seis meses habían transcurrido desde su matrimonio. ¿No fue en el extranjero, en el baile de una embajada, donde la vio por primera vez…? Sí, ese instante se recreaba ante sus ojos, pero de forma muy distinta. Ella se le apareció allí, radiante, deslumbrante. Aquella tarde sus miradas se habían encontrado. Ellos se habían reconocido íntimamente, sabiéndose de naturaleza igual, y en adelante se amaron para siempre.

Los propósitos engañosos, las sonrisas que observaban, las insinuaciones, todas las dificultades y problemas que opone el mundo para retrasar la inevitable felicidad de aquellos que se pertenecen, se desvanecía ante la certeza

que ellos tuvieron, en aquel fugaz instante, de saberse el uno para el otro.

Vera, cansada de la insípida ceremoniosidad, de las personas de su entorno, había ido hacia él desde el primer instante, dejando de lado las banalidades donde se pierde el tiempo precioso de la vida.

¡Oh! Cómo, a las primeras palabras, las tontas ideas de quienes les eran indiferentes, les parecían como el vuelo de los pájaros nocturnos adentrándose en la oscuridad. ¡Qué sonrisas intercambiaban y qué inefables abrazos!

Sin embargo, su naturaleza era de lo más extraña. Eran dos seres dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrestres. Las sensaciones se prolongaban en ellos con una intensidad inquietante, tanto es así que se olvidaban de sí mismos a fuerza de experimentarlas. Y por el contrario, ciertas ideas, aquellas del alma, por ejemplo, del Infinito, de *Dios mismo*, estaban como veladas a su entendimiento. La fe de la mayoría de las personas en las cosas sobrenaturales no era para ellos más que algo sorprendente y extraño, una cuestión de la cual no se preocupaban, no considerándose con capacidad para criticar o aprobar.

En razón de eso, puesto que reconocían que el mundo les era extraño, se habían aislado, inmediatamente después de haberse unido, en esa vieja y sombría mansión, donde la extensión de los jardines alejaba los ruidos del exterior.

Allí, ambos amantes se sumergieron en ese océano de alegrías lánguidas y perversas donde el espíritu se mezcla con los misterios de la carne. Ellos agotaron las violencias de los deseos, los estremecimientos de la ternura más apasionada, y se convirtieron en el palpitante latido de ser el uno del otro. En ellos, el espíritu se adentraba tan bien en el cuerpo que sus formas parecían compenetrarse, y los besos ardientes les encadenaban en una fusión ideal.

¡Prolongado deslumbramiento! La muerte había destruido el encanto. El terrible accidente los desunía, y sus brazos se desenlazaban. ¿Qué sombra había atrapado a su querida muerta? ¡Muerta no! ¿Es que el alma de los violoncelos puede ser arrastrada con el gemido de una cuerda que se quiebra?

Transcurrieron las horas.

A través de la ventana, él contemplaba cómo la noche se insinuaba en los cielos. Y la noche se le apareció como algo *personal*. Tuvo la impresión de que era una reina marchando con melancolía en el exilio, y el broche de diamantes de su túnica de luto, Venus, sola, brillaba por encima de los árboles, perdida en el fondo oscuro.

—Es Vera —pensó él.

Al pronunciar en voz muy baja su nombre se estremeció como un hombre que despierta. Después, enderezándose, miró en torno suyo.

En la habitación, los objetos estaban iluminados ahora por una luz tenue, hasta entonces imprecisa, la de una lamparilla que azulaba las tinieblas, y que la noche, ya alzada en el cielo, hacía aparecer como si fuese otra estrella. Era esa lamparilla, con perfumes de incienso, un icono, relicario de la familia de Vera. El relicario, de una madera preciosa y vieja, colgaba de una cuerda de esparto ruso entre el espejo y el cuadro. Un reflejo de los dorados del interior caía sobre el collar encima de la chimenea.

La compacta aureola de la Madona brillaba con hálito de cielo; la cruz bizantina con finos y rojos alineamientos, fundidos en el reflejo, sombreaban con un tinte de sangre las perlas encendidas. Desde la infancia, Vera admiraba, con sus grandes ojos, el rostro puro y maternal de la Madona hereditaria. Pero su naturaleza, por desdicha, no podía consagrarle más que un *supersticioso* amor, ofrecido a

veces, ingenua y pensativamente, cuando pasaba por delante de la lámpara.

Al verla, el conde, herido de recuerdos dolorosos hasta lo más recóndito de su alma, se enderezó y sopló en la luz santa, para luego, a tientas, extendiendo la mano hacia un cordón, hacerlo sonar.

Apareció un sirviente. Era un anciano vestido de negro. Llevaba un candelabro que colocó delante del retrato de la condesa. Cuando se volvió, el hombre sintió un escalofrío de terror supersticioso al ver a su amo de pie y tan sonriente como si nada hubiera sucedido.

—Raymond —dijo tranquilamente el conde—, esta tarde, la condesa y yo nos sentimos abrumados de cansancio. Servirás la cena hacia las diez de la noche. Y a propósito, hemos resuelto aislarnos aquí durante algún tiempo. Desde mañana, ninguno de mis sirvientes, excepto tú, debe pasar la noche en la casa. Les entregarás el sueldo de tres años y les dirás que se vayan. Atrancarás después el portal, encenderás los candelabros de abajo, en el comedor. Tú nos bastarás puesto que en lo sucesivo no recibiremos a nadie.

El mayordomo temblaba y le miraba con atención.

El conde encendió un cigarro y descendió a los jardines.

El sirviente pensó primeramente que el dolor, demasiado agudo y desesperado, había perturbado el espíritu de su amo. Él le conocía desde la infancia y comprendió al instante que el choque de un despertar demasiado súbito podía serle fatal a ese sonámbulo. Su primer deber consistía en respetar aquel secreto.

Inclinó la cabeza. ¿Una abnegada complicidad a ese sueño religioso? ¿Obedecer…? ¿Continuar sirviéndoles sin tener en cuenta a la muerte? ¡Qué idea tan extraña! ¿Podría además sostenerse por más tiempo que una noche? Mañana, mañana… ¡Ay! Pero ¿quién sabe…? ¡Quizá! Después de todo

era un proyecto sagrado… ¿Con qué derecho reflexionar sobre ello?

Salió del cuarto. Ejecutó las órdenes al pie de la letra y aquella misma tarde comenzó la insólita experiencia.

Se trataba de crear un terrible espejismo.

El embarazo de los primeros días se borró súbitamente.

Al principio con estupor, pero luego por una especie de deferente ternura, Raymond se las ingenió tan bien para parecer natural que aún no habían transcurrido tres semanas cuando por momentos él mismo se sentía engañado por su buena voluntad. No había lugar para segundas interpretaciones. A veces, experimentando una especie de vértigo, tenía la necesidad de decirse a sí mismo que la condesa estaba realmente muerta. Se dejó arrastrar a ese juego fúnebre olvidándose a cada instante de la realidad. Y muy pronto tuvo necesidad en más de una ocasión de reflexionar para convencerse y rehacerse. Comprendió pronto que de seguir así no tardaría en abandonarse por completo al espantoso magnetismo a través del cual el conde iba impregnando paulatinamente la atmósfera que les rodeaba. Tenía miedo, un miedo indeciso, suave…

D'Athol, en efecto, vivía sumido en la inconsciencia de la muerte de su bien amada. No podía más que tenerla siempre presente, a tal punto la memoria viva de la joven dama estaba mezclada con la suya. En ocasiones se sentaba en un banco del jardín, los días de sol, leyendo en voz alta las poesías que ella prefería, o bien, en la tarde, delante del fuego, las dos tazas de té sobre una mesita, conversaba con la *Ilusión* sonriente, sentada, a sus ojos, en el otro sillón.

Las noches, los días, las semanas, transcurrieron en un soplo. Ni el uno ni el otro sabían lo que estaban haciendo. Y se producían unos fenómenos singulares que hacían que resultase cada vez más difícil distinguir cuándo lo

imaginario y lo real se hacían idénticos. Una presencia flotaba en el aire: una forma se esforzaba por manifestarse, por hacerse ver, plasmándose en el espacio indefinible. D’Athol vivía doblemente iluminado. Un semblante suave y pálido, entrevisto como un relámpago, en un abrir y cerrar de ojos; un débil acorde que hería de repente el piano; un beso que le cerraba la boca en el momento en que se disponía a hablar, pensamientos *femeninos* que aparecían en él como respuesta a lo que decía, un desdoblamiento de sí mismo que le llevaba a percibir como en una niebla fluida, el perfume vertiginosamente dulce de su bien amada muy próximo a él. Y por la noche, entre la vigilia y el sueño, las palabras oídas muy quedas le conmovían. ¡Era una negación de la muerte elevada, por fin, a un poder desconocido! Una vez, D’Athol la vio y sintió tan cerca de él que la tomó en sus brazos, pero ese movimiento hizo que desapareciera.

—¡Chiquilla! —murmuró él, sonriente.

Y se adormecía como un amante ofendido por su amada risueña y adormilada.

El día de su *cumpleaños* colocó, como una broma, una flor de siemprevivas en el ramillete que depositó encima de la almohada de Vera.

—Puesto que ella se cree muerta… —murmuró él.

Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor D’Athol que, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su mujer en la solitaria mansión, esta existencia había acabado por llegar a ser de un encanto sombrío y seductor. El mismo Raymond ya no experimentaba temor y se acostumbraba a todas aquellas circunstancias. Un vestido de terciopelo negro entrevisto al girar un corredor, una voz risueña que le llamaba en el salón; el sonido de la campanilla despertándole por la mañana, como antes, todo esto llegaba a hacérsele familiar. Se hubiera dicho que la

muerta jugaba en lo invisible, como una chiquilla. ¡Se sentía amada de tal modo que resultaba todo de lo más *natural*!

Había transcurrido un año.

En la tarde del aniversario, sentado junto al fuego en la habitación de Vera, el conde terminaba de leerle un cuento florentino, *Callimaque*, cuando, cerrando el libro y sirviéndose el té, dijo:

—Douschka, ¿te acuerdas del Valle de las Rosas, en las orillas del Lahn, del castillo de Cuatro Torres…? Estas historias te lo han recordado, ¿no es verdad?

Se levantó y en el espejo azulado se vio más pálido que de ordinario. Introdujo un brazalete de perlas en una copa y miró atentamente las perlas. Las perlas conservaban todavía su tibieza y su oriente se veía muy suave, influido por el calor de su carne. Y el ópalo de aquel collar siberiano, que amaba también el bello seno de Vera, solía palidecer enfermizamente en su engarce de oro, cuando la joven dama lo olvidaba durante algún tiempo. Por ello la condesa había apreciado tanto aquella piedra fiel. Esta tarde el ópalo brillaba como si acabara de quitárselo y como si el exquisito magnetismo de la hermosa muerta aún lo penetrase. Dejando a un lado el collar y las piedras preciosas, el conde tocó por casualidad el pañuelo de batista en el que las gotas de sangre aparecían todavía húmedas y rojas como claveles sobre la nieve. Allá, sobre el piano, ¿quién había vuelto la página final de la melodía de otros tiempos? ¿Es que la sagrada lamparilla se había vuelto a encender en el relicario…? Sí, su llama dorada iluminaba místicamente el semblante de ojos cerrados de la Madona. Y esas flores orientales, nuevamente recogidas, que se abrían en los vasos de Sajonia, ¿qué mano acababa de colocarlas? La habitación parecía alegre y dotada de vida, de una manera más significativa e intensa que de costumbre. Pero ya nada podía sorprender al conde. Todo esto le parecía tan normal

que ni siquiera se dio cuenta de que la hora sonaba en aquel reloj de péndulo, parado desde hacía un año.

Sin embargo, esa tarde se había dicho que, desde el fondo de las tinieblas, la condesa Vera se esforzaba por volver a aquella habitación, impregnada de ella por completo. ¡Había dejado allí tanto de sí misma! Todo cuanto había constituido su existencia le atraía. Su hechizo flotaba en el ambiente. La desesperada llamada y la apasionada voluntad de su esposo debían haber desatado las ligaduras de lo invisible en su derredor. Su presencia era reclamada y todo lo que ella amaba estaba allí.

Ella debía desear volver a sonreír aún en aquel espejo misterioso en el que admiró su rostro. La dulce muerta, allá, se había estremecido ciertamente entre sus violetas, bajo las lámparas apagadas. La divina muerta había temblado en la tumba, completamente sola, mirando la llave de plata arrojada sobre las losas. ¡Ella también deseaba volver con él! Y su voluntad se perdía en las fantasías, el incienso y el aislamiento, porque la muerte no es más que una circunstancia definitiva para quienes esperan el cielo; pero la muerte y los cielos, y la vida, ¿es que no eran para ella algo más que su abrazo? El beso solitario de su esposo debía atraer sus labios en la penumbra. Y el sonido de melodías, las embriagadoras palabras de antaño, los vestidos que cubrían su cuerpo y conservaban aún su perfume, las mágicas pedrerías que la *amaban* en su oscura simpatía, la inmensa y absoluta *necesidad* de su presencia, ansia compartida finalmente por las mismas cosas, tan insensiblemente que, curada al fin de la adormecedora muerte, ya no le faltaba más que regresar. ¡REGRESAR!

¡Ah! ¡La ideas son iguales que seres vivos…! El conde había esculpido en el aire la forma de su amor y era preciso que aquel vacío fuese colmado por el único ser que era su igual o de otro modo el universo se hundiría. En ese

momento la impresión se concretó en una idea definitiva, simple, absoluta: ¡*Ella debía estar allí, en la habitación*! Él estaba tan seguro de eso como de su propia existencia y todas las cosas a su alrededor estaban saturadas de la misma convicción. Eso era algo patente. *Y como no faltaba más que la misma Vera*, tangible, exterior, *era preciso que ella se encontrase allí* y que el gran sueño de la vida y de la muerte entreabriese por un momento sus puertas infinitas. El camino de resurrección estaba abierto por la fe hacia ella. Un fresco estallido de risa iluminó con su alegría el lecho nupcial. El conde se volvió, y allí, delante de sus ojos, hecha de voluntad y de recuerdos, apoyada sobre la almohada de encajes, sosteniendo con sus manos los largos cabellos, deliciosamente abierta su boca en una sonrisa paradisíaca y plena de voluptuosidad, bella hasta morir, al fin ella, la condesa Vera le estaba contemplando, un poco adormecida aún.

—¡Roger…! —exclamó con voz lejana.

Él se le acercó. Sus labios se unieron en una alegría divina, extasiada, inmortal.

Y entonces se dieron cuenta de que ellos no formaban más que un *solo ser*.

Las horas volaron en un viaje extraño, un éxtasis en el que se mezclaban, por primera vez, la tierra y el cielo.

De repente, el conde D’Athol se estremeció como golpeado por una fatal reminiscencia.

—¡Ah! Ahora recuerdo… ¿Qué es lo que me sucede…? ¡Pero si tú estás muerta!

En ese mismo instante, al oírse estas palabras, la mística lamparilla del icono se extinguió. El pálido amanecer de una mañana insignificante, gris y lluviosa, se filtró en la habitación por los intersticios de las cortinas. Las velas vacilaron y se apagaron, dejando humear acremente sus mechas rojizas. El fuego desapareció bajo una capa de tibias

cenizas. Las flores se marchitaron y secaron en un instante. El balanceo del péndulo fue recobrando paulatinamente su anterior inmovilidad. La *certeza* de todos los objetos se esfumó de golpe. El ópalo, muerto ya, no brillaba más. Las manchas de sangre se habían secado también, sobre la batista. Y esfumándose entre los brazos desesperados, que en vano querían retenerla, la ardiente y blanca visión entró en el aire y se perdió. El conde se puso en pie. Acababa de darse cuenta de que estaba solo. Su maravilloso sueño acababa de disiparse en un momento. Había roto el hilo magnético de su trama radiante con una sola palabra. La atmósfera que reinaba allí era ya la de los difuntos.

Como esas lágrimas de cristal, ensambladas ilógicamente pero tan sólidas que un solo golpe de martillo, asestado en su parte más gruesa, no llegaría a romperlas, pero que caen en súbito e impalpable polvo si se rompe la extremidad más fina que la punta de una aguja, todo se había desvanecido.

—¡Oh! —gimió él—. ¡Todo ha terminado! ¡La he perdido…! ¡Otra vez vuelve a estar sola…! ¿Cuál es ahora la ruta para llegar hasta ti…? ¡Indícame el camino que puede conducirme hasta ti!

De pronto, como una respuesta, un objeto brillante cayó del lecho nupcial sobre la negra piel con un ruido metálico. Un rayo del tétrico día lo iluminó… El abandonado se inclinó. Lo cogió y una sonrisa sublime iluminó su rostro al reconocer aquel objeto. ¡Era la llave de la tumba!

Monkton el loco

Wilkie Collins

(1855)

I

Los Monkton de la Abadía de Wincot mostraban un carácter lúgubre debido a la escasa vida social de nuestra región. No mantenían relaciones amistosas con sus vecinos; y, a excepción de mi padre, y de una dama y su hija que vivían cerca de ellos, nunca recibían a nadie bajo su techo.

Aunque ciertamente todos eran orgullosos, no era el orgullo sino el temor lo que los mantenía apartados de sus vecinos. Desde hacía generaciones la familia sufría la horrenda enfermedad de la demencia hereditaria, y sus miembros evitaban exponer su calamidad ante los demás, lo cual habría sucedido si se hubiesen mezclado con el pequeño y agitado mundo que los rodeaba. Existe una espantosa historia sobre un crimen cometido en el pasado por dos de los Monkton, parientes cercanos, del que se supone que data la primera aparición de la demencia, pero es innecesario que escandalice a nadie repitiéndola. Baste decir que a intervalos casi toda forma de locura apareció en la familia, siendo la monomanía la manifestación más frecuente de la enfermedad entre ellos. Obtuve estos detalles, y uno o dos más que aún me quedan por relatar, de mi padre.

En la época de mi juventud sólo quedaban tres de los Monkton en la Abadía: el señor y la señora Monkton, y su único hijo, Alfred, heredero de la propiedad. El otro miembro aún vivo de esta rama, la más antigua de la familia, era el hermano menor del señor Monkton, Stephen. Se trataba de un hombre soltero, dueño de una espléndida propiedad en Escocia; pero vivía casi todo el tiempo en el Continente, y tenía fama de ser un libertino desvergonzado. En Wincot la

familia tenía casi tan poco contacto con él como con sus vecinos.

Mi padre había sido un antiguo condiscípulo del señor Monkton, y la casualidad los había acercado tanto, más tarde, que su continuo trato íntimo en Wincot era muy comprensible. Me resulta más difícil dar cuenta de los términos amistosos en los que la señora Elmslie (la dama a quien me he referido) vivía con los Monkton. Su difunto esposo estaba lejanamente emparentado con la señora Monkton, y mi padre era el tutor de su hija. Pero incluso estos lazos de amistad y consideración nunca me parecieron lo bastante intensos como para explicar la intimidad que había entre la señora Elmslie y los habitantes de la Abadía. Sin embargo eran amigos íntimos, y el resultado del continuo intercambio de visitas entre las dos familias se presentó a su debido tiempo: el hijo del señor Monkton y la hija de la señora Elmslie se sintieron atraídos.

No tuve oportunidad de ver mucho a la damita; sólo la recuerdo en esa época como una muchacha delicada, amable y encantadora, exactamente lo opuesto en aspecto, y al parecer también en carácter, a Alfred Monkton. Pero tal vez fuese esa la razón por la que se enamoraron. El vínculo pronto fue descubierto, y estuvo lejos de ser desaprobado por los padres de ambas familias. En todos los puntos esenciales, salvo el de la riqueza, los Elmslie eran casi los iguales de los Monkton, y la falta de dinero en una prometida no era importante para el heredero de Wincot. Todos sabían que Alfred contaría con treinta mil libras al año cuando muriese su padre.

De modo que, aunque los padres de ambas partes pensaban que los jóvenes no tenían la edad suficiente como para casarse de inmediato, no veían motivos para que Ada y Alfred no se comprometieran, dándose por sentado que se unirían en matrimonio cuando el joven Monkton fuera mayor

de edad, dos años más tarde. La persona que había que consultar sobre la cuestión, después de los padres, era el mío, en su calidad de tutor de Ada. Él sabía que la desdicha familiar se había manifestado hacía muchos años en la señora Monkton, que era la prima de su esposo. *La dolencia*, como la llamaban significativamente, se había visto paliada por un cuidadoso tratamiento y se había producido su remisión. Pero mi padre no se hacía ilusiones. Sabía dónde acechaba aún el rasgo hereditario; contemplaba con horror la mera posibilidad de su reaparición en los hijos de la única hija de su amigo; y negó decididamente su consentimiento al compromiso matrimonial.

El resultado fue que le cerraron las puertas de la Abadía y de la casa de la señora Elmslie. Esta suspensión de las amistosas relaciones había durado un breve período cuando murió la señora Monkton. Su esposo, que la quería mucho, pescó un violento resfriado mientras asistía al funeral. El resfriado fue descuidado, y le atacó los pulmones. En pocos meses siguió a su esposa a la tumba, y Alfred quedó dueño de la magnífica y antigua Abadía, y las buenas tierras que la rodeaban.

En esta época la señora Elmslie tuvo la indelicadeza de tratar de obtener por segunda vez el consentimiento de mi padre para el compromiso matrimonial. Este se negó una vez más, con mayor decisión que antes. Pasó más de un año. Se acercaba con rapidez el momento en que Alfred sería mayor de edad. Yo regresé del colegio, a pasar las largas vacaciones en casa, y me esforcé por mejorar mi relación con el joven Monkton. Los intentos fueron eludidos: con perfecta cortesía por cierto, pero aun así de un modo que me impedía ofrecerle otra vez mi amistad. Cualquier mortificación que pudiera haber tenido por este mezquino rechazo, bajo condiciones normales, quedó desechada de mi mente debido a una auténtica desgracia en nuestra casa. La

salud de mi padre venía empeorando desde hacía meses, y justo en la época de la que estoy hablando sus hijos tuvieron que llorar la calamidad irreparable de su muerte.

Este acontecimiento (debido a una informalidad o error en el testamento del difunto señor Elmslie) dejó el futuro de Ada entregado por completo en manos de su madre. La consecuencia fue la ratificación inmediata del compromiso matrimonial al que mi padre había negado con tanta firmeza su consentimiento. En cuanto el hecho se anunció públicamente, algunos amigos íntimos de la señora Elmslie, que conocían los informes médicos acerca de la familia Monkton, se atrevieron a mezclar a sus felicitaciones una o dos significativas referencias a la difunta señora Monkton, y algunas penetrantes preguntas en cuanto al estado de su hijo.

La señora Elmslie siempre salió al paso de estas corteses insinuaciones con una respuesta decidida. En primer lugar admitía la existencia de esos informes sobre los Monkton que sus amigos no querían especificar con claridad; y después declaraba que eran infames calumnias. La mancha hereditaria de la familia había desaparecido hacía generaciones. Alfred era el mejor, el más bondadoso, el más cuerdo de los seres humanos. Amaba el estudio y la vida retirada; Ada simpatizaba con sus gustos, y había hecho su elección sin influencias externas; si se dejaba caer alguna otra insinuación acerca de que se la sacrificaba al casarla, tales aseveraciones serían consideradas como otros tantos insultos a su madre, ya que era monstruoso poner en duda el afecto que sentía por su hija. Este modo de hablar silenciaba a la gente, pero no la convencía. Empezaron a sospechar, lo cual era cierto, que la señora Elmslie era una mujer egoísta, mundana, codiciosa, que quería casar bien a su hija, y a quien no le importaban nada las consecuencias

mientras viera a Ada dueña de la mayor posesión de toda la región.

Sin embargo parecía como si la fatalidad trabajase para impedir que la señora Elmslie alcanzara el gran objetivo de su vida. Apenas acababa de levantarse un obstáculo para el malhadado matrimonio al morir mi padre que ya aparecía otro, bajo la forma de las ansiedades y dificultades provocadas por el delicado estado de la salud de Ada. Fueron consultados todo tipo de médicos, y el resultado de sus consejos fue la conclusión de que debían postergar el casamiento, y que la señorita Elmslie debía abandonar Inglaterra durante cierto tiempo, para residir en un clima más cálido en el sur de Francia, si no recuerdo mal. Fue así como, antes de que Alfred alcanzara la mayoría de edad, Ada y su madre partieron para el Continente, y la unión de los dos jóvenes quedó postergada indefinidamente.

Entre los vecinos hubo curiosidad acerca de lo que Alfred haría dadas las circunstancias. ¿Seguiría a su amada? ¿Se dedicaría a la navegación a vela? ¿Abriría al fin de par en par las puertas de la antigua Abadía, y trataría de olvidar la ausencia de Ada, y la postergación de su matrimonio, en un carrusel de diversiones? No hizo nada de eso. Se limitó a permanecer en Wincot, viviendo la misma vida sospechosamente extraña y solitaria que había vivido su padre antes que él. Literalmente, no había compañía para él en la Abadía, excepto el anciano sacerdote (tendría que haber mencionado antes que los Monkton eran católicos romanos) que había ocupado el puesto de tutor de Alfred desde su infancia. Al fin alcanzó la mayoría de edad, y ni siquiera hubo una recepción en Wincot para festejar el acontecimiento. Las familias vecinas decidieron olvidar la ofensa que la reserva del padre les había infligido, y lo invitaron a sus casas. Las invitaciones fueron rechazadas con cortesía. Los visitantes que llamaron resueltamente a las

puertas de la Abadía, fueron resueltamente despedidos con una reverencia en cuanto dejaron sus tarjetas. Bajo esta combinación de circunstancias siniestras y agraviantes, la gente se acostumbró a sacudir la cabeza con aire misterioso cada vez que se mencionaba el nombre de Alfred Monkton, sugiriendo la desgracia de la familia, y preguntándose con malhumor o tristeza, según la inclinación de su temperamento, en qué podía estar ocupado mes tras mes el joven en la antigua mansión solitaria.

No era fácil encontrar respuesta a esta pregunta. Era inútil, por ejemplo, recurrir al sacerdote para ello. Era un anciano muy tranquilo y cortés; sus respuestas resultaban siempre prontas y civilizadas en extremo, y en ese momento parecían transmitir una cantidad razonable de información; pero cuando eran puestas a prueba por la reflexión posterior, todos observaban que no podía extraerse nada tangible de ellas. La criada, una anciana extravagante, de comportamiento abrupto y repelente, era demasiado feroz y taciturna como para acercarse a ella sin peligro. Los pocos sirvientes habían pasado el tiempo suficiente en la familia como para haber aprendido a no soltar la lengua en público. Sólo de los trabajadores de la granja que alimentaba la mesa de la Abadía podía obtenerse alguna información; y cuando lograban comunicarla era bastante imprecisa.

Algunos de ellos habían visto como «el amito» se paseaba por la biblioteca con montones de papeles polvorientos en las manos. Otros habían oído ruidos extraños en las zonas deshabitadas de la Abadía, habían alzado los ojos, y lo habían visto forzando las viejas ventanas, como para dejar entrar la luz y el aire en cuartos que se suponía que habían estado cerrados durante años y años; o lo habían descubierto de pie sobre la peligrosa cúspide de una de las torrecillas a medio desmoronar, a las que nadie había subido antes, y que en la región se

consideraban habitadas por los fantasmas de los monjes que habían sido propietarios del edificio en otros tiempos. El resultado de estas observaciones y descubrimientos, cuando eran comunicados a los demás, impresionaban a todos con la firme creencia de que el «pobre muchacho Monkton sigue el camino que el resto de la familia ha recorrido antes que él»: opinión popular por la convicción que no se basaba en la menor evidencia de que el sacerdote estaba en el fondo de aquel mal asunto.

Hasta aquí he hablado sobre todo de cosas que conozco de oídas. Lo que voy a relatar a continuación es el resultado de mi experiencia personal.

II

Unos cinco meses después de que Alfred Monkton llegara a la mayoría de edad, dejé el colegio y resolví divertirme e instruirme un poco viajando por el extranjero.

En el momento en que abandoné Inglaterra, el joven Monkton aún vivía como un recluso en la Abadía y, en la opinión de todos, se hundía con rapidez, si es que no había ya sucumbido, bajo la maldición hereditaria de su familia. En cuanto a los Elmslie, se decía que a Ada le había sentado bien su permanencia en el extranjero, y que madre e hija ya habían emprendido el regreso a Inglaterra para reanudar sus antiguas relaciones con el heredero de Wincot. Salí de viaje antes de que regresaran, y vagabundeé por media Europa, casi sin planificar mi rumbo. El azar, que me llevaba a todas partes, me condujo al fin a Nápoles. Allí me encontré con un antiguo condiscípulo, que era uno de los agregados de la embajada inglesa; y allí comenzaron los extraordinarios acontecimientos relacionados con Alfred Monkton que constituyen lo más interesante de la historia que ahora cuento.

Pasaba el tiempo ociosamente una mañana con mi amigo el agregado, en el jardín de la Villa Reale, cuando nos cruzamos con un joven, que caminaba solo y que intercambió una inclinación con mi amigo.

Creí reconocer los oscuros ojos ansiosos, las mejillas incoloras, la expresión extrañamente vigilante, angustiada, que recordaba en tiempos pasados como características del rostro de Alfred Monkton, e iba a interrogar a mi amigo sobre el tema cuando él me dio sin que le preguntara la información que yo buscaba.

—Ese es Alfred Monkton —dijo—; viene de la misma región de Inglaterra que tú. Tendrías que conocerlo.

—Lo conozco un poco —contesté. Estaba comprometido con la señorita Elmslie la última vez que estuve cerca de Wincot. ¿Se ha casado ya con ella?

—No; y no tendría que hacerlo nunca. Ha seguido el mismo camino que el resto de la familia; o para decirlo más sencillamente, se ha vuelto loco.

—¡Loco! Aunque eso no tendría que sorprenderme, después de los rumores que oí sobre él en Inglaterra.

—Yo no hablo de rumores; hablo por lo que ha dicho y hecho ante mí, y ante cientos de otras personas. Te habrás enterado, ¿no?

—En absoluto. Hace meses que no sé nada sobre Nápoles o Inglaterra.

—Entonces tengo una historia de lo más extraordinaria para contarte. Como es lógico, sabes que Alfred tenía un tío, Stephen Monkton. Bien, hace cierto tiempo, este tío se batió en duelo en Roma con un francés que lo mató de un tiro. Los padrinos y el francés (que salió ileso) huyeron en distintas direcciones, como es de suponer. Aquí no supimos nada sobre los detalles del duelo hasta un mes después, cuando uno de los periódicos franceses publicó un informe sobre él, tomado de los papeles que dejó el padrino de Monkton, que murió de *consunción* en París. En los papeles figuraba el modo en que se llevó a cabo el duelo y cómo terminó, pero nada más. Desde entonces no pudo hallarse el menor rastro del padrino sobreviviente ni del francés. Todo lo que se sabe del duelo, en consecuencia, es que Stephen Monkton fue muerto de un tiro; acontecimiento que nadie puede lamentar, porque nunca existió un granuja mayor. Siguen siendo misterios impenetrables el lugar exacto donde murió, y qué se hizo del cadáver.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con Alfred?

—Aguarda un momento, y te enterarás. Poco después de que las noticias de la muerte de su tío llegaran a Inglaterra, ¿qué crees que hizo Alfred? Aplazó el matrimonio con la señorita Elmslie, que en ese momento estaba apunto de celebrarse, para venir aquí en busca del lugar donde enterraron al miserable bribón de su tío. Y no hay poder sobre la tierra que lo convenza de regresar a Inglaterra y a la señorita Elmslie, hasta que haya descubierto el cadáver y lo haya llevado consigo para enterrarlo con los otros difuntos Monkton, en la bóveda que está bajo la capilla de la Abadía de Wincot. Ha derrochado su dinero, ha importunado a la policía, se ha expuesto al ridículo ante los hombres y a la indignación de las mujeres durante los últimos tres meses, tratando de lograr su demencial propósito, y ahora está tan lejos de él como siempre. No da a nadie la menor explicación de su conducta. No se le puede apartar del asunto ni con la risa ni con el razonamiento. Cuando nos cruzamos con él, se dirigía a la oficina del jefe de policía para que envíe nuevos agentes a buscar a través de los Estados romanos el sitio donde fue muerto su tío. Y oye esto: durante todo este tiempo ha declarado que está apasionadamente enamorado de la señorita Elmslie, y que se siente desdichado por la separación. ¡Imagínate! Y después date cuenta de que él mismo se ha impuesto la ausencia, para perseguir los restos de un miserable que era una losa para la familia, y a quien no vio más que una o dos veces en su vida. De todos los «Locos Monkton», como solían llamarlos en Inglaterra, Alfred es el que lo está más. En realidad es nuestra principal distracción en esta aburrida temporada de ópera, aunque, por mi parte, cuando pienso en la pobre muchacha en Inglaterra, me siento mucho más inclinado a despreciarlo que a reírme de él.

—¿Entonces conoces a los Elmslie?

—Íntimamente. El otro día mi madre me escribió desde Inglaterra, después de haber visto a Ada. Esta escapada de Monkton ha agraviado a todos los amigos de la muchacha. Se han esforzado para que rompa el vínculo con él, cosa que al parecer puede hacer si quiere. Incluso su madre, por más sórdida y egoísta que sea, se vio obligada al fin, por pura decencia, a unirse a la opinión del resto de la familia; pero la bondadosa y fiel muchacha no abandonará a Monkton. Se adapta a su demencia, declara que él le dio en secreto un buen motivo para irse; dice que siempre pudo hacerlo feliz cuando estuvieron juntos en la antigua Abadía, y que puede hacerlo aún más feliz cuando se casen; en pocas palabras, lo ama de corazón, y en consecuencia creerá en él hasta el fin. Nada la saca de su postura; ha decidido derrochar su vida en él, y lo hará.

—Espero que no. Por loca que nos parezca su conducta, puede tener algún motivo sensato que no podemos imaginar. ¿Su mente parece caótica cuando habla sobre temas comunes?

—En absoluto. Cuando logras que diga algo, lo que no ocurre con frecuencia, habla como un hombre cuerdo, bien educado. Si mantienes el silencio sobre la extraña diligencia que lo ha traído aquí, crees estar en presencia del más sereno y cortés de los seres humanos. Pero en cuanto tocas el tema del vagabundo de su tío, la locura de los Monkton brota directamente. La otra noche una dama le preguntó, en broma por supuesto, si había visto el fantasma de su tío. Él le dirigió una mirada furiosa, parecía un perfecto demonio, dijo que él y su tío le contestarían algún día juntos la pregunta, si volvían del Infierno para hacerlo. Nos reímos de sus palabras, pero la dama se desmayó ante su expresión, y tuvimos que soportar una escena de histeria y sales. A cualquier otro hombre lo habrían sacado a puntapiés del salón por casi matar a una mujer de un susto; pero

«Monkton el Loco», como lo han bautizado, es un lunático privilegiado en la sociedad napolitana, porque es inglés, apuesto, y dispone de treinta mil libras anuales. Va por todas partes bajo la impresión de que puede encontrar a alguien que conozca el secreto del sitio donde se llevó a cabo el misterioso duelo. Si te lo presentan, con seguridad te preguntará si sabes algo sobre el asunto; pero cuídate de seguir con el tema después de contestarle, a menos que quieras asegurarte de hacerle perder los estribos. En ese caso no tienes más que hablarle de su tío, y sin más trámite el resultado te dejará más que satisfecho.

Uno o dos días después de esta conversación con mi amigo el agregado, encontré a Monkton en una reunión nocturna.

En cuanto oyó mencionar mi nombre su rostro enrojeció; me llevó a un rincón, y haciendo referencia a su fría acogida, años atrás, de mis intentos por hacer amistad con él, me pidió que lo disculpara por lo que denominó una ingratitud imperdonable, con una seriedad y una agitación que me asombraron por completo. Acto seguido me interrogó, como había predicho mi amigo, acerca del sitio del duelo.

Un cambio extraordinario sobrevino en él mientras me interrogaba sobre la cuestión. En vez de mirarme a la cara como lo habían hecho hasta entonces, sus ojos se apartaron y se fijaron con intensidad, casi con ferocidad, o en la pared perfectamente vacía que estaba junto a nosotros, o en el espacio vacío entre la pared y nosotros: era imposible determinarlo. Yo había llegado a Nápoles desde España en barco, y se lo dije en breves palabras, como el mejor modo de hacerle saber que no podía ayudarlo en su búsqueda. No siguió con el asunto; y recordando la advertencia de mi amigo, cuidé de llevar la conversación a temas generales. Me miró otra vez de frente, y mientras estuvimos en nuestro

rincón, sus ojos no volvieron a dirigirse en ningún momento hacia la pared vacía o al espacio que había junto a nosotros.

Aunque más dispuesto a escuchar que a hablar, su conversación, cuando hablaba, no tenía rastros de la menor demencia. Era evidente que había leído, no sólo en general, sino también en profundidad, y podía aplicar sus lecturas con singular felicidad para ilustrar casi cualquier tema en discusión, sin imponer su conocimiento de modo absurdo, ni ocultarlo con afectación. Su comportamiento era de por sí una protesta firme contra un apodo como «Monkton el Loco». Era tan tímido, tan sereno, tan compuesto y gentil en todos sus actos, que a veces me sentía casi inclinado a llamarlo afeminado. En la primera noche de nuestro encuentro tuvimos una larga charla; después nos vimos con frecuencia, y no perdimos una sola oportunidad de mejorar nuestras relaciones. Yo sentía que él se había aficionado a mí; y a pesar de lo que había oído acerca de su conducta con la señorita Elmslie, a pesar de las sospechas que la historia de su familia y su propia conducta habían emplazado contra él, «Monkton el Loco» empezó a gustarme tanto como yo le gustaba a él. Cabalgamos juntos por la campiña en más de una oportunidad, y con frecuencia navegábamos a vela a lo largo de las costas de la bahía. Excepto dos excentricidades de su comportamiento, que yo no podía comprender, pronto me habría sentido tan cómodo en su compañía como en la de mi propio hermano.

La primera excentricidad consistía en la reaparición en varias ocasiones de la extraña expresión de sus ojos, que yo había visto por primera vez cuando me preguntó sí sabía algo sobre el duelo. Sin importar de qué hablábamos, o dónde estuviéramos, había momentos en que de pronto apartaba los ojos de mi cara, ya fuera a un lado o al otro, pero siempre hacia donde no había nada que ver, y siempre con la misma intensidad y ferocidad en la mirada. Esto se

parecía tanto a la locura —o al menos a la hipocondría— que me daba miedo hacerle preguntas al respecto, y fingía en todo momento no observarlo.

La segunda particularidad de su conducta era que mientras estaba en mi compañía nunca hacía referencia a los rumores sobre su misión en Nápoles, y ni una sola vez habló de la señorita Elmslie, o de su vida en la Abadía de Wincot. Esto no sólo me asombraba a mí, sino que sorprendía a quienes habían notado nuestra confianza mutua, y que estaban seguros de que yo debía ser el depositario de todos sus secretos. Pero se acercaba el momento en que el misterio, y algunos otros misterios cuya existencia yo no sospechaba en ese período, iban a revelarse.

Una noche lo encontré en un gran baile, dado por un noble ruso, cuyo nombre no podía pronunciar entonces, y no puedo recordar ahora. Yo me había apartado del salón de recepción, del de baile y del de juego hasta llegar a unas pequeñas dependencias en un extremo del palacio, que eran mitad conservatorio, mitad tocador, que habían iluminado hermosamente para la ocasión con linternas chinas. Cuando entré no había nadie. El panorama del Mediterráneo, bañado por la refulgente suavidad de la luna italiana, era tan hermoso que me quedé largo tiempo junto a la ventana mirando y escuchando la música que llegaba tenue desde el salón de baile. Tenía los pensamientos concentrados en los conocidos que había dejado en Inglaterra, cuando me sobresaltó oír mi nombre pronunciado en voz baja.

Giré sobre los talones, y vi a Monkton de pie en el cuarto. Una palidez intensa invadía su rostro, y sus ojos estaban apartados de mí con la misma expresión extraordinaria a la que ya he aludido.

—¿Te importaría irte temprano del baile esta noche? —preguntó, aún sin mirarme.

—En absoluto —dije—. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Estás enfermo?

—No, al menos de algo que pueda comentarse. ¿Vendrás donde vivo?

—En seguida, si quieres.

—No, en seguida no. Yo debo ir a casa sin demora; pero espera media hora antes de seguirme. No has estado antes en casa, lo sé; pero la encontrarás con facilidad, está cerca. Aquí tienes una tarjeta con mi dirección. *Necesito* hablarte esta noche: de ello depende mi vida. ¡Te ruego que vengas! ¡Por Dios, ven cuando se cumpla la media hora!

Prometí ser puntual, y se fue inmediatamente.

Casi todos imaginarán sin duda el estado de impaciencia nerviosa y vaga expectativa en que pasé la espera acordada, después de oír palabras como las que Monkton me había dicho. Antes de que la media hora se hubiese cumplido, empecé a abrirme paso a través del salón de baile.

En los primeros escalones de la escalinata de entrada, me crucé con mi amigo el agregado.

—¡Cómo! ¿Ya te vas? —dijo.

—Sí; y a una excursión muy curiosa. Voy a casa de Monkton, él mismo me invitó.

—¡No lo dirás en serio! Juro por mi honor que eres un tipo valiente si confías en estar a solas con «Monkton el Loco» en una noche de luna llena.

—Está enfermo, pobre muchacho. Además, no lo considero tan loco como tú pretendes.

—No discutiremos sobre eso; pero recuerda lo que te digo: no te ha pedido que vayas a donde nunca se admitió una visita antes, sin un propósito especial. Hago la

predicción de que esta noche verás u oirás algo que recordarás durante el resto de tus días.

Nos separamos. Cuando llamé al portón de entrada de la casa donde vivía Monkton recordé las últimas palabras de mi amigo en la escalinata del palacio; y aunque me había reído de él cuando las pronunció, empecé a sospechar en ese momento que su predicción se cumpliría.

III

El portero que me permitió entrar en la casa donde vivía Monkton, me indicó el piso donde estaban entreabiertas sus habitaciones. Al llegar arriba, encontré la puerta que daba sobre el rellano. Supongo que él oyó mis pasos, porque me pidió que entrara antes de que pudiera llamar.

Entré, y lo hallé sentado junto a la mesa, con algunas cartas en las manos, que en ese momento estaba reuniendo para atar en un fajo. Cuando me pidió que me sentara noté que su expresión era más controlada, aunque la palidez aún no había abandonado su rostro. Me agradeció haber ido; repitió que tenía que decirme algo muy importante; y después se detuvo en seco, al parecer demasiado turbado para continuar. Traté de tranquilizarlo asegurándole que si mi consejo o ayuda podían serle útiles, estaba dispuesto a poner tanto mi persona como mi tiempo a su disposición.

Mientras decía esto vi que sus ojos empezaban a apartarse de mi rostro… a apartarse lentamente, centímetro a centímetro, hasta detenerse en cierto punto, con la misma mirada fija en el vacío que me había alarmado con frecuencia en ocasiones anteriores. Toda la expresión de su rostro cambió como nunca había visto antes; estaba sentado ante mí, con el aspecto de un hombre hundido en un trance cercano a la muerte.

—Eres muy bueno —dijo, lenta y débilmente, hablando, no conmigo, sino en la dirección en la que sus ojos aún estaban fijos—. Sé que puedes ayudarme; pero…

Se detuvo; le empalideció horriblemente la cara, y el sudor la cubrió por completo. Trató de seguir; dijo una palabra o dos, después se detuvo otra vez. Seriamente

preocupado por él me levanté de la silla, con la intención de darle un poco de agua de una jarra que vi sobre una mesita.

Se puso de pie de un salto en el mismo instante. Todas las sospechas que había oído susurrar contra su cordura relampaguearon instantáneamente en mi mente, y retrocedí uno o dos pasos involuntariamente.

—Detente —dijo, sentándose otra vez—. No me prestes atención; y no dejes tu silla. Necesito… Me gustaría, si no te molesta, hacer un pequeño cambio, antes de que sigamos hablando. ¿Te importaría sentarte bajo una luz intensa?

—En absoluto.

Hasta entonces me había estado sentado a la sombra de la pantalla de su lámpara de pie, la única del cuarto.

Cuando le contesté se puso otra vez de pie; entró en la habitación contigua y regresó con una lámpara grande en la mano; después tomó dos velas de la mesita, y otras dos de la repisa de la chimenea; las colocó todas juntas, para mi asombro, como para que se interpusieran entre nosotros; y luego trató de encenderlas. La mano le temblaba tanto que se vio obligado a abandonar el intento y permitirme que le ayudara. Siguiendo sus indicaciones quité la pantalla de la lámpara de pie, después de encender la otra y las cuatro velas. Cuando volvió a sentarse, con esa concentración de luz entre nosotros, parecieron regresar sus modales más corteses; y cuando se dirigió a mí habló sin la menor vacilación.

—Es innecesario preguntarte si has oído los rumores sobre mí —dijo—. Sé que los conoces. Esta noche mi propósito es darte una explicación verosímil de la conducta que ha motivado esos rumores. Hasta ahora mi secreto ha sido confiado sólo a una persona; ahora voy a confiártelo a ti con un propósito que sabrás dentro de poco. Sin embargo, en primer lugar debo contarte con exactitud cuál es el grave motivo que me obliga a estar aún ausente de Inglaterra.

Quiero tu consejo y tu ayuda; y, para no ocultarte nada, también quiero poner a prueba tu paciencia y tu simpatía, antes de poder arriesgarme a confiarte mi desdichado secreto. ¿Perdonarás esta aparente desconfianza hacia tu carácter franco y abierto… esta aparente ingratitud por tu bondad hacia mí desde que nos encontramos por vez primera?

Le rogué que no hablara de eso, y que continuara.

—Sabes que estoy aquí —siguió—, para recobrar el cadáver de mi tío Stephen, y para llevarlo conmigo a la cripta de nuestra familia en Inglaterra; y también debes saber que aún no he logrado descubrir sus restos. Trata de omitir por el momento lo que pueda parecer extraordinario e incomprensible en una empresa como la mía, y lee este artículo periodístico, lo que está subrayado con tinta. Hasta ahora es la única evidencia que obtuve sobre el tema del fatídico duelo en el que cayó mi tío; y quiero saber qué acción te parece mejor que yo emprenda, una vez lo hayas leído.

Me tendió un viejo periódico francés. Lo esencial de lo que leí está aún grabado con tal firmeza en mi memoria que estoy seguro de poder repetir correctamente, después de tanto tiempo, todos los hechos que necesito comunicar al lector.

Recuerdo que el artículo empezaba con observaciones editoriales sobre la gran curiosidad que se sentía entonces en relación al duelo entre el conde de St. Lo y el señor Stephen Monkton, un caballero inglés. El redactor se explayaba en detalles sobre el extraordinario secreto en que había estado envuelto el asunto de principio a fin; y expresaba la esperanza de que la publicación de cierto manuscrito, al que se referían sus observaciones introductorias, pudiese llevar a localizar nuevas evidencias por parte de fuentes distintas y mejor informadas. Se había

encontrado el manuscrito entre los papeles de monsieur Foulon, el padrino del señor Monkton, que había muerto en París de una brusca *consunción*, poco después de regresar a su hogar en esa ciudad desde el escenario del duelo. El documento estaba sin terminar, había sido dejado incompleto justamente en el punto en que el lector más deseaba que continuara. No se habían descubierto los motivos de ello y después de una prolija búsqueda entre los papeles dejados por el difunto, no se había hallado un segundo manuscrito sobre el importantísimo tema.

Después seguía el documento propiamente dicho.

Resultaba ser un acuerdo redactado en privado entre el padrino del señor Monkton, monsieur Foulon, y el padrino del conde de St. Lo, monsieur Dalville; y contenía una relación de todas las disposiciones para llevar a cabo el duelo. El papel estaba fechado «Nápoles, 22 de febrero»; y dividido en siete u ocho cláusulas.

La primera cláusula describía el origen y la naturaleza de la disputa: una cuestión muy vergonzosa para ambas partes, que no vale la pena recordar ni repetir. La segunda cláusula disponía que, ya que el desafiado había elegido la pistola como arma, y el desafiante (excelente esgrimista) había insistido por su parte en que el duelo se llevara a cabo de modo tal que el primer disparo fuera decisivo en sus resultados, los padrinos, viendo que el encuentro tendría inevitablemente consecuencias fatales, decidieron, en primer término, que se mantuviera el más profundo secreto respecto al duelo, y que el sitio donde se llevara a cabo no se conociera por adelantado, ni siquiera por parte de los protagonistas. Se agregaba que este exceso de cautela era absolutamente necesario debido a una reciente petición del Papa a los poderes vigentes en Italia en la que comentaba la escandalosa frecuencia de la práctica del duelo, y pedía en

tono apremiante que en el futuro se hicieran cumplir las leyes contra los duelistas con gran rigor.

La tercera cláusula detallaba el modo en que se había dispuesto que se efectuara el duelo.

Una vez cargadas las pistolas por los padrinos, en el campo de honor los combatientes debían mantenerse a una distancia de treinta pasos, y debían arrojar una moneda para decir quién disparaba primero. El hombre que ganase debía avanzar diez pasos —marcados previamente— y entonces descargaría su pistola. Si erraba, o no lograba incapacitar a su adversario, este último tenía derecho a avanzar, si lo deseaba, los veinte pasos restantes antes de disparar a su vez. Este acuerdo aseguraba la culminación decisiva del duelo en la primera descarga de las pistolas, y tanto los protagonistas como los padrinos se comprometieron a cumplirlo por ambas partes.

La cuarta cláusula declaraba que los padrinos habían resuelto que el duelo se llevara a cabo fuera de los estados napolitanos, pero dejarían que las circunstancias los guiaran hasta el sitio exacto donde tendría lugar. Las cláusulas restantes, por lo que puedo recordar, estaban dedicadas a detallar las distintas precauciones a adoptar para impedir que los descubrieran. Los duelistas y sus padrinos dejarían Nápoles por separado; cambiarían de carruaje varias veces; se encontrarían en cierta ciudad, o si eso no ocurría, en cierta casa de postas en la carretera de Nápoles a Roma; llevarían cuadernos de dibujo, cajas de colores y sillas plegables, como si fueran artistas que viajaban para hacer bocetos; y se dirigirían al lugar del duelo a pie, sin emplear guías, por miedo a la traición. Tales disposiciones generales, y otras que facilitaban la huida de los supervivientes después de que terminara el asunto, formaban la parte final de aquel documento extraordinario, que estaba firmado sólo con las iniciales de ambos padrinos.

Debajo de las iniciales aparecía el comienzo de una narración fechada «París» y que evidentemente pretendía describir el duelo propiamente dicho con extrema minuciosidad. La letra manuscrita pertenecía al padrino fallecido.

Monsieur Foulon, el caballero en cuestión, declaraba su creencia de que podrían presentarse circunstancias capaces de transformar un informe de testigo presencial sobre el encuentro entre St. Lo y el señor Monkton en un documento importante. En consecuencia se proponía, como uno de los padrinos, dar testimonio de que el duelo se había llevado a cabo de perfecto acuerdo con los términos de lo tratado, comportándose ambos adversarios como hombres de la mayor valentía y honor. Y anunciaba luego que, para no comprometer a nadie, dejaría el documento que contenía su testimonio en manos seguras, con indicaciones estrictas de que no fuera abierto por ningún motivo, salvo en caso de extrema urgencia.

Después de este preámbulo, monsieur Foulon contaba que el duelo se había efectuado dos días después de redactado el acuerdo, en un lugar al que el azar había llevado al grupo. (No se mencionaba el nombre del lugar, ni cerca de dónde estaba situado.) Una vez que los hombres se situaron de acuerdo a lo previamente dispuesto, el conde de St. Lo había obtenido el derecho al primer disparo, había avanzado diez pasos, y había disparado al cuerpo de su adversario. El señor Monkton no cayó de inmediato, sino que se tambaleó hacia adelante unos seis o siete pasos, descargó su pistola, sin efecto, hacia el conde, y cayó al suelo muerto. Monsieur Foulon declaraba luego que había arrancado una hoja de su libreta de notas, había escrito una breve descripción del modo en el que había muerto el señor Monkton, y había prendido el papel en sus ropas; este proceder era necesario por el carácter particular del plan

organizado allí mismo para hacerse cargo con seguridad del cadáver. No aparecía cuál era el plan, o qué se había hecho del cadáver, porque en este importante punto el relato se interrumpía.

Una nota al pie del periódico exponía simplemente la manera en que se había obtenido el documento para publicarlo, y repetía el anuncio contenido en las observaciones introductorias del redactor, el de que las personas a quienes se había confiado el cuidado de los papeles de monsieur Foulon no habían encontrado su continuación. Con esto he manifestado lo fundamental de lo que leí, y he mencionado todo lo que se sabía entonces sobre la muerte del señor Stephen Monkton.

Cuando le devolví el periódico a Alfred se encontraba demasiado agitado para hablar; pero me recordó con un gesto que esperaba con ansiedad oír lo que yo tenía que decir. Mi posición era muy difícil y penosa. No podía saber qué consecuencias seguirían a cualquier actitud de cautela por mi parte, y no pude encontrar un plan más seguro que interrogar a Alfred cuidadosamente antes de comprometerme en uno u otro sentido.

—¿Me disculpas si te hago una o dos preguntas antes de darte mi consejo? —dije.

Asintió con impaciencia.

—Sí, sí; todas las preguntas que quieras.

—¿En alguna época solías ver a tu tío con frecuencia?

—No lo he visto más de dos veces en mi vida; en cada oportunidad, cuando era apenas un niño.

—Entonces no puedes sentir un gran afecto personal por él, ¿verdad?

—¡Afecto por él! Me daría vergüenza sentir afecto por él. Nos deshonraba por dondequiera que fuera.

—¿Puedo preguntar si hay algún asunto de familia de por medio en tu ansiedad por recobrar sus restos?

—Los asuntos familiares pueden contar, entre otros… ¿pero por qué lo preguntas?

—Porque cuando me enteré de que empleabas a la policía para ayudarte en tu búsqueda estaba ansioso por saber si habías estimulado a sus superiores a ordenar que hicieran todo lo posible para serte útiles, dándoles algún fuerte motivo personal para una empresa tan inusual como la que te trajo aquí.

—No doy motivos. Pago por el trabajo que quiero que hagan, y en retribución a mi generosidad me tratan en todas partes con la más infame indiferencia. Forastero en el país, y con mal dominio del idioma, no puedo hacer nada por mejorar mi situación. Las autoridades, tanto en Roma como aquí, fingen ayudarme, fingen buscar e investigar y no hacen nada más. Me insultan, se ríen de mí casi en mis narices.

—¿No crees posible (ten en cuenta que no quiero disculpar la mala conducta de las autoridades, y que por mi parte no comparto tal opinión), pero no crees probable que la policía pueda dudar de que actúas en serio?

—¡Que no actúo en serio! —exclamó, echándose hacia atrás y mirándome con ferocidad, los ojos enloquecidos y la respiración agitada—. ¡Que no actúo en serio! *Tú* tampoco crees que actúo en serio. Sé que lo piensas, aunque no me lo digas. ¡Alto! Antes de que digamos una sola palabra más, tus propios ojos te convencerán. ¡Ven aquí, sólo un minuto, sólo un minuto!

Lo seguí hasta su dormitorio, que daba sobre el salón. A un costado de la cama se erguía una gran caja de embalaje de madera común, de unos dos metros de altura.

—Abre la tapa y asómate —dijo—, mientras sostengo la vela para que puedas ver.

Obedecí sus indicaciones, y descubrí, para mi asombro, que la caja de embalaje contenía un ataúd de plomo,

magníficamente adornado con las armas de la familia Monkton, debajo de las cuales se veía escrito con anticuadas letras el nombre «Stephen Monkton», su edad y el modo en que había muerto.

—Tengo este ataúd listo para él —susurró Alfred junto a mi oído—. ¿No te parece que actúo en serio?

Parecía actuar más bien como un demente. Tanto, que evité contestarle.

—¡Sí! ¡Sí! Veo que estás convencido —continuó con rapidez—. Ahora podemos regresar al otro cuarto y hablar sin tapujos por ambas partes.

Al regresar a nuestros asientos aparté con un gesto mecánico mi silla de la mesa. En ese instante mi mente estaba en un estado tal de confusión e incertidumbre acerca de lo que sería mejor hacer o decir a continuación, que momentáneamente olvidé la posición que me había asignado cuando encendimos las velas. Me lo recordó de inmediato.

—No te apartes —dijo, con gran ansiedad—. Sigue sentado en la luz. ¡Te lo ruego! Pronto te diré por qué soy tan quisquilloso en eso. Pero antes dame tu consejo; ayúdame en mi gran angustia y desasosiego. Recuerda que me prometiste hacerlo.

Hice un esfuerzo por ordenar mis pensamientos y lo logré. En su presencia era inútil tratar el asunto sin gravedad; habría sido cruel no aconsejarle lo mejor que pudiera.

—Tú sabes —dije—, que dos días después de redactar el acuerdo en Nápoles, el duelo se efectuó fuera de los estados napolitanos. Como es lógico este hecho te ha llevado a la conclusión de que todas las pesquisas acerca de la ubicación debían confinarse al territorio romano, ¿verdad?

—Ciertamente. Hasta ahora la búsqueda se realizó allí, y sólo allí. Si puedo creer a la policía, ellos y sus agentes han

investigado sobre el lugar del duelo (ofreciendo una fuerte recompensa en mi nombre a la persona que pueda descubrirlo), a todo lo largo de la carretera de Nápoles a Roma. También han hecho circular (al menos eso afirman) descripciones de los duelistas y sus padrinos; han dejado un agente para dirigir las investigaciones en la casa de postas, y otro en la ciudad mencionada como punto de encuentro en el acuerdo; y mediante correspondencia con autoridades extranjeras han tratado de rastrear al conde de St. Lo y a monsieur Dalville hasta el sitio o los sitios donde se hayan refugiado. Todos estos esfuerzos, suponiendo que se hayan llevado a cabo realmente, hasta ahora han resultado completamente infructuosos.

—Tengo la impresión —dije, después de un momento de reflexión—, de que todas las pesquisas efectuadas a lo largo de la carretera, o en cualquier sitio cercano a Roma, es probable que sean inútiles. En cuanto al descubrimiento de los restos de tu tío, creo que coincidirá con exactitud con el sitio donde fue muerto, porque los comprometidos en el duelo no se arriesgarían a ser arrestados llevando un cadáver con ellos en la fuga. Entonces el lugar es todo lo que necesitamos encontrar. Ahora bien, reflexionemos un instante. El grupo cambió de carruaje; viajaron por separado, de dos en dos; sin duda eligieron caminos secundarios; se detuvieron en la casa de postas y en la ciudad para desorientar; tal vez caminaron una distancia considerable sin guías. Si se tiene eso en cuenta, tales precauciones (que sabemos deben de haber empleado) les dejaron muy poco tiempo los dos días (aunque pueden haber partido al alba, y no detenerse hasta la caída de la noche) para el viaje.

Luego creo que el duelo fue realizado en algún punto cercano a la frontera napolitana; y si yo hubiese sido el agente policial encargado de la búsqueda, sólo habría

seguido un rumbo paralelo a la frontera, empezando desde el oeste y yendo hacia el este hasta subir a los parajes solitarios de las montañas. Esa es mi idea: ¿te parece que vale algo? Su rostro enrojeció en un instante.

—¡Creo que es una inspiración! —exclamó—. No hay que perder un solo día en llevar a cabo nuestros planes. No podemos confiar en la policía. Debo partir yo mismo, mañana por la mañana; y tú…

Se detuvo; su rostro palideció de pronto; respiraba con dificultad; sus ojos vagaron una vez más hasta quedar clavados en el vacío; y la expresión rígida, mortal, se fijó una vez más en sus rasgos.

—Debo contarte mi secreto antes de hablar de mañana —siguió, con voz débil—. Si vacilara un momento más en confesártelo todo, sería indigno de tu bondad, indigno de la ayuda que tengo la esperanza que me otorgues de buena gana cuando lo hayas oído todo.

Le rogué que esperase hasta recobrar la serenidad, hasta poder hablar con mayor calma; pero no pareció oír lo que le decía. Lentamente, y al parecer luchando consigo mismo, se apartó un poco de mí, e inclinando la cabeza sobre la mesa, la apoyó sobre su mano. El fajo de cartas con el que lo había visto ocupado al entrar descansaba bajo sus ojos. Los clavó en él cuando volvió a hablarme.

IV

Creo que naciste en nuestra región —dijo—. Entonces tal vez habrás oído hablar alguna vez de una antigua y curiosa profecía sobre nuestra familia, que aún se conserva entre las tradiciones de la Abadía de Wincot, ¿verdad?

—Oí hablar de la profecía —contesté—. Pero nunca supe en qué términos estaba expresada. Predecía la extinción de tu familia, o algo así, ¿verdad?

—Ninguna investigación —siguió— ha logrado llegar al momento en que la profecía se hizo por vez primera; ninguno de nuestros archivos familiares nos cuenta algo sobre su origen. Los sirvientes y arrendatarios ya ancianos de nuestra propiedad recuerdan haberla oído de labios de sus padres y abuelos. Los monjes, a quienes sucedimos en la Abadía en tiempos de Enrique VIII, llegaron a conocerla de algún modo; por mi parte descubrí los versos, en los que sabíamos que la profecía se había conservado desde época muy remota, escritos sobre una hoja en blanco de uno de los manuscritos de la Abadía. Estos son los versos, si es que puede llamárseles así:

Cuando en la cripta de Wincot un sitio
Espere a alguien de la estirpe de los Monkton;
Cuando ese desamparado descanse
Sin tumba bajo el cielo abierto,
Sin un metro de tierra,
Aunque dueño de acres desde la cuna…
Esa será la señal segura
Del fin del linaje de los Monkton.
Menguando cada vez más rápido,
Menguando hasta el último amo;

De la percepción mortal, de la luz del día
Se borrará la estirpe de los Monkton.

—La predicción parece lo bastante imprecisa como para haber sido emitida por un oráculo antiguo —dije, al observar que él guardaba silencio después de repetir los versos, como esperando que yo comentara algo.

—Incierta o no, se está cumpliendo —replicó—. Ahora soy «el último amo»: el último de esa línea mayor de nuestra familia a la que se refiere la profecía; y el cadáver de Stephen Monkton no está en la cripta de la Abadía de Wincot. ¡Espera antes de llevarme la contraria! Tengo algo más que decir sobre esto. Mucho antes de que la Abadía nos perteneciera, cuando vivíamos en la antigua mansión cercana a ella (de la que han desaparecido hace tiempo hasta las mismas ruinas), el cementerio de la familia estaba en la cripta bajo la capilla de la Abadía. En cuanto a si en esos tiempos remotos la predicción contra nosotros se conocía y se la temía o no, lo cierto es esto: todos los Monkton (ya vivieran en la Abadía o en la propiedad más pequeña de Escocia) eran enterrados en la cripta de Wincot, sin importar los riesgos o el sacrificio. En los días feroces de las luchas de los viejos tiempos, los cuerpos de mis antepasados que caían en lugares extranjeros eran recobrados y traídos otra vez a Wincot, aunque obtenerlos con frecuencia costaba no sólo altos rescates sino también el derramamiento de sangre desesperada. Esta superstición, si así quieres llamarla, nunca ha desaparecido de la familia desde esa época hasta hoy; durante siglos la sucesión de los muertos en la cripta de la Abadía ha sido continua, absolutamente, hasta ahora. El lugar mencionado en la predicción, que espera ser ocupado, es el de Stephen Monkton; la voz que clama vanamente a la tierra pidiendo refugio es la voz del muerto. ¡Con tanta seguridad como si lo

viera, sé que lo han dejado sin enterrar sobre el suelo donde cayó!

Me detuvo antes de que pudiera emitir una sola palabra de protesta, levantándose lentamente y señalando en la misma dirección hacia la que habían vagado sus ojos un momento antes.

—Puedo adivinar lo que quieres preguntarme —exclamó, con voz firme y clara—. Quieres preguntarme cómo puedo estar tan loco como para creer en una profecía barata, dicha en una época de superstición para asustar a los oyentes más ignorantes. Te contesto —ante estas palabras su voz se apagó bruscamente hasta convertirse en un susurro—. Te contesto que *porque el propio Stephen Monkton está de pie allí en este momento, confirmando lo que creo*.

Si fue por el sobrecogimiento y el terror que se asomaban horriblemente a su rostro cuando me miró, o si fue por el hecho de que hasta entonces yo nunca había creído del todo los rumores acerca de su locura, y que la convicción de que decían la verdad se me imponía ahora de pronto, no lo sé, pero sentí que se me helaba la sangre mientras él hablaba, y supe en el fondo de mi corazón, allí sentado sin decir una palabra, que no me atrevía a girarme y mirar el lugar que él señalaba, cerca de mí.

—Veo allí —prosiguió con la misma voz susurrante—, la figura de un hombre de tez oscura, con la cabeza descubierta. Una de sus manos, que aún sostiene una pistola, ha caído junto a su costado; la otra aprieta un pañuelo ensangrentado sobre su boca. El espasmo de la agonía contorsiona sus rasgos, pero reconozco en ellos los de un hombre moreno que me asustó dos veces alzándome entre sus brazos cuando niño, en la Abadía de Wincot. Esa vez pregunté a las niñeras quién era ese hombre, y me dijeron que mi tío, Stephen Monkton. Claramente, como si estuviera vivo, lo veo ahora junto a ti, con el resplandor de

la muerte en sus grandes ojos negros; y así lo he visto desde el momento en que le dispararon. ¡En casa y en el extranjero, despierto o dormido, día y noche, siempre estamos juntos dondequiera que yo vaya!

Su voz descendió hasta ser un murmullo casi inaudible cuando pronunció las últimas palabras. A juzgar por la dirección y la expresión de sus ojos sospeché que hablaba con el aparecido. Si yo hubiese podido contemplarlo en ese momento, creo que habría sido un espectáculo menos horrible de presenciar que verlo a él como lo veía entonces, murmurando palabras incoherentes al vacío. Mis propios nervios estaban más sacudidos de lo que habría creído posible. Me invadió un vago temor de estar cerca de él dado su estado de ánimo, y retrocedí uno o dos pasos.

Advirtió mi acción de inmediato.

—¡No te vayas! ¡Por favor, por favor, no te vayas! ¿Te he alarmado? ¿No me crees? ¿Las luces hacen que te duelan los ojos? Sólo te pedí que te sentaras a la luz de las velas porque no podía soportar ver la luz que siempre irradia el fantasma en el crepúsculo, cayendo sobre ti mientras estabas sentado en la penumbra. ¡No te vayas… no me abandones aún!

Había un desamparo absoluto, una desdicha indecible en su rostro cuando dijo esas palabras, lo cual me devolvió el control de mí mismo mediante el sencillo proceso de producirme, antes que nada, piedad. Volví a ocupar mi silla, y dije que me quedaría con él todo el tiempo que deseara.

—¡Te lo agradezco mil veces! Eres la bondad y la paciencia personificadas —dijo, regresando a su asiento, y recobrando su conducta normal—. Ahora que he superado mi primera confesión de la desdicha que me persigue en secreto dondequiera que vaya, creo que puedo contarte con calma todo lo que queda por contar. Como dije, mi tío Stephen —apartó la cabeza con rapidez, y bajó los ojos

hacia la mesa cuando el nombre pasó por sus labios— mi tío Stephen vino en dos ocasiones a Wincot cuando yo era niño, y en las dos oportunidades me asustó terriblemente. Sólo me alzó en sus brazos, y me habló (muy bondadosamente, según oí comentar más tarde, para tratarse de él), pero aun así me aterró. Tal vez me asustó su gran estatura, su tez oscura, su espeso cabello y sus bigotes negros, como podría haber pasado con otros niños; tal vez bastó verlo para que ejerciera sobre mí una extraña influencia que no pude comprender entonces, y que no puedo explicar ahora. Fuera lo que fuese, acostumbraba a soñar con él mucho después de que se fuera; e imaginaba que se me acercaba subrepticiamente para alzarme entre sus brazos cada vez que me dejaban en la oscuridad. Las criadas que me cuidaban lo averiguaron, y solían amenazarme con mi tío Stephen cada vez que me portaba mal o costaba manejarme. Cuando crecí, seguí conservando mi vago temor y aversión por mi familia ausente. Siempre escuchaba con atención, aunque sin saber por qué, cuando su nombre era mencionado por mi padre o mi madre: escuchaba con el presentimiento inexplicable de que le había ocurrido algo horrible, o que me iba a ocurrir a mí. Esta sensación sólo cambió cuando quedé solo en la Abadía; y entonces pareció fundirse con la ansiosa curiosidad que había empezado a crecer en mí con bastante anterioridad, acerca del origen de la antigua profecía que predecía la extinción de nuestra estirpe. ¿Me sigues?

—Sigo cada palabra con la mayor atención.

—Entonces debes saber que había encontrado por primera vez fragmentos del antiguo poema de la profecía citados como curiosidad en el libro de un anticuario, en la biblioteca. En la página opuesta a la cita se hallaba pegado un tosco grabado en madera que representaba a un hombre de cabello oscuro, cuyo rostro se parecía tan extrañamente

al que yo recordaba de mi tío Stephen que el retrato me dejó atónito. Cuando le pregunté a mi padre por el asunto (poco antes de su muerte) no supo, o fingió no saber, nada al respecto; y cuando le mencioné más tarde la predicción cambió de tema, irritado. Lo mismo pasó con nuestro capellán cuando hablé con él. Dijo que el retrato había sido hecho siglos antes del nacimiento de mi tío; y que la profecía era barata y sin sentido. Yo acostumbraba a discutir con él el último punto, preguntándole por qué nosotros los católicos, que creíamos que el don de hacer milagros nunca se había apartado de ciertas personas favorecidas, no podíamos asimismo creer que el don de la profecía tampoco había desaparecido. No quería discutir conmigo; se limitaba a decir que no debía perder el tiempo pensando en semejantes tonterías, que tenía más imaginación de lo que me convenía, y debía eliminarla en vez de excitarla. Los consejos de ese tipo sólo lograban excitar mi curiosidad. Decidí en secreto investigar en la parte deshabitada y más antigua de la Abadía, y ver si no podía averiguar en los olvidados archivos familiares de quién era el retrato y cuándo se había dicho o escrito la profecía por vez primera. ¿Alguna vez pasaste el día a solas en los aposentos largo tiempo abandonados de una casa antigua?

—¡Nunca, semejante soledad no se adapta a mis gustos!

—¡Ah, qué vida más apasionante cuando empecé mi búsqueda! ¡Me gustaría vivirla otra vez! ¡Una vida de excitante intriga, con descubrimientos extraños, con locas fantasías, con terrores subyugantes! ¡Sólo tienes que pensar en el momento de abrir la puerta de una habitación en la que no ha entrado antes que tú ningún alma viviente durante casi cien años! ¡Piensa en el primer paso dado hacia una región de horrible quietud, sin aire, donde la luz cae débil y enfermiza a través de ventanas cerradas y cortinas podridas! ¡Piensa en el crujido fantasmal del viejo suelo que

se queja porque lo pisas, por más leves que sean tus pasos! ¡Piensa en armas, cascos, extraños tapices de días pasados, que parecen moverse hacia ti desde los muros cuanto te acercas a ellos por primera vez bajo la escasa luz! ¡Piensa en asomarte al interior de grandes gabinetes y cómodas con cerraduras de hierro, sin saber qué horrores pueden aparecer cuando los fuerces! ¡O en examinar lo que contienen hasta que el crepúsculo te alcanza y la oscuridad se hace terrible en el sitio desolado! ¡En tratar de irte, y no poder hacerlo, como si algo te retuviera; en el viento gimiendo afuera; en las sombras que se adensan a tu alrededor, y te van envolviendo en la oscuridad! ¡Sólo tienes que pensar en estas cosas, y podrás imaginar la vida que yo llevaba en aquellos días!

(Evité imaginar esa vida: ya era bastante desagradable ver sus resultados tal como los veía ante mí en ese momento).

—Bien, mi búsqueda duró meses y meses; después la suspendí durante un breve lapso, después la reanudé. En cualquier dirección que la siguiese, siempre descubría algo que me incitaba a continuar. Confesiones terribles de crímenes pasados, pruebas escandalosas de malignidad secreta que habían estado ocultas, a salvo de todas las miradas menos la mía, salieron a luz. A veces estos descubrimientos se relacionaban con zonas particulares de la Abadía, que desde entonces han adquirido un horrible interés para mí. A veces tenían que ver con ciertos antiguos retratos de la galería de cuadros, que realmente me asustaba contemplar después de lo que había averiguado. Había períodos en que los resultados de esta búsqueda me aterraban tanto que decidía abandonarla por completo; pero nunca pude perseverar en mi decisión, ya que la tentación de seguir adelante parecía a veces hacerse demasiado intensa para mí, y entonces cedía una y otra vez. Al fin

descubrí el libro que había pertenecido a los monjes con la totalidad de la profecía escrita en la hoja en blanco. Este primer éxito me alentó a retroceder aún más en los archivos de la familia. Hasta entonces no había descubierto nada sobre la identidad del misterioso retrato, pero la misma convicción intuitiva que me había llevado a ver su semejanza extraordinaria con mi tío Stephen, parecía asegurarme también que él debía estar estrechamente relacionado con la profecía, y saber más sobre ella que cualquier otro. No tenía medios de comunicarme con él, ni de saber si esa extraña idea mía era correcta o equivocada, hasta el día en que mis dudas se vieron disipadas para siempre, gracias a la misma prueba terrible que ahora está presente en este cuarto.

Se detuvo un momento y me dirigió una mirada intensa y suspicaz; después me preguntó si creía todo lo que había dicho hasta entonces. Mi inmediata respuesta afirmativa pareció satisfacerlo, y continuó:

—En un espléndido día de febrero, estaba a solas en una de las habitaciones vacías de la torrecilla occidental de la Abadía mirando el atardecer. Un momento antes de que se pusiera el sol, sentí que me invadía una sensación que me resultaba imposible explicar. No veía nada, no oía nada, no sabía nada. Este olvido absoluto de mí mismo sobrevino bruscamente; no era un desmayo, porque no caí al suelo, no me moví un centímetro de mi sitio. Si puede ocurrir algo así, diría que fue la separación transitoria del alma y el cuerpo, sin muerte: pero toda descripción de mi estado en ese momento es imposible. Llámalo como quieras, trance o epilepsia, lo que sé es que permanecí de pie junto a la ventana, inconsciente por completo (muerto mental y físicamente) hasta que se puso el sol. Entonces recobré los sentidos; y entonces, cuando abrí los ojos, allí estaba el espectro de Stephen Monkton inmóvil ante mí, débilmente

luminoso, así como está de pie ante mí en este mismo instante, a tu lado.

—¿Eso ocurrió antes de que las noticias del duelo llegaran a Inglaterra? —pregunté.

—*Dos semanas* antes de que las noticias nos llegaran a Wincot. E incluso cuando nos enteramos del duelo, no supimos el día en que se había llevado a cabo. Sólo lo conocimos cuando el documento que leíste se publicó en el periódico francés. La fecha de ese documento, como recordarás, es el 22 de febrero, y se afirma que el duelo se efectuó dos días más tarde. La noche en que vi al fantasma anoté en mi libreta de notas el día del mes en que se me apareció por vez primera. Ese día era el 24 de febrero.

Hizo otra pausa, como esperando que yo dijera algo. Después de las palabras que acababa de pronunciar, ¿qué podía decir yo? ¿Qué podía pensar?

—Incluso invadido por el horror de ver por primera vez la aparición —siguió—, me vino a la mente la profecía contra nuestro linaje, y con ella la convicción de que tenía ante mí, en esa presencia fantasmal, la advertencia de mi propia perdición. En cuanto me recobré un poco decidí, sin embargo, poner a prueba la realidad de lo que veía: averiguar si era víctima de mi propia fantasía enfermiza, o no. Abandoné la torre; el fantasma la abandonó conmigo. Inventé una excusa para hacer que iluminaran intensamente la sala de la Abadía: la figura seguía ante mí. Salí al parque: allí estaba, bajo la clara luz de las estrellas. Me fui de casa y viajé muchas millas hasta la orilla del mar; el alto hombre moreno seguía, en su agonía, conmigo. Después de esto ya no luché contra la fatalidad. Regresé a la Abadía, y traté de resignarme a mi desdicha. Pero no sería posible. Tenía una esperanza que era lo que más quería en mi vida; tenía un tesoro cuya posibilidad de pérdida me hacía estremecer, y cuando la presencia del fantasma constituyó un obstáculo a

modo de advertencia entre mí y ese único tesoro, mi más querida esperanza… entonces ya no pude soportar el peso de mi desdicha. Sabes a qué aludo; tienes que haber oído con frecuencia que estaba comprometido para casarme, ¿verdad?

—Sí, con frecuencia. Yo mismo conocía hasta cierto punto a la señorita Elmslie.

—Nunca podrás imaginar todo lo que ella sacrificó por mí, lo que he sentido durante años y años —su voz tembló, y le brotaron lágrimas de los ojos—, pero no me siento en condiciones de hablar de eso: la idea de los viejos días felices en la Abadía basta ahora para partirme el corazón. Permíteme volver al otro tema. Debo decirte que mantuve la espantosa aparición que me perseguía, en todo momento y en todo lugar, en secreto para todos; como conocía los malignos rumores acerca de que yo había heredado la locura de mi familia, temía que aprovecharan deslealmente cualquier confesión que hiciese. Aunque el fantasma está siempre ante mí, y por lo tanto siempre aparece ya sea delante o al costado de la persona con la que hablo, pronto me entrené para ocultar a los demás lo que estaba mirando, salvo en raras ocasiones… momentos en los que tal vez me haya traicionado ante ti. Pero mi autocontrol fue inútil con Ada. Se acercaba el día de nuestro casamiento.

Se detuvo y se estremeció. Esperé en silencio hasta que se controló.

—¡Piensa —siguió—, piensa en lo que debo haber sufrido al ver permanentemente esa visión horrenda, cada vez que miraba a mi prometida! ¡Piensa en que le tomaba la mano y me parecía tomarla a través de la figura de la aparición! ¡Piensa en el sereno rostro de ángel y el torturado rostro espectral siempre juntos, cada vez que mis ojos encontraban los de ella! Piensa en esto, y no te asombrará que haya traicionado mi secreto con ella. Ansiosa, quiso saber lo peor,

más aún: insistió en saberlo. Ante sus ruegos se lo conté todo, y después la dejé en libertad de romper nuestro compromiso. La idea de la muerte estaba en mi corazón mientras pronunciaba las palabras de despedida: alcanzar la muerte mediante mis propias manos, si la vida aún resistía después de nuestra separación. Ella adivinó esa idea, y no me abandonó nunca hasta que la destruyó para siempre. De no ser por ella no estaría vivo ahora… de no ser por ella, nunca habría encarado la empresa que me trajo aquí.

—¿Quieres decir que fue por sugerencia de la señorita Elmslie que viniste a Nápoles? —pregunté asombrado.

—Quiero decir que lo que ella dijo sugirió el plan que me ha traído a Nápoles —contestó—. Mientras yo creyese que el fantasma había aparecido ante mí como el fatídico mensajero de la muerte, no habría consuelo, y me causaba una gran desdicha oírla decir que ningún poder terrenal la obligaría a abandonarme, y que viviría para mí, y sólo para mí, soportando cualquier prueba. Pero las cosas cambiaron cuando después reflexionamos juntos sobre el propósito que habría venido a cumplir la aparición: ella me demostró que la misión del espectro podía ser para bien, en vez de para mal, y que la advertencia que le habían enviado a dar podía ser en mi beneficio en vez de para perderme. Ante estas palabras, se me ocurrió al instante la idea que me dio una nueva esperanza vital. Creí entonces, igual que ahora, que tengo un mandato sobrenatural para lo que debo hacer aquí. Vivo con esa fe; sin ella moriría. *Ella* nunca la ridiculizó, nunca la despreció considerándola locura. ¡Presta atención a lo que digo! El espíritu que se me apareció en la Abadía, que nunca se ha apartado de mí desde entonces, que ahora se yergue a tu lado, me advierte que escape de la fatalidad que se cierne sobre nuestra estirpe, y me ordena, si quiero evitarla, que entierre a los muertos insepultos. Los amores y los intereses terrenales deben someterse a esa horrible

orden. ¡La presencia espectral nunca me abandonará hasta que haya dado refugio al cadáver que clama para que la tierra lo cubra! No me atrevo a regresar… no me atrevo a casarme hasta que haya llenado el sitio que está vacío en la cripta de Wincot.

Sus ojos relampaguearon y se dilataron; se le hizo más profunda la voz; un éxtasis fanático brilló en su expresión al pronunciar estas palabras. Impresionado y afligido como me encontraba, no hice ningún intento de contradecirle o de razonar con él. Habría sido inútil referirse a cualquiera de los lugares comunes triviales sobre ilusiones ópticas; imaginaciones enfermizas, habría sido peor que inútil tratar de explicar mediante causas naturales las coincidencias o hechos extraordinarios que él había declarado. Aunque se había referido brevemente a la señorita Elmslie, había dicho lo suficiente como para mostrar que la única esperanza de la pobre muchacha, que tanto lo amaba y que lo conocía más que nadie, residía en adaptarse a sus ilusiones hasta el fin. ¡Con qué fidelidad seguía adhiriéndose a la creencia de que podía devolverle la serenidad! Aunque conocía poco a la señorita Elmslie, su situación, cuando reflexioné sobre ella, me hizo sentir apesadumbrado.

—¡Me llaman «Monkton el Loco»! —exclamó rompiendo así el silencio de los últimos minutos—. En Inglaterra todos creen que he perdido la cabeza, menos Ada y tú. Ella ha sido mi salvación; y tú también lo serás. Algo me lo dijo, cuando te encontré la primera vez en Villa Reale. Luché contra el intenso deseo de confiarte mi secreto; pero ya no pude resistirlo cuando te vi esta noche en el baile: el fantasma pareció arrastrarme hacia ti, cuando estabas solo en el salón. Cuéntame más sobre esa idea tuya de encontrar el sitio donde se realizó el duelo. Si yo partiera mañana por la mañana a buscarlo, ¿dónde debería dirigirme primero? ¿Dónde? —se detuvo; era evidente que se le agotaban las

fuerzas, y su mente empezaba a confundirse—. ¿Qué voy a hacer? No puedo recordar. Tú lo sabes todo: ¿no me ayudarás? ¡Mi desdicha me ha vuelto incapaz de serme útil a mí mismo!

Se detuvo, murmuró algo acerca de fracasar si iba solo a la frontera, y habló confusamente de retrasos que podían ser fatales; después trató de pronunciar el nombre «Ada»; pero al emitir la primera letra su voz vaciló, y apartándose bruscamente de mí rompió a llorar.

En ese momento mi piedad se impuso a mi prudencia y sin pensar en las responsabilidades, prometí hacer lo que me pidiera. Su salvaje expresión de triunfo, cuando se incorporó con un movimiento brusco y me estrechó la mano, me mostró que habría hecho mejor en ser más cauteloso; pero ya era demasiado tarde para retractarme de lo dicho. Lo mejor que podía hacer era tratar de inducirlo a que recobrara un poco la calma, y después partir y pensar fríamente en el asunto a solas.

—Sí, sí —replicó en respuesta a las pocas palabras que le dirigí tratando de calmarlo—, no temas por mí. Después de lo que has dicho, respondo de mi serenidad y compostura bajo cualquier circunstancia. Hace tanto tiempo que me he acostumbrado a la aparición que apenas siento su presencia salvo en raras ocasiones. Además tengo aquí, en este fajo de cartas, el medicamento que necesita mi corazón enfermo. Son las cartas de Ada; las leo para tranquilizarme cada vez que mi desgracia parece imponerse a mi resistencia. Esta noche necesitaba esa media hora para leerlas antes de que llegaras, y estar preparado para verte. Así que te repito que no temas por mí. Sé que con tu ayuda lo lograré; y Ada te lo agradecerá como mereces cuando regresemos a Inglaterra. Si oyes que los idiotas de Nápoles hablan de que estoy loco, no te molestes en contradecirlos: el escándalo es tan despreciable que terminará por contradecirse solo.

Lo abandoné, prometiéndole regresar temprano al día siguiente.

Una vez en mi hotel, sentí que la idea de dormir, después de todo lo que había visto y oído, quedaba descartada. Así que encendí mi pipa, y sentándome junto a la ventana —¡cómo me tranquilizaba la mente contemplar la serena luz de la luna!— traté de pensar en lo que era mejor hacer. En primer lugar, cualquier apelación a los médicos o a los amigos de Alfred en Inglaterra quedaba descartada. No podía convencerme a mí mismo de que su intelecto estaba tan trastornado como para justificar, dadas las circunstancias, revelar el secreto que me había sido confiado. En segundo lugar, todo intento por mi parte de convencerlo de que abandonara la idea de buscar los restos de su tío sería completamente inútil después de lo que le había dicho sin pensar. Una vez establecidas estas dos conclusiones, la única dificultad realmente importante que restaba para preocuparme era la de si estaba justificado ayudarle a realizar su extraordinaria empresa.

Suponiendo que con mi ayuda él encontrara el cuerpo del señor Monkton, y lo llevara consigo a Inglaterra, ¿era correcto que yo me prestara a fomentar el casamiento que casi con seguridad seguiría a estos hechos: un casamiento que era el deber de cualquiera impedir a toda costa? Esto me llevó a pensar en la seriedad de su locura o, para hablar más suave y correctamente, de su ilusión. Desde luego, él estaba cuerdo en cuanto a los temas ordinarios; más aún, en todas las partes narrativas de lo que me había dicho esa misma noche había hablado con precisión y coherencia. En cuanto a la historia de la aparición, otros hombres, con inteligencias tan claras como las de sus vecinos, se habían imaginado perseguidos por un fantasma, y hasta habían escrito sobre eso en un arranque de especulación filosófica. Era evidente que la auténtica alucinación, en el caso que yo

enfrentaba en ese momento, residía en la convicción de Monkton sobre la verdad de la antigua profecía, y en su idea de que la aparición imaginada era una advertencia sobrenatural para que evitara las amenazas de esa profecía. Y también era evidente que las dos ilusiones habían sido provocadas, en primer lugar, por la vida solitaria que había llevado, que influía naturalmente, sobre un temperamento excitable, aun más propenso a la enfermedad moral por el rasgo hereditario de demencia.

¿Era curable aquello? La señorita Elmslie, que lo conocía mucho mejor que yo, parecía pensarlo, a juzgar por su conducta. ¿Tenía yo algún motivo o derecho a decidir de repente que ella estaba equivocada? Suponiendo que me negara a acompañarlo a la frontera, entonces él seguramente iría solo, a cometer todo tipo de errores, y tal vez a encontrarse con toda clase de accidentes; mientras que yo, un hombre ocioso, con mi tiempo enteramente a mi disposición, me quedaba en Nápoles, y lo dejaba confiado a su destino después de haberle sugerido el plan de su expedición, y lo había alentado a confiar en mí. Y así seguí dándole vueltas al asunto en mi mente una y otra vez… completamente libre, permítanme agregar, de considerarlo desde cualquier ángulo que no fuera el punto de vista práctico. Creía con firmeza, como ridiculizador de todas las historias de fantasmas, que Alfred se engañaba a sí mismo al imaginar que había visto la aparición de su tío antes de que las noticias de la muerte del señor Monkton llegaran a Inglaterra; y en ese sentido no estaba influido por el menor contagio de las ilusiones de mi desdichado amigo, cuando decidí por fin definitivamente acompañarlo en su extraordinaria expedición. Es posible que el atolondrado gusto por las cosas excitantes que me dominaba en esa época me empujara un poco a decidirme; pero debo añadir, para no ser injusto conmigo mismo, que también actuaba

impelido por motivos de auténtica simpatía por Monkton, y por un sincero deseo de apaciguar la ansiedad de la pobre muchacha que aún seguía esperando y teniendo esperanzas en él, allá lejos, en Inglaterra.

Ciertas disposiciones previas a nuestra partida, que me sentí obligado a tomar después de una segunda entrevista con Alfred, revelaron el propósito de nuestro viaje a nuestros amigos napolitanos. Como es lógico, el asombro de todos no tuvo límites, y la sospecha universal de que yo debía estar tan loco como el propio Monkton se manifestó con gran claridad en mi presencia. En realidad algunas personas trataron de combatir mi decisión contándome que Stephen Monkton era un libertino de lo más descarado: ¡como si yo tuviera un fuerte interés personal en buscar sus restos! El ridículo me afectó tan poco como los argumentos de ese tipo; mi mente estaba decidida, y en ese momento era tan obstinado como hoy.

En dos días lo tuve todo listo, y había ordenado al carruaje en el que viajaríamos que pasara por nuestra puerta unas horas antes del momento que habíamos fijado en un principio. Todos nuestros conocidos ingleses habían amenazado jovialmente con «una gran despedida», y me pareció deseable evitarla pensando en mi amigo; porque los preparativos del viaje lo habían excitado más de lo que yo creía conveniente. En consecuencia, poco después del alba, sin un alma en las calles que nos viera, abandonamos Nápoles en secreto.

¡Creo que nadie se asombrará del hecho que yo experimentara cierta dificultad en analizar mi posición, y evitara instintivamente interrogarme un solo día sobre el futuro, cuando me encontraba emprendiendo en ese instante, en compañía de «Monkton el Loco», la búsqueda del cuerpo de un duelista muerto a todo lo largo de la línea fronteriza de los estados romanos!

V

Yo había decidido que lo mejor era que tomáramos la ciudad de Fondi, cercana a la frontera, como nuestro cuartel general, para empezar; y había dispuesto, con ayuda de la embajada, que el ataúd de plomo nos siguiera hasta allí, bien asegurado en una caja de embalaje. Además de nuestros pasaportes, estábamos provistos de cartas de presentación a las autoridades locales de la mayor parte de las ciudades fronterizas importantes, y por último, teníamos a nuestra disposición dinero suficiente (gracias a la enorme fortuna de Monkton) para asegurarnos los servicios de cualquiera cuya ayuda necesitáramos, a lo largo de nuestro trayecto. Estos recursos nos aseguraban facilidad de acción; siempre teniendo en cuenta que lográramos descubrir el cuerpo del duelista muerto. Pero si se presentaba el hecho muy probable de que no lo lográramos, nuestras perspectivas —sobre todo en cuanto a la responsabilidad que yo había tomado— eran cualquier cosa menos agradables. Confieso que me sentía inquieto, casi sin esperanzas, mientras viajábamos por el camino hacia Fondi.

Lo recorrimos en dos días de viaje sin prisas; porque yo había insistido, pensando en Monkton, en que viajáramos lentamente.

El primer día la agitación excesiva de mi compañero me alarmó un poco; mostraba, en diversos aspectos, más síntomas de un cerebro trastornado que los que yo había observado hasta entonces. El segundo día, sin embargo, pareció acostumbrarse a contemplar con calma la nueva idea de la búsqueda a la que nos habíamos entregado, y, salvo en un punto, estaba bastante animado y tranquilo. Cada vez que su tío muerto pasaba a ser tema de

conversación, seguía insistiendo —apoyado en la antigua profecía, y bajo la influencia de la aparición que veía, o creía ver siempre— en afirmar que el cadáver de Stephen Monkton, estuviera donde estuviese, yacía aún sin enterrar. En cualquier otro asunto acataba mis puntos de vista con la mayor prontitud y docilidad; en ese, en cambio, mantenía su extraña opinión con una terquedad que desafiaba todo razonamiento o persuasión.

El tercer día descansamos en Fondi. La caja con el ataúd llegó, y fue depositada en lugar seguro, bajo llave y candado. Alquilamos unas mulas, y contratamos un hombre que conocía a fondo la región, para que nos guiara. Se me ocurrió que era mejor comunicar el objeto verdadero de nuestro viaje sólo a las personas más fiables que pudiésemos encontrar entre las clases mejor educadas. Por ese motivo seguimos el ejemplo de los duelistas, partiendo en la mañana del cuarto día con cuadernos de dibujo y cajas de colores, como si sólo fuésemos artistas en busca de paisajes pintorescos.

Después de viajar unas horas en dirección norte, dentro de la frontera romana, nos detuvimos para descansar, nosotros y nuestras mulas, en una aldea aislada, apartada de los caminos turísticos.

La única persona de cierta importancia en el lugar era el sacerdote, y a él dirigí mis primeras averiguaciones, dejando que Monkton esperara mi regreso junto al guía. Yo hablaba el italiano con la fluidez y la corrección necesarios para mi propósito, y traté de presentar el asunto con cortesía y cautela; pero a pesar de todos mis esfuerzos, sólo conseguí asustar y confundir al pobre sacerdote con cada nueva palabra que le decía. La idea de un grupo de duelistas y de un cadáver parecían aterrorizarlo. Inclinó la cabeza, inquieto, alzó los ojos al cielo, y encogiéndose de hombros con un movimiento lastimero, me dijo que no tenía la menor

idea acerca de lo que yo le decía. Fue mi primer fracaso. Confieso que tuve la debilidad de sentirme un poco descorazonado cuando me reuní con Monkton y el guía.

Cuando disminuyó el calor, reanudamos el viaje.

A unas tres millas de la aldea, el camino, o más bien la huella de los carros, se bifurcaba. Nuestro guía nos informó que el sendero de la derecha subía entre las montañas hasta un convento que quedaba a unas seis millas. Si seguíamos avanzando más allá del convento, pronto llegaríamos a la frontera napolitana. El sendero de la izquierda se adentraba en territorio romano, y nos llevaría a un pueblecito donde podíamos pasar la noche. Ahora bien: el territorio romano constituía el campo más importante y adecuado para nuestra búsqueda, y siempre podíamos llegar al convento, suponiendo que regresáramos a Fondi sin éxito. Además, el sendero de la izquierda cubría la mayor parte de la región que empezábamos a explorar, y yo siempre estaba a favor de vencer la dificultad mayor primero: así que decidimos valerosamente girar a la izquierda. La exploración a la que nos llevó lo decidido duró una semana entera, sin producir resultados. No descubrimos absolutamente nada, y regresamos a nuestros cuarteles de Fondi tan frustrados que no sabíamos hacia dónde volver nuestros pasos a continuación.

Más que el fracaso en sí, lo que me inquietaba era el efecto del mismo sobre Monkton. Su determinación pareció quebrarse por completo apenas empezamos a volver sobre nuestros pasos. Primero se volvió irritable y caprichoso, después silencioso y abatido. Por último se hundió en un letargo físico y mental que me alarmó seriamente. En la primera mañana que pasamos en Fondi, mostró una extraña tendencia a dormir sin cesar, que me hizo sospechar la existencia de alguna enfermedad física en su cerebro. En todo el día apenas intercambió una palabra conmigo, y

parecía no estar nunca despierto del todo. A primera hora de la mañana siguiente entré en su cuarto, y lo encontré tan silencioso y aletargado como siempre. Su criado, que iba con nosotros, me informó de que Alfred había mostrado en una o dos ocasiones anteriores síntomas de agotamiento mental, como el que observábamos en ese momento, en la Abadía de Wincot, en vida de su padre. Esta información hizo que me sintiera más tranquilo, y permití que mi mente volviese a considerar lo que nos había llevado a Fondi.

Decidí emplear el tiempo, hasta que mejorara nuestro amigo, continuando la búsqueda solo. Aún no habíamos explorado el sendero de la derecha que llevaba al convento. Si lo seguía, no necesitaba estar lejos de Monkton más de una noche; y al regresar al menos podría darle la satisfacción de que una incertidumbre más respecto al sitio del duelo había quedado despejada. Estas consideraciones me decidieron. Dejé un mensaje para mi amigo, en caso de que preguntara adónde me había dirigido, y partí de inmediato hacia la aldea en la que nos habíamos detenido cuando comenzamos nuestra primera exploración.

Como pensaba caminar hasta el convento, me separé del guía y las mulas en la bifurcación del camino, para que regresaran a la aldea y esperasen mi vuelta.

En las primeras cuatro millas el sendero subía en suave declive a través de terreno abierto, después se hacía de pronto mucho más empinado, y me internó cada vez más profundamente en medio de matas de arbustos y bosques sin fin. A la hora en que según mi reloj debía estar aproximadamente a la distancia indicada, el campo visual quedaba limitado en toda dirección, y el cielo cubierto, arriba, por una cortina impenetrable de hojas y ramas. Aun así seguí mi única guía, el sendero empinado; y en diez minutos, al salir de pronto a un terreno tolerablemente despejado y parejo, vi el convento ante mí.

Era un sitio sombrío, bajo, de aspecto siniestro. En ninguna parte se veían señales de vida o movimiento. Manchas verdes cubrían la fachada, en otros tiempos blanca, de la capilla. El musgo se veía crecer densamente en cada grieta del grueso muro que rodeaba el convento. Largas hierbas fláccidas surgían de las rajaduras del techo y el parapeto, y caían un buen trecho hacia abajo, cansadamente enroscadas en los barrotes de las ventanas de los dormitorios. Hasta la misma cruz, opuesta al portón de entrada, con una impresionante figura de tamaño natural tallada en madera clavada a ella, estaba tan asediada en la base por criaturas reptantes, y parecía tan viscosamente verde, y carcomida hasta la cúspide, que me repelió por completo.

La cuerda de un llamador con la empuñadura rota colgaba junto al portón. Me acerqué a ella —vacilé, sin saber muy bien por qué— alcé otra vez los ojos hacia el convento, y después lo rodeé hasta llegar a la zona trasera, en parte para ganar tiempo y pensar en lo que sería mejor hacer a continuación, en parte debido a una curiosidad inexplicable que me impulsaba, extrañamente, a ver todo lo que pudiera en la parte externa del lugar antes de tratar de que me recibieran en el portón de entrada.

En la parte de atrás del convento encontré una dependencia, construida contra el muro: un edificio tosco, ruinoso, con la mayor parte del techo desmoronada, y con un agujero dentado en uno de sus flancos, donde era probable que alguna vez hubiese existido una ventana. Detrás de la dependencia los árboles se apiñaban más densos que nunca. Cuando miré hacia ellos, no pude determinar si el suelo que estaba más allá subía o bajaba, si estaba cubierto de hierba, o era de tierra, o rocoso. No podía ver más que las hojas, las zarzas, los helechos y las altas hierbas cubriéndolo todo.

Ni un solo sonido interrumpía la opresora quietud. Ni un solo trino de ave se alzaba de la pared de follaje que me rodeaba; no se oían voces en el jardín del convento, tras el hosco muro; no había reloj que diera la hora en la torre de la capilla; ni perro que ladrara en la ruinosa dependencia. El silencio muerto profundizaba hasta lo inexpresable la soledad del lugar. Empecé a sentir que pesaba sobre mi ánimo, más aún si se tiene en cuenta que nunca me ha gustado caminar por los bosques. El tipo de felicidad pastoril representado a menudo por los poetas cuando cantan la vida en los bosques, nunca ha tenido para mí el encanto de la vida en la montaña o en la planicie. Cuando me encuentro en un bosque, echo de menos la belleza ilimitada del cielo, y la deliciosa suavidad que la distancia le confiere al panorama terrenal. Experimento opresivamente el cambio que sufre el aire libre cuando queda aprisionado entre las hojas; y siempre siento más terror que agrado ante esa misteriosa luz inmóvil que brilla con un extraño lustre opaco en los sitios hundidos entre árboles. Tal vez sea culpable de falta de gusto y carencia de la debida sensibilidad ante la maravillosa belleza de la vegetación, pero debo confesar con franqueza que nunca me interno mucho en un bosque sin descubrir que salir de él es la parte más agradable de mi caminata: salir a la pendiente pelada, al silvestre flanco de una colina, al más lúgubre pico montañoso, salir a cualquier sitio donde pueda ver el cielo encima de mí y el paisaje extendiéndose hasta donde llega la mirada.

Después de la confesión que he hecho, a nadie le sorprenderá que experimentara una muy fuerte inclinación, allí junto a la dependencia del convento, a volver sobre mis pasos, y hacer lo necesario para salir del bosque. De hecho me había dado la vuelta para partir, cuando el recuerdo de la diligencia que me había llevado al convento detuvo de pronto mis pies. Parecía dudoso que me permitieran entrar

al edificio si hacía sonar el llamador; y más que dudoso, si me dejaban entrar, que sus habitantes pudieran darme alguna pista en cuanto a la información que buscaba. Sin embargo, mi deber para con Monkton era no dejar de lado ningún medio de ayudarlo en su desesperado propósito; así que decidí regresar otra vez a la puerta delantera del convento, y hacer sonar el llamador del portón.

Por pura casualidad alcé los ojos al pasar junto al costado de la dependencia donde estaba el agujero dentado, y noté que estaba bastante alto en el muro.

Cuando me detuve a observar esto, la atmósfera pesada del bosque pareció afectarme de un modo más desagradable que nunca.

Aguardé un minuto y me aflojé la corbata. ¿Atmósfera pesada? Era algo más que eso. El aire era aún más desagradable para mi nariz que para mis pulmones. Estaba cargado de un hedor tenue, indescriptible —un hedor que yo nunca había conocido antes— un hedor que me pareció (ahora que me había concentrado en él) más y más definido en cuanto a su origen cuanto más me acercaba a la dependencia.

Una vez que me aseguré de este hecho haciendo la prueba dos o tres veces, sentí excitada mi curiosidad. Había muchos fragmentos de piedra y ladrillo a mi alrededor. Junté algunos y los amontoné debajo del agujero, después trepé a la pila y, con cierta vergüenza por lo que estaba haciendo, me asomé al interior de la dependencia.

La visión horrible, que encontraron mis ojos en cuanto me asomé al agujero, está en mi memoria tan presente hoy que parece como si la hubiera presenciado ayer. A pesar del tiempo transcurrido me cuesta escribir sin que un estremecimiento de horror vuelva a recorrerme hasta el fondo del corazón.

La primera impresión que tuve al asomarme fue la de un largo objeto tendido cubierto por un tinte levemente azulado, acostado sobre angarillas, y exhibiendo cierta semejanza espantosa, informe, con el rostro y la silueta humanas. Miré otra vez, y me sentí seguro. Allí estaban las partes sobresalientes de la frente, la nariz y el mentón, entrevistos como bajo un velo; allí, el contorno redondeado del pecho, y la cavidad debajo de él; allí, las puntas de las rodillas, y los pies rígidos, horrendos, vueltos hacia arriba. Miré otra vez, con mayor atención aún. Mis ojos se acostumbraron a la luz difusa que entraba por el techo roto; y me convencí, a juzgar por el tamaño que tenía el cuerpo, de la cabeza a los pies, de que miraba el cadáver de un hombre —un cadáver que al parecer había sido cubierto con una sábana en otros tiempos— y al que habían dejado pudriéndose en las angarillas bajo el cielo abierto el tiempo suficiente como para que la sábana adquiriese el tinte lívido, azulado, del moho que ahora lo cubría.

No sé cuánto tiempo permanecí con los ojos fijos en aquella visión espantosa de la muerte, en aquel terrible despojo humano sin enterrar, que envenenaba el aire inmóvil, y hasta parecía manchar la tenue luz que bajaba del techo y lo dejaba al descubierto. Recuerdo un sonido sordo, lejano, entre los árboles, como si se alzara la brisa —el lento arrastrarse del sonido acercándose al sitio donde yo estaba— la caída silenciosa, giratoria de una hoja seca sobre el cadáver que estaba ante mí, a través de la abertura en el techo de la dependencia, que tuvo el efecto de despertar mis energías, de aliviar la pesada tensión que soportaba mi mente, todo ello provocado por el levísimo cambio que hubo en la escena contemplada cuando cayó la hoja. Bajé del montón de escombros y, sentándome sobre él, me enjugué el abundante sudor que me cubría el rostro, y del que tomaba conciencia por vez primera. Lo que me había

descompuesto tanto los nervios era algo más que el espectáculo horrendo que había quedado expuesto inesperadamente ante mis ojos. La predicción de Monkton de que, si lográbamos descubrir el cadáver del tío lo encontraríamos desenterrado, se me hizo presente en cuanto vi las angarillas y su horrorosa carga. En cuanto descubrí al hombre muerto —recordé la antigua profecía— estuve seguro de que era él: una extraño desasosiego, una vaga premonición de desdicha, un terror inexplicable, cuando pensé en el pobre amigo que esperaba mi regreso en el pueblo, me recorrió con un escalofrío de temor supersticioso, me privó de mi buen juicio y decisión, y me dejó, cuando al fin recobré el control, débil y marcado como si acabara de sufrir una punzada de dolor físico abrumador.

Me apresuré a rodear el convento y llamé con impaciencia; esperé un largo rato y llamé otra vez; después oí pasos.

En medio del portón, justo frente a mi cara, había un pequeño panel deslizante, de pocos centímetros de largo; en ese momento lo apartaron desde dentro. Vi, a través de una rejilla de hierro, dos ojos opacos de color gris claro que me miraban vacuos, y oí que una voz débil, apagada decía:

—¿En qué puedo servirle?

—Soy un viajero… —empecé.

—Vivimos en un sitio miserable. Aquí no tenemos nada que mostrar a los viajeros.

—No vine a ver nada. Tengo que hacer una pregunta importante, que según creo puede ser contestada por alguien de este convento. Si no quiere permitirme la entrada, al menos salga y hablemos aquí afuera.

—¿Está usted solo?

—Por completo.

—¿No lo acompañan mujeres?

—No.

Lentamente quitó las trabas del portón; y un anciano capuchino, muy achacoso, muy suspicaz y muy sucio, se irguió ante mí. Yo estaba demasiado excitado e impaciente como para perder tiempo en frases preliminares; así que le dije al monje que me había asomado por el agujero de la dependencia de atrás, y lo que había visto adentro. Le pregunté luego en términos claros de quién era el cadáver que había visto, y por qué habían dejado el cuerpo desenterrado.

El anciano capuchino me escuchó con ojos acuosos que parpadeaban cargados de sospecha. Tenía una gastada cajita de rapé en la mano; y con el índice y el pulgar persiguió lentamente unos pocos granos de rapé en su interior mientras yo hablaba. Cuando terminé, sacudió la cabeza y dijo «que ciertamente lo de la dependencia era un espectáculo horrendo; ¡uno de los espectáculos más horrendos que he visto en mi vida!».

—No quiero hablar del espectáculo —seguí con impaciencia—. Quiero saber quién era el hombre, cómo murió, y por qué no gozó de un entierro decente. ¿Puede decírmelo?

El índice y el pulgar del monje habían capturado al fin tres o cuatro granos de rapé, que se llevó lentamente a las fosas nasales, sosteniendo la cajita abierta bajo la nariz, entretanto, para prevenir la posibilidad de desperdiciar siquiera un grano, aspiró una o dos veces, lujuriosamente, cerro la caja y volvió a mirarme, con los ojos acuosos y parpadeantes más suspicaces que antes.

—¡Sí! —dijo el monje—. ¡Lo de nuestra dependencia es un espectáculo horrible, de lo más horrible, por cierto!

Nunca me costó más que en ese momento mantener el control de mi temperamento. Sin embargo lo logré, reprimiendo una expresión irrespetuosa acerca de los monjes en general, que tenía en la punta de la lengua, e

hice otro intento por superar la exasperante reserva del anciano. Por fortuna mejoraba mis posibilidades el hecho de que yo mismo fuera un adicto al rapé; y tenía una caja llena de uno excelente en el bolsillo, que extraje en ese momento como cebo. Era mi último recurso.

—Creo que su caja acaba de vaciarse —dije—. ¿Quiere probar un poco del mío?

La oferta fue aceptada con un gesto veloz, casi juvenil. El capuchino tomó la cantidad más abundante que he visto capturar entre el pulgar y el índice de un hombre, la aspiró lentamente, sin desperdiciar un solo grano, entrecerró los ojos y, haciendo oscilar con suavidad la cabeza, me dio una palmadita paternal en la espalda.

—¡Oh, hijo mío! —dijo el monje—. ¡Qué espléndido rapé! ¡Oh, hijo mío y amable viajero, bríndale a tu padre espiritual, que tanto te ama, otra pequeña, insignificante porción!

—Permita que llene su caja. Me quedará suficiente para mí.

Me entregó la golpeteada cajita antes de que terminara de decirlo, la mano paternal me palmeó la espalda más aprobadora que nunca, la voz tenue, apagada, se volvió alegre y elocuente para alabarme. Era evidente que había descubierto el punto flaco del viejo capuchino; y, al devolverle la caja, me aproveché enseguida del descubrimiento.

—Disculpe que vuelva a importunarlo con el tema —dije—, pero tengo motivos personales para querer enterarme de todo lo que usted pueda contarme acerca del horrendo espectáculo de la dependencia de atrás.

—Adelante —contestó el monje.

Me arrastró más allá del portón, lo cerró, y después encabezó la marcha a través de un patio cubierto de hierba crecida, que parecía un huerto casero; me hizo pasar a un cuarto de techo bajo, con una cómoda sucia, unos pocos

bancos toscamente tallados, y uno o dos cuadros mohosos como adorno. Era la sacristía.

—Aquí no hay nadie, y es un lugar agradable y fresco —dijo el anciano capuchino. Había tanta humedad que me estremecí, literalmente—. ¿Le gustaría ver la iglesia? —dijo el monje—. Es una joya, ojalá pudiésemos tenerla bien conservada; pero no es posible. ¡Ah, qué desdicha y maldición, somos demasiado pobres para mantener bien conservada nuestra iglesia! En ese momento sacudió la cabeza, y empezó a toquetear un gran manojo de llaves.

—¡La iglesia no importa ahora! —dije—. ¿Puede decirme o no lo que necesito saber?

—Todo, del principio al fin… ¡absolutamente todo! Caramba, yo contesté al llamador, siempre contesto al llamador aquí —dijo el capuchino.

—Por todos los cielos, ¿qué tiene que ver el llamador con el cadáver?

—Preste atención, hijo mío, y lo sabrá. Hace un tiempo, unos meses…, ah, caramba, estoy viejo; pierdo la memoria; no sé cuantos meses… ¡Ah, desdichado de mí, qué monje viejo, viejo soy! —aquí se consoló con otro poco de mi rapé.

—No importa cuándo fue exactamente —dije—. Eso no me importa.

—Bien —dijo el capuchino—. Entonces puedo seguir. Bueno, digamos que fue hace algunos meses: todos los del convento estábamos desayunando… ¡un desayuno miserable, hijo mío, miserable el de este convento!… estábamos desayunando y oímos ¡*bang, bang*!, dos veces. «Pistolas», digo yo. «¿Por qué disparan?» dice el hermano Jeremías. «Si oímos un ruido más, haré que salgan a ver de qué se trata», dice el padre superior. No oímos nada más, y seguimos con nuestro miserable desayuno.

—¿De dónde venía el ruido de armas de fuego? —pregunté.

—De abajo, más allá de los grandes árboles del fondo del convento, donde hay un trozo de terreno despejado: espléndido terreno, si no fuera por los charcos y los pozos. ¡Pero, ah, que húmeda es esta zona! ¡Es de lo más húmeda que pueda imaginarse!

—Bueno, ¿qué pasó después del ruido de armas de fuego?

—Ya lo sabrá. Aún estábamos desayunando, todos en silencio, porque ¿de qué podemos hablar aquí? ¿Qué tenemos aparte de nuestras oraciones, nuestra huerta y nuestros miserables desayunos y almuerzos? Como decía, estábamos todos en silencio, cuando de pronto suena el llamador como nunca antes, una llamada de lo más feroz, una llamada que nos hace atragantar con el miserable desayuno que estamos tomando, y casi nos impide tragarlo. «¡Ve, hermano mío!», me dice el hermano superior. «Ve, es tu deber, ve a la puerta». Soy valiente, un capuchino bravo como un león. Salgo de puntillas… espero… escucho… corro hacia atrás el pequeño panel del portón… espero, escucho otra vez… espío por el agujero: nada, absolutamente nada que pueda ver. Soy valiente… a mí no me asustan. ¿Qué hago a continuación? Abro el portón. ¡Ah, Santa Madre de Dios! ¿Qué es lo que veo tendido en el umbral? ¡Un hombre… muerto! Un hombre grande, más grande que usted, más grande que yo, más grande que cualquiera de este convento: bien vestido con un abrigo de calidad, de ojos negros, clavados en el cielo; y la sangre empapándole la parte delantera de la camisa. ¿Qué hago? ¡Grito una vez… grito dos veces… y vuelvo corriendo hacia el padre superior!

Todos los detalles del duelo que yo había recogido gracias a la lectura del periódico francés en el cuarto de Monkton en Nápoles, se me aparecieron una vez más, vívidos en mi memoria. La sospecha que había experimentado cuando me asomé al interior de la dependencia del convento se

convirtió en certeza cuando oí las últimas palabras del anciano monje.

—Hasta ahora comprendo —dije—. El cadáver que acabo de ver en la dependencia es el del hombre a quien usted encontró muerto junto al portón de entrada. ¿Puede decirme ahora por qué no le dieron a sus restos un entierro decente?

—Un momento… un momento… un momento… —contestó el capuchino—. El padre superior me oye gritar, y sale; todos corremos juntos hasta el portón; alzamos al hombre corpulento, y lo miramos de cerca. ¡Muerto! Muerto como esto (y el capuchino golpeó la cómoda con la mano). Miramos otra vez y vemos un trozo de papel prendido al cuello de su abrigo. ¡Ajá, hijo mío! Usted se sobresalta. Pensé que al fin lo haría sobresaltarse.

Y yo me había sobresaltado. El papel era sin lugar a dudas la hoja mencionada en el segundo relato inconcluso, que según se decía había sido arrancada de la libreta de notas y en la que se había precisado el modo en que el muerto había perdido la vida. Si necesitaba una prueba decisiva para identificar el cadáver, allí la tenía.

—¿Qué cree que estaba escrito en el trozo de papel? —siguió el capuchino—. Leemos, y nos estremecemos. El hombre fue muerto en un duelo: él, el desesperado, el desdichado, ha fallecido en pecado mortal; y quienes habían presenciado su muerte nos pedían a nosotros, capuchinos, hombres consagrados, servidores del Cielo, hijos de nuestro señor el Papa… ¡nos piden a *nosotros* que lo enterremos! ¡Oh!, pero leer eso nos indigna; gruñimos, nos estrujamos las manos, nos apartamos, tiramos de nuestras barbas, hace…

—Aguarde un momento —dije, al ver que el anciano se iba entusiasmando con el relato y que, a menos que lo detuviera, hablaría cada vez con mayor fluidez y menor

sentido—. Aguarde un momento. ¿Han conservado el papel que estaba prendido al abrigo del muerto?, ¿puedo verlo?

El capuchino parecía a punto de contestarme cuando de pronto se controló. Vi que sus ojos se apartaban de mi rostro, y en el mismo instante oí que una puerta se abría y se cerraba con suavidad detrás de mí.

Al girarme observé que otro monje entraba en la sacristía: un hombre alto, delgado, de barba negra, en cuya presencia mi viejo amigo de la caja de rapé se volvió de pronto decoroso y devoto. Sospeché que estaba en presencia del padre superior; y supe que había acertado en cuanto se dirigió a mí.

—Soy el padre superior de este convento —dijo con voz serena, nítida, y mirándome de frente mientras hablaba, con ojos fríos y atentos—. He oído el final de vuestra conversación, y quisiera saber por qué está usted tan ansioso por ver el trozo de papel que iba prendido al abrigo del muerto.

La frescura con que confesaba haber oído, y la actitud tranquilamente imperiosa con que planteó la pregunta final, me dejaron asombrado y perplejo. No sabía bien qué tono emplear para contestarle. Observó mi vacilación, y atribuyéndola a un motivo equivocado, le hizo una seña al viejo capuchino para que se retirara. Acariciándose con gesto humilde su larga barba gris, y consolándose a escondidas con una porción del «espléndido rapé», mi venerable amigo salió del cuarto arrastrando los pies, con una profunda reverencia desde la puerta, antes de desaparecer.

—Y ahora, caballero —dijo el padre superior, frío como siempre—, aguardo su respuesta.

—Se la daré con la mayor brevedad posible —dije, contestando en su mismo tono—. He descubierto, para mi disgusto y horror, que hay un cadáver sin enterrar en una

dependencia de este convento. Creo que ese cadáver es el cuerpo de un caballero inglés de rango y fortuna, que fue muerto en un duelo. He venido a esta región, con el sobrino y único pariente del muerto, con el propósito expreso de recobrar sus restos; y deseo ver el papel que se encontró en su cuerpo, porque creo que ese papel lo identificará ante el pariente a quien me acabo de referir. ¿Encuentra lo bastante directa mi respuesta? ¿Y piensa darme permiso para ver el papel?

—Su respuesta me satisface, y no veo motivo alguno para negarle que vea el papel —dijo el padre superior—. Pero antes tengo algo que decir. Al hablar de la impresión que le produjo la visión del cadáver, usted empleó las palabras «disgusto» y «horror». Tal libertad de expresión respecto a lo que ha visto en el recinto de un convento, me prueba que está usted fuera del seno de la Santa Iglesia Católica. En consecuencia no tiene derecho a esperar ninguna explicación; pero aun así se la daré, como un favor. El hombre asesinado murió, sin absolución, en pecado mortal. Deducimos eso del papel que encontramos en su cadáver; y por la evidencia que nos dieron nuestros propios ojos y oídos, sabemos que fue muerto en los terrenos de la Iglesia, y durante el acto de cometer una violación directa de las leyes especiales contra el crimen del duelo, cuyo cumplimiento estricto ha sido pedido por el propio Padre Santo a todos los fieles de su reino, mediante cartas firmadas por su mano. El terreno de dentro del convento está consagrado; y nosotros los católicos no acostumbramos a enterrar a los proscriptos de nuestra religión, los enemigos de nuestro Padre Santo, los violadores de nuestras leyes más sagradas, en terreno consagrado. Fuera del convento no tenemos derechos ni poderes; y si los tuviéramos, recordaríamos que somos monjes, no sepultureros, y que el único entierro del que podemos preocuparnos *nosotros*, es

del de los creyentes de la Iglesia. Esa es toda la explicación que creo necesario dar. Aguárdeme aquí, y verá el papel.

Con tales palabras el padre superior abandonó el cuarto con la misma serenidad con que había entrado en él.

Apenas tuve tiempo de meditar aquella explicación amarga y poco elegante, y de sentirme un poco irritado por el modo de hablar y la conducta de la persona que me la había dado, cuando ya estaba una vez más ante mí el padre superior con el papel en su mano. Lo dejó ante mí sobre la cómoda; y leí con rapidez las siguientes líneas trazadas en lápiz:

> *«Dejamos prendido este papel sobre el cuerpo del difunto señor Stephen Monkton, distinguido caballero inglés. Ha sido muerto en un duelo, llevado a cabo con perfecta gallardía y honor por ambas partes. Su cadáver queda a la puerta de este convento, para ser enterrado por sus moradores, ya que los supervivientes del encuentro se ven obligados a separarse y ponerse a salvo mediante una fuga inmediata. Yo, padrino del hombre muerto, y autor de esta explicación, certifico, bajo mi palabra de honor como caballero, que el disparo que mató a mi apadrinado en el acto fue hecho limpiamente, en todo de acuerdo con las reglas dispuestas previamente para el duelo».*
>
> *(Firmado) «F.»*

«F.» reconocí sin dificultades que se trataba de la letra inicial del apellido del señor Foulon, el padrino del señor Monkton, que había muerto de *consunción* en París.

Ahora el descubrimiento y la identificación estaban completos. Sólo restaba darle la noticia a Alfred, y obtener el

permiso para retirar el cadáver de la dependencia del convento. Casi empezaba a dudar de la evidencia de mis sentidos, cuando pensaba que el objetivo al parecer imposible por el que habíamos abandonado Nápoles ya estaba prácticamente logrado, por pura suerte.

—La evidencia del papel es decisiva —dije, devolviéndoselo—. No quedan dudas de que los restos de la dependencia son los que estábamos buscando. ¿Puedo preguntarle si encontraríamos obstáculos en caso de que el sobrino del señor Monkton deseara trasladar el cuerpo de su tío al cementerio familiar de Inglaterra?

—¿Dónde está el sobrino? —preguntó el padre superior.

—Ahora aguarda mi regreso en Fondi.

—¿Puede él demostrar su parentesco?

—Ciertamente; lleva con él papeles que lo declaran de modo irrefutable.

—Que deje satisfechas a las autoridades civiles en cuanto a su reclamación, y no necesitará esperar aquí ningún obstáculo para el cumplimiento de sus deseos.

No me sentía de humor como para permanecer ni un momento más con mi agrio compañero, si podía evitarlo. El día pasaba con rapidez, y me alcanzara o no la noche, estaba decidido a no detenerme hasta encontrarme una vez más en Fondi, de modo que después de decirle al padre superior que muy pronto iba a tener noticias de mí, hice una reverencia y me apresuré a salir de la sacristía.

En la parte de entrada estaba mi viejo amigo de la cajita de rapé, esperando para dejarme salir.

—Bendito seas, hijo mío —dijo el venerable recluso, dándome una palmadita de despedida en el hombro—. Vuelve pronto junto a tu padre espiritual que te ama; y hazle el favor de obsequiarle otra pizquita del sabroso rapé.

VI

Regresé a toda prisa a la aldea donde había dejado las mulas, hice ensillar de inmediato los animales, y pude encontrarme otra vez en Fondi poco antes del crepúsculo.

Mientras subía las escaleras de nuestro hotel sufría con la dolorosa incertidumbre de cómo sería mejor comunicarle la noticia de mi descubrimiento a Alfred. Si no lograba prepararlo adecuadamente para mis nuevas, el resultado —para una constitución como la suya— podía ser fatal. Cuando abrí la puerta de su habitación, no me sentía en absoluto seguro de mí mismo; y cuando me enfrenté a él, el modo en que me recibió me tomó tan de sorpresa que durante unos instantes perdí por completo mi control.

Había desparecido todo rastro del letargo en el que lo había dejado hundido cuando lo viera por última vez. Tenía la mirada brillante, las mejillas enrojecidas. Cuando entré se puso en pie de un salto, y rechazó la mano que le tendía.

—No me has tratado como un amigo —dijo con pasión—. No tienes derecho a continuar la búsqueda a menos que yo lo haga contigo: no tienes derecho a dejarme aquí solo. Me equivoqué al confiar en ti: eres como todos.

Para entonces ya me había recobrado un poco del asombro inicial, y pude contestar antes de que él siguiera hablando. En el estado en que se encontraba era inútil razonar, o defenderme. Decidí arriesgar el todo por el todo, y le di mi noticia de inmediato.

—Me tratarás con más justicia, Monkton, cuando sepas que te he servido bien durante mi ausencia —dije—. Si no me equivoco, el objeto por el que abandonamos Nápoles puede estar más cerca de nosotros que…

Casi enseguida la sangre abandonó sus mejillas. La expresión de mi rostro, o el tono de mi voz, del que yo no tenía conciencia, habían revelado a su percepción, agudizada por los nervios, más de lo que yo había pensado decirle al principio. Sus ojos se clavaron intensamente en los míos; su mano me apretó el brazo, y me dijo en un susurro ansioso:

—Dime la verdad ahora mismo. ¿Lo encontraste?

Era demasiado tarde para vacilar. Le di una respuesta afirmativa.

—¿Enterrado o no?

Su voz subió bruscamente de volumen al hacer la pregunta, y su mano libre me apretó el otro brazo.

—Insepulto.

No acabé de pronunciar la palabra cuando la sangre regresó a sus mejillas; sus ojos relampaguearon una vez más al cruzarse con mi mirada, y estalló en un ataque de risa triunfal, que me impresionó y alarmó hasta lo indecible.

—¿Qué te dije? ¿Qué te parece ahora la antigua profecía? —gritó, soltándome los brazos, y empezando a pasearse de un lado a otro por el cuarto—. Reconoce que te equivocabas. ¡Reconócelo, como tendrá que reconocerlo todo Nápoles, cuando lo tenga a salvo en su ataúd!

Su risa se hizo cada vez más violenta. Traté de calmarlo, en vano. Su criado y el posadero entraron, pero sólo lograron echar leña al fuego, y los hice salir. Cuando cerré la puerta tras ellos observé que sobre una mesa cercana estaba el fajo de cartas de la señorita Elmslie, que mi desdichado amigo conservaba con tanto cuidado, y leía y releía con incansable devoción. Como me miraba mientras yo pasaba junto a la mesa, las cartas atrajeron su atención. Las nuevas esperanzas para el futuro que acababan de despertar mis noticias en su corazón, parecieron abrumarlo en un instante ante la visión de los preciados papeles que le recordaban a

su prometida. Su risa cesó, le cambió el rostro, corrió hasta la mesa, tomó las cartas en su mano, apartó los ojos de ellas para mirarme durante un instante con una expresión alterada que me llegó al corazón, después cayó de rodillas junto a la mesa, dejó caer la cara sobre las cartas, y rompió a llorar. Dejé que su emoción siguiera libremente su curso, y abandoné el cuarto, sin decir una palabra. Cuando regresé un momento más tarde lo encontré sentado en su sillón leyendo serenamente una de las cartas del fajo que descansaba sobre sus rodillas.

Su rostro era la bondad personificada; su conducta, casi femenina en su gentileza cuando se puso de pie para salir a mi encuentro tendiéndome con ansiedad la mano.

Ahora se encontraba lo bastante tranquilo como para oír detenidamente lo que yo tenía que contarle. No suprimí más que los detalles sobre el estado en que había descubierto el cadáver. No pretendí ningún derecho en cuanto a las disposiciones por tomar en nuestros actos futuros, salvo cuando insistí en que tenía que dejar todo lo relativo al traslado del cuerpo en mis manos, y en que debía conformarse con ver el papel de monsieur Foulon, después de que yo le asegurara que los restos contenidos en el ataúd eran real y auténticamente los que habíamos buscado.

—Tus nervios son más débiles que los míos —dije, como disculpa por mi aparente orden arbitraria—, y por ese motivo debo rogarte que me permitas asumir la dirección en todo lo que tenemos que hacer ahora, hasta que vea el ataúd de plomo soldado y a salvo en tus manos. Después de eso, todo quedará a tu cargo.

—Me faltan palabras para agradecer tu bondad —contestó—. Ningún hermano podría haberme tolerado con más afecto o haberme ayudado con más paciencia que tú.

Dejó de hablar, pensativo. Después se ocupó de atar lenta y cuidadosamente el fajo de cartas de la señorita

Elmslie, y entonces miró de pronto hacia la pared vacía que estaba detrás de mí, con esa expresión extraña cuyo significado yo tan bien conocía. Desde que habíamos partido de Nápoles yo había evitado adrede excitarlo hablando del tema inútil e impresionante de la aparición que, según él creía, lo seguía sin cesar. En ese momento, sin embargo, Stephen parecía tan sereno y controlado —tan poco inclinado a agitarse con violencia si se hacía referencia al peligroso tópico— que me atreví a hablar con franqueza.

—¿Aún se te aparece el fantasma —pregunté— como en Nápoles?

Me miró, y sonrió.

—¿No te dije que me seguía a todas partes?

Sus ojos vagaron una vez más hacia el espacio vacío, y siguió hablando en esa dirección, como si continuara la charla con una tercera persona presente en el cuarto.

—Nos separaremos —dijo lenta y suavemente—, cuando quede ocupado el espacio vacío de la cripta de Wincot. Entonces iré al altar de la capilla de la Abadía, y cuando mis ojos se encuentren con los de ella ya no verán el rostro torturado.

Una vez dicho esto apoyó la cabeza en su mano suspiró, y empezó a repetir lentamente, para sí, los versos de la antigua profecía:

Cuando en la cripta de Wincot un sitio
Espere a alguien de la estirpe de los Monkton;
Cuando ese desamparado descanse
Sin tumba bajo el cielo abierto,
Sin un metro de tierra,
Aunque dueño de acres desde la cuna...
Esa será la señal segura
Del fin del linaje de los Monkton.
Menguando cada vez más rápido.

Menguando hasta el último amo;
De la percepción mortal, de la luz del día
Se borrará la estirpe de los Monkton.

Se me ocurrió que pronunciaba las últimas líneas con cierta incoherencia, y traté de hacer que cambiara de tema. No tomó en cuenta lo que le decía, y siguió hablando para sí.

—¡Se borrará la estirpe de los Monkton! —repitió—. Pero no *conmigo*. La fatalidad ya no se cierne sobre mi cabeza. Enterraré al muerto desenterrado; dejaré ocupado el sitio vacío de la cripta de Wincot. Y entonces… ¡entonces una nueva vida, una vida con Ada! —El nombre pareció hacerlo volver en sí. Atrajo el escritorio hacia él, colocó el fajo de cartas en el mismo, y después extrajo una hoja de papel—. Voy a escribirle a Ada —dijo, volviéndose hacia mí—, para darle la buena noticia. Cuando se entere, su felicidad será aún mayor que la mía.

Agotado por los hechos del día, lo dejé escribiendo, y me fui a la cama. Sin embargo estaba o demasiado ansioso o demasiado fatigado como para dormir. En ese estado de vigilia, mi mente se ocupó como es natural del descubrimiento que había hecho en el convento y de los acontecimientos a los que era probable que condujera tal descubrimiento. En cuanto al futuro se refiere, pesaba sobre mi espíritu un desánimo que no podía explicar. No había el menor motivo para los vagos presentimientos desazonantes que me oprimían. Habíamos dado con los restos a cuyo hallazgo mi amigo asignaba tanta importancia; en unos días estarían a su disposición; podría llevarlos a Inglaterra en la primera nave mercante que zarpara de Nápoles, y una vez satisfecho su extraño capricho, había al menos motivos para esperar que su mente recobrara su equilibrio, y que la nueva vida que llevaría en Wincot lo convertiría en un hombre

feliz. Tales consideraciones no estaban calculadas para ejercer una influencia desasosegante sobre mí; y sin embargo durante toda la noche la misma depresión inconcebible, inexplicable, pesó sobre mi espíritu, pesó en las horas de oscuridad, pesó incluso cuando salí a caminar para respirar la frescura del aire del amanecer.

Con el día llegaron las absorbentes actividades destinadas a iniciar las negociaciones con las autoridades.

Sólo quienes han tenido que tratar con funcionarios italianos pueden imaginar hasta qué punto fue puesta a prueba nuestra paciencia por todos quienes entraron en contacto con nosotros. Nos hicieron pasar de una autoridad a otra, nos miraron con desconfianza, nos interrogaron, nos engañaron: no porque el caso presentara alguna dificultad especial o alguna complicación, sino porque había una necesidad absoluta de que cada funcionario civil a quien recurrimos dejara bien sentada su importancia llevándonos a nuestro objetivo por el camino más largo posible. Después de nuestro primer día de experiencia en la vida burocrática de Italia, dejé de lado las formalidades absurdas, que no podíamos evitar, a cargo de Alfred, y me entregué a considerar el asunto realmente importante de cómo podían trasladarse de modo seguro los restos que estaban en la dependencia del convento.

El mejor plan que se me ocurrió fue escribir a un amigo de Roma, donde yo sabía que se acostumbraban a embalsamar los cuerpos de los altos dignatarios de la iglesia, y donde, según deduje, podía obtenerse el auxilio químico que necesitábamos en nuestra emergencia. En mi carta declaré simplemente que el traslado del cuerpo era imperioso, después describí la condición en que lo había encontrado, y di mi palabra de que no escatimaríamos gastos por nuestra parte si podían encontrarse la persona o personas indicadas para ayudarnos. Aquí se interpusieron

dificultades una vez más, y hubo que cumplir con más formalidades inútiles; pero al fin la paciencia, la perseverancia y el dinero triunfaron, y dos hombres llegaron expresamente desde Roma para cumplir con el trabajo que se les exigía.

No es necesario impresionar al lector con detalles en esta parte de mi narración. Bastará con que diga que el progreso de la corrupción fue suspendido por medios químicos para permitir que los restos fueran colocados dentro del ataúd, y asegurar que fueran transportados a Inglaterra a salvo y convenientemente. Después de perder diez días en demoras y dificultades sin sentido, tuve la satisfacción de ver la dependencia del convento al fin vacía, pasé por una ceremonia final de tomar rapé, o más bien de dárselo, con el anciano capuchino, y ordené que tuvieran el carruaje preparado en la puerta de la posada. Apenas había pasado un mes desde nuestra partida, cuando entramos en Nápoles con nuestro propósito cumplido, un propósito que había sido ridiculizado como impracticable por todos nuestros amigos.

El primer objetivo que debíamos lograr al regresar era obtener un medio de llevar el ataúd a Inglaterra: por mar, desde luego. Todas las averiguaciones acerca de alguna nave mercante que estuviera a punto de zarpar hacia cualquier puerto británico, no condujeron a nada. Sólo había un modo de asegurar el transporte inmediato de los restos a Inglaterra, y era contratar una embarcación. Impaciente por regresar, y decidido a no perder de vista el ataúd hasta verlo colocado en la cripta de Wincot, Monkton decidió de inmediato contratar la primera nave que pudiera obtenerse. La embarcación, que según nos informaron podía estar lista para navegar en el menor tiempo posible, era un bergantín siciliano; y en consecuencia mi amigo contrató este barco. Los mejores trabajadores del muelle pusieron manos a la

obra, y se eligieron el capitán y la tripulación más hábiles que podían elegirse en una emergencia en Nápoles.

Monkton, después de expresar por segunda vez en los más cálidos términos su gratitud por los servicios que yo le había prestado, rechazó toda intención de pedirme que lo acompañara en el viaje a Inglaterra. Sin embargo, para su gran sorpresa y agrado, me ofrecí a ir como pasajero del bergantín. Las extrañas coincidencias que había presenciado, el descubrimiento extraordinario que había realizado, desde nuestro primer encuentro en Nápoles, habían hecho que el único interés importante en su vida fuera para entonces también el mío. Yo no compartía ninguna de sus alucinaciones, pobre muchacho; pero no es exagerado afirmar que mi ansiedad por proseguir nuestra singular aventura hasta el fin era tan grande como su angustia por ver el ataúd instalado en la cripta de Wincot. Me temo que la curiosidad influía sobre mí, casi con tanto vigor como la amistad, cuando me ofrecí como compañero de su viaje de retorno al hogar.

Zarpamos hacia Inglaterra en una serena y hermosa tarde. Por vez primera desde que lo conociera, Monkton parecía animado. Hablaba y bromeaba sobre todo tipo de temas, y se reía de mí por permitir que mi buen humor se viera afectado por el temor al mareo. En realidad no experimentaba ese miedo; era la excusa que le daba a mi amigo por el retorno de esa depresión inexplicable que ya había sufrido en Fondi. Todo nos favorecía; a bordo del bergantín todos estaban de buen humor. El capitán estaba encantado con el navío; la tripulación de italianos y malteses estaba eufórica ante la perspectiva de realizar un viaje breve con salarios altos en una nave bien aprovisionada. Sólo yo sentía un peso en el corazón.

No había razones válidas para la desazón que me oprimía, y sin embargo luchaba en vano contra ella.

En nuestra primera noche mar adentro, tarde, descubrí algo que no estaba calculado en absoluto para devolverle a mi espíritu el equilibrio de costumbre. Monkton permanecía en el camarote, sobre el piso del cual habían colocado la caja que contenía el ataúd; y yo estaba en cubierta. El viento se había detenido casi por completo, y observaba con pereza cómo las velas del bergantín golpeaban de vez en cuando contra los mástiles, cuando el capitán se acercó, y llevándome fuera del alcance de los oídos del timonel, me susurró al oído:

—Algo marcha mal con los hombres, en la proa. ¿Notó cómo se callaron de pronto al caer el sol?

Yo lo había notado, y así se lo dije.

—Hay un muchacho maltés a bordo —siguió el capitán—, que es un chico bastante despierto, pero difícil de tratar. He descubierto que les ha dicho a los hombres que hay un cadáver dentro de la caja de su amigo, en el camarote.

Mi corazón se encogió mientras él hablaba. Como conocía la irracionalidad supersticiosa de los marinos —sobre todo de los marinos extranjeros— me había ocupado de difundir a bordo del bergantín el rumor, antes de que embarcaran el ataúd, de que la caja contenía una valiosa estatua de mármol que el señor Monkton valoraba mucho, y que no deseaba perderla de vista. ¿Cómo podía haber descubierto aquel muchacho maltés que la supuesta estatua era un cadáver humano? Cuando pensé en el asunto, mis sospechas se concentraron en el criado de Monkton, que hablaba italiano con fluidez, y de quien sabía que era un chismoso incorregible. El hombre lo negó cuando lo acusé de traicionarnos, pero hasta hoy no he creído en su negativa.

—El pequeño bribón no dirá de dónde sacó la idea del cadáver —continuó el capitán—. No es asunto mío meterme con un secreto, pero le aconsejo que llame a la tripulación a

popa y contradiga al muchacho, diga o no la verdad. Los tripulantes son un puñado de tontos, que creen en fantasmas, y todo lo demás. Algunos dicen que nunca habrían firmado si hubiesen sabido que iban a navegar con un cadáver; otros se limitan a gruñir; pero me temo que tendremos problemas con todos, en caso de mal tiempo, a menos que el muchacho sea desmentido por usted o el otro caballero. Los hombres dicen que si usted o su amigo les afirman bajo su palabra de honor que el maltés es un mentiroso, lo entregarán para que sea castigado; pero si ustedes no lo hacen, tomarán en cuenta lo que dice el muchacho.

Aquí el capitán hizo una pausa, y esperó mi respuesta. No podía darle ninguna. Me sentía impotente ante nuestra desesperada situación. No podía pensar ni por un instante en hacer que castigaran al muchacho dando mi palabra de honor para apoyar una falsedad lisa y llana. ¿Qué otro modo de salir del desdichado dilema había? No se me ocurrió ninguno. Agradecí al capitán su atención para con nuestros intereses, le dije que me llevaría cierto tiempo meditar qué actitud tomar, y le rogué que no dijera nada a mi amigo sobre lo que había descubierto. Prometió guardar silencio, con bastante mal humor, y se apartó de mí.

Habíamos esperado que la brisa se levantara por la mañana, pero no llegó. A medida que se acercaba el mediodía la atmósfera se hizo bochornosa hasta lo insufrible, y el mar parecía liso como un vidrio. Vi que la mirada del capitán se dirigía con frecuencia y ansiosamente a barlovento. A lo lejos y solitaria en el cielo azul, observé una pequeña nube negra, y pregunté si ella traería algún viento.

—Más de lo que necesitamos —contestó secamente el capitán; y después, para mi asombro, ordenó que la tripulación subiera a la arboladura a recoger las velas. El

modo en que se llevó a cabo tal maniobra mostraba con demasiada claridad el temperamento de los hombres; hacían el trabajo malhumorados y lentamente, gruñendo y murmurando entre sí. La conducta del capitán, que los apremiaba con juramentos y amenazas, me convenció de que estábamos en peligro. Miré una vez más hacia barlovento. La nubecita negra había aumentado de tamaño hasta ser un gran banco de vapor sombrío, y el mar había cambiado de color en el horizonte.

—La borrasca nos dará alcance antes de que sepamos dónde estamos —dijo el capitán—. Vaya abajo; aquí sólo logrará estorbar.

Bajé al camarote, y preparé a Monkton para lo que se avecinaba. Aún me interrogaba sobre lo que yo había observado sobre cubierta, cuando la tormenta cayó sobre nosotros. Sentimos que el pequeño bergantín se tensaba durante un instante como si fuera a partirse en dos, después pareció girar alrededor de nosotros, luego quedarse un momento inmóvil, temblando en cada una de sus maderas. Por último llegó un golpe que nos arrancó de los asientos, un choque ensordecedor, y una oleada de agua que inundó el camarote. Trepamos a cubierta, medio ahogados. El bergantín había quedado escorado, dando el flanco a las olas y el viento.

Antes de que pudiera distinguir algo con claridad en la horrible confusión, excepto la tremenda certeza de que estábamos enteramente a merced del mar, oí una voz que provenía de la proa de la nave y que aquietó el clamor y los gritos del resto de la tripulación en un instante. Las palabras fueron pronunciadas en italiano, pero comprendí con demasiada facilidad su fatal significado.

Teníamos una entrada de agua, y el mar se derramaba en la cala del barco como la corriente de un canal de molino. Ante esta nueva emergencia el capitán no perdió la cabeza.

Pidió un hacha para derribar el palo mayor y ordenó a algunos tripulantes que lo ayudaran dando indicaciones a otros para que prepararan las bombas.

Las palabras no habían acabado de pasar por sus labios, cuando los hombres se declararon en abierto amotinamiento. Dirigiéndome una mirada salvaje, el cabecilla declaró que los pasajeros podían hacer lo que gustasen, pero que él y sus compañeros estaban decididos a tomar el bote y dejar que el barco maldito y *el cadáver que había en él* se fueran al fondo juntos. Mientras hablaba hubo gritos entre los marineros, y observé que algunos de ellos señalaban burlones detrás mío. Giré sobre mis talones, y vi a Monkton, que hasta entonces se había mantenido cerca de mí, que se dirigía de regreso al camarote. Lo seguí, pero el agua y la confusión sobre cubierta, y la imposibilidad, debido a la posición del bergantín, de mover los pies sin la lenta ayuda de las manos, dificultaron de tal modo mi avance que me fue imposible alcanzarlo. Cuando llegué abajo estaba encaramado sobre el ataúd, con el agua girando y salpicando alrededor de él, mientras la nave subía y bajaba. Vi un brillo de aviso en sus ojos, un rubor en sus mejillas cuando me acerqué y le dije:

—Alfred, no hay más remedio que ceder ante nuestro infortunio, y hacer todo lo que podamos por salvar nuestras vidas.

—Salva la tuya —exclamó, agitando las manos hacia mí—, porque *tú* tienes un futuro. El mío termina cuando el ataúd descienda al fondo del mar. Si este barco se hunde, sabré que la fatalidad ha cumplido su obra, y me hundiré con él.

Comprendí que él no estaba en situación de discutir o ser convencido, y volví a cubierta. Los tripulantes estaban arrancando todos los obstáculos para echar al agua la chalupa, situada en medio del navío, encima de la amurada

del bergantín, mientras este descansaba de costado; y el capitán, después de hacer un último y vano esfuerzo por recobrar su autoridad, los miraba en silencio. La violencia de la borrasca ya parecía agotarse, y pregunté si realmente no había posibilidad de que nosotros nos quedásemos en la nave. El capitán contestó que podría haberse presentado una excelente posibilidad en caso de que los hombres hubiesen obedecido sus órdenes, pero que ahora había desaparecido. Como no podía depositar la menor confianza en el criado de Monkton, le confié al capitán, en las palabras más breves y simples, el estado de mi desdichado amigo, y le pregunté si podía contar con su ayuda. Asintió con un movimiento de cabeza, y bajamos juntos al camarote. Aún hoy me resulta doloroso escribir acerca de la feroz actitud a la que nos llevó el vigor y la terquedad de la alucinación de Monkton, como último recurso. Nos vimos obligados a atarle las manos, y a arrastrarlo a cubierta por la fuerza. Los tripulantes estaban a punto de lanzar la chalupa al agua, y al principio se negaron a recibirnos en ella.

—¡Cobardes! —exclamó el capitán—. ¿Acaso tenemos con nosotros al muerto esta vez? ¿Acaso no se va a ir al fondo junto con el bergantín? ¿De qué podéis tener miedo cuando subamos en la chalupa?

Esta especie de exhortación surtió efecto; los tripulantes se avergonzaron, y retiraron su negativa.

En el momento en que nos apartábamos del navío que se hundía, Alfred hizo un esfuerzo por librarse de mí, pero lo sostuve con firmeza, y no repitió el intento. Quedó sentado junto a mí, con la cabeza gacha, quieto y silencioso, mientras los marineros se alejaban de la nave remando: quieto y silencioso cuando de común acuerdo hicieron una pausa a poca distancia, y todos esperamos para ver cómo se hundía el bergantín; quieto y silencioso incluso cuando el hundimiento se produjo, cuando el esforzado casco se

sumergió lentamente en una depresión del mar… pareció vacilar un instante, se elevó otra vez un poco, después se hundió para no volver a levantarse.

Se hundió con una carga muerta: se hundió, y arrebató para siempre de nuestras manos el cadáver que habíamos descubierto casi por milagro, ¡aquellos restos celosamente conservados y de cuya seguridad dependían de modo tan extraño las esperanzas y el destino amoroso de dos seres humanos! Cuando los últimos rastros de la nave desaparecieron en las profundidades de las aguas, sentí que Monkton se estremecía de pies a cabeza sentado junto a mí, y lo oí repetir para sí, con tristeza, y muchas veces, el nombre de «Ada».

Traté de que se concentrara en otra cosa pero fue inútil. Señaló en el mar el sitio donde había estado el bergantín, y donde sólo podían verse las olas en movimiento.

—Ahora el sitio seguirá vacío para siempre en la cripta de Wincot.

Mientras decía estas palabras, fijó un momento sus ojos con tristeza y ansiedad en mi rostro, después los apartó, apoyó la mejilla sobre su mano, y no dijo una palabra más.

Antes de que cayera la noche fuimos avistados por un buque mercante, nos tomaron a bordo y desembarcamos en Cartagena, España. Alfred no volvió a alzar la cabeza, y no me dirigió la palabra ni una sola vez en todo el tiempo que permanecimos en el buque. Sin embargo observé con alarma que hablaba a menudo y de modo incoherente consigo mismo, murmurando sin cesar los versos de la antigua profecía, haciendo referencias incesantes al sitio que seguía vacío en la cripta de Wincot, repitiendo sin cesar con tonos quebrados, que me dolía terriblemente oír, el nombre de la pobre muchacha que esperaba su regreso a Inglaterra. No fueron estos los únicos motivos de la preocupación que sentía ahora por él. Hacia el fin de nuestro

viaje empezó a sufrir ataques de fiebre palúdica. Pronto salí de mi engaño. Apenas habíamos pasado un día en tierra cuando su estado empeoró tanto que me procuré la mejor asistencia médica posible en Cartagena. Los médicos discreparon durante uno o dos días, como de costumbre, sobre la naturaleza de su afección, pero no pasó mucho tiempo sin que los alarmantes síntomas se pusieran de manifiesto. Los médicos declararon que su vida peligraba, y me dijeron que su enfermedad era fiebre cerebral.

Maltrecho y apenado como me encontraba, al principio no supe muy bien cómo actuar ante la nueva responsabilidad que había caído sobre mí. Al fin decidí escribir al anciano sacerdote que había sido tutor de Alfred, y que, por lo que sabía, aún residía a la Abadía de Wincot. Le conté al caballero lo que había ocurrido, le rogué que le diera mis tristes noticias con la mayor suavidad posible a la señorita Elmslie, y lo tranquilicé aclarándole que había decidido permanecer con Monkton hasta el fin.

Después de despachar mi carta, y de enviar a buscar en Gibraltar el mejor consejo médico que pudiera obtenerse, sentí que había hecho todo lo posible, y que no quedaba más que aguardar y tener esperanzas.

Pasé muchas horas tristes y angustiosas junto al lecho de mi pobre amigo. En más de una ocasión dudé de haber hecho bien al alentarlo en su alucinación. Sin embargo las razones para hacerlo que se me habían presentado después de mi primera entrevista con él parecían, si se pensaba bien, razones válidas aún. El único modo de apresurar su regreso a Inglaterra y a la señorita Elmslie, que anhelaba ese regreso, era el que yo había elegido. No era por mi culpa que un desastre que nadie podía prever había desmoronado sus proyectos y los míos. Pero ahora que la calamidad había ocurrido, y era irremediable, ¿cómo debía combatirse su enfermedad moral, si se recobraba físicamente?

Cuando reflexioné sobre el rasgo hereditario de su disposición mental, sobre ese temor infantil a Stephen Monkton, del que nunca se había recobrado, sobre la vida peligrosamente aislada que había llevado en la Abadía, y sobre su firme convicción acerca de la realidad de la aparición que, según él creía, lo perseguía constantemente, confieso que desesperaba de destruir su fe supersticiosa en cada palabra y línea de la antigua profecía familiar. Si la serie de impresionantes coincidencias que parecían confirmar su verdad habían dejado una huella intensa y perdurable en *mí* (y ese era el caso), ¿cómo podía asombrarme que hubiesen provocado el efecto de la convicción absoluta en *su* mente, tal como estaba conformada? Si discutía con él, y me contestaba, ¿cómo podía replicarle? Si decía: «La profecía apunta al último de la familia: *yo soy* el último de la familia. La profecía menciona un sitio vacío en la cripta de Wincot: en este momento existe un sitio vacío allí. Basado en la profecía te dije que el cuerpo de Stephen Monkton estaba insepulto, y descubriste que así era»: si decía esto, ¿qué sentido tenía que yo contestara: «Después de todo esas son sólo extrañas coincidencias»?

Cuanto más pensaba en la tarea que me aguardaba, si él se recobraba, más inclinado me sentía a desanimarme. Cuanto con mayor frecuencia el médico inglés que lo atendía me decía: «Tal vez mejore de la fiebre, pero tiene una idea fija, que no lo abandona ni de noche ni de día, que ha perturbado su razón, y que terminará por matarlo, a menos que usted o algún otro amigo pueda eliminarla»… cuanto con más frecuencia oía esto más agudamente sentía mi propia impotencia, más retrocedía ante cualquier idea relacionada con el desesperanzado futuro.

Había esperado que me contestaran desde Wincot sólo con una carta. Por lo tanto fue una gran sorpresa, así como

un gran alivio, enterarme un día que dos caballeros deseaban hablar conmigo, y encontrarme con que de los dos caballeros el primero era el anciano sacerdote, y el segundo, un pariente masculino de la señorita Elmslie.

Poco antes de que llegaran, los síntomas de la fiebre habían desaparecido, y Alfred había sido declarado fuera de peligro. Tanto el sacerdote como su compañero estaban ansiosos por saber cuándo el paciente estaría lo bastante fuerte como para viajar. Habían venido a Cartagena con el propósito expreso de llevarlo con ellos al hogar, y sentían esperanzas mucho mayores que las mías en cuanto a los efectos curativos del aire natal. Una vez que todas las preguntas relacionadas con el primer punto importante del viaje a Inglaterra fueron hechas y contestadas, me atreví a preguntar por la señorita Elmslie. Su pariente me informó que sufría tanto física como psíquicamente de un exceso de ansiedad por la suerte de Alfred. Se habían visto obligados a engañarla respecto al carácter peligroso de la enfermedad, para impedir que acompañara al sacerdote y su pariente en su misión en España.

De modo lento e imperfecto, a medida que pasaban las semanas, Alfred recobró parte de su antiguo vigor físico, pero no apareció en su enfermedad ningún cambio en lo que se refería a la mente.

Desde el primer día de su avance hacia la recuperación, se había descubierto que la fiebre cerebral había ejercido la más extraña influencia sobre sus facultades de memoria. Todo recuerdo de los acontecimientos recientes lo había abandonado. Todo lo relacionado con Nápoles, conmigo, con su viaje a Italia, había caído por completo fuera de su recuerdo de un modo misterioso. Todas las circunstancias recientes se habían borrado de su memoria de un modo tan completo que, aunque reconoció al anciano sacerdote y su propio criado con bastante facilidad en los primeros días de

su convalecencia, en ningún momento me reconoció a mí, sino que me contempló con una expresión tan pensativa y vacilante, que yo sentía un dolor indecible cuando me acercaba a su lecho. Sus preguntas se referían todas a la señorita Elmslie y a la Abadía de Wincot; y todas sus palabras tenían que ver con la época en que su padre aún vivía.

Los médicos auguraron que la pérdida de memoria respecto a los hechos recientes sería positiva, afirmando que resultaría transitoria, y que respondía a la primera gran necesidad terapéutica de mantener su mente en calma. Traté de creerles… traté de sentirme tan animado cuando llegó el día de su partida, como se sentían los viejos amigos que lo llevaban a casa. Pero el esfuerzo fue demasiado para mí. El presentimiento de que nunca volvería a verlo me oprimía el corazón, y las lágrimas subieron a mis ojos cuando vi la figura demacrada de mi pobre amigo medio ayudada, medio alzada hasta el coche, que luego se alejó suavemente por el camino, rumbo al hogar.

No me había reconocido en ningún momento, y los médicos me habían rogado que durante un tiempo no le diera las menores posibilidades de hacerlo. De no mediar este ruego lo habría acompañado a Inglaterra. Tal como estaban las cosas no me quedaba por hacer nada mejor que cambiar de aires, y restablecer lo mejor que pudiese mis energías físicas y mentales, abatidas en los últimos tiempos por tanta vigilia y angustia. Las famosas ciudades de España no me eran desconocidas, pero las visité otra vez, y reviví viejas impresiones de la Alhambra y Madrid. En una o dos ocasiones pensé en realizar una peregrinación a Oriente, pero los últimos acontecimientos me habían moderado y alterado. Ese insatisfecho sentimiento de anhelo que llamamos «nostalgia» empezó a clavarse en mi corazón, y decidí regresar a Inglaterra.

Regresé pasando por París, ya que había quedado de acuerdo con el sacerdote en que me escribiría a mi banquero en esa ciudad, en cuanto pudiese después de que Alfred regresara a Wincot. Si hubiera partido a Oriente la carta me habría sido enviada. Escribí para impedirlo; y, al llegar a París, me detuve en casa del banquero antes de dirigirme a mi hotel.

En cuanto tuve en mis manos la carta, la orla negra del sobre me indicó lo peor. Él había muerto.

Sólo había un consuelo: había muerto en calma, casi feliz, sin referirse ni una sola vez a las fatales casualidades que habían producido el puntual cumplimiento de la antigua profecía. «Mi amado pupilo» escribía el anciano sacerdote, «pareció reanimarse un poco en los primeros días posteriores a su regreso, pero no recobró auténtico vigor, y pronto sufrió una ligera recaída de fiebre. Después de esto desmejoró poco a poco, y nos abandonó para realizar el temido viaje final. La señorita Elmslie (que sabe que estoy escribiendo esto) desea que le exprese a usted su profunda y perenne gratitud por su bondad para con Alfred. Cuando volví con él, ella me dijo que lo había esperado como su prometida, y que ahora lo cuidaría como lo haría una esposa; y no lo abandonó en ningún momento. El rostro de él miraba hacia el de ella, su mano estaba estrechada por la de ella, cuando murió. Le consolará saber que en ningún momento mencionó los hechos de Nápoles, ni el naufragio que los sucedió, desde el día de su regreso hasta el día de su muerte».

Tres días después de leer la carta me encontraba en Wincot, y me enteraba de todos los detalles sobre los últimos momentos de Alfred por boca del sacerdote. Sentí una conmoción que no me sería fácil explicar o analizar, cuando supe que había sido enterrado, de acuerdo con sus propios deseos, en la trágica cripta de la Abadía.

El sacerdote me llevó abajo para ver el lugar: una edificación subterránea, hosca, fría, de techo bajo, sostenido por pesados arcos sajones. Nichos estrechos, que sólo permitían ver los extremos de los ataúdes que encerraban, se veían a ambos lados de la cripta. Los clavos y los adornos de plata centelleaban aquí y allá cuando mi acompañante pasaba junto a ellos con una lámpara en la mano. En el extremo del lugar se detuvo, señaló un nicho y dijo:

—El yace aquí, entre su padre y su madre —miró un poco más allá, y vi lo que al principio me pareció un largo túnel oscuro—. Eso es sólo un nicho vacío —dijo el sacerdote, siguiéndome—. Si el cuerpo del señor Stephen Monkton hubiese sido traído a Wincot, habrían colocado allí su ataúd.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, y un sentimiento de temor que ahora me avergüenza haber sentido, pero que no pude contener entonces. La bendita luz del día se derramaba alegremente en el otro extremo de la cripta, por la puerta abierta. Le di la espalda al nicho vacío, y me apresuré hacia la luz del sol y el aire libre.

Mientras cruzaba el claro de césped que bajaba a la cripta, oí el roce de un vestido de mujer detrás de mí, y, girando en redondo, vi a una joven dama que se adelantaba vestida de luto. Su rostro dulce y triste, el modo en que tendía la mano, me indicaron instantáneamente quién era.

—Supe que usted se encontraba aquí —dijo— y quería… —su voz se quebró un poco. Me dolía en el corazón ver cómo le temblaban los labios, pero antes de que pudiera decir algo, ella se recobró y siguió—. Quería estrechar su mano, y agradecerle la bondad fraternal que tuvo con Alfred; y quería decirle que estoy segura de que en todo lo que usted hizo actuó con ternura y consideración, del mejor modo posible. Tal vez usted se vaya pronto, y no volvamos a vernos. Nunca, nunca olvidaré que usted fue amable con él cuando más necesitaba un amigo, y que tiene derechos

mayores que los de cualquier otro sobre la tierra a que yo lo recuerde con gratitud mientras viva.

La ternura indecible de su voz, que tembló un poco todo el tiempo en que habló, la belleza pálida de su rostro, el candor inocente de sus ojos serenos y tristes me afectaron tanto que al principio no pude contestarle, salvo con un gesto. Antes de que recobrara la voz, ella me había estrechado una vez más la mano y se había ido.

No volví a verla. Las casualidades y los cambios de la vida nos mantuvieron apartados. La última vez que supe algo de ella, hace ya algunos años, seguía fiel a la memoria del muerto, y aún era Ada Elmslie, en recuerdo de Alfred Monkton.

Hechizados y hechizadores, o la casa y el cerebro

Edward Bulwer-Lytton

(1857)

Un amigo mío, que es hombre de letras y filósofo, me dijo un día como entre bromas y veras:

—¡Figúrate! Desde que nos vimos por última vez, he descubierto una casa encantada en mitad de Londres.

—¿Realmente encantada? ¿Y qué había…? ¿Fantasmas?

—No puedo contestar a esas preguntas; lo único que sé es esto: hace seis semanas mi mujer y yo estábamos buscando un piso amueblado. Al pasar por una tranquila calle, leímos en la ventana de una de aquellas casas el anuncio: «Apartamentos amueblados». La ubicación nos satisfizo; entramos en la casa, nos gustaron las habitaciones, las alquilamos por una semana y las abandonamos al tercer día. Nada ni nadie habría convencido a mi mujer de que se quedase más tiempo; y no me extraña.

—¿Qué visteis?

—Disculpa; no deseo que se burlen de mí y me tachen de soñador supersticioso, ni tampoco podría solicitar que aceptes bajo mi testimonio lo que tú, sin la evidencia de tus propios sentidos, tendrías por increíble. Déjame decirte solo una cosa: más que lo que vimos u oímos (respecto a eso, supondrías con justicia que éramos víctimas de nuestra imaginación alterada o de la impostura de otros), lo que nos ahuyentó fue un terror indefinible que nos atenazaba a ambos al pasar junto a la puerta de cierta habitación vacía en la que ninguno de los dos vio ni oyó nada; y lo más asombroso y extraño es que, por primera vez en mi vida, estuve de acuerdo con mi esposa, pese a lo estúpida que

sea, y admití tras la tercera noche que era imposible permanecer una cuarta en aquella casa.

En consecuencia, la cuarta mañana llamé a la mujer que se encargaba de la casa y nos atendía, y le dije que las habitaciones no eran del todo satisfactorias para nosotros, así que nos iríamos sin finalizar nuestra semana. Ella respondió secamente:

—Sé la razón; se han quedado ustedes más tiempo que los demás inquilinos. Pocos pasaron una segunda noche; nadie, antes, la tercera. Pero supongo que ellos han sido muy amables con ustedes.

—¿Ellos…? ¿Quiénes? —pregunté fingiendo una sonrisa.

—Bueno, los que rondan la casa, quienesquiera que sean; yo no les presto atención. Me acuerdo de ellos hace muchos años, cuando también vivía en esta casa, y no como una sirviente; pero sé que algún día acabarán conmigo. No me importa… Soy ya vieja y, de todas formas, he de morir pronto: y entonces estaré con ellos, y seguiré en esta casa.

La mujer hablaba con una parsimonia tan lúgubre que, realmente, una especie de temor me impidió charlar con ella más por extenso. Le aboné la semana entera, y mi mujer y yo nos pusimos contentísimos de marcharnos a tan bajo precio.

—Excitas mi curiosidad —dije—; nada me agradaría más que dormir en una casa encantada. Por favor, dame la dirección de esa que abandonaste tan ignominiosamente.

Mi amigo me dio la dirección y, cuando nos separamos, me encaminé derecho hacia la casa.

Se encuentra al lado norte de Oxford Street, en una arteria desangelada pero respetable. Estaba cerrada; no vi ningún anuncio en la ventana y no obtuve respuesta al llamar. Mientras ya me iba, un mozo de cervecero, que recogía jarras de peltre en el vecindario, me dijo:

—¿Busca a alguien en esa casa, señor?

—Sí, tengo entendido que se alquila.

—¡Alquilarse! Vaya, la mujer que estaba a cargo de la casa murió; tres semanas hace que lleva muerta, y no han podido encontrar a nadie que ocupe su lugar, aunque Mr. J*** ofreció una bonita suma. Ofreció a mi madre, que limpia para él, una libra a la semana solo por abrir y cerrar las ventanas, y ella no quiso.

—¡No quiso! ¿Y por qué?

—La casa está encantada; y a la vieja que estaba a cargo la encontraron muerta en su cama con los ojos abiertos de par en par. Dicen que el diablo la estranguló.

—¡Bah! Has mencionado a Mr. J***. ¿Es el dueño de la casa?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En G*** Street, número ***.

—¿Qué es? ¿Tiene algún negocio?

—No, señor, nada en particular; un caballero soltero.

Ofrecí al mozo de las jarras la propina que se había ganado por su generosa información y me dirigí a ver a Mr. J*** en G*** Street, próxima a la calle que se jactaba de tener una casa encantada. Allí tuve la fortuna de hallar dentro a Mr. J***, un hombre de edad avanzada, con el rostro inteligente y atractivos modales.

Le comuniqué mi nombre y mis intenciones con toda franqueza. Dije que, según había oído, la casa estaba supuestamente encantada; que sentía un intenso deseo de examinar una casa con una reputación tan equívoca; que me consideraría muy agradecido si me permitiese alquilarla, aunque solo fuera por una noche. Y no me importaba pagar por tal privilegio la suma que él quisiera pedir.

—Señor —dijo Mr. J*** con gran cortesía—, la casa está a su disposición durante el tiempo, más o menos largo, que guste. Olvidémonos del alquiler. El agradecimiento será mío

si es usted capaz de descubrir la causa de los extraños fenómenos que en el momento actual la privan de todo su valor. No puedo alquilarla porque no puedo conseguir siquiera una criada que la mantenga en orden y conteste a la puerta.

»Desgraciadamente, la casa está encantada, si puedo usar esa expresión, tanto de noche como de día; aunque por la noche los trastornos adquieren un carácter más desagradable y, en ocasiones, alarmante. La infeliz anciana que falleció allí hace tres semanas era una indigente a la que yo mismo saqué de un asilo de pobres; en su niñez había tenido trato con algunos miembros de mi familia, y una vez se vio en circunstancias tan favorables que había alquilado esa misma casa a mi tío. Era una mujer de educación distinguida y mente poderosa, y fue la única persona a la que logré persuadir de que permaneciera allí. En realidad, desde su muerte, que fue repentina, y las pesquisas del juez de instrucción, que dieron mala fama a la casa en todo el barrio, he desesperado de encontrar a una persona que se encargue de ella, mucho más a un inquilino, y de buen grado la alquilaría gratis por un año a cualquiera que pague las tasas e impuestos.

—¿Hace cuanto tiempo que la casa adquirió esa reputación?

—No sabría decírselo con certeza, pero muchos años; la anciana a la que me he referido decía que ya estaba encantada cuando ella la alquiló, hará entre treinta y cuarenta años. El caso es que mi vida ha transcurrido en las Indias Orientales y en el servicio civil de la East India Company.

»Regresé a Inglaterra el año pasado, después de heredar la fortuna de un tío entre cuyas posesiones se hallaba la casa en cuestión. La encontré cerrada y sin ocupar. Me

dijeron que estaba encantada y que nadie quería vivir allí. Sonreí ante lo que me pareció un cuento absurdo.

»Gasté algún dinero en repintarla y techarla, añadí a su mobiliario anticuado varias piezas modernas, la anuncié y obtuve un inquilino por un año. Era un coronel retirado con media paga. Entró a vivir junto con su familia, un hijo y una hija, y cuatro o cinco criados: todos abandonaron la casa al día siguiente; y, aunque cada uno atestiguó haber visto algo distinto, ese algo era igualmente horrible para todos. En conciencia no podía demandar, ni siquiera culpar, al coronel por incumplimiento de contrato.

»Entonces introduje a la anciana de la que he hablado, y la autoricé a alquilar la casa por apartamentos. Jamás tuve un inquilino que se quedase más de tres días. Omitiré sus historias; no hay dos inquilinos que hayan presenciado exactamente los mismos fenómenos. Es mejor que juzgue usted mismo a que entre en la casa con una imaginación influida por relatos previos; simplemente esté listo para ver y oír una cosa u otra, y tome cuantas precauciones quiera.

—¿No ha sentido nunca curiosidad por pasar una noche en esa casa?

—Sí; pasé, no una noche, sino tres horas a plena luz del día solo en esa casa. Mi curiosidad no está satisfecha, está extinta. No tengo deseo alguno de repetir la experiencia. No puede achacarme, ya ve, señor, el hecho de no ser lo bastante cándido y, a menos que su interés sea sumamente vivo y sus nervios excepcionalmente sólidos, añado con toda honestidad que le aconsejo *no* pasar una noche en esa casa.

—Mi interés *es* sumamente agudo —dije yo—; solo un cobarde se jactaría de sus nervios en situaciones que ignora por completo, pero mis nervios se han templado ante peligros de muy diversa clase, y tengo derecho a confiar en ellos incluso en el interior de una casa encantada.

Mr. J*** dijo muy poco más, sacó de su escritorio las llaves y me las entregó; y yo, tras agradecerle afectuosamente su franqueza y su cortés acatamiento a mi deseo, me fui sosteniendo mi premio entre las manos.

Sintiéndome ansioso por el experimento, tan pronto como llegué a casa llamé a mi criado de confianza, un joven de espíritu alegre y carácter intrépido, y tan libre de prejuicios supersticiosos como cualquiera que yo pudiese imaginar.

—F*** —dije—, ¿te acuerdas del chasco que nos llevamos en Alemania al no encontrar ningún fantasma en aquel viejo castillo donde se decía que rondaba un espectro sin cabeza? Bueno, pues me han hablado de una casa en Londres que, tengo motivos para esperarlo, está efectivamente encantada. Voy a dormir allí esta noche. Por lo que me han dicho, no cabe duda de que algo se dejará ver u oír…, algo quizá horrible en exceso. ¿Crees que si te llevo puedo contar con tu presencia de ánimo, pase lo que pase?

—Oh, señor; confíe en mí, por favor —dijo él sonriendo con regocijo.

—De acuerdo, aquí están las llaves de la casa; esta es la dirección. Ve ahora y elige para mí cualquier dormitorio que te plazca y, como nadie ha ocupado la casa desde hace semanas, enciende un buen fuego, airea bien la cama; asegúrate, por supuesto, de que haya velas y combustible. Llévate mi revólver y mi daga, con eso tengo bastante; y ármate tú mismo de igual modo. Y si no somos rival para una docena de fantasmas, no seremos más que una lamentable pareja de ingleses.

El resto del día lo dediqué a resolver unos asuntos urgentes, y no tuve apenas tiempo libre para acordarme de la aventura nocturna en la que había empeñado mi honor. Cené a solas ya muy tarde, y mientras cenaba leí como acostumbro. Escogí un volumen de los ensayos de Macaulay. Se me ocurrió pensar que me llevaría ese libro; por lo

saludable de su estilo y por sus materias en torno a la vida práctica me serviría de antídoto contra las influencias de una imaginación supersticiosa.

Así pues, sobre las nueve y media guardé el libro en un bolsillo y salí paseando despacio hacia la casa encantada. Llevaba conmigo a mi perro favorito: un *bull-terrier* muy perspicaz, valeroso y diligente; un perro al que le encantaba merodear de noche por rincones y pasillos espectrales en busca de ratas; un perro de perros para un fantasma.

Era una noche de verano, aunque fría; el cielo estaba un tanto lóbrego y encapotado. Había luna —tenue y desvaída, pero luna al fin—, y, si las nubes lo permitiesen, habría de brillar más pasada la medianoche.

Llegué a la casa, llamé y mi criado abrió con una jovial sonrisa.

—Todo bien, señor, y muy cómodo.

—¡Vaya! —dije un poco decepcionado—. ¿No has visto ni oído nada destacable?

—Bueno, señor, admito que algo extraño he oído.

—¿Y qué fue…? ¿Qué?

—El sonido de unas pisadas detrás de mí; y, una vez o dos, ruidos pequeños, como si alguien me susurrase al oído, nada más.

—¿No estarás asustado?

—¡Yo! ¡Ni una pizca, señor!

Y su mirada audaz me reafirmó en un punto que, pasara lo que pasara, ese hombre no me abandonaría.

Estábamos en el zaguán, con la puerta de la calle ya cerrada, y mi atención se dirigió entonces a mi perro. Al entrar había irrumpido con ansias, pero luego retrocedió furtivamente hacia la puerta, y estaba arañándola y gimiendo para poder salir. Le di unas palmaditas en la cabeza y lo animé con suavidad; después de eso, pareció resignarse a la situación y nos siguió a F*** y a mí por la

casa, aunque manteniéndose pegado a mis talones en vez de apresurarse hacia delante inquisitivo, lo cual era su hábito común y normal en todos los lugares extraños.

Visitamos primero las dependencias del sótano, las cocinas y otros cuartos, y especialmente la bodega, donde aún quedaban dos o tres botellas de vino dentro de un cubo, cubiertas de telarañas; por su apariencia resultaba evidente que nadie las había molestado durante muchos años. Los fantasmas, de cierto, no eran aficionados al vino.

Por lo demás, no descubrimos nada de interés. Había un patio sombrío y pequeño, con unos muros elevados. Las piedras de ese patio estaban muy húmedas, y entre la humedad, el polvo y la mugre del pavimento, nuestros pies dejaban una ligera impresión por donde pasaban.

Y entonces se manifestó el primer fenómeno extraño que presencié en aquella extraña morada.

Vi como si se formara, de improviso, justo frente a mí, la huella de un pie. Me detuve, atraje la atención de mi criado y se la señalé. Por delante de esa huella, e igual de repentinamente, surgió otra. Ambos lo vimos. Caminé enseguida hacia el lugar; las pisadas siguieron avanzando, una huella pequeña. La huella de un niño; la impresión era demasiado débil como para distinguir su forma con detalle, pero nos pareció que era la huella de un pie descalzo.

Este fenómeno cesó cuando alcanzamos el muro opuesto, y no volvió a repetirse al regresar. Subimos las escaleras y entramos en las habitaciones de la planta baja —un recibidor, otro pequeño recibidor trasero y una tercera habitación más pequeña aún que probablemente habría sido adecuada para un lacayo—, todas con la quietud de la muerte.

Visitamos luego las salas de estar, que parecían recién acondicionadas. Tomé asiento en el salón sobre una butaca. F*** puso en la mesa el candelero que sujetaba y con el que

nos había alumbrado. Le dije que cerrase la puerta. Mientras se giraba, una silla que había enfrente de mí avanzó desde la pared rápida y silenciosamente y se detuvo a un metro más o menos de mi propia butaca, justo delante.

—Caramba, esto es mejor que las mesas giratorias —dije riendo; y mientras yo reía, mi perro echó atrás la cabeza y se puso a aullar.

F***, que regresaba, no había observado el movimiento de la silla. Acudió a tranquilizar al perro. Yo seguí mirando la silla, y me pareció ver sobre ella el contorno pálido, azul e impreciso de una figura humana; un contorno tan borroso que tan solo pude recelar de mi propia vista. El perro estaba ya tranquilo.

—Retira esa silla que hay delante de mí —dije a F***—, y ponla contra la pared.

F*** obedeció.

—¿Ha sido usted, señor? —dijo girándose abruptamente.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir?

—Que alguien me golpeó. Lo he sentido vivamente en el hombro, aquí mismo.

—No —dije—; pero estamos rodeados de prestidigitadores, y, aunque tal vez no consigamos descubrir sus trucos, *los* cazaremos antes de que ellos *nos* asusten.

No permanecimos mucho en las salas de estar; eran tan húmedas y frías que me alegré de acudir junto al fuego en el piso superior. Cerramos con llave las puertas de aquellas salas; una precaución que, debería señalar, habíamos seguido también con todas las dependencias registradas en el sótano.

La alcoba que mi criado había elegido para mí era la mejor del piso; amplia, con dos ventanas a la calle. El armazón de cuatro postes del lecho ocupaba un espacio considerable y estaba frente al fuego, que ardía claro y resplandeciente; una puerta a la izquierda, entre la cama y

una ventana, comunicaba con el cuarto que mi criado se asignó. Era una habitación pequeña con un sofá-cama, y no daba al descansillo; no tenía otra puerta sino la que conducía al dormitorio que yo iba a ocupar.

Flanqueando la chimenea, había dos armarios sin cerraduras, empotrados al muro y cubiertos con el mismo papel de color pardo. Los examinamos; había perchas donde colgaban vestidos de mujer, y nada más. Tanteamos los muros; evidentemente sólidos… Los muros exteriores del edificio.

Tras concluir el examen de aquellas estancias, fui a calentarme un rato y encendí mi cigarro; y luego, también en compañía de F***, terminé de completar la inspección. En el descansillo había otra puerta; estaba firmemente cerrada.

—Señor —dijo mi criado con gran sorpresa—, abrí esta puerta con llave, igual que las otras, nada más llegar; no puede haberse cerrado desde dentro, porque es un…

Antes de que él terminara esa frase, la puerta, que ninguno de los dos estaba tocando, se abrió sola silenciosamente. Nos miramos el uno al otro un instante. El mismo pensamiento se apoderó de ambos: alguna intervención humana cabía detectarse aquí. Me adelanté, seguido de mi criado. Una habitación sin muebles, pequeña, desnuda y lúgubre; unas pocas cajas y cestos vacíos en un rincón, una ventanita con los postigos cerrados, ni siquiera una chimenea. No había otra puerta salvo aquella que habíamos utilizado; tampoco había alfombra en el suelo, que parecía muy antiguo, desigual, carcomido, reparado aquí y allá como atestiguaban los parches más claros en la madera; pero ningún ser viviente, ni lugar alguno donde se pudiera esconder.

Mientras nos ocupábamos en observar, la puerta por la que habíamos entrado se cerró tan silenciosamente como antes se había abierto; estábamos atrapados.

Por primera vez sentí un escalofrío de indefinible horror. No así mi criado.

—Que no se hagan ilusiones de cazarnos, señor; podría romper esa inservible puerta de un puntapié.

—Trata primero de abrirla con las manos —dije quitándome de encima la vaga aprensión que me había sobrecogido—; yo abriré los postigos y echaré un vistazo afuera.

Desatranqué los postigos; la ventana daba al pequeño patio trasero que he descrito antes. No había cornisa, tan solo una caída vertical. Un hombre que saliera por esa ventana no habría hallado sitio donde posar el pie hasta caer sobre las piedras del suelo.

F***, entre tanto, procuraba sin éxito abrir la puerta. Se volvió hacia mí y solicitó permiso para utilizar la fuerza bruta. Y aquí, haciendo justicia a mi criado, tendría que declarar que, lejos de mostrar ningún terror supersticioso, su coraje, serenidad y hasta alborozo, en medio de circunstancias tan extraordinarias, se ganaron mi admiración e hicieron que me congratulase por haber elegido un compañero tan apto para la ocasión. De buena gana le concedí el permiso que había solicitado. Pero, aunque era un hombre notablemente robusto, su fuerza resultó igual de inútil que sus tentativas leves; la puerta ni siquiera tembló con la más recia de sus patadas.

Al fin, sofocado ya y jadeante, desistió. Intenté abrir la puerta yo mismo, también en vano. Mientras cejaba en mis esfuerzos, me oprimió de nuevo aquel escalofrío de horror; esta vez era más frío y persistente. Sentí como si una extraña y horrible exhalación se elevara desde las grietas del irregular suelo y llenase la atmósfera con un venenoso fluido, hostil para la vida humana.

Entonces la puerta se abrió muy despacio, silenciosamente y como por propia voluntad. Nos

precipitamos al descansillo. Vimos una luz grande y pálida —del mismo tamaño que una figura humana, pero informe e insustancial— moverse ante nosotros y subir las escaleras que conducían del descansillo al ático.

Seguí a la luz, y mi criado me siguió a mí. Entró, a la derecha del rellano, en una buhardilla que tenía la puerta abierta. Yo entré al mismo tiempo. La luz se condensó en una pequeña esfera muy brillante y vívida; se posó un rato sobre la cama que había en un rincón, tembló y desapareció.

Nos acercamos a la cama y la examinamos: un lecho con medio dosel, como los que se ven de costumbre en los áticos reservados a los sirvientes. Sobre los cajones próximos advertimos un viejo y raído pañuelo de seda, con la aguja todavía puesta en un rasgón a medio zurcir. El pañuelo estaba cubierto de polvo; tal vez había pertenecido a la anciana recientemente fallecida, y este muy bien podría haber sido su dormitorio.

La curiosidad me hizo abrir los cajones; había algunos retazos de prendas femeninas y dos cartas atadas con una delgada y desvaída cinta amarilla. Me tomé la libertad de coger esas cartas. No encontramos en la habitación nada más que fuese reseñable, y la luz no apareció otra vez; pero oímos nítidamente, mientras nos volvíamos para salir, unos pasos en el suelo, justo delante de nosotros.

Recorrimos las demás habitaciones del ático (cuatro en total) con las pisadas precediéndonos siempre. No había nada que ver, y nada oímos salvo aquellas pisadas. Yo llevaba las cartas en la mano; mientras descendía las escaleras, sentí claramente que me agarraban de la muñeca, así como un débil y flojo tirón que pugnaba por arrebatarme las cartas. Las sujeté con más fuerza y el tirón cesó.

De regreso en la alcoba que me correspondía, señalé que mi perro no nos había seguido cuando la habíamos dejado. Se abalanzaba junto al fuego y temblaba. Yo estaba

impaciente por leer las cartas; y, mientras las leía, mi criado abrió una pequeña caja en la que había depositado las armas que le ordené llevar. Las sacó y las puso en una mesilla próxima a la cabecera de mi cama; luego se entregó a la tarea de calmar al perro, aunque este pareció hacerle poco caso.

Las cartas eran breves; estaban fechadas… Las fechas, de hace exactamente treinta y cinco años. Evidentemente se trataba de cartas escritas por un hombre a su amante, o por un marido a su joven esposa. Tanto los términos empleados como una clara referencia a una travesía previa indicaban que el autor era marinero. La ortografía y la caligrafía correspondían a un hombre de escasa cultura; aun así, el lenguaje mismo era contundente. En las expresiones de cariño había una especie de amor áspero y salvaje; pero aquí y allá se adivinaban indicios oscuros, incomprensibles, de un secreto que no se refería al amor… Un secreto que parecía aludir al crimen.

«Tenemos la obligación de amarnos el uno al otro», decía una de las frases que recuerdo; «pues si todo llegara a saberse, ¡cómo nos execrarían los demás! »

Otra: «No dejes que nadie comparta por la noche tu habitación… Hablas en sueños».

Y otra más: «Lo que está hecho no puede deshacerse; y te digo que no hay nada contra nosotros, a no ser que los muertos cobren vida».

Entre estas últimas líneas, se leía escrito con mejor caligrafía (la de una mujer): «¡Eso han hecho! »

Al final de la carta de fecha posterior, la misma mano de mujer había redactado las siguientes palabras: «Perdido en la mar el 4 de junio, el mismo día que…»

Bajé las cartas y empecé a meditar sobre su contenido.

Sin embargo, temiendo que la sucesión de reflexiones en la que había caído pudiera desestabilizar mis nervios, resolví

concentrar la mente en un estado favorable para vérmelas con los prodigios, fueran cuales fueran, que la noche entrante me tenía reservados. Me espabilé, puse las cartas en la mesa, aticé el fuego, que aún ardía chispeante y vivo, y abrí mi volumen de Macaulay.

Leí en silencio hasta eso de las once y media. Luego me tumbé vestido en la cama y dije a mi criado que podía retirarse a su propio cuarto, pero que se quedase despierto. Le ordené que dejara abierta la puerta entre ambos dormitorios. Ya a solas, mantuve dos velas encendidas sobre la mesilla próxima a la cabecera. Coloqué mi reloj al lado de las armas y, tranquilamente, reanudé la lectura de mi Macaulay. El fuego ardía claro frente a mí, y sobre la alfombra del hogar, aparentemente dormido, yacía el perro. Al cabo de unos veinte minutos, sentí pasar junto a mi mejilla un aire muy frío, como una corriente súbita. Me figuré que la puerta que comunicaba con el descansillo, a mi derecha, debía de haberse abierto; pero no, estaba cerrada.

Giré la vista a la izquierda y vi que las llamas de las velas oscilaban con ímpetu, movidas como por algún viento. En ese mismo instante, el reloj, que estaba al lado del revólver, se deslizó por la mesilla —sin hacer ruido, sin que se viera ningún brazo— y desapareció. Me incorporé, tomé el revólver con una mano y la daga con la otra: no deseaba que mis armas compartiesen la suerte del reloj.

Así armado, observé el suelo; no había rastro del reloj. Entonces, tres golpes lentos, recios y nítidos sonaron en la cabecera de la cama; mi criado exclamó:

—¿Es usted, señor?

—No; estate en guardia.

El perro se despertó, se sentó sobre sus ancas y empezó a mover rápidamente las orejas adelante y atrás. Tenía los ojos clavados en mí, y su mirada era tan extraña que acaparó toda mi atención. Se alzó despacio, el pelo todo erizado, y se

quedó perfectamente rígido con la misma mirada desorbitada.

Pero no tuve tiempo de examinar al perro. En ese instante mi criado salió de su habitación; si alguna vez contemplé el horror en un rostro humano, fue entonces. Sus rasgos estaban tan alterados que no lo habría reconocido si nos hubiésemos encontrado por la calle. Cruzó frente a mí a toda prisa, articulando en un susurro que apenas parecía salir de sus labios:

—¡Corra, corra! ¡Viene tras de mí!

Alcanzó la puerta, tiró para abrirla y se precipitó fuera. Lo seguí involuntariamente hasta el descansillo y le grité que se detuviese; pero él, sin hacerme caso, descendió a brincos las escaleras aferrándose a la barandilla y saltando varios escalones a la vez. Desde donde me encontraba, oí que la puerta de la calle se abría, y luego se cerró con un golpe seco.

Me habían dejado solo en la casa encantada.

Durante un momento, pero no más, dudé si seguir a mi criado; el orgullo y la curiosidad, en la misma medida, me prohibieron una huida tan ruin. Volví a entrar en mi alcoba, cerré la puerta y avancé con cautela hacia el cuartito anexo. No hallé nada que justificase el pánico de mi sirviente.

Examiné de nuevo las paredes por si descubría una puerta secreta. No vi ningún indicio; ni siquiera una sutura en el papel de color pardo que adornaba la habitación. ¿Cómo, entonces, había logrado acceder la cosa que tanto lo había asustado, fuese lo que fuese, sino a través de mi propia alcoba?

Regresé a mi habitación, cerré con llave la puerta que daba al cuarto interior y me quedé en pie junto a la chimenea, expectante y preparado.

Advertí que el perro se había ido a hurtadillas hacia un ángulo de la pared, y lo oprimía como si se esforzase

realmente en abrirse camino a través de él; la pobre bestia estaba fuera de sí a causa del terror. Mostraba sus colmillos, le caían babas de las quijadas; sin duda, me habría mordido si lo hubiese tocado. Parecía no reconocerme. Quien haya visto, en algún jardín zoológico, a un conejo fascinado por una serpiente acurrucarse en un rincón, puede hacerse idea de la angustia que el perro manifestaba.

Dándome cuenta de que cualquier tentativa por calmar al animal era inútil, y temiendo además que su mordedura en ese estado fuese tan venenosa como bajo el furor de la rabia, lo dejé solo, coloqué mis armas en la mesa que había junto al fuego, tomé asiento y proseguí la lectura de mi Macaulay.

Para que no tengan la impresión de que busco ganarme crédito por un coraje, o más bien una sangre fría, que el lector pudiera imaginar exagerada, me disculparán si hago un alto y me permito dos o tres observaciones egocéntricas.

Como creo que la presencia de ánimo, o lo que llaman coraje, se da en proporción a la familiaridad con las circunstancias que lo originan, tendría que decir que desde hace mucho me he familiarizado lo suficiente con cuantas experiencias atañen a lo prodigioso. He sido testigo de muchos fenómenos extraordinarios en diversas partes del mundo; fenómenos que no se creerían si los declarara, o que se atribuirían a poderes sobrenaturales.

Ahora bien, mi teoría afirma que lo sobrenatural es un imposible; lo que se llama sobrenatural solo es algo, dentro de las leyes de la naturaleza, que hasta ahora hemos ignorado. Si un fantasma se alza delante de mí, no tengo razón al decir: «Luego lo sobrenatural es posible», sino más bien; «Luego la aparición de un fantasma está, en contra de la opinión recibida, dentro de las leyes de la naturaleza, es decir, no sobrenaturales».

En todas las cosas que yo he presenciado, y en todos los prodigios que los aficionados al misterio de nuestra época registran como hechos, siempre se requiere un mediador material vivo. Hallarán ustedes todavía en el continente a magos que aseguran poder evocar a los espíritus. Asuman por un momento que dicen la verdad, y aun así la forma material y viva del mago está presente; él es el mediador a través del que, gracias a algunas peculiaridades inherentes, ciertos fenómenos extraños se presentan ante nuestros sentidos naturales.

Acepten como igual de verdaderos los testimonios de manifestación espiritual en América: sonidos musicales, o de otra clase; escritos en papel realizados por una mano indiscernible; muebles que se desplazan sin aparente intervención humana; o la visión y el contacto de manos cuyos cuerpos son invisibles. También ahí ha de encontrarse el médium, o ser vivo, con peculiaridades inherentes capaz de obtener esas señales.

En suma, si se trata de prodigios semejantes, suponiendo incluso que no haya impostura, debe haber alguien como nosotros mediante el cual, o a través del cual, se originan los efectos presentados a los seres humanos. Así sucede en los fenómenos, ya muy conocidos, del mesmerismo o la electrobiología; la mente de la persona sobre la que se actúa es influida a través de un agente material vivo.

Admitamos que un sujeto hipnotizado responde a la voluntad o dominio de un mesmerizador que se encuentra a cien millas de distancia; en ese caso, la respuesta no está menos ocasionada por un ser corpóreo. Tal vez sea a través de un fluido material, llámenlo Eléctrico o si prefieren Odínico, capaz de atravesar el espacio y cruzar obstáculos, como el efecto físico se comunica de uno a otro.

Por tales razones, yo creía que todos los sucesos de que había sido testigo, o esperase serlo en esa extraña casa, se

manifestaban a través de un intercesor o médium tan mortal como yo; y esta idea necesariamente refrenaba el temor que podrían haber sufrido por las aventuras de aquella memorable noche quienes consideran sobrenaturales los fenómenos que no se incluyen dentro del funcionamiento ordinario de la naturaleza.

Como mi conjetura fuese, entonces, que todo lo que apareció o pudiera aparecer ante mis sentidos debía tener origen en algún ser humano dotado en esencia con la capacidad de presentar tales cosas, y con algún motivo para hacerlo, sentí un interés por mi teoría que, a su modo, era más filosófico que supersticioso. Y afirmo sinceramente que me hallaba en un estado tan sereno para la observación como se pueda encontrar cualquier experimentalista práctico que aguarda los efectos de una rara, aunque quizá peligrosa, combinación química. Por supuesto, cuanto más mantuviera mi mente alejada de la fantasía, más obtendría el estado mental adecuado para la observación; y, por tanto, clavé los ojos y el pensamiento en el sólido y luminoso sentido común de las páginas de mi Macaulay.

Entonces caí en la cuenta de que algo se interponía entre el libro y la luz; la página estaba ensombrecida. Alcé la vista y vi lo que me resultará muy difícil, quizá imposible, de describir.

Era una oscuridad que se delineaba repentinamente a sí misma en un contorno impreciso. No puedo decir que fuese una forma humana, y sin embargo tenía mayor semejanza con una forma humana, o una sombra más bien, que con cualquier otra cosa. Tal y como se erguía, separada y distinta del aire y la luz que la rodeaban, sus dimensiones parecían gigantescas; la cima casi tocaba el techo.

Al observar me embargó una sensación de intenso frío. No me habría helado tanto frente a un iceberg; ni tampoco el frío de un iceberg habría sido más puramente físico. Estoy

seguro de que no se trataba del frío que ocasiona el pánico. Mientras observaba, creí distinguir —pero no puedo decirlo con exactitud— dos ojos que me acechaban desde lo alto. Por un momento me pareció verlos nítidamente, luego fue como si hubieran desaparecido; pero dos rayos de una luz pálida y azul destellaban a intervalos frecuentes en la oscuridad desde la misma altura a la que a medias creí y a medias dudé haber encontrado los ojos.

Traté de hablar; la voz me falló completamente. Solo pude decirme a mí mismo: «¿Es esto miedo? ¡*No* es miedo!» Procuré levantarme, pero en vano; me sentía oprimido por una fuerza irresistible. Era como si un poder inmenso y aplastante se opusiera a mi deseo; esa sensación de incompetencia absoluta para lidiar con una fuerza mayor a la del hombre que uno puede experimentar *físicamente* durante una tormenta marina, en una conflagración o enfrentándose a alguna terrible bestia salvaje, o, mejor quizá, a un tiburón del océano, yo la sentí *moralmente*. Contraria a mi voluntad, había otra voluntad; y de una potencia tan superior a la mía como la tormenta, el fuego y el tiburón aventajan en fuerza física al hombre.

Y entonces, mientras esa impresión crecía en mí, llegó por fin el horror… Hasta tal grado que las palabras no lo podrían expresar. Conservé el orgullo, ya que no el coraje, y hablé para mis adentros: «Esto es horror, y no miedo; a no ser que tema, no pueden hacerme daño; mi razón rechaza esa cosa; es una ilusión, no tengo miedo».

Con un violento esfuerzo, logré por fin alargar la mano hacia el arma que había sobre la mesa; mientras lo hacía, recibí un extraña sacudida en el brazo y en el hombro, y el brazo me fue a caer impotente junto al costado. Luego, para añadir intensidad a mi horror, la luz de las velas empezó a menguar lentamente; no es que se consumieran de improviso, sino que las llamas parecieron alejarse de forma

gradual. Lo mismo sucedió con el fuego, la luz fue separándose del combustible; pocos minutos después la habitación quedó en tinieblas.

El pavor que me sobrevino por estar en medio de la oscuridad con aquella cosa oscura, cuyo poder se percibía de modo tan intenso, dio pie a una reacción de valentía. Pues el terror había alcanzado ese clímax en el que, o bien mis sentidos habrían de abandonarme, o yo rompería el hechizo.

Y, en efecto, lo rompí.

Hallé voz, aunque mi voz fue un chillido. Recuerdo que estallé con palabras semejantes a estas: «No tengo miedo, mi alma no tiene miedo»; y a la vez tuve fuerzas para levantarme.

Aún entre aquella honda negrura, me precipité hacia una de las ventanas, rompí las cortinas y abrí de golpe las contraventanas; mi primer pensamiento fue: luz.

Y cuando vi la luna —alta, clara y serena— sentí un gozo que casi compensó el terror de antes. Había luna, y también había faroles de gas en la desierta y somnolienta calle. Me di la vuelta y miré la habitación; la luna invadía muy débil y parcialmente las tinieblas, pero daba luz. La cosa oscura, fuera lo que fuese, se había ido; salvo que aún se podía ver una tenue silueta, que parecía la sombra de aquella penumbra, contra la pared de enfrente.

Descansé la vista sobre la mesa, y de debajo de esta (una vieja y redonda mesa de caoba que no tenía paño ni mantel) surgió una mano, visible hasta la altura de la muñeca. Era una mano, según se mostraba, tan de carne y hueso como las mías, pero de una persona muy vieja, flaca, arrugada, pequeña también: la mano de una mujer. Aquella mano se cernió sobre las dos cartas que estaban en la mesa; la mano y las cartas desaparecieron. Entonces sonaron, idénticos, los tres fuertes y acompasados golpes que había oído junto a la

cabecera de la cama antes de que comenzase este extraordinario drama.

Cuando aquellos sonidos cesaron, sentí que toda la habitación vibraba de forma perceptible; y al extremo más distante se elevaron, como desde el suelo, chispas o glóbulos parecidos a burbujas de luz, de muchos colores: verde, amarillo, rojo de llamas, azul; y las chispas, igual que los fuegos fatuos, se movieron arriba y abajo, de un lado a otro, de acá para allá, cada cual a su capricho. Una silla (igual que sucedió en el salón) avanzó desde la pared, sin mediación aparente, y se colocó en el extremo opuesto de la mesa.

De súbito surgió, lo mismo que si saliera de la silla, una forma, la forma de una mujer. Era nítida como una forma de vida y espantosa como una forma de muerte. Su rostro tenía juventud, y una extraña y triste belleza; la garganta y los hombros iban desnudos, el resto de la forma llevaba un holgado vestido de color blanco empañado.

Comenzó a alisarse sus cabellos rubios y largos, que le caían sobre los hombros; no volvía los ojos a mí, sino hacia la puerta; parecía escuchar, vigilar, aguardar. La sombra de la penumbra, al fondo de la habitación, se tornó más negra y de nuevo me pareció vislumbrar los ojos que centelleaban en la cima de la sombra, unos ojos clavados sobre aquella figura.

Como si entrara por la puerta, aunque esta no se abrió, surgió otra figura, igualmente nítida e igualmente espantosa: la figura de un hombre joven. Llevaba un traje del siglo pasado, o al menos eso parecía; pues tanto la figura masculina como la femenina, aunque nítidas, eran evidentemente insustanciales, impalpables… simulacros, fantasmas. Y había algo incongruente y grotesco, aunque temible, en el contraste entre el elaborado atavío —la elegante compostura de aquel atuendo pasado de moda,

con sus volantes y encajes y hebillas— y el aspecto cadavérico y la quietud espectral de quien lo lucía revoloteando. Al aproximarse la figura masculina a la femenina, la sombra oscura se lanzó desde la pared y durante un momento los tres quedaron envueltos en la oscuridad.

Cuando la pálida luz regresó, los dos fantasmas estaban, diríase, bajo el dominio de la sombra que se elevaba entre ambos, y había una mancha de sangre en el pecho de la mujer; y el fantasma masculino se apoyaba sobre una espada espectral, y la sangre parecía gotear aprisa de sus volantes, de sus encajes; y la oscuridad de la sombra que se interponía los engulló… Desaparecieron. Y de nuevo las burbujas de luz salieron disparadas, volaron y ondularon, cada vez más densas y con movimientos más confusos e incontrolados.

La puerta del armario que había a la derecha de la chimenea se abrió, y del hueco salió la forma de una mujer anciana. En la mano sujetaba las cartas… Las mismas cartas sobre las que yo había visto cernerse *aquella* mano; y tras ella oí unas pisadas. Se dio la vuelta como para escuchar, y luego abrió las cartas y pareció leerlas. Y sobre su hombro vi un rostro lívido, el de un hombre que llevara mucho tiempo ahogado: un rostro hinchado, descolorido, con algas de mar enredadas en sus chorreantes cabellos; y a los pies de ella yacía una forma semejante a la de un cadáver, y al lado del cadáver se encogía un niño, un niño miserable y sucio, con hambre en las mejillas y miedo en los ojos. En tanto que yo miraba la cara de la anciana, las arrugas y líneas desparecieron y se convirtió en una cara joven: de ojos crueles, pétrea, pero aun así joven; y la sombra se lanzó sobre esos fantasmas y los oscureció igual que había oscurecido a los anteriores.

Nada quedó sino la sombra, y me fijé atentamente en ella hasta que volvieron a brotarle los ojos… Malignos, ojos de serpiente. Y las burbujas de luz tornaron a elevarse y caer, y en su laberinto desordenado, irregular y turbulento, se mezclaban con la desvaída luz de la luna. Y de esas mismas burbujas, igual que de la cáscara de un huevo, salieron explotando cosas monstruosas y el aire se llenó de ellas; larvas tan mortecinas y repugnantes que no puedo describirlas de ningún modo, solo puedo pedirle al lector que se acuerde del enjambre de vida que el microscopio solar pone ante sus ojos en una gota de agua: cosas transparentes, flexibles, persiguiéndose unas a otras, devorándose unas a otras… Formas que jamás contempló el ojo a simple vista.

Igual que sus figuras no tenían simetría, sus movimientos carecían de orden. En sus vagabundeos no había solaz alguno; daban vueltas y me rodeaban, cada vez más densas, rápidas y veloces, bullendo sobre mi cabeza, reptando sobre mi brazo derecho, que tenía extendido en un involuntario reflejo contra los perversos seres.

A veces sentía que me tocaban, pero no ellas; me tocaban manos invisibles. Una vez sentí que unos dedos fríos y suaves me oprimían la garganta. Aún era consciente de que si me rendía al miedo me hallaría en peligro físico, así que concentré mis facultades en resistir con voluntad obstinada. Y alejé la mirada de la sombra, sobre todo por aquellos extraños ojos de serpiente… Ojos que ahora eran claramente visibles. Pues ahí, y no en las otras cosas que me rodeaban, me daba cuenta de que había una voluntad; y una voluntad de una maldad intensa, creativa, activa, que muy bien podría aplastar a la mía.

Entonces la pálida atmósfera de la alcoba comenzó a teñirse de rojo, como si en el aire se presintiese una conflagración próxima. Las larvas se volvieron relumbrantes,

como cosas que viven en el fuego. La habitación tembló otra vez, y otra vez se oyeron los tres golpes acompasados; y otra vez la oscuridad de la sombra engulló todas las cosas, como si todo hubiera salido de aquella oscuridad y retornase a ella.

Cuando las tinieblas se alejaron, la sombra desapareció por completo. Las llamas volvieron a brotar en las velas de la mesilla y en el combustible de la chimenea tan despacio como si hubieran estado encerradas. La alcoba se hizo visible de nuevo, tranquila y vigorosamente.

Las dos puertas seguían cerradas, y la que conducía a la habitación de mi criado aún con llave. En el mismo lugar de la pared donde se había arrinconado, yacía el perro. Lo llamé… No se movió. Me acerqué y vi que el animal estaba muerto; tenía los ojos desorbitados, la lengua fuera y un reguero de espumarajos en torno a las quijadas. Lo tomé en brazos y lo llevé junto al fuego. Sentí un vivo dolor por la pérdida de mi desdichado favorito, una intensa culpa; me acusé a mí mismo de su muerte, me figuré que había muerto de miedo. Pero cuál no sería mi sorpresa al descubrir que en realidad tenía el cuello roto… retorcido y con las vértebras quebradas. ¿Le hicieron eso en la oscuridad? ¿Y no tuvo que ejecutarlo una mano tan humana como la mía? ¿No debió existir todo el tiempo un agente humano en aquella alcoba? Había razones para sospecharlo. Pero lo ignoro. Solo puedo declarar de manera escueta lo sucedido; el lector quizá saque sus propias conclusiones.

Otra circunstancia sorprendente: habían restituido mi reloj a la mesilla, de donde tan misteriosamente se lo llevaron; pero estaba parado y señalaba justo aquel instante, y, pese a la destreza del relojero, no ha vuelto a marchar bien desde entonces. Funciona de un modo extraño y errático durante unas horas, y luego alcanza un punto muerto; está inservible.

Nada más sucedió durante el resto de la noche; ni, en verdad, hube de aguardar mucho a que rompiera el alba. Pero no abandoné la casa encantada hasta que se hizo plenamente de día. Antes de marcharme, volví a la pequeña habitación oscura donde mi criado y yo habíamos estado atrapados.

Tuve la firme impresión, no sabría explicar el motivo, de que desde ese cuarto se había originado el mecanismo de los fenómenos, si puedo llamarlo así, que se manifestaron en mi alcoba; y aunque entré a la luz del día, con el sol asomando por la transparente ventana, sentí mientras permanecía en pie sobre su suelo el mismo escalofrío de horror que había experimentado la noche anterior y que tanto se había acrecentado a causa de lo ocurrido en mi propia habitación.

No soporté permanecer entre aquellas paredes más de medio minuto. Bajé las escaleras y de nuevo escuché las pisadas delante de mí; y cuando abrí la puerta de la calle me pareció oír una risita ahogada. Regresé a casa, donde esperaba encontrar a mi criado prófugo. Pero ni había vuelto ni supe de él hasta pasados tres días, cuando recibí una carta suya fechada en Liverpool con las siguientes palabras:

> *Estimado señor:*
>
> *Suplico humildemente su perdón, si bien apenas confío en que me considere merecedor de él, salvo que —¡el cielo no lo permita!— usted viese lo que yo vi. Pasarán años, creo, antes de que pueda recuperarme; y respecto a si estoy apto para el servicio, es algo que ni siquiera me planteo. Así pues, he decidido partir hacia Melbourne, a casa de mi cuñado. El barco zarpa mañana. Acaso la larga travesía ayude a que me tranquilice. No hago más*

que sobresaltarme y temblar imaginándome que aún viene tras de mí. Humildemente le ruego, estimado señor, que haga enviar mis ropas, así como el salario que tenga pendiente, a casa de mi madre, en Walworth; John sabe la dirección.

La carta concluía con disculpas adicionales, un tanto incoherentes, y detalles aclaratorios sobre las influencias que obraron a su cargo.

Su huida podría tal vez justificar la sospecha de que el hombre deseaba irse a Australia, y de algún modo se había involucrado fraudulentamente en los acontecimientos de aquella noche. No añado nada en contra de tal conjetura; más bien la sugiero, pues a muchos les parecerá la solución más probable a una serie de sucesos improbables.

Mi propia teoría seguía sin alterarse. Regresé por la tarde a la casa para llevarme en un cabriolé las cosas que había dejado allí y el cuerpo de mi pobre perro. Nadie me estorbó en ese cometido ni me ocurrió ningún incidente reseñable, salvo que de nuevo, mientras subía y bajaba las escaleras, oí las mismas pisadas precediéndome. Al abandonar aquella casa, acudí a la de Mr. J***. Lo encontré allí. Le devolví las llaves, le dije que mi curiosidad estaba suficientemente satisfecha y me disponía ya a hacerle un breve resumen de lo acaecido cuando me detuvo afirmando, con mucha educación, que había dejado de interesarle un misterio que nadie lograba resolver.

Decidí por lo menos hablarle de las dos cartas que había leído y de la extraordinaria manera en la que desaparecieron; y le pregunté si creía que fueron remitidas a la mujer que había fallecido en la casa, y si existía algo en su historia anterior capaz de confirmar las oscuras sospechas que las cartas insinuaban.

Mr. J*** pareció alterarse, y, tras meditar unos momentos, respondió:

—Sé muy poco sobre la historia previa de esa mujer, excepto, como le dije, que mis familiares conocían a los suyos. Pero evoca usted vagas reminiscencias en contra de ella. Haré averiguaciones y le informaré del resultado. De todos modos, aun si admitiéramos la superstición popular de que alguien que ha sido en vida el autor o la víctima de oscuros crímenes pueda regresar, como alma en pena, al escenario donde se cometieron esos crímenes, debería hacerle la observación de que la casa estaba infestada de visiones y sonidos extraños mucho antes de que la anciana muriese. Sonríe usted; ¿qué diría al respecto?

—Diría lo siguiente: estoy seguro de que, si lográramos llegar al fondo de estos misterios, hallaríamos un agente humano y vivo.

—¡Cómo! ¿Cree que todo es una impostura? ¿Y con qué objeto?

—Una impostura no, en el sentido ordinario de la palabra. Si de improviso me sumiera en un sueño profundo, del cual usted no lograra despertarme, y en ese estado yo fuese capaz de adivinar interrogantes con una exactitud que no me cabría esperar encontrándome despierto (decirle cuánto dinero lleva usted en el bolsillo, describir sus propios pensamientos), no sería necesariamente ni una impostura ni sobrenatural. Estaría, sin ser consciente, bajo un influjo mesmérico transmitido desde la distancia por un ser humano que ha adquirido dominio sobre mí merced a un *rapport* previo.

—Suponiendo que el mesmerismo llevado a esos límites sea una realidad, tendría usted razón. ¿Y de ahí infiere que un mesmerizador podría originar los asombrosos efectos que usted y otros han presenciado en objetos inertes, y llenar el aire con visiones y sonidos?

—¿O impresionar nuestros sentidos para hacernos creer esas cosas sin haber estado *en rapport* con la persona que actúa sobre nosotros? No. Lo que comúnmente se llama mesmerismo no conseguiría eso; pero quizá existe un poder semejante al mesmerismo y superior a él… El poder que antaño se llamaba magia. No afirmo que un poder así tenga capacidad de extender su dominio a los objetos materiales inertes; pero, si tal fuera el caso, no estaría en contra de la naturaleza, sería solo un poder inusual dentro de ella, que quizá se otorga a individuos con ciertas peculiaridades y se cultiva mediante la práctica hasta un nivel extraordinario.

»Que semejante poder logra extender su dominio sobre los muertos (es decir, sobre ciertos pensamientos y memorias que los muertos aún retengan) y consigue hacer visible ante nuestros sentidos no lo que debe llamarse propiamente alma, la cual está fuera del alcance humano, sino un fantasma de aquello que fue más terrenal en este mundo, es una teoría muy antigua, aunque obsoleta, sobre la cual no aventuraré ninguna opinión. Pero no concibo que ese poder habría de ser sobrenatural.

»Déjeme ilustrar a qué me refiero mencionando un experimento que Paracelso describe como sencillo y al cual el autor de las *Curiosidades de la literatura* cita como creíble: una flor muere; usted la quema. Los elementos que había en esa flor mientras vivió, cualesquiera que fuesen, se han ido y dispersado, usted ignora adónde; no puede descubrirlos ni volver a unirlos. Pero sí puede, gracias a la química, a partir del polvo quemado, evocar un espectro de la flor con la misma apariencia que tenía en vida.

»Lo mismo sucedería con un ser humano. Su alma ha huido de usted igual que la esencia o los elementos de la flor. Aun así, puede crear su espectro. Y ese fantasma, aunque en la superstición popular se identifica con el alma

de los que se fueron, no debe confundirse con la verdadera alma; es solo una imagen de la forma muerta.

»De ahí que, como señalan los mejores testimonios sobre aparecidos o espíritus, lo que más nos choca es la ausencia de lo que llamamos alma; es decir, de una inteligencia superior y emancipada. Los fantasmas acuden con poco objeto o ninguno; apenas hablan, si es que acuden, pero no expresan ideas que estén por encima de las de una persona ordinaria. Hay videntes americanos que han publicado volúmenes de comunicaciones en prosa y verso, y aseguran que les fueron dadas en nombre de los muertos más ilustres: Shakespeare, Bacon y el cielo sabe quién más.

»Las mejores de esas comunicaciones no son, en verdad, siquiera un poco más elevadas que las que puedan ofrecer personas vivas de una educación y talento meritorios; son descomunalmente inferiores a cuanto Bacon, Shakespeare o Platón dijeron y escribieron en vida. Y, lo más notable, no contienen ninguna idea que no estuviese ya presente en la tierra.

»Por muy maravillosos que resulten tales fenómenos (concediendo que sean verdaderos), advierto que para la filosofía no cuestionan nada de lo que a la filosofía le corresponde rechazar, es decir, nada sobrenatural. Solo son ideas trasladadas, quién sabe cómo (aún ignoramos los medios), de un cerebro mortal a otro. Aunque al llevarlo a cabo las mesas caminen por su propia cuenta, o aparezcan en un círculo mágico formas demoníacas, o unas manos sin cuerpo se alcen y se lleven objetos materiales, o una cosa oscura, como la que se presentó ante mí, nos hiele la sangre, estoy persuadido de que no son más que operaciones transmitidas, como por cables eléctricos, a mi cerebro desde el cerebro de otro.

»En personas de cierta constitución se da una química natural, y son capaces de originar prodigios químicos; en

otras hay un fluido natural, llámese electricidad, y son capaces de originar prodigios eléctricos. Pero se distinguen en esto de la ciencia normal: todos ellos carecen de objeto y propósito, son pueriles, frívolos. No conducen a grandes resultados, y por eso el mundo no les presta atención y los verdaderos sabios no los cultivan. Estoy seguro, sin embargo, de que el creador de todo cuanto vi y oí fue un hombre, humano como yo mismo y, según me parece, sin ser consciente de los efectos exactos producidos, por esta razón: no hay dos personas, dice usted, que le contasen haber vivido exactamente la misma experiencia; bueno, dese cuenta, no hay dos personas que hayan vivido exactamente el mismo sueño.

»Si se tratase de una impostura ordinaria, el mecanismo estaría dispuesto de tal modo que los resultados variarían muy poco; si se tratase de un poder sobrenatural concedido por el Todopoderoso, serviría, sin duda, a un fin concreto. Estos fenómenos no pertenecen a ninguna de las dos clases. Mi convicción es que se originan en un cerebro muy lejano; que ese cerebro no tenía una voluntad definida en nada de cuanto acaeció; que lo que sucede refleja sus pensamientos tortuosos, abigarrados, siempre cambiantes, a medio formar; en suma, que consistió este en los sueños de un cerebro semejante puestos en acción e investidos de una semisustancia.

»Que ese cerebro es de inmenso poder y capaz de conseguir que la materia se mueva, que es maligno y destructivo, lo creo. Alguna fuerza material tiene que haber matado a mi perro; y, que yo sepa, hubiese sido suficiente para matarme a mí de encontrarme tan subyugado por el terror como el perro… Es decir, si mi intelecto y mi espíritu no me hubieran ofrecido una resistencia compensatoria en mi voluntad.

—¡Que mató a su perro! ¡Es espantoso! Resulta extraño, en efecto, que ningún animal acceda a quedarse en esa casa; ni siquiera un gato. Jamás se ven allí ratas ni ratones.

—Los instintos de las criaturas irracionales detectan influencias que son letales para su vida. La razón del hombre carece de un sentido tan agudo porque tiene mayor capacidad para resistir. Pero ya basta; ¿comprende usted mi teoría?

—Sí, aunque de manera imperfecta; y prefiero cualquier elucubración (perdone la palabra), por extravagante que resulte, antes que abrazar sin más la idea de los fantasmas y duendes que nos inculcaron nuestras niñeras. En cualquier caso, el mal para mi desdichada casa es el mismo. ¿Qué diantres puedo hacer con la casa?

—Le diré lo que yo haría. Mis sensaciones internas me han convencido de que la pequeña habitación sin amueblar, al ángulo derecho de la puerta del dormitorio que ocupé, forma un punto de partida o receptáculo de las influencias que hostigan la casa. Le aconsejo encarecidamente que haga abrir las paredes y levantar el suelo; no, mejor que derribe la habitación entera. Fíjese que está separada del cuerpo de la casa y construida sobre el pequeño patio, y podría demolerse sin ningún daño para el resto del edificio.

—¿Y cree que si hiciera eso…?

—Cortaría usted los alambres del telégrafo. Pruébelo. Estoy tan persuadido de tener razón que pagaré la mitad de los gastos si me deja dirigir las operaciones.

—Ni hablar, tengo medios más que suficientes; respecto a lo otro, me pondré en contacto con usted.

Unos diez días más tarde, recibí carta de Mr. J*** diciéndome que había visitado la casa desde que fui a verlo; que halló las dos cartas de las que le hablé colocadas de nuevo en el cajón de donde yo las había sacado; que las leyó con los mismos recelos que yo; que emprendió una

meticulosa investigación sobre la mujer a quien acertadamente yo supuse iban dirigidas.

Al parecer, hace treinta y seis años (un año antes de la fecha que tenían las cartas) se había casado, contra los deseos de su propia familia, con un norteamericano de carácter muy sospechoso; de hecho, existía la creencia general de que había sido pirata. Ella era hija de unos respetables tenderos y había trabajado como institutriz de niños pequeños antes de casarse. Tenía un hermano a quien se consideraba rico, un hombre viudo y con un hijo de unos seis años. Transcurrido un mes desde la boda, el cuerpo de ese hermano fue hallado en el Támesis, cerca del Puente de Londres; parecía mostrar marcas de violencia en la garganta, pero no se juzgaron suficientes como para emprender una indagación que diese otro veredicto distinto al de «encontrado ahogado».

El norteamericano y su mujer se hicieron cargo del niño, pues el hermano fallecido había dejado en testamento a su hermana la custodia de su único hijo; y, en caso de morir el niño, la hermana heredaría. El niño murió a los seis meses aproximadamente; se sospechaba que había sido desatendido y maltratado. Algunos vecinos declararon que lo habían oído chillar por las noches.

El médico que lo examinó dijo que estaba demacrado como por falta de nutrición, y el cuerpo se hallaba cubierto de moratones lívidos. Una noche de invierno, al parecer, el niño había querido escaparse; salió sigilosamente al patio trasero e intentó escalar el muro, pero cayó rendido de espaldas y lo encontraron a la mañana siguiente agonizando sobre el pavimento.

Aunque existían evidencias de crueldad, no había ninguna de asesinato; y la tía y su marido procuraron atenuar los maltratos alegando que el niño, a quien calificaron como débil mental, se comportaba con una

tozudez y terquedad excesivas. Sea como fuere, tras la muerte del huérfano la tía heredó la fortuna de su hermano.

Antes de que concluyese el primer año de matrimonio, el norteamericano abandonó Inglaterra bruscamente y no regresó jamás. Adquirió un barco de crucero que se perdió en el Atlántico dos años más tarde. La viuda quedó en la opulencia, pero le acaecieron reveses de distinto tipo: un banco quebró, una inversión fracasó, abrió un pequeño comercio y acabó insolvente; luego entró a servir y fue descendiendo de categoría, de ama de llaves a criada para todas las tareas, sin permanecer mucho tiempo en ninguna casa, aunque nunca se alegara algo extraño en contra de su carácter.

Se la consideraba sobria, honesta y particularmente tranquila en su manera de ser; pero nada prosperaba en su vida. Y, de tal modo, terminó en el asilo de pobres del que Mr. J*** la había sacado para ponerla a cuidar de la misma casa que ella había alquilado como señora durante su primer año de casada.

Mr. J*** añadía que pasó una hora a solas en la habitación vacía que yo le había exhortado a destruir, y que sus impresiones de terror habían sido tan grandes, aunque no oyera ni viera nada, que estaba dispuesto a descubrir los muros y levantar el suelo, como yo sugerí. Había contratado a unas personas para realizar la tarea, y empezarían cualquier día que yo dijese.

En consecuencia, fijamos un día. Me dirigí a la casa encantada; entramos en la habitación oscura y lúgubre, levantamos el zócalo y luego el suelo. Bajo las vigas, cubiertas de basura, hallamos una trampilla lo bastante grande para el tamaño de un hombre. Estaba firmemente sujeta con abrazaderas y remaches de hierro. Tras quitarlos, bajamos a una habitación cuya existencia jamás se sospechó.

Esa habitación había tenido una ventana y un humero que, evidentemente, fueron tapados con ladrillos muchos años atrás. Examinamos el lugar a la luz de las velas; aún conservaba algunos muebles podridos —tres sillas, un sofá de roble, una mesa—, todos a la moda de hace unos ochenta años.

Contra la pared había una cómoda en la cual hallamos, a medio descomponer, anticuadas prendas de vestir masculinas, como las que hubiera llevado hace ochenta o cien años un caballero de rango; suntuosas hebillas y botones de acero, como los que aún se lucen en los trajes de corte; una hermosa espada cortesana; en un chaleco que una vez tuvo un rico encaje de oro, pero que ahora aparecía oscurecido y sucio a causa de la humedad, encontramos cinco guineas, unas pocas monedas de plata y una pequeña tarjeta de marfil, la cual probablemente servía para acceder a algún lugar de esparcimiento que hace ya mucho desapareció.

Pero nuestro descubrimiento principal fue una especie de caja fuerte encajada en la pared, cuya cerradura nos costó mucho trabajo arrancar.

En esa caja fuerte había tres estantes y dos pequeños cajones. Sobre los estantes estaban dispuestos en fila algunos frascos de cristal herméticamente sellados. Contenían esencias volátiles incoloras, no sabría decir de qué naturaleza ni tampoco si eran venenos; el fósforo y el amoníaco eran ingredientes de algunas de ellas. Había también tubos de cristal muy curiosos, así como una pequeña y puntiaguda vara de hierro con un gran trozo de cristal de roca y otro de ámbar, y una piedra imán de gran poder.

En uno de los cajones encontramos un retrato en miniatura enmarcado en oro que conservaba increíblemente la frescura de los colores teniendo en cuenta el larguísimo

tiempo que, con toda probabilidad, llevaba allí. Era el retrato de un hombre algo entrado en la edad mediana, quizá de cuarenta y siete o cuarenta y ocho años.

Su rostro era muy peculiar, muy impresionante. Si pudieran concebir a una poderosa serpiente transformada en hombre, que conservara en los rasgos humanos el viejo patrón original de la serpiente, se harían una idea más exacta de aquella imagen que la que podrían facilitar largas descripciones; la frente ancha y lisa; una elegancia afilada en el contorno, que disimulaba la fuerza de su mandíbula letal; sus largos, grandes y terribles ojos, que refulgían y eran verdes como la esmeralda; y, junto con todo ello, cierta calma despiadada, que parecía venir de la consciencia de un inmenso poder.

Lo extraño fue esto: en el mismo instante que vi la miniatura, reconocí una semejanza sorprendente con uno de los retratos más excepcionales del mundo; el retrato de un hombre de rango, justo por debajo del de la realeza, que en su época había ocasionado un revuelo considerable. La historia dice poco o nada sobre él, pero busquen en la correspondencia de sus contemporáneos y hallarán alusiones a su osadía feroz, su audaz libertinaje, su espíritu inquieto, su afición por las ciencias ocultas.

Cuando aún se encontraba en la mitad de la vida, murió y fue enterrado, dicen las crónicas, en un país extranjero. Falleció a tiempo de escabullirse a las garras de la ley; pues estaba acusado de crímenes que lo hubieran entregado al verdugo. Tras su muerte, los retratos que quedaban de él, numerosos, ya que había sido un espléndido protector de las artes, fueron comprados y destruidos, presumiblemente por sus propios herederos, a quienes hubiese alegrado poder borrar su mismísimo nombre de tan espléndido linaje.

Había disfrutado de una inmensa riqueza; gran parte de esta, se creía, fue desfalcada por un astrólogo o adivino que

era favorito suyo. En cualquier caso, a la hora de su muerte su fortuna había desaparecido inexplicablemente. Solo uno de sus retrato, se suponía, escapó a la destrucción general; yo lo había visto en casa de un coleccionista unos meses antes. Me causó una tremenda impresión, como le ocurre a todos cuantos lo contemplan… Un rostro que no se olvida nunca; y ahí estaba ese rostro, en la miniatura que yacía en mi mano. Cierto que en la miniatura el hombre tenía unos pocos años más que en el retrato que yo había visto, o que el modelo original tenía en el momento de su muerte. ¡Pero unos pocos años!… Y entre la fecha en que floreció aquel temible noble y la fecha en que evidentemente fue pintada la miniatura había un intervalo de más de dos siglos. Mientras yo observaba fijamente la imagen, meditando en silencio, Mr. J*** dijo:

—¿Será posible? He conocido a este hombre.

—¿Cómo? ¿Dónde? —exclamé.

—En la India. Se había ganado la confianza del rajá de ***, y casi lo atrajo a una revuelta que podría haberle costado al rajá sus posesiones. El hombre era francés, se llamaba De V***: listo, intrépido, rebelde; insistimos en que lo destituyeran y alejaran del país. Tiene que tratarse del mismo hombre, no puede haber dos rostros iguales a este, pero la miniatura parece que tenga casi cien años.

Mecánicamente, giré la miniatura para examinar el reverso y en él vi grabada una estrella de cinco puntas; en el centro de esta había una escalera cuyo tercer escalón lo formaba la fecha 1765. Tras un examen más minucioso, descubrí un resorte; al presionarlo, se abrió el reverso de la miniatura como una tapa.

Dentro estaban grabadas las palabras: «Mariana, para ti. Sé fiel en la vida y en la muerte a…».

Y seguía un nombre que no mencionaré, pero que no me era desconocido. En mi niñez lo había oído en labios de

algunos viejos como el nombre por el que respondía un deslumbrante embaucador que causó gran sensación en Londres durante cosa de un año, y luego huyó del país bajo el cargo de doble asesinato cometido en su propia casa: el de su amante y su rival. No dije a Mr. J*** nada de esto, y le entregué a regañadientes la miniatura.

No habíamos tenido dificultad para abrir el primer cajón de la caja fuerte; sí tuvimos mucha dificultad para abrir el segundo: no estaba cerrado con llave, pero se resistía a cualquier esfuerzo hasta que insertamos en las hendiduras el filo de un cincel. Tras tirar del cajón y sacarlo de esa manera, encontramos un aparato muy singular que funcionaba con la mayor precisión.

Sobre un pequeño y delgado libro, o más bien libreta, había un platillo de cristal; el platillo estaba lleno de un líquido claro; en el líquido flotaba una especie de brújula, con una aguja que daba vueltas rápidamente, pero, en vez de los familiares puntos de la brújula, había siete extraños caracteres, no muy distintos a los que utilizan los astrólogos para representar a los planetas.

Un olor muy singular, aunque no fuerte ni desagradable, provenía de ese cajón, el cual estaba revestido con una madera que más tarde descubrimos era de avellano. Cualquiera que fuese la causa del olor, producía sobre los nervios un efecto material. Todos lo sentimos, incluso los dos obreros que nos acompañaban en la habitación: una progresiva sensación de hormigueo desde las puntas de los dedos a las raíces del cabello.

Impaciente por examinar la libreta, quité el platillo. Al hacerlo, la aguja de la brújula se puso a dar vueltas a una velocidad increíble; experimenté una conmoción que me recorrió todo el cuerpo y me hizo tirar el platillo al suelo. El líquido se derramó, el platillo se rompió, la brújula rodó hasta el fondo de la habitación y en ese mismo instante las

paredes temblaron adelante y atrás, como si un gigante las zarandeara y sacudiese.

Los dos obreros se asustaron tanto que subieron corriendo la escalera por la que habíamos descendido desde la trampilla; pero al ver que nada más sucedía, los convencimos fácilmente de que regresaran.

Entre tanto, yo había abierto la libreta, que estaba encuadernada en pura piel de color rojo, con un broche de plata. Contenía solo una gruesa hoja de papel vitela, y en esa hoja estaban inscritas, dentro de una doble estrella de cinco puntas, unas palabras en viejo latín monástico que, traducidas literalmente, dicen así:

Sobre todo cuanto se halle dentro del límite de estos muros, sensible o inanimado, vivo o muerto, ¡igual que la aguja se mueve, así obra mi voluntad! Que la casa sea maldita y no tengan paz quienes en ella moren.

No encontramos nada más. Mr. J*** quemó la libreta y su anatema. Demolió hasta los cimientos la parte del edificio que contenía la habitación secreta y el cuarto que había sobre ella. Entonces se atrevió a vivir en la casa durante un mes; no podía hallarse otra más tranquila y mejor acondicionada en todo Londres. Posteriormente, la alquiló a buen precio y no ha tenido quejas de su inquilino.

Pero mi historia aún no ha terminado. Hice una visita a Mr. J*** unos días después de mudarse. Conversábamos de pie junto a la ventana abierta. Un carromato, a la entrada, contenía algunos muebles que estaba trasladando desde su antiguo domicilio.

Le acababa de exponer mi teoría de que esos fenómenos que se juzgaron por encima de lo terrenal habían emanado de un cerebro humano; y aduje el hechizo, o maldición más bien, que habíamos hallado y destruido.

Mr. J*** me replicaba con el siguiente comentario:

—Si el mesmerismo u otro poder análogo, comoquiera que se llame, actúa realmente así en ausencia de su ejecutor y produce efectos tan extraordinarios, ¿no continuarían los efectos una vez que este ha muerto? Pues si se obró el hechizo y, en efecto, se tapió la habitación hace más de setenta años, con toda probabilidad quien lo llevó a cabo habrá abandonado ya este mundo.

Mr. J***, digo, me respondía de esta forma cuando lo tomé por el hombro y señalé hacia la calle.

Un hombre elegantemente vestido había cruzado la acera y estaba abordando al transportista del carromato. Su rostro, en aquella posición, quedaba justo frente a la ventana. Era el rostro de la miniatura que habíamos encontrado; era el rostro que tenía el retrato de aquel noble de hace tres siglos.

—¡Santo cielo! —exclamó Mr. J***—. ¡Es el rostro de De V***, y apenas un día más viejo que cuando lo vi en la corte del rajá en mi juventud!

Tuvimos la misma idea, y ambos nos apresuramos a bajar. Llegué el primero a la calle, pero el hombre ya se había ido. Alcancé a verlo a unos metros de distancia, y en un momento estuve a su lado.

Había decidido hablarle; cuando lo miré a la cara, sentí que era imposible. Aquellos ojos —los ojos de serpiente— se clavaban y me fascinaban. Y, junto a eso, había en torno a su persona una dignidad, un aire de orgullo y alcurnia y superioridad, que hubiera hecho dudar a cualquier conocedor de los usos mundanos antes de permitirse una libertad o una impertinencia.

¿Y qué podía decirle? ¿Qué podía preguntarle?

Avergonzado de mi primer impulso, retrocedí unos pasos, aunque seguí tras el desconocido sin decidirme a hacer otra cosa. Mientras tanto, él dobló la esquina de la calle; un carruaje franco lo aguardaba, con un criado de librea a la

puerta vestido como un *valet de place*. En un momento entró en el carruaje y este se alejó. Regresé a la casa.

Mr. J*** continuaba a la puerta. Había preguntado al transportista qué le había dicho aquel desconocido.

—Quiso saber nada más a quién pertenecía la casa ahora.

Esa misma noche resultó que fui al centro con un amigo, a un local llamado Cosmopolitan Club, un sitio abierto a hombres de todos los países, opiniones y rango social. Cada cual pide un café y se fuma un cigarro. Y puede estar seguro de encontrarse siempre con personas agradables, a veces notables.

No llevaba ni dos minutos en la sala cuando vi en una mesa, hablando con un conocido mío a quien designaré mediante la inicial G***, a aquel hombre, el original de la miniatura. No llevaba sombrero y el parecido resultaba aún más asombroso, salvo que mientras conversaba había menos severidad en su semblante; se apreciaba hasta una sonrisa, aunque muy tranquila y muy fría. Aquel porte de dignidad que me llamó la atención en la calle era también más acentuado; equiparable a la dignidad con que se inviste algún príncipe de oriente y da idea de indiferencia suprema y poder acostumbrado, obvio, impasible pero irresistible.

Al poco rato, G*** abandonó al desconocido, el cual se puso a hojear una revista científica que pareció absorber toda su atención.

Me acerqué a G***.

—¿Quién es aquel caballero y qué ocupación tiene?

—¿Aquel? Oh, un hombre notabilísimo, sin lugar a dudas. Lo conocí el año pasado entre las cuevas de Petra, en el país al que las Escrituras llaman Edom. Es el erudito más versado en cultura de Oriente que yo pueda señalar. Seguimos camino juntos y tuvimos un lance frente a unos ladrones, donde su serenidad nos salvó la vida; luego me invitó a pasar un día con él en la casa que había comprado en

Damasco, enterrada entre flores de almendro y rosas… ¡Hermosísima! Residía allí desde hacía tiempo, igual que si fuese oriental y con un modo de vida grandioso.

»Tengo mis sospechas de que se trata de un renegado, inmensamente rico y muy extraño; y, a propósito, un gran mesmerizador. Lo he visto con mis propios ojos producir efectos sobre cosas inanimadas. Si usted saca del bolsillo una carta y la arroja al otro extremo de la habitación, él ordena que se acerque a sus pies, y usted ve cómo la carta serpentea por el suelo hasta que acaba de cumplir la orden. Por mi honor que es verdad; hasta lo he visto influir en el tiempo: dispersa o junta las nubes valiéndose de un tubo o varita de cristal. Pero no le gusta hablar de esos asuntos con desconocidos. Acaba de volver a Inglaterra; dice que no ha pasado muchos años aquí; permítame que se lo presente.

—¡Por supuesto! Entonces, ¿es inglés? ¿Qué apellido tiene?

—¡Oh! Uno muy castizo: Richards.

—¿Y cuál es su linaje, su familia?

—¿Cómo voy a saberlo? Además, ¿qué importa? Sin duda, algún *parvenu*; pero rico, ¡infernalmente rico!

Me aproximé al desconocido en compañía de G***, y este nos presentó. Los modales de Mr. Richards no eran los de un intrépido viajero. Los viajeros suelen estar dotados de mucha vitalidad; son habladores, entusiastas, apremiantes. Mr. Richards era indolente y de tono apagado, y sus modales resultaban fríos por la altivez de cierta cortesía puntillosa: los modales de una época ya pasada.

Observé que su inglés no era exactamente el de nuestros días. Habría asegurado incluso que tenía un leve acento extranjero. En todo caso, Mr. Richards señaló que llevaba años sin poder hablar apenas su lengua materna.

La conversación fue a caer sobre los cambios que habían variado el aspecto de Londres desde que él visitó la

metrópoli por última vez. Luego G*** la desvió hacia los cambios morales: literarios, sociales, políticos; los grandes hombres que habían salido de escena durante los últimos veinte años y los nuevos que iban incorporándose.

Mr. Richards no mostraba al respecto el menor interés. Evidentemente, no había leído a ninguno de nuestros autores vivos y parecía poco familiarizado con nuestros estadistas más jóvenes. Una vez, solo una, se rio; cuando G*** quiso saber si tenía pensado ingresar en el Parlamento; y la risa fue para su interior, sarcástica, siniestra… Una mueca despectiva que se transformó en risa.

Al cabo de unos minutos, G*** se fue a saludar a unos conocidos que acababan de entrar en la sala, y entonces dije en voz baja:

—He visto una miniatura de usted, Mr. Richards, en la casa donde una vez vivió y que tal vez construyó (si no toda, al menos una parte) en Oxford Street. Esta mañana pasó usted por allí.

Hasta que no terminé la frase, no alcé la mirada hacia sus ojos; y entonces él los clavó en mí tan resueltamente que no pude eludirlos… Aquellos fascinadores ojos de serpiente. De modo involuntario, como si las palabras que declaraban mi pensamiento se me sacasen a la rastra, añadí en un susurro:

—He estudiado los misterios de la vida y la naturaleza; he conocido a los maestros ocultos de esos misterios. Tengo derecho a hablarle así.

Y pronuncié determinada contraseña.

—Está bien, reconozco ese derecho. Dígame qué es lo que desea preguntar.

—¿Hasta qué límite alcanza la voluntad humana en ciertas naturalezas?

—¿Hasta qué límite alcanza el pensamiento? ¡Piense, y antes de respirar está usted en China!

—Así es, pero mi pensamiento carece de poder en China.

—Dele expresión y quizá lo tenga. Escriba un pensamiento y, tarde o temprano, podría alterar toda la condición de China. ¿Qué es una ley sino un pensamiento? Luego el pensamiento es infinito. Luego el pensamiento tiene poder; no en proporción a su valor: un mal pensamiento es capaz de crear una ley mala tan poderosa como un buen pensamiento una buena.

—Sí; lo que usted dice confirma mi teoría. Mediante corrientes invisibles, un cerebro humano puede transmitir sus ideas a otros cerebros humanos con la misma rapidez que lo hace un pensamiento enunciado por medios visibles. Y como el pensamiento es imperecedero y deja un sello tras de sí en el mundo natural, aunque quien lo tuvo haya abandonado este mundo, la mente de un hombre vivo podría despertar y resucitar los pensamientos que albergó un muerto, como si *tuvieran vida*; pero no alcanzar los pensamientos que un muerto albergue *ahora*. ¿No es así?

—Declino ofrecer una respuesta, si bien a mi juicio el pensamiento tiene el límite que usted le quiera fijar. Pero continúe; hay una cuestión especial que quiere usted formularme.

—Una voluntad intensa que sea de una intensa malignidad, engendrada en un temperamento concreto y ayudada por medios naturales dentro del alcance de la ciencia, podría causar efectos como los que antaño se atribuían a la magia dañina. Podría atormentar los muros de una casa con reanimaciones espectrales de cuantos pensamientos de culpa y hechos culpables se concibieron y ejecutaron dentro de esos muros; de todo aquello, en suma, con lo que el mal reivindique un *rapport* y una afinidad… Imperfectos, incoherentes, fragmentarios episodios de los viejos dramas representados allí hace años.

»Pensamientos que se cruzan al azar, como en una pesadilla o una visión, y se convierten en apariciones y

sonidos fantasmales cuyo único fin es el de crear horror; pero esas apariciones y sonidos no son en verdad manifestaciones de un mundo externo, sino espantosas, monstruosas repeticiones de cuanto acaeció en este mundo, que un perverso mortal hace representar malignamente. Y es mediante la intercesión de ese cerebro humano como aquellas cosas adquirirían incluso un poder humano; podrían golpear como una descarga eléctrica, y podrían matar si la razón de la persona hostigada no se elevase por encima de la dignidad del asaltante; podrían matar al animal más poderoso, enervado a causa del pánico, pero no lograrían dañar al hombre más débil si, mientras su carne tiembla, su razón permanece ajena al miedo.

»Así, cuando en las viejas historias leemos que un mago fue hecho pedazos por los demonios que invocó o, todavía más, en las leyendas orientales, que un mago gracias a sus poderes logró destruir a otro, podría resultar igualmente cierto que un ser material haya investido, a partir de su maligna inclinación, de formas tremendas y fuerza terrorífica ciertos elementos y fluidos por lo general inactivos o inofensivos; lo mismo que el rayo, que yacía oculto e inocente dentro de la nube, se hace de pronto visible por ley natural, adquiere una forma nítida a la vista y causa la destrucción del objeto al que es atraído.

—No le faltan a usted vislumbres de un poderoso secreto —dijo Mr. Richards sin inmutarse—. Según su punto de vista, si un mortal obtuviera el poder del que habla, necesariamente se trataría de un ser maligno y perverso.

—Muy maligno y perverso, en el caso de que tal poder se ejercitara como he dicho; aunque tengo fe en las tradiciones antiguas de que no lograría dañar a los buenos. Su voluntad podría dañar solo a aquellos con quienes esta ha entablado una afinidad o a aquellos sobre quienes logra ejercer un influjo irresistible. Imaginaré un caso que, aunque quizá se

encuentra dentro de las leyes de la naturaleza, parecería tan descabellado como las fábulas de un monje perplejo.

»Recordará usted que Alberto Magno, tras describir minuciosamente el proceso por el cual se invocan y gobiernan los espíritus, añade con énfasis que tal proceso solamente instruye y sirve a unos pocos; que *¡un hombre debe nacer mago!* Es decir, con un temperamento físico peculiar, igual que un hombre nace poeta.

»Los hombres en cuya constitución acecha ese poder oculto rara vez tienen un intelecto de orden superior; en su intelecto suele haber alguna anomalía, perversidad o enfermedad. Por otra parte, deben de poseer en grado asombroso la facultad de concentrar la mente en un único objeto: la facultad activa que llamamos voluntad. Así pues, aunque su intelecto no esté sano, tiene una potencia descomunal para obtener lo que desea. Imaginaré una persona así, preeminentemente dotada con esa constitución y sus fuerzas concomitantes. La colocaré en los estratos más altos de la sociedad.

»Supondré que sus deseos son enfáticamente los de un sensualista; por tanto, posee un amor tenaz por la vida. Es un absoluto ególatra; su voluntad se concentra en sí mismo; tiene pasiones violentas; no conoce afectos duraderos ni sagrados, pero es capaz de codiciar ávidamente lo que por el momento desea. Puede odiar de forma implacable a cuanto se oponga a sus fines; puede cometer crímenes espantosos sin apenas remordimiento; para expiar sus fechorías, no recurre a la penitencia sino a que la maldición caiga sobre otros. Las circunstancias a las que su constitución lo dirige le proporcionan un raro conocimiento de los secretos naturales, que puede resultar útil a su egolatría. Es un observador estricto allí donde sus pasiones alientan la observación; es un calculador minucioso, no por amor a la verdad, sino cuando el amor propio aguza sus

facultades; por lo tanto, puede hacerse un hombre de ciencia.

»Supongo que alguien semejante, una vez que ha aprendido y ejercitado el poder de sus artes a través de otros, procura averiguar el poder de la voluntad sobre su propio cuerpo, y estudia cuanto en la filosofía natural haya para acrecentar ese poder. Ama la vida, teme a la muerte; *quiere seguir viviendo*. No puede recobrar la juventud; no puede frenar del todo el progreso de la muerte; no puede hacerse inmortal en carne y hueso. Pero sí logra detener, durante un espacio tan largo que parecería increíble si lo mencionara, el endurecimiento de los órganos que constituye la vejez.

»Un año no logra envejecerlo más que una hora a otro. Su intensa voluntad, científicamente adiestrada dentro del organismo, opera, en suma, sobre el desgaste de su propio cuerpo. Sigue viviendo. Con el fin de que no lo consideren un prodigio o un milagro, *muere* de tarde en tarde, aparentemente, para ciertas personas. Una vez que ha planeado el traspaso de una fortuna que satisfaga sus apetitos, desaparece de cualquier rincón del mundo y consigue que se celebren sus exequias.

»Reaparece en otro rincón del mundo, donde reside sin que lo descubran, y no visita el escenario de su anterior episodio hasta que todos cuantos pudieran recordar sus rasgos hayan fallecido. Sería profundamente miserable si tuviese afectos; no tiene ninguno, excepto por sí mismo. Nadie que sea bueno aceptaría su longevidad; y a nadie, bueno o malo, querría o podría comunicar su verdadero secreto.

»Cabe la posibilidad de que exista semejante hombre; un hombre como el que he descrito está ahora frente a mí… Duque de *** en la corte de ***, dividió usted el tiempo entre la lujuria y las pendencias, entre alquimistas y

hechiceros; más tarde, el siglo pasado, embaucador y criminal con un apellido de menor alcurnia, domiciliado en la casa que vigilaba hoy, escapó usted de la ley contra la que había atentado, nadie supo adónde; ahora, viajero una vez más, vuelve a visitar Londres con la misma pasión terrenal que hinchió su corazón cuando generaciones ya desaparecidas caminaban por esas calles de ahí afuera; prófugo de la escuela de los misterios más nobles y divinos. Execrable imagen de la vida en muerte y de la muerte en vida, ¡le advierto que se aleje de las ciudades y hogares de los hombres sanos! ¡Que retorne a las ruinas de los imperios difuntos! ¡A los desiertos de la naturaleza no redimida!

En este punto me respondió un susurro tan musical, tan potentemente musical, que pareció invadir todo mi ser y aplacarme pese a mí mismo. Así dijo:

—Busqué a alguien como usted durante los últimos cien años. Ahora que lo he encontrado, no lo dejaré marchar hasta saber lo que deseo. La visión que mira hacia el pasado y penetra a través del velo del futuro se halla dentro de usted en esta hora… Nunca antes fue así, nunca más lo será. No la visión de una muchacha plañidera y fantástica, ni la de un sonámbulo en su lecho de enfermo, sino la de un hombre fuerte con un cerebro vigoroso. ¡Remonte el vuelo y mire hacia el porvenir!

Mientras él hablaba, noté como si me elevase fuera de mí mismo llevado por unas alas de águila. El peso parecía ausente del aire; no tenían techo la habitación ni la cúpula del espacio. No estaba dentro de mi cuerpo… Ignoraba dónde; pero por encima del tiempo, de la tierra.

De nuevo oí el susurro melodioso:

—Habló usted acertadamente. He dominado grandes secretos con el poder de la voluntad. Así es, mediante la voluntad y la ciencia puedo retrasar la acción del tiempo;

pero la muerte no llega con la vejez. ¿Puedo frustrar los accidentes que ocasionan la muerte a los jóvenes?

—No; todo accidente es una providencia. Ante una providencia, cualquier voluntad humana ha de quebrarse.

—¿Moriré al fin, dentro de muchas épocas, debido al paulatino pero inevitable correr del tiempo, o a causa de lo que llamo un accidente?

—A causa de lo que llama un accidente.

—¿Aún está lejos ese final? —preguntó el susurro, con un ligero tremor.

—Según se considera el tiempo en mi vida, aún está lejos.

—¿Y, mientras no llegue esa hora, me mezclaré con el mundo de los hombres tal y como hice antes de aprender mis secretos? ¿Volveré a tener un vivo interés por sus conflictos y problemas? ¿Batallaré con ambición y usaré el poder de los sabios para triunfar sobre el poder que pertenece a los reyes?

—Todavía le queda por representar en la tierra un papel que la colmará de tumulto y asombro. Con fines prodigiosos, se le ha permitido a usted (un prodigio en sí mismo) vivir a través de las centurias. Todos los secretos que ha guardado tendrán entonces su utilidad; todo aquello que ahora lo convierte en un extraño entre las generaciones contribuirá entonces a hacerlo su señor. Igual que los árboles y la paja sienten la atracción del remolino, dan vueltas y son aspirados a lo más profundo de él, y luego el torbellino los impulsa hacia arriba, de ese mismo modo las razas y los tronos se sentirán atraídos hacia el vórtice de usted. ¡Terrible destructor! Pero, al destruir, convertido, pese a su propia voluntad, en constructor.

—Y esa fecha, ¿también está lejana?

—Lejana; ¡cuando llegue, piense que su final en este mundo se acerca!

—¿Cómo y cuál es el final? Mire hacia el este, el oeste, el sur y el norte.

—En el norte, donde nunca pisó, rumbo al punto contra el que sus instintos lo han prevenido; allí un espectro lo atrapará. ¡Es la Muerte! Veo un buque; está hechizado, ¡lo persiguen!, sigue adelante. Una flota desconcertada navega en pos de él. Entra en la región del hielo. Atraviesa un firmamento rojo de meteoros. Dos lunas están quietas en lo alto, sobre riscos glaciales. Veo al buque encerrado entre desfiladeros blancos; son rocas heladas. Veo a los muertos dispersarse por las cubiertas, rígidos y lívidos, con las extremidades llenas de moho verde. Todos están muertos, excepto un hombre… ¡usted! Los años, aunque transcurrieran tan lentos, lo han deteriorado. Su frente muestra las señales de la vejez, y la voluntad se ha distendido en las células de su cerebro. Pero esa voluntad, aunque más débil, excede a todo cuanto el hombre conoció antes; sobrevive gracias a la voluntad, roído por el hambre. Y la naturaleza no lo obedece ya, en esa región donde la muerte se extiende; el firmamento es de hierro, y el aire tiene abrazaderas de hierro, y las gélidas rocas hienden la embarcación. ¡Escuche cómo se parte y cruje! El hielo se incrusta, igual que el ámbar en una vara. Y un hombre, aún vivo, abandona el barco y a sus muertos; y trepa por la punta de un iceberg mientras las dos lunas miran hacia abajo y contemplan su silueta. Ese hombre es usted, y sobre usted se cierne… el terror; y el terror devora su voluntad.

»Y por la escarpada roca de hielo suben, arremolinándose, cosas grisáceas, pardas. Los osos del norte han olfateado a su víctima; se aproximan cada vez más, arrastrando los pies, balanceando sus enormes cuerpos. Cada instante de ese día le parecerá más dilatado que los siglos por los que cruzó. Tenga esto en cuenta: después de la muerte, el tiempo incesante fabrica la dicha o el infierno de la eternidad.

—¡Cállese! —dijo el susurro—. Pero ese día, asegura usted, queda lejos, ¡muy lejos! ¡Retorno a los almendros y rosas de Damasco! ¡Duerma!

La habitación flotó ante mis ojos. Perdí el conocimiento. Al reanimarme, vi que G*** sujetaba mi mano y sonreía. Dijo:

—Usted, que siempre se consideró una prueba en contra del hipnotismo, ha sucumbido al fin ante mi camarada Richards.

—¿Dónde está Mr. Richards?

—Se ha marchado cuando usted entró en trance; y me dijo en voz baja: «Su amigo no despertará hasta dentro de una hora».

Pregunté, lo más serenamente que pude, dónde se alojaba Mr. Richards.

—En el Trafalgar Hotel.

—Deme su brazo —dije a G***—. Vayamos a verlo. Tengo algo que decirle.

Cuando llegamos al hotel, nos informaron de que Mr. Richards había regresado veinte minutos antes; pagó su cuenta, dio instrucciones a su sirviente (un griego) para que hiciera las maletas con sus efectos personales y prosiguió rumbo a Malta. Tenía pensado tomar el buque de vapor que salía de Southampton al día siguiente. Respecto a sus movimientos, Mr. Richards mencionó que le faltaban por hacer algunas visitas en los alrededores de Londres y no estaba seguro de si llegaría a Southampton a tiempo de embarcar; de no ser así, se iría en el siguiente vapor.

El recepcionista preguntó cómo me llamaba. Tras decírselo, me entregó una nota que Mr. Richards había dejado para mí en caso de que fuera a verlo.

La nota decía lo siguiente:

> *Deseé que enunciase sus pensamientos. Obedeció. Por lo tanto, he establecido dominio sobre usted. Durante tres meses a partir de hoy, no puede comunicar a ningún hombre vivo lo que sucedió entre nosotros. Ni tampoco enseñarle esta nota al amigo que lo acompaña. Por espacio de tres meses, absoluto silencio respecto a mí y mis asuntos. ¿Duda de mi poder al imponerle esta orden? Pruebe a desobedecerme. Al cabo del tercer mes, se levanta el hechizo. Por lo demás, lo dejo libre. Visitaré su tumba cuando lleve dentro de ella un año y un día.*

Así finaliza esta extraña historia; no pido a nadie que la crea. La puse por escrito justo a los tres meses de recibir la nota que hay más arriba. No fui capaz de escribirla antes; ni de mostrarle a G***, aunque lo solicitó insistentemente, la nota que leí a su lado bajo la lámpara de gas.

¿Qué era eso?

Fitz James O'Brien

(1895)

Traducción de Juan Antonio Molina Foix

Siento grandes escrúpulos, lo confieso, al abordar la extraña narración que estoy a punto de relatar. Los acontecimientos que me propongo detallar son de una índole tan singular que estoy completamente seguro de suscitar desacostumbradas dosis de incredulidad y desprecio. Las acepto de antemano. Confío en tener el suficiente valor literario para afrontar el escepticismo. Tras madura reflexión, he decidido narrar, de la manera más sencilla y sincera que me sea posible, ciertos hechos misteriosos que pude observar el pasado mes de julio, y que no tienen precedentes en los anales de la física.

Vivo en Nueva York, en el número… de la calle Veintiséis. En cierto modo es una casa un tanto singular. Ha gozado en los dos últimos años de la fama de estar habitada por espíritus. Se trata de un enorme e impresionante edificio, rodeado de lo que antaño fuera un jardín, pero que ahora no es más que un espacio verde destinado a tender al sol la colada. La seca taza de lo que fue una fuente, y unos pocos frutales descuidados y sin podar, denotan que el lugar fue en otros tiempos un agradable y sombreado refugio, lleno de flores y frutos y del suave murmullo de las aguas.

La casa es muy espaciosa. Un vestíbulo de majestuosas proporciones conduce a una amplia escalera de caracol, y las demás habitaciones son, igualmente, de impresionantes dimensiones. Fue construida hace unos quince o veinte años por el Sr. A., conocido hombre de negocios de Nueva York, que cinco años atrás sembró el pánico en el mundo de las finanzas a causa de un formidable fraude bancario. Como

todos saben, el Sr. A. escapó a Europa y poco después murió de un ataque al corazón. Tan pronto como la noticia de su fallecimiento llegó a este país y fue debidamente verificada, corrió el rumor por la calle Veintiséis de que la casa número… estaba encantada.

La viuda del anterior propietario fue legalmente desposeída de la propiedad, la cual desde entonces fue únicamente habitada por un guarda y su mujer, puestos allí por el agente inmobiliario a cuyas manos había pasado para su alquiler o venta. El matrimonio declaró sentirse perturbado por ruidos sobre naturales. Las puertas se habrían solas. El escaso mobiliario disperso aún en las diferentes habitaciones era apilado durante la noche por manos desconocidas. Pies invisibles subían y bajaban la escalera en pleno día, acompañados del crujir de vestidos de seda igualmente invisibles, y del deslizar de imperceptibles manos a lo largo de la imponente balaustrada. El guardia y su mujer afirmaron no querer vivir más tiempo en aquel lugar. El agente inmobiliario se rio, los despidió y puso a otros en su puesto. Los ruidos y las manifestaciones sobrenaturales continuaron. La historia se difundió por el vecindario, y la casa permaneció desocupada durante tres años. Varias personas trataron de alquilarla. Pero, de una forma u otra, antes de cerrar el trato se enteraban de los desagradables rumores y rehusaban concluir la operación.

Así estaban las cosas cuando mi patrona, que en aquel tiempo dirigía una casa de huéspedes en Bleecker Street y deseaba trasladarse más al centro de la ciudad, concibió la audaz idea de alquilar el número… de la calle Veintiséis. Como quiera que sus huéspedes éramos personas más bien animosas y sensatas, nos expuso su plan, sin omitir lo que había oído acerca de las características fantasmagóricas del edificio a donde deseaba que nos trasladásemos. A excepción de dos personas timoratas —un capitán de barco

y un diputado californiano, que nos notificaron de inmediato su marcha— los restantes huéspedes de la señora Moffat declaramos que la acompañaríamos en su caballeresca incursión en el reino de los espíritus.

La mudanza se llevó a cabo en el mes de mayo, y quedamos todos encantados con nuestra nueva residencia. La zona de la calle Veintiséis donde estaba situada nuestra casa, entre la Séptima y la Octava Avenida, es uno de los lugares más agradables de Nueva York. Los jardines traseros de las casas, que casi descienden hasta el Hudson, forman en verano una verdadera avenida cubierta de vegetación. El aire es puro y estimulante, dado que llega directamente de las colinas de Weehawken a través del río. Incluso en el descuidado jardín que rodea la casa, aunque en los días de colada muestre demasiados tendederos, ofrece no obstante un poco de césped que contemplar y un fresco refugio donde fumarse un cigarro en la oscuridad observando los destellos de las luciérnagas entre la crecida hierba.

Por supuesto, nada más instalarnos en el número… de la calle Veintiséis empezamos a esperar la aparición de los fantasmas. Aguardábamos su llegada con auténtica impaciencia. Nuestras conversaciones en la mesa versaban sobre lo sobrenatural. Uno de los huéspedes que había adquirido para su propio deleite *El lado oscuro de la naturaleza* de la señora Crowe[36], fue considerado enemigo público número uno del resto de la casa por no haber comprado veinte ejemplares más. El pobre llevó una vida tristísima mientras leía el libro. Estableciéndose una red de espionaje en torno suyo. Si tenía la imprudencia de dejar el libro por un instante y abandonar su habitación, nos apoderábamos inmediatamente de él y lo leíamos en voz alta en lugares secretos ante un auditorio selecto. No tardé en convertirme en un personaje importante cuando se descubrió que estaba bastante versado en el campo de lo

sobrenatural, y que en una ocasión había escrito un cuento cuyo protagonista era un fantasma. Si por casualidad crujía una mesa o un panel del zócalo de madera cuando estábamos reunidos en el amplio salón, inmediatamente hacíase el silencio, y todos esperábamos oír un rechinar y ver una figura espectral.

Después de un mes de tensión psicológica, nos vimos obligados a admitir de mala gana que no había sucedido nada que pareciese ni remotamente fuera de lo normal. En cierta ocasión, el mayordomo negro aseveró que una noche su vela había sido apagada de un soplo por un ser invisible mientras se desnudaba. Pero como yo había descubierto más de una vez a este caballero de color en un estado en el que una vela debía parecerle doble, supuse que, habiéndose excedido aún más en sus libaciones, podía haberse invertido el fenómeno y ahora no veía ninguna donde tenía que haber percibido una.

Así estaban las cosas cuando tuvo lugar un incidente tan espantoso e inexplicable que mi razón vacila con sólo recordarlo. Fue el diez de julio. Terminada la cena acudí al jardín con mi amigo el doctor Hammond para fumar mi acostumbrada pipa vespertina. Aparte de cierta afinidad intelectualmente el doctor y yo, nos unía el mismo vicio. Ambos fumábamos opio. Cada uno de nosotros conocía el secreto del otro y lo respetaba. Compartíamos esa maravillosa expansión del pensamiento, esa prodigiosa agudización de las facultades perceptivas, esa ilimitada sensación de existir que nos da la impresión de estar en íntimo contacto con el universo entero. En resumen, esa inimaginable dicha espiritual, que no cambiaría por un trono, pero que deseo, amable lector, que nunca jamas experimentes.

Aquellas horas de éxtasis proporcionado por el opio, que el doctor y yo pasábamos juntos en secreto, estaban

reguladas con precisión científica. No fumábamos irreflexivamente aquella droga paradisíaca, abandonando nuestros sueños al azar, sino que dirigíamos con cuidado nuestra conversación por los más luminosos y tranquilos cauces del pensamiento. Hablábamos de Oriente, procurando imaginar la magia de sus deslumbrantes paisajes. Comentábamos a los poetas más sensuales, aquellos que describían una vida saludable, rebosante de pasión, dichosa de poseer juventud, fuerza y belleza. Si hablábamos de *La Tempestad* de Shakespeare, nos concentrábamos en Ariel, enviado a Calibán. Al igual que los güebros[37], volvíamos nuestras miradas a Oriente, y sólo contemplábamos el aspecto risueño del universo.

El hábil colorido de nuestros pensamientos determinaba un tono adecuado a nuestras ulteriores visiones. Los esplendores de la mágica Arabia teñían nuestros sueños. Recorríamos esa angosta franja de verdor con paso majestuoso y porte real. El croar de la *Rana arbórea* al aferrarse a la corteza del áspero ciruelo parecía música celestial. Casas, paredes y calles se desvanecían como nubes de verano, y paisajes de indescriptible belleza se extendían ante nosotros. Era aquella una camaradería desbordante. Disfrutábamos más intensamente de aquellas inmensas delicias porque, aún en los momentos de mayor éxtasis, éramos conscientes de nuestra mutua presencia. Nuestros placeres, aunque individuales, eran sin embargo gemelos; vibraban y crecían en exacta armonía.

Durante la velada en cuestión, el diez de julio, el doctor y yo nos dejamos llevar por insólitas especulaciones metafísicas. Encendimos nuestras largas pipas de espuma de mar, repletas de exquisito tabaco turco, en medio del cual ardía una diminuta bola negra de opio que, como la nuez del cuento de hadas, encerraba en sus estrechos límites maravillas fuera del alcance de los reyes. Mientras

conversábamos, paseamos de un lado para otro. Una extraña perversidad dominaba el curso de nuestros pensamientos. Nos solían fluir estos por los luminosos cauces por los que tratábamos de encauzarlos. Por alguna inexplicable razón, se desviaban continuamente por oscuros y solitarios derroteros, donde las tinieblas habían sentado sus reales. En vano nos lanzábamos a las costas de Oriente, según la vieja costumbre, y evocábamos sus alegres bazares, el esplendor de la época de Harún, los harenes y los palacios dorados. Negros *ifrits*[38] surgían incesantemente de las profundidades de nuestra plática, y crecían, como aquel que el pescador liberó de la vasija de cobre[39], hasta oscurecer cuanto brillaba ante nuestros ojos. Insensiblemente cedimos a la fuerza oculta que nos dominaba, dejándonos levar por sombrías especulaciones. Llevábamos algún tiempo hablando de la tendencia al misticismo del espíritu humano y de la afición casi universal por lo atroz, cuando Hammond me dijo repentinamente:

—¿Qué es, a tu juicio, lo más terrorífico que existe?

La pregunta me desconcertó. Sabía que había muchas cosas espantosas. Tropezar con un cadáver en la oscuridad. O contemplar, como me sucedió a mí en cierta ocasión, a una mujer arrastrada por un abrupto y rápido río, agitando frenéticamente los brazos, con el rostro descompuesto, y lanzando chillidos que le partían a uno el corazón, en tanto que los espectadores permanecían paralizados por el terror, desde una venta a sesenta pies de altura, incapaces de hacer el más mínimo esfuerzo para salvarla, observando en silencio, no obstante, el último y supremo estertor de su agonía y su consiguiente desaparición bajo las aguas. Los restos de un naufragio, sin vida aparente a bordo, flotando indiferentemente en medio del océano, constituyen un espectáculo terrible, pues sugieren un terror descomunal de proporciones desconocidas. Por ello aquella noche por vez

primera se me ocurrió pensar que tenía que haber una suprema y primordial encarnación del miedo, un terror soberano ante el cual todos los demás deben rendirse. ¿Cuál podía ser? ¿A qué cúmulo de circunstancias podía deber su existencia?

—Te confieso, Hammond —respondí a mi amigo—, que hasta ahora nunca había considerado esa cuestión. Presiento que de haber algo más terrible que todo lo demás. Sin embargo, me resulta imposible definirlo, siquiera vagamente.

—A mí me ocurre algo parecido, Harry —contestó—. Presiento que soy capaz de experimentar un terror mayor que todo lo que la mente humana puede concebir; algo que combine, en espantosa y sobrenatural amalgama, elementos tenidos hasta ahora como incompatibles. El clamor de voces en *Wielan*, novela de Brockden Brown, es algo terrible. Lo mismo que la descripción del Morador del Umbral en *Zanoni*, de Bulder. Pero —añadió, agitando la cabeza melancólicamente— hay algo más horrible que todo eso.

—Escucha, Hammond —expliqué yo—, abandonemos este tipo de conversación, ¡por el amor de Dios!

—No sé lo que me pasa esta noche —me respondió—, pero por mi mente pasan toda clase de pensamientos misteriosos y espantosos. Me parece que es noche podría escribir un cuento como los de Hoffmann, si poseyera al menos un estilo literario.

—Bueno, si vamos a ponernos hoffmanescos en nuestra charla, me voy a la cama. El opio y las pesadillas no deben mezclarse nunca. ¡Qué sofoco! Buena noches Hammond.

—Buenas noches, Harry. Que tengas sueños agradables.

—Y tú, pájaro del mal agüero, que sueñes con *ifrits*, gules[40] y brujos.

Nos separamos y cada uno buscó su cámara respectiva. Me desvestí con presteza y me metí en la cama, cogiendo,

como de costumbre, un libro para leer un poco antes de dormirme. Abrí el volumen apenas hube apoyado la cabeza en la almohada, pero enseguida lo arrojé al otro extremo de la habitación. Se trataba de la *Historia de los monstruos*, de Goudon, una curiosa obra francesa que me habían enviado recientemente desde París, pero que, dado el estado de ánimo en que me encontraba, era la compañía menos indicada. Debí dormirme sin más; de modo que, bajando el gas hasta dejar solamente un resplandor azulado en lo alto del muro, me dispuse a descansar.

La habitación estaba completamente a oscuras. La débil llama que todavía permanecía encendida apenas alumbraba a una distancia de tres pulgadas en torno a la lámpara. Desesperadamente me tapé los ojos con un brazo, como para librarme incluso de la oscuridad, y traté de no pensar en nada. Todo fue inútil. Los malditos temas que Hammond había tratado en el jardín no cesaban de agitarse en mi cerebro. Luché contra ellos. Erigí murallas mentales, traté de poner en blanco mi mente a fin de mantenerlos alejados, pero seguían agolpándose sobre mí. Mientras yacía como un cadáver, con la esperanza de que una completa inactividad física aceleraría mi reposo mental, ocurrió un espantoso accidente. Algo pareció caer del techo sobre mi pecho y un instante después sentí que dos manos húmedas rodeaban mi garganta, intentando estrangularme.

No soy cobarde y además poseo una considerable fuerza física. Lo imprevisto del ataque, en lugar de aturdirme, templó al máximo mis nervios. Mi cuerpo reaccionó instintivamente antes de que mi cerebro tuviera tiempo de percatarse del horror de la situación. Inmediatamente rodeé con mis musculosos brazos a la criatura y la apreté contra mi pecho con toda la fuerza de la desesperación. En pocos segundos la huesudas manos que se aferraban a mi garganta aflojaron su presa y volví a respirar libremente.

Comenzó entonces una lucha atroz. Inmerso en la más profunda oscuridad, ignorando por completo la naturaleza de aquello que me había atacado tan repentinamente, sentí que la presa se me escapaba de las manos, aprovechando, según me pareció, su completa desnudez. Unos dientes afilados me mordían en los hombros, el cuello y el pecho, teniendo que protegerme la garganta, a cada momento, de un par de vigorosas y ágiles manos, que no lograba apresar ni con los mayores esfuerzos. Ante tal cúmulo de circunstancias, tenía que emplear toda la fuerza, la destreza y el valor de que disponía.

Finalmente, después de una silenciosa, encarnizada y agotadora lucha, logré abatir a mi asaltante a costa de una serie de esfuerzos increíbles. Una vez que los tuve inmovilizado, con mi rodilla sobre lo que consideré debía ser su pecho, comprendí que había vencido. Descansé unos instantes para tomar aliento. Oía jadear en la oscuridad a la criatura que tenía debajo y sentía los violentos latidos de su corazón. Por lo visto estaba tan exhausta como yo; eso fue un alivio. En ese momento recordé que antes de acostarme solía guardar bajo la almohada un pañuelo grande de seda amarilla. Inmediatamente lo busqué a tientas: allí estaba. En pocos segundos até de cualquier forma los brazos de aquella criatura.

Me sentía entonces bastante seguro. No tenía más que avivar el gas y, una vez visto quién era mi asaltante nocturno, despertar a toda la casa. Confesaré que un cierto orgullo me movió a no dar la alarma antes; quería realizar la captura yo solo, sin ayuda de nadie.

Sin soltar la presa ni un instante, me deslicé de la cama al suelo, arrastrando conmigo a mi cautivo. Sólo tenía que dar unos pasos para alcanzar la lámpara de gas. Los di con la mayor cautela, sujetando con fuerza a aquella criatura como en un torno de banco. Finalmente, el diminuto punto

de luz azulada que me indicaba la posición de la lámpara de gas quedó al alcance de mi mano. Rápido como el rayo, solté una mano de la presa y abrí todo el gas. Seguidamente me volví para contemplar a mi prisionero.

No es posible siquiera intentar definir la sensación que experimenté después de haber abierto el gas. Supongo que debí gritar de terror, pues en menos de un minuto se congregaron en mi habitación todos los huéspedes de la casa. Aún me estremezco al pensar en aquel terrible momento. ¡No vi nada! Tenía, si, un brazo firmemente aferrado en torno a una forma corpórea que respiraba y jadeaba, y con la otra mano apretaba con todas mis fuerzas una garganta tan cálida y, en apariencia, tan carnal como la mía; y, a pesar de aquella sustancia viva apresada entre mis brazos, de aquel cuerpo apretado contra el mío ¡no percibí absolutamente nada al brillante resplandor del gas! Ni siquiera una silueta, ni una sombra.

Aún ahora no acierto a comprender la situación en la que me encontraba. No puedo recordar por completo el asombroso incidente. En vano trata la imaginación de explicarse aquella atroz paradoja.

Aquello respiraba. Notaba su cálido aliento en mis mejillas. Se debatía con ferocidad. Tenía manos: me habían agarrado. Su piel era tersa como la mía. Aquel ser estaba ahí, pegado contra mí, firma como una piedra, y sin embargo ¡era completamente invisible!

Me sorprende que no me desmayara o perdiera la razón en el acto. Algún milagroso instinto debió sostenerme, porque, en lugar de aflojar mi presión en torno a aquel terrible enigma, el horror que sentí en aquel momento pareció darme nuevas fuerzas, y estreche mi presa con tanto vigor que sentí cómo se estremecía de angustia.

En aquel preciso momento, Hammond entró en mi habitación al frente del resto de los huéspedes. Apenas vio

mi rostro que, supongo, debía presentar un aspecto espantoso, se precipitó hacia mí gritando:

—¡Cielo santo, Harry! ¿Qué ha pasado?

—¡Hammond, Hammond! —exclamé—. Ven aquí. ¡Ah, es terrible! He sido atacado en mi cama por algo que tengo sujeto pero no puedo ver. ¡No puedo verlo!

Sobrecogido sin duda por el horror no fingido que se leía en mi rostro, Hammond dio dos pasos hacia delante con expresión anhelante y confusa. El resto de los visitantes prorrumpió en una risa entre dientes, perfectamente audible. Aquella risa contenida me puso furioso. ¡Reírse de un ser humano en mi situación! Era la peor de las crueldades. *Hoy* puedo comprender que el espectáculo de un hombre luchando violentamente contra, al parecer, el vacío, y pidiendo ayuda para protegerse de una visión, pudiera parecer ridículo. Pero *en aquel momento* fue tanta mi rabia contra aquel infame grupo de burlones que, si hubiera podido, les habría golpeado a todos allí mismo.

—¡Hammond, Hammond! —grité de nuevo con desesperación—. ¡Por el amor de Dios, ven en seguida! No puedo sujetar… esta cosa por mucho más tiempo. Me está venciendo. ¡Socorro! ¡Ayúdame!

—Harry —susurró Hammond acercándose a mí—. Has fumado demasiado opio.

—Te juro, Hammond, que no se trata de una alucinación —respondí, también en voz baja—. ¿No ves cómo sacude todo mi cuerpo de tanto como se agita? Si no me crees, convéncete por ti mismo. ¡Tócala!

Hammond avanzó y puso su mano en el lugar que yo le indiqué. Un insensato grito de horror brotó de sus labios ¡Lo había palpado!

De inmediato descubrió en algún rincón de mi habitación un trozo largo de cuerda y en seguida lo enrolló y lo ató en

torno al cuerpo del ser invisible que yo sujetaba entre mis brazos.

—Harry —dijo con voz ronca y temblorosa, pues, aunque conservaba su presencia de ánimo, estaba profundamente emocionado—. Harry, ahora ya está segura. Puedes soltarla si estas cansado, viejo amigo. Esta Cosa está inmovilizada.

Me encontraba completamente extenuado y abandoné gustoso mi presa.

Hammond sostenía los cabos de la cuerda con que había atado al ser invisible y los enrolló alrededor de su mano. Ante él podía contemplar, como si se sostuviera por sí misma, una cuerda entrelazada y apretada alrededor de un espacio vacío. Nunca he visto un hombre tan completamente afectado por el miedo. Sin embargo, su rostro expresaba todo el valor y la determinación que yo sabía que poseía. Sus labios, aunque pálidos, estaban firmemente apretados, y a simple vista se podía percibir que, aunque presa del miedo, no estaba intimidado.

La confusión que se produjo entre los demás huéspedes de la casa se fueron testigos de aquella extraordinaria escena entre Hammond y yo, que contemplaron la pantomima de atar a esa Cosa que forcejeaba y vieron casi desplomarse de agotamiento físico una vez terminada la tarea del carcelero, así como el terror que se apoderó de ellos al ver todo eso, son imposibles de describir. Los más débiles huyeron de la habitación. Los pocos que se quedaron, se agruparon cerca de la puerta y no pudimos convencerles para que se aproximaran a Hammond y su Carga. Por encima de su terror afloraba la incredulidad. No tenían el valor de cerciorarse por sí mismos y, sin embargo, dudaban. Fue inútil que rogase a algunos de aquellos que se acercaran y se convencieran por el tacto de la presencia en aquella habitación de un ser vivo e invisible. Eran escépticos pero no se atrevían a desengañarse. Se preguntaban cómo

era posible que un cuerpo sólido, vivo y dotado de respiración fuera invisible. He aquí mi respuesta: hice una señal a Hammond y ambos, vencimos nuestra tremenda repugnancia a tocar aquella criatura invisible, la levantamos del suelo, atada como estaba, y la llevamos a mi cama. Pesaba poco más o menos como un chico de catorce años.

—Ahora, amigos míos —dije, mientras Hammond y yo sosteníamos a la criatura en alto sobre la cama—, puedo darles una prueba evidente de que se trata de un cuerpo sólido y pesado que, sin embargo, no pueden ustedes ver. Tengan la bondad de observar con atención la superficie de la cama.

Me asombraba mi propio valor al tratar aquel extraño suceso con tanta serenidad, pero me había sobrepuesto al terror inicial y experimentaba una especie de orgullo científico que conminaba cualquier otro sentimiento.

Los ojos de los presentes se posaron inmediatamente en la cama. A una señal dada, Hammond y yo dejamos caer a la criatura. Se oyó el ruido sordo de un cuerpo pesado al caer sobre una masa blanda. Los maderos de la cama crujieron. Una profunda depresión quedo claramente marcada sobre la almohada y el colchón. Los testigos de aquella escena lanzaron un débil grito y huyeron rápidamente de la habitación. Hammond y yo nos quedamos solos con nuestro Misterio.

Durante algún tiempo permanecimos en silencio, escuchando la débil e irregular respiración de la criatura tendida en la cama, y observando cómo removía la ropa de la cama mientras luchaba vanamente por liberarse de las ataduras. Luego Hammond tomó la palabra.

—Harry, esto es espantoso.

—Sí, espantoso.

—Pero no inexplicable.

—¿Que no es inexplicable? ¿Qué quieres decir? No ha ocurrido nada parecido desde el origen del mundo. No sé qué pensar, Hammond. ¡Dios quiera que no haya enloquecido y que no sea esto una fantasía insensata!

—Razonemos un poco, Harry. Tenemos aquí un cuerpo sólido que podemos tocar pero no ver. El hecho es tan insólito que nos llena de terror. Sin embargo, ¿acaso no existen fenómenos similares? Tomemos un pedazo de cristal puro. Es tangible y transparente. Una cierta impureza en su composición química es lo único que impide que sea enteramente transparente, hasta el punto de tornarse del todo invisible. En realidad no es teóricamente imposible fabricar un cristal que no refleje ni siquiera un rayo de luz, un cristal tan puro y tan homogéneo en sus átomos que los rayos solares lo atraviesen como pasan a través del aire, es decir, refractados pero no reflejados. No vemos el aire y, sin embargo, lo sentimos.

—Todo eso está muy bien, Hammond, pero se trata de sustancia inanimadas. El cristal no respira y el aire tampoco. Esta cosa tiene un corazón que late, la voluntad que la mueve, pulmones que funcionan, que aspiran y respiran.

—Te olvidas de los fenómenos de que tanto hemos oído hablar últimamente —respondió el doctor gravemente—. En las reuniones llamadas «espiritistas», manos invisibles han sido tendidas a las personas sentadas en torno a la mesa; manos cálidas, carnales, en las que parecía palpitar la vida.

—¿Cómo? ¿Crees tú, entonces, que esta cosa es…?

—Ignoro lo que pueda ser —fue la solemne respuesta—. Pero, el cielo lo permita, con tu ayuda la investigaré a fondo.

Velamos juntos toda la noche, fumando sin parar, a la cabecera de aquel ser sobrenatural que no cesó de agitarse y jadear hasta quedar, al parecer, extenuado. Luego, según pudimos deducir por su débil y regular respiración, se quedó dormido.

A la mañana siguiente toda la casa estaba en movimiento. Los huéspedes se congregaron en el umbral de mi habitación; Hammond y yo nos habíamos convertido en celebridades. Tuvimos que contestar a miles de preguntas acerca del estado de nuestro extraordinario prisionero, pero nadie salvo nosotros consintió en poner los pies en el cuarto.

La criatura estaba despierta. Era evidente por la manera convulsiva con que agitaba las ropas de la cama en su esfuerzo por liberarse. Era evidentemente horrendo contemplar las muestras indirectas de aquellas terribles contorsiones y aquellos angustiosos forcejeos invisibles.

Hammond y yo habíamos estrujado nuestros cerebros durante esta larga noche a fin de encontrar algún medio que nos permitiese averiguar la forma y el aspecto general de aquel Enigma. Por lo que pudimos deducir pasando nuestras manos a lo largo de la criatura, sus contornos y sus rasgos eran humanos. Tenía boca, una cabeza lisa y redonda sin pelo, una nariz que, empero, sobresalía apenas de las mejillas, y manos y pies como los de un muchacho. Al principio pensamos colocar aquel ser sobre una superficie lisa y trazar su contorno con tiza, del mismo modo que los zapateros trazan el contorno de un pie. Pero desechamos este plan por insuficiente. Un dibujo de esa clase no nos proporcionaría ni la más ligera idea de su conformación.

Se me ocurrió una idea feliz. Sacaríamos un molde en escayola. Con ello obtendríamos su figura exacta, u satisfaríamos todos nuestros deseos. Pero ¿cómo hacerlo? Los movimientos de la criatura impedían en modelado de la envoltura plástica y destruirían el molde. Tuve otra idea. ¿Por qué no cloroformizarla? Tenía órganos respiratorios, era evidente por sus resoplidos. Una vez insensibilizada, podríamos hacer con ella lo que quisiéramos.

Mandamos llamar al doctor X, y cuando aquel respetable médico su hubo repuesto de su primer estupor, él mismo

procedió a administrar el cloroformo. Tres minutos después pudimos quitar las ligaduras del cuerpo de aquella criatura, y un modelista se dedicó afanosamente a cubrir su invisible figura con arcilla húmeda. Cinco minutos más tarde teníamos un molde, y antes de la noche, una tosca reproducción del Misterio. Tenía forma humana; deforme, grotesca y horrible, pero al fin y al cabo humana. Era pequeño: no sobrepasaba los cuatro pies y algunas pulgadas, y sus miembros revelaban un desarrollo muscular sin parangón. Su rostro superaba en fealdad a todo cuanto yo había visto hasta entonces. Ni Gustave Doré, ni Callot, ni Tony Johannor concibieron nunca algo tan horrible. En una de las ilustraciones de este último para *Un voyage où il vous plaira*[41], hay un rostro que puede dar una idea aproximada del semblante de esta criatura, aun sin igualarlo. Era la fisonomía que yo hubiera imaginado para un gul. Parecía capaz de alimentarse de carne humana.

Una vez satisfecha nuestra curiosidad, y después de haber exigido a los demás huéspedes que guardaran el secreto, se planteó la cuestión de qué haríamos con nuestro Enigma. Era imposible conservar en casa algo tan horroroso, pero no se podía siquiera pensar en dejar suelto por el mundo un ser tan espantoso. Confieso que hubiera votado gustosamente por la destrucción de esa criatura. Pero ¿quién asumirá la responsabilidad? ¿Quién se encargaría de la ejecución de ese horrible remedo de ser humano? Día tras día discutimos seriamente de la cuestión. Todos los huéspedes abandonaron la casa. La señora Mofftat estaba desesperada y nos amenazó a Hammond y a mi con denunciarnos si no hacíamos desaparecer aquella Abominación. Nuestra respuesta fue:

—Nos iremos si este es su deseo, pero nos negamos a llevarnos con nosotros esta criatura. Hágala desaparecer

usted, si lo desea. Apareció en su casa. Queda bajo su responsabilidad.

Naturalmente no hubo respuesta. La señora Moffat no logró encontrar a nadie que, por compasión o interés, osara a acercarse al Misterio.

Lo más extraño de todo este asunto era que ignorábamos por completo cómo se alimentaba habitualmente aquella criatura. Pusimos ante ella todos los alimentos que se nos ocurrió, pero nunca los tocó. Resultaba espantoso estar junto a ella, día tras día, viendo agitarse las sábanas, oyendo su difícil respiración y sabiendo que se estaba muriendo de hambre.

Pasaron diez, doce, quince días y todavía continuaba viviendo. Sin embargo, los latidos de su corazón se debilitaban día a día y casi se habían detenido. Era evidente que la criatura se estaba muriendo por falta de alimento. Mientras duró aquella terrible lucha agónica me sentí fatal. No podía dormir. Por muy horrible que fuera aquella criatura, era penoso pensar en los tormentos que estaba sufriendo.

Finalmente murió. Una mañana Hammond y yo la encontramos fría y rígida sobre la cama. Su corazón había dejado de latir, y sus pulmones de respirar. Nos apresuramos a enterrarla en el jardín. Fue un extraño entierro arrojar aquel cadáver invisible a la húmeda fosa.

Doné el molde de su cuerpo al doctor X, que lo conserva todavía en su museo de la calle Décima.

He escrito este relato del suceso más insólito del que he tenido conocimiento, porque estoy a punto de emprender un largo viaje del que nunca regresaré.

NOTA.— Se rumoreaba que los propietarios de un museo muy conocido de la ciudad habían llegado a un acuerdo con el doctor X para exhibir ante el público la singular figura que el señor Escott había inmortalizado en escayola. Una historia

tan extraordinaria como ésta no puede pasar desapercibida ante el mundo.

Juicio por asesinato

Charles Dickens

(1865)

He notado siempre una falta de valor muy preponderante, incluso en personas de inteligencia y cultura superiores, para comentar las experiencias psicológicas propias cuando han sido de índole extraña. Casi todos los hombres temen que lo relatado en tal línea carezca de paralelo o respuesta en la vida interna del oyente, y pudiera provocar suspicacias o risas. Un viajero veraz, que hubiera visto alguna criatura extraordinaria del tipo de una serpiente marina, ningún miedo sentiría de mencionarlo; pero ese mismo viajero, tras algún presentimiento, impulso, extravagancia del pensamiento, visión (por así llamarla), sueño u otra impresión mental sobresaliente y singular, dudaría considerablemente antes de aceptar haberla tenido. Atribuyo a tal reticencia gran parte del silencio que rodea a esos temas. No es habitual que comuniquemos nuestras experiencias con esos acontecimientos subjetivos como lo hacemos con nuestras experiencias de origen objetivo. Es consecuencia de esto que el fondo general de experiencias habidas en ese campo aparezca como excepcional (y que en realidad lo sea), en el sentido de presentarse lamentablemente imperfecto.

En lo que estoy por relatar ninguna intención tengo de proponer una teoría cualquiera, oponerme a ella o darle apoyo. Conozco la historia del librero de Berlín, estudié el caso de la esposa del finado astrónomo real, según relato de sir David Brewster, y he seguido en sus menores detalles el caso mucho más notable de la ilusión espectral, ocurrido en el círculo privado de mis amigos. En lo que toca a esto

último, quizás sea necesario aclarar que la víctima (una dama) en ningún grado, no importa cuán remoto, era mi pariente. Una suposición errónea al respecto pudiera sugerir una explicación para una parte de mi caso —aunque sólo para una parte—, explicación que del todo carecería de fundamento. No se le puede relacionar con alguna peculiaridad heredada, ni tampoco tuve jamás experiencia similar y jamás a partir de entonces volví a tener otra.

No viene al caso precisar hace cuántos años, sean muchos o pocos, se cometió en Inglaterra un crimen que atrajo mucho la atención. Es suficiente lo que oímos de asesinos que en sucesión alcanzan un lugar de execrable eminencia, y con gusto, de poderlo hacer, enterraría toda memoria de este ser brutal en lo específico, tal como su cuerpo se halla enterrado en la cárcel de Newgate. De propósito me abstengo de dar cualquier indicio sobre la identidad de este asesino.

Al descubrirse el crimen, ninguna sospecha cayó —o más bien debiera decir, porque conviene ser muy preciso en los hechos, que en ningún sitio se insinuó públicamente que cayera sospecha alguna— sobre el hombre que más tarde fue llevado a juicio. Como por entonces ninguna referencia acerca de él se hizo en la prensa, obviamente resulta imposible que en aquel tiempo se diera en los periódicos su descripción. Es esencial que se recuerde este hecho.

Al abrir, durante el desayuno, mi periódico matutino, donde se daba razón de aquel descubrimiento, encontré el caso muy interesante y leí todo con suma atención. Y lo leí dos veces, si no es que tres. El descubrimiento ocurrió en un dormitorio y, cuando dejé a un lado el periódico, tuve un destello, un amago, un flujo, un no sé cómo llamarlo —pues ninguna palabra que conozca es lo bastante descriptiva— en que me pareció ver que el dormitorio pasaba a lo ancho de mi habitación, como un cuadro imposiblemente pintado

sobre un río en movimiento. Aunque casi instantáneo en su aparición, fue muy claro; tan claro que con toda nitidez, y con una sensación de alivio, observé que el cadáver no estaba sobre la cama.

No fue un lugar romántico aquel en el que tuve esta sensación curiosa, sino en ciertas habitaciones de Piccadilly, casi en la esquina con la calle Saint James. Se trató de algo totalmente nuevo para mí. Estaba en mi sillón, y la sensación vino acompañada de un temblor peculiar, que desplazó al mueble de su lugar. (Aunque debe comentarse que el sillón se mueve con facilidad debido a sus ruedecillas). Me acerqué a una de las ventanas (hay dos en la habitación, que está en un segundo piso) para descansar los ojos en los objetos que por Piccadilly pasaban. Era una clara mañana de otoño, y la calle se veía brillante y alegre. Había un viento fuerte; cuando miraba hacia afuera, trajo desde el parque un cierto número de hojas secas, que una ráfaga tomó e hizo girar en una columna. Al cesar el viento y dispersarse las hojas, vi a dos hombres en la acera opuesta, que iban del oeste al este, uno detrás del otro. El de adelante miraba a menudo por encima del hombro. El segundo lo seguía, a unos treinta pasos de distancia, con la mano derecha levantada en gesto amenazador. Al principio, la singularidad y constancia de aquel gesto, en un lugar tan público, atrajeron mi atención; luego, la circunstancia incluso más sorprendente de que nadie hiciera caso. Ambos hombres se abrían paso entre los transeúntes con una facilidad que difícilmente se adecuaba al acto mismo de caminar por un pavimento. Ninguna criatura, hasta donde me era posible comprobarlo, se hacía a un lado, los tocaba o los seguía con la vista. Al pasar ante mi ventana, los dos me miraron. Distinguí sus rostros con toda nitidez, y supe que los reconocería en cualquier sitio. No que hubiera notado conscientemente algo de peculiar en ellos, excepto que el

primer hombre tenía un desusado gesto de preocupación y la cara de quien lo seguía el color de la cera impura.

Soy soltero; mi ayuda de cámara y su esposa componen todo mi servicio doméstico. Trabajo en una sucursal bancaria, y ojalá que los deberes como cabeza de mi departamento fueran tan ligeros como popularmente se supone. Por culpa de ellos me hallaba en la ciudad aquel otoño, cuando tanto necesitaba un cambio. No estaba enfermo, pero tampoco me sentía bien. Mis lectores deducirán lo más que deducir puedan razonablemente de aquella sensación de saciedad, de aquel estado de depresión porque sentía llevar una vida monótona y por encontrarme «ligeramente dispéptico». Mi médico, profesionista de renombre, asegura que mi estado real de salud en aquellos momentos no justifica una descripción más severa, y cito de la respuesta enviada por escrito cuando le solicité información.

Según se fueron descubriendo las circunstancias del crimen, este se posesionó cada vez con mayor firmeza del interés público, pero lo mantuve alejado de mi mente, enterándome de ellas lo menos posible en medio de aquella excitación universal. Supe, sin embargo, que contra el sospechoso del crimen se había dictado una acusación de asesinato premeditado, y que se lo había enviado a Newgate para procesarlo. También supe que en una sesión de la Corte Criminal Central se había pospuesto el juicio con base en la existencia de un prejuicio general y porque la defensa no había tenido tiempo de prepararse. Quizás incluso haya sabido, aunque no lo creo, la fecha cierta o aproximada en que se llevarían a cabo las sesiones dedicadas al juicio.

Mi sala de estar, mi dormitorio y mi vestidor se encuentran en el mismo piso. No puede llegarse al último sino a través del dormitorio. Cierto que en él hay una puerta, en tiempos empleada para llegar a la escalera; pero —desde

hace algunos años— la cruzan varias instalaciones relacionadas con mi cuarto de baño. Por aquel entonces, y como parte del mismo arreglo, clavaron y tapiaron la puerta.

Una noche, ya tarde, estaba en mi dormitorio dándole ciertas instrucciones a mi sirviente antes de que se retirara. Daba yo la cara a la única puerta de comunicación con el vestidor, que se encontraba cerrada. Mi sirviente estaba de espaldas a ella. Mientras hablaba con él, vi que la abrían y un hombre se asomaba y, de modo muy encarecido y misterioso, me llamaba con un ademán. Era el segundo de los dos que pasaran por Piccadilly, aquel con un rostro color de cera impura.

Terminado el ademán, la figura desapareció, cerrando la puerta. Sin mayor dilación que la necesaria para cruzar el dormitorio, abrí la puerta del vestidor y miré adentro. Llevaba en la mano una bujía encendida. En mi interior no esperaba ver aquella figura allí, y no la vi.

Consciente de que mi criado me miraba con asombro, me volví hacia él y dije…

—¿Podrías creerme, Derrick, que ahora mismo, y en mis cabales, creí ver…?

Al tiempo que ponía mi mano sobre su pecho, lo sentí temblar violentamente, y me contestó:

—¡Ah, por Dios, señor, sí! ¡Un hombre muerto llamando con un gesto!

Ahora bien, no creí que John Derrick, mi fiel y adicto sirviente por más de veinte años, tuviera impresión alguna de haber visto tal figura hasta que lo toqué. Al hacerlo fue tan sorprendente el cambio en él ocurrido, que ninguna duda tengo que en ese momento mismo, y de alguna manera oculta, obtuvo de mí aquella impresión.

Le pedí que trajera brandy, le di un trago y con alegría tomé otro yo mismo. De lo ocurrido antes del fenómeno presenciado aquella noche ni una palabra le dije. Al

reflexionar, quedé absolutamente convencido de que nunca antes, excepto por la ocasión en Piccadilly, había visto esa cara. Al comparar su expresión cuando me llamaba desde la puerta con la otra cuando me miró estando yo a la ventana, llegué a la conclusión de que, en la primera ocasión, había buscado quedar en mi memoria, asegurándose en la segunda de que lo recordaría de inmediato.

No pasé una noche muy tranquila, aunque tenía la certidumbre, difícil de explicar, de que la figura no volvería. Hacia el amanecer caí en un sueño profundo, del que me despertó John Derrick al ponerme en la mano una hoja de papel.

Al parecer, ese papel había sido motivo de un altercado ocurrido a la puerta entre el mensajero y mi sirviente. Era un citatorio para que me presentara, como jurado, en las próximas sesiones de la Corte Criminal Central, en Old Bailey. Jamás antes me habían citado en tal calidad, como bien lo sabía John Derrick. Creía —y sigo sin saber con cuánta razón o sin ella— que la costumbre era elegir ese tipo de jurados entre personas menos calificadas que yo en lo social, y de principio me había rehusado a aceptar el citatorio. El hombre encargado de traerlo se tomó las cosas con mucha tranquilidad. Dijo que en nada le incumbía mi asistencia o mi ausencia; allí estaba el citatorio y la decisión que yo tomara a mí me afectaría, no a él.

Por uno o dos días estuve indeciso si responder al llamado o pasarlo por alto. Ninguna conciencia tenía de que hubiera la más ligera presión, influencia o atracción en una u otra dirección. Estoy tan seguro de ello como de cualquier otra afirmación aquí hecha. Al final de cuentas decidí ir, para romper la monotonía de mi vida.

La fecha señalada era una cruda mañana de noviembre. Había en Piccadilly una densa bruma parda que, al este de Temple Bar, se volvió definitivamente negra y de lo más

opresiva. Encontré los pasillos y las escaleras de la corte brillantemente alumbrados con luces de gas y la corte iluminada de igual manera. *Creo* que, hasta no verme conducido por los funcionarios a la Old Court y verla atiborrada, no supe que se juzgaría al Asesino, aquel día. *Creo* que, hasta no entrar con dificultades considerables en ella, no supe en cuál de las dos cortes dispuestas me tocaba actuar. Pero no debe tomarse esto como una afirmación definitiva, pues en mi mente no estoy del todo satisfecho respecto a ninguno de esos puntos.

Me senté en el lugar destinado a los jurados en espera, y miré a mi alrededor hasta donde me lo permitía la densa nube de niebla y aliento condensado que allí había. Me di cuenta del negro vapor que, como una cortina lóbrega, colgaba por fuera de las grandes ventanas, y me di cuenta del apagado rumor de ruedas sobre la paja o la casca dispersada por la calle; también noté el murmullo de la gente reunida allí, murmullo en ocasiones roto por un silbido agudo o por una canción o grito más fuerte que los demás. Poco después entraron los jueces, dos de ellos, y ocuparon sus lugares. Se acalló impresionantemente el bisbiseo de la sala. Se dieron órdenes de traer al Asesino. Apareció este. En el acto reconocí en él al primero de los dos hombres que pasaron por Piccadilly.

De haberse pronunciado entonces mi nombre, dudo que hubiera podido responder en voz audible. Pero lo mencionaron en sexto u octavo lugar, y para entonces pude decir: «¡Presente!» Ahora bien, atiendan a esto. Cuando pasé al estrado de jurados el prisionero, que había estado observándolo todo con atención, pero sin señales de preocupación, se agitó violentamente y llamó a su abogado. Su deseo de rechazarme como jurado era tan evidente, que provocó una pausa, durante la cual el defensor, con la mano en la barra, estuvo hablando en voz baja con su cliente y

sacudiendo la cabeza. Más tarde supe de ese caballero que las primeras palabras de pánico dichas por el prisionero habían sido: «¡A toda costa rechace ese jurado!» Pero no se hizo así, pues el prisionero carecía de razones para pedirlo y admitió no conocer ni siquiera mi nombre hasta no oírlo pronunciar allí y verme aparecer.

Tanto por los motivos ya explicados, que deseo evitar revivir la malsana memoria de aquel Asesino, como porque de ninguna manera es indispensable a mi relato una explicación detallada de aquel largo juicio, me limitaré en gran medida a los incidentes ocurridos los diez días y noches que nosotros, los del jurado, estuvimos juntos, directamente relacionados con mi extraña y personal experiencia. Es en esta que deseo interesar a mis lectores, no en el Asesino. Es para ella, y no para una página de *The Newgate Calendar*, que solicito atención.

Se me eligió presidente del jurado. La segunda mañana del juicio, tras dos horas de haberse estado tomando declaraciones (escuché sonar el reloj de la iglesia), al pasear la vista por mis compañeros tropecé con una inexplicable dificultad al contarlos. Lo hice varias veces, siempre con el mismo tropiezo: en pocas palabras, había uno de más.

Toqué al jurado cuyo lugar estaba junto al mío y le susurré:

—Hágame el favor de contarnos.

Pareció sorprendido por la petición, pero volvió la cabeza y contó.

—¡Caramba —dijo de pronto—, somos tre… Pero no, eso es imposible. No, somos doce!

De acuerdo con mis cálculos de aquel día, siempre éramos el número correcto contados en lo individual, y sin embargo, siempre resultaba uno de más vistos en grupo. No había ninguna presencia —ninguna figura— que explicara

aquello; pero tenía yo el presentimiento de la figura que con toda seguridad aparecería.

El jurado estaba alojado en la London Tavern. Todos dormíamos en una habitación grande, en camas separadas, y siempre estábamos al cuidado y bajo la vigilancia del oficial encargado de nuestra seguridad. No veo razón para ocultar el nombre verdadero de ese funcionario, quien era una persona inteligente, sumamente cortés, servicial y (me alegré enteramente de ello) muy respetada en la ciudad. Era de presencia agradable, vista aguda, negras y envidiables patillas y una voz sonora y modulada. Se llamaba Harker.

Cuando por la noche nos metíamos en nuestras doce camas, la del señor Harker quedaba atravesada en la puerta. La noche del segundo día, no sintiendo deseos de acostarme y viendo al señor Harker sentado en su cama, me puse a su lado y le ofrecí un pellizco de rapé. En el momento mismo en que, al tomar el rapé de mi caja, su mano tocó la mía, pasó por él un temblor extraño y dijo: «¿Y quién es aquel?»

Al seguir la mirada del señor Harker a lo largo de la habitación, vi la figura que esperaba: el segundo de los dos hombres que pasaron por Piccadilly. Me levanté y avance unos pasos. Luego me detuve y me volví hacia Harker. Nada le preocupaba ya, reía y dijo de modo placentero:

—Por un momento creí que teníamos un decimotercer jurado sin cama. Pero veo que fue la luna.

Sin revelarle nada, pero invitándolo a caminar conmigo hasta el otro extremo de la habitación, observé lo que hacía la figura. Se detuvo por unos instantes a la cabecera de cada uno de mis once compañeros de jurado. Siempre iba al lado derecho de la cama, y siempre pasaba a la siguiente cruzando por los pies. Parecía, dado el movimiento de la cabeza, simplemente mirar pensativa a cada una de las figuras yacentes. Ningún caso me hizo y ninguna atención prestó a mi cama que era la más cercana a la del señor

Harker. Pareció salir por donde la luna entraba, a través de una ventana elevada, como si subiera por una escalera aérea.

Al día siguiente, durante el desayuno, pareció que todos los presentes, excepto el señor Harker y yo mismo, hubieran soñado la noche anterior con el hombre asesinado.

Me sentí entonces tan convencido de que el segundo hombre que pasara por Piccadilly era el asesinado (por así decirlo), como si su testimonio directo me lo hubiera hecho comprender. Pero incluso esto último vino a suceder, y de un modo para el cual no me encontraba preparado.

En el quinto día del juicio, cuando el fiscal estaba por cerrar su presentación del caso, se trajo como prueba una miniatura del asesinado, cuya falta se notó en la habitación de este al descubrirse el crimen y que, más tarde, apareció en un escondite donde se había visto al Asesino cavar. Identificada por el testigo sujeto a examen, pasó luego al tribunal y después al jurado, para su inspección. Cuando un funcionario en toga negra se encaminaba a mí, de la multitud surgió con ímpetu la figura del segundo hombre que había pasado por Piccadilly, tomó la miniatura de manos del funcionario y me la dio con las suyas propias, diciéndome a la vez con tono grave y hueco, antes de que pudiera yo ver la miniatura, que estaba en un medallón:

—*Era más joven entonces, y mi rostro no estaba exangüe*.

La figura se interpuso asimismo entre mí y el jurado a quien habría pasado la miniatura, y entre él y el jurado a quien la habría pasado, y así con todos los allí sentados, hasta que la miniatura volvió a mi posesión. Sin embargo, ninguno de ellos notó lo sucedido.

A la hora de comer, y por lo general cuando nos encontrábamos encerrados juntos bajo la custodia del señor Harker, desde el comienzo habíamos comentado mucho,

como era natural, los sucesos del día. Aquella quinta jornada, cerrado el caso por parte del fiscal y teniendo ante nosotros su perspectiva en forma cabal, nuestra plática fue bastante más animada y grave. Entre nosotros estaba un sacristán —el idiota más cerrado que en el mundo haya visto suelto—, quien respondía a las pruebas más claras de comprender con las objeciones menos pertinentes, y a quien hacían coro dos blanduzcos parásitos de parroquia. Los tres habían sido elegidos para jurados en un distrito tan asolado por la fiebre, que deberían haber estado sujetos a juicio culpados de quinientos asesinatos. Cuando estos cabezas de chorlito malévolos discutían con mayor fuerza, hacia aquello de la medianoche, y mientras algunos de nosotros nos preparábamos para meternos en cama, volví a ver al asesinado. Permanecía con aire torvo detrás de ellos, llamándome con un ademán. En cuanto me acerqué e intervine en la conversación, de inmediato se retiró. Fue aquello el comienzo de una serie de apariciones separadas, que se limitó a la gran habitación en la cual *estábamos* confinados. En cuanto un grupo de mis compañeros unían sus cabezas para hablar, allí veía la del asesinado. En cuanto, al comparar notas, parecían ir en contra suya, solemne e irresistiblemente me llamaba con un gesto.

Se recordará que hasta la presentación de la miniatura, en el quinto día del juicio, nunca había visto a la Aparición en la corte. Tres cambios ocurrieron cuando la defensa comenzó a presentar su caso. Mencionaré primero dos de ellos juntos. La figura no aparecía en la corte continuamente, y nunca se dirigió entonces a mí, sino siempre a la persona que en ese momento estuviera hablando. Por ejemplo, habían cortado de uno a otro lado el cuello del asesinado. En la intervención con que abrió la defensa se sugirió que el propio difunto se había cortado la garganta. Justo en ese instante la figura, con el cuello en

aquella terrible condición descrita (y que hasta entonces había ocultado), se detuvo al lado de quien hablaba, indicando la herida con un movimiento de uno a otro lado de su gaznate, unas veces con la mano derecha y otras con la mano izquierda, sugiriendo vigorosamente al hablante la imposibilidad de hacerse tal herida con alguna de las dos manos. He aquí otro ejemplo: una mujer, llamada para testimoniar sobre el carácter del prisionero, declaró que era este el hombre más bondadoso del mundo. En aquel instante mismo la figura se detuvo frente a ella, la miró de lleno a la cara y, con brazo extendido y dedo indicador, señaló la fisonomía malévola del prisionero.

El tercer cambio, del que ahora paso a hablar, me impresionó como el más notable y sorprendente de los tres. No elucubraré al respecto; lo describiré con precisión y no haré más. Aunque aquellos a quienes se dirigía la Aparición no la percibían, su proximidad a esas personas provocaba invariablemente en ellas algún signo de perturbación. Me parecía que leyes a las cuales no me veía sujeto le impedían revelarse plenamente a otros y, pese a ello, que podía entrar en sus mentes invisible, muda y oscuramente. Cuando el representante principal de la defensa sugirió la hipótesis de un suicidio y la figura se puso al lado de este erudito caballero, serruchando con gesto espantoso su cortado cuello, es indudable que el abogado titubeó en su elocución, perdió por unos segundos el hilo de su ingenioso discurso, se limpió la frente con el pañuelo y se puso sumamente pálido. Cuando la mujer que testimoniara sobre el carácter del acusado quedó frente a la Aparición, no hay duda de que su vista siguió la dirección indicada por el dedo y se posó con grandes titubeos e inquietudes sobre el rostro del prisionero. Bastarán dos ejemplos más. El octavo día del juicio, tras la pausa que diariamente se nos concedía a principios de la tarde, para que tuviéramos unos minutos de

descanso y refresco, volví a la corte con el resto del jurado unos minutos antes de regresar los jueces. De pie en nuestro lugar y mirando a mi alrededor, pensé que la figura no se encontraba allí, hasta que, al levantar por casualidad la vista hacia la galería, la vi inclinada hacia adelante, apoyada sobre una mujer de aspecto muy honesto, como tratando de averiguar si los jueces estaban ya en su lugar. Casi de inmediato la mujer lanzó un grito, se desmayó y fue conducida fuera. Lo mismo ocurrió con el venerable, sagaz y paciente juez que dirigía el juicio. Terminada la presentación del caso, cuando preparaba sus papeles para resumir la situación, el asesinado, entrando por la puerta de jueces, avanzó hasta el escritorio de su señoría y miró ansiosamente, por encima del hombro, a las páginas de notas que el juez leía. En el rostro de este ocurrió un cambio; su mano se detuvo; por él pasó aquel temblor que tan bien conocía yo; balbuceó entonces: «Perdónenme por unos momentos, caballeros; estoy un poco mareado por lo viciado del aire.» Y no se recobró hasta haber bebido un vaso de agua.

A todo lo largo de la monotonía de seis de aquellos diez días interminables —los mismos jueces y otros más en la tribuna, el mismo Asesino en el banquillo de acusados, los mismos abogados a la mesa, el mismo tono en las preguntas y respuestas que subían hasta el cielo raso de la corte, el mismo arañar de la pluma del juez, los mismos ujieres entrando y saliendo, las mismas luces encendidas a la misma hora cuando no había ya luz natural, la misma cortina de niebla por fuera de las grandes ventanas cuando estaba nublado, el mismo golpeteo y goteo de la lluvia en días lluviosos, las mismas huellas de carceleros y prisioneros día tras día sobre el mismo aserrín, las mismas llaves abriendo y cerrando las mismas puertas pesadas—, a todo lo largo de aquella monotonía tediosa que me hacía sentir

como si hubiera sido presidente del jurado por un vasto lapso, que Piccadilly había florecido a la par que Babilonia, el asesinado jamás perdió a mis ojos lo más mínimo de nitidez; tampoco fue nunca menos nítido que los demás. No debo omitir, como hecho ocurrido, que ni una sola vez vi a la Aparición, a la que he dado el nombre de Asesinado, mirar al Asesino. Una y otra ocasión me pregunté: «¿Por qué no lo hace?» Nunca sucedió.

Tampoco volvió a mirarme, una vez presentada la miniatura, hasta los minutos finales del juicio. Faltando siete minutos para las diez de la noche, nos retiramos a deliberar. El sacristán idiota y sus dos parásitos nos dieron tantos problemas, que dos veces regresamos a la sala para pedir que se volvieran a leer ciertas partes de las notas del juez. Ninguna duda teníamos nueve de nosotros respecto a esos párrafos; tampoco la tenía, creo yo, nadie de la sala; sin embargo, aquel triunvirato de badulaques, sin más idea que la de obstaculizarlo todo, los objetaban por esa misma razón. Por fin logramos imponernos y el jurado volvió a la corte a las doce y diez.

En aquel momento el Asesinado se encontraba al otro lado de la corte, justo frente a la tribuna del jurado. Al colocarme en mi lugar, sus ojos se posaron en mí con gran atención; parecía satisfecho y lentamente extendió por encima de su cabeza y todo el cuerpo un gran velo gris, que por primera vez llevaba en el brazo. Al anunciar yo el veredicto de «culpable» el velo se derrumbó, todo desaparecía y el lugar quedaba vacío.

El Asesino al preguntar el juez, de acuerdo con la costumbre, si tenía algo que decir antes de escuchar su sentencia de muerte, sin claridad ninguna murmuró algo que, a la mañana siguiente, los principales diarios describieron como «unas cuantas palabras divagadoras, incoherentes y audibles a medias, en las que pareció

quejarse de no haber tenido un juicio imparcial, pues el presidente del jurado estaba predispuesto en su contra». Sin embargo, he aquí la sorprendente declaración que en verdad hizo: «Su Señoría, me supe un hombre condenado cuando el presidente del jurado llegó a la tribuna. Su Señoría, supe entonces que no me dejaría escapar porque, antes de que me apresaran, de alguna manera llegó hasta mi cabecera durante la noche, me despertó y puso alrededor de mi cuello una soga.»

Un sueño[42]

Iván Turguéniev

(1876)

Traducción de Isabel de Vicente

I

Yo vivía entonces con mi madre en una pequeña ciudad del litoral. Había cumplido diecisiete años y mi madre no llegaba a los treinta y cinco: se había casado muy joven. Cuando falleció mi padre yo tenía solamente seis, pero lo recordaba muy bien. Mi madre era una mujer más bien bajita, rubia, de rostro encantador aunque eternamente apenado, voz apagada y cansina y movimientos tímidos. De joven había tenido fama por su belleza, y hasta el final de sus días fue atractiva y amable. Yo no he visto ojos más profundos, más dulces y tristes, cabellos más finos y suaves; no he visto manos más elegantes. Yo la adoraba y ella me quería… No obstante, nuestra vida transcurría sin alegría: se hubiera dicho que un dolor oculto, incurable e inmerecido, consumía permanentemente la raíz misma de su existencia. La explicación de aquel dolor no estaba sólo en el duelo por mi padre, aun cuando fuese muy grande, aun cuando mi madre lo hubiera amado con pasión, aun cuando honrara piadosamente su memoria… ¡No! Allí se ocultaba algo más que yo no entendía, pero que llegaba a percibir, de modo confuso y hondo, apenas me fijaba fortuitamente en aquellos ojos apacibles y quietos, en aquellos maravillosos labios, también quietos, aunque no contraídos por la amargura, sino como helados de por vida.

He dicho que mi madre me quería; sin embargo, había momentos en que me rechazaba, en que mi presencia le pesaba, se le hacía insoportable. Experimentaba ella entonces una especie de involuntaria repulsión hacia mí, de la que se espantaba luego, pagándola con lágrimas y estrechándome sobre su corazón. Yo cargaba la culpa de estos intempestivos brotes de hostilidad a la alteración de

su salud y a su desgracia… Verdad es que estas sensaciones hostiles podían haber sido provocadas, hasta cierto punto, por unos extraños arrebatos de sentimientos malignos y criminales, incomprensibles para mí mismo, que despertaban de tarde en tarde dentro de mí… Pero estos arrebatos no coincidían con aquellos instantes de repulsión. Mi madre vestía siempre de negro, como si guardase luto. Llevábamos un tren de vida bastante holgado, aunque apenas nos relacionábamos con nadie.

II

Mi madre había concentrado en mí todos sus pensamientos y su solicitud. Su vida se había fundido con mi vida. Este género de relaciones entre padres e hijos no favorecen siempre a los hijos… Suele ser más bien nocivo. Por añadidura, mi madre no tenía más hijo que yo… y los hijos únicos, por lo general, no se desarrollan adecuadamente. Al educarlos, los padres se preocupan tanto de sí mismos como de ellos… Eso es un error. Yo no me volví caprichoso ni duro (una y otra cosa suele aquejar a los hijos únicos), pero mis nervios estuvieron alterados hasta cierta época; además, tenía una salud bastante precaria, saliendo en esto a mi madre, a quien también me parecía mucho de cara. Yo evitaba la compañía de los chicos de mi edad, en general rehuía a la gente e incluso con mi madre hablaba poco. Lo que más me gustaba era leer, pasear a solas y soñar… ¡soñar…! ¿De qué trataban mis sueños? No podría explicarlo. A veces tenía la impresión, es cierto, de hallarme delante de una puerta entornada que ocultaba ignotos misterios, y yo permanecía allí, a la espera de algo, anhelante, y no trasponía el umbral, sino que cavilaba en lo que podría haber al otro lado… Y seguía esperando, y me quedaba transido… o transpuesto. Si hubiera latido en mí la vena poética, probablemente me habría dedicado a escribir versos; de haberme sentido atraído por la religión, quizá me hubiera hecho fraile. Pero, como no experimentaba nada de eso, continuaba soñando y esperando.

III

Acabo de referirme a cómo me quedaba transpuesto, en ocasiones, bajo el influjo de ensoñaciones y pensamientos confusos. En general, yo dormía mucho, y los sueños desempeñaban un papel considerable en mi vida. Soñaba casi todas las noches. Los sueños no se me olvidaban, y yo les daba importancia, los consideraba premoniciones, procuraba desentrañar su sentido oculto. Algunos se repetían de vez en cuando, hecho que siempre me parecía prodigioso y extraño. Un sueño, sobre todo, me hacía cavilar. Me parecía que iba caminando por una calle estrecha y mal empedrada de una vieja ciudad, entre altos edificios de piedra con los tejados en pico. Yo andaba buscando a mi padre, que no había muerto, sino que se escondía de nosotros, ignoro por qué razón, y vivía precisamente en una de aquellas casas. Yo entraba por una puerta cochera, baja y oscura, cruzaba un largo patio abarrotado de troncos y tablones y penetraba por fin en una estancia pequeña que tenía dos ventanas redondas. En medio de la habitación estaba mi padre, con batín y fumando en pipa. No se parecía en absoluto a mi padre verdadero: era un hombre alto, enjuto, con el pelo negro, la nariz ganchuda y ojos sombríos y penetrantes, que aparentaba unos cuarenta años. Le disgustaba que hubiera dado con él; tampoco yo me alegraba en absoluto de nuestro encuentro y permanecía allí parado, indeciso. Él giraba un poco, empezaba a murmurar algo entre dientes y a ir de un lado para otro con paso menudo… Luego se alejaba poco a poco, sin dejar de murmurar y mirando a cada momento hacia atrás por encima del hombro; la estancia se ensanchaba y desaparecía en la niebla… Espantado de pronto ante la idea

de que perdía nuevamente a mi padre, yo me lanzaba tras él, pero ya no lo veía, y sólo llegaba hasta mí su rezongar, bronco como el de un oso… Angustiado el corazón, me despertaba y ya no podía volver a conciliar el sueño en mucho tiempo… Me pasaba todo el día siguiente cavilando sobre ello sin llegar a conclusión alguna, como es natural,

IV

Llegó el mes de junio. Por esa época, la ciudad donde vivíamos mi madre y yo se animaba extraordinariamente. En el muelle atracaban multitud de barcos, y en las calles aparecían multitud de rostros nuevos. Entonces me gustaba deambular por la costanera, delante de los cafés y los hoteles, observando las diversas siluetas de marineros y demás gentes sentadas bajo los toldos de lona, en torno a los veladores blancos, con sus jarras de metal llenas de cerveza.

Conque una vez, al pasar delante de un café, vi a un hombre que atrajo inmediatamente toda mi atención. Vestía un largo guardapolvos negro, llevaba el sombrero de paja encasquetado hasta los ojos y permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Unos rizos negros y ralos le caían casi hasta la nariz; los labios finos apretaban la boquilla de una pipa corta. Este hombre me pareció tan conocido, mi recuerdo conservaba tan indudablemente grabado cada rasgo de su rostro moreno y bilioso, así como toda su figura, que no pude por menos de detenerme ante él y preguntarme: ¿quién es este hombre, dónde le he visto? Al notar probablemente mi mirada fija, levantó hacia mí los ojos negros, penetrantes… No pude reprimir una exclamación ahogada…

¡Aquel hombre era el padre a quien yo había encontrado, a quien yo había visto en sueños!

Imposible equivocarse: el parecido era demasiado rotundo. Incluso el largo guardapolvos que envolvía sus miembros enjutos recordaba, por el color y el corte, el batín con el que mi padre se me había aparecido.

—¿Estaré dormido? —me pregunté—. No… Es de día, hay multitud de gente alrededor, el sol brilla en el cielo azul, y lo que tengo delante de mí no es un fantasma, es un hombre vivo…

Me dirigí hacia un velador desocupado, pedí una jarra de cerveza y un periódico y me senté a escasa distancia de aquel ser misterioso.

V

Con el periódico desplegado a la altura del rostro, seguí devorando con los ojos al desconocido, que apenas hacía un movimiento y sólo de tarde en tarde alzaba un poco la desmayada cabeza. Evidentemente, esperaba a alguien. Yo seguía mirando, mirando… A veces me parecía que todo aquello era invención mía, que en realidad no existía la menor semejanza, que yo había cedido a una fantasía de mi imaginación… Pero «aquel» giraba un poco en su silla de pronto o alzaba ligeramente una mano, y de nuevo veía yo a mi padre «nocturno» delante de mí.

Acabó por advertir mi pertinaz curiosidad y, a poco de mirarme, primero perplejo y luego contrariado, hizo intención de levantarse. Un pequeño bastón que tenía recostado contra el velador cayó entonces al suelo. Yo me precipité a recogerlo y se lo entregué. El corazón me latía con fuerza.

El hombre me dio las gracias con una sonrisa forzada y, aproximando su rostro al mío, enarcó las cejas y entreabrió los labios como si algo le sorprendiera.

—Es usted muy amable, joven —pronunció de pronto con voz gangosa, áspera y dura—. Por los tiempos que corren, es cosa rara. Permítame que lo felicite: le han dado a usted una buena educación.

No recuerdo exactamente lo que repliqué, pero pronto hubimos entablado conversación. Supe que era compatriota mío, que había vuelto recientemente de América, donde había vivido muchos años y adonde regresaría en breve plazo… Se presentó con el título de barón…, pero no pude captar bien el nombre. Lo mismo que mi padre «nocturno», terminaba cada una de sus oraciones con una especie de

confuso murmullo interno. Se interesó por conocer mi apellido… Al oírlo pareció sorprenderse otra vez; luego me preguntó si llevaba mucho tiempo residiendo en aquella ciudad y con quién. Contesté que vivía con mi madre.

—¿Y su señor padre?

—Falleció hace mucho.

Preguntó el nombre de pila de mi madre y al oírlo soltó una risa extraña, de la que luego se disculpó diciendo que se debía a sus modales americanos y que, además, él era un tipo bastante raro. Luego tuvo la curiosidad de conocer nuestro domicilio. Yo se lo dije.

VI

La emoción que me había embargado al iniciarse nuestra plática se aplacó gradualmente; nuestro acercamiento me parecía algo extraño, pero nada más. No me agradaba la sonrisita con que el señor Barón me interrogaba, ni tampoco me agradaba la expresión de sus ojos cuando me miraba como clavándomelos… Había en ellos algo rapaz y protector… algo que sobrecogía. Aquellos ojos, yo no los había visto en mi sueño. ¡Qué rostro tan extraño tenía el Barón! Marchito, cansado, pero aparentando al mismo tiempo menos años, lo que causaba una impresión desagradable. Mi padre «nocturno» tampoco estaba marcado por el profundo costurón que cruzaba oblicuamente toda la frente de mi nuevo conocido y que yo no advertí hasta hallarme más cerca de él.

Apenas había yo informado al Barón del nombre de la calle y el número de la casa donde habitábamos cuando un negro de elevada estatura, embozado en su capa hasta las cejas, se le acercó por detrás y le rozó un hombro. El Barón volvió la cabeza, profirió: «¡Ah! ¡Por fin!» y, haciéndome una leve inclinación de cabeza, se dirigió con el negro hacia el interior del café. Yo seguí bajo el toldo con la idea de esperar a que saliera el Barón, no tanto para reanudar la conversación con él pues en realidad no sabía de qué podríamos haber hablado, como para contrastar nuevamente mi primera impresión. Pero transcurrió media hora, luego una hora entera… El Barón no reaparecía. Penetré en el establecimiento, recorrí todas las salas, pero en ninguna parte vi al Barón ni al negro… Se conoce que se habían ausentado los dos por la puerta de atrás.

Se me había levantado un ligero dolor de cabeza y, para refrescarme, me encaminé a lo largo de la orilla del mar hasta un vasto parque plantado en las afueras unos doscientos años atrás. Después de pasear un par de horas a la sombra de los robles y los plátanos gigantescos, volví a casa.

VII

En cuanto aparecí en el recibimiento, nuestra sirvienta corrió a mí toda alarmada. Por su expresión adiviné al instante que algo malo había sucedido en nuestra casa durante mi ausencia. Y así era: supe que, hacía cosa de una hora, se escuchó de pronto un grito terrible en el dormitorio de mi madre. La sirvienta, que acudió corriendo, la encontró tendida en el suelo, sin conocimiento, y su desmayo había durado varios minutos. Mi madre recobró al fin el sentido, pero se vio obligada a acostarse y tenía un aire asustado y extraño. No decía ni una palabra, no contestaba a las preguntas, y todo era mirar a su alrededor y estremecerse. La sirvienta envió al jardinero en busca de un médico. Llegó el doctor, le recetó un calmante, pero tampoco a él quiso decirle nada mi madre. El jardinero afirmaba que a los pocos instantes de escucharse el grito en la habitación de mi madre, él había visto a un desconocido que corría hacia la puerta de la calle pisoteando los macizos de flores. (Vivíamos en una casa de una sola planta cuyas ventanas daban a un jardín bastante grande.) El jardinero no tuvo tiempo de fijarse en el rostro de aquel hombre, pero era alto, enjuto, llevaba un sombrero de paja muy encasquetado y una levita de faldones largos… «¡El atuendo del Barón!», me pasó en seguida por la mente. El jardinero no pudo darle alcance. Además, lo llamaron inmediatamente de la casa y lo enviaron en busca del médico. Pasé a ver a mi madre. Estaba acostada, más blanca que la almohada sobre la que reposaba la cabeza. Sonrió débilmente al reconocerme y me tendió una mano. Tomé asiento a su lado y me puse a hacerle preguntas. Al principio eludía las respuestas, pero acabó confesando haber visto algo que la asustó mucho.

—¿Ha entrado aquí alguien? —inquirí.

—No —se apresuró a contestar—. No ha venido nadie, pero a mí me pareció… creí que…

Calló y se cubrió los ojos con una mano. Iba yo a decirle lo que había sabido a través del jardinero y a contarle, de paso, mi encuentro con el Barón… pero, ignoro por qué, las palabras expiraron en mis labios. Sin embargo, hice observar a mi madre que los fantasmas no suelen aparecerse de día.

—Deja eso, por favor —susurró—. No me atormentes ahora. Algún día lo sabrás…

De nuevo enmudeció. Tenía las manos frías y el pulso acelerado e irregular. Le administré la medicina y me aparté un poco para no molestarla. No se levantó en todo el día. Estaba tendida, quieta y callada, y sólo de vez en cuando exhalaba un profundo suspiro y abría los ojos con sobresalto. Todos en la casa estaban extrañados.

VIII

Al llegar la noche le dio un poco de fiebre a mi madre, y me pidió que me retirase. Sin embargo, no me fui a mi cuarto, sino que me tendí sobre un diván de la habitación contigua. Cada cuarto de hora me levantaba, llegaba de puntillas hasta la puerta y prestaba oído… Todo continuaba en silencio, pero no creo que mi madre conciliara el sueño en toda la noche. Cuando entré a verla a primera hora de la mañana, me pareció que tenía el semblante arrebatado y un extraño brillo en los ojos. Durante el día pareció aliviarse un poco; al atardecer volvió a subir la fiebre. Hasta entonces había guardado un silencio pertinaz, pero de pronto rompió a hablar con voz anhelante y entrecortada. No deliraba: sus palabras tenían sentido, aunque ninguna ilación. Poco antes de la medianoche se incorporó de repente en el lecho con brusco movimiento (yo estaba sentado junto a ella) y con la misma voz precipitada se puso a contar, apurando a sorbos un vaso de agua y moviendo débilmente las manos, sin mirarme ni una sola vez… Se interrumpía, pero reanudaba el relato haciendo un esfuerzo… Todo aquello era tan extraño como si lo hiciera en sueños, como si ella estuviera ausente y fuese otra persona quien hablara por su boca o la hiciera hablar a ella.

IX

—Oye lo que te voy a contar, —comenzó—. Ya no eres un muchachuelo. Lo debes saber todo. Yo tenía una buena amiga… Se casó con un hombre al que amaba de todo corazón y era muy feliz con su marido. El primer año de matrimonio hicieron un viaje a la capital para pasar allí algunas semanas divirtiéndose. Se hospedaban en un buen hotel y salían mucho, a teatros y a fiestas. Mi amiga era muy agraciada, llamaba la atención y los hombres la cortejaban. Pero entre ellos había uno, un oficial, que la seguía constantemente y adondequiera que ella fuese, allí se encontraba con sus ojos negros y duros. No se hizo presentar ni habló con ella una sola vez: solamente la miraba de manera descarada y extraña. Todos los placeres de la capital los echaba a perder su presencia. Mi amiga empezó a hablarle a su marido de marcharse cuanto antes, y así lo dispusieron, en efecto. Una tarde, el marido se fue a un club: lo habían invitado a jugar a las cartas unos oficiales del mismo regimiento al que pertenecía aquel otro… Por primera vez se quedó ella sola. Como su marido tardaba en volver, despidió a la doncella y se acostó… De pronto le entró tanto miedo que se quedó fría y se puso a temblar. Le pareció oír un ruido ligero al otro lado de la pared —como si arañara un perro—, y se puso a mirar fijamente hacia aquel sitio. En el rincón ardía una lamparilla. Toda la habitación estaba tapizada de tela… Súbitamente, algo rebulló allí, se alzó, se abrió… Y de la pared surgió, largo, todo negro, aquel hombre horrible de los ojos duros. Ella quería gritar, pero no podía. Estaba totalmente paralizada del susto. El hombre se acercó a ella rápidamente, como una fiera salvaje, y le cubrió la cabeza con algo asfixiante, pesado, blanco… De lo que

sucedió después, no me acuerdo… ¡No me acuerdo! Fue algo parecido a la muerte, a un asesinato… Cuando aquella espantosa niebla se disipó al fin, cuando yo… cuando mi amiga volvió en sí, no había nadie en la habitación. De nuevo se encontró sin fuerzas para gritar, durante mucho tiempo, hasta que por fin llamó… y luego se embrolló todo otra vez…

Después vio junto a ella a su marido, que había sido retenido en el club hasta las dos de la madrugada… Estaba demudado y se puso a hacerle preguntas, pero ella no le dijo nada… Luego cayó enferma… Sin embargo, recuerdo que al quedarse sola en la habitación fue a inspeccionar aquel sitio de la pared. Debajo de la tapicería había una puerta secreta. Y a ella le había desaparecido de la mano el anillo de casada. Era un anillo de forma poco corriente, con siete estrellitas de oro y siete de plata alternando: una antigua joya de familia. El marido le preguntaba qué había sido del anillo, pero ella no podía contestar nada. Pensando que se le habría caído inadvertidamente, el marido lo buscó por todas partes. No lo encontró. Presa de extraña angustia, decidió que volverían a su casa lo antes posible y, en cuanto lo permitió el doctor, el matrimonio abandonó la capital… Pero imagínate que el día mismo de su marcha se cruzaron en la calle con una camilla… En la camilla yacía un hombre con la cabeza partida al que acababan de matar. Y ese hombre era el terrible visitante nocturno de los ojos duros. ¡Imagínate! … Lo habían matado durante una partida de cartas…

Mi amiga se trasladó luego al campo…, fue madre por primera vez… y vivió varios años en compañía de su marido. Él nunca supo nada. Además, ¿qué podría haberle dicho ella? Ella misma no sabía nada.

Sin embargo, su anterior felicidad desapareció. En sus vidas se hizo la oscuridad, y esa oscuridad no se disipó ya

nunca… No tuvieron más descendencia, como tampoco la habían tenido antes… Y aquel hijo…

Toda temblorosa, mi madre se cubrió el rostro con las manos.

—Y ahora, dime —prosiguió con redoblada energía—, ¿tenía alguna culpa mi amiga? ¿Qué podía reprocharse? Fue castigada; pero ¿no tenía derecho a declarar, incluso ante Dios, que el castigo era injusto? Entonces, ¿por qué se le representa al cabo de tantos años y en forma tan horrible lo ocurrido, como si fuese una criminal atormentada por los remordimientos? Macbeth mató a Banquo, y no es sorprendente que se le apareciera… Pero yo…

Al llegar a este punto, el discurrir de mi madre se hizo tan incoherente, que dejé de comprenderlo. Ya no dudaba de que estuviese delirando.

X

Cualquiera comprenderá fácilmente la estremecedora impresión que me produjo el relato de mi madre. Desde sus primeras palabras adiviné que estaba hablando de sí misma y no de una amiga. La propia estratagema confirmó mis sospechas. De modo que aquel era efectivamente mi padre, al que yo había encontrado en sueños, al que había visto en persona. No lo habían matado, como suponía mi madre, sino herido solamente. Y había ido a verla, huyendo luego, asustado por el susto de ella. Todo lo comprendí de repente: comprendí el involuntario sentimiento de repulsión que yo despertaba a veces en mi madre, su constante pesar, nuestra vida de aislamiento… Recuerdo que se me iba la cabeza, y yo la agarré con ambas manos como queriendo mantenerla en su sitio. Pero una decisión se clavó en mi mente: la de encontrar nuevamente a aquel hombre; encontrarle sin falta, costara lo que costara. ¿Para qué? ¿Con qué fin? No me lo planteaba, pero el hecho de encontrarlo, de dar con él, se había convertido para mí en cuestión de vida o muerte. A la mañana siguiente se calmó por fin mi madre… cedió la fiebre y se quedó dormida. Después de recomendarla a los cuidados de los dueños de la casa y de la servidumbre, salí para ponerme en camino.

XI

Ante todo, como es natural, fui al café donde había encontrado al Barón, pero nadie lo conocía allí. Ni siquiera habían advertido su presencia. Era un cliente casual. En el negro sí se habían fijado los propietarios del establecimiento, pues llamaba demasiado la atención, si bien nadie sabía tampoco quién era ni dónde vivía. Después de dejar, a todo evento, mi dirección en el café, me lancé a rondar por las calles y las costaneras de la ciudad, alrededor de los muelles, por las avenidas, asomándome a todos los establecimientos públicos. No encontré a nadie que se pareciera al Barón o a su acompañante. Como no había retenido el apellido del Barón, estaba en la imposibilidad de acudir a la policía. Sin embargo, di a entender a dos o tres celadores del orden (que por cierto me contemplaron con sorpresa sin dar del todo crédito a mis palabras) que recompensaría generosamente su celo si encontraban la pista de los dos individuos cuyas señas personales procuré darles con la mayor exactitud posible. Después de corretear así hasta la hora del almuerzo, regresé a mi casa rendido de cansancio. Mi madre se había levantado. Su habitual tristeza tenía un matiz nuevo, cierta absorta perplejidad que se me clavaba en el corazón como un cuchillo. Pasé la tarde con ella. Apenas hablamos: ella hacía solitarios y yo contemplaba en silencio los naipes. No hizo la menor alusión a su relato ni a lo sucedido la víspera. Era como si hubiéramos acordado tácitamente no referirnos a todos aquellos hechos terribles y extraños... Daba la impresión de que estaba contrariada y cohibida por lo que se le había escapado sin querer. O quizá no recordara muy bien lo que había dicho durante aquel conato de delirio febril y tuviese

la esperanza de que yo me mostrase compasivo con ella… Así lo hacía, efectivamente, y ella se daba cuenta, pues rehuía mi mirada lo mismo que la víspera. No pude conciliar el sueño en toda la noche. Se había desencadenado de pronto una tormenta espantosa. El viento aullaba y se arremolinaba frenéticamente, los cristales de las ventanas temblaban y tintineaban, silbidos y lamentos desesperados cruzaban el aire como si algo se desgarrase en lo alto y volara con furioso llanto sobre las casas estremecidas. Poco antes del amanecer, me quedé transpuesto… Súbitamente, tuve la impresión de que alguien había entrado en mi cuarto y me llamaba, pronunciando mi nombre a media voz, pero imperiosamente. Levanté un poco la cabeza y no vi nada. Pero, cosa extraña, lejos de asustarme me alegré: llegué de pronto a la convicción de que ahora alcanzaría sin falta mi meta. Me vestí a toda prisa y salí de casa.

XII

La tormenta había amainado, aunque se notaban todavía sus últimos estremecimientos. Era muy temprano, y no andaba nadie por las calles. En muchos sitios había trozos de chimeneas, tejas, tablas arrancadas a las vallas, ramas partidas... «La noche ha debido de ser terrible en el mar», me dije al ver las huellas de la tormenta. Pensé dirigirme al embarcadero, pero los pies me llevaron hacia otra parte como si obedecieran a una irresistible atracción. A los diez minutos escasos me encontraba en una parte de la ciudad que nunca había visitado hasta entonces. Caminaba paso a paso, sin premura pero también sin detenerme, con una extraña sensación interna: esperaba algo extraordinario, imposible, y al mismo tiempo estaba persuadido de que aquello extraordinario se cumpliría.

XIII

Y, en efecto, ocurrió lo extraordinario, lo que esperaba. Repentinamente descubrí, a unos veinte pasos delante de mí, al mismo negro que habló con el Barón en el café en presencia mía. Embozado en la misma capa que ya advertí yo entonces, pareció surgir de bajo tierra y, dándome la espalda, echó a andar a buen paso por la estrecha acera de una calleja tortuosa. Me lancé al instante tras él, pero también él aceleró el paso, aunque no volvió la cabeza y, de pronto, dobló la esquina de una casa que formaba saliente. Corrí hasta aquella esquina, la doblé con la misma celeridad que el negro... ¡Qué cosa tan extraña! Ante mí se abría una calle larga, estrecha y totalmente desierta. La niebla matutina la invadía toda con su plomo opaco, pero mi mirada penetraba hasta el extremo opuesto, permitiéndome discernir cada uno de los edificios... ¡Y en ninguna parte rebullía un solo ser viviente! El negro de la capa había desaparecido tan repentinamente como surgió. Me quedé sorprendido, pero sólo un instante. En seguida me embargó otra sensación: ¡había reconocido la calle que se extendía ante mis ojos, toda muda y como muerta! Era la calle de mi sueño. Me estremecí, encogido —la mañana era tan fresca—, y en seguida avancé sin la menor vacilación, impelido por cierta medrosa seguridad.

Empecé a buscar con los ojos... Allí estaba: a la derecha, haciendo saliente sobre la acera con una de sus esquinas, la casa de mi sueño; allí estaba la vieja puerta cochera, con adornos de piedra labrada a ambos lados... Cierto que las ventanas no eran redondas, sino cuadradas, pero eso no tenía importancia... Llamé al portón. Llamé dos veces, tres veces, arreciando en los golpes. Hasta que el portón se

abrió, lentamente, rechinando mucho, como si bostezara. Me hallaba ante una criada joven, con el cabello alborotado y ojos de sueño. Al parecer, acababa de despertarse.

—¿Vive aquí un Barón? —pregunté a la vez que inspeccionaba con rápida mirada el patio, profundo y estrecho… Todo, todo era igual: allí estaban los tablones y los troncos que había visto en mi sueño.

—No —contestó la criada—. El Barón no vive aquí.

—¿Cómo que no? ¡Imposible!

—Ahora no está… Se marchó ayer.

—¿A dónde?

—A América.

—¡A América! —repetí sin querer—. Pero, volverá, ¿verdad?

La criada me miró con aire suspicaz.

—Eso no lo sabemos. Quizá no vuelva nunca.

—¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

—No. Cosa de una semana. Ahora, ya no está.

—¿Y cuál era el apellido de ese Barón?

La criada me observó extrañada.

—¿No lo sabe usted? Nosotros lo llamábamos Barón, sin más. ¡Eh! ¡Piotr! —gritó al ver que yo intentaba pasar—. Ven acá. Hay aquí un extraño que hace muchas preguntas.

Desde la casa se dirigió hacia nosotros la recia figura de un criado.

—¿Qué pasa? ¿Qué desea? —preguntó con voz tomada— y, después de escucharme hoscamente, repitió lo dicho por la sirvienta.

—Bueno, pero ¿quién vive aquí? —murmuré.

—Nuestro amo.

—¿Y quién es?

—Un carpintero. En esta calle todos son carpinteros.

—¿Podría verle?

—Ahora no. Está durmiendo.

—¿Y podría entrar en la casa?

—Tampoco. Retírese.

—Bueno; pero ¿podré verle más tarde?

—¿Por qué no? Claro que podrá… Para eso es un comerciante. Pero ahora, váyase. ¿No ve usted que es muy temprano?

—Oye, ¿y el negro ese? —inquirí de pronto.

El criado nos miró perplejo, primero a mí y luego a la sirvienta.

—¿A quién se refiere? —profirió finalmente—. Retírese, caballero. Puede usted volver luego y hablar con el amo.

Salí a la calle. El portón se cerró detrás de mí, pesada y bruscamente, sin rechinar esta vez.

Me fijé bien en la calle y en la casa, y me alejé de allí, pero no hacia la mía. Me sentía como decepcionado. Todo lo que me había ocurrido era tan extraño, tan inusitado… Y, por otra parte, el final resultaba tan absurdo… Yo estaba seguro, estaba persuadido, de que encontraría en aquella casa la estancia que recordaba y, en el centro, a mi padre, el Barón, con su batín y su pipa… En lugar de eso, el amo de la casa era un carpintero, se le podía visitar cuantas veces se deseara e incluso encargarle algún mueble, quizá…

¡Y mi padre se había marchado a América! ¿Qué iba a hacer yo ahora? ¿Contárselo a mi madre o enterrar por los siglos incluso el recuerdo de aquella entrevista?… Era rotundamente incapaz de aceptar la idea de que un principio tan sobrenatural y misterioso pudiera conducir a un final tan descabellado y prosaico.

No quería volver a casa, y eché a andar sin rumbo, dejando atrás la ciudad.

XIV

Caminaba cabizbajo, sin pensar ni apenas sentir nada, totalmente ensimismado. Me sacó de aquella abstracción un ruido acompasado, sordo y amenazador. Levanté la cabeza: era el mar que rumoreaba y zumbaba a unos cincuenta pasos de mí. Me percaté de que caminaba por la arena de una duna. Estremecido por la tormenta nocturna, el mar estaba salpicado de espuma hasta el mismo horizonte, y las altas crestas de las olas alargadas llegaban rodando una tras otra a romperse en la orilla lisa. Me acerqué a ellas y seguí andando justo a lo largo de la raya que su flujo y reflujo dejaba en la arena gruesa, salpicada de retazos de largas plantas marinas, restos de caracolas y cintas serpenteantes de los carrizos. Gaviotas de alas puntiagudas y grito plañidero llegaban con el viento desde la lejana sima del aire, remontaban el vuelo, blancas como la nieve en el cielo gris nublado, se desplomaban verticalmente y, lo mismo que si saltaran de ola en ola, volvían a alejarse y a desaparecer en destellos plateados entre las franjas de espuma arremolinada. Algunas, según observé, giraban tenazmente sobre una roca grande que despuntaba, solitaria, en medio del lienzo uniforme de la orilla de arena. Los ásperos carrizos marinos crecían en matojos desiguales a un lado de la roca y allí donde sus tallos enmarañados emergían del amarillo saladar negreaba algo alargado, redondo, no muy grande… Me fijé más… Un bulto oscuro yacía allí, inmóvil, junto a la roca… Conforme me acercaba, sus contornos aparecían más nítidos y definidos…

Me quedaban sólo treinta pasos para llegar a la roca…

¡Parecía un cuerpo humano! ¡Era un cadáver, un ahogado que el mar había traído! Llegué hasta la misma peña.

¡Aquel era el cadáver del Barón, de mi padre! Me detuve como petrificado. Sólo entonces comprendí que desde primera hora de la mañana me habían conducido ciertas fuerzas ignotas, que yo me hallaba en su poder; y, durante unos momentos, no hubo en mi alma nada más que el incesante rumor del mar y algo de temor ante el destino que se había adueñado de mí…

XV

Yacía de espaldas, un poco ladeado, con el brazo izquierdo extendido sobre la cabeza… y el derecho doblado bajo el cuerpo encogido. Un lodo viscoso absorbía sus pies, calzados con altas botas de marinero; la chaquetilla azul, toda impregnada de sal marina, no se había desabrochado; una bufanda roja ceñía su cuello con nudo apretado. El rostro acezado, vuelto hacia el cielo, parecía burlarse; bajo el labio superior enarcado asomaban unos dientes pequeños y prietos; las pupilas opacas de los ojos entreabiertos apenas se diferenciaban de los glóbulos oscurecidos; el cabello enmarañado, salpicado de pompas de espuma, se esparcía por el suelo, descubriendo la frente lisa con la línea lilácea de la cicatriz; la nariz, fina, trazaba en relieve una neta raya blancuzca entre las mejillas hundidas. La tormenta de la noche anterior había hecho su obra… ¡No había llegado a ver América! El hombre que había agraviado a mi madre, mutilando su vida, mi padre —¡sí, mi padre, pues no podía dudarlo ya!—, yacía en el fango a mis pies. Me embargaba un sentimiento de venganza satisfecha, compasión, asco y horror… incluso de doble horror: por lo que estaba viendo y por lo sucedido. Ese fondo malvado y criminal del que he hablado ya, esos impulsos incomprensibles que nacían dentro de mí… que me ahogaban. «¡Ah! —me decía—. Por eso soy así… De esa manera se manifiesta la sangre». De pie junto al cadáver, lo contemplaba, atento por ver si se estremecían aquellas pupilas muertas o temblaban aquellos labios helados. ¡No! Todo estaba inmóvil. Incluso los carrizos adonde lo había arrojado la marea parecían estáticos; incluso las gaviotas que se habían alejado volando. Y no se veía en ningún sitio

ni un fragmento de nada, ni una tabla ni un aparejo roto. Vacío por todas partes… Solamente él —y yo— y el mar rumoreando a lo lejos. Miré hacia atrás. Idéntico vacío. Una cadena de colinas sin vida recortándose sobre el horizonte… ¡Y nada más! Me angustiaba dejar a aquel desdichado en semejante soledad, sobre el lodo de la orilla, como pasto para los peces y las aves. Una voz interior me decía que yo debía buscar y llamar a alguien, ya que no fuera para prestarle auxilio —¿de qué podría servir?—, al menos para retirarlo de allí y conducirlo bajo techado. Pero un inefable pavor me embargó de pronto. Me pareció como si aquel hombre muerto supiera que yo había llegado allí, como si él mismo hubiese amañado aquel último encuentro, y hasta creí escuchar el sordo murmujeo de otras veces… Precipitadamente, me aparté un poco… de nuevo miré hacia atrás… Un objeto brillante llamó mi atención, me hizo detenerme. Era un cíngulo de oro en la mano extendida del cadáver. Reconocí el anillo de matrimonio de mi madre. Recuerdo el esfuerzo que me impuse para volver sobre mis pasos, acercarme, inclinarme…, recuerdo el contacto viscoso de los dedos; recuerdo cómo jadeaba, cerraba los ojos y rechinaba los dientes al tirar del anillo que se resistía…

Por fin cedió, y yo emprendí una carrera alejándome de allí a toda prisa, perseguido por algo que intentaba darme alcance y apresarme.

XVI

Todo lo sufrido y experimentado se reflejaba probablemente en mi rostro cuando volví a casa. Apenas entré en su habitación, mi madre se incorporó súbitamente y posó en mí una mirada de interrogación tan tenaz, que yo terminé por presentarle el anillo, sin palabras, después de haber intentado en vano explicarme. Ella se puso horriblemente pálida, sus ojos se abrieron mucho, desorbitados y sin vida, como los de aquel. Exhaló un grito débil, me arrebató el anillo, vaciló y cayó sobre mi pecho, donde quedó como paralizada, vencida la cabeza hacia atrás y devorándome con aquellos ojos dementes muy abiertos. Yo rodeé su cintura con mis brazos y allí mismo, sin moverme y sin prisa, le referí todo a media voz: mi sueño, el encuentro, todo… No le oculté el menor detalle. Ella me escuchó hasta el final. No pronunció ni una palabra, pero su respiración se hacía más agitada, hasta que sus ojos se animaron de pronto y bajó los párpados. Luego se puso el anillo en el dedo y, apartándose un poco, buscó un chal y un sombrero. Le pregunté adónde pensaba ir. Levantó hacia mí una mirada sorprendida y quiso contestarme, pero le falló la voz. Se estremeció varias veces, frotó sus manos una contra otra, como intentando calentarlas, y al fin profirió:

—Vamos allá ahora mismo.

—¿A dónde, madre?

—Donde está tendido… quiero ver… quiero saber… lo sabré…

Intenté disuadirla; pero estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Comprendí que era imposible oponerse a su deseo, y salimos juntos.

XVII

De nuevo caminaba yo por la arena de la duna, pero esta vez no iba solo. El mar se había retirado, alejándose más. Se calmaba; pero, aunque debilitado, todavía era pavoroso y tétrico su rumor. Por fin se divisaron la roca solitaria y los carrizos. Yo miraba con atención, tratando de discernir el bulto redondo tendido en tierra, pero no veía nada. Nos acercamos más. Yo aminoraba instintivamente el paso. Pero ¿dónde estaba aquello negro, inmóvil? Sólo los tallos de los carrizos resaltaban en oscuro sobre la arena ya seca. Llegamos hasta la propia roca… El cadáver no aparecía por ninguna parte, y sólo en el lugar donde estuvo tendido quedaba todavía un hoyo que permitía adivinar el sitio de los brazos, de las piernas… Los carrizos parecían aplastados en torno, y se advertían huellas de pisadas de una persona; cruzaban la duna y desparecían luego al llegar a un rompiente de rocas.

Mi madre y yo nos mirábamos, asustados de lo que leíamos en nuestros rostros…

¿Se habría levantado y se habría marchado él solo?

—Pero ¿no lo viste tú muerto? —preguntó mi madre en un susurro.

Yo sólo pude asentir con la cabeza. No habían transcurrido ni tres horas desde que yo tropecé con el cadáver del Barón… Alguien lo descubriría y lo retiraría de allí. Había que buscar al que lo hubiera hecho y enterarse de lo que había sido de él.

XVIII

Mientras se dirigía hacia el sitio fatal, mi madre estaba febril, pero se dominaba. La desaparición del cadáver la aplanó como una desdicha irreparable. Yo temía por su razón. Me costó gran trabajo llevarla de vuelta a casa. De nuevo hice que se acostara y de nuevo requerí los cuidados del médico para ella. Pero, en cuanto se recobró un poco, mi madre exigió que yo partiera inmediatamente en busca de «esa persona». Obedecí. Sin embargo, nada descubrí a pesar de todas las pesquisas imaginables. Acudí varias veces a la policía, visité todas las aldeas próximas, puse anuncios en los periódicos, fui buscando datos por todas partes, pero en vano. Me llegó la noticia de que habían llevado a un náufrago a uno de los pueblos de la costa. Allá fui corriendo, pero lo habían enterrado ya y, por las señas, no se parecía al Barón. Me enteré del barco que había tomado para irse a América. Al principio, todo el mundo estaba persuadido de que se había ido a pique durante la tempestad; sin embargo, al cabo de algunos meses empezaron a cundir rumores de que lo habían visto anclado en el puerto de Nueva York. No sabiendo ya qué emprender, me puse a buscar al negro que había visto, ofreciéndole a través de los periódicos una recompensa bastante fuerte si se presentaba en nuestra casa. Cierto negro, alto y vestido con una capa, vino efectivamente a vernos en ausencia mía… Pero se alejó de pronto después de hacerle algunas preguntas a la sirvienta y no volvió más.

Así se perdió la pista de mi… de mi padre. Así desapareció irremediablemente en la muda tiniebla. Mi madre y yo no hablábamos nunca de él. Sólo una vez, recuerdo, se extrañó de que jamás hubiera aludido yo antes

a mi extraño sueño. Enseguida añadió: «Conque, era precisamente…», y no terminó de formular su idea. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo, y cuando al fin se repuso no volvieron ya a su cauce nuestras relaciones anteriores. Hasta su muerte, se encontró violenta a mi lado. Violenta, sí; justamente. Y esa es una desgracia que no se puede remediar. Todo se embota con el tiempo. Incluso los recuerdos de los sucesos familiares más trágicos pierden gradualmente su fuerza y su acuidad. Pero, si entre dos personas entrañables se introduce una sensación de violencia, eso no hay nada que lo extirpe. Jamás volví yo a tener aquel sueño que tanto me angustiaba, ya no «encontraba» a mi padre, pero en ocasiones se me figuraba —y aún ahora se me figura— escuchar en sueños alaridos lejanos y tristes lamentos inextinguibles. Resuenan en algún lugar, tras un alto muro que no es posible trasponer, me desgarran el corazón y yo lloro con los ojos cerrados, incapaz de comprender si es un ser vivo el que gime o si escucho el prolongado y salvaje rumor del mar encrespado. Y de nuevo se transforma en el murmullo de una fiera, y yo me despierto con angustia y me llena el alma de pavor.

El testamento del hacendado Toby

Sheridan Le Fanu

(1868)

Muchas personas, habituadas a recorrer en dirección a la capital el viejo camino de York a Londres en la época de las diligencias, recordarán haber pasado, digamos en la tarde de un día otoñal, frente a una casona blanca y negra, ubicada a unas tres millas al sur de la localidad de Applebury y a milla y media antes de llegar a la antigua *Taberna del Ángel*. Es una construcción espaciosa, de ese vetusto tipo llamado «abierto», en estado ruinoso y maltrecho por las inclemencias del tiempo, destacada sobre un denso fondo de añosos olmos y con amplias ventanas de celosía cuya superficie íntegra relucía bajo el sol poniente que iluminaba sus pequeños cristales romboidales. Un ancho sendero conduce hacia la puerta de entrada, ahora cubierto de pasto y malezas como el camposanto de una iglesia, y se halla flanqueado por una doble hilera de la misma especie de sombríos árboles, centenarios y gigantescos, con uno que otro hueco en sus filas solemnes y a veces un tronco caído que yace atravesado en el camino.

Al contemplar el sendero melancólico y desierto desde lo alto de la diligencia londinense, tal como lo hice a menudo, se percibían tantos indicios de abandono y decadencia que se llegaba a la conclusión inmediata de que el lugar se encontraba deshabitado y en proceso de deterioro, con la hierba empenachada que surgía de las grietas en la escalinata y en el antepecho de las ventanas, con las chimeneas sin humo sobre las que revolotean las cornejas, con la ausencia de toda vida humana o de sus manifestaciones. Esta vieja mansión se denomina Gylingden

Hall. Elevados setos y venerables arboledas rápidamente amortajan el vetusto sitio ocultándolo de nuestra vista y cerca de un cuarto de milla más adelante se pasa frente a una capilla románica, pequeña y ruinosa, sombreada por nostálgicos árboles, la cual fue desde tiempos inmemoriales el lugar de reposo en el que la familia Marston depositó a sus difuntos y que en la actualidad comparte la negligencia y desolación perceptibles en la secular morada.

El aspecto de abandono de Gylingden Hall se acrecienta con la solemne tristeza del aislado valle de Gylingden, despoblado como una foresta encantada, en el que los cuervos de regreso a sus albergues y los ciervos extraviados cuyos ojos asoman por debajo de la cornamenta, parecen ejercer un dominio agreste e imperturbado.

En años recientes las reparaciones fueron descuidadas, de modo que el tejado se muestra aquí y allá desgarrado y el «remiendo oportuno» ha quedado sin realizar. En el lado de la casa expuesto a los vendavales, que soplan a través del valle como un torrente que se vuelca por su cauce, no ha quedado una sola ventana entera y los postigos sólo contienen deficientemente el ingreso de la lluvia. Los techos y muros están enmohecidos y verdes con manchas de humedad. En uno u otro sitio donde hay filtraciones en el cielorraso, los pisos se han podrido. En las noches tormentosas, según refería el guardia lugareño, desde el puente de Gryston, a una buena distancia, se pueden oír las puertas que golpean violentamente y el gemido y ulular del viento a través de los pasillos vacíos.

Hace unos setenta años que murió Toby Marston, el anciano propietario, conocido en aquel lugar del mundo por sus sabuesos, su hospitalidad y sus vicios. Se había mostrado benévolo y había intervenido en riñas; había regalado dinero y había castigado a la gente con su látigo como si fueran caballos. Cuando su vida se extinguió, se

llevaba consigo algunos agradecimientos y buen número de maldiciones, y dejaba tras de sí una cantidad de deudas y compromisos que pesaban sobre sus propiedades, cuya magnitud aterró a sus dos hijos, quienes no tenían inclinación por los negocios e inventarios y jamás sospecharon hasta la desaparición del viejo caballero —perverso, manirroto y malhablado— que este había arrastrado los bienes a un estado de insolvencia.

Los dos muchachos se reunieron en Gylingden Hall. El testamento estaba delante de ellos y contaban con el auxilio de abogados para interpretarlo y de información ilimitada acerca de los compromisos con que el difunto los había agobiado. Por lo demás, el testamento había sido concebido en tales términos que entre los hermanos estalló sin demora una disputa a muerte.

Los hijos de Toby Marston diferían en algunos aspectos, pero tenían un rasgo que compartían entre sí y con su finado padre: nunca se introducían a medias en una disputa, y cuando ya estaban adentro no se demoraban en pequeñeces.

Scroope Marston, el mayor y más peligroso de ellos, jamás fue el preferido del viejo propietario. No le gustaban los deportes rurales y los placeres de la vida de campo; no era un atleta y, por cierto, no era atractivo.

Todo esto desagradaba a su padre. El muchacho, que no le tenía ningún respeto y que al llegar a la edad adulta se sobrepuso al temor engendrado por la violencia, devolvía a su progenitor los agravios. Por consiguiente, la aversión que sentía el anciano de mal genio llegó a convertirse en verdadero odio. Solía expresar su deseo de que ese pillo deforme y malhumorado como era el maldito Scroope dejase de molestar a quien era mejor que él, con lo que aludía a Charles, su hijo menor; y cuando estaba en copas hablaba de una manera tal que hasta los individuos que seguían a

sus sabuesos y compartían su oporto, sin distinción de edad, se sentían incómodos, pese a que se hallaban habituados a soportar una razonable medida de brutalidad.

Scroope Marston exhibía una ligera joroba y su cara era enjuta y amarillenta, sus ojos oscuros y penetrantes, su pelo negro y lacio, todo lo cual a menudo es propio de los contrahechos.

—No soy padre de esa criatura encorvada. Yo no produje semejante engendro del demonio. Sería lo mismo que decir que esos ganchos son vástagos míos —solía vociferar el anciano, aludiendo a las piernas largas y flacas de su hijo—. Charles tiene aspecto humano, pero este no es más que un animal disimulado; no muestra nada presentable o varonil y no tiene ni pizca de los Marston.

Cuando se hallaba bastante borracho, el viejo propietario juraba que «ese engendro nunca llegará a sentarse en la cabecera de la mesa ni espantará a la gente de Gylingden Hall con su condenada cara de feto, necio de porra».

Heredero de sus bienes sería el Guapo Charlie. Sabía qué es un caballo, podría disfrutar de sus posesiones y las muchachas se derretían por él. Era un Marston «de la cabeza a los pies de su metro ochenta».

Sin embargo, el Guapo Charlie y su padre también tuvieron su par de encontronazos. El viejo propietario era tan liberal en el uso del látigo como en el manejo de la lengua, y en alguna ocasión en que ninguna de las dos armas estuvo a su alcance se sabía que le había dado a un individuo «una caricia con los nudillos». De todas maneras, el Guapo Charlie consideraba que llegado un determinado momento el castigo corporal debía cesar. Una noche en que el oporto fluía hubo alguna alusión a Marion Hayward, la hija del molinero, lo cual por uno u otro motivo molestó al anciano caballero. Con «una buena curda» e ideas más claras sobre pugilato que sobre discreción, acometió a

Guapo Charlie, para sorpresa de todos los presentes. El muchacho hábilmente esquivó un golpe a la cabeza y cuanto sucedió fue que la garrafa de vino se hizo añicos en el suelo. Pero la sangre del viejo Toby hervía y saltó de su asiento. El Guapo Charlie se puso de pie, resuelto a no soportar tonterías. El hacendado Lilbourne, que estaba bebido, trató de mediar y cayó al suelo cuan largo era y se lastimó una oreja entre los vidrios rotos. El Guapo Charlie paró con su mano abierta el golpe que el viejo propietario le lanzó y tomándolo por el pañuelo que tenía anudado en el cuello lo balanceó con la espalda contra la pared. Dicen que el viejo jamás se había mostrado tan lívido ni sus ojos tan saltones, y el Guapo Charlie lo retuvo con ambos brazos estrechamente pegado contra el muro.

—Bueno, digo que… vamos, no repitas más tonterías de esa especie y no te voy a pegar —graznó el propietario—. Esa la paraste bien, no hay duda. ¿No les parece? Vamos Charlie, muchacho, digo que nos demos la mano y volvamos a sentarnos.

Así terminó la batalla, y creo que fue la última vez que el propietario levantó la mano al Guapo Charlie.

Pero aquellos días habían quedado atrás. El viejo Toby Marston ahora yacía bastante frío y tieso en su tumba resguardada por un inmenso fresno, en la capilla románica derruida en la que tantos de la vieja estirpe de los Marston habían sido devueltos a la tierra y quedaron olvidados. Sólo en la memoria perduraba la imagen del anciano propietario, con polainas y calzones de cuero percudidos por las inclemencias del tiempo, con el tricornio al que todavía se aferraban los viejos caballeros de entonces, con aquel chaleco rojo tan conocido que le llegaba hasta las caderas y con su fiera cara de dogo. Mientras tanto, los hermanos entre los que se había desencadenado una contienda irreconciliable estaban en sus flamantes ropas de luto,

todavía impolutas, discutiendo a través de la mesa en la gran sala revestida de roble, en la que tantas veces habían resonado las canciones chocarreras y soeces, los juramentos y las carcajadas de los vecinos afectos al viejo propietario de Gylingden Hall, quien gustaba congregarlos allí.

Los jóvenes caballeros, que habían crecido en Gylingden Hall, no estaban habituados a contener sus lenguas y, en caso necesario, no vacilaban en emplear los puños. Ninguno de los dos había asistido a las exequias de su padre. El fin se había producido de manera imprevista. Acompañado a su lecho en ese estado eufórico y agresivo en que lo precipitaba el oporto y el ponche, se lo halló muerto a la mañana siguiente, con la cabeza colgando por el costado de la cama y la cara muy oscura e hinchada.

Ahora, el testamento del propietario despojaba a su hijo mayor de Gylingden, que había sido transmitida al primogénito desde épocas remotísimas. Scroope Marston estaba furioso. Su voz profunda y dura se escuchaba mientras insultaba a su finado padre y a su hermano viviente, al tiempo que los destemplados golpes sobre la mesa con que reforzaba sus tempestuosas recriminaciones resonaban en el vasto aposento. Después irrumpió la voz de Charles, más tosca; luego se produjo un rápido intercambio de frases breves, y más tarde ambas voces juntas crecieron en intensidad y enojo, hasta que por último el tumulto se generalizó con las reconvenciones de los pacíficos y atribulados juristas. Al fin, la reunión se interrumpió de manera abrupta. Scroope abandonó violentamente la habitación con su rostro pálido y furioso que se mostraba aún más blanco por oposición a su pelo negro, con sus oscuros y terribles ojos encendidos, con sus puños apretados y con su aspecto más torpe y deforme que nunca a causa de las convulsiones que le producía la irritación.

Palabras muy despiadadas habían intercambiado entre sí pues Charlie, aunque salía beneficiado, se hallaba casi tan colérico como Scroope. El hermano mayor estaba decidido a retener la casa y a iniciar juicio a su rival para expulsarlo. Pero sus asesores legales evidentemente se oponían a ello. Por lo tanto, con un corazón que hervía de amargura, viajó a Londres y comprobó que la firma encargada de los asuntos de su padre se mostraba bastante bien dispuesta y comunicativa. Verificaron la documentación existente y comprobaron que Gylingden no se encontraba sujeta al régimen de mayorazgo. Por muy extraño que resultase, era así; se hallaba positivamente exceptuada de todo compromiso. Por consiguiente, era incuestionable que el viejo propietario había tenido pleno derecho a disponer de la finca en su testamento.

A pesar de todo, deseoso de venganza, inflamado de agresividad y dispuesto a arruinarse con tal de destruir a su hermano, Scroope asedió al Guapo Charlie y acometió contra el testamento del viejo Marston en la Corte de Privilegios y también en los tribunales comunes. De tal modo, la disputa entre los hermanos se fue haciendo más confusa y de mes en mes crecía la exasperación de ambos.

Scroope fue derrotado. Sin embargo, la derrota no lo apaciguó. Charles podía mostrarse dispuesto a perdonarle las palabras duras; pero él por su parte había resultado perjudicado, durante la prolongada campaña, en alguna de esas escaramuzas, enfrentamientos y demás contingencias que forman los episodios de una gesta legal como esa, en la que participaban los hermanos Marston en calidad de combatientes rivales. Además, el perjuicio de las costas legales también lo alcanzó, con el previsible efecto que ello tiene en el temperamento de un hombre cuyas finanzas están embrolladas. Los años volaron, pero sus alas no lograron curar las heridas. Por lo contrario, la honda

corrosión del odio se hizo todavía más profunda con el transcurso del tiempo. Ninguno de los hermanos se casó. No obstante, a Charles Marston le sobrevino un contratiempo de otra índole que limitó sus satisfacciones de manera muy significativa.

Lo sucedido consistió en una caída de su caballo de caza. A causa de ello, sufrió graves fracturas y hubo conmoción cerebral. Por algún tiempo se pensó que no lograría recuperarse. Defraudó, empero, estos augurios pesimistas; llegó a curarse, si bien soportó cambios en dos aspectos fundamentales: se vio aquejado de una lesión en la cadera que le impidió definitivamente cabalgar y el ánimo juguetón que hasta ese momento nunca le había fallado se desvaneció para siempre.

Tom Cooper, que había sido mayordomo en la gloriosa época de Gylingden Hall en que vivía Toby Marston, aún conservaba su puesto con anticuada fidelidad, en aquel período de marchito esplendor y frugalidad doméstica. Habían transcurrido veinte años desde la muerte del viejo amo. El servidor se había vuelto flaco y encorvado; su rostro tenía el tinte sombrío que confiere el paso del tiempo y su carácter había adquirido hosquedad, salvo en el trato con el dueño de casa.

Este había visitado Bath y Buxton y había regresado en iguales condiciones que al partir; rengo y vacilante, requería el auxilio de un bastón para su penoso deambular. Cuando se dispuso la venta del caballo de caza, desapareció la última tradición de la existencia que anteriormente se llevaba en Gylingden Hall. El joven propietario, como todavía se lo denominaba, impedido por el infortunio en el ejercicio de su actividad cinegética, se entregó a una forma de vida solitaria y renqueaba lentamente sin compañía por la vetusta finca. Su aspecto revelaba una ilimitada pesadumbre y rara vez levantaba los ojos.

El viejo Cooper ocasionalmente se atrevía a hablar con franqueza a su amo. Un día le dijo, al entregarle el sombrero y el bastón en el vestíbulo:

—¡Señorito Charles, debiera animarse un poco!

—Ya no es tiempo para que me sienta animado, mi querido Cooper.

—Pienso que el problema consiste en que algo se le ha metido en la cabeza y no quiere confiárselo a nadie. De nada sirve que lo guarde en sus entrañas. Si lo contara se sentiría más aliviado. Veamos, señorito Charles; dígame ahora de qué se trata.

Con sus ojos redondos y grises, el propietario miró directamente a los ojos de Cooper. Tuvo la sensación de que se había quebrado un encantamiento. Era como la vieja disposición que impide al espectro hablar hasta que le dirijan la palabra. Contempló con seriedad el rostro del viejo Cooper por algunos instantes y suspiró profundamente.

—No es la primera vez en tu vida que haces una conjetura acertada, mi viejo Cooper, y me alegro de que hayas hablado. Por cierto que algo ha estado metido en mi cabeza desde que sufrí aquella caída. Sígueme y cierra la puerta.

El propietario abrió la puerta de la sala revestida de roble y echó una mirada distraída a los cuadros que colgaban en torno. Hacía tiempo que no entraba allí y, luego de sentarse ante la mesa, durante un rato volvió a contemplar la cara de Cooper antes de reanudar la conversación.

—No es mucho, Cooper, pero me preocupa; y no estoy dispuesto a contárselo ni al párroco ni al médico, pues, aunque no tiene ninguna importancia, ¡vaya a saber qué dirían! Pero tú siempre fuiste leal a la familia y no me preocupa que te enteres.

—Le aseguro, señorito Charles, que en los oídos de Cooper se hallará tan seguro como en un cofre sepultado en

una cisterna.

—No es más que esto —dijo Charles Marston, a la vez que bajaba su mirada hacia el extremo del bastón, con el que trazaba rayas y círculos—: todo este tiempo que; según pensaban, estuve como muerto, después de la caída, permanecí con el viejo amo. —Mientras hablaba volvió a levantar sus ojos hacia los de Cooper y con un atroz juramento repitió—: ¡Estuve con él, Cooper!

—A su modo, señor, era un buen hombre —reflexionó el viejo Cooper, devolviendo la mirada con temor—. Fue un buen amo para mí y un buen padre para usted, y confío en que descanse en paz. ¡Que Dios lo haya recibido en su seno!

—Bueno —agregó Charles—, eso es todo; durante aquel período íntegro estuve con él... o él conmigo, no lo sé. El hecho consiste en que estuvimos juntos y me parecía que nunca iba a librarme de su presencia. Todo el tiempo me importunaba sobre una misma cuestión; pero ¡por todos los demonios!, aunque fuera necesario para salvar mi vida, Tom Cooper, desde el momento en que recuperé la conciencia no he podido recordar qué era. ¡Creo que daría una mano por saberlo! Si se te ocurre algo de que pudiera tratarse, por amor de Dios, no temas decírmelo, Tom Cooper, pues me hizo graves amenazas y no tengo la menor duda de que era él.

Siguió un silencio.

—Y usted, señorito Charles, ¿qué piensa que haya sido? —interrogó Cooper.

—No se me ocurre ni la menor idea. No he podido dar con el asunto... *nunca*. Pensé que acaso él supiera algo sobre Scroope, ese maldito jorobado del infierno que aseguró en presencia del abogado Gingham que me había alzado con un documento que reconocía el mayorazgo... que lo hicimos desaparecer mi padre y yo. Y te aseguro por mi salvación, Tom Cooper, ¡que nunca se dijo mayor embuste! Lo hubiera

llevado a tribunales por haber pronunciado esas palabras y hubiera dilapidado en él más de lo que vale. Pero sucede que el abogado Gingham, desde que el dinero se volvió escaso en Gylingden, nunca lleva adelante nada de cuanto le pido; y me resulta imposible cambiar de abogado porque le debo una cantidad de dinero. Sin embargo, fue así; juró que estaba dispuesto a ahorcarme por eso. Lo dijo con esas mismas palabras: no descansaría hasta *colgarme*. Pienso si no era algo por el estilo, algo referido al asunto, lo que preocupaba al viejo; pero con esto basta para que uno se vuelva loco. No llego ni siquiera a imaginarme *qué* era… no recuerdo ni una palabra de lo que me dijo. Sólo tengo presente que hizo amenazas espantosas y, ¡Dios tenga piedad de nosotros!, parecía atrozmente desagradable.

—No hay motivos para ello. ¡Que el Señor tenga piedad de él! —respondió el viejo mayordomo.

—No, por supuesto. Y no debes contarle a nadie, a ninguna alma viviente, Cooper, recuérdalo, que parecía desagradable, ni tampoco cosa alguna relativa al episodio.

—¡Dios me libre de ello! —contestó el viejo Cooper sacudiendo la cabeza—. Pero se me acaba de ocurrir, señor, si no se trata del desaire que se le hizo por tanto tiempo, al no ponerle una lápida y que ni un trazo de cincel diga quién es.

—¡Claro! A decir verdad, no había pensado en ello. Ponte el sombrero, mi viejo Cooper, y ven conmigo. No sé cómo, pero trataré de arreglarlo.

Hay una vereda que conduce a través de un molinete hasta el parque y, de allí, hasta el antiguo y pintoresco lugar en que se hallan las tumbas, en un rincón apartado junto al camino, sombreado por añosos árboles. Era una hermosa puesta de sol otoñal, cuando luces melancólicas y largas sombras desparraman sus peculiares efectos sobre el paisaje. El Guapo Charlie y el viejo mayordomo recorrían

lentamente su camino hacia el sitio en que, al fin, también habría de reposar el actual propietario.

—¿Cuál de los perros aulló durante toda la noche? —preguntó Charles Marston al llegar al senderito.

—Un perro vagabundo, señorito Charlie; se había instalado frente a la casa. Los nuestros estaban en las perreras. Por lo que pude comprobar, era un animal de pelaje blanco con cabeza negra. Estaba husmeando la escalinata que el viejo amo, ¡que Dios tenga en la gloria!, hizo construir aquella vez que tuvo problemas en la rodilla. Cuando llegó arriba y se puso a aullar junto a las ventanas, tuve ganas de tirarle con algo.

—¡Hola! ¿No es ese? —dijo el propietario, deteniéndose abruptamente y señalando con su bastón un perro de color blanco sucio con una gran cabeza negra, que corría en torno de ellos en un amplio círculo, a medias agazapado con ese aspecto de indecisión y recelo que tales animales saben adoptar tan bien.

Llamó al perro con un silbido. Era un dogo de gran tamaño, medio muerto de hambre.

—La bestia hizo un largo viaje; está flaco como un palo, completamente sucio y las uñas parecen muy gastadas —observó el propietario reflexivamente—. No tiene mala traza, Cooper. Mi pobre padre sentía predilección por los buenos dogos y sabía diferenciar un mero cuzco de un animal valioso.

El perro había levantado los ojos para mirar al propietario en la cara con el peculiar semblante torvo de su especie, y el propietario irreverentemente pensaba hasta qué punto se asemejaba a los rasgos caninos que tenía el rostro fiero de su padre cuando esgrimía el látigo y maldecía a un peón.

—Para obrar con prudencia, es necesario pegarle un tiro.

—Perturbaría el ganado y mataría a nuestros perros —advirtió el propietario—. Óyeme, Cooper. Hay que decirle al

guardián que disponga de él. Es tan corpulento que puede derribar un carnero, y no quiero que se alimente con mi rebaño.

Pero no iba a resultar fácil librarse del perro. Contempló con mirada triste al propietario, y una vez que los dos hombres se alejaron un poco los siguió tímidamente.

Era inútil tratar de espantarlo. El animal corría en torno de ellos en amplios círculos a semejanza del perro infernal en *Fausto*, con la única diferencia de que no dejaba un tenue vestigio de llamas a su paso. Ejecutaba tales movimientos con un aire suplicante que halagaba y conmovía al destinatario de esta extraña preferencia. Por consiguiente, lo volvió a llamar, lo acarició y, sin más demoras, procedió en cierto modo a adoptarlo.

Ahora el perro seguía, obediente, los pasos de los dos caminantes, como si hubiera pertenecido al Guapo Charlie toda su vida. Cooper quitó el cerrojo de la puertecita de hierro. El animal se mantuvo a estrecha distancia de sus talones y los acompañó en la visita a la capilla destechada.

La familia Marston yacía en filas bajo el piso del pequeño edificio. No había una bóveda. Cada cual tenía su tumba propia enmarcada por un zócalo de argamasa. Encima de cada una había una suerte de cofre de piedra, la parte superior de cuya tapa incluía el respectivo epitafio, salvo en el caso del pobre viejo Toby. Sobre él no había más que hierbas y el zócalo de argamasa, que indicaba el lugar donde correspondería ubicar el cofre de piedra cuando su familia le otorgase uno similar a los que recubrían a los demás.

—La verdad, parece descuidado. Es obligación del primogénito, pero si él no arregla la cuestión lo haré yo y me encargaré de que quede bien indicado que el hijo menor puso la lápida porque el mayor se negó a prestar su colaboración.

Dieron un paseo por el pequeño cementerio. El sol ya estaba bajo el horizonte y el resplandor rojo metálico de las nubes, todavía iluminadas por la luz del día, se mezclaba con aspecto tormentoso al crepúsculo. Cuando Charlie volvió a asomar su mirada en la capillita, vio al endiablado perro que se estiraba sobre la tumba de Toby Marston, con la apariencia de que su largo era el doble del natural, al tiempo que hacía cabriolas que llamaron la atención al joven propietario. Quien haya visto un gato estirado sobre el piso con un manojo de valeriana, retorciéndose, serpenteando y refregando sus quijadas en prolongadas caricias, enfrascado en un éxtasis sensual, habrá presenciado un espectáculo análogo al que observó el Guapo Charlie cuando echó una mirada al interior.

La cabeza del animal se mostraba tan grande, su cuerpo resultaba tan largo y flaco y sus articulaciones dejaban una impresión tan torpe y dislocada que el propietario, con el viejo Cooper a su lado, permaneció con la vista fija poseído por una sensación de asombro y disgusto que, al cabo de uno o dos instantes, lo llevó a propinarle con violencia un par de bastonazos. Recuperado de su éxtasis, saltó hacia la cabecera de la tumba y allí, tenso y arqueado como antes, imprevistamente enfrentó a su atacante que se encontraba a los pies del sepulcro, al tiempo que mostraba los dientes con actitud amenazadora y su mirada se mostraba feroz con ese verde peculiar de la ira canina.

Al momento siguiente, el perro se agazapaba abyectamente ante el Guapo Charlie.

—¡Parece que no admite bromas! —dijo el viejo Cooper mirándolo con dureza.

—Me gusta —observó el propietario.

—A mí, no —replicó Cooper.

—No debe entrar aquí nuevamente —decidió el propietario.

—No me extrañaría que fuese una bruja —acotó el viejo Cooper, que tenía noticia de más historias de hechicería que las habituales hoy día en la región.

—Es un buen perro —comentó el propietario vagamente —. Recuerdo la época en que hubiera pagado un buen precio por él. Pero ya no volveré a recuperar la destreza perdida. Ven conmigo.

Se inclinó y le dio algunas palmaditas. Entonces el perro se levantó y lo miró a la cara, como si esperase alguna indicación, por mínima que fuese, para obedecerla.

A Cooper no le gustaba ni pizca lo que contenía esa piel canina. No comprendía qué suscitaba el interés del propietario por ese animal. Por la noche el Guapo Charlie lo encerraba en la sala de armas, de día lo llevaba consigo en sus cojeantes vagabundeos por la finca. Cuanto más el amo llegó a quererlo, menos Cooper y el resto de los servidores lo toleraron.

—No tiene la menor traza de lo que hace que un perro sea bueno —refunfuñaba Cooper—. Creo que el señorito Charlie está ciego. Además, el viejo Capitán —un rojo papagayo de bastante edad que permanecía encadenado a una percha en la sala revestida de roble, hablando consigo mismo, picoteando sus garras y tironeando de la percha sin cesar—, el viejo Capitán, único ser viviente que recuerda al anterior amo con excepción de uno o dos de nosotros, en cuanto vio al perro dio un chillido como si le pegaran, agitó sus plumas y se dejó caer, pobre animalito de Dios, colgando de una pata como atacado de un paroxismo.

Sin embargo, no había margen para fantasías, pues el propietario era una de esas personas obstinadas que se aferran con más tozudez a sus caprichos cuanto mayor es la oposición que se les presenta. Pero la salud de Charles Marston se hallaba resentida por su cojera. La transición de sus habituales y enérgicas actividades a una existencia

como la que ahora le imponía su impedimento nunca se cumple sin riesgos y una infinidad de molestias dispépticas, que anteriormente ni siquiera sospechaba, lo asediaban con amarga persistencia. Entre ellas se encontraba la frecuente perturbación de su reposo, acosado por sueños y pesadillas. En estos, su perro favorito desempeñaba invariablemente un papel, por lo general protagónico, en ocasiones sin que lo acompañaran otros personajes. En tales visiones, el animal parecía agrandarse junto al lecho del propietario y, una vez que alcanzaba inmensas proporciones, se sentaba a sus pies con una repulsiva semejanza de las achatadas facciones que tenía el finado Toby, con sus típicos gestos al menear la cabeza y levantar el mentón; luego de lo cual, comenzaba a hablarle acerca de Scroope y a decirle que «todo estaba torcido», que «debía reconciliarse con Scroope», que él —el viejo propietario— le había «jugado una mala pasada», que «faltaba poco tiempo», que «lo justo era justo» y que «allí donde estaba se sentía inquieto por Scroope».

Después de todas estas explicaciones, en sus sueños el animal semihumano, arrastrándose servilmente, acercaba su cara a la del durmiente y agazapaba su cuerpo, pesado como plomo, hasta que el hocico de la bestia se ubicaba encima del rostro de Charlie, con el despliegue de las mismas zalamerías, revolcones y retorcimientos abominables que había exhibido sobre la tumba del viejo Toby. Al cabo, el propietario se despertaba con jadeos y gemidos, se erguía en la cama bañado en fría transpiración y tenía la impresión de haber visto algo blanco que se deslizaba a los pies del lecho. A veces suponía que podía ser el borde blanco del cortinado o el cobertor desplazado por sus inquietos movimientos; pero en tales ocasiones, siempre quedaba la sensación de que había visto algo blanco que se escurría presuroso de la cama; y todas las veces que lo poseían semejantes sueños, a la mañana siguiente el perro

se mostraba más cariñoso y servil que de costumbre, como si con una bienvenida más afectuosa que la habitual quisiese borrar el sentimiento de disgusto que el horror de la noche había dejado a su paso.

El médico tranquilizó a medias al propietario diciéndole que nada había en aquellos sueños cuya aparición, de una u otra forma, solía acompañar invariablemente los diversos problemas digestivos que padecía.

Por un tiempo, como para corroborar esta teoría, el perro cesó por completo de aparecer en ellos. Pero al fin se produjo una visión en la cual, de manera mucho más desagradable que antes, recuperó su antiguo lugar.

En la pesadilla de Charlie, el cuarto se mostraba casi en penumbras; oyó lo que pudo reconocer como las pisadas del perro que venía lentamente de la puerta, ubicada haciendo un rodeo desde la cama, y se dirigía hasta el sitio por el que siempre subía a esta. Parte de la habitación no se hallaba alfombrada y, según declaró, podía escuchar de manera inconfundible los movimientos del animal, el leve repiqueteo de cuyas uñas percibía. Eran pasos suaves y furtivos, pero cada vez que apoyaba la pata en el suelo todo el cuarto se estremecía pesadamente; advirtió que algo se instalaba a sus pies y vio un par de ojos verdes que lo miraban fijamente en la oscuridad, de los que no pudo apartar su vista. Entonces tuvo la sensación de que escuchaba la voz del viejo Toby diciéndole:

—La undécima hora ha transcurrido, Charlie, y no has hecho nada. ¡Tú y yo hemos obrado en perjuicio de Scroope! —Siguieron muchas otras cosas, y luego—: El tiempo está por llegar, se va a cumplir el plazo.

Con un largo y sordo gruñido, eso empezó a arrastrarse desde sus pies. El gruñido prosiguió y Charlie observó los verdes ojos levantados que se reflejaban en la ropa de cama, a medida que el animal comenzaba a estirarse con lentitud

para ir subiendo por el cuerpo de su amo hacia la cabeza. El durmiente se despertó profiriendo un grito estridente. La luz que, en los últimos tiempos, el propietario solía dejar encendida en el dormitorio se había apagado accidentalmente. Temía levantarse e inclusive durante un rato no se atrevió a mirar en torno del cuarto, tan seguro se hallaba de tropezar en la oscuridad con aquellos ojos verdes, fijos en él desde algún rincón. Apenas recobrado del primer sobresalto que la pesadilla deja a su paso y mientras trataba de ordenar sus ideas, advirtió que el reloj daba las doce. Ello le recordó las palabras: «La undécima hora ha transcurrido… El tiempo está por llegar, se va a cumplir el plazo». Casi tenía miedo de oír que la voz retomaba el asunto.

A la mañana siguiente, cuando el propietario salió de su cuarto, daba la impresión de hallarse enfermo. Dijo:

—¿Tienes idea, Cooper, de un dormitorio que acostumbraban llamar la Cámara del Rey Herodes?

—Efectivamente, señor; cuando era apenas un muchacho vi la historia del rey Herodes en sus muros.

—Junto a esa habitación hay un gabinete, ¿verdad?

—No estoy seguro; pero no vale la pena que vaya a verla; las colgaduras se han podrido y cayeron de las paredes antes de que usted naciera. En su interior no hay más que algunos cachivaches rotos y trastos viejos. Yo mismo estuve presente cuando el pobre Twinks los metió allí. ¿Se acuerda de Twinks? Murió aquí cuando la gran nevada: ¡buen trabajo costó enterrar al pobre infeliz!

—Consígueme la llave, Cooper; echaré una mirada —agregó el propietario.

—¿Qué demonios espera encontrar en ese lugar? —respondió Cooper, con el desenfado propio de un mayordomo rural.

—¿Y qué demonios te interesa? Pero no me incomoda decírtelo. No quiero que el perro permanezca en la sala de

armas y trataré de ubicarlo en algún otro sitio. Se me ocurre que podría ser allí.

—¡Ese animal instalado en un dormitorio! ¡Por favor, señor! ¡La gente creerá que se ha vuelto loco!

—Bueno, que lo crean. Consígueme la llave y hagamos una visita al cuarto.

—Para obrar con prudencia, señorito Charlie, debió pegarle un tiro. No tiene idea del alboroto que hizo anoche en la sala de armas: caminaba de un lado para otro y gruñía como un tigre de circo. Diga usted lo que quiera, el perro no vale ni la comida que recibe; no tiene ni pizca de habilidad, no sirve para nada.

—Conozco los perros mejor que tú, ¡y te aseguro que es bueno! —arguyó el propietario con desagrado.

—Si supiera valorar un perro, a este ya lo hubiera colgado —insistió Cooper.

—No pienso hacerlo, de modo que terminemos con la cuestión. Ve a buscar la llave, y mientras bajas a recogerla no quiero oírte refunfuñar. Acaso cambie de opinión.

Por lo demás, el capricho de visitar la Cámara del Rey Herodes tenía, en verdad, un propósito totalmente distinto del que había declarado el propietario. La voz escuchada en la pesadilla había incluido una referencia específica que se había adueñado de Charles Marston y que no lo dejaría en paz hasta verificarla. Lejos de gustarle, el perro empezaba a resultarle sospechosamente perturbador; si el viejo Cooper no hubiera estimulado su carácter obstinado, es lícito suponer que antes de la noche habría tomado medidas concretas para librarse del pensionista.

En compañía de Cooper subió hasta el tercer piso, desocupado desde hacía largo tiempo. Al final de una polvorienta galería se hallaba la habitación. El viejo tapiz, del que había recibido su nombre la espaciosa cámara, hacía mucho que había sido reemplazado por un empapelado

moderno, y este se hallaba mohoso y en algunos sitios colgaba de las paredes. Una espesa capa de tierra se había acumulado sobre el piso. Sillas y mesas rotas, recubiertas de polvo, yacían dispersas junto con otros trastos, apiladas en un rincón del cuarto.

Entraron en el gabinete, que estaba completamente vacío. El propietario miró a su alrededor y hubiera resultado muy difícil determinar si se sintió aliviado o desilusionado.

—No hay muebles aquí —dijo, asomándose por la polvorienta ventana—. ¿Me dijiste algo últimamente, no me refiero a esta mañana, acerca del cuarto o del gabinete, o de no sé qué…? Me he olvidado…

—¡Que Dios lo ampare! Le aseguro que no. Tenía olvidado este cuarto desde hace cuarenta años.

—Hay algún mueble antiguo al que llamaban *alacena*, ¿no recuerdas? —inquirió el propietario.

—¿Una alacena? Bueno, sí, con toda seguridad había una alacena, no tengo la menor duda. Estaba en el gabinete, ahora que me lo ha recordado —contestó Cooper—. Pero quedó empapelada.

—¿Se puede saber qué es?

—Un armarito dentro de la pared —fue la respuesta.

—¡Ajá! Ya veo. Y aquí hay una cosa de tal especie bajo el empapelado, ¿no es así? Señálame más o menos dónde.

—Bien. Creo que es por aquí —contestó golpeando los nudillos a lo largo de la pared opuesta a la ventana—. En efecto, aquí está —agregó cuando el sonido a hueco de una puerta de madera respondió a sus golpes.

El propietario arrancó el empapelado suelto y puso al descubierto las puertas de un armarito de unos dos pies cuadrados ubicado en la pared.

—El lugar apropiado para mis pistolas y arreos y para el resto de mis chucherías —declaró el Guapo Charlie—.

Vámonos. Dejaremos al perro donde está. ¿Tienes la llave del armarito?

No, no la tenía. El viejo amo lo había vaciado y cerrado, y era su deseo que lo empapelaran por encima. En eso consistía todo.

El propietario descendió y extrajo un poderoso destornillador de su caja de herramientas. Luego volvió a subir calmosamente a la Cámara del Rey Herodes. Con poco esfuerzo logró abrir la puerta del armarito que se hallaba en el gabinete. En su interior había cartas y contratos de arriendos cancelados, así como un documento de pergamino que llevó a la ventana y leyó con gran agitación. Era un acta suplementaria redactada unos quince días después que los otros documentos relativos a la finca y anterior al casamiento de su padre. Allí se estipulaba estrictamente que Gylingden pasaría al primogénito, según el régimen del mayorazgo. El Guapo Charlie, en el curso de los litigios con su hermano, había adquirido rudimentariamente algunos conocimientos de técnica legal y sabía fuera de toda duda que ese testimonio no sólo habría de transferir la casa y las tierras a Scroope, sino que además lo dejaría a merced de su iracundo hermano, quien estaba autorizado a reclamarle hasta la última moneda que hubiese percibido en concepto de renta a partir de la muerte de su padre.

Era un día lúgubre y nublado, con algo de amenazador en su aspecto, y donde se hallaba Charles Marston la oscuridad resultaba intensificada por la copa de uno de los sombríos y añosos árboles que se cernía sobre la ventana.

En un estado de atroz desconcierto trató de reflexionar acerca de su situación. Guardó el documento en su bolsillo y estuvo casi decidido a destruirlo. Poco tiempo atrás, en tales circunstancias, no hubiera vacilado un instante; pero ahora su salud y sus nervios estaban perturbados y se sentía poseído por un temor sobrenatural que el extraño

descubrimiento del pergamino no hacía más que confirmar en forma decisiva.

En estas condiciones de profunda agitación, oyó olfatear ante la puerta del gabinete y luego percibió un arañazo impaciente y un gruñido sordo y prolongado. Se armó de coraje y, sin saber qué podía aguardarle, abrió la puerta de golpe y vio al perro, no en el tamaño que adquiría en sus sueños, sino en actitud alegre y retozona, con gestos serviles que trataban de halagarlo por medio de vehementes muestras de sumisión. A continuación, mientras rondaba por el gabinete, el animal gruñó amenazadoramente en los rincones y pareció hallarse en un estado de irrefrenable perturbación. Después de lo cual, volvió a retozar y se agachó dócilmente a sus pies.

Transcurridos los primeros instantes, la impresión de horror y miedo comenzó a disminuir, de modo que el propietario casi se reprochó por haber respondido al afecto de esa pobre bestia desposeída de cariño con una antipatía de la que en realidad no era merecedora.

Los pasos del animal repiquetearon a sus espaldas, mientras lo seguía al descender las escaleras. De manera bastante extraña, la presencia del perro, luego de la inicial repulsión, lo tranquilizó, pues ante sus ojos se mostró tan fiel y tan bien dispuesto, a la vez que resultaba en forma tan notoria solamente un irracional.

A la hora del crepúsculo el propietario ya había optado por un camino intermedio; no habría de informar a su hermano del descubrimiento, pero tampoco iba a destruir el documento. No se proponía casarse, porque ya estaba excedido en edad. Dejaría una carta que explicase el hallazgo del pergamino, dirigida al único albacea sobreviviente —quien con absoluta seguridad ya había olvidado todo el asunto— y, tras haber disfrutado de la finca hasta el fin de sus días, dispondría que todo quedara en

regla después de su muerte. ¿No era acaso lo correcto? Sin duda alguna este arreglo satisfacía con plenitud lo que denominaba su conciencia y pensó que era un compromiso endemoniadamente favorable para su hermano. Hacia la puesta del sol, salió a realizar su caminata habitual.

Cuando regresaba, a la hora en que ya oscurece, con el perro que lo acompañaba como de costumbre, este comenzó en un principio a ponerse juguetón y alborotado, corriendo a su alrededor en grandes círculos tal como lo había hecho antes, casi al máximo de su rapidez, con la cabeza gacha entre las patas delanteras mientras se lanzaba a toda prisa. Cuanto más excitados se tornaban sus movimientos y más estrechos los círculos, más estridentes y fieros eran los gruñidos ininterrumpidos, al punto de que el propietario se detuvo y tomó su bastón con fuerza, pues los ojos cárdenos y las muecas de la bestia anunciaban un ataque. Girando sobre sí mismo a medida que el inquieto animal estrechaba su círculo y lanzándole varios golpes con su bastón. Al fin se sintió tan cansado que ya dudaba de mantenerlo por más tiempo a distancia, cuando imprevistamente el dogo se detuvo y se arrastró hasta sus pies con escurridizos movimientos y agachado servilismo.

Nada podía ser testimonio más abyecto de un pedido de disculpas; y cuando el propietario le descargó dos pesados bastonazos, el perro apenas gimoteó con un retorcimiento y lamió sus pies. El Guapo Charlie se sentó en un árbol caído y su torpe compañero, recuperando de inmediato su maltrecho ánimo, empezó a olfatear y hocicar entre las raíces. El hombre verificó si el documento seguía en su bolsillo, sobre su pecho; allí estaba, en efecto. De nuevo reflexionó, en el más solitario de los lugares, acerca de la duda que tenía sobre conservarlo para que después de su muerte fuese devuelto a su hermano o destruirlo.

Comenzaba a inclinarse por esto último, cuando no muy lejos un prolongado y sordo gruñido del animal lo sobresaltó.

Estaba sentado en un melancólico bosquecillo de añosos árboles que se inclinaban suavemente hacia el oeste. Exactamente se observaba el mismo efecto extraño de luces que ya se describió antes: un débil resplandor reflejado desde las alturas del cielo, luego de que el sol se hubo puesto, comunicaba a las tinieblas crecientes una rojiza vaguedad. La foresta, ubicada en una grata depresión, suscitaba una sensación de soledad en virtud de que su horizonte estaba cerrado en todas direcciones con excepción de una.

Se levantó y miró por encima de la barrera que accidentalmente formaban los troncos de los árboles caídos, apilados unos sobre otros. Desde allí contempló al perro cuyas dimensiones se agrandaban del otro lado hasta presentar un aspecto alargado, con su fea cabeza que, a causa de ello, parecía haber adquirido el doble del tamaño natural. La pesadilla volvía a dominarlo. En ese momento, entre los troncos la desgarbada cara del animal se extendía y el largo pescuezo se prolongaba aún más: a continuación, el cuerpo se asemejó a un enorme lagarto blanco; y mientras forcejeaba y se retorcía entre las ramas, gruñía y lo miraba con ojos deslumbrantes, como si fuera a devorarlo.

Con toda la rapidez que le permitía su cojera, el propietario, escapó de ese lugar aislado en dirección a la casa. En verdad, no hubiera podido decir exactamente qué pensamientos pasaban por su cabeza mientras huía. Pero cuando el perro se unió a él parecía tranquilizado y hasta mostraba buen humor, en tanto que su figura ya no tenía nada en común con la bestia que rondaba sus sueños.

Aquella noche a eso de las diez, el propietario, bastante agitado, llamó al guardabosques y le explicó que, a su juicio, el perro se hallaba rabioso y era necesario eliminarlo. Podía

pegarle un balazo en la sala de armas, donde se encontraba: uno o dos disparos en el revestimiento de madera no importaban, lo que sí debía tener en cuenta era que el animal no tuviese posibilidad de salir vivo.

El Guapo Charlie entregó al guardabosques su revólver de caño doble, cargado con pesada munición. Sólo lo acompañó hasta el vestíbulo y puso una mano en el brazo del servidor, quien observó que el pulso del propietario era inseguro y que parecía «blanco como cuajada».

—Escuche un momento —dijo Charles Marston en un susurro.

Oyeron que el perro se hallaba en la habitación muy excitado; gruñía ominosamente, subía al antepecho de la ventana y bajaba de él, corría alrededor del cuarto.

—Debe mostrarse eficaz, téngalo presente: no le dé la menor oportunidad. Póngase de costado, ¿me entiende?, y ¡descargue toda la munición!

—No es la primera vez que disparo contra un perro rabioso, señor —respondió el individuo con una mirada muy seria, mientras amartillaba el arma.

Cuando el guardabosques abrió la puerta, el perro saltó hacia la vacía rejilla del hogar. El hombre dijo que «nunca había visto semejante demonio, tieso y con la mirada fija». La bestia giró sobre sí, al parecer como si se propusiera buscar refugio en la chimenea, «pero eso no debía suceder a ningún precio». Profirió un alarido que nada tenía de canino, sino que se asemejaba al grito de un hombre atrapado por una piedra de molino, y antes de que pudiera saltar sobre el guardabosques este disparó una carga. El perro se le arrojó encima y rodó, recibiendo la segunda carga en la cabeza, mientras resoplaba a los pies de su adversario.

—¡Nunca vi cosa semejante ni escuché chillido igual! —dijo el guardabosques retrocediendo—. Hace que uno se sienta desconcertado.

—¿Está muerto? —preguntó el propietario.

—Sin lugar a dudas, señor —respondió el servidor, arrastrándolo del pescuezo por el piso.

—Arrójelo fuera de la casa —agregó el Guapo Charlie— y encárguese de sacarlo de la propiedad esta misma noche. El viejo Cooper dice que es una bruja —y aquí el propietario sonrió pálidamente—, de modo que no debe permanecer en Gylingden.

Jamás nadie se sintió más tranquilizado que Charles Marston, y por espacio de una semana a partir de este suceso su reposo fue el más apacible desde hacía mucho tiempo.

Nos incumbe a todos obrar con prontitud de acuerdo con nuestras buenas resoluciones. Hay una tendencia incontenible hacia el mal que, si se le permite actuar, desviará los propósitos iniciales. Si en un momento de temor supersticioso el propietario había pensado aceptar un gran sacrificio y había decidido, en relación al documento tan misteriosamente recuperado, que se mostraría honesto con su hermano, tal proyecto fue muy pronto suplantado por una solución de compromiso con el fraude, la cual posponía de manera conveniente la restitución hasta una fecha en que ya no le resultaría posible seguir disfrutando de la finca. Luego llegaron nuevos anuncios del lenguaje violento y amenazador que utilizaba Scroope, quien siempre reiteraba los mismos estribillos: no dejaría una piedra sin remover para demostrar que existía un documento que Charles había ocultado o destruido; no descansaría hasta colgarlo.

Estas eran, por cierto, palabras insensatas. Al principio, Charles Marston sólo había llegado a enardecerse, pero luego de su reciente y culpable comprobación y ocultamiento se sentía amedrentado. Lo amenazaba la existencia del pergamino y, poco a poco, llegó a la conclusión de que era menester destruirlo. Tuvo muchas

vacilaciones y temores antes de que pudiera decidirse a cometer el delito. Sin embargo, al fin lo hizo y se libró de los cuidados provocados por ese testimonio, que en cualquier momento podía convertirse en motivo de infortunio y ruina. Ello lo alivió, pero también engendró nuevos y terribles desasosiegos, a causa de la falta cometida.

Se había despojado bastante bien de sus escrúpulos sobrenaturales. Lo que ahora lo angustiaba era un problema de índole diferente.

Sin embargo, esa noche creyó que lo despertaba una violenta agitación en su lecho. Pese a la luz muy insuficiente, pudo ver dos figuras al pie de la cama, cada una de las cuales sostenía uno de los pilares. En una de ellas le pareció reconocer a su hermano Scroope, en tanto que la otra era el viejo propietario —de ello estaba seguro—, y tuvo la sensación de que ambas lo habían sacado del sueño. Tan pronto como Charlie hubo despertado, Toby Marston le habló para decirle:

—¡Fuera de nuestra casa! Esto no durará mucho. Vendremos juntos, por mutuo acuerdo, y nos quedaremos. Aunque te advertí de ello, lo hiciste con plena conciencia. ¡Ahora Scroope te colgará! ¡Los dos juntos te colgaremos! Tenlo presente, engendro del demonio.

El viejo propietario temblorosamente estiró su rostro, desfigurado por los balazos y la sangre, y adquirió gradualmente un parecido cada vez mayor con el perro. Comenzó a estirarse y a trepar por la cama desde los pies. Al mismo tiempo, Charlie advirtió que la presencia que se hallaba del otro lado, apenas algo más que una oscura sombra, comenzaba también a subirse al lecho. De inmediato se desencadenó en el dormitorio una terrible confusión, con gran alboroto y una suerte de parloteo acompañado de carcajadas. Al propietario le fue imposible entender las palabras, pero despertó gritando y comprobó

que se hallaba de pie en el piso. Los fantasmas y el griterío se desvanecieron, si bien se escuchó un estrépito, acompañado por el tintineo de los fragmentos de un objeto destrozado. El gran recipiente de porcelana, que por generaciones había sido empleado para bautizar a los Marston de Gylingden, había caído de la repisa y se había estrellado sobre la piedra del hogar.

—Toda la noche estuve soñando con Scroope. No me extrañaría, mi viejo Cooper, que hubiese muerto —dijo a la mañana siguiente Charles Marston.

—¡Dios nos libre y guarde! ¡También yo lo vi en sueños, señor! Me pareció que profería maldiciones y juramentos porque lo habían robado, mientras, ¡Dios lo tenga en la gloria!, el viejo amo —puedo jurar que era él— me decía muy claro: «Levántate, Cooper; dame una mano para colgarlo, condenado ladrón miserable, porque no es más que un cuzco de porquería, no un cachorro mío». Me pareció que era el perro que mataron las otras noches que corría hacia mí. Tuve la sensación de que el viejo amo me daba un puñetazo y yo me ponía en actividad, diciéndole: «A sus órdenes, señor». Por un rato no me pude sacar de la cabeza que el amo todavía estaba en la habitación.

Cartas procedentes de la ciudad pronto convencieron al propietario de que su hermano Scroope, lejos de haber muerto, se hallaba singularmente activo; el apoderado de Charlie le escribió muy alarmado, informándolo que accidentalmente se había enterado de que Scroope se proponía iniciar una causa para demostrar la existencia de un acta suplementaria relativa a la finca, de la que tenía pruebas subsidiarias que le permitirían entrar en posesión de Gylingden. Ante esta amenaza, el Guapo Charlie se encogió de hombros y envió una enérgica carta a su representante, si bien permaneció a la espera de lo que pudiera suceder con un secreto presentimiento.

Scroope ahora formulaba estrepitosas conminaciones, juraba en su estilo más agresivo y reiteraba la antigua promesa de que iba a colgar a ese estafador. En medio de tales intimaciones y aprestos se produjo, empero, un imprevisto apaciguamiento: Scroope se murió sin tiempo para tomar las medidas que le permitieran un asalto póstumo a su hermano. Era uno de esos casos de enfermedad cardíaca en que la muerte es tan rápida como un pistoletazo.

A Charlie no le fue posible ocultar la alegría, lo cual podía suscitar desagrado aunque, por supuesto, no era una actitud del todo maligna, pues consistía en la distensión producida por haber superado un temor secreto. Resultaba asimismo jocosamente afortunada la circunstancia de que apenas el día anterior Scroope hubiese destruido su testamento precedente, en el cual dejaba todos sus bienes a un extraño, con el objeto de redactar uno nuevo al cabo de un par de jornadas en el cual enunciaba la condición expresa de proseguir las acciones judiciales contra Charlie.

Como consecuencia de ello, cuanto poseía pasó incondicionalmente a manos de su hermano, en calidad de legítimo heredero. Todo esto ofrecía motivos para un júbilo incontenible. Por cierto, no estaba ausente el odio, arraigado profundamente a lo largo de una vida en que habían intercambiado agresiones y ultrajes con recíproca persistencia; al respecto, debe tomarse en cuenta que el Guapo Charlie era capaz de cultivar el resentimiento y de disfrutar de la venganza con todo su corazón. Se habría sentido feliz si hubiera podido impedir que su hermano fuese enterrado en la capilla de Gylingden, donde este quería reposar; pero sus abogados no estaban seguros de que fuese lícito impedirlo, aparte de que no resultaría fácil ponerse a salvo del escándalo que era inevitable si se oponía a la ceremonia, a la que asistirían —como no podía

ignorarlo— algunos de los antiguos propietarios locales y otras personas con aspiraciones hereditarias a los bienes de los Marston.

Pero ordenó a la servidumbre que nadie asistiera al funeral, con la promesa —mechada de juramentos y maldiciones que no debían desestimarse— de que cualquiera que ignorase su decisión encontraría a su regreso la puerta cerrada en las narices.

Cabe suponer que, con excepción del viejo Cooper, a ningún servidor preocupó la prohibición, salvo por el hecho de que iba en perjuicio de una curiosidad que siempre se muestra vigorosa en la existencia rural. Cooper se sintió muy molesto por la circunstancia de que el hijo mayor del viejo amo fuera enterrado en la antigua capilla familiar sin que Gylingden Hall hiciera ninguna demostración del respeto debido. Consultó al dueño de casa acerca de si, por lo menos, se prepararían vino y refrescos, en la sala revestida de roble, para el caso de que alguno de los caballeros de la comarca que demostrase su afecto por la vieja familia deseara acercarse hasta allí. El propietario, empero, sólo le respondió algunas palabrotas y le aconsejó que se metiera en sus propios asuntos; además, por si ello sucedía, le ordenó que dijera que el amo estaba ausente y que no se habían dispuesto preparativos; en suma, que se despechara a cualquier visitante tal como había llegado. Cooper formuló obstinadas reconvenciones y el propietario se sintió cada vez más enojado hasta que, después de una tormentosa escena, recogió su sombrero y su bastón y salió, justo en el momento en que comenzaba a verse el cortejo fúnebre que descendía por el valle desde la antigua *Taberna del Ángel*.

Cooper anduvo rondando desconsolado y, en la medida en que pudo hacerlo, contó desde la puerta el número de carruajes. Cuando el entierro concluyó y comenzaron a irse los asistentes, regresó a la casa cuya puerta permanecía

abierta y, como de costumbre, desierta. Antes de llegar a ella, un coche del cortejo se acercó y dos caballeros con capas negras y crespones en los sombreros descendieron; sin mirar a uno u otro lado, comenzaron a subir la escalinata que conducía a la mansión. Cooper los siguió lentamente. Supuso que el coche habría dado la vuelta para estacionarse en el patio, pues cuando llegó a la entrada ya no se veía.

Por consiguiente, el mayordomo ingresó en la casa detrás de los enlutados. En el vestíbulo halló a otro servidor, quien le comunicó haber visto a los dos caballeros con capas negras cuando se dirigían a la escalera, sin haberse quitado los sombreros ni haber solicitado permiso a nadie. Era muy extraño y una excesiva libertad, pensó el viejo Cooper, de modo que subió a buscarlos.

Pero de ninguna manera pudo hallarlos, y a partir de ese instante la casa se vio perturbada.

En poco tiempo no había sirviente que no tuviese algo que contar. Pasos y voces los seguían a veces por los pasillos y susurros ahogados, siempre amenazadores, los alarmaban en los rincones de las galerías o desde penumbrosos escondrijos, de modo que retornaban asustados para ser regañados por la flaca señora Beckett, quien juzgaba que tales historias no eran mucho más que infundios. Pero ella misma, poco después, llegó a formarse una opinión diferente sobre el asunto.

La señora Beckett comenzó a oír voces, con un formidable agravante; siempre las escuchaba cuando decía sus oraciones, lo que había hecho puntualmente durante toda su vida. De tal modo, los rezos quedaban interrumpidos por completo. En esas ocasiones la mujer era espantada por palabras sueltas que formaban parte de las frases, las que iban creciendo mientras ella proseguía, hasta convertirse en amenazas y blasfemias.

No siempre las voces se hallaban en la habitación. Le pareció que atravesaban los sólidos muros de la vieja casa desde aposentos próximos, ya de un sector, ya de otro; a veces dejaban la impresión de dar vítores en pasillos lejanos y llegaban apagadas pero inquietantes, a lo largo de los estrechos corredores artesonados. A medida que se aproximaban se volvían más furiosas, como si varias personas hablasen al unísono. Según dijimos, cada vez que esta piadosa mujer se entregaba a sus rezos, las horribles expresiones se precipitaban hacia la puerta y, dominada por el terror, la señora Beckett no se atrevía a permanecer de rodillas, con lo cual todo volvía a aquietarse, salvo el golpeteo del corazón contra su corsé y la espantosa agitación de sus nervios.

Qué decían esas voces, al momento de que se hubiesen callado, la destinataria ya no lo recordaba cabalmente. Una frase tras otra iban desapareciendo: pullas, amenazas, expresiones impías, cada cual articulada de manera atroz, desaparecían tan pronto como eran escuchadas. Lo cual contribuía a que estas burlas e insultos aterradores causaran impresión, pues la mujer, por más esfuerzos que hiciese, no conseguía retenerlos con exactitud, pese a que conservaba vívido en la mente el carácter desagradable que habían tenido.

Por largo tiempo, el propietario pareció ser la única persona de la casa que no había advertido en absoluto los inconvenientes. Dos veces en el curso de la semana, la señora Beckett decidió renunciar a sus funciones. Sin embargo, una mujer prudente que se ha sentido cómoda por más de veinte años en un mismo lugar, antes de partir, no se limita a considerar el asunto únicamente un par de veces. El viejo Cooper y ella eran los únicos servidores de Gylingden Hall que recordaban las buenas épocas de Toby Marston. El resto del personal doméstico era muy reducido y

difícilmente se podía considerar que sus integrantes prestaran un servicio permanente. Meg Dobbs, que se desempeñaba como criada, resolvió no dormir más en la casa y todas las noches, escoltada por su hermano menor, se iba caminando, temerosa, hasta la portería donde vivía su padre. La vieja señora Beckett, cuya posición era destacada en comparación con los servidores transitorios de la decaída residencia, abandonó de inmediato sus prerrogativas y dispuso que la señora Kymes y la ayudante de cocina trasladaran las camas a su amplia y marchita habitación, en la que compartió con gran franqueza sus terrores nocturnos junto a ellas.

El viejo Cooper se mostraba irritado y suspicaz con respecto a estas historias. Ya bastante incómodo se sentía a causa del ingreso en la mansión de las dos figuras embozadas, acerca de lo cual no tenía dudas. Pero se negaba a creer en las anécdotas de las mujeres y simulaba pensar que la pareja de enlutados había dejado la casa y se había ido al comprobar que no había nadie para recibirlos.

Una noche, el viejo Cooper fue llamado al salón revestido de roble, donde el propietario se encontraba fumando.

—Me pregunto, Cooper —dijo el Guapo Charlie con aspecto pálido y encolerizado—, con qué propósitos has estado asustando a estas locas mujeres con tus infortunados relatos. ¡Por todos los demonios!, si has estado viendo fantasmas, este no es un lugar adecuado para ti y conviene que vayas preparando las valijas. No me quedaré sin servidores. ¡La señora Beckett vino a verme en compañía de la cocinera y de la ayudante de cocina, pálidas como tiza, y una detrás de otra me aconsejaron que trajera un sacerdote para que permanezca en la casa y que exorcice al demonio! ¡Por mi salvación, que eres un viejo listo, llenándoles la cabeza de estupideces! Y Meg se va a la portería todas las noches, temerosa de quedarse aquí. ¡Todo eso es culpa tuya,

con tantos cuentos de viejas comadres, cerebro reblandecido!

—No es culpa mía, señorito Charles. Nada tiene que ver con cuentos míos, pues no he cesado de repetirles que sólo se trata de fantasías y desvaríos. Si no me cree, pregúntele a la señora Beckett; tuvimos muchas disputas por ese motivo, sean cuales fueren mis opiniones —agregó Cooper de manera significativa y, con la fijeza del temor, lanzó una mirada de recelo a la cara del propietario.

Este apartó los ojos, murmuró colérico para sí mismo y se volvió con el propósito de sacudir la ceniza de su pipa en el hogar; luego tornó a enfrentar imprevistamente a Cooper y habló; tenía pálido el rostro, pero se hallaba menos enojado que antes.

—Sé que, cuando quieres, no eres tonto, mi viejo Cooper. En la suposición de que hubiera en la casa algo así como un fantasma, ¿no te parece que no hay que decirles una palabra a estas mujeres con cabeza de chorlito? ¿Qué te importa, hombre, no pensar más en el asunto y compartir *mis* opiniones? En alguna época tenías una buena mollera, Cooper; no le pongas encima un bonete de asno, como solía decir mi padre. ¡Maldita sea, muchacho!, no debes estimularles las tonterías para que se enardezcan las unas a las otras con su cháchara y la gente empiece a murmurar lo que no debe acerca de Gylingden y la familia. Sé que tal cosa no te gusta, Cooper, y se me ocurre que no contribuirás a sabiendas en ello. Las mujeres ya dejaron la cocina; ve a encender un poco de fuego y prepárate una pipa; cuando termine esta iré a hacerte compañía y fumaremos un rato juntos, mientras tomamos un vaso de aguardiente con agua.

El viejo mayordomo salió a cumplir la tarea encomendada, bastante habituado a esas condescendencias en una mansión tan desordenada y solitaria, y quienes se hallen en condiciones de seleccionar sus compañías no

deben mostrarse severos con el propietario, que no podía permitirse una actitud semejante.

Cuando Cooper hubo puesto las cosas en orden, según el modo de expresarse que empleaba, se sentó en la vieja e inmensa cocina, con los pies sobre el guardafuegos, con la candela encendida en una inmensa palmatoria de bronce, ubicada sobre la mesa al alcance de su mano, con una botella de aguardiente acompañada de vasos y con la pipa también preparada. Completados estos aprestos, el anciano mayordomo, que recordaba generaciones anteriores y épocas mejores, comenzó a meditar y así, inadvertidamente, se fue deslizando hacia un sueño profundo.

El viejo Cooper se despertó al escuchar que alguien reía contenidamente cerca de su cabeza. Estaba soñando con tiempos remotos de la mansión y se imaginaba que uno de los «jóvenes caballeros» se disponía a hacerle una chanza, de modo que masculló algo en su modorra, cuando de pronto se sintió totalmente despejado al oír una voz firme y aguda que decía:

—No estuviste en el funeral. Podría quitarte la vida, pero me conformo con uno de tus oídos.

En el mismo instante percibió una recia acometida contra el costado de su cabeza y se puso de pie. El fuego se había consumido y se sintió helado. La candela estaba por extinguirse en su receptáculo y arrojaba sobre la blanca pared largas sombras que ascendían y descendían en una danza que abarcaba del cielorraso al piso; le pareció que los oscuros trazos dibujaban los dos hombres embozados, que recordaba con profundo terror.

Con toda prisa recogió la candela y se dirigió al pasillo, en cuyos muros continuó la danza de oscuras sombras, muy ansioso por llegar a su cuarto antes de que la luz se apagara. Se estremeció hasta casi perder el dominio de sí

mismo cuando de pronto escuchó que la campanilla de su amo, justo encima de su cabeza, repiqueteaba furiosamente.

—¡Ja, ja! Sigue agitándose. Resulta bastante claro —dijo Cooper, al tiempo que se daba ánimos con el sonido de su propia voz y se iba muy apurado al oír cada vez con mayor intensidad la frenética campanilla—. Se debe haber dormido, como yo; es eso, y la luz se ha consumido; apuesto cincuenta…

Cuando giró la manija de la puerta en la sala revestida de roble, escuchó la voz del propietario que preguntaba impetuosamente, con el tono de quien aguarda la presencia de un ladrón:

—¿Quién está allí?

—Soy yo; Cooper. No pasa nada, señor Charlie. Al final no vino a la cocina.

—Me siento muy mal, Cooper; no sé qué me pasó. ¿Has visto algo, Cooper? —preguntó el propietario.

—Nada, señor —contestó Cooper.

Se miraron fijamente el uno al otro.

—Entra y quédate aquí. ¡No me dejes! Echa una mirada a la habitación y dime si todo está en orden; y extiéndeme una de tus manos, mi viejo Cooper, para que pueda tenerla entre las mías.

El propietario tenía frío y se mostraba descorazonado. Era agitado por intensos temblores. No faltaba mucho para el amanecer. Al cabo de un rato, volvió a hablar:

—Hice muchas cosas que no debía. Si con la ayuda de Dios pudiera volver a caminar, trataría de resolverlas. ¿Por qué no habría de proponérmelo? Estoy tan rengo que puedo considerarme un inválido. Ya no serviré para nada; tendré que dejar la bebida y proceder a casarme, como debí hacerlo hace ya mucho. No con una dama refinada, sino con una buena muchacha casera. Alguien así como la hija menor del granjero Crump, una chica virtuosa y sensata. ¿Por qué no

me habría de casar con ella? No vendría ni con ilusiones vanas ni con delirios de modistilla. Hablaré con el párroco y trataré de arreglar mis asuntos con todo el mundo. Y tenlo presente: digo que lamento muchas de las cosas que hice.

Ya comenzaba un amanecer sumamente frío. El propietario, según dijo Cooper, tenía el aspecto de hallarse «terriblemente mal», mientras tomaba su sombrero y su bastón con el propósito de salir a caminar, en vez de meterse en la cama, como le rogó el mayordomo al verlo tan alborotado y fuera de sus cabales; era evidente que su intención sólo consistía en huir de la casa. Al mediodía, el Guapo Charlie entró en la cocina, donde estaba seguro de hallar algún sirviente; daba la impresión de que había envejecido diez años desde el día anterior. Sin decir una palabra, llevó un taburete junto al fuego y se sentó. Cooper había mandado a llamar al médico de Applebury, el que acababa de llegar. Pero el paciente se negaba a verlo.

—Si quiere revisarme, que venga aquí —murmuró cada vez que Cooper lo apremiaba. Por lo tanto, el médico vino con bastante cautela y halló al propietario mucho peor de lo que esperaba.

El enfermo resistió la orden de irse a la cama. Pero el médico insistió amenazándolo con fatales consecuencias, ante lo cual el Guapo Charlie cedió:

—Bueno, haré lo que me digan. Pero sólo pido esto: que el viejo Cooper y Dick Keeper permanezcan conmigo. Que no me dejen solo y se mantengan despiertos durante la noche. A usted le ruego que no se vaya todavía, ¿es posible? Cuando me sienta mejor, iré a vivir a la ciudad. Seguir aquí es absurdo, ahora que ya no puedo hacer nada de lo que antes me gustaba. Allí voy a estar mejor, ¿no les parece? Oyeron lo que dije, y no me importa que se rían. Además, quiero hablar con el párroco. Por mí que se rían, no me

preocupa; es un indicio de que al fin estoy haciendo lo que debo.

Desde el hospital local el médico envió un par de mujeres para que se encargaran del enfermo, pues se mostraba poco dispuesto a confiarlo en manos de quienes este había escogido. Por la tarde, se trasladó a Gylingden para hablar con ellas. Al viejo Cooper se le indicó que ocupara el cuarto de vestir y que permaneciera en vela toda la noche, lo cual tranquilizaba al propietario, quien se hallaba en un estado de extraña excitación y exhibía síntomas de abatimiento y temor que, a juicio del facultativo, eran consecuencia de la fiebre.

El clérigo llegó. Era un hombre entrado en años, bondadoso y «muy leído». Permaneció hasta bien avanzada la tarde, hablando y rezando con el enfermo. Después que se fue, el propietario llamó a las mujeres que lo cuidaban y les dijo:

—Hay un individuo que a veces aparece; no le lleven el apunte. Llega hasta la puerta del dormitorio y hace un saludo. Es flaco, corcovado y viste de luto, con los guantes negros puestos. Lo van a reconocer por su cara enjuta, tan oscura como el revestimiento de la pared. Cuando sonría, no lo tomen en cuenta. No vayan a recibirlo ni lo inviten a entrar; no les dirá nada; y si se pone violento o las mira con gesto desagradable, no tengan miedo porque no les puede hacer nada; se cansará de esperar y se irá. Pero, por favor, ¡no vayan a recibirlo ni lo inviten a entrar!

Las mujeres juntaron sus cabezas cuando el Guapo Charlie terminó de hablar y luego, en voz baja, mantuvieron una conversación con Cooper.

—¡Que la prudencia las ayude! No, en la casa no hay ningún loco —afirmó el mayordomo—; no hay más gente que la que ya han visto. Sólo es una ilusión provocada por la fiebre, que perturba su cabeza. No es más que eso.

El propietario empeoró a medida que avanzaba la noche. Estaba grave y deliraba. Hablaba de toda clase de cosas: del vino, de los perros, de abogados. En apariencia, comenzó a dialogar con su hermano Scroope. Cuando esta conversación empezó, la señora Oliver, una de las encargadas de cuidarlo, que permanecía sola y despierta a su lado, creyó escuchar que una mano se posaba suavemente en la manija de la puerta por el lado de afuera y furtivamente trataba de hacerla girar.

—¡Dios bendito! ¿Quién está allí? —gritó, y el corazón se le subió a la boca mientras recordaba al corcovado vestido de luto que iba a asomar su cara sonriente, saludando—. ¡Señor Cooper, por favor! ¿Está usted allí? ¡Venga, señor Cooper! ¡Por favor, venga pronto!

Cooper, que dormitaba junto al fuego, se despertó y llegó dando traspiés desde el cuarto de vestir. En cuanto penetró en la habitación, la señora Oliver se aferró a él firmemente.

—El hombre de la joroba estuvo tratando de abrir la puerta, señor Cooper; se lo aseguro.

Entretanto, el propietario se quejaba y mascullaba dominado por la fiebre, sin que se diera cuenta de nada mientras la mujer hablaba.

—¡No, de ningún modo, señora Oliver! Es imposible porque no hay tal persona en esta casa. ¿Qué está diciendo el señorito Charlie?

—Dice Scroope a cada instante, aunque no me doy cuenta qué quiere decir. Además… pero ¡chitón!… oiga: la manija otra vez —y con un estridente grito agregó—: ¡Vea, su cabeza y su cuello en la puerta! —y en su agitación se apretó contra el viejo Cooper en un abrazo angustioso.

La candela estaba vacilando y en la puerta se agitó una sombra que parecía la cabeza de un hombre que se asomaba y retiraba, con un prolongado cuello y una larga nariz afilada.

—¡Por favor, señora! No se comporte como una endiablada estúpida —gritó Cooper, muy blanco y agitando la cabeza con todas sus fuerzas—. No es más que la candela, créame; por mi vida que no es otra cosa. ¿No lo ve? —agregó levantando la luz—. Estoy seguro de que no había nadie en la puerta y, si me lo permite, iré a comprobarlo.

La otra mujer encargada de cuidar al enfermo dormía en un sofá, por lo que la señora Oliver, llena de terror, la despertó para tener compañía, mientras el viejo Cooper abría la puerta. Nadie se hallaba cerca de esta, pero en un rincón de la galería se observaba una sombra similar a la que habían visto en el cuarto. Elevó la candela un poco y le pareció que lo saludaban con una larga mano, a medida que la cabeza desaparecía.

—Sombras de la candela —exclamó Cooper en voz alta, decidido a no dejarse arrastrar por los temores de la señora Oliver; y con la luz en la mano, se dirigió hacia el rincón. No había nada. No pudo resistir la tentación de asomarse desde allí a la extensa galería, y al mover la luz vio exactamente la misma especie de sombra, un poco más alejada, y cuando avanzó tuvo la impresión de que se retiraba y repetía el gesto.

—¡Pamplinas! —dijo—, no es más que la candela. —Y siguió adelante, a medias asustado y a medias enojado por la persistencia con que se mostraba esta sombra desagradable, pues tenía la certeza de que estrictamente no era más que una sombra. Mientras se aproximaba al lugar en que ahora había aparecido, dejaba la impresión de replegarse a sí misma y poco menos que disolverse en el panel central de la puerta que cerraba un viejo armario tallado al que se iba acercando.

En el centro mismo de este panel hay una suerte de relieve trabajado en forma de cabeza de lobo. La luz se proyectó de manera desacostumbrada en ese lugar y la

sombra fugitiva pareció disgregarse y recomponerse con idéntica extrañeza. El globo del ojo relució al reflejar la luz proyectada, que también resplandeció en la mueca de la boca, y Cooper creyó ver la nariz larga y afilada de Scroope Marston y uno de sus ojos fieros que lo miraba con firme resolución.

El viejo mayordomo permaneció contemplando esta visión incapaz de moverse, hasta que advirtió que el rostro y la figura correspondientes empezaban a surgir poco a poco de la madera. Simultáneamente, oyó voces que se aproximaban con rapidez desde un costado de la galería y se volvió para regresar a la carrera, al tiempo que decía en voz alta:

—¡Dios tenga piedad de nosotros!

Mientras huía, lo persiguió un ruido que parecía sacudir la vetusta casa como si fuera una poderosa racha de viento.

El viejo Cooper irrumpió en la habitación de su amo, casi enloquecido de terror y, con el aspecto de haber sido acosado por asesinos, cerró con violencia la puerta, a la que echó llave sin demora.

—¿Oyeron eso? —susurró Cooper, de pie junto a la puerta del cuarto de vestir. Prestaron atención, pero ni el menor rumor procedente desde fuera perturbaba ahora la completa quietud de la noche. Entonces exclamó—: ¡Dios bendito! ¡Temo que sea mi vieja cabeza la que está perturbada!

No quiso contarles nada, salvo que se había comportado «como un viejo idiota» al que habían atemorizado con su conversación, a causa de la cual «el crujido de una ventana o la caída de un alfiler» bastaban para asustarlo; y con ayuda del aguardiente se arregló para pasar la noche, mientras permanecía sentado conversando junto al fuego que ardía en el cuarto de su amo.

El propietario se recuperó lentamente de la fiebre cerebral, pero no llegó a curarse por completo. La menor

cosa, a juicio del médico, podría causar una recaída. Todavía no se hallaba suficientemente vigoroso para que se lo pudiese trasladar, con el objeto de que cambiara de ámbito y de clima, lo cual era necesario para su restablecimiento pleno.

Cooper dormía en el cuarto de vestir y se había convertido en su único acompañante nocturno. El comportamiento del enfermo era raro. Reclinado a medias en la cama, le gustaba disfrutar de su cachimba nocturna, y exigía que Cooper, junto al fuego, lo acompañara fumando. Cuando el propietario y su humilde amigo se entregaban a ello, puesto que la acción de fumar es un placer taciturno, hasta que el señor de Gylingden completaba su tercera pipa no iniciaba la conversación y, al comenzarla, el tema no resultaba del agrado de Cooper.

—Te ordeno, mi amigo, que me mires en la cara y que no temas expresar lo que piensas —dijo el propietario contemplándolo con una sonrisa persistente y astuta—. Tú sabes tan bien como yo, quiénes han permanecido todo este tiempo en la casa. No me lo niegues, ¿eh? ¿Eran Scroope y mi padre?

—No diga esas cosas, Charlie —le respondió el viejo Cooper, luego de un prolongado silencio, un tanto torvo y asustado, sin quitarle los ojos del rostro, que no experimentó cambios.

—¿Para qué sirve andar con tapujos, Cooper? Scroope te dejó sordo del oído derecho, bien lo sabes. Se ha mostrado colérico. Casi me deja seco con esta fiebre. Pero todavía no terminó conmigo, y parece atrozmente perverso. Tú lo viste; estás perfectamente enterado de ello.

Cooper se sintió muy amedrentado y una extraña sonrisa que asomó en los labios del propietario lo atemorizó más aún. Dejó su pipa y permaneció mirando a su amo, como si estuviera soñando.

—Si pensara de ese modo, no sonreiría como lo está haciendo —observó Cooper torvamente.

—Estoy cansado, Cooper, y da lo mismo sonreír que hacer cualquier otra cosa; seguiré sonriendo mientras pueda. Tienes noticias de lo que piensan hacer conmigo. Eso era cuanto quería decirte. Ahora, muchacho, sigue con tu pipa que yo me voy a dormir.

El propietario se dio vuelta en la cama y se recostó serenamente, con la cabeza apoyada en la almohada. El viejo Cooper lo contempló, echó una mirada a la puerta, llenó a medias su vaso de aguardiente, lo bebió, se sintió mejor y se fue a su cama del cuarto de vestir.

En lo más profundo de la noche fue despertado imprevistamente por el propietario, que se hallaba de pie junto a su lecho, en bata y pantuflas.

—Te traigo algo así como un regalo. Ayer recibí el alquiler de Hazelden y quiero que te quedes con esto: son cincuenta libras. El resto mañana se lo das a Nelly Carwell. Dormiré mejor. He visto a Scroope, ¡y después de todo no es tan mala persona, mi viejo! Se puso un crespón sobre la cara porque le dije que no la soportaba; ahora, haré muchas cosas por él. Nunca me resultó posible permanecer vacilando. Buenas noches, mi viejo Cooper.

El propietario puso afectuosamente su temblorosa mano en el hombro del anciano y regresó a su cuarto.

«No me gusta en absoluto como está. El médico no viene con la frecuencia necesaria. Esa extraña sonrisa suya me tiene a maltraer, y su mano estaba fría como la muerte. ¡Dios quiera que su cerebro no esté perturbado!».

Luego de estas reflexiones se volvió hacia el asunto más grato del regalo, y al cabo quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando entró en el dormitorio, el propietario ya había abandonado el lecho.

«No importa; ya volverá, como si fuese la última moneda», pensó el viejo Cooper, ordenando la habitación como de costumbre.

Pero no regresó. Entonces comenzó la inquietud, seguida de terror cuando empezó a resultar evidente que el propietario no estaba en la casa. ¿Qué le había sucedido? Las únicas ropas que faltaban eran su bata y sus pantuflas. ¿Era posible que hubiese abandonado la casa tan enfermo y con esa sola vestimenta? Y si lo había hecho, ¿podía estar en sus cabales? Además, era improbable que sobreviviese a una noche fría y húmeda, pasada al raso.

Tom Edwards se llegó hasta la casa y contó que en la madrugada, a eso de las cuatro, a cosa de una milla más o menos, aunque no había luna, junto con el granjero Nokes que conducía su carro al mercado, había visto a tres hombres que caminaban en la oscuridad delante del caballo y que hicieron todo el recorrido desde las cercanías de Gylingden Hall hasta el camposanto, cuya puerta les fue abierta desde adentro. Allí entraron y la puerta volvió a cerrarse. Tom Edwards había pensado que se habían trasladado hasta ese lugar para disponer los preparativos del entierro de algún miembro de la familia Marston. Pero a Cooper, enterado de que no sucedía nada por el estilo, el episodio le pareció atrozmente ominoso.

En consecuencia, inició una cuidadosa búsqueda y, al fin, se acordó del vacío piso superior y de la Cámara del Rey Herodes. No advirtió en aquel sitio ningún cambio, pero la puerta del gabinete estaba cerrada y, pese a la oscuridad de la madrugada, algo semejante a un gran nudo blanco que sobresalía por encima de la puerta le llamó la atención.

Durante algunos instantes la puerta resistió sus esfuerzos, pero al cabo cedió un poco. Se sintió casi atontado al percibir que algo caía pesadamente y estremecía el piso entero, en tanto que los ecos que huían a

través de todos los corredores resonaban como una risa que se iba alejando.

Cuando empujó la puerta y logró abrirla, comprobó que su amo yacía muerto sobre el piso. Un pañuelo le rodeaba el cuello como si fuera la soga de un ahorcado y había cumplido satisfactoriamente su misión. El cadáver estaba frío y hacía rato que se había producido la muerte.

A su debido tiempo se hizo la investigación judicial y el jurado resolvió «que el difunto Charles Marston ha muerto por propia mano, a causa de un acceso pasajero de insania».

Pero el viejo Cooper tenía su opinión propia con respecto a la muerte del propietario, si bien no abrió los labios y nunca dijo una palabra sobre ello. Se marchó a vivir por el resto de sus días a York, donde todavía hay gente que lo recuerda como un anciano taciturno y hosco que asistía regularmente a los oficios religiosos, bebía un poco y se sabía que había ahorrado algún dinero.

Amour Dure

Vernon Lee

(1890)

URBANIA, 20 de agosto de 1865.

Había ansiado, durante años y años, estar en Italia, encontrarme cara a cara con el pasado; ¿y eso era Italia? Podría haber llorado, sí, llorado, por la desilusión que sentí cuando por primera vez deambulé por Roma, con una invitación en mi bolsillo para cenar en la embajada alemana, y con tres o cuatro vándalos de Berlín y Munich pisándome los talones y diciéndome dónde podía degustar la mejor cerveza y el mejor *sauerkraut*, y de qué trataba el último artículo de Grimm o de Mommsem.

¿Es esto una locura? ¿Una falsedad? ¿No soy yo mismo un producto de la civilización moderna y septentrional? ¿No es debido mi viaje a Italia a ese vandalismo científico tan moderno, que me ha proporcionado una bolsa de viaje porque he escrito un libro como tantos otros atroces libros de erudición y crítica artística? Es más, ¿no estoy yo aquí en Urbania con el expreso convencimiento de que, dentro de algunos meses, podré producir otro libro similar? Os imagináis vos, vos miserable Spiridion, vos, un polaco que al crecer ha adquirido el semblante de un pedante alemán, doctor en filosofía, catedrático incluso, autor de un ensayo —premiado— sobre los déspotas del siglo XV, ¿os imagináis que con vuestras cartas ministeriales y vuestras galeradas guardadas en el bolsillo de vuestro abrigo negro, tan profesional, podréis alguna vez conducir vuestro espíritu en presencia del Pasado?

Demasiado cierto. ¡Ah! Pero olvidémoslo, por lo menos alguna vez: igual que lo he olvidado esta tarde, cuando los bueyes tiraban lentamente de mi calesa, serpenteando por valles interminables, arrastrándome por laderas interminables, con el susurrante e invisible torrente al fondo, en lontananza, y con sólo los picos grises y rojizos en derredor, escalando hasta esta ciudad de Urbania, olvidada de los hombres, cuyas torres y almenas se alzaban en la cordillera de los Apeninos. Sigillo, Penna, Fossombrone, Mercatello, Montemurlo —el nombre de cada uno de estos pueblos, tal y como lo comentó el conductor, me traía a la memoria algún gran acto de traición de días pasados—. Y cuando las enormes montañas cerraron la puesta del sol y los valles se llenaron de sombras azuladas y de niebla, sólo un girón de amenazador humo rojizo se rezagaba entre las torres y cúpulas de la ciudad en lo alto de las montañas, y el sonido de las campanas de la iglesia flotaba en el precipicio que descendía de Urbania. Casi estaba seguro de que a cada curva del camino aparecería un grupo de jinetes, con picudos yelmos y calzados claveteados, con sus armaduras y pendones centelleando a la luz del atardecer. Y entonces, y no hace de esto ni dos horas, al entrar en la ciudad con el crepúsculo, al atravesar las calles desiertas, con tan sólo una candileja humeante aquí y allá, al pasar junto a una capilla o frente a un puesto de frutas, o bien ante un fuego que encendía la negrura de una herrería: al pasar bajo las almenas y torretas del palacio… ¡Ah, eso era Italia, eso era el Pasado!

21 de agosto. ¡Y esto es el Presente! Cuatro cartas de recomendación por enviar, y una hora de conversación cortés que debo soportar con el Viceprefecto, el Síndico, el Director de Archivos, y el buen hombre a quien mi amigo Max me ha enviado para buscar alojamiento…

22-27 de agosto. He pasado la mayor parte del día en los Archivos, y la mayor parte de mi tiempo allí, aburrido hasta la inanición, con el director de los mismos, quien hoy ha disertado sobre los comentarios de Eneas Silvio durante tres cuartos de hora sin detenerse a recuperar el aliento. De este tipo de martirio (¿cuáles no serán los sentimientos de un caballo que antes ha sido de carreras a quien ahora hacen tirar de un cabriolé? Puedes entenderlos, son los de un polaco que se ha convertido en un catedrático prusiano) me escapo dando largos paseos por la ciudad. Esta urbe se compone de un puñado de casas negras apiñadas en lo alto de una elevada montaña, de callejuelas largas y estrechas que descienden por sus laderas ondulantes, como cuando nos deslizábamos por las colinas en nuestra infancia, —en la mitad de la imponente estructura de ladrillo con todas sus torres y almenas— el palacio del Duque de Ottobuono, desde cuyas ventanas se divisa el mar entre un torbellino de melancólicas montañas grises. Y luego está la gente, hombres cetrinos, de barbas cerradas, que cabalgan como bandoleros, envueltos en capas de rayas verdes sobre sus mulas cargadas a rebosar; o musculosos muchachos que vagan sin rumbo, cabizbajos, como los bravos en multicolor de los frescos de Signorelli; los hermosos donceles, como tantos jóvenes de Rafael, con ojos bovinos, y las inmensas mujeres, Madonnas o Santa Isabeles, según el caso, con las túnicas plegadas a sus tobillos y los cántaros de bronce a la cabeza, mientras suben y bajan por las empinadas cuestas. No hablo mucho con esta gente; temo que mis ilusiones se hagan añicos. En la esquina de una calle, enfrente del precioso pórtico de San Francesco de Giorgio, hay un anuncio en azul y rojo que representa a un ángel descendiendo para coronar a Elías Howe con motivo de sus máquinas segadoras; y los clérigos de la viceprefectura, que

cenan en el palacio, donde yo también voy a cenar, vociferan sobre política, Minghetti, Giroli, Túnez, acorazados, etc., y cantan fragmentos de la *Fille* de Mme. Angot, que imagino que se ha estado representando aquí recientemente.

No; hablar con los nativos es evidentemente un experimento peligroso. Excepto, posiblemente, con mi buen patrón, el Signor Notaro Porri, quien es igual de instruido e inhala considerablemente menos rapé (o mejor dicho, se lo cepilla del abrigo más a menudo) que el Director de los Archivos. Se me ha olvidado anotar (y creo que debo señalar, en la vana creencia de que algún día estos pedazos de papel me ayudarán, como una marchita rama de olivo o una lámpara toscana de tres pabilos sobre mi mesa, a traerme a la mente, en esa odiosa Babilonia que es Berlín, estos felices días italianos), se me ha olvidado precisar que me alojo en la casa de un anticuario. Mi ventana da a la calle principal y a los soportales de la plaza del mercado donde, en medio de las marquesinas, se alza la pequeña columna que sostiene a Mercurio. Apenas si alcanzo a ver, inclinada sobre los desportillados aguamaniles y los barreños de albahaca dulce, clavos y caléndulas, una esquina de la torreta del palacio y el desdibujado azul de las colinas más lejanas. La casa, cuya parte trasera se adentra en el barranco, es un lugar extraño en todos los sentidos, con habitaciones encaladas, de paredes sobre las que lucen Rafaeles, y Francias y Peruginos, que mi patrón lleva sistemáticamente a la posada principal cuando recibe a un extraño; y lleno de viejas sillas labradas, sofás de la época del Imperio, doradas y repujadas cómodas nupciales y armarios que contienen retales antiguos de damasco y frontaleras de misa bordadas que impregnan el lugar de olor a incienso rancio y a cerrado; todo ello presidido por las tres hermanas solteras de Porri —Sora Serafina, Sora Lodovica y

Sora Aldagisa— las tres Parcas personificadas, con ruecas y gatos negros incluidos.

Sor Asdrubale, como llaman a mi patrón, también es notario. Echa de menos el gobierno pontificio porque tuvo un primo que llevaba la cola a un Cardenal, y está convencido de que si, sobre una mesa para dos, se encienden dos velas fabricadas con el sebo de un hombre muerto y se realizan ciertos ritos —en torno a los cuales no se muestra demasiado explícito— se puede, en Nochebuena y otras fechas similares, convocar a San Pascual Bailón, quien escribirá los números ganadores de la lotería detrás de un plato ahumado, si previamente se le abofetean ambas mejillas y se rezan tres avemarías. La dificultad estriba en encontrar el sebo de hombre muerto para hacer las velas y también en abofetear al Santo antes de que desaparezca.

—Si no fuera por eso —dice Sor Asdrubale— el gobierno habría tenido que suprimir la lotería hace siglos, ¡ eh!

9 de septiembre. Esta historia de Urbania no carece de encanto, aunque ese encanto (como de costumbre) haya sido ignorado por nuestros Dryasdusts. Incluso antes de venir aquí, me sentía atraído por la extraña figura de una mujer que aparecía en las áridas páginas de las historias de Gualterio y del Padre de Sanctis sobre este lugar. Esta mujer es Medea, hija de Galeazzo IV Malatesta, Señor de Carpi, esposa primero de Pierluigi Orsini, Duque de Stimigliano, y con posterioridad de Guidalfonso II, Duque de Urbania, predecesor del gran Duque Roberto II.

La historia y carácter de esta mujer recuerdan a los de Bianca Cappello, y también a Lucrecia Borgia. Nacida en 1556, la prometieron a la edad de doce años a un primo, un Malatesta de la familia Rímini. Como esta familia había descendido mucho en la escala social, se deshizo el compromiso, y fue prometida un año después a un miembro

de la familia Pico, y casada por poderes a la edad de catorce años. Pero como esta unión no satisfacía ni sus ambiciones ni las de su padre, se declaró nulo el matrimonio por poderes —aduciendo algún que otro pretexto— y se alentaron las pretensiones del Duque de Stimigliano, un gran feudatario umbro de la familia Orsini. Mas el novio, Giovanfrancesco Pico, que estaba locamente enamorado de ella, ya que la dama era encantadora y de naturaleza sumamente afable —según reza una vieja crónica anónima— se negó a aceptar la nulidad y llevó su caso ante el Papa intentando llevarse a la novia por la fuerza. Pico aguardó emboscado la litera en la que ella se dirigía a una villa de su padre y la llevó a su castillo cerca de Mirandola, donde respetuosamente la cortejó, insistiendo en que tenía derecho a considerarla su esposa. Pero la dama escapó descolgándose hasta el foso por una cuerda hecha con jirones de sábanas, y descubrieron a Giovanfrancesco Pico apuñalado en el pecho a manos de la Madonna Medea da Carpi. Era un apuesto joven de sólo dieciocho años.

Habiéndose deshecho de los Pico, y anulado el matrimonio por el Papa, Medea da Carpi contrajo solemnemente matrimonio con el Duque de Stimigliano, y partió a vivir a sus dominios cerca de Roma.

Dos años más tarde, Pierluigi Orsini fue apuñalado por uno de sus ayudas de cámara en su castillo de Stimigliano, cerca de Orvieto; y las sospechas recayeron sobre su viuda, sobre todo cuando después del suceso, hizo que dos sirvientes mataran al asesino en sus propios aposentos; pero no antes de que hubiera declarado que ella le había inducido a asesinar a su amo prometiéndole su amor. Las cosas se pusieron tan mal para Medea da Carpi que huyó a Urbania y se arrojó a los pies del Duque Guidalfonso II, declarando que había propiciado la muerte del ayuda de cámara sólo para salvar su honor, que este había

mancillado, y que era totalmente inocente de la muerte de su esposo. La extraordinaria belleza de la Duquesa viuda de Stimigliano, que tenía tan sólo diecinueve años, trastornó completamente al Duque de Urbania. Mostró una implícita creencia de su inocencia, se negó a entregarla a los Orsini, parientes de su difunto marido, y le asignó unas magníficas estancias en el ala izquierda del palacio, entre las que se encontraba la habitación que contaba con una magnífica chimenea decorada con cupidos de mármol sobre un fondo azul. Guidalfonso se enamoró perdidamente de su hermosa huésped. El Duque, hasta entonces tímido y de carácter doméstico, empezó a ignorar públicamente a su mujer, Maddalena Varano de Camerino, con quien —a pesar de no haber tenido hijos— había tenido excelentes relaciones; no solamente rechazó con desdén las admoniciones de sus consejeros y de su señor feudal, el Papa, sino que llegó hasta el punto de tomar medidas para repudiar a su esposa, basándose en un pasado imaginario de mala conducta. La duquesa Maddalena, no pudiendo soportar este trato, se escapó al convento de las hermanas descalzas de Pesaro, donde languidecía mientras Medea da Carpi reinaba en su lugar en Urbania, sembrando la discordia entre el duque Guidalfonso y los poderosos Orsini, quienes continuaban acusándola del asesinato de Stimigliano, así como los Varano, parientes de la injuriada duquesa Maddalena: hasta que al final, en el año 1576, el Duque de Urbania, habiéndose quedado viudo de pronto, y no precisamente en circunstancias poco sospechosas, se casó públicamente con Medea da Carpi dos días después del fallecimiento de su desdichada esposa. No nació hijo alguno de esta unión; pero el duque Guidalfonso estaba tan encaprichado que la nueva Duquesa le persuadió para que nombrase heredero del Ducado (después de haber obtenido —tras muchas dificultades— el consentimiento del Papa) al niño

Bartolommeo, el hijo que tuvo con Stimigliano, pero a quien los Orsini negaban como tal, aduciendo que era hijo de Giovanfrancesco Pico, con quien Medea había estado casada por poderes y a quien en defensa de su honor —según decía ella— había asesinado; esta investidura del Ducado de Urbania en un extraño y un bastardo se perpetraba a expensas de los derechos evidentes del cardenal Roberto, el hermano menor de Guidalfonso.

En mayo de 1579, el duque Guidalfonso murió repentinamente y de forma misteriosa, ya que Medea había prohibido todo acceso a sus habitaciones, no fuera que, en su lecho de muerte, se arrepintiera y restableciera a su hermano en sus derechos. La Duquesa inmediatamente hizo que su hijo, Bartolommeo Orsini, fuera proclamando Duque de Urbania, y ella misma Regenta; y, con la ayuda de dos o tres jóvenes sin escrúpulos, en especial un tal capitán Oliverotto da Narni, de quien se rumoreaba que era su amante, se hizo con las riendas del gobierno con un rigor extraordinario y terrible, enviando un ejército contra los Varano y los Orsini, quienes fueron derrotados en Sigillo, y exterminando sin piedad a cualquier persona que se atreviese a poner en duda la legalidad de la sucesión. Mientras tanto, el cardenal Roberto, que había colgado los hábitos y olvidado los votos, se dirigió a Roma, a Toscana, a Venecia —e incluso al Emperador y Rey de España— implorando ayuda contra la usurpadora. En pocos meses había logrado virar la corriente de simpatía contra la Duquesa-Regenta; el Papa declaró solemnemente ilegal la investidura de Bartolommeo Orsini, y publicó la sucesión de Roberto II, Duque de Urbania y Conde de Montemurlo; el Gran Duque de Toscana y los venecianos prometieron secretamente su ayuda, pero sólo si Roberto era capaz de hacer valer sus derechos por la fuerza. Poco a poco, una tras otra, las ciudades del ducado pasaron a manos de Roberto, y

Medea da Carpi se encontró rodeada en la ciudadela montañosa de Urbania, como un escorpión se encuentra rodeado de llamas. (Este símil no es mío, sino de Raffaello Gualterio, historiador de Roberto II.) Pero, a diferencia del escorpión, Medea se negó a suicidarse. Es absolutamente maravilloso cómo, sin dinero ni aliados, pudiera, durante tanto tiempo, mantener a sus enemigos acorralados; y Gualterio lo atribuye a esa fascinación fatal que había llevado a la muerte a Pico y a Stimigliano, y que había transformado al otrora honrado Guidalfonso en un villano y que era tal que, de todos sus amantes, no había ninguno que no prefiriese morir por ella, incluso después de haber sido tratado con ingratitud y de haber sido desbancado por un rival; una habilidad que Messer Raffaello Gualterio claramente atribuía a un pacto diabólico.

Por último, el excardenal Roberto venció, y en noviembre de 1579 entró de forma triunfal en Urbania. Su acceso al poder estuvo presidido por la moderación y la clemencia. Ni un solo hombre fue ajusticiado, si exceptuamos a Oliverotto da Narni, que arrojándose sobre el Duque, intentó apuñalarlo cuando descabalgó en palacio, y que murió a manos de los hombres del Duque gritando «¡Orsini, Orsini! ¡Medea, Medea! ¡Viva el duque Bartolommeo!» mientras agonizaba, aunque se dice que la duquesa le trató con ignominia. El pequeño Bartolommeo fue enviado a Roma con los Orsini; a la Duquesa se la recluyó con respeto en el ala izquierda del palacio.

Se dice que ella, altivamente, solicitó ver al nuevo Duque, pero que él sacudió la cabeza y, con sus modales clericales, citó un verso sobre Ulises y las Sirenas; y es notable que se negara firmemente a verla, llegando incluso a salir bruscamente de su aposento un día en que ella entró furtivamente allí. Al cabo de unos pocos meses, se descubrió una conspiración para asesinar al duque Roberto que,

evidentemente, había sido pergeñada por Medea. Pero el joven, un tan Marcantonio Frangipani, de Roma, negó, incluso bajo las más severas torturas, que ella estuviera implicada; así que el Duque Roberto, que no quería emplear la violencia, simplemente transfirió a la Duquesa de su residencia en Sant'Elmo al convento de las Clarisas en la ciudad, donde era estrechamente custodiada y vigilada. Parecía imposible que Medea pudiese intrigar nunca más, ya que ciertamente ni veía ni era vista por nadie. Sin embargo, consiguió enviar una carta y su retrato a un tal Prinzivalle degli Ordelaffi, un joven de tan sólo diecinueve años, de la noble familia de los Romagnole, quien estaba prometido a una de las muchachas más bonitas de Urbania. Inmediatamente rompió su compromiso y, poco después, intentó matar al Duque de un tiro mientras estaba arrodillado en misa el día de Pascua de Resurrección. Esta vez el Duque estaba decidido a obtener pruebas contra Medea. Prinzivalle degli Ordelaffi fue privado de alimentos durante varios días y después sufrió las más atroces torturas, para ser finalmente condenado. Cuando iba a ser desollado con pinzas candentes y descuartizado por los caballos, le dijeron que podría obtener la gracia de una muerte inmediata si confesaba la complicidad de la Duquesa. El confesor y las monjas del convento, que estaban en el lugar de la ejecución, fuera de la Porta San Romano, presionaron a Medea para que salvara al desgraciado, cuyos gritos oía, confesando su propia culpabilidad. Medea pidió permiso para ir a un balcón donde pudiera ver a Prinzivalle y ser vista por él. Contempló la escena fríamente; entonces, arrojó su pañuelo bordado a la pobre criatura mutilada. Él pidió al verdugo que le limpiara la boca con el pañuelo y a continuación lo besó mientras gritaba que Medea era inocente. Después, tras varias horas de tormentos, expiró. Esto fue demasiado para la paciencia

del duque Roberto: Dándose cuenta de que mientras Medea viviese, su propia vida estaría en perpetuo peligro, pero renuente a causar un escándalo (todavía conservaba algo de su naturaleza clerical) mandó que estrangularan a Medea en el convento y, cosa notable, insistió en que fueran mujeres —dos infanticidas a quienes conmutó la condena— las encargadas de la ejecución.

«A este clemente príncipe», escribe Don Arcangelo Zappi en la biografía del Duque publicada en 1725, «sólo se le puede acusar de un único acto de crueldad, tanto más odioso cuanto que él mismo, antes de ser liberado de sus votos por el Papa, profesó las sagradas órdenes. Se dice que cuando provocó la muerte de la infame Medea da Carpi, era tal el temor que sentía a que sus extraordinarios encantos sedujeran a cualquier hombre, que no sólo empleó mujeres como verdugos, sino que además se negó a que la asistiera ningún monje o sacerdote, forzándola a morir sin confesión y rehusándole el beneficio de cualquier penitencia que su inflexible corazón hubiera podido albergar».

Tal es la historia de Medea da Carpi, Duquesa de Stimigliano Orsini y después mujer del Duque Guidalfonso II de Urbania. Fue ajusticiada tan sólo hace doscientos noventa y siete años, en diciembre de 1582, cuando apenas tenía veintisiete. Durante su breve vida condujo a cinco de sus amantes a una muerte violenta, desde Giovanfrancesco Pico a Prinzivalle degli Ordelaffi.

20 de septiembre. Gran iluminación de la ciudad en conmemoración de la toma de Roma hace quince años. Excepto Sor Asdrubale, mi patrón, que sacude la cabeza ante los piamonteses, como les llama, los de aquí son todos Italianissimi. El Papa los mantiene muy subyugados desde que Urbania cayera en manos de la Santa Sede en 1645.

28 de septiembre. Llevo algún tiempo yendo a la caza de retratos de la duquesa Medea. La mayoría de ellos, me imagino, deben haber sido destruidos, tal vez por el temor del duque Roberto II a que, incluso después de muerta, esta terrible belleza le jugara una mala pasada. Sin embargo, he podido encontrar tres o cuatro: uno, una miniatura en los Archivos, que se dice fue la que envió al pobre Prinzivalle degli Ordelaffi para enamorarlo; un busto de mármol en el trastero de palacio; una gran representación pictórica de una escena, posiblemente de Baroccio, que muestra a Cleopatra a los pies de Augusto. Augusto es el retrato idealizado de Roberto II, con su redonda cabeza de pelo muy corto, la nariz un tanto torcida, barba recortada y la cicatriz habitual. Cleopatra, a pesar de su vestimenta oriental y de su peluca morena, me parece que quiere representar a Medea da Carpi; está arrodillada, descubriendo su pecho para recibir el golpe del vencedor, pero en realidad para cautivarlo y él se aleja con un extraño gesto de aborrecimiento. Ninguno de estos retratos parece muy bueno, excepto la miniatura. Es esta un trabajo exquisito, y con ella y con lo que el busto sugiere, es fácil reconstruir la belleza de ese terrible ser. El tipo es ese tan admirado en el Bajo Renacimiento y, en alguna medida, inmortalizado por Jean Goujon y los franceses. El rostro es un óvalo perfecto, la frente tal vez sea un punto demasiado redonda, coronada de minúsculos rizos ensortijados, como la lana, el pelo castaño brillante; la nariz un poco en demasía aguileña, los pómulos quizá excesivamente bajos; los ojos grises, grandes, prominentes, bajo unas cejas exquisitamente curvadas y los párpados tal vez algo demasiado estirados hacia los lados; también la boca, de brillante carmesí y delicado dibujo, está un tanto comprimida, con los labios apretados sobre los dientes. La boca y los párpados estirados le confieren un

extraño refinamiento y, al mismo tiempo, cierto aire de misterio, una seducción un tanto siniestra. Parecen tomar, pero no dar. La boca, con un mohín infantil, parece como si pudiera morder o succionar como una sanguijuela. La tez es deslumbradoramente blanca, con la perfecta transparencia del lirio rosáceo de las pelirrojas; la cabeza, con el cabello peinado en trenzas muy pegadas a ella y elaborados rizos, amén de adornada con perlas, se asienta como la de la antigua Aretusa sobre un largo y flexible cuello de cisne. Una curiosa belleza, a primera vista un tanto convencional, de aspecto artificial, voluptuosa pero fría, que cuanto más se contempla más turba y hechiza la mente. La dama lleva alrededor de su cuello una cadena de oro, en la que hay intercalados unos pequeños rombos, también de oro, con el lema o retruécano (la moda de los lemas franceses es corriente en esta época) «*Amour Dure-Dure Amour*». El mismo lema aparece en el hueco del busto y gracias a él he podido identificar en este último el retrato de Medea. A menudo examino estos trágicos retratos, preguntándome cómo sería ese rostro que condujo a tantos hombres a la muerte, cuando, sonriendo o hablando, fascinaba a las víctimas, haciéndolas pasar del amor a la muerte —«*Amour Dure-Dure Amour*», como reza su lema— amor que dura, qué duro amor; sí, ciertamente, no hay más que pensar en la fidelidad y en la suerte que corrieron sus amantes.

13 de octubre. Literalmente, no he tenido tiempo de escribir una sola línea de mi diario en todos estos días. He pasado todas mis mañanas en esos archivos y las tardes paseando con este espléndido tiempo otoñal (las cimas más altas están levemente coronadas de nieve). Los atardeceres los paso escribiendo esa confusa crónica del Palacio de Urbania que el gobierno me ha encargado para mantenerme ocupado en algo inútil. De mi historia no he podido escribir todavía una palabra… Por cierto, debo añorar una curiosa

circunstancia mencionada en una biografía manuscrita anónima del duque Roberto con la que me he topado hoy. Cuando este príncipe hizo que erigieran una estatua ecuestre de su persona, esculpida por Antonio Tassi, el discípulo de Gianbologna, en la plaza de la Corte, encargó en secreto que le hicieran, según refiere el anónimo manuscrito, una estatua de plata de su genio tutelar o ángel —«*familiaris ejus angelus seu genius, quod a vulgo dicitur idolino*»—, cuya estatua o ídolo, después de haber sido consagrada por los astrólogos —«*ab astrologis quibusdam ritibus sacrato*»—, fue colocada en la cavidad del pecho de la efigie esculpida por Tassi para que, tal como dice el manuscrito, su alma pudiera descansar hasta el día de la Resurrección. Este pasaje es curioso y se me antoja que un tanto enigmático; ¿cómo podía el alma del duque Roberto esperar la Resurrección de los muertos cuando, como católico que era, debería haber creído que, tan pronto como se separase esta del cuerpo, iría al Purgatorio? ¿O se trata de alguna superstición semipagana del Renacimiento (ciertamente de lo más extraña en un hombre que había sido cardenal), que relacionaba el alma con un genio tutelar que podía ser obligado, mediante ciertos ritos mágicos («*ab astrologis sacrato*», dice el manuscrito al hablar del idolillo) a permanecer en la tierra de manera que el alma durmiera en el cuerpo hasta el día del Juicio Final? Confieso que la historia me desconcierta. Me pregunto si alguna vez existió tal ídolo, o si existe aún hoy, en el cuerpo de bronce de la efigie.

20 de octubre. Últimamente he estado viendo mucho al hijo del viceprefecto. Es un joven amable con cara de enamorado y que tiene un lánguido interés por la historia y la arqueología de Urbania, de la que no sabe nada en absoluto. Este joven, que ha vivido en Siena y Lucca antes

de que ascendieran a su padre y lo trasladaran aquí, usa pantalones extremadamente largos y ajustados, que casi le imposibilitan doblar las rodillas, cuellos altos y monóculo, y unos guantes de piel de cabrito que lleva metidos en el bolsillo superior de la chaqueta. Habla de Urbania como Ovidio podría hablar del Ponto y se queja (cosa que no es de extrañar) de la barbarie de los jóvenes, los oficiales que cenan en mi pensión y aúllan y cantan como locos, y de los nobles que conducen calesas y dejan al descubierto tanta carne de la zona de la garganta como una dama en el baile. Esta persona, a menudo me entretiene con sus amori, pasados, presentes y futuros; de seguro que me cree extraño por no tener historias semejantes con que entretenerle a cambio; me señala las sirvientas y modistillas bonitas (o feas) cuando vamos por la calle, suspira profundamente o canta en falsete detrás de cada mujer joven de belleza medianamente tolerable y, finalmente, me ha llevado a casa de la dueña de su corazón, una condesa grande, de oscuro bigote, con voz de pescadero; ahí, me dice, me encontraré con lo mejor de Urbania y con algunas mujeres bonitas. ¡Ah, cielos, demasiado bonitas! Me encuentro con tres habitaciones enormes, a medio amueblar, de suelos de baldosas desnudos, lámparas de petróleo y cuadros espantosamente malos sobre paredes enteladas de azul, y, en medio de todo ello, todas las noches, una docena de damas y caballeros sentados en círculo vociferándose los unos a los otros las mismas noticias de hace un año; las damas más jóvenes, vestidas de amarillos y verdes chillones, se abanican mientras mis labios conversan, escuchando detrás de sus abanicos las dulzuras de los oficiales, con cabellos peinados como erizos. ¡Y estas son las mujeres de las que mi amigo espera que me enamore! En vano aguardo una merienda o cena que no llega, y me voy a casa deprisa, decidido a dejar a un lado al *beau monde* de Urbania.

Es bastante cierto que no tengo amori, aunque mi amigo no lo crea. Cuando vine por primera vez a Italia buscaba los romances; suspiraba, como Goethe en Roma, ansiando que se abriese una ventana y por ella apareciera una criatura maravillosa, «*welch mich versengend erquickt*». Tal vez era porque Goethe era alemán, acostumbrado a las Fraus alemanas; pero, después de todo yo soy polaco, y estoy acostumbrado a algo muy diferente de las Fraus; en cualquier caso, a pesar de todos mis esfuerzos en Roma, Florencia y Siena, nunca pude encontrar una mujer por la que volverme loco, ni entre las damas que chapurreaban francés, ni entre las clases inferiores, tan agudas y frías como prestamistas; me aparto de la clase femenina italiana, con su voz estridente y sus chillones atavíos. De momento, estoy casado con la historia, con el Pasado, con mujeres como Lucrecia Borgia, Vittoria Accoramboni, o esa tal Medea da Carpi. Tal vez un día encuentre una gran pasión, una mujer con la que representar el papel de Don Quijote, como buen polaco que soy; una mujer de cuya zapatilla poder beber, y por cuyo placer morir; ¡pero no aquí! Pocas cosas me llaman tanto la atención como la degeneración de la mujer italiana. ¿Qué ha sido de tanta raza de Faustinas, Marozias, o Biancas Cappello? ¿Dónde encontrar hoy en día (confieso que su recuerdo me atormenta) otra Medea da Carpi? Si me fuera tan sólo posible conocer a una mujer de belleza tan extremadamente distinguida, de una naturaleza tan terrible, aun sólo potencialmente, creo que podría amarla, hasta el día del Juicio Final, como cualquier Oliverotto da Narni, o Frangipani o Prinzivalle.

27 de octubre. ¡Menudos sentimientos los anteriormente expresados para un catedrático, para un hombre instruido! Yo consideraba a los jóvenes artistas romanos pueriles porque se gastaban bromas y gritaban por las calles, al

volver del Café Greco o del sótano de la vía Palombella; pero ¿no soy yo también igualmente pueril, yo, desdichado a quien llaman Hamlet y El Caballero de la Triste Figura?

5 de noviembre. No puedo liberarme del pensamiento de esta Medea da Carpi. En mis paseos, mis mañanas en los Archivos, en mis noches solitarias, me sorprendo a mí mismo pensando en esa mujer. ¿Me estaré volviendo novelista en vez de historiador? Y es que me parece que la comprendo tan bien; mucho más de lo que justifican mis hechos. Primero tenemos que dejar a un lado las modernas ideas pedantes sobre el bien y el mal. El mal y el bien en un siglo de violencia y traición no existen, y menos aún en criaturas como Medea. ¡Vaya usted a predicar sobre el bien y el mal a una tigresa! Sí, ¿acaso hay en el mundo algo más noble que esa enorme criatura, de acero cuando salta, de terciopelo cuando anda y estira su elástico cuerpo, y el pelo se le alisa, o cuando clava sus poderosas garras en su víctima?

Sí; yo puedo entender a Medea. ¡Imagínense a una mujer de belleza superlativa, de coraje y calma elevadísimos, una mujer de muchos recursos, de genio, educada por un padre que era un principillo insignificante, que conocía a Tácito y a Salustio, y las historias del gran Malatesta, de César Borgia y otros! —una mujer cuya única pasión fuera conquista y el mando— ¡imagináosla, a punto de ser desposada a un hombre del poderío del Duque de Stimigliano!, ¡reclamada y raptada por alguien de tan poca monta como Pico, en su heredado castillo de bandolero, y teniendo que recibir el apasionado amor del tonto joven como un honor y una necesidad! La mera idea de violentar una naturaleza de esa índole es un ultraje abominable; y si Pico elige abrazar a una mujer así, arriesgándose a encontrarse con una afilada hoja de acero en sus brazos, pues bien, se lo merece. ¡Un joven cachorro —o si se prefiere, un joven héroe— que piensa que

puede tratar a una mujer de ese tipo como si se tratase de cualquier mujerzuela de la plebe! Medea se casa con su Orsini. Un matrimonio —hay que señalar— entre un viejo soldado de cincuenta años y una niña de dieciséis. Reflexionad sobre lo que esto significa: significa que esta imperiosa mujer, pronto recibe el trato de cualquier otra posesión del Duque, que se le hace comprender, de forma ruda, que su obligación es dar al Duque un heredero, no consejos; que nunca debe preguntar «¿por qué esto o aquello?»; que debe hacer reverencias a todos los consejeros del Duque, a sus capitanes, a sus amantes; que, a la más mínima sospecha de rebelión, se ve sometida a sus insultos y sus golpes; a la más leve sospecha de infidelidad puede ser estrangulada o condenada a morir de hambre, o arrojada a una mazmorra. Supongamos que ella sabe que a su marido se le ha metido en la cabeza que ha mirado con demasiada intensidad a tal o cual hombre, que uno de sus lugartenientes o una de sus mujeres ha susurrado que, después de todo, el niño Bartolommeo podría lo mismo ser un Pico que un Orsini. Supongamos que ella sabe que debe atacar o ser atacada. Ella ataca primero, o busca a alguien que lo haga por ella. ¿A qué precio? El de una promesa de amor, de amor a un ayuda de cámara; ¡el hijo de un siervo! Vaya, el muy perro debe estar loco o borracho para creer que una cosa así sea posible; y esta misma creencia en algo tan monstruoso le hace acreedor de la muerte. Y luego, ¡se permite el lujo de chismorrear! Esto es mucho peor que lo de Pico. Y Medea se ve abocada a defender su honor una segunda vez. Si pudo apuñalar a Pico, ciertamente puede apuñalar a este otro individuo, o hacer que alguien lo apuñale.

Perseguida por los parientes de su marido se refugia en Urbania. El Duque, como todos los demás hombres, se enamora perdidamente de Medea y deja de lado a su mujer;

incluso se puede llegar a decir que destroza el corazón de la esposa. ¿Es Medea la culpable? ¿Es culpa suya que cada piedra que cae bajo las ruedas de su carroza se haga añicos? Ciertamente que no. ¿Suponéis que una mujer como Medea pueda sentir la más mínima mala voluntad hacia la pobre y timorata duquesa Milena? ¿Cómo, si ignora su misma existencia? Suponer que Medea es una mujer cruel es tan grotesco como suponerla inmoral. Su sino es que tarde o temprano ha de triunfar sobre sus enemigos, en último caso para hacer que su victoria parezca una derrota; su mágica facultad es la de esclavizar a cuantos hombres se crucen en su camino; todos los que la ven, la aman, se convierten en sus esclavos. Y es el destino de todos sus esclavos el perecer. Sus amantes, con la excepción del duque Guidalfonso, encuentran una muerte prematura; y en esto no hay nada injusto. La posesión de una mujer como Medea es una felicidad demasiado grande para un mortal; acabaría volviéndole loco, acabaría incluso olvidando lo que le debe a ella; ningún hombre puede sobrevivir mucho tiempo si cree tener derechos sobre ella; es como una especie de sacrilegio. Y sólo la muerte, la celeridad en pagar con la muerte tal felicidad, pueden hacerle merecedor de ser su amante; tiene que estar dispuesto a amar y a sufrir y a morir. Ese es el significado de su lema «*Amour Dure-Dure Amour*». El amor a Medea da Carpi no puede marchitarse, pero su amante puede morir, es un amor constante y cruel.

11 de noviembre. Tenía razón, mucha razón en mi idea. He encontrado —¡qué alegría!, tal era mi júbilo que he invitado al hijo del viceprefecto a una cena de cinco platos en la Trattoria La Stella d’Italia—. He encontrado en los Archivos, ignoradas por el Director, un montón de cartas, cartas del duque Roberto sobre Medea da Carpi, ¡cartas de la propia Medea! Sí, la propia caligrafía de Medea, de caracteres redondos y eruditos, llenas de abreviaturas, de

aspecto algo griego, como corresponde a una princesa instruida que podía leer lo mismo a Platón que a Petrarca. Las cartas son de poca importancia, tan sólo borradores de cartas de negocios para que las copiara su secretario, de la época en que gobernaba al pobre y débil Guidalfonso. Pero son sus cartas, y puedo imaginarme casi que entre estos papeles que se caen a pedazos permanece la fragancia de los cabellos de una mujer.

Las pocas cartas del duque Roberto lo muestran bajo un nuevo prisma. Un clérigo agudo, frío, pero timorato. Tiembla ante el mero pensamiento de Medea —«*la pessima Medea*»— peor que su homónima de Colcos, como la llama. Su prolongada clemencia es fruto tan sólo del miedo que tiene a ponerle violentamente las manos encima. La teme como a algo sobrenatural; le hubiera gustado hacerla quemar en la hoguera. Después de carta tras carta, contándole a su amigote, el Cardenal Sanseverino de Roma, sus diversas precauciones durante toda su vida —que lleva una cota de malla debajo de su abrigo; que sólo bebe leche de una vaca ordeñada en su presencia; que sospecha de las velas de cera, por su olor peculiar; que teme salir a caballo por si alguien asusta al animal y le hacen caer para que se rompa el cuello— después de todo esto, y cuando Medea llevaba ya dos años en su tumba, le comunica a su corresponsal su temor de encontrarse con el alma de Medea después de su propia muerte y se ríe de la ingeniosa estratagema (preparada por su astrólogo y un tal Fra Gaudenzio, un capuchino), por la cual él tendrá asegurada la paz absoluta de su espíritu hasta que el alma de Medea esté finalmente «encadenada en el inferno entre los lagos de brea humeante y el hielo de Caina descrito por el bardo inmortal» —¡viejo pedante!— Aquí está la explicación de esa imagen de plata —*quod vulgo dicitur idolino*— que mandó soldar dentro de la efigie esculpida por Tassi. Mientras la

imagen de su alma estuviera unida a la de su cuerpo, dormiría esperando el Día del Juicio Final, completamente convencido de que el alma de Medea estaría adecuadamente cubierta de pez y emplumada, mientras la suya —¡de hombre honrado!— volaría directamente al Paraíso. ¡Y pensar que hace dos meses tenía a este hombre por un héroe! ¡Ajá! Mi buen duque Roberto, ¡te desenmascararé en mi historia; y no habrá ningún tipo de idolinos de plata que te libre de que se rían de ti a carcajadas!

15 de noviembre. ¡Qué extraño! Ese idiota del hijo del Prefecto, que me ha oído hablar de Medea da Carpi cientos de veces, se ha acordado de pronto de que, cuando era un niño, en Urbania, su aya solía amenazarle con una visita de la Madonna Medea, quien cabalgaba por el cielo sobre un macho cabrío. ¡Mi duquesa Medea convertida en coco de niños traviesos!

20 de noviembre. He estado saliendo con un catedrático bávaro de historia medieval, enseñándole el país. Entre otros lugares visitamos Rocca Sant'Elmo, para ver la antigua villa de los duques de Urbania, la villa donde Medea fue confinada entre la subida al poder del duque Roberto y la conspiración de Marcantonio Frangipani, que causó su traslado al convento contiguo a la ciudad. Una larga cabalgada por lo alto de los desolados valles de los Apeninos, increíblemente desiertos ahora, con sus robledales rojizos, sus estrechos parches marchitos por la escarcha, con las postreras hojas amarillas de los álamos temblando y ondulándose azotadas por la Tramontana; las cimas de las montañas envueltas en espesas nubes; mañana, si continúa el viento, las veremos dispersarse alrededor de masas de nieve contrastadas contra el gélido

cielo azul. Sant'Elmo es un caserío perdido de la cordillera de los Apeninos, donde la vegetación italiana empieza a ser sustituida por la septentrional. Se puede cabalgar millas y millas atravesando bosques de castaños de hoja caduca, con el aroma de las húmedas hojas que llenan el aire, el rugido del torrente, turbio por las lluvias otoñales, que surge entre el precipicio de más abajo; y, de pronto, los bosques de álamos deshojados son reemplazados, como en Vallonbrosa, por un cinto de coníferas densas y negruzcas, que nos llevan a un espacio abierto, a prados devastados por la escarcha, rocas de picos coronados de nieve recién caída, arriba, pero muy cerca de nosotros; y, en medio, un montículo, con un nudoso alerce a cada lado, la villa ducal de Sant'Elmo, como un cubículo de grandes piedras negras, un escudo de armas de piedra, ventanas enrejadas, y una escalinata doble en la parte delantera. Ahora está alquilada al propietario de los bosques circundantes, que la utiliza como almacén de álamos, leña y carbón de los hornos vecinos. Atamos nuestros caballos a las argollas de hierro y entramos: una anciana mujer, de cabellos desaliñados, estaba sola en la casa. La villa no es más que un refugio de caza construido por Ottobuono IV, padre de los duques Guidalfonso y Roberto, alrededor de 1530. Algunas de las estancias habían sido pintadas al fresco y revestidas de tallas de roble, pero todo esto había desaparecido. Tan sólo, en una de las habitaciones más espaciosas, seguía habiendo una gran chimenea de mármol, similar a las del palacio de Urbania, maravillosamente esculpida con cupidos sobre un fondo azul, con un encantador infante desnudo que sostenía unos jarrones a ambos lados, uno con capullos de clavero y el otro con rosas. La estancia estaba llena de gavillas de heno.

Volvimos a casa tarde, mi compañero con un humor excesivamente malo por la infructuosa expedición. Cuando nos internábamos en lo más espeso de los bosques de

álamos nos vimos envueltos en una tormenta de nieve. La visión de la nieve cayendo lentamente, de la tierra y los arbustos blanqueados en derredor, me hizo sentir como si volviera a mi infancia en Posen. Cantaba y gritaba para espanto de mi compañero. Esto sería un punto en mi contra si se informara de ello en Berlín. Un historiador de veinticuatro años que grita y canta; ¡y todo esto cuando otro historiador blasfema contra la nieve y el mal estado de las carreteras! Toda la noche permanecí despierto contemplando los rescoldos de mi hogar de leña y pensando en Medea da Carpi enjaulada, en invierno, en la soledad de Sant'Elmo, con el gemido de los abetos y el rugido del torrente, mientras la nieve caía en derredor, a millas y millas de cualquier criatura humana. Se me antojaba que lo veía todo, y que yo, de alguna forma, era Marcantonio Frangipani, venido para liberarla, ¿o era tal vez Prinzivalle degli Ordelaffi? Supongo que era debido a la prolongada cabalgata, al desacostumbrado sentimiento punzante de la nieve que flotaba en el aire; o tal vez al ponche que mi catedrático insistió en que tomáramos después de la cena.

23 de noviembre. ¡Gracias a Dios, por fin se ha ido ese catedrático bávaro! Los días que pasó aquí me volvieron loco. Al hablar sobre mi trabajo, un día le conté mis puntos de vista sobre Medea da Carpi; a lo cual condescendió en responder que se trataba de los cuentos usuales debidos a la tendencia mitopoética (¡viejo idiota!) del Renacimiento; que cualquier investigación desacreditaría la mayor parte de ellas, como había desacreditado las leyendas que circulaban sobre los Borgia, etc.; que además, una mujer como la que yo había inventado era psicológica y fisiológicamente imposible. ¡Lo mismo podría decirse de catedráticos como él y de sus colegas!

24 de noviembre. No puedo sobreponerme al placer de haberme librado de ese imbécil; sentía deseos de estrangularle cada vez que hablaba de la Dama de mis Pensamientos —ya que en eso se ha convertido— Medea, ¡como el muy burro la llamaba!

30 de noviembre. Me siento muy conmovido por lo que acaba de pasar; estoy empezando a temer que el viejo pedante tenía razón al decir que era malo para mí vivir solo en un país extranjero, que me volvería morboso. Es totalmente ridículo que llegue a tal estado de excitación solamente por el descubrimiento fortuito del retrato de una mujer que lleva muerta trescientos años. Con el caso de mi tío Ladislao y de otros sospechosos de locura en la familia, realmente debería evitar el dejarme llevar por tan necia excitación.

Pero es que el incidente ha sido realmente dramático y ciertamente extraño. Podría haber jurado que conocía todos los cuadros de aquel palacio y especialmente los cuadros de Ella. De todas formas, esta mañana, cuando dejaba los Archivos, atravesé una de las muchas pequeñas estancias —gabinetes de forma irregular— que completaban los recovecos de este curioso palacio, cuyas torres se asemejan a un château francés. He debido de pasar por este gabinete antes puesto que la vista desde su ventana me resultaba totalmente familiar; especialmente la parte de torre redonda de enfrente, los cipreses del otro lado del barranco, el campanario de más allá y el horizonte del Monte Sant'Agata y el Leonesa, cubiertos de nieve, recortándose contra el cielo. Supongo que debe haber estancias gemelas y que entré en la que no debía; o tal vez habían abierto alguna contraventana o descorrido alguna cortina. Al pasar me llamó la atención el marco de un precioso espejo antiguo,

incrustado en la pared marrón y amarilla. Me aproximé y, al mirar el marco, también clavé la vista, de forma mecánica, en el espejo. Me sobresalté y creo que casi dejé escapar un grito —(¡es una suerte que el catedrático de Munich no esté ya en Urbania!)—. Detrás de mi propia imagen había otra, una figura próxima a mi hombro, un rostro cercano al mío; y esa figura, ese rostro ¡eran los suyos!, ¡los de Medea da Carpi! Al punto me volví, tan blanco, creo, como el fantasma que esperaba ver. En la pared opuesta al espejo, un par de pasos detrás de mí, había un retrato. Destacándose sobre un fondo de azul duro y frío, estaba la figura de la Duquesa (pues se trataba de Medea, la Medea real, y mil veces más real, individual y poderosa que en los demás retratos) sentada y erguida en una silla de respaldo alto, sostenida, aparentemente, gracias al tieso brocado de las faldas que parecían más envaradas por los apliques de flores de plata bordadas y las hileras de perlas. El vestido, con su mezcla de plata y perlas, era de un extraño rojo mate, un siniestro color de extracto de adormidera. Por contraste, la carne de las manos alargadas y estrechas, del esbelto y delicado cuello y del rostro de frente despejada, parece nívea y dura como el alabastro. La cara es la misma de otros retratos: la misma frente redondeada, con los rizos exiguos y rojizos, como de lana; las mismas cejas de curvatura perfecta, apenas dibujadas; las mismas pestañas, tal vez demasiado pronunciadas sobre los ojos; los mismos labios, también un poco rígidos al marcar la boca; pero con una pureza de línea, un espléndido resplandor de piel y una intensidad de mirada inconmensurablemente superiores a todos los demás retratos.

La Duquesa nos está mirando desde el marco, con una mirada fría e inexpresiva; y, sin embargo, sus labios sonríen. Una mano sostiene una rosa de un rojo indefinido; la otra, larga, estrecha, afilada en los extremos, juguetea con un

grueso cordón de seda, oro y joyas que pende de la cintura; alrededor del cuello, este blanco como el marfil y parcialmente oculto por el ajustado corpiño de un carmesí mate, cuelga un collar de oro, con el conocido lema en sus medallones alternos: «*AMOUR DURE-DURE AMOUR*».

Pensándolo bien, veo que simplemente no he podido haber estado antes en esta estancia o gabinete; me he debido equivocar de puerta. Pero, aunque la explicación es tan simple, todavía, y después de varias horas, me siento totalmente conmocionado, hasta en lo más profundo de mi ser. Si me sigo poniendo tan nervioso tendré que marcharme a Roma a pasar las Navidades. Siento como si algún peligro me acechase aquí (¿tendré fiebre?) y, sin embargo, no veo el momento de alejarme.

10 de diciembre. He hecho un esfuerzo y he aceptado la invitación del hijo del viceprefecto para ir a ver cómo se fabrica el aceite en una villa suya, junto a la costa. La villa, o granja, es un viejo lugar fortificado y flanqueado de torres, situado en la ladera de una colina entre olivos y mimbreras, que parecía una brillante llamarada naranja. Prensan las olivas en un sótano tremendamente oscuro, como una prisión. A través de la tenue luz blanca del día y del amarillento fulgor de humo de la resina que hierve en los recipientes, se pueden ver grandes bueyes blancos que giran en torno a una enorme rueda de molino, junto a difusas figuras que manipulan poleas y manivelas; se me antoja, en mi imaginación, una escena de la Inquisición. El Cavaliere me obsequió con su mejor vino y galletas. Me di largos paseos por la orilla del mar; había dejado Urbania envuelta en nubes de nieve; más abajo, en la costa, el sol brillaba en todo su esplendor; el sol, el mar, el ajetreo del pequeño puerto del Adriático, parecen haberme sentado bien. He regresado a Urbania convertido en otro hombre. Sor

Asdrubale, mi patrón, curioseando en zapatillas entre las doradas cómodas, los sofás estilo Imperio, las tazas y platos viejos y los cuadros que nadie quiere comprar, me ha felicitado por la mejoría de mi aspecto.

—Trabaja usted demasiado —dice—, la juventud tiene que divertirse, ir al teatro, de paseo, tener amori… ya habrá tiempo suficiente para ser serio cuando se quede uno calvo.

Y se quita su grasiento gorro rojo. ¡Sí que estoy mejor! Y como resultado, nuevamente reasumo mi trabajo con placer. ¡Ya les daré su merecido a esos sabihondos de Berlín!

14 de diciembre. No creo haberme sentido nunca tan feliz con mi trabajo. Lo veo todo tan bien —ese artero y cobarde duque Roberto; esa melancólica duquesa Maddalena; ese débil, ostentoso y supuestamente caballeroso duque Guidalfonso; y, sobre todo, esa espléndida figura de Medea —. Me siento como si fuera el historiador más grande de la época; y, al mismo tiempo, como si fuera un muchacho de doce años. Ayer nevó en la ciudad por primera vez, durante dos horas largas. Cuando paró, salí a la plaza y enseñé a los golfillos a hacer un muñeco de nieve; no, una muñeca de nieve; y se me ocurrió llamarle Medea. «¡*La pessima Medea*!» —gritó uno de los niños— «¿la que iba por el aire montada en una cabra?». «No, no», dije yo, «Era una dama preciosa, la Duquesa de Urbania, la mujer más bella que jamás haya existido». Le hice una corona de oropel y enseñé a los chicos a gritar: «¡Evviva Medea!» Pero uno de ellos dijo: «¡Es una bruja! ¡Hay que quemarla!». Tras lo cual todos se apresuraron a buscar leña y con ella la derritieron.

15 de diciembre. ¡Qué asno soy! ¡Y pensar que tengo veinticuatro años y soy conocido en el mundo literario! En mis largos paseos he compuesto, para la música de una tonada (no sé lo que es) que todo el mundo canta y silba por

la calle, un poemilla en un italiano horrible que comienza: «Medea, mia dea», evocándola en nombre de sus diferentes amantes. Voy por ahí canturreando entre dientes. «¿Por qué no soy yo Marcantonio? ¿O Prinzivalle? ¿O el de Narni? ¿O el buen duque Alfonso? Para poder ser amado por vos, Medea, mia dea», etc., etc. ¡Valiente tontería! Mi patrón, creo, sospecha que Medea debe ser alguna dama que conocí durante mi estancia en la costa. Estoy seguro de que Sora Serafina, Sora Lodovica y Sora Adalgisa —las tres Parcas o Norns, como yo las llamo— también lo creen. Esta tarde en el crepúsculo, mientras adecentaba mi habitación, Sora Lodovica me dijo: «¡De qué forma tan maravillosa ha empezado a cantar el Signorino!». Casi ni me había dado cuenta de que había estado vociferando: «*Vieni Medea, mia dea*», mientras la anciana señora se afanaba en encenderme el fuego. Me detuve. ¡Vaya una reputación que iba a adquirir! Eso pensé, y todo esto llegará a Roma y de allí a Berlín. Sora Lodovica estaba asomada a la ventana, metiendo el gancho de hierro del Farolillo que hay en la casa de Sor Asdrubale. Mientras despabilaba la lámpara antes de volverla a colgar fuera, dijo, con su peculiar mojigatería: «Hace mal en dejar de cantar, hijo» (vacila entre llamarme Signor Professore y apelativos afectuosos como «Nino», «Viscere mie», etc.). «Hace mal en dejar de cantar porque hay una joven allá abajo, en la calle, que acaba de detenerse a escucharlo».

Corrí hacia la ventana. Una mujer, envuelta en un chal negro, estaba parada bajo un arco mirando la ventana.

—¡Eh, eh! ¡El Signor Professore tiene sus admiradoras! —dijo Sora Lodovica.

—¡Medea, mia dea! —grité tan alto como pude, sintiendo un placer infantil al desconcertar a la inquisitiva viandante. De pronto, se volvió para alejarse, agitando la mano en mi dirección; en ese momento Sora Lodovica colgó el farolillo

en su lugar. Un haz de luz iluminó la calle. Sentí que me invadía un frío helador. ¡El rostro de la mujer de allá fuera era el de Medea da Carpi!

¡No hay duda de que soy un imbécil integral!

II

17 de diciembre. Gracias a mi necia charla y a mis canciones idiotas, siento como si todos conocieran mi locura por Medea da Carpi. El hijo del viceprefecto, o el auxiliar de los Archivos, o tal vez alguno de los amigos de la Contessa, está intentando hacerme una jugarreta. Pero ¡guardaos, damas y caballeros, que os pagaré con la misma moneda! Imaginaos mis sentimientos cuando, esta mañana, me encontré sobre mi escritorio una carta doblada y dirigida a mí con una curiosa caligrafía, que me resultaba extrañamente familiar y que, después de un momento, reconocí como la de las cartas de Medea da Carpi leídas en los archivos. Me conmocionó terriblemente. Mi siguiente idea fue que debía de tratarse del regalo de alguien que conocía mi interés por Medea —una carta auténtica de ella sobre la que algún idiota habría escrito mi dirección en vez de meterla en un sobre—. Pero estaba dirigida a mí, y no era una carta antigua; solamente cuatro líneas que rezaban como sigue:

«A SPIRIDION. —Una persona que conoce su interés por ella estará en la Iglesia de San Giovanni Decollato esta noche a las nueve. Buscad, en la nave izquierda, a una dama con un manto negro y una rosa en las manos».

Para entonces ya había comprendido que era objeto de una conspiración, la víctima de una broma de mal gusto. Le di mil vueltas a la carta. Estaba escrita en un papel similar al que empleaban en el siglo dieciséis e imitaba extraordinariamente bien los rasgos caligráficos de Medea da Carpi. ¿Quién la habría escrito? Pensé en todas las personas posibles. Principalmente debía tratarse del hijo del viceprefecto, tal vez en connivencia con su amada condesa.

Seguramente habían roto una página en blanco de una carta vieja; pero el hecho de que cualquiera de ellos pudiera haber tenido el ingenio de pergeñar tamaño engaño o la posibilidad de realizar semejante falsificación me deja completamente atónito. Esta gente oculta mucho más de lo que podría haber imaginado. ¿Cómo devolverles la jugada? ¿Ignorando la carta? Es muy digno, pero poco ingenioso. No, iré: tal vez haya alguien allí, y podré a mi vez desconcertarles. Y, si no hay nadie, ¿cómo vencerles y desenmascararles por su estratagema tan imperfectamente ideada? Tal vez se trate de alguna locura del Cavaliere Muzio para llevarme en presencia de alguna dama que él haya designado como la indicada para ser la llama de mis futuros amori. Eso es lo más probable. Y sería demasiado idiota y profesoral rehusar una invitación de esa índole. ¡Debe merecer la pena conocer a una dama que sabe falsificar cartas del siglo dieciséis, pues estoy seguro de que ese lánguido y elegantísimo Muzio no habría sabido! ¡Iré! ¡Por todos los cielos! ¡Les pagaré con su propia moneda! Ahora son las cinco —¡qué largos son estos días!

18 de diciembre. ¿Estaré loco? ¿O son realmente fantasmas? Esa aventura de la noche anterior me ha conmocionado hasta lo más profundo de mi alma.

Tal y como la misteriosa carta me instaba, salí a las nueve. Hacía un frío de muerte y el aire estaba lleno de neblina y aguanieve; no había ni una tienda abierta, ni una ventana con las contraventanas sin cerrar, ni una criatura visible; las calles estrechas, tan oscuras, esas costanillas escarpadas entre las elevadas murallas y bajo los arrogantes arcos que parecían aún más sombrías por la exigua luz de unas lámparas de aceite aquí y allí, con sus reflejos amarillentos parpadeando sobre las mojadas banderas. San Giovanni Decollato es una pequeña iglesia, o más bien un

oratorio, que hasta ahora siempre había visto cerrada (como tantas otras iglesias que permanecen cerradas y que sólo abren sus puertas para las conmemoraciones solemnes), situada detrás del palacio ducal, sobre una pronunciada cuesta, y formando la bifurcación de dos empinadas callejas pavimentadas. Había pasado por el palacio cientos de veces, y apenas me había fijado en nada, excepto en el altorrelieve de encima de la puerta que representaba la cabeza entrecana del Bautista en la bandeja y la jaula de hierro cercana, en la que antiguamente se exponían las cabezas de los criminales; del decapitado, o, como le llaman aquí, del degollado Juan Bautista, que aparentemente era el patrón del hacha y el tajo.

Tan sólo me llevó unos cuantos pasos llegar desde mis aposentos a San Giovanni Decollato. Confieso que estaba nervioso; no en vano tiene uno veinticuatro años y es polaco. Al llegar a esa especie de pequeña plataforma que hay en la bifurcación de las dos escarpadas calles, me encontré, para mi sorpresa, con que las ventanas de la iglesia u oratorio no estaban iluminadas y que la puerta estaba cerrada. ¡Así que esta era la bonita broma que me habían gastado!, ¡enviarme en una noche de frío glacial, de aguanieve, a una iglesia que estaba cerrada y que tal vez había permanecido cerrada durante años! No sé de lo que hubiera sido capaz en aquel momento de ira. Me sentí inclinado a forzar la puerta de la iglesia o a ir a sacar al hijo del viceprefecto de la cama (pues estaba seguro de que la broma había partido de él). Me decidí por esto último y ya me dirigía a su casa por el oscuro pasadizo que se encuentra a la izquierda de la iglesia, cuando de pronto me vi detenido por el sonido de un órgano próximo; sí, se trataba evidentemente de un órgano y de las voces de un coro y el murmullo de una letanía. ¡Así que la iglesia no estaba cerrada después de todo! Volví sobre mis pasos hasta lo alto

de la colina. Todo estaba oscuro y en completo silencio. De pronto me llegó el débil sonido de un órgano y de voces. Escuché atentamente; venía de la otra callejuela, la que estaba en el ala derecha. ¿Habría tal vez otra puerta allí? Pasé debajo del arco y descendí un trecho en dirección al lugar de donde parecían provenir los sonidos. Pero no había puerta, ni luces, sólo las negras paredes, las negras banderas mojadas, con los tenues destellos de las parpadeantes lámparas de aceite; y lo que es más, había un completo silencio. Me detuve un momento y de nuevo se oyeron los cánticos; esta vez me parecieron llegar con mayor nitidez de la callejuela que acababa de abandonar. Volví: Nada. Y así, de un lado a otro, con los sonidos llevándome siempre de una dirección a otra, para volverme a dejar en el sitio de partida. Todo ello en vano.

Por fin, perdí la paciencia y sentí que me invadía un terror que sólo podía disipar una acción violenta. Si los sonidos misteriosos no procedían ni de la calle de la derecha ni de la de la izquierda, sólo podían venir de la iglesia. Medio enloquecido, me apresuré a subir los dos o tres escalones y me dispuse a forzar la puerta, haciendo un tremendo esfuerzo. Para mi sorpresa, se abrió con toda facilidad. Entré, y al detenerme un momento entre la puerta exterior y la pesada cortina de cuero, los sonidos de la letanía me llegaron con más claridad que antes. Levanté la cortina y me adentré en el templo. El altar estaba brillantemente iluminado con cirios y candelabros. Se trataba evidentemente de algún servicio religioso relacionado con la Natividad. La nave y los pasillos estaban, por contraste, más oscuros y sólo medio llenos. Me abrí paso a codazos por el pasillo derecho, hasta el altar. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz, empecé a mirar a mi alrededor con el corazón acelerado. La idea de que todo aquello era una broma, de que simplemente me iba a encontrar con algún

conocido de mi amigo el Cavaliere, me había abandonado. Miré en derredor. Todas las personas estaban cubiertas, los hombres con amplios mantones y las mujeres con velos y mantillas de lana. La nave de la iglesia estaba relativamente oscura y no podía distinguir nada con claridad, pero, de alguna manera, me parecía como si debajo de los ropones y velos, la gente estuviese extrañamente vestida. Me fijé en que el hombre de delante llevaba medias amarillas bajo el abrigo; una mujer cercana al lugar donde yo estaba, lucía un corpiño rojo cerrado por detrás con broches de oro. ¿Serían tal vez campesinos de zonas remotas que hubieran venido para las fiestas de Navidad, o es que los habitantes de Urbania se habían ataviado con trajes antiguos para alguna festividad navideña?

En medio de mi perplejidad, me llamó la atención una mujer que estaba en la nave lateral opuesta a la mía y cerca del altar, iluminada plenamente por las luces. Estaba toda ella vestida de negro, pero sostenía, de forma muy conspicua, una rosa roja, un lujo insospechado para la época de año en la que nos hallábamos y en un lugar como Urbania. Evidentemente, ella también me vio y, volviéndose más hacia la luz, desabrochó su capa dejando ver un vestido de color rojo oscuro, con brillantes bordados de oro y plata. Volvió su rostro hacia mí. Todo el resplandor de los candelabros y los cirios cayó de lleno sobre él. ¡Era el rostro de Medea da Carpi! Me precipité hacia lo alto de la nave, empujando a la gente a un lado, de forma poco ceremoniosa o, según me pareció, atravesando formas inmateriales. La dama se volvió y caminó apresuradamente hacia la puerta. La seguí de cerca, pero por alguna razón no podía ponerme a su altura. Hubo un momento, ya junto a la cortina, en que se volvió de nuevo. Estaba a unos pasos de mí. Sí, era Medea. La misma Medea, sin engaño o ilusión, sin impostura. Con su rostro ovalado, los labios fruncidos, los

párpados estirados en la comisura de los ojos ¡y su exquisita tez de alabastro! Levantó la cortina y se deslizó fuera. Yo la seguí; tan sólo la cortina me separaba de ella. ¡A tan sólo un paso de mí! Abrí la puerta bruscamente. ¡Tendría que estar sobre los escalones, al alcance de mi brazo!

Permanecí de pie fuera de la iglesia. Todo estaba vacío, tan sólo el pavimiento mojado y los reflejos amarillentos sobre los charcos; de pronto me sobrevino un frío helador. No podía seguir. Intenté volver a entrar en la iglesia. Estaba cerrada. Me marché a casa, corriendo, con los pelos de punta, y temblando de pies a cabeza, y seguí así durante una hora, como un maníaco. ¿Se trata de una ilusión? ¿Acaso me estoy volviendo loco? Oh, Dios, Dios, ¿me estaré volviendo loco?

19 de diciembre. Un brillante día soleado; todo resto de nieve ha desaparecido de la ciudad, de los arbustos y los árboles. Las montañas coronadas de nieve brillan contra el azul del cielo. Es domingo y el tiempo también es de domingo. Todas las campanas tañen anunciando la proximidad de la Navidad. Están preparando una especie de feria en la plaza de las columnatas, con puestos llenos de telas de algodón de colores y prendas de lana, brillantes chales y pañuelos, espejos, lazos y relucientes lámparas de peltre; todo el aparato que rodea a los buhoneros del «Cuento de Navidad». Las tiendas de porcinos están engalanadas con flores de papel verdes, con los jamones y los quesos adornados con pequeñas banderas y ramitas también verdes. Deambulé por fuera, para ver la feria de ganado, del otro lado de la puerta. Era un bosque de astas entrelazadas, un océano de mugidos y coces. Cientos de inmensos bueyes blancos, con cuernos de una yarda de largo y rojas borlas de adorno, muy juntos, en la pequeña piazza d’armi bajo las murallas de la ciudad. ¡Bah! ¿Por qué

escribo estas tonterías? ¿De qué vale todo esto? Mientras me esfuerzo en escribir sobre campanas, festejos de Navidad y ferias de ganado, una idea da vueltas, como una campana, dentro de mí: ¡Medea! ¿La he visto realmente o me estaré volviendo loco?

Dos horas más tarde. Esa iglesia de San Giovanni Decollato —según me ha informado mi patrón— jamás ha sido usada en todo el tiempo que él pueda recordar. ¿Habrá sido todo una alucinación o un sueño?, ¿tal vez lo habré soñado aquella misma noche? He salido otra vez a ver la iglesia. Ahí está, en la bifurcación de las dos empinadas callejuelas, con sus altorrelieves de la cabeza del Bautista sobre el pórtico. La puerta sí que parece no haber sido abierta durante años. Se pueden ver telarañas en los cristales de las ventanas; efectivamente, parece que —como dice Sor Asdrubale— sólo las ratas y las arañas se congregan en su interior. Y sin embargo, sin embargo, ¡tengo un recuerdo tan vivo, una conciencia tan clara de todo ello! Había un retrato de la hija de Herodías bailando, sobre el altar. Recuerdo su turbante blanco con un penacho de plumas escarlata y el caftán azul de Herodes. Recuerdo la forma del candelabro central. Se balanceaba despacio y una de las velas de cera casi se había doblado por la mitad por el calor y las corrientes de aire.

Cosas estas, todas ellas, que puedo haber visto en otra parte, que he almacenado sin darme cuenta en la memoria y que han surgido, de alguna forma, en un sueño. He oído a los psicólogos referirse a cosas semejantes. Iré de nuevo: si la iglesia está cerrada es que se trataba de un sueño, una visión, el resultado de mi hipersensibilidad. Debo partir inmediatamente para Roma y ver a los médicos, porque temo estar volviéndome loco. Sí, por otra parte —¡pufff! — no hay por otra parte en este caso. Pero si la hubiera —en ese caso— realmente habría visto a Medea; y puedo verla otra

vez; hablar con ella. El solo pensamiento de esta posibilidad hace que hierva mi sangre, no de horror, sino de… no sé cómo llamarlo. El sentimiento me aterroriza, pero es delicioso. ¡Idiota! Hay un pequeño recoveco de mi cerebro apenas inferior a un cabello, que no está en su sitio, ¡eso es todo!

20 de diciembre. He regresado a la iglesia. He oído la música. He estado dentro. ¡La he visto! Ya no puedo dudar más de mis sentidos. ¿Por qué habría de hacerlo? Esos pedantes dicen que los muertos están muertos y que el pasado es el pasado. Para ellos, sí, pero ¿por qué para mí?, ¿por qué para un hombre que ama, que se consume de amor por una mujer? Una mujer que, en verdad —sí, voy a acabar la frase—. ¿Por qué no ha de haber fantasmas para aquellos que pueden verlos? ¿Por qué no puede ella regresar a la tierra si sabe que ahí hay un hombre que piensa en ella y sólo a ella desea?

¿Una alucinación? ¿Cómo? Si la vi, como veo este papel sobre el que escribo; de pie, allí, iluminada por toda la luz del altar. ¿Cómo?, si oí el ruido de sus faldas, olí la fragancia de sus cabellos y levanté la cortina que se agitaba a su paso. De nuevo la perdí. Pero esta vez, mientras me precipitaba hacia la desierta calle iluminada por la luz de la luna, encontré sobre los escalones de la iglesia una rosa —la rosa que había visto en sus manos tan sólo un momento antes—, la palpé, la olí. Una rosa, una rosa de verdad, de color rojo y recién cortada. La coloqué en agua en cuanto regresé, después de haberla besado quién sabe cuántas veces. La puse en lo alto del armario. Y me propuse no mirarla en veinticuatro horas, no fuera que se tratase de una ilusión. Pero debo mirarla otra vez. Tengo que… ¡Dios mío, esto es horrible, horrible! ¡Si hubiera encontrado un esqueleto no hubiera sido peor! La rosa, que anoche parecía recién

cortada, llena de color y de fragancia, está marchita, seca —como algo guardado durante siglos entre las hojas de un libro— se ha deshecho como polvo entre mis dedos. ¡Horrible, horrible! Pero ¿por qué, Dios mío? ¿Acaso no sabía yo que estaba enamorado de una mujer que lleva muerta trescientos años? Si quería rosas frescas, florecidas tan sólo ayer, la condesa Fiammeta o cualquier costurera de Urbania me las podía haber proporcionado. ¿Y qué si la rosa se ha convertido en polvo? Si solamente pudiera estrechar a Medea entre mis brazos como sostuve la rosa entre mis dedos y besarla como besé sus pétalos ¿no estaría también satisfecho aunque ella se convirtiera en polvo al instante siguiente, incluso si yo mismo me convirtiera en polvo?

22 de diciembre, a las once de la noche. ¡La he visto una vez más! Casi he hablado con ella. ¿Me ha sido prometido su amor? ¡Ah, Spiridion! Tenías razón cuando pensabas que no estabas hecho para amori terrenales. Esta noche me he acercado a la hora acostumbrada a San Giovanni Decollato. Una luminosa noche de invierno; las elevadas casas y los campanarios recortados contra un cielo de un brillante azul intenso, tornasolado como el acero por miríadas de estrellas; la luna aún no había salido. No había luz en las ventanas; pero, tras un pequeño esfuerzo, la puerta se abrió y entré en la iglesia, con el altar, como siempre, iluminado en todo su esplendor. De ponto me asaltó la idea de que estos hombres y mujeres que estaban a mi alrededor, todos estos sacerdotes que cantaban y se movían por el altar, estaban muertos, que no existían… sólo yo. Toqué, como si fuera fortuitamente, la mano de mi vecino; estaba fría, como la arcilla mojada. Se volvió, pero no pareció verme; su rostro era ceniciento, con los ojos mirando fijamente, clavados, como los de un ciego o los de un cadáver. Sentí que debía salir fuera. Pero en ese momento, mis ojos se fijaron en Ella,

de pie, como de costumbre, junto a los peldaños del altar, envuelta en un manto negro, profusamente iluminada por la luz. Se volvió; la luz caía de pleno sobre su rostro, ese rostro de rasgos delicados, de labios y párpados un tanto rígidos, con la tez de alabastro ligeramente teñida de rosa suave. Nuestras miradas se cruzaron.

Me abrí camino a lo largo de la nave hacia el lugar donde estaba de pie, como de costumbre, junto a los escalones del altar; se dio la vuelta rápidamente y caminó por el pasillo; la seguí.

Una o dos veces se rezagó y creí que iba a alcanzarla; pero de nuevo, cuando no hacía ni un segundo que la puerta se había vuelto a cerrar tras ella, al salir a la calle, ya se había esfumado.

Sobre la escalinata de la iglesia había algo blanco. Esta vez no se trataba de una flor, sino de una carta, y me apresuré a volver hacia la iglesia para leerla; pero esta estaba cerrada a cal y canto, como si no se hubiera abierto durante años. No podía ver a la luz de las parpadeantes lámparas, me apresuré a volver a casa y, al llegar, saqué la carta de mi pecho. La tengo ante mí. La caligrafía es suya; la misma que vi en los archivos, la misma de la primera carta:

«A SPIRIDION.–Que vuestro coraje sea igual a vuestro amor y vuestro amor será recompensado. En la noche que precede a la Navidad, tomad un hacha y una sierra; segad sin miedo el cuerpo del jinete de bronce que se encuentra en la Corte, a la izquierda, y a la altura de su grupa. Serrad hasta llegar al interior del cuerpo y dentro de él encontraréis la efigie de plata de un genio alado. Sacadla y hacedla mil pedazos que esparciréis en todas direcciones, para que los vientos los dispersen. Esa noche, aquella a quien amáis vendrá a recompensaros por vuestra fidelidad».

En el sello pardusco se lee el emblema

«AMOUR DURE-DURE AMOUR»

23 de diciembre. ¡Así que es verdad! Yo estaba destinado a algo maravilloso en este mundo. Al final he encontrado aquello por lo que mi alma ha estado penando. La ambición, el amor al arte, el amor a Italia, todas esas cosas que han estado ocupando mi espíritu y que, sin embargo, me han dejado totalmente insatisfecho, todas esas cosas no eran en realidad mi verdadero destino. He buscado la vida, ansiándola como un hombre en el desierto ansía un pozo; pero la vida de los sentidos de otros jóvenes, la vida del intelecto de otros hombres, ¡jamás ha saciado esa sed! ¿Será que la vida para mí significa amar a una mujer muerta? Solemos sonreír ante lo que denominamos supersticiones del pasado, a veces, olvidando que la ciencia de la que nos jactamos hoy puede que parezca otra superstición a los hombres del futuro. Pero ¿por qué ha de estar en lo cierto el presente y no el pasado? Los hombres que pintaron los cuadros y construyeron los palacios de hace trescientos años estaban, sin duda, hechos de una fibra tan delicada y su razonamiento era tan agudo como el nuestro, nosotros que simplemente nos dedicamos a estampar algodón y construir locomotoras. Lo que me hace pensar esto es que he estado calculando mi natalicio con la ayuda de un antiguo libro que pertenece a Sor Asdrubale, y veo que mi horóscopo se corresponde casi exactamente con el de Medea da Carpi, tal y como está registrado por un cronista. ¿Lo explica esto todo? No, no, todo queda explicado por el hecho de que la primera vez que leí algo sobre la vida de esta mujer, la primera vez que vi su retrato, la amé, aunque escondí mi amor en aras del interés de la cultura. ¡Menudo interés cultural!

Tengo el hacha y la sierra. Le compré la sierra a un pobre carpintero de un pueblo a algunas millas de aquí: al principio no entendía lo que yo quería decir, y creo que

pensó que estaba loco; tal vez sí que lo estoy. Pero si la locura significa la felicidad en la vida de uno, ¿qué hay de malo en ello? El hacha la vi abandonada en una leñera donde preparan los grandes troncos de los abetos que crecen en los Apeninos de Sant'Elmo. No había nadie en la leñera y no pude resistir la tentación. Tomé el objeto en mis manos, sentí su filo y la robé. Es la primera vez en toda mi vida que he actuado como un ladrón. ¿Por qué no entré en una tienda y compré un hacha? No lo sé; no pude resistir la tentación de su brillante hoja. Supongo que lo que voy a hacer es un acto de vandalismo. Ciertamente, no tengo derecho a destrozar la propiedad de esta ciudad de Urbania. Tampoco deseo ningún mal a la estatua ni a la ciudad. Si pudiese enyesar el bronce, lo haría de buena gana. Pero LA debo obedecer, LA debo vengar. Debo acceder a la imagen de plata que Roberto de Montemurlo hizo para que su cobarde alma pudiera dormir en paz, sin encontrarse con el alma del ser a quien más temía en este mundo. ¡Ajá! Duque Roberto, ¡tú la forzaste a morir sin penitencia e insertaste la imagen de tu espíritu en la estatua, para que mientras ella sufría las torturas del Infierno, tú pudieras descansar en paz hasta que tu bien protegida alma pudiera volar al Paraíso! ¡Tenías miedo de ella cuando ambos estuvierais muertos y te creíste muy listo al haber previsto todas las eventualidades! No es así, Serenísima Alteza, ¡tú también sabrás lo que es vagar después de muerto y encontrarse con aquel a quien has injuriado!

¡Qué día tan interminable! Pero la veré de nuevo esta noche.

Las once de la noche. No, la iglesia estaba cerrada a cal y canto. El encanto se había roto. Hasta mañana no la veré. Pero mañana… ¡Ah, Medea! ¿Os amó alguno de vuestros amantes como yo os amo?

Todavía veinticuatro horas hasta el momento de la felicidad, el momento que al parecer he estado esperando toda mi vida. Y después de eso ¿que ocurrirá? Sí, lo veo cada vez más claro a cada minuto que pasa; después de esto, no habrá nada más. Todos los que amaron a Medea da Carpi, los que la amaron y sirvieron, murieron: Giovanfrancesco Pico, su primer esposo, al que apuñaló en el castillo antes de huir; Stimigliano, que murió envenenado; el ayuda de cámara que administró el veneno y al que mandó asesinar; Oliverotto da Narni, Marcantonio Frangipani y el pobre muchacho de los Ordelaffi que ni tan siquiera había visto su rostro y cuya única recompensa fue aquel pañuelo con el que el verdugo enjugó su rostro cuando no era más que una mata de miembros rotos y carne desgarrada; todos tenían que morir y yo moriría también.

El amor de una mujer como esa es más que suficiente, y es fatal «Amour Dure», como dice su lema. Yo también moriré. Pero ¿por qué no? ¿Acaso podría seguir viviendo para amar a otra mujer? No. ¿Podría seguir llevando la misma vida después de la felicidad de mañana? Imposible. Los otros murieron y yo también debo morir. Siempre tuve el presentimiento de que no viviría mucho tiempo. Una gitana en Polonia me dijo una vez que en la línea de mi vida había otra que la cruzaba y que eso significaba una muerte violenta. Podía haber perecido en un duelo con algún compañero de estudios, o en un accidente de ferrocarril. No, no, ¡mi muerte no será de esa clase! La muerte ¿acaso no está muerta ella también? ¡Y qué extrañas posibilidades me sugiere este pensamiento! Entonces, los otros, —Pico, el ayuda de cámara, Stimigliano, Oliverotto, Frangipani, Prinzivalle degli Ordelaffi— ¿estarán todos allí? Pero me amará a mí más que a ellos, ¡a mí, que la he amado después de haber permanecido trescientos años en la tumba!

24 de diciembre. Ya lo he arreglado todo. Hoy a las once salgo de casa. Sor Asdrubale y sus hermanas estarán profundamente dormidos. Les he preguntado. Su miedo al reúma les impide asistir a la Misa del Gallo. Afortunadamente no hay iglesias entre la casa y la Corte. Cualesquiera que sean los movimientos que se produzcan en Nochebuena, supondrán un escape. Las habitaciones del viceprefecto están en el otro ala del palacio. El resto de la plaza está ocupada con dependencias del estado, archivos, los establos vacíos y las cocheras de palacio. Además, haré mi trabajo con rapidez.

He probado mi sierra con un sólido jarrón de bronce que compré a Sor Asdrubale. El bronce de la estatua, hueco y corroído por el óxido (incluso he encontrado algunos agujeros) no puede resistir mucho. Sobre todo, después de darle un golpe con el afilado borde del hacha. He puesto en orden todos mis papeles por deferencia al Gobierno que me ha enviado aquí. Siento haberles defraudado con mi «Historia de Urbania». Acabo de darme un largo paseo para pasar este día interminable y mitigar mi impaciencia. Se trata del día más frío que jamás hemos sufrido. El brillante sol no calienta lo más mínimo, sino que, al hacer brillar la nieve en las cimas de las montañas y al hacer que el cielo resplandezca como el acero, consigue aumentar más bien la impresión de gelidez. Las pocas personas que se aventuran a salir están enfundadas hasta las narices y llevan braseros de cerámica bajo sus abrigos. De la figura de Mercurio penden largos carámbanos. Uno se puede imaginar a los lobos descendiendo por la seca maleza y asediando esta ciudad. De alguna manera este frío me proporciona una inmensa calma y parece transportarme de nuevo a mi niñez.

Al caminar por las calles irregularmente pavimentadas, empinadas y resbaladizas por la escarcha, con la vista de las

montañas nevadas contra el cielo, y al pasar por la escalinata de la iglesia, regada de boj y laurel, con ese leve aroma a incienso, me pareció recuperar —no sé por qué—, casi sentir, la sensación de aquellas Navidades de antaño, en Posen y Breslau, cuando, siendo un chiquillo, caminaba por las anchas calles mirando los escaparates donde empezaban a encenderse las velas de los árboles de Navidad, preguntándome si yo también, al volver a casa, entraría en una estancia maravillosa llena de luces luminosas, nueces doradas y cuentas de cristal. Están colgando las últimas hileras de esas cuentas metálicas, rojas y azules, enzarzándolas a las últimas nueces doradas de los árboles de allí, en mi hogar del norte; están encendiendo las velas azules y rojas; la cera empieza a derretirse sobre la preciosa pícea de verdes ramas; los niños esperan con sus corazones palpitantes detrás de la puerta, para que les digan que el Niño Dios ha nacido. Y yo, ¿a qué estoy esperando? No lo sé: todo parece un sueño. Todo a mi alrededor es vago e insustancial, como si el tiempo se hubiera detenido, nada pudiera suceder, mis propios deseos y esperanzas estuvieran todos muertos, y yo mismo absorto en no se sabe qué pasiva tierra de ensueños. ¿Deseo que llegue la noche? ¿Lo temo? ¿Llegará alguna vez? ¿Siento algo? ¿Existe algo en torno a mí? Al sentarme me parece estar viendo aquella calle de Posen, la calle ancha con los escaparates iluminados por las luces de Navidad, con velas en las verdes ramas de los aleros que apenas rozan los escaparates.

Nochebuena, a medianoche. Lo he hecho. Me he deslizado silenciosamente. Sor Asdrubale y sus hermanas estaban profundamente dormidos. Temí haberles despertado porque el hacha se me cayó cuando pasaba por delante de la habitación principal en la que mi patrón guarda sus

curiosidades para la venta. Chocó contra una vieja armadura que ha estado restaurando. Le oí lanzar una exclamación, medio en sueños. Apagué mi luz y me escondí en las escaleras. Salió de su estancia en camisón, pero, al no ver a nadie, se volvió a la cama. «Algún gato, sin duda», dijo. Cerré suavemente la puerta de la casa al salir. El cielo tenía un aspecto tormentoso, como la tarde anterior, iluminado a la luz de la luna llena, pero atravesado por vapores de color gris parduzco. A veces la luna desaparecía por completo. No había ni un alma fuera. Las lúgubres casas sólo se enfrentaban a la luz de la luna.

No sé por qué di un rodeo hasta la Corte, pasando por delante de la puerta de una o dos iglesias, por las que salía el débil resplandor de la Misa del Gallo. Por un momento, sentí la tentación de entrar en una de ellas, pero algo parecía detenerme. Me llegaron retazos de Himnos de Navidad. Me di cuenta de que estaba muy tranquilo y me apresuré hacia la Plaza de la Corte. Al pasar delante del Pórtico de San Francesco, oí pasos detrás de mí. Parecía como si me siguieran. Me detuve para dejar pasar a la otra persona. Al acercárseme, aminoró el paso. Cruzó muy cerca de mí y murmuró: «No vayáis: soy Giovanfrancesco Pico». Me di la vuelta pero había desaparecido. Un gran frío se apoderó de mí, pero continué mi camino.

Detrás del ábside de la catedral, en una estrecha calleja, vi a un hombre apoyado en una pared. La luz de la luna le iluminaba plenamente. Me pareció que su rostro, adornado con una barba puntiaguda, estaba bañado en sangre. Aceleré el paso, pero al pasar junto a él, me dijo: «No la obedezcáis; volved a casa: soy Marcantonio Frangipani». Me castañetearon los dientes, pero me adentré en la estrecha callejuela, con la azulada luz de la luna proyectada sobre las blancas murallas.

Por fin vi la Corte delante de mí. La plaza estaba inundada por la luz de la luna, las ventanas de palacio parecían brillantemente iluminadas y la estatua del duque Roberto, con un brillo verduzco, parecía avanzar hacia mí sobre su caballo. Me interné en la sombra. Tenía que pasar debajo de un arco. Había allí una figura que sobresalía de la muralla y me cerraba el paso con su brazo extendido y enfundado en una capa. Intenté pasar. Me cogió por el brazo y su contacto se me antojó glacial. «No pasaréis», gritó, y al salir de nuevo la luna, vi su rostro de una blancura espectral, cubierto con un pañuelo bordado. Parecía un niño. «¡No pasaréis!», gritó, «¡No la poseeréis! ¡Es mía y sólo mía! ¡Soy Prinzivalle degli Ordelaffi!». Sentí su gélido contacto, pero con mi otro brazo di ciegos golpes con el hacha, que llevaba bajo la capa. El hacha se clavó en la pared y sonó contra la piedra. Se había esfumado.

Me di prisa. En efecto. Seccioné el bronce. Lo serré haciendo una gran ranura. Saqué la imagen de plata y la hice mil pedazos. Esparcí los últimos fragmentos en torno mío y, entonces, la luna, se ocultó de repente. Se levantó un gran vendaval que rugía por toda la plaza. Me pareció como si la tierra se agitara. Arrojé el hacha y la sierra y fui corriendo a casa. Me sentí perseguido, como si me acosasen cientos de jinetes invisibles.

Ahora estoy tranquilo. Es medianoche, ¡un minuto más y ella estará aquí! ¡Paciencia, corazón! Lo oigo latir, espero que nadie acuse al pobre Sor Asdrubale. Escribiré una carta a las autoridades proclamando su inocencia por si algo me sucediera… ¡La una! El reloj de palacio acaba de dar… «Por la presente certifico que, si algo me sucediera esta noche, a mí, Spiridion Trepka, nadie, sino yo mismo, ha de ser considerado…» ¡Pasos en la escalera! ¡Es ella! ¡Por fin, Medea, Medea! ¡Ah! ¡AMOUR DURE-DURE AMOUR!

NOTA.— Aquí acaba el diario del difunto Spiridion Trepka. Los principales periódicos de Umbría han informado al público que en la mañana de la Navidad del año 1885, la estatua ecuestre de bronce de Roberto II ha aparecido brutalmente mutilada y que el profesor Spiridion Trepka de Posen, en el Imperio Germánico, ha sido descubierto muerto, de una puñalada en el corazón, a manos de desconocidos.

¿Quién sabe?

Guy de Maupassant

(1890)

I

¡Señor! ¡Señor! Al fin tengo ocasión de escribir lo que me ha ocurrido. Pero ¿me será posible hacerlo? ¿Me atreveré? ¡Es una cosa tan extravagante, tan inexplicable, tan incomprensible, tan loca!

Si no estuviese seguro de lo que he visto, seguro también de que en mis razonamientos no ha habido un fallo, ni en mis comprobaciones un error, ni una laguna en la inflexible cadena de mis observaciones, me creería simplemente víctima de una alucinación, juguete de una extraña locura. Después de todo, ¿quién sabe?

Me encuentro actualmente en un sanatorio; pero si entré en él ha sido por prudencia, por miedo. Sólo una persona conoce mi historia: el médico de aquí; pero voy a ponerla por escrito. Realmente no sé para qué. Para librarme de ella, tal vez, porque la siento dentro de mí como una intolerable pesadilla.

Hela aquí:

He sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, bondadoso, que se conformaba con poco, sin acritudes contra los hombres y sin rencores contra el cielo. He vivido solo, en todo tiempo, porque la presencia de otras personas me produce una especie de molestia. No es que me niegue a tratar con la gente, a conversar o a cenar con amigos, pero cuando llevan mucho rato cerca de mí, aunque sean mis más cercanos familiares, me cansan, me fatigan, me enervan, y experimento un anhelo cada vez mayor, más agobiante, de que se marchen, o de marcharme yo, de estar solo.

Este anhelo es más que un impulso, es una necesidad irresistible. Y si las personas en cuya compañía me encuentro siguiesen a mi lado, si me viese obligado, no a prestar atención, pero ni siquiera a escuchar sus conversaciones, me daría, con toda seguridad, un ataque. ¿De qué clase? No lo sé. ¿Un síncope, tal vez? Sí, probablemente.

Tanto me agrada estar solo, que ni siquiera puedo soportar que otras personas duerman bajo el mismo techo que yo. No vivo en París, porque sería para mí una perpetua agonía. Me siento morir moralmente, es para mí un martirio del cuerpo y de los nervios esa muchedumbre inmensa que hormiguea, que se mueve a mi alrededor, hasta cuando duerme. Porque, aún más que la palabra de los demás, me resulta insufrible su sueño. Cuando sé, cuando tengo la sensación de que, detrás de la pared, existen vidas que se ven interrumpidas por esos eclipses regulares de la razón, no puedo ya despertar.

¿Por qué soy de esta manera? ¡Quién lo sabe! Es imposible que la razón de todo esto sea muy sencilla; todo lo que ocurre fuera de mí me cansa muy pronto. Y son muchos los que se encuentran en mi mismo caso.

En la tierra vivimos gentes de dos razas. Los que tienen necesidad de los demás, aquellos a quienes los demás distraen, ocupan, sirven de descanso, y a los que la soledad cansa, agota, aniquila, lo mismo que la ascensión a un nevero o la travesía de un desierto, y aquellos otros a los que, por el contrario, los demás cansan, molestan, cohíben, abruman, en tanto que el aislamiento los tranquiliza, les proporciona un baño de descanso en la independencia y en la fantasía de sus meditaciones.

En resumidas cuentas, se trata de un fenómeno psíquico normal. Unos tienen condiciones para vivir hacia afuera; otros, para vivir hacia adentro. En mí se da el caso de que la

atención exterior es de corta duración y se agota pronto, y cuando llega a su límite, me acomete en todo mi cuerpo y en toda mi alma un malestar intolerable.

Como consecuencia de todo lo que antecede, yo me apego, es decir, estaba fuertemente apegado a los objetos inanimados, que vienen a adquirir para mí una importancia de seres vivos. Mi casa se convierte, se había convertido en un mundo en el que yo llevaba una vida solitaria, pero activa, en medio de aquellas cosas: muebles, chucherías familiares, que eran para mí como otros tantos rostros simpáticos. Había ido llenándola poco a poco, adornándola con ellos, y me sentía contento y satisfecho allí dentro, feliz como en los brazos de una mujer agradable cuya diaria caricia se ha convertido en una necesidad suave y sosegada.

Hice construir aquella casa en el centro de un hermoso jardín que la aislaba de los caminos concurridos, a un paso de una ciudad en la que me era dable encontrar, cuando se despertaba en mí tal deseo, los recursos que ofrece la vida social. Todos mis criados dormían en un pabellón muy alejado de la casa, situado en un extremo de la huerta, que estaba cercada con una pared muy alta. Tal era el agrado y el descanso que encontraba al verme envuelto en la oscuridad de las noches, en medio del silencio de mi casa, perdida, oculta, sumergida bajo el ramaje de los grandes árboles, que todas las noches permanecía varias horas para saborearlo a mis anchas, costándome trabajo meterme en la cama.

El día de que voy a hablar habían representado Sigurd en el teatro de la ciudad. Era aquella la primera vez que asistía a la representación de ese bello drama musical y fantástico, y me produjo un vivo placer.

Regresaba a mi casa a pie, con paso ágil, llena la cabeza de frases musicales y la pupila de lindas imágenes de un mundo de hadas. Era noche cerrada, tan cerrada que apenas

se distinguía la carretera y estuve varias veces a punto de tropezar y caer en la cuneta. Desde el puesto de arbitrios hasta mi casa hay cerca de un kilómetro, tal vez un poco más, o sea veinte minutos de marcha lenta. Sería la una o la una y media de la madrugada; se aclaró un poco el firmamento y surgió delante de mí la luna, en su triste cuarto menguante. La media luna del primer cuarto, es decir, la que aparece a las cuatro o cinco de la tarde, es brillante, alegre, plateada; pero la que se levanta después de la medianoche es rojiza, triste, inquietante; es la verdadera media luna del día de las brujas. Esta observación han debido hacerla todos los noctámbulos. La primera, aunque sea delgada como un hilo, despide un brillo alegre que regocija el corazón y traza en el suelo sombras bien dibujadas; la segunda apenas derrama una luz mortecina, tan apagada que casi no llega a formar sombras.

Distinguí a lo lejos la masa oscura de mi jardín y, sin que yo supiese de dónde me venía, se apoderó de mí un malestar al pensar que tenía que entrar en él. Acorté el paso. La temperatura era muy suave. Aquella gruesa mancha del arbolado parecía una tumba dentro de la cual estaba sepultada mi casa.

Abrí la puerta y penetré en la larga avenida de sicomoros que conduce hasta el edificio y que forma una bóveda arqueada como un túnel muy alto, a través de bosquecillos opacos unas veces y bordeando otras los céspedes en que los encañados de flores estampaban manchones ovalados de tonalidades confusas en medio de las pálidas tinieblas.

Una turbación singular se apoderó de mí al encontrarme ya cerca de la casa. Me detuve. No se oía nada. Ni el más leve soplo de aire circulaba entre las hojas. «¿Qué es lo que me pasa?», pensé. Muchas veces había entrado de aquella manera desde hacía diez años, y jamás sentí el más leve desasosiego. No era que tuviese miedo. Jamás lo tengo

durante la noche. Si me hubiese encontrado con un hombre, con un merodeador, con un ladrón, todo mi ser físico habría experimentado una sacudida de furor y habría saltado encima de él sin la menor vacilación. Iba, además, armado. Llevaba mi revólver, porque quería resistir a aquella influencia recelosa que germinaba en mí.

¿Qué era aquello? ¿Un presentimiento? ¿El presentimiento misterioso que se apodera de los sentidos del hombre cuando va a encontrarse frente a lo inexplicable? ¡Quién sabe!

A medida que avanzaba, me corrían escalofríos por la piel; cuando me hallé frente al muro de mi gran palacio, que tenía las contraventanas echadas, tuve la sensación de que tendría que dejar pasar algunos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Me senté en un banco que había debajo de las ventanas del salón. Y allí me quedé, un poco trémulo, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos abiertos y clavados en la sombra del arbolado. Nada de extraordinario advertí a mi alrededor en aquellos primeros instantes. Me zumbaban algo los oídos, pero esta es una cosa que me ocurre con frecuencia. A veces creo oír trenes que pasan o campanas que tocan o el pataleo de muchedumbres en marcha.

Pero aquellos ruidos interiores se hicieron más netos, más precisos, más identificables. Me había engañado. No era el bordoneo habitual de mis arterias el que me llenaba los oídos con aquellos rumores; era un ruido muy característico y, sin embargo, muy confuso, que procedía, sin duda alguna, del interior de la casa.

Distinguía aquel ruido continuo a través del muro, tenía casi más de movimiento que de ruido, un confuso ajetreo de una multitud de objetos, como si moviesen, cambiasen de sitio y arrastrasen con mucho tiento todos mis muebles.

Estuve largo rato sin dar crédito a mis oídos; pero aplicando la oreja a una de las contraventanas para distinguir mejor aquel extraño ajetreo que parecía tener lugar dentro de mi casa, quedé plenamente convencido, segurísimo, de que algo anormal e incomprensible ocurría. No sentía miedo, pero estaba…, ¿cómo lo diré?, asustado de asombro. No amartillé mi revólver, porque tuve la intuición segura de que no me haría falta. Esperé.

Esperé largo rato, sin decidirme a actuar, con la inteligencia lúcida, pero dominado por loca inquietud. Esperé de pie y seguí escuchando el ruido, cada vez mayor, que adquiría por momentos una intensidad violenta, hasta parecer un refunfuño de impaciencia, de cólera, de motín misterioso.

Me entró de pronto vergüenza de mi cobardía, eché mano al manojo de llaves, elegí la que me hacía falta, la metí en la cerradura, di dos vueltas y empujé con todas mis fuerzas, enviando la hoja de la puerta a chocar con el tabique.

Aquel golpe resonó como el estampido de un fusil, pero le respondió, de arriba abajo de mi casa, un tumulto formidable. Fue una cosa tan imprevista, tan terrible, tan ensordecedora, que retrocedí unos pasos y, aunque tan convencido como antes de su inutilidad, saqué el revólver de la funda.

Esperé todavía, aunque muy poco tiempo. Lo que ahora oía era un pataleo muy raro en los peldaños de la escalera, en el entarimado, en las alfombras, pero no era un pataleo de calzado, de zapatos de hombre, sino de patas de madera y de patas de hierro que vibraban como címbalos. Y, de pronto, veo en el umbral de la puerta un sillón, mi cómodo sillón de lectura, que se marchaba de casa, contoneándose. Y se fue por el jardín hacia adelante. Y detrás de él, otros, los sillones de mi salón, y a continuación los canapés bajos, arrastrándose como cocodrilos sobre sus patitas cortas, y en

seguida todas las sillas, dando saltitos de cabra, y los pequeños taburetes que trotaban como conejos.

¡Era una cosa emocionante! Me escondí en un bosquecillo, y allí permanecí agazapado, contemplando aquel desfile de mis muebles, porque se marchaban todos, uno detrás de otro, con paso vivo o pausado, de acuerdo con su altura o su peso. Mi piano, mi magnifico piano de cola cruzó al galope, como caballo desbocado, con un murmullo musical en sus ijares; los objetos menudos iban y venían por la arena como hormigas, los cepillos, la cristalería, las copas en las que la luna ponía fosforescencias de luciérnagas. Las telas reptaban o se alargaban a manera de tentáculos, como pulpos de mar. Vi que salía mi escritorio —mi querido escritorio— una hermosa reliquia del siglo pasado, en el que estaban todas las cartas que yo recibí, la historia toda de mi corazón, una historia antigua que me ha hecho sufrir mucho. Dentro de él había también fotografías.

De improviso se me pasó el miedo, me abalancé sobre el escritorio, lo agarré como se agarra a un ladrón, como se agarra a una mujer que escapa; pero él llevaba una marcha incontenible y, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de mi cólera, no conseguí moderar su velocidad. Yo hacía esfuerzos desesperados para que no me arrastrase aquella fuerza espantosa y caí al suelo. Entonces me arrolló, me arrastró por la arena y los muebles que venían detrás empezaron a pisotearme, magullándome las piernas; lo solté por fin y entonces los demás pasaron por encima de mi cuerpo, lo mismo que pasa un cuerpo de caballería que carga por encima del soldado que ha sido derribado del caballo.

Loco de terror, conseguí al fin arrastrarme hasta fuera de la gran avenida y ocultarme de nuevo entre los árboles, a tiempo de ver cómo desaparecían los objetos más íntimos, los más pequeños, los más modestos, los que yo conocía menos entre todos los que habían sido de mi propiedad.

Así estaba, cuando oí a lo lejos, dentro de mi casa, que había adquirido sonoridad como todas las casas vacías, un ruido formidable de puertas que se volvían a cerrar. Empezaron los portazos en la parte más alta, y fueron bajando hasta que se cerró por último la puerta del vestíbulo que yo, insensato de mí, había abierto para facilitar aquella fuga.

También yo escapé, echando a correr hacia la ciudad, y no recobré mi serenidad hasta que me vi en sus calles y tropecé con algunas gentes trasnochadoras. Fui a llamar a la puerta de un hotel en el que era conocido. Me había sacudido las ropas con las manos para quitar el polvo; les expliqué que había perdido mi llavero, en el que tenía también la llave de la huerta en que estaba el pabellón aislado donde dormían mis criados, huerta rodeada de altas tapias que impedían a los merodeadores meter mano en las verduras y frutas.

Me tapé hasta los ojos en la cama que me dieron, pero no pude conciliar el sueño, y aguardé la llegada del día escuchando los golpes acelerados de mi corazón. Les había dicho que avisaran a mi servidumbre en cuanto amaneciese, y mi ayuda de cámara llamó a mi puerta a las siete de la mañana.

Parecía trastornado.

—Ha ocurrido esta noche una gran desgracia, señor, —me dijo.

—¿Qué sucedió?

—Han robado todo el mobiliario del señor; absolutamente todo, hasta los objetos más insignificantes.

Aquella noticia me alegró. ¿Por qué? ¡Vaya usted a saber! Yo me sentía muy dueño de mí, estaba seguro de poder disimular, de no decir a nadie una palabra de lo que había visto, de ocultar aquello, de enterrarlo en mi conciencia como un espantoso secreto. Le contesté:

—Entonces se trata de los mismos individuos que anoche me robaron a mí las llaves. Es preciso dar parte a la policía inmediatamente. Voy a levantarme y me reuniré en seguida con usted.

Cinco meses duró la investigación. No se llegó a descubrir el paradero de nada, no se encontró la más insignificante de mis chucherías, ni se llegó a dar con el más ligero rastro de los ladrones. ¡Claro está que si yo hubiese dicho lo que sabía!… Si hubiese hablado…, me habrían encerrado a mí; no a los ladrones, sino al hombre que aseguraba haber visto semejante cosa.

Supe cerrar la boca. Pero no volví a amueblar mi casa. ¿Para qué? Se hubiera repetido siempre el mismo caso. No quería entrar de nuevo en ella. No entré. No volví a verla.

Regresé a Paris, me instalé en un hotel y consulté a los médicos acerca de mi estado nervioso, que me preocupaba mucho desde los acontecimientos de aquella noche lamentable.

Me animaron a que viajase. Seguí su consejo.

II

Empecé por hacer una excursión a Italia. El sol me sentó bien. Vagabundeé por espacio de seis meses de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Recorrí después toda Sicilia, país admirable por sus paisajes y sus monumentos, reliquias dejadas por los griegos y por los normandos. Me trasladé al África y crucé pacíficamente el gran desierto amarillo y tranquilo, en el que van de aquí para allá los camellos, las gacelas y los vagabundos árabes, cuya atmósfera ligera y transparente está libre de espectros, lo mismo de día que de noche.

Regresé a Francia por Marsella; a pesar de la alegría provenzal, sentí tristeza, porque el cielo tenía menos luz. Al poner otra vez el pie en el continente, experimenté esa especial sensación de un enfermo que se cree curado ya de su enfermedad, pero al que un dolor sordo le advierte que no está apagado aún el foco del mal.

Volví a París. Al mes, ya sentía aburrimiento. Era en otoño, y antes que se echase encima el invierno, quise hacer una excursión por Normandía, desconocida para mí.

Empecé por Ruán, como es natural, y vagabundeé durante ocho días, distraído, encantado, entusiasmado en aquella ciudad de la Edad Media, en aquel maravilloso museo de monumentos góticos extraordinarios.

Una tarde, a eso de las cuatro, al meterme por una calle inverosímil, por la que corre un río negro como esa tinta que llaman «agua de Robec», y mientras iba fijándome en el aspecto curioso y antiguo de las casas, mi atención se desvió de improviso hacia una serie de comercios de chamarileros, que se sucedían una puerta sí y otra también.

¡Bien habían sabido elegir el sitio para sus negocios aquellos sórdidos traficantes de cosas viejas, en una callejuela quimérica, encima de la siniestra corriente de agua, al abrigo de aquellos techos puntiagudos de tejas y pizarras en los que se oía rechinar aún las giraldillas del pasado!

Al fondo de aquellos lóbregos comercios se amontonaban las arcas talladas, las porcelanas de Ruán, de Nevers, de Moustiers, las estatuas pintadas, las de madera de roble, los cristos, las vírgenes, los santos, los ornamentos de iglesia, casullas, capas pluviales, hasta algunos vasos sagrados y un antiguo tabernáculo de madera dorada, del que Dios se había mudado. ¡Qué extrañas cavernas las que había en aquellas altas casas, en aquellos caserones, atiborrados desde las bodegas hasta los graneros de objetos de toda clase cuya existencia parecía acabada, que habían sobrevivido a sus poseedores naturales, a su siglo, a su tiempo, a sus modas, para ser comprados como curiosidades por las nuevas generaciones!

Mi ternura por las chucherías volvió a despertarse en aquella ciudad de anticuarios. Pasaba de un comercio a otro, atravesando en dos zancadas los puentes de cuatro tablas podridas tendidos sobre la nauseabunda corriente del «agua de Robec».

¡Misericordia! ¡Qué sacudida! En el extremo exterior de una bóveda atiborrada de objetos, que parecía la entrada de las catacumbas de un cementerio de muebles antiguos, vi de pronto uno de mis más hermosos armarios. Me acerqué todo tembloroso, tan tembloroso que no me atreví a tocarlo. Adelanté la mano, y me quedé vacilando. Sin embargo, era el mismo: un armario Luis XIII, único, que cualquiera que lo hubiese visto una vez lo identificaría. Dirigí de pronto los ojos más hacia el interior, hacia las más lóbregas profundidades de aquella galería, y distinguí tres de mis

sillones tapizados, y más adentro aún, mis dos cuadros Enrique II, tan raros que hasta de París venían a verlos.

¡Figúrense! ¡Figúrense cuál sería el estado de mi alma!

Me adelanté, atónito, agonizante de emoción, pero me adelanté, porque soy valiente; me adelanté como pudiera penetrar un caballero de las épocas tenebrosas en una mansión de sortilegios. Paso a paso fui encontrando todo lo que me había pertenecido: mis candelabros, mis libros, mis cuadros, mis tapicerías, mis armas, todo, menos el escritorio que llevaba mis cartas, al que no vi por parte alguna.

Anduve de un lado para otro, bajando a galerías oscuras para en seguida subir a los pisos superiores. Estaba solo. Llamaba, pero nadie contestó. Estaba solo; no había nadie en aquella casa inmensa y tortuosa como un laberinto.

Se echó encima la noche, y tuve que sentarme, en medio de aquellas tinieblas, en una de mis sillas, porque no quería marcharme de allí. De cuando en cuando gritaba:

—¿Hay alguien en casa? ¿Hay alguien en casa? ¿No hay nadie?

Llevaría más de una hora cuando oí pasos, unos pasos callados, lentos, que no podía precisar en dónde sonaban. Estuve a punto de echar a correr, pero poniéndome rígido volví a llamar otra vez y distinguí una luz en la habitación de al lado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

Yo contesté:

—Un comprador.

Me replicaron.

—Es muy tarde para entrar de ese modo en un comercio.

Volví a decir:

—Estoy esperándolo desde hace más de una hora.

—Podía usted volver mañana.

—Mañana me habré marchado ya de Ruán.

Yo no me atrevía a avanzar y él no venía hacia mí. Seguía viendo el resplandor de su luz, que se proyectaba sobre un tapiz en el que dos ángeles volaban por encima de los cadáveres de un campo de batalla. También era de mi propiedad. Le dije:

—¿Viene usted o no?

Él me contestó:

—Lo estoy esperando.

Me levanté y fui hacia donde él estaba.

En el centro de una habitación muy espaciosa había un hombrecito muy pequeño y muy grueso, grueso como un fenómeno, como un repugnante fenómeno.

Tenía una barba extravagante, de pelos desiguales, ralos y amarillentos, pero no tenía ni un solo pelo en la cabeza. ¡Ni un solo pelo! Como sostenía la vela encendida a todo lo que daba su brazo para verme a mí, su cráneo me hizo el efecto de una luna pequeña en aquella inmensa habitación atiborrada de muebles viejos. Tenía la cara arrugada y como entumecida, y no se le distinguían los ojos. Regateé el precio de tres sillas, que eran de mi propiedad, y le pagué por ellas en el acto una fuerte cantidad, sin dar más que el número de mi habitación en el hotel. Deberían entregármelas al día siguiente antes de las nueve de la mañana.

Salí y él me acompañó a la calle con mucha cortesía. Acto seguido, me dirigí a la Comisaría Central de Policía y relaté al comisario el robo de mis muebles y el descubrimiento que acababa de hacer.

En el acto solicitó informes por telégrafo al juzgado que había instruido las diligencias en aquel robo, rogándome que tuviese a bien esperar la contestación. Le llegó al cabo de una hora, y fue completamente satisfactoria para mí. Entonces me dijo:

—Voy a mandar a que detengan a ese hombre para proceder en seguida a interrogarlo, porque pudiera ser que

hubiese concebido alguna sospecha, haciendo desaparecer lo que es propiedad de usted. Vaya a cenar y vuelva dentro de un par de horas; lo retendré aquí para someterlo a un nuevo interrogatorio en presencia de usted.

—Encantado, señor; se lo agradezco de todo corazón.

Cené en mi hotel, con mejor apetito del que me había imaginado. Estaba de bastante buen humor. Le habíamos echado el guante.

Al cabo de dos horas me presenté de nuevo ante el funcionario de policía, que me estaba esperando.

—Verá usted, caballero —me dijo en cuanto me vio—. No hemos dado con nuestro hombre. Mis agentes no han podido echarle el guante.

—¿Cómo ha sido eso?

Me sentí desfallecer.

—¿Pero han encontrado la casa, verdad? —seguí preguntando.

—Desde luego. Será vigilada hasta que él regrese. Porque ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido?

—Desaparecido. Acostumbra pasar las noches en casa de una vecina, chamarilera también, una especie de bruja, la viuda de Bidoin. Dice que no lo ha visto esta noche y que no puede dar dato alguno sobre su paradero. Habrá que esperar hasta mañana.

Me marché. ¡Qué siniestras, inquietantes y espectrales me parecieron las calles de Ruán!

Dormí muy mal, con un sueño interrumpido por pesadillas.

Al día siguiente, para que no me creyesen demasiado intranquilo ni precipitado, esperé hasta las diez antes de presentarme en la comisaría.

El chamarilero no había sido visto y su almacén seguía cerrado aún.

El comisario me dijo:

—He dado todos los pasos necesarios. El juzgado está al corriente del asunto; vamos a ir juntos a ese comercio, lo haré abrir y usted me indicará todo lo que es suyo.

Un cupé nos llevó hasta la casa. Delante del comercio había algunos guardias con un cerrajero. Se abrió la puerta.

Pero, una vez dentro, no vi ni mi armario ni mis sillones ni mis mesas ni nada, absolutamente nada del mobiliario de mi casa, siendo que la noche anterior no podía dar un paso sin tropezar con alguno de los objetos de mi pertenencia.

El comisario central, sorprendido, me miró al principio con desconfianza.

—Pues, señor —le dije—, la desaparición de estos muebles coincide de un modo extraño con la del comerciante.

Se sonrió:

—Es cierto. Hizo usted mal en comprar y pagar ayer noche aquellas sillas, porque con eso le dio usted la alerta.

Yo agregué:

—Lo que me parece incomprensible es que todos los espacios que anoche ocupaban mis muebles están ahora ocupados por otros.

—Eso no es extraño —contestó el comisario—, porque ha dispuesto de toda la noche y seguramente de cómplices. Esta casa debe tener comunicación con las de al lado. Descuide usted, señor; me voy a ocupar con gran interés de este asunto. No andará suelto mucho tiempo el ladrón, porque vigilamos su guarida.

¡Ah, mi corazón, mi pobre corazón, cómo palpitaba!

Permanecí quince días en Ruán, pero nuestro hombre no volvió. ¿Por qué? ¿Quién podía ponerle obstáculos o sorprenderlo?

El decimosexto día recibí de mi jardinero, que había quedado para guardar la casa saqueada, esta carta tan

extraña:

«Señor:

»Tengo el honor de informarle que ha ocurrido, durante la noche pasada, algo que no entiende nadie, y mucho menos la policía. Han vuelto todos los muebles, todos sin excepción; hasta los objetos más pequeños. La casa se encuentra hoy dispuesta exactamente como lo estaba la víspera del robo. Es para volverse loco. Esto ha ocurrido la noche del viernes al sábado. Igual que el día de su desaparición, los caminos están llenos de huellas, como si hubiesen arrastrado todas las cosas, desde la entrada del jardín hasta la puerta de la casa.

»Quedamos esperando al señor, de quien soy humilde servidor.

Felipe Raudin»

¿Volver yo? ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! ¡Eso sí que no! Llevé la carta al comisario de Ruán, quien me dijo:

—Es una devolución muy hábil. Nos haremos el muerto y le pondremos la mano encima a nuestro hombre cualquier día de estos.

Pero no le echaron el guante. No, señor. No le echaron el guante, y le tengo miedo, igual que si fuese una fiera que han soltado para que me persiga.

Nadie lo encuentra, nadie puede encontrar a aquel monstruo con el cráneo de luna. Nadie le echará el guante jamás. No volverá a su casa. ¡Bastante le importa a él su casa! Yo soy el único que podría dar con él, pero no quiero.

¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!

Y aun en el supuesto de que volviese y entrase en su comercio, ¿quién va a probarle que mis muebles estaban

allí? No hay en contra suya más que mi testimonio, y me doy perfecta cuenta de que empieza a ser sospechoso.

¡Cómo iba yo a poder vivir así! Tampoco podía guardar el secreto de lo que han visto mis ojos. No me era posible seguir viviendo como una persona cualquiera, con el temor de que esos hechos se repitiesen cualquier día.

Vine a ver al médico que dirige esta casa de salud y se lo he referido todo.

Al cabo de un largo interrogatorio, me dijo:

—¿Tendría usted inconveniente, caballero, en permanecer aquí algún tiempo?

—Me quedaré gustosísimo.

—¿Quiere usted un pabellón independiente?

—Sí, señor.

—¿Desea recibir a algunos amigos?

—No, señor; a nadie. El hombre de Ruán podría tratar de llegar hasta aquí mismo con idea de vengarse…

Y desde hace tres meses vivo solo, solo, absolutamente solo. Estoy casi tranquilo. Un miedo tengo, sin embargo: que el anticuario se vuelva loco…, y que lo traigan a este asilo… Ni las cárceles son seguras.

La marca de la bestia

Rudyard Kipling

(1890)

Vuestros dioses y mis dioses… ¿acaso sabemos, vosotros o yo, quiénes son más poderosos?
(Proverbio indígena)

Al Este de Suez —dicen algunos— el control de la Providencia termina; el Hombre queda entregado al poder de los Dioses y Demonios de Asia, y la Iglesia de Inglaterra sólo ejerce una supervisión ocasional y moderada en el caso de un súbdito británico. Esta teoría justifica algunos de los *horrores* más innecesarios de la vida en la India; puede hacerse extensible a mi *relato*.

Mi amigo Strickland, de la Policía, que sabe más sobre los indígenas de la India de lo que es prudente, puede dar testimonio de la veracidad de los hechos. Dumoise, nuestro doctor, también vio lo que Strickland y yo vimos. Sin embargo, la conclusión que extrae es incorrecta. Él está muerto ahora; murió en circunstancias harto singulares, que han sido descritas en otra parte.

Cuando Fleete llegó a la India poseía un algo de dinero y algunas tierras en el Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharmsala. Ambas propiedades le fueron legadas por un tío, y, de hecho, vino aquí para explotarlas. Era un hombre alto, pesado, afable e inofensivo. Su conocimiento de los indígenas era, naturalmente, limitado, y se quejaba de las dificultades del lenguaje. Bajó a caballo desde sus posesiones en las montañas para pasar el Año Nuevo en la estación y se alojó con Strickland. En Nochevieja se celebró

una gran cena en el club, y la velada —como es natural— transcurrió convenientemente regada con alcohol. Cuando se reúnen hombres procedentes de los rincones más apartados del Imperio, existen razones para que se comporten de una forma un tanto bulliciosa. Había bajado de la Frontera un contingente de Catch-em-alive O’s, hombres que no habían visto veinte rostros blancos durante un año y que estaban acostumbrados a cabalgar veinte millas hasta el Fuerte más cercano, a riesgo de regalar el estómago con una bala Khyberee en lugar de sus bebidas habituales.

Desde luego, se aprovecharon bien de esta nueva situación de seguridad, porque trataron de jugar al billar con un erizo enrollado que encontraron en el jardín, y uno de ellos recorrió la habitación con el marcador entre los dientes. Media docena de plantadores habían llegado del Sur y se dedicaban a engatusar al Mayor Mentiroso de Asia, que intentaba superar todos sus embustes al mismo tiempo. Todo el mundo estaba allí, y allí se dio un estrechamiento de filas general y se hizo recuento de nuestras bajas, en muertos o mutilados, que se habían producido durante el año. Fue una noche muy mojada, y recuerdo que cantamos *Auld Lang Syne* con los pies en la Copa del Campeonato de Polo, las cabezas entre las estrellas, y que juramos que todos seríamos buenos amigos. Después, algunos partieron y anexionaron Birmania, otros trataron de abrir brecha en el Sudán y sufrieron un descalabro frente a los Fuzzies en aquella cruel refriega de los alrededores de Suakim; algunos obtuvieron medallas y estrellas, otros se casaron, lo que no deja de ser una tontería, y otros hicieron cosas peores, mientras el resto de nosotros permanecimos atados a nuestras cadenas y luchamos por conseguir riquezas a fuerza de experiencias insatisfactorias.

Fleete comenzó la velada con jerez y bitters, bebió champagne a buen ritmo hasta los postres, que fueron acompañados de un capri seco, sin mezclar, tan fuerte y áspero como el whisky; tomó Benedictine con el café, cuatro o cinco whiskys con soda para aumentar su tanteo en el billar, cervezas y dados hasta las dos y media, y acabó con brandy añejo. En consecuencia, cuando salió del club, a las tres y media de la madrugada, bajo una helada, se enfureció con su caballo porque sufría ataques de tos, e intentó subirse a la montura de un salto. El caballo se escapó y se dirigió a los establos, de modo que Strickland y yo formamos una guardia de deshonor para conducirle a casa. El camino atravesaba el bazar, cerca de un pequeño templo consagrado a Hanuman, el Dios-Mono, que es una divinidad principal, digna de respeto. Todos los dioses tienen buenas cualidades, del mismo modo que las tienen todos los sacerdotes. Personalmente le concedo bastante importancia a Hanuman y soy amable con sus adeptos… los grandes monos grises de las montañas. Uno nunca sabe cuando puede necesitar a un amigo. Había luz en el templo, y al pasar junto a él, escuchamos las voces de unos hombres que entonaban himnos. En un templo indígena los sacerdotes se levantan a cualquier hora de la noche para honrar a su dios. Antes de que pudiéramos detenerlo, Fleete subió corriendo las escaleras, propinó unas patadas en el trasero a dos sacerdotes y apagó solemnemente la brasa de su cigarro en la frente de la imagen de piedra roja de Hanuman. Strickland intentó sacarlo a rastras, pero Fleete se sentó y dijo solemnemente:

—¿Veis eso? La marca de la B… bessstia. Yo la he hecho. ¿No es hermosa?

En menos de un minuto el templo se llenó de vida, y Strickland, que sabía lo que sucede cuando se profana a los dioses, declaró que podría ocurrir cualquier desgracia. En

virtud de su situación oficial, de su prolongada residencia en el país y de su debilidad por mezclarse con los indígenas, era muy conocido por los sacerdotes y no se sentía feliz. Fleete se había sentado en el suelo y se negaba a moverse. Dijo que el «viejo Hanuman» sería una almohada confortable.

En ese instante, sin previo aviso, un Hombre de Plata salió de un nicho situado detrás de la imagen del dios. Estaba totalmente desnudo, a pesar del frío cortante, y su cuerpo brillaba como plata escarchada, pues era lo que la Biblia llama: un leproso tan blanco como la nieve. Además, no tenía rostro, pues se trataba de un leproso con muchos años de enfermedad y el mal había corrompido su cuerpo. Strickland y yo nos detuvimos para levantar a Fleete, mientras el templo se llenaba a cada instante con una muchedumbre que parecía surgir de las entrañas de la tierra; entonces, el Hombre de Plata se deslizó por debajo de nuestros brazos, produciendo un sonido exactamente igual al maullido de una nutria, se abrazó al cuerpo de Fleete y le golpeó el pecho con la cabeza sin que nos diera tiempo a arrancarle de sus brazos. Después se retiró a un rincón y se sentó, maullando, mientras la multitud bloqueaba las puertas. Los sacerdotes se habían mostrado verdaderamente encolerizados hasta el momento en que el Hombre de Plata tocó a Fleete. Esta extraña caricia pareció tranquilizarlos.

Al cabo de unos minutos, uno de los sacerdotes se acercó a Strickland y le dijo en perfecto inglés:

—Llévate a tu amigo. Él ha terminado con Hanuman, pero Hanuman no ha terminado con él.

La muchedumbre nos abrió paso y sacamos a Fleete al exterior. Strickland estaba muy enfadado. Decía que podían habernos acuchillado a los tres, y que Fleete debía dar gracias a su buena estrella por haber escapado sano y salvo.

Fleete no dio las gracias a nadie. Dijo que quería irse a la cama. Estaba magníficamente borracho. Continuamos nuestro camino; Strickland caminaba silencioso y airado, hasta que Fleete cayó presa de un acceso de estremecimientos y sudores. Dijo que los olores del bazar eran insoportables, y se preguntó por qué demonios autorizaban el establecimiento de esos mataderos tan cerca de las residencias de los ingleses.

—¿Es que no sentís el olor de la sangre? —dijo.

Por fin conseguimos meterle en la cama, justo en el momento en que despuntaba la aurora, y Strickland me invitó a tomar otro whisky con soda. Mientras bebíamos, me habló de lo sucedido en el templo y admitió que le había dejado completamente desconcertado. Strickland detestaba que le engañaran los indígenas, porque su ocupación en la vida consistía en dominarlos con sus propias armas. No había logrado todavía tal cosa, pero es posible que en quince o veinte años obtenga algunos pequeños progresos.

—Podrían habernos destrozado —dijo—, en lugar de ponerse a maullar. Me pregunto qué es lo que pretendían. No me gusta nada este asunto. Yo dije que el Consejo Director del Templo entablaría una demanda criminal contra nosotros por insultos a su religión. En el Código Penal indio existe un artículo que contempla precisamente la ofensa cometida por Fleete. Strickland dijo que esperaba y rogaba que lo hicieran así. Antes de salir eché un vistazo al cuarto de Fleete y le vi tumbado sobre el costado derecho, rascándose el pecho izquierdo. Por fin, a las siete en punto de la mañana, me fui a la cama, frío, deprimido y de mal humor.

A la una bajé a casa de Strickland para interesarme por el estado de la cabeza de Fleete. Me imaginaba que tendría una resaca espantosa. Su buen humor le había abandonado, pues estaba insultando al cocinero porque no le había

servido la chuleta poco hecha. Un hombre capaz de comer carne cruda después de una noche de borrachera es una curiosidad de la naturaleza. Se lo dije a Fleete y él se echó a reír:

—Criais extraños mosquitos en estos parajes —dijo—. Me han devorado vivo, pero sólo en una parte.

—Déjame echar un vistazo a la picadura —dijo Strickland —. Es posible que haya bajado desde esta mañana.

Mientras se preparaban las chuletas, Fleete abrió su camisa y nos enseñó, justamente bajo el pecho izquierdo, una marca, una reproducción perfecta de los rosetones negros (las cinco o seis manchas irregulares ordenadas en círculo) que se ven en la piel de un leopardo. Strickland la examinó y dijo:

—Esta mañana era de color rosa. Ahora se ha vuelto negra.

Fleete corrió hacia un espejo.

—¡ Por Júpiter! —dijo—. Esto es horrible. ¿Qué es?

No pudimos contestarle. En ese momento llegaron las chuletas, sangrientas y jugosas, y Fleete devoró tres de la manera más repugnante. Masticaba sólo con las muelas de la derecha y ladeaba la cabeza sobre el hombro derecho al tiempo que desgarraba la carne. Cuando terminó, se dio cuenta de lo extraño de su conducta, pues dijo a manera de excusa:

—Creo que no he sentido tanta hambre en mi vida.

Después del desayuno, Strickland me dijo:

—No te vayas. Quédate aquí; quédate esta noche.

Como mi casa se encontraba a menos de tres millas de la de Strickland, esta petición me parecía absurda. Pero Strickland insistió, y se disponía a decirme algo, cuando Fleete nos interrumpió declarando con aire avergonzado que se sentía hambriento otra vez. Strickland envió un hombre a mi casa para que me trajeran la ropa de cama y un caballo, y

bajamos los tres a los establos para matar el tiempo. El hombre que siente debilidad por los caballos jamás se cansa de contemplarlos; y cuando dos hombres que comparten esta debilidad están dispuestos a matar el tiempo de esta manera, intercambiarán a buen seguro una importante cantidad de conocimientos y mentiras.

Había cinco caballos en los establos, y jamás olvidaré la escena que se produjo cuando los examinarlos. Se habían vuelto locos. Se encabritaron y relincharon, y estuvieron a punto de romper las cercas; sudaban, temblaban, echaban espumarajos por la boca y parecían enloquecidos de *terror*. Los caballos de Strickland le conocían tan bien como sus perros, lo que hacía el suceso aún más extraño. Salimos del establo por miedo de que los animales se precipitaran sobre nosotros en su pánico. Entonces Strickland volvió sobre sus pasos y me llamó. Los caballos estaban asustados todavía, pero nos dieron muestras de cariño y nos permitieron acariciarles, e incluso apoyaron sus cabezas sobre nuestros pechos.

—No tienen miedo de nosotros —dijo Strickland—. ¿Sabes? Daría la paga de tres meses por que Outrage pudiera hablar en este momento.

Pero Outrage permanecía mudo, y se contentaba con arrimarse amorosamente a su amo y resoplar por el hocico, como suelen hacer los caballos cuando quieren decir algo. Fleete vino hacia nosotros mientras estábamos en las caballerizas, y en cuanto le vieron los caballos, el estallido de *terror* se repitió con renovadas fuerzas. Todo lo que pudimos hacer fue escapar de allí sin recibir ninguna coz. Strickland dijo:

—No parece que te aprecien demasiado, Fleete.

—Tonterías —dijo Fleete—. Mi yegua me seguirá como un perro.

Se dirigió hacia ella, que ocupaba una cuadra separada; pero en el momento en que descorrió la tranca de la cerca, la yegua saltó sobre él, le derribó y salió al galope por el jardín. Yo me eché a reír, pero Strickland no lo encontraba nada divertido. Se llevó los dedos al bigote y tiró de él con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancárselo. Fleete, en lugar de salir corriendo detrás de su propiedad, bostezó y dijo que tenía sueño. Después fue a la casa para acostarse, una estúpida manera de pasar el día de Año Nuevo. Strickland se sentó a mi lado en los establos y me preguntó si había advertido algo extraño en los modales de Fleete. Le contesté que comía como una bestia, pero que este hecho podía ser una consecuencia de su vida solitaria en las montañas, apartado de una sociedad tan refinada y superior como la nuestra, por poner un ejemplo. Strickland seguía sin encontrarlo divertido. No creo que me escuchara siquiera, porque su siguiente frase aludía a la marca sobre el pecho de Fleete, y afirmó que podía haber sido causada por moscas vesicantes, a menos que fuera una marca de nacimiento que se hiciera visible ahora por primera vez. Estuvimos de acuerdo en que no era agradable a la vista, y Strickland aprovechó la ocasión para decirme que yo era un ingenuo.

—No puedo explicarte lo que pienso en este momento, —dijo— porque me tomarías por loco; pero es necesario que te quedes conmigo unos días, si es posible. Necesito tu ayuda para vigilar a Fleete, pero no me digas lo que piensas hasta que haya llegado a una conclusión.

—Pero tengo que cenar fuera esta noche —dije.

—Yo también, —dijo Strickland— y Fleete. A menos que haya cambiado de opinión.

Salimos a dar un paseo por el jardín, fumando, pero sin decir nada hasta que terminamos nuestras pipas. Después

fuimos a despertar a Fleete. Estaba ya levantado y se paseaba nervioso por la habitación.

—Quiero más chuletas —dijo—. ¿Puedo conseguirlas?

Nos reímos y dijimos:

—Ve a cambiarte. Los caballos estarán preparados en un minuto.

—Muy bien —dijo Fleete—. Iré cuando me hayan servido las chuletas… poco hechas, si es posible.

Parecía decirlo serio. Eran las cuatro en punto y habíamos desayunado a la una; durante un buen rato reclamó aquellas chuletas poco hechas. Después se puso las ropas de montar a caballo y salió a la terraza. Su yegua no le dejó acercarse. Los tres animales se mostraban intratables y finalmente Fleete dijo que se quedaría en casa y que pediría algo de comer. Strickland y yo salimos a montar a caballo, confusos. Al pasar por el templo de Hanuman, el Hombre de Plata salió y maulló a nuestras espaldas.

—No es uno de los sacerdotes regulares del templo —dijo Strickland—. Creo que me gustaría ponerle las manos encima.

No hubo saltos en nuestra galopada por el hipódromo aquella tarde. Los caballos estaban cansados y se movían como si hubieran participado en una carrera.

—El miedo que han pasado después del desayuno no les ha sentado nada bien —dijo Strickland.

Ese fue el único comentario que hizo durante el resto del paseo. Una o dos veces, creo, juró para sus adentros; pero eso no cuenta. Regresamos a las siete. Había anochecido ya y no se veía ninguna luz en el bungalow.

—¡Qué descuidados son los bribones de mis sirvientes! —dijo Strickland.

Mi caballo se espantó con algo que había en el paseo de coches, y, de pronto, Fleete apareció bajo su hocico.

—¿Qué estás haciendo, arrastrándote por el jardín? —dijo Strickland.

Pero los dos caballos se encabritaron y casi nos tiraron al suelo. Desmontamos en los establos y regresamos con Fleete, que se encontraba a cuatro patas bajo los arbustos.

—¿Qué demonios te pasa? —dijo Strickland.

—Nada, nada en absoluto —dijo Fleete, muy deprisa y con voz apagada—. He estado practicando jardinería, estudiando botánica, ¿sabéis? El olor de la tierra es delicioso. Creo que voy a dar un paseo, un largo paseo… toda la noche.

Me di cuenta entonces de que había algo demasiado extraño en todo esto y le dije a Strickland:

—No cenaré fuera esta noche.

—¡Dios te bendiga! —dijo Strickland— Vamos, Fleete, levántate. Cogerás fiebre aquí fuera. Ven a cenar, y encendamos las luces. Cenaremos todos en casa.

Fleete se levantó de mala gana y dijo:

—Nada de lámparas… nada de lámparas. Es mucho mejor aquí. Cenemos en el exterior, y pidamos algunas chuletas más… muchas chuletas, y poco hechas… sangrientas y con cartílago.

Una noche de diciembre en el norte de la India es implacablemente fría, y la proposición de Fleete era la de un demente.

—Vamos adentro —dijo Strickland con severidad—. Vamos adentro inmediatamente.

Fleete entró, y cuando las lámparas fueron encendidas, vimos que estaba literalmente cubierto de barro, de la cabeza a los pies. Debía de haber estado rodando por el jardín. Se asustó de la luz y se retiró a su habitación. Sus ojos eran horribles de contemplar. Había una luz verde detrás de ellos, no en ellos, si puedo expresarlo así, y el labio inferior le colgaba con flaccidez. Strickland dijo:

—Creo que vamos a tener problemas… grandes problemas… esta noche. No te cambies tus ropas de montar.

Esperamos y esperamos a que Fleete volviera a aparecer, y durante ese tiempo ordenamos que trajeran la cena. Pudimos oírle ir y venir por su habitación, pero no había encendida ninguna luz allí. De pronto, surgió de la habitación el prolongado aullido de un lobo. La gente escribe y habla a la ligera de sangre que se hiela y de cabellos erizados, y otras cosas del mismo tipo. Ambas sensaciones son demasiado horribles para tratarlas con frivolidad. Mi corazón dejó de latir, como si hubiera sido traspasado por un cuchillo, y Strickland se puso tan blanco como el mantel. El aullido se repitió y, a lo lejos, a través de los campos, otro aullido le respondió.

Esto alcanzó la cima del *horror*. Strickland se precipitó en el cuarto de Fleete. Yo le seguí; entonces vimos a Fleete a punto de saltar por la ventana. Producía sonidos bestiales desde el fondo de la garganta. Era incapaz de respondernos cuando le gritamos. Escupía.

Apenas recuerdo lo que sucedió a continuación, pero creo que Strickland debió de aturdirle con el sacabotas, de lo contrario, no habría sido capaz de sentarme sobre su pecho. Fleete no podía hablar, tan sólo gruñía, y sus gruñidos eran los de un lobo, no los de un hombre. Su espíritu humano debía de haber escapado durante el día y muerto a la caída de la noche. Estábamos tratando con una bestia, una bestia que alguna vez había sido Fleete. El suceso se situaba más allá de cualquier experiencia humana y racional. Intenté pronunciar la palabra Hidrofobia, pero la palabra se negaba a salir de mis labios, pues sabía que estaba engañándome. Amarramos a la bestia con las correas de cuero; atamos juntos los pulgares de las manos y los pies, y le amordazamos. Después lo transportamos al comedor y enviamos un hombre para que buscara a Dumoise, el doctor,

y le dijera que viniese inmediatamente. Una vez que hubimos despachado al mensajero y tomado aliento, Strickland dijo:

—No servirá de nada. Este no es un caso para un médico.

Yo sospechaba que estaba en lo cierto.

La cabeza de la bestia se encontraba libre y la agitaba de un lado a otro. Si una persona hubiera entrado a la habitación en ese momento, podría haber creído que estábamos curando una piel de lobo. Ese era el detalle más repugnante de todos.

Strickland se sentó con la barbilla apoyada en el puño, contemplando cómo se retorcía la bestia en el suelo, pero sin decir nada. La camisa había sido desgarrada en la refriega y ahora aparecía la marca negra en forma de roseta en el pecho izquierdo. Sobresalía como una ampolla. En el silencio de la espera escuchamos algo, en el exterior, que maullaba como una nutria hembra. Ambos nos incorporamos, y yo me sentí enfermo, real y físicamente enfermo. Nos convencimos el uno al otro de que se trataba del gato.

Llegó Dumoise, y nunca había visto a este hombre mostrar una sorpresa tan poco profesional. Dijo que era un caso angustioso de hidrofobia y que no había nada que hacer. Cualquier medida paliativa no conseguiría más que prolongar la agonía. La bestia echaba espumarajos por la boca. Fleete, como le dijimos a Dumoise, había sido mordido por perros una o dos veces. Cualquier hombre que posea media docena de terriers debe esperar un mordisco un día u otro. Dumoise no podía ofrecernos ninguna ayuda. Sólo podía certificar que Fleete estaba muriendo de hidrofobia.

La bestia aullaba en ese momento, pues se las había arreglado para escupir el calzador. Dumoise dijo que estaría preparado para certificar la causa de la muerte, y que el desenlace final estaba cercano. Era un buen hombre, y se ofreció para permanecer con nosotros; pero Strickland

rechazó este gesto de amabilidad. No quería envenenarle el día de Año Nuevo a Dumoise. Únicamente le pidió que no hiciera pública la causa real de la muerte de Fleete. Así pues, Dumoise se marchó profundamente alterado; y tan pronto como se apagó el ruido de las ruedas de su coche, Strickland me reveló, en un susurro, sus sospechas. Eran tan fantásticamente improbables que no se atrevía a formularlas en voz alta; y yo, que compartía las sospechas de Strickland, estaba tan avergonzado de haberlas concebido que pretendí mostrarme incrédulo.

—Incluso en el caso de que el Hombre de Plata hubiera hechizado a Fleete por mancillar la imagen de Hanuman, el castigo no habría surtido efecto de forma tan fulminante.

Según murmuraba estas palabras, el grito procedente del exterior de la casa se elevó de nuevo, y la bestia cayó otra vez presa de un paroxismo de estremecimientos, que nos hizo temer que las correas que le sujetaban no resistieran.

—¡Espera! —dijo Strickland— Si esto sucede seis veces, me tomaré la justicia por mi mano. Te ordeno que me ayudes.

Entró en su habitación y regresó en unos minutos con los cañones de una vieja escopeta, un trozo de sedal de pescar, una cuerda gruesa y el pesado armazón de su cama. Le informé de que las convulsiones habían seguido al grito en dos segundos en cada ocasión y que la bestia estaba cada vez más débil.

—¡Pero él no puede quitarle la vida! —murmuró Strickland—¡No puede quitarle la vida!

Yo dije, aunque sabía que estaba arguyendo contra mi mismo:

—Tal vez sea un gato. Si el Hombre de Plata es el responsable, ¿por qué no se atreve a venir aquí?

Strickland atizó los trozos de madera de la chimenea, colocó los cañones de la escopeta entre las brasas, extendió

el bramante sobre la mesa y rompió un bastón en dos. Había una yarda de hilo de pescar, ató los dos extremos en un lazo. Entonces dijo:

—¿Cómo podemos capturarlo? Debemos atraparlo vivo y sin dañarlo.

Yo respondí que debíamos confiar en la Providencia y avanzar sigilosamente entre los arbustos de la parte delantera de la casa. El hombre o animal que producía los gritos estaba, evidentemente, moviéndose alrededor de la casa con la regularidad de un vigilante nocturno. Podíamos esperar en los arbustos hasta que se aproximara y dejarlo sin sentido. Strickland aceptó esta sugerencia; nos deslizamos por una ventana del cuarto de baño a la terraza, cruzamos el camino de coches y nos internamos en la maleza.

A la luz de la luna pudimos ver al leproso, que daba la vuelta por la esquina de la casa. Estaba totalmente desnudo, y de vez en cuando maullaba y se paraba a bailar con su sombra. Realmente era una visión muy poco atractiva y, pensando en el pobre Fleete, reducido a tal degradación por un ser tan abyecto, abandoné todos mis escrúpulos y resolví ayudar a Strickland: desde los ardientes cañones de la escopeta hasta el lazo de bramante —desde los riñones hasta la cabeza y de la cabeza a los riñones—, con todas las torturas que fueran necesarias.

El leproso se paró un momento enfrente del porche y nos abalanzamos sobre él. Era sorprendentemente fuerte y temimos que pudiera escapar o que resultase fatalmente herido antes de capturarlo. Teníamos la idea de que los leprosos eran criaturas frágiles, pero quedó demostrado que tal idea era errónea. Strickland le golpeó en las piernas, haciéndole perder el equilibrio, y yo le puse el pie en el cuello. Maulló espantosamente, e incluso, a través de mis botas de montar, podía sentir que su carne no era la carne

de un hombre sano. El leproso intentaba golpearnos con los muñones de las manos y los pies. Pasamos el látigo de los perros alrededor de él, bajo las axilas, y le arrastramos hasta el recibidor y después hasta el comedor, donde yacía la bestia. Allí le atamos con correas de maleta. No hizo tentativas de escapar, pero maullaba. La escena que sucedió cuando le confrontamos con la bestia sobrepasa toda descripción. La bestia se retorció en un arco, como si hubiera sido envenenada con estricnina, y gimió de la forma más lastimosa. Sucedieron otras muchas cosas, pero no pueden ser relatadas aquí.

—Creo que tenía razón —dijo Strickland—. Ahora le pediremos que ponga fin a este asunto.

Pero el leproso solo maullaba. Strickland se enrolló una toalla en la mano y sacó los cañones de la escopeta de fuego. Yo hice pasar la mitad del bastón a través del nudo del hilo de pescar y amarré al leproso al armazón de la cama. Comprendí entonces cómo pueden soportar los hombres, las mujeres y los niños el espectáculo de ver arder a una bruja viva; porque la bestia gemía en el suelo, y aunque el Hombre de Plata no tenía rostro, se podían ver los horribles sentimientos que pasaban a través de la losa que tenía en lugar de cara, exactamente como las ondas de calor pasan a través del metal al rojo vivo… como los cañones de la escopeta, por ejemplo.

Strickland se tapó los ojos con las manos durante unos instantes y comenzamos a trabajar. Esta parte no debe ser impresa.

Comenzaba a romper la aurora cuando el leproso habló. Sus maullidos no nos habían satisfecho. La bestia se había debilitado y la casa estaba en completo silencio. Desatamos al leproso y le dijimos que expulsara al *espíritu* maléfico. Se arrastró al lado de la bestia y puso su mano sobre el pecho izquierdo. Eso fue todo. Después cayó de cara contra el

suelo y gimió, aspirando aire de forma convulsiva. Observamos la cara de la bestia y vimos que el alma de Fleete regresaba a sus ojos. Después, el sudor bañó su frente, y sus ojos se cerraron. Esperamos durante una hora, pero Fleete continuaba durmiendo. Le llevamos a su habitación y ordenamos al leproso que se fuera, dándole el armazón de la cama, la sábana para que cubriera su desnudez, los guantes y las toallas con las que le habíamos tocado, y el látigo que había rodeado su cuerpo. El leproso se envolvió con la sábana y salió a la temprana mañana sin hablar ni maullar. Strickland se enjugó la cara y se sentó. Un gong nocturno, a lo lejos, en la ciudad, marcó las siete.

—¡Veinticuatro horas exactamente! —dijo Strickland— Y yo he hecho suficientes méritos para asegurar mi destitución del servicio, sin contar mi internamiento a perpetuidad en un asilo para dementes. ¿Crees que estamos despiertos?

Los cañones al rojo vivo de la escopeta habían caído al suelo y estaban chamuscando la alfombra. El olor era completamente real. Aquella mañana, a las once, fuimos a despertar a Fleete. Lo examinamos y vimos que la roseta negra de leopardo había desaparecido de su pecho. Parecía soñoliento y cansado, pero tan pronto como nos vio dijo:

—¡Oh! ¡El diablo los lleve, amigos! Feliz Año Nuevo. No mezcléis jamás vuestras bebidas. Estoy medio muerto.

—Gracias por tus buenos deseos, pero vas un poco atrasado —dijo Strickland—. Estamos en la mañana del dos de enero. Has estado durmiendo mientras el reloj daba una vuelta completa.

La puerta se abrió, y el pequeño Dumoise asomó la cabeza. Había venido a pie, y se imaginaba que estábamos amortajando a Fleete.

—He traído una enfermera —dijo Dumoise—. Supongo que puede entrar para… para lo que sea necesario.

—¡Claro que sí! —dijo Fleete, con alegría— Tráenos a tus enfermeras.

Dumoise enmudeció. Strickland lo sacó fuera de la habitación y le explicó que debía de haber habido un error en el diagnóstico. Dumoise permaneció mudo y abandonó la casa precipitadamente. Consideraba que su reputación profesional había sido injuriada y se inclinaba a tomar la recuperación como una afrenta personal. Strickland salió también. Al regresar dijo que había sido convocado al Templo de Hanuman para ofrecer una reparación por la ofensa infligida al dios, y que le habían asegurado solemnemente que ningún hombre blanco había tocado jamás al ídolo, y que Fleete era una encarnación de todas las virtudes equivocadas.

—¿Qué piensas? —dijo Strickland.

Contesté:

—Hay más cosas…

Pero Strickland odiaba esta frase. Dijo que yo la había gastado de tanto usarla. Sucedió otra cosa bastante curiosa, que llegó a causarme tanto *miedo* como los peores momentos de aquella noche. Cuando Fleete terminó de vestirse, entró en el comedor y olfateó. Tenía una manera un tanto singular de mover la nariz cuando olfateaba.

—¡Qué horrible olor a perro hay aquí! —dijo— Realmente deberías tener esos terriers en mejor estado. Inténtalo con azufre, Strick.

Pero Strickland no respondió. Se agarró al respaldo de una silla y, sin previo aviso, cayó presa de un sorprendente ataque de histeria. En ese momento me vino a la cabeza la idea de que nosotros habíamos luchado por el alma de Fleete contra el Hombre de Plata en esa misma habitación, y que nos habíamos deshonrado para siempre como ingleses, y entonces me eché a reír, a jadear y gorgotear tan vergonzosamente como Strickland, mientras Fleete creía

que nos habíamos vuelto locos. Jamás le contamos lo que había sucedido. Algunos años después, cuando Strickland se había casado y era un miembro de la sociedad que asistía a los actos religiosos para complacer a su mujer, examinamos el incidente de nuevo, desapasionadamente, y Strickland me sugirió que podía hacerlo público. Por lo que a mí se refiere, no veo que este paso sea apropiado para resolver el misterio; porque, en primer lugar, nadie dará crédito a esta *historia* tan desagradable, y, en segundo lugar, todo hombre de bien sabe perfectamente que los dioses de los paganos son de piedra y bronce, y que cualquier intento de tratarlos de otra manera será justamente condenado.

El retorno de Imray (secuela de *La marca de la bestia*)

Rudyard Kipling

Imray consiguió lo imposible. Sin previo aviso, sin motivo concebible, en plena juventud, en el umbral de su carrera, se le antojó desaparecer del mundo, es decir, de la pequeña estación de la India donde vivía.

Un día como hoy, aparecía lleno de vida, sano, feliz, perfectamente visible entre las mesas de billar del Club. Cierta mañana, desapareció, y ninguna de las diversas búsquedas que se emprendieron arrojó resultados sobre su paradero. Había abandonado su lugar en el mundo. No había acudido a su despacho a la hora habitual y su dog-cart no aparecía en ninguna vía pública. Por este motivo y porque estaba obstaculizando en un grado microscópico el poderoso mecanismo de la administración del Imperio de la India, el Imperio se detuvo un instante microscópico para investigar el destino de Imray. Se dragaron los estanques y los pozos y se despacharon telegramas a lo largo de las líneas del ferrocarril, hasta el puerto de mar más próximo, a doscientas millas de distancia… Pero Imray no aparecía al extremo de los cables de las dragas, ni en los hilos de telégrafos. Se había ido, y la pequeña estación donde vivía no volvió a saber nada de él. Después, la poderosa maquinaria del gran Imperio de la India siguió su curso, pues no podía retrasar su marcha, e Imray dejó de ser un hombre para convertirse en un misterio, es decir, una de esas cosas que sirven para que los hombres hablen durante un mes alrededor de las mesas del Club, y que luego se olvidan por completo. Sus armas, sus caballos y sus coches se vendieron al mejor postor. Su superior escribió una carta absurda a la madre, en la que

declaraba que Imray había desaparecido de forma inexplicable y que su bungalow estaba vacío.

Al cabo de tres o cuatro meses de calor sofocante, mi amigo Strickland, de la policía, creyó conveniente alquilar el bungalow al propietario indígena. Esto sucedió antes de que estableciera relaciones formales con Miss Youghal —un suceso que ha sido descrito en otra parte—, en los tiempos en que sus investigaciones se centraban en la vida indígena. Su forma de vida era bastante peculiar, y la gente deploraba su conducta y sus costumbres. Siempre había alimentos en la casa, pero jamás se comía a horas regulares. Comía de pie, o paseándose de un lado a otro, cualquier cosa que encontrara en la despensa… una costumbre no demasiado aconsejable para los seres humanos. Sus enseres domésticos se limitaban a seis rifles, tres revólveres, cinco sillas de montar y una colección de sólidas cañas para la pesca del masheer, más grandes y resistentes que las que se emplean para la pesca del salmón. Todas estas cosas ocupaban la mitad del bungalow. La otra mitad se la había cedido Strickland a su perra, Tietjens, una enorme bestia de Rampur que devoraba diariamente la ración de dos hombres. La perra le hablaba a Strickland en su propio lenguaje, y, siempre que salía a dar un paseo fuera de casa y observaba algo cuya intención iba encaminada a destruir la paz de Su Majestad, la Reina Emperatriz, regresaba inmediatamente con su amo y le proporcionaba la información. Strickland tomaba las medidas oportunas; problemas, multas y encarcelamiento de algunas personas solía ser el resultado de sus pesquisas. Los indígenas creían que Tietjens era un demonio familiar y la trataban con gran respeto… un respeto que tenía su origen en el miedo y en el odio. Uno de los cuartos del bungalow estaba reservado especialmente para su uso personal. Poseía un somier, una manta y un abrevadero. Si alguien entraba por la noche en

la habitación de Strickland, tenía la costumbre de derribar al intruso y ladrar desaforadamente hasta que llegara alguien con una luz. De hecho, la perra le había salvado la vida a Strickland en cierta ocasión, cuando se encontraba en la Frontera persiguiendo a un asesino local. Al despuntar el alba, el asesino se presentó en la tienda de Strickland con intención de mandarle a un lugar situado más allá de las islas Andamán. Tietjens atrapó al hombre cuando se arrastraba hacia el interior de la tienda con una daga entre los dientes. Una vez establecido ante los ojos de la ley el historial de sus iniquidades, el asesino fue conducido a prisión. Desde entonces Tietjens lleva un collar de plata en bruto y ostenta un monograma en su manta de cama, y la manta es nada menos que de doble tejido de Cachemira… y es que Tietjens es una perra muy delicada.

Bajo ninguna circunstancia podía separarse de Strickland. En una ocasión, cuando su amo estaba postrado por la fiebre, causó enormes problemas a los médicos, pues no encontraba la forma de ayudar a su amo y no permitía que ningún otro animal lo intentara. Macarnaght, del servicio médico de la India, se vio obligado a golpearla en la cabeza con la culata de una pistola, antes de que el animal se diera cuenta de que debía dejar sitio a los que podían administrar quinina.

Poco tiempo después de que Strickland alquilara el bungalow de Imray, algunos asuntos personales me obligaron a pasar unos días en aquella estación. Como venía siendo habitual, los alojamientos del Club estaban al completo, de modo que fui a alojarme en casa de Strickland. Era un atractivo bungalow de ocho habitaciones, con un tejado recubierto de paja para evitar las goteras producidas por la lluvia. Bajo la brea del tejado se extendía un techo de tela, similar a un techo blanqueado con cal. El propietario lo había repintado cuando Strickland alquiló el bungalow. A

menos que ustedes conozcan cómo están construidos los bungalows en la India, jamás sospecharían que por encima de la tela reinan las tinieblas cavernosas del tejado triangular, donde las vigas y los espacios interiores cobijan toda suerte de ratas, murciélagos, hormigas, y demás bichos ponzoñosos.

Tietjens me dio la bienvenida en la veranda, con un ladrido que se parecía al estampido de la campana de St Paul, y posó sus patas delanteras en mi espalda para darme a entender que se alegraba de verme. Strickland se las había ingeniado para preparar con sus propias manos una especie de comida que denominó desayuno, e inmediatamente después de ingerirla salió a cumplir con sus obligaciones. Así que me quedé solo, en compañía de Tietjens y mis propios asuntos personales. El calor del verano se iba atenuando y daba paso a la cálida humedad de las lluvias. No había apenas movimiento en el aire caliente, pero la lluvia caía a ráfagas sobre la tierra y levantaba una neblina azulada al rebotar en los charcos de agua. Los bambúes, las anonas, las flores de Pascua y los mangos del jardín se mantenían inmóviles bajo el azote del agua tibia, y las ranas empezaban a croar entre los setos de aloes. Un poco antes de la caída de la noche, cuando arreciaba la lluvia, me senté en la veranda trasera y escuché el rugido de la lluvia al romper en los aleros; tuve que rascarme varias veces, porque estaba cubierto de eso que se denomina «salpullido provocado por exceso de calor». Tietjens salió conmigo y apoyó la cabeza sobre mis rodillas: estaba muy triste. Cuando el té estuvo preparado, le di unas cuantas galletas y salí a tomarlo a la veranda, pues allí me sentía un poco más fresco. Las habitaciones del bungalow, a mis espaldas, habían quedado sumidas en la oscuridad. Podía sentir el olor de las sillas de montar de Strickland, el aceite de sus armas de fuego, y no tenía ganas de sentarme

entre esas cosas. Mi sirviente personal vino a buscarme a la caída de la noche, con la muselina de sus ropas completamente ceñida a su cuerpo mojado, y me anunció que un caballero había llamado y que deseaba ser recibido. Muy en contra de mi voluntad —tal vez a causa de la oscuridad que reinaba en las habitaciones—, me dirigí al desierto salón y le ordené a mi sirviente que trajera las lámparas. No sé si allí había estado esperando, o no, un visitante —de hecho me pareció ver una figura junto a una de las ventanas—, pero, cuando trajeron las lámparas e iluminaron el salón, no había nada, a excepción del chapoteo de la lluvia en el exterior y el olor de la tierra mojada en mis narices. Le expliqué a mi sirviente que tenía menos juicio de lo que debería tener y regresé a la veranda para hablar con Tietjens. La perra se había metido bajo la lluvia y me costó bastante trabajo conseguir que volviera a mi lado, incluso sobornándola con galletas azucaradas. Strickland llegó a la hora de la cena, completamente calado, y lo primero que dijo fue:

—¿Ha venido alguien?

Le pedí disculpas y le expliqué que mi sirviente me había hecho ir al salón, pero que se trataba de una falsa alarma. Tal vez, algún vagabundo había intentado hablar con Strickland, después se lo había pensado mejor y había desaparecido sin dar su nombre. Strickland ordenó que sirvieran la cena, sin hacer ningún comentario, y como se trataba de una verdadera cena, acompañada incluso de un mantel blanco, nos sentamos a la mesa.

A las nueve en punto, Strickland anunció que quería irse a la cama; yo también estaba muy cansado. Tietjens, que había estado tumbada debajo de la mesa, se levantó y se dirigió a la veranda, al rincón más abrigado, en cuanto su amo se retiró a su dormitorio, que estaba al lado del majestuoso dormitorio reservado a Tietjens. Si una simple

esposa hubiera deseado dormir en el exterior, bajo la lluvia persistente, no habría tenido ninguna importancia; pero Tietjens era una perra, y por tanto, un animal más noble. Miré a Strickland; esperaba verle coger el látigo y salir a despellejarla viva. Se limitó a sonreír de una manera extraña, como sonreiría un hombre que acaba de contar una desagradable tragedia doméstica.

—Siempre hace lo mismo, desde que vinimos a vivir aquí —dijo—. Déjala.

La perra, al fin y al cabo, era la perra de Strickland, así que no dije nada, pero comprendí lo que Strickland sentía al quitarle importancia al asunto. Tietjens se instaló al otro lado de la ventana de mi dormitorio. Los truenos se sucedían, retumbaban en el tejado y, finalmente, morían a lo lejos. Los relámpagos salpicaban el cielo como un huevo lanzado contra la puerta de un granero, pero los resplandores eran de color azul pálido, no amarillo. Al mirar a través de las ranuras de la persiana de bambú, pude ver que la perra estaba erguida, en la veranda, con los pelos del torso erizados y las patas ancladas firmemente en el suelo, tan tensas como los cables metálicos que mantienen un puente en suspensión. Intenté dormir en los cortos intervalos que dejaba el estallido de los truenos, pero tenía la sensación constante de que alguien me reclamaba con urgencia. Quienquiera que fuese, me llamaba por mi nombre, pero su voz no era más que un ronco rumor. Los truenos cesaron y Tietjens se adentró en el jardín y se puso a ladrar a la luna, que descendía en el horizonte. Alguien intentó abrir la puerta de mi dormitorio, caminó de un lado a otro de la casa y se detuvo a respirar profundamente en las verandas; y, justo cuando empezaba a dormirme, me pareció oír golpes y gritos desordenados en algún lugar por encima de mi cabeza… o tal vez en la puerta.

Corrí a la habitación de Strickland y le pregunté si se encontraba mal y si me había llamado. Estaba tumbado en la cama, medio desnudo, con una pipa en la boca.

—Ya suponía que vendrías —dijo—. ¿Dices que si he estado paseando por la casa hace un rato?

Le expliqué que había escuchado pasos en el comedor, en el cuarto de fumar, y en dos o tres habitaciones más. Él se limitó a reír y me dijo que volviera a acostarme. Me metí en la cama y dormí hasta la mañana, pero, en medio de mis sueños confusos, tenía la extraña convicción de que estaba cometiendo una injusticia con alguien al no atender sus demandas. No sabría decir con exactitud en qué consistían esas demandas, pero Alguien que se agitaba desasosegadamente, suspiraba, manoseaba los cerrojos de las puertas, acechaba y deambulaba por la casa, me recriminaba por mi negligencia. Medio dormido, escuché los ladridos de Tietjens en el jardín y el chapoteo de la lluvia.

Estuve alojado en el bungalow dos días. Strickland se iba a la oficina y me dejaba solo durante ocho o diez horas, con Tietjens como única compañía. Mientras duraba la luz del sol, me encontraba a gusto, y Tietjens también; pero, al anochecer, nos trasladábamos a la veranda trasera, donde nos acariciábamos el uno al otro y disfrutábamos de nuestra mutua compañía. Estábamos solos en la casa y, sin embargo, se sentía la presencia de un inquilino con el que no deseaba ninguna clase de trato. No llegué a verle, pero lo que sí pude ver fue el movimiento de las cortinas que separaban las diferentes piezas de la casa justo en el momento en que acababa de pasar, y escuché también el crujido del bambú de las sillas cuando se liberaban del peso que habían estado soportando. Y en cierta ocasión, cuando entré a buscar un libro en el comedor, sentí que alguien, agazapado entre las sombras de la veranda principal, esperaba a que yo saliera de allí. Tietjens contribuía a hacer

más interesante el anochecer mirando ferozmente hacia el interior de las habitaciones oscuras y persiguiendo con el pelo erizado los movimientos de algo que no se podía ver. No entró en ninguna habitación, pero sus ojos se movían de un lado a otro con un interés obsesivo: era más que suficiente. Sólo cuando mi sirviente vino a encender las lámparas y dejar habitable la casa, la perra entró conmigo y pasó el tiempo sentada sobre sus ancas, vigilando los movimientos de un ser invisible a mis espaldas. Los perros son unos alegres compañeros.

Le expliqué a Strickland, lo más amablemente que pude, que regresaría al Club y que intentaría conseguir alojamiento allí. Admiraba su hospitalidad, me agradaban sus armas y sus cañas de pescar, pero me inquietaban su casa y su atmósfera. Me escuchó hasta el final; después sonrió con aire aburrido, pero sin desprecio, pues Strickland es un hombre sumamente comprensivo.

—Quédate —dijo—, y espera a que averigüemos qué significa todo esto. Estoy al corriente de todo lo que me has contado desde que alquilé el bungalow. Quédate y espera. Tietjens me abandona. ¿Vas a hacerlo tú también?

Yo le había ayudado en un pequeño asunto, relacionado con un ídolo pagano, que estuvo a punto de abrirme las puertas de un asilo para enfermos mentales y no tenía ganas de ayudarle en nuevas experiencias. Era un hombre a quien le caían las cosas desagradables con la misma naturalidad con que les caen a las personas corrientes las invitaciones a cenar.

Por consiguiente, le expliqué con claridad que le profesaba un gran afecto y que estaría encantado de verle durante el día, pero que no me interesaba dormir bajo su techo. Esto sucedió después de cenar; Tietjens había salido ya a tumbarse en la veranda.

—¡Por mi alma! ¡No me sorprende! —dijo Strickland, con la mirada fija en la tela del techo—. ¡Mira allí!

Las colas de dos serpientes de color oscuro colgaban entre el techo y la cornisa de la pared. Proyectaban largas sombras a la luz de las lámparas.

—Tenías miedo de las serpientes, sin duda —dijo.

Temo y odio a las serpientes; porque, cuando se mira al fondo de los ojos de una serpiente, se vislumbra que sabe todo lo que hay que saber sobre la caída del hombre, y que siente el mismo desprecio que sintió el Demonio cuando Adán fue expulsado del Edén. Además, su picadura es casi siempre fatal, aparte de que se te pueden colar por las perneras de los pantalones.

—Deberías revisar el techo —dije—. Dame una caña de masheer, y las haremos caer al suelo.

—Se esconderán entre las vigas del techo —dijo Strickland—. No puedo soportar que haya serpientes sobre mi cabeza. Subiré al techo. Si consigo echarlas abajo, estate preparado con una baqueta y golpéalas hasta hacerlas pedazos.

No me entusiasmaba ayudar a Strickland en este trabajo, pero cogí la baqueta y esperé en el comedor. Strickland trajo una escalera de jardinero de la veranda y la colocó contra la pared de la habitación. Las colas de las serpientes se retiraron y desaparecieron por el hueco. Podíamos escuchar el ruido seco que hacían los largos cuerpos al reptar por la holgada tela del techo en su huida precipitada. Strickland cogió una lámpara y se la llevó, mientras yo intentaba hacerle comprender el peligro que entrañaba cazar serpientes ocultas entre el techo y el tejado, aparte de los daños que ocasionaría a la propiedad si se desgarraba la tela del techo.

—¡Tonterías! —dijo Strickland—. Seguro que irán a esconderse cerca de las paredes, por la tela. Los ladrillos

están demasiado fríos para ellas, y lo que buscan es el calor de la habitación.

Después metió la mano por el extremo de la tela y la rasgó a partir de la cornisa. La tela cedió produciendo un estrepitoso sonido de desgarramiento. Un instante después introdujo la cabeza en el oscuro hueco abierto en el ángulo de las vigas del tejado. Yo apreté los dientes y levanté la baqueta, pues no tenía la menor idea de lo que podía caer.

—¡Hum! —dijo Strickland, y su voz retumbó en el tejado—. Aquí arriba hay espacio para hacer unas cuantas habitaciones… ¡Por Júpiter! ¡Alguien las está ocupando ya!

—¿Serpientes? —dije desde abajo.

—No. Un búfalo. Alcánzame las dos últimas piezas de una caña de masheers, y lo empujaré. Está tumbado en la viga principal del tejado.

Le alcancé la caña.

—¡He aquí un nido de búhos y serpientes! No me sorprende que les guste vivir aquí a las serpientes —dijo Strickland, penetrando un poco más en el interior del tejado.

Vi su codo debatiéndose con la caña.

—¡Sal de ahí, quienquiera que seas! ¡Cuidado con la cabeza ahí abajo! ¡Esto se cae!

Vi que la tela del techo se hundía casi en el centro de la habitación, formando una especie de saco con un bulto que presionaba con fuerza hacia abajo, hasta rozar la lámpara encendida que había sobre la mesa. Alejé la lámpara del peligro y di unos pasos hacia atrás. Entonces la tela se desprendió de las paredes, se desgarró, se agitó, se partió en dos, y dejó caer sobre la mesa algo que no me atreví a mirar hasta que Strickland bajó de la escalera y se puso a mi lado. No dijo gran cosa; era un hombre de pocas palabras. Recogió los extremos del mantel y cubrió los restos que estaban sobre la mesa.

—¡Qué sorpresa! —dijo, colocando la lámpara sobre la mesa—. Nuestro amigo Imray ha vuelto. ¡Oh! ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que quieres?

Se produjo un movimiento bajo el mantel y una pequeña serpiente salió reptando, para acabar aplastada por el mango de la caña de masheer. Strickland se quedó pensativo y se sirvió algo de beber. La cosa que había bajo el mantel no dio más señales de vida.

—¿Es Imray? —pregunté.

Strickland retiró el mantel durante un instante y miro.

—Es Imray —dijo—. Tiene la garganta abierta de oreja a oreja.

Entonces, los dos a la vez, pensamos en voz baja:

—Esta es la razón por la que se escuchaban esos murmullos por toda la casa.

Tietjens, en el jardín, se puso a ladrar de forma salvaje. Poco después su enorme hocico empujó la puerta del comedor. Aspiró profundamente y se quedó tranquila. El mugriento techo de tela colgaba casi al nivel de la mesa y apenas quedaba espacio para alejarse del siniestro descubrimiento. Tietjens entró y se sentó. Tenía los dientes al descubierto bajo los belfos y las patas delanteras plantadas en el suelo. Miró a Strickland.

—Es un mal asunto, mi vieja amiga —dijo—. Los hombres no suelen trepar a los tejados de los bungalows para morir, y no cierran la tela del techo tras ellos. Hemos de reflexionar sobre esta cuestión.

—Vamos a reflexionar a otra parte —dije.

—¡Excelente idea! Apaga las lámparas. Iremos a mi dormitorio.

No apagué las lámparas. Entré el primero en el dormitorio de Strickland y dejé que él restableciera la oscuridad. Después me siguió. Encendimos nuestras pipas y

reflexionamos. Strickland reflexionó. Yo fumé ansiosamente… Estaba asustado.

—Imray ha vuelto —dijo Strickland—. La cuestión es: ¿quién asesinó a Imray? No digas nada, ya tengo una idea. Cuando alquilé este bungalow, tomé a mi cargo a la mayoría de los sirvientes de Imray. Imray era un hombre bondadoso e inofensivo, ¿no crees?

Asentí; aunque el bulto que había bajo la tela no parecía ninguna de esas dos cosas.

—Si llamo a todos los sirvientes, se ampararán en la multitud y mentirán como El arios. ¿Qué sugieres?

—Llámales de uno en uno —dije.

—En ese caso saldrán corriendo a informar a sus compañeros —dijo Strickland—. Debemos mantenerlos separados. ¿Crees que tu sirviente sabe algo?

—Tal vez, no lo sé; pero me parece poco probable. Ha estado aquí sólo dos o tres días —respondí—. ¿Cuál es tu idea?

—No puedo explicártelo ahora. ¿Cómo demonios se las apañó para pasar el cuerpo al otro lado del techo?

Se escuchó una sonora tos al otro lado de la puerta del dormitorio de Strickland. Esto significaba que Bahadur Khan, su ayuda de cámara, se había despertado y venía a ayudar a Strickland a meterse en la cama.

—Pasa —dijo Strickland—. Hace mucho calor esta noche, ¿verdad?

Bahadur Khan, un enorme Mahometano de seis pies, tocado con un turbante verde, declaró que, efectivamente, hacía mucho calor esa noche, pero que volvería a llover, lo cual, con el permiso de su Señoría, sería de gran ayuda para el campo.

—Así será, si Dios quiere —dijo Strickland, mientras se quitaba las botas—. Se me ha metido en la cabeza, Bahadur Khan, que te he hecho trabajar despiadadamente muchos

días… desde el primer día que entraste a mi servicio. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¿Es que lo ha olvidado el Hijo del Cielo? Fue cuando el Sahib Imray partió en secreto hacia Europa; y yo —sí, yo también— entré al honorable servicio del protector de los pobres.

—¿Así que el Sahib Imray se fue a Europa…?

—Eso es lo que se dice entre los que fueron sus sirvientes.

—Y tú, ¿entrarás de nuevo a su servicio cuando regrese?

—Sin dudarlo, Sahib. Era un buen amo, y protegía a los que dependían de él.

—Eso es cierto. Estoy muy cansado, pero mañana voy a salir a cazar gamos. Tráeme el rifle que suelo usar para cazar gamos. Está en el estuche de allá.

El sirviente se paró ante el estuche; cogió los cañones, la culata y las demás piezas y se las tendió a Strickland, que las ensambló bostezando con aire de tristeza. Después metió la mano en el estuche, cogió un cartucho y lo introdujo en la recámara de la Express 360.

—¡Así que el Sahib Imray se fue a Europa en secreto! Es muy extraño, Bahadur Khan, ¿no crees?

—¿Qué puedo saber yo de la conducta del hombre blanco, Hijo del Cielo?

—Muy poco, ciertamente. Pero sabrás algo más dentro de un instante. Al parecer, el Sahib Imray ha regresado de sus largos viajes y en este preciso momento está descansando en la habitación de al lado, esperando a su sirviente.

—¡Sahib!

La luz de la lámpara brilló a lo largo de los cañones del rifle cuando se pusieron a la altura del fuerte pecho de Bahadur Khan.

—¡Ve allí y mira! —dijo Strickland—. Coge una lámpara. Tu amo está cansado y te espera. ¡Ve!

El hombre cogió una lámpara y entró en el comedor, seguido de Strickland, que casi le empujaba con la boca del rifle. Durante unos instantes miró hacia las negras profundidades que se extendían más allá del techo de tela, después hacia la retorcida serpiente que había bajo sus pies, y, finalmente, mientras su rostro adquiría un barniz grisáceo, hacia la cosa que yacía bajo el mantel.

—¿Lo has visto? —dijo Strickland, tras un momento de silencio.

—Lo he visto. Soy arcilla en las manos del hombre blanco. ¿Qué va a hacer su Presencia?

—Colgarte dentro de un mes. ¿Te parece poco?

—¿Por matarlo? No, Sahib, piénselo. Una vez, cuando paseaba entre nosotros, sus sirvientes, fijó sus ojos sobre mi hijo, que sólo tenía cuatro años. ¡Él lo hechizó! Y a los diez días murió de fiebre… ¡mi hijo!

—¿Qué dijo el Sahib Imray?

—Dijo que era un niño muy hermoso, y le dio una palmada en la cabeza; por eso murió mi hijo. Por eso yo maté al Sahib Imray, al anochecer, cuando regresó de la oficina, mientras dormía. Por eso lo llevé a rastras hasta las vigas del techo y lo arreglé después. El Hijo del Cielo lo sabe todo. Yo soy el sirviente del Hijo del Cielo.

Strickland me miró por encima del rifle y dijo en inglés vernáculo:

—¿Has oído lo que acaba de decir? Él lo mató.

El rostro de Bahadur Khan se veía de un color gris ceniciento a la luz de la lámpara. Enseguida sintió la necesidad de justificarse.

—Estoy atrapado —dijo—, pero el crimen lo cometió aquel hombre. Él echó un embrujo a mi hijo, y yo lo maté y lo escondí. Sólo los hombres que se sirven de los demonios —miró fijamente a Tietjens, que estaba tendida delante de

él, imperturbable—, sólo esa clase de hombres podrían saber lo que hice.

—Fue muy ingenioso. Pero deberías haberle atado a la viga con una soga. Ahora serás tú el que cuelgue de una soga. ¡Ordenanza!

Un soñoliento policía respondió a la llamada de Strickland. Le seguía otro policía. Tietjens continuaba mostrando una tranquilidad maravillosa.

—Llevadlo a la comisaría —dijo Strickland—. Es un caso urgente.

—¿Me colgarán, entonces? —dijo Bahadur Khan, sin hacer el menor intento de escapar y manteniendo los ojos fijos en el suelo.

—Si el sol brilla y el agua corre… ¡sí! —dijo Strickland.

Bahadur Khan dio un paso hacia atrás, se estremeció de pronto y se quedó inmóvil. Los dos policías esperaban nuevas órdenes.

—¡Marchaos! —dijo Strickland.

—¡No! Yo me iré más rápido —dijo Bahadur Khan—. ¡Mirad! Soy ya un hombre muerto.

Levantó el pie; la cabeza de la moribunda serpiente estaba aferrada al dedo meñique y mordía con rabia en la agonía de la muerte.

—Yo provengo de una familia de propietarios —dijo Bahadur Khan, balanceándose ligeramente—. Para mí sería una deshonra marchar en público al cadalso. Por eso elijo este otro camino. Recuerden que las camisas del Sahib están correctamente numeradas y que hay una pastilla extra de jabón en la jofaina. Mi hijo fue hechizado, y yo asesiné al brujo. Mi honor está a salvo, y… Y… muero.

Murió al cabo de una hora, como mueren los que han sido picados por una pequeña karaitde piel oscura, y los policías se llevaron su cuerpo, el de Bahadur Khan, y el de la cosa

que había bajo el mantel, al lugar adecuado. Era todo lo que se necesitaba para esclarecer la desaparición de Imray.

—Esto —dijo Strickland con calma, al tiempo que trepaba a su cama—, esto es lo que se llama el siglo XIX. ¿Has oído lo que dijo ese hombre?

—Lo he oído —respondí—. Imray cometió un error.

—Simplemente porque no conocía la naturaleza de los orientales… y la coincidencia de una pequeña fiebre estacional. Bahadur Khan había estado a su servicio durante cuatro años.

Sentí un escalofrío. Mi sirviente personal llevaba a mi servicio el mismo tiempo. Cuando entré en mi dormitorio, mi sirviente me estaba esperando, impasible, como la efigie de cobre de un penique, para ayudarme a quitarme las botas.

—¿Qué le ha pasado a Bahadur Khan? —dije.

—Fue mordido por una serpiente y murió. El resto lo sabe el Sahib —fue la respuesta.

—¿Y qué es exactamente lo que sabes tú sobre el resto del asunto?

—Todo lo que se puede deducir de Uno que venía al anochecer a exigir una satisfacción. Despacio, Sahib. Déjeme que le ayude a quitarse las botas.

Justo en el momento en que empezaba a coger el sueño, muerto de cansancio, escuché el grito de Strickland, al otro lado del bungalow.

—¡Tietjens ha vuelto a su sitio!

Así lo hizo, en efecto. El gran lebrel se tumbó majestuosamente en su propia cama, sobre su propia manta, en su propio cuarto, al lado del de Strickland. En el comedor, la desgarrada tela del techo oscilaba sobre la mesa, inútil, despojada de su siniestra carga.

El pueblo blanco

Arthur Machen

(1890)

PRÓLOGO

—Hechicería y santidad —dijo Ambrose— estas son las únicas realidades. Cada una es un éxtasis, un alejamiento de la vida común.

Cotgrave escuchaba, interesado. Había sido traído por un amigo a esta ruinosa casa en el suburbio del norte, a través de un viejo jardín, hasta la habitación donde Ambrose, recluso, dormitaba y soñaba sobre sus libros.

—Sí —prosiguió— la magia se justifica por sus retoños. Hay muchos, creo yo, que comen costras secas y beben simple agua, con un goce infinitamente superior a cualquier cosa al alcance del epicúreo «práctico».

—¿Habla usted de los santos?

—Sí, y de los pecadores también. Pienso que está usted cayendo en el muy difundido error de confinar el alcance del mundo espiritual tan sólo a los supremamente buenos; pero los supremamente malos, necesariamente, participan también de él. El hombre meramente carnal, concupiscente, no puede ser un verdadero pecador, de la misma manera que no puede alcanzar la santidad. La mayoría somos simplemente indiferentes, criaturas mixtas, andamos a tientas por el mundo sin darnos cuenta del significado y del sentido interno de las cosas; y, consecuentemente, nuestra bondad o nuestra malignidad son fútiles, de segunda clase.

—¿Y usted cree, entonces, que el verdadero pecador sería un asceta, al igual que el verdadero santo?

—Los individuos notables, de todo género, abandonan siempre las copias imperfectas en su búsqueda por la perfección del original. No dudo en lo absoluto que muchos de los más grandes entre los santos nunca realizaron una «buena acción» (usando las palabras en su sentido

ordinario). Y, por el otro lado, ha habido quienes han sondeado en las mismas profundidades del Pecado, sin haber realizado en toda su vida un «acto perverso».

Salió del cuarto por un momento, y Cotgrave, grandemente entusiasmado, se volvió hacia su amigo y le agradeció por la presentación.

—Es grande —dijo— nunca antes había visto esta clase de lunático.

Ambrose regresó con más whisky y sirvió liberalmente en las copas de los dos hombres. Injurió furiosamente la secta de los abstemios, al tiempo que alargaba la botella de Seltz, y, sirviendo para sí mismo un vaso de agua, se disponía a reanudar su monólogo, cuando Cotgrave le interrumpió.

—No puedo tolerarlo, —dijo— sus paradojas son demasiado monstruosas. Un hombre puede ser un verdadero pecador y sin embargo nunca haber realizado un acto pecaminoso. ¡Por favor!

—Está usted completamente equivocado, —dijo Ambrose— yo nunca construyo paradojas, desearía poder hacerlo. Simplemente he dicho que un hombre puede tener un exquisito gusto para el Romanée Conti, y sin embargo, nunca haber olido siquiera la cerveza barata. Eso es todo, y eso es más un lugar común que una paradoja, ¿no es cierto? Su sorpresa ante mi observación se debe al hecho de que usted no se ha dado cuenta de lo que el pecado es realmente. Sí, claro; existe cierta conexión entre el Pecado con mayúsculas, y las acciones comúnmente catalogadas pecaminosas: como el asesinato, el robo, el adulterio. La misma conexión que hay entre el ABC y la alta literatura. Pero yo creo que este equívoco, este universal equívoco, surge en gran medida de nuestro empeño en mirar la cuestión desde una perspectiva social. Pensamos que un hombre que nos causa mal a nosotros y a nuestros vecinos debe ser maligno. Y lo es, desde el punto de vista social;

pero ¿no puede usted darse cuenta de que el Mal es, en su esencia, un asunto eremítico, una pasión de las almas individuales, solitarias? Realmente, el asesino promedio, en tanto que asesino, no es de ninguna manera un pecador en el verdadero sentido de la palabra. Es simplemente una bestia salvaje, de la que tenemos que librarnos en orden de mantener nuestros cuellos fuera del alcance de su cuchillo. Yo lo agruparía más entre los tigres que entre los pecadores.

—Eso parece un tanto extraño.

—Yo no lo creo. El asesino no mata impulsado por cualidades positivas, sino por negativas; carece de algo que las personas normales poseen. El Mal, por supuesto, es enteramente positivo; sólo que los es en el sentido equivocado. Usted puede fiarse de mí cuando le digo que el pecado en sentido estricto es algo realmente raro, es probable que haya habido menos pecadores que santos. Sí, su punto de vista funciona muy bien para propósitos prácticos, sociales; estamos inclinados naturalmente a creer que alguien que nos es repugnante debe ser un gran pecador. En verdad, se trata meramente un hombre no desarrollado. No puede ser un santo, desde luego; pero puede ser, y muchas veces los es, una criatura infinitamente mejor que los miles que nunca han roto un solo mandamiento. Es una gran molestia para nosotros, lo admito, y lo mantenemos justamente encerrado si llegamos a atraparlo; pero entre esa acción problemática y antisocial y el Mal, me temo que la conexión es de lo más débil.

Se estaba haciendo tarde. El hombre que había traído a Cotgrave probablemente ya había oído todo esto antes, dado que escuchaba con una blanda y juiciosa sonrisa, pero Cotgrave comenzaba a pensar que este «lunático» estaba transformándose en sabio ante sus ojos.

—¿Sabe? —dijo— Usted me interesa inmensamente. ¿Cree usted entonces que no comprendemos la verdadera

naturaleza del Mal?

—No, me parece que no. Lo sobrestimamos y lo subestimamos. Consideramos las numerosas infracciones de nuestras leyes sociales (las muy necesarias y muy apropiadas regulaciones que mantienen la sociedad unida), y nos asustamos por la incidencia del «pecado» y del «mal». Pero esto es un contrasentido. Tomemos el robo por ejemplo. ¿Le causa usted algún horror pensar en Robin Hood, en los Cateranos de las Tierras Altas del siglo XVII, en los Soldados del Pantano[43], o en los promotores de compañía de nuestros días?

»Y, por el otro lado, subestimamos el Mal. Le otorgamos tan enorme importancia al "pecado" de entremetimiento con nuestros bolsillos (o con nuestras esposas), que hemos olvidado completamente el horror del verdadero pecado.

—Y ¿qué es el pecado? —dijo Cotgrave.

—Me parece que he de contestar a su pregunta con otra. ¿Cuáles serían sus sentimientos, hablando seriamente, si su gato o su perro comenzaran a conversar con usted, y a discutir con acentos humanos? El horror le abrumaría. Estoy seguro de ello. Y si las rosas de su jardín comenzaran a cantar una extraña canción, usted perdería la razón. E imagine que las piedras del camino comenzaran a hincharse y a crecer ante sus ojos, ¿y si un guijarro que usted hubiera observado durante la noche, disparara rocosos capullos por la mañana?

»Pues bien, estos ejemplos pueden darle una noción acerca de lo que el pecado es realmente.

—¡Miren nada más! —dijo el tercer hombre, hasta entonces tranquilo— Ustedes dos lucen bastante enfrascados en su conversación. Pero yo me marcho. Ya he perdido el tranvía y tendré que caminar.

Ambrose y Cotgrave parecieron relajarse más profundamente cuando el otro se hubo marchado,

atravesando la prematura niebla de la madrugada bajo el brillo de las lámparas.

—Usted me deja perplejo —dijo Cotgrave—. Nunca había pensado en estas cosas. Si es realmente así, uno debe invertirlo todo. Entonces la esencia del pecado realmente consiste…

—En la usurpación del Paraíso por la fuerza, me parece —dijo Ambrose—. En mi opinión es simplemente un intento por acceder a una esfera más elevada por vías prohibidas. Ahora puede entender porque es tan raro. Hay verdaderamente, muy pocas personas que deseen penetrar en otras esferas, bajas o altas, por vías autorizadas o prohibidas. Por lo tanto existen pocos santos; y, pecadores, propiamente hablando, aún menos; y los hombres de genio que participen de cualquiera de estas disposiciones, son también raros. Sí; considerándolo todo, es tal vez más difícil ser un verdadero pecador que un verdadero santo.

—¿Hay algo profundamente antinatural en el Pecado? ¿Es lo que usted está tratando de decir?

—Exactamente. La Beatitud requiere esfuerzos tan grandes, o casi tan grandes como el Pecado; pero la Beatitud opera sobre líneas que fueron naturales una vez, es un esfuerzo por recuperar el éxtasis anterior a la Caída. El Pecado, en cambio, es un esfuerzo por apoderarse de éxtasis y conocimientos que pertenecen sólo a los ángeles; y en la consecución de este esfuerzo, el hombre se convierte en demonio. Le comenté antes que el asesino no es *per se* un pecador, eso es verdad, pero el pecador también es asesino algunas veces. Gilles de Rais[44] es un ejemplo. Y así, puede usted ver que, aunque tanto el Bien como el Mal sean antinaturales para el hombre tal como es ahora (el hombre civilizado, el ente social), el Mal lo es un sentido mucho más profundo. El santo se afana por recuperar un bien que ha

perdido, el pecador intenta alcanzar algo que nunca le perteneció. En breve: él repite la Caída.

—Pero ¿es usted católico? —dijo Cotgrave.

—Sí, soy miembro de la perseguida Iglesia Anglicana.

—Entonces, ¿qué hay de esos pasajes que parecen reconocer como pecado aquello que usted clasificaría como mera negligencia?

—Sí, pero en alguna parte la palabra «hechiceros» surge en la misma oración, ¿no es cierto?[45] Me parece que ahí está la clave. Considérelo, ¿puede usted concebir que una falsa declaración que salva la vida de un inocente es un pecado? No; muy bien. Entonces, no es el mentiroso en tanto que tal el que queda excluido por esa oración; son los «hechiceros» más que nadie, quienes usan la vida material, los defectos incidentales de la vida material, como instrumentos para obtener sus perversos fines. Y permítame decirle esto: nuestros sentidos más elevados están tan embotados, estamos tan empapados de materialismo, que difícilmente reconoceríamos la verdadera perversidad si nos topáramos con ella.

—Pero ¿no experimentaríamos un cierto terror, el horror que usted insinuó con respecto al canto de las rosas, ante la mera presencia de un hombre maligno?

—Lo haríamos si estuviéramos en contacto con nuestra naturaleza: las mujeres y los niños sienten ese terror que usted menciona, incluso los animales. Pero a la mayoría de nosotros las convenciones, la educación y la civilización nos han cegado y ensordecido, y han obscurecido nuestra razón natural. No, algunas veces reconocemos la presencia del Mal por su odio del bien, uno no necesita demasiada penetración para adivinar que influencia dictó, de manera absolutamente inconsciente, las críticas del *Blackwood* sobre Keats[46]. Pero esto es meramente incidental; y, por regla general, yo sospecho que los Jerarcas de Tophet[47]

pasan completamente inadvertidos, o, en algunos casos, pasan por hombres buenos que han errado el camino.

—Pero, usted acaba de utilizar la palabra inconsciente, refiriéndose a los críticos de Keats, ¿es la perversidad alguna vez inconsciente?

—Siempre. Así debe ser. Es como la Beatitud y la Genialidad en este y otros aspectos; es un cierto transporte o éxtasis del alma, un esfuerzo trascendental para sobrepasar los límites ordinarios. De tal manera que, sobrepasando estos límites, sobrepasa también al entendimiento, esa facultad que toma nota de todo lo que le pasa enfrente. No, un hombre puede ser infinita y horriblemente perverso y nunca sospecharlo. Pero, como le digo, el Mal en este, su verdadero sentido, es raro; y me parece que cada vez se torna más.

—Estoy tratando de seguirlo —dijo Cotgrave—. De sus afirmaciones, me parece que se puede deducir que hay un diferencia genérica entre el verdadero Mal y aquello que llamamos «Mal».

—Absolutamente. Existe, no hay duda, una analogía entre los dos; una semejanza tal, como la que nos permite utilizar legítimamente términos como «pie de montaña» o «pata de mesa». Y algunas veces ambos usos del término se utilizan como si pertenecieran a un mismo lenguaje. Un tosco minero, un inexperto y subdesarrollado «hombre-tigre»; enardecido por un cuarto o dos de aguardiente por encima de su consumo habitual, llega a casa y patea brutalmente a su esposa hasta matarla. Es un asesino. Y Gilles de Rais fue un asesino. ¿Pero, no ve usted el abismo que separa a los dos? La palabra es accidentalmente la misma en ambos casos, pero el significado es absolutamente diferente. Es una verdadera falacia por homonimia confundir los dos, sería como suponer que Némesis y la nemotecnia tienen la misma raíz etimológica[48]. Y no hay duda de que

los mismos débiles lazos y analogías operan sobre los «pecados» sociales y los verdaderos pecados espirituales, y en algunos casos, tal vez, los menores se convierten en guía para los mayores, como avanzar de la sombra a la realidad. Si hay algo de teólogo en usted, verá la importancia de todo esto.

—Lamento decir —observó Cotgrave— que he dedicado muy poco de mi tiempo a la teología. De hecho, frecuentemente me he preguntado acerca de sobre cuál fundamento reclaman los teólogos el título de Ciencia de las Ciencias para su materia predilecta; dado que en todos los libros «teológicos» que he hojeado, me ha parecido que su único tema son los principios edificantes más obvios, o los reyes de Israel y Judea. No me interesa escuchar sobre tales reyes.

Ambrose esbozo una sardónica sonrisa.

—Debemos de evitar, en lo posible, toda discusión teológica —dijo—. Percibo que usted sería un amargo contendiente. Pero tal vez las «efemérides de los reyes» tienen tanto que ver con la teología, como las patanerías del minero homicida con la verdadera Maldad.

—Entonces, volviendo a nuestro tema, ¿piensa usted que el Pecado es algo oculto, esotérico?

—Sí. Es el milagro infernal, tal como la Beatitud es el celestial. De cuando en cuando se alza a tal altura que fallamos completamente en sospechar su existencia; es como la nota de los pedales del órgano, tan profunda que no podemos escucharla. En otros casos conduce al manicomio, o a destinos aún más extraños. Pero nunca debe confundirse con la mera desobediencia social. Recuerde cómo el Apóstol, hablando del «otro lado», distingue entre las actos de caridad y la Caridad[49]. Y, mientras que uno puede dar todos sus bienes a los pobres, y aun así carecer de caridad;

así también, recuérdelo, uno puede evitar todo crimen y aun así ser un pecador.

—Su psicología es muy extraña para mí —dijo Cotgrave— pero confieso que me agrada, y supongo que se puede legítimamente deducir de sus premisas que el verdadero pecador puede llegar a parecer un personaje inofensivo para el observador.

—Ciertamente, porque el verdadero Mal no tiene nada que ver con la vida social o con sus leyes; o sí llega a tenerlo, es sólo incidentalmente y por accidente. Es una solitaria pasión del alma, o una pasión del alma solitaria, como usted quiera. Si, por azar, llegamos a entenderla, y a asir su completo significado, entonces, en verdad nos llenará de horror y temor reverente. Pero esta emoción se distingue completamente del miedo y la repugnancia con que consideramos al criminal ordinario; dado que estas últimas emociones son causadas en su mayoría, sino completamente, por la consideración que tenemos por nuestro propio pellejo y nuestro propio bolsillo. Odiamos a un asesino, porque odiaríamos ser asesinados, o sufrir el asesinato de alguno de nuestros seres queridos. Y, por el «otro lado», veneramos a los santos, pero no los apreciamos más que a nuestros amigos. ¿Puede usted persuadirse a sí mismo de que la compañía de San Pablo sería en algún modo «agradable»? ¿Piensa usted que usted y yo podríamos haber llegado a hacer migas con Sir Gallahad[50]?

»Lo mismo ocurre con los pecadores. Si usted llegara a conocer a un hombre maligno en realidad, y reconociera su malignidad; no hay ninguna duda de que esto le llenaría de horror, pero no tendría que haber necesariamente alguna razón para encontrar desagradable a esa persona. Por el contrario, es más que probable que; si usted pudiera mantener el hecho del Pecado fuera de su mente, podría encontrar muy agradable la compañía de ese hombre, y en

poco tiempo usted tendría que hacer uso de la reflexión para volver a encontrar la sensación de horror. Y aun así, sería un horror verdadero. Como si las rosas y los lirios entonaran súbitamente una canción la próxima mañana, o los muebles comenzaran a marchar en procesión, ¡como en el relato de Maupassant![51]

—Me alegra que haya regresado a esa comparación —dijo Cotgrave—, porque quería preguntarle que es lo que corresponde en la humanidad, a estas imaginarias proezas de los seres inanimados. En una palabra, ¿qué es el Pecado? Usted me ha dado, ya lo sé, una definición abstracta, pero me gustaría un ejemplo concreto.

—Ya le dije que es algo muy raro —dijo Ambrose, que parecía estar tratando de evitar una respuesta directa—. El materialismo de la época, que ha realizado una estupenda labor suprimiendo la Santidad, ha hecho quizás más para suprimir la Maldad. Encontramos la Tierra tan cómoda, que no tenemos ninguna inclinación hacia las ascensiones o descensos. Pareciera que el estudioso que eligiera «especializarse» en Tophet, quedaría limitado a investigaciones puramente anticuarias. Ningún paleontólogo podría mostrarle un pterodáctilo vivo.

—Y aun así, pienso que usted se ha «especializado», y me parece que sus investigaciones deben descender hasta los tiempos modernos.

—Ya veo, está usted realmente interesado. Bueno, confieso que he curioseado un poco, y si usted gusta puedo mostrarle algo que ejemplifica la muy peculiar materia que hemos estado discutiendo.

Ambrose tomó una vela y se dirigió a un lejano y sombrío rincón de la habitación. Cotgrave le observó abrir un viejo buró ahí situado, y, de un secreto alojamiento sacar un paquete; volviendo posteriormente a la ventana donde habían estado sentados.

Ambrose deshizo la envoltura, y extrajo un libro verde, era un libro de bolsillo.

—¿Cuidará de él? —dijo— No lo deje a la vista. Es una de las piezas más preciadas de mi colección, y lamentaría mucho que se perdiera —manoseó la deslucida cubierta—. Conocí a la joven que escribió esto. Cuando lo lea, usted verá como ilustra la conversación que hemos tenido esta noche. Hay una continuación también, pero no voy a hablar de eso.

»Leí una extraño artículo en una revista hace algunos meses, —comentó, con el aire de alguien que cambia de tema— escrito por un médico, Dr. Coryn, creo. Él comenta que una señora, al estar observando a su hija jugar en la ventana del cuarto de dibujo, vio caer súbitamente el pesado marco de la ventana sobre los dedos de la pequeña. La señora se desmayó, me parece, pero de algún modo el doctor fue llamado, y cuando este hubo vendado los maltrechos dedos de la niña fue solicitado por la madre. Estaba gimiendo de dolor, se halló que tres dedos de su mano, correspondientes a aquellos lastimados en la mano de la niña, se hallaban hinchados e inflamados, y más tarde, hablando en lenguaje médico: “aparecieron escarificaciones purulentas”.

Ambrose aún sostenía delicadamente el volumen verde.

—Muy bien, aquí lo tiene —dijo finalmente, soltando su tesoro con aparente dificultad—. Ha de devolverlo tan pronto como lo haya leído.

Dijo, al tiempo que caminaban fuera del recibidor, penetrando en el viejo jardín inundado por el tenue olor de los lirios blancos. Había una ancha banda roja en el oriente cuando Cotgrave se dio la vuelta para partir, y desde el elevado punto desde donde se encontraba vio, como en un sueño, ese horrible espectáculo que es Londres.

EL LIBRO VERDE

La encuadernación del libro estaba gastada, y el color desvaído; pero no había manchas, ni raspones, ni marcas de uso. El libro lucía como si hubiese sido comprado «en una visita a Londres» unos setenta u ochenta años antes, y hubiera quedado olvidado de alguna manera, abandonado en algún lugar escondido. Había un antiguo, delicado y languidecente olor en él, un olor como él que a veces habita, por un siglo o más, en los muebles antiguos. El papel que recubría las partes interiores de las tapas, estaba extrañamente decorado con patrones de color y desvanecido oro. Parecía pequeño, pero el papel era bueno, y tenía muchas hojas, abarrotadas con pequeñas letras trazadas con minuciosidad.

Encontré este libro (comenzaba el manuscrito) en un cajón del viejo buró que está en el descanso. Era un día lluvioso y yo no podía salir, así que, en la tarde tomé una vela y me puse a escudriñar en el buró. Casi todos los cajones estaban llenos de vestidos viejos, pero uno de los más chicos parecía estar vacío, y ahí encontré este libro metido hasta el fondo. Yo quería un libro como este, y por eso me lo llevé para escribir en él. Está lleno de secretos. Yo tengo escondidos un montón de libros más, libros de secretos que yo he escrito, están en un lugar seguro; voy a poner aquí muchos de los secretos viejos y algunos nuevos; pero hay algunos que nunca voy a poner. No debo poner los verdaderos nombres de los días y de los meses, que descubrí hace un año; ni la manera de hacer las letras Aklo, o el lenguaje Chian, o los grandes y

hermosos Círculos, ni los Juegos Mao, ni las mejores canciones. A lo mejor escribo algo acerca de estas cosas, pero no la manera de hacerlas; por ciertas razones. Y no debo decir quiénes son las Ninfas, o los Dôls, o Jeelo, o lo que significa voolas. Todos estos son los más secretos de los secretos, y me gusta recordar lo que son, y cuántos lenguajes maravillosos conozco; pero hay algunas cosas que yo llamo los secretos de los secretos de los secretos, de las que no me atrevo a pensar a menos que esté completamente sola, y entonces cierro mis ojos, y me los tapo con las manos, y susurro la palabra, y el Alala viene. Sólo hago esto en la noche, en mi cuarto, o en ciertos bosques que yo sé; pero esos no debo describirlos, porque son bosques secretos. Y luego están las Ceremonias, que son todas muy importantes, pero unas son más divertidas que otras. Están las Ceremonias Blancas, y las Ceremonias Escarlata. Las Ceremonias Escarlata son las mejores, pero sólo hay un lugar donde pueden realizarse apropiadamente, aunque hay una muy buena imitación que he hecho en otros lugares. Además de estos, tengo las danzas, y la Comedia; en ocasiones he hecho la Comedia cuando los otros están viendo, y no entienden nada. Yo era muy pequeña cuando supe por primera vez de estas cosas.

Cuando era muy chica, y mi mamá estaba viva, yo recuerdo que recordaba cosas de antes, sólo que se me revolvieron todas. Pero me acuerdo que cuando tenía cinco o seis los oí hablando de mí cuando pensaban que no estaba oyendo. Estaban diciendo que, uno o dos años atrás, yo era muy rara, y de cómo nana le había hablado a mi mamá para que me viera hablando sola, y que yo estaba diciendo palabras que nadie podía comprender. Estaba hablando el lenguaje

Xu, pero ya sólo me acuerdo de algunas palabras, porque era acerca de las pequeñas caras blancas que solían mirarme cuando estaba en mi cuna. Ellos me hablaban, y yo aprendí su lenguaje y platiqué con ellos, me platicaban sobre una inmenso lugar blanco que era donde ellos vivían, donde los árboles y el césped eran todos blancos, y había lomas blancas tan altas como la luna, y un viento helado. He soñado muchas veces con eso, pero las caras se fueron cuando yo era muy pequeña. Pero; cuando tenía como cinco años, pasó algo maravilloso. Mi nana me llevaba sobre sus hombros, había un campo de maíz amarillo, y lo atravesamos, hacía mucho calor. Entonces nos fuimos por un camino a través del bosque, y un hombre alto no siguió, y vino con nosotros hasta que llegamos a un lugar donde había un estanque profundo, y estaba muy oscuro y lleno de sombras. Nana me bajó y me puso sobre el suave musgo que había bajo un árbol, y dijo: «Ahora no se irá para el estanque». Así que me dejaron ahí, y yo me quedé quieta y observé; y saliendo del agua y del bosque llegaron dos maravillosas gentes blancas, y comenzaron a jugar y a danzar y a cantar. Eran de un tipo de blanco cremoso cómo la figura de marfil que hay en el cuarto de dibujo; una era una hermosa señora con amables ojos negros, y un rostro grave, y un largo cabello negro; y ella dirigía una sonrisa extraña y triste hacia el otro, que se reía acercándose a ella. Ellos jugaron juntos, y bailaron dando vueltas y vueltas sobre el estanque, y cantaron una canción hasta que me quede dormida. Nana me despertó cuando volvió, y ella se veía un poco como la señora, así que se lo conté todo, y le pregunté porque se veía así. Primero lloró, y luego me miró muy asustada, y se

puso completamente pálida. Me bajó al suelo y se me quedó viendo, y yo pude ver que ella estaba temblando. Luego me dijo que yo había estado soñando, pero yo sabía que no. Luego me hizo prometer que no le diría nada a nadie, y que si lo hacía merecería que me aventaran a un pozo negro. Yo no estaba nada asustada, aunque nana si lo estuviera; y nunca se me olvidó, porque cuando cierro mis ojos y todo está silencio, y estoy sola, puedo verlos de nuevo, muy tenues y lejanos, pero espléndidos; y pedacitos de la canción que ellos cantan llegan a mi cabeza, pero no puedo cantarla. Tenía trece, casi catorce, cuando tuve una aventura muy singular, tan extraña que al día en que ocurrió siempre lo llamo el Día Blanco. Mi madre llevaba muerta más de un año, y en la mañana yo tenía lecciones, pero en la tarde me dejaban salir a caminar. Esa tarde caminé de una manera diferente, y un pequeño arroyo me condujo a un nuevo país, pero me rompí mi vestido al pasar por algunos de los lugares difíciles, porque el camino pasaba por muchos arbustos, y por las ramas bajas de algunos árboles, y a través de los matorrales espinosos sobre las lomas, y por los bosques oscuros llenos de espinas reptantes. Era un camino muy, muy largo. Parecía continuar por siempre, y tuve que arrastrarme por un lugar como un túnel donde debía haber estado antes un arroyo, pero toda el agua se había secado, y el piso era rocoso, y los arbustos habían crecido por arriba hasta cerrarse, por eso estaba muy oscuro. Y yo avancé y avancé por ese oscuro lugar, era un camino muy, muy largo. Y llegué a una colina que nunca había visto. Estaba entre unos lúgubres matorrales lleno de ramas negras y retorcidas que me rasguñaban al pasar entre ellas, y

empecé a gritar porque me escocía todo el cuerpo, y luego me di cuenta de que estaba escalando, y subí por mucho tiempo, hasta que al final los matorrales se terminaron y salí quejándome justo debajo de la cima de un gran paisaje desnudo, donde había unas feas piedras grises sobre el pasto, y aquí y allá algún árbol achaparrado y retorcido brotaba debajo de una piedra, como una serpiente. Y subí de nuevo hasta la cima, un largo camino. Nunca vi unas piedras tan grandes y feas; algunas salían de la tierra, y algunas parecía como si las hubieran rodado hasta ahí; y se extendían tan lejos como alcanzaba la vista. Dejé de mirar las piedras y observé el paisaje, pero era muy extraño. Era invierno, y había terribles bosques negros colgando de las colinas alrededor, era como ver un gran cuarto rodeado de cortinas negras, y la forma de los árboles parecía muy diferente de cualquiera que yo haya visto antes. Estaba asustada. Y más allá de los bosques había otras colinas gigantescas que rodeaban en un gran anillo, pero yo nunca había visto ninguna de ellas; todo se veía negro y todo estaba lleno de voor. Todo estaba tan quieto y silencioso, y el cielo estaba pesado y gris, y triste; como un perverso domo voorico en el Abismo de Dendo. Seguí avanzando hacia las horribles rocas. Había cientos y cientos de ellas. Algunos eran como hombres haciendo muecas horribles; yo podía ver sus caras como si fueran a saltar sobre mí desde las rocas, y a agarrarme, y a arrastrarme con ellos dentro de la roca para que me quedara con ellos para siempre.[52] *Y había otras rocas que eran como animales, animales reptantes y horribles, con la lengua colgando; y otras eran como palabras que yo no podía pronunciar, y otras como gente muerta tirada en el pasto. Avancé*

entre las piedras, aunque me asustaran, mi corazón estaba lleno de canciones perversas que habían metido dentro de ellas, y me dieron ganas de hacer muecas y retorcerme de la manera en que ellos lo hacían; seguí caminando por mucho rato hasta que al final las piedras me gustaron, y ya no me asustaban. Y empecé a cantar las canciones que estaban en mi mente, canciones llenas de palabras que no deben ser pronunciadas ni anotadas.

Y entonces hice muecas como las de las caras en las rocas, y me retorcí como las que estaban retorcidas, y me quede tirada en el suelo como la gente muerta, y luego me levanté y me acerqué a una de las que hacían muecas, y la rodeé con mis brazos y la abracé. Y seguí a través de las rocas hasta que llegué a una pequeña colina redonda, situado en el centro. Era más alto que una loma, casi tan alto como nuestra casa, era como un gran cuenco puesto boca abajo, todo liso y redondo y verde, con una roca como un poste saliendo de su cima. Trepé por los lados, pero estaba tan inclinado que me tuve que detener o me hubiera ido rodando hasta abajo y me hubiera pegado en las rocas, y a lo mejor ahora estaría muerta. Pero yo quería subirme hasta la cima de ese montículo, así que me pegué al piso boca abajo, y me agarré del pasto con las manos y me fui jalando, despacio, hasta que llegue hasta arriba. Entonces me senté sobre la piedra que había allí, y miré alrededor. Me sentía como si hubiera hecho un largo viaje, como si estuviera a cien millas de casa, o en algún otro país, o en uno de los extraños lugares de que había leído en «Los cuentos del Genio» y «Noches de Arabia», o como si me hubiera ido por el mar, avanzando muy lejos, durante años, y hubiera encontrado otro mundo,

un mundo que nadie hubiera visto u oído antes, o como si de alguna manera me hubiera ido volando por el cielo y caído en una de las estrellas de las que he leído donde todo esta frío y gris, y no hay aire, y el viento no sopla. Me quedé sentada en la piedra y miré todo alrededor arriba y abajo. Era como si estuviera sentada en una torre en medio de un enorme pueblo abandonado, porque no podía ver nada alrededor excepto las rocas grises sobre el suelo. Ya no podía distinguir sus formas, pero podía mirarlas esparcidas una tras otra en la lejanía, y las vi, parecía que las hubieran colocado para formar patrones, formas, figuras. Sabía que eso no podía ser, porque había visto que muchas surgían desde abajo de la tierra, unidas a rocas profundas y subterráneas; así que miré de nuevo, pero seguía viendo círculos, y pequeños círculos dentro de los grandes, y pirámides, y domos, y espirales, y parecían todos dar vueltas alrededor del lugar donde yo estaba sentada, y entre más miraba, más veía esos grandes anillos de rocas, haciéndose cada vez más grandes, y miré por tanto rato que al final sentí como si todos se estuvieran moviendo y girando, como una gran rueda, y yo también giraba, en el centro[53]*. Sentí mi cabeza toda mareada y confundida, todo se nubló y se hizo borroso, y vi pequeñas chispas de luz azul, y las rocas parecían elevarse, bailando, retorciéndose, girando y girando y girando. Me asusté de nuevo, y empecé a llorar a gritos, salté de la piedra en que estaba sentada y me caí. Cuando me levanté, me alegré de ver que ya estaban quietas, luego me senté y me fui resbalando por el montículo, y seguí caminando. Bailaba al caminar, de la extraña manera en que las piedras bailaron cuando me mareé, me puse muy contenta de*

poder hacerlo tan bien, y seguí bailando y bailando, y cantando canciones extraordinarias que me venían a la cabeza. Al final llegué al filo de una gran meseta, y ya no había rocas, y el camino volvía a atravesar por oscuros matorrales en un valle. Era tan horrible como los otros matorrales que escalé, pero este no me importaba, porque estaba muy contenta de haber visto aquellas danzas singulares y poder imitarlas. Bajé, arrastrándome por los arbustos, y una alta ortiga me picó en la pierna, e hizo que me ardiera, pero no me importó; y me rasguñé con las ramas y las espinas, pero sólo me reí y seguí cantando. Entonces salí de los matorrales y entré en el fondo valle, un lugar pequeño y secreto como un oscuro pasadizo del que nadie sabe, porque era muy estrecho y muy profundo, y el bosque era muy espeso a su alrededor. Ahí hay un banco escarpado con árboles colgando encima; y ahí los helechos se mantienen verdes por todo el invierno, cuando se encuentran pardos y muertos en la colina, los helechos ahí tienen un olor rico y dulce, como el de esa cosa que babea en los troncos de los pinos. Había una pequeña corriente de agua, tan pequeña que yo podía fácilmente cruzarla caminando. Bebí el agua con las manos, y sabía como a un vino brillante y amarillo, chispeaba y burbujeaba al pasar sobre hermosas piedras rojas y amarillas y verdes, parecía estar vivo y teñido de todos los colores al mismo tiempo. Bebí muchas veces con mis manos, pero no podía beber lo suficiente, así que me agaché y bebí directamente del agua con mis labios. Sabía mucho mejor al beberla de esa manera, y una ondulación del agua llegó hasta mi boca y la rozó como un beso, y yo me reí, y volví a beber, y me imaginé que era una ninfa como la que aparecía en

una vieja ilustración que había en casa, una ninfa que vivía en el agua y me estaba besando. Así que me incliné un poco más sobre el agua, y pegué suavemente mis labios a la superficie, y le susurré a la ninfa que yo iba a venir de nuevo. Estaba segura de que esa no podía ser agua normal y me levanté alegre, caminando de nuevo, y volví a danzar y subí por el valle, bajo colinas escarpadas. Y cuando llegué al otro lado, vi que el suelo se elevaba enfrente de mí, alto y empinado como un muro, y no había nada excepto el verde muro y el cielo. Y pensé en «por los siglos de los siglos hasta el fin de los tiempos, Amén», y pensé que realmente yo había encontrado el fin de los tiempos, por que eso era como el final de todo, como si no pudiera haber nada más allá, excepto el reino de Voor, donde la luz se apaga cuando alguien la quita, y el agua desaparece cuando el sol se la lleva. Comencé a pensar en el largo, largo camino que había recorrido, cómo había encontrado un arroyo y lo había seguido, y luego había atravesado los arbustos y matorrales espinosos, y los bosques oscuros llenos de espinas reptantes. Luego me había arrastrado por un túnel bajo los árboles, y escalado unos matorrales, había visto las rocas grises, y me había sentado en el centro cuando todas comenzaron a girar, y luego había seguido a través de las rocas y había bajado hasta el valle a través de otros matorrales punzantes, y luego había subido de nuevo al otro lado del valle oscuro; todo un largo, largo camino. Y me pregunté cómo iba a regresar a casa, y si podría encontrar algún día el camino de regreso, y si me casa seguiría todavía allí, o si al llegar encontraría a todos convertidos en piedra, como en las «Noches de Arabia». Me senté en el césped y pensé en lo que iba

a hacer. Estaba cansada, y mis pies estaban hinchados de caminar, pero cuando miré alrededor descubrí un pozo justo debajo de los empinados muros de vegetación. Todo el suelo que lo rodeaba estaba cubierto de un musgo brillante y verde, del que brotaban gotas de agua; había musgo de todo tipo ahí, musgos que parecían pequeños helechos, y otros como palmeras y pinos, y todo era verde como piezas de joyería, las gotas de agua colgaban entre ellos como diamantes. Y en el centro estaba el gran pozo, profundo y brillante y bello, tan claro que parecía que se podía tocar la arena roja del fondo, pero estaba muy abajo. Me quedé ahí viendo el fondo del pozo, como si estuviera mirando en un cristal. Ahí los granos de arena se agitaban, moviéndose todo el tiempo, y yo veía como el agua hervía ahí en el fondo, pero la superficie estaba lisa y tranquila, lleno el pozo hasta el borde. Era un gran pozo, como una enorme tina, con el musgo brillante alrededor parecía una gran gema blanca, rodeada de adornos verdes. Mis pies estaban tan cansados e hinchados que me quité las botas y las medias, y dejé que mis pies se sumergieran en el agua, el agua era suave y fría, y cuando me levanté ya no estaba cansada; sentí que debía continuar, e ir cada vez más lejos, ver lo que había detrás del muro. Lo escalé muy lentamente, yendo siempre de lado, y cuando llegué hasta arriba y miré al otro lado, observé la región más extraña que yo haya visto, aún más extraña que la colina de las piedras grises. Parecía como si niños humanos hubieran estado jugando allí con sus espátulas, pues era todo colinas y agujeros, castillos y muros hechos de tierra y cubiertos de césped. Había dos montículos parecidos a colmenas, redondos y enormes e

imponentes, y agujeros como cuencos, y unos muros elevados e inclinados como los que vi una vez en la playa donde había grandes cañones y soldados. Casi caí en uno de esos redondos agujeros, el suelo bajo mis pies desapareció súbitamente y tuve que correr por el borde del cuenco, me detuve en un saliente y miré hacia arriba. Había una sensación de extrañeza y solemnidad. Nada, más que el cielo gris y pesado, y los bordes del agujero; todo lo demás había desaparecido, y ese inmenso agujero era el mundo, pensé que de noche debía estar lleno de fantasmas y sombras vivas y cosas pálidas, cuando la luna brillara sobre el fondo del agujero en la quietud de la noche, y arriba el viento emitiera un lamento apagado. Era tan extraño y solemne, y solitario; como un templo vacío dedicado a dioses bárbaros, a dioses muertos. Me recordaba acerca de un cuento que nana me contó cuando yo era pequeña, la misma nana que me llevó al bosque dónde vi a la hermosa gente blanca. Y yo recordaba como nana me había contado la historia un noche de invierno, cuando el viento hacía que los árboles golpearan contra las paredes, aullando en la chimenea del cuarto. Ella dijo que, en algún lugar, había un foso vacío, como este en el que yo ahora estaba, todo el mundo tenía miedo de meterse en él o incluso acercarse, era un lugar muy malo. Pero una vez hubo una niña pobre que dijo que ella se iba meter en el foso, y todo el mundo trató de detenerla, pero ella fue de todos modos. Y ella bajó al foso y regresó riéndose, y dijo que no había nada de nada allí abajo, excepto hierba verde y piedras rojas, piedras blancas y flores amarillas. Y poco después la gente vio que ella tenía los más hermosos aretes de esmeraldas, y le preguntaron de dónde los había

sacado si ella y su madre eran tan pobres. Pero ella se rio, y dijo que sus aretes no estaban de ninguna manera hechos de esmeraldas, sino de hierba verde. Luego, un día, ella llevaba en el pecho el más rojo rubí que nadie hubiera visto, era tan grande como un huevo de gallina y brillaba y chispeaba como un carbón al rojo vivo. Y le preguntaron de dónde lo había sacado si ella y su madre eran tan pobres. Pero ella se rio, y dijo que no era de ninguna manera un rubí, sino una piedra roja. Entonces, un día, ella llevaba en su cuello el collar más hermoso que nadie hubiera visto, mucha más fino que el más fino collar de la reina, y estaba hecho de grandes y vistosos diamantes, cientos de ellos, y brillaban como todas las estrellas en una noche de junio. Y le preguntaron de dónde lo había sacado si ella y su madre eran tan pobres. Pero ella se río y dijo que de ninguna manera era diamantes, sino sólo piedras blancas. Y un día ella fue a la Corte, y ella llevaba en su cabeza una corona de angélico oro puro, eso me contó nana, y brillaba como el sol, y era mucho más espléndida que la corona que llevaba el mismísimo rey, y en sus orejas llevaba las esmeraldas, el enorme rubí era el broche en su pecho, y el gran collar de diamantes brillaba en su cuello. Y el rey y la reina creyeron que era alguna importante princesa que venía de tierras lejanas, y bajaron de sus tronos para conocerla, pero alguien le dijo a los reyes quién era ella, y que ella era muy pobre. Y entonces el rey preguntó porqué llevaba una corona de oro y de dónde lo había sacado si ella y su madre eran tan pobres. Y ella se rio, y dijo que de ninguna manera era una corona de oro, sino sólo unas flores amarillas que se había puesto en el cabello. Y el rey pensó que eso era muy extraño, y dijo que ella debía quedarse en la

Corte, y ya verían que pasaba. Y ella lucía tan adorable que todos decían que sus ojos eran más verdes que las esmeraldas, que sus labios eran más rojos que el rubí, que su piel era más blanca que los diamantes, y que su cabello era más brillante que la corona dorada. Y entonces el hijo del rey dijo que se casaría con ella, y el rey dijo «lo harás.» Y el obispo los casó, y hubo una gran cena, y después el hijo del rey fue a la habitación de su esposa. Pero justo cuando tenía su mano en la puerta, vio un alto hombre negro, con un rostro temible, parado frente a la puerta, y una voz dijo:

No te aventures, por tú vida,
Esta mujer a mí está unida[54].

Entonces el hijo del rey cayó al suelo fulminado. Y vinieron y trataron de entrar al cuarto, pero no pudieron, y atacaron la puerta con hachas, pero la madera se había vuelto dura como el hierro, y al final todos huyeron, estaban tan asustados por los gritos y risas y alaridos y llantos que salían del cuarto. Pero al día siguiente entraron, y descubrieron que no había nada en la habitación excepto un espeso humo negro, porque el hombre negro había venido y se la había llevado.

Y en la cama había dos nudos de hierba marchita y una piedra roja, y algunas piedras blancas y algunas marchitas flores amarillas. Yo recordé este cuento de nana mientras estuve ahí en el fondo del profundo agujero; era tan extraño y solitario allí, y me dio miedo. No podía ver ninguna piedra ni flores, pero me daba miedo llevármelas sin saber, y pensé que haría un encantamiento que venía a mi mente para

mantener al hombre negro alejado. Así que me paré derecha justo en el centro del valle, y me aseguré de no traer ninguna de esas cosas, y entonces caminé alrededor del lugar, y toqué mis ojos, y mis labios, y mi cabello de una forma peculiar, y susurré algunas palabras raras que nana me enseñó, para alejar las cosas malas. Entonces me sentí segura y escalé fuera del agujero, y seguí caminando entre montículos y agujeros y muros, hasta que llegué al final, que estaba muy elevado sobre el resto, y pude ver que las diferentes formas de la tierra estaban ordenadas en patrones, un poco como las piedras grises, sólo que el patrón era diferente. Se estaba haciendo tarde, y el aire era indistinto, pero parecía desde donde yo estaba parada como si fueran dos grandes dibujos de personas yaciendo sobre el pasto. Y seguí avanzando, y al final encontré cierto bosque, que es demasiado secreto para ser descrito, y nadie sabe del pasaje que conduce a él, yo lo descubrí de una manera muy curiosa, al ver a un pequeño animal correr y adentrarse en a través del bosque.[55] *Así que corrí detrás del animal por un camino muy oscuro y angosto, bajo espinas y arbustos, y era casi de noche cuando llegué a una especie de lugar abierto en el medio. Y yo vi la más hermosa vista que yo haya visto jamás, pero fue sólo por un minuto, porque me fui corriendo en seguida, y me arrastré fuera del bosque por el pasaje por el que había venido, y corrí y corrí tan rápido como podía, porque estaba asustada, lo que yo había visto ara tan maravilloso y tan extraño y hermoso. Pero quería llegar a casa y pensar en eso, y no supe que hubiera dejado de suceder si me hubiera quedado en el bosque. Estaba completamente acalorada y temblorosa, y mi corazón palpitaba, y*

extraños llantos que no podía controlar salían de mí mientras corría lejos del bosque. Y me alegré al ver que una gran luna blanca había salido detrás de una redonda colina y me mostraba el camino, así que volví: a través los montículos y los agujeros y bajando el valle cercano, y subiendo a través de los matorrales sobre el lugar de las rocas grises, y así finalmente llegué a casa. Mi padre estaba ocupado en su estudio, y los sirvientes no habían dado aviso de que yo no había llegado, aunque estaban asustados y dudosos de lo que debían hacer, así que les dije que había perdido el camino, pero no los dije dónde había estado. Me fui a la cama y estuve ahí acostada pero despierta durante toda la noche, pensando en lo que había visto. Cuando salí del estrecho pasaje, y se vio todo brillante a pesar de que el cielo estaba oscuro, parecía tan verdadero; y durante todo el camino a casa yo estaba completamente segura de que lo había visto, y quería estar sola en mi cuarto, y disfrutarlo en secreto, y cerrar mis ojos fingiendo que estaba ahí, y hacer todas las cosas que habría hecho si no hubiera estado tan asustada. Pero cuando cerré mis ojos, la visión no volvió; y comencé a pensar de nuevo en mis aventuras, y recordé qué oscuro y extraño estaba al final, y temía que todo hubiera sido un error, porque parecía imposible que hubiera pasado. Parecía uno de los cuentos de nana, en los cuáles yo no creía realmente, a pesar del miedo que me dio cuando estaba en el agujero; y las historias que ella me contó cuando era pequeña volvieron a mi mente, y me pregunté si realmente estaba ahí lo que creía haber visto, o si sus cuentos pudieran haber ocurrido de verdad hace mucho tiempo. Era tan extraño, estaba ahí acostada en mi cuarto, en la parte

trasera de la casa, y la luna brillaba por el otro lado, hacia el río, de tal manera que la luz brillante no daba sobre mi pared. Y la casa estaba completamente en silencio. Había escuchado a mi padre subir las escaleras, e inmediatamente después el reloj dio las doce, y después la casa estuvo inmóvil y vacía, como si no hubiera nadie vivo dentro. Y a pesar de que todo estaba oscuro e indistinto en mi habitación, una especie de luz pálida y trémula brillaba a través de las persianas blancas, y de repente me levanté y miré hacia fuera, y la casa proyectaba una gran sombra negra cubriendo el jardín, parecía una cárcel donde los prisioneros eran ahorcados; y más allá estaba todo blanco; y el bosque brillaba con luz blanca y abismos de negrura entre los árboles. Todo estaba claro y silencioso, y no había nubes en el cielo. Yo quería pensar en lo que había visto pero no podía, y comencé a pensar en todos esos cuentos que nana me había contado mucho tiempo atrás; tanto, que yo pensaba que los había olvidado, pero todos volvieron, y se mezclaron con los matorrales y las rocas grises y los agujeros en la tierra y el bosque secreto, hasta que al final yo difícilmente podía saber qué era nuevo y qué era viejo, o si todo no era más que un sueño. Y entonces recordé ese verano caluroso, hacía tanto tiempo, cuando nana me dejó sola en la sombra, y la gente blanca salió del agua y del bosque, y jugaron, y bailaron, y cantaron; y comencé a figurarme que nana me había contado algo parecido antes de que yo los viera, sólo que no podía recordar exactamente qué. Entonces comencé a preguntarme si ella no habría sido la dama blanca; tal como lo recuerdo, ella era igual de blanca y hermosa, y tenía los mismos ojos oscuros y cabello negro, y algunas veces ella sonreía y

se veía como la yo había visto a la dama, cuando ella me contaba sus historias, que empezaban con «Érase una vez,» o «En el tiempo de las hadas». Pero yo pensé que ella no podía ser la dama, porque en el bosque ella se había ido en una dirección diferente, y no creí que el hombre que nos siguió pudiera ser el otro, o yo no podría haber visto el secreto maravilloso que yo vi en el bosque secreto. Pensé en la luna: pero eso fue después cuando estaba en medio de la tierra salvaje, donde la tierra tenía la forma de grandes figuras, y todo era murallas y misteriosos agujeros, y montículos suaves y redondos, donde yo vi a la gran luna blanca subir sobre una colina redonda. Me preguntaba sobre todas estas cosas, hasta que al final me dio mucho miedo, me asustaba algo que me había pasado, y recordé el cuento de nana acerca de la niña pobre que se metió en el foso, y que finalmente el hombre negro se la llevó. Sabía que yo también me había metido en un foso vacío, y a lo mejor era lo mismo, y yo había hecho algo horrible. Así que hice de nuevo el encantamiento, y toqué mis ojos y mis labios y mi cabello de una manera peculiar, y dije las antiguas palabras del lenguaje de las hadas, para estar segura de que nadie mi iba a llevar. De nuevo traté de ver el bosque secreto, y arrastrarme por el pasaje y ver lo que había visto ahí, pero por alguna razón no pude, y seguí pensando en las historias de nana. Había una que yo recordaba, sobre un joven que una vez se fue de cacería, y todo el día él y sus perros cazaron por todos lados, y cruzaron los ríos y penetraron todos los bosques, y rodearon los pantanos, pero no pudieron encontrar nada, y cazaron todo el día hasta que el sol bajó y comenzó a ponerse sobre la montañas. Y el joven estaba furioso porque

no podía encontrar nada, y se iba a dar la vuelta, cuando, justo cuando el sol tocó la montaña, él vio salir de un soto frente a él, un hermoso ciervo blanco. Y animó a sus perros, pero ellos gimieron y se resistieron a seguir, y animó a su caballo, pero este tembló y se quedó quieto como un tronco, y el joven saltó de su caballo y abandonó a sus perros y comenzó a seguir al ciervo blanco completamente solo. Y pronto todo se hizo completamente oscuro, y el cielo estaba negro, sin una sola estrella brillando, y el ciervo penetró en la oscuridad. Y a pesar de que el hombre había traído su fusil, nunca le disparó al ciervo, porque quería atraparlo, tenía miedo de perderlo en la noche. Pero no lo perdió ni una sola vez, aunque el cielo estuviera tan negro y el aire tan oscuro; y el ciervo avanzó y avanzó hasta que el hombre ya no tuvo ni la más remota de idea del lugar en que se encontraba. Y avanzaron por enormes bosques donde el aire estaba lleno de susurros y una pálida y agonizante luz brotaba de los troncos podridos que yacían en el suelo, y justo cuando el hombre creía haber perdido al ciervo, lo veía todo blanco y brillante frente a él, y entonces él corría rápidamente para atraparlo, pero el ciervo siempre corría más rápido, y no lo podía atrapar. Y cruzaron los enormes bosques, y nadaron a través de ríos, y vadearon a través de negros pantanos donde el piso burbujeaba, y el aire estaba lleno de fuegos fatuos[56]*, y el ciervo voló a través de estrechos valles, donde el aire tenía el olor de una cripta, y el hombre lo siguió. Y atravesaron las grandes montañas y el hombre escuchó el aire bajar del cielo, y el ciervo siguió avanzando y el hombre lo siguió. Al final el sol se alzó y el joven descubrió que estaba en un país que nunca*

había visto; era un valle hermoso con un arroyo de superficie lisa corriendo a través de él, y una enorme y grandiosa colina redonda en el centro. Y el ciervo bajó al valle, hacia la colina, y parecía estar ya cansándose yendo cada vez más y más lento; y a pesar de que estaba cansado también, el hombre empezó a ir más rápido, y estaba seguro de que atraparía finalmente al ciervo. Pero al tiempo en que llegaban a las faldas de la colina, y el hombre estiraba su mano para atrapar al ciervo, este desapareció dentro de la tierra, y el hombre comenzó a llorar, apesadumbrado por haberlo perdido después de su larga cacería. Pero mientras lloraba vio que había una puerta en la colina, justo enfrente de él, y se metió, y estaba muy oscuro, pero él siguió, porque pensaba que encontraría al ciervo blanco. Y de repente se hizo la luz, y ahí estaba el cielo, y el sol brillando, y pájaros cantando en los árboles, y había una hermosa fuente. Y junto a la fuente estaba sentada una dama encantadora, ella era la reina de las hadas, y le dijo al hombre que ella se había convertido en un ciervo para atraerlo porque estaba enamorada de él.

Entonces ella trajo de su palacio feérico una gran copa de oro, cubierta de joyas, y le ofreció vino en esa copa para que bebiera. Y él bebió, y entre más bebía más anhelaba beber, porque el vino era encantado. Y entonces él besó a la encantadora dama, y ella se convirtió en su esposa, y él se quedó todo ese día y toda esa noche en la colina donde ella vivía, y cuando despertó descubrió que estaba tirado en el suelo, cerca de donde había visto al ciervo por primera vez, y su caballo y sus perros estaban ahí esperando, y miró al cielo, el sol se hundió detrás de la montaña. Volvió a casa y vivió mucho tiempo, pero nunca besó

a ninguna otra mujer, porque él había besado a la reina de las hadas; y nunca bebió vino común, porque él había bebido del vino encantado.[57] *Y algunas veces nana me contaba historias que había oído de su bisabuela, que era muy anciana, y vivía en una choza en la montaña completamente sola, y la mayor parte de estas historias eran acerca de una colina donde la gente solía reunirse hace mucho tiempo, y solían jugar todo tipo de extraños juegos y hacer cosas extravagantes que nana me contaba, pero yo no entendía; y ahora, decía ella, todos menos su bisabuela se han olvidado completamente de eso, y nadie sabe donde estaba la colina, ni siquiera su bisabuela. Pero me contó una historia muy extraña acerca de la colina, y temblé cuando la recordé. Ella dijo que la gente siempre iba ahí en el verano, cuando hacía mucho calor, y tenían que bailar un buen rato.*

Primero estaría todo oscuro, y habría árboles ahí, lo que oscurecería aún más el ambiente, y la gente vendría, una por una, de todas las direcciones, por un camino secreto que nadie más conocía, y dos personas guardarían la entrada, y todas lo que fueran subiendo tendrían que dar una curiosa señal, la cual nana intento mostrarme, pero dijo que no podía hacerla apropiadamente. Y todo tipo de personas vendrían; habría nobles y campesinos, algunos ancianos, muchachos y muchachas, y niños muy pequeños, que se sentaban y observaban. Todo estaría oscuro mientras llegaban, excepto en el rincón donde alguien estaba quemando algo que tenía un olor dulce y fuerte, y los hacía reír, y ahí uno podría ver la luz deslumbrante de las brasas, y el humo rojizo remontándose. Así vendrían todos, y cuando el último hubiera llegado ya no habría puerta, de tal manera

que nadie pudiera entrar, aunque supieran que había algo más allá. Y una vez un caballero que venía de otro país y había cabalgado largamente, se perdió en la noche; y su caballo lo llevó al mismo centro del país salvaje, donde todo estaba invertido, y había letales pantanos y rocas enormes por todo lados, y agujeros en el suelo, y los árboles parecían postes de horcas, porque tenían enormes brazos negros que se estiraban obstruyendo el camino. Y este extraño caballero estaba muy asustado, y su caballo comenzó estremecerse, y al final se detuvo y ni quiso avanzar más, y el caballero se bajó y trató de guiar al caballo, pero este no se movía, y estaba todo cubierto con un sudor como de muerte. Así que el caballero tuvo que continuar sólo, penetrando cada vez más en los bosques salvajes, hasta que al fin llegó a un lugar oscuro, donde oyó gritos y canciones y llantos, sin parecido a nada que hubiera oído antes. Todo sonaba muy cercano, pero no podía entrar, y así él comenzó a llamar, y mientras llamaba, algo se acercó por detrás de él, y en un minuto su mano y sus brazos y sus piernas estaban atados, y se desmayó. Y cuando volvió en sí, yacía al lado del camino, justo donde se había perdido, bajo un roble muerto de tronco negro, y su caballo estaba atado junto a él. Cabalgó hacia el pueblo e informó a la gente lo que había pasado, y algunos de ellos estaban asombrados; pero otros sabían. Así, una vez que todas hubieran llegado, la puerta desaparecía por completo para todo él que quisiera cruzarla. Y cuando todos estaban reunidos, formando un círculo, apretados unos contra otros, alguien comenzaba a cantar en la oscuridad, y alguien más haría un sonido como de truenos con una cosa que ellos tenían para tal propósito, y, en las noches

silenciosas, la gente escucharía el sonido atronador hasta muy, muy lejos de la tierra salvaje, y algunos de ellos, que creían saber lo que era aquello, solían hacer una señal en sobre su pecho cuando despertaban de sus camas en la quietud de la noche y oían ese terrible y profundo sonido, como un trueno en la montañas. Y el ruido y el canto proseguiría por un largo tiempo, y la gente en círculo se balanceaba hacia atrás y hacia adelante; y la canción era cantada en un lenguaje muy, muy antiguo que ya nadie conoce, y la melodía era excéntrica. Nana dijo que su bisabuela, cuando era niña, había conocido a alguien que recordaba un poco de ese lenguaje, y nana trató de cantar un pedacito para mí, y era una melodía tan extraña que mi piel se heló y tuve escalofríos, como si hubiera puesto mi mano en algo muerto. Algunas veces era un hombre el que cantaba, y otras una mujer, y a veces el que lo cantaba lo hacía tan bien que dos o tres de las personas que ahí estaban caían al suelo aullando y desgarrando con sus manos. El canto continuó, y la gente en círculo siguió en su vaivén, y finalmente la luna se elevaría sobre un lugar que ellos llamaban Tole Deol, y subió y se mostró meciéndose y balanceándose de lado a lado, con el dulce y espeso humo ondulando sobre las brasas ardientes, flotando en círculos a su alrededor. Entonces tomaban la cena. Un niño y una niña la repartían; el niño llevaba una gran copa de vino, y la niña llevaba un pastel de pan, y ellos pasaban el vino y el pan a todos, pero sabía diferente del pan y el vino común, y transformaban a todo el que lo probaba. Entonces todos se levantaban y bailaban, y cosas secretas eran traídas de un escondite, y jugaban juegos extraordinarios, y bailaban dando vueltas y

vueltas bajo la luz de la luna[58]*, y a veces algunos desaparecían súbitamente y nunca se volvía a saber de ellos, nadie sabía lo que le pasaba a esas personas*[59]*. Y bebían más de ese curioso vino, y hacían imágenes para adorar, y nana me enseñó como se hacían las imágenes un día que salimos de paseo y encontramos un lugar lleno de barro. Nana me preguntó si quería saber como eran esas cosas que la gente moldeaba en la colina, y yo le dije que sí. Luego ella me dijo que prometiera no decirle a nadie en absoluto acerca de eso, y que si lo hacía sería arrojada al foso negro con los muertos, y yo dije que no le iba a decir a nadie, y ella repitió la mismo una y otra vez, y yo se lo prometí. Y entonces ella tomo mi espátula de madera y cavó para sacar un gran terrón de barro y la puso en mi cubo de hojalata, y me dijo que dijera que iba a hacer pastelitos en mi casa, si nos encontrábamos con alguien. Entonces caminamos un poco, hasta que llegamos a una pequeña arboleda que crecía camino abajo, y nana se detuvo, y miró a ambos lados del camino, y luego se asomó a través de la cerca hacia el campo que había al otro lado, y luego dijo, «¡Rápido!», y corrimos dentro de la arboleda, y nos arrastramos entre los matorrales hasta alejarnos un buen tramo fuera del camino. Entonces nos sentamos bajo un matorral, y yo estaba ansiosa por saber lo que nana iba a hacer con el barro, pero antes de empezar me hizo prometerle una vez más no decir ni una palabra, y se alejó de nuevo y espió por todos lados a través de los matorrales, a pesar de que, estando la vereda tan angosta y escondida, era muy difícil que alguien fuera nunca ahí. Así que nos sentamos, y nana sacó el barro del cubo, y comenzó a amasarlo con sus manos, y a hacer*

cosas extrañas con él, y a voltearlo. Ella lo escondió bajo una gran hoja de acedera por un minuto o dos y entonces lo sacó, y entonces ella se puso de pie y se sentó, y caminó alrededor del barro de una manera peculiar, y todo el tiempo ella estaba cantando una especie de rima, y su cara se puso muy roja.

Entonces se sentó de nuevo, y tomó el barro entre sus manos y comenzó a darle la forma de un muñeca, pero no como la de las muñecas que tengo en casa, ella hizo la muñeca más extraña que yo haya visto, completamente formada del barro húmedo, y la escondió bajo un matorral para que se secara y endureciera, y todo el tiempo que estuvo haciendo eso, ella estaba cantando esas rimas para sí misma, y cara se ponía cada vez más roja. Así que dejamos la muñeca ahí, escondida entre los matorrales donde nadie la podría encontrar. Y unos días más tarde fuimos por el mismo camino, y cuando llegamos a esa angosta y oscura parte de la vereda donde la arboleda se hunde en el banco, nana me hizo prometerlo todo de nuevo, y miró alrededor, justo como lo había hecho antes, y no arrastramos por los matorrales hasta que llegamos al lugar verde donde el pequeño hombre de barro estaba escondido. Lo recuerdo todo muy bien, a pesar de que sólo tenía ocho años, y ya han pasado otros ocho ahora que lo estoy escribiendo, pero el cielo estaba de un profundo azul violeta, y en el centro de la arboleda donde estábamos sentadas había una gran árbol de saúco cubierto de flores, y en el otro lado había un macizo de ulmarias[60]*, y cuando pienso en ese día el olor las ulmarias y las flores de saúco llenan la habitación, y si cierro mis ojos puedo observar el deslumbrante cielo azul, con pequeñas nubes muy blancas flotando a través de él, y nana,*

que se ha ido lejos hace mucho tiempo, sentada frente a mí luciendo como la bella dama blanca en el bosque. Entonces tomamos asiento, y nana sacó el muñeco de barro del lugar secreto donde la había escondido, y dijo que debíamos «ofrecer nuestros respetos», y que ella me enseñaría lo que tenía que hacer, y yo debía observarla todo el tiempo. Así que ella hizo todo tipo de cosas extrañas con el pequeño hombre de barro, y noté que ella estaba rodeada del vapor de su transpiración, a pesar de que habíamos venido caminando lento, y entonces ella me dijo que «ofreciera mis respetos», y yo hice todo lo que ella hizo porque ella me agradaba, y era un juego tan raro. Y ella dijo que, si una amaba mucho, el hombre de barro era muy bueno, siempre que se hicieran ciertas cosas con él; y si una odiaba mucho, él era igual de bueno, sólo que una tenía que hacer cosas diferentes; y jugamos con él un largo rato, y jugamos a que éramos muchas cosas. Nana dijo que su bisabuela le había contado todo sobre estas cosas, pero lo que estábamos haciendo no nos podía hacer daño, sólo era un juego. Pero ella me contó una historia acerca de estas imágenes que me asustaban mucho, y eso era lo que yo recordaba esa noche cuando estaba acostada y despierta en la pálida y vacía oscuridad, pensando en lo que había visto en el bosque secreto. Nana contó que una vez había una joven dama de alta condición, que vivía en un gran castillo. Y ella era tan hermosa que todos los caballeros querían casarse con ella, porque ella era la dama más encantadora que nadie hubiera visto, y ella era amable con todas las personas, y todos pensaban que ella era muy buena. Pero, a pesar de que ella era cortés con todos los caballeros que deseaban casarse con ella, siempre los

rechazaba, y decía que no podía decidirse, y que no estaba segura de querer casarse en lo absoluto. Y su padre, quien era un gran señor, estaba furioso, aunque por otro lado sintiera por ella un gran cariño, y le preguntó porque no elegía un esposo de entre todos los apuestos jóvenes que frecuentaban el castillo. Pero ella sólo decía que no amaba realmente a ninguno de ellos, y que debía esperar, y si la acosaban, decía que marcharía y se haría monja en un convento. Así que todos los caballeros dijeron que se marcharían y esperarían un año y un día, y cuando un año y un día hubieran pasado, ellos volverían y pedirían que dijera con cuál de ellos se iba a casar. La fecha fue fijada y todos se fueron, la dama había prometido que dentro de un año y un día se celebraría su boda con uno de ellos. Pero la verdad era que ella era la reina de la gente que danzaba en la colina en las noches de verano, y en las noches indicadas ella cerraba la puerta de su cuarto, y ella y su doncella dejaban el castillo por un secreto pasaje que sólo ellas sabían, y se marchaban a la colina en la tierra salvaje. Y ella sabía más sobre las cosas secretas que cualquier otra persona, y más que lo que cualquiera hubiera sabido nunca, porque no le contaba a nadie acerca de los más secretos de los secretos. Ella sabía como hacer todas las cosas horribles, cómo destruir hombres jóvenes, cómo maldecir a la gente, y otras cosas que no pude entender. Y su verdadero nombre era Lady Avelin[61]*, pero la gente danzante le llamaba Cassap, que quería decir alguien muy sabio, en el lenguaje antiguo. Y ella era más blanca que cualquiera de ellos, y más alta, y sus ojos brillaban en la oscuridad como rubíes ardientes; y ella podía cantar canciones que nadie más podía cantar, y*

cuando ella cantaba todos caían boca abajo y le adoraban. Y ella podía hace eso que llamaban shib-show, que era un maravilloso encantamiento. Ella le decía al gran señor, su padre, que quería a ir a los bosques para recolectar flores, y él le dejaba ir, y ella y su doncella se adentraban en los bosques donde nadie iba, y la doncella mantenía guardia mientras la dama yacía tirada bajo los árboles y cantaba una canción particular, y ella estiraba los brazos, y desde todas las partes del bosque, grandes serpientes venían, siseando y deslizándose por entre los árboles, y disparando sus lenguas bifurcadas al tiempo que se arrastraban hacia la dama. Y todas llegaron a ella, y se retorcieron alrededor, sobre su cuerpo, sobre sus brazos, sobre su cuello, hasta que ella estuvo cubierta por un hervidero de serpientes, y sólo su cabeza era visible. Y ella les susurró, y cantó para ellas, y ellas se retorcieron dando vueltas y vueltas, cada vez más y más rápido, hasta que ella les ordenó que se marcharan. Y todas ellas se fueron directamente, de vuelta a sus madrigueras, y en el pecho de la dama quedaba la más curiosa y bella piedra, de forma parecida a la de un huevo, y coloreada de azul oscuro y amarillo, y rojo, y verde, marcada como las escamas de una serpiente. Se le llamaba piedra glame[62]*, y con ella una podía hacer todo tipo de cosas maravillosas, y nana dijo que su bisabuela había visto una piedra glame con sus propios ojos, y estaba completamente brillante y escamosa como una serpiente. Y la dama podía hacer otras muchas cosas, pero permanecía completamente inalterable en su idea de no casarse. Y había una multitud de grandes caballeros que querían casarse con ella, pero cinco de ellos eran los mejores, y sus nombres eran Sir Simon,*

Sir John, Sir Oliver, Sir Richard y Sir Rowland. Todos los demás creían que ella decía la verdad, que ella realmente iba a escoger a una de ellos para que fuera su marido cuando un año y un día hubieran pasado; era sólo Sir Simon, quien era muy astuto, él que pensaba que los estaba engañando a todos, y juró que vigilaría e intentaría ver si podía descubrir algo. Y a pesar de que todavía era muy joven, él era muy sabio, y tenía una cara suave y lisa como la de una niña; y él fingió que haría como el resto, que no visitaría al castillo por un período de un año y un día, y dijo que se iba a ir lejos, más allá del mar, a tierras extranjeras. Pero realmente sólo se alejó un poquito, y regresó vestido como una muchacha de la servidumbre, y así obtuvo un puesto en el castillo como lavaplatos. Y él esperó y vigiló, y escuchó todo sin decir nada, y se escondió en lugares oscuros, y se despertó en las noches para mirar, y escuchó y vio cosas que creyó muy extrañas. Y era tan astuto que le dijo a la muchacha que atendía a la dama que él era realmente un joven, y que estaba vestido como una chica porque la amaba demasiado y quería estar en la misma casa que ella, y la muchacha quedó tan complacida que le contó muchas cosas, y él estuvo más seguro que nunca de que Lady Avelin lo engañaba a él y a los otros. Y fue tan hábil, y le dijo a la criada tantas mentiras, que una noche logró esconderse en las cortinas de la habitación de Lady Avelin. Y permaneció completamente silencioso, sin moverse, y finalmente la dama llegó. Y ella se agachó debajo de la cama, y alzó una roca; debajo de esa roca había una cavidad, y de esa cavidad ella sacó una figura de cera, exactamente como la que yo y nana habíamos hecho con barro en la arboleda. Y todo

el tiempo los ojos de ella ardían como rubíes. Y ella tomó el pequeño muñeco de cera en sus brazos y lo presionó contra su pecho, y murmuró y susurró, y lo levantó y lo acostó de nuevo, y lo sostuvo sobre su cabeza, y luego lo sostuvo bajo su cintura, y luego lo acostó de nuevo. Y dijo, «Feliz aquel que engendró al obispo, que ordenó al cura, que casó al hombre, que tuvo a la esposa, que cuidó de la colmena, que abrigó a la abeja, que reunió la cera de la que mi verdadero amor fue hecho». Y sacó de una hornacina un gran tazón, y de un armario sacó una gran jarra de vino, y vertió un poco de vino en el tazón, y colocó muy gentilmente al maniquí en el vino, y lo bañó completamente en él. Entonces se dirigió a una vitrina y tomó un pequeño pastel redondo y lo colocó en la boca de la imagen, y entonces lo cargó en brazos suavemente y lo cubrió. Y Sir Simon, quien estaba vigilante todo el tiempo, a pesar de que estaba terriblemente asustado, vio a la dama inclinarse y estirar sus brazos y susurrar y cantar, y entonces Sir Simon vio al lado de ella un hermoso joven, que la besó en los labios. Y ellos bebieron juntos del tazón dorado, y comieron del pastel. Pero cuando el sol salió, sólo estaba ahí el pequeño muñeco de cera, y la dama lo ocultó de nuevo debajo de la cama. De esta manera Sir Simon supo con seguridad lo que era la dama, y esperó y vigilo, hasta que el tiempo fijado estuvo a punto de terminar, sólo faltaba una semana para que se cumplieran un año y un día. Y una noche, cuando observaba escondido tras las cortinas, le vio fabricar más muñecos de cera. Y ella hizo cinco, y los ocultó. La noche siguiente sacó uno, y lo levantó, llenó el tazón dorado con agua, y tomó al muñeco por el cuello manteniéndolo bajo el agua. Luego dijo:

Sir Dickon, Sir Dickon, tus días han terminado,
en la claridad del agua serás ahogado[63].

Y al día siguiente noticias llegaron al castillo acerca de Sir Richard, que había perecido ahogado en el vado. Y en la noche ella tomó otro muñeco, y ató una cordón violeta alrededor de su cuello, luego lo colgó de un clavo. Entonces dijo:

Sir Rowland, tu vida a llegado a su final,
en lo alto de un árbol te veré colgar.[64]

Y al día siguiente noticias llegaron al castillo acerca de Sir Rowland, que había sido ahorcado por ladrones en el bosque. Y en la noche ella tomó otro muñeco, y le clavó su punzón directo en el corazón. Entonces dijo:

Sir Noll, Sir Noll, así tu vida acaba,
tu corazón perforado por la daga.[65]

Y al día siguiente noticias llegaron al castillo acerca de Sir Oliver, que había tenido una riña en una taberna, y un forastero le había apuñalado en el corazón. Y en la noche ella tomó otro muñeco, y la sostuvo sobre la llama de unos carbones hasta que se derritió. Entonces dijo:

Sir John, regresa, retorna al barro,
en el fuego de la fiebre serás abrasado.[66]

Y al día siguiente noticias llegaron al castillo acerca de Sir John, que había muerto de una fiebre ardiente. Así que entonces, Sir Simon salió del castillo y montó su caballo, y cabalgó hasta donde el obispo, y le contó todo. Y el obispo envió a sus hombres, y prendieron a Lady Avelin, y todo lo que ella había hecho se descubrió. Y así, un día después del plazo de un año y un día, cuando tenía que haber elegido un marido, ella fue llevada a través del pueblo vistiendo una bata, y la ataron a una gran estaca en la plaza central, y la quemaron viva ante los ojos del obispo, con su muñeco de cera colgando de su cuello. Y la gente que lo vio dijo después, que oyeron al hombre de cera gritar entre el ardor de las llamas. Y yo pensé mucho en esa historia mientras estaba despierta en la cama, y me pareció ver a Lady Avelin en la plaza, con las llamas amarillas devorando su hermoso cuerpo blanco. Y pensé tanto acerca de eso que sentí que entraba yo misma en la historia, e imaginé que yo era la dama, y que venían a llevarme para que quemarme en la hoguera, con toda la gente del pueblo observándome. Y me pregunté si a ella le habría importado, después de todas las cosas extrañas que había hecho, y si dolería mucho que te quemaran atada a una estaca. Traté y traté de no acordarme de las historias de nana, y de recordar lo que había visto en esa tarde, y lo que había en el bosque secreto, pero sólo pude ver la oscuridad y un resplandor en esa oscuridad, y luego todo se fue, y sólo me vi a mí misma corriendo, y luego una gran luna surgió toda blanca sobre una colina redonda. Y entonces todas las historias volvieron, y las extrañas rimas que nana solía cantarme; y había una que empezaba: «Halsy cumsy Helen musty», que ella solía cantar muy

suavemente cuando quería arrullarme. Y yo empecé a cantarla para mí dentro de mi cabeza, y me dormí.

A la mañana siguiente yo estaba muy cansada y soñolienta, y difícilmente podía hacer mis lecciones, y me dio mucho gusto cuando terminaron y fue hora de la comida, porque yo quería salir de la casa y estar sola. Era un día caluroso, y yo me dirigí a una bonita colina cubierta de césped junto al río, y me senté sobre el viejo chal de mi madre que me había traído a propósito. El cielo estaba gris, como el del día anterior, pero había una especie de destello blanco detrás, y desde donde yo estaba sentada podía mirar el pueblo allá abajo, y estaba todo quieto y silencioso y blanco, como un cuadro. Recordé que había sido en esa colina donde nana me había enseñado a jugar un antiguo juego llamado «Troy Town», en el que una tenía que bailar, y dar vueltas hacia dentro y hacia fuera de un diseño dibujado sobre la hierba, y entonces, cuando una ha bailado y girado lo suficiente, la otra persona te hace preguntas, y no puedes evitar contestarle quieras o no, y cualquier cosa que te ordenen hacer, tú sientes que tienes que hacerlo. Nana decía que antes había muchos juegos como ese, que algunas personas los conocían, y había uno por el que una persona podía ser convertida en lo que tú quisieras, y un anciano que su bisabuela conocía había conocido a una niña a la que habían convertido en una serpiente enorme. Y había otro juego muy antiguo que se trataba de bailar y girar y dar vueltas, por el cual tú podías sacar a una persona fuera de sí misma y esconderla todo el tiempo que tú quisieras, y su cuerpo se iba caminando completamente vacío, sin ninguna sensación. Pero fui a esa colina porque quería pensar acerca de lo que

había pasado el día anterior, y acerca del bosque secreto. Desde el lugar en que estaba sentada yo podía mirar más allá del pueblo, hacia la abertura que había encontrado, donde un pequeño arroyo me había guiado a una región desconocida. Y me imaginé que estaba siguiendo el arroyo de nuevo, y recorrí todo el camino en mi mente, y al final encontré el bosque, y me arrastré adentrándome en él debajo de los arbustos, y luego en la oscuridad vi algo que mi hizo sentir como si estuviera llena de fuego por dentro, como si quisiera bailar y cantar y volar sobre el aire, porque estaba transformada y hermosa. Pero lo que vi no había cambiado en lo absoluto, ni había envejecido, y me pregunté una y otra vez como tales cosas podrían ser, y si realmente las historias de nana podrían ser verdad, porque bajo la luz del día, al aire abierto, todo parecía tan diferente a como era en la noche, cuando estaba asustada, y creía que me iban a quemar viva. Una vez le conté a mi padre uno de los cuentos de ella, que era acerca de un fantasma, y le pregunté si era cierto, y él me dijo que no era de ninguna manera cierto, y que sólo la gente vulgar e ignorante creía en tales disparates. Estaba muy enojado con nana por haberme contado esa historia, y la regañó, y después de eso yo le prometí a ella que nunca diría una palabra de lo que me contara, y que si lo hacía, me mordiera una gran serpiente negra que vivía en un estanque en el bosque. Y ahí, completamente sola en la colina, yo me preguntaba qué era verdad. Yo había visto algo muy asombroso y encantador, y yo sabía una historia, y si realmente lo había visto, y no imaginado ahí afuera en la oscuridad; y esa rama negra, y ese brillante resplandor que estaba remontándose hacia el cielo

sobre la gran colina redonda; pero si yo en verdad lo había visto, entonces existían todo tipo de cosas maravillosas, y atrayentes, y terribles en que pensar; y así, sentí una gran nostalgia y un temblor, y sentí que mi cuerpo ardía y se congelaba. Y bajé la mirada al pueblo, tan inmóvil y silencioso, como un pequeño cuadro blanco, y luego pensé una y otra vez si aquello podía ser verdad. Estaba muy lejos de decidirme en algún sentido; había una extraña agitación en mi corazón que parecía susurrarme todo el tiempo que yo no lo había imaginado, y aún así parecía imposible, y sabía que mi padre y todos los demás dirían que todo eso eran horrendos disparates. Nunca soñé en contarle a él o a nadie una palabra al respecto, porque sabía que sería inútil, y lo que obtendría sería que se burlaran de mí y me reprendieran, así que por un largo tiempo estuve muy callada, y la pasaba pensativa y extrañada, y por las noches soñaba con cosas asombrosas, y algunas veces despertaba en la madrugada llorando y con los brazos levantados. Y estaba asustada, también, porque había peligros, y alguna cosa horrible me podía pasar si la historia era verdad, a menos que tuviera mucho cuidado. Estas viejas historias estaban siempre en mi cabeza, noche y día, y yo volvía a ellas y me las contaba a mí misma una y otra vez, y volvía a los caminos donde nana me las había contado; y cuando me sentaba en el cuarto de los niños, junto al fuego, por las tardes, imaginaba que nana se sentaba en la otra silla, contándome alguna historia maravillosa en voz baja, para que nadie nos oyera. Pero a ella le gustaba más contarme cosas cuando estábamos afuera en el campo, lejos de la casa, porque ella decía que me estaba contando cosas muy secretas, y las paredes oyen. Y si era sobre

cosas más secretas que nunca, teníamos que escondernos en los bosques o arboledas; y yo solía pensar que era tan divertido arrastrarse por los bosquecillos, y avanzar muy suavemente, y luego meterse detrás de los matorrales o irse corriendo de pronto dentro del bosque, seguras de que nadie nos veía; y por eso sabíamos que teníamos nuestros secretos para nosotras solas, y nadie más sabía nada de ninguna manera. De vez en cuando, después de habernos escondido como ya dije, ella me enseñaba muchas cosas extravagantes. Un día, recuerdo, estábamos en un bosquecillo de avellanos, mirando descuidadamente el arroyo, y estaba tan cómodo y templado, como si estuviéramos en abril; el sol estaba bastante fuerte, y las hojas apenas estaban brotando. Nana dijo que me iba a enseñar algo chistoso que me iba a hacer reír, y entonces me mostró, como había dicho, la manera de poner de cabeza una casa entera, sin que nadie pudiera descubrirlo, y las cazuelas y ollas saltarían, y la vajilla se quebraría, y las sillas quedarían derribadas sobre sí mismas. Lo intenté una vez en la cocina, y descubrí que lo podía hacer muy bien, y toda una fila de platos cayeron de su estante, y la pequeña mesa de la cocinera se inclinó y quedó volteada «justo en frente de sus ojos», como dijo ella, pero estaba tan asustada y se puso tan blanca que no lo hice de nuevo, porque ella me agradaba. Y luego, en el soto de avellanos, después de enseñarme como hacer que las cosas se cayeran, me enseñó como hacer que se oigan sonidos como de golpecitos, y aprendí como hacer eso también. Luego me enseñó rimas para decir en ciertas ocasiones, y otras cosas que su bisabuela le había enseñado cuando era niña. Y estas eran todas las cosas en que yo pensaba en

esos días después de la extraña caminata cuando pensé que había visto un gran secreto, y deseaba que nana estuviera ahí para preguntarle, pero ella se había marchado hacía más de dos años, y nadie sabía que había sido de ella, o a dónde se había ido. Pero siempre recordaré esos días aunque viva por muchos años, porque todo el tiempo me sentí tan raro, extrañada y llena de dudas, a ratos muy segura, decidida, pero luego completamente convencida de que tales cosas no podían pasar en realidad, y todo empezaba de nuevo. Pero tuve mucho cuidado de no hacer ciertas cosas que serían muy peligrosas. Así que esperé y reflexioné por un largo tiempo, y a pesar de que no estaba segura de nada, nunca me atreví a tratar de descubrir la verdad. Pero una día quedé completamente convencida de que las historias de nana eran verdad, y estaba sola cuando eso ocurrió. Tembló todo mi cuerpo lleno de gozo y de terror, y tan rápido como pude corrí dentro de una de los antiguos sotos donde solíamos ir —el que estaba junto al camino, donde nana hizo al pequeño hombre de barro — y corrí dentro de él, me arrastré; y cuando llegué al lugar donde estaba el saúco, me tapé la cara con las manos y me dejé caer sobre el césped, y me quedé ahí por dos horas sin moverme, susurrando para mí misma cosas deliciosas y terribles, y repitiendo algunas palabras una y otra vez. Todo fue verdadero y maravillosos y espléndido, y cuando recordé la historia yo supe y pensé en lo que realmente había visto, me dio calor y me dio frío, y al aire pareció llenarse de perfumes, y de flores, y de cantos. Y primero me dieron ganas de hacer un pequeño hombre de barro, como el que nana había hecho hacía mucho tiempo, y tuve que pensar en planes y

estratagemas, y vigilar, y pensar en las cosas de antemano, porque nadie debía sospechar lo que estaba haciendo o iba a hacer, y yo ya estaba muy grande para ir cargando barro en un cubo de hojalata. Al final pensé en un plan, y logré llevar el barro húmedo a la arboleda, e hice todo lo que nana había hecho, sólo que hice una imagen mucho más hermosa que la de ella; y cuando estuvo listo, hice todo lo que pude imaginar y muchas cosas más que lo que ella hizo, porque era la imagen de algo mucho mejor. Y unos días más tarde, un día en que había terminado mis lecciones más temprano, fui por segunda vez por el camino del pequeño arroyo que me había llevado a la extraña región. Y seguí el arroyo, y avancé a través los arbustos, y bajo las ramas bajas de los árboles, y subí por los matorrales espinosos hasta la colina, y luego por bosques oscuros llenos de espinas reptantes; un largo, largo camino. Y entonces me arrastré a través del túnel oscuro donde había estado el arroyo y el suelo era rocoso, hasta que al final llegué a los matorrales que trepaban por la colina, y aunque las hojas estuvieran desprendiéndose de los árboles, todo lucía casi tan negro como el primer día que fui. Y los matorrales estaban iguales, subí lentamente hasta que salí a la gran colina desnuda, y comencé a caminar entre las fantásticas rocas. Vi de nuevo el terrible voor sobre todo aquello, porque, aunque el cielo estaba más brillante, el anillo de colinas salvajes que la rodeaban era aún oscuro, y los bosques colgantes lucían oscuros y temibles, y las extrañas rocas estaban tan grises como siempre; y cuando las miré desde el gran montículo, sentada en la piedra, vi todos sus asombrosos círculos y vueltas dentro de otras vueltas, y me tuve que estar muy

quieta y vigilarlas mientras comenzaban a girar a mi alrededor, y cada piedra bailaba en su lugar, y parecían ir dando vueltas y vueltas en un gran remolino, como si una estuviera en el centro de todas las estrellas y las mirara precipitarse a través del aire. Y así, yo bajé de ahí para estar entre las rocas y bailar con ellas y cantar extraordinarias canciones; y bajé por los otros matorrales, y bebí de la brillante corriente en el cercano valle secreto, poniendo mis labios sobre el agua burbujeante; y entonces seguí avanzando hasta que llegué al profundo y rebosante pozo entre el musgo brillante, y me senté. Miré adelante dentro de la secreta oscuridad del valle, y detrás de mí estaba el grande y elevado muro de hierba, y todo a mi alrededor había bosques colgantes que convertían al valle en un lugar tan secreto. Sabía que no había absolutamente nadie allí a parte de mí, y que nadie podía verme. Así que me quité las botas y las medias, y dejé que mis pies bajaran al agua, diciendo las palabras que yo sé. Y no estaba fría, como yo pensaba, sino tibia y muy agradable, y cuando mis pies estaban en ella se sentía como si estuvieran cubiertos de seda, o como si la ninfa los estuviera besando. Así que, cuando terminé, dije las otras palabras e hice los signos, y entonces sequé mis pies con una toalla que había traído a propósito, y me puse mis medias y mis botas. Entonces escalé el inclinado muro, y fui al lugar donde están los agujeros, y los dos hermosos montículos, y las redondas crestas de tierra, y todas las extrañas figuras. No bajé al agujero esta vez, pero al final me di la vuelta y descifré las figuras de manera muy simple, porque estaba más claro entonces, y había recordado la historia que antes había olvidado completamente, y

en la historia las dos figuras se llaman Adán y Eva, y sólo aquellos que conocen la historia entienden los que significan. Y entonces, seguí avanzando hasta que llegué al bosque secreto que no debe ser descrito, y me arrastré dentro de él de la manera que había descubierto. Y cuando había llegado a la mitad del camino me detuve, y me di la vuelta, y me preparé, y até el pañuelo muy fuerte sobre mis ojos, y me aseguré de que no pudiera ver nada, ni una rama, ni el borde de una hoja, ni la luz del cielo, porque era una viejo pañuelo de seda roja con grandes círculos amarillos, que daba dos vueltas en mi cabeza y cubría mis ojos, para que no pudiera ver nada. Y entonces comencé a avanzar, paso a paso, muy lentamente. Mi corazón latía cada vez más rápido, y algo se elevó en mi garganta que me ahogaba y me hacía tener ganas de llorar, pero apreté mis labios, y seguí. Las ramas atrapaban mi cabello, y grandes espinas me desgarraban; pero seguí hasta el final del camino. Entonces me detuve, y estiré mis brazos y me incliné, y la primera vez tuve que dar vueltas, tanteando con las manos, y no había nada. Di vueltas la segunda vez, tanteando con las manos, y no había nada. Entonces di vuelta por tercera vez, tanteando con las manos, y la historia era toda verdad, y deseé que los años hubieran pasado ya, y que no tuviera que esperar un tiempo tan largo para ser feliz por siempre y para siempre.

Nana debe haber sido una profeta como los que se leen en la Biblia. Todo lo que ella dijo se hizo realidad, y desde entonces otras cosas que ella me dijo han pasado. Así fue como llegué a saber que sus historias eran verdad y que yo no había inventado ese secreto. Pero hubo otra cosa que pasó ese día. Fui una

segunda vez al lugar secreto. Estaba en el pozo rebosante, y cuando estaba parada en el musgo me agaché y miré adentro, y entonces supe quién era aquella dama blanca que había visto salir del agua en el bosque hacía mucho tiempo, cuando era pequeña. Y mi cuerpo tembló, porque eso me hizo ver otras cosas. Luego recordé como algún tiempo después de que había visto a la gente blanca en el bosque, nana me preguntó más sobre ellos, y yo le conté todo de nuevo, y ella escuchó, y no me dijo nada por mucho tiempo, y finalmente ella dijo, «La verás de nuevo». Así que ahora entendía lo que había pasado y lo que iba a pasar. Y comprendí lo de las ninfas; cómo yo las encontraría en toda clase de lugares, y siempre me ayudarían, y siempre debía buscar por ellas, y encontrarlas bajo toda clase de formas y apariencias. Y sin las ninfas yo nunca podría haber descubierto el secreto, y sin ellas ninguna de las otras cosas hubiera pasado. Nana me había contado todo sobre ellas hacía mucho tiempo, pero ella las llamaba por otro nombre, y yo no sabía a que se refería, o de que trataban sus historias, sólo que eran muy raras. Y había dos tipos, las luminosas y las oscuras, y ambas eran adorables y maravillosas, y algunas personas veían sólo a un tipo, y otras veían al otro, pero algunas podían ver ambos. Pero generalmente las oscuras aparecían primero, y las luminosas después, y había cuentos extraordinarios sobre ellas. Fue un día o dos después de que había regresado a casa desde el lugar secreto, que por primera vez conocí realmente a las ninfas. Nana me había enseñado como llamarlas, y yo había tratado, pero no sabía lo que ella quería decir, así que pensé que eran sólo disparates. Pero me decidí a tratar de nuevo, y así fui al bosque donde estaba el

estanque donde vi a la gente blanca, y traté de nuevo. La ninfa oscura, Alanna, vino, y convirtió el estanque de agua en un estanque de fuego...[67]

EPÍLOGO

—Esa es un extraña historia —dijo Cotgrave, entregando el libro a Ambrose, el recluso—. Percibo en gran medida el sentido de la historia, pero muchas cosas me resultan incomprensibles. En la última página, por ejemplo, ¿a qué se refiere con las palabra «ninfas»?

—Bueno, me parece que a lo largo de todo el manuscrito hay referencias a ciertos «procesos» que han sido trasmitidos por medio de la tradición a través de las edades. Algunos de estos procesos apenas comienzan a estar al alcance de la ciencia, la cuál ha llegado a ellos, o más bien a los pasos que conducen a ellos, por vías completamente distintas. Yo he interpretado la referencia a las «ninfas» como una referencia a uno de estos procesos.

—¿Y usted cree que tales cosas existen?

—¡Oh, así lo creo! Sí, creo que podría darle evidencias convincentes en ese punto. Me temo que… ¿habrá descuidado usted el estudio de la alquimia? Es una pena; por el simbolismo, principalmente, es muy hermoso, y aún más si usted estuviera al tanto de ciertos libros en la materia, podría recordarle frases que podrían explicar una buena parte de lo que está en el manuscrito que usted ha estado leyendo.

—Sí; pero yo quisiera saber si usted piensa realmente que hay algún fundamento fáctico detrás de estas fantasías. ¿No es todo esto un ramo de la poesía, un curioso sueño en el que el hombre se ha abandonado?

—Sólo puedo decir que, sin duda alguna, es mejor para la gran mayoría de las personas echar a un lado todo esto como un sueño… Pero si usted me pregunta por mi verdadera convicción, apuntaría absolutamente en la

dirección opuesta. No; no diré convicción, si no más bien conocimiento. Puedo decirle que he conocido casos en los que los hombres han tropezado de manera completamente accidental con estos «procesos», y han quedado pasmados ante consecuencias completamente inesperadas. En los casos en los que estoy pensando no podría haber posibilidad alguna de «sugestión» o acción subconsciente de ningún tipo. Uno podría, así mismo, suponer a un escolar infiriendo para sí mismo por «sugestión» la existencia de Esquilo, mientras repasa mecánicamente las declinaciones.

»Pero usted habrá notado la obscuridad, —prosiguió Ambrose— y en este caso particular debe haber sido dictada por el instinto, desde el momento que el autor nunca pensó en que sus manuscritos caerían en otras manos. Pero tal práctica es universal, y por las más excelentes razones. Los medicamentos poderosos y soberanos, los cuáles son también, por necesidad, virulentos venenos, son mantenidos encerrados en los armarios. Los niños podrán encontrar la llave por azar, y beber su propia muerte; pero en la mayoría de los casos, la búsqueda es educacional, y los frascos contienen preciosos elixires para aquel que se ha forjado pacientemente para sí mismo una llave.

—No le interesa entrar en detalles, ¿verdad?

—No, francamente, no. Usted habrá de permanecer en la incertidumbre. Pero ¿vio usted la manera en que el manuscrito ilustra la conversación que tuvimos la semana pasada?

—¿Vive aún la chica?

—No. Yo fui uno de los que la encontraron. Conocía bien al padre; era un abogado, y siempre le había dejado mucho tiempo para ella misma. No pensaba en nada más que en escrituras y contratos, y las noticias llegaron a él como una horrenda sorpresa. Ella estaba perdida una mañana, supongo que era un año después de haber escrito lo que

usted leyó. Los sirvientes fueron llamados, e hicieron comentarios, y les dieron la única interpretación natural: una perfectamente errónea.

»Descubrieron el libro verde en algún lugar de su habitación, y yo la encontré en el lugar que ella había descrito con tanto temor, yaciendo en el piso frente a la imagen.

—¿Era una imagen?

—Sí, estaba escondida por las espinas y la maleza que la rodeaba. Era un campo salvaje, y solitario; pero usted conoce cómo era por la descripción que ella hizo, aunque por supuesto, usted comprenderá que se le había agregado algo de color al relato. La imaginación de un niño siempre hace más altas las elevaciones y más hondas las profundidades de lo que realmente son; y ella tenía, desafortunadamente para ella, algo más que imaginación. Una podría decir, tal vez, que la imagen en su mente, la cuál fue exitosamente traducida en palabras, era la escena tal como habría aparecido en la imaginación de un artista. Pero era una extraño, desolado paisaje.

—¿Y estaba muerta?

—Sí. Se había envenenado a sí misma, a tiempo. No; no había una palabra que decir contra ella en el sentido ordinario. Recordara usted una historia que le conté la otra noche acerca de una dama que vio los dedos de su hija aplastados por una ventana.

—¿Y qué era esta estatua?

—Bueno, era una confección romana, de un tipo de piedra que no se había ennegrecido con los años, sino que se había tornado blanca y luminosa. Los matorrales habían crecido a su alrededor y la habían ocultado, y en la Edad Media los seguidores de una muy antigua tradición habían sabido como usarla para sus propios propósitos. De hecho había sido incorporada dentro de la monstruosa mitología

del Sabbat. Habrá usted tomado nota de que, a aquellos a quienes una visión de esa brillante blancura ha sido concedida por azar, o tal vez, más bien, por aparente azar, se les exigía vendarse los ojos en su segunda aproximación. Eso es muy significativo.

—¿Y está aún ahí?

—Yo envíe por herramientas, y lo martilleamos hasta convertirlo en polvo y fragmentos.

—La persistencia de la tradición no me sorprende —dijo Ambrose, después de una pausa—. Podría mencionar muchas jurisdicciones inglesas en donde tradiciones tales como la que esa chica había escuchado en su niñez están aún vivas con un oculto, pero intacto vigor. No; para mí es la «historia», no la «secuela», lo que es extraño y poderoso, porque siempre he creído que lo maravilloso surge del alma.

La muerte de Halpin Frayser

Ambrose Bierce

(1891)

I

Porque la muerte provoca cambios más importantes de lo que comúnmente se cree. Aunque, en general, es el espíritu el que, tras desaparecer, suele volver y es en ocasiones contemplado por los vivos (encarnado en el mismo cuerpo que poseía en vida), también ha ocurrido que el cuerpo haya andado errante sin el espíritu. Quienes han sobrevivido a tales encuentros manifiestan que esas macabras criaturas carecen de todo sentimiento natural, y de su recuerdo, a excepción del odio. Asimismo, se sabe de algunos espíritus que, habiendo sido benignos en vida, se transforman en malignos después de la muerte.

Hali

Una oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño del que no recordaba nada. Levantó la cabeza y, después de fijar la mirada durante un rato en la oscuridad que le rodeaba, dijo: «Catherine Larue». No agregó nada más; ni siquiera sabía por qué había dicho eso. El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero su paradero actual es desconocido, pues ha muerto. Quien tiene el hábito de dormir en los bosques sin otra cosa bajo su cuerpo que hojarasca y tierra húmeda, arropado únicamente por las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que la tierra procede, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser ya había cumplido los treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones, y con mucho las mejores, que consideran tal edad como avanzada: son los niños. Para quienes contemplan el periplo vital desde el

puerto de partida, la nave que ha recorrido una distancia considerable parece muy próxima a la otra orilla. Con todo, no está claro que Halpin Frayser muriera por estar a la intemperie.

Había pasado todo el día buscando palomas y caza por el estilo en las colinas que hay al oeste del valle de Napa. Avanzada la tarde, el cielo se cubrió y Frayser no supo orientarse. Aunque lo más apropiado hubiera sido descender, como todo el que se pierde sabe, la ausencia de senderos se lo impidió y la noche le sorprendió en el bosque. Incapaz de abrirse camino en la oscuridad a través de las matas de manzanita y otras plantas silvestres, confuso y rendido por el cansancio, se echó debajo de un gran madroño donde el sueño le invadió rápidamente. Sería horas más tarde, justo en la mitad de la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros divinos que se dirigía hacia el oeste por la línea del alba, abandonaría las filas de las nutridas huestes celestiales y pronunciaría en el oído del durmiente la palabra que le haría incorporarse y nombrar, sin saber por qué, a alguien que no conocía.

Halpin Frayser no tenía mucho de filósofo ni de hombre de ciencia. El hecho de que al despertar de un profundo sueño hubiera pronunciado un nombre desconocido, del que apenas se acordaba, no le resultó lo bastante curioso para analizarlo. Le pareció, eso sí, extraño y, tras un ligero escalofrío, en atención a la extendida opinión del momento sobre la frialdad de las noches, se acurrucó de nuevo y se volvió a dormir; pero esta vez su sueño sí iba a ser recordado. Soñó que iba por un camino polvoriento cuya blancura resaltaba en la oscuridad de una noche de verano. No sabía de dónde venía aquel camino ni adónde iba, ni tampoco por qué lo recorría, pero todo parecía de lo más normal y natural, como suele ocurrir en los sueños: en el país que hay más allá del lecho las sorpresas no turban y la

razón descansa. Enseguida llegó a una bifurcación: del primer camino partía otro que parecía intransitado desde hacía tiempo porque, en opinión de Frayser, debía conducir a algún lugar maldito. Empujado por una imperiosa necesidad, y sin la menor vacilación, lo siguió.

Según avanzaba, llegó a la conclusión de que por allí rondaban criaturas invisibles cuyas formas no conseguía adivinar. Unos murmullos entrecortados e incoherentes, que a pesar de ser emitidos en una lengua extraña Frayser comprendió en parte, surgieron de los árboles laterales. Parecían fragmentos de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma. Aunque ya estaba muy avanzada la noche, el bosque interminable se encontraba bañado por una luz trémula que, al no tener punto de difusión, no proyectaba sombras. Un charco formado en la rodada de una carreta emitía un reflejo carmesí que llamó su atención. Se agachó y hundió la mano en él. Al sacarla, sus dedos estaban manchados. ¡Era sangre! Sangre que, como pudo observar entonces, le rodeaba por todas partes: los helechos que bordeaban profusamente el camino mostraban gotas y salpicaduras sobre sus grandes hojas; la tierra seca que delimitaba las rodadas parecía haber sido rociada por una lluvia roja. Sobre los troncos de los árboles había grandes manchas de aquel color inconfundible, y la sangre goteaba de sus hojas como si fuera rocío.

Frayser contemplaba todo esto con un temor que no parecía incompatible con la satisfacción de un deseo natural. Era como si todo aquello se debiera a la expiación de un crimen que no podía recordar, pero de cuya culpabilidad era consciente. Y este sentimiento acrecentaba el horror de las amenazas y misterios que le rodeaban. Pasó revista a su vida para evocar el momento de su pecado, pero todo fue en vano. En su cabeza se entremezclaron confusamente imágenes de escenas y acontecimientos, pero

no consiguió vislumbrar por ningún lado lo que tan ansiosamente buscaba. Este fracaso aumentó su espanto; se sentía como el que asesina en la oscuridad sin saber a quién ni por qué. Tan horrorosa era la situación —la misteriosa luz alumbraba con un fulgor amenazador tan terrible, tan silencioso; las plantas malignas, los árboles, a los que la tradición popular atribuye un carácter melancólico y sombrío, se confabulaban tan abiertamente contra su sosiego; por todas partes surgían murmullos tan sobrecogedores y lamentos de criaturas tan manifiestamente ultraterrenas— que no la pudo soportar por más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo por romper el maligno hechizo que condenaba sus facultades al silencio y la inactividad, lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se deshizo en una multitud de sonidos extraños y fue perdiéndose por los confines del bosque hasta apagarse. Entonces todo volvió a ser como antes. Pero había iniciado la resistencia y se sentía con ánimos para proseguirla.

—No voy a someterme sin ser escuchado —dijo—. Puede que también haya poderes no malignos transitando por este maldito camino. Les dejaré una nota con una súplica. Voy a relatar los agravios y persecuciones que yo, un indefenso mortal, un penitente, un poeta inofensivo, estoy sufriendo. Halpin Frayser era poeta del mismo modo que penitente, sólo en sueños.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno rojo con pastas de piel, la mitad del cual dedicaba a anotaciones, pero se dio cuenta de que no tenía con qué escribir. Arrancó una ramita de un arbusto y, tras mojarla en un charco de sangre, comenzó a escribir con rapidez. Apenas había rozado el papel con la punta de la rama, una sorda y salvaje carcajada estalló en la distancia y fue aumentando mientras parecía acercarse; era una risa inhumana, sin alma, tétrica, como el

grito del colimbo solitario a media noche al borde de un lago; una risa que concluyó en un aullido espantoso en sus mismos oídos y que se fue desvaneciendo lentamente, como si el maldito ser que la había producido se hubiera retirado de nuevo al mundo del que procedía. Pero Frayser sabía que no era así: aquella criatura no se había movido y estaba muy cerca.

Una extraña sensación comenzó a apoderarse lentamente tanto de su cuerpo como de su espíritu. No podía asegurar qué sentido, de ser alguno, era el afectado; era como una intuición, como una extraña certeza de que algo abrumador, malvado y sobrenatural, distinto de las criaturas que le rondaban y superior a ellas en poder, estaba presente. Sabía que era aquello lo que había lanzado esa cruel carcajada, y ahora se aproximaba; pero desconocía por dónde y no se atrevía a hacer conjeturas. Sus miedos iniciales habían desaparecido y se habían fundido con el inmenso pavor del que era presa. A esto se añadía una única preocupación: completar su súplica dirigida a los poderes benéficos que, al cruzar el bosque hechizado, podrían rescatarle si se le negaba la bendición de ser aniquilado. Escribía con una rapidez inusitada y la sangre de la improvisada pluma parecía no agotarse. Pero en medio de una frase sus manos se negaron a continuar, sus brazos se paralizaron y el cuaderno cayó al suelo. Impotente para moverse o gritar, se encontró contemplando el rostro cansado y macilento de su madre que, con los ojos de la muerte, se erguía pálida y silenciosa en su mortaja.

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser tenían una posición acomodada en la sociedad que había sobrevivido al desastre de la guerra civil. Sus hijos habían tenido las oportunidades sociales y educativas propias de su época y posición, y habían desarrollado unas formas educadas y unas mentes cultivadas. Halpin, que era el más joven y enclenque, estaba un poquito mimado; en él se hacía patente la doble desventaja del mimo materno y de la falta de atención paterna. Frayser *père* era lo que todo sureño de buena posición debe ser: un político. Su país, o mejor dicho, su región y su estado le llevaban tanto tiempo y le exigían una atención tan especial que sólo podía prestar a su familia unos oídos algo sordos a causa del clamor y del griterío, incluido el suyo, de los líderes políticos.

El joven Halpin era un muchacho soñador, indolente y bastante sentimental, más amigo de la literatura que de las leyes, profesión para la que había sido educado. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías de la herencia veían en el muchacho al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, quien de ese modo volvía a recibir los rayos de la luna, astro por cuya influencia Bayne llegó a ser un poeta de reconocida valía en la época colonial. Aunque no siempre se observaba, sí era digno de observación el hecho de no considerar un verdadero Frayser a aquel que no poseyera con orgullo una suntuosa copia de las obras poéticas de su antecesor (editadas por la familia y retiradas hacía tiempo de un mercado no muy favorable); sin embargo, y de forma incomprensible, la disposición a honrar al ilustre difunto en la persona de su sucesor espiritual era

más bien escasa: Halpin era considerado la oveja negra que podía deshonrar a todo el rebaño en cualquier momento poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de dedicarse a tareas orientadas por la ambición, sino en el de despreciar aquellas cualidades que apartan a un hombre de la beneficiosa vocación política.

Para hacer justicia al joven Halpin, hay que confesar que, aunque él encarnaba fielmente la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial, sólo se le consideraba depositario del don y arte divino por pura deducción. No sólo no había cortejado jamás a la musa sino que, a decir verdad, habría sido incapaz de escribir correctamente un verso para escapar a la muerte. Sin embargo nadie sabía cuándo esa dormida facultad podría despertar y hacerle tañer la lira. Mientras tanto, el muchacho resultaba bastante inútil. Entre él y su madre existía una gran comprensión, pues la señora era, en secreto, una ferviente discípula de su abuelo; pero, con el tacto digno de elogio en personas de su sexo (algunos calumniadores prefieren llamarlo astucia), siempre había procurado ocultar su afición a todos menos a aquel que la compartía. Este delito común constituía un lazo más entre ellos. Si bien es cierto que en su infancia Halpin era un mimado de su madre, hay que decir que él había hecho todo lo posible porque así fuera. A medida que se acercaba al grado de virilidad característico del sureño, a quien le da igual la marcha de las elecciones, la relación con su hermosa madre —a quien desde niño llamaba Katy— se fue haciendo más fuerte y tierna cada año. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de un modo especial un fenómeno a veces olvidado: el predominio del elemento sexual en las relaciones humanas, que refuerza, embellece y

dulcifica todos los lazos, incluso los consanguíneos. Eran tan inseparables que quienes no los conocían, al observar su comportamiento, los tomaban a menudo por enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el tocador de su madre, la besó en la frente y, después de jugar con un rizo de su pelo negro que había escapado de las horquillas, dijo, intentando aparentar tranquilidad:

—¿Te importaría mucho, Katy, si me fuera a California por unas semanas?

Era innecesario que Katy contestara con los labios a una pregunta para la que sus delatoras mejillas habían dado ya una respuesta inmediata. Evidentemente le importaba y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones así lo indicaban.

—Hijo mío —dijo mirándole con infinita ternura—, debería haber adivinado que esto ocurriría. Anoche me pasé horas y horas en vela, llorando, porque el abuelo se me apareció en sueños y, en pie, tan joven y guapo como en su retrato, señaló al tuyo en la misma pared. Cuando lo miré, no pude ver tus facciones: tu cara estaba cubierta con un paño como el que se pone a los muertos. Tu padre, cuando se lo he contado, se ha reído de mí; pero, querido, tú y yo sabemos que tales sueños no ocurren porque sí. Se veían, por debajo del paño, las marcas de unos dedos sobre tu garganta. Perdona, pero no estamos acostumbrados a ocultarnos tales cosas. A lo mejor tú le das otra interpretación. Quizá significa que no debes ir a California. O tal vez que debes llevarme contigo.

Hay que decir, a la luz de una prueba recién descubierta, que esta ingeniosa interpretación no fue completamente aceptada por la mente, más lógica, del joven. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquel sueño presagiaba una calamidad más sencilla e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico: Halpin

Frayser tuvo la impresión de que iba a ser estrangulado en su patria chica.

—¿No hay balnearios de aguas medicinales en California —continuó la señora Frayser, antes de que él pudiera exponer el verdadero significado del sueño— en los que puedan curarse el reumatismo y la neuralgia? Mira qué dedos tan rígidos; estoy casi segura de que hasta durmiendo me producen dolor.

Extendió las manos para que las viera. El cronista es incapaz de señalar cuál fue el diagnóstico que el joven prefirió guardar para sí con una sonrisa, pero se siente en la obligación de añadir, de su cosecha, que nunca unos dedos parecieron menos rígidos y con menos apariencia de insensibilidad. El resultado fue que, de estas dos personas con los mismos raros conceptos sobre el deber, una se fue a California, tal y como demandaba su clientela, y la otra se quedó en casa, obedeciendo así al deseo, apenas consciente, de su marido. Una oscura noche Halpin Frayser iba caminando por el puerto de San Francisco y, de un modo tan repentino como sorprendente, se vio convertido en marinero. Lo que ocurrió en realidad fue que le emborracharon y le arrastraron a bordo de un barco enorme que zarpó con destino a un país lejano. Pero sus desventuras no acabaron con el viaje, pues el barco encalló en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años antes de que los supervivientes fueran rescatados por una goleta mercante y devueltos a San Francisco. Aunque volvía con la bolsa vacía, Frayser no era menos orgulloso de lo que había sido en los años anteriores, ya tan lejanos para él. No quiso aceptar ayuda de extraños, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, en espera de noticias y dinero de su familia, cuando se le ocurrió salir a cazar y soñar.

III

La aparición del bosque —esa cosa tan parecida y, sin embargo, tan distinta a su madre— era horrible. No despertaba ni amor ni anhelo en su corazón; tampoco le traía recuerdos agradables de los días felices. En resumen, no le inspiraba ningún sentimiento especial, pues cualquier emoción quedaba ahogada por el miedo. Intentó volverse y huir pero las piernas no le obedecieron: ni siquiera podía levantar los pies del suelo. Los brazos le colgaban inertes en los costados; sólo conservaba el control de los ojos y no se atrevía a apartarlos de las apagadas órbitas del espectro, del que sabía que no era un alma sin cuerpo, sino lo más espantoso que aquel bosque hechizado podía albergar: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había amor, piedad o inteligencia alguna, nada a lo que apelar. «No ha lugar a apelación», pensó, rememorando absurdamente el lenguaje profesional tiempo atrás aprendido. Pero de su ocurrencia no se dedujo ningún alivio. La aparición continuaba frente a él, a un paso, observándole con la torpe malevolencia de una bestia salvaje. Fue tan largo este momento que el universo envejeció, cargado de años y culpas, y el bosque, triunfante tras aquella monstruosa culminación de terrores, desapareció de su mente con todas sus imágenes y sonidos. De pronto, el espectro extendió sus manos y se abalanzó sobre él con terrible ferocidad. Halpin recuperó sus energías, pero no su voluntad: su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistieron vigorosamente, pero su mente seguía hechizada.

Por un instante vio ese increíble enfrentamiento entre su inteligencia muerta y su organismo vivo como un simple espectador; esto, como se sabe, suele suceder en los sueños.

Pero enseguida recobró su identidad, y dando un salto hacia su interior, el valeroso autómata recuperó de nuevo su voluntad rectora, tan expectante y agresiva como la de su detestable rival. Pero ¿qué mortal puede derrotar a una criatura hija de su propio sueño? La imaginación que crea al enemigo está vencida de antemano; el resultado del combate es su misma causa. A pesar de sus esfuerzos, de una fortaleza y actividad que parecían inútiles, sintió cómo unos dedos fríos se aferraban a su garganta. De espaldas sobre la tierra, vio, a un palmo de distancia, aquel rostro muerto y descarnado. Al instante todo se oscureció. Se oyó el sonido de tambores lejanos y el murmullo de voces bulliciosas, a los que siguió un grito agudo y distante que redujo todo al silencio. Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

Tras una noche templada y clara, la mañana amaneció con niebla. El día anterior, hacia la media tarde, se había visto una cortina de vapor —el fantasma de una nube— que se acercaba a la ladera oeste del monte Santa Helena, a sus estériles alturas. Era una capa tan fina y translúcida, tan parecida a una fantasía hecha realidad que uno habría exclamado: «¡Miren, miren, rápido!, en un momento habrá desaparecido».

Pero enseguida empezó a hacerse mayor y más densa. Mientras un extremo se adhería a la montaña, el otro se elevaba cada vez más por encima de los cerros. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur y se fundía con pequeños jirones de niebla que, con la sensata intención de ser absorbidos, surgían de las laderas. Fue creciendo y creciendo hasta hacer imposible la visión de la cumbre desde el valle, que quedó cubierto por un dosel gris y opaco. En Calistoga, que se extiende al pie de la montaña, donde el valle comienza, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla se hundía cada vez más y se extendía en dirección sur, cubriendo rancho tras rancho hasta alcanzar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo se había asentado sobre el camino y los pájaros estaban posados en silencio sobre los árboles empapados. La luz de la mañana era pálida y fantasmal, sin color o brillo alguno.

Al despuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena en dirección norte, hacia Calistoga. Aunque llevaban escopeta al hombro, nadie les habría confundido con un par de cazadores; eran el ayudante del sheriff de

Napa y un detective de San Francisco, Holker y Jaralson, respectivamente. Su misión era cazar a un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras sus pisadas dejaban al descubierto la tierra seca que había bajo la superficie húmeda del camino.

—¿La iglesia blanca? Como a media milla —contestó el otro—. Por cierto —añadió—, ni es una iglesia ni es blanca; se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido. En otro tiempo, cuando era blanca, se realizaban en ella servicios religiosos. Tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta. ¿Adivina usted por qué mandé buscarle y le advertí que viniera armado?

—Oh, nunca se me ha ocurrido preguntarle sobre esos temas. Sé que usted siempre informa en el momento oportuno. Pero si se trata de hacer conjeturas, creo que lo que usted quiere es que le ayude a detener a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, respondiendo al ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Ya lo creo. Me costó una semana de trabajo y un montón de dólares. Ofrecen quinientos de recompensa, pero no hemos conseguido echarle la vista encima. No querrá usted decir que…

—Exacto, lo han tenido bajo sus narices todo este tiempo. Por las noches viene al viejo cementerio de la iglesia blanca.

—¡Demonios! Es donde está enterrada su mujer.

—Bueno, deberían ustedes haber supuesto que algún día tendría la tentación de volver.

—Es el último lugar que se nos habría ocurrido.

—Como ya habían rastreado todos los demás, al conocer su fracaso, le esperé allí.

—¿Y le encontró?

—¡Maldita sea! Él me encontró a mí. El muy bribón me tomó la delantera: se me echó encima y me hizo correr a gusto. Fue una suerte que no acabara conmigo. ¡Menudo pájaro! Me contentaría con la mitad de la recompensa, si es que usted necesita la otra mitad.

Holker se echó a reír y dijo que sus acreedores estaban más impacientes que nunca.

—Quería sencillamente mostrarle el terreno y preparar un plan con usted —dijo el detective—. Creí que, aunque fuera de día, era mejor ir bien armados.

—Ese hombre debe de estar loco —dijo el ayudante del sheriff. La recompensa es por su captura y condena. Si está loco, no le condenarán.

El señor Holker, profundamente afectado por tal posibilidad, se detuvo involuntariamente un instante y reanudó la marcha con menos entusiasmo.

—Bueno, lo parece —asintió Jaralson—. Debo admitir que nunca he visto un canalla con peor pinta: mal afeitado, con el pelo totalmente revuelto… Reúne todo lo peor de la vieja y honorable orden de los vagabundos. Pero he venido a por él y no se me escapará. La gloria nos espera. Nadie más sabe que está a este lado de las Montañas de la Luna.

—De acuerdo —dijo Holker—. Vamos allá e inspeccionemos el terreno donde pronto yacerás —añadió empleando las palabras que en tiempos fueran tan usadas en las inscripciones funerarias—. Quiero decir, si es que el viejo Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que su verdadero nombre no es Branscom.

—Entonces ¿cuál es?

—No me acuerdo. Había perdido todo interés por ese rufián y no lo grabé en la memoria. Era algo como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California a buscar a

unos parientes. Ya sabe, hay gente que lo hace. Pero bueno, usted ya conoce esa historia.

—Naturalmente.

—Pero si no sabía su verdadero nombre, ¿por qué feliz inspiración encontró la tumba? El mismo que me dijo el nombre comentó que está grabado en la lápida.

—Yo no sé dónde está esa tumba —contestó Jaralson, algo reacio a admitir su ignorancia acerca de un detalle tan importante en el plan—. He estado inspeccionando el lugar, nada más.

Precisamente identificar esa tumba es una parte del trabajo que hemos de realizar esta mañana. Aquí tenemos la iglesia blanca. El camino había estado bordeado por campos hasta entonces. Ahora, a la izquierda, se veía un bosque de encinas y madroños y unos abetos gigantescos cuya parte inferior era difícil de distinguir entre la niebla. Los arbustos, bastante espesos, no llegaban a ser impracticables. Al principio Holker no veía el edificio pero, al adentrarse en el bosque, sus vagos contornos, que parecían enormes y distantes, aparecieron entre la bruma. Unos cuantos pasos más y ahí estaba, claramente visible, oscurecido por la humedad y de un tamaño insignificante. Era la típica escuela de aldea con un basamento de piedra y forma de caja de embalar. Tenía el tejado cubierto de musgo, y los cristales y marcos de las ventanas rotos. Su estado era ruinoso, pero no era una ruina, sino uno de los típicos sucedáneos californianos de lo que las guías extranjeras llaman «monumentos del pasado». Tras un rápido vistazo a una construcción tan poco interesante, Jaralson se dirigió hacia la parte posterior, llena de maleza húmeda.

—Le voy a mostrar dónde me sorprendió —dijo—. Este es el cementerio.

Por todas partes surgían pequeños recintos con tumbas, en ocasiones no más de una, entre los matorrales. Unas

veces se las reconocía por las piedras descoloridas y las tablas podridas que, cuando no estaban en el suelo, descansaban sobre sus cuatro ángulos; otras, por las estacas carcomidas que las rodeaban y, más raramente, por un montículo de hojarasca bajo la que se podían distinguir algunos cascotes. En muchos casos el lugar que acogía los restos de algún pobre mortal —quien, con el paso del tiempo, había sido abandonado por el círculo de sus afligidos amigos— no estaba indicado más que por una depresión en la tierra, más duradera que la de sus propios deudos. Los senderos, si es que alguna vez los hubo, no habían dejado huella alguna. Entre las tumbas crecían unos grandes árboles que arrancaban con sus raíces las cercas de los recintos. Por todas partes reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún otro sitio parece tan indicada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, atravesaron los espesos matorrales; de pronto, aquel hombre decidido se detuvo y, tras levantar la escopeta a la altura del pecho, musitó una palabra de alerta y permaneció con la vista clavada frente a él. Su compañero, en cuanto pudo librarse de la maleza, le imitó y, aunque no había visto nada, se puso en guardia ante lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson comenzó a avanzar cautelosamente, con Holker tras él. Bajo las ramas de un enorme abeto yacía un cuerpo sin vida. Los dos hombres, en silencio junto a él, examinaron los detalles que en un primer momento suelen llamar la atención: el rostro, la actitud, la ropa: todo aquello que más rápidamente responde a las mudas preguntas de una curiosidad sana. El hombre estaba boca arriba, con las piernas separadas. Tenía un brazo extendido hacia arriba y el otro doblado en ángulo con la mano cerca de la garganta.

Sus puños estaban fuertemente apretados, en actitud de desesperada pero inútil resistencia a… no se sabe qué.

Junto a él había una escopeta y un morral de cazador a través de cuyas mallas se veían plumas de pájaros muertos. A su alrededor había rastros de una lucha encarnizada; unos pequeños brotes de encina venenosa aparecían tronchados, sin hojas ni corteza. Alguien había acumulado con sus pies hojarasca en torno a sus piernas. Unas huellas de rodillas humanas aparecían junto a sus caderas. La ferocidad de la lucha era evidente con solo observar la garganta y el rostro del cadáver. A diferencia del color blanco de su pecho y manos, aquellos tenían un color púrpura, casi negro. Sus hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno, lo que hacía que la cabeza cayera bruscamente hacia atrás, con los ojos en dirección contraria a la de los pies. Una lengua, negra e hinchada, surgía de entre la espuma que llenaba su boca abierta. Sobre la garganta había unas marcas horribles: no eran las simples huellas de unos dedos, sino magulladuras y heridas producidas por unas manos fuertes que debían de haberse hundido en la carne, manteniendo su terrible tenaza hasta mucho después de producir la muerte. El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; tenía la ropa empapada y unas gotas de agua, condensación de la niebla, salpicaban el pelo y el bigote. Los dos hombres observaron todo esto casi de un vistazo, sin hacer ningún comentario. Después Holker rompió el silencio.

—¡Pobre diablo! Debió de tener un final horroroso.

Jaralson, con la escopeta firmemente agarrada y el dedo en el gatillo, inspeccionó atentamente el bosque con la mirada.

—Esto es obra de un loco —dijo sin apartar la vista de la espesura—. La obra de Branscom… Pardee.

Algo que había en el suelo, semicubierto por las hojas, llamó la atención de Holker. Era un cuaderno rojo con pastas de piel. Lo cogió y lo abrió. Contenía hojas en blanco para anotaciones en la primera de las cuales estaba escrito el nombre «Halpin Frayser». Con tinta roja y garabateadas a lo largo de varias páginas, aparecían las siguientes líneas, que Holker leyó en voz alta, mientras su compañero seguía vigilando los oscuros confines de aquel entorno y escuchaba con aprensión el gotear de los árboles. Decía así:

Víctima de algún oculto maleficio, me encontré
entre las tinieblas crepusculares de un bosque encantado.
El ciprés y el mirto entrelazaban sus ramas
en simbólica y funesta hermandad.
El sauce cavilante murmuraba al tejo;
debajo, la mortal belladona y la ruda,
con siemprevivas trenzadas en extrañas formas
funerarias, crecían junto a horribles ortigas.
No había ni cantos de pájaros ni zumbidos de abejas,
ni hojas suavemente mecidas por la fresca brisa.
El aire estaba estancado y el silencio era
un ser vivo que respiraba entre los árboles.
Los espíritus conspiradores murmuraban en las tinieblas,
de un modo inaudible, los secretos de las tumbas.
Los árboles sangraban y las hojas exhibían,
a la luz embrujada, un fulgor rojizo.
¡Grité! El hechizo, aún sin romper,
dominaba mi espíritu y voluntad.
¡Desamparado, sin aliento ni esperanza,
luché contra monstruosos presagios de maldad!
Al fin, lo invisible…

Holker se detuvo. No había nada más. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suena a Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un hombre culto. Había dejado de vigilar y estaba observando el cadáver.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin mucho interés.

—Myron Bayne, un tipo que escribió en la época colonial, hace más de un siglo. Sus poemas eran tremendamente tétricos. Tengo sus obras completas. Este poema, por algún error, no aparece en ellos.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos. Debemos avisar al juez de Napa.

Sin decir palabra, Jaralson siguió a su compañero. Al pasar junto a la elevación del terreno sobre la que descansaban la cabeza y los hombros del muerto, su pie tropezó con un objeto duro que había bajo la hojarasca. Era una lápida caída sobre la que, con dificultad, se podían leer las palabras «Catherine Larue».

—¡Larue, Larue! —exclamó Holker con excitación repentina—. Ese es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee. Y, ¡Dios mío!, ahora me acuerdo de todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—Aquí hay algo que me huele muy mal —dijo el detective Jaralson—. No me gustan nada estas historias.

De entre la niebla —y al parecer desde muy lejos— les llegó el sonido de una risa sofocada y desalmada, tan desprovista de alegría como la de una hiena que ronda en la noche del desierto en busca de presa. Una risa que se elevó poco a poco y se fue haciendo cada vez más nítida, fuerte y terrible, hasta que pareció rozar los límites del círculo de visión de los dos hombres. Era una risa tan sobrenatural, inhumana y diabólica que les produjo un pavor indescriptible. No movieron sus armas, ni siquiera pensaron en ellas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de los

que se combaten con ellas. Tras un grito culminante que pareció sonar junto a sus oídos, comenzó a disminuir paulatinamente hasta que sus débiles notas, tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio, a una distancia enorme.

El empapelado amarillo

Charlotte Perkins Gilman

(1892)

No suele ocurrir que gente común y corriente, como John y yo, pueda habitar antiguas mansiones durante el verano.

Una residencia colonial, una finca heredada; es más, podría decirse que es una casa encantada y llegar al colmo de la felicidad romántica, ¡pero eso sería pedirle demasiado a la suerte!

Sigo pensando con orgullo que en esta casa hay algo raro.

Si no, ¿por qué la rentaban tan barata, y por qué había permanecido tanto tiempo sin ser alquilada?

John se ríe de mí por supuesto, pero eso es de esperar en cualquier matrimonio.

John es excesivamente práctico. No le tiene paciencia a la fe, manifiesta un intenso horror frente a la superstición y se burla abiertamente de cualquier charla que trate sobre cosas que no se palpen, vean o traduzcan en cifras.

John es médico y *quizá* (no debiera confesarlo a nadie, pero se lo confío a un papel inerte, cosa que me tranquiliza), *quizá* esa sea una de las razones por las que no logro mejorar más rápido.

¡No ven que no quiere creer que estoy enferma!

¿Qué puede uno hacer?

Si un médico muy famoso, que es además el marido de uno, les asegura a todos, tanto a amigos como a parientes, que uno padece una simple y pasajera depresión nerviosa —una leve tendencia a la histeria— ¿qué puede uno hacer?

Mi hermano, también médico y también célebre, piensa lo mismo que mi marido.

Por eso tomo fosfatos o fosfitos —lo que quiera que sean—, y tónicos y paseos y aire y ejercicio y se me ha prohibido terminantemente que «trabaje», hasta que mejore.

Personalmente, discrepo de sus ideas.

Personalmente, pienso que si tuviera un trabajo agradable, excitante y novedoso, me sentiría mejor.

Pero ¿qué puede uno hacer?

Escribo a pesar suyo, pero me *agota* en exceso hacerlo a hurtadillas o enfrentarme a una fuerte oposición.

A veces se me ocurre que en mi condición nerviosa si no tuviera tanta oposición y más compañía y más estímulos… pero John asegura que lo peor que me puede pasar es pensar en mi salud; debo confesar que siempre me hace sentir mal (aunque no hacerlo me perjudica mucho más).

Por eso cambio de tema y hablo sobre la casa.

¡Qué lugar tan hermoso! Es solitario, alejado de la carretera, a casi tres millas del pueblo. Me recuerda las viejas mansiones inglesas sobre las que tanto se escribe, con sus muros, setos y rejas que separan y muchas casitas desperdigadas para uso de los jardineros y la gente.

¡Hay un jardín *delicioso*! Nunca antes había visto un jardín como este, ancho y sombreado, con varios arriates y bordeado de pérgolas coronadas de viñas y bancas para descansar.

Hay también invernaderos, ya dilapidados.

He oído que hubo problemas legales con los herederos o los coherederos: de cualquier forma, el lugar ha estado deshabitado durante largo tiempo.

Y aunque temo que eso estropee mis fantasmagorías, no me importa, hay algo extraño en esta casa, puedo sentirlo.

Una noche de luna hasta se lo comenté a John, pero me contestó que era sólo una *corriente de aire* y cerró la ventana.

Suelo enojarme de manera irracional con él. Estoy segura de que antes no era yo tan susceptible. Quizá se deba a esta condición nerviosa.

John piensa que si me dejo llevar por lo que siento no me controlaré lo suficiente; por eso hago esfuerzos para controlarme, por lo menos delante de él, lo que me provoca un gran cansancio.

Nuestra habitación me disgusta sobremanera. Hubiera preferido una que está en la planta baja y da sobre el pórtico; alrededor de la ventana crecen rosas y ¡las anticuadas cortinas de percal son deliciosas!, pero John no ha querido ni oír hablar de esa posibilidad.

Adujo que sólo tenía una ventana, poco espacio para colocar dos camas, y ninguna habitación cercana por si tenía ganas de utilizarla.

Se porta muy amable y cariñoso conmigo y casi no me deja mover si no es bajo su dirección.

Ha trazado rigurosamente mis horarios. Me evita cualquier problema, por eso me siento mezquina y desagradecida por no apreciarlo como debiera.

Dice que sólo ha venido aquí por mí, para que descanse y tome todo el aire que necesito. «Puedes hacer ejercicio si tienes fuerzas, querida —me dijo—, y la comida depende más o menos de tu apetito, pero el aire puedes aprovecharlo todo el tiempo». Esa es la razón por la que ocupamos el cuarto que antes fuera de los niños, situado en la parte superior de la casa.

Es una habitación espaciosa, ventilada, llena de sol, ocupa casi todo el piso, tiene muchas ventanas desde las que se abarca gran parte del paisaje. Deduzco que al principio era la habitación destinada a los niños, luego, cuarto de juegos y gimnasio, las ventanas están protegidas con barrotes y hay argollas y cosas de ese tipo en las paredes.

A juzgar por la pintura y el papel tapiz parece que fueron usados cuando esta era una escuela para muchachos. El papel tapiz ha sido arrancado alrededor de la cabecera de la cama, hasta donde alcanza la vista, y allá abajo, al final del cuarto, hay un gran fragmento dañado. Nunca había visto un tapiz tan desagradable en mi vida.

Es uno de esos diseños extravagantes y extensos que atentan contra el más elemental sentido artístico.

Es lo bastante monótono como para que los ojos se confundan al seguirlo, lo suficientemente acentuado como para irritar e incitar a examinarlo; y si se siguen atentamente con los ojos sus torpes e inciertas curvas se advierte que de repente se suicidan, se precipitan en perspectivas atroces y se destruyen de la manera más contradictoria e inusitada.

El color es repelente, casi nauseabundo, un amarillo sucio y brillante, que se desvanece extrañamente a medida que se pone el sol.

Es un anaranjado sombrío aunque chillón a retazos y que, de pronto, adquiere una tonalidad sulfurosa y enfermiza.

¡Es lógico que los niños lo odiaran! Yo lo odiaría también si tuviera que permanecer mucho tiempo en esta habitación.

Viene llegando John, tengo que esconder esto, se altera mucho cuando me ve escribir.

***

Ya llevamos aquí dos semanas, y no había tenido muchas ganas de escribir, desde ese primer día.

Estoy sentada junto a la ventana en esta habitación atroz destinada a los niños, y no hay nada que impida mi escritura, excepto la falta de fuerzas.

John se pasa el día fuera y hasta algunas noches cuando tiene casos graves que atender.

¡Me alegra que mi caso no sea serio!

Pero estos problemas nerviosos producen una gran depresión.

John no sabe realmente cuánto estoy sufriendo. Sabe que no existe ninguna *razón* para que sufra y eso le basta.

Por supuesto que se trata solamente de mis nervios. ¡Me pesa tanto no poder hacer lo que debiera!

¡Deseaba serle muy útil a John, servirle de descanso, darle tranquilidad y aquí estoy convertida en un peso muerto!

Nadie creería el esfuerzo enorme que me cuesta hacer lo poco que hago, vestirme, recibir y ordenar algunas cosas.

¡Qué bueno que Mary sea tan buena con el bebé! ¡Qué bebé tan adorable!

Y sin embargo *no puedo* estar con él, me pone muy nerviosa.

Supongo que John nunca se ha sentido nervioso en toda su vida. Se burla mucho de mí cuando le hablo del tapiz amarillo.

Al principio pensó en retapizar el cuarto, pero luego dijo que estaba yo permitiendo que se apoderara de lo mejor de mí y que no hay nada más nefasto para un paciente que sufre de los nervios que dejarse llevar por sus fantasías.

Una vez que haya cambiado el tapiz, dijo, será la cama que es muy pesada, luego los barrotes de las ventanas o la reja de protección que está al final de las escaleras y así al infinito.

«Sabes que este lugar te sienta bien —me dijo—, y realmente, querida, sería absurdo renovar la casa si la hemos rentado sólo por tres meses».

«Entonces, mudémonos abajo —contesté—, hay cuartos tan hermosos en esa planta».

Entonces me abrazó, me dijo nombres tiernos, que era su querida conejita, y que si quería podríamos mudarnos hasta

al sótano y de remate blanquear las paredes.

Pero tiene razón acerca de las camas, las venta nas y otras cosas.

Se trata de un cuarto ventilado y cómodo que satisface todos los deseos y, por supuesto, no voy a ser tan estúpida como para crearle problemas por un simple capricho.

Empiezo a encariñarme con este gran cuarto, si no fuera por ese horrible tapiz.

Puedo ver el jardín desde una de las ventanas, las pérgolas, profundamente sombreadas y misteriosas, las desenfrenadas y anticuadas flores, los ar bustos y los árboles retorcidos.

Desde otra de las ventanas gozo de una vista encantadora de la bahía y de un pequeño muelle privado que pertenece a la finca. Hay un sendero sombreado que baja desde la casa. Siempre me imagino que veo gente caminando por los numerosos caminos y pérgolas, pero John me ha advertido que no debo dejarme llevar por mis fantasías. Di ce que con mi poder de imaginación y mi tendencia a fabular se agravará mi condición nerviosa, me libraré a toda suerte de fantasías morbosas, por lo que debo usar mi voluntad y mi sentido común para contrarrestarlas. Trato de hacerlo.

Pienso que si por lo menos me sintiera bien para escribir un poco podría descargar la tensión nerviosa que este tropel de ideas me causa.

Pero la verdad es que me canso mucho cuando lo intento.

Me desanima no tener ningún apoyo o compañía para hacer mi trabajo. Dice John que cuando me ponga realmente bien, invitaremos al primo Henry y a Julia para que se queden una larga temporada aquí, pero que por lo pronto sería como poner fuegos de artificio debajo de mi almohada si permitiera que ahora me visite gente tan estimulante.

Me gustaría mejorar pronto.

Pero no debo pensar en ello. ¡Me da la impresión de que este papel *se diera cuenta* de la mala in fluencia que ejerce sobre mí!

Hay un lugar recurrente donde el diseño cuelga como si se le hubiera roto el cuello y dos ojos saltones lo miran a uno de manera desafiante y pa tas arriba.

Me da mucha rabia su impertinente persistencia. Esos ojos absurdos que nunca parpadean y que suben, bajan y se arrastran por todas partes. Hay un lugar en donde dos de los bordes no se ajustan y los ojos ascienden y descienden sobre la línea, uno un poco más alto que el otro.

Nunca antes había visto tanta intensidad en la mirada de un ser inanimado y bien sabemos cuán expresivos son. Cuando era niña, a menudo permanecía despierta: me aterrorizaba y me entretenía más que la mayoría de los niños en una juguetería si solamente contemplaba las paredes desnudas y los muebles comunes y corrientes.

Recuerdo perfectamente el amable guiño con que me miraban las perillas de nuestro grande y antiguo escritorio y había una silla que siempre me pareció un amigo protector.

Sentía que si algunas de las otras cosas me parecían demasiado temibles, siempre podía treparme a esa silla para sentirme a salvo.

El mobiliario de esta habitación es, para decir lo menos, poco armónico, tuvimos que subir todos los muebles de los cuartos de la planta baja. Me imagino que cuando se utilizaba como cuarto de juegos tuvieron que sacar los muebles infantiles ¡y no es sorprendente! Nunca he visto una habitación que haya sido tan deteriorada por los niños como esta.

Como antes dije, el tapiz está destruido en varias secciones: se adhieren entre sí aún más que si fueran hermanos: debieron haber tenido tanta perseverancia como odio.

El piso está rayado, además arrancado y astillado; el yeso mismo tiene agujeros por todas partes y esta gran cama pesada —lo único que encontramos aquí cuando llegamos— tiene el aspecto de haber sobrevivido a varias guerras.

Pero no me importa nada, sólo me importa el papel tapiz.

Ahí viene la hermana de John. ¡Es muy linda y se preocupa mucho por mí! No debo permitir que me descubra escribiendo.

Es un ama de casa perfecta y entusiasta y no desea tener ninguna otra profesión. ¡Cree, estoy segura, que es la escritura la que me ha hecho daño!

Pero puedo escribir cuando se va y mirarla desde la ventana cuando se aleja.

Una de las ventanas da sobre el camino, un camino largo, sinuoso y sombreado y otro que apenas mira hacia el campo. Hermosa región también, colmada de grandes olmos y pastos aterciopelados.

El tapiz tiene una especie de subtrama de diferente tonalidad, un color particularmente irritante, que sólo puede verse con cierta iluminación y no demasiado bien.

Pero en los lugares donde no está decolorado y cuando el sol lo ilumina se puede advertir una especie de informe figura extraña y provocativa que parece merodear detrás de la estúpida y llamativa trama de enfrente.

¡Ahí esta la cuñada subiendo las escaleras!

***

Bueno, ¡ya pasó el 4 de julio! Ya se fueron todos y estoy exhausta. John pensó que me haría bien ver alguna gente, por lo que estuvieron aquí mi madre, Nellie y los niños durante una semana.

No moví ni un dedo, por supuesto. Jennie se ocupa ahora de todo.

Pero de cualquier modo me cansé.

John dice que si no mejoro pronto, me mandará al sanatorio de Weir Mitchell en el otoño.

¡Pero no quiero ir allí. Una amiga estuvo en sus manos una vez y dice que ese médico se parece tanto a John como a mi hermano, pero que es aún más severo!

Además, es tan complicado viajar tan lejos.

No siento que valga la pena hacer ningún esfuerzo y me he vuelto excesivamente fastidiosa e inquieta.

Lloro por nada y lloro la mayor parte del tiempo.

Por supuesto que no lo hago cuando está John conmigo o cuando está otra persona, lloro cuando estoy a solas. Ahora estoy sola casi todo el tiempo. John se queda muy a menudo en la ciudad porque tiene casos graves y Jennie es buena y me deja en paz cuando se lo pido.

Por eso camino un poco por el jardín o desciendo por el encantador sendero, me siento en el porche bajo las rosas o a menudo me echo aquí arriba sobre la cama.

Empiezo a tenerle cariño a la habitación, a pesar del papel tapiz. O quizá sea *por* el tapiz.

¡Lo tengo tan presente siempre!

Yazgo en la cama, es enorme e inamovible, me parece que está clavada al suelo; sigo con los ojos el diseño de la pared. Les aseguro que es tan bueno como hacer gimnasia. Digamos que empiezo por el principio, allá abajo en la esquina donde no ha sido tocado y me determino por milésima vez *a seguir* con los ojos su inútil recorrido, para buscar una especie de solución.

Conozco un poco las leyes del dibujo y me doy cuenta de que esta cosa no ha sido concebida siguiendo las leyes de la radiación, ni de la alternancia, la repetición o la simetría, ni nada que remotamente se le parezca.

Por supuesto que se repite en cada sección, pero no de otra forma.

Si se mira de cierta manera, cada sección es independiente, las curvas florecen y se hinchan siguiendo un estilo «romántico desclasado», como si sufrieran de *delirium tremens*, se contonean de arriba a abajo y forman columnas aisladas de fatuidad.

Pero si se observa desde otro ángulo, se conectan entre sí de forma diagonal y los contornos derramados huyen como olas oblicuas que causan horror cuando se observan, y se revuelcan como un montón de algas marinas que alguien persiguiese.

La cosa corre también horizontalmente, o por lo menos así me lo parece, por lo que me fatigo enormemente cuando trato de descubrir cuál es la dirección que toma.

Han colocado una sección de manera horizontal a modo de friso, lo cual aumenta aún más la confusión.

En cierto ángulo del cuarto hay un fragmento casi intacto y cuando las luces que lo iluminan disminuyen su intensidad y el sol poniente cae sobre él puedo imaginar una radiación después de todo: los interminables grotescos parecen formarse alrededor de un centro común y se precipitan en picada con el mismo frenesí.

Me cansa observarlo. Creo que dormiré una siesta.

***

No sé por qué tengo que escribir esto.

No quiero.

No me siento capaz.

Y sé que John lo considerará absurdo. Pero *debo* decir de alguna manera lo que siento y pienso, ¡me causa tanto alivio!

Pero el esfuerzo empieza a ser mayor que el alivio.

La mitad del tiempo siento una enorme pereza y me quedo acostada cada vez más largo rato.

John dice que no debo perder mis fuerzas y me da aceite de bacalao, muchos tónicos y otras cosas más, y eso sin tomar en cuenta la cerveza, el vino y la carne medio cruda.

¡Querido John!, me ama tanto y odia tanto verme enferma. El otro día traté de entablar una conversación razonable con él y decirle cuánto necesito que me deje ir a visitar a mi primo Henry y a Julia.

Pero me aseguró que no podía hacerlo, y que no lo aguantaría cuando estuviese allí y no logré convencerlo porque empecé a llorar antes de exponer mis argumentos.

Me está costando un gran esfuerzo pensar correctamente. Me imagino que es a causa de esta debilidad nerviosa.

Y mi querido John me cargó en sus brazos y me subió por las escaleras, me echó sobre la cama, se sentó a mi lado y me leyó en voz alta hasta que me dolió la cabeza.

Me dijo que yo era su amor y su consuelo, lo único que tenía y que yo debía ocuparme de mi salud y ponerme bien por él.

Dice que soy la única que puede ayudarme a salir de este problema, que debo tener más voluntad y ejercer mi autocontrol para evitar que fantasías estúpidas me dominen.

Estoy tranquila porque el bebé está bien y feliz y no tiene que dormir en este cuarto con su espantoso papel tapiz.

Si nosotros no lo hubiésemos ocupado, ¡ese precioso niño hubiese tenido que dormir aquí! ¡Qué suerte! Por nada del mundo hubiese permitido que un hijo mío, un pequeño ser impresionable viviese en un cuarto como este.

Nunca antes lo había pensado, pero creo que ha sido buena suerte que John me haya puesto aquí después de todo, yo puedo soportarlo mejor que un bebé, ¿no es cierto?

Por supuesto que ya no hablo de ello. Me he vuelto astuta, aunque siempre tengo que estar alerta.

Hay cosas en el tapiz que sólo yo conozco y que nadie más conocerá.

Cada vez son más visibles los tonos más opacos que se encuentran detrás del tramado principal.

Tienen la misma forma pero es más abundante.

Es como si una mujer se inclinase y se arrastrase furtivamente detrás del tramado. No me gusta nada. Me pregunto —empiezo a pensar— ¡si no preferiría que John me sacase de aquí!

***

Es muy difícil hablar con John sobre mi caso, porque es muy sabio y porque me quiere mucho.

Pero traté de hacerlo anoche.

Había luna llena. La luna brilla y lo ilumina todo como si fuera el sol.

En ocasiones me da miedo verla, se arrastra lentamente y se desliza de una ventana hacia la otra.

John estaba dormido y no quise despertarlo, me mantuve quieta y observé el claro de luna y sus efectos sobre el tapiz ondulante hasta que me produjo terror.

Parecía como si la tenue figura que vive detrás sacudiese el tramado como si quisiera escapar.

Me levanté sigilosamente y me acerqué a observar si en verdad el tapiz *se movía*; y cuando regresé a la cama advertí que John estaba despierto.

«¿Qué te pasa pequeña? —me preguntó—, no andes caminando por la habitación, te vas a resfriar».

Creí llegado el momento oportuno para hablar con él y le dije que en verdad no estaba mejorando allí y que deseaba que me sacase de ese lugar.

«Pero, querida —contestó—, nuestro contrato se termina en tres semanas y no veo cómo nos podemos ir antes».

«No se ha concluido la reparación de nuestra casa y yo no puedo irme de la ciudad ahora. Por supuesto que si

estuvieras en peligro lo querría y lo haría de inmediato, pero en verdad ya estás mejor, querida, aunque no te hayas dado cuenta. Soy médico, mi vida, y lo sé bien. Estás más robusta y tienes mejor color, tu apetito ha mejorado y me siento mucho más tranquilo respecto a ti».

«No he aumentado ni un solo gramo —contesté—, y tampoco ha mejorado mi apetito, quizá coma mejor en la noche cuando estás aquí, pero me siento peor en las mañanas cuando ya te has ido».

«¡Mi pequeña adorada —dijo, abrazándome fuerte—, ella estará tan enferma como le plazca, pero ahora tratemos de aprovechar las horas dichosas para dormir y hablemos de ello mañana!».

«¿Y no te irás?», le pregunté con melancolía.

«¿Cómo podría hacerlo, querida mía? Sólo faltan tres semanas, y entonces nos iremos de viaje, un viaje corto y agradable, mientras Jennie arregla la casa. Te aseguro, querida, que te ves mucho mejor».

«Quizá me vea mejor físicamente…», pero no pude continuar porque me dirigió una mirada tan severa y tan cargada de reproche que ya no pude pronunciar una sola palabra más.

«¡Te ruego, querida mía —me dijo—, te ruego por mi salud, por la de nuestro niño, así como por la tuya, que no dejes que ni por un instante esas ideas se apoderen de tu mente! No existe nada tan peligroso ni tan fascinante para un temperamento como el tuyo. Es una fantasía absurda y necia. ¿No me puedes tener confianza, a mí que soy médico?».

Por supuesto que no dije nada más y pronto nos dispusimos a dormir. Él pensó que yo estaba dormida, pero no lo estaba, permanecí acostada, tratando de decidir durante horas si los tramados delantero y trasero del tapiz se estaban moviendo aislados o de manera conjunta.

***

Durante el día, este tramado no tiene continuidad, desafía todas las leyes, lo que para una gente normal produce una constante irritación.

El color es de por sí bastante horrendo, muy poco confiable y bastante irritante, pero el tramado es lo que más me tortura.

Crees entonces que lo has domeñado, pero cuando uno logra seguirlo desde abajo da de repente una maroma y ahí estamos. Te da una bofetada en la cara, te derriba y te pisotea. Es una verdadera pesadilla. El tramado exterior es como un arabesco florido que te recuerda a los hongos. Como si uno pudiera imaginar una interminable hilera de hongos venenosos floreciendo y brotando en eterna circunvolución. Sí, es a veces como eso.

Es decir, a veces.

Este tapiz tiene un rasgo muy marcado, algo que sólo yo parezco advertir: es decir, muda de color cuando cambia la luz.

Cuando entran los rayos del sol por la ventana que da hacia el oriente —siempre observo ese primer rayo largo y recto— cambia tan vertiginosamente que apenas puedo creerlo.

Por eso lo vigilo siempre.

Durante el claro de luna —la luna brilla toda la noche cuando hay luna— no podría asegurar que se trata del mismo tapiz.

¡Durante la noche y bajo cualquier tipo de luz, al atardecer, o a la luz de una vela o la de una lámpara, y aún peor a la luz de la luna, se convierte en barrotes! Me refiero al tramado exterior y entonces aparece plenamente la mujer que está detrás.

Durante largo tiempo no pude precisar de qué se trataba, qué era aquella forma que aparecía detrás —esa desvaída subtrama— pero ahora casi puedo asegurar que se trata de una mujer.

Durante el día es muy tenue y permanece quieta. Supongo que es el tramado lo que la mantiene inmóvil. Es un enigma. También yo permanezco quieta durante horas.

Estoy casi todo el tiempo en la cama. John dice que es lo mejor que puedo hacer y que debo tratar de dormir lo más que pueda.

En realidad, él es el culpable de que tenga ese hábito, empezó exigiéndome que durmiera una siesta después de cada comida.

Es una mala costumbre, porque, ¿ven ustedes?, en verdad nunca logro dormir.

Y eso engendra el engaño, pero no les digo a ellos que estoy despierta. ¡No, eso no!

La verdad es que empiezo a tenerle miedo a John.

Se comporta de manera muy extraña, a veces, y hasta Jennie me mira de manera inexplicable.

De repente pienso —es solamente una hipótesis científica —¡que quizá sea culpa del tapiz!

He observado a John cuando no se da cuenta de ello, entro al cuarto de repente con las excusas más simples y lo he descubierto varias veces ¡*mirando el tapiz*! Y en una ocasión también vi que Jennie lo estaba tocando.

No había advertido que me encontraba en la habitación, y cuando le pregunté con una voz muy suave, de la manera más cuidadosa posible, lo que hacía con el tapiz, se dio vuelta como si la hubiese descubierto robando y muy enojada me preguntó que ¡por qué la asustaba así!

Me dijo luego que el papel manchaba y que había detectado manchas amarillas en mi ropa y en la de John y ¡me rogaba que fuera más cuidadosa!

¿A poco no suena inocente? Pero yo sé bien que estudiaba el tramado y estoy decidida a impedir que los demás descubran lo que yo he descubierto.

***

La vida es ahora mucho más excitante de lo que era antes. Tengo más qué esperar, algo qué vigilar, un objetivo. Como mucho mejor y me siento más tranquila.

John está feliz de verme tan mejorada. El otro día estuvo muy contento, rio de buena gana y me dijo que me veía floreciente a pesar de mi tapiz amarillo.

Yo también reí para despistarlo. No tengo intención alguna de decirle que estoy mejor *a causa* del tapiz: se burlaría de mí. Y hasta querría sacarme de aquí.

No quiero irme ahora que lo he descubierto. Tengo todavía una semana y creo que será suficiente.

***

¡Me estoy sintiendo mucho mejor! No duermo mucho durante la noche porque es muy interesante observar cómo se desarrollan las cosas, pero duermo bastante durante el día.

Aunque también durante el día es fatigoso y desconcertante.

Surgen nuevos brotes en los hongos y nuevos matices de amarillo por todas partes. No puedo contarlos, aunque lo he intentado a conciencia.

¡Ese papel tiene el color amarillo más extraño que haya visto! Me hace pensar en todas las cosas amarillas que he visto en mi vida, no bellas como las copas de oro, más bien cosas amarillas, asquerosas y malas.

Pero hay algo más acerca del tapiz: ¡el olor! Lo sentí desde que entré por vez primera en la habitación, pero con

tanto aire y sol no era tan malo. Esta semana hemos tenido en cambio niebla y lluvia y a pesar de que las ventanas estén abiertas o cerradas el olor nunca desaparece.

Se arrastra por la casa.

Lo sentí avanzando hacia el comedor, merodeando por la sala, se esconde en el pasillo y me espera adormecido en las escaleras.

Se trepa por mi pelo.

Incluso, cuando salgo a montar, vuelvo la cabeza de repente y lo sorprendo, ¡allí está el olor!

¡Qué olor tan peculiar! Me he pasado horas enteras tratando de analizarlo, tratando de descubrir a qué huele.

Al principio no es muy malo, es muy tenue y, sin embargo, es el olor más sutil y persistente que haya conocido jamás.

En este clima húmedo es horroroso, me despierto a medianoche y allí está flotando sobre mí.

Al principio me perturbaba y hasta empecé a pensar seriamente en quemar la casa para acabar con el olor.

Pero ya empiezo a acostumbrarme. ¡Con lo único que puedo compararlo es con el *color* del tapiz. Un olor amarillo!

Hay una marca muy curiosa en la pared, muy abajo, cerca del zoclo. Una raya que circula alrededor del cuarto y se esconde detrás de todos los muebles, excepto la cama, una raya larga, recta y regular que *ensucia* la pared como si la hubiesen raspado miles de veces.

Me pregunto quién la habrá hecho y cuándo y por qué la hicieron. ¡Da vueltas y vueltas y vueltas y más vueltas y me marea!

***

Por fin he descubierto realmente algo.

Vigilando diariamente durante las noches, cuando el tapiz cambia, por fin lo he descifrado.

El tramado de enfrente *se mueve* y ¡no me sorprende! ¡La mujer que está detrás de él lo sacude!

A veces pienso que hay muchas mujeres detrás y a veces que hay sólo una que se arrastra rápidamente y su movimiento hace temblar al tapiz en toda su superficie.

Luego, en las partes brillantes se queda quieta y en las partes muy sombreadas se apodera solamente de los barrotes y los sacude con fuerza.

Y siempre está tratando de atravesar el tramado, pero nadie es capaz de atravesarlo, porque sofoca mucho; pienso que es por eso que tiene tantas cabezas. ¡Lo atraviesan y el tramado las ahoga y las pone al revés obligándolas a poner los ojos en blanco!

Si esas cabezas estuviesen cubiertas o desprendidas las cosas no serían tan malas.

***

¡Me parece que la mujer sale de día!

Y les diré por qué, así en secreto, ¡porque la he visto!

¡La puedo ver afuera desde cada una de mis ventanas!

Es la misma mujer, lo sé bien, porque siempre entra sigilosamente y la mayoría de las mujeres no se arrastra durante el día.

La veo en ese sendero muy sombreado, arrastrándose hacia arriba y hacia abajo. La veo también en las oscuras pérgolas cubiertas de vides, arrastrándose por todo el jardín.

La veo igualmente en el largo sendero bajo los árboles, arrastrándose, y cuando pasa un carruaje se esconde debajo de las zarzamoras. No la culpo en absoluto. Debe ser muy humillante que la descubran a uno arrastrándose durante el día.

Yo siempre me encierro cuando me arrastro de día. No puedo hacerlo de noche porque sé que John sospecharía algo, de inmediato.

Y John se comporta ahora de una forma tan rara que prefiero no irritarlo. ¡Y me gustaría que se fuese a dormir a otra habitación! Además, quiero ser la única en poder arrancar a la mujer del tapiz durante las noches.

Me pregunto si sería posible verla simultáneamente desde todas las ventanas.

Pero, por más que me dé vuelta rápidamente, sólo alcanzo a verla desde una sola de ellas.

Y aunque siempre la veo, ella *es capaz* de arrastrarse mucho más rápidamente de lo que yo soy capaz de darme vuelta.

A veces la he mirado, allá a lo lejos, en pleno campo, arrastrándose tan rápido como la sombra de una nube en la tormenta.

***

¡Si tan sólo pudiese arrancar el tramado superior y separarlo del de abajo! Pienso hacerlo, poco a poco.

He descubierto otra cosa curiosa, ¡pero no lo diré ahora! No hay que confiar demasiado en la gente.

Tengo solamente dos días más para arrancar totalmente el papel y creo que John ha empezado a notarlo. No me gusta cómo me mira.

Le he oído preguntarle a Jennie varias cosas técnicas acerca de mí, pero ella le ha dado muy buenos informes.

Dice que he dormido mucho durante el día.

John sabe que no duermo bien durante las noches, ¡a pesar de que trato de no moverme!

Me ha hecho todo tipo de preguntas y finge que me quiere mucho y que es muy bueno.

¡Como si no pudiera ver lo qué piensa!

Con todo, no me sorprende que actúe así, habiendo dormido cerca de este papel tapiz durante tres meses.

El tapiz sólo me interesa a mí, pero creo que John y Jennie han sido afectados secretamente por él.

***

¡Bravo! Hoy es el último día que estamos aquí, pero me basta. John pasará esta noche en la ciudad y no regresará hasta la tarde.

Jennie quiso dormir conmigo, ¡la muy pérfida! Pero alegué que sin duda dormiría mejor sola esta noche.

Fue inteligente de mi parte, ¡porque en realidad no estuve sola ni un momento! Tan pronto como brilló la luna y la pobre infeliz empezó a arrastrarse y a sacudir el tramado me precipité a ayudarla.

Yo arrancaba y ella sacudía. Yo sacudía y ella arrancaba y antes de que amaneciera ya habíamos quitado muchos metros de ese papel tapiz.

Una franja a la altura de mi cabeza y la mitad alrededor del cuarto.

Y cuando amaneció y el horroroso tramado empezó a reírse de mí, ¡declaré que hoy mismo terminaría de arrancarlo!

Nos vamos mañana y están de nuevo mudando todos mis muebles para abajo y dejando las cosas en su lugar como estaban antes.

Jennie miró con asombro la pared, pero le expliqué alegremente que lo hice de puro despecho contra el siniestro tapiz.

Se rio y me dijo que a ella también le hubiera gustado destruirlo pero que tratara de no fatigarme.

¡Pero se ha traicionado por completo!

Aquí estoy y nadie, con excepción mía, puede tocar el tapiz. ¡Ninguna persona *viva*!

Trató de sacarme del cuarto: ¡era evidente! Pero le expliqué que todo estaba muy tranquilo, ya tan vacío y tan limpio que creía que debía acostarme de nuevo y dormir lo más que pudiese; le rogué que no me llamase para comer: yo le avisaría en cuanto estuviese despierta.

Ahora ya se ha ido y los criados también y ya no hay cosas y el cuarto está vacío, con excepción de la enorme cama que está clavada al suelo y cubierta con el colchón de lona que tenía cuando llegamos.

Esta noche dormiremos abajo y mañana tomaremos el barco para regresar a casa.

Me siento muy feliz en este cuarto, ahora que está vacío.

¡Cómo lo destruyeron esos niños!

¡La cama está roída! Debo empezar a trabajar.

Me encerré con llave y la arroje por la ventana cerca de la entrada.

No quiero salir, y tampoco quiero que nadie entre hasta que John llegue.

Quiero sorprenderlo.

Tengo conmigo una cuerda que ni la misma Jennie pudo descubrir. Si la mujer sale del tapiz y trata de escapar la amarraré con ella.

¡Pero me olvidé de que no puedo llegar muy lejos sin tener en qué apoyarme!

¡Y esta cama *no* se mueve!

Traté de empujarla y levantarla, hasta que casi quedé inválida. Luego me enojé tanto que mordí un pedacito de la cama en una esquina, pero me dañé los dientes.

Quité después todo el papel que pude alcanzar parada sobre el piso: ¡está muy adherido y el tramado parece disfrutarlo! ¡Allí están todas esas cabezas estranguladas,

esos ojos saltones y las excrecencias fuliginosas que se contonean y aúllan de despecho!

Me estoy enfureciendo tanto como para hacer algo desesperado. Saltar por la ventana sería un magnífico ejercicio, pero los barrotes son muy sólidos y sería inútil intentarlo.

Además, no lo haría, por supuesto que no. Sé que un acto de ese tipo parecería algo impropio y podría malinterpretarse.

No me gusta ni siquiera *asomarme* a las ventanas, hay muchas de esas mujeres que se arrastran y lo hacen muy rápidamente.

Me pregunto si todas habrán salido del papel tapiz como yo misma.

Pero ahora estoy bien amarrada con esta cuerda que oculté con tal perfección: ¡nadie podrá *sacarme* a la carretera!

Me imagino que cuando llegue la noche tendré que regresar al diseño posterior, pero ¡es difícil!

¡Es tan divertido andar por esta enorme habitación y arrastrarme como me plazca!

No quiero ir allá fuera. No lo haré, aunque Jennie me lo pida.

Porque allá fuera hay que arrastrarse sobre el terreno y todo está verde y no amarillo.

Aquí puedo arrastrarme suavemente por el piso y mi hombro se acopla exactamente a la extensa mancha que rodea la pared y no puedo extraviarme.

¡Ay, pero John ya está en la puerta!

¡No te sirve de nada, mi jovenzuelo, no puedes abrirla!

¡Cómo toca! ¡Cómo llama!

Ahora pide que le traigan un hacha.

¡Sería una lástima romper esta bella puerta!

«¡Querido John! —le dije de la manera más gentil—, ¡la llave está junto a las escaleras de la entrada, debajo de unas hojas de plátano!».

Eso lo ha dejado mudo durante un rato.

Luego me dijo, muy suavemente, «Abre la puerta, querida». «No puedo —contesté—, ¡la llave está cerca de la puerta de la entrada, debajo de la hoja del plátano!».

Y se lo repetí varias veces, suave y gentilmente, y se lo dije tantas veces que tuvo que bajar y buscarla y por supuesto que encontró la llave y pudo entrar. Se paró asustado junto a la puerta.

«Pero ¿qué pasa aquí? —gritó—, ¡por Dios, qué estás haciendo!».

No le hice ningún caso, seguí arrastrándome de la misma manera que antes, pero lo miré por encima del hombro.

«¡Por fin he podido salir, a pesar tuyo y de Jennie, he arrancado casi todo el tapiz, por lo que no podrás encerrarme de nuevo, allí dentro!».

¿Pero por qué se habrá desmayado el hombre? Pero, se desmayó. Y ha caído exactamente por donde tengo que pasar, cerca de la pared. ¡He tenido que arrastrarme por encima de su cuerpo!

La ventana de la biblioteca

Margaret Oliphant

(1896)

I

Al principio, no me di cuenta de las numerosas discusiones que había provocado aquella ventana. Estaba situada casi en frente de las ventanas del gran salón, amueblado a la antigua, de la casa en la cual yo estaba pasando el verano. Nuestra casa y la biblioteca se hallaban en las aceras opuestas de la calle principal de St. Rule's, una calle muy hermosa, espaciosa y ancha, y muy tranquila, mucho más para una persona acostumbrada a vivir en lugares ruidosos; pero en un atardecer de verano hay muchas idas y venidas, y la misma quietud está llena de sonidos: el sonido de pisadas y voces agradables, suavizadas por el aire veraniego. Hay momentos, incluso, en que la calle es de lo más ruidosa: en la época de la Feria y en algunas noches de los sábados, cuando sale algún tren cargado de excursionistas. Entonces, ni siquiera la brisa veraniega del atardecer consigue suavizar las voces chillonas y los pasos decididos; pero en tales momentos cerramos las ventanas e incluso yo, tan amiga de refugiarme en el salón para escapar a lo que ocurre en el interior de la casa y para contemplar la silenciosa calle, voy a encerrarme en mi torre de observación. A decir verdad, en el interior de la casa apenas ocurre nada. La casa es propiedad de mi tía a la cual no le ocurre nunca —ella dice afortunadamente— nada. Creo que en sus buenos tiempos le ocurrieron muchas cosas; pero en la época de la que estoy hablando, mi tía era una mujer anciana y llevaba una vida muy tranquila. Una vida presidida por una inamovible rutina. Se levantaba todos los días a la misma hora; y hacía las mismas cosas minuto a minuto. Siempre lo mismo. Ella dice que esta rutina es su mejor apoyo en el mundo y una especie de

salvación. Tal vez sea cierto; pero es una salvación muy aburrida, y yo hubiese preferido que ocurriese algo, fuera lo que fuese, que rompiera aquella monotonía. Claro que entonces yo era una chica joven, y eso lo explica todo.

En la época a que me refiero, me gustaba mucho instalarme junto a la ventana del salón a que he aludido anteriormente. Aunque mi tía era una dama anciana —y tal vez debido a que era tan anciana—, se mostraba muy tolerante y creo que sentía una especie de afecto hacia mí. Nunca decía una palabra, pero con frecuencia me dirigía una sonrisa cuando me veía instalada allí, con mis libros y mi cesta de labor. Yo trabajaba muy poco, desde luego: unas puntadas de cuando en cuando, como acompañamiento a alguno de mis ensueños, más fáciles de seguir con la ayuda de la aguja que con la lectura de un libro. Otras veces, si el libro era interesante, me embebía en la lectura, sin prestar atención a nadie. Y, sin embargo, prestaba una especie de atención. Las amigas de mi tía Mary venían a visitarla, y yo las oía hablar, aunque muy pocas veces escuchaba su conversación; pero, a pesar de todo, si se les ocurría decir algo interesante, resulta curioso cómo lo recordaba yo más tarde, como si el aire me trajese el sonido de las palabras que se habían pronunciado. Las ancianas llegaban a la casa y se marchaban, y de cuando en cuando tenía que estrechar la mano de alguna de ellas, que me preguntaba por mis padres. A continuación, tía Mary me dirigía una sonrisa y yo volvía a instalarme junto a la ventana. A ella no parecía importarle mi presencia. Mi madre no me lo hubiera permitido, desde luego. Hubiese recordado docenas de cosas por hacer. Me hubiera mandado al piso superior en busca de algo que no necesitaba, o a la planta baja para hacer algún encargo innecesario al ama de llaves. A mi madre no le gustaba que me estuviera quieta en un sitio. Quizás por esto me sentía tan a gusto en el saloncito de la casa de tía Mary,

junto a la ventana, con sus visillos que la cubrían a medias, enterándome de tantas cosas sin ser tachada de indiscreta.

Desde que aprendí a hablar, todo el mundo había dicho que yo era fantasiosa y soñadora, y todos los demás adjetivos que se aplican, a las muchachas aficionadas a la poesía y a pensar. La gente ignora el significado del vocablo «fantasiosa» que tan alegremente aplican a alguien. Mi madre opinaba que yo debía estar siempre ocupada, para alejar los «pajaritos» de mi cabeza. Pero, en realidad, mi cabeza no estaba llena de pajaritos, como vulgarmente se dice. Era una muchacha seria. No molestaba a nadie si me dejaban a solas conmigo misma. Lo único que ocurría es que poseía una especie de sexto sentido y me daba cuenta de cosas a las que no prestaba atención. Incluso cuando leía el más interesante de los libros, captaba las palabras que se pronunciaban a mi alrededor; y oía lo que la gente hablaba en la calle al pasar por debajo de la ventana. Tía Mary decía siempre que yo podía hacer dos e incluso tres cosas a la vez: leer, escuchar y ver. Estoy convencida de que no escucho demasiado, y en cuanto a mirar, miraba muy poco; pero no podía evitar el oír las cosas que oía, incluso cuando estaba leyendo, ni el ver toda clase de cosas, aunque a menudo pasaba media hora sin alzar los ojos de mi libro.

Esto no concuerda con lo que dije al principio: que se produjeron muchas discusiones acerca de aquella ventana antes de que yo llegase a enterarme. Era, y es todavía, la última ventana de la fila de la biblioteca escolar que se encuentra en frente de la casa de mi tía, en la calle Mayor. Aunque no está exactamente enfrente, sino un poco hacia el oeste, de modo que puedo verla mucho mejor desde la parte izquierda de mi refugio. Para mi había sido una ventana como cualquier otra hasta que oí hablar de ella en el saloncito de mi tía.

—¿No se ha preguntado nunca, Mrs. Balcarres —decía el viejo Mr. Pitmilly—, si aquella ventana de enfrente es verdaderamente una ventana?

—A decir verdad, nunca he estado segura de ello en todos estos años —respondió tía Mary.

—¿A qué ventana se refieren? —intervino una de de las damas de la reunión.

Mr. Pitmilly tenía un modo de reír mientras hablaba que no me hacía ninguna gracia; aunque, la verdad sea dicha, él no se esforzaba por resultarme agradable.

—¡Oh! La ventana de enfrente —dijo Mr. Pitmilly, con su risa peculiar deslizándose entre las palabras—. Nuestra amiga no se ha fijado nunca detenidamente en ella, a pesar de vivir aquí desde…

—No necesita usted recordar la fecha —intervino otra de las damas— Es la ventana de la biblioteca. ¿Qué otra cosa podría ser sino una ventana, querida? A la altura en que está, no puede ser una puerta.

—Lo que me pregunto —dijo mi tía— es si se trata de una ventana de verdad, con cristal, o si está simplemente pintada, o si en otra época fue una ventana y ha sido tapiada. Cuanto más la miro, menos acierto a saberlo.

—Déjenme verla —dijo la anciana lady Carnbee—. A mí me parece que su aspecto es como el de cualquier otra ventana; aunque yo diría que no la han limpiado hace años.

—Desde luego —dijo otra de las damas—. Tiene un aspecto de cosa muerta, sin brillo; pero yo la he visto siempre igual.

—No me extraña —intervino otra contertulia—. Con las sirvientas que corren hoy en día…

—No puede hablarse tan mal de las actuales sirvientas —dijo la voz más suave de todas, que pertenecía a mi tía Mary—. Son peores los criados. Y, de todos modos, nunca he permitido que mis sirvientas arriesgaran sus vidas limpiando

la parte exterior de las ventanas. Además, en la biblioteca no hay ninguna sirvienta.

Se apretujaron todas en mi ventana, empujándome, una hilera de viejos rostros contemplaron algo que no podían comprender. Ninguna de ellas me miró ni pensó en mí; pero yo noté de un modo inconsciente el contraste entre mi juventud y su vejez, y las miré mientras ellas miraban por encima de mi cabeza la ventana de la biblioteca, a la que yo no prestaba ninguna atención. Estaba más interesada en las viejas damas que en lo que estaban mirando.

—El marco, por lo menos, es completamente normal y está pintado de negro…

—Y los entrepaños también están pintados de negro. No es una ventana, Mrs. Balcarres.

—La biblioteca es muy oscura. Si eso fuera una ventana, habría mucha más claridad en el interior.

—Una cosa es evidente —dijo una de las damas más jóvenes—. No se trata de una ventana a través de la cual pueda verse algo. Tal vez ha sido tapiada, pero lo cierto es que por ella no pasa luz.

—¿Quién oyó hablar nunca de una ventana a través de la cual no pudiera verse nada? —dijo lady Carnbee.

Yo estaba fascinada por la expresión de su rostro, una expresión burlona, como la de alguien que sabe mucho más de lo que está dispuesto a decir. Luego, mi fantasía se sintió atraída por su mano, que lady Carnbee agitaba en aquel momento ante mis ojos, surgiendo de un puño de encaje. Los encajes de lady Carnbee eran lo más notable en ella: encajes españoles, negros, con dibujos de flores. Todas las prendas que llevaba estaban adornadas con encaje. Un largo velo de encaje colgaba de su viejo sombrero. Pero su mano, surgiendo de aquella masa de encaje, era algo digno de verse. Tenía unos dedos muy largos, afilados, que en su juventud habrían sido muy admirados; y su mano era muy

blanca, más que blanca: pálida, exangüe, con grandes venas azules en el dorso; llevaba varios anillos de mucho precio, entre los que destacaba un gran diamante engastado en una horrible armazón en forma de garra. Los anillos le estaban demasiado grandes y había enrollado en ellos hilo de seda amarilla para que no cayesen de los dedos: y este diminuto almohadón de seda, sucio por el uso, era ahora más visible que las propias joyas, a excepción del gran diamante, que lucía peligrosamente. Aquella mano, con sus extraños adornos de encaje, me produjo una horrible impresión; me pareció un ser viviente y terrorífico, cuyo único ojo lanzara maléficos destellos.

De pronto, el círculo de viejos rostros se rompió, las viejas damas regresaron a sus asientos y Mr. Pitmilly, pequeño pero muy erguido, permaneció en pie en medio de ellas, hablando en tono suavemente autoritario, como un diminuto oráculo. La única que lo contradecía era lady Carnbee. Al hablar, gesticulaba como una francesa, agitando vigorosamente aquella mano que tanto me había impresionado, con su adorno de encaje. Pensé que lady Carnbee parecía una bruja en medio del grupo de pacíficas damas que prestaban tanta atención a todo lo que decía Mr. Pitmilly.

—En mi opinión, no existe ninguna ventana —decía él—. Es lo que en lenguaje científico se llama una ilusión óptica. Generalmente, el motivo radica —si me es permitido utilizar la palabra en presencia de unas damas— en el hígado, que no se encuentra en las debidas condiciones de regularidad y equilibrio; en tal caso, se pueden ver cosas raras. Recuerdo que en cierta ocasión fue un perro azul, y en otra…

—Tonterías —le interrumpió desdeñosamente lady Carnbee—. Hasta donde alcanza mi recuerdo, tengo una idea clara de las ventanas de la biblioteca escolar. ¿Acaso la biblioteca escolar es también una ilusión óptica?

—¡No, no! —dijeron a coro las ancianas.

Y una de ellas añadió:

—Un perro azul es una extravagancia, pero la biblioteca ha estado siempre ahí.

—Recuerdo cuando se celebró en ella la Asamblea, antes de que fuera edificada la Town Hall —dijo otra.

—Es curioso —dijo tía Mary. Me extrañó que hablara en voz baja, como si lo hiciera consigo misma—. La existencia de esa ventana siempre ha provocado discusiones en mi casa. En cuanto a mí, personalmente, a veces creo que no es más que un adorno, como en las grandes casas que edifican ahora en Edimburgo, en las cuales las ventanas no son más que elementos decorativos. Pero en otras ocasiones estoy convencida de que veré brillar el sol en sus cristales por la tarde…

—No le costaría mucho convencerse, Mrs. Balcarres, si fuera usted a…

—Denle un penique a un chiquillo para que tire una piedra contra ella y verán lo que ocurre —dijo lady Carnbee.

—Bueno, no estoy segura de que desee averiguarlo —dijo tía Mary.

A continuación se produjo el habitual revuelo que precedía a la marcha de los visitantes. Tuve que abandonar mi refugio, abrir la puerta y contemplarlos mientras bajaban las escaleras en fila india. Mr. Pitmilly daba su brazo a lady Carnbee, a pesar de que siempre lo estaba contradiciendo. Tía Mary se quedó en lo alto de la escalera, despidiendo graciosamente a sus huéspedes, mientras yo bajaba para asegurarme de que la doncella estaba en el vestíbulo. Cuando volví, tía Mary estaba junto a mi ventana, mirando hacia fuera. Ocupé mi asiento habitual y tía Mary me dijo, con expresión que me pareció bastante pensativa:

—Bien, querida: ¿cuál es tu opinión?

—No puedo opinar nada. Me pasé todo el tiempo leyendo un libro —respondí.

—Me di cuenta, y no fue muy cortés por tu parte, querida; pero, de todos modos, estoy convencida de que no te perdiste una sola palabra de las que se pronunciaron.

II

Era una noche de junio; hacía rato que habíamos cenado, y si hubiese sido invierno las sirvientas habrían cerrado ya puertas y ventanas y mi tía Mary se dispondría a encerrarse en su habitación. Pero era aún de día, a pesar de que el sol se había puesto y no quedaba en el cielo ningún reflejo rosado ni color naranja. La claridad tenía un tono neutro, es decir, ese tono crepuscular que adquiere el día cuando ha dejado de ser propiamente día. Después de cenar habíamos dado, un paseo por el jardín y ahora estábamos de vuelta a lo que llamábamos nuestras habituales ocupaciones. Mi tía leía. Por las mañanas le gustaba leer el *Scotsman*, por las noches el *Times*.

En lo que a mí se refiere, también me dedicaba a mi habitual ocupación, que en aquella época consistía en no hacer nada. Tenía un libro entre las manos, como de costumbre, y estaba absorta en él; pero me daba cuenta de todo lo que ocurría a mi alrededor. La gente pasaba por debajo de la ventana, hablando en voz alta, y sus comentarios provocaban a veces mi risa. Hablaban con un acento cantarín, completamente nuevo para mí, que resultaba muy agradable porque mi mente lo asociaba con la idea de las vacaciones; y a veces decían cosas divertidas, y otras decían cosas que sugerían toda una historia; pero pronto los pasos se alejaban y las voces morían en la distancia. A lo largo del atardecer, compuesto de interminables horas, que a pesar de su extensión no resultaban aburridas, miraba de cuando en cuando hacia la ventana misteriosa que había sido objeto de la conversación entre mi tía y sus amigas, pensando lo absurda que había sido aquella discusión, aunque no me hubiera atrevido a

decírselo a nadie, ni siquiera a mí misma. Miraba hacia la ventana sin ninguna idea concreta, dejando vagar el pensamiento. Se me ocurrió, con una leve sensación de descubrimiento, que parecía estúpido que alguien pudiera decir que aquello no era una ventana, una ventana como todas las demás, una ventana a través de la cual pudiera verse. ¿Cómo no se habían dado cuenta hasta entonces aquellos vejestorios? Repentinamente, descubrí un espacio visible detrás de la ventana —una habitación, indudablemente—, oscuro, casi indistinguible, como era lógico en una habitación situada al otro lado de la calle. Sin embargo, era tan evidente que se trataba de una habitación, que no me hubiera sorprendido lo más mínimo ver que alguien se acercaba a la ventana. De lo que no cabía duda era de que detrás de los entrepaños que habían provocado la discusión de las viejas damas había una sensación de espacio. Me parecía mentira que no se hubieran dado cuenta. En aquel momento era un espacio grisáceo, sumido en la penumbra, como toda habitación que se contempla desde el otro lado de la calle. Pero no existía duda posible. No había cortinas que indicaran si estaba habitada o no; pero era una habitación, estaba absolutamente segura. Me sentí muy complacida conmigo misma, pero no dije nada; tía Mary seguía leyendo su periódico y yo esperé un momento favorable para anunciarle un descubrimiento que solucionaría definitivamente el problema de aquella ventana. Luego me dejé arrastrar de nuevo por la corriente de mis ensueños y me olvidé por completo del asunto, hasta que llegó a mis oídos una voz que parecía proceder del otro mundo:

—Me voy a acostar… Pronto será de noche. Empieza a oscurecer.

¡Oscurecer! ¿A quién podía ocurrírsele semejante tontería? Nunca oscurece si uno sabe mirar a través del

suave aire veraniego por espacio de horas enteras; y mis ojos, habituados a mirar de ese modo, se posaron de nuevo en la ventana del otro lado de la calle.

¡Oh, ahora! Nadie se había acercado a la ventana; no había sido encendida ninguna luz, pero la habitación situada detrás de la ventana se había ensanchado. Pude distinguir el espacio gris, un poco más amplio, y una especie de visión, muy difuminada, de una pared y de algo apoyado contra ella; algo oscuro, con la negrura de un objeto sólido, claramente distinguible en la penumbra que lo rodeaba. Agucé la vista y adquirí la seguridad de que se trataba de un mueble, una mesa escritorio o quizás un gran armario para libros. Seguramente se trataba de esto último, dado que el edificio era una biblioteca. Nunca había visitado la biblioteca escolar, pero había visto otros lugares parecidos y no me resultaba difícil imaginármela. Me pareció sumamente raro que las amigas de mi tía, después de tanto tiempo, no hubieran sido capaces de ver lo que yo acababa de descubrir.

Continué sin hablar, y mis ojos, supongo, habíanse agrandado en su esfuerzo por penetrar la oscuridad de la misteriosa habitación. De repente, tía Mary dijo:

—¿Quieres hacer sonar la campanilla, preciosa? Necesito mi lámpara.

—¿Su lámpara, cuando aún es de día? —inquirí, extrañada.

Pero en aquel momento eché otra ojeada a mi ventana y comprobé con un sobresalto que la luz había cambiado: no podía ver absolutamente nada. Había aún algo de claridad, pero una claridad tan distinta, que la habitación, con el espacio gris y la amplia librería habían desaparecido y no me fue posible verlos de nuevo: incluso una noche escocesa de junio acaba por hacerse oscura, aunque el atardecer parezca prolongarse indefinidamente. Había estado a punto

de gritar al oír las palabras de mi tía Mary, pero procuré dominarme y obedecí su orden, haciendo sonar la campanilla para avisar a la sirvienta. Decidí no decirle nada hasta la mañana siguiente, cuando las cosas, como es lógico, se verían mucho más claras.

A la mañana siguiente me olvidé de todo esto. O estuve muy ocupada, o muy ociosa, dos cosas que para mí venían a significar lo mismo. En todo caso, no pensé más en la ventana, aunque me senté en el lugar de costumbre, entretenida en alguna otra fantasía. Por la tarde, como siempre, llegaron los visitantes de tía Mary; pero su conversación no me recordó para nada el tema de la misteriosa ventana, y durante un par de días no ocurrió nada que llevara a mis pensamientos por aquel cauce. Pasó casi una semana antes de que el tema volviera a plantearse, y de nuevo fue lady Carnbee la que me hizo pensar en él; y no porque hubiera dicho nada concreto sobre el asunto. Pero fue la última de las visitantes en marcharse aquella tarde, y cuando se levantó para irse agitó las manos, con aquellos gestos vivaces peculiares en muchas damas escocesas.

—¡Vaya! —exclamó—. Allí tenemos a la niña, tan inmóvil como un poste. ¿Acaso está embrujada, Mary Balcarres? ¿Está condenada a permanecer sentada ahí, de día y de noche, durante toda su vida?

De momento, no caí en la cuenta de que estaba refiriéndose a mí. La miraba a ella, precisamente, que era como una figurilla de un cuadro, con su pálido rostro de color ceniza y sus encajes españoles, y sus manos alargadas, con el enorme diamante brillando siniestramente. Por cierto que ahora lo llevaba al revés, y la piedra lucía en la parte interior de su mano. El efecto era sorprendente. Me quedé mirándola medio aterrorizada, medio furiosa. Entonces, la anciana se echó a reír y su mano recobró la posición normal.

—Acabo de despertarte a la vida y de romper el maleficio que pesaba sobre ti —me dijo, en tono festivo. Y a continuación me tomó del brazo para bajar las escaleras, apoyándose pesadamente en mí y sin dejar de reír—. A tu edad, las muchachas deben ser fuertes como una roca. Yo era como un arbolillo, ¿sabes? En mis buenos tiempos, fui un apoyo para la virtud, como Pamela.

Cuando volví junto a la tía Mary, le dije:

—¡Tía, lady Carnbee es una bruja!

—¿Qué es lo que te hace pensarlo, preciosa? Bueno, tal vez lo haya sido en otros tiempos —dijo tía Mary, a la que nada conseguía desconcertar ni sorprender.

Fue aquella noche, después de cenar, cuando volví a fijarme en la ventana de la biblioteca. La había visto durante todo el día… sin observar nada anormal; pero en aquel momento, agitada aún por la escena de lady Carnbee con su maldito diamante y sus extravagantes adornos de encaje, miré a través de la calle y vi la habitación existente detrás de la ventana de la biblioteca, mucho más claramente de lo que la había visto la vez anterior. Pude observar que se trataba de una habitación espaciosa y que el mueble colocado contra la pared no era una librería, sino una mesa escritorio. Cuando mis ojos se posaron sobre ella, no me quedó ninguna duda: un gran escritorio de modelo antiguo, lleno de cajones, muy parecido al que tenía mi padre en su biblioteca. Quedé tan sorprendida al notar la semejanza, que cerré los ojos preguntándome cómo era posible que el escritorio de mi padre hubiese ido a parar allí. Pero cuando me recordé a mí misma que aquello era una tontería, y que existían muchísimas mesas escritorio parecidas a la de papá, abrí de nuevo los ojos, miré hacia la habitación, y… No pude ver más que la negra ventana, que tan intrigadas tenía a las amigas de mi tía, las cuales no dejaban de preguntarse si

era una ventana tapiada o si había sido una verdadera ventana en alguna ocasión.

A pesar de lo intrigada que me quedé, no hablé de ello a tía Mary. Por alguna razón, no conseguía ver nada a primeras horas del día. Hasta cierto punto, me pareció natural: en pleno día no puede verse en un lugar situado en el exterior si se trata de una habitación vacía, o un espejo, o una ventana tapiada. Supongo que el hecho tiene algo que ver con la luz. La hora más apropiada para ver es la de un atardecer de junio escocés, ya que entonces la luz del día no es propiamente del día, y existe en ella algo que no puedo describir, algo que hace que todos los objetos sean como un reflejo de sí mismos.

A medida que pasaba el tiempo, podía ver más claramente la habitación. La gran mesa escritorio ocupaba un lugar más y más definido en aquel espacio gris: a veces había encima de él unos objetos blancos, brillantes, que parecían papeles: y en un par de ocasiones estuve segura de ver una pila de libros en el suelo, muy cerca de la mesa escritorio. Los libros me parecieron muy viejos. Esto ocurría siempre a la hora en que los chiquillos se decían unos a otros, en la calle, que iban a regresar a sus casas; a la hora en que una voz estridente llamaba desde una de las puertas gritando a alguien «que avisara a su chico para que acudiera a cenar». Esta era siempre la hora en que yo veía mejor, aunque era el momento en que el velo de la oscuridad estaba a punto de caer sobre todas las cosas, y la luz diurna empezaba a agonizar, y todos los sonidos de la calle se apagaban, y tía Mary me decía con su voz suave:

—¡Preciosa! ¿Quieres llamar para que me enciendan la lámpara?

Mi tía me llamaba «preciosa» al igual que otras personas dicen «querida». Y yo creo que es una palabra mucho más bonita.

Un atardecer, cuando estaba sentada en el lugar de costumbre con un libro entre las manos, mirando hacia el otro lado de la calle, sin ser distraída por nada, observé un leve movimiento en el interior de la habitación. Na fue nada visible, pero todo el mundo sabe lo que significa ver una leve agitación en el aire, una especie de ondulación, como la de las aguas de un lago: uno no puede decir lo que hay allí, pero sabe que hay algo, aunque no pueda verlo ni precisar su naturaleza. Tal vez sea una sombra posándose en un lugar tranquilo. Uno puede mirar durante horas enteras una habitación vacía y de repente darse cuenta de que se ha producido un aleteo, y sin ver a nadie puede saber que alguien acaba de entrar en la habitación. Puede tratarse solamente de un perro o de un gato; puede ser un pájaro que ha cruzado volando; pero en todo caso es alguien, alguien vivo, muy distinto, completamente distinto de las cosas desprovistas de vida. La impresión que me causó el hecho me hizo proferir un pequeño grito. Tía Mary carraspeó, apartó el abultado periódico que casi la tapaba por completo y me preguntó:

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—Nada —respondí rápidamente, temiendo que la intervención de mi tía me impidiera seguir mirando, en el preciso instante en que alguien acababa de entrar en la habitación misteriosa. Pero supongo que ella no quedó satisfecha con mi breve respuesta, ya que se levantó y se acercó al lugar donde yo estaba, mirando a través de la ventana para ver lo que me había llamado la atención. Apoyó una de sus manos en mi hombro, y aunque su movimiento fue suave y cariñoso, yo hubiera botado de rabia: todas las cosas habían vuelto a quedar inmóviles, la habitación no fue más que una mancha gris y no conseguí ver nada.

—Nada —repetí, pero me sentía tan defraudada que no me hubiese costado ningún trabajo echarme a llorar—. Ya te dije que no era nada, tía Mary. No me has creído, has querido convencerte por tus propios ojos… ¡y lo has echado todo a rodar!

Desde luego, no tenía la menor intención de pronunciar las últimas palabras: lo hice sin darme cuenta. Estaba completamente fuera de mí al ver que todo se había desvanecido como un sueño: y, sin embargo, no era un sueño, sino algo tan real como… como yo misma o cualquier cosa que pueda tocarse.

Tía Mary me palmeó cariñosamente el hombro.

—Preciosa —dijo—, estabas mirando algo. ¿Qué era?

«¿Qué era?», estuve a punto de inquirir a mi vez, pero no lo hice. No dije nada, y tía Mary volvió a su asiento.

Supongo que debió hacer sonar la campanilla, ya que inmediatamente se encendió la luz detrás de mí y el exterior se oscureció del todo, como sucedía todas las noches, y no pude ver nada más.

Creo que fue al día siguiente, por la tarde, cuando hablé del asunto. La cosa vino a raíz de una observación de mi tía acerca de su labor de ganchillo.

—Se me pone una especie de niebla delante de los ojos —dijo—. Tendrás que aprender a hacer este punto, preciosa, ya que tendré que renunciar muy pronto a esta clase de labores.

—¡Oh! Espero que no perderá usted la vista —respondí, sin pensar lo que estaba diciendo.

Desde luego, yo era muy joven entonces y la mitad de las veces soltaba las palabras al tun tún, sin pensar en el efecto que podían producir. A mi tía no le sentó nada bien mi observación, por la posibilidad que daba a entender.

—¡Perder la vista! —exclamó, dirigiéndome una mirada casi furiosa—. No se trata de eso, ¿te enteras? Mis ojos están

tan bien como siempre. Puedo no distinguir los detalles de una labor de punto, pero a distancia veo como siempre… como puedas ver tú.

—No lo dije en mal sentido, tía Mary —me disculpé—. Pensé que te referías a… Pero ¿cómo puedes decir que tienes la vista tan buena como siempre, si estás en duda acerca de aquella ventana? Yo puedo ver la habitación tan claramente como… —Me callé de repente, pues acababa de mirar al otro lado de la calle y me di cuenta de que allí no había ninguna ventana, sino únicamente la falsa imagen de una ventana pintada en la pared.

—¡Ah! —exclamó tía Mary, en tono de sorpresa. Se incorporó, como si tuviera intención de acercarse al lugar donde yo me encontraba, pero al ver la aturdida expresión de mi rostro volvió a sentarse, murmurando—: ¿De veras has visto todo eso?

¿Todo eso? ¿Qué significaban aquellas palabras? Los giros que los escoceses suelen dar al lenguaje me desconcertaban en algunas ocasiones, y esta era una de ellas. Pregunté:

—¿Qué ha querido usted decir «con todo eso»?

No pude conocer su respuesta, pues en aquel momento llegó una visita y mi tía se dirigió a atenderla, lanzándome una extraña mirada antes de salir de la habitación. Fue una mirada cariñosa, pero que reflejaba cierta ansiedad. La acompañó con un leve movimiento de cabeza, y aunque su rostro estaba sonriente, sus ojos habían adquirido una gravedad desacostumbrada. Salió de la habitación y no volvimos a hablar del asunto.

Pero el asunto continuó intrigándome, mucho más por cuanto atravesaba períodos de incertidumbre mezclados con otros de seguridad casi absoluta. A veces veía aquella habitación muy claramente… tan claramente, por ejemplo, como puedo ver la biblioteca de mi padre cuando cierro los ojos. La comparaba siempre con el estudio de mi padre

debido a la forma de la mesa escritorio, la cual, como ya he dicho, era muy parecida a la de papá. A veces veía algunos papeles sobre la mesa, y la pila de libros junto a ella.

Y otras veces no veía absolutamente nada, como les ocurría a las viejas damas que solían visitar a mi tía Mary, cosa que me enojaba muchísimo.

Las viejas damas acudían regularmente a visitar a tía Mary, mientras se deslizaba el mes de junio. Yo tenía que marcharme en julio, y me repugnaba la idea de abandonar aquel lugar sin haber aclarado el misterio de aquella ventana que cambiaba tan extrañamente de aspecto y que aparecía como algo completamente distinto, no sólo a diferentes personas, sino también a los mismos ojos en diferentes ocasiones. Me decía a mí misma que todo ello se debía simplemente a un efecto de la luz. Y, sin embargo, esta explicación no acababa de satisfacerme, como tampoco me satisfacía pensar que todo se debía a la superioridad de mis ojos juveniles sobre la cansada vista de unas ancianas. Al fin y al cabo, aquella superioridad existía también en cualquiera de los mozalbetes que jugaban por la calle. No, me gustaba más suponer que dentro de mí existía un instinto especial que agudizaba extraordinariamente mi capacidad visual… una presunción, como puede verse, bastante descabellada, pero muy propia de mis cortos años. Sin embargo, existía el hecho evidente de que yo había visto varias veces la habitación con toda claridad, una habitación amplia, con otros muebles además de la gran mesa escritorio, la cual había sido colocada más cerca de la ventana para que recibiese más luz. Todo fue haciéndose visible para mí, hasta que fui casi capaz de leer el título de uno de los grandes volúmenes que sobresalía un poco de la pila de libros y quedaba mejor iluminado; pero todo esto no habían sido más que preliminares del gran acontecimiento que ocurrió alrededor del día de San Juan, una fiesta muy

sonada en otros tiempos en Escocia, pero que entonces era una festividad como otra cualquiera; cosa que siempre me ha parecido lamentable y una verdadera pérdida para Escocia, diga lo que diga mi tía Mary.

III

El día de San Juan estaba próximo, aunque no puedo precisar la fecha exacta, cuando se produjo el gran acontecimiento. Por entonces me había familiarizado bastante con la habitación situada detrás de la ventana de la biblioteca. Me eran ya familiares, no sólo el gran escritorio, con los papeles esparcidos sobre él, y la pila de libros junto a una de sus patas, sino también el cuadro de gran tamaño que colgaba de la pared más lejana y otros varios muebles, especialmente una silla, la cual cada noche veía que había sido movida en el espacio existente ante la mesa escritorio; un cambio casi imperceptible que hacía palpitar mi corazón, ya que indicaba a las claras que alguien se había sentado allí, alguien cuya presencia yo había intuido a través de la leve vibración del aire o de una sombra apenas visible. Nunca me había asustado el pensar que la vibración o la sombra podían materializarse en una presencia humana; por el contrario, en aquellos momentos redoblaba mi atención y veía todas las cosas con más claridad que nunca; después, volvía mi atención al libro que estaba leyendo, y leía un par de capítulos de una apasionante historia que me alejaba de St. Rule's, y de su calle Mayor, y de la biblioteca escolar, trasladándome a una selva tropical, a punto de aplastar a un escorpión o una serpiente venenosa.

Aquel día, algo llamó mi atención repentinamente y, con un sobresalto, miré a mi alrededor, profiriendo un leve grito que dejó intrigados a todos los que se hallaban en la habitación, uno de los cuales era el viejo Mr. Pitmilly. Todos miraron a mi alrededor para ver qué era lo que me había sobresaltado. Y cuando yo di mi habitual respuesta:

«¡Nada!», notando el rubor en mi rostro, Mr. Pitmilly se acercó a la ventana y miró hacia fuera, tratando de descubrir, probablemente, el motivo de mi excitación. No debió ver nada, ya que volvió a ocupar su asiento y pude oír cómo le decía a tía Mary que no había ningún motivo para alarmarse: la niña se había amodorrado con el calor y sobresaltado al despertarse de repente. Y todas las viejas damas se echaron a reír. En otra ocasión cualquiera le hubiese matado por su impertinencia, pero aquel día mi mente estaba demasiado ocupada para prestar la menor atención al viejo charlatán. Mis sienes latían dolorosamente y el corazón, dentro de mi pecho, parecía un pajarillo asustado. Esperé hasta que se hubo calmado la agitación producida por las palabras de Mr. Pitmilly, y entonces miré hacia la ventana. ¡Sí, allí estaba él! No me había engañado. En aquel momento supe lo que había estado esperando ver todo aquel tiempo. Supe que yo había intuido que él estaba allí, y que lo había estado esperando, cada vez que se producía una vibración o que planeaba una sombra: lo había estado esperando a él y a nadie más que a él. Y allí estaba, finalmente, tal como yo había esperado. No sabía que en realidad nunca había esperado, ni a él ni a ningún ser humano: pero eso fue lo que sentí cuando, al mirar repentinamente hacia la oscura habitación, lo vi allí.

Estaba sentado en la silla, la cual debía haber colocado con sus propias manos, o alguien había colocado para él aprovechando el momento en que yo no miraba, en frente de la mesa escritorio. Estaba con la espalda vuelta hacia mí, escribiendo. La luz caía sobre él por la parte izquierda, y por tanto sobre sus hombros y un lado de su cabeza, que mantenía demasiado inclinada para que se pudieran distinguir las líneas de su rostro. Resultaba muy extraño que alguien tan fijamente contemplado como él no volviera la cabeza ni una sola vez, ni hiciera ningún movimiento. Si

alguien me hubiese mirado, de aquel modo, aunque estuviera durmiendo me hubiese despertado, sobresaltada, me daría cuenta de su contemplación a través de todas las cosas. Pero él estaba allí sentado, completamente inmóvil. No hay que suponer, aunque yo haya dicho que la luz caía sobre él que fuera una luz muy intensa. Por lo general una habitación que se puede observar desde el otro lado de la calle no está brillantemente iluminada; pero había la luz suficiente para que pudiera verlo… para que pudiera distinguir claramente el oscuro perfil de su figura, sentado como estaba en la silla, y la mancha de su cabeza, algo más visible que la negrura que le rodeaba.

En circunstancias normales, ver a un estudiante a través de una ventana situada al otro lado de la calle me hubiera interesado de un modo muy relativo. Siempre atrae echar una ojeada a una existencia desconocida para nosotros, ver tanto y, sin embargo, saber tan poco, y preguntarse, quizás, qué está haciendo el hombre, y por qué no vuelve la cabeza. Una puede acercarse a la ventana —pero no demasiado, no sea que el hombre se dé cuenta y crea que se le está espiando—, y puede preguntarse: «¿Estará ahí todavía?» «¿Estará escribiendo siempre?» Yo me preguntaría además qué estaría escribiendo, y esto podría ser una distracción, pero nada más.

En el presente caso, mis sentimientos eran muy distintos. Era una especie de contemplación anhelante, una abstracción. No tenía ojos para nada más, ni en mi mente quedaba resquicio para ningún otro pensamiento. No oía ya, como solía sucederme, las historias y las observaciones, ingeniosas o estúpidas, de las viejas amigas de tía Mary o de Mr. Pitmilly. Percibía únicamente un murmullo detrás de mí, un intercambio de voces, unas suaves, otras agudas; pero no era como antes, cuando estaba sentada, leyendo, y oía todas las palabras que se pronunciaban, hasta que la

historia de mi libro y la historia que penetraba por mis oídos se mezclaban entre sí, y el héroe de mi novela se confundía con el héroe (con más frecuencia la heroína) de la novela que contaban los reunidos en el salón. Pero ahora no me enteraba de nada. Y no porque hubiera algo más interesante que mirar, a excepción del hecho de que él estaba allí. Y él no hacía absolutamente nada para mantener tensa mi atención. Se movía sólo lo imprescindible en un hombre que está muy ocupado escribiendo, sin pensar en nada más. Su cabeza se movía levemente de un lado a otro de la página en que se ocupaba; pero la página parecía interminable, ya que nunca necesitaba volverla. Sólo una leve inclinación cuando llegaba al final de la línea, y otra leve inclinación cuando empezaba la siguiente. Aquello era muy poco para mantener despierta la atención de alguien. Supongo que lo que mantenía tensa la mía era el gradual curso de los acontecimientos que me habían conducido a este instante: en primer lugar el descubrimiento de la habitación, luego la mesa escritorio, los otros muebles, y finalmente el ser humano que daba significado a todo. Resultaba tan interesante, en su conjunto, como un país nuevo que uno acaba de descubrir. Y, por encima de todo, la extraordinaria ceguera de los que discutían entre sí la existencia de una ventana... No deseaba faltar al respeto a nadie, y sentía mucho cariño hacia mi tía Mary, y simpatizaba bastante con Mr. Pitmilly, y temía a lady Carnbee. Pero no podía evitar despreciarlos un poco a todos por su —no me atrevía a calificarlo de estupidez— ceguera, su necedad, su insensibilidad. ¡Como si lo que los ojos ven pudiera ser discutido! ¡Hubiese sido poco caritativo pensar que ello se debía a que eran unos ancianos y sus facultades disminuían bajo el peso de los años! ¡Y era tan triste pensar que las facultades disminuyen, que una mujer como mi tía Mary fuese perdiendo la vista, el oído o el olfato! Me parecía

demasiado cruel. Y por otra parte, está allí lady Carnbee, de la cual decía la gente que era capaz de ver a través de una piedra de molino… y el agudo Mr. Pitmilly. Me hacía acudir las lágrimas a los ojos pensar que todas aquellas personas inteligentes no eran capaces de ver las cosas más claras, por la única razón de que no eran tan jóvenes como yo; y que toda su experiencia y todos sus conocimientos no les permitían ver lo que una muchacha de mi edad podía distinguir con tanta facilidad. Me sentía medio avergonzada y medio orgullosa al mismo tiempo.

Todos estos pensamientos pasaron por mi cerebro mientras estaba sentada en mi refugio habitual, mirando hacia el otro lado de la calle. La escena en el interior de la habitación continuaba siendo la misma. Él estaba absorto en su escritura, sin alzar la mirada, sin detenerse ante una palabra difícil, sin volverse en redondo en la silla, sin levantarse a pasear por la habitación como solía hacer mi padre. Papá es un gran escritor, según dice todo el mundo: pero papá se hubiera asomado a la ventana para mirar al exterior, hubiera tabaleado con sus dedos en el antepecho, se hubiera detenido a contemplar el vuelo de una mosca, hubiera jugueteado con el fleco de los visillos, hubiera hecho una docena de cosas encantadoras, de cosas absurdas, mientras esperaba que le llegara la inspiración para la siguiente frase que debía escribir. «Querida, estoy esperando que acuda la inspiración», solía decirle a mi madre, cuando ella lo contemplaba, preguntándole con la mirada el motivo de que estuviera ocioso; y mi madre se echaba a reír, y mi padre se sentaba de nuevo ante la mesa escritorio. Pero el hombre que yo observaba no se detenía en absoluto. Era un espectáculo fascinante. No podía apartar la mirada de su espalda y del leve movimiento de su cabeza, apenas perceptible. Temblaba de impaciencia, esperando que volviera la página, o arrojara la cuartilla al suelo, como

alguien que en cierta ocasión miraba por una ventana, como yo, vio hacer a sir Walter Scott, cuartilla tras cuartilla. Me hubiera puesto a gritar si el desconocido hubiera hecho eso. No hubiese sido capaz de contenerme, no me hubiese importado ante quién. Mientras esperaba, mi cabeza se iba calentando y mis manos se volvían frías como el hielo, a causa de la ansiedad que sentía. Y, entonces, precisamente entonces, en el instante en que el desconocido movía levemente su codo, como si se dispusiera a hacer lo que yo esperaba, tía Mary me llamó para decirme que lady Carnbee se marchaba. Creo que no la oí hasta que me hubo llamado por tercera vez, y entonces me puse en pie, temblando de excitación y casi llorando. Cuando me acerqué a lady Carnbee para ofrecerle mi brazo (Mr. Pitmilly se había marchado minutos antes), la anciana apoyó el dorso de su mano en mi mejilla y dijo:

—¿Qué le pasa a la niña? Tiene fiebre… no debería usted permitirle pasarse tantas horas ante la ventana, Mary Balcarres. Usted y yo sabemos muy bien las consecuencias de eso.

Sus viejas manos me produjeron una impresión muy extraña, como si acabara de tocarme una cosa fría e inerte; el maléfico diamante rozó mi mejilla.

Clara que mi excitación no se debía a eso, como tampoco mi ansiedad. Aunque resulte casi cómico decirlo, toda mi excitación y toda mi ansiedad habían sido provocadas por un hombre desconocido que escribía en una habitación, al otro lado de la calle, sin llegar nunca al final de la cuartilla que estaba emborronando. Y lo peor de todo es que la anciana lady Carnbee sintió el apresurado latir de mi corazón contra su brazo, que había pasado por debajo del mío.

—Lo que te sucede no es más que un sueño —me dijo, mientras bajábamos las escaleras en dirección al vestíbulo

—. Ignoro de quién se trata, pero estoy convencida de que es un hombre que no se lo merece. Si fueras una muchacha juiciosa, dejarías de pensar en él de una vez para siempre.

—¡No pienso en ningún hombre! —exclamé, a punto de echarme a llorar—. Es muy poco amable por su parte decir eso, lady Carnbee. ¡Nunca, en toda mi vida, he pensado en ningún hombre!

En mi voz vibraba la indignación. La anciana me oprimió cariñosamente el brazo.

—¡Pobre pajarillo! —murmuró—. No debes tomártelo así. Lo único que trato de decirte es que la cosa es mucho más peligrosa cuando no se trata más que de un sueño.

Me hablaba en tono cariñoso y amable; pero yo estaba tan excitada y tan furiosa, que a duras penas conseguí estrechar su mano cuando me la tendió, después de haber subido a su carruaje. Estaba furiosa con ella, y asustada de su diamante, el cual me miraba fijamente desde su mano como si pudiera ver en lo más profundo de mi ser; y, aunque cueste creerlo, estoy convencida de que me miraba. Lady Carnbee no llevaba nunca guantes, sino unos mitones de encaje a través de cuya malla brillaba el horrible diamante. Corrí escaleras arriba. Lady Carnbee había sido la última en marcharse. Tía Mary no estaba ya en el salón: había ido a vestirse para la cena, pues ya era tarde. Me dirigí a mi observatorio de costumbre, mientras mi corazón palpitaba con más violencia que nunca dentro de mi pecho. Estaba completamente segura de ver en el suelo de la habitación la cuartilla terminada. Pero lo único que vi fue la negrura de aquella ventana que para las ancianas amigas de mi tía no era una ventana. La luz había cambiado extraordinariamente en los cinco minutos que había durado mi ausencia, y allí no había ya nada, absolutamente nada, ni un reflejo, ni un brillo. Aquello fue demasiado para mí: me senté y me eché a llorar como si mi corazón estuviera a

punto de romperse. Sentí que todo aquello no era natural, que los que me rodeaban tenían algo que ver en el asunto, que no podía soportar por más tiempo aquella situación… que no podía soportar siquiera a tía Mary. Todos creían que no era ningún bien para mí. ¡Ningún bien para mí! Y habían hecho algo —incluso mi tía Mary—. ¡Y aquel horrible diamante que brillaba en la mano de Lady Carnbee! Desde luego, me daba perfecta cuenta de que todas esas ideas no eran más que estupideces; pero en aquel momento estaba exasperada por la decepción y por la repentina desaparición de lo que daba motivo a mis excitadas sensaciones, y no podía soportarlo. Era algo más fuerte que yo.

Había llegado la hora de la cena y, como es lógico, cuando entré en el comedor, brillantemente iluminado, en mis ojos se apreciaban claramente las huellas de mi reciente llanto. Tía Mary me miró cariñosamente y me dijo:

—¡Vaya! Mi pajarillo ha estado llorando… ¿Qué dirá tu madre cuando sepa que en mi casa te tratamos tan mal que no cesas de llorar?

—¡No he estado llorando! —exclamé; y a continuación, viendo que iba a estallar de nuevo en lágrimas, me eché a reír y dije—: Me he asustado del maldito diamante de lady Carnbee. ¡Muerde, estoy segura de que muerde! Tía Mary, mira aquí…

—¡Tu loca imaginación! —murmuró ella, aunque miró mi mejilla a la luz de la lámpara—. ¡Vaya! No veo ningún mordisco, chiquilla. No veo más que una mejilla enrojecida y un ojo lleno de lágrimas. Anda, vamos a cenar, y por esta noche se han terminado los sueños.

—Sí, tía Mary —murmuré en tono obediente.

Pero sabía lo que sucedería. En efecto, apenas abrió el *Times*, tan lleno de noticias de todo el mundo, de discursos y de cosas que le interesaban, aunque yo no sabía por qué, se olvidó de todo. Y me senté en mi lugar de costumbre, muy

quieta, mientras las cortinillas de mi ventana se agitaban por encima de mi cabeza más que de costumbre. Y mi corazón dio un gran salto, como si fuera a salírseme del pecho: porque él estaba allí. Pero no como había estado antes… Supongo que la luz no era quizás lo bastante buena para permitirle trabajar sin una lámpara o una vela, ya que estaba al otro lado de la mesa escritorio, reclinado hacia atrás en la silla y con la cabeza vuelta hacia mí. Bueno, no exactamente hacia mí: él no sabía nada acerca de mí. Pensé que no estaba mirando hacia ningún lugar determinado: pero su rostro estaba vuelto hacia el lugar donde me encontraba. Yo tenía el corazón en la boca. ¡Era algo tan inesperado, tan extraño! Aunque, a decir verdad, no debía parecerme tan extraño, ya que no existía ninguna comunicación entre él y yo. Y resultaba muy lógico que aquel hombre, cansado de trabajar, pensando quizás que no había luz suficiente para continuar trabajando, y que era demasiado temprano para encender una lámpara, se reclinara hacia atrás en su silla para descansar un poco y pensara… tal vez en nada. Papá dice siempre que no piensa en nada concreto. Dice que las ideas penetran en su cerebro, como puertas que se abren, sin que él pueda impedirlo. ¿Qué clase de ideas penetraban en el cerebro de aquel hombre? Acaso pensaba en lo que había estado escribiendo y en cómo continuarlo. Lo que más me molestaba era que no conseguía distinguir su rostro… La cosa resulta bastante difícil cuando el rostro que pretendemos ver está separado de nosotros por dos ventanas: la nuestra y la suya. Me hubiera gustado poder reconocerlo más tarde, si tenía la suerte de encontrarme con él por la calle. Si se hubiera puesto en pie y se hubiera paseado un poco por la habitación, hubiera podido apreciar qué tipo tenía y no me hubiese sido difícil reconocerlo en otra ocasión; o, si se hubiese asomado a la ventana (como hace papá), hubiera

podido ver su rostro con bastante claridad. Pero, desde luego, él ignoraba que yo existiera; y, probablemente, si hubiese sabido que lo estaba observando, se hubiera enojado y desaparecido de mi vista;

Pero permanecía tan inmóvil allí, de cara a la ventana, como lo había estado antes, sentado a la mesa escritorio. A veces movía ligeramente una mano o un pie, y yo contenía la respiración, creyendo que iba a levantarse de la silla… pero continuaba sentado. Y a pesar de todos mis esfuerzos no conseguía distinguir las líneas de su rostro. Entrecerré los ojos, como había visto hacer a miss Jeanie, que es corta de vista, y apoyé las manos contra mis sienes, haciendo pantalla, para concentrar el campo visual, pero todo fue inútil; tal vez la luz no era favorable, pero lo cierto es que no conseguía ver lo que me había propuesto. El pelo del desconocido me pareció claro: alrededor de su cabeza no había ninguna línea oscura, como hubiera sucedido de tener el pelo muy negro; también me pareció que no llevaba barba. Es decir, estoy segura de que no llevaba barba, porque el perfil de su rostro era bastante preciso. En aquel momento, vi en la acera opuesta a un muchacho, hijo de un panadero. Me fijé en él por una circunstancia muy curiosa. Había estado lanzando piedras contra algo o contra alguien. En St. Rule’s, los chiquillos tienen la costumbre de luchar a pedradas, y supongo, que se había producido una de esas habituales batallas. Supongo, también, que la piedra que conservaba en la mano era un proyectil que no había tenido ocasión de disparar, y ahora observaba cuidadosamente la calle, en busca de un blanco sobre el cual ejercitar su puntería. Al parecer, no encontró nada que fuera de su gusto, y alzó la vista fijándola en la ventana de la biblioteca. La piedra salió de su mano y se estrelló contra la ventana. Me di cuenta, sin prestar atención al hecho, de que la piedra produjo un sonido macizo y que no se produjo la rotura de

ningún cristal; luego volvió a caer sobre la acera. Pero ya he dicho que no prestaba atención al hecho más que con una parte de mi capacidad de percepción, pues el resto de la misma estaba dedicado a la contemplación del hombre que se hallaba en la habitación y que no hizo el menor movimiento ni pareció haberse dado cuenta de nada, y permaneció tan inmóvil y tan indistinguible como antes. Y cuando la luz empezó a decrecer, decreció paralelamente la visibilidad que ofrecía su figura.

En aquel momento, tía Mary apoyó una de sus manos en mi hombro, haciéndome dar un salto.

—Te he pedido dos veces que hicieras sonar la campanilla, preciosa —me dijo—. Pero no me has oído.

—¡Oh, tía Mary! —exclamé, sinceramente compungida, pero volviéndome otra vez hacia la ventana, a pesar de mí misma.

—No te conviene permanecer tanto tiempo aquí —observó mi tía—. No es que me importe que no hayas avisado para que me enciendan la lámpara —añadió—. Puedo hacerlo perfectamente yo misma. Pero no me gusta que te pases tantas horas soñando… Esto no puede hacer ningún bien a tu cabecita.

Por toda respuesta, ya que me había quedado sin hablar, agité levemente la mano en un gesto de saludo hacia la ventana del otro lado de la calle.

Mi tía se quedó en pie a mi lado unos instantes, palmeándome cariñosamente el hombro y murmurando algo que sonaba como «debe irse, sí, debe irse…» Luego dijo en voz alta, sin apartar la mano de mi hombro:

—Como un sueño, cuando uno despierta…

Y cuando miré otra vez hacia el otro lado de la calle, vi la negrura de una superficie opaca y nada más.

Tía Mary no me dirigió ninguna otra pregunta. La acompañé a su habitación y leí un rato en voz alta para ella.

Pero no sabía lo que estaba leyendo, porque repentinamente acudió a mi recuerdo y se instaló en él, el ruido de la piedra contra la ventana y su descenso hasta caer de nuevo en la acera, como repelida por alguna substancia dura. ¡Y yo la había visto golpear contra los cristales de la ventana de la biblioteca escolar!

IV

Permanecí durante mucho tiempo en un estado de gran excitación y de conmoción mental. Estaba impaciente todo el día, hasta que llegaba el atardecer y podía contemplar a mi vecino a través de nuestras respectivas ventanas. No hablaba con nadie y no participé tampoco a nadie mis preocupaciones de aquellos días. Me preguntaba quién sería, qué estaría haciendo, y por qué no llegaba nunca hasta el atardecer; y también me preguntaba a qué casa pertenecería la ventana de la habitación donde aparecía sentado. Parecía formar parte de la antigua biblioteca, como ya he dicho. La ventana estaba en línea con las del largo vestíbulo de aquella institución; pero ignoraba si la habitación pertenecía a la biblioteca, y por dónde entraba en ella su ocupante. Me había hecho mi composición de lugar y creía que la habitación se abría al vestíbulo de la biblioteca, y que el caballero en cuestión debía ser el bibliotecario o uno de sus ayudantes, que tal vez pasaba el día ocupado en el desempeño de sus obligaciones oficiales, y sólo podía acudir a su despacho para entregarse a su trabajo particular al llegar el atardecer. Con frecuencia se oye hablar de cosas como esta… Un hombre que desempeña un cargo o tiene un empleo para mantenerse, y dedica sus horas libres a otro trabajo de su predilección; algún estudio especial o la redacción de algún libro, por ejemplo. Mi padre, sin ir más lejos, pasó una temporada en esas condiciones. Trabajaba en el Ministerio de Hacienda durante el día, y por la noche escribía sus libros, que lo hicieron famoso. Su hija, aunque sabía muy poco de otras cosas, conocía perfectamente esta. Sin embargo, me sentí muy desalentada el día que en la calle alguien me señaló a un anciano

caballero, diciéndome: «Mira: ahí va el bibliotecario de la biblioteca escolar…» De momento, me sentí muy impresionada; pero inmediatamente me dije que un bibliotecario de edad tan avanzada debía tener forzosamente algún ayudante, y que mi desconocido debía ser uno de esos ayudantes.

Paulatinamente, empecé a estar convencida de que esta era la verdad. Encima de la ventana de mis preocupaciones había otra más pequeña, y me imaginé que correspondería a la otra habitación ocupada por mi desconocido. Y me imaginé también que sería un lugar muy apropiado para que él lo habitara, tan cerca de sus libros, tan retirado y tranquilo. Y desde luego, hacía un uso muy juicioso de su buena suerte al disponer de aquel retiro, pasándose horas enteras en una de las habitaciones. ¿De qué trataría el libro que estaba escribiendo? ¿Serían poesías? Esta idea hizo latir aceleradamente mi corazón; pero terminé por decidir, con gran sentimiento por mi parte, que no podía tratarse de un libro de poesías, ya que resultaba imposible escribirlas como él lo hacía, ininterrumpidamente, sin detenerse a buscar una palabra o una rima. De haber escrito poesías, se hubiera levantado de cuando en cuando, para dar unos paseos por la habitación, como hace papá. Y no es que papá escriba poesías; siempre dice: «La Poesía es una cosa misteriosa, de la cual no me atrevo ni siquiera a hablar». Y lo dice sacudiendo la cabeza, lo cual me hace sentir unos inmensos deseos de conocer a un poeta, que, por lo visto, es un personaje mucho más importante que papá. Pero no puedo creer que un poeta se pase horas y horas inmóvil en una silla, como mi desconocido. ¿Qué es lo que puede escribir, entonces? Tal vez Historia… Es también una labor de mucha importancia, que quizás no requiera moverse arriba y abajo, ni contemplar el cielo, ni asomarse a la maravillosa luz del atardecer.

Sin embargo, mi desconocido se movía de cuando en cuando, aunque nunca se acercara a la ventana. A veces, como ya he dicho, se volvía en redondo en su silla y se quedaba de cara a la ventana, y permanecía sentado en esa posición durante largo rato, hasta que la claridad empezaba a difuminarse, y el mundo quedaba lleno de aquel extraño día que no era día, y la luz perdía su color, y todas las cosas eran claramente visibles, y no habían sombras. «Era entre el día y la noche cuando el mundo de las hadas adquiría su poder». Esto quería decir el atardecer de un largo, larguísimo día de verano, la luz sin sombras. Había pensado muchas veces en las palabras que acabo de citar, y a veces sentía algo de temor y me imaginaba que si los seres humanos tuviéramos un poco más de vista en nuestros ojos, podríamos contemplar cosas maravillosas, que no pertenecen a nuestro mundo. Y pensé que tal vez mi desconocido viera alguna de aquellas cosas, por el modo que tenía de sentarse y quedarse absorto en la contemplación de algo que por fuerza debía ser maravilloso, para reclamar hasta tal punto su atención. Y esta idea me producía una sensación indefinible, porque iba acompañada de la impresión de que yo podía ver alguna de aquellas cosas a través de sus ojos, sin que él tuviera la más leve sospecha.

Estaba tan absorta en esas ideas y en contemplarle cada noche —ya que ahora acudía casi todas las noches—, que la gente empezó a darse cuenta de que me estaba quedando muy pálida y que algo debía ocurrirme, pues no prestaba atención alguna cuando me hablaban, y había dejado de reunirme con las demás muchachas para ir a jugar al tenis; y alguien le dijo a tía Mary que yo había perdido todo el peso que gané al principio de mi estancia en St. Rule’s, y que sería desastroso mandarme de regreso a mi hogar con una cara tan pálida como la que tenía. Mi madre recibiría un

gran disgusto. Antes de esto, tía Mary había empezado ya a observarme con la ansiedad reflejada en sus ojos, y estoy segura de que había consultado acerca de mí al doctor y a sus ancianas amigas, que creían saber más que los propios médicos acerca de las muchachas de mi edad. Y pude oír cómo le decían que yo necesitaba divertirme, y salir más de casa, y asistir a alguna fiesta. Cuando llegaran los veraneantes se organizaría algún baile, y tía Mary, por su parte, podría organizar una merienda campestre o algo por el estilo.

—Y, además, no tardará en llegar mi joven lord —dijo una anciana a quien todo el mundo llamaba miss Jeanie—. Y no he visto aún a ninguna jovencita que no se anime a la vista de un joven lord.

Pero tía Mary sacudió la cabeza.

—Ni hablar del joven lord —dijo—. Su madre lo tiene en un puño, y mi sobrina no es lo bastante rica para codearse con esa gente. No, nosotros no podemos volar tan alto; pero me la llevaré a dar una vuelta por la región, para que vea los antiguos castillos y torres. Tal vez esto la anime un poco.

—Y si eso no da resultado, pensaremos alguna otra cosa —dijo otra anciana.

Aquel día oí su charla debido a que hablaban de mí, lo cual es siempre un modo muy eficaz de hacerle escuchar a uno. En los últimos tiempos no había prestado la menor atención a sus conversaciones; y pensé en lo poco que sabían ellas de mí, y en lo poco que me importaban los castillos antiguos, teniendo como tenía otra cosa en que ocupar mis pensamientos. Pero en aquel preciso instante llegó míster Pitmilly, que siempre había sido un amigo para mí, y cuando se enteró del tema de la conversación se las arregló para hacerla derivar por otros cauces. Y al cabo de un rato, cuando las damas se hubieron marchado, se acercó al lugar donde yo estaba y miró a través de la ventana por

encima de mi cabeza. Luego preguntó a tía Mary si había puesto ya en claro el asunto de la ventana…

—… aquella que usted opina a veces que es una ventana, y luego que no es una ventana, y así sucesivamente.

Tía Mary me dirigió una mirada anhelante y a continuación dijo:

—Ni mucho menos, Mr. Pitmilly. Estoy donde estaba, es decir, tan despistada como siempre en lo que se refiere a ese asunto. Y creo que mi sobrina también se ha estado interrogando acerca de él, pues la veo muchas veces contemplándola fijamente con expresión pensativa, aunque no sé cuál es su opinión.

—¡Mi opinión! —exclamé—. Tía Mary —no pude evitar el mostrarme algo burlona, como les sucede con frecuencia a los jóvenes—, no tengo ninguna opinión; estoy convencida de que allí hay no sólo una ventana, sino también una habitación. Y podría mostrarle… —Estuve a punto de decir «mostrarle al caballero que se sienta en ella a escribir todos los días», pero me contuve, no sabiendo cómo se tomarían mis palabras—… podría describirle todos los muebles que hay en ella —continué. Y entonces sentí que algo parecido a una llama subía a mis mejillas y que estas empezaban a arder. Creo que se miraron el uno al otro, pero no estoy segura—. Hay un gran cuadro, en la pared opuesta a la ventana…

—¿De veras? —dijo Mr. Pitmilly, sonriendo—. Y añadió: Ahora les diré a ustedes lo que vamos a hacer. Esta noche se celebra un coloquio, o como diablos llamen a eso, en uno de los salones de la biblioteca. Es un salón muy hermoso y digno de verse. Después de cenar pasaré a recogerlas y las llevaré a esa reunión. ¿De acuerdo?

—¡Desde luego! —exclamó tía Mary—. Hace años que no he asistido a una reunión… y nunca he estado en la

biblioteca escolar. Se estremeció ligeramente y añadió, en voz más baja: —No podía ir allí.

—Entonces, de acuerdo —dijo Mr. Pitmilly, sin tener en cuenta las últimas palabras pronunciadas por tía Mary—. Me sentiré muy orgulloso de llevar del brazo a Mrs. Balcarres, que en su tiempo fue la sensación de todas las reuniones.

—¡Oh, hace mucho de eso! —dijo ella, sonriendo agradablemente al recuerdo—. Acepto su invitación y espero que no se avergonzará usted de nosotras. Pero ¿por qué no se queda a cenar aquí?

Así fue como quedó decidido, y el caballero se marchó a vestirse, más contento que unas pascuas. Pero, en cuanto se hubo ido, le dije a mi tía que no me llevara con ellos.

—Prefiero quedarme aquí —le dije—. No puedo soportar el tener que vestirme para ir a perder el tiempo a una estúpida reunión. ¡Odio las reuniones, tía Mary! —exclamé.

—Mira, preciosa —me respondió, cogiéndome ambas manos—. Sé que será un golpe para ti…, pero es mejor que vayamos a esa reunión.

—¿Por qué habría de ser un golpe para mí? —grité—. Pero prefiero no ir.

—Hazlo por mí, preciosa, sólo esta vez. Ya sabes que casi nunca salgo de casa. ¿No quieres acompañarme esta noche, sólo esta noche, querida mía?

Estoy segura de que habían lágrimas en sus ojos; me besó mientras pronunciaba aquellas palabras. No podía negarme a acompañarla, pero ¡con cuánto sentimiento accedí a hacerlo! Asistir a un estúpido coloquio —¿coloquio con quién, si todos los *coloquiantes*, es decir, los escolares, estaban de vacaciones?—, que no sería más que el pretexto para una de esas odiosas reuniones pueblerinas, en vez de pasar una hora encantadora en mi refugio, contemplando el rostro de mi desconocido a la suave luz del atardecer y

preguntándome quién sería, qué estaba pensando, y qué estaría mirando…

Sin embargo, cuando me estaba vistiendo se me ocurrió la idea —aunque estaba segura de que él prefería su soledad a todas las cosas— de que posiblemente mi desconocido asistiera a la reunión. Y cuando pensé en esa posibilidad, saqué mi vestido amarillo —a pesar de que Janet me había preparado ya el azul— y mi pequeño collar de perlas, que al principio había decidido que era demasiado valioso para llevarlo a aquella reunión. No eran unas perlas muy grandes pero eran perlas auténticas y muy brillantes, a pesar de su tamaño reducido. Y aunque en aquella época no me preocupaba demasiado por mi aspecto personal, no dejó de complacerme la mirada de admiración que me dirigió míster Pitmilly, admiración a la que tal vez iba mezclada un poco de sorpresa: no es improbable que esperara hallarme en un estado de ánimo decaído, pero seguramente pensó que las muchachas de mi edad son muy veleidosas y que cambian de humor con una rapidez desconcertante. En cuanto a tía Mary, sonrió alegremente al verme. También ella tenía muy buen aspecto, con su vestido de encaje y su pelo blanco cuidadosamente peinado. Mr. Pitmilly, por su parte, no desentonaba. Lo que más me llamó la atención en él fue una aguja de corbata con un diamante que lucía tanto como el del anillo de lady Carnbee. Pero este era una gema muy bien labrada, y su reflejo no era maléfico como el de la anciana: era, por el contrario, como un ojo benévolo que se posaba cariñosamente en una, como complacido del aspecto que ofrecía. Lucía, además, en el pecho de un hombre fiel a sus sentimientos: Mr. Pitmilly, en efecto, había sido uno de los más fervientes adoradores de tía Mary, en los días de su juventud, y seguía creyendo que no había otra mujer como ella en el mundo.

Cuando cruzamos la calle, a la suave luz del atardecer, yo iba pensando en la posibilidad de que mi desconocido estuviera presente en la reunión. Tal vez, después de todo, pudiera verlo, y ver su habitación, y enterarme del motivo de que se sentara siempre allí sin salir nunca a la calle. Y pensé que podía enterarme incluso de la clase de trabajo que estaba realizando, lo cual podría ser un motivo de alegría para mi padre cuando yo regresara a casa. Le hablaría de mi amigo de St. Rule’s, siempre tan ocupado —«y no como tú, papá, que te pasas horas enteras viendo volar las moscas...»—. Y papá se echaría a reír de buena gana.

El salón de la biblioteca estaba brillantemente iluminado y lleno de flores. Los libros se alineaban en hileras interminables a lo largo de las paredes, pero a mí no me interesaban los libros. Empecé a curiosear a mi alrededor por si veía a mi desconocido. No esperaba encontrarle entre los grupos de damas. No estaría entre ellas; era demasiado estudioso, demasiado callado. Quizás en aquel círculo de cabezas grises, en uno de los rincones del salón… quizás…

No estoy segura de que no fuera una especie de placer para mí el comprobar que allí no había nadie a quien yo pudiera tomar por él, alguien que correspondiera a la imagen que yo tenía de él. No: era absurdo pensar que él pudiera estar allí, en medio de aquella babel de voces, bajo aquella intensa luz. Me sentí un poco orgullosa al pensar que estaba en su habitación como de costumbre, entregado a su trabajo, o meditando profundamente en su labor, como cuando se volvía en redondo en su silla y se colocaba de cara a la ventana.

De modo que el no encontrarlo, aunque era para mí decepcionante, constituía también una especie de satisfacción. Estaba pensando en eso, cuando Mr. Pitmilly me cogió del brazo.

—Ahora —me dijo, con una amable sonrisa—, voy a mostrarle las cosas que hay aquí dignas de verse.

Me dije a mí misma que cuando hubiera visto lo que Mr. Pitmilly iba a mostrarme, y hubiera saludado a todas las personas conocidas, tía Mary me dejaría regresar a casa, de modo que acepté de buena gana la sugerencia del anciano, aunque no me importaban en absoluto las cosas «dignas de verse» de la biblioteca escolar. Hubo algo, no obstante, que me intrigó profundamente mientras dábamos la vuelta al salón. Era una corriente de aire fresco, que procedía de una ventana abierta al extremo este del vestíbulo. ¿Cómo era posible que hubiera allí una ventana? De momento no me di cuenta de lo que significaba este hecho, pero me asaltó el convencimiento de que tenía algún significado, y de repente me sentí muy molesta, sin saber por qué.

Luego me di cuenta de otra cosa que me intrigó sobremanera. En el lado de la pared que daba a la calle había una larga hilera de estanterías de libros que la cubría de extremo a extremo. No comprendí tampoco el significado de esto, pero me llenó de confusión. Me sentí como si estuviera en un país extraño, sin saber adónde iba, sin saber lo que iba a encontrar a continuación. Si en la pared correspondiente a la calle no había ventanas, ¿dónde estaba mi ventana? Mi corazón, que hasta entonces había permanecido relativamente tranquilo, empezó a dar grandes saltos, como si quisiera salírseme del pecho…, pero no comprendí lo que podía significar.

Nos detuvimos ante una vitrina, y Mr. Pitmilly me señaló algunas cosas expuestas en ella. No pude prestarles mucha atención. Mi cabeza se volvía sin cesar de un lado a otro. Oía la voz de Mr. Pitmilly y luego la mía propia hablando con un extraño sonido, pero no sabía lo que él me había dicho ni lo que yo le había contestado. Luego, míster Pitmilly me llevó al extremo del salón —al extremo este—, diciéndome que

estaba muy pálida y que un poco de aire me sentaría bien. El aire me azotaba el rostro y hacía ondear mi pelo. Mr. Pitmilly seguía hablando, pero yo no comprendía ninguna de sus palabras. De pronto oí mi propia voz, aunque no me pareció ser yo la que hablaba. Quiero decir que las palabras salían de mis labios como pronunciadas por otra persona.

—¿Dónde está mi ventana? ¿Dónde, pues, está mi ventana?

Y en aquel momento, vi una cosa que me desconcertó completamente: un gran cuadro colgado en la pared del fondo; un cuadro que yo conocía perfectamente.

¿Qué significaba aquello? ¡Oh! ¿Qué significaba aquello? Me volví en redondo hacia la ventana abierta en el extremo este, y hacia la luz del día, la extraña luz sin sombras que rodeaba el iluminado vestíbulo dándole apariencia irreal. El lugar «real» era la habitación que yo conocía, en la cual estaba colgado aquel cuadro, y había aquella mesa escritorio, y él se sentaba de cara a la ventana. Pero ¿dónde estaba la ventana? Me acerqué al cuadro y arrastré a Mr. Pitmilly al lugar donde estaba la ventana… donde no estaba la ventana: donde no había ni rastro de ella.

—¿Dónde está mi ventana? ¿Dónde está mi ventana? —inquirí desesperadamente.

Estaba convencida de que vivía un sueño, de que las luces del salón no eran más que una sensación ilusoria, lo mismo que la gente que estaba hablando a mi alrededor. Lo único real era la pálida luz del exterior, aquella luz del día que no era día…

—¡Querida! —dijo Mr. Pitmilly en aquel momento—. Recuerde que está usted en público. Cálmase… Su tía Mary tendría un gran disgusto si hiciera usted una escena. ¡Venga conmigo! La llevaré a un lugar donde pueda sentarse un rato y tranquilizarse. Le traeré un helado o una copa de vino. —Palmeaba cariñosamente mi mano, que yo mantenía

apoyada en su brazo, y me miraba con una expresión de ansiedad en los ojos—. ¡Dios, mío! ¡Dios mío! —exclamó a continuación—. No pensé que pudiera producirle este efecto.

Pero no le permití que me llevara en la dirección que él quería. Por el contrario, fui yo quien le arrastró de nuevo hacia el gran cuadro colgado de la pared: tenía la absurda idea de que si buscaba bien acabaría por encontrar lo que deseaba.

—¡Mi ventana! ¡Mi ventana! —exclamé.

Uno de los profesores se hallaba cerca de nosotros y oyó mis palabras.

—¿La ventana? —inquirió— ¡Ah, sí! Se refiere usted a la que se ve desde el exterior… Fue puesta allí para que hiciera juego con la que se abre sobre el último rellano de la escalera. Pero no se trata de una ventana de verdad, aunque a mucha gente se lo parece. Está ahí, detrás de esa estantería.

Su voz parecía llegar desde muy lejos; todo el salón empezó a danzar ante mis ojos, en una zarabanda de luces y de sonidos; y la claridad del atardecer que penetraba a través de la ventana abierta se hizo repentinamente gris.

V

Mr. Pitmilly me llevó a casa; mejor dicho, fui yo quien lo llevó a él, tirando de su brazo, sin esperar a tía Mary ni a nadie. Salimos de nuevo a la luz del atardecer del exterior, precipitadamente, sin echarme siquiera un chal sobre mis brazos desnudos, con el collar de perlas alrededor de mi garganta. La calle estaba llena de gente, y el hijo del panadero, aquel hijo del panadero, se detuvo ante mí, gritando:

—¡Mirad lo que viene por aquí!

Las palabras chocaron contra mí, como había chocado contra la ventana la piedra que el mismo muchacho lanzó. Sin preocuparme de la gente que se había detenido a mirarme, seguí corriendo, arrastrando detrás de mí al anciano Mr. Pitmilly. Crucé la calle. La puerta de la casa de tía Mary estaba abierta y Janet curioseaba desde el umbral. Cuando me vio cruzar la calle corriendo lanzó un pequeño grito; pero yo pasé por delante de ella sin detenerme y sin soltar a Mr. Pitmilly, y subí las escaleras en dirección a mi refugio. Una vez en el salón me acerqué a la ventana y me dejé caer en mi asiento, completamente agotada, Pero aún me quedaron fuerzas para agitar la mano hacia la otra ventana.

—¡Allí! ¡Allí! —grité.

¡Y allí estaba él! En todos aquellos días, ni una sola vez había visto la habitación con tanta claridad como la estaba viendo ahora. Él estaba sentado, inmóvil, sumergido en sus pensamientos, con el rostro vuelto hacia la ventana.

—¡Mire! ¡Allí está! —grité de nuevo a Mr. Pitmilly.

El anciano me dirigió una mirada de extrañeza. ¡No había visto nada! Quedé convencida de ello al mirar sus ojos. Pero

no era más que un anciano, y sus facultades estaban muy disminuidas. Seguramente Janet hubiese podido verle.

—¡Querida! —murmuró Mr. Pitmilly—. Tranquilícese…

—Ha estado allí todas estas noches —insistí—. Y yo pensé que usted podría decirme quién era y lo que está haciendo; y que él me llevaría a ver su habitación, para que yo pudiera contárselo a papá. A papá le gustaría oírlo, lo comprendería. ¡Oh! ¿No puede usted decirme en qué clase de trabajo se ocupa, Mr. Pitmilly? Nunca levanta la cabeza de lo que escribe, y luego se vuelve de cara a la ventana y se pone a pensar, mientras descansa.

Mr. Pitmilly estaba temblando, aunque no puedo decir si era de frío.

—¡Mi querida señorita…! —empezó a murmurar, pero se interrumpió y me miró como si estuviera a punto de echarse a llorar. Luego continuó—: ¡Es lamentable, verdaderamente lamentable! —Y en otro tono, añadió—: Voy a regresar a la biblioteca para acompañar a su tía Mary hasta aquí. ¿Comprende, querida? Cuando su tía esté aquí, se sentirá usted mucho mejor.

Me alegré de que se marchara, ya que no podía ver nada.

Y permanecí sentada a solas en la oscuridad, que no era oscuridad, sino una luz como yo no había visto nunca. ¡Cuán claramente se veía ahora la habitación! Oí un leve ruido detrás de mí y al volverme vi a Janet, que me estaba contemplando con los ojos abiertos como platos. Janet era solamente un poco mayor que yo. La llamé.

—Ven aquí, Janet, acércate y podrás verlo. Sí, podrás verlo como yo lo veo.

—¡Oh, señorita! —exclamó, y se echó a llorar.

De buena gana le hubiera arrojado cualquier trasto a la cabeza, por estúpida. Janet debió comprenderlo así, porque salió corriendo del salón, con expresión asustada. ¡Nadie! ¡Nadie! Ni siquiera una muchacha de mi edad, con unos ojos

tan jóvenes como los míos, podía comprender. Me apoyé en el antepecho de la ventana del salón y tendí las manos hacia él, que continuaba allí sentado y que era el único a quien podía acudir en busca de comprensión.

—¡Oh! —exclamé— ¡Dime algo! ¡No sé quién eres, pero sé que sólo tú comprendes! ¡Dime algo, te lo ruego!

No esperaba que él me oyera, ni esperaba ninguna respuesta. ¿Cómo podía oírme, separados como estábamos por la calle, y con su ventana cerrada, y el murmullo de las voces resonando ininterrumpidamente? Pero, por un instante, me pareció que sólo él y yo estábamos en el mundo.

¡Y, en aquel momento, se movió!

Me había oído, aunque yo no sabía cómo. Se puso en pie, y yo me puse también en pie, sin hablar, incapaz de otra cosa que no fuera ese movimiento maquinal. El desconocido parecía atraerme como si yo fuera una marioneta movida por su voluntad. Se acercó a la ventana y se quedó allí en pie, mirándome. Estoy segura de que me miraba. Por fin me había visto: por fin se había dado cuenta de que alguien, aunque sólo fuera una muchacha, lo miraba, se preocupaba por él, creía en él. Yo estaba temblando, hasta el punto de que apenas podía tenerme en pie. No puedo describir su rostro. Creo que estaba sonriendo, pero no puedo asegurarlo; y me miraba tan fijamente como yo le miraba a él. Era rubio, y sus labios temblaban ligeramente. Colocó las manos en la ventana para abrirla. No le resultó fácil, pero finalmente lo consiguió, con un ruido que resonó en toda la calle. Vi que la gente que circulaba por las aceras lo había oído, ya que algunos de los viandantes alzaron la cabeza. Abrió la ventana con un ruido que debió percibirse desde el puerto a la Abadía. ¿Podía nadie seguir dudando?

Y entonces se inclinó hacia delante en la ventana, mirando al exterior. No había nadie en la calle en aquel

momento, pues le hubieran visto. Me miró y agitó levemente su mano en un gesto de saludo; y luego miró arriba y abajo en la luz difuminada del atardecer, primero hacia el este, hacia las viejas torres de la Abadía, y después hacia el oeste, a lo largo de la ancha línea de la calle donde tanta gente iba y venía, pero en silencio, como personajes encantados en un lugar encantado. Yo lo contemplaba sumida en un alud de sensaciones que las palabras no podrían describir; ahora, nadie se atrevería a decirme que él no estaba allí, nadie podía decirme ya que estaba soñando. Lo contemplaba como si no pudiera respirar, con el corazón en la garganta. Él miró arriba y abajo y luego volvió a mirarme. Yo había sido la primera en recibir su mirada, y era la última, aunque no para siempre. Él me había conocido, sabía ya quien lo observaba, quien simpatizaba con él. Yo estaba sumida en una especie de rapto, más bien de estupefacción; mi mirada seguía a la suya, como si fuera su sombra. Y de repente se había ido, y ya no lo vi más.

Me dejé caer de nuevo sobre mi asiento, buscando desesperadamente algo en que apoyarme, algo que pudiera sostenerme. No podía decir cómo se había marchado, ni a dónde se había marchado, pero tras agitar levemente su mano en dirección a mí había desaparecido. No sentía ningún dolor por su desaparición, porque ahora nadie podría decir que yo estaba bajo el influjo de un sueño. Me recliné en mi asiento, en el instante en que hacía su aparición tía Mary. Se acercó a mí velozmente, como si llevara alas en los pies, me estrechó entre sus brazos y yo apoyé mi cabeza contra su pecho. Empecé a llorar suavemente, como una chiquilla.

—¡Lo ha visto usted! ¡Lo ha visto usted! —grité.

—¡Tranquilízate, preciosa! —dijo tía Mary; sus ojos estaban muy brillantes… llenos de lágrimas—. ¡Oh, tranquilízate! Trata de olvidarlo todo.

Pero yo la había rodeado con mis brazos y acerqué mi boca a su oído.

—¿Quién es el hombre que está allí? Dígamelo, y no le dirigiré nunca más ninguna pregunta sobre él.

—¡Oh, preciosa! Descansa… Todo eso no es más que… ¿cómo te diría yo?… un sueño, sí, un sueño.

—¡No, tía Mary, no! Yo sé que no ha sido un sueño. ¡Lo sé!

Tía Mary estaba muy agitada.

—¿Qué puedo decirte yo? ¿Qué puedo decirte, si sé lo mismo que sabes tú? Tienes toda la vida para olvidarlo, querida mía. Los sueños terminan por olvidarse…

—¡No es un sueño! —insistí tercamente—. ¡Lo que he visto con mis ojos, lo he visto!

Tía Mary me besó, y sus húmedas mejillas se apoyaron en las mías.

—Preciosa, ahora debes tratar de dormir un poco. Vamos, te acompañaré a tu cuarto. Me quedaré contigo y veremos lo que nos trae el día de mañana.

—No tengo miedo —repliqué.

Pero dejé que me acompañara a mi habitación y, por extraño que pueda parecer, me dormí inmediatamente: estaba agotada, era una chica joven y no estaba acostumbrada a permanecer despierta en la cama. De cuando en cuando abría los ojos, y a veces me sobresaltaba recordando algo; pero tía Mary estaba siempre a mi lado para tranquilizarme, y yo volvía a quedarme dormida en su seno como un pajarillo en su nido.

Al día siguiente no quise quedarme en la cama. Me sentía poseída por una especie de fiebre y no sabía qué hacer. La ventana aparecía completamente opaca, sin el menor reflejo, lisa y negra como un trozo de madera. Hasta entonces, nunca había tenido para mí menos aspecto de ventana.

«No me extraña —me dije a mí misma—, viéndola como ahora la veo, que unos ojos menos agudos que los míos tengan la opinión que tienen de ella».

Y a continuación sonreí para mis adentros, pensando en el atardecer y en su luz especial y preguntándome si el desconocido volvería a asomarse y a agitar la mano, saludándome. Aunque no era necesario que se tomase la molestia de asomarse: me bastaría con que moviera levemente la cabeza y me saludara con un gesto de su mano. Resultaría más amistoso…

A la hora del té se presentaron, las amigas de mi tía. Desde mi asiento habitual las oí charlar y reír en voz alta; seguramente comentaban lo tonta que era yo. ¡Podían reírse cuanto quisieran! No me importaba en absoluto. Después de la cena, tía Mary y yo nos instalamos en el salón, aunque creo que ella no prestaba mucha atención a su *Times*. Lo desplegó ante sus ojos, pero me di cuenta de que no atendía al periódico. Permanecí sentada en mi refugio desde las siete y media hasta las diez: y la luz del día se fue debilitando más y más, hasta que oscureció por completo. Pero la ventana permaneció tan negra como la noche y no vi nada, absolutamente nada.

Bueno: otras veces me había ocurrido lo mismo; el desconocido no tenía la obligación de acudir todos los días a la habitación, sólo por complacerme. En la vida de un hombre hay muchas cosas, especialmente en la de un hombre estudioso como el desconocido. Me dije a mí misma que no estaba decepcionada. ¿Por qué habría de estarlo? No era el primer día que dejaba de verlo… Tía Mary me observaba; tomaba nota mentalmente de cada uno de mis movimientos, y sus ojos brillaban, con el brillo de las lágrimas, llenos de una compasión que me hacía sentir deseos de llorar; pero me pareció que tía Mary se sentía más triste por ella que por mí misma. Y de repente corrí hacia

ella, y me refugié entre sus brazos, preguntándole, una y otra vez, quién era el desconocido, y por qué estaba allí. Estaba convencida de que tía Mary lo sabía. ¿Por qué no quería contarme todo lo referente a él? ¿Cuándo lo había conocido? ¿Qué había ocurrido?

Vencida por mis súplicas, tía Mary pareció dispuesta a descorrer el velo del misterio.

—Dicen… —empezó, pero se interrumpió repentinamente—. ¡Oh, preciosa! Trata de olvidar todo esto…

Ahora, yo sabía que había algo, algo que tía Mary conocía, y no estaba dispuesta a permitir que me lo ocultara. Redoblé mi súplica hasta que tía Mary dijo:

—Dicen… que en cierta época vivía allí un estudiante, que prefería sus libros al amor de una mujer. No me mires así, preciosa…

—¿Un estudiante? —inquirí con avidez.

—Sí. Y una muchacha, algo ligera de cascos, se enamoró de él. Y empezó a hacerle señas desde su ventana, mostrándole un anillo con un gran diamante para que pudiera reconocerla. Pero él no le hacía ningún caso. Y ella insistió e insistió… hasta que sus hermanos oyeron las habladurías de la gente. La muchacha pertenecía a una familia rica y el estudiante era pobre. Y los hermanos de la muchacha tenían un genio como la pólvora. Y sucedió que… ¡Oh, preciosa! ¡No hablemos más de ello!

—¡Y lo mataron! —grité—. Lo mataron, pero todas las noches acude a su habitación, tan joven como era entonces…

—¡Querida mía! —murmuró tía Mary.

Me abrazó estrechamente, mirándome con una expresión compasiva. Aquella noche no hablamos más del asunto. Pero la noche siguiente fue lo mismo: y la tercera noche. Pensé que no podía soportar por más tiempo aquella situación. Tenía que hacer algo… pero ¿qué podía hacer?

Al cuarto día se presentó mi madre para llevarme de nueve a casa. Su llegada me cogió de sorpresa; y mamá dijo que debíamos marcharnos inmediatamente, pues papá debía de emprender un viaje al extranjero y al día siguiente debíamos estar en Londres. Al principio pensé negarme en redondo a acompañar a mi madre, pero yo no era más que una chiquilla y no podía resistirme a las órdenes de mis padres. Además, ¿con qué hubiese justificado mi deseo de permanecer en casa de tía Mary? De modo que tuve que marcharme.

Tía Mary me abrazó cariñosamente al despedirse, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Murmuró a mi oído:

—Esto es lo mejor para ti, preciosa… es lo mejor para ti.

¡Cuán odioso resultaba oír decir que aquello era lo mejor, como si hubiera mejor o peor para mí, como si algo importara, como si no fuese lo mismo una cosa que otra!

Lady Carnbee estaba presente en la despedida, con sus encajes negros y el maléfico diamante luciendo en su mano. Palmeó cariñosamente mi hombro y me deseó un buen viaje.

—Y no hables nunca de lo que has visto en la ventana —me recomendó—. Los ojos engañan tanto como el corazón.

En aquel momento recordé lo que tía Mary me había contado: la muchacha de la historia le mostraba al estudiante, para que pudiera reconocerla, un anillo con un gran diamante. Y me pareció que el diamante de lady Carnbee dejaba una marca en mi hombro. Pero ¿cómo podía saber si se trataba del mismo diamante?

* * *

No he vuelto nunca más a St. Rule’s, y durante muchos años no miré a través de una ventana si había otra ventana a la vista. Alguien se preguntará, tal vez, si volví a ver al desconocido. No podría decirlo: la imaginación suele

engañar, como decía lady Carnbee. Y si el desconocido permanecía tanto tiempo en St. Rule’s sólo para castigar a la familia que lo había aniquilado por un mal entendido orgullo de estirpe, ¿por qué tenía yo que verlo otra vez? Sin embargo, en cierta ocasión me pareció reconocerlo. Fue cuando regresaba de la India, convertida en una viuda, muy triste, con mi hijito: estoy segura de haberlo visto entre la muchedumbre agrupada en el muelle para dar la bienvenida a sus amigos. A mí no me esperaba nadie… ya que nadie conocía mi llegada: Y el no ver ningún rostro amigo me hacía sentirme mucho más triste. Y de repente lo vi, a él, a mi desconocido de la ventana, y él agitó su mano, saludándome. Mi corazón empezó a latir fuertemente: había olvidado quién era, pero su rostro me resultaba familiar y pensé que mi llegada a Inglaterra no sería tan deprimente como había imaginado. Pero, cuando desembarqué, mi desconocido había desaparecido. Desapareció después de agitar la mano en un gesto de saludo, tal como había desaparecido en otra ocasión de la ventana.

Más tarde volví a recordar todo lo sucedido. Fue a raíz de la muerte de la anciana lady Carnbee. En su testamento, dejó un legado para mí: el anillo con el gran diamante que yo había visto lucir en su mano. La piedra preciosa sigue inspirándome miedo. La guardo en una cajita de madera de sándalo, en la trastera de una pequeña casa de campo de mi propiedad que no habito nunca. Si alguien se decidiera a robármelo, me haría un gran favor. Sin embargo, nunca he podido saber a ciencia cierta si el anillo de lady Carnbee era, en realidad, el anillo a que se refería mi tía Mary cuando me contó la historia de la muchacha y del estudiante.

Los amigos de los amigos

Henry James

(1896)

Encuentro, como profetizaste, mucho de interesante, pero poco de utilidad para la cuestión delicada —la posibilidad de publicación—. Los diarios de esta mujer son menos sistemáticos de lo que yo esperaba; no tenía más que la bendita costumbre de anotar y narrar. Resumía, guardaba; parece como si pocas veces dejara pasar una buena historia sin atraparla al vuelo. Me refiero, claro está, más que a las cosas que oía, a las que veía y sentía. Unas veces escribe sobre sí misma, otras sobre otros, otras sobre la combinación. Lo incluido bajo esta última rúbrica es lo que suele ser más gráfico. Pero, como comprenderás, no siempre lo más gráfico es lo más publicable. La verdad es que es tremendamente indiscreta, o por lo menos tiene todos los materiales que harían falta para que yo lo fuera. Observa como ejemplo este fragmento que te mando después de dividirlo, para tu comodidad, en varios capítulos cortos. Es el contenido de un cuaderno de pocas hojas que he hecho copiar, que tiene el valor de ser más o menos una cosa redonda, una suma inteligible. Es evidente que estas páginas datan de hace bastantes años. He leído con la mayor curiosidad lo que tan circunstanciadamente exponen, y he hecho todo lo posible por digerir el prodigio que dejan deducir. Serían cosas llamativas, ¿no es cierto?, para cualquier lector; pero ¿te imaginas siquiera que yo pusiera semejante documento a la vista del mundo, aunque ella misma, como si quisiera hacerle al mundo ese regalo, no diera a sus amigos nombres ni iniciales? ¿Tienes tú alguna pista sobre su identidad? Le cedo la palabra.

I

Sé perfectamente, por supuesto, que yo me lo busqué; pero eso ni quita ni pone. Yo fui la primera persona que le habló de ella: ni tan siquiera la había oído nombrar. Aunque yo no hubiera hablado, alguien lo habría hecho por mí; después traté de consolarme con esa reflexión. Pero el consuelo que dan las reflexiones es poco: el único consuelo que cuenta en la vida es no haber hecho el tonto. Esa es una bienaventuranza de la que yo, desde luego, nunca gozaré. «Pues deberías conocerla y comentarlo con ella», fue lo que le dije inmediatamente. «Sois almas gemelas». Le conté quién era, y le expliqué que eran almas gemelas porque, si él había tenido en su juventud una aventura extraña, ella había tenido la suya más o menos por la misma época. Era cosa bien sabida de sus amistades —cada dos por tres se le pedía que relatara el incidente—. Era encantadora, inteligente, guapa, desgraciada; pero, con todo eso, era a aquello a lo que en un principio había debido su celebridad.

Tenía dieciocho años cuando, estando de viaje por no sé dónde con una tía suya, había tenido una visión de su padre en el momento de morir. Su padre estaba en Inglaterra, a una distancia de cientos de millas y, que ella supiera, ni muriéndose ni muerto. Ocurrió de día, en un museo de una gran ciudad extranjera. Ella había pasado sola, adelantándose a sus acompañantes, a una salita que contenía una obra de arte famosa, y que en aquel momento ocupaban otras dos personas. Una era un vigilante anciano; a la otra, antes de fijarse, la tomó por un desconocido, un turista. No fue consciente sino de que tenía la cabeza descubierta y estaba sentado en un banco. Pero en el instante en que puso los ojos en él vio con asombro a su

padre, que, como si llevara esperándola mucho tiempo, la miraba con inusitada angustia y con una impaciencia que era casi un reproche. Ella corrió hacia él, gritando descompuesta: «¿Papá, qué te pasa?»; pero a esto siguió una demostración de sentimiento todavía más intenso al ver que ante ese movimiento su padre se desvanecía sin más, dejándola consternada entre el vigilante y sus parientes, que para entonces ya la habían seguido. Esas personas, el empleado, la tía, los primos, fueron pues, en cierto modo, testigos del hecho —del hecho, al menos, de la impresión que había recibido—; y hubo además el testimonio de un médico que atendía a una de las personas del grupo y a quien se comunicó inmediatamente lo sucedido. El médico prescribió un remedio contra la histeria pero le dijo a la tía en privado: «Espere a ver si no ocurre nada en su casa». Sí había ocurrido algo: el pobre padre, víctima de un mal súbito y violento, había fallecido aquella misma mañana. La tía, hermana de la madre, recibió en el día un telegrama en el que se le anunciaba el suceso y se le pedía que preparase a su sobrina. Su sobrina ya estaba preparada, y ni que decir tiene que aquella aparición dejó en ella una huella indeleble. A todos nosotros, como amigos suyos, nos había sido transmitida, y todos nos la habíamos transmitido unos a otros con cierto estremecimiento. De eso hacía doce años, y ella, como mujer que había hecho una boda desafortunada y vivía separada de su marido, había cobrado interés por otros motivos; pero como el apellido que ahora llevaba era un apellido frecuente, y como además su separación judicial apenas era distinción en los tiempos que corrían, era habitual singularizarla como «esa, sí, la que vio al fantasma de su padre».

En cuanto a él, él había visto al de su madre…, ¡qué más hacía falta! Yo no lo había sabido hasta esta ocasión en que nuestro trato más íntimo, más agradable, le llevó, por algo

que había salido en nuestra conversación a mencionarlo y con ello a inspirarme el impulso de hacerle saber que tenía un rival en ese terreno —una persona con quien comparar impresiones—. Más tarde, esa historia vino a ser para él, quizá porque yo la repitiese indebidamente, también una cómoda etiqueta mundana; pero no era con esa referencia como me lo habían presentado un año antes. Tenía otros méritos, como ella, la pobre, también los tenía. Yo puedo decir sinceramente que fui muy consciente de ellos desde el primer momento —que los descubrí antes de que él descubriera los míos—. Recuerdo haber observado ya en aquel entonces que su percepción de los míos se avivó por esto de que yo pudiera corresponder, aunque desde luego no con nada de mi propia experiencia, a su curiosa anécdota. Databa esa anécdota, como la de ella, de una docena de años atrás: de un año en el que, estando en Oxford, por no sé qué razones se había quedado a hacer el curso «largo». Era una tarde del mes de agosto; había estado en el río. Cuando volvió a su habitación, todavía a la clara luz del día, encontró allí a su madre, de pie y como con los ojos fijos en la puerta. Aquella mañana había recibido una carta de ella desde Gales, donde estaba con su padre. Al verle le sonrió con muchísimo cariño y le tendió los brazos, y al adelantarse él abriendo los suyos, lleno de alegría, se desvaneció. Él le escribió aquella noche, contándole lo sucedido; la carta había sido cuidadosamente conservada. A la mañana siguiente le llegó la noticia de su muerte. Aquel azar de nuestra conversación hizo que se quedara muy impresionado por el pequeño prodigio que yo pude presentarle. Nunca se había tropezado con otro caso. Desde luego que tenían que conocerse, mi amiga y él; seguro que tendrían cosas en común. Yo me encargaría, ¿verdad? —si ella no tenía inconveniente—; él no lo tenía en absoluto. Yo había prometido hablarlo con ella en la primera ocasión, y

en la misma semana pude hacerlo. De «inconveniente» tenía tan poco como él; estaba perfectamente dispuesta a verle. A pesar de lo cual no había de haber encuentro —como vulgarmente se entienden los encuentros.

II

La mitad de mi cuento está en eso: de qué forma extraordinaria se vio obstaculizado. Fue culpa de una serie de accidentes; pero esos accidentes, persistiendo al cabo de los años, acabaron siendo, para mí y para otras personas, objeto de diversión con cada una de las partes. Al principio tuvieron bastante gracia, luego ya llegaron a aburrir. Lo curioso es que él y ella estaban muy bien dispuestos: no se podía decir que se mostrasen indiferentes, ni muchísimo menos reacios. Fue uno de esos caprichos del azar, ayudado, supongo, por una oposición bastante arraigada de las ocupaciones y costumbres de uno y otra. Las de él tenían por centro su cargo, su sempiterna inspección, que le dejaba escaso tiempo libre, reclamándole constantemente y obligándole a anular compromisos. Le gustaba la vida social, pero en todos lados la encontraba y la cultivaba a la carrera. Yo nunca sabía dónde podía estar en un momento dado, y a veces transcurrían meses sin que le viera. Ella, por su parte, era prácticamente suburbana: vivía en Richmond y no «salía» nunca. Era persona de distinción, pero no de mundo, y muy sensible, como se decía, a su situación. Decididamente altiva y un tanto caprichosa, vivía su vida como se la había trazado. Había cosas que era posible hacer con ella, pero era imposible hacerla ir a las reuniones en casa ajena. De hecho éramos los demás los que íbamos, algo más a menudo de lo que hubiera sido normal, a las suyas, que consistían en su prima, una taza de té y la vista. El té era bueno; pero la vista nos era ya familiar, aunque tal vez su familiaridad no alcanzara, como la de la prima —una solterona desagradable que formaba parte del grupo cuando aquello del museo que ahora vivía con ella—, al grado de lo

ofensivo. Aquella vinculación a un pariente inferior, que en parte obedecía a motivos económicos —según ella su acompañante era una administradora maravillosa—, era una de las pequeñas manías que le teníamos que perdonar. Otro era su estimación de lo que le exigía el decoro por haber roto con su marido. Esta era extremada —muchos la calificaban hasta de morbosa—. No tomaba con nadie la iniciativa; cultivaba el escrúpulo; sospechaba desaires, o quizá me esté mejor decir que los recordaba: era una de las pocas mujeres que he conocido a quienes esa particular posición había hecho modestas más que atrevidas. ¡La pobre, cuánta delicadeza! Especialmente marcados eran los límites que había puesto a las posibles atenciones de parte de hombres: siempre estaba pensando que su marido no hacía sino esperar la ocasión para atacar. Desalentaba, si no prohibía las visitas de personas del sexo masculino no seniles: decía que para ella todas las precauciones eran pocas.

Cuando por primera vez le mencioné que tenía un amigo al que los hados habían distinguido de la misma extraña manera que a ella, le dejé todo el margen posible para que me dijera: «¡Ah, pues traele a verme!» Seguramente habría podido llevarle, y se habría producido una situación del todo inocente, o por lo menos relativamente simple. Pero no dijo nada de eso; no dijo más que: «Tendré que conocerle; ¡a ver si coincidimos!» Eso fue la causa del primer retraso, y entretanto pasaron varias cosas. Una de ellas fue que con el transcurso del tiempo, y como era una persona encantadora, fue haciendo cada vez más amistades, y matemáticamente esos amigos eran también lo suficientemente amigos de él como para sacarle a relucir en la conversación. Era curioso que sin pertenecer, por así decirlo, al mismo mundo, o, según una expresión horrenda, al mismo ambiente, mi sorprendida pareja hubiera venido a dar en tantos casos con

las mismas personas y a hacerles entrar en el extraño coro. Ella tenía amigos que no se conocían entre sí, pero que inevitable y puntualmente le hablaban bien de él. Tenía también un tipo de originalidad, un interés intrínseco, que hacía que cada uno de nosotros la tuviera como un recurso privado, cultivado celosamente, más o menos en secreto, como una de esas personas a las que no se ve en una reunión social, a las que no todo el mundo —no el vulgo— puede abordar, y con quien, por tanto, el trato es particularmente difícil y particularmente precioso. La veíamos cada cual por separado, con citas y condiciones, y en general nos resultaba más conducente a la armonía no contárnoslo. Siempre había quien había recibido una nota suya más tarde que otro. Hubo una necia que durante mucho tiempo, entre los no privilegiados, debió a tres simples visitas a Richmond la fama de codearse con «cantidad de personas inteligentísimas y fuera de serie».

Todos hemos tenido amigos que parecía buena idea juntar, y todos recordamos que nuestras mejores ideas no han sido nuestros mayores éxitos; pero dudo que jamás se haya dado otro caso en el que el fracaso estuviera en proporción tan directa con la cantidad de influencia puesta en juego. Realmente puede ser que la cantidad de influencia fuera lo más notable de este. Los dos, la dama y el caballero, lo calificaron ante mí y ante otros de tema para una comedia muy divertida. Con el tiempo, la primera razón aducida se eclipsó, y sobre ella florecieron otras cincuenta mejores. Eran tan parecidísimos: tenían las mismas ideas, mañas y gustos, los mismos prejuicios, supersticiones y herejías; decían las mismas cosas y, a veces, las hacían; les gustaban y les desagradaban las mismas personas y lugares, los mismos libros, autores y estilos; había toques de semejanza hasta en su aspecto y sus facciones. Como no podía ser menos, los dos eran, según la voz popular, igual de

«simpáticos» y casi igual de guapos. Pero la gran identidad que alimentaba asombros y comentarios era su rara manía de no dejarse fotografiar. Eran las únicas personas de quienes se supiera que nunca habían «posado» y que se negaban a ello con pasión. Que no y que no —nada, por mucho que se les dijera—. Yo había protestado vivamente; a él, en particular, había deseado tan en vano poder mostrarle sobre la chimenea del salón, en un marco de Bond Street. Era, en cualquier caso, la más poderosa de las razones por las que debían conocerse —de todas las poderosas razones reducidas a la nada por aquella extraña ley que les había hecho cerrarse mutuamente tantas puertas en las narices, que había hecho de ellos los cubos de un pozo, los dos extremos de un balancín, los dos partidos del Estado, de suerte que cuando uno estaba arriba el otro estaba abajo, cuando uno estaba fuera el otro estaba dentro; sin la más mínima posibilidad para ninguno de entrar en una casa hasta que el otro la hubiera abandonado, ni de abandonarla desavisado hasta que el otro estuviera a tiro—. No llegaban hasta el momento en que ya no se les esperaba, que era precisamente también cuando se marchaban. Eran, en una palabra, alternos e incompatibles; se cruzaban con un empecinamiento que sólo se podía explicar pensando que fuera preconvenido. Tan lejos estaba de serlo, sin embargo, que acabó —literalmente al cabo de varios años— por decepcionarles y fastidiarles. Yo no creo que su curiosidad fuera intensa hasta que se manifestó absolutamente vana. Mucho, por supuesto, se hizo por ayudarles, pero era como tender alambres para hacerles tropezar. Para poner ejemplos tendría que haber tomado notas; pero sí recuerdo que ninguno de los dos había podido jamás asistir a una cena en la ocasión propicia. La ocasión propicia para uno era la ocasión frustrada para el otro. Para la frustrada eran puntualísimos, y al final todas quedaron frustradas. Hasta

los elementos se confabulaban, secundados por la constitución humana. Un catarro, un dolor de cabeza, un luto, una tormenta, una niebla, un terremoto, un cataclismo se interponían infaliblemente. El asunto pasaba ya de broma.

Pero como broma había que seguir tomándolo, aunque no pudiera uno por menos de pensar que con la broma la cosa se había puesto seria, se había producido por ambas partes una conciencia, una incomodidad, un miedo real al último accidente de todos, el único que aún podía tener algo de novedoso, al accidente que sí les reuniese. El efecto último de sus predecesores había sido encender ese instinto. Estaban francamente avergonzados —quizá incluso un poco el uno del otro—. Tanto preparativo, tanta frustración: ¿qué podía haber, después de tanto y tanto, que lo mereciera? Un mero encuentro sería mera vaciedad.

¿Me los imaginaba yo al cabo de los años, preguntaban a menudo, mirándose estúpidamente el uno al otro, y nada más? Si era aburrida la broma, peor podía ser eso. Los dos se hacían exactamente las mismas reflexiones, y era seguro que a cada cual le llegaran por algún conducto las del contrario. Yo tengo el convencimiento de que era esa peculiar desconfianza lo que en el fondo controlaba la situación. Quiero decir que si durante el primer año o dos habían fracasado sin poderlo evitar, mantuvieron la costumbre porque —¿cómo decirlo?— se habían puesto nerviosos. Realmente había que pensar en una volición soterrada para explicarse una cosa tan repetida y tan ridícula.

III

Cuando para coronar nuestra larga relación acepté su renovada oferta de matrimonio, se dijo humorísticamente, lo sé, que yo había puesto como condición que me regalara una fotografía suya. Lo que era verdad era que yo me había negado a darle la mía sin ella. El caso es que le tenía por fin, todo pimpante, encima de la chimenea; y allí fue donde ella, el día que vino a darme la enhorabuena, estuvo más cerca que nunca de verle. Con posar para aquel retrato le había dado él un ejemplo que yo la invité a seguir; ya que él había depuesto su terquedad, ¿por qué no deponía ella la suya? También ella me tenía que regalar algo por mi compromiso: ¿por qué no me regalaba la pareja? Se echó a reír y meneó la cabeza; a veces hacía ese gesto con un impulso que parecía venido desde tan lejos como la brisa que mueve una flor. Lo que hacía pareja con el retrato de mi futuro marido era el retrato de su futura mujer. Ella tenía tomada su decisión, y era tan incapaz de apartarse de ella como de explicarla. Era un prejuicio, un *entêtement*, un voto —viviría y se moriría sin dejarse fotografiar—. Ahora, además, estaba sola en ese estado: eso era lo que a ella le gustaba; le otorgaba una originalidad tanto mayor. Se regocijó de la caída de su excorreligionario, y estuvo largo rato mirando su efigie, sin hacer sobre ella ningún comentario memorable, aunque hasta le dio la vuelta para verla por detrás. En lo tocante a nuestro compromiso se mostró encantadora, toda cordialidad y cariño.

—Llevas tú más tiempo conociéndole que yo sin conocerle —dijo—. Parece una enormidad.

Sabiendo cuánto habíamos trajinado juntos por montes y valles, era inevitable que ahora descansásemos juntos.

Preciso todo esto porque lo que le siguió fue tan extraño que me da como un cierto alivio marcar el punto hasta donde nuestras relaciones fueron tan naturales como habían sido siempre. Yo fui quien con una locura súbita las alteró y destruyó. Ahora veo que ella no me dio el menor pretexto, y que donde únicamente lo encontré fue en su forma de mirar aquel apuesto semblante metido en un marco de Bond Street. ¿Y cómo habría querido yo que lo mirase? Lo que yo había deseado desde el principio era interesarla por él. Y lo mismo seguí deseando —hasta un momento después de que me prometiera que esa vez contaría realmente con su ayuda para romper el absurdo hechizo que los había tenido separados—. Yo había acordado con él que cumpliera con su parte si ella triunfalmente cumplía con la suya. Yo estaba ahora en otras condiciones —en condiciones de responder por él—. Me comprometía rotundamente a tenerle allí mismo a las cinco de la tarde del sábado siguiente. Había salido de la ciudad por un asunto urgente, pero jurando mantener su promesa al pie de la letra: regresaría ex profeso y con tiempo de sobra.

«¿Estás totalmente segura?», recuerdo que preguntó, con gesto serio y meditabundo; me pareció que palidecía un poco. Estaba cansada, no estaba bien: era una pena que al final fuera a conocerla en tan mal estado. ¡Si la hubiera conocido cinco años antes! Pero yo le contesté que esta vez era seguro, y que, por tanto, el éxito dependía únicamente de ella. A las cinco en punto del sábado le encontraría en un sillón concreto que le señalé, el mismo en el que solía sentarse y en el que —aunque esto no se lo dije— estaba sentado hacía una semana, cuando me planteó la cuestión de nuestro futuro de una manera que me convenció.

Ella lo miró en silencio, como antes había mirado la fotografía, mientras yo repetía por enésima vez que era el

colmo de lo ridículo que no hubiera manera de presentarle mi otro yo a mi amiga más querida.

—¿Yo soy tu amiga más querida? —me preguntó con una sonrisa que por un instante le devolvió la belleza.

Yo respondí estrechándola contra mi pecho; tras de lo cual dijo:

—De acuerdo, vendré. Me da mucho miedo, pero cuenta conmigo.

Cuando se marchó empecé a preguntarme qué sería lo que le daba miedo, porque lo había dicho como si hablara completamente en serio. Al día siguiente, a media tarde, me llegaron unas líneas suyas: al volver a casa se había encontrado con la noticia del fallecimiento de su marido. Hacía siete años que no se veían, pero quería que yo lo supiera por su conducto antes de que me lo contaran por otro. De todos modos, aunque decirlo resultara extraño y triste, era tan poco lo que con ello cambiaba su vida que mantendría escrupulosamente nuestra cita. Yo me alegré por ella, pensando que por lo menos cambiaría en el sentido de tener más dinero; pero aún con aquella distracción, lejos de olvidar que me había dicho que tenía miedo, me pareció atisbar una razón para que lo tuviera. Su temor, conforme avanzaba la tarde, se hizo contagioso, y el contagio tomó en mi pecho la forma de un pánico repentino. No eran celos —no era más que pavor a los celos—. Me llamé necia por no haberme estado callada hasta que fuéramos marido y mujer. Después de eso me sentiría de algún modo segura. Tan sólo era cuestión de esperar un mes más —cosa seguramente sin importancia para quienes llevaban esperando tanto tiempo—. Se había visto muy claro que ella estaba nerviosa, y ahora que era libre su nerviosismo no sería menor. ¿Qué era aquello, pues, sino un agudo presentimiento? Hasta entonces había sido víctima de interferencias, pero era muy posible que de allí en adelante fuera ella su origen. La

víctima, en tal caso, sería sencillamente yo. ¿Qué había sido la interferencia sino el dedo de la Providencia apuntando a un peligro? Peligro, por supuesto, para mi modesta persona. Una serie de accidentes de frecuencia inusitada lo habían tenido a raya; pero bien se veía que el reino del accidente tocaba a su fin. Yo tenía la íntima convicción de que ambas partes mantendrían lo pactado. Se me hacía más patente por momentos que se estaban acercando, convergiendo. Eran como los que van buscando un objeto perdido en el juego de la gallina ciega; lo mismo ella que él habían empezado a «quemarse». Habíamos hablado de romper el hechizo; pues bien, efectivamente se iba a romper —salvo que no hiciera sino adoptar otra forma y exagerar sus encuentros como había exagerado sus huidas—. Fue esta idea la que me robó el sosiego; la que me quitó el sueño —a medianoche no cabía en mí de agitación—. Sentí, al cabo, que no había más que un modo de conjurar la amenaza. Si el reino del accidente había terminado, no me quedaba más remedio que asumir su sucesión. Me senté a escribir unas líneas apresuradas para que él las encontrara a su regreso y, como los criados ya se habían acostado, yo misma salí destocada a la calle vacía y ventosa para echarlas en el buzón más próximo. En ellas le decía que no iba a poder estar en casa por la tarde, como había pensado, y que tendría que posponer su visita hasta la hora de la cena. Con ello le daba a entender que me encontraría sola.

IV

Cuando ella, según lo acordado, se presentó a las cinco me sentí, naturalmente, falsa y ruin. Mi acción había sido una locura momentánea, pero lo menos que podía hacer era tirar para adelante, como se suele decir. Ella permaneció una hora en casa; él, por supuesto, no apareció; y yo no pude sino persistir en mi perfidia. Había creído mejor dejarla venir; aunque ahora me parece chocante, juzgué que aminoraba mi culpa. Y aún así, ante aquella mujer tan visiblemente pálida y cansada, doblegada por la consciencia de todo lo que la muerte de su marido había puesto sobre el tapete, sentí una punzada verdaderamente lacerante de lástima y de remordimiento. Si no le dije en aquel mismo momento lo que había hecho fue porque me daba demasiada vergüenza. Fingí asombro —lo fingí hasta el final—; protesté que si alguna vez había tenido confianza era aquel día. Me sonroja contarlo —lo tomo como penitencia—. No hubo muestra de indignación contra él que no diera; inventé suposiciones, atenuantes; reconocí con estupor, viendo correr las manecillas del reloj, que la suerte de los dos no había cambiado. Ella se sonrió ante esa visión de su «suerte», pero su aspecto era de preocupación —su aspecto era desacostumbrado—: lo único que me sostenía era la circunstancia de que, extrañamente, llevara luto —no grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso—. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Eso, ayudado por un tanto de reflexión aguda, me daba un poco la razón. Me había escrito diciendo que el súbito evento no significaba ningún cambio para ella, pero evidentemente hasta ahí sí lo había habido. Si se inclinaba a seguir las

formalidades de rigor, ¿por qué no observaba la de no hacer visitas en los primeros días? Había alguien a quien tanto deseaba ver que no podía esperar a tener sepultado a su marido. Semejante revelación de ansia me daba la dureza y la crueldad necesarias para perpetrar mi odioso engaño, aunque al mismo tiempo, según se iba consumiendo aquella hora, sospeché en ella otra cosa todavía más profunda que el desencanto, y un tanto peor disimulada. Me refiero a un extraño alivio subyacente, la blanda y suave emisión del aliento cuando ha pasado un peligro. Lo que ocurrió durante aquella hora estéril que pasó conmigo fue que por fin renunció a él. Le dejó ir para siempre. Hizo de ello la broma más elegante que yo había visto hacer de nada; pero fue, a pesar de todo, una gran fecha de su vida. Habló, con su suave animación, de todas las otras ocasiones vanas, el largo juego de escondite, la rareza sin precedentes de una relación así. Porque era, o había sido, una relación, ¿acaso no? Ahí estaba lo absurdo. Cuando se levantó para marcharse, yo le dije que era una relación más que nunca, pero que yo no tenía valor, después de lo ocurrido, para proponerle por el momento otra oportunidad. Estaba claro que la única oportunidad válida sería la celebración de mi matrimonio. ¡Por supuesto que iría a mi boda! Cabía incluso esperar que él fuera también.

—¡Si voy yo, no irá él! —recuerdo la nota aguda y el ligero quiebro de su risa. Concedí que podía llevar algo de razón. Lo que había que hacer entonces era tenernos antes bien casados.

—No nos servirá de nada. ¡Nada nos servirá de nada! —dijo dándome un beso de despedida—. ¡No le veré jamás, jamás!

Con esas palabras me dejó.

Yo podía soportar su desencanto, como lo he llamado; pero cuando, un par de horas más tarde, le recibí a él para la

cena, descubrí que el suyo no lo podía soportar. No había pensado especialmente en cómo pudiera tomarse mi maniobra; pero el resultado fue la primera palabra de reproche que salía de su boca. Digo «reproche», y esa expresión apenas parece lo bastante fuerte para los términos en que me manifestó su sorpresa de que, en tan extraordinarias circunstancias, no hubiera yo encontrado alguna forma de no privarle de semejante ocasión. Sin duda podría haber arreglado las cosas para no tener que salir, o para que su encuentro hubiera tenido lugar de todos modos. Podían haberse entendido muy bien, en mi salón, sin mí. Ante eso me desmoroné: confesé mi iniquidad y su miserable motivo. Ni había cancelado mi cita con ella ni había salido; ella había venido y, tras una hora de estar esperándole, se había marchado convencida de que sólo él era culpable de su ausencia.

—¡Bonita opinión se habrá llevado de mí! —exclamó— ¿Me ha llamado —y recuerdo el trago de aire casi perceptible de su pausa— lo que tenía derecho a llamarme?

—Te aseguro que no ha dicho nada que demostrara el menor enfado. Ha mirado tu fotografía, hasta le ha dado la vuelta para mirarla por detrás, donde por cierto está escrita tu dirección. Pero no le ha inspirado ninguna demostración. No le preocupas tanto.

—¿Entonces por qué te da miedo?

—No era ella la que me daba miedo. Eras tú.

—¿Tan seguro veías que me enamorase de ella? No habías aludido nunca a esa posibilidad —prosiguió mientras yo guardaba silencio—. Aunque la describieras como una persona admirable, no era bajo esa luz como me la presentabas.

—¿O sea, que si sí lo hubiera sido a estas alturas ya habrías conseguido conocerla? Yo entonces no temía nada —añadí—. No tenía los mismos motivos.

A esto me respondió él con un beso y al recordar que ella había hecho lo mismo un par de horas antes sentí por un instante como si él recogiera de mis labios la propia presión de los de ella. A pesar de los besos, el incidente había dejado una cierta frialdad, y la consciencia de que él me hubiera visto culpable de una mentira me hacía sufrir horriblemente. Lo había visto sólo a través de mi declaración sincera, pero yo me sentía tan mal como si tuviera una mancha que borrar. No podía quitarme de la cabeza de qué manera me había mirado cuando hablé de la aparente indiferencia con que ella había acogido el que no viniera. Por primera vez desde que le conocía fue como si pusiera en duda mi palabra. Antes de separarnos le dije que la iba a sacar del engaño: que a primera hora de la mañana me iría a Richmond, y le explicaría que él no había tenido ninguna culpa. Iba a expiar mi pecado, dije; me iba a arrastrar por el polvo; iba a confesar y pedir perdón. Ante esto me besó una vez más.

V

En el tren, al día siguiente, me pareció que había sido mucho consentir por su parte; pero mi resolución era firme y seguí adelante. Ascendí el largo repecho hasta donde comienza la vista, y llamé a la puerta. No dejó de extrañarme un poco el que las persianas estuvieran todavía echadas, porque pensé que, aunque la contrición me hubiera hecho ir muy temprano, aun así había dejado a los de la casa tiempo suficiente para levantarse.

—¿Que si está en casa, señora? Ha dejado esta casa para siempre. Aquel anuncio de la anciana criada me sobresaltó extraordinariamente.

—¿Se ha marchado?

—Ha muerto, señora.

Y mientras yo asimilaba, atónita, la horrible palabra:

—Anoche murió.

El fuerte grito que se me escapó sonó incluso a mis oídos como una violación brutal del momento. En aquel instante sentí como si yo la hubiera matado; se me nubló la vista, y a través de una borrosidad vi que la mujer me tendía los brazos. De lo que sucediera después no guardo recuerdo, ni de otra cosa que aquella pobre prima estúpida de mi amiga, en una estancia a media luz, tras un intervalo que debió de ser muy corto, mirándome entre sollozos ahogados y acusatorios. No sabría decir cuánto tiempo tardé en comprender, en creer y luego en desasirme, con un esfuerzo inmenso, de aquella cuchillada de responsabilidad que supersticiosamente, irracionalmente, había sido al pronto casi lo único de que tuve consciencia. El médico, después del hecho, se había pronunciado con sabiduría y claridad superlativas: había corroborado la existencia de una

debilidad del corazón que durante mucho tiempo había permanecido latente, nacida seguramente años atrás de las agitaciones y los terrores que a mi amiga le había deparado su matrimonio. Por aquel entonces había tenido escenas crueles con su marido, había temido por su vida. Después, ella misma había sabido que debía guardarse resueltamente de toda emoción, de todo lo que significara ansiedad y zozobra, como evidentemente se reflejaba en su marcado empeño de llevar una vida tranquila; pero ¿cómo asegurar que nadie, y menos una «señora de verdad», pudiera protegerse de todo pequeño sobresalto? Un par de días antes lo había tenido con la noticia del fallecimiento de su marido —porque había impresiones fuertes de muchas clases, no sólo de dolor y de sorpresa—. Aparte de que ella jamás había pensado en una liberación tan próxima: todo hacía suponer que él viviría tanto como ella. Después, aquella tarde, en la ciudad, manifiestamente había sufrido algún percance: algo debió ocurrirle allí, que sería imperativo esclarecer. Había vuelto muy tarde —eran más de las once—, y al recibirla en el vestíbulo su prima, que estaba muy preocupada, había confesado que venía fatigada y que tenía que descansar un momento antes de subir las escaleras. Habían entrado juntas en el comedor, sugiriendo su compañera que tomase una copa de vino y dirigiéndose al aparador para servírsela. No fue sino un instante, pero cuando mi informadora volvió la cabeza nuestra pobre amiga no había tenido tiempo de sentarse. Súbitamente, con un débil gemido casi inaudible, se desplomó en el sofá. Estaba muerta.

¿Qué «pequeño sobresalto» ignorado le había asestado el golpe? ¿Qué choque, cielo santo, la estaba esperando en la ciudad? Yo cité inmediatamente la única causa de perturbación concebible —el no haber encontrado en mi casa, donde había acudido a las cinco invitada con ese fin,

al hombre con el que yo me iba a casar, que accidentalmente no había podido presentarse, y a quien ella no conocía en absoluto—. Poco era, obviamente; pero no era difícil que le hubiera sucedido alguna otra cosa: nada más posible en las calles de Londres que un accidente, sobre todo un accidente en aquellos infames coches de alquiler. ¿Qué había hecho, a dónde había ido al salir de mi casa? Yo había dado por hecho que volviera directamente a la suya. Las dos nos acordamos entonces de que a veces, en sus salidas a la capital, por comodidad, por darse un respiro, se detenía una hora o dos en el «Gentlewomen», un tranquilo club de señoras, y yo prometí que mi primer cuidado sería hacer una indagación seria en ese establecimiento. Pasamos después a la cámara sombría y terrible en donde yacía en los brazos de la muerte, y donde yo, tras unos instantes, pedí quedarme a solas con ella y permanecí media hora. La muerte la había embellecido, la había dejado hermosa; pero lo que yo sentí, sobre todo, al arrodillarme junto al lecho, fue que la había silenciado, la había dejado muda. Había echado el cerrojo sobre algo que a mí me importaba saber.

A mi regreso de Richmond, y después de cumplir con otra obligación, me dirigí al apartamento de él. Era la primera vez, aunque a menudo había deseado conocerlo. En la escalera, que, dado que la casa albergaba una veintena de viviendas, era lugar de paso público, me encontré con su criado, que volvió conmigo y me hizo pasar. Al oírme entrar apareció él en el umbral de otra habitación más interior, y en cuanto quedamos solos le di la noticia:

—¡Está muerta!

—¿Muerta? —La impresión fue tremenda, y observé que no necesitaba preguntar a quién me refería con aquella brusquedad.

—Murió anoche…, al volver de mi casa.

Él me escudriñó con la expresión más extraña, registrándome con la mirada como si recelara una trampa.

—¿Anoche… al volver de tu casa? —repitió mis palabras atónito. Y a continuación me espetó, y yo oí atónita a mi vez —¡Imposible! Si yo la vi.

—¿Cómo que «la viste»?

—Ahí mismo…, donde tú estás.

Eso me recordó pasado un instante, como si pudiera ayudarme a asimilarlo, el gran prodigio de aquel aviso de su juventud.

—En la hora de la muerte…, comprendo: lo mismo que viste a tu madre.

—No, no como vi a mi madre…; no así, ¡no! —Estaba hondamente afectado por la noticia, mucho más, estaba claro, de lo que pudiera haber estado la víspera; tuve la impresión cierta de que, como me dije entonces, había efectivamente una relación entre ellos dos, y que realmente la había tenido enfrente. Semejante idea, reafirmando su extraordinario privilegio, le habría presentado de pronto como un ser dolorosamente anormal de no haber sido por la vehemencia con que insistió en la distinción—. La vi viva. La vi para hablar con ella. La vi como ahora te estoy viendo a ti.

Es curioso que por un momento, aunque por un momento tan sólo, encontrara yo alivio en el más personal, por así decirlo, pero también en el más natural, de los dos hechos extraños. Al momento siguiente, asiendo esa imagen de ella yendo a verle después de salir de mi casa, y de precisamente lo que explicaba lo referente al empleo de su tiempo, demandé, con un ribete de aspereza que no dejé de advertir:

—¿Y se puede saber a qué venía?

Él había tenido ya un minuto para pensar —para recobrarse y calibrar efectos—, de modo que al hablar, aunque siguiera habiendo excitación en su mirada, mostró

un sonrojo consciente y quiso, inconsecuentemente, restar gravedad a sus palabras con una sonrisa.

—Venía sencillamente a verme. Venía, después de lo que había pasado en tu casa, para que al fin, a pesar de todo, nos conociéramos. Me pareció un impulso exquisito, y así lo entendí.

Miré la habitación donde ella había estado —donde ella había estado y yo nunca hasta entonces.

—¿Y así como tú lo entendiste fue como ella lo expresó?

—Ella no lo expresó de ninguna manera, más que estando aquí y dejándose mirar. ¡Fue suficiente! —exclamó con una risa singular.

Yo iba de asombro en asombro.

—O sea, ¿que no te dijo nada?

—No dijo nada. No hizo más que mirarme como yo la miraba.

—¿Y tú tampoco le dirigiste la palabra? Volvió a dirigirme aquella sonrisa dolorosa.

—Yo pensé en ti. La situación era sumamente delicada. Yo procedí con el mayor tacto. Pero ella se dio cuenta de que me resultaba agradable. —Repitió incluso la risa discordante.

—¡Ya se ve que «te resultó agradable»!

Entonces reflexioné un instante:

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—No sabría decir. Pareció como veinte minutos, pero es probable que fuera mucho menos.

—¡Veinte minutos de silencio! —empezaba a tener mi visión concreta, y ya de hecho a aferrarme a ella—. ¿Sabes que lo que me estás contando es una absoluta monstruosidad?

Él había estado hasta entonces de espaldas al fuego; al oír esto, con una mirada de súplica, se vino a mí.

—Amor mío te lo ruego, no lo tomes a mal.

Yo podía no tomarlo a mal, y así se lo di a entender; pero lo que no pude, cuando él con cierta torpeza abrió los brazos, fue dejar que me atrajera hacia sí. De modo que entre los dos se hizo, durante un tiempo apreciable, la tensión de un gran silencio.

VI

Él lo rompió al cabo, diciendo:

—¿No hay absolutamente ninguna duda de su muerte?

—Desdichadamente ninguna. Yo vengo de estar de rodillas junto a la cama donde la han tendido.

Clavó sus ojos en el suelo; luego los alzó a los míos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un aspecto… de paz.

Volvió a apartarse, bajo mi mirada; pero pasado un momento comenzó:

—¿Entonces a qué hora…?

—Debió ser cerca de la medianoche. Se derrumbó al llegar a su casa…, de una dolencia cardíaca que sabía que tenía, y que su médico sabía que tenía, pero de la que nunca, a fuerza de paciencia y de valor, me había dicho nada.

Me escuchaba muy atento, y durante un minuto no pudo hablar. Por fin rompió, con un acento de confianza casi infantil, de sencillez realmente sublime, que aún resuena en mis oídos según escribo:

—¡Era maravillosa!

Incluso en aquel momento tuve la suficiente ecuanimidad para responderle que eso siempre se lo había dicho yo; pero al instante, como si después de hablar hubiera tenido un atisbo del efecto que en mí hubiera podido producir, continuó apresurado:

—Comprenderás que si no llegó a su casa hasta medianoche… Le atajé inmediatamente.

—¿Tuviste mucho tiempo para verla? ¿Y cómo? —pregunté— ¿si no te fuiste de mi casa hasta muy tarde? Yo no recuerdo a qué hora exactamente…, estaba pensando en

otras cosas. Pero tú sabes que, a pesar de haber dicho que tenías mucho que hacer, te quedaste un buen rato después de la cena. Ella, por su parte, pasó toda la velada en el «Gentlewomen», de allí vengo..., he hecho averiguaciones. Allí tomó el té; estuvo muchísimo tiempo.

—¿Qué estuvo haciendo durante ese muchísimo tiempo?

Le vi ansioso de rebatir punto por punto mi versión de los hechos; y cuanto más lo mostraba mayor era mi empeño en insistir en esa versión, en preferir con aparente empecinamiento una explicación que no hacía sino acrecentar la maravilla y el misterio, pero que, de los dos prodigios entre los que se me daba a elegir, era el más aceptable para mis celos renovados. Él defendía, con un candor que ahora me parece hermoso, el privilegio de haber conocido, a pesar de la derrota suprema, a la persona viva; en tanto que yo, con un apasionamiento que hoy me asombra, aunque todavía en cierto modo sigan encendidas sus cenizas, no podía sino responderle que, en virtud de un extraño don compartido por ella con su madre, y que también por parte de ella era hereditario, se había repetido para él el milagro de su juventud, para ella el milagro de la suya. Había ido a él —sí—, y movida de un impulso todo lo hermoso que quisiera; ¡pero no en carne y hueso! Era mera cuestión de evidencia. Yo había recibido, sostuve, un testimonio inequívoco de lo que ella había estado haciendo —durante casi todo este tiempo— en el club. Estaba casi vacío, pero los empleados se habían fijado en ella. Había estado sentada, sin moverse, en una butaca, junto a la chimenea del salón; había reclinado la cabeza, había cerrado los ojos, aparentaba un sueño ligero.

—Ya. Pero ¿hasta qué hora?

—Sobre eso —tuve que responder— los criados me fallaron un poco. Y la portera en particular, que desdichadamente es tonta, aunque se supone que también

ella es socia del club. Está claro que a esas horas, sin que nadie la sustituyera y en contra de las normas, estuvo un rato ausente de la jaula desde donde tiene por obligación vigilar quién entra y quién sale. Se confunde, miente palpablemente; así que partiendo de sus observaciones no puedo darte una hora con seguridad. Pero a eso de las diez y media se comentó que nuestra pobre amiga ya no estaba en el club.

Le vino de perlas.

—Vino derecha aquí, y desde aquí se fue derecha al tren.

—No pudo ir a tomarlo con el tiempo tan justo —declaré —. Precisamente es una cosa que no hacía jamás.

—Ni fue a tomarlo con el tiempo justo, hija mía…, tuvo tiempo de sobra. Te falla la memoria en eso de que yo me despidiera tarde: precisamente te dejé antes que otros días. Lamento que el tiempo que pasé contigo te pareciera largo, porque estaba aquí de vuelta antes de las diez.

—Para ponerte en zapatillas —fue mi contestación— y quedarte dormido en un sillón. No despertaste hasta por la mañana…, ¡la viste en sueños!

Él me miraba en silencio y con mirada sombría, con unos ojos en los que se traslucía que tenía cierta irritación que reprimir. Enseguida proseguí:

—Recibes la visita, a hora intempestiva, de una señora…; sea: nada más probable. Pero señoras hay muchas. ¿Me quieres explicar, si no había sido anunciada y no dijo nada, y encima no habías visto jamás un retrato suyo, cómo pudiste identificar a la persona de la que estamos hablando?

—¿No me la habían descrito hasta la saciedad? Te la puedo describir con pelos y señales.

—¡Ahórratelo! —clamé con una aspereza que le hizo reír una vez más. Yo me puse colorada, pero seguí—: ¿Le abrió tu criado?

—No estaba…, nunca está cuando se le necesita. Entre las peculiaridades de este caserón está el que se pueda acceder desde la puerta de la calle hasta los diferentes pisos prácticamente sin obstáculos. Mi criado ronda a una señorita que trabaja en el piso de arriba, y anoche se lo tomó sin prisas. Cuando está en esa ocupación deja la puerta de fuera, la de la escalera, sólo entornada, y así puede volver a entrar sin hacer ruido. Para abrirla basta entonces con un ligero empujón. Ella se lo dio…, sólo hacía falta un poco de valor.

—¿Un poco? ¡Toneladas! Y toda clase de cálculos imposibles.

—Pues lo tuvo… y los hizo. ¡Quede claro que yo no he dicho en ningún momento —añadió— que no fuera una cosa sumamente extraña!

Algo había en su tono que por un tiempo hizo que no me arriesgase a hablar. Al cabo dije:

—¿Cómo había llegado a saber dónde vivías?

—Recordaría la dirección que figuraba en la etiquetita que los de la tienda dejaron tranquilamente pegada al marco que encargué para mi retrato.

—¿Y cómo iba vestida?

—De luto, mi amor. No grandes masas de crespón, sino un sencillo luto riguroso. Llevaba tres plumas negras, pequeñas, en el sombrero. Llevaba un manguito pequeño de astracán. Cerca del ojo izquierdo —continuó— tiene una pequeña cicatriz vertical…

Le corté en seco.

—La señal de una caricia de su marido —luego añadí—: ¡Muy cerca de ella has tenido que estar!

A eso no me respondió nada, y me pareció que se ruborizaba; al observarlo me despedí.

—Bueno, adiós.

—¿No te quedas un rato? —volvió a mí con ternura, y esa vez le dejé—. Su visita tuvo su belleza —murmuró teniéndome abrazada—, pero la tuya tiene más.

Le dejé besarme, pero recordé, como había recordado el día antes, que el último beso que ella diera, suponía yo, en este mundo había sido para los labios que él tocaba.

—Es que yo soy la vida —respondí—. Lo que viste anoche era la muerte.

—¡Era la vida…, era la vida!

Hablaba con suave terquedad —yo me desasí—. Nos miramos fijamente.

—Describes la escena —si a eso se puede llamar descripción— en términos incomprensibles. ¿Entró en la habitación sin que tú te dieras cuenta?

—Yo estaba escribiendo cartas, enfrascado, en esa mesa de debajo de la lámpara, y al levantar la vista la vi frente a mí.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Me levanté soltando una exclamación, y ella, sonriéndome, se llevó un dedo a los labios, claramente a modo de advertencia, pero con una especie de dignidad delicada. Yo sabía que ese gesto quería decir silencio, pero lo extraño fue que pareció explicarla y justificarla inmediatamente. El caso es que estuvimos así, frente a frente, durante un tiempo que, como ya te he dicho, no puedo calcular. Como tú y yo estamos ahora.

—¿Simplemente mirándose de hito en hito? Protestó impaciente.

—¡Es que no estamos mirándonos de hito en hito!

—No, porque estamos hablando.

—También hablamos ella y yo…, en cierto modo —se perdió en el recuerdo—. Fue tan cordial como esto.

Tuve en la punta de la lengua preguntarle si esto era muy cordial, pero en lugar de eso le señalé que lo que

evidentemente habían hecho era contemplarse con mutua admiración. Después le pregunté si el reconocerla había sido inmediato.

—No del todo —repuso—, porque por supuesto no la esperaba; pero mucho antes de que se fuera comprendí quién era…, quién podía ser únicamente.

Medité un poco.

—¿Y al final cómo se fue?

—Lo mismo que había venido. Tenía detrás la puerta abierta y se marchó.

—¿Deprisa…, despacio?

—Más bien deprisa. Pero volviendo la vista atrás —sonrió para añadir—. Yo la dejé marchar, porque sabía perfectamente que tenía que acatar su voluntad.

Fui consciente de exhalar un suspiro largo y vago.

—Bueno, pues ahora te toca acatar la mía…, y dejarme marchar a mí.

Ante eso volvió a mi lado, deteniéndome y persuadiéndome, declarando con la galantería de rigor que lo mío era muy distinto. Yo habría dado cualquier cosa por poder preguntarle si la había tocado pero las palabras se negaban a formarse: sabía hasta el último acento lo horrendas y vulgares que resultarían. Dije otra cosa —no recuerdo exactamente qué—, algo débilmente tortuoso y dirigido, con harta ruindad, a hacer que me lo dijera sin yo preguntarle. Pero no me lo dijo; no hizo sino repetir, como por un barrunto de que sería decoroso tranquilizarme y consolarme, la sustancia de su declaración de unos momentos antes —la aseveración de que ella era en verdad exquisita, como yo había repetido tantas veces, pero que yo era su «verdadera» amiga y la persona a la que querría siempre—. Esto me llevó a reafirmar, en el espíritu de mi réplica anterior, que por lo menos yo tenía el mérito de estar

viva; lo que a su vez volvió a arrancar de él aquel chispazo de contradicción que me daba miedo.

—¡Pero si estaba viva! ¡Viva, Viva!

—¡Estaba muerta, muerta! —afirmé yo con una energía, con una determinación de que fuera así, que ahora al recordarla me resulta casi grotesca. Pero el sonido de la palabra dicha me llenó súbitamente de horror, y toda la emoción natural que su significado podría haber evocado en otras condiciones se juntó y desbordó torrencial. Sentí como un peso que un gran afecto se había extinguido, y cuánto la había querido yo y cuánto había confiado en ella. Tuve una visión, al mismo tiempo, de la solitaria belleza de su fin.

—¡Se ha ido…, se nos ha ido para siempre! —sollocé.

—Eso exactamente es lo que yo siento —exclamó él, hablando con dulzura extremada y apretándome, consolador, contra sí—. Se ha ido; se nos ha ido para siempre: así que ¿qué importa ya? —se inclinó sobre mí, y cuando su rostro hubo tocado el mío apenas supe si lo que lo humedecían era mis lágrimas o las suyas.

VII

Era mi teoría, mi convicción, vino a ser, pudiéramos decir, mi actitud, que aun así jamás se habían «conocido»; y precisamente sobre esa base me pareció generoso pedirle que asistiera conmigo al entierro. Así lo hizo muy modesta y tiernamente, y yo di por hecho, aunque a él estaba claro que no se le daba nada de ese peligro, que la solemnidad de la ocasión, poblada en gran medida por personas que les habían conocido a los dos y estaban al tanto de la larga broma, despojaría suficientemente a su presencia de toda asociación ligera. Sobre lo que hubiera ocurrido en la noche de su muerte, poco más se dijo entre nosotros; yo le había tomado horror al elemento probatorio. Sobre cualquiera de las dos hipótesis era grosería, era intromisión. A él, por su parte, le faltaba corroboración aducible —es decir, todo salvo una declaración del portero de su casa, personaje de lo más descuidado e intermitente—, según él mismo reconocía, de que entre las diez y las doce de la noche habían entrado y salido del lugar nada menos que tres señoras enlutadas de pies a cabeza. Lo cual era excesivo; ni él ni yo queríamos tres para nada. Él sabía que yo pensaba haber dado razón de cada fracción del tiempo de nuestra amiga, y dimos por cerrado el asunto; nos abstuvimos de ulterior discusión. Lo que yo sabía, sin embargo, era que él se abstenía por darme gusto, más que porque cediera a mis razones. No cedía —era sólo indulgencia—; él persistía en su interpretación porque le gustaba más. Le gustaba más, sostenía yo, porque tenía más que decirle a su vanidad. Ese, en situación análoga, no habría sido su efecto sobre mí, aunque sin duda tenía yo tanta vanidad como él; pero son cosas del talante de cada uno, en las que nadie puede juzgar por otro. Yo habría dicho

que era más halagador ser destinatario de una de esas ocurrencias inexplicables que se relatan en libros fascinantes y se discuten en reuniones eruditas; no podía imaginar, por parte de un ser recién sumido en lo infinito y todavía vibrante de emociones humanas, nada más fino y puro, más elevado y augusto, que un tal impulso de reparación, de admonición, o aunque sólo fuera de curiosidad. Eso sí que era hermoso, y yo en su lugar habría mejorado en mi propia estima al verme distinguida y escogida de ese modo. Era público que él ya venía figurando bajo esa luz desde hacía mucho tiempo, y en sí un hecho semejante ¿qué era sino casi una prueba? Cada una de las extrañas apariciones contribuía a confirmar la otra. Él tenía otro sentir; pero tenía también, me apresuro a añadir, un deseo inequívoco de no significarse o, como se suele decir, de no hacer bandera de ello. Yo podía creer lo que se me antojara —tanto más cuanto que todo este asunto era, en cierto modo, un misterio de mi invención—. Era un hecho de mi historia, un enigma de mi consistencia, no de la suya; por tanto él estaba dispuesto a tomarlo como a mí me resultara más conveniente. Los dos, en todo caso, teníamos otras cosas entre manos; nos apremiaban los preparativos de la boda.

Los míos eran ciertamente acuciantes, pero al correr de los días descubrí que creer lo que a mí «se me antojaba» era creer algo de lo que cada vez estaba más íntimamente convencida. Descubrí también que no me deleitaba hasta ese punto, o que el placer distaba, en cualquier caso, de ser la causa de mi convencimiento. Mi obsesión, como realmente puedo llamarla y como empezaba a percibir, no se dejaba eclipsar, como había sido mi esperanza, por la atención a deberes prioritarios. Si tenía mucho que hacer, aún era más lo que tenía que pensar, y llegó un momento en que mis ocupaciones se vieron seriamente amenazadas por

mis pensamientos. Ahora lo veo todo, lo siento, lo vuelvo a vivir. Está terriblemente vacío de alegría, está de hecho lleno a rebosar de amargura; y aun así debo ser justa conmigo misma —no habría podido hacer otra cosa—. Las mismas extrañas impresiones, si hubiera de soportarlas otra vez, me producirían la misma angustia profunda, las mismas dudas lacerantes, las mismas certezas más lacerantes todavía. Ah sí, todo es más fácil de recordar que de poner por escrito, pero aun en el supuesto de que pudiera reconstruirlo todo hora por hora, de que pudiera encontrar palabras para lo inexpresable, en seguida el dolor y la fealdad me paralizarían la mano. Permítaseme anotar, pues, con toda sencillez y brevedad, que una semana antes del día de nuestra boda, tres semanas después de la muerte de ella, supe con todo mi ser que había algo muy serio que era preciso mirar de frente, y que si iba a hacer ese esfuerzo tenía que hacerlo sin dilación y sin dejar pasar una hora más. Mis celos inextinguidos —esa era la máscara de la Medusa—. No habían muerto con su muerte, habían sobrevivido lívidamente y se alimentaban de sospechas indecibles. Serían indecibles hoy, mejor dicho, si no hubiera sentido la necesidad vivísima de formularlas entonces. Esa necesidad tomó posesión de mí —para salvarme—, según parecía, de mi suerte. A partir de entonces no vi —dada la urgencia del caso, que las horas menguaban y el intervalo se acortaba— más que una salida, la de la prontitud y la franqueza absolutas. Al menos podía no hacerle el daño de aplazarlo un día más; al menos podía tratar mi dificultad como demasiado delicada para el subterfugio. Por eso en términos muy tranquilos, pero de todos modos bruscos y horribles, le planteé una noche que teníamos que reconsiderar nuestra situación y reconocer que se había alterado completamente.

Él me miró sin parpadear, valiente.

—¿Cómo que se ha alterado?

—Otra persona se ha interpuesto entre nosotros. No se tomó más que un instante para pensar.

—No voy a fingir que no sé a quién te refieres —sonrió compasivo ante mi aberración, pero quería tratarme amablemente—. ¡Una mujer que está muerta y enterrada!

—Enterrada sí, pero no muerta. Está muerta para el mundo…; está muerta para mí. Pero para ti no está muerta.

—¿Vuelves a lo de nuestras distintas versiones de su aparición aquella noche?

—No —respondí—, no vuelvo a nada. No me hace falta. Me basta y me sobra con lo que tengo delante.

—¿Y qué es, hija mía?

—Que estás completamente cambiado.

—¿Por aquel absurdo? —rio.

—No tanto por aquel como por otros absurdos que le han seguido.

—¿Que son cuáles?

Estábamos encarados francamente, y a ninguno le temblaba la mirada; pero en la de él había una luz débil y extraña, y mi certidumbre triunfaba en su perceptible palidez.

—¿De veras pretendes —pregunté— no saber cuáles son?

—¡Querida mía —me repuso—, me has hecho un esbozo demasiado vago! Reflexioné un momento.

—¡Puede ser un tanto incómodo acabar el cuadro! Pero visto desde esa óptica —y desde el primer momento—, ¿ha habido alguna vez algo más incómodo que tu idiosincrasia?

Él se acogió a la vaguedad —cosa que siempre hacía muy bien.

—¿Mi idiosincrasia?

—Tu notoria, tu peculiar facultad.

Se encogió de hombros con un gesto poderoso de impaciencia, un gemido de desprecio exagerado.

—¡Ah, mi peculiar facultad!

—Tu accesibilidad a formas de vida —proseguí fríamente—, tu señorío de impresiones, apariciones, contactos, que a los demás —para nuestro bien o para nuestro mal— nos están vedados. Al principio formaba parte del profundo interés que despertaste en mí…, fue una de las razones de que me divirtiera, de que positivamente me enorgulleciera conocerte. Era una distinción extraordinaria; sigue siendo una distinción extraordinaria. Pero ni que decir tiene que en aquel entonces yo no tenía ni la menor idea de cómo aquello iba a actuar ahora; y aun en ese supuesto, no la habría tenido de cómo iba a afectarme su acción.

—Pero vamos a ver —inquirió suplicante—, ¿de qué estás hablando en esos términos fantásticos? —Luego, como yo guardara silencio, buscando el tono para responder a mi acusación—. ¿Cómo diantres actúa? —continuó—, ¿y cómo te afecta?

—Cinco años te estuvo echando en falta —dije—, pero ahora ya no tiene que echarte en falta nunca. ¡Estáis recuperando el tiempo!

—¿Cómo que estamos recuperando el tiempo? —había empezado a pasar del blanco al rojo.

—¡La ves…, la ves; la ves todas las noches! —él soltó una carcajada de burla, pero me sonó a falsa—. Viene a ti como vino aquella noche —declaré—; ¡hizo la prueba y descubrió que le gustaba!

Pude, con la ayuda de Dios, hablar sin pasión ciega ni violencia vulgar; pero esas fueron las palabras exactas —y que entonces no me parecieron nada vagas— que pronuncié. Él había mirado hacia otro lado riéndose, acogiendo con palmadas mi insensatez, pero al momento volvió a darme la cara con un cambio de expresión que me impresionó.

—¿Te atreves a negar —pregunté entonces— que la ves habitualmente?

Él había optado por la vía de la condescendencia, de entrar en el juego y seguirme la corriente amablemente. Pero el hecho es que, para mi asombro, dijo de pronto:

—Bueno, querida, ¿y si la veo qué?

—Que estás en tu derecho natural: concuerda con tu constitución y con tu suerte prodigiosa, aunque quizá no del todo envidiable. Pero, como comprenderás, eso nos separa. Te libero sin condiciones.

—¿Qué dices?

—Que tienes que elegir entre ella o yo. Me miró duramente.

—Ya —y se alejó unos pasos, como dándose cuenta de lo que yo había dicho y pensando qué tratamiento darle. Por fin se volvió nuevamente hacia mí—. ¿Y tú cómo sabes una cosa así de íntima?

—¿Cuando tú has puesto tanto empeño en ocultarla, quieres decir? Es muy íntima, sí, y puedes creer que yo nunca te traicionaré. Has hecho todo lo posible, has hecho tu papel, has seguido un comportamiento, ¡pobrecito mío!, leal y admirable. Por eso yo te he observado en silencio, haciendo también mi papel; he tomado nota de cada fallo de tu voz, de cada ausencia de tus ojos, de cada esfuerzo de tu mano indiferente: he esperado hasta estar totalmente segura y absolutamente deshecha. ¿Cómo quieres ocultarlo, si estás desesperadamente enamorado de ella, si estás casi mortalmente enfermo de la felicidad que te da? —atajé su rápida protesta con un ademán más rápido—. ¡La amas como nunca has amado, y pasión por pasión, ella te corresponde! ¡Te gobierna, te domina, te posee entero! Una mujer, en un caso como el mío, adivina y siente y ve; no es un ser obtuso al que haya que ir con «informes fidedignos». Tú vienes a mí mecánicamente, con remordimientos, con los

sobrantes de tu ternura y lo que queda de tu vida. Yo puedo renunciar a ti, pero no puedo compartirte: ¡lo mejor de ti es suyo, yo sé que lo es y libremente te cedo a ella para siempre!

Él luchó con bravura, pero no había arreglo posible; reiteró su negación, se retractó de lo que había reconocido, ridiculizó mi acusación, cuya extravagancia indefensible, además, le concedí sin reparo. Ni por un instante sostenía yo que estuviéramos hablando de cosas corrientes; ni por un instante sostenía que él y ella fueran personas corrientes. De haberlo sido, ¿qué interés habrían tenido para mí? Habían gozado de una rara extensión del ser y me habían alzado a mí en su vuelo; sólo que yo no podía respirar aquel aire y enseguida había pedido que me bajaran. Todo en aquellos hechos era monstruoso, y más que nada lo era mi percepción lúcida de los mismos; lo único aliado a la naturaleza y la verdad era el que yo tuviera que actuar sobre la base de esa percepción. Sentí, después de hablar en ese sentido, que mi certeza era completa; no le había faltado más que ver el efecto que mis palabras le producían. Él disimuló, de hecho, ese efecto tras una cortina de burla, maniobra de diversión que le sirvió para ganar tiempo y cubrirse la retirada. Impugnó mi sinceridad, mi salud mental, mi humanidad casi, y con eso, como no podía por menos, ensanchó la brecha que nos separaba y confirmó nuestra ruptura. Lo hizo todo, en fin, menos convencerme de que yo estuviera en un error o de que él fuera desdichado: nos separamos, y yo le dejé a su comunión inconcebible.

No se casó, ni yo tampoco. Cuando seis años más tarde, en soledad y silencio, supe de su muerte, la acogí como una contribución directa a mi teoría. Fue repentina, no llegó a explicarse del todo, estuvo rodeada de unas circunstancias en las que —porque las desmenucé, ¡ya lo creo!— yo leí claramente una intención, la marca de su propia mano

escondida. Fue el resultado de una larga necesidad, de un deseo inapagable. Para decirlo en términos exactos, fue la respuesta a una llamada irresistible.

Cómo llegó el amor al profesor Guildea

Robert Hichens

(1900)

Traducción de José Luis López Muñoz

I

La gente sin imaginación se preguntaba con frecuencia cómo el profesor Guildea y el padre Murchison se habían hecho amigos íntimos. Uno era todo fe; el otro, todo escepticismo. El carácter del sacerdote se basaba en el amor. Desde lo alto de su sotana veía el mundo con una ternura casi infantil; y sus ojos azules, afables pero tremendamente audaces, parecían estar siempre buscando la bondad que existe en los seres humanos y alegrándose de encontrarla. El rostro enjuto y duro del profesor, por otra parte, terminaba en una perilla muy recortada que le daba un aire agresivo. Los ojos, penetrantes, eran inquietos e irreverentes. La expresión de su boca, pequeña y de labios finos, casi cruel. Su voz, áspera y cortante, se hacía a veces muy aguda cuando se cargaba de energía. Disparaba las palabras con una dicción afilada y explosiva. Su actitud habitual era de desconfianza e indagación. Resultaba imposible suponer que, en razón de lo atareado de su vida, encontrase tiempo para el amor, tanto hacia la humanidad en general como hacia cualquier persona concreta.

Sus días, sin embargo, los consagraba a investigaciones científicas que se traducían en inmensos beneficios para todos.

Ninguno de los dos amigos estaba casado. El padre Murchison era miembro de una congregación anglicana que exigía el celibato. El profesor Guildea tenía muy mala opinión de la mayoría de las cosas, y en especial de las mujeres. Anteriormente había enseñado en Birmingham. Pero, al hacerse famoso por sus descubrimientos, se trasladó a Londres. En la gran metrópoli, al concluir una conferencia que dictó en el East End, conoció al padre Murchison.

Intercambiaron muy pocas palabras. Quizá la inteligencia brillante del sacerdote atrajo al científico, que por regla general, tendía a ver al clero con cierto desprecio. Tal vez la sinceridad transparente de aquel hombre de iglesia, lleno de sentido común, le cautivó. Cuando salía del salón donde había disertado, Guildea invitó con brusquedad al sacerdote a que lo visitara en su casa de Hyde Park Place. Y Murchison, que raras veces iba al West End, excepto para predicar, aceptó la invitación.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó el profesor.

Estaba doblando las holandesas azules en las que había escrito, con letra muy pequeña pero nítida, las notas utilizadas para su conferencia. El papel crujió secamente acompañando a su voz cortante y áspera.

—Del domingo en ocho días predico por la tarde en St. Saviour’s, que no está lejos —dijo el sacerdote.

—No soy practicante.

—Ah —dijo Murchison, sin que su voz revelara sorpresa ni condena.

—¿Vendría a cenar después?

—Muchas gracias, eso haré.

—¿A qué hora?

El sacerdote sonrió.

—En cuanto termine mi sermón. El oficio religioso es a las seis y media.

—Hacia las ocho entonces, imagino. No predique un sermón demasiado largo. Vivo en el número 100 de Hyde Park Place. Buenas noches.

Sujetó las holandesas con una goma elástica y se alejó sin estrechar la mano de su interlocutor.

El domingo señalado el padre Murchison predicó en St. Saviour’s ante una nutrida concurrencia. El tema de su sermón fue la compasión y la relativa ineficacia del ser humano en el mundo a no ser que aprenda a amar a su

prójimo como a sí mismo. El sermón fue más bien largo y, cuando el sacerdote —con su amplia sotana y su teja de ala recta, de la que colgaban los extremos de un cordón trenzado también negro— se puso en camino para llegar a casa del profesor, las manecillas del reloj luminoso de Marble Arch señalaban las ocho y veinte.

El padre Murchison apresuró el paso, abriéndose camino entre una multitud de soldados ociosos, mujeres parlanchinas y alegres chicuelos con sus galas dominicales. Era una tibia noche de abril y al llegar al número 100 de Hyde Park Place, encontró al profesor, destocado, en el umbral de su casa, delante de un iluminado vestíbulo, mirando las verjas del parque y disfrutando del frescor y suavidad del aire.

—¡Ah, el sermón ha sido largo! —exclamó—. Entre.

—Mucho me temo —dijo Murchison, obedeciendo a la invitación—. Tengo esa peligrosa debilidad: soy un predicador que improvisa.

—Es más atractivo hablar sin notas, si uno es capaz de hacerlo. Cuelgue su sombrero y su abrigo…, no, manteo…, aquí. Cenaremos de inmediato. Este es el comedor.

Abrió una puerta a la derecha y entraron en una habitación larga y angosta con papel dorado en las paredes y un techo de color negro del que colgaba una lámpara eléctrica con una pantalla también dorada. La mesa, pequeña, era ovalada y estaba puesta para dos comensales. El profesor tocó la campanilla. Luego dijo:

—Parece que se habla mejor en una mesa ovalada que en una cuadrada.

—¿De verdad? ¿Es eso cierto?

—Bueno, tuve en dos ocasiones exactamente al mismo grupo, y en una la mesa era cuadrada y en la otra ovalada. La primera cena fue un completo fracaso y la segunda un éxito incontrovertible. Siéntese, haga el favor.

—¿Cómo explica usted esa diferencia? —dijo Murchison mientras procedía a sentarse y a arreglar lo mejor posible el vuelo de su sotana.

—Humm… Sé cómo lo explicaría usted.

—Vaya. Qué interesante.

—En una mesa ovalada, por el hecho de no tener esquinas, la cadena del mutuo entendimiento…, la corriente eléctrica es mucho más completa. Vamos. Permítame que le sirva la sopa.

—Gracias.

El sacerdote aceptó el plato que se le ofrecía y miró a su anfitrión. Luego sonrió y también sonrieron sus ojos azules.

—¡Cómo! —exclamó con su agradable voz de tenor—. Entonces, ¿va usted a la iglesia en algunas ocasiones?

—Hoy ha sido la primera vez en muchísimo tiempo. Y, he de confesarlo, me he aburrido muchísimo.

Murchison siguió sonriendo y sus ojos brillaron amablemente.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó—. ¡Cuánto lo siento!

—Pero no por el sermón —añadió Guildea—. No le hago un cumplido. Constato un hecho. El sermón no me aburrió. De lo contrario se lo habría dicho o me habría callado.

—¿Y qué sería lo más probable?

El profesor sonrió casi cordialmente.

—No lo sé —respondió—. ¿Qué vino bebe?

—Ninguno, gracias. Soy abstemio. En mi profesión y *milieu* es una necesidad. Sí, tomaré algo de soda. Creo que habría hecho usted lo primero.

—Es casi seguro, y habría sido una equivocación. A usted no le hubiera importado.

—No creo.

Ya habían intimado. Murchison se sentía como en su casa bajo el techo de color negro. Bebió un poco de soda y pareció disfrutar con ella más que el profesor con su clarete.

—Ya veo que la teoría de la compenetración le hace sonreír —dijo el sacerdote—. Dígame entonces cuál es su explicación del fracaso de la cena con esquinas y del éxito de la segunda sin ellas.

—Lo más probable es que en la primera ocasión a la persona ingeniosa del grupo le funcionara mal el hígado, mientras que en la segunda todo su organismo rebosaba salud. Sin embargo, como puede ver, insisto en utilizar la mesa ovalada.

—Y eso significa…

—Muy poco. Por cierto, es llamativo que hoy haya omitido usted aludir al notorio papel del hígado en el amor.

—Todavía es más grave la omisión, en su propia vida, del deseo de establecer una estrecha compenetración con otros seres humanos.

—¿Cómo puede estar seguro de que no tengo ese deseo?

—Lo adivino. Su aspecto, su actitud me dicen que es así. En todo momento estuvo usted siempre en desacuerdo con mi sermón mientras predicaba. ¿No es así?

—Parte del tiempo.

El criado cambió los platos. Era un hombre de mediana edad, rubio, delgado, de rostro pálido y frío, ojos saltones y una manera muy profesional de servir. Cuando salió del comedor el profesor continuó:

—Sus observaciones me interesaron, pero las encontré exageradas.

—¿Por ejemplo?

—Déjeme representar el papel del egoísta por un momento. Paso la mayor parte del tiempo trabajando con ahínco, con gran dedicación. Los resultados de ese trabajo, tendrá usted que reconocerlo, benefician a los seres humanos.

—Enormemente —asintió el sacerdote, pensando en los diversos descubrimientos de Guildea.

—Y los beneficios que reporta ese trabajo, que llevo a cabo ni más ni menos porque me gusta, son los mismos que si me moviera el amor al prójimo y el deseo, sentimental, de que este viva mejor que en el momento presente. En mi situación actual (de total distanciamiento) soy tan útil como si estuviera lleno de afecto a la manera de las personas sentimentales que quieren sacar a los asesinos de las cárceles o recompensar la tiranía (como en el caso de Tolstói) impidiendo que se castigue a los tiranos.

—Se pueden causar grandes perjuicios con el afecto; y grandes bienes sin él. Sí, eso es cierto. Ni siquiera *le bon motif* es suficiente, me consta. De todos modos sostengo que, dados sus talentos, sería usted mucho más útil al mundo si se les añadieran compenetración y afecto por su prójimo. Creo incluso que en ese caso su trabajo sería aún más espléndido.

El profesor se sirvió otra copa de clarete.

—¿Se ha fijado en mi mayordomo? —preguntó.

—Sí.

—Es el criado perfecto. Me proporciona todas las comodidades. Y, sin embargo, no me tiene afecto. Lo trato cortésmente. Le pago bien. Pero no pienso nunca en él, ni me preocupo de él como ser humano. De su personalidad sólo sé lo que leí en la carta de recomendación de su anterior patrón. No existen, se podría decir, verdaderas relaciones humanas entre nosotros. ¿Afirmaría usted que su trabajo sería de mejor calidad si me hubiera preocupado de inspirarle afecto como persona, el afecto que cualquier miembro de cualquier clase social puede sentir por alguien de otra clase?

—Sin duda.

—Por mi parte afirmo que no podría hacer su trabajo mejor de como lo hace ahora.

—Pero ¿y si se produjera alguna crisis?

—¿Cómo?

—Cualquier crisis, un cambio en la situación de usted. ¿Y si necesitara usted su ayuda, no como hombre y mayordomo, sino como hombre y hermano? Probablemente le fallaría. Nunca conseguiría de su criado los servicios que sólo procura un afecto sincero.

—¿Ha terminado?

—Sí, gracias.

—Subamos entonces. Sí, son unos buenos grabados. Los compré en Birmingham cuando vivía allí. Aquí es donde trabajo.

Se hallaban en una habitación doble, las paredes totalmente cubiertas de libros y brillantemente iluminada, casi en exceso, con luz eléctrica. Las ventanas de un extremo daban al parque y las dos del otro al jardín de una casa vecina. Habían entrado por una puerta que no se veía desde la habitación interior —más pequeña— debido a una pared saliente en el cuarto exterior, que estaba ocupado por un enorme escritorio lleno de cartas, folletos y manuscritos. Entre las dos ventanas de la habitación interior había una jaula por la que trepaba un loro gris de gran tamaño; para sus meditativas y lentas peregrinaciones se ayudaba tanto del pico como de las patas.

—Tiene usted una mascota —dijo Murchison, sorprendido.

—Soy dueño de un papagayo —respondió el profesor secamente—; lo adquirí con una finalidad precisa cuando estaba haciendo un estudio sobre las habilidades imitativas de las aves, y nunca me he desprendido de él. ¿Un cigarro?

—Gracias.

Se sentaron. El padre Murchison se quedó mirando al loro, que se había detenido en su viaje y, sostenido por los barrotes de la jaula, los miraba con sus atentos ojos redondos, que parecían inteligentes y reflexivos pero en modo alguno cordiales. Luego pasó a mirar a su dueño, que

fumaba con la cabeza echada hacia atrás y la afilada barbilla, con su barbita de pelo muy negro, alzada. Agitaba rápidamente, arriba y abajo, el labio inferior, lo que provocaba que la barba se le moviera y resultara particularmente agresiva. El sacerdote, de pronto, rio con suavidad entre dientes.

—¿Qué sucede? —exclamó Guildea, dejando que la barbilla le bajara hasta el pecho y mirando con severidad a su invitado.

—Estaba pensando que tendría que ser toda una crisis lo que le hiciera recurrir al afecto de su mayordomo en busca de ayuda.

Guildea sonrió también.

—Tiene razón. Toda una crisis. Aquí llega.

El criado entró con el café. Lo ofreció amablemente y se retiró como una sombra que se repliega sobre una pared.

—Espléndido personaje, del todo inhumano —señaló Guildea.

—Prefiero al chico del East End que me hace los recados en Bird Street —dijo Murchison—. Estoy al tanto de todas sus preocupaciones. Él sabe de algunas de las mías. Somos amigos. Es más ruidoso que su mayordomo. Se le oye incluso respirar cuando es especialmente solícito, pero haría por mí más que alimentar el fuego de mi chimenea o sacarle brillo a mis botas.

—Los hombres están hechos de maneras distintas. Para mí, la mirada atenta del afecto resultaría abominable.

—¿Y qué pasa con ese pájaro suyo? —El sacerdote señaló al loro, que había llegado hasta su percha y, con un pie alzado en un gesto impresionante, casi como en actitud de bendecir, miraba fijamente al profesor.

—Ese es el ojo atento del imitador, con un cerebro en la retaguardia deseoso de reproducir las peculiaridades de otros. No, su sermón de hoy me ha parecido muy sincero e

inteligente. Pero no me interesa el afecto. Una razonable simpatía mutua, por supuesto, es algo que siempre se desea. —Se tiró bruscamente de la barba, como advertencia contra el sentimentalismo—. Ir más allá sería de lo más fastidioso, y me empujaría, estoy seguro, a la crueldad. Dificultaría además el trabajo propio.

—No lo creo.

—La clase de trabajo que me ocupa. Seguiré haciéndolo sin amor en provecho de la humanidad, que seguirá aceptando los beneficios sin amarme. Así es como tiene que ser.

Se bebió el café. Luego añadió, con tono bastante agresivo:

—No tengo ni tiempo ni inclinación para el sentimentalismo.

Cuando Guildea se despidió del padre Murchison, lo acompañó hasta el umbral de su casa y se quedó allí unos instantes. El sacerdote miró hacia el parque, al otro lado de la calle.

—Veo que tiene usted una verja frente a su casa —dijo sin venir a cuento.

—Sí. A menudo me sirve para dar un paseo y aclararme el cerebro. Buenas noches. No deje de volver algún día.

—Con mucho gusto. Buenas noches.

Murchison se alejó, dejando a Guildea en el umbral de su casa.

El sacerdote volvió muchas veces al número 100 de Hyde Park Place. Miraba con simpatía a la mayor parte de los hombres y mujeres que conocía, y todos le inspiraban ternura, tanto si los conocía como si no, pero llegó a albergar un sentimiento especial por Guildea. Extrañamente, era un sentimiento de piedad. Se compadecía de aquel hombre tan trabajador, con tantos éxitos en su haber, de gran cerebro y corazón audaz, que nunca parecía deprimirse, que nunca

pedía ayuda, que nunca se quejaba de la retorcida madeja que es la vida ni vacilaba en su progreso por el camino que se había trazado. El sacerdote se compadecía de Guildea por conformarse con tan poco. Y así se lo había dicho, porque la comunicación entre los dos, desde el principio, era singularmente franca.

Una noche, cuando conversaban, a Murchison se le ocurrió hablar de una de las cosas más extrañas de la vida: el hecho de que quienes no quieren determinadas cosas las reciben a menudo, mientras que quienes las buscan con ahínco sólo consiguen decepciones.

—En ese caso debería lloverme el afecto —dijo Guildea con una sonrisa más bien adusta—. Porque lo detesto.

—Quizá algún día le suceda.

—Espero que no, sinceramente.

El padre Murchison guardó silencio unos instantes. Se estaba ajustando la banda que le ceñía la cintura por fuera de la sotana. Cuando por fin habló dio la sensación de estar respondiendo a alguien.

—Sí —dijo despacio—; sí, eso es lo que siento…, piedad.

—¿Hacia quién? —dijo el profesor.

Luego, de repente, entendió. No dijo que lo había entendido, pero el padre Murchison sintió, y vio, que era del todo innecesario responder a la pregunta de su amigo. Así fue como, de manera bien extraña, Guildea se encontró íntimamente ligado con un hombre —su contrario, desde cualquier punto de vista— que lo compadecía.

El hecho de que no le importase, y de que incluso muy pocas veces pensara en ello, pone quizá de manifiesto, con la máxima claridad, la peculiar indiferencia de su manera de ser.

II

Una noche de otoño, año y medio después de que Murchison y el profesor se conocieran, el sacerdote se presentó en Hyde Park Place y preguntó al mayordomo rubio y frío —que se llamaba Pitting— si su señor estaba en casa.

—Así es —replicó Pitting—. ¿Hará el favor de acompañarme?

Subió sin hacer ruido por las escaleras más bien estrechas, seguido por el sacerdote, abrió delicadamente la puerta de la biblioteca y, con su voz suave y fría, anunció:

—El padre Murchison.

Guildea estaba sentado en un sillón, delante del fuego de la chimenea. Tenía las manos, delicadas, de dedos largos, extendidas sobre las rodillas, y la cabeza caída sobre el pecho. Parecía hundido en sus reflexiones. Pitting alzó ligeramente la voz.

—El padre Murchison viene a verlo, señor —repitió.

El profesor se sobresaltó de manera palpable y se volvió con brusquedad mientras el sacerdote se acercaba.

—Ah —dijo—. Es usted, ¿verdad? Me alegro de verlo. Venga junto al fuego.

Murchison lo miró y tuvo la sensación de que estaba más cansado que de ordinario.

—No tiene usted buen aspecto —dijo.

—¿No?

—Quizá trabaja demasiado. ¿Le preocupa la conferencia que va a dar en París?

—Ni lo más mínimo. Todo está controlado. Se la podría dictar a usted en este momento palabra por palabra. Bueno, siéntese.

El sacerdote obedeció, mientras Guildea se arrellanaba una vez más en su sillón y seguía mirando fijamente el fuego sin añadir una sola palabra. Parecía hundido de verdad en sus reflexiones. Su amigo no quiso interrumpirlo, encendió en silencio la pipa y empezó a fumar, pensativo. Los ojos de Guildea seguían fijos en el fuego. Murchison recorrió la habitación con la vista: las paredes, cubiertas de libros sobriamente encuadernados; el escritorio lleno de cosas; las ventanas, resguardadas por pesadas cortinas de brocado antiguo de color azul marino; la jaula, situada entre ellas y cubierta con un tapete verde. El sacerdote se preguntó por qué. Nunca había visto la jaula de *Napoleón* —tal era el nombre del papagayo— cubierta por la noche. Mientras él contemplaba el tapete verde, Guildea levantó de repente la cabeza y, alzando las manos de las rodillas y uniéndolas, dijo con brusquedad:

—¿Le parece que soy un hombre atractivo?

El padre Murchison se sobresaltó. Semejante pregunta, viniendo de una persona como Guildea, lo dejó desconcertado.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. ¿Qué le hace preguntar una cosa así? ¿Quiere usted decir atractivo para el sexo opuesto?

—Eso es lo que no sé —dijo el profesor sombríamente, antes de volver a mirar el fuego—. Eso es lo que no sé.

El asombro del sacerdote creció todavía más.

—¡No lo sabe! —exclamó, sacándose la pipa de la boca.

—Digamos…, ¿cree usted que soy atractivo, que hay algo en mí que podría atraer a un… ser humano, o a un animal…, de manera irresistible?

—¿Tanto si usted lo deseara como si no?

—Exacto… o… no; digámoslo con toda claridad: si yo no lo deseara.

El padre Murchison frunció los labios, bastante gruesos y angelicales, y le aparecieron arrugas diminutas en las comisuras de los párpados.

—Podría suceder, por supuesto —dijo, después de una pausa—. La naturaleza humana es débil, encantadoramente débil, Guildea. Y usted tiende a despreciarla. Entendería que cierta clase de señoras…, las cazadoras de leones, las intelectuales…, lo buscaran a usted. Su reputación, el prestigio de su apellido…

—Sí, sí —le interrumpió Guildea, bastante molesto—. Todo eso lo sé, claro está.

Se retorció las manos, todavía entrecruzadas, curvándolas hacia fuera hasta que los dedos, largos y delgados, crujieron, al tiempo que fruncía el ceño al máximo.

—Imagino… —dijo, deteniéndose para toser secamente, casi de manera estridente—. Imagino que sería muy desagradable ser el objeto de un afecto así, verse perseguido, es la expresión habitual, ¿no es cierto?, por cualquier cosa que nos resulte molesta.

Y a continuación se volvió a medias en el asiento, cruzó las piernas y miró a su amigo con un gesto interrogativo inusual, casi desgarrador.

—¿Cualquier cosa? —preguntó el sacerdote.

—Bien… Digamos una criatura. Imagino que nada puede ser más desagradable. No lo sé —añadió—. No lo sé. Se trata de eso precisamente. Esa es la parte más curiosa, que yo…

Se interrumpió como si reflexionara; luego se puso en pie y procedió a estirarse.

—Voy a fumar también —dijo.

Se llegó hasta la repisa de la chimenea, tomó su pipa, la llenó y la encendió. Mientras acercaba el fósforo al tabaco, inclinado hacia delante con expresión inquisitiva, vio el tapete verde que cubría la jaula de *Napoleón*. Arrojó la

cerilla a la chimenea y aspiró el humo al tiempo que se dirigía hacia la jaula. Al llegar junto a ella extendió la mano, agarró el tapete y empezó a retirarlo. Luego, de repente, cambió de idea y volvió a dejarlo donde estaba.

—No —se dijo—; no.

Regresó bastante deprisa junto al fuego y se dejó caer en el sillón.

—Se estará preguntando qué es lo que sucede —le dijo al padre Murchison—. Lo mismo me pasa a mí. Tampoco yo lo entiendo. Le voy a contar los hechos y tendrá usted que darme su opinión. Anteanoche, después de un día de mucho trabajo, aunque no más del habitual, salí a la puerta de la calle para respirar un poco de aire fresco. Ya sabe usted que es algo que hago a menudo.

—Sí, me lo encontré en el umbral de su casa la primera vez que vine aquí.

—Ni más ni menos. No me puse ni sombrero ni abrigo. Me quedé parado en el escalón de la entrada vestido tal como estaba. Aún tenía la cabeza, lo recuerdo bien, llena de mi trabajo. Era una noche más bien oscura, aunque no demasiado. Serían más o menos las once o las once y cuarto. Miraba hacia el parque y al cabo de un momento me di cuenta de que veía a alguien, sentado de espaldas a mí, en uno de los bancos. Distinguía a la persona, si es que era una persona, a través de la verja.

—¡Si es que era una persona! —intervino el sacerdote—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Espere un momento. Tan sólo que estaba demasiado oscuro para saberlo. Vi, sencillamente, un objeto negruzco en el banco, que resultaba visible por encima del respaldo del asiento. No podría decir si era hombre, mujer o niño. Pero allí había algo, y me di cuenta de que lo estaba mirando.

—Alguna pobre criatura sin hogar, imagino —aventuró Murchison.

—Eso fue lo que me dije. En cualquier caso sentí un extraordinario interés por aquel objeto; un interés tan grande que me puse el sombrero y crucé la calle para entrar en el parque. Como usted sabe, hay una puerta casi frente a mi casa. Bien; crucé la calle, entré en el parque, llegué hasta el banco y descubrí que… no había nada.

—¿Siguió mirando mientras caminaba?

—Parte del tiempo. Pero aparté la vista precisamente en el momento en que crucé la verja, porque alguien estaba enzarzado en una discusión un poco más allá, y me volví unos instantes en aquella dirección. Cuando comprobé que el banco estaba vacío, me dominó una absurda sensación de desencanto, casi de indignación. Me detuve y miré a mi alrededor intentando detectar algún movimiento, pero todo estaba inmóvil. Era una noche fría y neblinosa y había pocas personas por la zona. Sintiéndome, como digo, absurda y anormalmente decepcionado, regresé a casa. Al llegar aquí me di cuenta de que durante mi breve ausencia había dejado abierta la puerta de la calle…, abierta a medias.

—Más bien una imprudencia en Londres.

—Sí. No me di cuenta hasta que volví. De todos modos, sólo estuve fuera tres minutos más o menos.

—Cierto.

—No era probable que hubiera entrado nadie.

—Imagino que no.

—¿Es eso lo que piensa?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¡Vaya, vaya!

—Además, si hubiera entrado alguien, a su regreso lo habría atrapado, sin duda.

Guildea tosió de nuevo. Murchison, sorprendido, no dejó de advertir que su amigo estaba nervioso y que su nerviosismo le afectaba físicamente.

—Debí de enfriarme esa noche —dijo el profesor, como si hubiera leído los pensamientos del sacerdote y se apresurase a llevarle la contraria. Luego siguió—: Entré en el vestíbulo o, más bien, en el pasillo.

Hizo de nuevo una pausa. Su desasosiego era cada vez más evidente.

—¿Y no sorprendió usted a nadie? —preguntó el sacerdote.

Guildea se aclaró la garganta.

—Ese es el problema —dijo—; llegamos al momento clave. Como bien sabe, carezco de imaginación.

—Cierto.

—Sí, pero apenas entré en el pasillo, tuve la seguridad de que alguien se había introducido en la casa durante mi ausencia. Tuve el pleno convencimiento, y no sólo eso. Supe también que el intruso era la misma persona que, borrosamente, había visto sentada en el banco del parque. ¿Qué dice usted a eso?

—Empiezo a pensar que tiene usted más imaginación de lo que creía.

—¡Humm! Me pareció que aquella persona (el ocupante del banco) y yo, habíamos concebido al mismo tiempo el proyecto de entrevistarnos, y que lo habíamos puesto por obra de manera simultánea. Mi seguridad era tan grande que me apresuré a subir hasta esta habitación, convencido de encontrar al visitante esperándome. Pero aquí no había nadie. De manera que bajé de nuevo y entré en el comedor. Tampoco encontré a nadie. Mi asombro fue total. ¿No le parece extraño?

—Mucho —dijo el sacerdote, con gran seriedad.

La actitud fría y lúgubre del profesor, y su aspecto incómodo y preocupado, no permitía recurrir al humor que podría haber acechado en los aledaños de semejante relato.

—Subí de nuevo —continuó Guildea—, me senté y estuve pensando en lo sucedido. Decidí olvidarlo y eché mano de un libro. Quizá habría sido capaz de leer, pero de repente me pareció advertir…

Se detuvo bruscamente. El padre Murchison reparó en que miraba con fijeza el tapete verde que cubría la jaula del papagayo.

—Pero era algo que carecía de importancia —dijo—. Dado que no me apetecía leer, decidí explorar la casa. Ya sabe lo pequeña que es, lo fácilmente que se la recorre de cabo a rabo. Entré en todas las habitaciones sin excepción. A los criados, que estaban cenando, les di la primera excusa que se me ocurrió. Les sorprendió mi aparición, no me cabe la menor duda.

—¿Y Pitting?

—¡Ah! Se levantó cortésmente al entrar yo, permaneció de pie mientras estuve en la cocina, pero no dijo una sola palabra. Murmuré «no se molesten ustedes», o algo parecido, y volví a marcharme. No encontré a nadie nuevo en la casa, Murchison, pero de todos modos regresé a esta habitación totalmente convencido de que había entrado alguien mientras yo estaba en el parque.

—¿Y se había vuelto a marchar antes de que usted volviera?

—No, se había quedado y seguía en la casa.

—Pero, mi querido Guildea —empezó el sacerdote, más asombrado que nunca—, no irá usted a…

—Sé lo que me va a decir…, lo que yo le diría si estuviera en su lugar. Pero espere, de todos modos. Abrigo el convencimiento de que ese visitante no ha abandonado la casa y está aquí en este momento.

Hablaba con evidente sinceridad, con extraordinaria seriedad. El padre Murchison le miró a la cara, a los ojos vivos, penetrantes.

—No —dijo Guildea, como en respuesta a una pregunta que nadie había formulado—: estoy en mi sano juicio, se lo aseguro. Todo este asunto me parece casi tan increíble como a usted. Pero, como tampoco se le debe pasar por alto, nunca rechazo los hechos, por extraños que sean. Simplemente trato de examinarlos con el mayor rigor. Ya he consultado a un médico, que me ha declarado en perfecto estado de salud.

Hizo una pausa, como si esperase que el sacerdote dijera algo.

—Siga, Guildea —dijo Murchison—, ya veo que no ha terminado.

—No. Esa noche tuve la seguridad de que alguien había entrado en la casa y de que se había quedado, y mi convencimiento se hizo cada vez más firme. Me acosté como siempre y, en contra de lo que me temía, dormí tan bien como, en términos generales, suelo hacerlo. Sin embargo, nada más despertarme ayer por la mañana, supe que mi casa tenía un habitante más.

—¿Puedo interrumpirle un momento? ¿Cómo lo supo?

—Por mis sensaciones. Sólo puedo decir que era consciente de una nueva presencia en mi casa, muy cercana a mí.

—Qué cosa tan extraña —dijo el sacerdote—. ¿Y está usted seguro de que no ha trabajado en exceso? ¿De que su cerebro no está cansado? ¿De que tiene la cabeza perfectamente clara?

—Sin la menor duda. Nunca he estado mejor. Cuando bajé a desayunar ayer por la mañana, examiné con toda intención el rostro de Pitting. Mi mayordomo se mostró tan fríamente plácido e inexpresivo como de costumbre. Para mí era evidente que su cabeza no estaba en modo alguno perturbada. Después del desayuno me senté a trabajar, consciente todo el tiempo y sin interrupción de la presencia

de aquel intruso. Trabajé, sin embargo, durante varias horas, a la espera de cualquier suceso que pudiera aclarar la misteriosa oscuridad de mi situación. Almorcé. A eso de las dos y media me vi obligado a salir para asistir a una conferencia. Eché mano, por consiguiente, de mi abrigo y mi sombrero, abrí la puerta principal y salí al exterior. Supe al instante que me había librado del intruso, y ello a pesar de encontrarme en la calle, rodeado de gente. En consecuencia, tuve la seguridad de que la criatura que dejaba en casa sin duda pensaba en mí, quizá incluso me espiaba todo el tiempo.

—Un momento —le interrumpió Murchison—. ¿Qué sensación tuvo usted? ¿Miedo?

—No, desde luego que no. Un gran desconcierto..., como ahora..., y mucho interés, pero nada de alarma. Di mi conferencia con la soltura habitual y regresé a casa por la noche. Al entrar advertí sin el menor género de dudas la presencia del intruso. Anoche cené solo y empleé las horas que siguieron en la lectura de una obra científica que me interesaba mucho. Mientras leía, sin embargo, nunca, ni por un solo instante, dejé de notar que alguien, pendiente de mí en todo momento, se hallaba al alcance de mi voz. Diré todavía más: la sensación de aquella presencia crecía sin cesar; y cuando me levanté del sillón para acostarme, había llegado a una conclusión bien extraña.

—¿Cómo? Explíquese.

—Que lo que fuera, o quienquiera que fuese, que había entrado en mi casa durante mi breve ausencia en el parque sentía por mí algo más que interés.

—¿Más que interés?

—Que me veía con afecto o se había encariñado conmigo.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote—. Ahora entiendo por qué me ha preguntado hace un momento si me parece que hay

algo en usted que pueda atraer de manera irresistible a un ser humano o a un animal.

—Exacto. Desde que llegué a esa conclusión, Murchison, confieso que mi sentimiento de intensa curiosidad se ha teñido de otro nuevo.

—¿De un sentimiento de miedo?

—No, de desagrado, de irritación. No…, miedo no, nada de miedo.

Mientras Guildea repetía sin necesidad aquella aseveración, miró de nuevo la jaula del loro.

—¿Qué razón habría para tener miedo en este asunto? —añadió—. No soy un niño que se eche a temblar ante la presencia de un fantasma.

Al pronunciar aquellas últimas palabras, Guildea alzó la voz de repente; luego se acercó deprisa a la jaula y, con un brusco movimiento, retiró el tapete verde que la cubría.

Napoleón quedó al descubierto, en apariencia dormitando en su percha con la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado. Al darle la luz se movió, erizó las plumas del cuello, guiñó los ojos y empezó, despacio, a desplazarse de un lado a otro, adelantando la cabeza y luego retirándola con un aire de energía satisfecha aunque más bien sin sentido. Guildea se quedó junto a la jaula, mirando fijamente al animal y con una atención tan intensa que resultaba extraordinaria, casi anormal.

—¡Qué absurdos son estos pájaros! —dijo a la larga, volviendo junto al fuego.

—¿No tiene nada más que contarme? —preguntó el sacerdote.

—No. Todavía soy consciente de la presencia de algo en mi casa. Sigo advirtiendo que me vigila de cerca. Sigo irritado, muy molesto, lo confieso, por esa atención que recibo.

—¿Afirma que nota la presencia de algo en este momento?

—¿En este momento? Sí.

—¿Quiere decir en esta habitación, con nosotros, ahora?

—Diría que sí…, en cualquier caso, muy cerca de nosotros.

De nuevo Guildea se volvió muy deprisa, casi como quien sospecha algo, hacia la jaula del papagayo. El ave se había inmovilizado en su percha. La cabeza descansaba sobre el pecho y se inclinaba hacia un lado, como si escuchara algo con gran atención.

—Ese pájaro reproducirá la entonación de mi voz más correctamente que nunca mañana por la mañana —dijo el sacerdote, vigilando atentamente a Guildea con sus afables ojos azules—. Y siempre me ha imitado de la manera más inteligente.

El profesor se sobresaltó un tanto.

—Sí —dijo—. No me cabe la menor duda. Bien, ¿qué deduce de toda esta historia?

—Nada en absoluto. Lo encuentro del todo inexplicable. Se lo digo con la mayor franqueza, porque estoy seguro de que no es otro su deseo.

—Claro que sí. Por eso se lo he contado todo.

—Creo que está agotado; que, sin darse cuenta, ha acumulado un exceso de tensiones.

—Entonces, ¿el médico se equivocaba cuando ha dicho que estaba perfectamente?

—Sí.

Guildea vació su pipa en la chimenea.

—Quizá se trate de eso —dijo—. No voy a ser tan poco razonable como para negar tal posibilidad, aunque nunca me he sentido mejor en toda mi vida. ¿Qué me aconseja entonces?

—Una semana de completo descanso fuera de Londres, al aire libre.

—La receta habitual. Haré lo que me dice. Saldré mañana para Westgate y dejaré que *Napoleón* cuide de la casa en mi ausencia. Por alguna razón que fue incapaz de explicarse, la satisfacción que sintió el padre Murchison al oír la primera parte de la decisión de su amigo disminuyó mucho, casi quedó destruida, por la última frase.

Aquella noche se dirigió a pie hacia la City, sumido en sus pensamientos; recordó y revisó con cuidado la primera conversación que había mantenido con Guildea en casa de este último, año y medio antes.

A la mañana siguiente el profesor abandonó Londres.

III

El padre Murchison era un hombre tan ocupado que disponía de poco tiempo para pensar en los asuntos de otras personas. Durante la semana que Guildea pasó junto al mar, sin embargo, el sacerdote meditó largo y tendido sobre su amigo, con mucho asombro y cierta consternación. La consternación fue pronto suprimida, porque el sacerdote de mirada afable reconocía enseguida las debilidades propias y las desechaba aún más rápido, por ser presencias nada deseables en el alma humana. Pero el asombro persistía. Y estaba destinado a ir en aumento. Guildea se marchó de Londres un jueves. Regresó también un jueves, después de enviar una nota al padre Murchison para explicarle que salía de Westgate a una hora determinada. Cuando su tren llegó a la estación Victoria a las cinco de la tarde, le sorprendió ver la figura ensotanada de su amigo en la grisura del andén, detrás de una hilera de maleteros.

—¡Cómo, Murchison! —dijo—. ¡Usted aquí! ¿Ha desertado de su congregación para tomarse este asueto?

Se dieron la mano.

—No —dijo el sacerdote—. Tenía que venir hoy por este barrio, para visitar a un enfermo. Así que he pensado en entrar a saludarlo.

—Y ver si todavía sigo enfermo, ¿no es eso?

El profesor lo miró con afecto, pero acompañándose de una risita áspera.

—¿Lo está? —replicó el sacerdote con dulzura, mirándolo interesado—. No, creo que no. Tiene usted muy buen aspecto.

El aire del mar, de hecho, había encendido un poco las mejillas siempre pálidas de Guildea. Sus ojos de mirada

penetrante transmitían vitalidad y energía y, al avanzar con su holgado traje gris y su abrigo ondeante, era bien perceptible el vigor de sus zancadas y la facilidad con que llevaba en la mano izquierda un pesado maletín.

El padre Murchison se tranquilizó por completo.

—No lo he visto nunca con mejor aspecto —dijo.

—Nunca he estado mejor. ¿Dispone usted de una hora?

—Dos.

—Bien. Voy a mandar el equipaje con un coche; nosotros cruzaremos a pie el parque hasta mi casa y tomaremos una taza de té. ¿Qué me dice?

—Que será un placer.

Salieron de la estación, dejaron atrás a las floristas y a los vendedores de periódicos camino de Grosvenor Place.

—¿Ha tenido usted una estancia agradable? —preguntó Murchison.

—Bastante agradable y solitaria. Dejé a mi compañero en el vestíbulo del número 100, como usted sabe.

—Y ahora no se lo encontrará allí, estoy seguro.

—¡Humm! —exclamó Guildea—. ¡Qué lamentable alfeñique me cree usted, Murchison!

Aceleró el paso mientras hablaba, como si quisiera subrayar su sensación de vigor corporal.

—¿Un alfeñique? No. Pero cualquiera que utilice su cerebro con la persistencia con que usted lo hace, necesita sin duda unas vacaciones de cuando en cuando.

—Y a mí me hacían mucha falta, ¿no es eso?

—Creo que las necesitaba.

—Bien, pues ya las he tenido. Y ahora veremos lo que sucede.

El crepúsculo llegaba muy deprisa. Cruzaron la calle en Hyde Park Corner y entraron en el parque, por donde bastantes personas regresaban a sus casas después del trabajo: hombres con pantalones de pana manchados de

barro seco, con tarteras de metal colgadas del hombro y alforjas en las que llevaban sus herramientas. Algunos de los más jóvenes hablaban en voz muy alta o silbaban, estridentes, al andar.

—Hasta la tarde —murmuró el padre Murchison hablando para sus adentros.

—¿Cómo? —preguntó Guildea.

—Sólo citaba las últimas palabras de un texto que parece referirse expresamente a la vida, en especial a la vida placentera: «Sale el hombre a sus labores, a sus haciendas, hasta la tarde»[68].

—Ah, esas personas no están nada mal para tenerlas como público. Había muchas en la conferencia que di la tarde en que lo conocí a usted, lo recuerdo bien. Uno trató de interrumpirme. Llevaba una barba roja. Los tipos de barba roja son siempre así. Lo puse en su sitio. Bien, Murchison, ahora vamos a ver lo que pasa.

—¿Cómo?

—Vamos a ver si mi compañero se ha marchado.

—Dígame…, ¿considera posible…, bueno…, sigue pensando que hay algo esperándole en su casa?

—¡Con qué cuidado elige las palabras! No, solamente me lo pregunto.

—¿No le asusta?

—Ni por lo más remoto. Pero confieso que siento curiosidad.

—En ese caso, el aire del mar no le ha enseñado a reconocer que toda esta historia se debe al exceso de trabajo.

—No —dijo Guildea muy secamente.

Caminó en silencio un minuto. Luego añadió:

—¿Cree que tendría que habérmelo enseñado?

—Pensé, desde luego, que podría.

—Hacerme ver que me dominaba una imaginación enfermiza, morbosa, corrompida, ¿no es eso? Vamos, Murchison, ¿por qué no decir con toda franqueza que me mandó a Westgate para que me librase de lo que usted consideraba una forma aguda de histeria?

El sacerdote aceptó el ataque sin inmutarse.

—Sea razonable, Guildea —replicó—, ¿qué esperaba usted que pensase? No vi síntoma alguno de histeria. Nunca lo he visto. Cualquiera supondría que es usted la persona menos predispuesta a padecer semejante enfermedad. Pero ¿qué le parece más natural, creer en su histeria o en la verdad de unos sucesos como los que me contó?

—Tiene razón, lo reconozco. No, no debo quejarme. En cualquier caso, no hay en mí ni sombra de histeria en este momento.

—Ni desconocido alguno en su casa, espero.

El padre Murchison pronunció las últimas palabras con inusitada gravedad, abandonando el tono medio bromista que los dos habían adoptado hasta entonces.

—Se toma usted este asunto muy en serio, creo yo —dijo Guildea, hablando también en un tono más solemne.

—¿De qué otra manera me lo puedo tomar? ¡No querrá que me eche a reír cuando me lo cuenta con total seriedad!

—No. Si encontramos a mi visitante todavía en la casa, aún es posible que recurra a usted para que lo exorcice. Pero antes tengo que hacer otra cosa.

—¿Qué?

—Probarle a usted, así como a mí mismo, que todavía está ahí.

—Eso puede resultar difícil —dijo el sacerdote, bastante sorprendido ante la actitud pragmática de Guildea.

—No lo sé. Si aún está en mi casa, creo que encontraré la manera. Y no me sorprendería en absoluto que siguiera ahí…, pese al aire de Westgate.

Mientras decía aquellas palabras, el profesor volvió a su anterior tono mordaz. Murchison no acababa de saber si Guildea estaba más serio que nunca o más alegre que de ordinario. Al acercarse a Hyde Park Place cesó la conversación entre los dos y, silenciosos, siguieron andando entre la oscuridad creciente.

—¡Ya hemos llegado! —dijo por fin el profesor.

Abrió la puerta con su llave, dejó pasar delante al padre Murchison, siguiéndolo muy de cerca, y luego cerró la puerta con fuerza.

—¡Ya estamos aquí! —insistió en voz más alta.

La luz eléctrica estaba encendida en previsión de su llegada. El profesor se detuvo y miró a su alrededor.

—Tomaremos el té ahora mismo —dijo—. ¡Ah, Pitting!

El mayordomo de piel pálida, que había oído el ruido de la puerta al cerrarse, avanzó sin prisa desde lo alto de la escalera que descendía hasta la cocina, saludó a su señor respetuosamente, recogió su abrigo y el manteo del padre Murchison y los colgó de dos perchas colocadas en la pared.

—¿Todo en orden, Pitting? ¿Todo como de costumbre? —preguntó Guildea.

—Sí, señor.

—Tráiganos el té a la biblioteca.

—Sí, señor.

Pitting se retiró. Guildea esperó a que desapareciese, luego abrió la puerta del comedor, introdujo la cabeza en la habitación y la mantuvo así un momento, perfectamente quieto. Enseguida regresó al vestíbulo, cerró la puerta y dijo:

—Vayamos al piso de arriba.

El padre Murchison lo miró, inquisitivo, pero no dijo nada. Subieron las escaleras y entraron en la biblioteca. Guildea miró con detenimiento a su alrededor. Ardía el fuego en la chimenea. Las cortinas azules estaban corridas. La brillantez de la potente luz eléctrica iluminaba las largas hileras de

libros, el escritorio —muy ordenado como consecuencia de las vacaciones de Guildea— y la jaula descubierta del papagayo. El profesor se acercó a la jaula. *Napoleón* estaba encorvado en su percha, con las plumas alborotadas. Sus largos dedos, que parecían cubiertos con piel de cocodrilo, se aferraban a la barra de madera. Los ojos redondos y parpadeantes estaban velados, como los ojos de los ancianos. Guildea miró al pájaro con mucha atención y luego chasqueó la lengua. *Napoleón* se sacudió, alzó una pata, extendió los dedos, se desplazó por la percha hasta los barrotes más cercanos al profesor y apoyó la cabeza en ellos. Guildea se la rascó con el índice dos o tres veces, siempre mirándolo con mucha atención; luego regresó junto al fuego en el mismo momento en que entraba Pitting con la bandeja del té.

El padre Murchison ya se había sentado en un sillón a un lado de la chimenea. Guildea ocupó otro asiento y empezó a servir el té mientras Pitting abandonaba la habitación, cerrando la puerta con mucho cuidado. El sacerdote probó el té, lo encontró demasiado caliente y dejó la taza en una mesita a su lado.

—Le tiene cariño a ese loro, ¿no es cierto? —le preguntó a su amigo.

—No demasiado. Es interesante estudiarlo a veces. El cerebro y la manera de ser de esos animales es peculiar.

—¿Cuánto tiempo hace que lo compró?

—Unos cuatro años. Estuve a punto de desprenderme de él muy poco antes de conocerlo a usted. Ahora me alegro sobremanera de haberlo conservado.

—¿Y eso? ¿Por qué lo dice?

—Probablemente se lo contaré dentro de un día o dos.

Murchison bebió de nuevo, sin insistir para que Guildea le diese una explicación inmediata, pero cuando los dos terminaron el té, dijo:

—Bien, ¿ha tenido la brisa marina el efecto deseado?

—No —respondió Guildea.

El sacerdote se sacudió algunas migas de la pechera y se irguió en el asiento.

—¿Su visitante sigue aquí? —preguntó; y sus penetrantes ojos azules se volvieron casi severos mientras miraba a su amigo.

—Sí —respondió Guildea con calma.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cuándo lo ha sabido? ¿Al mirar dentro del comedor hace un momento?

—No, no; ha sido al llegar a esta habitación. Me ha dado aquí la bienvenida.

—¡Le ha dado la bienvenida! ¿De qué manera?

—Sencillamente estando aquí, haciéndome sentir que está aquí, como podría darme cuenta de la presencia de una persona al entrar en una habitación a oscuras.

Hablaba en voz baja, con la habitual serenidad que lo caracterizaba.

—Muy bien —dijo el sacerdote—; no voy a discutir su sensación ni a tratar de encontrar una explicación convincente. Pero, como es lógico, mi asombro es considerable.

—Lo mismo me sucede a mí. Nada, en toda mi vida, me ha sorprendido tanto. Por supuesto, me es imposible esperar que vaya usted más allá de creer en mi sinceridad cuando supongo, imagino, si lo prefiere, que hay aquí un intruso, aunque ignoro por completo de qué especie. No confío en que crea que de verdad hay algo aquí. Si estuviera usted en mi lugar, y yo en el suyo, le consideraría sin duda víctima de algún delirio. No podría ser de otra manera. Pero… espere. No me declare sin remedio aquejado de histeria, o loco de remate, hasta dentro de dos o tres días. Tengo la seguridad, a no ser que esté mal de verdad, a no ser que haya perdido

la cabeza, lo que no me parece posible, de que podré darle pronto alguna prueba de que hay un intruso en esta casa.

—¿No va a explicarme qué clase de prueba?

—Aún no. Hay que llegar todavía un poco más lejos. Pero quizá mañana mismo me pueda explicar con más claridad. Mientras tanto, todo lo que puedo decir es que si a la larga no consigo ofrecer ninguna prueba de que no estoy soñando, le dejaré que me lleve usted al médico que le parezca más conveniente, y trataré de adoptar con la mayor firmeza la opinión de usted, la de que padezco algún absurdo delirio. Porque eso es lo que cree, ¿no es cierto?

El padre Murchison guardó silencio unos instantes. Luego dijo, más bien dubitativo:

—Es lo que tendría que creer.

—¿Pero no lo cree? —preguntó Guildea, sorprendido.

—Si he de serle sincero, su manera de comportarse es muy convincente. De todos modos dudo, por supuesto. ¿Cómo podría ser de otra manera? Tiene que ser pura fantasía.

—Voy a convencerlo con algo más que mi comportamiento, o no trataré de convencerlo en absoluto —dijo Guildea.

Cuando se despidieron por la noche, el profesor añadió:

—Le escribiré probablemente dentro de un día o dos. Creo que la prueba que le voy a dar se ha ido acumulando durante mi ausencia. En cualquier caso lo sabré muy pronto.

El desconcierto del padre Murchison era grande mientras se dirigía a su casa en el piso alto de un autobús.

IV

Al cabo de dos días recibió un mensaje de Guildea pidiéndole que fuese a verlo, si le era posible, aquella misma noche. No le fue posible porque tenía un compromiso en el East End. Al día siguiente era domingo. Escribió diciendo que acudiría a Hyde Park Place el lunes, y recibió un telegrama poco después: «Sí, venga a cenar el lunes a las siete y media. Guildea». A la hora indicada Murchison se presentó en el umbral del número 100.

Pitting le abrió la puerta.

—¿El profesor está bien, Pitting? —preguntó el sacerdote mientras el mayordomo se hacía cargo de su manteo.

—Así lo creo, señor. No se ha quejado de nada —replicó Pitting de manera muy ceremoniosa—. ¿Le acompaño al piso de arriba?

Guildea los esperaba en la puerta de la biblioteca. Estaba muy pálido y triste, y estrechó distraídamente la mano de su amigo.

—Sírvanos la cena —le dijo a Pitting.

Mientras el mayordomo se retiraba, Guildea cerró la puerta de manera bastante cautelosa. El padre Murchison no lo había visto nunca tan trastornado.

—Lo veo intranquilo, Guildea —dijo el sacerdote—. Muy intranquilo.

—Sí, lo estoy. Este asunto está empezando a pasarme factura.

—¿Sigue estando convencido de que esa presencia continúa?

—Santo cielo, sí. No me cabe la menor duda. La noche que crucé la calle y entré en el parque algo se metió en mi casa, pero aún no he sido capaz de averiguar de qué

demonios se trata. De todos modos, voy a decirle ahora, antes de que bajemos a cenar, algo sobre la prueba que le prometí. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto.

—¿Se imagina lo que puede ser?

El padre Murchison movió la cabeza para responder negativamente.

—Mire por la habitación —dijo Guildea—. ¿Qué ve?

El sacerdote, despacio y con mucha atención, recorrió la biblioteca con los ojos.

—Nada inusual. No irá usted a decirme que se le ha aparecido…

—No, no; no se trata de ninguna figura convencional vestida de blanco, semejante a una nube. ¡Dios se apiade de mí, no! No he caído tan bajo.

Hablaba con considerable irritación.

—Mire de nuevo.

El padre Murchison lo miró, siguió la dirección de los ojos de su amigo y vio al loro gris trepando por su jaula, sin prisa pero sin pausa.

—¿Sí? —preguntó enseguida—. ¿Vendrá de ahí la prueba?

El profesor asintió.

—Eso creo —dijo—. Pero vayamos a cenar. Me muero de hambre.

Bajaron al comedor. Mientras cenaban y Pitting los servía, el profesor hablaba de aves, de sus costumbres, sus curiosidades, sus miedos y su capacidad para imitar. Era evidente que había estudiado el tema de manera exhaustiva, una característica suya en todo lo que hacía.

—Los papagayos —dijo en aquel momento— son en extremo observadores. Es una pena que su capacidad para reproducir lo que ven sea tan limitada. De lo contrario tengo

pocas dudas de que su imitación de los gestos sería tan notable como lo es a veces su reproducción de las voces.

—Les faltan las manos.

—Así es. Pero utilizan muy bien la cabeza. Hace tiempo conocí a una anciana cerca de Goring, junto al Támesis. Estaba paralítica. Llevaba la cabeza perpetuamente torcida y le temblaba todo el tiempo, moviéndose de derecha a izquierda. Su hijo marinero le trajo un loro al volver de uno de sus viajes, y el animal reproducía con la mayor exactitud el movimiento de la cabeza de su dueña debido a la parálisis. Estos loros grises están siempre vigilantes.

Guildea dijo la última frase despacio y de manera muy reflexiva, mirando con fijeza al padre Murchison por encima de su copa de vino, y, cuando terminó de hablar, una repentina luz de inteligencia se encendió en el cerebro del sacerdote. Abrió la boca para hacer una rápida observación. Guildea volvió los ojos hacia Pitting, que en aquel momento retiraba con mucho cuidado un postre de merengue del montaplatos que comunicaba el comedor con las estancias inferiores. El sacerdote renunció a hacer el comentario. Pero al cabo de un momento, una vez que el mayordomo colocó unas manzanas sobre la mesa, arregló, meticuloso, copas y licoreras, recogió las migas y se esfumó, dijo, hablando deprisa:

—Empiezo a entender. ¿Cree usted que *Napoleón* está al tanto del intruso?

—No me cabe la menor duda. Lleva observando sin interrupción a mi visitante desde la noche de su llegada.

Otra ráfaga de luz iluminó al sacerdote.

—¿Fue esa la razón de que lo cubriera en una ocasión con el tapete verde?

—Exactamente. Un acto de cobardía. Su comportamiento empezaba a sacarme de mis casillas.

Guildea frunció los labios y el ceño, dando a su rostro una expresión de dolor repentino.

—Pero ahora me propongo estudiar las investigaciones de *Napoleón* —añadió, recobrando su expresión normal—. La semana que yo malgasté en Westgate él no la perdió en Londres, se lo aseguro. Tome una manzana.

—Muchas gracias, no; muchas gracias.

Murchison repitió las palabras sin darse cuenta de lo que hacía. Guildea dejó la copa que sostenía.

—Subamos, entonces.

—No, muchas gracias —reiteró el sacerdote.

—¿Eh?

—¿Qué estoy diciendo? —exclamó, levantándose—. No hago más que pensar en su singular historia.

—Ah, ¿empieza a olvidar su teoría de la histeria?

Salieron al vestíbulo.

—¡Qué quiere que le diga! Su actitud es tan pragmática en todo el asunto…

—¿Por qué no? He aquí que algo muy extraño y anormal irrumpe en mi vida. ¿Qué debo hacer, excepto investigarlo de cerca y con toda la calma del mundo?

—¡Ya lo creo!

El sacerdote empezaba a sentirse más bien desconcertado, por cuanto se le imponía algo así como el deber de dedicar la más seria atención a un asunto que tendría que parecerle —era lo que pensaba— del todo absurdo. Cuando llegaron a la biblioteca dirigió los ojos de inmediato, con irreprimible curiosidad, hacia la jaula del loro. Una leve sonrisa apareció en la boca del profesor al advertir el efecto que estaba produciendo en su amigo. Murchison reparó en aquella sonrisa.

—No, no; no me he entregado todavía —dijo, a modo de respuesta.

—Lo sé. Pero quizá lo haga antes de terminar la velada. Aquí llega el café. Después de tomarlo procederemos con nuestro experimento. Déjelo en la mesa, Pitting, y no aparezca más.

—No, señor.

—Esta vez no lo voy a tomar solo —dijo el padre Murchison—; leche en abundancia, por favor. No quiero que se juegue con mis nervios.

—¿Y si renunciáramos al café por completo? —dijo Guildea—. De lo contrario podría usted esgrimir la teoría de que no estábamos en una situación de perfecta normalidad. Le conozco, Murchison: sacerdote devoto y escéptico igualmente devoto.

Su amigo se echó a reír y apartó la taza.

—Muy bien; entonces, nada de café.

—Un pitillo, y después a trabajar.

El humo gris azulado se alzó formando volutas.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Murchison.

Estaba sentado muy erguido, como listo para actuar. De hecho, no había indicio alguno de reposo en la actitud de los dos amigos.

—Escondernos y ver lo que hace *Napoleón*. Por cierto…, se me olvidaba algo.

Se levantó, fue hasta una esquina de la biblioteca, recogió un trozo de tapete verde y lo colocó sobre la jaula.

—Lo retiraré cuando nos hayamos escondido.

—Pero dígame primero si ha tenido usted alguna manifestación de esa supuesta presencia en los últimos días.

—Tan sólo una intensa sensación, cada vez mayor, de que hay algo aquí, algo que me vigila a todas horas, que estudia perpetuamente todas mis acciones.

—¿Cree que le sigue por todas partes?

—No siempre. Estaba en esta habitación cuando ha llegado usted. Está aquí ahora…, es la sensación que tengo.

Pero al bajar a cenar me parece que nos hemos alejado. La conclusión es que se ha quedado aquí. Dejemos de hablar ahora de este asunto.

Pasaron a ocuparse de otros temas mientras terminaban sus cigarrillos. Luego, cuando estaban deshaciéndose de las cenizas humeantes, Guildea dijo:

—Ahora, Murchison, en pro de la seriedad del experimento, sugiero que nos escondamos detrás de las cortinas a los dos lados de la jaula, de manera que no atraigamos nosotros la atención del pájaro y nos expongamos a distraerlo de lo que nos interesa saber. Retiraré el tapete verde cuando estemos escondidos. Manténgase totalmente inmóvil, no pierda de vista sus evoluciones y dígame después qué le parecen y cómo las explica. Camine sin hacer ruido.

El sacerdote obedeció y se dirigieron hacia las cortinas situadas delante de las dos ventanas. Murchison se ocultó detrás de la cortina que colgaba a la izquierda de la jaula y el profesor detrás de la que había a la derecha. Tan pronto como se escondieron, Guildea alargó el brazo, alzó el tapete que tapaba la jaula y lo dejó caer al suelo.

Napoleón, que sin duda se había quedado dormido en la tibia oscuridad, se movió sobre la percha al darle la luz, agitó las plumas del cuello y procedió a alzar primero una pata y luego la otra. Giró la cabeza sobre el cuello flexible, aparentemente elástico y, hundiendo el pico en el plumón de la espalda, hizo algunas investigaciones con un resultado, al parecer, satisfactorio, porque muy pronto alzó la cabeza de nuevo, miró a su alrededor dentro de la jaula y empezó a interesarse por un fruto seco, colocado entre los barrotes, para utilizarlo como tentempié. Con el pico curvo palpó y golpeó la cáscara, al principio con suavidad y después con fuerza. A la larga sacó el fruto seco de entre los barrotes, lo sujetó con sus ásperos dedos y, manteniéndolo

con firmeza sobre la percha, lo partió y picoteó su contenido, esparciéndolo a medias por el suelo de la jaula y dejando también que algunos trozos de la cáscara cayeran en el baño de loza pegado a los barrotes. Terminada aquella tarea, hizo una pausa meditativa y, después de extender una pata hacia atrás, emprendió todo un complicado proceso de despliegue de alas que le hizo parecer torcido y deforme. Con la cabeza girada, se consagró de nuevo a una búsqueda minuciosa y exhaustiva entre las plumas del ala. Esta vez su investigación pareció interminable, y el padre Murchison tuvo tiempo de apreciar lo absurdo de aquella situación y se preguntó por qué había aceptado participar en tan singular experimento. No encontró que su sentido del humor le permitiera considerarlo divertido, sino que, por el contrario, le invadió una repentina oleada de terror. Cuando hablaba con su amigo y lo observaba, el comportamiento del profesor, de ordinario muy tranquilo, incluso prosaico, daba fe de la verdad de su historia y de su perfecto equilibrio mental. Pero una vez escondido todo cambiaba.

Y el padre Murchison, detrás de su cortina, sin perder de vista al indiferente Napoleón, empezó a susurrar para sus adentros la palabra «locura» con una creciente sensación de compasión y temor.

Napoleón recogió bruscamente un ala, agitó una vez más las plumas del cuello, extendió después hacia atrás la otra pata y procedió a asearse la segunda ala. En la habitación en calma, el ruido seco de las plumas al extenderse era claramente audible. El padre Murchison vio que un ligero temblor estremecía la cortina azul tras la que se ocultaba Guildea, como si por la ventana que cubría hubiera entrado un soplo de aire. El reloj de la habitación interior dio la hora y un trozo de carbón se desplomó sobre la rejilla de la chimenea, haciendo un ruido como de hojas caídas agitándose bruscamente sobre un suelo duro. Y de nuevo

una oleada de compasión y de temor estremeció al sacerdote. Le pareció que se había comportado de una manera muy estúpida, si no moralmente reprobable, al alentar lo que era sin duda una extraña demencia de su amigo. Tendría que haberse negado a participar en una acción que, ridícula, incluso infantil en sí misma, podía resultar peligrosa por el aliento que daba a unas expectativas enfermizas. La pata prominente de *Napoleón*, el ala extendida y el cuello retorcido, su intensa e inconsciente devoción al arreglo de su cuerpo, su evidente sensación de hallarse completamente solo, hizo que el sacerdote se percatara con gran claridad de la indecorosa extravagancia de su conducta y de la todavía más lastimosa extravagancia de su amigo. Echó mano a la cortina y se disponía a apartarla y a salir cuando un brusco movimiento del papagayo lo detuvo. El ave, al parecer atraída de repente por algo, hizo una pausa en su picoteo y, con la cabeza todavía inclinada hacia atrás y torcida hacia un lado, pareció escuchar con gran atención. Su ojo redondo, brillante y tenso, era como el ojo de una paloma trastornada. Recogiendo el ala, alzó la cabeza y permaneció por un momento erguido en su percha, moviendo las patas maquinalmente arriba y abajo, como si un entusiasmo naciente le provocara un incontrolable deseo de movimiento. Luego inclinó la cabeza hacia la otra habitación y se inmovilizó por completo. Su actitud sugería con tanta intensidad que su atención se concentraba en algo que tenía delante, que el padre Murchison, de manera instintiva, recorrió con la vista toda la habitación, esperando ver como Pitting avanzaba sin hacer ruido, después de entrar por la puerta que quedaba oculta. Pero el mayordomo no se había presentado, ni se había producido ruido alguno. El loro, sin embargo, estaba a todas luces interesado y cada vez más atento. Bajó la cabeza y estiró el cuello hasta que, casi

cayéndose de la percha, extendió a medias las alas, separándolas ligeramente de la espalda, como a punto de echar a volar, y las agitó rápidamente arriba y abajo. Luego siguió haciendo aquel mismo movimiento durante lo que al sacerdote se le antojó una eternidad. Finalmente, alzando las alas lo más posible, las dejó caer despacio y de manera deliberada sobre la espalda, se enganchó en el borde del baño con el pico, descendió hasta el suelo de la jaula, se acercó contoneándose hasta los barrotes, se arrimó mucho y se inmovilizó por completo en la misma postura que adoptaba siempre cuando el profesor le rascaba la cabeza. Tan fehaciente resultó la impresión del placer experimentado por *Napoleón*, que para el padre Murchison fue como si viera un dedo blanco cariñosamente introducido entre las suaves plumas blancas de la cabeza, y le dominó el convencimiento de que algo, invisible para él pero visto y bienvenido por el ave, se hallaba delante de la jaula.

Napoleón, acto seguido, apartó la cabeza, como si el dedo hubiera dejado de acariciarlo, y su llamativo aspecto de intenso disfrute corporal desapareció para dar paso a una notoria atención y despierta curiosidad. Alzándose con ayuda de los barrotes llegó de nuevo a su percha, se deslizó hacia el lado izquierdo de la jaula y empezó, en apariencia, a mirar algo con profundo interés. Inclinó la cabeza extrañamente, hizo una pausa y volvió a inclinarla. El padre Murchison se descubrió concibiendo —gracias a aquel complicado movimiento— la idea de una personalidad muy concreta. La actuación del pájaro sugería un intenso sentimentalismo combinado con ese tipo de voluntad débil que es a menudo la más persistente. La clase de voluntad que es atributo muy corriente en retrasados mentales. El padre Murchison pensó, sin poder evitarlo, en esas pobres criaturas que con frecuencia, de manera extraña y muy poco razonable, se ligan con perseverancia a aquellos que menos

los aprecian. Como muchos sacerdotes, había tenido algunas experiencias de aquel tipo, porque el retrasado cariñoso es especialmente sensible al atractivo de los predicadores. La inclinación reverencial de la cabeza por parte del papagayo le recordó a una terrible mujer muy pálida que durante cierto tiempo había frecuentado todas las iglesias en las que él ejercía su ministerio, una criatura que se esforzaba sin descanso por llamar su atención y que siempre acompañaba la inclinación de cabeza con una sonrisa obsequiosa y astutamente adecuada. El papagayo siguió haciendo reverencias, con una breve pausa después de cada simbólica genuflexión, como a la espera de que se le diera una señal que le permitiera ejercitar su facultad imitativa.

«Sí, sí, está imitando a un retrasado mental», se descubrió diciendo el sacerdote mientras contemplaba la escena.

Enseguida volvió a mirar por toda la habitación, pero no vio nada a excepción de los muebles, del baile de las llamas en la chimenea y de las apretadas hileras de libros. Muy pronto el loro dejó de hacer reverencias y asumió la actitud concentrada y tensa de quien escucha con gran atención. Abrió el pico, mostró su lengua negra, lo cerró y volvió a abrirlo. Murchison pensó que se disponía a hablar, pero el ave se mantuvo en silencio, aunque era evidente que trataba de decir algo. Después de dos o tres reverencias más y de una pausa, abrió de nuevo el pico y pronunció una frase. El sacerdote no reconoció ninguna palabra, pero la voz era enfermiza y desagradable, una voz afectuosa pero al mismo tiempo lastimera, como la de una mujer, pensó Murchison, mientras acercaba el oído a la cortina escuchando con atención casi febril. *Napoleón* reanudó las reverencias, pero esta vez añadiéndoles un movimiento deslizante, afectuoso y conmovido, como el movimiento de una criatura entusiasta y sin discernimiento que se

acurrucara contra alguien o le diese un suave y furtivo empujón con el codo. De nuevo el sacerdote pensó en aquella terrible mujer tan pálida que rondaba por las iglesias. Varias veces se la había encontrado esperándolo después de los servicios vespertinos. En una ocasión su admiradora torció la cabeza sonriente, sacó la lengua y, aprovechando la oscuridad del recinto, se apoyó en un costado del sacerdote. Murchison recordaba como su carne se había encogido ante el contacto con aquella pobre criatura, la intensa aversión que ni siquiera consiguió eliminar con el recuerdo de que no le regía la cabeza. El loro hizo una pausa, escuchó, abrió el pico y de nuevo dijo algo con la misma voz arrulladora, afectuosa, llena de insinuaciones enfermizas y sin embargo dura, incluso peligrosa, en su entonación. Una voz detestable, pensó el padre Murchison. Pero esta vez, aunque oyó la voz con más claridad que antes, no pudo decidir si se trataba de una mujer o de un hombre... o tal vez de un niño. Parecía la voz de un ser humano, aunque extrañamente asexuada. Con el fin de salir de dudas buscó lo más posible la oscuridad de la cortina, dejó de mirar a *Napoleón* y se limitó a escuchar con la mayor atención posible, esforzándose por imaginar que se trataba de un ser humano y por olvidar que escuchaba a un pájaro. Al cabo de dos o tres minutos de silencio la voz habló de nuevo y durante cierto tiempo, repitiendo al parecer varias veces una afectuosa serie de exclamaciones con un énfasis amoroso que resultaba indescriptiblemente empalagoso y ofensivo. Lo enfermizo de la voz, la peculiar entonación y la extraña falta de delicadeza, en combinación con una apagada suavidad y un ampuloso refinamiento, hicieron que al sacerdote se le pusiera la carne de gallina. No logró, de todos modos, distinguir ninguna palabra ni averiguar el sexo o la edad de la voz. De una sola cosa tuvo certeza mientras permanecía inmóvil en la oscuridad: la de

que un sonido así sólo podía proceder de algo especialmente odioso, sólo podía ser la manifestación de una personalidad insoportable y abominable para él, si es que no lo era para todo el mundo. La voz finalmente se quebró, con una especie de ronco jadeo, a lo que siguió un largo silencio. Terminó por romperlo el profesor, quien de repente apartó la cortina que ocultaba a Murchison y le dijo:

—Salga ahora y mire.

El sacerdote reapareció, parpadeante, miró hacia la jaula y vio a *Napoleón* inmóvil sobre una pata con la cabeza bajo el ala. Parecía dormido. Guildea estaba muy pálido, con los labios fruncidos en una expresión de extrema repugnancia.

—¡Qué horror! —dijo.

Caminó hasta las ventanas de la segunda habitación, corrió la cortina de una de ellas, alzó el cristal y dejó que entrara el aire. Los árboles sin hojas eran visibles en la gris penumbra exterior. Guildea se asomó durante un minuto, permitiendo que el aire de la noche le llenara los pulmones. Enseguida se volvió hacia Murchison y exclamó bruscamente:

—¡Apestoso! ¿No le parece?

—Sí, de lo más apestoso.

—¿Ha oído alguna vez algo parecido?

—Más bien no.

—Yo tampoco. Me da ganas de vomitar, Murchison, verdaderas arcadas.

Cerró la ventana y se paseó, incómodo, por la habitación.

—¿Qué explicación le encuentra? —preguntó, de espaldas al sacerdote.

—¿A qué se refiere?

—¿Es la voz de un varón, de una mujer o de un niño?

—No lo sé; no llego a ninguna conclusión.

—Yo tampoco.

—¿La ha oído muchas veces?

—Sí, desde que regresé de Westgate. Nunca distingo las palabras. ¡Pero qué voz!

Escupió en el fuego.

—Perdóneme —se disculpó, dejándose caer en un sillón—. Me revuelve el estómago…, no exagero.

—A mí también —dijo el sacerdote con total sinceridad.

—Lo peor de todo —continuó Guildea, con voz aguda, nerviosa— es que no hay un componente de inteligencia, ninguno en absoluto… Sólo la astucia de la imbecilidad.

Al sacerdote le sobresaltó que su amigo expresara con tanta precisión su convencimiento personal.

—¿Por qué se ha sobresaltado? —preguntó Guildea, con una repentina sospecha que puso de manifiesto la situación anormal de sus nervios.

—La misma idea se me ha ocurrido a mí.

—¿Qué quiere decir?

—Que estaba oyendo la voz de un retrasado mental.

—¡Ah! Eso es lo peor de todo, dese cuenta, para una persona como yo. Podría luchar contra la lucidez, ¡pero esto!

Se levantó de nuevo, atizó el fuego con violencia, luego se quedó sobre la alfombra que había delante de la chimenea, de espaldas al hogar, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—Hemos oído la voz de la criatura que se ha metido en mi casa —dijo—. Agradable, ¿no es cierto?

El horror había aparecido ya de verdad en sus ojos, en su voz.

—He de conseguir que se vaya —exclamó—. Tengo que echarla. Pero ¿cómo?

Se tiró de la barba puntiaguda con una mano estremecida.

—¿Cómo? —continuó—. Porque ¿qué es? ¿Dónde está?

—¿Siente usted que está aquí…, ahora?

—Sin duda alguna. Pero no sé decirle en qué parte de la habitación.

Miró a su alrededor, examinándolo todo con rapidez.

—Entonces, ¿se considera embrujado? —preguntó el padre Murchison.

También él estaba muy conmovido y confuso, si bien no tenía conciencia de ninguna presencia en la habitación.

—Nunca he creído en tonterías de esa especie, como muy bien sabe —respondió Guildea—. Me limito a hacer constar un hecho que no consigo entender y que está empezando a resultarme muy penoso. Aquí hay algo. Sin embargo, aunque la mayoría de los llamados embrujos o encantamientos se me han descrito como hostiles, lo que advierto en este caso es que se me admira, se me quiere, se me desea. Y eso me resulta de lo más horrible, Murchison, horrible sin paliativos.

El sacerdote recordó de repente la primera velada pasada en compañía de Guildea, y la expresión casi de repugnancia del profesor ante la idea de recibir el cálido afecto de alguien. A la luz de aquella conversación ya lejana, la situación presente resultaba sumamente extraña, y casi un castigo por un delito cometido contra la humanidad. Sin embargo, al constatar el temblor en el rostro de su amigo, el sacerdote decidió no dejarse atrapar por la red de su espantoso convencimiento.

—No puede haber nada aquí —dijo—. Es imposible.

—¿A quién imita entonces *Napoleón*?

—A la voz de alguien que estuvo aquí.

—Pues tiene que haber sido durante la última semana. Porque *Napoleón* nunca había hablado antes así y, no se le olvide, ya reparé, antes de marcharme, en que se dedicaba a observar y trataba de imitar algo, pero sólo desde la noche en que salí al parque y nunca antes.

—Alguien con una voz como esa tiene que haber estado aquí durante su ausencia —repitió el padre Murchison con amable obstinación.

—Pronto lo vamos a saber.

Tocó la campanilla. El mayordomo se presentó, silencioso, casi al instante.

—Pitting —dijo el profesor, alzando mucho la voz, y con un tono muy cortante—, ¿ha entrado alguien en esta habitación durante mi ausencia?

—Desde luego que no, señor, excepto las doncellas… y yo, señor.

—¿Ni un alma? ¿Está usted seguro?

—Por completo, señor.

La fría voz del mayordomo sonó sorprendida, casi dolida. El profesor señaló con una mano la jaula.

—¿El papagayo ha permanecido aquí todo el tiempo?

—Sí, señor.

—¿No se le ha movido, no se le ha llevado a otro sitio, ni siquiera por un momento?

El pálido rostro de Pitting empezó a parecer casi expresivo, los labios fruncidos.

—En absoluto, señor.

—Muchas gracias. Eso es todo.

El mayordomo se retiró, caminando con una especie de ostentosa rectitud. Al llegar a la puerta y disponerse a salir, su señor se dirigió a él de nuevo:

—Espere un momento, Pitting.

El mayordomo se detuvo. Guildea se mordió los labios, se tiró dos o tres veces de la barba y luego dijo:

—¿Ha notado usted…, humm…, que Napoleón hablara últimamente con una…, con una voz muy peculiar, muy desagradable?

—Sí, señor…, una voz tirando a suave, señor.

—¡Ah! ¿Desde cuándo?

—Desde que usted se ausentó, señor. Todo el tiempo.

—Exacto. Bien, ¿y qué piensa usted de ello?

—¿Disculpe, señor?

—¿Qué piensa usted de que hable con esa voz?

—Pues que es su manera de divertirse, señor.

—Entiendo. Eso es todo, Pitting.

El mayordomo desapareció, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Guildea se volvió para mirar a su amigo.

—¡Ahí lo tiene usted! —exclamó.

—Desde luego, es bien extraño —dijo Murchison—. Extrañísimo, sin duda. ¿Está seguro de que no tiene una criada que hable de esa manera?

—¡Mi querido Murchison! ¿Soportaría usted más de dos días a una sirvienta con semejante voz?

—No.

—La doncella lleva conmigo cinco años; la cocinera, siete. A Pitting ya le ha oído usted hablar. No vive nadie más en esta casa. Un loro nunca habla con una voz que no haya oído. ¿Dónde ha oído esta?

—Pero nosotros, sin embargo, ¡no oímos nada!

—No. Ni tampoco vemos nada. Pero *Napoleón* sí. También siente algo. ¿No se fijó en que ofrece la cabeza para que se la rasquen?

—Desde luego, eso era lo que parecía hacer.

—Eso era lo que hacía.

El padre Murchison no aventuró ningún comentario. Estaba dominado por un incómodo interés que casi podría calificarse de temor.

—¿Se convence? —dijo Guildea, casi con irritación.

—No. Todo este asunto es muy extraño. Pero hasta que oiga, vea o sienta…, como le sucede a usted…, la presencia de algo, me resulta imposible creer.

—¿Quiere decir que no se convencerá?

—Quizá. En todo caso, es hora de marcharme.

Guildea no trató de retenerlo, pero, mientras lo acompañaba hasta la puerta de la calle, dijo:

—Hágame el favor, vuelva mañana por la noche.

Murchison tenía un compromiso. Vaciló, pero vio la expresión del profesor y dijo:

—Vendré. A las nueve estaré con usted. Buenas noches.

Cuando se encontró ya en la calle, suspiró aliviado. Al volverse y ver a Guildea entrar en su casa, se estremeció.

V

Aquella noche el padre Murchison regresó andando a su domicilio en Bird Street. Necesitaba hacer un poco de ejercicio después de tan extraña y desagradable velada, una velada a la que ya miraba como quien recuerda una pesadilla. Mientras caminaba seguía oyendo la voz suave e insufrible. Incluso su recuerdo le causaba malestar. Trató de apartarlo y de considerar todo el asunto con calma. El profesor le había presentado su prueba de la aparición en la casa de una presencia extraña. ¿Podía aceptar semejante prueba una persona razonable? El padre Murchison se dijo que no. El comportamiento del papagayo era, sin duda, de lo más singular. *Napoleón* había logrado revelar con asombrosa verosimilitud la presencia de algo invisible en la biblioteca. Pero el sacerdote seguía negándose a aceptar que hubiera realmente una presencia. Las personas devotas, las que creen de manera implícita en los milagros recogidos en la Biblia, y rigen su vida por los mensajes que, según imaginan, reciben directamente del Gran Monarca de un Mundo escondido, raras veces se inclinan a aceptar cualquier idea de una intromisión sobrenatural en los asuntos de la vida diaria. La rechazan con preocupada determinación. La miran fijamente como una insensatez infantil o incluso perversa.

El padre Murchison tendía a coincidir con la opinión normal de cualquier devoto hombre de Iglesia. No podía aceptar sin embargo —eso fue lo que se dijo— la idea de que a su amigo se le impusiera, por su falta de humanidad, por su carencia de afectos, el castigo sobrenatural de verse obligado a soportar el amor de alguna horrible criatura que ni se veía, ni se oía, ni se podía tocar. El castigo, no

obstante, parecía responder sin duda a la situación de Guildea. Lo que de manera anormal había temido y evitado en sus pensamientos ahora se veía forzado, al parecer, también de manera anormal, a padecerlo. El sacerdote rezó aquella noche por su amigo ante el humilde altar que había en la habitación, semejante a una celda, apenas amueblada, donde dormía.

La noche siguiente, cuando se presentó en Hyde Park Place, le abrió la puerta la doncella, y Murchison subió las escaleras preguntándose qué había pasado con Pitting. Guildea le esperaba en la puerta de la biblioteca, y al sacerdote le afectó dolorosamente lo alterado de su aspecto. El color de su cara era ceniciento y debajo de los ojos, que, por otra parte, revelaban ansiedad y una horrible tristeza, le habían aparecido arrugas. Sus cabellos y su ropa estaban en desorden y los labios le temblaban de continuo, como si fuese víctima de algún intenso desequilibrio nervioso.

—¿Qué ha sido de Pitting? —preguntó el sacerdote, apoderándose de la mano febril de Guildea.

—Ya no está a mi servicio.

—¡No está a su servicio! —exclamó Murchison con indecible asombro.

—Sí, desde esta misma tarde.

—¿Le puedo preguntar por qué?

—Se lo voy a decir. Todo es consecuencia inevitable de este…, del más odioso de los problemas. ¿Recuerda que discutimos en una ocasión sobre las relaciones que una persona debía mantener con sus criados?

—¡Ah! —exclamó Murchison, con un fogonazo de inspiración—. ¿Se ha producido la crisis?

—Exactamente —dijo el profesor, con una amarga sonrisa—. Se ha presentado la crisis. Le pedí que se comportase como hombre y hermano, y respondió declinando la invitación. Lo reprendí. Me dijo que tendría que prescindir de

sus servicios. Le pagué su sueldo y añadí que se podía marchar de inmediato. Y así lo ha hecho. ¿Por qué me mira usted de esa manera?

—No lo sé —dijo Murchison, apresurándose a bajar los ojos y a mirar en otra dirección—. ¡Cómo! —añadió—. También ha desaparecido *Napoleón*.

—Se lo he vendido a una de esas tiendas de Shaftesbury Avenue.

—¿Por qué?

—Me enfermaba con su abominable imitación de…, su relación con…, bueno, ya sabe usted lo que estuvo haciendo anoche. Además, ya no lo necesitaba para demostrarme que no sueño. Y, al tener la seguridad, como la tengo ahora, de que todo lo que creía que había sucedido era cierto, estoy muy poco interesado en convencer a nadie. Perdóneme que se lo diga, Murchison, pero ahora creo que mi afán por convencerlo a usted de la presencia de algo en esta casa surgió de alguna pequeña duda sobre el tema… en mi interior. Ahora todas las dudas han desaparecido.

—Explíqueme por qué.

—Voy a hacerlo.

Los dos amigos permanecían de pie junto al fuego. Siguieron así mientras Guildea continuaba hablando.

—Anoche lo sentí.

—¿Cómo? —exclamó el sacerdote.

—Digo que anoche, cuando subía para acostarme, sentí que algo me acompañaba y se acurrucaba contra mí.

—¡Qué cosa tan horrible! —exclamó Murchison sin poder contenerse.

Guildea sonrió pesaroso.

—No voy a negar ese horror. No me es posible, puesto que me vi obligado a acudir a Pitting para pedirle ayuda.

—Pero…, dígame…, ¿qué era?; al menos, ¿qué parecía ser?

—Parecía un ser humano. Digo que parecía; y lo que quiero decir exactamente es que su efecto sobre mí fue más el de un contacto humano que el de cualquier otra cosa. Pero no veía ni oía nada. Sólo sentí tres veces un empujón suave, aunque decidido, como para convencerme y llamar mi atención. La primera vez me hallaba en el descansillo, junto a la puerta de esta habitación, con el pie en el primer escalón. Tengo que confesarle, Murchison, que salí disparado hacia arriba como un perseguido. Esa es la vergonzosa realidad. Precisamente cuando me disponía a entrar en mi dormitorio sentí que la criatura entraba conmigo y, como he dicho, apretándose contra mi costado, con una odiosa y enfermiza ternura. Entonces…

Hizo una pausa, se volvió hacia el fuego y apoyó la cabeza en un brazo. Al sacerdote le conmovió mucho la extraña impotencia y desesperación de la postura. Puso afectuosamente una mano en el hombro de Guildea.

—¿Y después?

Guildea alzó la cabeza. Se le veía penosamente avergonzado.

—Después, me cuesta confesarlo, perdí de repente el control, de manera inexplicable, de una manera que hubiera creído totalmente imposible en mi caso. Golpeé con las dos manos a aquella criatura para tratar de apartarla, pero sólo logré que se apretara más contra mí. La presión, el contacto se me hicieron insoportables. Grité llamando a Pitting. Creo… que debí de gritar: «¡Socorro!».

—El mayordomo acudió, por supuesto.

—Sí, con su calma habitual, sin la menor emoción. Su tranquilidad…, el contraste con mi repugnancia y mi horror… imagino que me irritaron. ¡No era yo, se lo aseguro!

Se detuvo bruscamente.

—Pero no hace ninguna falta que se lo cuente —añadió, con la más lastimosa ironía.

—Y a Pitting, ¿qué fue lo que le dijo?

—Le dije que tendría que haberse dado más prisa en acudir. Me pidió perdón. La frialdad de su voz me enfureció de verdad, y estallé en una diatriba absurda, despreciable, lo califiqué de máquina, me burlé de él y luego…, al sentir que aquella odiosa criatura se acurrucaba una vez más contra mí, le supliqué que me ayudara, que se quedara conmigo, que no me dejara solo… quiero decir en compañía de mi torturador. No sé si se asustó, o si le irritó la manera injusta y violenta con que le había hablado un momento antes, pero lo cierto es que me respondió que se le había contratado como mayordomo y no como acompañante de nadie durante toda una noche. Tal vez sospechó que yo había bebido más de la cuenta. Sin duda fue eso lo que pasó. Creo que lo traté de cobarde… ¡yo! Esta mañana ha dicho que no deseaba seguir a mi servicio. Le he pagado el sueldo de un mes, le he dado una carta de recomendación y lo he dejado marchar.

—Pero ¿y la noche? ¿Cómo la ha pasado usted?

—No me he acostado.

—Pero ¿dónde? ¿En su dormitorio?

—Sí…, con la puerta abierta… para permitir que se marchara.

—¿Ha sentido que se quedaba?

—No se ha separado de mí ni un momento, pero sin volver a tocarme. Cuando se ha hecho de día, me he bañado y he estado un rato tumbado, pero sin cerrar los ojos. Fue después del desayuno cuando hablé con Pitting y le pagué su sueldo. Luego vine aquí. Mis nervios estaban en muy mal estado. Me senté, traté de escribir, de pensar. Pero el silencio se quebró de la manera más abominable.

—¿Cómo?

—Con el murmullo de esa voz espantosa, la voz de un retrasado mental enfermo de amor; enfermo, pero decidido.

¡Qué asco!

Todo él se estremeció. Luego se repuso, recuperó, con un esfuerzo muy consciente, su estado de ánimo más decidido, más agresivo, y añadió:

—No podía soportarlo. Había llegado al límite de mis fuerzas; me puse en pie, pedí un coche, me apoderé de la jaula y me dirigí a una pajarería en Shaftesbury Avenue. Allí vendí a *Napoleón* por una ridiculez. Creo, Murchison, que debía de estar entonces al borde de la locura porque, al salir de la maldita tienda, y detenerme un instante en la acera entre las jaulas de conejos, cobayas y perrillos muy jóvenes, reí a carcajadas. Sentí como si me hubiera quitado de encima un peso terrible, como si al vender aquella voz hubiera vendido a la siniestra criatura que me atormenta. Pero cuando volví a casa, aquí seguía. Aquí sigue ahora. Imagino que seguirá siempre aquí.

Paseó por delante del fuego sin apenas levantar los pies de la alfombra.

—¿Qué demonios puedo hacer? —dijo—. Me avergüenzo de mí mismo, Murchison, pero… supongo que hay cosas en el mundo que determinados hombres no soportan, sencillamente. No soporto lo que me sucede, y eso es todo lo que se puede decir.

Dejó de hablar. El sacerdote tampoco abrió la boca. En presencia de aquella extraordinaria angustia le faltaban las palabras. Reconocía la inutilidad de tratar de consolar a Guildea, y se quedó mirando al suelo, casi con aire malhumorado. Sumido en aquel silencio, trató de entregarse a las influencias de la biblioteca, trató de sentir todo lo que había allí dentro. Trató incluso, casi sin darse cuenta, de forzar su imaginación para que le jugara una mala pasada. Pero no notó en absoluto la presencia de una tercera persona. Al fin dijo:

—Guildea, no puedo fingir que dudo de la realidad de sus sufrimientos. Tiene que marcharse, y pronto. ¿Cuándo es su conferencia en París?

—La semana que viene. Dentro de nueve días.

—Váyase a París mañana mismo; dice usted que no le consta que esta…, que esta criatura le haya perseguido más allá de la puerta de la calle, ¿no es eso?

—Nunca…, hasta ahora.

—Váyase mañana por la mañana. Quédese allí hasta después de la conferencia. Y entonces veremos si este asunto ha llegado a su fin. Esperanza, mi querido amigo, alimente la esperanza.

Se había puesto en pie. A continuación estrechó la mano del profesor.

—Vea a todos sus amigos en París. Busque distracciones. También le pediría que buscara… otra ayuda.

Dijo las últimas palabras con una gravedad amable y seria y con una sencillez que conmovió a Guildea, quien le devolvió el apretón de manos casi con calor.

—Me iré —dijo—. Tomaré el tren de las diez, y esta noche dormiré ya en un hotel, en el Grosvenor, que está cerca de la estación. Así tendré la seguridad de no quedarme en tierra.

Mientras el padre Murchison regresaba a su casa aquella noche, no dejaba de pensar en la frase: «Tendré la seguridad de no quedarme en tierra». Le consternaba la debilidad que ponían de manifiesto aquellas palabras.

VI

Al padre Murchison no le llegó ninguna carta del profesor durante los días que siguieron, y aquel silencio le tranquilizó, porque lo consideró como una prueba de que todo estaba en orden. El día de la conferencia amaneció y llegó a su fin. A la mañana siguiente el padre Murchison se apresuró a abrir el *Times* para ver si ofrecía alguna información sobre la importante asamblea de científicos ante la que Guildea había pronunciado su conferencia. Fue recorriendo las páginas con ojos llenos de ansiedad hasta que de repente las manos que sostenían el periódico se inmovilizaron por completo. Había encontrado el párrafo siguiente:

«Lamentamos tener que informar de que el profesor Frederic Guildea enfermó gravemente ayer mientras pronunciaba una conferencia ante una asamblea científica en París. Al ponerse en pie para iniciar su intervención se pudo apreciar que estaba muy pálido y nervioso. Habló sin embargo en francés con gran soltura por espacio de un cuarto de hora. Luego pareció sentirse incómodo. Titubeó y miró a su alrededor como una persona preocupada o muy angustiada. Se detuvo incluso una o dos veces y pareció incapaz de seguir adelante, de recordar lo que quería decir. Pero, recuperándose con un visible esfuerzo, siguió dictando su conferencia. De repente, sin embargo, empezó a desplazarse disimuladamente por el estrado, como perseguido por algo que le asustaba, hizo intención de golpearlo, lanzó un grito muy violento y áspero y se desmayó. La conmoción en la sala fue indescriptible. Los oyentes abandonaron sus asientos. Las señoras chillaron y, durante unos momentos, se produjo una verdadera situación

de pánico. Se temió que el profesor hubiera perdido momentáneamente la cabeza debido a un exceso de trabajo. Entendemos que regresará a Inglaterra lo antes posible y confiamos en que el descanso y la tranquilidad que tanto parece necesitar, tengan pronto el efecto deseado y el profesor recupere por completo la salud y esté en condiciones de proseguir las investigaciones que tan beneficiosas han sido ya para el mundo entero».

El sacerdote dejó el periódico, salió a la calle, envió un telegrama a París y recibió el mismo día esta respuesta: «Regreso mañana. Haga el favor de venir a verme por la noche. Guildea». Al día siguiente se presentó en Hyde Park Place tal como se le había pedido y se encontró con Guildea sentado junto al fuego en la biblioteca, mortalmente pálido, con una manta sobre las rodillas. Su aspecto era el de un hombre consumido por una larga y grave enfermedad, y en sus ojos, muy abiertos, había una expresión de horror petrificado. El sacerdote se sobresaltó al verlo, y apenas logró contener un grito. Se disponía a interesarse por la salud de su amigo cuando Guildea lo detuvo con un gesto tembloroso de la mano.

—Ya sé —dijo—. Sobran las palabras. Lo que ha sucedido en París… —Titubeó y guardó silencio.

—No tendría que haber ido —intervino Murchison—. Me equivoqué. No tendría que haberle aconsejado que fuera. No estaba en condiciones.

—Estaba perfectamente —respondió Guildea con la impaciencia de la enfermedad—. Pero… me acompañó a París esa criatura abominable.

Miró precipitadamente a su alrededor, movió la silla y se subió la manta que le cubría las rodillas. Murchison se preguntó por qué se abrigaba tanto. El fuego en la chimenea era vivo y la noche no muy fría.

—Fui a París acompañado —continuó Guildea, mordiéndose el labio inferior.

Hizo otra pausa, en un esfuerzo evidente por controlarse. Pero en vano. No le quedaba resistencia. Se estremeció en la silla y de repente estalló, en un lamento sin esperanza:

—Murchison, este ser, esta criatura…, lo que sea…, no me abandona ni por un momento. No se queda en esta casa si yo no estoy, porque me quiere, me quiere con tenacidad, con la tenacidad del retrasado mental. Me acompañó a París, estuvo allí conmigo, me siguió hasta la sala donde tenía que dar la conferencia, se pegó a mí, me acarició mientras hablaba. Ha regresado conmigo. Está aquí ahora —dejó escapar un grito agudo—; ahora, mientras converso con usted. Se apoya contra mí, me hace carantoñas, me toca las manos. No me diga que no siente su presencia.

—No —respondió el sacerdote con toda sinceridad.

—Intento protegerme de ese contacto odioso —continuó Guildea, presa de una terrible agitación, apretando la gruesa manta con las dos manos—. Pero no consigo nada. Nada en absoluto. ¿Qué es? ¿Qué puede ser? ¿Por qué se me presentó aquella noche?

—Quizá se trate de un castigo —dijo Murchison con rápida suavidad.

—¿Por qué?

—A usted le desagradan los afectos. Aparta con desprecio los sentimientos de los seres humanos. No quiere a nadie, no desea querer a nadie. Tampoco deseaba recibir el amor de nadie. Quizá esto que le sucede sea un castigo.

Guildea lo miró fijamente.

—¿Cree usted una cosa así? —exclamó.

—No lo sé —dijo el sacerdote—. Pero podría ser eso. Trate de soportarlo, incluso de ponerle buena cara. Posiblemente la persecución cesará entonces.

—Sé que no quiere hacerme daño —exclamó Guildea—; me busca porque me tiene cariño. Vino a mí por alguna asombrosa atracción que ejerzo sin saberlo sobre esa criatura. Todo eso lo sé. Pero para un hombre como yo esa es la parte más espantosa de este asunto. Si me odiara lo podría soportar. Si me atacara, si tratara de causarme algún terrible perjuicio, sería de nuevo un hombre. Me prepararía para hacerle frente. Pero esta ternura, esta abominable solicitud, la estúpida adoración de un idiota, persistente, enfermiza, horriblemente táctil, no la soporto. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué me reclama? Se acurruca contra mí. Se apoya en mí. Siento que me toca, y es como el tacto de una pluma, que tiembla cerca de mi corazón como si buscara saber el número de mis pulsaciones, descubrir los secretos más íntimos de mis impulsos y de mis deseos. No me queda ninguna intimidad. —Se puso en pie muy agitado—. No puedo apartarme —exclamó—. No puedo estar solo, sin que nadie me toque, ni me adore, sin que nadie me vigile ni siquiera por espacio de medio segundo. Murchison, me estoy muriendo de este horror, me voy a morir.

Se hundió de nuevo en el asiento, mirando con aprensión a todas partes, con la pasión de un ciego que quiere convencerse de que gracias a sus continuos y furiosos esfuerzos logrará ver. Murchison sabía bien que trataba de rasgar el velo de lo invisible y llegar a conocer a la criatura que lo amaba.

—Guildea —dijo el sacerdote con inmediata sinceridad—, trate de soportarlo…, más aún…, trate de dar a esa criatura lo que busca.

—Pero lo que quiere es mi amor.

—Aprenda a darle amor y quizá se vaya, una vez que haya recibido lo que vino a buscar.

—¡No diga más! Habla como sacerdote. Tolerad a vuestros perseguidores. Haced el bien a quienes os desprecian. Habla

como sacerdote.

—Hablo como amigo, se lo aseguro, y con el corazón en la mano. Se me ha ocurrido de pronto que todo esto…, verdad o apariencia, no importa cuál de las dos…, pueda ser una extraña forma de darle a usted una lección. A mí me ha sucedido…, lecciones dolorosas. Sin duda me esperan muchas más. Si usted pudiera abrir los brazos…

—¡No puedo! ¡No es posible! —exclamó Guildea con ferocidad—. ¡Odio! Puedo darle eso…, siempre eso, nada más que eso…, odio y más odio.

Alzó la voz, mirando desafiante a la habitación vacía, y repitió:

—¡Odio!

Al hablar, la cérea palidez de sus mejillas aumentó, hasta parecer un cadáver cuyos ojos vivían aún. El sacerdote temió que fuera a desmayarse, pero de repente se irguió en el asiento y dijo, con voz muy alta y apasionada, llena de contenida emoción:

—¡Murchison! ¡Murchison!

—Sí. ¿Qué sucede?

Un júbilo indescriptible brillaba en los ojos de Guildea.

—Quiere dejarme —exclamó—. ¡Se quiere ir! ¡No perdamos un momento! ¡Déjele salir! ¡La ventana…, la ventana!

El sacerdote, asombrado, se dirigió a la ventana más próxima, descorrió la cortina y procedió a abrirla. En el jardín, las ramas de los árboles crujían secamente a causa del ligero viento. Guildea se inclinó hacia delante apoyado en los brazos del sillón. El silencio se prolongó unos instantes. Luego, hablando en un rápido susurro, dijo:

—No, no. Abra la puerta de esta habitación… y luego la puerta de la calle. Me parece…, me parece que se marchará de la misma manera que vino. Apresúrese… ¡Corra!

Murchison obedeció. Para calmarlo se precipitó hacia la puerta y la abrió por completo. Luego se volvió para mirar a Guildea. Estaba de pie, inclinado hacia delante. Le brillaban los ojos, llenos de entusiasmada esperanza, y, al volverse el sacerdote, hizo un gesto furioso con las manos hacia el vestíbulo.

Murchison se apresuró a salir y corrió escaleras abajo. Mientras descendía le pareció oír un débil grito procedente de la habitación que dejaba atrás, pero no se detuvo. Abrió de par en par la puerta de la calle y se pegó a la pared. Después de esperar unos momentos para satisfacer a Guildea, estaba a punto de cerrarla de nuevo y tenía ya la mano en el pomo cuando sintió la irresistible necesidad de volverse hacia el parque. La noche estaba iluminada por una luna joven, y al mirar entre los barrotes de la verja, reparó en un banco que había al otro lado.

Algo estaba allí sentado, y se acurrucaba de una manera muy extraña.

El sacerdote recordó al instante la descripción que Guildea había hecho de aquella primera noche, aquella noche de adviento, y una sensación de curiosidad horrorizada se apoderó de él.

¿Era posible que estuviera allí algo que efectivamente había visitado al profesor? ¿Algo que había terminado su tarea, que había logrado su deseo, para regresar después a su existencia anterior?

Vaciló un momento en la puerta de la calle. Luego salió decidido y cruzó la calzada, los ojos fijos en aquel objeto negro u oscuro que se recostaba de manera tan extraña sobre el respaldo del banco. No podía decir aún cómo era, pero temía que no tuviera parecido alguno con nada a lo que sus ojos estuvieran acostumbrados. Llegó a la altura de la senda que llevaba hasta él, y se disponía a cruzar la verja cuando alguien le sujetó por el brazo. Sobresaltado, se

volvió y se encontró con un policía que lo miraba desconfiado.

—¿Qué se propone? —le preguntó el agente.

Murchison advirtió de repente que iba descubierto y que su aspecto, al avanzar sigilosamente, con la mirada fija en el banco del parque, era, con toda probabilidad, lo bastante extraño como para despertar sospechas.

—No se preocupe, agente —respondió enseguida, depositando algún dinero en la mano de su interlocutor.

Luego, soltándose, siguió avanzando en dirección al banco, amargamente irritado por la interrupción. Cuando llegó allí lo encontró vacío. Se había repetido de manera casi exacta la experiencia de Guildea y, muy decepcionado, regresó a la casa de su amigo, entró, cerró la puerta y se apresuró a subir la estrecha escalera hasta la biblioteca.

Sobre la alfombra colocada delante de la chimenea, cerca del fuego, encontró a Guildea en el suelo con la cabeza apoyada en el sillón del que se había levantado muy poco antes. Había una espantosa expresión de terror en su rostro desfigurado. Al examinarlo más de cerca el sacerdote constató que estaba muerto.

El médico que acudió a examinar el cadáver concluyó que la causa de la muerte había sido un fallo cardíaco.

Al saberlo, el padre Murchison murmuró:

—¡Un fallo del corazón! ¡Se trataba de eso!

Luego se dirigió al médico:

—¿Se podría haber evitado?

Mientras volvía a ponerse los guantes, el médico respondió:

—Es posible, si se hubiera tratado a tiempo. La insuficiencia cardíaca requiere muchos cuidados. El profesor estaba demasiado absorto en su trabajo. Tendría que haber vivido de una manera muy distinta.

El padre Murchison asintió con la cabeza.

—Cierto, cierto —dijo, desolado.

La habitación amueblada

O. Henry

(1904)

En el bajo del West Side existe una zona de edificios de ladrillo rojo cuya población incluye un vasto sector de gente inquieta, trashumante y fugaz. La carencia de hogar hace que estos habitantes tengan multitud de hogares y se muevan de un cuarto amueblado a otro, en un incesante peregrinaje que no sólo alcanza a la morada sino también al corazón y a la mente. Cantan «Hogar, dulce hogar» en ritmo sincopado y transportan sus *lares y penates* en cajas de cartón; su viña se entrelaza en el sombrero de paja, y su higuera es un gomero.

Por tal motivo, es posible que las casas de ese barrio, que tuvieron infinidad de moradores, lleguen a contar asimismo con infinidad de anécdotas, en su mayoría indudablemente insulsas, pero resultaría extraño que entre tantos huéspedes vagabundos no hubiera uno o dos fantasmas.

Después de la caída del sol, cierto atardecer, un joven merodeaba entre esas ruinosas mansiones rojas y tocaba sus timbres. Al llegar a la duodécima, dejó su menesteroso bolso de mano sobre la escalinata y limpió el polvo que se había acumulado en la cinta de su sombrero y en su frente. El timbre sonó, débil y lejano, en alguna profundidad remota y hueca.

A la puerta de esta duodécima casa en la que había llamado se asomó una casera que le dejó la impresión de un gusano enfermizo y ahíto que se había comido su nuez hasta dejar vacía la cáscara, la que ahora trataba de rellenar con locatarios comestibles.

El recién llegado preguntó si había un cuarto para alquilar.

—Pase usted —respondió la casera, con una voz que parecía brotar de una garganta forrada en cuero—. Desde hace una semana tengo vacío el cuarto trasero del tercer piso. ¿Desea verlo?

El joven la siguió escaleras arriba. Una débil iluminación de procedencia incierta mitigaba la penumbra de los corredores. Subieron sin hacer ruido a lo largo de los peldaños cuya alfombra hubiera sido repudiada por el telar mismo en que la confeccionaron. Tenía el aspecto de haberse transformado en un vegetal, de haber degenerado en aquel aire fétido y sombrío hasta convertirse en el próspero liquen o el floreciente musgo cuyo crecimiento dibujaba manchas hasta llegar a la caja de la escalera y formaba bajo los pies una capa viscosa, como si se pisara materia orgánica. En cada recodo del trayecto ascendente había huecos en la pared que permanecían vacíos. Tal vez en alguna época allí fueron instaladas plantas. Si había sucedido así, acabaron muriéndose en esa atmósfera enfermiza y corrompida. Acaso en esas concavidades hubo estatuas de santos, pero no resultaba nada difícil imaginar que duendes y demonios las sacaron a la rastra en la oscuridad y las arrojaron en las impías honduras de algún infierno amueblado en lo más profundo.

—Esta es la habitación —dijo la casera desde el interior de su garganta forrada—. Es muy linda y rara vez se halla vacía. El verano pasado tuve instalada aquí gente muy distinguida; no creaban dificultades y pagaban por adelantado con absoluta puntualidad. Si necesita agua, la encontrará al fondo del corredor. Sprowls y Mooney, que tenían un número en el teatro de variedades, la ocuparon por espacio de tres meses. Usted debe de haber oído hablar de la señorita Bretta Sprowls... ¡Bueno! Ese sólo era su

nombre teatral. Justo en ese lugar, sobre el tocador, colgaba el certificado de casamiento, enmarcado. Allí está el gas, y usted puede comprobar que hay abundancia de alacenas. Es una habitación que le gusta a todo el mundo; nunca permanece vacía por mucho tiempo.

—¿En esta casa hay instalada mucha gente de teatro? —interrogó el joven.

—Vienen y se van. Buena parte de mis pensionistas está vinculada al teatro. En efecto, señor: este es el barrio que habita la gente de la farándula. Los actores nunca permanecen mucho tiempo en ninguna parte. A mí me corresponde una cuota de ellos, si bien llegan y se marchan constantemente.

El recién llegado tomó la habitación y pagó una semana por adelantado. Dijo que estaba cansado y que se instalaría de inmediato. Contó el dinero que debía abonar y la casera le comunicó que todo estaba dispuesto para que ocupara el cuarto, incluidas las toallas y el agua. En el momento en que la mujer se disponía a salir, el nuevo huésped formuló por milésima vez la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—Entre sus pensionistas, ¿no recuerda si estuvo cierta muchachita de apellido Vashner…, Eloísa Vashner? Con toda seguridad debe de haber sido cantante de teatro. Bonita, de estatura mediana, delgada, con pelo dorado tirando a rojizo y un lunar oscuro cerca de la ceja izquierda.

—No, ese apellido no me dice nada, pero la gente de teatro cambia de nombre con tanta facilidad como se muda de habitación. Llegan y se marchan. No, no recuerdo a la persona que usted menciona.

No. Siempre le respondían que no. Durante cinco meses de averiguaciones incesantes la contestación era una inevitable negativa. Cuánto tiempo había dilapidado, de día en interrogar empresarios, representantes, escuelas, coros; de noche, en hacer indagaciones mezclado con el público

teatral, desde el que asiste a las representaciones de grandes figuras hasta el que frecuenta espectáculos tan indignos que temía encontrar allí lo que buscaba con tal ahínco. Nadie la había querido tanto, y su deseo era hallarla. Estaba seguro de que desde que la muchacha había desaparecido de la casa, esta enorme ciudad circundada por las aguas la retenía en algún rincón, pero aquello era un monstruoso tembladeral cuyas partículas, desprovistas de sustentación, cambiaban de lugar continuamente, hoy en la superficie y mañana sepultadas en fango y limo.

El cuarto amueblado recibió a su huésped más reciente con un destello inicial de fingida hospitalidad, con una bienvenida febril, demacrada y puramente formal, parecida a la sonrisa engañosa que exhibe una mujer de vida equívoca. El simulado bienestar se ponía de manifiesto en resplandores que reflejaban los muebles desgastados: el raído tapizado de brocado que recubría un canapé y dos sillas, un tosco espejo de cuerpo entero de treinta centímetros de ancho que había sido instalado entre dos ventanas, una o dos láminas circundadas con marco dorado y una cama de bronce arrinconada en un ángulo de la habitación.

El huésped se desplomó, laxamente, en una silla, mientras la habitación, en lenguaje tan confuso como si fuera un aposento de Babel, trataba de hablarle acerca de sus pasados arrendatarios.

Una alfombra policroma, semejante a un islote rectangular de brillante floresta tropical, se hallaba circundada por el mar embravecido de una estera manchada. En la pared de vistoso empapelado colgaban esas imágenes que persiguen de casa en casa a los que carecen de un hogar permanente: *Los amantes hugonotes, La primera disputa, El desayuno de los recién casados, Psique en la fuente*. El diseño de la repisa, de casta

severidad, quedaba ignominiosamente oculto detrás de un cortinado inoportuno, torcido de manera desvergonzada como los ceñidores del ballet de amazonas. Sobre la repisa quedaban las míseras supervivencias abandonadas por los náufragos que un velero feliz rescató de esa roca desértica para trasladar a un nuevo refugio: uno o dos jarrones sin valor, retratos de actrices, una botella de medicina, algunos naipes sueltos de una baraja.

Tal como ocurre con las palabras cruzadas que se van descifrando, los pequeños indicios que la procesión de huéspedes habían dejado en el cuarto amueblado revelaron, uno tras otro, algún significado. El espacio desgastado en la alfombra, frente a la cómoda, sugirió que el tropel había incluido la presencia de hermosas mujeres. Las marcas de minúsculos dedos en el empapelado revelaron la existencia de pequeños prisioneros que tanteaban una vía de escape hacia el sol y el aire libre. La mancha de una salpicadura, que trazaba rayos como si visualizara el estallido de una bomba, dio testimonio del sitio en que una copa o una botella se hizo añicos, al estrellarse contra la pared. A través del espejo de cuerpo entero se había grabado con un diamante el nombre de «Marie» en letras vacilantes. Se tenía la impresión de que los sucesivos pensionistas del cuarto amueblado —quizás impelidos más allá de toda contención por la presuntuosa frialdad que exhibía el aposento— habían estallado en muestras de arrebato, descargando sus pasiones en el recinto que los alojaba. Los muebles presentaban cortaduras y magullones; el canapé, deformado por los resortes que habían reventado, tenía el aspecto de un horrible monstruo aniquilado por la violencia de alguna grotesca convulsión. Un cataclismo más poderoso había desprendido un gran trozo de mármol en la parte superior de la chimenea. Cada tabla del piso tenía su expresión y su quejido particulares, como si procedieran de

un sufrimiento independiente y propio. Resultaba increíble que la habitación hubiese sido víctima de tanto daño y rencor por obra de quienes durante algún tiempo la consideraron su hogar; no obstante, lo que había precipitado la ira de los moradores quizá hubiese sido la ciega supervivencia del instinto doméstico defraudado o el resentimiento contra falsos dioses domiciliarios. En cambio, podemos barrer, ornamentar y mimar una mera choza, con tal de que sea nuestra.

El joven arrendatario, instalado en su silla, dejó que estos pensamientos vagaran en silencio por su mente, mientras penetraban en el cuarto sonidos y olores de otras habitaciones amuebladas. Oyó en un cuarto una risa ahogada, incontenible y perezosa; en otros, el monólogo de una mujer regañona, el rumor de unos dados, una canción de cuna y alguien que se quejaba con monotonía, en tanto que arriba un banjo resonaba briosamente. En algún lado se escuchaban estridentes portazos; los trenes del ferrocarril elevado rugían con intermitencia; un gato maullaba con lastimero acento en un cerco trasero. Y el recién llegado aspiraba el aliento de la casa: un dejo de humedad más bien que un olor; un hedor frío y rancio, como si proviniera de bóvedas subterráneas y se mezclara con el efluvio de linóleo, moho y carpintería podrida.

De pronto, mientras el recién llegado permanecía allí, la habitación fue invadida por el olor intenso y dulzón de la reseda. Llegó como un aislado embate de viento, con tal seguridad, fragancia y énfasis que casi parecía un visitante de carne y hueso. Y como si respondiera a un llamado que lo hubiese obligado a volverse sobresaltado, un vozarrón masculino atronó interrogativo: «¿Qué sucede, querida?» El olor intenso lo circundó y terminó envolviéndolo. El muchacho tendió los brazos para recibirlo, con todos sus sentidos transitoriamente confundidos y mezclados. ¿De qué

modo era posible que un aroma lo reclamara perentoriamente? Sin duda había existido un sonido. Pero ¿no sería el sonido el que lo había alcanzado y acariciado?

—Eloísa estuvo en este cuarto —exclamó, al tiempo que saltaba de la silla para arrebatar a la habitación una prueba, pues sabía que estaba en condiciones de reconocer el más pequeño indicio de lo que había pertenecido a la muchacha o de lo que ella había tocado. Este olor envolvente a reseda, este aroma que Eloísa tanto amaba y que había hecho suyo, ¿de dónde procedía?

El cuarto había sido ordenado descuidadamente. Dispersa en el tapete que recubría la cómoda había una media docena de horquillas, esas amigas discretas e imperceptibles de la mujer, femeninas en su género, indefinidas en su modo, indeterminadas en su tiempo. El nuevo huésped desechó estos adminículos, convencido de que exhibían una triunfal carencia de identidad. Exploró las gavetas de la cómoda y halló un pañuelo abandonado, diminuto y convertido en un harapo. Lo oprimió contra la cara. Su olor a heliotropo era intenso y agresivo; lo arrojó al piso. En otra gaveta encontró botones sueltos, el programa de una función teatral, la tarjeta de un prestamista, dos pastillas olvidadas de malvavisco, un manual para la interpretación de sueños. En la última gaveta descubrió un moño de raso negro para el pelo que lo retuvo, vacilante, entre el hielo y el fuego. Pero un moño de raso negro para el pelo es asimismo un ornamento femenino recatado, impersonal y común, que no revela nada.

Luego atravesó el cuarto como un perdiguero que sigue el rastro, examinando las paredes, explorando los rincones de la apelotonada estera apoyado en manos y rodillas, revolviendo la repisa de la chimenea, las mesas, el estante para bebidas alcohólicas, los cortinados y las colgaduras, en busca de un signo visible, incapaz de advertir que ella

estaba allí, al lado, alrededor, enfrente, adentro o encima de él, aferrada a él, persiguiéndolo, llamándolo tan intensamente a través de sus sentidos más sutiles que hasta sus percepciones más torpes llegaban a distinguir el clamor. Una vez más el nuevo huésped respondió en voz alta: «¡Sí, querida!», y se volvió con mirada extraviada para contemplar el vacío, porque todavía le era imposible discernir en el aroma de reseda la forma, el color, el amor, los brazos abiertos. «¡Mi Dios!, ¿de dónde proviene ese perfume, y desde cuándo los olores tienen una voz para llamarnos?» Por consiguiente, siguió buscando a tientas.

Buscó en grietas y rincones y halló corchos y cigarrillos, que desechó con pasivo desprecio. Pero en un determinado momento encontró en un pliegue de la estera un cigarro fumado a medias y lo pisoteó con el taco, al tiempo que profería un juramento vigoroso y mordaz. Revisó la habitación palmo a palmo. Halló pequeños testimonios, sombríos y vergonzosos, de muchos arrendatarios peripatéticos; pero no descubrió ni el más mínimo rastro de aquella a la que buscaba, que pudo haberse alojado allí y cuyo espíritu parecía seguir revoloteando en ese lugar.

Entonces pensó en la casera.

Corrió escaleras abajo desde el cuarto hechizado, hasta llegar a la puerta que tenía una hendidura por donde pasaba la luz. La mujer se asomó en respuesta al llamado. El nuevo huésped trató de reprimir su excitación lo mejor que pudo.

—Por favor, señora —le imploró—, ¿podría decirme quién ocupó mi cuarto antes de que yo llegara?

—¡Cómo no, señor!, se lo volveré a decir. Fueron Sprowls y Mooney, tal como le referí. Bretta Sprowls era el nombre con que se la conocía en el teatro, pero en realidad era la señora de Mooney. Mi casa, se lo puedo asegurar, es bien

conocida por su respetabilidad. El certificado matrimonial, enmarcado, colgaba de un clavo sobre…

—¿Qué tipo de persona era la señorita Sprowls…? Quiero decir, ¿qué aspecto tenía?

—Bueno, señor… tenía pelo negro, era de baja estatura, más bien robusta, con una cara cómica. El martes se cumple una semana desde que dejaron la habitación.

—Y antes que ellos, ¿quién la ocupó?

—Bueno… Hubo un caballero soltero que estaba vinculado al negocio del transporte. Cuando se marchó, me debía una semana. Antes que él, estuvo la señora Crowder y sus dos chicos, que permanecieron cuatro meses; y antes, el anciano señor Doyle, cuyos hijos pagaban el alquiler. Ocupó el cuarto durante seis meses, lo cual cubre un año, señor; más allá de este plazo, no estoy en condiciones de proporcionarle información segura.

El muchacho le agradeció y se arrastró de regreso a su cuarto. La habitación estaba muerta. El efluvio que la vivificó se había desvanecido. El aroma de reseda ya no se percibía. En su reemplazo, había retornado el viejo olor rancio a muebles de casa húmeda, a lugar cerrado.

El reflujo de sus esperanzas dejó seco el manantial de su fe. Permaneció sentado, contemplando la luz de gas, amarilla y siseante. Muy pronto se dirigió a la cama y comenzó a cortar las sábanas en tiras. Con el filo de su cortaplumas introdujo los trozos firmemente en cuantas hendiduras circundaban las ventanas y la puerta. Cuando completó su tarea de taponar las rendijas, apagó la luz, de nuevo abrió totalmente el gas y se tendió en la cama con placidez.

***

Esa noche le correspondía a la señora McCool ir con la jarra en busca de cerveza. Por lo tanto, la trajo y se sentó con la señora Purdy en uno de esos refugios subterráneos donde se reúnen las caseras y donde el gusano que fastidia nuestra conciencia no termina de morir.

—Esta tarde he vuelto a alquilar el cuarto del tercer piso —dijo la señora Purdy, por encima de un prometedor círculo de espuma—. Lo tomó un muchacho, que hace dos horas subió para acostarse.

—¡No me diga! ¿Hizo eso, señora Purdy? —respondió la señora McCool con gran sorpresa—. Usted posee habilidades prodigiosas para alquilar habitaciones como esa. Pero al menos, ¿le contó lo sucedido? —agregó con un ronco susurro cargado de misterio.

—¡Las habitaciones están amuebladas para alquilarlas! —dictaminó la señora Purdy con una voz en la que se percibía el cuero que forraba su garganta—. No le conté nada, señora McCool.

—¡Cuánta razón tiene, señora! Nuestro medio de vida es alquilar habitaciones. Indudablemente, usted posee un exacto sentido del negocio, mi amiga. Hay mucha gente que se negaría a ocupar un sitio en cuya cama murió un suicida.

—Como ya lo dijo usted, es necesario ganarse la vida —subrayó la señora Purdy.

—Sí, señora; esa es la verdad. Hace exactamente una semana que la ayudé cuando usted puso en orden el cuarto del tercer piso. Era una chica demasiado bonita para matarse con gas... Tenía una carita muy dulce, mi querida señora Purdy.

—Se la hubiera podido considerar hermosa, como usted dice, si no hubiese tenido ese lunar junto a la ceja izquierda —opinó la señora Purdy, con actitud de asentimiento crítico—. ¿Me llena el vaso otra vez, señora McCool?

Silba y acudiré

M. R. James

(1904)

—Supongo que te marcharás pronto, ahora que se han terminado las clases —decía una persona que no interviene en la historia al profesor de Ortografía poco después de sentarse juntos en una comida que se celebraba en el hospitalario comedor del St. James College.

Era el profesor un hombre joven, pulcro y preciso en sus palabras.

—Mis amigos han hecho que me aficione al golf este curso —dijo—, y quiero ir a la costa del este, concretamente a Burnstow (apostaría a que lo conoces), a pasar una semana o diez días perfeccionando mi juego. Espero marcharme mañana.

—Hombre, Parkins —dijo el que estaba sentado al otro lado—, si vas a Burnstow me gustaría que echaras una mirada a lo que fue el convento de templarios y me dijeras si merece la pena hacer excavaciones allí este verano.

Como podéis suponer, el que acababa de hablar era una persona interesada en la arqueología, pero, puesto que sólo aparece en este preámbulo, no hace falta que enumere sus títulos.

—Desde luego —dijo el profesor Parkins—: descríbeme los alrededores del lugar y haré todo lo posible por darte una idea del estado del terreno cuando vuelva; o te escribo, si me dices dónde vas a pasar estos días.

—Gracias, no te molestes. Pienso llevar a mi familia hacia esta parte del Long y se me ha ocurrido que, como se han sacado muy pocos planos de los conventos templarios

ingleses, podría aprovechar la ocasión y ocuparme en algo útil los días que no tenga nada que hacer.

El profesor dio un respingo al oír que sacar el plano de un convento podía considerarse algo útil. Su vecino prosiguió:

—El emplazamiento (dudo que las ruinas sobresalgan del suelo) debe de estar actualmente muy cerca de la costa. Como sabes, el mar ha penetrado enormemente a lo largo de toda esa parte del litoral. A juzgar por el mapa, diría que está a unos tres cuartos de milla del Hotel el Globo, al norte del pueblo. ¿Dónde te vas a hospedar?

—Pues en el Hotel el Globo precisamente —dijo Parkins—; tengo ya reservada una habitación allí. Me ha sido imposible conseguir habitación en otro sitio. La mayoría de los hoteles están cerrados en invierno, al parecer, y aun así, me dijeron que la única habitación que tenían disponible es doble, y que no tienen ningún rincón donde guardar la otra cama y demás. De todos modos, necesito una habitación grande porque quiero llevarme algunos libros y trabajar algo; aunque no me hace mucha gracia tener una cama (por no decir las dos) desocupada en lo que va a ser mi despacho, tendré que aguantarme y conformarme por el poco tiempo que voy a estar allí.

—¿Dices que te molesta tener una cama de más en tu habitación, Parkins? —dijo un individuo campechano que estaba sentado enfrente—. Oye, si quieres, puedo irme contigo y ocuparla por unos días; así te hago compañía.

El profesor se estremeció, pero se sobrepuso y sonrió con afabilidad.

—Naturalmente, Rogers, me gustaría muchísimo. Pero creo que te resultaría aburridísimo. A ti no te gusta el golf, ¿verdad?

—¡No, a Dios gracias! —dijo el impertinente señor Rogers.

—Bueno, pues te advierto que cuando no esté trabajando, lo más seguro es que esté en el campo de golf,

por eso creo que te iba a resultar aburrido.

—¡No sé! Conozco a varias personas en ese pueblo; pero naturalmente, si no quieres que vaya, dímelo, Parkins; no me voy a ofender por eso. La verdad, como siempre nos dices, no ofende.

Efectivamente, Parkins era escrupulosamente cortés, y sincero a ultranza. No es de extrañar que a veces el señor Rogers, conociéndole como le conocía, se aprovechara de estas dos virtudes. En el pecho de Parkins se entabló una lucha que, durante un momento o dos, le impidió contestar. Transcurrido este intervalo, dijo:

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, Rogers, estaba pensando si la habitación será lo bastante amplia para estar cómodamente los dos, y también (pero te advierto que no te habría dicho esto de no haberme presionado tú) si tu presencia no representara un obstáculo para mi trabajo.

Rogers soltó una sonora carcajada.

—¡Muy bien, Parkins! —dijo—. Eso está bien. Prometo no interferir en tu trabajo, no te preocupes por eso. Si no quieres que vaya, no voy; pero creo que sería conveniente que fuera para mantener alejados a los fantasmas —aquí habría podido verse el guiño y el codazo que le dio a su vecino de mesa, a la vez que Parkins se ponía colorado—. Perdóname, Parkins —prosiguió Rogers—, no he debido decir eso. No me acordaba de que te disgusta hablar de estas cuestiones a la ligera.

—Bueno —dijo Parkins—, puesto que has sacado tú eso a relucir, te diré con franqueza que no me gusta hablar de lo que tú llamas fantasmas. Considero que un hombre de mi posición —prosiguió, elevando un poco la voz— no puede dar la impresión de que cree en todo eso. De sobra sabes, Rogers, o deberías saber, porque nunca he ocultado mi manera de pensar…

—No, desde luego —comentó Rogers *sotto voce*, que la más leve sospecha, la más ligera sombra de concesión a la creencia de que tales cosas puedan existir equivaldría a renunciar a todo lo que considero más sagrado. Pero me parece que no he logrado atraer tu atención.

—Tu indivisa atención, como dijo el doctor Blimber —interrumpió Rogers, que parecía hacer verdaderos esfuerzos por expresarse con corrección—. Pero te ruego que me perdones, Parkins; te he interrumpido.

—No, de ningún modo —dijo Parkins—. No sé quién es ese Blimber, puede que no sea de mi época. Pero no tengo nada más que añadir. Estoy seguro de que comprendes lo que quiero decir.

—Sí, sí —se apresuró a decir Rogers—, desde luego. Seguiremos hablando de esto en Burnstow o donde sea.

Si reproduzco el diálogo que antecede es con la intención de mostrar la impresión que me dio a mí de que Parkins tenía el carácter de una vieja: era quisquilloso en sus cosas y carecía por completo de sentido del humor; pero era valiente y sincero en sus convicciones, y digno del mayor respeto. Tanto si el lector ha sacado esta misma conclusión como si no, el carácter de Parkins era ese. Al día siguiente, Parkins, como era su deseo, había dejado lejos el College y llegaba a Burnstow. Le dieron la bienvenida en el Hotel el Globo, se instaló en la habitación doble, de la que ya hemos hablado, y aún tuvo tiempo, antes de acostarse, de arreglar su material de trabajo en perfecto orden sobre la amplia mesa que había en la parte de la habitación que formaba mirador, flanqueada en sus tres lados por tres ventanas que daban al mar; es decir, la ventana del centro estaba orientada directamente al mar, y las de la derecha e izquierda dominaban la costa en dirección Norte y Sur respectivamente. Hacia el Sur se veía el pueblo de Burnstow. Hacia el Norte no se veían casas, sino la playa únicamente, y

los bajos acantilados que la cercaban. Justo enfrente había un espacio, no muy grande, cubierto de hierba, donde había anclas viejas, cabestrantes y demás; más allá estaba el ancho camino, y después, la orilla del mar. Fuera cual fuese la distancia que hubo al principio del Hotel el Globo al mar, actualmente no había más de sesenta yardas. Los demás huéspedes del hotel, como es natural, eran también aficionados al golf, y entre ellos había algunos elementos dignos de especial atención. El personaje más llamativo era, quizá, un *ancien militaire*, secretario de un club londinense, el cual poseía una voz increíblemente poderosa y unas opiniones marcadamente protestantes. Y encontró el momento de manifestar lo uno y lo otro con ocasión de unos oficios que celebró el vicario, persona respetable, aunque con cierta tendencia a hacer pintorescas las ceremonias religiosas, cosa contra la que luchaba el militar denodadamente por considerar que se alejaba de la dignidad de la tradición anglicana.

El profesor Parkins, una de cuyas cualidades era el valor, pasó la mayor parte del día siguiente a su llegada en lo que él llamaba mejorar su juego, en compañía del coronel Wilson; por la tarde —y aunque no sé si debido precisamente a sus esfuerzos por mejorar— el humor del coronel se fue volviendo tan agrio que incluso Parkins tembló ante la idea de regresar al hotel en su compañía. Tras una furtiva mirada a aquel bigote hirsuto y aquel semblante congestionado, decidió que lo más prudente era dejar que el té y el tabaco hicieran su efecto sobre el coronel, antes del inevitable encuentro en la cena.

—Esta tarde regresaré dando un paseo por la playa —se dijo—; sí, así podré ver las ruinas de las que me habló Sidney: todavía queda luz. No sé exactamente por dónde caen, desde luego, pero difícil será que no tropiece con ellas.

Debo decir que así sucedió en el sentido más literal de la palabra, porque al tomar el camino que va del campo de golf a la playa de grava, metió el pie entre unas raíces de aulaga y una enorme piedra, y fue a dar en el suelo. Al levantarse y mirar en torno suyo, vio que se hallaba en un terreno algo accidentado, con pequeñas depresiones y montículos. Al detenerse a examinar esos montículos, descubrió que eran simples bloques formados de piedra y mortero, totalmente cubiertos de hierba. Visto lo cual, dedujo acertadamente que debía de ser este el emplazamiento del convento que había prometido inspeccionar. La pala del excavador vería compensados sus esfuerzos; sin duda quedaban bastantes cimientos, no demasiado profundos, que arrojarían mucha luz a la hora de confeccionar el plano general. Recordó vagamente que los templarios, a los que había pertenecido este lugar, solían construir sus iglesias redondas, y le pareció que la serie de montículos del alrededor estaban distribuidos en forma circular. Poca gente es capaz de resistir la tentación de excavar un poco en plan aficionado cuando visita una provincia alejada de la suya, aunque sólo sea por la satisfacción de ver el éxito que habría tenido de haberse dedicado a ello en serio. Nuestro profesor, sin embargo, si bien sintió ese deseo, lo que de veras quería era cumplir con el señor Sidney. Así que contó con todo cuidado los pasos que tenía el diámetro del recinto, y anotó las dimensiones en su cuaderno de notas. Luego pasó a inspeccionar una prominencia oblonga situada al Este respecto del centro del círculo, detalle que le hizo pensar que podría tratarse de la base de una plataforma o altar. En uno de los extremos, en el que daba al Norte, faltaba la hierba, que algún niño u otra criatura *ferae naturae* debía de haber arrancado. No estará de más, pensó, quitar un poco de tierra y ver si aparecen restos de albañilería; así que sacó la navaja y empezó a rascar. Y entonces hizo otro pequeño

descubrimiento: al rascar, una porción de barro seco se hundió hacia dentro, dejando al descubierto una pequeña cavidad. Encendió dos cerillas, una tras otra, para ver el agujero, pero el viento se las apagó. Golpeando y rascando con la navaja pudo averiguar, sin embargo, que se trataba de un agujero artificial y estaba hecho de albañilería. Tenía forma rectangular, y las paredes laterales, así como la superior y la inferior, si no estaban revocadas de yeso, al menos eran lisas y regulares.

Naturalmente, estaba vacío… ¡No! Al sacar la navaja, sonó un ruido metálico en el fondo. Como es natural, cogió el objeto y, al exponerlo a la luz del día, que se estaba desvaneciendo rápidamente, pudo comprobar que era algo artificial también: en sus manos tenía un tubo de unas cuatro pulgadas de largo, y evidentemente databa de muchísimos años.

Parkins se cercioró de que no había nada más en este extraño receptáculo; pero se había hecho demasiado tarde y demasiado oscuro para pensar en seguir investigando. El hallazgo era tan inesperadamente interesante que decidió sacrificar a la arqueología un poco más de tiempo al día siguiente, antes de que anocheciera. Estaba seguro de que el objeto que se había guardado en el bolsillo tenía cierto valor.

Lúgubre y solemne era el paisaje cuando echó una última mirada, antes de regresar. Una desmayada claridad amarillenta permitía ver aún el campo de golf, en el que se divisaban algunas figuras que se encaminaban al edificio del club, así como la achaparrada torre circular, las luces del pueblo de Aldsey, la pálida franja arenosa, cortada de trecho en trecho por los muros de contención de ennegrecida madera y escasa altura, y el mar oscuro y rumoroso. El viento crudo soplaba del Norte, pero luego lo notó a su espalda, cuando iba de camino al Hotel El Globo. Aligeró el

paso al cruzar por la crujiente grava, y llegó a la arena, desde donde el paseo, pese a los bajos muros de contención que tenía que ir saltando de cuando en cuando, se hizo agradable y tranquilo. Al mirar hacia atrás una última vez para calcular la distancia que había recorrido desde las ruinas del convento de templarios, vio venir a alguien más en su misma dirección: era una figura más bien confusa, la cual parecía hacer grandes esfuerzos por alcanzarle, aunque avanzaba muy poco, si es que avanzaba en realidad.

Quiero decir que parecía que corría, a juzgar por sus movimientos, pero la distancia que la separaba de Parkins era siempre la misma. Al menos eso fue lo que le pareció a él, y convencido como estaba de que no le conocía, consideró que no tenía sentido esperar a que le alcanzara. Con todo, empezaba a pensar que no habría sido mala idea ir acompañado por esta playa solitaria, de haber podido uno elegir compañía. De niño había leído casos de encuentros en parajes como este, en los que ni aun ahora podía pensar con serenidad. No obstante, no logró apartarlos de su imaginación hasta que llegó a la posada; había uno, sobre todo, que suele impresionar a la mayoría de las personas en determinada etapa de su niñez: «Entonces soñé que Christian, al echar a andar, vio que un demonio repugnante cruzaba el campo y se dirigía a su encuentro».

¿Qué haría yo ahora —pensó— si al volverme divisara una figura negra recortándose contra el cielo amarillo, y descubriera que tenía alas y cuernos? Me pregunto si me quedaría donde estoy o echaría a correr. Afortunadamente, el señor que viene allá detrás no es nada de eso, y además parece que está igual de lejos que antes. A este paso no cenará al mismo tiempo que yo. ¡Válgame Dios! , pero si sólo falta un cuarto de hora. ¡Tendré que darme prisa!

Efectivamente, Parkins tuvo el tiempo justo de cambiarse. Cuando se reunió con el coronel en el comedor,

la paz —o cuanto de ella logró recobrar este buen señor— reinaba de nuevo en el pecho del militar. Permaneció en su ánimo también durante la partida de bridge que se organizó después de la cena, ya que Parkins era un jugador más que regular. Así que, al retirarse, hacia las doce, iba con la sensación de haber pasado una velada muy amena y que, aun cuando se quedara un par de semanas o tres, la vida en El Globo resultaría relativamente agradable si transcurría siempre así. «Sobre todo —pensó—, si sigo mejorando mi juego».

En el pasillo se encontró con el criado del hotel, que se detuvo para decirle:

—Perdone el señor; al cepillar su chaqueta, hace un momento, ha caído algo de un bolsillo. Lo he puesto encima de la cómoda de su habitación; es un trozo de tubo o algo parecido. Muchas gracias, señor. Encima de la cómoda lo tiene; sí, señor. Buenas noches, señor.

El discurso le recordó a Parkins el pequeño descubrimiento que había hecho esa tarde. Lo cogió con gran curiosidad y se acercó a examinarlo junto a la luz de las velas. Era de bronce, según veía ahora, y tenía la misma forma de los modernos silbatos para perros; de hecho era efectivamente ni más ni menos que un silbato. Se lo llevó a la boca, pero estaba completamente obstruido por un pegote de arena fina o de tierra; no consiguió soltarla con unos golpes y tuvo que quitarla con la navaja. Como era muy pulcro, recogió la tierra con un trozo de papel y la tiró por la ventana. Al asomarse, vio que hacía una noche clara y estrellada, y se entretuvo un instante contemplando el mar.

Reparó en un paseante retrasado que se había detenido junto a la orilla, enfrente mismo del hotel. Cerró la ventana, extrañado de lo tarde que se retiraba la gente de Burnstow, cogió el silbato y volvió a examinarlo a la luz. Vaya, pero si tenía signos grabados, ¡y no sólo signos, sino letras

también! Lo frotó ligeramente y apareció, perfectamente legible, lo que tenía escrito; aunque el profesor tuvo que confesarse a sí mismo, tras un serio esfuerzo por descifrarlo, que su significado le resultaba tan oscuro como las palabras que se le aparecieron al rey Baltasar en el muro. Había una inscripción en la parte de arriba del silbato, y otra en la de abajo.

Debería saber qué significa —pensó—, pero tengo el latín demasiado oxidado. Pensándolo bien, me parece que ni siquiera sé cómo se dice silbato. La frase larga parece bastante fácil. Significa: «¿Quién es este que viene?» Bueno, la mejor manera de averiguarlo es silbarle.

Silbó a manera de prueba y se detuvo de repente, sobresaltado y complacido a la vez, por la nota que había sacado. Daba la sensación de una lejanía infinita y, a pesar de su suavidad, comprendió que debía de haberse oído a varias millas de distancia. Fue un sonido, además, que parecía poseer (como poseen también muchos olores) el don de suscitar imágenes en el cerebro. Por un momento vio con absoluta claridad la escena de un paraje inmenso en la oscuridad de la noche, barrido por un viento frío, en cuyo centro aparecía una figura solitaria; no pudo distinguir qué hacía. Tal vez habría conseguido ver algo más de no haberle disipado la visión una repentina ráfaga de viento que azotó los cristales de las ventanas; el hecho fue tan inesperado que le hizo levantar la vista, a tiempo de ver la blancura fugaz de un ala de gaviota batir junto a los cristales.

El sonido del silbato le había dejado fascinado de tal modo que probó otra vez, pero con más firmeza. La nota sonó ligeramente más fuerte, si es que lo fue en realidad, que la vez anterior, pero además le defraudó: no le suscitó visión alguna, como casi había esperado. «Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío!, ¡con qué fuerza se ha levantado el viento en pocos minutos! ¡Qué ráfaga más tremenda! ¡Ah!, me lo

temía…, me ha apagado las velas. Me va a revolver toda la habitación».

Lo primero era cerrar la ventana. Un segundo después se encontraba Parkins luchando por cerrarla, y tanta era la fuerza del viento que parecía como si luchara con un individuo corpulento que pretendiera entrar. De pronto disminuyó, la ventana dio un golpe, y el pestillo se cerró por sí solo. Ahora lo principal era encender nuevamente las velas y comprobar si había causado algún desaguisado. No, no se veía ningún estropicio, ni había roto ningún cristal de la ventana. Pero el ruido había despertado por lo menos a otro miembro de la casa: se oía andar al coronel de un lado para otro en calcetines, en la habitación de arriba, soltando gruñidos.

Aunque este viento se había levantado súbitamente, no amainó de repente: siguió soplando, gimiendo, arremetiendo contra el edificio; de cuando en cuando dejaba oír lamentos tan lastimeros, como decía Parkins con su usual objetividad, que muy bien pudo llenar de temores a las personas demasiado imaginativas; y aun las que carecían por completo de imaginación, pensó un cuarto de hora después, se habrían sentido más a gusto sin él. Estuvo con los ojos abiertos lo bastante como para creer (como me había sucedido a mí muchas veces en situaciones parecidas) que sufría toda clase de trastornos fatales: se dedicó a contar los latidos de su corazón, convencido de que se le iba a parar de un momento a otro, y a concebir las más graves sospechas en torno a sus pulmones, a su cerebro, a su hígado, etc…, sospechas que se disiparían, estaba seguro, con la llegada del nuevo día, pero que entretanto se negaban a dejarle tranquilo. Encontraba cierto consuelo en saber que había alguien más en la misma situación. Alguien que ocupaba una habitación vecina, sin duda (no era fácil

decir de qué lado, dada la oscuridad), porque se movía y hacía crujir la cama también.

Luego Parkins cerró los ojos y trató de dormir. Entonces su sobreexcitación adoptó una nueva forma: comenzaron a representársele escenas en la imaginación. *Experto crede*, las escenas acuden a uno cuando mantiene los ojos cerrados intentando dormir, y a veces son tan desagradables que se ve obligado a abrirlos para disiparlas. Sin embargo, la experiencia de Parkins a este respecto fue tremendamente desalentadora. La escena representada se repetía con insistencia. Al abrir los ojos, como es natural, desaparecía, pero cuando los cerraba volvía nuevamente a desarrollarse igual que antes, ni más deprisa ni más despacio. Y era la siguiente:

Una gran extensión de playa, una franja arenosa bordeada de grava y cruzada por una serie de negros muros de contención dispuestos perpendicularmente con respecto al agua… La escena era muy parecida, de hecho, a la del paseo de esa misma tarde, pero como no encontraba en ella detalle particular, no le era posible identificarla. Reinaba una luz tenebrosa, y daba la impresión a la vez de tormenta, de noche de finales de invierno, y de fría llovizna. Al principio no se veía a nadie en ese paisaje desolado. Luego, a lo lejos, aparecía algo; un momento después ese algo se concretaba en la figura de un hombre corriendo, saltando, brincando por encima de los muros de contención y volviéndose de cuando en cuando hacia atrás para mirar con inquietud. Cuanto más se acercaba, más parecía que estaba, no ya inquieto, sino terriblemente asustado, aun cuando no se le distinguía la cara. Estaba, además, casi a punto de caer sin fuerzas.

Seguía corriendo; cada obstáculo que se le cruzaba parecía salvarlo con más dificultad que el anterior. «¿Podrá saltar el siguiente?», pensó Parkins. «Parece más alto que

los otros». Sí, medio trepando, medio arrojándose después desde arriba, subió y cayó como un fardo al otro lado (más cercano del espectador). Allí, junto al muro de contención, como si fuese imposible levantarse otra vez, se quedó, a cuatro patas, mirando con un gesto de angustiosa ansiedad. Hasta aquí no se veía causa alguna que provocara el *miedo* del que corría, pero luego empezaba a divisarse a lo lejos, en la playa, el corretear de un bultito fosforescente que se movía con gran agilidad y de manera irregular. A medida que se hacía más grande, se iba perfilando como una figura borrosa, vestida de flotantes ropajes. Tenía algo su manera de moverse que le quitaba a Parkins todo deseo de verla de cerca. Se detenía, alzaba los brazos, se inclinaba sobre la arena, corría después completamente encorvada por la playa, hasta llegar al borde del agua; entonces, se enderezaba y reemprendía su persecución a pasmosa velocidad. Por fin, llegaba el momento en que el perseguidor empezaba a merodear de derecha a izquierda unas cuantas yardas más allá del muro de contención donde yacía oculto el hombre. Tras dos o tres vueltas infructuosas, se detenía, se enderezaba con los brazos en alto, y luego se arrojaba hacia la parte delantera del muro de contención.

Al llegar a este punto, Parkins fracasaba siempre en su decisión de mantener los ojos cerrados. Lleno de dudas sobre si sería su cerebro fatigado por el exceso de trabajo, o el humo excesivo y cosas así, lo que le impedía llegar a completar la visión, el caso es que al final se resignó a encender la palmatoria, abrir el libro y pasar la noche despierto, cosa que prefería mil veces a verse atormentado por aquel persistente paisaje que, según le parecía a él, sólo podía deberse a una morbosa reflexión del paseo y los pensamientos de ese mismo día.

Al rascar la cerilla y encenderla de pronto, debió asustar a las criaturas de la noche —ratas o lo que fuera—, porque

las oyó echar a correr ruidosamente del lado de su cama. «¡Vaya por Dios! ¡Se me ha apagado la cerilla! ¡Qué contrariedad!» Pero la segunda no se apagó; así que encendió la vela, abrió el libro y se concentró en él hasta que, al cabo de muy poco tiempo, cayó vencido por un, sueño sano y reparador. Y así fue como, por primera vez en su ordenada y prudente vida, olvidó apagar la vela, y cuando le llamaron a las ocho de la mañana, aún vacilaba una llamita en el hueco de la palmatoria, y sobre la mesita de noche se habían formado lamentables grumos de cera derramada. Después de desayunar, se encontraba en su habitación terminando de preparar sus cosas de golf —la fortuna le había asignado nuevamente al coronel; como compañero—, cuando la camarera llamó otra vez.

—Por favor —dijo—, ¿sería tan amable de decirme si necesita más mantas en su cama, señor?

—¡Ah!, muchas gracias —dijo Parkins—. Sí, tráigame una. Parece que el tiempo ha enfriado bastante.

Un momento después, la camarera estaba de vuelta con la manta.

—¿En qué cama la pongo, señor? —preguntó.

—¿Cómo? Pues en esta…, en la que dormí anoche —dijo él señalándola.

—¡Ah, sí! Perdone el señor, pero es que nos pareció que se había acostado en las dos; al menos, hemos tenido que hacer las dos esta mañana.

—¿De veras? ¡Pero eso es absurdo! —exclamó Parkins—. Ni siquiera he tocado esa otra, si no fue para dejar algunas cosas encima. ¿Dice usted que parecía como si alguien hubiese dormido en ella?

—¡Sí, señor! —dijo la criada—. Estaba toda deshecha, con las sábanas revueltas como si alguien hubiera pasado una mala noche, y usted perdone.

—¡Válgame Dios! —dijo Parkins—. Bueno. A lo mejor la he desordenado más de lo que creía al deshacer las maletas. Siento mucho haberlas obligado a trabajar el doble, se lo aseguro. A propósito, dentro de poco llegará un amigo mío, un señor de Cambridge, que la ocupará por una noche o dos. Supongo que no habrá ningún inconveniente, ¿verdad?

—Claro que no, señor. Muchas gracias. No pase cuidado, que no lo habrá —dijo la camarera, y se fue corriendo a contárselo a sus compañeras para reírse un rato.

Parkins salió con la firme determinación de mejorar su juego.

Me alegro de poder decir que lo logró hasta tal punto que el coronel, que al principio parecía sentirse algo descontento ante la perspectiva de jugar por segundo día consecutivo en su compañía, se fue volviendo muy comunicativo a medida que avanzaba la mañana, y su voz resonaba por el campo, como hubiera dicho también uno de nuestros poetas de segunda fila, «como la campana mayor de la torre de un monasterio».

—Qué ventarrón tuvimos anoche —dijo—. En mi tierra dirían que alguien estuvo silbando para llamarlo.

—¿De verdad? —exclamó Parkins—. ¿Existen aún supersticiones de ese tipo en su tierra?

—Nada de supersticiones —dijo el coronel—. Esa creencia la tienen en Dinamarca y en Noruega, y también en la costa de Yorkshire, y yo considero que, por lo general, hay siempre un fondo de verdad en lo que son y han sido durante generaciones las creencias de un pueblo. Le toca a usted —algo así fue lo que añadió.

El lector aficionado al golf puede imaginar las digresiones que considere más apropiadas, e intercalarlas en los momentos más adecuados. Cuando reanudaron la conversación, Parkins dijo con cierta vacilación:

—A propósito de lo que me decía usted hace un momento, coronel, debo manifestarle que mis convicciones al respecto son bastante firmes. De hecho, soy un escéptico convencido en lo que se refiere a eso que llaman lo «sobrenatural».

—¡Cómo! —exclamó el coronel—, ¿pretende decir que no cree en los presagios, las apariciones y cosas de esta naturaleza?

—En nada de todo eso —replicó Parkins con firmeza.

—Bueno —dijo el coronel—; pero entonces me parece a mí que, en ese sentido, es usted algo así como un saduceo.

Parkins estuvo a punto de contestarle que, en su opinión, los saduceos fueron las personas más razonables del Antiguo Testamento, pero como no sabía si se les citaba mucho o nada en dicha obra, prefirió reírse ante esta acusación.

—Puede que lo sea —dijo—, pero… ¡A ver, muchacho, dame mi palo!… Perdone un momento, coronel —hubo una corta pausa—. Mire, sobre eso de llamar al viento silbando, permítame que le diga mi teoría. Las leyes que rigen los vientos no son perfectamente conocidas en realidad…, y menos por los pescadores y demás. Vamos a suponer que, en determinadas circunstancias, se ve repetidamente a un hombre o a una mujer de costumbres extravagantes, o a un extranjero, junto a la orilla, a una hora desusada, y se le oye silbar. Poco después se levanta un fortísimo viento; cualquier entendido que sepa observar el cielo o que tenga un barómetro, habría podido predecirlo. Pero las gentes sencillas de un pueblecito pesquero no poseen barómetros y sólo saben cuatro cosas sobre el tiempo. ¿Qué más natural que considerar al personaje extravagante que yo he supuesto como causante del viento, o que él o ella se aferre ávidamente a la fama de poder hacer tal cosa? Bueno, y ahora tomemos el caso del viento de anoche: resulta que yo

mismo estuve silbando. Toqué un silbato por dos veces, y el viento pareció levantarse exactamente como si respondiera a mi llamada. Si alguien me hubiese visto…

Su interlocutor empezaba a impacientarse con este discurso, pues me temo que Parkins había adoptado un tono de conferenciante; pero al oír la frase final, el coronel se detuvo.

—¿Silbando dice que estuvo? —exclamó—. ¿Y qué clase de silbato gasta usted?

Tire primero.

Hubo una pausa.

—Me estaba preguntando usted por el silbato, coronel. Es muy curioso. Lo llevo aquí…, no, ahora recuerdo que lo he dejado en mi habitación. La verdad… es que me lo encontré ayer.

Y entonces Parkins le contó cómo llegó a descubrir el silbato; y al oírlo el coronel, soltó un gruñido y dijo que él, en su lugar, tendría mucho cuidado en utilizar un objeto que había pertenecido a una partida de papistas de quienes no se podía saber con seguridad de qué fueron capaces. De este tema, pasó alas exageraciones del vicario, el cual había notificado el domingo anterior que el viernes sería la festividad de Santo Tomás Apóstol, y que habría un servicio a las once en la iglesia. Este y otros detalles por el estilo constituían, a juicio del coronel, un serio fundamento para pensar que el vicario era un papista disfrazado, si es que no era jesuita; y Parkins, que no era capaz de seguir al coronel en este tema, no se mostró en desacuerdo con él. De hecho, pasaron la mañana tan a gusto juntos que ninguno de los dos habló de separarse después de comer.

Por la tarde siguieron jugando bien, o al menos lo bastante bien como para olvidarse de todo, hasta que empezó a oscurecer. Hasta ese momento no se acordó Parkins de su propósito de inspeccionar un poco más el

convento; pera, tampoco tenía mucha importancia, pensó. Lo mismo daba un día que otro, así que regresaría en compañía del coronel. Al dar la vuelta a la esquina de la casa, el coronel estuvo a punto de ser derribado por un muchacho que venía a toda velocidad; chocó, pero luego, en vez de reanudar la carrera, se quedó agarrado a él sin aliento. Las primeras palabras que acudieron a la boca del militar fueron de mal humor y reconvención, pero inmediatamente se dio cuenta de que el muchacho casi no podía hablar de lo asustado que estaba. Al principio le fue imposible contestar a las preguntas que le hicieron. Cuando recobró el aliento empezó a llorar, agarrado todavía a las piernas del coronel. Finalmente lograron soltarle, pero siguió lloriqueando.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué has visto? —dijeron los dos hombres.

—¡Ay, lo he visto hacerme señas desde la ventana —gimió el chiquillo—, y me ha asustado!

—¿Qué ventana? —preguntó furioso el coronel—. Vamos, serénate, muchacho.

—La ventana del hotel —dijo el niño.

Parkins se mostró entonces partidario de mandar al niño a su casa, pero el coronel se negó; quería saber exactamente qué había pasado, dijo; era extremadamente peligroso darle un susto de esa naturaleza a un niño, y si lograba averiguar quien era el que andaba gastando esas bromas, le iba a dar su merecido. Y tras una serie de preguntas consiguió poner en claro lo siguiente: el niño había estado jugando en el césped de la entrada de El Globo con otros niños; luego, estos se habían marchado a sus casas a merendar, e iba él a marcharse también, cuando se le ocurrió mirar hacia la ventana que tenía delante y vio entonces cómo le hacía señas. Aquello parecía una especie de figura vestida de blanco…, pero no pudo verle la cara, le

hacía señas, y tenía un aspecto muy raro…, no parecía una persona normal. ¿Había luz en la habitación? No, no se le ocurrió fijarse en eso, aunque creía que no. ¿Qué ventana era? ¿Era en el ático o en el segundo? Era en el segundo…, la del mirador, esa que tenía dos ventanas más pequeñas a los lados.

—Muy bien, muchacho —dijo el coronel, tras unas cuantas preguntas más—. Ahora vete corriendo a tu casa. Seguramente es alguien que ha querido darte un susto. Otra vez, como inglés valiente que eres, le das una pedrada…, bueno, no, una pedrada no, vas y se lo dices al camarero, o al señor Simpson; y eso sí, le dices que te lo he dicho yo.

El semblante del niño reflejaba las dudas que abrigaba acerca de la atención que se dignaría prestar el señor Simpson a sus quejas; pero el coronel no pareció darse cuenta, y prosiguió:

—Aquí tienes una moneda de seis peniques; digo no, un chelín, y ahora vete a tu casa y no pienses más en eso.

El niño echó a correr, tras darle las gracias lleno de zozobra, y el coronel y Parkins dieron media vuelta y se dirigieron a la parte delantera del hotel con objeto de hacer un reconocimiento de la fachada. Sólo había una ventana que respondía a la descripción que les acababan de dar.

—Bueno, esto es muy extraño —dijo Parkins—; evidentemente, es a mi ventana a la que se refería. ¿Quiere subir un momento conmigo, coronel Wilson? Vamos a ver quién se ha tomado la libertad de entrar en mi habitación.

No tardaron en llegar al pasillo, y Parkins hizo ademán de abrir la puerta. Luego se detuvo y se registró los bolsillos.

—Esto es más serio de lo que creía —observó—. Ahora recuerdo que al salir esta mañana dejé cerrado con llave, y la llave la tengo aquí —dijo, mostrándola en alto—. Así que —prosiguió—, si la servidumbre tiene la costumbre de entrar en las habitaciones de los clientes en ausencia de estos, sólo

me cabe decir que…, bueno, que no me parece correcto, ni mucho menos.

Y sintiéndose un tanto encogido de ánimo, puso toda su atención en abrir la puerta —que, efectivamente, estaba cerrada con llave— y en encender las velas.

—Pues no —dijo—, parece que está todo en su sitio.

—Todo menos su cama —observó el coronel.

—Perdone, pero esa no es la mía —dijo Parkins—. Esa no la utilizo. Pero parece como si alguien hubiera querido gastarme una broma deshaciéndola.

Efectivamente, las sábanas y las mantas estaban revueltas y en la más completa confusión. Parkins reflexionó.

—Ya sé lo que ha debido pasar —dijo finalmente—: la desordené yo anoche al abrir mis maletas, y no la he vuelto a hacer desde entonces. Seguramente entraron a arreglarla, y el niño ha visto a las camareras por la ventana. Luego las han debido llamar y han cerrado con llave al marcharse. Sí, seguro que ha sido eso.

—Bueno, llame al timbre y pregúnteles —dijo el coronel, y esta sugerencia le pareció muy practica a Parkins.

Se presentó la camarera y, resumiendo, declaró que ella había hecho la cama por la mañana estando el señor en la habitación, y desde entonces no había vuelto a entrar. El señor Simpson guardaba las llaves, él era quien podía decirle al señor si había estado alguien. Era un misterio. Tras una inspección, comprobaron que no faltaba nada de valor, y Parkins reconoció que todos los objetos que tenía sobre la mesa estaban en su sitio, por lo que podía asegurar que nadie los había tocado. Además ni el señor ni la señora Simpson habían dado el duplicado de la llave a nadie en todo el día. Por otra parte, Parkins, pese a su sagacidad, no logró descubrir en la conducta del patrón, de la patrona ni de la criada, gesto alguno que delatara el menor indicio de

culpabilidad. Más bien se inclinaba a creer que el niño había engañado al coronel.

Este último estuvo desusadamente silencioso y pensativo durante la cena y el resto de la noche. Cuando se despidió de Parkins para irse a dormir, murmuró de mal humor:

—Si me necesita esta noche, ya sabe dónde me tiene.

—¡Ah, sí!, muchas gracias, coronel, pero no creo que tenga que molestarle. A propósito, —añadió— ¿le he enseñado el silbato del que le hablé? Me parece que no. Mire, es este.

El coronel se acercó a examinarlo a la luz de la vela.

—¿Ha leído la inscripción? —preguntó Parkins cuando lo tuvo de nuevo en sus manos.

—No, con esta luz no puedo. ¿Qué piensa hacer con él?

—No sé, cuando regrese a Cambridge se lo enseñaré a algún arqueólogo de allí para ver qué piensa, y si considera que tiene valor, lo donaré a algún museo.

—¡Muuu!... —exclamó el coronel—. Bueno, puede que tenga razón. Pero le aseguro que si fuera mío lo tiraría inmediatamente al mar. Ya sé que no sirve de nada discutir; supongo que usted es de los que sólo creen en lo que ven. Bien, espero que tenga buenas noches.

Dio media vuelta, dejando a Parkins con la palabra en la boca, y poco después cada uno estaba en su habitación. Por alguna desdichada razón, las ventanas de la habitación del profesor no tenían ni cortinas ni persianas. La noche anterior no le había dado importancia, pero esta noche era muy probable que la luna, que estaba saliendo, diera más adelante de lleno en su cama y le despertara. Al darse cuenta de este detalle, se sintió enormemente contrariado, pero con ingenio digno de envidia consiguió, valiéndose del riel de la cortina, unos cuantos imperdibles, un bastón de golf y un paraguas, armar una pantalla, la cual, si lograba sostenerse, protegería su cama de la luz de la luna. Poco

después se hallaba metido confortablemente en la cama. Y después de leer un buen trozo de cierta obra de envergadura, suficiente para provocar serios deseos de dormir, echó una mirada soñolienta en torno a la habitación, apagó la vela y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Llevaría durmiendo una hora o más, cuando un estrépito repentino le despertó sobresaltado. Inmediatamente comprendió lo que había ocurrido: se había venido abajo la pantalla que tan cuidadosamente había montado, y una luna fría y brillante le daba plenamente en el rostro. Era una verdadera contrariedad. ¿Se sentía capaz de levantarse a reconstruir la pantalla, o podría seguir durmiendo sin tenerse que levantar? Durante unos minutos permaneció echado, reflexionando sobre qué partido tomar; luego se volvió bruscamente y, con los ojos completamente abiertos, prestó atención con la respiración contenida. Estaba seguro de haber percibido un movimiento en la cama vacía del otro lado de la habitación. Mañana mandaría quitarla de ahí, porque había ratas o algo parecido que se movían en ella. Ahora estaba todo tranquilo.

¡No! Otra vez empezaba la agitación. Se oían crujidos y sacudidas, pero, evidentemente, eran más fuertes de lo que podía producir cualquier rata. Me imagino la perplejidad y el horror que debió experimentar el profesor, Porque hace unos treinta años tuve yo un sueño en el que pasaba lo mismo; pero tal vez le resulte difícil al lector imaginar lo espantoso que debió de ser descubrir una figura sentada en la cama que él había creído vacía. Abandonó la suya de un salto y echó a correr hacia la ventana donde tenía su única arma: el Palo de golf con el que había confeccionado la pantalla. Pero entonces comprendió que era lo peor que se le había podido ocurrir, porque el personaje de la cama vacía, con un movimiento suave y repentino, se incorporó y se puso en guardia con los brazos extendidos entre las dos camas,

delante de la puerta, Parkins se le quedó mirando con aterrada perplejidad. De algún modo, la idea de cruzar por donde estaba la figura y huir por la puerta le pareció irrealizable. No habría sido capaz de rozarla, no sabía por qué; así que, si pretendía acercársele, estaba dispuesto a arrojarse por la ventana. Durante un momento permaneció en una zona de oscuridad, por lo que Parkins no pudo verle la cara.

Luego empezó a avanzar, inclinándose hacia adelante, y Parkins comprendida, en seguida, con horror y alivio a la vez, que estaba ciega, ya que tanteaba el camino extendiendo al azar sus brazos entrapajados. Al dar un paso, descubrió de súbito la cama que Parkins había ocupado, y se lanzó sobre las almohadas con una furia tal que Parkins sintió el escalofrío más intenso de su vida. En escasos segundos comprobó que la cama estaba vacía; entonces se dirigió hacia la ventana, por lo que entró en la zona iluminada, revelando así qué clase de criatura era.

A Parkins le disgusta enormemente que le pregunten sobre este particular; sin embargo, una vez refirió esta escena estando yo presente, y comentó que lo que recuerda sobre todo es su horrible, su intensamente horrible rostro de trapo arrugado. No pudo o no quiso contar la expresión que reflejaba el rostro ese; lo cierto es que el miedo que sintió estuvo a punto de hacerle perder la razón. Pero no tuvo tiempo de observarlo con detalle. Increíblemente veloz, la figura se deslizó hasta el centro de la habitación y, al tantear el aire con los brazos, un pico de sus ropas rozó el rostro de Parkins. No pudo —pese a lo peligroso que sabía que era hacer ruido—, reprimir un grito de repugnancia, lo que dio instantáneamente una pista a su perseguidor. Saltó sobre Parkins, y este; retrocedió, gritando con todas sus fuerzas, hasta sacar la espalda por la ventana, y entonces el rostro de trapo se abalanzó sobre el suyo. En este instante

supremo, como habrán adivinado ya, le llegó la salvación: el coronel irrumpió bruscamente en la habitación a tiempo de ver la horrible escena en la ventana. Al acercarse adonde ellos estaban, sólo quedaba una figura, la de Parkins, que yacía sin conocimiento en el suelo de la habitación; junto a él había un montón informe de sábanas arrugadas.

El coronel Wilson no preguntó nada, pero no dejó entrar a nadie, y trasladó a Parkins nuevamente a su cama; luego se envolvió en una manta y se echó a descansar él también en la otra. Rogers llegó a primera hora de la mañana siguiente, y fue acogido con más entusiasmo de lo que habría sido de haber llegado el día anterior; seguidamente, estuvieron deliberando durante largo rato en la habitación del profesor. Al final salió el coronel del hotel llevando un pequeño objeto entre los dedos índice y pulgar, y lo arrojó en el mar todo lo lejos que le permitió su brazo. Más tarde se vio ascender el humo de una hoguera que habían encendido en la parte de atrás del edificio.

Debo confesar que no recuerdo qué clase de historia contaron a la servidumbre y a los clientes. El profesor se salvó milagrosamente de la sospecha de haber sufrido un *delirium tremens*, y el hotel de la fama de escandaloso. No es difícil presumir qué le habría ocurrido a Parkins de no haber intervenido a tiempo el coronel. O se habría caído desde la ventana o habría perdido el juicio. Pero lo que no está tan claro es si la criatura que acudió a la llamada del silbato habría hecho algo más que asustar. Parece que no se trataba de un ser material, aparte de las sábanas retorcidas que daban forma a su cuerpo. El coronel, que recordaba un suceso parecido ocurrido en la India, estaba convencido de que si Parkins se hubiera enfrentado a ese ser habría comprobado que no tenía más poder que el de asustar. En definitiva, dijo, el incidente no hacía sino corroborar la opinión que tenía él de la Iglesia de Roma.

Y no hay nada más que añadir, en realidad; pero, como pueden imaginar, las opiniones del profesor sobre determinadas cuestiones no son ya todo lo firmes que solían ser. Sus nervios también están destrozados: aún se estremece cuando ve un sobrepelliz colgando de una puerta, y la visión de un espantapájaros en el campo, algunos atardeceres de finales de invierno, le ha costado más de una noche de insomnio.

Lázaro

Leonid Andréiev

(1906)

I

Cuando Lázaro salió del sepulcro, donde tres días y tres noches yaciera bajo el misterioso poder de la muerte, y, vuelto a la vida, tornó a su casa, no advirtieron sus deudos, al principio, las malignas rarezas que, con el tiempo, hicieron terrible hasta su nombre. Alborozados con ese claro júbilo de verlo restituido a la vida, amigos y parientes prodigábanle caricias y halagos sin cesar y ponían el mayor esmero en tenerle a punto la comida y la bebida y ropas nuevas. Vistiéronle hábitos suntuosos con los colores radiantes de la ilusión y la risa, y cuando él, semejante a un novio con su traje nupcial, volvió a sentarse entre los suyos a la mesa, y comió y bebió con ellos, lloraron todos de emoción y llamaron a los vecinos para que viesen al milagrosamente resucitado.

Y los vecinos acudieron y también se regocijaron; y vinieron también gentes desconocidas de remotas ciudades y aldeas y con vehementes exclamaciones expresaban su reverencia ante el milagro… Como enjambres de abejas revoloteaban sobre la casa de María y Marta. Y lo que de nuevo se advertía en el rostro de Lázaro y en sus gestos, reputábanlo naturalmente como huellas de la grave enfermedad y de las conmociones padecidas. Era evidente que la labor destructora de la muerte, en el cadáver, había sido detenida por milagroso poder, pero no borrada del todo; y lo que ya la muerte lograra hacer con el rostro y el cuerpo de Lázaro, venía a ser cual el diseño inconcluso de un artista, bajo un fino cristal.

En las sienes de Lázaro, por debajo de sus ojos y en las demacradas mejillas, perduraba una densa y terrosa cianosis; y esa misma cianosis terrosa matizaba los largos

dedos de sus manos y también en sus uñas, que le crecieran en el sepulcro, resaltaba ese mismo color azul, con tonos rojizos y oscuros. En algunos sitios, en los labios y en el cuerpo, habíasele resquebrajado la piel, tumefacta en el sepulcro, y en esos sitios mostraba tenues grietas rojizas, brillantes, cual espolvoreadas de diáfana mica. Y se había puesto obeso. El cuerpo, hinchado en el sepulcro, conservaba aquellas monstruosas proporciones, aquellas protuberancias terribles, tras las cuales adivinábase la hedionda humedad de la putrefacción. Pero el cadavérico hedor de que estaban impregnados los hábitos sepulcrales de Lázaro, y, al parecer, su cuerpo todo, no tardó en desaparecer por completo y al cabo de algún tiempo amortiguóse también la cianosis de sus manos y su rostro y se igualaron aquellas hinchazones rojizas de su piel, aunque sin borrarse del todo. Con esa cara presentóse a la gente, en su segunda existencia; pero aquello parecía natural a quienes le habían visto en el sepulcro.

Lo mismo que la cara pareció haber cambiado también el carácter de Lázaro; pero tampoco eso asombró a nadie ni atrajo sobre él demasiado tiempo la atención. Hasta el día de su muerte, había sido Lázaro un hombre jovial y desenfadado, amigo de risas y burlas inocentes. Por esa su jovialidad simpática e inalterable, exenta de toda malignidad y sombra de mal humor, cobrábale tanto cariño el Maestro. Ahora, en cambio, habíase vuelto serio y taciturno; jamás gastaba bromas a nadie ni coreaba con su risa las ajenas; y las palabras que rara vez salían de sus labios, eran las más sencillas, corrientes e indispensables y tan faltas de sustancia y enjundia, cual esos sonidos con que el animal expresa su dolor y su bienestar, la sed y el hombre. Palabras que un hombre puede pronunciar toda su vida, sin que nadie llegue a saber de que se duele o se alegra su profunda alma.

Así, con la faz de un cadáver, sobre el que, por espacio de tres días, señoreara la muerte en las tinieblas… vestido con sus nupciales ropas, brillantes de amarillo oro y sanguinolenta púrpura, pesado y silencioso, vuelto otro hasta el espanto, pero aun reconocible para todos… sentábase a la mesa del festín, entre sus amigos y deudos. En anchas ondas, ora dulces, ora sonoramente aborrascadas surgían en torno a él, las ovaciones; y miradas, encendidas de amor, iban a posarse en su rostro, que aún conservaba la frialdad de la tumba; y la tibia mano de un amigo acariciaba la suya, pesada y azuleante. Tocaba la música. Habían llevado músicos y estos tocaban cosas alegres; y vibraban címbalos y flautas, citaras y guzlas. Como enjambres de abejas, bordoneaban… como cigarras estridentes… Como pájaros, cantaban sobre la venturosa mansión de María y Marta.

II

Un imprudente levantó el velo. Con el soplo indiscreto de una palabra lanzada al azar, rompió el luminoso encanto y en toda su informe desnudez dejó ver la verdad. Aún no se concretara del todo en su mente la idea, cuando sus labios, sonriendo, preguntaron:

—¿Por qué Lázaro, no nos cuentas… lo que viste allí?

Y todos guardaron silencio, sorprendidos de aquella pregunta. Parecía como si, por primera vez entonces, se diesen cuenta de que Lázaro había estado muerto tres días y miráronlo curiosos, aguardando su respuesta. Pero Lázaro callaba.

—¿No quieres contárnoslo? —insistió el preguntón con asombro— ¡Tan terrible era aquello!

Y otra vez su pensamiento fuele a la zaga a sus palabras; de haberle ido por delante, no habría formulado esa pregunta, que en aquel mismo instante, le destrozaba el corazón con irresistible pánico. Inquietáronse también todos y con ansia aguardaban las palabras de Lázaro; pero este seguía guardando un silencio grave y frío y sus ojos tenían una mirada vaga. Y otra vez volvieron a notar, como al principio, aquella terrible cianosis de su rostro y aquella repugnante obesidad; sobre la mesa, como olvidadas por Lázaro, yacían sus manos, de un azul rojizo… Y todas las miradas involuntariamente fijas, convergían en ellas, cual si de ellas aguardasen la respuesta anhelada. Y seguían tocando los músicos; pero no tardó en correrse hasta ellas el silencio y así como el agua apaga un rescoldo, también aquel silencio apagó los alegres compases. Callaron las flautas; callaron también los sonoros címbalos y las bordoneantes guzlas; y lo mismo que una cuerda que salta,

gimió desmayada la canción… y como un trémulo, intermitente sonido, enmudeció también la cítara. Y todo quedó en silencio.

—¿No quieres decírnoslo? —repitió el preguntón, incapaz de contener su lengua. Reinaba el silencio y sobre la mesa descansaban inmóviles las azulosas, rojizas manos de Lázaro. Y he aquí que aquellos manos moviéronse levemente y todos respiraron aliviados y alzaron los ojos; y las fijaron en ellas, y todos a una, con una sola mirada, pesada y terrible, quedáronse contemplando al resurrecto Lázaro. Era aquel el tercer día, después que Lázaro saliera del sepulcro. De entonces acá, muchos habían sentido el poder aniquilador de su mirada; pero ni aquellos que por ella quedaron destruidos para siempre ni aquellos otros que en las primordiales fuentes de la vida, tan misteriosas como la propia muerte, encontraron valor para afrontarla… jamás pudieron explicarse lo horrible que, invisible, yacía en el fondo de sus negras pupilas. Miraba Lázaro de un modo sencillo y sereno, sin deseo de descubrir cosa alguna, ni intención de decir nada… hasta miraba fríamente cual si fuese del todo ajeno al espectáculo de la vida.

Y eran muchos los despreocupados que tropezaban con él y no lo notaban, y, luego, con asombro y pavor, reconocían quien era aquel hombre obeso y flemático que los rozaba con la orla de su lujosa y brillante túnica. Seguía brillando el sol cuando miraba él, y seguía manando, cantarina, la fuente y no perdían los cielos su color cerúleo; pero el hombre que caía bajo su mirada enigmática, ya no oía el rumor de la fuente ni reconocía los nativos cielos. Unas veces, rompía a llorar con amargura; otras, desesperado, se arrancaba los cabellos y, como loco, gritaba pidiendo socorro; pero lo más frecuente era que, con toda calma e indiferencia, empezara a morirse y siguiera muriéndose durante largos años, muriéndose a vista de todos,

muriéndose descolorido, bostezante y tedioso como un árbol que se va agotando en silencio sobre una tierra pedregosa. Y los primeros, los que gritaban y enloquecían, volvían luego a la vida; pero los otros… nunca.

—¿De modo, Lázaro, que no quieres contarnos lo que viste allí? —por tercera vez repitió el preguntón.

Pero ahora su voz era indiferente y brumosa y mortecina y un tedio gris miraba por sus ojos. Y sobre todas las caras extendióse como polvo, aquel mismo tedio mortal y con romo asombro miráronse unos a otros los comensales, sin comprender por qué se habían reunido allí, en torno a aquella rica mesa. Dejaron de hablar. Con indiferencia pensaban que debían irse a sus casas, pero no podían sacudirse aquel pegajoso e indolente tedio, que paralizaba sus músculos, y continuaban sentados, apartados unos de otros, cual nebulosas lucecillas desparramadas por los nocturnos campos. Pero a los músicos les habían pagado para que tocasen y volvieron a coger sus instrumentos y volvieron a surgir y saltar sus sones estudiadamente alegres, estudiadamente tristes. Toda aquella armonía vertíase sobre ellos, pero no sabían los comensales que falta les hacia aquello ni a que conducía el que aquellos individuos pulsasen las cuerdas, inflando los carrillos y soplasen en las tenues flautas y armasen aquel raro, discordante ruido.

—¡ Qué mal tocan! —dijo uno.

Los músicos diéronse por ofendidos y se largaron. Detrás de ellos, uno tras otro, fuéronse también los comensales, porque ya estaba anocheciendo. Y cuando por los cuatro costados envolviólos la sombra, y ya empezaban a respirar a sus anchas… súbitamente, ante cada uno de ellos, con el fulgor de un relámpago, surgió la figura de Lázaro; rostro azuleante de muerto, vestidura nupcial lujosa y brillante y fría mirada, del fondo de la cual destilaba, inmóvil, algo espantoso. Cual petrificados quedáronse ellos en distintos

sitios y la sombra los circundaba; pero en la sombra, con toda claridad, destacábase la terrible visión, la sobrenatural imagen de aquel que, por espacio de tres días yaciera bajo el enigmático poder de la muerte. Muerto estuvo tres días; tres veces salió y se puso el sol y él estaba muerto; jugaban los chicos, bordoneaba el agua en los guijarros, ardía el polvo, levantado en el camino por los pies de los viandantes… y él estaba muerto. Y ahora otra vez se hallaba entre los hombres…, los palpaba…, los miraba…, ¡los miraba!… y por entre los negros redondeles de sus pupilas, como al través de opaco vidrio, miraba a las gentes el más incomprensible Allá.

III

Nadie se preocupaba de Lázaro, amigos y deudos, todos sin excepción, lo habían abandonado y el gran desierto que rodeaba la ciudad santa, llegaba hasta los umbrales mismos de su casa. Y en su casa se metía y en su cuarto se instalaba cual si fuese su mujer y apagaba los fuegos. Nadie se preocupaba de Lázaro. Una tras otra, fuéronse de su lado sus hermanas… María y Marta… Resistióse mucho a hacerlo Marta, porque no sabía quien iría luego a alimentarlo y le daba lástima y lloraba y oraba. Pero una noche, habiéndose levantado en el desierto un huracán que, silbando, zarandeaba los cipreses sobre el techo, vistióse sus ropas con sigilo y con el mismo sigilo se fue. Seguro que Lázaro oiría el ruido de la puerta que, mal cerrada, volteaba sobre sus goznes bajo los intermitentes embates del viento… pero no se levantó ni salió a mirar. Y toda la noche, hasta ser de día, estuvieron zumbando sobre su cabeza los cipreses y crujiendo, quejumbrosa, la puerta, dando paso franco hasta el interior de la casa, al frío y ansiosamente galopante desierto.

Cual a un leproso huíanle todos y como a un leproso querían colgarle al cuello una campanilla, con el fin de evitar oportunamente su encuentro. Pero hubo quién, palideciendo, dijo que seria terrible eso de oír en el silencio de la noche, al pie de la ventana, el tintineo de la campanilla de Lázaro… y todos también, palideciendo, le dieron la razón. Y como tampoco él se cuidaba de sí mismo, es posible que se hubiera muerto de hambre, si sus vecinos, por efecto de cierto temor, no se hubieran encargado de llevarle la comida. Valíanse para esto de los niños, que eran los únicos que no se asustaban de Lázaro; sino que, lejos de

eso, burlábanse de él, como suelen hacerlo, con inocente crueldad, de todos los desdichados.

Mostrábansele indiferentes, y con la misma indiferencia pagaba Lázaro; no sentía el menor antojo de acariciar sus negras cabecitas ni mirar a sus ojillos, brillantes e ingenuos. Rendida al poder del tiempo y del desierto, derrumbóse su casa, y mucho hacía ya que se le fueran con sus vecinos sus hambrientas escuálidas cabras. Desgarráronsele también sus lujosas vestiduras nupciales. Según se las pusiera aquel venturoso día, en que tocó la música, así las llevó sin mudárseles, cual si no advirtiese diferencia alguna entre lo nuevo y lo viejo, entre lo roto y lo entero.

Aquellos vistosos colores se destiñeron y perdieron su brillo; los malignos perros de la ciudad y los agudos abrojos del desierto convirtieron en andrajos su delicado cíngulo. Un día, que el implacable sol volviérase un verdugo de toda cosa viva y hasta los escorpiones permanecían amodorrados bajo sus piedras, conteniendo su loca ansia de morder, Lázaro, sentado inmóvil bajo los rayos solares, alzaba a lo alto su azulesco rostro y sus greñudas y salvajes barbazas. Cuando todavía los hombres le hablaban, preguntáronle una vez:

—Pobre Lázaro, ¿es que lo gusta estarte sentado, mirando al sol?

Y contestó él:

—Sí.

Tan grande debía de ser el frío de tres días en la tumba y tan profunda su tiniebla, que no había ya en la tierra calor ni luz bastantes a calentar a Lázaro y a iluminar las sombras de sus ojos —pensaban los preguntones y, suspirando, se alejaban.

Y cuando el globo rojizo, incandescente, se inclinaba hacia la tierra, salíase Lázaro al desierto e iba a plantarse frente al sol, como si quisiera cogerlo. Siempre caminaba

cara al sol, los que tuvieron ocasión de seguirlo y ver lo que hacía por las noches en el yermo, conservaban indelebles en la memoria la larga silueta de aquel hombre alto, sombrío sobre el rojo y enorme disco encendido del astro. Ahuyentábalos la noche con sus terrores y no llegaban a saber lo que hacía Lázaro en el desierto; pero su imagen negra sobre rojo, quedábaseles grabada en el cerebro, con caracteres imborrables. Como una fiera, que revuelve los ojos y se frota el hocico con sus patas, así también apartaban ellos la vista y se restregaban los ojos; pero la imagen de Lázaro quedaba impresa en ellos hasta la muerte.

Pero había individuos que vivían lejos y nunca habían visto a Lázaro y solo tenían de él vagas referencias. Por efecto de esa curiosidad irresistible, más poderosa todavía que el miedo, aunque del miedo se nutre, con una íntima burla en el alma, llegábanse a Lázaro, que estaba sentado al sol, y lo interpelaban. Por aquel entonces, ya el aspecto exterior de Lázaro había mejorado y no resultaba tan imponente; así que, al pronto, ellos chascaban los dedos y pensaban que los habitantes de la ciudad santa eran unos estúpidos. Pero luego de terminarse el breve coloquio, cuando ya se iban a sus casas, mostraban un aspecto tal, que en seguida los habitantes de la ciudad santa los conocían y comentaban:

—Todavía hay locos que van a ver a Lázaro —y sonreían compasivos y alzaban al cielo los brazos. Llegaban, con estruendo de armas, valientes guerreros que no conocían el miedo; llegaban, con risas y canciones, jóvenes felices; y discretos publicanos, preocupados con el dinero, y los arrogantes ministros del templo detenían sus rebaños junto al hebreo Lázaro…, pero ninguno volvía de allí como había ido. La misma sombra terrible caía sobre las almas y confería un nuevo aspecto al viejo mundo conocido. Así expresaban sus sentimientos aquellos que se prestaban aún a hablar:

Todos los objetos, visibles para los ojos y tangibles para la mano, vuélvense vacíos, livianos y translúcidos… semejantes a claras sombras en la bruma nocturna, así se vuelven: porque esa misma gran bruma que envuelve toda la creación, no iluminada por el sol ni por la luna, ni por las estrellas, que cual velo negro infinito arropa a la tierra como una madre, envolvíalos a todos; todos los cuerpos penetrábamos, así el hierro como la piedra y soltábanse las partes del cuerpo, faltas de encaje, y en lo hondo de esas partes penetraba también y disgregábanse las partes en partículas; porque ese gran vacío, que envuelve la creación no se colmaba ni con el sol ni con la luna o las estrellas, sino que imperaba sin límites, por doquiera calaba, separándolo todo, cuerpos de cuerpos y partes de partes; en el vacío hundían sus raíces los árboles y ellos también estaban vacíos; en el vacío, amenazando con espectral caída, gravitaban los templos, los palacios y las casas y ellos también estaban vacíos; y en el vacío agitábase inquieto el hombre y también resultaba vacío y leve cual una sombra: porque no existía el tiempo y el principio de cada cosa fundíase con su fin; apenas labraban un edificio y aun sus constructores daban martillazos; cuando ya se dejaban ver sus escombros y en el lugar de ellos, el vacío; apenas nacía una criatura, cuando ya sobre su cabeza ardían los blandones fúnebres y se apagaban y ya el vacío ocupaba el lugar del hombre y de los fúnebres blandones; y abrazado por el vacío y la sombra, temblaba sin esperanza el hombre ante el horror de lo Infinito.

Así decían aquellos que aun se prestaban a hablar. Pero es de suponer que aún habrían podido decir más aquellos otros que se negaban a hablar y en silencio morían.

IV

Por aquel tiempo había en Roma un escultor famoso. Del barro, el mármol y el bronce creaba cuerpos de dioses y hombres y era tal su divina belleza que todos la reputaban sin igual.

Él, sin embargo, no estaba satisfecho de sus obras y afirmaba que aún había algo más bello que no podía reproducirse ni en el mármol ni en el bronce.

—Aún no pude captar el fulgor de la Luna —decía— ni tampoco el del sol… y mis mármoles no tienen alma ni mis bellos bronces, vida.

Y cuando las noches de luna, vagaba despacio el artista por la ciudad y, recortando las negras sombras de los cipreses, se deslizaba con su blanco jitón bajo la luna, los amigos que se lo encontraban, echábanse a reír afectuosamente y decían:

—¿Es que andas tras de cazar el fulgor de la luna, Aurelio? ¿Por qué no te trajiste un cesto?

Y él, también riendo, señalaba a sus ojos:

—Estos son mis cestos, en los que recojo la luz de la luna y el resplandor del sol.

Y era verdad; brillaba en sus ojos la luna y el sol resplandecía en ellos. Sólo que no podía trasladarlos al mármol y aquel era el luminoso dolor de su vida. Procedía de antiguo linaje patricio, estaba casado con una mujer de buena condición, tenía hijos y no podía sufrir deficiencia de ninguna clase. Luego que hubo llegado a sus oídos la vaga fama de Lázaro, consultó con su mujer y sus amigos y emprendió la larga peregrinación a Judea, al solo fin de ver con sus propios ojos a aquel hombre milagrosamente resucitado. Sentíase por aquel entonces un tanto aburrido y

esperaba reavivar con aquel viaje su adormecida atención. Cuanto le habían referido del resucitado, no fue parte a intimidarlo; había meditado mucho sobre la muerte, y aunque no le resultaba simpática, menos simpáticos le eran todavía aquellos que la descartaban de su vida.

A este lado… la bellísima vida; a este otro… La enigmática muerte —pensaba él— y nada mejor podía discurrir el hombre que lo vivo…, alegrarse con la vida y la belleza es lo vivo.

Y hasta sentía cierto presuntuoso deseo; ver a Lázaro con la verdad de sus ojos y volver a la vida su alma de igual modo que volviera su cuerpo. Lo cual le parecía tanto más fácil cuanto que aquellos rumores sobre el resucitado, raros y medrosos, no expresaban toda la verdad acerca de él y solamente de un modo confuso prevenían contra algo espantoso.

Ya se levantaba Lázaro de la piedra para seguir al sol que iba a ocultarse en el desierto, cuando hubo de llegarse a él un opulento romano, seguido de un esclavo armado, y en voz recia, le dijo:

—¡Lázaro!

Y reparó Lázaro en el bello arrogante rostro nimbado por la fama y las radiantes vestiduras y las gemas que centelleaban al sol. Los rojizos rayos del astro daban a la cabeza y a la cara un cierto parecido con el bronce vagamente brillante… y Lázaro lo advirtió. Sentóse dócilmente en su sitio y agobiado, bajó la vista.

—Si… no tienes nada de bello, mi pobre Lázaro —dijo lentamente el romano, jugando con su cadenilla de oro— incluso terrible pareces, mi pobre amigo; y la muerte no anduvo perezosa el día que tan imprudentemente caíste en sus brazos. Pero estás inflado como un tonel y los gordos son gente buenaza, por lo general —decía el gran Usar— y no me explico por qué la gente te tiene tanto miedo. ¿Me

permitirás pasar la noche en tu casa? Es tarde ya y no tengo posada.

Nadie hasta entonces pidiérale hospitalidad por una noche en su casa al resucitado.

—Yo no tengo casa —dijo Lázaro.

—Yo soy algo marcial y puedo dormir sentado —respondióle el romano—. Encenderemos lumbre…

—Yo no tengo fuego.

—Pues entonces, nos sentaremos en la sombra, como dos amigos y conversaremos. Pienso que tendrás algo de vino …

—Yo no tengo vino.

El romano echóse a reír.

—Ahora comprendo por qué estás tan sombrío y descontento de tú segunda vida. ¡Te falta el vino! Bien…; es igual, nos pasaremos sin él; mira, hay manantiales cuyas aguas se suben a la cabeza lo mismo que el falerno.

Despidió con un gesto al esclavo y ambos se quedaron solos. Y de nuevo rompió a hablar el escultor; pero habríase dicho que, juntamente con el sol declinante, íbase la vida de sus palabras y quedábanse pálidas y hueras… cual si se tambaleasen sobre sus mal seguros pies, como si resbalasen y cayesen, ebrias de un vino de pena y desesperanza. Y dejáronse ver negros resquicios entre ellas…, cual remotas alusiones al gran vacío y a la gran tiniebla.

—¡Ahora soy tu huésped y no me ofenderás, Lázaro! —dijo—. La hospitalidad es un deber, incluso para quién estuvo muerto tres días. ¡Porque tres días, según me han dicho, estuviste en el sepulcro! … ¡OH y que frío debe de hacer allí! … Allí debiste aprender esa mala costumbre de prescindir del fuego, aún en invierno… Con lo amante que soy yo de la luz… y lo pronto que oscurece aquí… Tienes un diseño muy interesante de cejas y frente; se diría las calcinadas ruinas de un palacio, después de un terremoto. Pero ¿por qué vas vestido de un modo tan raro y feo? Yo he

visto a los recién casados en vuestro país y hay que ver como van vestidos… de un modo tan ridículo… ¡tan horrible!… Pero ¿acaso eres tú uno de ellos?

Ocultábase ya el sol, negras sombras gigantescas venían del oriente…; cual pies enormes y descalzos hacían crujir la arena y un leve escalofrío corríase por la espalda.

—En la sombra pareces todavía más grande, Lázaro; se diría que has engordado en este instante. ¿No será que te alimenta la sombra?… Pero yo daría algo por tener aquí fuego…, por poco que fuere…, solamente unas brasas… Si no estuviera esto tan oscuro, diría que me estás mirando, Lázaro… Sí, no hay duda que me miras… Porque lo siento…; sí…, y ahora te has sonreído.

Hízose de noche y el aire se llenó de una pesada negrura.

—¡Qué gusto mañana, cuando vuelva a salir el sol!… Porque has de saber que yo soy un gran escultor, por lo menos eso dicen mis amigos. Yo creo…; sí…, eso se llama crear…; pero para eso necesito la luz del día. Infundo vida al frío mármol, moldeo en el fuego el sonoro bronco, en el radiante, cálido fuego. ¿Por qué me has tocado con tu mano?

—Vámonos —dijo Lázaro—. Eres mi huésped.

Y ambos se encaminaron a la casa. Y la larga noche tendióse por la tierra. No aguardaba el esclavo a su señor y marchó en su busca cuando ya iba alto el sol. Y vio con asombro, cara a los quemantes rayos del sol, que estaban sentados, uno junto al otro, Lázaro y su amo, y fijos en lo alto los ojos, callaban. Echóse a llorar el esclavo y gritó recio:

—Señor, ¿qué te pasa? ¡Señor!

Aquel mismo día regresó el escultor a Roma. Todo el camino fue Aurelio ensimismado y silencioso, mirándolo todo de hito en hito… la gente, los barcos, el mar…, y habríase dicho que hacía esfuerzos por recordar algo.

Sobrevino en el mar una recia tempestad y todo el tiempo que duró estúvose Aurelio sobre cubierta mirando las olas que se encrespaban y caían. Al llegar a su casa chocóles a sus deudos el terrible cambio que sufriera; pero él los tranquilizó diciéndoles estas ambiguas palabras:

—Lo encontré.

Y sin quitarse aquel sucio traje con que hiciera el camino, puso inmediatamente manos a la obra, y el mármol plegábase dócil, retumbando bajo los recios martillazos. Larga y tensamente estuvo trabajando el artista, sin siquiera interrumpir su labor para tomar un bocado, hasta que, al fin, una mañana anunció estar ya terminada su obra y mandó llamar a los amigos, severos estimadores y expertos en achaques de buen gusto. Y en tanto llegaban, vistióse ropas suntuosas, de fiesta, brillantes de oro rubio, rojas de púrpura.

—He ahí lo que he creado —dijo pensativo.

Miraron sus amigos y la sombra del más profundo agravio cubrió sus semblantes. Era aquello algo monstruoso, sin forma conocida habitual, pero no exento de cierto aire novedoso, de cosa nunca vista. Sobre una tenue, encorvada florecilla, o algo semejante, posábase torcido y raro, el ciego, informe y arrugado pecho de alguien vuelto hacia adentro, de unos trazos que pugnaban impotentes por huir de sí mismos. Y al azar, por debajo de uno de esos salientes, bárbaramente clamantes, veíase una mariposa admirablemente esculpida, de alitas translúcidas, como temblando en impotente ansia de volar.

—¿Por qué esa admirable mariposa, Aurelio? —preguntó uno indeciso.

—No sé —respondióle el escultor.

Pero era preciso decir la verdad; y uno de los amigos, aquel que quería más a Aurelio, con tono firme dijo:

—¡Eso es algo informe, mi pobre amigo! Hay que destruirlo. Dame acá el martillo. —Y de dos martillazos destrozó al monstruoso grupo, dejando sólo aquella mariposa, admirablemente esculpida.

A partir de aquel día, ya no volvió Aurelio a crear nada. Con absoluta indiferencia miraba el mármol y el bronce y todas sus divinas creaciones anteriores, en las cuales anidara la belleza inmortal. Pensando despertarle su antiguo fervor por el trabajo, vivificar su alma mortecina, llevándolo a contemplar las más bellas obras de otros artistas…, pero no sacudió ante ellas su apatía y la sonrisa no vino a caldear sus cerrados labios. Y sólo, después que le hubieron hablado largo y tendido de la belleza, objetó cansado y bostezante:

—Pues para que lo sepáis, todo eso es… mentira. Pero de día, en cuanto brillaba el sol, salíase a su espléndido jardín construido con un alarde de arte y buscando allí un lugar adonde no hiciese sombra, entregaba su desnuda cabeza y sus nublados ojos a su brillo y su flama. Revoloteaban por allí mariposas rojas y blancas; en la marmórea fuente corría, chapoteaba el agua, manando de las crispadas fauces de un sátiro; y él que estaba allí sentado, sin moverse… Cual pálido trasunto de aquel que en la profunda lejanía, en las mismas puertas del pedregoso yermo, permanecía así también, sentado y sin moverse, bajo los ardientes rayos del sol.

V

Y hete aquí que hubo de llamar a Lázaro a su palacio, el propio divino Augusto. Vistieron suntuosamente a Lázaro, con solemnes atavíos nupciales, como si el tiempo los legitimase y hasta el fin de sus días hubiese de seguir siendo el navío de una novia ignorada. Parecía como si a un viejo y podrido féretro que ya empezaba a pudrirse y deshacerse, le hubiesen dado capa de oro y colgádole nuevos y alegres cascabeles. Y triunfalmente llevándolo entre todos, todos ataviados y brillantes, cual si de verdad fuese aquel un viaje de bodas y trompeteaban los batidores en sus trompetas pidiendo paso para el legado del emperador. Pero desiertos estaban los caminos de Lázaro; su país entero maldecía ya el nombre del resucitado y el pueblo huía al solo anuncio de su aproximación terrible. Las trompetas eran las únicas que sonaban y el desierto les respondía con sus largos ecos.

Lleváronlo luego por el mar. Y fue el más lujoso y el más triste navío, que jamás se hubiese reflejado en las ondas del Mediterráneo. Muchos pasajeros iban a bordo de él, pero resultaba silencioso como una tumba y parecía cual si llorase el agua, al hendirla la aguda y esbelta proa. Solo iba allí sentado Lázaro, expuesta al sol la frente; escuchaba el rumor de las olas y callaba mientras lejos de él, en confuso enjambre de tristes sombras, sentábanse y bostezaban marineros y embajadores. Si en aquellos momentos hubiese estallado una tempestad y desgarrado el viento las rojas velas, es seguro que el bajel habríase hundido, sin que ninguno de los que a bordo llevaba hubiese tenido fuerzas ni deseo de luchar por su vida. Haciendo un supremo esfuerzo, asomábanse algunos a la borda y fijaban ansiosos

la vista en el azul, diáfano abismo… ¿No se deslizarían por entre las ondas los hombros rosados de una náyade?… ¿no retozaría en ellas, levantando con sus cascos ruidosos surtidores, algún ebrio centauro, loco de alegría? Pero desierto estaba el mar y mudo y vacío el ecuóreo abismo.

Indiferente recorrió Lázaro las calles de la ciudad eterna. Habríase dicho que toda su riqueza, sus grandes edificios, erigidos por titanes, todo aquel brillo y belleza de un vivir refinado…, eran para él apenas otra cosa que el eco del viento en el desierto, el reflejo de las muertas inestables arenas. Rodaban las carrozas, pasaban densos grupos de gentes recias, gallardas, bellas y altivas, fundadoras de la ciudad eterna y orgullosas partícipes de su vida; sonaban canciones…, reían las fuentes y las mujeres con su risa perlada…, filosofaban los borrachos… y los que no lo estaban escuchaban sus discursos, y los cascos de los corceles aporreaban a más y mejor las piedras del pavimento. Y rodeado por doquiera de alegre rumor, cual un frío manchón de silencio, cruzaba la ciudad el sombrío, pesado Lázaro, sembrando a su paso el desánimo, sombra y una vaga, consuntiva pena.

¿Quién se atreve a estar triste en Roma? —murmuraban los ciudadanos y fruncían el ceño; pero ya, al cabo de dos días, nadie ignoraba en la curiosa Roma al milagrosamente resucitado y con terror se apartaban de él.

Pero también allí había muchos osados que querían probar sus fuerzas y Lázaro acudía dócilmente a sus imprudentes llamadas. Ocupado en los asuntos de Estado, tardó el emperador en recibirlo y por espacio de siete días enteros anduvo el milagrosamente resucitado por entre la muchedumbre. Y una vez hubo de llegarse Lázaro a un alegre borracho y este riendo con sus rojos labios, lo saludó diciendo:

—¡Ven acá, Lázaro, y bebe!... ¡Que Augusto no podrá contener la risa, cuando te vea borracho!

Y reían aquellas mujeres desnudas, borrachas, y ponían pétalos de rosa en las azulosas manos de Lázaro. Pero no bien fijaban los borrachos sus ojos en los ojos de Lázaro... ya se había acabado para siempre su alegría. Toda su vida seguían ya borrachos; no bebían ya, pero no se les pasaba la jumera... y en vez de esa jovial locuacidad que el vino infunde, sueños espantables ensombrecían sus mentes infelices. Sueños horribles venían a ser el único pábulo de sus almas desatentadas. Sueños horribles, lo mismo de noche que de día, tenían los cautivos de sus monstruosos engendros y la muerte misma era menos horrible que aquellos sus fieros pródromos. Pasó una vez Lázaro por delante de una parejita de jóvenes, que se amaban y eran bellísimos en su amor. Estrechando ufano y recio entre sus brazos a su amada, dijo el joven con honda compasión:

—Miranos, Lázaro, y alégrate con nosotros. ¿Hay acaso en la vida algo más poderoso que el amor?

Y miró Lázaro. Y toda su vida siguieron ellos amándose, pero su amor se les volvió triste y sombrío cual aquellos cipreses sepulcrales, cuyas raíces se nutren de la podredumbre de las tumbas y cuyas agudas y negras copas tiéndense afanosamente al cielo en la plácida hora vespertina. Lanzados por la misteriosa fuerza de la vida uno en brazos del otro, iban sus besos mezclados con lágrimas, su placer, con dolor, y ambos sentíanse como dos esclavos; cual dos sumisos esclavos de la vida exigente y servidores sin rechistar de la amenazante silenciosa Nada. Eternamente unidos, eternamente separados, chisporroteaban como chispas y como chispas se apagaban en la ilimitada oscuridad.

Y pasó Lázaro junto a un orgulloso sabio y el sabio le dijo:

—Yo ya sé todo cuanto puedas decir de horrible, Lázaro… ¿Con qué podrías tu asustarme ya?

Pero al cabo de breve tiempo, ya sintió el sabio que conocer lo horrible… no es todavía lo horrible y que la visión de la muerte… no es todavía la muerte. Y sintió asimismo que la sabiduría y la necedad vienen a ser iguales ante la faz de lo Infinito, porque el Infinito no sabe nada de ellas. Y borróse el lindero entre visión y ceguera, entre verdad y mentira, entre el arriba y el abajo, y su pensamiento informe quedóse colgando en el vacío. Y entonces llevóse el sabio las manos a la cana cabeza y clamó, desolado:

—¡Ay, que no puedo pensar! ¡Que no puedo pensar!

Así perecía, ante la mirada indiferente del milagrosamente resucitado, todo cuanto contribuye a afianzar la vida, el pensamiento y su gozo. Y empezaron los hombres a decir que era peligroso llevarlo a presencia del emperador y que era preferible matarlo y enterrarlo en secreto y decirle al César que había desaparecido no se sabía dónde. Y ya se afilaban los cuchillos y jóvenes leales al poder de la vida, aprestábanse con abnegación al homicidio… Cuando Augusto mandó que a la mañana siguiente le llevasen a Lázaro y con ello frustró aquellos planes crueles. Pero ya que era imposible eliminar del todo a Lázaro acordaron los cortesanos atenuar por lo menos la penosa impresión que producía su rostro. Y a ese fin, reunieron hábiles artistas que, toda la noche trabajaron modelando la cabeza de Lázaro. Le recortaron las barbas, y se las rizaron, dándoles una apariencia grata y bella. Desagradable resultaba aquel mortal viso azul de sus brazos y su cara y con colorete se lo quitaron; blanqueáronle las manos y le arrebolaron las mejillas. Repelentes resultaban aquellas arrugas que el sufrimiento marcara en su rostro senil y se las quitaron y borraron del todo y sobre aquel fondo limpio grabáronle con finos pinceles las arrugas de

una benévola risa y de una jovialidad simpática y bonachona.

Con absoluta indiferencia sometióse Lázaro a cuanto quisieron hacerle y quedó pronto convertido en un anciano naturalmente gordo, guapo, apacible y cariñoso abuelo de numerosos nietos. Aún no huyera de sus labios la sonrisa con que contara divertidos chascarrillos, aún perduraba en el rabillo del ojo una mansa ternura senil… tal hacía pensar. Pero a quitarle sus vestiduras nupciales, no se atrevieron, como tampoco lograron cambiarle los ojos…, aquellos cristalillos opacos y terribles, al trasluz de los cuales miraba a las gentes el propio inescrutable Allá.

VI

No impresionaron a Lázaro lo más mínimo los imperiales aposentos. Cual si no advirtiese la diferencia entre su derruida casa, a cuyos umbrales llegaba el desierto, y aquel sólido y bello palacio de mármol…; con esa misma indiferencia miraba y no miraba, al pasar.

Y los recios pisos de mármol parecían volverse bajo sus pies semejantes a las movedizas arenas del yermo y aquella muchedumbre de gentes bien vestidas y arrogantes convertíase en algo así como la vacuidad del aire, bajo su mirada. No lo miraban a los ojos al pasar, temiendo quedar sometidos al terrible poder de sus pupilas; pero cuando por el pesado ruido de sus pisadas sentían que ya pasaba de largo… erguían la frente y con medrosa curiosidad contemplaban la figura de aquel anciano sombrío, corpulento, levemente encorvado, que despacio se adentraba en el propio corazón del imperial palacio.

Si la muerte misma hubiera pasado ante ellos, no los hubiera aterrado más; porque hasta entonces sólo los muertos habían conocido a la muerte, y los vivos sólo de la vida habían, y no había puente alguno entre una y otra. Pero aquel hombre extraordinario conocía a la muerte y tenía una significación ambigua y terriblemente maldita. —¡Va a matar a nuestro grande, divino Augusto!— pensaban los cortesanos llenos de pavor y lanzaban impotentes maldiciones a la zaga de Lázaro, el cual lentamente y con indiferencia absoluta seguía adelante, adentrándose cada vez más en las honduras del palacio.

Ya estaba también informado el Cesar de la clase de hombre que era Lázaro, y aprestábase a recibirlo. Pero era hombre varonil, sentía toda la magnitud de su enorme e

invencible poder y en su fatal entrevista a solas con el milagrosamente resucitado no quería apoyarse en la débil ayuda de la gente. Solo con él, cara a cara los dos, recibió el Cesar a Lázaro.

—No levantes hasta mí tu mirada, Lázaro —ordenóle cuando aquel entró en la cámara—. Me han dicho que tu rostro es semejante al de Medusa y que conviertes en piedra a quien miras. Pero yo quiero mirarte a ti y hablar contigo antes que me conviertas en piedra —añadió con imperial jovialidad, no exenta de terror.

Y llegándose a Lázaro contempló de hito en hito su rostro y sus extrañas vestiduras nupciales. Y padeció el engaño del artístico aliño, aunque su mirar seguía siendo agudo e insolente.

—¡Vaya! Al parecer, no tienes nada de espantoso, respetable anciano. Pero tanto peor para la gente el que lo horrible asuma tan respetable y simpático aspecto. Hablemos ahora.

Sentóse Augusto e interrogando con la mirada tanto como con la palabra, inició el diálogo:

—¿Por qué no me has saludado, al entrar?

Lázaro con indiferencia, contestóle:

—No sabía que hubiera que hacerlo.

—Pero ¿quién eres tú?

Con cierto esfuerzo respondió Lázaro:

—Yo he sido un muerto.

—Bien. Ya lo he oído decir. Pero y ahora ¿quién eres?

Lázaro tardó en responder y al cabo repitió con indiferencia y vaguedad:

—Yo he sido un muerto.

—Escúchame, desconocido —dijo el emperador, expresando clara y severamente lo que ya antes pensara— mi imperio es un imperio de vivos; mi pueblo, un pueblo de vivos y no de muertos. Y tú estás de más aquí. No se quien

seas, no se lo que allí hayas visto…; pero si mientes, abominaré de tu mentira; y si dices verdad…, abominaré de tu verdad. Siento en mi pecho el palpitar de la vida; en mis manos, el poder… Y mis altivos pensamientos, igual que las águilas, recorren con sus alas el espacio. Y allí, a mis espaldas, bajo la salvaguardia de mi poderío, bajo las redes de las leyes por mí promulgadas, viven y trabajan y se alegran los hombres. ¿No oyes esta portentosa armonía de la vida? ¿No oyes ese grito de guerra que lanzan las gentes a la faz del que pasa, provocándole a lucha?

Augusto extendió los brazos en actitud de rezo y solemnemente exclamó:

—¡Bendita seas, grande, divina vida!

Pero Lázaro callaba; y con severidad creciente, continuó el emperador:

—Tú estás de más aquí. Tú, despojo lamentable, medio roído por la muerte, infundes a los hombres tristeza y aversión a la vida; tú, como la oruga de los campos, devoras la pingüe mies de la alegría y dejas la baba de la desesperación y el encono. Tu verdad es semejante al puñal tinto en sangre de nocturno asesino… y como a un asesino voy a entregarte al verdugo. Pero antes quiero mirarte a los ojos. Puede que solo a los cobardes metan miedo y a los valientes les despierten ansias de combate y victoria…, y, si así fuere, no serás digno del suplicio, sino de un premio… Mírame también tú a mí, Lázaro.

Y al principio parecióle al divino Augusto que era un amigo el que lo miraba… que así era de mansa, de tiernamente halagadora la mirada de Lázaro. No terror, sino una dulce serenidad prometía, y a una tierna amante, a una compasiva hermana… o madre parecíase lo Infinito. Pero sus abrazos volvíanse cada vez más fuertes y ya la respiración faltábale a los labios ávidos de besos y ya por entre el suave talle del cuerpo asomaban los férreos huesos, apretados en

férreo círculo… y unas garras de no se sabía quién rozaban el corazón y en él se clavaban.

—¡Oh, que dolor! —exclamó el divino Augusto—. ¡Pero mira, Lázaro, mira!

Lentamente abrióse una pesada puerta, cerrada de siglos y por el creciente resquicio, entróse fría y tranquilamente el amenazante horror de lo Infinito. Y he aquí que como dos sombras penetraron allí el inabarcable vacío y la inabarcable tiniebla, y apagaron el sol; lleváronse la tierra de debajo de los pies y la techumbre de sobre las cabezas. Y dejó de doler el desgarrado corazón.

—Mira, mira, Lázaro —ordenó Augusto, tambaleándose.

Detúvose el tiempo y terriblemente se juntaron el principio y el fin de toda cosa. Aún recién levantado el trono, de Augusto derrumbóse y ya el vacío vino a ocupar el lugar del trono y de Augusto. Sin duda alguna, desplomóse Roma y una nueva ciudad vino a ocupar su puesto y también, a su vez, se la tragó el vacío. Cual colosales espectros, caían y desaparecían en el vacío ciudades, imperios y países y con indiferencia se los tragaban, sin hartarse, las negras fauces de lo Infinito.

—Detente —ordenó el emperador. Y ya en su voz vibraba la indiferencia e inertes colgaban sus manos y en su afanosa lucha con la creciente tiniebla encendíanse y se apagaban sus aquilinos ojos.

—Me has matado, Lázaro —dijo de un modo vago y bostezante.

Y aquellas palabras de desesperanza lo salvaron. Acordóse del pueblo, a cuya defensa venía obligado y un agudo, salvador dolor penetró en su corazón agonizante.

—¡Condenados a perecer! —pensó con pena—. Sombras luminosas en la tiniebla de lo infinito —pensó con espanto— frágiles arterias con hervorosa sangre, corazones que saben del dolor y la gran alegría, pensó con ternura.

Y así pensando y sintiendo, inclinando la balanza ya del lado de la vida, ya del lado de la muerte, volvióse con lentitud a la vida para en sus dolores y sus goces, encontrar amparo contra las tinieblas del vacío y el espanto de lo Infinito.

—¡No; no me has matado, Lázaro! —dijo con firmeza— ¡pero yo voy a matarte a ti! ¡Ven aca!

Aquella noche, comió y bebió con especial fruición el divino Augusto. Más de cuando en cuando flaqueábale en el aire la levantada mano y un opaco brillo deslucía el radiante fulgor de sus ojos aquilinos... otras el horror corríale en doloroso escalofrío por las piernas. Vencido, pero no muerto, esperando fríamente su hora, cual una negra sombra permaneció toda su vida a su cabecera, imperando por las noches y cediendo dócilmente los claros días, a los sufrimientos y goces del vivir. Al día siguiente, por orden del emperador, con un hierro candente quemáronle a Lázaro los ojos y lo volvieron a su tierra. A quitarle la vida no fue osado el divino Augusto.

Volvió Lázaro a su desierto y acogiólo el desierto con sus vientos de alentar sibilante y su calcinante sol. De nuevo se sentó sobre la piedra, levantando a lo alto sus greñudas barbas salvajes y dos negros huecos en lugar de sus quemados ojos, miraban estúpida y terriblemente al cielo. En la lejanía, zumbaba y rebullíase inquieta la ciudad santa; pero en su proximidad todo estaba yermo y mudo; nadie se acercaba al lugar donde dejaba correr los días el milagrosamente resucitado y hacía ya mucho tiempo que los vecinos abandonaran su casa.

Traspasado por el hierro candente hasta lo hondo del meollo, su maldita fama manteníase allí como en emboscada; como desde una emboscada lanzaba él miles de ojos invisibles sobre el hombre... Y ya no osaba nadie mirar a Lázaro. Pero al atardecer, cuando enrojeciendo y guiñando,

declinaba el Sol hacia su ocaso, lentamente íbase tras él el ciego Lázaro. Tropezaba con los guijos y caía, obeso y débil; a duras penas se levantaba y seguía andando; y sobre el rojo fondo del poniente, su negro torso y sus tendidos brazos, dábanle un prodigioso parecido con la cruz. Y sucedió que salió un día al desierto y ya no volvió más. Así por lo visto, acabó la segunda vida de Lázaro, el que había pasado tres días bajo el misterioso poder de la muerte y resucitado milagrosamente después.

La estatua de sal

Leopoldo Lugones

(1906)

He aquí cómo refirió el peregrino la verdadera historia del monje Sosistrato:

—Quien no ha pasado alguna vez por el monasterio de San Sabas, diga que no conoce la desolación. Imaginaos un antiquísimo edificio situado sobre el Jordán, cuyas aguas saturadas de arena amarillenta, se deslizan ya casi agotadas hacia el Mar Muerto, por entre bosquecillos de terebintos y manzanos de Sodoma. En toda aquella comarca no hay más que una palmera cuya copa sobrepasa los muros del monasterio. Una soledad infinita, sólo turbada de tarde en tarde por el paso de algunos nómadas que trasladan sus rebaños; un silencio colosal que parece bajar de las montañas cuya eminencia amuralla el horizonte. Cuando sopla el viento del desierto, llueve arena impalpable; cuando el viento es del lago, todas las plantas quedan cubiertas de sal. El ocaso y la aurora se confunden en una misma tristeza. Sólo aquellos que deben expiar grandes crímenes, arrostran semejantes soledades. En el convento se puede oír misa y comulgar. Los monjes que no son ya más que cinco, y todos por lo menos sexagenarios, ofrecen al peregrino una modesta colación de dátiles fritos, uvas, aguas del río y algunas veces vino de palmera. Jamás salen del monasterio, aunque las tribus vecinas los respetan porque son buenos médicos. Cuando muere alguno, le sepultan en las cuevas que hay debajo a la orilla del río, entre las rocas. En esas cuevas anidan ahora parejas de palomas azules, amigas del convento; antes, hace ya muchos años, habitaron en ellas los primeros anacoretas, uno de los cuales fue el monje

Sosistrato cuya historia he prometido contaros. Ayúdeme nuestra Señora del Carmelo y vosotros escuchad con atención. Lo que vais a oír me lo refirió palabra por palabra el hermano Porfirio, que ahora está sepultado en una de las cuevas de San Sabas, donde acabó su santa vida a los ochenta años en la virtud y la penitencia. Dios le haya acogido en su gracia. Amén.

Sosistrato era un monje armenio, que había resuelto pasar su vida en la soledad con varios jóvenes compañeros suyos de vida mundana, recién convertidos a la religión del crucificado. Pertenecía, pues, a la fuerte raza de los estilitas. Después de largo vagar por el desierto, encontraron un día las cavernas de que os he hablado y se instalaron en ellas. El agua del Jordán, los frutos de una pequeña hortaliza que cultivaban en común, bastaban para llenar sus necesidades. Pasaban los días orando y meditando. De aquellas grutas surgían columnas de plegarias, que contenían con su esfuerzo la vacilante bóveda de los cielos próxima a desplomarse sobre los pecados del mundo. El sacrificio de aquellos desterrados, que ofrecían diariamente la maceración de sus carnes y la pena de sus ayunos a la justa ira de Dios, para aplacarla, evitó muchas pestes, guerras y terremotos. Esto no lo saben los impíos que ríen con ligereza de las penitencias de los cenobitas. Y sin embargo, los sacrificios y oraciones de los justos son las claves del techo del universo.

Al cabo de treinta años de austeridad y silencio, Sosistrato y sus compañeros habían alcanzado la santidad. El demonio, vencido, aullaba de impotencia bajo el pie de los santos monjes. Estos fueron acabando sus vidas uno tras otro, hasta que al fin Sosistrato se quedó solo. Estaba muy viejo, muy pequeñito. Se había vuelto casi transparente. Oraba arrodillado quince horas diarias, y tenía revelaciones. Dos palomas amigas traíanle cada tarde algunos granos de

granada y se los daban a comer con el pico. Nada más que de eso vivía; en cambio olía bien como un jazminero por la tarde. Cada año, el viernes doloroso, encontraba al despertar, en la cabecera de su lecho de ramas, una copa de oro llena de vino y un pan con cuyas especies comulgaba absorbiéndose en éxtasis inefables. Jamás se le ocurrió pensar de dónde vendría aquello, pues bien sabía que el señor Jesús puede hacerlo. Y aguardando con unción perfecta el día de su ascensión a la bienaventuranza, continuaba soportando sus años. Desde hacía más de cincuenta, ningún caminante había pasado por allí.

Pero una mañana, mientras el monje rezaba con sus palomas, estas asustadas de pronto, echaron a volar abandonándole. Un peregrino acababa de llegar a la entrada de la caverna. Sosistrato, después de saludarle con santas palabras, le invitó a reposar indicándole un cántaro de agua fresca. El desconocido bebió con ansia como si estuviese anonadado de fatiga; y después de consumir un puñado de frutas secas que extrajo de su alforja, oró en compañía del monje.

Transcurrieron siete días. El caminante refirió su peregrinación desde Cesarea a las orillas del Mar Muerto, terminando la narración con una historia que preocupó a Sosistrato.

—He visto los cadáveres de las ciudades malditas —dijo una noche a su huésped—. He mirado humear el mar como una hornalla, y he contemplado lleno de espanto a la mujer de sal, la castigada esposa de Lot. La mujer está viva, hermano mío, y yo la he escuchado gemir y la he visto sudar al sol del mediodía.

—Cosa parecida cuenta Juvencus en su tratado *De Sodoma* —dijo en voz baja Sosistrato.

—Sí, conozco el pasaje —añadió el peregrino—. Algo más definitivo hay en él todavía; y de ello resulta que la esposa

de Lot ha seguido siendo fisiológicamente mujer. Yo he pensado que sería obra de caridad libertarla de su condena…

—Es la justicia de Dios —exclamó el solitario.

—¿No vino Cristo a redimir también con su sacrificio los pecados del antiguo mundo? —replicó suavemente el viajero que parecía docto en letras sagradas—. ¿Acaso el bautismo no lava igualmente el pecado contra la Ley que el pecado contra el Evangelio?…

Después de estas palabras, ambos se entregaron al sueño. Fue aquella la última noche que pasaron juntos. Al siguiente día el desconocido partió, llevando consigo la bendición de Sosistrato, y no necesito deciros que, a pesar de sus buenas apariencias, aquel fingido peregrino era Satán en persona.

El proyecto del maligno fue sutil. Una preocupación tenaz asaltó desde aquella noche el espíritu del santo. ¡Bautizar la estatua de sal, liberar de su suplicio aquel espíritu encadenado! La caridad lo exigía, la razón argumentaba. En esta lucha transcurrieron meses, hasta que por fin el monje tuvo una visión. Un ángel se le apareció en sueños y le ordenó ejecutar el acto.

Sosistrato oró y ayunó tres días, y en la mañana del cuarto, apoyándose en su bordón de acacia, tomó, costeando el Jordán, la senda del Mar Muerto. La jornada no era larga, pero sus piernas cansadas apenas podían sostenerle. Así marchó durante dos días. Las fieles palomas continuaban alimentándole como de ordinario, y él rezaba mucho, profundamente, pues aquella resolución afligíale en extremo. Por fin, cuando sus pies iban a faltarle, las montañas se abrieron y el lago apareció.

Los esqueletos de las ciudades destruidas iban poco a poco desvaneciéndose. Algunas piedras quemadas, era todo lo que restaba ya: trozos de arcos, hileras de adobes

carcomidos por la sal y cimentados en betún… El monje reparó apenas en semejantes restos, que procuró evitar a fin de que sus pies no se manchasen a su contacto. De repente, todo su viejo cuerpo tembló. Acababa de advertir hacia el sur, fuera ya de los escombros, en un recodo de las montañas desde el cual apenas se los percibía, la silueta de la estatua.

Bajo su manto petrificado que el tiempo había roído, era larga y fina como un fantasma. El sol brillaba con límpida incandescencia, calcinando las rocas, haciendo espejear la capa salobre que cubría las hojas de los terebintos. Aquellos arbustos, bajo la reverberación meridiana, parecían de plata. En el cielo no había una sola nube. Las aguas amargas dormían en su característica inmovilidad. Cuando el viento soplaba, podía escucharse en ellas, decían los peregrinos, cómo se lamentaban los espectros de las ciudades.

Sosistrato se aproximó a la estatua. El viajero había dicho verdad. Una humedad tibia cubría su rostro. Aquellos ojos blancos, aquellos labios blancos, estaban completamente inmóviles bajo la invasión de la piedra, en el sueño de sus siglos. Ni un indicio de vida salía de aquella roca. ¡El sol la quemaba con tenacidad implacable, siempre igual desde hacía miles de años, y sin embargo, esa efigie estaba viva puesto que sudaba! Semejante sueño resumía el misterio de los espantos bíblicos. La cólera de Jehová había pasado sobre aquel ser, espantosa amalgama de carne y de peñasco. ¿No era temeridad el intento de turbar ese sueño? ¿No caería el pecado de la mujer maldita sobre el insensato que procuraba redimirla? Despertar el misterio es una locura criminal, tal vez una tentación del infierno. Sosistrato, lleno de congoja, se arrodilló a orar en la sombra de un bosquecillo…

Cómo se verificó el acto, no os lo voy a decir. Sabed únicamente que cuando el agua sacramental cayó sobre la

estatua, la sal se disolvió lentamente, y a los ojos del solitario apareció una mujer, vieja como la eternidad, envuelta en andrajos terribles, de una lividez de ceniza, flaca y temblorosa, llena de siglos. El monje que había visto al demonio sin miedo, sintió el pavor de aquella aparición. Era el pueblo réprobo lo que se levantaba en ella. ¡Esos ojos vieron la combustión de los azufres llovidos por la cólera divina sobre la ignominia de las ciudades; esos andrajos estaban tejidos con el pelo de los camellos de Lot; esos pies hollaron las cenizas del incendio del Eterno! Y la espantosa mujer le habló con su voz antigua. Ya no recordaba nada. Sólo una vaga visión del incendio, una sensación tenebrosa despertada a la vista de aquel mar. Su alma estaba vestida de confusión. Había dormido mucho, un sueño negro como el sepulcro. Sufría sin saber por qué, en aquella sumersión de pesadilla. Ese monje acababa de salvarla. Lo sentía. Era lo único claro en su visión reciente. Y el mar… el incendio… la catástrofe… las ciudades ardidas… todo aquello se desvanecía en una clarividente visión de muerte. Iba a morir. Estaba salvada, pues. ¡Y era el monje quien la había salvado! Sosistrato temblaba, formidable. Una llama roja incendiaba sus pupilas. El pasado acababa de desvanecerse en él, como si el viento de fuego hubiera barrido su alma. Y sólo este convencimiento ocupaba su conciencia: *¡la mujer de Lot estaba allí!* El sol descendía hacia las montañas. Púrpuras de incendio manchaban el horizonte. Los días trágicos revivían en aquel aparato de llamaradas. Era como una resurrección del castigo, reflejándose por segunda vez sobre las aguas del lago amargo. Sosistrato acababa de retroceder en los siglos. Recordaba. Había sido actor en la catástrofe. Y esa mujer… ¡esa mujer le era conocida!

Entonces un ansia espantosa le quemó las carnes. Su lengua habló, dirigiéndose a la espectral resucitada:

—Mujer, respóndeme una sola palabra.

—Habla… pregunta…

—¿Responderás?

—Sí, habla; ¡me has salvado!

Los ojos del anacoreta brillaron, como si en ellos se concentrase el resplandor que incendiaba las montañas.

—Mujer, dime qué viste cuando tu rostro se volvió para mirar.

Una voz anudada de angustia, le respondió:

—Oh, no… ¡Por Elohim, no quieras saberlo!

—¡Dime qué viste!

—No… no… ¡Sería el abismo!

—Yo quiero el abismo.

—Es la muerte…

—¡Dime qué viste!

—¡No puedo… no quiero!

—Yo te he salvado.

—No… no…

El sol acababa de ponerse.

—¡Habla!

La mujer se aproximó. Su voz parecía cubierta de polvo; se apagaba, se crepusculizaba, agonizando.

—¡Por las cenizas de tus padres! …

—¡Habla!

Entonces aquel espectro aproximó su boca al oído del cenobita, y dijo una palabra. Y Sosistrato, fulminado, anonadado, sin arrojar un grito, cayó muerto. Roguemos a Dios por su alma.

Según la Biblia, en Sodoma dos ángeles le dijeron a Lot: «Date prisa, toma a tu esposa y a tus dos hijas y márchate, no sea que te alcance el castigo de esta ciudad». Una vez fuera, le dijeron: «Ponte a salvo. Por tu vida, no mires hacia atrás ni te detengas en parte alguna de esta llanura, sino

que huye a la montaña para que no perezcas». Entonces Yavé hizo llover del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre ardiendo que venía de Yavé, y que destruyó completamente estas ciudades y toda la llanura con todos sus habitantes y la vegetación. La mujer de Lot desatendió el mandato de los ángeles y miró hacia atrás: quedó convertida en una estatua de sal.

La araña

Hanns Heinz Ewers

(1908)

Traducción de Aurora Nolla Fernandez

Y en eso reside la voluntad, que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, y su fuerza?

Glanville.

Cuando el estudiante de medicina Richard Bracquemont decidió ocupar la habitación número siete del pequeño hotel Stevens, situado en el número 6 de la *rue* Alfred Stevens, tres personas se habían ahorcado en esa misma habitación colgándose del dintel de la ventana en tres viernes sucesivos.

El primero era un viajante de comercio suizo. Su cuerpo no se encontró hasta la tarde del domingo; pero el médico dedujo que su muerte debió de haberse producido entre las cinco y las seis de la tarde del viernes. El cuerpo colgaba de un robusto gancho hincado en el dintel de la ventana, que normalmente se utilizaba para colgar ropa. La ventana estaba cerrada. El muerto había utilizado el cordón de la cortina. Como la ventana era bastante baja, sus piernas arrastraban por el suelo casi hasta las rodillas. El suicida debió desarrollar, por tanto, una considerable fuerza de voluntad para llevar a cabo su propósito. Se comprobó además que estaba casado y que era padre de cuatro niños, así como que se encontraba en una situación completamente desahogada y segura y que era de talante jovial y estaba casi permanentemente satisfecho. No se encontró ningún escrito que pudiera tener relación con el suicidio, ni testamento alguno.

Tampoco había hecho jamás manifestación alguna en ese sentido a ninguno de sus conocidos.

El segundo caso no era muy diferente. El artista Karl Krause, empleado como equilibrista sobre bicicleta en el cercano circo Medrano, alquiló la habitación número 7 dos días más tarde. Al no comparecer el siguiente viernes para su actuación, el director envió al hotel a un acomodador, que se lo encontró colgado del dintel de la ventana, exactamente en las mismas circunstancias (la habitación no había sido cerrada por dentro). Este suicidio no parecía menos misterioso: a sus veinticinco años, el prestigioso artista recibía un buen sueldo y parecía disfrutar plenamente de la vida. Una vez más no apareció nada escrito, ningún tipo de manifestación alusiva al caso. Dejaba a una anciana madre, a la que acostumbraba enviar puntualmente los primeros días de cada mes trescientos marcos para su manutención.

Para la señora Dubonnet, propietaria del pequeño y barato hotel, cuya clientela estaba formada casi exclusivamente por miembros de los cercanos espectáculos de variedades de Montmartre, esta extraña segunda muerte en la misma habitación tuvo consecuencias ciertamente desagradables. Algunos de sus clientes abandonaron el hotel y otros huéspedes habituales regresaron. En vista de ello, acudió al comisario del distrito IX, al que conocía bien, el cual le prometió hacer cuanto estuviera en su mano para ayudarla. Así pues, no sólo prosiguió las investigaciones, tratando de averiguar con especial celo las razones de los suicidios de ambos huéspedes, sino que puso a su disposición a un oficial que se alojó en la misteriosa habitación.

Se trataba del policía Charles-Marie Chaumié, que se había ofrecido voluntariamente para el caso. Este sargento era un viejo lobo de mar que había servido durante once

años en la infantería de marina, y durante muchas noches había guardado en solitario numerosos puestos en Tonkín y Annan, dando la bienvenida con un vivificante disparo de su fusil a cualquier pirata de río que se acercara furtivamente. Por lo tanto, se sentía perfectamente capacitado para hacer frente a los «fantasmas» de los que se hablaba en la *rue* Stevens. Se instaló, pues, en la habitación el domingo por la tarde y se retiró satisfecho a dormir, después de hacer los honores a la abundante comida y bebida que la señora Dubonnet le había ofrecido. Cada mañana y cada tarde Chaumié hacía una rápida visita al cuartel de la policía para presentar un informe. Durante los primeros días los informes se limitaron a constatar que no había advertido nada en absoluto fuera de lo normal. El miércoles por la tarde, sin embargo, anunció que creía haber encontrado una pista. Al pedírsele más detalles, suplicó permiso para guardar silencio por el momento. No estaba seguro de que lo que creía haber descubierto tuviera en realidad relación alguna con las muertes de ambos individuos, y temía hacer el ridículo y convertirse en el hazmerreír de la gente. El jueves parecía menos seguro, aunque más serio; una vez más no tenía nada de que informar. La mañana del viernes parecía en extremo excitado; opinaba, medio en broma medio en serio, que la ventana de la habitación indudablemente ejercía un extraño poder de atracción. No obstante, seguía insistiendo en que este hecho no guardaba relación con los suicidios, y que si decía algo más, sólo sería motivo de risa. Aquella tarde no se presentó en la comisaría de distrito: lo encontraron colgado del gancho en el dintel de la ventana.

También en este caso las circunstancias, hasta en los más mínimos detalles, eran las mismas que en los casos anteriores: las piernas se arrastraban por el suelo y, como soga, había empleado el cordón de las cortinas. La ventana estaba cerrada y no había cerrado la puerta con llave. La

muerte se había producido alrededor de las seis de la tarde. La boca del muerto estaba totalmente abierta y de ella le colgaba la lengua.

Como consecuencia de esta tercera muerte en la habitación número 7, todos los huéspedes abandonaron ese mismo día el hotel Stevens, a excepción de un profesor alemán de enseñanza superior que ocupaba la habitación número 16, el cual aprovechó la oportunidad para lograr la reducción de un tercio en el hospedaje. Fue un pobre consuelo para la señora Dubonnet que Mary Garden, la famosa cantante de la ópera Cómica, se detuviera allí con su coche algunos días más tarde para comprar el cordón rojo de las cortinas, que consiguió por doscientos francos. En primer jugar porque traía suerte y en segundo lugar… porque la noticia saldría en los periódicos.

Si esta historia hubiera sucedido en verano, por ejemplo, en julio o agosto, la señora Dubonnet habría exigido por el cordón tres veces esa cantidad. Con toda seguridad los diarios hubieran llenado sus columnas con el caso durante semanas. Pero en estas fechas tan agitadas del año (elecciones, desórdenes en los Balcanes, quiebra de bancos en Nueva York, visita de los reyes ingleses) realmente no sabrían de dónde sacar espacio. Como consecuencia, la historia de la *rue* Alfred Stevens consiguió menos atención de la que probablemente merecía, y las noticias, breves y concisas, se limitaron casi siempre a repetir el informe de la policía, manteniéndose al margen de cualquier tipo de exageración. A estas noticias se reducía todo lo que el estudiante de medicina Richard Bracquemont sabía acerca del asunto. Desconocía por completo un pequeño detalle, que parecía tan insignificante que ni el comisario ni ninguno de los restantes testigos lo había revelado a los periodistas. Tan sólo después, una vez pasada la aventura del estudiante, se recordó este detalle: cuando los policías

descolgaron el cadáver del sargento Charles-Marie Chaumié del dintel de la ventana, de la boca abierta del muerto salió una enorme araña negra. El mozo del hotel la ahuyentó con los dedos, exclamando: «¡Demonios, otro de esos bichos!». En el curso de la siguiente investigación, es decir, la relacionada con Bracquemont, el mozo declaró que, cuando descolgaron el cadáver del viajante de comercio suizo, había visto deslizarse por su hombro una araña semejante… Pero de esto nada sabía Richard Bracquemont.

No ocupó la habitación hasta dos semanas después del último suicidio, un domingo. Lo que allí experimentó lo anotó meticulosamente en su diario.

Diario de Richard Bracquemont.
Estudiante de medicina.

Lunes, 28 de febrero.

Me instalé aquí la noche pasada. Deshice mis dos maletas, ordené unas pocas cosas y después me acosté. He dormido maravillosamente; acababan de dar las nueve cuando me despertó un golpe en la puerta. Era la patrona del hotel que me traía personalmente el desayuno. Indudablemente se muestra muy solícita conmigo, a juzgar por los huevos, el jamón y el exquisito café que me trajo. Me he lavado y vestido; después, mientras fumaba mi pipa, me he puesto a observar cómo hacía la habitación el mozo. Aquí estoy, pues. Sé muy bien que este asunto es peligroso, pero también sé que si tengo suerte podré llegar al fondo de la cuestión. Y si antaño París bien valía una misa…, ahora no se consigue tan barata…, y creo que bien puedo arriesgar mi miserable vida por ello. Esta es mi oportunidad y no pienso desaprovecharla. A propósito:

hay quienes se han creído tan listos como para intentar resolverlo. Al menos veintisiete personas se han esforzado en conseguir la habitación, algunos por medio de la policía y otros a través de la patrona del hotel. Entre ellos había tres damas. Así pues, he tenido bastantes competidores; todos ellos, probablemente, unos pobres diablos como yo.

Pero sólo yo he conseguido el puesto. ¿Por qué? ¡Ah!, yo era probablemente el único que podía ofrecer una «idea» a la astuta policía. ¡Una hermosa idea! Por supuesto, se trataba de una mera argucia. Estas anotaciones van dirigidas también a la policía. Y me divierte decir a esos señores desde un principio que me he burlado de ellos. Si el comisario es sensato dirá: «¡Hum! Precisamente por ello, Bracquemont es el hombre adecuado». De cualquier forma, me tiene sin cuidado lo que diga después. Ahora estoy aquí, y me parece de buen agüero haber iniciado mi trabajo dando una buena lección a esos caballeros. Primero hice mi solicitud a la señora Dubonnet, pero esta me mandó a la comisaría de policía. Durante una semana anduve dando vueltas por allí todos los días; mi solicitud siempre «estaba sometida a estudio», y siempre me decían lo mismo, que volviera otra vez al día siguiente. La mayoría de mis competidores hacía tiempo que había arrojado ya la toalla; probablemente encontraron algo mejor que hacer que esperar hora tras hora en el mugriento puesto de policía. Para entonces, el comisario estaba muy irritado a causa de mi obstinación. Por último, me dijo claramente que era del todo inútil que volviera. Me estaba muy agradecido, así como a los demás, por mis buenas intenciones, pero no podía recibir ayuda de «legos

aficionados». A menos que tuviera un plan cuidadosamente pensado.

Así pues, le dije que tenía esa clase de plan. Naturalmente, no tenía nada por el estilo y no hubiera podido proporcionarle ni un solo detalle. Pero le dije que mi plan era bueno, aunque bastante peligroso, que probablemente podría terminar como el sargento de policía, y que se lo explicaría tan sólo si me prometía llevarlo a cabo personalmente. Me dio las gracias por ello, expresando que, desde luego, no tenía tiempo para hacer una cosa así. Pero me di cuenta de que yo dominaba la situación cuando me preguntó si al menos podía adelantarle algo. Y eso hice. Le conté una historia fantástica y bien aderezada, de la que ni yo mismo tenía idea unos minutos antes. No entiendo en absoluto cómo me vinieron de repente esos pensamientos tan extravagantes. Le dije que, entre todas las horas de la semana, había una que ejercía una misteriosa y extraña influencia. Se trataba de la hora en la que Cristo había abandonado su tumba para descender a los infiernos: la sexta hora de la tarde del último día de la semana judía. Y debería recordar que era a esa hora del viernes, entre las cinco y las seis, cuando se produjeron los tres suicidios. No le podía decir más, por el momento, pero le recordé el Apocalipsis de San Juan.

El comisario puso cara de haberlo entendido todo, me dio las gracias y me citó para esa misma tarde. Entré en su despacho puntualmente; ante él, sobre la mesa, vi un ejemplar del Nuevo Testamento. Entre tanto, yo había hecho lo mismo: había leído el Apocalipsis de cabo a rabo… y no había entendido ni palabra. De cualquier forma, me dijo con suma

amabilidad, creía comprender adónde quería yo ir a parar, a pesar de mis vagas indicaciones, y se confesó dispuesto a acceder a mi petición y a apoyarla en todo lo posible. He de reconocer que su ayuda me ha facilitado mucho las cosas. Ha llegado a un acuerdo con la patrona para que, mientras dure mi estancia en el hotel, mi alojamiento sea totalmente gratuito. Me ha dado un estupendo revólver y una pipa de policía. Los agentes de servicio tienen órdenes de recorrer la pequeña rue Alfred Stevens cuantas veces les sea posible y de subir a mi habitación a la menor indicación mía. Pero lo más importante ha sido que ha hecho instalar en mi habitación un teléfono de mesa, mediante el cual estoy en contacto directo con la comisaría. Como esta se encuentra tan sólo a cuatro minutos de aquí, podré disponer de ayuda inmediata. Por todo esto entiendo que no debo temer nada.

Martes, 1 de marzo.

Nada ha ocurrido ni ayer ni hoy. La señora Dubonnet ha traído de otra habitación un cordón nuevo para la cortina..., ¡como tiene tantas libres! Aprovecha cualquier ocasión para venir a verme y siempre me trae alguna cosa. He dejado que me contara otra vez lo sucedido con todo detalle. Pero no me ha aportado nada nuevo. Tiene sus propias opiniones respecto a los motivos de esas muertes. En cuanto al artista, piensa que se trataba de un amor desgraciado. Mientras fue su huésped el año anterior, había sido visitado frecuentemente por una joven dama, que este año ni apareció. Realmente no comprendía las razones que impulsaron al caballero suizo a tomar su decisión..., pero una no puede saberlo todo. Sin lugar a dudas, el sargento se había

quitado la vida sólo para fastidiarla. He de confesar que estas declaraciones de la señora Dubonnet son un poco mezquinas. Pero la dejé parlotear; eso al menos hace menos tedioso el paso del tiempo.

Jueves, 3 de marzo.

Nada todavía. El comisario me llama un par de veces al día y yo le informo de que todo marcha maravillosamente. Evidentemente, esta información no le satisface del todo. He sacado mis libros de medicina y me he puesto a estudiar; así, al menos, tiene algún sentido mi retiro voluntario.

Viernes, 4 de marzo. 2 de la tarde.

He almorzado excelentemente. Además, la patrona me ha traído media botella de champán. Ha sido una auténtica comida de última voluntad; y es que me considera ya tres cuartas partes muerto. Antes de marcharse me suplicó, con lágrimas en los ojos, que me fuera de allí con ella; tenía miedo de que yo también me ahorcara «por fastidiarla». He examinado el nuevo cordón de la cortina. ¿Así, pues, pronto tendré que colgarme con esto? ¡Hummm!, no siento grandes deseos. Además, la cuerda es tosca y dura y sería difícil hacer con ella un nudo corredizo… necesitaría una considerable dosis de voluntad para seguir el ejemplo de los otros. Ahora estoy sentado en mi silla, con el teléfono a la izquierda y el revólver a la derecha. Miedo no tengo, pero siento curiosidad.

Seis de la tarde del mismo día.

Nada ha ocurrido…, casi agregaría ¡desgraciadamente! La hora fatal llegó y se fue como todas las demás. Ciertamente no puedo negar que siento una especie de impulso de acercarme a la

ventana... Ya lo creo, ¡pero por otras razones! El comisario llamó por lo menos diez veces entre las cinco y la seis; estaba tan impaciente como yo. Pero la señora Dubonnet está contenta: alguien ha logrado vivir en la habitación número 7 sin ahorcarse. ¡Fabuloso!

Lunes, 7 de marzo.

Ahora estoy convencido de que nada descubriré, y me inclino a pensar que los suicidios de mis predecesores han sido una rara coincidencia. He pedido al comisario que continúe con la investigación de los tres casos, pues estoy convencido de que dará finalmente con los motivos. Por mi parte, pienso quedarme aquí todo el tiempo que pueda. Probablemente no conquiste París esta vez, pero aquí me hospedo gratis y me alimento satisfactoriamente. Además, trabajo afanosamente y advierto que adelanto sobremanera. Finalmente, existe otra razón que me retiene aquí.

Miércoles, 9 de marzo.

Pues bien, he dado un paso más. Clarimonde... Por cierto, todavía no he contado nada acerca de Clarimonde. Pues bien, ella es... mi «tercera razón» para seguir aquí. Precisamente ella es la causa por la que me hubiera acercado gustoso a la ventana en aquella hora fatídica... pero no ciertamente, para ahorcarme. Clarimonde... ¿Por qué la llamo así? No tengo ni idea de cómo se llama, pero tengo la sensación de que debo llamarla Clarimonde. Y apostaría a que algún día descubriré que ese es su verdadero nombre. Descubrí a Clarimonde los primeros días. Vive al otro lado de la estrecha calle y

su ventana está exactamente frente a la mía. Está allí sentada, detrás de las cortinas. Por otra parte, debo señalarles que ella me vio antes de que yo la descubriera y que mostró visible interés por mí. No es extraño. La calle entera sabe que estoy aquí y por qué. De eso ya se ha ocupado la señora Dubonnet. No soy, en modo alguno, de esas personas enamoradizas y mis relaciones con las mujeres han sido siempre muy superficiales. Cuando uno viene a París desde Verdún para estudiar Medicina y apenas tiene suficiente dinero ni siquiera para comer decentemente cada tres días, tiene uno otras cosas en qué pensar antes que en el amor. Por lo tanto, no tengo mucha experiencia y este asunto quizá haya comenzado de un modo bastante estúpido. Sea como fuere, me gusta.

Al principio ni se me pasó por la cabeza establecer comunicación con mi extraña vecina. Sencillamente decidí que, puesto que de cualquier manera estaba allí para hacer averiguaciones y que probablemente no había nada que descubrir, bien podía observar a mi vecina. Después de todo, uno no puede pasarse el día entero delante de los libros. Así pues, llegué a la conclusión de que Clarimonde vive aparentemente sola en el pequeño piso. Tiene tres ventanas, pero se sienta únicamente ante la que está enfrente de la mía; allí sentada, hila en su rueca pequeña y anticuada. En una ocasión vi una rueca semejante en casa de mi abuela, que ella ni siquiera había usado; la había heredado de su tía abuela. No sabía que aún hoy se utilizaran. Por cierto, la rueca de Clarimonde es un artefacto diminuto y muy delicado, blanco y aparentemente de marfil. Las hebras que hila deben ser extraordinariamente finas. Está todo el día

sentada detrás de los visillos, trabajando incesantemente, y sólo abandona la faena cuando oscurece. Por supuesto, en una calle tan estrecha oscurece muy temprano estos días de niebla. A las cinco de la tarde ya tenemos un hermoso crepúsculo. Nunca he visto luz en su habitación.

¿Qué aspecto tiene? Eso no lo sé realmente. Tiene cabellos negros con rizos ondulados y es bastante pálida. Su nariz es estrecha y pequeña, con aletas que palpitan dulcemente. Sus labios son pálidos y me da la impresión de que sus pequeños dientes son puntiagudos como los de un animal feroz. Sus párpados son sombríos, pero cuando los abre, brillan unos ojos grandes y oscuros. Todo esto, más que saberlo, lo presiento. Es difícil describir con exactitud algo que se encuentra detrás de unos visillos. Algo más: lleva siempre un traje negro, cerrado hasta el cuello, con grandes lunares color lila. Y siempre lleva largos guantes negros, posiblemente para no estropearse las manos mientras trabaja. Resulta curioso ver cómo esos delgados y negros dedos se mueven rápida y, en apariencia, desordenadamente, cogiendo y estirando los hilos... de forma tal que casi recuerda el movimiento de los insectos.

¿Nuestras relaciones? He de confesar que son bastante superficiales, pero, aun así, me da la impresión de que son más profundas. Comenzaron verdaderamente cuando ella miró hacia mi ventana... y yo hacia la suya. Me miró y yo a ella. Y luego debí de agradarle bastante, evidentemente, puesto que un día, mientras la observaba, me sonrió. Y yo a ella también. Continuamos así durante unos días, sonriéndonos de esa manera, cada vez más a menudo. Más adelante me propuse saludarla a todas

horas, pero no sé muy bien qué es lo que me impidió hacerlo. Finalmente lo he hecho esta tarde. Y Clarimonde me ha devuelto el saludo. Casi imperceptiblemente, por supuesto; pero, a pesar de eso, he visto perfectamente cómo ha inclinado la cabeza.

Jueves, 10 de marzo.

Ayer estuve sentado largo tiempo ante mis libros. A decir verdad, no estudié mucho; estuve haciendo castillos en el aire y soñando con Clarimonde. Tuve un sueño muy agitado hasta muy entrada la mañana. Cuando me acerqué a la ventana, allí estaba Clarimonde. La saludé y ella inclinó la cabeza. Sonrió y me miró durante largo tiempo. Quería trabajar, pero no encontraba la tranquilidad necesaria. Me senté en la ventana y la miré absorto. Luego advertí que ella también ponía las manos en su regazo. Tiré del cordón y aparté las cortinas blancas, y... casi al mismo tiempo ella hizo lo mismo. Los dos sonreímos y nos miramos. Creo que estuvimos sentados así quizá una hora. Luego comenzó a hilar de nuevo.

Sábado, 12 de marzo.

Los días transcurren tranquilamente. Como y bebo y me siento ante la mesa de estudio. Entonces enciendo mi pipa y me inclino sobre los libros. Pero no logro leer una sola línea. Lo intento una y otra vez, pero sé de antemano que será inútil. Luego me acerco a la ventana. Saludo a Clarimonde y ella me devuelve el saludo miramos mutuamente... Sonreímos y nos miramos durante horas. Ayer por la tarde, a eso de las seis, me sentí un poco intranquilo. Oscureció muy pronto y experimenté un miedo indescriptible. Me

senté ante la mesa y esperé. Sentía un impulso irresistible de acercarme a la ventana…, no para colgarme, por supuesto, sino para mirar a Clarimonde. Me puse de pie de un salto y me coloqué detrás de las cortinas. Tenía la impresión de que nunca la había visto con tanta claridad, a pesar de que había oscurecido ya bastante. Tejía, pero sus ojos me miraban. Sentí un extraño bienestar y un ligero miedo. Sonó el teléfono. Me enfurecí contra el necio comisario que con sus estúpidas preguntas había interrumpido mis sueños.

Esta mañana ha venido a visitarme acompañado de la señora Dubonnet. Ella está satisfecha de mi trabajo: se conforma plenamente con que haya vivido dos semanas enteras en la habitación número 7. Pero el comisario quiere, además, resultados. Les insinué confidencialmente que estaba detrás de una pista muy extraña. El muy burro se creyó todo lo que le dije. En cualquier caso, podré quedarme aquí semanas… y ese es mi único deseo. No es ya por la comida y la bodega de la señora Dubonnet (¡Dios mío, qué pronto se vuelve uno indiferente hacia esas cosas cuando se dispone de ellas en abundancia!) sino por su ventana, que ella tanto odia y teme, y yo tanto amo; la ventana que me muestra a Clarimonde. Cuando enciendo la lámpara dejo de verla. He escudriñado a fondo para averiguar si sale de casa, pero nunca la he visto poner el pie en la calle. Dispongo de un cómodo sillón y de una lámpara de pantalla verde, cuya luz me envuelve con su cálido reflejo. El comisario me ha traído un paquete grande de tabaco; nunca he fumado nada mejor… y a pesar de eso no puedo trabajar. Leo dos o tres páginas y, al terminar, me doy cuenta de que no he entendido ni

palabra. Mis ojos leen las letras, pero mi cerebro rechaza cualquier concepto. ¡Qué extraño! Es como si mi cerebro hubiera puesto el letrero de «Prohibida la entrada». Como si no admitiera ya otro pensamiento que no sea Clarimonde. Finalmente he retirado los libros, me he recostado en el sillón y me he puesto a soñar.

Domingo, 13 de marzo.

Esta mañana he presenciado un espectáculo. Recorría el pasillo de arriba abajo, mientras el mozo ordenaba mi habitación, junto a la pequeña ventana que da al patio cuelga una tela de araña con una enorme araña negra. La señora Dubonnet no permite que la quiten: dice que las arañas traen suerte y bastantes desgracias ha tenido ya en su casa. Entonces vi que otra araña, mucho más pequeña, corría cautelosamente alrededor de la tela: era un macho. Tímidamente, se acercaba un poco por los finos hilos hacia el centro, pero, apenas se movía la hembra, se retiraba apresuradamente. Daba la vuelta a la red e intentaba acercarse por otro extremo. Finalmente, la poderosa hembra pareció prestar atención a su pretendiente, desde el centro de su tela, y dejó de moverse. El macho tiró de uno de los hilos, primero suavemente y luego con más fuerza, hasta que toda la tela de araña tembló. Pero su adorada permaneció inmóvil. Entonces se aproximó rápidamente, aunque con suma prudencia. La hembra lo recibió pacíficamente y se dejó abrazar serenamente, conservando una inmovilidad y una pasividad completas. Durante algunos minutos las dos arañas permanecieron inmóviles en el centro mismo de la tela.

Luego observé que la araña macho se liberaba lentamente, una pata tras otra; parecía como si quisiera retirarse en silencio, dejando a su compañera sola en su nido de amor. De repente, se soltó del todo y corrió tan deprisa como pudo hacia un extremo de la red. Pero, en ese mismo momento, una furiosa vitalidad se despertó en la hembra, que al instante lo persiguió. El macho negro se descolgó por un hilo, pero su amada hizo lo mismo. Cayeron las dos en el alféizar de la ventana y la araña macho intentó, con todas sus fuerzas, huir. Demasiado tarde. Su compañera lo tenía ya cogido con sus poderosas garras y se lo llevó de nuevo a la red, al mismo centro. Y ese mismo lugar, que había servido de lecho para sus lujuriosos apetitos, se convirtió en algo muy distinto. En vano agitaba el amante sus débiles patitas, intentando desembarazarse de aquel salvaje abrazo: la amada ya no lo dejaba marchar. A los pocos minutos lo tenía atrapado de tal forma que no podía mover un solo miembro. Luego introdujo sus afiladas pinzas en el cuerpo de su amante y sorbió con fruición su joven sangre. Finalmente, la vi dejar caer el lastimoso e irreconocible montón —patas, piel y hebras— y arrojarlo con indiferencia fuera de la red. Así, pues, es el amor entre esas criaturas… En fin, me alegro de no ser una araña macho.

Lunes, 14 de marzo.

Ahora ni siquiera echo una mirada a mis libros. Me paso los días ante la ventana. Y sigo allí sentado incluso cuando anochece. Ella ya no aparece, pero cierro los ojos y sigo viéndola. Vaya, este diario se ha convertido realmente en algo muy distinto de lo que pensaba. Habla de la señora Dubonnet, del comisario,

de arañas y de Clarimonde. Pero ni una sola palabra acerca del descubrimiento que me proponía hacer… ¿Tengo yo la culpa?

Martes, 15 de marzo.

Clarimonde y yo hemos descubierto un curioso juego que practicamos durante todo el día. Yo la saludo e inmediatamente ella me devuelve el saludo. Luego tamborileo con los dedos en el cristal de la ventana y ella, en cuanto lo ve, se pone también a tamborilear. Le hago señales y ella a su vez me las hace a mí. Muevo los labios como si hablara y ella repite lo mismo. Luego, con las manos, me echo hacia atrás el cabello de mis sienes, y en seguida su mano se dirige a su frente. Un auténtico juego de niños del que nos reímos. Es decir…, ella realmente no se ríe, es una especie de sonrisa sosegada, lánguida…, como supongo que debe ser la mía. Por cierto, todo esto no es tan tonto como puede parecer. No se limita a ser una simple imitación. Creo que, si así fuera, pronto nos cansaríamos los dos. En esto debe desempeñar un papel importante una especie de transmisión de pensamiento. Pues Clarimonde repite mis más insignificantes movimientos en una fracción de segundo; sin haber tenido tiempo siquiera de verlos, ya los está representando. A veces me parece que todo ocurre al mismo tiempo. Eso es lo que me estimula a hacer algo totalmente nuevo e insólito. Y es sorprendente cómo ella hace lo mismo simultáneamente. A veces intento tenderle una trampa. Hago una serie de movimientos diversos sucesivamente; luego los repito de nuevo una y otra vez. Finalmente repito por cuarta vez toda la serie, pero cambiando el orden e introduciendo alguno

nuevo, o bien olvidándome de alguno. Algo así como el juego infantil «Lo que el jefe manda». Es notable que Clarimonde no haga un movimiento en falso ni una sola vez, a pesar de que yo los cambio con tal rapidez que casi no tiene tiempo de reconocer cada uno de ellos. Y así paso el día. Pero en ningún momento tengo la sensación de perder el tiempo. Por el contrario, tengo la impresión de no haber hecho nunca nada más importante.

Miércoles, 16 de marzo.

¿No es curioso que jamás se me haya pasado seriamente por la cabeza dar una base más sólida a mis relaciones con Clarimonde que esos juegos interminables? Anoche medité sobre ello. Sí, verdaderamente sólo tendría que coger el abrigo y el sombrero, bajar dos pisos, cruzar la calle en cinco pasos y subir otra vez dos pisos. En la puerta hay una pequeña placa en la que pone «Clarimonde…». ¿Clarimonde qué? No lo sé. Pero sí pone Clarimonde. Después llamo y luego… Hasta aquí me lo puedo imaginar todo fácilmente, puedo ver cada movimiento que hago. Pero de ningún modo puedo imaginar lo que sucederá después. La puerta se abre, eso aún lo veo. Pero me quedo allí de pie y miro a través de la oscuridad que no permite reconocer nada en absoluto. Ella no viene…, nadie viene. En realidad allí no hay nada; tan sólo esa tenebrosa e impenetrable oscuridad.

A veces es como si sólo existiese la Clarimonde que veo allá, en la ventana, y que juega conmigo. No me puedo imaginar a esa mujer con sombrero y con otro vestido distinto del que lleva: negro con grandes lunares color lila. Ni siquiera me la imagino sin sus

guantes. Si la viera por la calle, incluso en un restaurante comiendo, bebiendo, charlando… Tengo que reírme, pues la escena me parece imposible. Hay veces que me pregunto si la amo. No puedo responder con certeza a esa pregunta, puesto que nunca he amado. Pero si el sentimiento que siento hacia Clarimonde es verdaderamente amor, entonces el amor es, sin duda, muy distinto de como yo lo veía entre mis compañeros o de lo que me enseñaron las novelas. Me es muy difícil definir mis emociones. Sobre todo me es difícil pensar en algo que no esté relacionado con Clarimonde… o mejor dicho, con nuestro juego. Pues no he de negarlo: realmente ese juego es lo único que me preocupa… lo único. Y, francamente, no lo entiendo.

Clarimonde… Sí, me siento atraído por ella. Pero en esa atracción se mezcla otro sentimiento, algo así… como si la temiera. ¿Temor? No, tampoco es eso; tiene más que ver con la aprensión, un leve miedo ante algo que no conozco. Y es precisamente ese miedo — que encierra algo curiosamente atrayente, voluptuoso — lo que me mantiene a distancia y a la vez me atrae hacia ella. Es como si recorriera un amplio círculo en torno a ella, me acercara un poco más, me retirara otra vez, corriera de nuevo hacia ella y otra vez volviera a retroceder. Hasta que al final —y eso lo sé positivamente— tendría que volver a ella otra vez. Clarimonde está sentada en la ventana e hila. Hilos largos, finos, infinitamente delgados. Está haciendo un tapiz; no sé exactamente de lo que se trata. Y no puedo comprender cómo puede hacer esa red sin enredar ni romper una y otra vez tan delicados hilos. Su fino trabajo está plagado de dibujos fantásticos…, animales fabulosos y criaturas grotescas. Pero… ¿qué

estoy escribiendo? La verdad es que no puedo ver lo que teje; los hilos son demasiado finos. Y, sin embargo, tengo la impresión de que su trabajo es exactamente como me lo imagino... cuando cierro los ojos. Exactamente. Una gran red con muchas criaturas, animales fabulosos y seres grotescos.

Jueves, 17 de marzo.

Me encuentro en un notable estado de excitación. Ya no hablo con nadie; apenas doy los buenos días a la señora Dubonnet o al mozo. Ni siquiera me tomo el tiempo para comer; ya sólo quiero sentarme frente a la ventana y jugar con ella. Es un juego inquietante; realmente lo es. Y tengo el presentimiento de que mañana sucederá algo.

Viernes, 18 de marzo.

Sí, sí, tiene que ocurrir hoy. Me digo a mí mismo —bien alto, para oír mi voz— que para eso estoy aquí. Pero lo malo es que tengo miedo. Y ese miedo de que me pueda ocurrir en esta habitación lo mismo que a mis predecesores se confunde curiosamente con el otro miedo: el miedo a Clarimonde. Apenas puedo separarlos. Tengo miedo. Quisiera gritar.

Seis de la tarde del mismo día.

Rápidamente, unas pocas palabras, con el sombrero y el abrigo puestos. Cuando dieron las cinco mi fortaleza me había abandonado. ¡Oh!, ahora sé con toda seguridad que esta sexta hora de la tarde del penúltimo día de la semana es bastante extraña... Ahora ya no me río del truco que le hice al comisario. He estado sentado en el sillón y me he aferrado a él con fuerza. Pero algo me arrastraba, tiraba materialmente de mí hacia la ventana... y otra vez

surgió ese horrible miedo a la ventana. Los vi allí colgados. Al viajante de comercio suizo, grandote, de recio cuello y con barba de dos días. Y al esbelto artista. Y al sargento, bajo y fuerte. A los tres los vi, uno tras otro. Y luego los vi juntos en el mismo gancho, con las bocas abiertas y las lenguas fuera. Y luego me vi a mí mismo entre ellos. ¡Oh, este miedo! Sentí que era tan grande el temor que experimentaba hacia Clarimonde como el que me causaban el dintel de la ventana o el espantoso gancho. Que me perdone, pero es así. En mi vergonzoso terror, siempre la mezclaba a ella con las imágenes de los otros tres, colgando de la ventana, con las piernas arrastrando por el suelo.

La verdad es que en ningún momento sentí deseos o impaciencia por ahorcarme; tampoco tenía miedo de desearlo... No, tan sólo tenía miedo de la ventana... y de Clarimonde... de algo terrorífico, incierto, que debía ocurrir ahora. Aun así, sentía el ardiente e invencible deseo de levantarme y acercarme a la ventana. Y tenía que hacerlo... En ese momento sonó el teléfono. Cogí el auricular y, antes de que pudiera oír una sola palabra, grité: «¡Venga!» Fue como si ese estridente grito hubiera hecho desaparecer al instante todas las sombras por entre las grietas del pavimento. De repente me tranquilicé. Me sequé el sudor de la frente y bebí un vaso de agua; después reflexioné sobre lo que diría al comisario cuando llegara. Finalmente me acerqué a la ventana, saludé y sonreí. Y Clarimonde saludó y sonrió. Cinco minutos más tarde, el comisario estaba conmigo. Le dije que por fin había llegado al fondo del asunto y le rogué que por el momento no me hiciera preguntas, que pronto estaría en condiciones de poder hacerle una singular

revelación. Lo extraño de todo es que, mientras le mentía, estaba completamente seguro de decirle la verdad. Y aún lo creo… pese a la falta de toda evidencia.

Probablemente advirtió mi singular estado de ánimo. Sobre todo cuando me excusé por mi grito de terror e intenté balbucear una explicación lo más razonable posible… sin que pudiera encontrar las palabras. Muy amablemente me sugirió que no necesitaba preocuparme por él; que estaba a mi disposición; que era su deber; que prefería realizar una docena de viajes inútiles a hacerse esperar una sola vez cuando fuera realmente necesario. Luego me invitó a salir con él aquella noche; eso me distraería; no era bueno que estuviera tanto tiempo solo. He aceptado, aunque me resultaba difícil: no me gusta separarme de esta habitación.

Sábado, 19 de marzo.

Estuvimos en el Gaieté Rochechouart, en el Cigale y en el Lune Rousee. El comisario tenía razón. Fue bueno para mí salir de aquí y respirar otra atmósfera. Al principio me sentí incómodo, como si estuviera haciendo algo malo, como si fuera un desertor que hubiera abandonado su bandera. Pero luego esa sensación desapareció; bebimos mucho, reímos y charlamos. Cuando me asomé a la ventana esta mañana me pareció leer un reproche en la mirada de Clarimonde. Aunque quizá sólo fue una apreciación mía. ¿Cómo podía saber ella que yo había salido la pasada noche? De cualquier forma, aquello no duró más que un segundo, pues al instante sonrió de nuevo.

Domingo, 29 de marzo.

Hoy sólo puedo repetir lo que escribí ayer: hemos jugado todo el día.

Lunes, 21 de marzo.

Hemos jugado todo el día.

Martes, 22 de marzo.

Sí, y eso es lo que hemos hecho también hoy. Y ninguna otra cosa. A veces me pregunto ¿para qué?, ¿por qué? O bien, ¿qué es lo que quiero en realidad?, ¿adónde me lleva todo esto? Pero no me contesto. Pues lo más seguro es que no desee otra cosa. Y que lo que sucederá más adelante es lo único que anhelo. Por supuesto que en todos estos días no nos hemos dicho ni una sola palabra. Algunas veces hemos movido los labios; otras, simplemente nos hemos mirado. Pero nos hemos entendido muy bien. Tenía yo razón: Clarimonde me reprochaba el haberme ido el pasado viernes. Después le pedí perdón y le dije que reconocía que había sido tonto y poco amable. Me ha perdonado y yo le he prometido que nunca más abandonaré esta ventana. Y nos hemos besado: hemos apretado los labios contra los cristales durante mucho tiempo.

Miércoles, 23 de marzo.

Ahora sé que la amo. Así debe ser, estoy impregnado de ella hasta la última fibra. Es posible que el amor sea distinto en otras personas. Pero ¿existe, acaso, una cabeza, una oreja, una mano, igual a otra entre miles de millones? Todas son distintas. Por eso no puede haber un amor igual a otro. Mi amor es extraño, eso bien lo sé. Pero ¿es por eso menos

hermoso? Casi soy feliz con este amor. ¡Si no fuera por ese miedo! A veces se adormece y entonces lo olvido. Pero sólo durante unos pocos minutos; luego despierta de nuevo y se aferra a mí. Es como una pobre ratita que luchase contra una enorme y fascinante serpiente para librarse de su poderoso abrazo. ¡Espera un poco, pobre y pequeño miedo, pues ya pronto te devorará este gran amor!

Jueves, 24 de marzo.

He hecho un descubrimiento: no juego yo con Clarimonde..., es ella la que juega conmigo. Sucedió de este modo: Anoche, como de costumbre, pensaba en nuestro juego. Escribí algunas complicadas series de movimientos, con los que pensaba sorprenderla esta mañana; cada movimiento tenía asignado un número. Los practiqué, para poder ejecutarlos lo más rápidamente posible, primero en orden y después hacia atrás. Luego solamente los números pares seguidos de los impares. Después sólo los primeros y últimos movimientos de cada una de las cinco series. Era algo complicado, pero me producía gran satisfacción porque me acercaba más a Clarimonde, pese a no poder verla. Practiqué durante horas y al final los hacía con la precisión de un reloj. Por fin, esta mañana me acerqué a la ventana. Nos saludamos. Entonces empezó el juego. Hacia delante, hacia atrás... era increíble lo rápidamente que me entendía; repetía casi instantáneamente todo lo que yo hacía.

Entonces llamaron a la puerta: era el mozo que me traía las botas. Las cogí. Cuando regresaba a la ventana reparé en la hoja de papel en la que había anotado mis series. Y entonces me di cuenta de que no había ejecutado ni uno solo de esos movimientos.

Estuve a punto de tambalearme; me sujeté al respaldo del sillón y me dejé caer en él. No lo podía creer. Leí la hoja una y otra vez. La verdad es que había ejecutado en la ventana una serie de movimientos... pero ninguno de los míos. Y una vez más tuve la sensación de que una puerta se abría..., su puerta. Estoy de pie ante ella y miro a su interior...; nada, nada..., tan sólo esa oscuridad vacía. Entonces supe que si me marchaba en ese momento, estaría salvado. Y comprendí perfectamente que podía irme. Sin embargo, no me fui. Y no lo hice porque tenía el presentimiento de que estaba a punto de descubrir el misterio. París... ¡iba a conquistar París! Durante unos momentos París era más fuerte que Clarimonde.

¡Ay! Pero ahora ya casi no pienso en eso. Sólo siento mi amor y dentro de él ese miedo callado y voluptuoso. Pero en aquel momento eso me dio fuerzas. Leí de nuevo mi primera serie y grabé en mi mente con exactitud cada uno de sus movimientos. Luego volví a la ventana. Me fijé bien en lo que hacía: ni uno solo de los movimientos estaba entre los que me proponía ejecutar. Decidí entonces tocarme la nariz con el dedo índice. Pero besé el cristal. Quise tamborilear sobre el alféizar de la ventana, pero me pasé la mano por el cabello. Así, pues, era cierto: Clarimonde no imitaba lo que yo hacía; era más bien yo quien hacía lo que ella indicaba. Y lo hacía con la celeridad del relámpago y casi tan instantáneamente que incluso ahora me parece como si lo hubiera hecho por mi propia voluntad. Y soy yo, yo, que estaba tan orgulloso de haber influido en sus pensamientos, el que estoy total y completamente dominado. Sólo que... este dominio es tan suave, tan ligero... ¡Oh! No hay nada que pudiera hacerme tanto bien.

Todavía lo intenté otra vez. Metí ambas manos en los bolsillos y decidí firmemente no moverlas de ellos, La miré. Vi cómo levantaba la mano, cómo sonreía y cómo me recriminaba suavemente con el dedo índice. No me moví. Sentía que mi mano derecha quería salir del bolsillo, pero clavé profundamente los dedos en el forro. Seguidamente, pasados unos minutos, mis dedos se relajaron…, la mano salió del bolsillo y el brazo se elevó. La reprendí con el dedo y sonreí. Era como si no fuera yo el que hacía esas cosas, sino un extraño al que observaba. No, no, no era eso. Yo, era yo quien lo hacía… en tanto que un extraño me observaba a mí. Precisamente era ese extraño, tan fuerte, el que intentaba hacer un gran descubrimiento. Pero ese no era yo. Yo…, ¿y a mí qué me importa ya el descubrimiento? Estoy aquí para hacer lo que quiera ella, Clarimonde, a la que amo con delicioso terror.

Viernes, 25 de marzo.

He cortado el cable del teléfono. No tengo ya ganas de que ese estúpido comisario me interrumpa, precisamente ahora que se acerca la hora fatal… ¡Dios mío! ¿Por qué escribo estas cosas? Nada de esto es cierto. Es como si alguien guiara mi pluma. Pero yo quiero…, quiero…, quiero escribir lo que ocurre. Tengo que hacer un atroz esfuerzo. Pero quiero hacerlo. Si pudiera hacer tan sólo una vez más… lo que verdaderamente quiero hacer. He cortado el cable del teléfono. ¡Ah! Porque tenía que hacerlo. ¡Por fin lo he escrito! Porque tenía, tenía que hacerlo. Esta mañana hemos estado jugando frente a la ventana. Nuestro juego ha variado desde ayer. Ella hace algún movimiento y yo me resisto todo lo que puedo, hasta

que finalmente tengo que ceder, impotente, y hacer lo que ella desea. Y difícilmente puedo expresar el maravilloso placer que supone esa rendición…, esa entrega a sus deseos.

Jugamos. Y, de repente, ella se levantó y retrocedió. Su habitación estaba tan oscura que casi ya no podía verla. Parecía haber desaparecido en la oscuridad. Pero pronto volvió, trayendo en sus manos un teléfono de mesa igual que el mío. Lo colocó, sonriendo, sobre el alféizar de la ventana, cogió un cuchillo, cortó el cable y se lo llevó de nuevo. Durante un cuarto de hora me resistí. Mi temor era mayor que nunca, y esa sensación de sucumbir lentamente, cada vez más deliciosa. Finalmente traje mi teléfono, corté el cable y lo puse otra vez sobre la mesa.

Así es como sucedió. Estoy sentado ante mi mesa. He tomado el té y el mozo se ha llevado ya la bandeja. Le pregunté qué hora era, ya que mi reloj no va bien. Son las cinco y cuarto, las cinco y cuarto… Sé que si miro ahora, Clarimonde estará haciendo algo. Estará haciendo algo que yo tendré que hacer también. De todos modos, miro. Está allí, de pie y sonriente. ¡Si pudiera siquiera apartar mis ojos!… Ahora se acerca a la cortina. Coge el cordón…, es rojo, como el de mi ventana… Hace un nudo corredizo. Cuelga el cordón arriba, en el gancho del dintel de la ventana.

Se sienta y sonríe.

No, esto que experimento ya no puedo llamarlo miedo. Es un terror enloquecedor, sofocante, que aun así no cambiaría por nada del mundo. Es una fuerza de una índole desconocida, y no obstante extrañamente sensual en su ineludible tiranía. Podría correr inmediatamente a la ventana y hacer lo que

ella quiere. Pero espero, lucho, me resisto. Siento que esa atracción se va haciendo más apremiante cada minuto que pasa… Así, pues, aquí estoy otra vez sentado. Me he apresurado a hacer lo que ella quería: coger el cordón, hacer un nudo corredizo y colgarlo del gancho. Y ya no quiero mirar más. Sólo quiero estar aquí y mirar fijamente el papel. Pues ahora sé lo que ella hará si la miro…; ahora, en la sexta hora del penúltimo día de la semana. Si la miro, tendré que hacer lo que ella quiera… tendré entonces que…

No quiero mirarla. Entonces me río… en voz alta. No, no soy yo el que se ríe, alguien lo hace dentro de mí. Y sé por qué: por ese «no quiero». No quiero, y sin embargo sé con certeza que debo hacerlo. Debo mirarla, debo, debo mirarla… y después… todo lo demás. Si todavía no lo hago es tan sólo para prolongar esta tortura. Sí, eso es. Estos indecibles sufrimientos constituyen mi más sublime deleite. Escribo rápidamente para permanecer aquí más tiempo, con el fin de prolongar estos segundos de dolor que aumentan mi éxtasis amoroso hasta el infinito. Más, más tiempo… ¡Otra vez el miedo! Sé que la miraré, que me levantaré, que me ahorcaré. Pero eso no es lo que temo. ¡Oh, no!… ¡Eso es bueno, es dulce! Pero hay algo, algo más… que ocurrirá después. No sé lo que es… pero sucederá con toda seguridad. Pues el gozo de mis tormentos es tan inmensamente grande… ¡Oh! Siento, siento que ha de suceder algo terrible.

No debo pensar… Debo escribir algo, cualquier cosa. Pero deprisa…, para no pensar. Mi nombre… Richard Bracquemont, Richard Bracquemont, Richard… ¡Oh!, no puedo seguir… Richard Bracquemont, Richard Bracquemont… Ahora…, ahora

tengo que mirarla… Richard Bracquemont, tengo…, no, más, más… Richard… Richard Bracque…

Al no obtener respuesta alguna a sus repetidas llamadas telefónicas, el comisario del distrito IX entró a las seis y cinco en el hotel Stevens. Encontró en la habitación número 7 el cuerpo del estudiante Richard Bracquemont, colgado del dintel de la ventana, exactamente en la misma posición que sus tres predecesores.

Tan sólo su rostro tenía una expresión distinta. Estaba desfigurado, con una mueca de terrible horror, y sus ojos, abiertos, parecían salirse de sus órbitas. Los labios estaban separados y los dientes fuertemente apretados.

Y entre ellos, mordida y triturada, había una gran araña negra, con curiosos lunares violeta.

Sobre la mesa se encontraba el diario del estudiante. El comisario lo leyó y se acercó inmediatamente a la casa de enfrente. Descubrió que el segundo piso había estado vacío y deshabitado desde hacía meses…

El Wendigo

Algernon Blackwood

(1909)

Traducción de Francisco Torres Oliver

I

Aquel año se organizaron numerosas partidas de caza, pero apenas si se llegó a descubrir rastro alguno; los alces parecían excepcionalmente tímidos aquella temporada y los chasqueados *Nemrods*[69] regresaron al seno de sus respectivas familias formulando las mejores excusas que se les ocurrieron. El doctor Cathcart, como otros muchos, regresó sin un solo trofeo. Pero trajo, en cambio, el recuerdo de una experiencia que, según confiesa, vale por todos los alces cazados en su vida. Y es que Cathcart, de Aberdeen, aparte de los alces, estaba interesado en otras cosas; entre ellas, en las extravagancias de la mente humana. Sin embargo, esta singular historia no figura en su libro *La alucinación colectiva* por la sencilla razón de que (así lo confesó una vez a un colega suyo) vivió los hechos demasiado de cerca para poder opinar con entera objetividad…

Además de él y de su guía Hank Davis, iban el joven Simpson, su sobrino, que era estudiante de teología y visitaba por primera vez los apartados bosques del Canadá, y el guía de este, Défago. Joseph Défago era un franco-canadiense que había huido de su originaria provincia de Quebec años antes, y había conseguido trabajo en Rat Portage[70], cuando el Canadian Pacific Railway estaba en construcción. Era un hombre que, además de sus incomparables conocimientos sobre bosques y monte bajo, sabía cantar viejas canciones de viajeros y narrar emocionantes historias de caza. Por otra parte, era profundamente sensible al encanto singular que posee la naturaleza salvaje y solitaria de ciertos parajes, y sentía por esa soledad una especie de pasión romántica que rayaba en

lo obsesivo. La vida de los bosques le fascinaba. De ahí, sin duda, la certera perspicacia con que era capaz de desentrañar sus misterios.

Fue Hank quien lo escogió para esta expedición. Hank lo conocía ya, y tenía plena confianza en él. Y él le correspondía del mismo modo, «como buen compadre». Tenía un vocabulario salpicado de juramentos pintorescos, aunque totalmente carentes de significado, y la conversación entre los dos fornidos cazadores a menudo subía de tono. Hank trataba de paliar esta riada de exabruptos por respeto a su viejo «patrón de caza», el doctor Cathcart —a quien llamaba «Doc», según costumbre del país—, y también porque sabía que el joven Simpson era ya «medio cura». Con todo, Défago tenía un defecto y sólo uno, a juicio suyo, y era que, como franco-canadiense, daba muestras de lo que Hank definía como «un maldito carácter»; esto significaba, al parecer, que a veces se comportaba como genuino tipo latino y tenía arrebatos de sordo mal humor en los que nadie en el mundo era capaz de sacarle una palabra. Hay que decir que Défago era imaginativo y melancólico, y por lo general, las estancias demasiado largas en la «civilización» parecían originarle esos accesos, ya que le bastaban unos pocos días en despoblado para curarse por completo.

Estos eran, pues, los cuatro expedicionarios que se encontraban en el campamento durante la última semana del mes de octubre de aquel «año de alces tímidos», en la región de selvática espesura que se extiende, abandonada y solitaria, al norte de Rat Portage. También estaba Punk, un cocinero indio que siempre había acompañado al doctor Cathcart y a Hank en sus cacerías de años anteriores. Su trabajo consistía únicamente en permanecer en el campamento, pescar y preparar las tajadas de carne de venado y el café. Iba vestido con las ropas usadas que le

daban sus amos y, aparte su cabello negro y espeso y su tez oscura, con aquella indumentaria de ciudad se parecía tanto a un piel roja como un blanco disfrazado de negro a un africano auténtico. A pesar de eso, Punk poseía aún los instintos de su raza moribunda: su silencio reservado y su gran resistencia. Y también sus supersticiones.

El grupo, sentado alrededor del fuego, se sentía desanimado aquella noche porque había pasado una semana sin descubrir un solo rastro de alce. Défago había cantado su canción y había comenzado uno de sus relatos. Pero Hank, de mal humor, le recordaba tan a menudo que «lo estás contando mal, no fue así», que el «francés» se hundió finalmente en un hosco silencio del que nada probablemente podría sacarle ya. El doctor Cathcart y su sobrino estaban cansados, después del día agotador. Punk estuvo fregando los platos y rezongando para sus adentros bajo el sombrajo de ramas, donde más tarde acabó por dormirse. Nadie se molestaba en reavivar el fuego que lentamente se consumía. Allá arriba, las estrellas brillaban en un cielo completamente invernal; y hacía tan poco viento, que comenzaban ya, solapadamente, a helarse las orillas del lago que se extendía a sus espaldas. El silencio de la inmensidad del bosque se desplegaba en torno para envolverlos.

De pronto, lo quebró inesperadamente la voz nasal de Hank:

—Deberíamos intentarlo por otra zona, Doc —exclamó con energía mirando a su patrón—. Por aquí ya se ve que no tenemos maldita la suerte.

—Vale —dijo Cathcart, que era hombre de pocas palabras —. Buena idea.

—Claro que es buena —continuó Hank con confianza—. ¿Qué tal si, para variar, diésemos una batida hacia el oeste,

por el camino de Garden Lake? Aún no hemos explorado esa zona solitaria.

—De acuerdo.

—Y tú, Défago, te llevas al señorito Simpson en la canoa, cruzas el remanso, pasas el Lago de las Cincuenta Islas, y haces un buen ojeo por la orilla sur. El año pasado estaba aquello lleno de alces, y por lo que llevamos visto hasta ahora, puede que también lo esté ahora, nada más que para fastidiarnos.

Défago, con los ojos clavados en el fuego, no dijo nada. Probablemente estaba ofendido aún por la interrupción de su relato.

—Por esa parte no se ha visto ningún alce este año, ¡me apuesto mi último dólar! —añadió Hank con énfasis. Miraba a su patrón con astucia—. Mejor sería recoger la tienda y alejarnos un par de noches —concluyó, como si el asunto estuviera definitivamente decidido.

A Hank se le reconocía una gran competencia para organizar cacerías, y era el encargado de esta expedición.

Para todo el mundo estaba claro que Défago no aprobaba el plan, pero su silencio parecía dar a entender algo más que una simple desaprobación. Por su sensitivo rostro atezado cruzó una curiosa expresión, como un fugaz resplandor de llamas, que no pasó desapercibido para los tres hombres que estaban allí.

—Me parece que tiene miedo por alguna razón —comentaría Simpson más tarde, una vez solos su tío y él en la tienda que compartían. El doctor Cathcart no replicó inmediatamente, aunque pareció interesarse y tomar nota mentalmente de la observación. La expresión de Défago le había causado una pasajera inquietud, sin motivo aparente a la sazón.

Pero Hank, como era natural, fue el primero en observarla; y lo extraño fue que, en lugar de irritarse o

ponerse furioso por la falta de interés del otro, comenzara inmediatamente a gastarle bromas.

—Me parece a mí que no hay ninguna razón especial para que vayamos allí este año —dijo, con cierta ironía en el tono —; ¡al menos, no la razón que quieres dar a entender! El año pasado fue el incendio lo que contuvo a la gente. Este año me parece que... que la gente ya no quiere ir. ¡Eso es todo! —su actitud trataba de ser alentadora.

Joseph Défago alzó los ojos un momento, y luego los bajó otra vez. Una ráfaga de viento se deslizó por el bosque avivando los rescoldos y levantando llamas pasajeras. El doctor Cathcart observó nuevamente el semblante del guía, y tampoco esta vez le agradó su expresión. Le traicionaba su mirada. Por un instante, vio en aquellos ojos el destello de un hombre verdaderamente asustado. Esto le inquietó más de lo que le habría gustado admitir.

—¿Hay indios peligrosos en esa dirección? —preguntó con una sonrisa conciliadora, en tanto que Simpson, demasiado soñoliento para percatarse de estas sutilezas, se marchaba a la cama con un prodigioso bostezo—, ¿o... o pasa algo? —añadió, cuando su sobrino ya no podía oírle.

Hank le miró con menos franqueza que de costumbre.

—Está asustado —exclamó, fingiendo buen humor—. Está asustado por algún cuento de hadas que le han contado. Eso es todo, ¿eh, viejo? —y le dio amistosamente en el pie que tenía más cercano al fuego.

Défago alzó los ojos con rapidez, como si le hubieran interrumpido algún sueño, de un sueño que, sin embargo, no le había abstraído de todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Asustado...? ¡Ni hablar! —contestó con desafiadora animación—. No hay nada en el bosque que pueda asustar a Joseph Défago, ¡que no se te olvide! —y la natural energía con que habló, hizo imposible saber si contaría toda la verdad, o sólo una parte.

Hank se volvió hacia el doctor. Iba a añadir algo, cuando se detuvo bruscamente y miró en torno. Justo detrás de ellos, en la oscuridad, había sonado un ruido que les hizo estremecer a los tres. Era el viejo Punk, que había abandonado su yacija mientras hablaban y ahora estaba de pie, un poco más allá del círculo de luz, escuchando lo que decían.

—Ahora no, Doc —susurró Hank haciendo un guiño—; más adelante, cuando no haya moros en la costa.

Y poniéndose en pie de un salto, le dio al indio una manotada en la espalda y exclamó sonoramente:

—¡Acércate al fuego y calienta un poco esa sucia piel colorada que tienes! —lo arrastró hacia el fuego y echó más leña—. Ha sido muy buena la comida que nos has preparado antes —continuó cordialmente, como si quisiera encauzar los pensamientos del hombre por otros derroteros— y no sería de cristianos dejarte ahí, de pie, enfriándote el pellejo, mientras nosotros estamos aquí bien calentitos.

Punk avanzó, y se calentó los pies, sonriendo ante la verbosidad del otro, que comprendía sólo a medias, pero no dijo nada. El doctor Cathcart, viendo que era imposible proseguir la conversación, siguió el ejemplo de su sobrino y se metió en la tienda, dejando a los tres hombres que siguieran fumando alrededor de las renovadas llamas del fuego.

No es fácil desnudarse en una tienda pequeña sin despertar al compañero, y Cathcart, hombre duro y de sangre ardorosa a pesar de sus cincuenta años, hizo al raso lo que Hank habría descrito como «una temeridad». Mientras se desnudaba observó que Punk había regresado a su yacija, y que Hank y Défago seguían charlando junto al fuego. Era la típica escena convencional del Oeste: el fuego de campamento iluminaba sus rostros con luces y sombras. Défago, con el sombrero echado y los mocasines, parecía

representar el papel de malvado; Hank, con el rostro despejado y sin sombrero, encogiéndose de hombros con indiferencia, podía ser el héroe justo y desengañado; y el viejo Punk, escuchando oculto en la oscuridad, proporcionaba la atmósfera de misterio. El doctor sonrió al darse cuenta de los detalles. Pero al mismo tiempo sintió en su interior como si algo muy hondo —no sabía qué— le oprimiera un poco, como si un soplo casi imperceptible de advertencia hubiera rozado la superficie de su alma, desapareciendo antes de poderlo captar. Probablemente se debía a la «expresión asustada» que había observado en los ojos de Défago. «Probablemente»… porque de no ser a esto, no sabía a qué atribuir esta sombra de emoción fugitiva que escapaba a su fina capacidad de análisis. Le dio la impresión de que acaso hubiera problemas con Défago. No le parecía un guía tan seguro como Hank, por ejemplo… aunque no sabía exactamente por qué.

Antes de zambullirse en la tienda donde Simpson dormía ya ruidosamente, observó un poco más a los dos hombres. Hank juraba como un africano loco en una sala de fiestas; pero sus juramentos eran de «afecto». Los pintorescos denuestos brotaban libremente, ahora que dormía la causa de sus anteriores represiones. Luego pasó el brazo cariñosamente por encima del hombro de su camarada y se marcharon juntos hacia las sombras donde tenían la tienda. Punk siguió su ejemplo también, un momento después, y desapareció entre sus malolientes mantas, en el otro extremo del claro.

El doctor Cathcart se retiró a su vez. La fatiga y el sueño luchaban en su mente contra una oscura curiosidad por averiguar qué había al otro lado de las Cincuenta Islas, que tanto parecía atemorizar a Défago… Se preguntaba también por qué la presencia de Punk impidió a Hank terminar lo que había empezado a decir. Después, el sueño le venció.

Mañana lo sabría. Se lo contaría Hank mientras caminaran en pos de los alces huidizos.

Un profundo silencio descendió sobre el pequeño campamento, tan atrevidamente instalado ante las mismas fauces de la selva. El lago brillaba como una lámina de cristal negro bajo las estrellas. Picaba el aire frío. En las brisas nocturnas que surgían silenciosas de las profundidades del bosque, con mensajes de lejanas cordilleras y de lagos que comenzaban a helar, flotaban ya unos perfumes fríos y desmayados que anunciaban la llegada del invierno. El hombre blanco, con su olfato embotado, jamás habría podido adivinarlos; la fragancia del fuego de leña le habría ocultado, en un centenar de millas a la redonda, la viveza de ese olor a musgo, a corteza de árbol y a marisma seca. Incluso Hank y Défago, ligados íntimamente al espíritu de los bosques, habrían olfateado en vano…

Pero una hora más tarde, cuando todos estuvieron dormidos como troncos, el viejo Punk salió a gatas de entre sus mantas y se escurrió como una sombra hasta la orilla del lago, en silencio, como únicamente un indio sabe moverse. Después levantó la cabeza y miró a su alrededor. La espesa negrura hacía casi imposible toda visibilidad; pero, como los animales, poseía él otros sentidos que la oscuridad no era capaz de anular. Escuchó, y luego olfateó el aire. Se quedó quieto, inmóvil como un arbusto. Al cabo de unos cinco minutos, estiró de nuevo la cabeza y olfateó el aire una y otra vez. Un prodigioso hormigueo de nervios le corrió por el cuerpo al oler el aire penetrante. Luego, se sumergió en la negrura como sólo hacen los animales y los hombres salvajes, y regresó finalmente, deslizándose bajo el ramaje, hasta su lecho.

Poco después de dormirse, el cambio de viento que había presentido agitaba blandamente el reflejo de las estrellas en

el lago. Procedía de las lejanas montañas de la región situada al otro lado del Lago de las Cincuenta Islas, venía en la dirección que había observado él, pasaba por encima del campamento dormido y cruzaba, como un murmullo apagado y suspirante, apenas perceptible, por entre las copas de los árboles inmensos. Con él, por los desiertos senderos de la noche, aunque demasiado tenue aún para los agudos sentidos del indio, cruzó un olor ligerísimo, muy particular y extrañamente inquietante; un olor de algo raro… absolutamente desconocido.

El franco-canadiense y el hombre de sangre india se agitaron intranquilos en su sueño, aunque ninguno de los dos se despertó. Luego, el espectro de aquel olor innominado se alejó para perderse entre las regiones remotas del bosque deshabitado.

II

Por la mañana, antes de que saliera el sol, el campamento estaba ya en plena actividad. Había caído una ligera capa de nieve durante la noche, y el aire era frío y penetrante. Punk había cumplido con sus deberes matinales, ya que el olor del café y del tocino frito llegaba hasta las tiendas. Todo el mundo estaba de buen humor.

—¡El viento ha cambiado! —gritó Hank a Simpson y a su guía, que se hallaba a bordo de la pequeña canoa—. ¡Hay que cruzar el lago en línea recta! ¡Estupendos rastros nos va a dejar la nieve! Si hay algún alce olisqueando por allí, tal como viene el viento, no os va a ver hasta teneros encima. ¡Buena suerte, *monsieur* Défago! —añadió alegremente, dándole por una vez la pronunciación francesa al nombre—. *¡Bonne chance!*

Défago le deseó lo mismo, de buen humor al parecer, sin acordarse para nada de su silencioso enfado de la noche anterior. Antes de las ocho, el viejo Punk se encontraba solo ya en el campamento. Cathcart y Hank, muy lejos de allí, seguían un rastro que se dirigía hacia occidente, en tanto que la canoa que llevaba a Défago y a Simpson, con una tienda de seda y provisiones para dos días, era sólo un punto confuso balanceándose en la lejanía, rumbo al este.

La crudeza invernal del aire se atemperaba con el sol que coronaba las lomas cubiertas del bosque y resplandecía con voluptuoso calor sobre los árboles y el lago. Los somormujos volaban rasantes a través del centelleo del rocío que el viento espolvoreaba; algunos sacudían sus mojadas cabezas al sol, y luego las sumergían de nuevo con vivacidad. Y hasta donde alcanzaba la vista, se elevaban las masas interminables y apretadas de los arbustos desolados que

cubrían toda aquella región, jamás hollada por el hombre, que se extendía como un poderoso e ininterrumpido tapiz vegetal hasta las costas heladas de la Bahía de Hudson.

Simpson, que contemplaba todo esto por primera vez a la par que remaba vigorosamente, se sentía embelesado por la austera belleza. Su corazón se embriagaba con el sentimiento de libertad de los grandes espacios, y sus pulmones con el aire frío y perfumado. Detrás de él, sentado a popa, Défago gobernaba con soltura aquella embarcación de corteza de abedul y contestaba alegremente a todas las preguntas de su compañero. Los dos se sentían contentos y gozosos. En tales ocasiones, los hombres pierden las superficiales diferencias que el mundo establece; se convierten en seres humanos que trabajan juntos por un fin común. Simpson, el patrón, y Défago, el servidor, entre aquellas fuerzas primitivas, eran simplemente eso: dos hombres, el «guía» y el «guiado». La superior destreza asumía naturalmente el mando, y el «señorito» había pasado sin preámbulos a una situación de cuasi-subordinado. No se le ocurrió, ni mucho menos, poner objeción alguna cuando Défago suprimió el «señor» y se dirigió a él con un «oiga, Simpson», o bien «oiga, jefe», como se dio el caso invariablemente hasta que llegaron a la lejana orilla, después de remar de firme durante doce millas con viento de proa. Él solamente se reía, le gustaba; después, dejó de notarlo por completo.

Este «estudiante de teología» era, pues, un joven de buen natural y mejor carácter, aunque sin mundo, como era de comprender. Y en este viaje —la primera vez que salía de su pequeña Escocia natal—, la gigantesca proporción de las cosas le producía cierto aturdimiento. Ahora comprendía que una cosa era oír hablar de los bosques primordiales, y otra muy distinta verlos. Y vivir en ellos y tratar de familiarizarse con su vida salvaje era, además, una iniciación que ningún

hombre inteligente podía sufrir sin verse obligado a alterar una escala de valores considerada hasta entonces como inmutable y sagrada.

Simpson sintió las primeras manifestaciones de esta emoción cuando cogió en sus manos el nuevo rifle 303 y contempló sus perfectos y relucientes cañones. Los tres días de viaje hasta el campamento general, a través del lago, y por tierra, después, habían constituido una nueva fase de este proceso. Y ahora que estaba tan lejos, más allá incluso de la orla de espesura donde habían acampado, en el corazón de unas regiones deshabitadas tan extensas como Europa, la verdadera realidad de su situación le producía un efecto de placer y pavor que su imaginación sabía apreciar perfectamente. Eran Défago y él, contra una muchedumbre… o, al menos, ¡contra un Titán!

La fría magnificencia de estos bosques solitarios y remotos le abrumaba y le hacía sentir su propia pequeñez. De la infinidad de copas azulencas que se balanceaban en el horizonte, se desprendía y revelaba por sí misma esa severidad que emana de las vegetaciones enmarañadas y que sólo puede calificarse como despiadada y terrible. Comprendía la muda advertencia. Se daba cuenta de su total desamparo. Sólo Défago, como símbolo de una civilización distante en la que era el hombre el que dominaba, se levantaba entre él y una muerte implacable por hambre y agotamiento.

Por esta razón, le resultaba emocionante ver a Défago dirigir la canoa a la orilla, guardar las palas cuidadosamente en su interior y hacer marcas, luego, en las ramas de los abetos situados a uno y otro lado de un rastro casi invisible, al tiempo que le explicaba con entera despreocupación:

—Oiga, Simpson; si me llegara a pasar algo, encontrará la canoa siguiendo exactamente estas señales. Después cruza

el lago todo recto hacia el sol, hasta dar con el campamento. ¿Ha comprendido?

Era la cosa más natural del mundo, y lo dijo sin un solo cambio de voz. No obstante, con ese lenguaje, que reflejaba perfectamente la situación y el desamparo de ambos, acertó a expresar las emociones del joven en aquel momento. Se encontraba, con Défago, en un mundo primitivo: eso era todo. La canoa —otro símbolo del poder del hombre— debía dejarse atrás. Aquellas muescas amarillentas, cortadas a golpes de hacha sobre los árboles, eran las únicas señales de su escondite.

Entretanto, con los bártulos y el rifle al hombro, los dos hombres comenzaron a seguir un rastro casi imperceptible por entre rocas, troncos caídos y charcas medio heladas, sorteando los numerosos lagos que festoneaban el bosque, y bordeando sus orillas cubiertas de niebla desflecada. Hacia las cinco, se encontraron de improviso con que estaban en el límite del bosque. Ante ellos se abría una vasta extensión de agua, moteada de innumerables islas cubiertas de pinos.

—El Lago de las Cincuenta Islas —anunció Défago con voz cansada—, ¡y el sol está metiendo en él su vieja cabeza pelada! —añadió poéticamente, sin darse cuenta.

De inmediato, comenzaron a plantar la tienda. En cinco minutos escasos, gracias a aquellas manos que nunca hacían un movimiento de más ni de menos, quedó armada la tienda, fueron preparados los techos con ramas de bálsamo y se encendió un buen fuego para guisar con el mínimo de humo. Mientras el joven escocés limpiaba el pescado que cogieron al curricán durante la travesía, Défago dijo que «pensaba» dar una vuelta «nada más» por los alrededores, en busca de señales de alce.

—Pudiera tropezarme con algún tronco donde hubiesen estado restregando los cuernos —dijo mientras se iba—, o acaso hayan mordisqueado las hojas de algún arce.

Su pequeña figura se fundió como una sombra en el crepúsculo. Simpson se quedó observando, con admiración, cuán fácilmente lo absorbía la floresta. Sólo unos pasos, y ya había desaparecido.

No obstante, había poca maleza por los alrededores. Los árboles se elevaban algo más allá, muy espaciados, y en los claros crecían el abedul y el arce, delgados y esbeltos, junto a los troncos inmensos de los abetos. De no haber sido por algunos troncos derribados, de monstruosas proporciones, y por los fragmentos de roca gris que se hincaban en el lomo de la tierra, el paraje podía haber sido el rincón de un viejo parque. Casi se podía ver en él la mano del hombre. Un poco más a la derecha, no obstante, comenzaba aquella extensa comarca que llamaban el Brûlé, completamente arrasada por el incendio del año anterior. La zona entera estuvo ardiendo con furia durante semanas y semanas, y ahora se alzaban, descarnados y feos, unos tocones ennegrecidos en forma de cerillas gigantescas. Reinaba una desolación indescriptible. El olor a carbón y a ceniza empapada de lluvia aún persistía débilmente en el aire.

El crepúsculo se iba haciendo más denso cada vez. Las marismas se cubrían de sombras. El crepitar de la leña en el fuego y el romper de las olas a lo largo de la costa rocosa del lago eran los únicos ruidos audibles. El viento se había calmado al ponerse el sol, y nada se agitaba en aquel vasto mundo de ramas. En cualquier momento, los dioses de los bosques podían esbozar sus tremendos y poderosos perfiles entre los árboles. Delante, a través de los pórticos sostenidos por los enormes troncos erguidos, se extendía el escenario del Lago de Fifty Islands, de las Cincuenta Islas, que era como una media luna de veinticinco kilómetros, más o menos, de punta a punta, y de unos nueve de anchura, desde donde estaban ellos acampados. Un cielo rosa y azafrán, más claro que cualquiera de los que había visto

Simpson en su vida, derramaba aún sus raudales de fuego sobre las olas, y las islas —seguramente más cerca de las cien que de las cincuenta— flotaban como mágicas embarcaciones de una escuadra encantada. Cubiertas de pinos, con las crestas apuntando al cielo, casi parecían moverse en la borrosa luz del anochecer… a punto de recoger el ancla y navegar por las rutas de los cielos, y no por las del lago arcaico y solitario.

Y los encendidos jirones de nubes, como pendones ostentosos, eran la señal de que zarpaban rumbo a las estrellas…

El espectáculo era de una belleza arrobadora. Simpson ahumaba el pescado, y se había quemado los dedos al intentar probarlo; al mismo tiempo, cuidaba de la sartén y el fuego. Pero, por debajo de sus pensamientos, percibía otro aspecto de la naturaleza salvaje: la indiferencia hacia la vida humana, el espíritu despiadado de la desolación, que no tiene en cuenta al hombre. El sentimiento de su completa soledad, ahora que incluso Défago se había ido, se le hizo más palpable al mirar en torno suyo y aguzar el oído en espera de adivinar las pisadas de su compañero que regresaba.

Esta sensación tenía algo de placentera; y de alarmante, también. E irremediablemente, se le ocurrió una idea que le hizo temblar: «¿Qué *podría…* qué podría hacer yo si… si sucediera algo y no regresara?…». Disfrutaron de una cena bien merecida, comieron pescado a placer, y tomaron un té fuerte, capaz de matar a un hombre que no hubiera hecho treinta millas a «marcha forzada». Y al terminar, estuvieron un rato fumando, charlando y riendo junto al fuego. Después, estiraron las piernas cansadas y discutieron el programa del día siguiente. Défago se encontraba de un humor excelente, aunque decepcionado por no haber encontrado ningún rastro todavía. Pero estaba oscureciendo

y no había podido alejarse demasiado. El Brûlé era mal sitio también. Las ropas y las manos le olían a carbón.

Simpson, al mirarle, volvió a sentir con renovada intensidad que la situación seguía siendo la misma: los dos juntos en la soledad agreste.

—Défago —dijo—, estos bosques son… cómo decirlo, un poco demasiado grandes para sentirse uno a gusto… tranquilo, quiero decir… ¿No?

Simplemente intentaba expresar lo que sentía en ese momento, pues apenas si estaba preparado para la seriedad, o incluso para la solemnidad con que el guía había acogido sus palabras.

—Está usted en lo cierto, jefe —exclamó, clavándole en el rostro sus ojos escrutadores—. Es la pura verdad. No tienen límite de ningún tipo.

Luego añadió, bajando la voz como si hablara consigo mismo:

—Son muchos los que han descubierto eso, y han sucumbido.

Pero la gravedad que había en su actitud no agradó en absoluto a Simpson. Sus palabras y su expresión resultaban demasiado sugerentes en un escenario y un crepúsculo como aquellos. Lamentó haber tocado ese tema. De pronto le vino a la memoria lo que había contado su tío sobre una fiebre extraña que afectaba a los hombres en la soledad de la selva. Se sentían irresistiblemente atraídos por las regiones despobladas, y caminaban, fascinados, hacia su muerte. Y se le ocurrió que su compañero tenía ciertos síntomas afines a ese extraño tipo de afección. Desvió la conversación hacia otros derroteros. Habló de Hank y del doctor, así como de la natural rivalidad entre los dos grupos por ser los primeros en avistar un alce.

—Si ellos fuesen en dirección oeste —observó Défago con desgana—, ahora estarían a cien kilómetros de nosotros; y

en mitad de camino, quedaría el viejo Punk, hinchándose de pescado y café.

Se rieron de imaginárselo. Pero al mencionar de pasada, por segunda vez, aquellos cien kilómetros, Simpson se percató de las inmensas proporciones del territorio donde estaban cazando. Cien kilómetros eran solamente un paseo; y doscientos, tal vez poco más. A su memoria acudían continuamente relatos sobre cazadores que se habían extraviado. La pasión y el misterio de unos hombres perdidos y errabundos, seducidos por la belleza de las grandes selvas, cruzaban por su mente de una forma demasiado vívida para resultar completamente placentera. Se preguntaba si sería el talante de su compañero lo que provocaba con tanta persistencia estas ideas inquietantes.

—Cantemos una canción, Défago, si no está usted demasiado cansado —rogó—. Una de esas viejas canciones de viajeros que cantaba la otra noche.

Le alargó la petaca al guía. Después, se puso a llenar su pipa mientras el canadiense, de buena gana, elevaba su templada voz por el lago en uno de aquellos cantos dolorosos, ante los cuales los madereros y los tramperos detenían sus tareas. Tenía un acento suplicante, algo que evocaba el ambiente de los viejos tiempos de los colonizadores, cuando los indios y la rigurosa naturaleza estaban aliados, cuando las luchas eran frecuentes, y el Viejo Mundo estaba más lejano que hoy. Su voz sonora se extendió placentera por el agua; pero el bosque que había a sus espaldas parecía tragársela, de forma que no producía ecos ni resonancias.

Cuando estaba a mitad de la tercera estrofa, Simpson notó algo raro, algo que removió en su pensamiento un torrente de reminiscencias lejanas. Se había producido un cambio en la voz de Défago. Antes incluso de saber lo que era, se sintió intranquilo, y al levantar los ojos, vio que,

aunque seguía cantando, miraba nervioso a su alrededor como si oyera o viera algo. Su voz se debilitó, se hizo inaudible, y luego calló del todo. En ese mismo instante, con un movimiento asombrosamente alerta, dio un salto y se puso de pie… olfateando el aire. Como un perro «toma» un rastro con el olfato, así sorbió él el aire por las ventanas nasales, en cortas y profundas aspiraciones, volviéndose rápidamente en todos los sentidos, hasta que «apuntó» la nariz a la orilla del lago, hacia el este, y se quedó parado. Fue algo inquietante, y al mismo tiempo singularmente dramático. El corazón de Simpson latía con angustia viéndole actuar.

—¡Hombre, por Dios! ¡El salto que me ha hecho dar! —exclamó, levantándose y poniéndose a su lado para escudriñar aquel océano de oscuridad—. ¿Qué es? ¿Acaso tiene miedo?…

Antes de terminar la pregunta se dio cuenta de que era ociosa. Cualquier persona con un par de ojos en la cara habría visto al canadiense ponerse pálido de terror. Ni siquiera el color moreno de su piel y el resplandor de las llamas lo pudieron ocultar.

El estudiante temblaba, le flaqueaban las rodillas.

—¿Qué es? —repitió alarmado—. ¿Siente el olor de algún alce? ¿O… o pasa algo? —acabó, bajando la voz instintivamente.

La selva se estrechaba en torno a ellos como una muralla circular. Los troncos de los árboles más cercanos brillaban como bronce a la luz de la hoguera. Más allá, las tinieblas. Y en la lejanía, un silencio de muerte. Justo detrás de ellos, una ráfaga de viento levantó una solitaria hoja de árbol y luego la dejó caer sin mover las demás. Parecía como si se hubieran combinado un millón de causas invisibles para producir este efecto tan simple. Junto a ellos había palpitado otra vida… y había desaparecido.

Défago se volvió bruscamente. El color lívido de su rostro se había convertido en un gris repugnante.

—Yo no he dicho que he oído… o he olido nada —dijo despacioso y enfático, con voz singularmente alterada—. Sólo quería echar una mirada alrededor… por así decir. Se precipita usted preguntando; por eso se equivoca.

Y añadió, de pronto, en un claro esfuerzo por dar a su voz un tono natural:

—¿Tiene cerillas, jefe?

Y procedió a encender la pipa que había llenado a medias, antes de empezar a cantar.

Sin más hablar, se sentaron otra vez junto al fuego. Défago cambió de sitio, de forma que ahora estaba de cara a la dirección del viento. La maniobra era elocuente por sí misma: Défago había cambiado de posición con el fin de oír y oler todo lo que hubiera que oír y oler. Y, puesto que se había colocado de espaldas a los árboles, era evidente que no provenía del bosque lo que había alarmado repentinamente su fina sensibilidad.

—Se me han quitado las ganas de cantar —explicó espontáneamente—. Esa clase de canciones me trae recuerdos penosos. No debía haber empezado. Me hace pensar, ¿sabe?

Se notaba que el hombre luchaba todavía con alguna emoción que le agitaba profundamente. Quería justificarse ante los ojos del otro. Pero el pretexto, que por otra parte tenía algo de verdad, era falso; y él sabía perfectamente que Simpson no se había quedado convencido. Nada podría explicar el terror lívido que había reflejado su semblante mientras estuvo olfateando el aire, y nada —ni el fuego, ni ninguna charla sobre cualquier tema corriente— podría devolverles la naturalidad anterior. La sombra de desconocido horror que cruzó, fugaz, por el semblante del guía, se había comunicado de manera indefinible a su

compañero. Los visibles esfuerzos del guía por disimular la verdad no hicieron sino empeorar las cosas. Además, para mayor intranquilidad del joven, se sentía incapaz de hacer preguntas y en completa ignorancia de lo que pasaba. Los indios, los animales salvajes, el incendio… todas estas cosas no tenían nada que ver, lo sabía. Su imaginación se debatía febrilmente, pero en vano…

Sin embargo, no se sabe cómo, cuando ya llevaba largo rato fumando y charlando ante el fuego reavivado, la sombra que tan repentinamente invadiera el pacífico campamento comenzó a disiparse, quizá por los esfuerzos de Défago o por haber retornado a su actitud normal y sosegada; puede también que el mismo Simpson hubiera exagerado la realidad, o tal vez la densa atmósfera de la naturaleza salvaje había conseguido purificarles. Fuera cual fuese la causa, la sensación de horror inmediato pareció desvanecerse tan misteriosamente como había venido, ya que nada ocurrió. Simpson comenzó a pensar que se había dejado llevar por un terror irracional propio de un chiquillo. En parte, lo atribuyó a la exaltación que este escenario inmenso y salvaje comunicaba a su sangre; en parte, al encanto de la soledad, y en parte, también, al tremendo cansancio. En cuanto a la palidez del rostro del guía, era, naturalmente, muchísimo más difícil de explicar, aunque podía deberse, en cierto modo, a un efecto del resplandor del fuego, o a su propia imaginación… Consideró que era mejor ponerlo en duda. Simpson era escocés.

Cuando desaparece una emoción fuera de lo común, la razón encuentra siempre una docena de argumentos para explicarla *a posteriori*. Encendió una última pipa, y trató de reír. Sería un buen relato para cuando estuviese en Escocia, de regreso. No se daba cuenta de que aquella risa era señal de que el terror acechaba aún en lo más recóndito de su alma; de que, en realidad, era uno de los síntomas más

característicos con que un hombre seriamente alarmado trata de persuadirse de que no lo está.

En cambio, Défago oyó aquella risa y lo miró con sorpresa. Los dos hombres permanecieron un rato, el uno junto al otro, dándole con el pie a los rescoldos, antes de marcharse a dormir. Eran las diez, hora bastante avanzada para que los cazadores estén despiertos aún.

—¿En qué piensa usted? —preguntó Défago en tono corriente, aunque con gravedad.

—En este momento estaba pensando en… en los bosques de juguete que tenemos allí —balbuceó Simpson, sobresaltado por la pregunta, pero expresando lo que realmente dominaba su pensamiento— y los comparaba con todo esto —añadió, haciendo un gesto amplio con la mano para indicar la vasta espesura.

Hubo una pausa. Ninguno de los dos parecía querer decir nada.

—De todos modos, yo que usted no me reiría —exclamó Défago, mirando las sombras por encima del hombro de Simpson—. Hay lugares ahí dentro que nadie ha visto jamás… Nadie sabe lo que se oculta ahí.

El tono del guía sugería algo inmenso y terrible.

—¿Tan grande es?

Défago asintió. La expresión de su rostro era sombría. También él se sentía intranquilo. El joven comprendió que en un territorio de aquellas dimensiones muy bien podía haber profundidades de bosque jamás conocidas ni holladas en toda la historia de la tierra. El pensamiento no era precisamente tranquilizador.

En voz alta, y tratando de manifestar alegría, dijo que ya era hora de irse a dormir. Pero el guía remoloneaba, trasteaba en el fuego, ordenaba las piedras innecesariamente, y seguía haciendo una porción de cosas que, en realidad, no hacían falta alguna. Evidentemente,

había algo que tenía ganas de decir, aunque le resultaba muy difícil «empezar».

—Oiga, Simpson —exclamó de pronto, cuando las últimas chispas se perdieron, por fin, en el aire—, ¿no nota usted… no nota nada en el olor… nada de particular, quiero decir?

Simpson se dio cuenta de que la pregunta, normal y corriente en apariencia, encerraba una sombra de amenaza. Sintió un escalofrío.

—Nada, aparte el olor a leña quemada —contestó con firmeza, dándole con el pie a los rescoldos. Incluso el ruido de su propio pie le asustó.

—Y en toda la tarde, ¿no ha notado ningún… ningún olor? —insistió el guía, mirándole por encima del resplandor—. ¿Nada extraordinario y distinto de cualquier otro olor que haya olido antes?

—No; desde luego que no —replicó agresivamente, casi con mal humor.

El rostro de Défago se aclaró.

—¡Eso está bien! —exclamó con evidente alivio—. Me gusta oír eso.

—¿Y usted? —preguntó Simpson con viveza, y en el mismo instante, se arrepintió de haberlo hecho.

El canadiense se le acercó en la oscuridad. Sacudió la cabeza.

—Creo que no —dijo, sin demasiada convicción—. Debe de haber sido la canción esa. Suelen cantarla en los campamentos de madereros y en sitios abandonados de la mano de Dios, como este, cuando están asustados porque oyen al Wendigo andar por ahí cerca.

—¿Y qué es el Wendigo, si se puede saber? —preguntó Simpson, contrariado por la imposibilidad de reprimir otro escalofrío. Sabía que se encontraba muy cerca del terror de aquel hombre, y de su causa. No obstante, una imperiosa curiosidad venció su buen sentido y su temor.

Défago se volvió rápidamente y le miró como si estuviera a punto de gritar. Sus ojos refulgían, tenía la boca completamente abierta. No obstante, lo único que dijo —o más bien que susurró, porque su voz sonó muy baja—, fue:

—No es nada… nada. Algo que dicen esos tipos piojosos cuando se han soplado una botella de más… Una especie de animal que vive por allá —sacudió la cabeza hacia el norte—, veloz como un relámpago, y no muy agradable de ver, según se cree… ¡Eso es todo!

—Una superstición de los bosques —comenzó Simpson, mientras se dirigía a la tienda apresuradamente con el fin de sacudirse la mano del guía, que se le aferraba al brazo—. ¡Vamos, vamos deprisa, por Dios, y tráigame esa lámpara! ¡Deberíamos estar durmiendo ya, si tenemos que levantarnos mañana al amanecer!…

El guía iba pisándole los talones.

—Ya voy, ya voy —dijo.

Después de una pequeña dilación, apareció con la lámpara y la colgó en un clavo del palo plantado delante de la tienda. Las sombras de un centenar de árboles se movieron inquietas y rápidas al cambiar la luz de posición. Tropezó con la cuerda al entrar, y la tienda entera tembló como agitada por una súbita ráfaga de viento.

Los dos hombres se echaron, sin desvestirse, en sus techos de ramas de bálsamo. En el interior se estaba caliente y cómodo. Afuera, en cambio, un mundo formado por múltiples árboles se espesaba a su alrededor, fundiendo sus sombras milenarias y ahogando la pequeña tienda que se alzaba como una concha blanca y diminuta frente al océano tremendo de la selva.

Entre las dos figuras solitarias de su interior se condensaba también otra sombra que no era de la noche. Era la Sombra que proyectaba el extraño Temor, aún no conjurado del todo, que se había introducido en el espíritu

de Défago a mitad de su canción. Y Simpson, que vigilaba la oscuridad a través de la pequeña abertura de la tienda, dispuesto ya a sumergirse en el fragante abismo del sueño, sintió aquella quietud profunda y única del bosque primitivo, en la que nada se movía… y en la cual la noche adquiría una corporeidad y un espesor que se filtraba en el espíritu y lo invadía de tinieblas… Después, el sueño se apoderó de él.

III

Así le pareció a él al menos. Sin embargo, lo cierto era que el pulso del agua, junto a la tienda, seguía marcando sin cesar el paso del tiempo, cuando se dio cuenta de que estaba con los ojos abiertos y de que otro sonido acababa de irrumpir, con solapado disimulo, en el rítmico murmullo de las olas.

Y mucho antes de comprender de qué se trataba, se agitaron en su interior vagos sentimientos de dolor y de alarma. Escuchó atento, aunque en vano al principio, porque los latidos de su pulso golpeaban como sonoros tambores en sus sienes. ¿De dónde provenía? ¿Del lago, del bosque?…

Luego, de repente, con el corazón en un puño, se dio cuenta de que sonaba muy cerca de él, dentro de la tienda; y cuando se volvió para oír mejor, lo localizó de manera inequívoca a medio metro de donde él estaba. Era un sonido quejumbroso: Défago, en su lecho de ramas, sollozaba en la oscuridad como si fuera a partírsele el corazón y se taponaba la boca con la manta para sofocar el llanto.

Su primer sentimiento, antes de pararse a pensar, fue una punzante y dolorosa ternura. Aquel sonido íntimo, humano, oído en medio de aquella desolación, le movía a piedad. Era tan incongruente, tan enternecedoramente incongruente… ¡y tan inútil! ¿De qué servían las lágrimas en aquella inmensidad cruel y salvaje? Imaginó a una criatura llorando en medio del Atlántico… Después, naturalmente, al recobrar mayor conciencia y recordar lo que había sucedido antes de acostarse, sintió que el terror comenzaba a dominarle y que se le helaba la sangre.

—Défago —susurró con nerviosismo, haciendo esfuerzos por hablar bajo—, ¿qué sucede? ¿Se siente usted mal?

No obtuvo respuesta, pero cesaron inmediatamente los sollozos. Alargó la mano y lo tocó. Su cuerpo no se movía.

—¿Está despierto? —se le había ocurrido que podía estar llorando en sueños—. ¿Tiene usted frío?

Había observado que tenía los pies destapados y que le salían hacia afuera de la tienda. Extendió el doblez de su manta y se los tapó. El guía se había escurrido de su lecho, y parecía haber arrastrado las ramas con él. Le daba apuro tirar de su cuerpo hacia adentro, otra vez, por miedo a despertarle.

Hizo una o dos preguntas más en voz baja, pero, aunque esperó varios minutos, no obtuvo contestación alguna ni apreció ningún movimiento.

Después, oyó su respiración regular y sosegada. Le puso la mano en el pecho y lo sintió subir y bajar pausadamente.

—Dígame si le ocurre algo —murmuró— o si puedo hacer alguna cosa por usted. Despiérteme inmediatamente si llegara a sentirse… mal.

No sabía qué decir. Se dejó caer, sin dejar de pensar ni de preguntarse qué significaría todo aquello. Défago había estado llorando entre sueños, por supuesto. Algo le afligía. Fuera como fuese, jamás en la vida se le olvidarían aquellos sollozos lastimeros, ni la sensación de que toda la impresionante soledad de los bosques los escuchaba.

Estuvo meditando durante mucho tiempo sobre los últimos sucesos, entre los cuales, era este, en verdad, el más misterioso; y aunque su razón encontraba argumentos satisfactorios con que desechar cualquier eventualidad desagradable, le quedó, no obstante, una sensación muy arraigada… extraña a más no poder.

IV

Pero el sueño, a la larga, siempre acaba por imponerse a cualquier emoción. Pronto se desvanecieron sus pensamientos. Se encontraba arropado, cómodo, y demasiado fatigado. La noche era agradable y reparadora, y en ella se diluía toda sombra de recuerdo y alarma. Media hora más tarde, había perdido conciencia de todo cuanto le rodeaba.

Y sin embargo, esta vez fue el sueño su gran enemigo, al embotarle la sensación de inminencia y anular el estado de alarma de sus nervios.

Así como en algunas de esas pesadillas que se presentan con terrible apariencia de realidad, basta a veces la inconsistencia de un simple detalle para poner de manifiesto la incoherencia y falsedad del todo, del mismo modo los acontecimientos que ahora se desarrollan, aun sucediendo en realidad, sugerían la existencia de un detalle que podía ser la clave de la explicación y que había sido pasado por alto en la confusión del momento. Todo aquello sólo debía ser cierto en parte; y lo demás, pura fantasía. En las profundidades de una mente dormida, algo permanece despierto, preparado para emitir el juicio: «Todo esto no es completamente real; cuando despiertes lo comprenderás».

Y así, en cierto modo, le sucedía a Simpson. Los acontecimientos no eran totalmente inexplicables o increíbles por sí mismos, aunque formaban, para el hombre que los veía y oía, una sucesión de hechos horribles, pero independientes, porque el detalle mínimo que podía haber esclarecido el enigma permanecía oculto o desfigurado.

Por lo que Simpson puede recordar, fue un movimiento violento, como de algo que se arrastraba en el interior de la

tienda, lo que le despertó y le hizo darse cuenta de que su compañero estaba sentado, muy tieso, junto a él. Estaba temblando. Debían de haber pasado varias horas, porque el pálido resplandor del alba recortaba su silueta contra la tela de la tienda. Esta vez no lloraba; temblaba como una hoja, y su temblor lo sentía él a través de la manta. Défago se había arrebujado contra él, en busca de protección, huyendo de algo que aparentemente se escondía junto a la entrada de la tienda.

Por esta razón, Simpson le preguntó en voz alta —con el aturdimiento del despertar, no recuerda exactamente qué—, y el guía no contestó. Una atmósfera de auténtica pesadilla le envolvía, le embarazaba hasta impedirle moverse.

Durante unos instantes, como es natural, no supo dónde se encontraba, si en uno de los anteriores campamentos o en su cama de Aberdeen. Estaba confuso y aturdido.

Después —casi inmediatamente—, en el profundo silencio del amanecer, oyó un ruido de lo más extraño. Fue repentino, sin previo aviso, inesperado e indeciblemente espantoso. Simpson afirma que se trataba de una voz, acaso humana, ronca, aunque lastimera. Una voz suave y retumbante a la vez, que parecía provenir de las alturas y que, al mismo tiempo, sonaba muy cerca de la tienda. Era un bramido pavoroso y profundo que, sin embargo, poseía cierta calidad dulce y seductora. Distinguió en él como tres notas, como tres gritos separados que recordaban vagamente, apenas reconocibles, las sílabas que componían el nombre del guía: «¡Dé-fa-go!».

El estudiante admite que es incapaz de describir cabalmente este sonido, ya que jamás había oído nada semejante en su vida y en él se combinaban cualidades contradictorias. Él lo describe como «una especie de voz lastimera y ululante como el viento, que sugería la presencia

de un ser solitario e indómito, tosco y a la vez increíblemente poderoso»…

Y aun antes de que cesara la voz y se hundiera de nuevo en los inmensos abismos del silencio, el guía se puso en pie de un salto y gritó una respuesta ininteligible. Al incorporarse, chocó violentamente contra el palo de la tienda; sacudió toda la armazón al extender los brazos frenéticamente para abrirse camino, y pateó con furia para desembarazarse de las mantas. Durante un segundo, o quizá dos, permaneció rígido ante la puerta; su oscuro perfil se recortó contra la palidez del alba. Luego, con desenfrenada rapidez, y antes de que su compañero pudiera mover un dedo para detenerle, se arrojó por la entrada de la tienda… y se marchó. Y al marcharse —con tan asombrosa rapidez que pudo oírse cómo su voz se perdía a lo lejos— gritaba con un acento de angustia y terror, pero que al mismo tiempo parecía expresar un tremendo éxtasis de gozo… —¡Ah! ¡Mis pies de fuego! ¡Mis ardientes pies de fuego! ¡Ah! ¡Qué altura, qué carrera abrasadora!

Pronto la distancia acalló sus gritos, y el silencio del amanecer descendió de nuevo sobre la floresta.

Sucedió todo con tal rapidez que, a no ser por el lecho vacío que tenía junto a él, Simpson casi hubiera podido creer que acababa de sufrir una pesadilla. Pero a su lado sentía aún la cálida presión del cuerpo desaparecido.

Las mantas estaban todavía en un montón, en el suelo. La misma tienda temblaba aún por la vehemencia de su salida impetuosa. Las extrañas palabras, propias de un cerebro repentinamente trastornado, resonaban en sus oídos como si las oyera todavía a lo lejos… No eran únicamente los sentidos de la vista y el oído los que denunciaban cosas extrañas a la razón, ya que mientras el guía gritaba y corría, pudo captar él un olor extraño y acre que había invadido el interior de la tienda. Y parece que fue en ese preciso

momento, despabilado por el olor atosigante, cuando recobró el ánimo, se puso en pie de un salto y salió de la tienda.

La luz grisácea del amanecer se derramaba indecisa y fría por entre los árboles, permitiendo que se distinguieran las cosas. Simpson se quedó de pie, de espaldas a la tienda empapada de rocío. Aún quedaba alguna brasa entre las cenizas de la hoguera. Contempló el lago pálido bajo la capa de bruma, las islas que emergían misteriosamente como envueltas en algodón, y los rodales de nieve, al otro lado, en los espacios despejados del bosque de arbustos. Todo estaba frío, silencioso, inmóvil, esperando la salida del sol. Pero en ninguna parte había señal del guía desaparecido. Sin duda corría aún, frenéticamente, por los bosques helados. Ni siquiera se oían sus pasos, ni los ecos evanescentes de su voz. Se había ido… definitivamente.

No había nada; nada, excepto el recuerdo de su presencia reciente, que persistía vivamente en el campamento, y ese penetrante olor que lo invadía todo.

Y aun el olor estaba desapareciendo con rapidez. A pesar de la enorme turbación que experimentaba, Simpson se esforzó por descubrir su naturaleza.

Pero averiguar la calidad de un olor fugaz, que no se ha reconocido inconscientemente al instante, es una operación muy ardua; y fracasó. Antes de que pudiera captarlo del todo, o reconocerlo, había desaparecido. Incluso ahora le cuesta hacer una descripción aproximada, ya que era distinto de todo otro olor. Era acre, no muy diferente del que exhalan los leones, aunque más suave, y no completamente desagradable. Tenía algo de dulzarrón que le recordaba el aroma de las hojas otoñales de un jardín, la fragancia de la tierra, y los mil perfumes que se elevan de una selva inmensa. Sin embargo, la expresión «olor a leones» es la que, a mi juicio, resume mejor todo esto.

Finalmente, el olor se desvaneció por completo y Simpson se dio cuenta de que se encontraba de pie, junto a las cenizas del fuego, en un estado de asombro y estúpido terror que le incapacitaba para hacer frente a la menor eventualidad.

Si una rata almizclera hubiese asomado entonces su hocico puntiagudo por encima de una roca, o hubiese visto escabullirse una ardilla, lo más probable es que se hubiera desmayado sin más. Su instinto acababa de percibir el hálito de un gran Horror Exterior… y todavía no había tenido tiempo de rehacerse y adoptar una actitud firme y alerta.

Sin embargo, nada sucedió. Un soplo de aire suave acarició la floresta que despertaba, y unas pocas hojas de arce se desprendieron temblorosas y cayeron a tierra. El cielo se hizo repentinamente más claro. Simpson sintió el aire frío en sus mejillas y en su cabeza descubierta. Tembló, aterido, y con gran esfuerzo se hizo cargo de que estaba solo entre los arbustos… y de que lo más prudente era ponerse en marcha, en busca de su compañero desaparecido, con el fin de socorrerle.

Y así lo hizo, en efecto, pero sin resultado. Con aquella maraña de árboles en torno suyo, el lago cortándole el camino por detrás, y el horror de aquellos gritos salvajes latiendo aún en su sangre, hizo lo que cualquier otro inexperto habría hecho en semejante situación: correr, correr sin sentido alguno, como un niño enloquecido, y gritar continuamente el nombre de su guía:

—¡Défago! ¡Défago! ¡Défago! —vociferaba, y los árboles le devolvían el nombre, en un eco apagado, tantas veces cuantas lo gritaba él—: ¡Défago! ¡Défago! ¡Défago!

Siguió el rastro impreso en la nieve hasta donde los árboles, demasiado espesos, habían impedido que la nieve llegara al suelo. Gritó hasta quedarse ronco, y hasta que el sonido de su propia voz comenzó a asustarle en aquel paraje

desierto y silencioso. Su confusión aumentaba con la violencia de sus esfuerzos. La angustia se le hizo dolorosamente aguda. Por último, fracasados sus intentos, dio la vuelta y se dirigió al campamento, completamente agotado.

Fue un milagro que encontrara el camino. El caso es que, después de seguir un sinfín de direcciones falsas, encontró la blanca tienda de campaña entre los árboles, y se sintió a salvo.

El cansancio, entonces, administró su propio remedio. Encendió fuego y se preparó el desayuno. El café caliente y el tocino le devolvieron un poco de sentido común y de juicio, y comprendió que se había portado como un chiquillo. Debía medir los esfuerzos para hacer frente a la situación de una manera más sensata. Una vez recobrado el ánimo, debía hacer en primer lugar una exploración lo más completa posible y, si no daba resultado, debía buscar el camino de regreso cuanto antes y traer ayuda.

Y eso fue lo que hizo. Cogió provisiones, cerillas, el rifle y un hacha pequeña para marcar los árboles, y se puso en camino. Eran las ocho cuando salió, y el sol brillaba por encima de los árboles en un cielo despejado. Plantó una estaca junto al fuego y dejó una nota, para el caso de que Défago volviera mientras él estaba ausente.

Esta vez, de acuerdo con un plan cuidadoso, tomó una nueva dirección.

Cubriendo un área más amplia, podría tropezarse con señales del rastro del guía. Y en efecto, antes de haber recorrido medio kilómetro, encontró las huellas de un animal grande y, al lado, las huellas, menores y más ligeras, de unos pies indudablemente humanos: los de Défago. El alivio que experimentó inmediatamente fue natural, aunque breve. Al primer golpe de vista vio que esas huellas explicaban clara y simplemente lo sucedido: las señales más

grandes pertenecían, sin duda alguna, a un alce que, con el viento en contra, se había acercado equivocadamente al campamento, lanzando un grito de alarma en el momento en que comprendió su error. Défago, que tenía el instinto de la caza desarrollado hasta un grado de increíble perfección, había notado su presencia horas antes, por el olor del viento. Su excitación y su desaparición se debían, naturalmente, a… este…

Entonces, la explicación imposible a la cual quería aferrarse, se le reveló implacablemente falsa. Ningún guía, y mucho menos de la categoría de Défago, habría reaccionado de forma tan insensata, echando a correr incluso sin rifle…

Todo el episodio exigía una explicación mucho más compleja. Recordó los detalles de todo lo que había sucedido: el grito de terror, las enigmáticas palabras, el semblante asustado, el extraño olor que había notado, aquellos sollozos contenidos en la oscuridad, y —también esto le vino oscuramente a la memoria— la inicial aversión del guía a estos parajes.

Además, ahora que las examinaba de cerca, ¡aquellas huellas no eran de alce, ni mucho menos! Hank le había explicado el perfil que deja la pezuña de un alce macho, de una hembra o de una cría. Se las había dibujado claramente sobre una tira de abedul. Estas eran totalmente distintas. Eran grandes, redondas, amplias, no tenían la forma puntiaguda de la pezuña afilada. Por un momento, se preguntó si serían de oso. No se le ocurrió pensar en ningún otro animal, porque el reno no bajaba tan al sur en esa época del año y, aun cuando fuese así, sus huellas dibujarían la forma de una pezuña.

Eran siniestros aquellos trazos dejados en la nieve por una misteriosa criatura que había atraído a un ser humano lejos de su refugio. Y, al querer relacionarlos, en su imaginación, con aquel susurro obsesionante que

interrumpió la paz del amanecer, le invadió un vértigo momentáneo, una angustia inconcebible. Sintió una sombra de amenaza por todo su alrededor. Y al examinar con más detalle una de las huellas, notó una débil vaharada de aquel olor dulzarrón y penetrante, que le hizo dar un respingo y le produjo náuseas.

Entonces su memoria le jugó otra mala pasada. Recordó, de pronto, aquellos pies destapados que se salían de la tienda, y cómo el cuerpo del guía parecía haber sido arrastrado hacia la entrada. Recordó también cómo Défago había retrocedido, aterrado, ante algo que había percibido junto a la tienda, cuando él se despertó. Los detalles acudían a su mente con violencia, asediándola de forma obsesiva; parecían agolparse en aquellos espacios profundos de la selva silenciosa que le rodeaba, donde él, en medio de los árboles, permanecía de pie, a la escucha, esperando, tratando de actuar del modo más aconsejable. El bosque le cercaba.

Con la firmeza de una suprema resolución, Simpson inició la marcha, siguiendo las huellas lo mejor que podía, y tratando de reprimir las emociones desagradables que trataban de debilitar su voluntad. Marcó una infinidad de árboles a medida que caminaba, con el temor siempre de no poder encontrar el camino de regreso, gritando de cuando en cuando el nombre del guía. El seco golpear del hacha sobre los troncos macizos, y el acento extraño de su propia voz se convirtieron finalmente en unos sonidos que a él mismo le daba miedo producir. Incluso le daba miedo oírlos. Atraían la atención y delataban su situación exacta, y si se diera realmente el caso de que le estuvieran siguiendo, lo mismo que seguía él a otro…

Con un esfuerzo supremo, rechazó tal idea en el mismo instante en que se le ocurrió. Comprendía que era el

principio de un aturdimiento diabólico que podía conducirle vertiginosamente a su propia perdición.

Aunque la nieve no formaba una alfombra continua, sino sólo ligeras capas en los espacios más despejados, no le fue difícil seguir el rastro durante varios kilómetros. Caminaba en línea recta, en la medida en que se lo permitían los árboles. Las pisadas impresas en la nieve comenzaron pronto a distanciarse, hasta que, finalmente, su separación fue tal que parecía absolutamente imposible que ningún animal diera zancadas tan enormes. Eran como saltos enormes. Midió una de aquellas zancadas y, aunque sabía que la «distancia» de seis metros no debía de ser muy exacta, se quedó perplejo; no comprendía cómo no encontraba en la nieve ninguna pisada intermedia entre las huellas extremas, pero lo que más confundido le tenía, lo que le hacía mirar con recelo, era que las zancadas de Défago crecían también en longitud, poco a poco, hasta cubrir exactamente las mismas distancias. Parecía como si la enorme bestia lo hubiera arrastrado con ella en esos saltos asombrosos. Simpson, que tenía las piernas mucho más largas, comprobó que no podía cubrir la mitad del trecho, ni aun tomando impulso.

Y la visión de aquellas huellas que corrían unas junto a otras, mudo testimonio de una carrera espantosa en la que el terror o la locura habían provocado unas consecuencias imposibles, le impresionó profundamente y le conmovió en lo más hondo de su alma. Era lo más espantoso que habían visto sus ojos. Comenzó a seguirlas maquinalmente, casi enajenado, mirando de soslayo, furtivamente, por si algún ser, con zancadas gigantescas, le seguía los pasos a él también… Y sucedió que, al poco tiempo, no supo ya lo que significaban aquellas pisadas en la nieve, acompañadas por las huellas del pequeño franco-canadiense, su guía, su

camarada, el hombre que había compartido su tienda unas horas antes, charlando, riendo, incluso cantando con él.

V

Sólo un valiente escocés, basado en el sentido común y amparado por la lógica, podía conservar el sentido de la realidad como lo conservó este joven, mal que bien, para salir de aquella aventura. De no haber sido así, los descubrimientos que hizo mientras avanzaba valerosamente le habrían hecho retroceder hasta el refugio relativamente seguro de su tienda, en vez de apretar el rifle en sus manos y encomendarse a Dios con el pensamiento. Lo primero que observó fue que los dos rastros habían sufrido una transformación; y esta transformación, por lo que se refería a las huellas del hombre, era ciertamente aterradora.

Al principio, lo notó en las huellas más grandes, y se quedó un buen rato sin poder creer lo que veían sus ojos. ¿Eran las hojas caídas que producían extraños efectos de sombra, o tal vez la nieve, seca y espolvoreada como harina de arroz por los bordes, era responsable del efecto aquel? ¿O se trataba efectivamente de que las huellas habían adquirido un ligero matiz coloreado?

Lo innegable era que las pisadas del animal tenían un tinte rojizo y misterioso, que más parecía debido a un efecto de luz que a una sustancia que impregnara la nieve. Y a medida que avanzaba se hacía más intenso aquel matiz encendido que venía a añadir un toque nuevo y horrible a la situación.

Pero cuando, completamente perplejo, se fijó en las huellas del hombre por ver si presentaban la misma coloración, observó que, entretanto, estas habían experimentado un cambio infinitamente peor. Durante el último centenar de metros más o menos, habían comenzado a parecerse a las huellas del animal. El cambio era

imperceptible, pero inequívoco. No se podía apreciar dónde comenzaba. El resultado, de todos modos, estaba fuera de duda: más pequeñas, más recortadas, modeladas con mayor nitidez, las huellas del hombre constituían ahora, sin embargo, un duplicado casi exacto de las otras.

Así, pues, los pies que las habían grabado se habían transformado también. Al darse cuenta de lo que esto significaba, sintió una sensación de repugnancia y terror.

Por primera vez, Simpson dudó. Después, avergonzado de su indecisión, corrió unos cuantos pasos más; un poco más allá, se detuvo en seco. Allí mismo terminaban todas las señales. Los dos rastros acababan de repente. Buscó inútilmente en un radio de cien metros o más, pero no encontró el menor indicio de huellas. No había nada.

Precisamente allí los árboles se espesaban bastante. Se trataba de enormes cedros y abetos. No había monte bajo. Permaneció un rato mirando alrededor, completamente turbado, sin saber qué pensar. Luego se puso a buscar con empeñada insistencia, pero siempre llegaba al mismo resultado: nada. ¡Los pies que se habían marcado en la superficie de la nieve hasta allí, parecían ahora haber dejado de tocar el suelo!

En ese instante de angustia y confusión, sintió cómo el terror se le enroscaba en el corazón, dejándole totalmente paralizado. Todo el tiempo había estado temiendo que sucediera… y sucedió.

Allá arriba, muy lejos, debilitada por la altura y la distancia, singularmente quejumbrosa y apagada, oyó la plañidera voz de Défago, su guía.

Cayó sobre él un cielo invernal y tranquilo, y despertó en él un terror jamás rebasado. El rifle le resbaló de las manos. Durante un segundo, permaneció inmóvil donde estaba, escuchando con todo su ser. Después se retiró tambaleante hasta el árbol más cercano y se apoyó en él, deshecho e

incapaz de razonar. En aquel momento aquella le parecía la experiencia más aniquiladora del mundo. Se le había quedado el corazón vacío de todo sentimiento, tal como si se le hubiera secado.

—¡Ah! ¡Qué altura abrasadora! ¡Ah, mis pies de fuego! ¡Mis pies candentes! —oyó que imploraba la angustiada voz del guía, con un acento de súplica indescriptible. Después, el silencio volvió a reinar entre los árboles.

Y Simpson, una vez recobrada la conciencia de sí, se dio cuenta de que estaba corriendo de un lado para otro, gritando, tropezando con las raíces y las piedras, buscando desenfrenadamente al que llamaba. Rasgose el velo de recuerdos y emociones con que la experiencia vela habitualmente los acontecimientos; y medio enloquecido, forjó visiones que llenaron de terror sus ojos, su corazón y su alma. Porque, con aquella voz lejana, le había llamado el pánico de la Selva, el Poder de la Indómita Lejanía, el Hechizo de la Desolación que aniquila… En aquel momento, se le revelaron todos los suplicios de un ser irremisiblemente perdido que sufría la fatiga y el placer del alma que ha llegado a la Soledad final. Por las oscuras nieblas de sus pensamientos, como una llama, pasó fugaz la visión de Défago, eternamente perseguido, acosado por toda la inmensidad celeste de aquellos bosques antiquísimos.

Le pareció que transcurría una eternidad y, en el caos de sus desorganizadas sensaciones, no consiguió encontrar nada a que aferrarse por un momento y pensar…

El grito no se repitió; sus propias llamadas no tuvieron respuesta. Las fuerzas inescrutables de la Naturaleza Salvaje habían llamado a su víctima con voz inapelable y la habían atenazado.

Sin embargo, aún continuó buscando y llamando durante unas cuatro horas, por lo menos, puesto que ya era casi de

noche cuando decidió, por fin, abandonar tan inútil persecución y regresar al campamento, a orillas del Lago de las Cincuenta Islas. De todos modos, se marchaba de mala gana. Aquella voz implorante resonaba aún en sus oídos. Le costó trabajo encontrar el rifle y la pista de regreso. La necesidad de concentrarse en la tarea de seguir los árboles mal marcados, y un hambre voraz que le roía las tripas, le ayudaron a apartar de su mente lo ocurrido. De no haber sido así, él mismo admite que su extravío le habría acarreado peores consecuencias. Gradualmente, las dificultades concretas del momento le devolvieron a su ser, y no tardó en recuperar el equilibrio de sus nervios.

No obstante, durante toda la marcha, a través de las sombras crecientes, se sintió miserablemente perseguido. Oía innumerables ruidos de pasos que le seguían, voces que reían y hablaban por lo bajo; y veía figuras agazapadas tras los árboles y las rocas, haciéndose señas unas a otras como para atacarle a un tiempo, en el instante en que pasara. El rumor del viento le hizo dar un respingo y detenerse a escuchar. Caminó furtivamente, tratando de ocultar su presencia, haciendo el menor ruido posible. Las sombras de los árboles, que hasta entonces le protegían o le cubrían, se volvían ahora amenazadoras, inquietantes; y la confusión de su mente asustada le hacía sentir una multitud de posibilidades, tanto más siniestras cuanto más oscuras. El presentimiento de un destino fatal acechaba detrás de cada uno de los acontecimientos que acababan de suceder.

Fue realmente admirable el modo como salió airoso al final. Acaso hombres de madura experiencia hubieran fracasado en esta prueba. Consiguió dominarse bastante bien y pensó en todo, como demuestra su plan de acción.

Puesto que no tenía sueño en absoluto, y caminaba siguiendo un rastro invisible en la total oscuridad, se sentó a pasar la noche, rifle en mano, delante de una hoguera que

ni por un momento dejó de alimentar. El rigor de aquella vigilancia dejó marcado su espíritu para siempre; pero la llevó a cabo con éxito, y a las primeras claridades del día emprendió el viaje de regreso, en busca de ayuda. Como la vez anterior, dejó una nota escrita en la que explicaba su ausencia e indicaba también dónde dejaba un depósito de abundantes provisiones y cerillas… ¡aunque no esperaba que lo encontrasen manos humanas!

Sería por sí misma una historia digna de contarse la manera como Simpson encontró el camino, solo, a través del lago y del bosque. Oírsela a él es conocer la apasionada soledad de espíritu que puede sentir un hombre cuando la Naturaleza Salvaje lo tiene en el hueco de su mano ilimitada… y se ríe de él.

Es, también, admirar su voluntad inquebrantable.

No reclama para sí ningún mérito. Confiesa que seguía maquinalmente, y sin pensar, el rastro casi invisible. Y esto, indudablemente, es verdad. Confiaba en la guía inconsciente de la razón, que es el instinto. Tal vez le ayudara también cierto sentido de orientación, tan desarrollado en los animales y en el hombre primitivo. El caso es que, a través de toda aquella enmarañada región, consiguió llegar al sitio donde Défago, casi tres días antes, había escondido la canoa con estas palabras:

—Cruzar el lago todo recto, hacia el sol, hasta dar con el campamento.

No había sol de ninguna clase, pero se ayudó con la brújula como Dios le dio a entender, y cubrió los últimos veinte kilómetros de su viaje a bordo de la frágil piragua, con una inmensa sensación de alivio al dejar atrás, por fin, el bosque interminable. Por fortuna, el agua estaba tranquila. Enfiló proa al centro del lago, en vez de costear, Y tuvo la suerte, además, de que los otros estuvieran ya de regreso. La luz de la hoguera le proporcionó un punto de

referencia, sin el cual habría perdido toda la noche para encontrar el campamento.

De todos modos, era cerca de medianoche cuando su canoa rozó la arena de la ensenada. Hank, Punk y su tío, despertados por sus gritos, echaron a correr. Y viéndole cansado y deshecho, le ayudaron a abrirse camino por las rocas hasta el fuego casi apagado.

VI

La repentina irrupción de su prosaico tío en este mundo de pesadilla en que vivía desde hacía dos días y dos noches, tuvo el efecto inmediato de dar al asunto un cariz enteramente nuevo. Bastó con oír su cordial «¡Hola, hijo mío! ¿Qué te pasa?» y sentirse agarrado por aquella mano seca y vigorosa, para que su manera de enfocar los hechos sufriera un giro radical. Estalló en su interior como una violenta reacción purificadora y comprendió que su comportamiento no había sido normal. Incluso se sintió algo avergonzado de sí mismo. La original terquedad de su raza le dominaba por completo.

Y esto último explica, indudablemente, por qué le resultó tan difícil contar su extraña aventura ante el grupo reunido junto al fuego. Dijo lo necesario, no obstante, para que se tomase la inmediata decisión de ir a rescatar al guía. Pero antes, Simpson debía comer y, sobre todo, dormir para estar en condiciones de llevarles hasta allá. El doctor Cathcart, que se daba más cuenta del estado del muchacho de lo que este creía, le inyectó una dosis muy ligera de morfina que le permitió dormir como un tronco durante seis horas.

De la descripción que más adelante redactó con todo detalle este estudiante de teología, se desprende que, en lo que contó al principio, había omitido diversos detalles de suma importancia. Confiesa que, ante la presencia sólida y real de su tío, cara a cara, no tuvo el valor de mencionarlos. De este modo, los componentes de la expedición entendieron, al parecer, que Défago había sufrido un ataque de locura agudo e inexplicable durante la noche, en el cual se creyó «llamado» por alguien o por algo, y que se había internado por la espesura sin provisiones ni rifle,

exponiéndose a una muerte horrible por frío y hambre si ellos no llegaban a tiempo. Por lo demás, «a tiempo» quería decir «inmediatamente».

En el curso del día siguiente —salieron a las siete, dejando a Punk en el campamento con el encargo de que tuviera comida y lumbre siempre preparadas—, Simpson contó bastantes cosas más sin sospechar que, en realidad, era su tío quien se las estaba sonsacando. Para cuando llegaron al lugar donde comenzaba el rastro, junto al escondrijo de la canoa, Simpson había contado ya que Défago habló de «algo que él llamaba Wendigo», que había llorado durante el sueño, y que él mismo había creído notar un olor raro en el campamento, y que había experimentado ciertos síntomas de excitación mental. Asimismo, admitió haber experimentado el efecto turbador de «aquel olor extraordinario, acre y penetrante como el de los leones». Y cuando se encontraban a menos de una hora del Lago de las Cincuenta Islas, dejó caer otro detalle, que más adelante calificó de estúpida confesión debida a su estado de histerismo. Dijo que había oído al guía desaparecido «pidiendo ayuda». Omitió las extrañas palabras que este había proferido, sencillamente por no repetir aquel absurdo lenguaje. Además, al describir cómo las pisadas del hombre, en la nieve, se iban convirtiendo gradualmente en una réplica en miniatura de las huellas profundas del animal, se calló intencionadamente que tanto las zancadas del uno como las del otro eran de dimensiones completamente increíbles. Le pareció oportuno llegar a un término medio entre su orgullo personal y la absoluta sinceridad, y decidir en cada caso lo que debía y lo que no debía contar. Sí mencionó, pues, el tinte encendido de la nieve, por ejemplo, y no se atrevió a contar, en cambio, que tanto el cuerpo como el lecho del guía habían sido arrastrados hacia afuera de la tienda…

El resultado fue que el doctor Cathcart, que se consideraba a sí mismo como un hábil psicólogo, le explicó con claridad y exactitud que su mente, influida por la soledad, el aturdimiento y el terror, habían sucumbido frente a una tensión excesiva, provocando esas alucinaciones. No por elogiar su conducta dejó de señalar, dónde, cuándo y cómo se había extraviado su mente.

El resultado fue que su sobrino, hábilmente halagado, se creyó, por una parte, más perspicaz de lo que era en realidad, y más tonto por otra, al ver cómo quitaban importancia a sus declaraciones. Como tantos otros materialistas, su tío había sabido utilizar con sagacidad el argumento de la insuficiencia de datos para enmascarar el hecho de que los datos aducidos le resultaban a él totalmente inadmisibles.

—El hechizo de estas inmensas soledades —decía— es muy nocivo para la mente; es decir, siempre que esta posea una elevada capacidad de imaginación.

Y lo ha sido para ti exactamente igual que lo fue para mí cuando tenía tu edad.

El animal que merodeaba por vuestro pequeño campamento era indudablemente un alce, ya que el bramido de un alce puede tener a veces una calidad muy peculiar. El color que creíste ver en las huellas fue, evidentemente, una ilusión óptica provocada por tu estado de excitación. Las dimensiones de las huellas, ya tendremos ocasión de comprobarlas cuando lleguemos. En cuanto a las voces que te pareció oír, naturalmente, fueron alucinaciones muy corrientes que se suelen producir por la misma excitación mental… excitación que resulta perfectamente excusable y que ha sido, si me lo permites, maravillosamente dominada por ti en esas circunstancias. En cuanto a lo demás, tengo que decir que has obrado con gran valor, porque el terror de sentirse uno perdido en esta

espesura no es ninguna bagatela; de haber estado yo en tu lugar, creo que no me habría portado ni con la mitad de juicio y decisión que tú. Lo único que encuentro particularmente difícil de explicar es… es ese… ese condenado olor.

—Me puso enfermo, te lo aseguro —declaró su sobrino—; estuve a punto de marearme.

La imperturbable serenidad de su tío, debida tan sólo a su habilidad psicológica, le impulsaba a adoptar una actitud ligeramente retadora. ¡Era tan fácil explicar con términos eruditos unos hechos de los que uno no había sido testigo presencial!

—Era un olor salvaje y terrible. Así es únicamente como podría describirlo —concluyó, sosteniendo la mirada reposada y fría de su tío.

—Lo que me maravilla —comentó este—, es que, en semejantes circunstancias, no hayas experimentado nada peor.

Simpson comprendió que estas palabras quedaban a mitad de camino entre la verdad y la interpretación que de ella hacía su tío.

Y así, por último, llegaron al pequeño campamento y encontraron la tienda plantada aún. Tanto la tienda como los restos del fuego y el papel clavado en la estaca, estaban intactos. El escondrijo, en cambio, improvisado de mala manera por manos inexpertas, había sido descubierto y saqueado por las ratas almizcleras, los visones y las ardillas. Los fósforos estaban esparcidos por el agujero; en cuanto a las provisiones, habían desaparecido hasta la última miga.

—Bueno, señores, aquí no hay nadie —exclamó sonoramente Hank, según era costumbre suya—; ¡tan cierto como el sol que nos alumbra! Pero saber dónde se ha metido, que el diablo me lleve si lo sé.

La presencia del estudiante de teología no fue entonces obstáculo para su lengua, aunque por respeto al lector se hayan de moderar las expresiones que utilizó.

Propongo —añadió— que empecemos ahora mismo a buscarle y que registremos hasta el infierno, si es necesario.

El destino de Défago, probablemente fatal, abrumaba a los tres expedicionarios y les llenaba de una espantosa aprensión, sobre todo después de haber visto los vestigios de su estancia allí. La tienda, sobre todo, con el lecho de ramas de bálsamo aplastado aún por el peso de su cuerpo, parecía sugerirles vivamente su presencia. Simpson, como si notara vagamente que sus palabras podían ponerse en tela de juicio, intentó explicar algunos detalles.

Ahora estaba mucho más tranquilo, aunque fatigado por el esfuerzo de tantas caminatas. El método de su tío para explicar —para «desechar» más bien— sus terroríficos recuerdos, contribuyó también a tranquilizarle.

—Y esa es la dirección que tomó al echar a correr —dijo Simpson a sus dos compañeros, apuntando por donde había desaparecido el guía aquella madrugada de claridades grises—. Por allá, en línea recta. Corría como un ciervo, por entre los abedules y los cedros…

Hank y el doctor Cathcart se miraron.

—Y seguí el rastro unas dos millas en la misma dirección —prosiguió, con algo de su antiguo terror en la voz—; después, a eso de unas dos millas o así, las huellas se detienen… ¡se terminan!

—Que fue donde usted oyó que le llamaba y notó el mal olor y todo lo demás —exclamó Hank con una volubilidad que traicionaba su profundo pesar.

—Y donde tu excitación te dominó hasta el extremo de provocar toda clase de ilusiones —añadió el doctor Cathcart en voz baja, aunque no tanto que su sobrino no lo oyera.

La tarde no había hecho más que empezar. Habían caminado deprisa, y todavía les quedaban más de dos horas de luz. El doctor Cathcart y Hank comenzaron inmediatamente la búsqueda. Simpson estaba demasiado cansado para acompañarles. Le dijeron que ellos seguirían las marcas de los árboles y, en cuanto les fuera posible, las pisadas también. Entretanto, lo mejor que podía hacer él era cuidar del fuego y descansar.

Al cabo de unas tres horas de exploración, ya oscurecido, los dos hombres regresaron al campamento sin novedad. La nieve reciente había borrado todas las huellas, y aunque habían seguido los árboles marcados hasta donde Simpson emprendió el camino de regreso, no descubrieron el menor indicio de ser humano… ni de animal alguno. No había huellas de ninguna clase: la nieve estaba impoluta.

Era difícil decidir qué convenía hacer, aunque la realidad era que no se podía hacer nada más. Podían quedarse y continuar buscando durante semanas y semanas sin demasiadas probabilidades de éxito. La nieve de la noche anterior había destruido su única esperanza. Se sentaron alrededor del fuego para cenar. Formaban un grupo sombrío y desalentado. Los hechos, efectivamente, eran bastante tristes, ya que Défago tenía esposa en Rat Portage y lo que él ganaba era el único medio de subsistencia para el matrimonio.

Ahora que se sabía la verdad en toda su descarnada crudeza, parecía inútil tratar de seguir disimulándola. A partir de ese momento, hablaron con franqueza de lo que había sucedido y de las posibilidades existentes. No era la primera vez, incluso para el doctor Cathcart, que un hombre sucumbía a la seducción singular de las Soledades y perdía el juicio. Défago, por otra parte, estaba bastante predispuesto a una eventualidad de ese tipo, ya que a su natural melancolía se sumaban sus frecuentes borracheras

que a menudo le duraban varias semanas. Algo debió de ocurrir en la excursión —no se sabía qué—, que bastó para desencadenar su crisis. Eso era todo. Y había huido. Había huido a la salvaje espesura de los árboles y los lagos, para morir de hambre y de cansancio. Las posibilidades de que no consiguiera volver a encontrar el campamento eran abrumadoras. El delirio que le dominaba aumentaría sin duda, y era completamente seguro que había atentado contra sí mismo, apresurando de esta forma su destino implacable. Podía incluso que a estas horas hubiera sobrevenido ya el desenlace final. Por iniciativa de Hank, su viejo camarada, esperarían algo más y dedicarían todo el día siguiente, desde el amanecer hasta que oscureciese a una búsqueda sistemática. Se repartirían el terreno a explorar. Discutieron el proyecto con todos los pormenores. Harían lo humanamente posible por encontrarlo.

Y a continuación se pusieron a hablar de la curiosa forma en que el pánico de la Selva había atacado al infortunado guía. A Hank, a pesar de estar familiarizado con esta clase de relatos, no le agradó el giro que había tomado la conversación. Intervino poco, pero ese poco fue revelador. Admitió que se contaba, por aquella región, la historia de unos indios que «habían visto al Wendigo» merodeando por las costas del Lago de las Cincuenta Islas en el otoño del año anterior, y que este era el verdadero motivo de la aversión de Défago a cazar por allí. Hank, indudablemente, estaba convencido de que, en cierto modo, había contribuido a la muerte de su compañero, ya que era él quien le había persuadido para que fuese allí.

—Cuando un indio se vuelve loco —explicó, como hablando consigo mismo—, se dice que ha visto al Wendigo. ¡Y el pobre Défago era supersticioso hasta los tuétanos! …

Y entonces Simpson, sintiendo un ambiente más propicio, contó todos los hechos de su asombrado relato. Esta vez no

omitió ningún detalle; refirió sus propias sensaciones y el miedo sobrecogedor que había pasado. Únicamente se calló el extraño lenguaje que había empleado el guía.

—Pero, sin duda, Défago te había contado ya todos esos pormenores acerca de la leyenda del Wendigo —insistió el doctor—. Quiero decir que él habría hablado ya sobre todo esto, y de esta suerte imbuyó en tu mente la idea que tu propia excitación desarrolló más adelante.

Entonces Simpson repitió nuevamente los hechos. Declaró que Défago se había limitado a mencionar el nombre de la bestia. Él, Simpson, no sabía nada de aquella leyenda y, que él recordara, no había leído jamás nada que se refiriese a ella. Incluso le resultaba extraño el nombre aquel.

Naturalmente, estaba diciendo la verdad, y el doctor Cathcart se vio obligado a admitir, de mala gana, el carácter singular de todo el caso. Sin embargo, no lo manifestó tanto con palabras como con su actitud: a partir de entonces mantuvo la espalda protegida contra un árbol corpulento, reavivaba el fuego cuando le parecía que empezaba a apagarse, era siempre el primero en captar el menor ruido que sonara en la oscuridad circundante —acaso un pez que saltaba en el lago, el crujir de alguna rama, la caída ocasional de un poco de nieve desde las ramas altas donde el calor del fuego comenzaba a derretirla— e incluso se alteró un tanto la calidad de su voz, que se hizo algo menos segura y más baja. El miedo, por decirlo lisa y llanamente, se cernía sobre el pequeño campamento y, a pesar de que los tres preferían hablar de otras cosas, parecía que lo único de que podían discutir era de eso: del motivo de su miedo. En vano intentaron variar de conversación; no encontraban nada que decir. Hank era el más honrado del grupo: no decía nada. Con todo, tampoco dio la espalda a la oscuridad ni una sola vez. Permaneció de cara a la espesura y, cuando

necesitaron más leña, no dio un paso más allá de los necesarios para obtenerla.

VII

Una muralla de silencio los envolvía, toda vez que la nieve, aunque no abundante, sí era lo suficiente para apagar cualquier clase de ruido. Además, todo estaba rígido por la helada. No se oía más que sus voces y el suave crepitar de las llamas. Tan sólo, de cuando en cuando, sonaba algo muy quedo, como el aleteo de una mariposa. Ninguno parecía tener ganas de irse a dormir. Las horas se deslizaban en busca de la medianoche.

—Es bastante curiosa la leyenda esa —observó el doctor, después de una pausa excepcionalmente larga y con la intención de interrumpirla, más que por ganas de hablar—. El Wendigo es simplemente la personificación de la Llamada de la Selva, que algunos individuos escuchan para precipitarse hacia su propia destrucción.

—Eso es —dijo Hank—. Y cuando lo oyes, no hay posibilidad de que te equivoques. Te llama por tu propio nombre.

Siguió otra pausa. Después, el doctor Cathcart volvió tan súbitamente al tema prohibido, que pilló a los otros dos desprevenidos.

—La alegoría es significativa —dijo, tratando de escrutar la oscuridad que le rodeaba—, porque la Voz, según dicen, recuerda los ruidos menudos del bosque: el viento, un salto de agua, los gritos de los animales, y cosas así. Y una vez que la víctima oye eso... ¡se acabó! Dicen que sus puntos más vulnerables son los pies y los ojos; los pies, por el placer de caminar, y los ojos, porque gozan de la belleza. El infeliz vagabundo viaja a una velocidad tan espantosa, que los ojos le sangran y le arden los pies.

El doctor Cathcart, mientras hablaba, seguía mirando inquieto hacia las tinieblas. Su voz se convirtió en un susurro.

—Se dice también —añadió— que el Wendigo quema los pies de sus víctimas, debido a la fricción que provoca su tremenda velocidad, hasta que se destruyen esos pies; y que los nuevos que entonces se les forman son exactamente como los de él.

Simpson escuchaba mudo de espanto. Pero lo que más fascinado le tenía era la palidez del semblante de Hank. De buena gana se habría tapado los oídos y habría cerrado los ojos, si hubiera tenido valor.

—No siempre anda por el suelo —comentó Hank arrastrando las palabras—, pues sube tan alto, que la víctima piensa que son las estrellas las que le han pegado fuego. Otras veces da unos saltos enormes y corre por encima de las copas de los árboles, arrastrando a su víctima con él, para dejarla caer como hace el albatros con las suyas, que las mata así, antes de devorarlas. Pero de todas las cosas que hay en el bosque, lo único que come es… ¡musgo! —y se rio con una risa nerviosa—. Sí, el Wendigo come musgo —añadió, mirando con excitación el rostro de sus compañeros—. Es un comedor de musgo —repitió, con una sarta de juramentos de lo más extraño que uno puede imaginar.

Pero Simpson comprendía ahora el verdadero propósito de su conversación. Lo que aquellos dos hombres fuertes y «experimentados» temían, cada uno a su manera, era ante todo el silencio. Hablaban para ganar tiempo.

Hablaban, también, para combatir la oscuridad, para evitar el pánico que les invadía, para no admitir que se hallaban en un terreno hostil, decididos, ante todo, a no permitir que sus pensamientos más profundos llegaran a dominarles.

Pero Simpson, que ya había sido iniciado en esa espantosa vigilia de terror, se encontraba más avanzado, a este respecto, que sus dos compañeros. Él había alcanzado ya un estadio en el que se sentía inmune. En cambio, los otros dos, el médico burlón y analítico y el honrado y tozudo hombre de los bosques, temblaban en lo más íntimo.

De esta forma pasó una hora tras otra, y de esta forma el pequeño grupo permaneció sentado, determinado a resistir espiritualmente, ante las fauces de la espesura salvaje, hablando ociosamente y en voz baja de la terrible y obsesionante leyenda. Considerándolo bien, era una lucha desigual, porque el espíritu indomable de los bosques tenía la doble ventaja de haber atacado primero y de contar ya con un rehén. El destino del compañero se cernía sobre ellos y les causaba una creciente opresión, que a lo último se les haría insoportable.

Fue Hank, después de una pausa larga y enervante, el que liberó de modo totalmente inesperado toda esa emoción contenida. De pronto, se puso en pie de un salto y lanzó a las tinieblas el aullido más terrible que se pueda imaginar.

Seguramente no podía dominarse por más tiempo. Para darle mayor sonoridad, se dio palmadas en la boca, provocando de este modo numerosas y breves intermitencias.

—Eso para Défago —dijo, mirando a sus compañeros con una sonrisa extraña y retadora—, porque estoy convencido (aquí se omiten varios exabruptos) de que mi compadre no está demasiado lejos de nosotros en este preciso momento.

Había tal vehemencia y tal seguridad en su afirmación, que Simpson dio un salto también y se puso en pie. Al doctor se le fue la pipa de la boca. El rostro de Hank estaba lívido y el de Cathcart daba muestras de un súbito desfallecimiento, casi de una pérdida de todas las facultades. Luego brilló una furia momentánea en sus ojos,

se puso de pie con una calma que era fruto de su habitual autodominio y se encaró con el excitado guía. Porque esto era inadmisible, estúpido, peligroso, y había que cortarlo de raíz.

Puede uno imaginarse lo que pasaría a continuación, aunque no puede saberse con certeza, porque en aquel momento de silencio profundo que siguió al alarido de Hank, y como contestándolo, algo cruzó la oscuridad del cielo por encima de ellos a una velocidad prodigiosa, algo necesariamente muy grande, porque produjo un gran ramalazo de viento, y, al mismo tiempo, descendió a través de los árboles un débil grito humano que, en un tono de angustia indescriptible, clamaba:

—¡Ah! ¡Qué altura abrasadora! ¡Ah! ¡Mis pies de fuego! ¡Mis candentes pies de fuego!

Blanco como el papel, Hank miró estúpidamente en torno suyo, como un niño. El doctor Cathcart profirió una especie de exclamación incomprensible y echó a correr, en un movimiento instintivo de terror ciego, en busca de la protección de la tienda, y a los pocos pasos se paró en seco. Simpson fue el único de los tres que conservó la presencia de ánimo. Su horror era demasiado hondo para manifestarse en reacciones inmediatas. Ya había oído aquel grito anteriormente.

Volviéndose hacia sus impresionados compañeros, dijo, casi con toda naturalidad:

—Ese es exactamente el grito que oí… ¡y las mismas palabras que dijo!

Luego, alzando su rostro hacia el cielo, gritó muy alto:

—¡Défago! ¡Défago! ¡Baja aquí, con nosotros! ¡Baja! …

Y antes de que ninguno tuviera tiempo de tomar una decisión cualquiera, se oyó un ruido de algo que caía entre los árboles, rompiendo las ramas, y aterrizaba con un

tremendo golpe sobre la tierra helada. El impacto fue verdaderamente terrible y atronador.

—¡Es él, que el buen Dios nos asista! —se oyó exclamar a Hank, en un grito sofocado, a la vez que maquinalmente echaba mano al cuchillo—. ¡Y viene! ¡Y viene! —añadió, soltando unas irracionales carcajadas de terror, al oír sobre la nieve helada el ruido de unos pasos que se acercaban a la luz.

Y, mientras avanzaban aquellas pisadas, los tres hombres permanecieron de pie, inmóviles, junto a la hoguera. El doctor Cathcart se había quedado como muerto; ni siquiera parpadeaba. Hank sufría espantosamente y, aunque no se movía tampoco, daba la impresión de que estaba a punto de abalanzarse no se sabe hacia dónde. En cuanto a Simpson, parecía petrificado. Estaban atónitos, asustados como niños. El cuadro era espantoso. Y entretanto, aunque todavía invisible, los pasos se acercaban, haciendo crujir la nieve. Parecía que no iban a llegar jamás. Eran unos pasos lentos, pesados, interminables como una pesadilla.

VIII

Entonces, una figura brotó de las tinieblas. Avanzó hacia la zona de dudoso resplandor, donde la luz del fuego se mezclaba con las sombras, a unos diez pasos de la hoguera. Luego, se detuvo y les miró fijamente. Siguió adelante con movimientos espasmódicos, como una marioneta, y recibió la luz de lleno. Así los presentes se dieron cuenta los presentes de que se trataba de un hombre. Y al parecer aquel hombre era… *Défago*.

Algo así como la máscara del horror cubrió en aquel momento el semblante de los tres hombres; y sus tres pares de ojos brillaron a través de ella, como si sus miradas cruzaran las fronteras de la visión normal y percibiesen lo Desconocido.

Défago avanzó. Sus pasos eran vacilantes, inseguros. Primero se aproximó al grupo, después se volvió bruscamente y clavó los ojos en el rostro de Simpson. El sonido de su voz brotó de sus labios:

—Aquí estoy, jefe. Alguien me ha llamado —era una voz seca, débil, jadeante—. Estoy de viaje. He atravesado el fuego del Infierno… No ha estado mal…

Y se rio, avanzando la cabeza hacia el rostro del otro. Pero aquella risa puso en marcha el mecanismo del grupo de figuras de cera mortalmente pálidas que formaban los otros tres. Hank saltó inmediatamente sobre él, lanzando una sarta de juramentos tan rebuscados y sonoros que a Simpson ni siquiera le sonaron a inglés sino más bien a algún lenguaje indio o cosa así. Lo único que comprendía era que el hecho de que Hank se hubiese interpuesto entre los dos, le resultaba grato… extraordinariamente grato. El

doctor Cathcart, aunque más reposadamente, avanzó tras él a trompicones.

Simpson no recuerda bien lo que pasó en aquellos pocos segundos, porque los ojos de aquel rostro apergaminado y maldito que le escudriñaba de cerca, le aturdieron totalmente. Se quedó alelado, ni abrió la boca siquiera. No poseía la disciplinada voluntad de los otros dos, que les permitía actuar desafiando toda tensión emocional. Los vio moverse como si se encontrara detrás de un cristal, como si la escena fuese una pura fantasía evanescente. Sin embargo, en medio del torrente de frases sin sentido de Hank, recuerda haber oído el tono autoritario de su tío —duro y forzado— que decía algo sobre alimento, calor, mantas, whisky, y demás... Y durante la escena que siguió, no dejó de percibir las vaharadas de aquel olor penetrante, insólito, maligno pero embriagador a la vez.

Sin embargo, fue él —con menos experiencia y habilidad que los otros dos— quien profirió la frase que vino a aliviar la horrible situación, expresando así la duda y el pensamiento que encogía el corazón de los tres.

—¿Eres... eres TÚ, Défago? —preguntó, quebrando un horror de silencio con su voz.

E inmediatamente, Cathcart irrumpió con una sonora respuesta, antes de que el otro hubiera tenido tiempo de mover los labios:

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! Lo que ocurre... ¿no lo ves?... es que está exhausto de hambre y de cansancio. ¿No es eso suficiente para cambiar a un hombre hasta el punto de hacerlo irreconocible?

Lo decía más para convencerse a sí mismo que a los demás. El énfasis de su tono lo dejaba bien claro. Y mientras hablaba y se movía, se llevaba continuamente el pañuelo a la nariz. Aquel olor había penetrado en todo el campamento.

Porque el «Défago» que se arrebujó en las mantas junto al fuego, bebiendo whisky caliente y comiendo con las manos, apenas si se parecía más al guía que ellos habían conocido que un hombre de sesenta años a un retrato de su propia juventud. No es posible describir honradamente aquella caricatura fantasmal, aquella parodia de la imagen de Défago. Conservaba algún vestigio espantoso y remoto de su aspecto anterior. Simpson afirma que el rostro era más animal que humano, que los rasgos se le habían contraído en proporciones dislocadas. La piel, flácida y colgante, como si hubiera sido sometido a presiones y tensiones físicas, le recordaba vagamente una de esas vejigas con una cara pintada que cambia de expresión a medida que la van inflando y que, al desinflarse, emiten un sonido quejumbroso y débil como un sollozo. Tanto la voz como la cara de Défago tenían una abominable semejanza con esas vejigas. Pero Cathcart, mucho después, al tratar de describir lo indescriptible, afirma que aquel podía ser el aspecto de un rostro y de un cuerpo que, habiéndose hallado en una capa de aire rarificada, estuviera a punto de disgregarse hasta… hasta perder toda consistencia.

Hank, aunque totalmente confundido y agitado por una emoción sin límites que no podía reprimir ni comprender, fue quien, sin más dilaciones, puso fin a la cuestión. Se apartó unos pasos de la hoguera, de forma que el resplandor no le deslumbrara demasiado y, haciéndose sombra con las dos manos en los ojos, exclamó con voz potente, mezcla de furia y excitación:

—¡Tú no eres Défago! ¡Ni hablar! ¡A mí me importa un condenado pimiento lo que tú… pero aquí no vengas diciendo que eres mi compadre de hace veinte años! —los ojos le fulguraban como si quisiera destruir aquella figura acurrucada con su mirada furibunda—. Y si es verdad, que me caiga un rayo de punta y me mande al infierno de

cabeza. ¡Dios nos asista! —añadió, sacudido por un violento escalofrío de repugnancia y horror.

Fue imposible hacerlo callar. Allí estuvo gritando como un poseso, y tan terrible era verle como oír lo que decía… porque era verdad. No hizo más que repetir lo mismo cincuenta veces, y cada vez, en una lengua más enrevesada que la anterior. El bosque se llenaba de sus ecos. Llegó un momento en que parecía como si quisiera arrojarse sobre «el intruso», pues su mano subía constantemente hacia su cinturón, en busca de su largo cuchillo de monte.

Pero al final no hizo nada y la tempestad estuvo a punto de terminar en lágrimas. Súbitamente, la voz de Hank se quebró. Se dejó caer en el suelo y Cathcart se las arregló para convencerle de que se marchara a la tienda y se echase a descansar. El resto de la escena, claro está, lo presenció desde dentro.

Su pálida cara de terror atisbaba por la abertura de la tienda.

Luego el doctor Cathcart, seguido de cerca por su sobrino, que tan bien había conservado su presencia de ánimo, adoptó un aire de determinación y se puso en pie, frente a la figura arrebujada junto al fuego. La miró de frente y habló. Al principio, le salió una voz firme:

—Défago, díganos qué ha sucedido… no hace falta que entre en detalles, sólo deseamos saber cómo podemos ayudarle —preguntó con acento autoritario, casi como una orden.

Pero inmediatamente después varió de tono, porque el rostro de aquella figura se volvió hacia él con una expresión tan lastimera, tan terrible y tan poco humana, que el médico retrocedió como si tuviera delante un ser espiritualmente impuro. Simpson, que miraba desde atrás, dice que le daba la impresión de que el rostro de Défago era una máscara a

punto de caerse y de que debajo se iba a revelar, en toda su desnudez, su verdadero rostro, negro y diabólico.

—¡Vamos, hombre, vamos! —gritaba Cathcart, a quien el terror le atenazaba la garganta—. No podemos estarnos aquí toda la noche… —era el grito del instinto sobre la razón.

Y entonces «Défago», con una sonrisa inexpresiva, contestó; y su voz era débil, inconsistente y extraña, como a punto de convertirse en un sonido enteramente distinto:

—He visto al gran Wendigo —susurró, olfateando el aire en torno suyo, exactamente igual que una bestia—. He estado con él, también…

Allí terminaron el pobre diablo su discurso y el doctor Cathcart su interrogatorio, porque en ese momento se oyó un grito desgarrador de Hank, cuyos ojos se veían brillar desde fuera de la tienda:

—¡Sus pies! ¡Oh, Dios, sus pies! ¡Mirad cómo le han cambiado los pies!

Défago, que se había removido en su sitio, se había colocado de tal forma que por primera vez aparecieron sus piernas a la luz y sus pies quedaron al descubierto. Sin embargo, Simpson no tuvo tiempo de ver lo que Hank señalaba. En el mismo instante, con un salto de tigre asustado, Cathcart se arrojó sobre él y le tapó las piernas con mantas con tal rapidez que el joven estudiante apenas si llegó a vislumbrar algo oscuro y singularmente abultado allí donde deberían verse sus pies enfundados en un par de mocasines.

Después, antes de que al doctor le diera tiempo de nada más, antes de que a Simpson se le ocurriera ninguna pregunta, y mucho menos pudiera formularla, Défago se puso en pie, se irguió frente a ellos, bamboleándose con dificultad, y con una expresión sombría y maliciosa en su rostro deforme. Resultaba literalmente monstruoso.

—Ahora, vosotros lo habéis visto también —jadeó—. ¡Habéis visto mis ardientes pies de fuego! Y ahora… bueno, a no ser que podáis salvarme y evitar… poco falta para…

Su voz lastimera fue interrumpida por un ruido, como por el rugir de un vendaval que viniese cruzando el lago. Los árboles sacudieron sus ramas enmarañadas. Las llamas del fuego se agitaron, azotadas por una ráfaga violenta, y algo pasó sobre el campamento con furia ensordecedora. Défago arrancó de sí todas las mantas, dio media vuelta hacia el bosque y con aquel torpe movimiento con que había venido… se marchó. Pero lo hizo a una velocidad tan pasmosa que, cuando quisieron darse cuenta, la oscuridad ya se lo había tragado. Y pocos segundos después, por encima de los árboles azotados y del rugido del viento repentino, los tres hombres oyeron, con el corazón encogido, un grito que parecía provenir de una altura inmensa:

—¡Ah! ¡Qué altura abrasadora! ¡Ah! ¡Mis pies de fuego! ¡Mis candentes pies de fuego!…

Luego, la voz se apagó en el espacio incalculable y silencioso.

El doctor Cathcart —que había dominado de pronto sus nervios, y se había adueñado también de la situación— agarró a Hank violentamente del brazo en el momento que iba a lanzarse hacia la espesura.

—¡Quiero que conste! —gritaba el guía—, ¡que conste, digo, que ese no es él! ¡De ninguna manera! ¡Ese es algún… demonio que le ha usurpado el sitio!

De una u otra forma —el doctor Cathcart admite que nunca ha sabido claramente cómo lo consiguió—, se las arregló para retenerle en la tienda y apaciguarlo. El doctor, por lo visto, había conseguido reaccionar, y era capaz nuevamente de dominar sus propias energías. En efecto, manejó a Hank admirablemente. Sin embargo, su sobrino, que hasta ese momento se había portado maravillosamente,

fue quien vino a causarle más preocupación, pues la tensión acumulada se le desbordó en un acceso de llanto histérico que hizo necesario aislarle en un lecho de ramas y mantas, lo más lejos posible de Hank.

Allí permaneció, debatiéndose bajo las mantas, gritando cosas incoherentes, mientras pasaban las horas de aquella noche de pesadilla. Sus palabras formaban una jerigonza en la que velocidad, altura y fuego se mezclaban extrañamente con las enseñanzas recibidas en sus clases de teología.

—¡Veo unas gentes con la cara destrozada y ardiendo, que caminan de manera alucinante y se acercan al campamento!

Y lloraba durante un minuto. Luego se incorporaba, se ponía de cara al bosque, escuchaba atento, y susurraba:

—¡Qué terribles son, en la espesura salvaje… los pies de… de los que…!

Y su tío le interrumpía, distraía sus pensamientos, y le reconfortaba.

Por fortuna, su histerismo fue transitorio. El sueño le curó, igual que a Hank.

Hasta que apuntaron las primeras claridades del amanecer, poco después de las cinco de la madrugada, el doctor Cathcart estuvo despierto. Su cara tenía el color de la pared y un extraño rubor bajo sus ojos. Durante todas aquellas horas de silencio, su voluntad había estado luchando con el espantoso terror de su alma, y de esta lucha provenían las huellas de su rostro…

Al amanecer, encendió fuego, preparó el desayuno y despertó a los otros.

A eso de las siete, se pusieron en camino de regreso al otro campamento. Eran tres hombres perplejos y afligidos; pero, cada uno a su modo, habían conseguido mitigar la inquietud interior recobrando más o menos el sosiego.

IX

Hablaron poco, y únicamente de cosas corrientes y sensatas, porque tenían la cabeza cargada de pensamientos dolorosos que pedían una explicación, aunque ninguno se decidía a tocar el tema. Hank, el más acostumbrado a la vida de la naturaleza, fue el primero en encontrarse a sí mismo, ya que era también el de menos complicaciones interiores. En el caso del doctor Cathcart, las fuerzas de su «civilización» luchaban contra la experiencia de un hecho bastante singular. Hoy por hoy sigue sin estar completamente seguro de determinadas cosas. Sea como fuere, a él le costó mucho más «encontrarse a sí mismo».

Simpson, el estudiante de teología, fue el que sacó conclusiones más ordenadas, aunque no de la índole más científica. Allá, en el corazón de la inextricable espesura, habían presenciado algo cruda y esencialmente primitivo.

Habían presenciado algo aterrador que había logrado sobrevivir a la evolución de la humanidad, pero que aún se mostraba como una forma de vida monstruosa e inmadura. Para él, era como si se hubieran asomado a edades prehistóricas en que las supersticiones, rudimentarias y toscas, oprimían aún los corazones de los hombres, en que las fuerzas de la naturaleza eran indomables y no se habían dispersado los Poderes que atormentaban el universo. A ellos se refirió cuando, años más tarde, habló en un sermón de «las Potencias formidables y salvajes que acechan en las almas de los hombres, Potencias que tal vez no sean perversas en sí mismas, aunque sí instintivamente hostiles a la humanidad tal como ahora la concebimos».

Nunca discutió a fondo todo aquello con su tío, porque lo impedía la barrera que se alzaba entre sus respectivas

formas de pensar. Únicamente una vez, al cabo de varios años, rozaron este tema; o más exactamente, aludieron a un detalle relacionado con él:

—¿Puedes decirme, al menos, cómo… cómo eran? —preguntó Simpson.

La contestación, aunque llena de tacto, no fue alentadora:

—Es mucho mejor que no intentes descubrirlo.

—Bueno, ¿y aquel olor?… —insistió el sobrino—. ¿Qué opinas de él?

El doctor Cathcart le miró y alzó las cejas.

—Los olores —contestó— no son tan fáciles de comunicar por telepatía como los sonidos o las visiones. Sobre eso puedo decir tanto como tú, o acaso menos.

Cuando se trataba de explicar algo, el doctor Cathcart solía ser bastante locuaz.

Esta vez, sin embargo, no lo fue.

Al caer el día, cansados, muertos de frío y de hambre, llegaron los tres al término de la penosa expedición: el campamento que, a primera vista, parecía desierto. Fuego, no había; ni tampoco salió Punk a recibirles. Tenían demasiado agotada la capacidad de emocionarse, para sorprenderse o disgustarse. Pero el grito espontáneo de Hank, que brotó de sus labios al acercarse a la hoguera apagada, fue una especie de llamada de advertencia, un aviso de que aquella extraña aventura no había concluido aún. Y tanto Cathcart como su sobrino confesaron después que, cuando le vieron arrodillarse, preso de incontenible excitación, y abrazar algo que yacía ante las cenizas apagadas, tuvieron el presentimiento de que ese «algo» era Défago, el verdadero Défago, que había regresado.

Y así era, en efecto.

Agotado hasta el último extremo, el franco-canadiense —es decir, lo que quedaba de él—, hurgaba entre las cenizas tratando de encender un fuego. Su cuerpo estaba allí, agachado, y sus dedos flojos apenas eran capaces de prender unas ramitas con ayuda de una cerilla. Ya no había una inteligencia que dirigiera esta sencilla operación. La mente había huido al más allá y, con ella, también la memoria. No sólo el recuerdo de los acontecimientos recientes, sino todo vestigio de su vida anterior.

Esta vez era un hombre de verdad, aunque horriblemente contrahecho. En su rostro no había expresión de ninguna clase: ni temor, ni reconocimiento, ni nada. No dio muestras de conocer a quien le había abrazado, a quien le alimentaba y le hablaba con palabras de alivio y de consuelo. Perdido y quebrantado más allá de donde la ayuda humana puede alcanzar, el hombre hacía mansamente lo que se le mandaba. Ese «algo» que antes constituyera su «yo individual» había desaparecido para siempre.

En cierto modo, lo más terrible que habían visto en su vida era aquella sonrisa idiota, aquel meterse puñados de musgo en la boca, mientras decía que sólo «comía musgo», y los vómitos continuos que le producían los más sencillos alimentos. Pero acaso peor aún fuera la voz infantil y quejumbrosa con que les contó que le dolían los pies «ardientes como el fuego», lo que era natural. Al examinárselos el doctor Cathcart, vio que los tenía espantosamente helados. Y debajo de los ojos tenía débiles muestras de haber sangrado recientemente.

Los detalles referentes a cómo había sobrevivido a aquel suplicio prolongado, dónde había estado o cómo había recorrido la considerable distancia que separaba los dos campamentos, teniendo en cuenta que hubo de dar a pie el enorme rodeo del lago, puesto que no disponía de canoa, continúan siendo un misterio. Había perdido completamente

la memoria. Y antes de finalizar el invierno, en cuyos comienzos había ocurrido esta tragedia, Défago, perdidos el juicio, la memoria y el alma, desapareció también. Sólo vivió unas pocas semanas.

Lo que Punk fue capaz de aportar más tarde a la historia no arrojó ninguna luz nueva. Estaba limpiando pescado a la orilla del lago, a eso de las cinco de la tarde —esto es, una hora antes de que regresara el grupo expedicionario—, cuando vio a la caricatura del guía que se dirigía tambaleante hacia el campamento. Dice que le precedía una débil vaharada de olor muy singular.

En ese mismo instante, el viejo Punk abandonó el campamento. Hizo el largo viaje de regreso con la rapidez con que sólo puede hacerlo un piel roja. El terror de toda su raza se había apoderado de él. Sabía lo que significaba todo aquello: Défago «había visto el Wendigo».

Dos imágenes en un estanque

Giovanni Papini

(1910)

¿Sólo para volver a ver mi rostro en un estanque muerto, lleno de hojas muertas, en un jardín estéril, me detuve después de tanto tiempo en la pequeña capital? Cuando me aproximaba a ella no pensaba tener otro motivo que este.

Regresando del mar y de las grandes ciudades de la costa, sentía el deseo de las cosas ocultas, de las calles estrechas, de los muros silenciosos y un poco ennegrecidos por las lluvias. Estaba seguro de hallar todo eso en la pequeña capital, en la ciudad donde había estudiado durante cinco años, con maestros de clásicas barbas blancas, las ciencias más germánicas y más fantásticas.

Recordaba a menudo la querida ciudad, tan sola en medio de la llanura, como una exiliada (he pensado siempre que existen también ciudades desterradas de su propia patria), sin río, sin torres ni campanarios, casi sin árboles, pero totalmente quieta y resignada en torno al gran palacio rococó, en el que charla y duerme la corte. En las calles, a cada cien pasos, hay un pozo y junto al pozo una fuente y sobre cada fuente un guerrero de terracota, pintado de azul y rojo pálido.

Recordaba también la casa en que viví durante los años de mi aprendizaje científico. Mis ventanas no se abrían sobre la plaza sino sobre un gran jardín, cerrado entre las casas, donde había, en un rincón, un estanque circuido por rocas artificiales. A nadie le importaba el jardín: el viejo señor había muerto y la hija, aburrida y devota, consideraba a los árboles como herejes y a las flores como vanidosas. También el estanque había muerto por su culpa. Ningún chorro

brotaba ya de su seno. El agua parecía tan cansada e inmóvil como si fuese la misma desde hacía una cantidad enorme de años. Por lo demás, las hojas de los árboles la cubrían casi enteramente e incluso las hojas parecían haber caído allí en otoños míticamente lejanos.

Este jardín fue el sitio de mis alegrías mientras viví en la pequeña capital. Tenía la libertad de poder visitarlo cada hora y cuando los maestros no me llamaban me sentaba con algún libro junto al estanque, y cuando estaba cansado de leer o la luz menguaba, intentaba mirar mis ojos reflejados en el agua o contaba las viejas hojas y seguía con estática ansiedad sus lentos viajes bajo el hálito desigual del viento. Alguna vez las hojas se apartaban o se reunían todas en el fondo y entonces veía en el agua mi rostro y lo contemplaba tan largamente que me parecía no existir más por mí mismo, con mi cuerpo, sino ser solamente una imagen fijada en el estanque por la eternidad.

Fue por eso que corrí inmediatamente al jardín, apenas llegué a la pequeña capital. Habían pasado muchos años, pero la ciudad se mantenía igual. Por las mismas calles estrechas pasaban las mismas mujeres enanas y amarillentas, de cofias ajadas, y los guerreros de terracota, inútiles y ridículos, se apoyaban en el puño de las espadas sobre las habituales fuentes.

Y también el jardín estaba tal como yo lo había dejado, también el estanque estaba como yo lo vi por última vez, antes de regresar a mi patria. Alguna mata de más en los canteros, algunas hojas más en el estanque y todo el resto como antaño. Quise entonces volver a ver mi cara en el agua y me di cuenta de que era diferente, muy diferente de aquella que tan lúcidamente recordaba. El encanto de ese estanque, de ese sitio volvió a apoderarse de mí. Me senté sobre una de las rocas artificiales y con la mano moví las hojas muertas para formar un espejo más grande a mi rostro

palidecido y transfigurado. Permanecí algunos minutos mirando mi imagen y pensando en las leyes del tiempo cuando vi dibujarse en el agua otra imagen junto a la mía. Me volví bruscamente: un hombre se había sentado a mi lado y se reflejaba junto a mí en el estanque. Lo miré sorprendido —volví a mirarlo y me pareció que se me asemejaba un poco—. Dirigí de nuevo los ojos al estanque y contemplé otra vez su imagen reflejada sobre el fondo sombrío. Al instante comprendí la verdad: ¡su imagen se parecía perfectamente a la que yo reflejaba siete años antes!

En otro tiempo, quizás, aquello me hubiera espantado y seguramente habría gritado como quien se halla preso en el circulo de alguna invencible obsesión. Pero yo sabía ahora qué solamente lo imposible se vuelve real algunas veces y por lo tanto no sentí el menor asomo de terror. Tendí la mano al hombre, que me la estrechó, y le dije:

—Sé que tú eres yo mismo, un yo que pasó hace mucho, un yo que creía muerto pero que vuelvo a ver aquí, tal como lo dejé, sin cambio visible.

Y no sé, oh mi yo pasado, qué deseas de mí yo presente, pero sea lo que fuere no sabré negártelo.

El hombre me miró con cierto estupor, como si me viera por primera vez, y respondió después de unos instantes de vacilación:

«Quisiera estar un poco contigo. Cuando tú creíste partir definitivamente yo permanecí aquí, en esta ciudad donde no pasa el tiempo, sin moverme, sin hacer nada, esperándote. Sabía que regresarías. Habías dejado la parte más sutil de tu alma en el agua de este estanque y de esta alma yo he vivido hasta hoy. Pero ahora quisiera unirme nuevamente a ti, permanecer estrechado a ti, viviendo contigo, escuchando de ti el relato de tus vidas de todos estos años. Yo soy como tú eras entonces y no conozco de ti más que lo

que tú conocías entonces. Comprende mi ansiedad de saber y de escuchar. Hazme de nuevo tu compañero hasta que partas una vez más de esta ciudad exiliada del mundo y del tiempo.»

Asentí con la cabeza y salimos del jardín tomados de la mano, como dos hermanos.

Comenzó entonces para mí uno de los periodos más singulares de mi vida, esta vida mía tan diferente ya de la de otros hombres. Viví conmigo mismo —con mi yo transcurrido— algunos días de imprevista alegría. Mis dos yo caminaban por las calles mal empedradas, en medio del silencio que reinaba desde hacía tanto tiempo en la pequeña capital —¡un silencio que databa del siglo decimoctavo!—, y conversaban incesantemente tratando de recordar las cosas que vieron, los hombres que conocieron, los sentimientos que los agitaron, los sueños que dejaron un amargo sabor en sus espíritus. Las dos almas —la antigua y la nueva— buscaron juntas la universidad, silenciosa y sepulcral como un monasterio montañés —recorrieron el jardín a la francesa, detrás del palacio rococó, donde las estatuas, mutiladas y ennegrecidas, no concedían más de una mira da a las alamedas infinitas— y se aventuraron hasta el Liliensee, una chacra mal excavada que por decreto de los viejos príncipes había llegado a obtener el nombre de lago. ¡No puedo recordar aquellos días de paseos y de confidencias sin que desfallezca por un instante mi corazón! Pero luego de las primeras horas de efusión, después de los primeros días de evocaciones, comencé a sentir un tedio inenarrable al escuchar a mi compañero. Ciertas ingenuidades, ciertas brutalidades, ciertos modos grotescos que continuamente exhibía me desagradaban. Me percaté, además, al hablar extensamente con él, de que estaba lleno de ideas ridículas, de teorías ya muertas, de entusiasmos

provincianos hacia cosas y seres que yo ni siquiera recordaba. Confiaba en ciertas palabras, se conmovía con ciertos versos, se exaltaba ante ciertos espectáculos que a mí, en cambio, me inspiraban muecas o sonrisas. Su cabeza estaba llena todavía de ese romanticismo genérico, desproporcionado, hecho de cabelleras desmelenadas, de montañas malditas, de bosques tenebrosos, de tempestades y de batallas’ con redoblar de truenos y tambores, y su corazón se deshacía en aquel pathos germánico (flores azules, luna entre nubes, tumbas de castas novias, cabalgatas nocturnas, etcétera) del cual vivían los esmirriados petimetres melancólicos y lar, señoritas rubias un poco obesas.

Su ingenuo orgullo, su inexperiencia del mundo, su ignorancia profunda de los secretos de la vida, que al principio me divertían, terminaron por cansarme, por suscitar en mí una especie de compasión despreciativa que poco a poco llegó a la repugnancia.

Durante algunos días aún supe resistir mi deseo de insultarlo o de huir, pero una mañana, luego de que hubo declamado con gran énfasis un lied estúpidamente conmovedor, sentí que mi desprecio iba transformándose en odio.

«Y sin embargo, pensé, yo mismo he sido en otra época este hombre del que me burlo, este joven ridículo e ignorante. Él es todavía, de alguna manera, yo mismo. Durante estos largos años yo he vivido, he visto, he adivinado, he pensado y él ha permanecido aquí, en la soledad, intacto, perfectamente igual a ese que era yo el día en que dejé estos lugares. Ahora mi yo presente desprecia a mi yo pasado —y sin embargo en ese tiempo yo creía, más que hoy todavía, ser el hombre superior, el ser alto y noble, el sabio universal, el genio expectante—. Y recuerdo que entonces despreciaba a mi yo pasado, mi pequeño yo de

niño ignorante y sin refinamiento todavía. Ahora desprecio a aquel que despreciaba. Y todos estos menospreciadores y menospreciados han tenido el mismo nombre, han habitado el mismo cuerpo, se presentaron ante los hombres como un solo ser vivo. Después de mi yo presente, se formará otro que juzgará a mi alma de hoy tal como yo juzgo hoy a la de ayer. ¿Quién tendrá piedad de mí si yo no la tengo para mí mismo?»

Mientras yo pensaba esto, el yo antiguo me hablaba y declamaba. Yo no tenía nada ya para decirle y callaba; él no tenía nada más para decirme, pero, en vez de callar, fabricaba frases y recitaba poesías horriblemente extensas. ¿Qué había ahora de común entre nosotros? Habiendo agotado los recuerdos del pasado lejano, yo no podía hablar con él del pasado próximo, de todo mi mundo reciente de bellezas conocidas, de corazones amados y destrozados, de paradojas improvisadas en torno de la mesa de té, y mucho menos del sueño doloroso que ocupa ahora íntegramente mi alma. Era inútil decirle todo eso; él no me comprendía. El sonido de ciertas palabras que me sugería toda una escena, las asociaciones de ideas de un perfume, de un nombre, de un rumor nada le decían a su alma. Me rogaba que le hablara, y si consentía, me escuchaba con curiosidad pero sin sentir, sin comprender, sin revivir conmigo lo que yo le narraba. Sus ojos se perdían en el vacío y apenas yo enmudecía recomenzaba sus declamaciones y sus melosidades sentimentales.

Llegó, pues, un día en que el odio contra ese pasado yo mío no supo ya contenerse. Le dije entonces con mucha firmeza que no podía más vivir con él y que debla separarme de su compañía para acabar con mi disgusto. Mis palabras lo sorprendieron y lo entristecieron profundamente. Sus ojos me miraron suplicando. Su mano me estrechó con más fuerza.

«¿Por qué quieres dejarme —dijo con su odiosa voz de teatral apasionamiento—; por qué quieres dejarme una vez más tan solo? ¡Te he estado esperando durante tanto tiempo en silencio, durante tantos años he contado las horas que me acercaban a estos momentos! Y ahora que estás conmigo, ahora que te amo, que hablamos del amor y de la belleza del mundo, de los pesares de sus criaturas, ¿quieres dejarme solo en esta ciudad tan triste, tan lentamente triste?»

No respondí a sus palabras sino con un gesto de rabia. Pero cuando me adelanté para irme sentí su brazo aferrarme con violencia y escuché de nuevo su voz que me decía sollozando:

«No, tú no partirás. ¡No te dejaré partir! Soy tan feliz ahora de poder hablar a alguien que puede comprenderme, a alguien que todavía tiene un corazón, ardiente, que viene de las ciudades de los vivos, que puede escuchar todos mis gemidos y acoger mis confesiones. ¡No, tú no partirás, no podrás partir! ¡No permitiré que te vayas!»

Tampoco esta vez respondí y todo el día permanecí con él sin hablar. Él me miraba en silencio y me seguía siempre.

Al día siguiente me preparé para irme pero él se plantó ante la puerta y no me dejó salir hasta que no le hube prometido que me quedaría con él durante todo el día.

Así pasaron todavía cuatro días. Yo intentaba eludirlo, pero él me perseguía constantemente, aburriéndome con sus lamentaciones e impidiéndome, aun por la fuerza, abandonar la ciudad. Mi odio mi desesperación crecían de hora en hora. Finalmente, al quinto día, viendo que no podía liberarme de su celosa vigilancia, pensé que sólo me quedaba un medio y salí resueltamente de casa seguido de su lamentable sombra.

También aquel día anduvimos por el estéril jardín donde tantas horas había pasado yo con su alma, y nos

aproximamos, también aquel día, al estanque muerto cubierto de hojas muertas. También aquel día nos sentamos sobre las falsas rocas y separamos con la mano las hojas para contemplar nuestras imágenes. Cuando nuestros dos rostros aparecieron juntos sobre el espejo sombrío del agua, me volví rápidamente, aferré a mi yo pasado por los hombros y lo arrojé de cara al agua, en el sitio donde aparecía su imagen. Empujé su cabeza bajo la superficie y la sostuve quieta con toda la energía de mi odio exasperado. Él intentó resistirse; sus piernas se agitaron violentamente pero su cabeza permaneció bajo el remolino trémulo del estanque. Después de algunos instantes sentí que su cuerpo se aflojaba y debilitaba. Entonces lo solté y cayó aún más abajo, hacia el fondo del agua. Mi odioso yo pasado, mi ridículo y estúpido yo de otros años había muerto para siempre. Abandoné con calma el jardín y la ciudad. Nadie me molestó jamás por este hecho. Y vivo ahora todavía en el mundo, en las grandes ciudades de la costa, y me parece que me falta algo cuyo preciso recuerdo no poseo. Cuando me asalta la alegría con sus tontas risas pienso que soy el único hombre que ha matado a su yo y que vive todavía. Pero esto no es suficiente para que permanezca serio.

El tatuaje

Junichiro Tanizaki

(1910)

Era aquella una época en la que los hombres rendían culto a la noble virtud de la frivolidad, en la que la vida no era la áspera lucha que es hoy. Eran tiempos de ocio, tiempos en que los ingeniosos profesionales podían ganarse la vida sobradamente si conservaban radiante el buen humor de los caballeros ricos o bien nacidos y si cuidaban de que la risa de las damas de la Corte y de las geishas no se extinguiese nunca. En las novelas románticas, ilustradas, de la época, en el teatro Kabuki, donde los rudos héroes masculinos como Sadakuro y Jiraiya eran transformados en mujeres, en todas partes, la hermosura y la fuerza eran una sola cosa. Las gentes hacían cuanto podían por embellecerse y algunos llegaban a inyectarse pigmentos en su preciosa piel. En el cuerpo de los hombres bailaban alegres dibujos de líneas y colores.

Los visitantes de los barrios de placer de Edo preferían alquilar portadores de palanquín que estuviesen tatuados espléndidamente. Entre los que se adornaban de este modo no sólo se contaban jugadores, bomberos y gente semejante sino miembros de la clase mercantil y hasta samuráis. De vez en cuando se celebraban exposiciones y los participantes se desnudaban para mostrar sus afiligranados cuerpos, se los palmoteaban orgullosamente, presumían de la novedad de sus dibujos y criticaban los méritos de los ajenos.

Hubo un joven tatuador excepcionalmente hábil llamado Seikichi. En todas partes se le elogiaba como a un maestro de la talla de Caribun o Yatsuhei y docenas de hombre le

habían ofrecido su piel como seda para sus pinceles. Gran parte de las obras que se admiraban en las exposiciones de tatuajes eran suyas. Había quienes podían destacarse más en el sombreado o en el uso de cinabrio, pero Seikichi era famoso por el vigor sin igual y el encanto sensual de su arte.

Seikichi se había ganado anteriormente el pan como pintor ukiyoke de la escuela de Tokoyuni y Kunisada y a pesar de haber descendido a la condición de tatuador, su pasado era visible en su conciencia artística y su sensibilidad. Nadie cuya piel o cuyo aspecto físico no fuese de su agrado lograba comprar sus servicios. Los clientes que aceptaban tenían que dejar coste y diseño enteramente a su discreción y habían de sufrir durante un mes o incluso dos, el dolor atroz de sus agujas.

En lo profundo de su corazón, el joven tatuador ocultaba un placer y un secreto deseo. Su placer residía en la agonía que sentían los hombres al irles introduciendo las agujas, torturando sus carnes hinchadas, rojas de sangre: y cuanto más alto se quejaban más agudo era el extraño deleite de Seikichi. El sombreado y el abermejado, que se dice que son particularmente dolorosos, eran las técnicas con las que más disfrutaba.

Cuando un hombre había sido punzado quinientas o seiscientas veces, en el transcurso de un tratamiento diario normal, y había sido sumergido en un baño caliente para hacer brotar los colores, se desplomaba medio muerto a los pies de Seikichi. Pero Seikichi bajaba su mirada hacia él, fríamente. «Parece que duele», observaba con aire satisfecho.

Siempre que un individuo flojo aullaba de dolor o apretaba los dientes o torcía la boca como si estuviese muriéndose, Seikichi le decía: «No sea usted niño. Conténgase usted: ¡no ha hecho más que empezar a sentir mis agujas!» Y continuaba tatuándole, tan imperturbable

como siempre, mirando de vez en cuando, de reojo, el rostro bañado en lágrimas del cliente.

Pero a veces, una persona de excepcional fortaleza encajaba las mandíbulas y aguantaba estoicamente sin permitirse ni un gesto. Entonces, Seikichi se sonreía y decía: «¡Ah, es usted hombre porfiado! Pero espérese. Pronto le empezará a temblar el cuerpo de dolor. Dudo que sea capaz de soportarlo…»

Durante mucho tiempo, Seikichi acarició el deseo de crear una obra maestra en la piel de una mujer hermosa. Semejante mujer habría de reunir tantas perfecciones de carácter como físicas. Un rostro encantador y un hermoso cuerpo no le habrían satisfecho. Aunque inspeccionaba cuantas bellezas reinaban en los alegres barrios de Edo, no encontró ninguna que satisficiese sus exigentes pretensiones. Transcurrieron varios años sin encontrarla y el rostro y la figura de la mujer perfecta continuaban obsesionándole. Pero no quiso perder la esperanza.

Una tarde de verano, durante el cuarto año de búsqueda, sucedió que Seikichi, al pasar por el restaurante Hirasei, en el distrito Fukagawa de Edo, no lejos de su casa, vio un pie desnudo de mujer, blanco como la leche, asomando por entre las cortinas de un palanquín que estaba partiendo. Para su experta mirada, un pie humano era tan expresivo como un rostro. Aquel era el colmo de la perfección. Dedos exquisitamente cincelados, uñas como las iridiscentes conchas del acantilado de Enoshima, bañada en las límpidas aguas de un manantial de montaña, se trataba, en fin, de un pie digno de ser nutrido por la sangre de los hombres, de un pie hecho para pisotear sus cuerpos. Seguramente, aquel era el pie de la única mujer que durante tanto tiempo se le había ocultado. Ansioso por vislumbrar su cara, Seikichi empezó a seguir al palanquín. Pero, tras perseguirlo por callejuelas y avenidas, lo perdió por completo de vista.

El deseo de Seikichi, durante tanto tiempo contenido, se convirtió en amor apasionado. Una mañana, ya muy entrada la primavera siguiente, se encontraba en el balcón, adornado por los bambúes floridos, de su casa de Fukagawa contemplando una maceta de lirios omoto, cuando oyó a alguien junto a la puerta de su jardín. Por la esquina del seto interior apareció una muchacha. Le llevaba un recado de una amiga suya, geisha del cercano barrio de Tatsumi.

—Mi ama me ha dicho que le entregue esta capa y dice que si tendría la amabilidad de decorar el forro —dijo la muchacha. Desató un paquete de ropa color azafrán y saco una capa de seda, de mujer (envuelta en un pliego de papel grueso en el que estaba impreso un retrato del actor Tojako), y una carta.

La carta repetía su amistosa petición y continuaba diciendo que su portadora empezaría pronto la carrera de geisha bajo su protección. Esperaba que, sin echar en olvido los viejos vínculos, extendiese su protección a esta muchacha.

—Creo que es la primera vez que le veo —dijo Seikichi escrutándola con insistencia. Parecía no tener más de quince o dieciséis años, pero su rostro mostraba una belleza extrañamente madura, un aspecto de experiencia, como si ya hubiese pasado varios años en el alegre barrio y hubiese fascinado a incontables hombres. Su belleza reflejaba los sueños de generaciones de hombres y mujeres seductores que habían vivido y muerto en la vasta capital donde estaban concentrados los pecados y las riquezas de todo el país.

Seikichi le ofreció asiento en el balcón y estudió sus delicados pies, desnudos salvo unas elegantes sandalias de paja.

—Tú saliste del palanquín del Hirasei una noche de julio pasado, ¿no es cierto? —le preguntó.

—Supongo que sí —contestó ella, sonriendo ante la extraña pregunta—. Mi padre vivía todavía y me llevaba con frecuencia allí.

—Te he estado esperando durante cinco años. Es la primera vez que te veo la cara, pero recuerdo tu pie… Acércate un momento, tengo que enseñarte una cosa.

Ella se había puesto en pie para irse, pero la cogió de la mano y la condujo arriba, al estudio que daba a la orilla del río. Entonces sacó dos kakemonos y desenrolló uno ante ella.

Era una pintura de una princesa china, la favorita del cruel Emperador Chu de la dinastía Shang. Estaba apoyada en una balaustrada, en postura lánguida, la larga falda de su vestido de brocado floreado caía hasta la mitad de un tramo de escalones, su esbelto cuerpo soportaba con dificultad el peso de una corona de oro tachonado de coral y lapislázuli. Llevaba en la mano derecha una ancha copa de vino que inclinaba hacia los labios mientras contemplaba a un hombre que era conducido a la tortura en el jardín de abajo. Tenía las manos y los pies encadenados a un pilar hueco de cobre en cuyo interior iban a echar un fuego. La princesa y su víctima, la cabeza inclinada ante ella, los ojos cerrados, dispuestos a aceptar su destino, estaban representados con terrorífica verosimilitud.

Mientras la muchacha contemplaba la extraña pintura, sus labios temblaron y los ojos empezaron a chispearle. Poco a poco su faz fue adquiriendo una curiosa semejanza con la de la princesa. En la pintura, descubrió su yo secreto.

—Tus propios sentimientos están revelados aquí —le dijo Seikichi, complacido, mientras la miraba al rostro.

—¿Por qué me muestras una cosa tan horrible? —preguntó la muchacha, mirándole. Se había puesto pálida.

—La mujer eres tú. Su sangre corre por tus venas. Después, extendió el otro kakemono.

Era este una pintura titulada «Las Víctimas». En medio de ella, una joven estaba en pie apoyada al tronco de un cerezo: Gozaba contemplando un montón de cadáveres de hombres que yacían a sus pies. Unos pajarillos trinaban sobre ella, cantando triunfalmente. Sus ojos irradiaban orgullo y gozo. ¿Era un campo de batalla o un jardín de primavera? En este cuadro, la muchacha sintió haber encontrado algo escondido durante mucho tiempo en las tinieblas de su propio corazón.

—Esta pintura muestra tu futuro —dijo Seikichi, apuntando a la mujer que había bajo el cerezo, la propia imagen de la muchacha—. Todos estos hombres arruinarán sus vidas por ti.

—Por favor, ¡te suplico que te lleves esto! —Se volvió de espaldas como para escapar a su tantálico hechizo y temblando, se postró ante él. Finalmente, continuó diciendo—: Sí, admito que no te equivocas conmigo: yo soy como esa mujer… Así que, llévate eso, por favor.

—No hables como una cobarde —le dijo Seikichi, con sonrisa maliciosa—. Míralo más cerca. No durarán mucho tus escrúpulos.

Pero la muchacha se negaba a levantar la cabeza. Todavía postrada, con el rostro entre las mangas, repetía una y otra vez que estaba asustada y quería marcharse.

—No, tienes que quedarte, quiero convertirte en una verdadera belleza —le dijo, acercándose a ella. Llevaba bajo el kimono un frasquito de anestésico que había conseguido algún tiempo antes de un médico holandés.

El sol de la mañana brillaba sobre el río, enjoyando, el estudio de ocho alfombras con su ardiente luz. Los rayos reflejados por el agua dibujaban temblorosas olas doradas sobre las mamparas corredizas de papel y sobre el rostro de la muchacha, que estaba profundamente dormida. Seikichi había cerrado las puertas y sacado sus instrumentos de

tatuaje, pero durante un rato se limitó a sentarse, arrobado, saboreando hasta la saciedad su misteriosa belleza. Pensaba que jamás se cansaría de contemplar su sereno rostro semejante a una máscara. Precisamente como los antiguos egipcios habían embellecido sus magníficos campos con pirámides y esfinges, iba él a embellecer la impoluta piel de la muchacha.

En este momento, levantó el pincel que apretaba entre el pulgar y los dos dedos siguientes de la mano izquierda, aplicó su extremo en la espalda de la muchacha y, con la aguja que llevaba en la mano derecha, empezó a grabar un dibujo. Sintió que su propio espíritu se disolvía en la tinta negra de polvo de carbón con que le manchaba la piel. Cada gota de cinabrio Ryukyu con que iba mezclando el alcohol y atravesándola era una gota de su propia sangre. Veía en sus pigmentos los matices de sus propias pasiones.

Pronto llegó la tarde y luego, el tranquilo día primaveral avanzó hacia su fin. Pero Seikichi no se detuvo en su trabajo, ni se interrumpió el sueño de la muchacha. Cuando un criado llegó de casa de la geisha preguntando por ella, Seikichi lo despachó diciéndole que hacía tiempo que se había ido. Y horas más tarde, cuando la luna colgaba sobre la mansión del otro lado del río, bañando las casas de la orilla en una luz de ensueño, el tatuaje no estaba ni a medio hacer. Seikichi trabajaba a la luz de una vela.

Ni siquiera introducir una gota de colorante era un trabajo fácil. A cada pinchazo de la aguja, Seikichi daba un profundo suspiro y sentía como si se hubiese atravesado su propio corazón. Poco a poco, las marcas del tatuaje empezaron a adquirir la forma de una gigantesca araña hembra y cuando el cielo nocturno empalidecía con la luz del alba, esta horripilante y malévola criatura había estirado sus ocho patas para abrazar por completo la espalda de la muchacha.

A plena luz del alba primaveral, las barcas habían empezado a bogar por el río, de arriba abajo, con los remos restallando en la quieta mañana, los tejados brillaban al sol y la neblina comenzaba a adelgazar sobre las blancas velas que se hinchaban con la brisa mañanera. Por fin, Seikichi, dejó el pincel y contempló la araña tatuada. Esta obra de arte había sido el supremo esfuerzo de su vida. Ahora, cuando la hubo acabado, su corazón estaba atravesado de emoción.

Las dos figuras permanecieron quietas durante algún tiempo. Luego, las paredes de la habitación devolvieron el eco tembloroso de la voz baja y bronca de Seikichi:

—Para hacerte verdaderamente hermosa he vertido mi espíritu en este tatuaje. No existe hoy una mujer en el Japón que se pueda compara contigo. Tus viejos temores han desaparecido. Todos los hombres serán tus víctimas.

Como respuesta a estas palabras, un débil gemido escapó de los labios de la muchacha. Lentamente, empezó a recobrar los sentidos. A cada estremecida inspiración, las patas de la araña se agitaban como si estuviera viva.

—Tienes que sufrir. La araña te tiene entre sus garras.

Como respuesta, abrió ella los ojos levemente, con una mirada vacía… La mirada se le fue avivando progresivamente, como la luna va encendiéndose por la tarde, hasta lucir esplendorosamente en su faz.

—Déjame ver el tatuaje —dijo, hablando como en sueños, pero con un dejo de autoridad en la voz—. Al darme tu espíritu, has tenido que hacerme muy bella.

—Antes tienes que bañarte para que aparezcan los colores —susurró Seikichi compasivamente—. Me temo que va a dolerte, pero sé valiente otro poco.

—Puedo soportar cualquier cosa por la belleza.

A pesar del dolor que le recorría el cuerpo, sonrió.

—¡Cómo pica el agua!… Déjame sola ¡espera en la otra habitación! No me gusta que un hombre me vea sufrir así.

Al salir de la tina, demasiado débil para poder secarse, la muchacha echó a un lado la compasiva mano que Seikichi le ofrecía y se dejo caer al suelo en una agonía, quejándose como presa de una pesadilla. El despeinado cabello le colgaba sobre el rostro en salvaje maraña. Las blancas plantas de sus pies se reflejaban en el espejo que había detrás de ella.

Seikichi estaba asombrado del cambio que había sobrevenido a la tímida y sumisa muchacha del día anterior, pero hizo lo que le había dicho y se fue a esperar en el estudio. Alrededor de una hora después volvió, cuidadosamente vestida, con el empapado y alisado cabello cayéndole por los hombros. Apoyándose en la barandilla del balcón, miró al cielo levemente brumoso. Le brillaban los ojos, no había en ellos ni una huella de dolor.

—Me gustaría ofrecerte también estas pinturas —dijo Seikichi, colocando ante ella los kakemonos—. Cógelas y vete.

—¡Todos mis antiguos temores se han desvanecido y tú eres mi primera víctima! —Le lanzó una mirada tan brillante como una espada. Una canción de triunfo sonaba en sus oídos.

—Déjame ver de nuevo tu tatuaje —suplicó Seikichi.

Silenciosamente, la muchacha asintió y dejó resbalar el kimono de sus hombros. Precisamente entonces su espalda, esplendorosamente tatuada, recibió un rayo de sol y la araña se coronó en llamas.

La bella que saluda

Oliver Onions

(1911)

Traducción de Arturo Peral Santamaría

I

Hasta donde podían recordar los habitantes de la pequeña plaza con forma de escuadra, los tres o cuatro carteles de «Se alquila» siempre habían permanecido en pie, entre la casa y la baja empalizada, aunque si alguna vez estuvieron verticales, eso debió de ocurrir hace mucho tiempo. Ahora sobresalían por encima de la cerca, cada uno con su propio ángulo, y no parecían más que una sucesión de hachas de madera que pendían amenazantes sobre los transeúntes, aunque ni por esas conseguían que de entre el flujo de personas alguna se convirtiera en inquilino de la vieja casa. Tampoco es que transitara un torrente de gente por la plaza, pues la turbamulta pasaba a más de doscientos metros, más allá del laberinto de bloques, callejuelas y caminos que habían surgido desde que aquella fuera construida, dejándola completamente acorralada. Se permitía que siguiera en pie porque aún estaban vigentes uno o dos contratos de arrendamiento, aunque tarde o temprano todo el barrio sería demolido.

La casa era de ladrillo viejo, de color rojo brillante, y en sus paredes tenía grabadas coronas y manos apretadas, así como otras insignias de compañías de seguros ahora desaparecidas. Los niños de aquella recóndita plaza habían usado la verja de entrada al callejón para columpiarse, y de ella ya no quedaba más que la maciza barra superior. Bordeando el callejón se podían ver las ventanas de los sótanos, donde los vagabundos habían escrito con tiza crípticas señales. La travesía estaba limpia, aunque erosionada de forma irregular por el agua que caía de los aleros de la invasiva casa contigua. Los perros y los gatos se habían apropiado del acceso. Las pocas posibilidades de

encontrar inquilino parecían justificar el estado de abandono e ilegibilidad en que se encontraban los carteles de alquiler.

Durante seis meses, Oleron había pasado frente a la vieja construcción al menos dos veces al día de camino al estudio que había alquilado para trabajar y que estaba a diez minutos andando desde su alojamiento. En ese lapso de tiempo, ningún cartel con forma de hacha había caído en su camino, aunque esto podía deberse al hecho de que solía ir por el otro extremo de la plaza. Una mañana se aventuró por el lado que bordeaba la verja rota y el erosionado callejón de entrada y se detuvo frente a uno de los carteles inclinados. En él figuraba, además del nombre del agente, una aclaración que bien podía haber sido escrita cuando Oleron era joven, en la que se decía que la llave estaba disponible en el número seis.

Oleron pagaba por un dormitorio y por un estudio de trabajo más de lo que puede permitirse un autor que carece de fortuna personal y que ignora a su público. Además, pagaba un pequeño alquiler para almacenar la mayor parte de los muebles de su abuela. Por si fuera poco, siempre que deseaba leer en la cama, el libro se encontraba en el estudio, a casi un kilómetro de distancia, mientras que la anotación o la carta que de repente necesitaba durante la jornada podía habérsela guardado en el bolsillo del abrigo que había dejado colgado detrás de la puerta del dormitorio. Tener el domicilio dividido tenía, además, otros inconvenientes. Por eso, Oleron, súbitamente atraído por el cartel en forma de hacha, dirigió en primer lugar la vista hacia abajo, a través de los escasos setos de aligustre, a las ventanas tapiadas del sótano; luego a las ventanas vacías y mugrientas del primer piso; y después, siguiendo por la segunda planta, continuó mirando hasta las piedras planas que servían de albardilla en la parte superior. Pasó un minuto tocándose su delgado y afeitado mentón. Después,

tras mirar nuevamente el tablón, atravesó despacio la plaza hasta el número seis.

Llamó a la puerta y esperó dos o tres minutos. A pesar de que la puerta se hallaba abierta, no obtuvo respuesta. Estaba llamando de nuevo cuando apareció un hombre narigudo en mangas de camisa.

—Estaba bendiciendo la comida —explicó con severidad.

Oleron preguntó si le podía dar la llave de la vieja casa, y el narigudo se retiró de nuevo.

Se quedó esperando otros cinco minutos en la entrada. Entonces regresó el hombre, masticando aún la comida, y anunció que la llave se había perdido.

—Pero no la necesita —dijo—. La puerta de entrada no está cerrada y con un empujón abrirá las demás. Yo soy el agente, si es que está pensando quedársela…

Oleron volvió a atravesar la plaza, descendió los dos escalones junto a la verja rota, recorrió el callejón y giró al llegar a la vieja y ancha puerta. A la derecha, nada más cruzar esta, unos peldaños descendían hasta el espacioso sótano, y la escalera frente a él, amplia, bonita y sucia, tenía un pasamanos tallado. Oleron ascendió evitando tocar tanto el pasamanos como la pared y se detuvo en el primer piso. La puerta que tenía delante estaba sellada con tablones, pero bastó un empujón con la mano derecha para que un cerrojo o un clavo inseguro cediera. El primer piso, en el que se encontraba, estaba vacío.

Pasó un cuarto de hora en el inmueble y después volvió a salir. Sin subir más allá, descendió y volvió a recorrer la plaza hacia la casa del hombre que había perdido la llave.

—¿Podría decirme cuánto es el alquiler? —preguntó.

El hombre mencionó una cifra que resultaba comparativamente más baja, lo que quizá se debiera al carácter de la vecindad y al abominable estado de descuido de la vivienda.

—¿Sería posible alquilar una sola planta?

El nombre narigudo no lo sabía. Ellos podrían…

—¿Quiénes?

El hombre le dio a Oleron el nombre de un bufete de abogados en Lincoln's Inn.

—Quizá tenga que mencionar mi nombre: Barrett —añadió.

La presión del trabajo impidió a Oleron acudir a Lincoln's Inn aquella tarde, pero se dispuso a ir a la mañana siguiente, y rápidamente le ofrecieron la compra de la casa entera por cincuenta libras menos de lo que le había dicho el viejo narigudo más una hipoteca por el resto de su valor. Tardó media hora en convencer al ilusionado abogado de que tan sólo deseaba alquilar una planta de aquella casa. Esto provocó un largo e incómodo silencio. El abogado no tenía la completa seguridad de que estuviera en su mano realizar lo que Oleron le proponía, pero al final afirmó que algo se podría hacer, siempre y cuando se mantuviesen los carteles y se pudiera rescindir inmediatamente el contrato en caso de que la casa entera se alquilara sin aviso previo. Que alguien alquilara la vieja casa estando él allí le pareció a Oleron un riesgo menor, y prometió tomar una decisión en el plazo de una semana. Al día siguiente volvió a la casa, la recorrió de arriba abajo y regresó a su alojamiento a darse un baño.

Se sentía encantadísimo con aquella parte de la casa que había decidido alquilar. Después de limpiarla bien y tras darle una mano de pintura, y decorada con los viejos muebles de la abuela de Oleron, resultaría absolutamente cautivadora. Fue al almacén a refrescar el recuerdo de sus pertenencias medio olvidadas y a tomar medidas; después acudió a un decorador. Estaba muy ocupado con su trabajo habitual, y aunque habría podido fijarse en el cartel unos meses antes, o incluso haberlo hecho más tarde aquel

mismo año, lo más rápido era suspender el trabajo por completo hasta finalizar la mudanza.

Quince días después toda la primera planta estaba pintada de un blanco tan intenso como la flor del saúco, la pintura estaba seca y Oleron había realizado la mitad de la mudanza. Estaba animado y alegre. Se frotaba las manos cuando abrillantaba o disponía los efectos de su abuela: la alacena de celosía con sus porcelanas de Derby, Mason y Spode, una enorme mesa plegable de estilo Sheraton, las estanterías alargadas y bajas (hizo que le «copiaran» dos de ellas), las sillas, los candelabros Sheffield, los cuencos ribeteados de rosas… Colocó todas estas cosas contra las paredes blancas, aquellas paredes de listones de madera de proporciones alegres, moldeadas y artesonadas en los huecos de las ventanas, con ese ánimo feliz y reposado que los constructores de hoy en día desconocen. Los techos eran altos y estaban pintados ligeramente con diseños de estrellas, y los estrechos relieves de la estufa de hierro habían sido diseñados con la misma delicadeza de una joya. Oleron caminaba frotándose las manos, deteniéndose con frecuencia por el mero placer de observar una habitación blanca tras otra…

—Maravilloso, maravilloso —se decía a sí mismo—. ¡Me pregunto qué le parecerá esto a Elsie Bengough!

Compró un cerrojo y una cerradura de cilindro para la puerta y aisló su alojamiento del resto de la casa. Si ahora quería leer en la cama, encontraría su libro en la habitación contigua. No dejaba de pensar en lo afortunado que era por haber encontrado aquel lugar. Colocó un perchero en el pequeño vestíbulo rectangular y colgó sus sombreros, gorras y abrigos. Si los transeúntes que cruzaban la pequeña plaza triangular a altas horas de la noche miraban por encima de la apiñada fila de carteles de madera con el mensaje de «Se alquila», distinguirían la luz al otro lado de las persianas

rojas de Oleron, o quizá observarían una cortina que se oscurecía mientras otra se iluminaba cuando Oleron, candelabro en mano, iba de una habitación a otra, encargándose de los últimos detalles de los muebles o disponiéndose a retomar el trabajo, interrumpido por la mudanza.

II

En cuanto al principal negocio de su vida, la escritura, Paul Oleron trataba al mundo mucho mejor de lo que este le había tratado a él, pero casi nunca se había molestado en conseguir el equilibrio, ni en calcular hasta qué punto, a los cuarenta y cuatro años, llegaba su desventajosa situación. De haberlo hecho, las cosas se habrían alterado y esto podría haber deprimido a Oleron. Había elegido su camino y estaba entregado a él más allá de cualquier posibilidad de retirada. Tal vez lo hizo en una época en la que se dejaba influir fácilmente por algo un poco desinteresado, un poco generoso, un poco noble, y si hubiera pensado en cuestionarse a sí mismo, habría sostenido que para él vivir sin nobleza, generosidad y desinterés no era vivir. Sin embargo, en los últimos tiempos, y en contadas ocasiones, tenía la vaga sospecha de que había algo más que eso, pero de nada servía prever el día en que, según él, alcanzaría el máximo de sus fuerzas para después decaer y enfrentarse a la pregunta de si no le habría ido mejor de haber regido su vida por ideales menos exigentes.

Mientras tanto, la mudanza a la casa vieja con las marcas de las compañías de seguros grabadas en el ladrillo había interrumpido *Romilly Bishop* en el capítulo quince.

Aquel hombre de rostro delgado y ascético que avanzaba por su nueva morada arreglando, cambiando y retocando, y que todavía no había recuperado su ritmo de trabajo, presentaba un aspecto de precisión y exquisitez digno de una solterona. Durante los últimos veinte años, tras su paso por albergues, buhardillas y apartamentos, por habitaciones amuebladas y sin amueblar, se había acostumbrado a hacer muchas cosas por sí mismo y había descubierto que ser

metódico ahorraba tiempo y mal humor. Acordó con la esposa del narigudo de Barrett, una galesa robusta con voz de falsete y un acento de Merionethshire prácticamente intacto a pesar de su larga estancia en Londres, que ella cruzaría la plaza todas las mañanas para prepararle el desayuno y los sábados a primera hora para «darle un repaso a la casa». El resto del tiempo casi agradecía las tareas del hogar como forma de relajarse de la presión de la escritura.

La cocina, así como una parte de la habitación en la que se había encajado un baño moderno, daba hacia la callejuela que se encontraba a un lado de la casa. En el extremo de la cocina había un enorme armario con una puerta, y encima de esta una trampilla corrediza cuadrada. Esto había sido un receptáculo en el que a través del hueco se introducía la cabeza minuciosamente adornada para recibir un disparo de polvo.[71] Oleron estuvo reflexionando un poco sobre este espacio. Después, como solía ocurrirle, sonrió con ligereza, algo conmovido, sin saber muy bien por qué. Le daría un uso muy diferente al original: lo más seguro es que le sirviera de alacena. En este aseo hizo un descubrimiento. En la parte posterior había estanterías, y mientras revolvía en el estante superior, que se adentraba profundamente en la pared, Oleron encontró dos viejas portapelucas de madera con forma de champiñón. No sabía cómo habían ido a parar allí. Sin duda, los pintores las habrían encontrado en cualquier parte y las habrían dejado en aquel lugar. Pero en el conjunto de las cinco estancias escaseaban las estanterías y los armarios, y sólo mediante el ejercicio del ingenio había encontrado espacios para almacenar los manteles, las cajas y los montones de papel que no solía usar pero que no podía destruir.

Su alquiler había comenzado a principios de primavera y estaba ansioso por tener *Romilly* lista para publicarla ese

mismo otoño. Sin embargo, no tenía previsto forzar su ritmo de trabajo. Si requería más tiempo, tanto peor. Comprendía su importancia, su vital importancia, así como su desarrollo artístico, y debía tener su propia duración, su propio tiempo. En el estudio que acababa de dejar había progresado mucho: *Romilly* había empezado, como suele decirse, a cobrar vida propia, y Oleron estaba seguro de que así seguiría en cuanto la distracción de la mudanza hubiera pasado. La distracción casi había pasado. Se dijo a sí mismo que ya era hora de retomar su actividad, así que salió una mañana de marzo, regresó con dos ramos de narcisos amarillos, colocó uno en la repisa de la chimenea, entre los candelabros Sheffield, y el otro en la mesa situada frente a él, y sacó el manuscrito a medio hacer de *Romilly Bishop*.

Pero antes de empezar a trabajar, fue hasta su pequeño gabinete de palisandro y sacó de un cajón el talonario y la libreta. Hizo sus cuentas y su semblante de monje se tornó pensativo. La instalación había costado más de lo que había previsto. Su saldo era algo inferior a cincuenta libras, y no tenía perspectivas de conseguir más dinero inmediatamente.

—¡Hum! Había olvidado que las moquetas, las cortinas estampadas y demás resultaran tan caras —dijo Oleron—. Pero habría sido una pena estropear la casa por ahorrar unas diez libras… Bueno… *Romilly* simplemente *tendrá* que estar lista para el otoño, y ya está. Vamos allá…

Se acercó los papeles, pero trabajó poco. O, quizá mejor, no trabajó en absoluto. Afuera, la plaza tenía sus propios ruidos, frecuentes y novedosos. Oleron sólo deseaba acostumbrarse a ellos cuanto antes. Primero llegaron los vendedores ambulantes con sus carros y sus gritos. A mediodía, los niños ocuparon la plaza al salir del colegio y se columpiaron en la verja de Oleron y, cuando por la tarde estos regresaron a la escuela, un músico ambulante, con una

mandolina, se colocó bajo su ventana a rasguear. No resultaba una distracción molesta, por lo que Oleron abrió y le lanzó a aquel hombre un penique. Después volvió a la mesa.

Pero no había forma. Volvía en sí, tras largos intervalos, para descubrir que había estado observando la habitación y preguntándose por la decoración anterior: si habría un diván de raso del color del botón de oro o, más bien, como la petunia, si de la moldura central del techo alto y ligero habría pendido una araña de cristal parpadeante, o el lugar que ocuparía un bastidor para bordados o la mesa para jugar a las cartas.**[72]** No, no había forma, era mejor no hacer nada en absoluto que cansarse infructuosamente. Decidió salir a pasear, pero, en vez de eso, se aventuró a sentarse un momento y echó una cabezada en la silla.

—Esto no puede seguir así —dijo bostezando al despertar, a las cuatro y media de la tarde—. Mañana tengo que hacerlo mejor…

Sentía una pereza tan deliciosa que durante algunos minutos consideró incumplir un compromiso que tenía aquella tarde.

A la mañana siguiente se sentó a trabajar sin permitirse siquiera contestar a una de las tres cartas que había recibido: dos de ellas, correspondencia comercial; la tercera, una nota de la señorita Bengough, reenviada desde su antigua dirección. Amaneció un día maravilloso, azul y blanco, con un viento ruidoso y alegre que traslucía el sutil cambio de color de las cosas vivas. Constantemente, una o dos veces por minuto, su habitación se iluminaba de repente y se volvía a apagar a medida que las resplandecientes nubes avanzaban sobre la plaza en dirección noreste. La luz suave y adecuada se reflejaba sobre la superficie pulida de la mesa e incluso sobre el viejo y desgastado suelo. Y los ruidos de la mañana habían vuelto a empezar.

Oleron hizo una serie de puntos en la hoja que tenía delante y después se levantó a centrar el jarrón con narcisos frente a un panel color crema. Después escribió una frase que se alargaba de forma continuada a lo largo de un par de líneas y que se fragmentaba en notas y apuntes. Durante un tiempo logró persuadirse de que, al hacer estas anotaciones, estaba trabajando de verdad. Más tarde se alzó y empezó a caminar por la habitación. Al hacerlo, le sorprendió una idea. Probablemente la casa estaría mucho mejor con un toque de color positivo. Quizá todo resultara *demasiado* pálido… suave y dulce como un rostro anciano, pero algo desprovisto de vitalidad, incluso apagado… Sí, sin duda soportaría un tono más robusto: flores, más abundantes y coloridas, y quizá un tejido más cálido y alegre para los cojines de los asientos de las ventanas…

—Realmente no puedo permitírmelo —musitó al ir a buscar un medidor y empezar a comprobar el tamaño de los asientos de las ventanas.

Al detenerse a medir un recoveco, su humor se transformó de repente en un estado interesado y atento. Entonces se alzó, frotándose las manos, con sutil regocijo.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Me parece a mí que esto es muy parecido a una jardinera. ¡Habrá que investigar! Sí, esto son jardineras, a no ser que esté… ¡Vaya, qué aventura!

En aquella pared de su sala de estar había dos ventanas (la tercera se hallaba en otro rincón), y más allá de la puerta abierta del dormitorio, en la misma pared, había otra. Los asientos de todas ellas estaban pintados, repintados y vueltos a pintar, y los dedos curiosos de Oleron acababan de detectar las cabezas de los tornillos bajo la pintura. Por debajo del alféizar sobre el que se encontraba encorvado, el agujero de una vieja cerradura aparecía cubierto de masilla. Oleron sacó su navaja.

Trabajó con cuidado durante cinco minutos y después fue a la cocina en busca de un martillo y un cincel. Al colocar el cincel con cuidado bajo el asiento, levantó ligeramente toda la tapa.

De nuevo con la navaja, cortó por el borde de la junta hacia fuera a lo largo de los extremos. Después tomó una cuña y un mazo.

—¡Y ahora un poco de misterio…! —exclamó.

El sonido del mazo contra la cuña parecía, en aquel dulce y pálido lugar, algo casi brutal… no, casi estremecedor. Las tablas resonaban, traqueteaban y vibraban con cada golpe como una caja de resonancia. La casa entera parecía retumbar. Desde el espacioso sótano hasta la buhardilla, una manada de ecos pareció despertar y a Oleron el ruido empezó a ponerle un poco nervioso. De pronto se detuvo, envolvió la cuña en un trapo y amortiguó el sonido. Cuando el borde estuvo lo bastante levantado, introdujo los dedos en su interior y tiró hacia arriba. La pintura se desconchó y se despegó un poco; los clavos viejos y oxidados chirriaron y gruñeron; la tapa se levantó, dejando abierta la jardinera que había debajo. Oleron la examinó. Aparte de dos dedos de roña, moho y telas de araña, estaba vacía.

—Pues no hay tesoro —dijo Oleron, algo divertido por haberse imaginado que habría uno—, *Romilly* seguirá teniendo que salir este otoño. Veamos qué hay en las demás.

Se dirigió a la segunda ventana.

Levantar las otras dos estructuras que quedaban le llevó hasta bien entrada la tarde. La del dormitorio, al igual que la primera, estaba vacía, pero del segundo asiento extrajo algo flexible, plegado y cubierto de una pulgada de espeso polvo. Llevó el objeto a la cocina y, tras frotarlo sobre un cubo, lo repasó con el trapo.

Era una especie de bolsa grande de un material antiguo de tipo frisado y, al desplegarla, ocupó la mayor parte del suelo de la pequeña cocina. Su forma era la de un triángulo irregular, muy irregular, y tenía un par de solapas anchas con restos de correas y hebillas. El extremo exterior tenía, por haber estado doblado, un color apagado, entre marrón y amarillo, pero el resto era de tonos carmesíes que variaban según la exposición de cada parte.

—Me pregunto qué puede haber sido esto —reflexionó Oleron mientras lo examinaba—. Me rindo. Sea lo que sea, me temo que ha hundido mi trabajo de hoy…

Plegó sin cuidado el objeto y lo tiró en un rincón de la cocina. Después, tras tomar cacharros, cepillos y un cuchillo viejo, regresó a la sala de estar y empezó a raspar, limpiar y forrar con papel aquellos receptáculos recién descubiertos. Cuando hubo terminado, puso un par de botas, libros y papeles en su interior y después les puso la tapa de nuevo, entretenido con aquella pequeña aventura, pero también algo ansioso por el momento en el que tendría que sentarse a trabajar de nuevo.

III

A Oleron le molestó un poco que su amiga, la señorita Bengough, no dedicara más que un vistazo al espacio que él consideraba tan singularmente meritorio. En efecto, apenas alzó los ojos para verlo. Pero es que siempre se mostraba más o menos así: algo indiferente ante los dones de la vida, despreocupada de las apariencias, y quizá una pizca más auténtica cuando comía galletas de una bolsa de papel que cuando cenaba observando al máximo las convenciones sociales. Era una periodista soltera de treinta y cuatro años, grande, llamativa, rubia como la mantequilla, rosada como el rosal silvestre, que evocaba a los especímenes escogidos por un florista, y dada a movimientos amplios y repentinos y a afirmaciones lacrimosas y explosivas. Según sus propias palabras, sacaba «más partido a la vida» que Oleron, y gracias a la sutileza y habilidad de merceros y sastres, hacía lo propio astutamente con lo mejor de su variado vestuario. Cuando avanzaba provocaba pequeños remolinos de aire tras ella, en los que revoloteaban y giraban sus velos y bufandas.

Un mes después de haberse mudado a su nueva morada, Oleron escuchó la ráfaga de su falda en la escalera y a continuación el único y fuerte golpe con el que llamaba a la puerta. Sus ropajes introdujeron el aire exterior, y dejó un montón de revistas femeninas sobre una silla.

—No dejes de trabajar por mí —exclamó a través de una bocanada de alfileres de cabeza grande mientras se quitaba el sombrero y el velo—. No sabía si habrías comido, así que he traído unos bocadillos para el almuerzo. Tienes café, ¿verdad?… No, no te levantes… Encontraré la cocina…

—Oh, no te preocupes, ahora recojo todo esto. A decir verdad, me encanta que me interrumpas —dijo Oleron.

Recogió su obra y la guardó. Ella ya estaba en la cocina. Oleron oyó cómo llenaba la tetera de agua. Se unió a ella y, diez minutos después, regresaron a la sala de estar con el café y los bocadillos en una bandeja. Se sentaron y pusieron aquellos sobre la mesita que se encontraba colocada entre los dos.

—Bueno, ¿qué te parece mi nuevo hogar? —preguntó Oleron mientras ella servía el café.

—¡Hum! Cualquiera diría que vas a casarte, Paul.

Él se echó a reír.

—No, no. Pero está mejor que los anteriores, ¿verdad?

—¿Tú crees? Supongo que sí; no lo sé. Me gustaba el anterior, a pesar del techo negro y de que no tuviera grifo. ¿Cómo llevas *Romilly*?

Oleron se llevó el pulgar a la barbilla.

—¡Hum! Me avergüenza un poco contártelo. La verdad es que no he avanzado demasiado. Pero, como solías decir, todo irá mejor cuando llegue la noche.

—¿Estás bloqueado?

—Bastante bloqueado.

—¿Puedes leerme algún fragmento?

Hacía bastante tiempo que Oleron acostumbraba a leer de vez en cuando algunas partes de su obra a la señorita Bengough. Sus comentarios eran siempre ágiles y prácticos, algunas veces directamente útiles, otras indirectamente sugerentes. Ella, a cambio de su confianza, evitaba siempre con mucho celo mencionar su propio trabajo. Para ella, lo de Oleron era «trabajo de verdad», mientras que lo de ella era simplemente una cuestión de llenar espacio, y no siempre de forma gramatical.

—Me temo que no —respondió Oleron meditativo, frotándose aún insistentemente la barbilla con el dedo.

Después añadió en un arrebato de sinceridad—: Elsie, a decir verdad, no he escrito… no mucho realmente… de hecho, *no he escrito nada de nada*. Naturalmente, eso no significa que no haya progresado. En cierto sentido, he progresado de forma alarmante. Estoy pensando en reconstruirlo todo.

La señorita Bengough emitió un grito.

—¡Reconstruirlo!

—Quiero hacer que Romilly sea otro tipo de mujer. De algún modo, he empezado a sentir que no estoy sacando lo mejor de ella. En realidad, he perdido algo de interés por el personaje tal y como está.

—Pero… pero… —protestó la señorita Bengough— ¡Era tan real, tan *vivaz*, Paul!

Oleron sonrió levemente. Se había preparado para el rechazo de la señorita Bengough. No le sorprendía que le gustase Romilly tal y como era entonces; le tenía que gustar. Lo supiera o no, había mucho de ella en su creación novelesca. Era lógico que Romilly le pareciera «real» y «vivaz»…

—Entonces, ¿hablas en serio, Paul? —preguntó la señorita Bengough con los ojos bien abiertos.

—Muy en serio.

—¿De verdad piensas descartar esos quince capítulos?

—Yo no he dicho exactamente eso.

—¿Y esa estupenda escena de amor?

—De buena gana no lo haría; es sólo por el bien de algo que considero será mejor.

—¿Y qué hay de la maravillosa, ma-ra-vi-llo-sa, descripción de Romilly en la playa?

—No hay por qué desperdiciarla —contestó él algo tenso.

Pero la señorita Bengough hizo un aspaviento amplio y vaporoso y decidió volver a la carga.

—¡Eres *demasiado* exigente, de verdad! —exclamó— ¡Desearía que recordaras de vez en cuando que eres humano y que vives en el mundo real! Sabes que soy la *última* persona que desearía que bajaras tus exigencias una sola pizca, pero situarlo al nivel de la comprensión humana no supondría rebajarlo. ¡Oh, algunas veces eres demasiado supraterrenal! ¡Destruir esos quince capítulos sería un desperdicio de tus habilidades malvado y criminal! Piénsalo racionalmente. Has estado trabajando casi veinte años. Todo por lo que has luchado se encuentra al alcance de tu mano. Tu situación se halla en un punto crítico (¡oh, no me lo digas!: sé que apenas te queda dinero) y propones deshacer algo deliberadamente, que de seguro te proporcionaría renombre, para sustituirlo por algo que nueve de cada diez personas sensatas no querrían leer… ¡Y quién podría culparlos! ¡Realmente pones a prueba mi paciencia!

Oleron había estado negando con la cabeza lentamente mientras ella hablaba. Era una vieja historia entre los dos. Aquella periodista ruidosa, pragmática y capaz era una amiga admirable… hasta cierto punto, pero más allá de eso… bueno, todo el mundo sabe a partir de qué momento se encuentra solo. A veces Elsie Bengough decía que si ella hubiera poseído una décima parte del genio de Oleron, habría pocas cosas que no hubiera hecho. Y con ello hacía del genio algo cuantitativo y divisible, una especie de ingrediente que se podía añadir o sustraer de la mezcolanza de su trabajo. Que fuera algo cualitativo, esencial, indivisible y diferenciador superaba su entendimiento. Llegadas a este punto, sus mentes discrepaban y Oleron lo sabía. Ella no parecía darse cuenta.

—Sí, sí, sí —dijo al final, algo cansado—, a efectos prácticos tienes razón, toda la razón, y no tengo nada que decir. Si pudiera entregarte *Romilly*, la convertirías en un gran éxito. Pero eso no puede ser, y yo, por mi parte, albergo

serias dudas sobre si merece el tiempo que le dedico. Ya sabes lo que eso significa.

—¿Qué significa? —inquirió ella sin rodeos.

—Bueno —contestó él, sonriendo débilmente—, ¿qué significa no estar convencido de realizar algo que merezca la pena? Sencillamente, dejar de hacerlo.

Los ojos de la señorita Bengough recorrieron el techo en busca de ayuda contra aquel hombre imposible.

—¡Menuda estupidez! —exclamó al fin—. Pero si la última vez que te vi rezumabas *Romilly*, trabajando a un ritmo de cuatro capítulos a la semana. Si no te hubieras mudado, llevarías ya tres cuartas partes. ¿Qué se te ha metido en la cabeza para que decidas mudarte en mitad de tu obra más importante?

Oleron intentó evadirse con un recital de inconvenientes, pero a ella le dio igual. Quizá, en el fondo, la señorita Bengough sospechaba la razón. Sencillamente, le pesaban enormemente las comprometidas circunstancias de su vida. Llevaba veinte años así: veinte años de áticos, buhardillas, pisos oscuros y alojamientos ruinosos, y estaba cansado de oscuridad y de ruina. La recompensa se encontraba más lejos que nunca, y si no era así, entonces es que no le interesaba tanto como antes alargar la mano para tomarla. Está muy bien decirle a un hombre extenuado que sólo hace falta un pequeño esfuerzo más, pero si no puede realizarlo, se quedará más lejos…

—En cualquier caso —concluyó Oleron—, hace mucho tiempo que no me siento feliz. Puede que, en cierto modo, sea una justificación.

—Y no estás trabajando —añadió, escéptica, la señorita Bengough.

Y entonces, una insignificante petulancia que había estado acumulándose en Oleron alcanzó su punto crítico.

—¿Y por qué no iba a hacer otra cosa que trabajar? —preguntó—. ¿Cuánta felicidad me ha aportado? No quiero decir que no me guste mi trabajo… cuando está terminado, pero odio hacerlo. A veces resulta una carga insoportable de la que sencillamente desearía librarme. Una vez cada muchas semanas alcanza un momento, sólo un momento, que me aporta luz y emoción. Recuerdo cuando todo era luz y emoción, pero ahora tengo cuarenta y cuatro años y se está convirtiendo en un trabajo demasiado fastidioso. Nadie lo quiere; yo mismo no lo quiero; y si cualquier persona corriente y sensata me preguntara si soy idiota por continuar haciéndolo, creo que estaría de acuerdo en que lo soy.

El semblante hermoso y rosado de la señora Bengough estaba serio.

—Pero eso ya lo sabías desde hace muchos, muchos años, Paul, y a pesar de todo lo elegiste —musitó.

—Bueno, ¿y cómo iba a saberlo? —inquirió él—. No lo sabía. Me lo decían. Mi corazón, por así decirlo, me lo decía, y yo pensaba que lo sabía. La juventud siempre cree que lo sabe todo y un buen día descubre que casi ha cumplido cincuenta…

—Cuarenta y cuatro, Paul…

—Cuarenta y cuatro, entonces… Y descubre que lo bueno no está por venir, sino que ha quedado atrás. Sí, lo sabía y lo elegí, si se puede decir que eso es saber y elegir… ¡Pero es una costosa elección que se nos impone cuando somos jóvenes!

La señorita Bengough miraba al suelo y, sin alzar los ojos, dijo:

—Paul, ¿te arrepientes?

—¿Que si me arrepiento? —repuso—. ¡Te aseguro que últimamente creo que sí! ¿Qué he conseguido a cambio de todo ello?

—Lo sabes perfectamente —replicó ella.

Por su tono, Oleron podría haber sabido qué más habría podido alcanzar con sólo mover un dedo: a ella. Aunque no pudiera decírselo, la señorita Bengough estaba convencida de que eso habría sido lo mejor que podría haber hecho por sí mismo. Si él, a lo largo de los últimos diez años, le hubiera pedido matrimonio, ella habría contestado con sobriedad: «De acuerdo. ¿Cuándo?». Pero él nunca lo había pensado…

—Tu trabajo es el más auténtico —prosiguió ella en voz baja—. Sin ti, los chacales como yo no existiríamos. Tú y unos pocos como tú cargáis con todo sobre los hombros.

El silencio se prolongó un minuto. Entonces Oleron pensó que aquello no eran más que simples y vulgares quejas, lo cual no formaba parte de sus costumbres. De pronto se levantó y comenzó a apilar tazas y platos en la bandeja.

—Siento que me veas así, Elsie —dijo con una leve carcajada—. No, ya me encargo yo de esto. Después podemos ir a pasear, si te apetece…

Se llevó la bandeja y a continuación le enseñó su piso a la señorita Bengough. Ella hizo pocos comentarios. En la cocina preguntó por un viejo objeto cuadrangular de frisado color rojo apagado, que la señora Barrett usaba de cojín para su silla de madera.

—¿Eso? Me encantaría que me aclararas lo que es —contestó Oleron mientras desplegaba la bolsa y le contaba la historia de su hallazgo en la jardinera de la ventana.

—Creo que sé de qué se trata —dijo la señorita Bengough—. Se usaba para cubrir un arpa antes de introducirla en su estuche.

—¡Cielos, claro que sí! —exclamó Oleron—. No tenía ni idea de lo que podía ser…

Cuando la visita al piso terminó, volvieron a la sala de estar.

—¿Y quién vive en la otra parte de la casa? —preguntó la señorita Bengough.

—Me atrevería a decir que un mendigo duerme en el sótano de vez en cuando, pero nadie más.

—¡Hum! Bueno, si lo deseas te diré lo que pienso.

—Me gustaría.

—Aquí nunca trabajarás.

—¿Ah, sí? —se sorprendió Oleron de inmediato—. ¿Y por qué no?

—En este lugar no terminarás *Romilly*. No sé por qué, pero no lo harás, estoy segura. Tendrás que marcharte antes de retomar el libro.

Se quedó pensativo y después dijo:

—¿No es eso algo… aventurado, Elsie?

—Es del todo ridículo y, como argumento, del todo insostenible. Pero es lo que creo —contestó, de nuevo, con los alfileres del sombrero preparados en la boca.

Oleron descolgó su sombrero y su abrigo. Se rio.

—Espero que te equivoques por completo —afirmó—, porque tendré muchos problemas si *Romilly* no sale en otoño.

IV

Aquella tarde, mientras estaba sentado junto al fuego, Oleron daba vueltas al pronóstico de la señorita Bengough sobre las dificultades que le esperaban en su trabajo, y llegó a la conclusión de que habría sido mejor que se hubiera guardado sus opiniones para sí misma. Ningún hombre hace algo bien si tiene mermada la confianza en sí mismo, y hablar de dificultades es, en cierto modo, crearlas. Mencionar las cosas es ya un acto disuasorio al que se suman otros desalientos, de tal manera que el mero hecho de hacerlo, el mero hecho de externalizar un aviso sobre un posible resultado, hace probable que este ocurra tanto como que no ocurra. Él la maldijo. Acababa de nacer una influencia hostil para terminar *Romilly*.

Y de algún modo ilógico y dogmático, habitual en las mujeres, ella había relacionado esta influencia negativa con el hecho de que él habitara en su nueva casa. ¡Qué idea tan absurda! «Aquí no terminarás *Romilly*»… ¿Y por qué no? ¿Acaso piensa que por ser una casa lujosa socavará mi inspiración y me llevará a la indolencia y al abandono de mi carrera? La vivienda estaba bastante bien —resultaba muy encantadora, de hecho—, pero no era tan desmoralizadora como para eso. No, en esa ocasión Elsie había ido demasiado lejos…

Movió la silla para mirar aquella habitación que sonreía, que sin duda sonreía, a la luz del fuego. Él también sonrió, como si se pudiese sentir pena por una casa difamada. Incluso esa leve ausencia de colorido que había percibido no era evidente con ese resplandor ligero. Las cortinas de cretona estampada —tenían motivos florales y enrejados, con cestas y tallos de avena— caían con pliegos largos y

silenciosos sobre los asientos de la ventana. Las hileras de encuadernaciones en las viejas estanterías recogían la luz de forma suntuosa. El último rastro cetrino había desaparecido con la luz del día, y, a decir verdad, la propia Elsie parecía estar fuera de lugar.

Ese pensamiento le sorprendió un poco, y entonces volvió a reflexionar sobre todo aquello. Sí, aquella tarde, la habitación, muy accidentalmente, había provocado un perjuicio a la señorita Bengough. De un modo sutil pero inconfundible, esta la había valorado, había realizado un contraste de cualidades. Asumiendo, por el bien de la discusión, la casi ridícula idea de que la habitación en la que Oleron estaba sentado se caracterizaba por cierta escasez y falta de vigor, tanto peor para la señorita Bengough. Sin duda, ella erraba en cuanto a la redundancia y a la abundancia en general. Y si uno debe contrastar cualidades abstractas, Oleron se inclinaba por el gusto austero.

Sí, en este punto Oleron hizo un descubrimiento reconocible, y se preguntó por qué no lo había pensado antes. Se imaginó a la señorita Bengough de nuevo tal y como había llegado aquella tarde: grande, llamativa, arrebatada, con esa cualidad que exudan las mejores flores. Y, al instante, se la imaginó sufriendo. Llegó a reconocer entonces que se había fijado en algo extraño, y que de forma inconsciente, su actitud, incluso mientras ella estaba allí, había sido crítica. Su mecánica resultaba obvia: su sudoración era el resultado de procesos físicos y escondida tras ella siempre parecía acechar una oscura aura de mortalidad. Durante los diez años de amistad con ella jamás había pensado en pedirle matrimonio. Y por primera vez daba las gracias por no haberlo hecho…

Entonces, repentina y rápidamente, su rostro se enrojeció por pensar así de su amiga. ¡Cómo! Elsie Bengough, con quien había pasado tardes enteras, semana tras semana…

ella, su buena amiga, en quien se podría haber apoyado si el resto del mundo le fallaba… ella, cuya lealtad hacia él no cambiaría, y él lo sabía, mientras le quedara aliento… ¡Qué forma de diseccionar a Elsie, aunque fuera con la mente! Era un ingrato y un desgraciado…

Si ella hubiera estado en aquel momento, él se habría postrado ante ella.

Durante más de diez minutos permaneció sentado, mirando al fuego, con aquel rubor humillante desapareciendo lentamente de sus mejillas. Todo estaba en calma dentro y fuera, excepto por un tintineo musical que provenía de su cocina: el goteo de agua de un grifo mal cerrado cayendo en la pila. De forma mecánica empezó a marcar con el dedo la casi inaudible cadencia de las gotas. El movimiento leve y regular pareció disipar la vergüenza de su rostro. Volvió a quedarse tranquilo… Cuando retomó sus pensamientos, lo hizo sin comprender que lo había hecho en el mismo punto.

No sólo se había enfrentado con espíritu crítico a la superfluidad florida de la constitución de su amiga. También era consciente de las enormes diferencias entre la mente de ella y la suya. No sentía gratitud por el hecho de que en algún momento, y hasta cierto punto, sus naturalezas hubieran discurrido juntas. Ahora estaba lleno de preguntas más allá de eso. Sus inteligencias divergían, no se podía negar, y al echar la vista atrás, se inclinaba a dudar que realmente existiera coincidencia. Cierto, le había leído sus propios escritos y ella había hablado de forma comprensiva y oportuna, pero ¿qué puede hacer un hombre que, después de aceptar que la otra persona opina como él, de pronto descubre algo que falsea y desacredita todo lo ocurrido anteriormente? En ese momento dudaba de todo… Por un instante se le ocurrió que el hombre que pide a un amigo

más de lo que este le puede dar corre el riesgo de perderlo, pero dejó de lado aquel pensamiento.

Nuevamente detuvo sus reflexiones y volvió a mover el dedo al son del lejano goteo del grifo…

Y ahora (prosiguió después de un rato), si estas cosas fueran ciertas en el caso de Elsie Bengough, también lo serían en la creación de la que ella era el prototipo: Romilly Bishop. Y puesto que le podía decir a Romilly lo que por pura vergüenza no podía decirle a Elsie, dio rienda suelta a sus pensamientos. Lo hizo en aquella estancia sonriente a la luz del fuego, acompañado por el grifo casi imperceptible.

Ya no había dudas al respecto: odiaba al personaje principal de su novela. Incluso el modo en que había descrito su físico abrumaba los sentidos: tenía un aspecto ordinario, demasiado colorido, rancio. Se hizo cierto en cuanto formuló aquel pensamiento. Gulliver había descrito así a las damas de honor de Brobdingnag. Se correspondía mental y espiritualmente: era desconsiderada, limitada, común. Su modelo (cerró los ojos un instante)… su modelo sobresalía a lo largo de quince capítulos vulgares y obvios hasta tal punto que, sin ver la razón, había sido incapaz de empezar el decimosexto. Le sorprendió no haberse dado cuenta antes.

¡Y aquella debía haber sido su Beatriz, su visión! ¡Era igual que Elsie, debía introducirse en el horno de su arte, y debía salir de él como la mujer que todos los hombres desean! Los pensamientos de ella debían ser elegidos entre los más finos de él. La forma de ella, de los sueños más queridos de él, y el escenario, cualquiera que él considerara digno de ella. Había estado gestándola mucho antes del primer intento. Después, un día, la había sentido revolviéndose en su interior como una madre siente moverse a su hijo, y había empezado a escribir. Y así había generado un capítulo tras otro…

¡Y había producido aquellos quince torpes capítulos!

De nuevo se sentó, moviendo suavemente el dedo…

Volvió a animarse.

Tiene que desaparecer, y con ella los quince capítulos. Estaba decidido. No tenía ni idea de con qué los sustituiría, pero cada cosa a su tiempo. No se puede disculpar a un hombre por tomar el camino equivocado sólo porque el correcto no está inmediatamente a la vista. Si algo mejor estaba por venir, vendría, y mientras tanto…

Se levantó y tomó los quince capítulos para leerlos antes de quemarlos.

Pero en vez de echarlos al fuego, los dejó caer de su mano. Volvió a ser consciente del goteo del grifo. Tenía una gama tintineante de cuatro o cinco notas en las que resonaban cambios irregulares, y era tan suavemente dulce como un salterio. En su mente, Oleron podía ver cómo se formaba cada gota, su breve temblor en el borde del grifo y la minúscula percusión de su caída, «plic… plac», minimizada hasta casi ser imperceptible. Después de la nota más baja parecía haber un breve fraseo que se repetía irregularmente. Entonces Oleron descubrió que estaba esperando que volviera el fraseo. Era muy bonito…

Pero no conducía a la vigilia, y Oleron se durmió frente al fuego.

Al despertar, el fuego ardía muy bajo y las llamas de las velas lamían los bordes de los candelabros Sheffield. Se levantó con gran pereza, bostezó, hizo su ronda nocturna para comprobar cerrojos y cierres de ventanas y se dirigió a su dormitorio. No tardó en quedarse dormido profundamente.

Pero al día siguiente continuó una curiosa secuela. La señora Barrett solía llamar, no a la puerta, sino a la pared de madera tras la que estaba la cama de Oleron. Entonces Oleron se levantó, se puso la bata y le abrió la puerta. No era

consciente de que al hacerlo, estaba tarareando una canción, pero la señora Barrett se quedó sujetando el pomo de la puerta con el rostro algo apartado y sonriente.

—¡Madre mía! —dijo alzando su voz de falsete—. ¡Esa es una melodía muy antigua, señor Oleron! ¡Hará unos cuarenta años que no la oigo!

—¿Qué melodía?

—Sin duda, la melodía que estaba canturreando, señor.

Oleron tenía el pulgar en la solapa de una carta y ahí lo mantuvo.

—¿*Yo* estaba tarareando? Cántela, señora Barrett.

La señora Barrett protestó:

—No tengo voz para cantar, señor Oleron. La cantante de nuestra familia era Ann Pugh, pero esa melodía es muy antigua y se llama *La bella que saluda*.

—Intente cantarla —dijo Oleron con el pulgar todavía en el sobre; y la señora Barrett, con mucha vergüenza y confusión, tarareó la canción.

—Cuentan que había que cantarla con un arpa, señor Oleron, y es muy antigua —concluyó ella.

—¿Y *yo* estaba cantándola?

—En efecto. No soy de las que dicen mentiras.

Con un «Está bien… vamos a desayunar», Oleron abrió la carta, pero la desconcertante circunstancia le pareció todavía más extraña de lo que hubiera querido admitir. Aquella frase que había tarareado era la que había asociado al goteo de la noche anterior.

V

El tópico de que un goteo coincidiera tanto con una canción que ya existía tuvo como resultado algo todavía más sorprendente: había despertado en Oleron, o parecía haber despertado, una sensibilidad anormal a otros ruidos de la vieja casa. Se ha señalado que el silencio obtiene su cualidad más completa e impresionante cuando lo rompe un sonido minúsculo. Y, a decir verdad, la estancia nunca estaba en silencio. Quizá la levedad del aire primaveral actuaba en sus viejas y aletargadas vigas; quizá el fuego de Oleron estiraba su anciana anatomía; y sin duda un mundo entero de insectos perforaba y escarbaba listones y vigas. En todo caso, Oleron sólo tenía que sentarse en la silla y esperar un minuto o dos para percibir un cambio en la escala auditiva similar al de un hombre que considera que un bosque a mediados de verano es un lugar silencioso y tranquilo y de pronto descubre que su oído es lo bastante agudo como para percibir el crepitar de una miríada de insectos.

Y sonrió al pensar en la arbitraria distinción del hombre entre aquello que tiene vida y aquello que no la tiene. Aquí, aparte de sonidos reconocibles como el correteo de un ratón, la caída de pedazos de yeso tras el artesonado y el crepitar de las ascuas que auguran muerte o dinero, había una casa entera que le estaría hablando si él conociera su lenguaje. Las vigas se asentaban con suspiros cansados en sus viejas ranuras; las criaturas picoteaban las paredes; las juntas crujían, los tablones se quejaban; las ventanas de guillotina, sin que hubiera un movimiento palpable del aire, cambiaban de posición con un suave golpe en el marco. Y, estuviera o no viva en este sentido, la casa tenía sin lugar a dudas una

personalidad encantadora. Hizo falta una hora de reflexión para que Oleron concibiera la idea de que, del mismo modo que su cuerpo permanecía en relación amistosa con su alma, por extensión y atenuación, su alojamiento podría suponerse en fantástica relación con él mismo. Incluso se entretuvo con la rebuscada idea de que se podría identificar tanto con aquel lugar que un inquilino futuro, al trasladarse, pudiera considerarlo como embrujado. ¡Sería casi un chiste que él, un autor totalmente inofensivo, con nada en la cabeza peor que una mala novela que tenía que volver a empezar, acabara sentando las bases de un fantasma futuro!

No obstante, en proporción al apego que crecía por lo que constituía su morada, Elsie Bengough, que al principio se mostró sólo desinteresada, empezó a exteriorizar su disgusto por aquel lugar de forma cada vez más marcada. Y manifestaba su aversión sin escrúpulos.

—No pertenece en absoluto al presente, y para ti eso es especialmente malo —le dijo con decisión—. Estás deseando soltar las cosas reales para dejarte llevar por la apatía. Alguien como tú debería estar en un lugar con suelo de hormigón, con un contador de gas a la vista y un ascensor de servicio. Y lo que mejor te sentaría sería tener un empleo que te obligara a trabajar codo con codo con otras personas. Si pudiera conseguirte una ocupación, digamos, para dos o tres días a la semana, que te permitiera tener tiempo para tu verdadero trabajo, ¿lo aceptarías?

En cierto modo, a Oleron le molestaba un poco que le diagnosticaran de aquella manera. Le dio las gracias a la señorita Bengough pero sin sonreír.

—Gracias, pero no lo creo —y no pudo evitar añadir—. Después de todo, cada uno de nosotros tiene que vivir su vida.

—¡Vivir su vida! ¿Cuándo fue la última vez que saliste, Paul?

—Hace dos horas.

—No me refiero a salir a comprar sellos o a enviar una carta. ¿Cuándo fue la última vez que saliste como poco a pasear?

—Oh, supongo que no hace mucho. No lo sé.

—¿Desde la última vez que vine?

—No he salido demasiado.

—¿Y ha progresado *Romilly* gracias a tu encierro?

—Creo que sí. Estoy sentando sus bases. Empezaré pronto a escribir.

Era como si la señorita Bengough hubiera olvidado su pelea por la primera *Romilly*. Frunció el ceño, se giró parcialmente y luego se volvió de nuevo.

—¡ Ah! ¿Todavía tienes esa estúpida idea en la cabeza?

—Si te refieres —respondió Oleron despacio— a si he desechado la vieja *Romilly* y que estoy trabajando en una nueva, estás en lo cierto. Todavía tengo esa idea en la cabeza.

Algo descortés en su tono la sorprendió; pero era una luchadora. La sensibilidad absurda de Oleron la había endurecido.

—¡ Bah! —exclamó con impaciencia. Después preguntó de un modo abrupto—: ¿Dónde está la vieja?

—¿Por qué? —cuestionó Oleron.

—Quiero verla. Quiero enseñarte algunas partes. Quiero, si es que no has perdido del todo el juicio, hacerte entrar en razón.

Esta vez fue él quien le dio la espalda. Pero cuando se giró de nuevo, dijo con más gentileza:

—No hay nada que hacer, Elsie. Soy responsable del camino que elijo y tienes que dejar que lo tome… aunque te parezca un error. Créeme, lo estoy pensando mucho. ¿El manuscrito? Estuve a punto de quemarlo, pero no lo hice.

Está dentro del asiento de la ventana, si es que quieres verlo.

La señorita Bengough avanzó rápidamente hasta el asiento y levantó la tapa. De pronto, emitió una pequeña exclamación y se llevó el dorso de la mano a la boca. Todavía de espaldas, dijo:

—Deberías martillear estos clavos del todo, Paul.

Él corrió a su lado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó—. Ya lo hice. De hecho, los saqué.

—Los dejaste bastante fuera como para que me arañara —contestó ella, mostrando su mano. De la parte superior de la muñeca al nudillo del meñique brotaba una herida roja.

—¡Cielo santo! —exclamó Oleron— Ven, vamos a lavarlo cuanto antes.

La llevó a toda prisa al baño, abrió el agua caliente y lavó y aclaró el corte. Después, todavía sosteniendo la mano, abrió el agua fría, pronunciando frases entrecortadas de asombro y preocupación.

—Por Dios, ¿cómo ha podido ocurrir? Que yo recuerde… ¿está demasiado fría el agua? ¿Te duele? No sé cómo demonios… Bueno, ya está…

—No… un minuto más… no lo soporto —murmuró ella con los ojos cerrados.

Entonces él la condujo de vuelta a la sala de estar y le envolvió la mano con uno de sus pañuelos. No obstante, su rostro no perdió la expresión de perplejidad. Había pasado medio día abriendo y dejando utilizables las tres jardineras, y no concebía cómo había podido dejar que sobresaliera de la madera unos tres centímetros de clavo oxidado. Él mismo había abierto las tapas de todos una docena de veces sin fijarse en el clavo. Pero ahí estaba…

—Ahora saldrá, pase lo que pase —murmuró mientras iba a buscar unas tenazas. Y esta vez no cometió ningún error.

Elsie Bengough se había hundido en la silla y su rostro estaba algo pálido, aunque en la mano sostenía el manuscrito de *Romilly*. Aún no había acabado con *Romilly*. Entonces volvió a la carga.

—¡Oh, Paul, si no publicas esto, será el error más grande, el más grande que hayas cometido nunca!

Él inclinó la cabeza, realmente angustiado. No podía dejar de pensar en el incidente del clavo, y en ese momento *Romilly* ocupaba un lugar secundario en su mente. Pero ella seguía insistiendo, y cuando Oleron habló, fue casi como si pidiera disculpas por algo.

—¿Qué puedo decir, Elsie? Sólo espero que al leer la nueva versión veas que tengo razón. Y si a pesar de todo no te gusta, pues… —Hizo un gesto de desesperanza—. ¿No ves que me tengo que guiar por mis propias luces?

Ella permanecía en silencio.

—Vamos, Elsie —dijo con suavidad—. Nos hemos llevado bien hasta ahora; no nos separemos por esto.

Cuando todavía estaba pronunciando estas últimas palabras, ya se arrepentía de ellas. Ella había estado cuidando de su mano herida, de nuevo con los ojos cerrados, pero sus labios y sus párpados se estremecieron simultáneamente. La voz le tembló al hablar:

—No puedo evitar decir esto, Paul, pero has cambiado mucho.

—Calla, Elsie —murmuró él con ternura—, estás conmocionada. Descansa un poco. ¿Cómo voy a haber cambiado?

—No lo sé, pero es cierto. No has sido tú mismo desde que viniste aquí. Ojalá nunca hubieras visto este lugar. Ha detenido tu trabajo, te está convirtiendo en una persona que apenas conozco y me está provocando una horrible preocupación por ti… ¡Oh, mi mano está empezando a palpitar!

—Pobrecita —murmuró él—. ¿Me dejarás que te lleve al médico para que te vende como es debido?

—No… estaré bien ahora mismo… si la dejo en alto…

Colocó el codo en el respaldo de la silla y apoyó ligeramente la mano envuelta sobre el hombro de Oleron.

Al sentirla, una ansiedad nueva se agitó en su interior. Cientos de veces antes, durante sus paseos y excursiones, ella había deslizado su mano hasta el brazo de Oleron del mismo modo que podría haber hecho con el brazo de un hermano, y él había aceptado aquel pequeño gesto afectuoso de la misma manera. Pero ahora, por primera vez, acudió a su mente un centenar de preguntas increíbles. Ella tenía todavía los ojos cerrados, y su cabeza había caído hacia atrás con cierto patetismo. Había una sonrisa perdida e inefable en sus labios entreabiertos. La verdad irrumpió en él. ¡Por Dios! ¡Y él nunca lo había sospechado!

Y lo más extraño de todo era que en ese momento en el que podía ver que ella estaba perdidamente enamorada de él, lo que sintió no fue ni dolor ni humildad ni humillación, sino algo diferente contra lo que luchaba en vano: algo de lo más extraño y nuevo que, de haber sido analizado, lo habría llamado petulancia, irritación, resentimiento y desconsideración. La repentina explosión de egoísmo le dominó antes de que se diera cuenta. Hizo todo, excepto darle voz. ¿Qué estaba ella haciendo allí? ¿Por qué no seguía con su propio trabajo? ¿Por qué estaba entrometiéndose en el suyo? ¿Quién le había dado permiso para que últimamente fuera tan directa y firme? «¿Cambiado?» Era ella, y no él, quien había cambiado…

Cuando ella volvió a abrir los ojos, Oleron había contenido su resentimiento lo bastante como para hablar con amabilidad, aunque con reservas.

—Por favor, deja que te lleve a un médico.

Ella se levantó.

—No, gracias, Paul —dijo—. Ya me voy. Si necesito una venda, me haré con una. Ten la otra mano, por favor. Adiós…

No intentó detenerla. Caminó con ella hasta el pie de las escaleras. A medio camino del estrecho callejón, se volvió.

—El camino hasta aquí es demasiado largo para venir y no encontrarte —exclamó ella—. La próxima vez te enviaré una postal.

Cuando llegó a la verja se giró de nuevo.

—Vete de aquí, Paul —dijo con aspecto apenado—. Todo está mal en esta casa.

Después se fue.

Oleron volvió a su habitación. Caminó derecho a la jardinera de la ventana. Abrió la tapa y permaneció mucho tiempo mirándola. Después la cerró y se apartó.

—Esto da miedo —murmuró—. Sencillamente es imposible que me dejara allí el clavo…

VI

Oleron sabía muy bien a qué se refería Elsie cuando dijo que una postal precedería su próxima visita. También ella había entendido que por fin, por fin él lo sabía… lo sabía y no la quería. Por eso sintió una punzada triste y lamentable cuando, una semana después, regresó y llamó a la puerta sin previo aviso. Ella habló desde el rellano. No tenía intención de quedarse, dijo, y al final él tuvo que insistir antes de que cediera a entrar.

Su excusa para presentarse allí era que había oído que andaban buscando relatos y que él debería considerarlo. Él se lo agradeció. Después, concluida su misión, parecía ansiosa por marcharse. Oleron no pretendía detenerla; él mismo podía ver lo que se ocultaba tras el pretexto de las historias. La acompañó escaleras abajo.

Pero Elsie Bengough no tenía suerte alguna en aquella casa. Sufrió un segundo accidente. En medio de las escaleras, resonó el agudo sonido de la madera astillada y ella gritó con fuerza. Oleron sabía que la carpintería era vieja, pero él mismo había subido y bajado con bastante frecuencia sin ningún contratiempo.

Elsie había atravesado uno de los escalones con el pie.

Oleron saltó a su lado alarmado.

—¡Pero bueno! ¡Pobrecita!

Ella emitió una risa histérica.

—Es por mi peso… sé que estoy engordando…

—No te muevas… deja que aparte las astillas —murmuró él entre dientes.

Ella siguió riendo y llorando, afirmando que era su peso… que estaba engordando…

Oleron empujó la madera rota hacia abajo. La extracción no era cosa fácil, y a través de la bota rasgada pudo ver lo mal heridos que estaban el pie y el tobillo de Elsie.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! —susurraba una y otra vez.

—Pronto pesaré demasiado y no podré hacer nada —dijo Elsie entre la risa y el llanto.

Pero se negó a subir y permitirle que examinara su herida.

—No, deja que me vaya cuanto antes… Deja que me vaya cuanto antes.

—¡Pero tienes un corte espantoso!

—No… no es para tanto… deja que me vaya cuanto antes… Aquí no se me quiere.

Al oír aquello de que no se la quería, su cabeza cayó como si le hubiera propinado una bofetada.

—¡Elsie! —musitó con voz rota y sorprendida.

Pero ella también hizo un gesto rápido, como si apartara algo con violencia.

—Oh, Paul, eso no… tú no… por supuesto, también digo eso en un sentido… ¡Oh, ya sabes a qué me refiero! ¡Pero si eso no puede ser, ahórrame esto! Yo… yo no iba a venir, pero… pero… ¡oh, lo intenté, intenté mantenerme lejos!

Aquello era intolerable, desgarrador, pero ¿qué podía hacer él? ¿Qué podía decir? No la quería…

—Deja que me vaya… No se me quiere… deja que me lleve lo que queda de mí…

—Querida Elsie… te aprecio mucho…

Pero ella repitió el mismo gesto, como si apartara algo violentamente.

—No, eso no… Nada menos… no me ofrezcas nada menos… déjame un poco de orgullo…

—Deja que vaya a buscar el sombrero y el abrigo… y te llevo al médico —murmuró él.

Pero Elsie lo rechazó. Se negaba incluso a apoyarse en su brazo. Lanzó otra carcajada insegura.

—Siento haberte roto la escalera, Paul… Irás a preguntar por lo de los relatos, ¿verdad?

Él gimió.

—Bueno, si no quieres ir al médico, ¿podríamos ir al otro lado de la plaza para que la señora Barrett te eche un vistazo? Mira, por allí va su marido…

El narigudo de Barrett estaba asomándose con curiosidad por el callejón, pero cuando Oleron se disponía a llamarlo, se fue sin mediar palabra. Elsie parecía ansiosa por el simple hecho de alejarse de la casa y acabó prometiendo que iría directamente al médico, pero insistió en ir sola.

—Adiós —dijo.

Y Oleron la observó hasta que pasó los carteles de «Se alquila» con forma de hacha como si temiera que cayeran sobre ella y la mutilaran.

Aquella noche Oleron no cenó. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Caminaba de una habitación a otra en el piso, como si pudiera alejarse del perturbador grito de Elsie Bengough que todavía resonaba en sus oídos. «No se me quiere… no me ofrezcas nada menos… deja que me lleve lo que queda de mí…»

¡Ojalá hubiera podido persuadirse a sí mismo de que la quería!

Caminó hasta la llegada del crepúsculo. Después, sin encender las velas, avivó el fuego y se dejó caer en una silla.

¡Pobre Elsie! ¡Pobre!

Pero incluso cuando le dolía el corazón por ella, era incuestionable. ¡Ojalá lo hubiera sabido! ¡Ojalá hubiera aplicado la observación común! Pero aquellos paseos, aquel fraternal gesto de agarrarlo del brazo… ¡qué estúpido había sido! Bueno, ya era demasiado tarde. Era ella, y no él, quien debía actuar… manteniéndose lejos. Él le prestaría toda la

ayuda que pudiera. Evitaría pasar tiempo con ella. Si ella venía, la sacaría a toda prisa. ¡Pobre Elsie!

La estancia se oscureció; el fuego se apagó; y él seguía sentado, apenándose de vez en cuando, mientras volvía a sus oídos una nueva frase atormentada.

Entonces, de repente, sin saber por qué, se preocupó por ella en un sentido diferente: temía por su bienestar personal. Se apoderó de él la horrorosa imagen de que en ese mismo momento ella pudiera estar mirando desde lo alto de un dique hacia las oscuras aguas o fijando la vista en el gancho detrás de la puerta. Se sabía que las mujeres hacían ese tipo de cosas… Después habría una investigación, le llamarían a él para identificarla y le preguntarían cómo se había hecho aquella herida mal curada en la mano y la terrible abrasión del tobillo. Barrett diría que la habían visto salir de la casa…

Entonces reconoció que aquellos pensamientos eran macabros. Haciendo uso de la fuerza de voluntad, los dejó de lado y permaneció sentado mientras escuchaba los leves crujidos, repiqueteos y golpecitos del interior del artesonado. ¡Ojalá se hubiera podido casar con ella! Pero no podía. Su rostro se había alzado frente a él tal y como lo había visto en las escaleras, tenso por el dolor, feo e hinchado por las lágrimas. Feo… sí, de lo más seboso. Si las lágrimas eran las armas de las mujeres, como se suele decir, aquellas armas se habían vuelto contra sí mismas… el suicidio otra vez…

De pronto se encontró considerando con atención los dos incidentes.

Ambos habían sido extraordinarios. Él no podía haberse dejado el clavo viejo sobresaliendo de la madera. De hecho, había ido a buscar las herramientas expresamente a la cocina… y estaba convencido de que el escalón que se había roto bajo el peso de la señorita Bengough era tan

firme como los demás. Era inexplicable. Si aquello era posible, cualquier cosa podía ocurrir. No había travesaño ni jamba en aquella estancia que no pudiera caerse sin avisar, ni un tablón que no pudiera ceder, ni un clavo que no pudiera convertirse en una daga. Todo el lugar estaba lleno de vida, incluso entonces. Mientras seguía sentado, oía la multitud de ruidos como si la casa hubiera sido un enorme micrófono…

Semiconsciente de ello, llevaba un buen rato identificando aquellos ruidos, atribuyendo a cada crujido, chirrido o golpecillo su causa material. Pero había un sonido que, sin ser del todo consciente de su omisión, no había buscado entender. Se había producido por última vez unos minutos atrás. Volvió a sonar: una especie de rozamiento suave que parecía contener un crujido nimio y casi imperceptible. Durante aproximadamente medio minuto, atrajo la atención de Oleron. Después, sus pesados pensamientos regresaron a Elsie Bengough.

Estaba más cerca de amarla que nunca. Pensó en que para algunos hombres, sus seres queridos lo son todavía más por aquellas marcas mortales que nos recuerdan que sólo estamos de paso en la tierra, que tenemos un destino común no muy lejano y que prácticamente no vale la pena hacer nada excepto amar lo que queda de tiempo. Llantos angustiosos, lágrimas turbias, cuerpos blanqueados por la enfermedad, mentes y corazones despiadados y endurecidos por el contacto con el mundo… ¡Qué poco amor habría si estas cosas fueran barreras para amarse! En ese sentido, sí amaba a Elsie Bengough. Lo que su felicidad nunca había provocado, casi había despertado por su dolor…

De pronto, sus meditaciones se disiparon. Su oído había vuelto a percibir aquel ruido suave y reiterativo: el rozamiento largo con el crujido casi inaudible. Venía una y otra vez, con insistencia e importancia curiosas. A medida

que él estaba más atento, se producía un poco más rápido… Oleron pensó que sonaba con más fuerza…

De pronto se irguió en la silla, escuchando en tensión. El sedoso frotamiento regresó. Oleron intentaba asociarlo a algo…

Un instante después había saltado sobre sus pies, nervioso y aterrado. La silla quedó suspendida un momento y después cayó, haciendo que los utensilios para la chimenea repiquetearan con la caída. Sólo había un ruido en el mundo como aquel que le había hecho levantarse de un salto…

Cuando volvió a sonar, Oleron tanteó con la mano el espacio vacío detrás de él, y caminó hacia atrás lentamente hasta apoyarse en la pared.

—¡Por Dios del cielo! —La exclamación se escapó de los labios de Oleron. El sonido había parado.

Después gritó con fuerza.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay allí? ¿Quién hay allí?

El sonido de un correteo hizo que sus rodillas flaquearan un instante, pero ya sabía que era un ratón. No era algo que le revolviera las entrañas y le mareara sólo de pensar en ello. Aquel otro sonido, sin comparación en el mundo, había cesado por completo… Y de nuevo volvió a preguntar.

Siguió y siguió preguntando, y entonces se apoderó de él otro terror, el terror a su propia voz. No se atrevió a volver a hablar. Su temblorosa mano buscó una cerilla en el bolsillo, pero no encontró ninguna. Pensó que habría una caja en la repisa de la chimenea…

Avanzó hacia la chimenea alrededor de un pequeño hueco sin alejarse un instante de la pared. Alcanzó la repisa con la mano y buscó a tientas. Una caja de cerillas cayó en el hogar. Podía verlas a la luz del fuego, pero su mano no pudo recogerlas hasta que no las arrinconó en el morillo.

Después se alzó y alumbró una cerilla.

La habitación estaba como siempre. Prendió una segunda cerilla. Había una vela sobre la mesa. La encendió, la llama se hundió un instante y después brilló con claridad. De nuevo Oleron miró a su alrededor.

No había nada.

No había nada, pero había habido algo, y quizá todavía seguía allí. Antes, Oleron habría sonreído ante el pensamiento fantasioso de que, por la unión y la interacción de identidades entre él mismo y su precioso lugar, podía estar preparando a un fantasma en el futuro. No se le había ocurrido *que podría haberse producido una unión, una coalescencia similar en el pasado*. Pero ahora se enfrentaba cara a cara con esta asombrosa imposibilidad. Había algo que persistía en la casa. Tenía un inquilino aparte de él mismo. Fuera persona o cosa, había horrorizado el alma de Oleron produciendo el sonido de una mujer peinándose el cabello.

VII

Sin saber cómo había llegado hasta allí, Oleron se dio cuenta de que estaba dando una zancada sobre el tablón suelto que había colocado de forma temporal encima del escalón que la señorita Bengough había roto. Descendió las escaleras sin sombrero. No fue hasta más tarde cuando volvió a su memoria que había dejado una vela encendida sobre la mesa, que había abierto la puerta lo justo para permitir el paso a su cuerpo, que había avanzado furtivamente y que la había cerrado con suavidad tras él. Al pie de las escaleras le esperaba otro susto. Algo salió corriendo de forma frenética desde los inutilizados sótanos y desapareció al cruzar el quicio. Tan sólo era un gato, pero Oleron sollozó como un niño.

Salió por la verja y permaneció un instante bajo los carteles de «Se alquila». Se tiraba irreflexivamente del labio y miraba hacia arriba, donde brillaba la luz al otro lado de las persianas rojas. Entonces, todavía mirando hacia atrás, avanzó tambaleándose plaza arriba. Había una pequeña taberna a la vuelta de la esquina. Oleron nunca había entrado, pero ahora lo hizo, y dejó caer un penique al que le faltaron varios centímetros para llegar al mostrador.

—B… b… bran… *brandy* —dijo, y entonces se detuvo a buscar el penique.

Tenía la sucia y pequeña taberna para él solo. La compañía que había —carreteros, jornaleros y pequeños comerciantes del barrio— estaban reunidos en el compartimento más alejado, más allá del espacio donde la dueña de pelo cano se movía entre grifos y botellas. Oleron se sentó en un canapé de madera dura con asiento perforado, se bebió la mitad del *brandy* y, después, tras

pensar que lo mismo le daba bebérselo que tirarlo, apuró el vaso.

Después empezó a preguntarse cuál de los hombres cuyas voces oía al otro lado de la taberna se encargaría de sacar sus cosas al día siguiente.

Mientras tanto, pidió más *brandy*.

No tenía previsto regresar a la estancia donde había dejado la vela encendida. ¡Oh, no! Ni siquiera podría enfrentarse a la entrada o a las escaleras con el peldaño roto… ni, por supuesto, a aquella habitación blanquecina y fascinante. Volvería a su situación anterior, con el estudio separado del dormitorio. Volvería de inmediato a su anterior casera… pronto… cuando acabara el *brandy*… para ver si podría alojarle esa noche. Ya tenía el vaso vacío.

Se levantó, se lo rellenaron y volvió a sentarse.

¿Y si alguien le preguntaba la razón para volver a mudarse? Oh, tenía razones de sobra… ¡De sobra! Clavos que se volvían a introducir en la madera y acuchillaban a la gente en la mano, escalones que se rompían cuando los pisaban, y mujeres que entraban en la casa de un hombre para cepillarse el pelo en la oscuridad… ¡Eran razones de sobra! Todo aquello le había dejado quejumbroso y herido. Había tomado el sitio por sí mismo, no por mujeres invisibles cepillándose el pelo dentro. También habría que decírselo al abogado de Lincoln’s Inn antes de que pasaran muchas horas. ¡Qué escándalo, dejar que la gente acepte acuerdos así!

Una mampara de cristal tallado separaba el compartimento donde Oleron estaba sentado del espacio donde se movía la dueña de pelo blanco, pero sólo cubría una parte por encima del mostrador. La barra que estaba más apartada no tenía mampara. Entonces, Oleron, alzando la vista, vio que había caras que lo miraban a través de la apertura. Las caras desaparecieron cuando él las miró.

Se apartó a una esquina donde no pudieran verle desde la otra barra, pero, al hacerlo, se puso en el campo de visión de la mujer de cabello blanco.

Ella lo conocía: sin duda, lo había visto pasar una y otra vez. Entonces hizo varios comentarios sobre el tiempo. Oleron no sabía lo que contestó, pero bastó para que la conversación continuara con la observación de que el invierno había sido malo para la gripe, pero que la primavera por fin parecía estar llegando… Incluso este ligero contacto con lo ordinario tranquilizó un poco a Oleron. Reprimió de golpe la pregunta ociosa y reciente de si la dueña se cepillaba el pelo cada noche, y, de hacerlo, si producía aquellos minúsculos crujidos eléctricos. Y Oleron se sintió mejor.

Con el siguiente vaso de *brandy* estaba listo para volver a su piso. ¿No volver? ¡Por supuesto que volvería! ¡Ya verían si se iba a marchar de su casa así! Empezó a preguntarse por qué estaba haciendo algo tan inusual como aquello, tan inusual para él: estar allí sentado, sin sombrero, bebiendo *brandy* en una taberna. Suponiendo que fuera a contárselo todo a la dueña de pelo blanco… suponiendo que le contara que una visita se había herido la mano con un clavo, que después había tenido la mala fortuna de atravesar un escalón podrido con el pie y que él mismo, en una casa llena de crujidos, ruidos y susurros, había oído un sonido minúsculo y había huido muerto de miedo… ¿qué pensaría de él? Que estaba loco, claro… ¡Bah! La verdad era que no había trabajado lo bastante como para mantenerse ocupado. ¡Había pasado los días soñando, llenándose la cabeza con un montón de tonterías sobre la nueva *Romilly* (como si la anterior no fuera lo bastante buena), y ahora se sorprendía de que el demonio hubiera entrado en una cabeza hueca!

Sí, volvería. Primero daría un paseo al aire libre —últimamente no había paseado demasiado—, después se

obligaría a volver, trabajaría en el decimosexto capítulo de *Romilly* (qué curioso, había sido lo bastante estúpido como para pensar en destruir quince capítulos) y a partir de entonces recordaría que tenía obligaciones para con sus congéneres y una tarea que hacer en el mundo. Ese era el resumen del asunto.

Terminó el *brandy* y salió.

Había caminado un trecho antes de que pensara en algo que no fuera en sí mismo. Al principio, el aire fresco aumentó el efecto embriagador del *brandy* que había bebido, pero después su mente se aclaró más de lo que había estado desde la mañana.

Y cuanto más se aclaraba, menos definitiva se volvía su jactanciosa confianza en sí mismo y más firme su convicción de que, después de hallar todas las explicaciones, quedaba todavía algo que resultaba inexplicable. Su histeria de la hora anterior había pasado. Estaba cada vez más calmado, pero la inquietante convicción permanecía. Un profundo temor le poseyó. Era temor por Elsie.

Porque algo en su casa era enemigo de su bienestar. En sí mismos, los dos accidentes no le habrían convencido de ello, pero ella misma lo había dicho: «No soy querida»… Y había afirmado que había algo malo en la casa. Ella lo había visto antes que él. Estupendo. Pero había algo que estaba claro, a saber: que de ser cierto, tenía que mantenerla alejada por una razón muy diferente de la que tanto había confundido y humillado a Oleron. Por suerte, ella había expresado su intención de mantenerse lejos. Debía cumplir esa decisión. Debía estar seguro de ello.

Y también debía estar seguro de que aquel primer impulso que había tenido, el de no volver a poner el pie en aquel lugar, era absurdo. La gente no hacía esa clase de cosas. Con Elsie a salvo, no podía, sin faltarse a sí mismo al respeto, dejar que le echara una sombra, ni siquiera un

peligro por el mero hecho de serlo. Tenía que vivir en algún lugar y viviría allí. Debía regresar.

Dominó el leve escalofrío de miedo que le sobrevino con aquella decisión y desvió de repente su paseo. Si el miedo creciera de nuevo en él, iría a tomar otro vaso de *brandy*…

Pero para cuando llegó a la calle corta que llevaba a la plaza, ya era demasiado tarde para tomarse otro. La pequeña taberna seguía iluminada, pero estaba cerrada, y dos o tres hombres estaban hablando en el bordillo. Oleron percibió que guardaron silencio, cuando él pasó, y se dio cuenta de que el narigudo de Barrett, con quien se cruzó un poco más abajo, no le devolvió las buenas noches. Giró al llegar a la verja rota, dudó apenas un instante en el callejón y después ascendió por las escaleras.

Sólo quedaba un trocito de vela en el candelabro Sheffield, y Oleron no encendió ninguna más. Se forzó expresamente a coger el candelabro y a recorrer las cinco estancias antes de acostarse. Al regresar de la cocina, vio al otro lado del pequeño vestíbulo una carta sobre el suelo. La llevó a la sala de estar y miró el sobre antes de abrirlo.

Estaba sin sellar y había sido introducido a mano a través de la puerta. La caligrafía de la carta era torpe y entre el principio y el fin no había ni puntos ni comas. Oleron leyó la primera línea, miró la firma y después terminó la carta.

Era del tal Barrett y le informaba a Oleron de que él, Barrett, estaría agradecido si el señor Oleron hiciese otras disposiciones para la preparación de su desayuno y la limpieza de su vivienda. El aguijonazo estaba al final, es decir, en la posdata. Era un pasaje bíblico. Contenía una alusión que sólo podía referirse a Elsie Bengough.

Oleron frunció el ceño como nunca lo había hecho. ¡Vaya! ¡Era eso! Muy bien; ya tratarían el tema por la mañana… En cuanto a lo demás, esta parecía sencillamente otra razón para que Elsie mantuviera las distancias.

Después su rabia reprimida se desató.

¡Menudo montón de malpensados! Ni siquiera el diablo podría haber visto lascivia en cualquier cosa que hubiera ocurrido entre Paul Oleron y Elsie Bengough; sin embargo, ese pillo entrometido debía estar fisgoneando y hablando…

Oleron arrugó el papel, lo acercó al fuego de la vela y después molió las cenizas bajo sus talones.

La carta tuvo, no obstante, cierta utilidad: había creado en Oleron una llama furibunda que en efecto disipó las tenues sombras. Sin embargo, todavía quedaba una circunstancia desconcertante para terminar la jornada. Mientras se desvestía, echó un vistazo a su cama. Las colchas estaban arrugadas, como si alguien hubiera estado tumbado encima. Oleron no recordaba haberse echado durante el día… En principio, habría dicho que por supuesto que no, pero después de todo lo ocurrido, no podía estar seguro. Su indignación por Elsie, y probablemente bajo los efectos de los residuos de *brandy* que quedaban en su interior, excluía cualquier otra consideración. Apagó la vela, se tumbó y se quedó dormido al instante, aunque no soñó. En ausencia de la llamada matutina de la señora Barrett, su sueño duró casi hasta mediodía.

VIII

Para el hombre que presta atención a la voz en su interior que le avisa de que el crepúsculo y el peligro se ciernen sobre su alma, el terror puede parecer algo absoluto contra lo que hay que proteger inmediatamente el corazón a no ser que se vaya a producir una alteración total del alcance y la escala de su naturaleza. Por suerte, no suele tener que ir lejos en busca de protección. Toma las cosas inmediatas, pequeñas, comunes y momentáneas de la vida, los usos, las obligaciones, los modos y las convenciones, y crea con todo ello fortificaciones contra los poderes de la oscuridad. Incluso se satisface cuando, además del terror, la alegría ocupa también la categoría de las cosas absolutas para fines pragmáticos. Y la última traición que cometerá será la de romper los términos y los límites que agreden, no a un hombre, sino al bien de todas las almas.

Oleron había empezado a cometer esta traición en su propia persona. Había empezado a hacerlo al admitir lo inexplicable y lo horrible con creciente familiaridad. Lo hizo inconsciente e irreflexivamente, mediante un abandono de las cosas que, según consideraba entonces, Elsie Bengough había tenido la impertinencia de prescribir. Dos meses atrás, las palabras «casa encantada» aplicadas a aquella vivienda hermosa y desconcertante le habrían helado la médula. Ahora que su escala sensitiva se había deprimido, habría preguntado: «¿encantada por qué?», y no habría sido consciente de que el terror, de poder demostrarse que es relativo —y por mucho menos que eso—, pierde su cualidad intrínseca. Estaba dejando a un lado los puntos de referencia. Las brumas y la confusión habían empezado a envolverlo.

Y de lo que en realidad era consciente era de una curiosidad voraz. Lo que de verdad quería era saber. Estaba decidido a saber. Sólo el conocimiento podría satisfacerle, y buscaba con diligencia el modo de conseguirlo.

Podría haberse ahorrado el trabajo. El problema era el más fácil que podía imaginar. Anteriormente, cuando escribía, había experimentado momentos en los que sus pensamientos parecían alzarse por sí mismos y encarnarse en palabras que no podían ser modificadas después. De ese modo, las preguntas que se hacía parecían encontrar respuesta incluso en el momento de su formulación. El proceso rápido y fácil producía excitación. No había sentido tanta alegría desde la época en la que la escritura le había proporcionado frescura y deleite diarios. Era casi como si algo le estuviese dictando el rumbo que debía tomar.

Y lo primero que debía hacer, por supuesto, era definir el problema. Lo hizo en términos matemáticos. Asumió que no estaba solo en aquel lugar; asumió que la vieja casa había atraído y comprometido su espíritu; asumió que, por virtud del común denominador del lugar, el inquilino desconocido tenía cierta relación con él mismo. ¿Y después qué? Claramente había que determinar la naturaleza del otro numerador.

¿Y cómo? Por lo general no habría parecido sencillo, pero Oleron lo tenía clarísimo. La solución, por supuesto, estaba en su novela a medio escribir, o, más bien, en las dos *Romillys*, la vieja versión y la nueva propuesta.

Poco antes, Oleron se habría considerado a sí mismo fuera de sus cabales por acoger una opinión así. Ahora aceptaba esta hipótesis vertiginosa sin siquiera estremecerse.

Empezó a examinar a la primera y la segunda *Romillys*.

Desde que empezó a hacer esto, el asunto avanzó a toda prisa. No tardó en revisar la historia de la *Romilly* de los

quince capítulos. Ahora recordaba con claridad que la había encontrado insuficiente desde la primera mañana de trabajo en su nueva vivienda. Surgieron otros ejemplos de su aversión, lo cual confirmaba su oscura investigación. Después llegó la noche en la que estuvo a punto de tirarlo todo al fuego. Y al día siguiente fue cuando empezó a planear la nueva *Romilly*. Aquella mañana la señora Barrett le oyó tararear la breve melodía que el goteo del grifo le había sugerido la noche anterior. La vecina dijo que lo que estaba tarareando era una canción desconocida para él llamada *La bella que saluda*.

¡La bella que saluda!

Prosiguió tras una mínima pausa mental.

La primera *Romilly* había sido descartada completamente y la nueva se había amarrado a él al instante, reclamando nacer en su cerebro. Echando la vista atrás, ahora se daba cuenta de que había habido una especie de pasión muy cercana al odio en la sustitución, y que, en más de una ocasión, un pensamiento peregrino dirigido a la creación descartada (resultaba extraordinario lo creíble que le parecía a Oleron esta idea casi impensable) había ofendido a la sustituta.

Pero que esa malignidad casi homicida se extendiera al desdichado prototipo mortal de su ficción…

A pesar de haberse acostumbrado a una escala en la que lo horrible se convertía en algo susceptible de ser manoseado y toqueteado, a Oleron se le escapó un «¡Por Dios!».

Esta intrusión del prototipo de la primera *Romilly* en su mente fue un factor que de momento terminaría con su indagación sobre la naturaleza de su problema. Sólo pensar en Elsie resultaba fatal para cualquier cosa abstracta. Por alguna razón, todavía no lograba pensar en la carta de Barrett ni en la pequeña escena que sucedió poco después

sin ruborizarse y fruncir de pronto el ceño. Porque, con o sin razón, tuvo esa discusión inmediatamente. A la mañana siguiente, dando zancadas a través de la plaza, se enfrentó a Barrett en el umbral de su propia casa. Al regresar, pocos minutos después, estaba convencido de que sólo había empeorado las cosas. El hombre había sido la vaguedad en persona. No se dejó desafiar o intimidar más allá de un indeterminado fárrago en el que se repitieron en murmullos palabras como «Algunas cosas… la señora Barrett… casa respetable… a quien le sirva el sombrero… actos que serían innombrables».

—No estoy haciendo acusaciones —concluyó el narigudo.

—¡Acusaciones! —exclamó Oleron.

—Yo tengo mi idea de las cosas, igual que sin duda usted tendrá la suya…

—¡Ideas… mías! —gritó Oleron colérico, bajando inmediatamente la voz al ver que en las ventanas de la plaza asomaban cabezas—. Mire, señor, tiene usted una mente enfermiza, y eso no tiene remedio, pero su lengua sí lo tiene y lo tendrá. Si repite una sola palabra de esto…

—A mí no me habla nadie así en la puerta de mi casa —el rostro de Barrett se había encendido.

—Sí, lo estoy haciendo yo.

—No olvide que, en palabras de Dios, que está por encima de todo…

—Es usted un chismoso de lo más rastrero…

Y así siguió mal algo que ya había empezado mal. Oleron volvió rabioso a su propia casa, y desde entonces, al mirar por la ventana, veía el rostro de Barrett en momentos extraños: al subir las persianas o al asomarse entre las cortinas, como si intentara poseer Dios sabe qué pruebas, en caso de que le fueran requeridas.

El desafortunado suceso provocó ciertos cambios menores en los arreglos domésticos de Oleron. Supuso que

Barrett ya había estado hablando. Los vecinos de la plaza lo miraban con desconfianza. Pensó que hasta que pudiera obtener otras ayudas sería mejor ir a comprar provisiones en lugares más alejados en vez de las pequeñas tiendas del barrio. Para todo lo demás, cuidar de la casa no era algo nuevo para él, así que retomaría sus viejos hábitos de soltero…

Por otro lado estaba inmerso en ciertas investigaciones algo abstrusas para las que era mejor que no lo molestaran.

Un mediodía, mientras miraba por la ventana, bastante cansado y no demasiado bien, contento de que probablemente no tuviera que salir fuera de casa, vio a Elsie Bengough cruzando la plaza hacia allí. El tiempo había empeorado: hacía un día crudo y ventoso, y la señorita Bengough tuvo que abrirse paso contra el viento, que hacía bailar los amplios faldones alrededor de su opulenta figura y hacía girar y fluir su velo tras ella.

Oleron actuó rápida e instintivamente. Agarró su sombrero, saltó hacia la puerta y descendió las escaleras corriendo. Le había poseído una especie de pánico. Tenía que evitar que pusiera el pie en su casa. Mientras corría por el callejón, se percató de que sus ojos se alzaban hacia los aleros como si algo los atrajera. No sabía si una teja iba a caerse por accidente…

La encontró en la verja y habló con sorprendente locuacidad.

—¡Qué mala suerte, Elsie! ¡Tengo que marcharme con cierta urgencia! Me temo que no puedo hacer nada y que pensarás que soy una bestia poco hospitalaria.

Lo dijo todo tal y como le venía a la cabeza.

Ella le preguntó si iba a la ciudad.

—Sí, sí… a la ciudad —respondió él—. Tengo que ir a ver a… a Chambers. Conoces a Chambers, ¿verdad? No, ahora recuerdo que no; es un hombre grande con el que me viste

una vez… Tenía que haber ido ayer, y… —Para Oleron esto fue una ocurrencia brillante— se va de la ciudad esta tarde. A Brighton. He recibido carta de él esta mañana.

La tomó del brazo y la llevó plaza arriba. Ella tuvo que recordarle que la ciudad estaba en la dirección opuesta.

—Por supuesto… ¡qué tonto soy! —dijo Oleron con una carcajada sonora—. Estoy tan acostumbrado a ir contigo en esa dirección… El autobús está por allí. ¿Vienes conmigo? Siento muchísimo que todo esté saliendo así…

Tomaron la calle hacia la parada de autobús.

Esta vez Elsie no parecía haber pasado por luchas interiores.

Si la mujer había detectado algo inusual en sus formas, no dijo nada, y Oleron, al verla tranquila, empezó a hablar con menos descuido entre los silencios. Cuando llegaron a la parada, nadie habría imaginado, viendo al hombre pálido sin abrigo y a la mujer grande de amplios faldones, que uno de ellos habría podido ponerse de rodillas para agradecer que había salvado al otro, según pensaba, de un peligro absolutamente impensable.

Subieron al autobús. Oleron insistía en que no echaría de menos el abrigo, que aquel día hacía, en todo caso, un calor opresivo. Se instalaron en unos asientos delanteros.

Ahora que se veía forzado a aquel encuentro, tenía que decir algo que exigía mucho tacto. Había permanecido en su mente bastante tiempo, y era, de hecho, especialmente difícil de decir. Le dio vueltas durante unos minutos, y después, al recordar el éxito de la historia de la repentina visita en la ciudad, decidió no complicarse y mentir de nuevo.

—Estoy pensando marcharme una temporada, Elsie —dijo.

Ella se limitó a decir:

—¿Y eso?

—Para cambiar de aires. Necesito un cambio. Creo que me marcharé mañana o pasado. Sí, creo que mañana.

—Sí —replicó ella.

—No estoy seguro de cuánto tiempo estaré fuera —prosiguió él—. Ya te avisaré cuando vuelva.

—Sí, avísame —dijo ella con tono regular.

El tono era, en ella, tan regular que resultaba sospechoso. Esto le incomodó a Oleron un poco.

—Ni siquiera me preguntas a dónde voy —exclamó en un pequeño y difícil esfuerzo por animarla.

Ella miraba hacia delante, más allá del conductor del autobús.

—Ya lo sé —dijo ella.

Él estaba asombrado.

—¿Cómo? ¿Ya lo sabes?

—No vas a ninguna parte —respondió ella.

Oleron no sabía qué decir. Pasó en torno a un minuto antes de que ella prosiguiera con la misma voz controlada que había utilizado desde el principio.

—No vas a ninguna parte. No ibas a salir esta mañana. Sólo has salido porque he aparecido yo. No te comportes como si no nos conociésemos, Paul.

Las mejillas de Oleron se sonrojaron. Se fijó en que el viento le había dado a la señorita Bengough el color rosado del ruibarbo temprano. Todavía no sabía qué decir.

—Por supuesto, deberías irte —prosiguió ella—. No sé si te miras a menudo en el espejo, pero llamas la atención. Varias personas se han girado para mirarte esta mañana. Así que, por supuesto, deberías irte. Pero no lo harás, y yo sé por qué.

Oleron se estremeció, tosió un poco y después rompió el silencio.

—Entonces, si lo sabes, no sirve de nada seguir discutiendo —dijo con tono seco.

—Quizá para mí no, pero para ti sí sirve —repuso ella—. ¿Quieres que te cuente lo que sé?

—No —dijo con un tono de voz más elevado.

—¿No? —preguntó ella, mirándole seriamente con aquellos ojos redondos.

—No.

De nuevo estaba perdiendo la paciencia con ella; de nuevo era consciente de la tensión. Su devoción, fidelidad y amor le incomodaban; lo único que ella conseguía era humillarlos a los dos. Habría sido bastante malo que él, ya fuera por palabra u obra, le hubiera dado alguna vez razón para que sintiera este tipo de apego hacia él… Pero no; aquello era lo peor de esa forma de vida para una mujer. Las mujeres como ella, mujeres de negocios, que entraban y salían de oficinas constantemente, lo supieran o no, siempre ocultaban algo tras la amistad. Aceptaban su situación poco convencional, iban y venían con libertad, igual que los hombres, y estos las valoraban con honestidad según sus mismos valores… y luego resultaba que, después de todo, eran diferentes y acababan enamorándose. ¡Era normal que hubiera chismes en las tiendas, plazas y tabernas! En cierto modo, los chismosos tenían razón. Independientes, pero no eficientes; privadas de algunas gracias femeninas, pero con todo el hambre y toda la necesidad de la mujer; mitad sofisticadas, pero no sabias. Oleron estaba cansado de todo aquello…

Y ya era hora de decírselo.

—Supongo… —dijo tembloroso, dirigiendo la mirada entre las rodillas— supongo que el verdadero problema está en la vida que deben llevar las mujeres que trabajan.

No podría saber en qué sentido ella había interpretado aquella lamentable generalidad. Se limitó a contestar:

—Supongo que sí.

—No tiene remedio —prosiguió él—, pero sacrificáis mucho.

Ella coincidió con él: mucho. Y después de un rato añadió:

—¿El qué, por ejemplo?

—Puede que consigáis una posición social nueva, pero la que ocupáis ahora es falsa.

Era bastante probable, dijo ella. Añadió que no había pensado en ello desde aquella perspectiva…

—Y —continuó él desesperado— estáis condenadas a sufrir. Vuestros actos más inocentes son malinterpretados. Se os atribuyen razones que nunca habríais imaginado, y al final todo se reduce a… —Dudó un instante y después se aventuró— la mirada de refilón, la mirada lasciva.

Ella se tomó aquel mensaje con toda tranquilidad. Apenas se estremeció un poco al pronunciar aquel nombre:

—¿Barrett?

El silencio de Oleron le dijo el resto.

Si había algo más que decir, tenía que venir de ella. Llegó cuando el autobús se detuvo en una parada y varios pasajeros nuevos subieron las escaleras.

—Deberías bajarte aquí y dar la vuelta, Paul —dijo ella—. Lo entiendo a la perfección… a la perfección. No es por Barrett. Tú podrías haberte encargado de él. Sencillamente te viene bien decir que es por Barrett. Ya sé lo que es… Pero me has pedido que no te hable de ello. Muy bien. Antes de que te vayas, deja que te diga por qué he ido a verte esta mañana.

Con un tono desganado le preguntó el porqué. De nuevo ella miró al frente mientras respondía:

—Quería pedirte que pusieras las cartas sobre la mesa. Las cosas no podían seguir como hasta ahora, ya lo sabes. Y ahora todo se ha terminado.

—Se ha terminado —repitió él estúpidamente.

—Se ha terminado. Quiero que te consideres, en lo que a mí respecta, totalmente libre. Sólo tengo una reserva.

Él apenas tenía fuerza para preguntarle de qué se trataba.

—Si yo te necesito a ti —dijo ella—, por favor ni te lo pienses; no es nada. No me acercaré para algo así. Pero —bajó la voz— si tú me necesitas a mí, Paul… y sabré si es así, y será así… entonces vendré, cueste lo que cueste. ¿Me entiendes?

Él sólo pudo gemir.

—Pues está claro —concluyó ella—. Creo que eso es todo. Ahora vete. Te recomiendo que vuelvas caminando, estás tiritando. Adiós…

Ella le dio un frío apretón de manos y él se bajó. Se giró en el bordillo mientras el autobús se ponía en marcha. Por primera vez desde que la conocía, se había despedido de él sin una sonrisa ni con un gesto de adiós con el brazo.

IX

Permaneció en el bordillo, hundido en la miseria, mirando hacia ella mientras estuvo visible, pero en cuanto desapareció, sintió que aquel peso que colgaba de su alma se aligeraba. Ella le había dado libertad, cierto, y aunque de algún modo nunca la había perdido, aquel no era momento de buscarle tres pies al gato. Era libre y todo parecía claro frente a él. Su sensación de ligereza creció rápidamente: se convirtió en un regocijo positivo por su libertad, y cuando aún le quedaba algo más de medio camino para llegar a casa, decidió lo que haría a continuación.

El sacerdote del distrito en el que se encontraba su casa vivía a diez minutos de la plaza. Oleron dirigió sus pasos hacia allí. Era necesario que recabara toda la información posible de la vieja propiedad con los emblemas de seguros y los carteles inclinados de «Se alquila». El sacerdote era la persona que tenía más posibilidades de proporcionársela. Sólo quedaba quitarse de en medio un preliminar más y… ¡ajá! Oleron se rio entre dientes… ¡seguro que pasaría algo!

Pero consiguió menos información de la que esperaba. La casa, explicó el sacerdote, era vieja —pero Oleron no necesitaba un sacerdote para saber eso—. Se decía (Oleron prestó especial atención) que estaba encantada, pero había pocas casas sobre las que no circularan rumores de ese tipo entre los ignorantes, y la deplorable falta de fe en el mundo moderno, reflexionó el sacerdote, no ayudaba a desmentir tales supersticiones. En cuanto a lo demás, sus reconfortantes modales eran los de alguien que prefiere no hacer afirmaciones sin saber cómo se las tomará su interlocutor. Oleron sonrió cuando se percató de ello.

—Podemos dejar de lado mis susceptibilidades —dijo—. ¿Cuánto tiempo lleva la casa vacía?

—Yo diría que una docena de años —contestó el sacerdote.

—¿Y llegó a conocer a su inquilino… o inquilina? —Oleron fue consciente de un hormigueo en sus nervios en cuanto ofreció al sacerdote la alternativa del género.

—Inquilino —dijo el sacerdote—. Era un hombre. Si no recuerdo mal, se llamaba Madley y era un artista. Era un verdadero ermitaño; casi nunca salía de su hogar, y… —El sacerdote dudó y después prosiguió con entusiasmo y sinceridad— y puesto que usted ha venido en busca de esta información, y puesto que es mejor decir la verdad que permitir que ronde por ahí una versión incoherente, no me importa decirle que el tal Madley murió allí en extrañas circunstancias. Se determinó durante la autopsia que no había partícula alguna de alimento en su estómago, aunque resultó que no le faltaba dinero. Su cuerpo estaba sencillamente desgastado. Se habló de suicidio, pero estará de acuerdo en que la inanición deliberada es, como poco, una forma inusual de suicidio. El examen no fue concluyente.

—¡Ah! —dijo Oleron—. ¿Y existe alguna historia completa del distrito?

—No, sólo algunas parciales. Yo mismo soy culpable de no haber hecho más que meras anotaciones de historia eclesiástica, registros y ese tipo de cosas, que estaré encantado de mostrarle si le interesan; pero es un distrito grande, sólo tengo un coadjutor y mi ocio, como sin duda comprenderá…

La extensión del distrito y la falta de ocio del sacerdote ocuparon el resto de la entrevista, y Oleron le dio las gracias, se marchó y anduvo lentamente hacia su casa.

Caminaba despacio por una razón, y en dos ocasiones se alejó de la casa estando a tiro de piedra de la verja para alargar el paseo otros veinte minutos. Por delante tenía un trabajo muy delicado que requería la mayor concentración mental, nada menos que poner su mente, si podía, en un estado de despreocupación y receptividad para lograr ver su casa como la había visto aquella mañana en la que, terminada la mudanza, se había sentado a empezar el decimosexto capítulo de la primera *Romilly*.

Porque, si entonces lograba recrear aquella primera impresión, sacaría mucho más de ella. Antes había arrastrado un sinfín de cargas mentales. Hasta que la influencia de la casa averiguó algo de él, había tenido que superar la inercia de aquellos sombríos capítulos. No hubo ningún resultado visible. El proceso había sido el de la saturación lenta, cargante, hasta rebosar. Pero ahora se sentía ligero, descargado, libre tanto de aquella *Romilly* como de su prototipo. ¡Y ahora, a por la nueva desconocida, tímida, celosa y encantadora bella que saluda!

A las dos y media de la tarde introdujo la llave en la cerradura de cilindro, entró y cerró la puerta tras de sí.

Su fantástica tentativa tuvo un éxito sorprendente. Podría haber gritado triunfante al entrar en la vivienda; era como si se hubiera escapado en su interior. De nuevo, como durante los días en los que escribir le proporcionaba la frescura diaria, el asombro y la esperanza, fue consciente de la nueva tranquilidad, el control, la euforia y la liberación. El aire del hogar parecía tener más oxígeno, como si su propia gravedad específica hubiera cambiado, sus pasos resultaban menos ponderables. Las flores en los jarrones, las hermosas proporciones de los paneles, las molduras de color filipéndula, el suelo reluciente y el techo elevado y ligeramente estrellado rieron con suavidad a modo de bienvenida. Oleron se rio también y habló con fuerza.

—¡Eres muy, muy bonita! —aduló.

Después se tendió en el diván.

Pasó la tarde como lo habría hecho un convaleciente que espera a un visitante querido: con una libertad deliciosa, sonriendo de vez en cuando como en sueños, lanzando miradas adormiladas y satisfechas a su atractivo alrededor. Permaneció de este modo hasta que llegó la oscuridad, y con la oscuridad, los ruidos nocturnos de la vieja casa…

Pero si esperaba cualquier acontecimiento específico, esperaba en vano.

También esperó en vano al día siguiente, manteniendo, con menos facilidad, aquella condición de plancha fotosensible en su mente. Nada ocurrió que produjera una impresión. Fuera lo que fuese lo que estaba esperando con tanta paciencia, parecía tímido y exigente.

Después, al tercer día, creyó comprender. Una mirada ligeramente graciosa y astuta surgió en su rostro y se rio entre dientes.

—¡Vaya, vaya! Bueno, si el viento sopla en esa estancia, habrá que ver qué otras cosas se pueden hacer. Entonces, ¿ahora qué? No, no llamaré a Elsie; no hace falta usar una rueda para acabar con una mariposa, no iremos tan lejos, querida mariposa…

Estaba de pie, cavilando con el pulgar en la barbilla afeitada, mirando de soslayo. De pronto, se dirigió a la entrada, descolgó el sombrero y salió.

—Mi señora es coqueta, ¿verdad? Bueno, veamos qué puede hacer un poco de abandono —dijo entre risas mientras descendía las escaleras.

Se encaminó a una estación, subió a un tren y pasó el resto del día en el campo. Oh, sí: Oleron pensaba que él era el hombre adecuado para encargarse de bellas que saludaban, que invitaban y después se refugiaban en la timidez y la introversión.

No regresó hasta pasadas las once de la noche.

—¡Ahora veremos, bella que saluda! —murmuró al recorrer el callejón y buscar las llaves en el bolsillo.

Dentro del piso mantuvo la compostura perfecta, la prudencia perfecta, el cuidado excesivo de no delatarse. Como para sugerir que se retiraría inmediatamente, alumbró una sola vela, y al empezar su ronda nocturna fingió un bostezo. Primero fue a la cocina. Había luna llena, y un rombo de luz de luna, casi tan azul como un pavo real en contraste con el marco de la luz de la vela, yacía en el suelo. La cortina de la ventana estaba recogida, y Oleron podía ver el reflejo de la vela y, algo más borroso, su propio rostro al moverse por la cocina. La puerta del receptáculo donde se empolvaban las pelucas estaba entreabierta, y la cerró antes de sentarse para quitarse las botas en la silla sobre la que, a modo de cojín, reposaba la bolsa doblada del arpa. De la cocina fue al servicio. Allí, otro torrente de luz de luna sesgaba el alféizar y yacía sobre las tuberías de la pared. Visitó el estudio que casi nunca usaba, y permaneció un momento mirando los argénteos tejados al otro lado de la plaza. Entonces, atravesando en línea recta la sala de estar, sin hacer ruido gracias a los calcetines, entró en su dormitorio y colocó la vela sobre la cómoda. Todo ese tiempo, su rostro no mostraba expresión alguna aparte de cansancio. Nunca se había sentido más astuto o más alerta.

La pequeña chimenea del dormitorio estaba frente a la cómoda sobre la que se alzaba el espejo, y su cama y la ventana ocupaban los otros extremos de la estancia. Oleron bajó la persiana, se quitó el abrigo y entonces se detuvo para coger sus pantuflas de debajo de la cama.

No podía argumentar aquella convicción, pero en ningún momento dudó que la manifestación que durante dos días se había contenido estuviera cerca. Ni tampoco tenía miedo, aunque desconociera la forma que pudiera tomar. Por

increíble que resultara, estaba preparado, aunque eso era todo; su escala sensitiva se había deprimido. Su mano se movía de un lado a otro debajo de la cama en busca de sus zapatillas…

A pesar del cuidado, el método y la preparación, su corazón dio un brinco repentino y luego se pausó de forma casi horrible. Había encontrado las pantuflas con la mano, pero seguía de rodillas; si no fuera por esta circunstancia, se habría caído. La cama era baja. La búsqueda a tientas explicaba que hubiera girado la cabeza hacia un lado, y tuyo cuidado de mantener la postura hasta que poder recuperar cierto control de sí mismo. Cuando al fin se alzó, había una gota de sangre en su labio inferior, justo donde había presionado con los dientes, y el reloj se le había salido del bolsillo del chaleco y colgaba del extremo de la correa de cuero…

Entonces, antes de que la oscilación del reloj cesara, volvió en sí.

En medio de la repisa de la chimenea había una fotografía: un retrato de su abuela. Se colocó frente a la imagen de tal forma que pudiera ver en su superficie de cristal la llama de la vela que ardía detrás, sobre la cómoda. En el cristal de la fotografía podía ver también pequeños destellos de luz de los biseles y las facetas de los objetos alrededor del espejo y la vela. Pero vio algo más. Aquellos resplandores, reflejos y destellos no cambiaban de posición, aunque había un brillo que sí se movía. Era más débil que los otros y se desplazaba en el aire de arriba abajo. Era el resplandor de la vela sobre el peine de vulcanita negra de Oleron, y aquel descenso iba acompañado por un sonido sedoso y crepitante.

Al ver lo que ocurría sobre el cristal del retrato de su abuela, Oleron siguió con su papel. Palpó en busca de su reloj y empezó a darle cuerda despacio. Después, dejando

de mirar un instante, empezó a vaciar los bolsillos del pantalón y a alinear de forma metódica sobre la repisa de la chimenea los peniques y medios peniques que había sacado. El ruido del frotamiento mínimo y eléctrico llenó todo el dormitorio, y si Oleron hubiera alterado su punto de observación habría llevado el leve resplandor del peine en movimiento a una posición en la que casi habría bordeado la cabeza de su abuela.

Si estaba bordeando otra cabeza, esta era invisible.

Oleron terminó de vaciar sus bolsillos. Después, ocultándose tras otro bostezo simulado, no tanto por invocar su resolución sino más bien dominado por una curiosidad exorbitante, se volvió repentinamente. Lo que se estaba peinando seguía siendo invisible, pero el peine no se detuvo. Había cambiado el ángulo un poco y se había desplazado a la izquierda. Cepillaba de forma bastante regular desde algo más de metro y medio sobre el suelo en dirección casi vertical hasta otro punto unos centímetros por debajo de la superficie de la cómoda.

Oleron siguió ocultando su admiración. Caminó hasta el pequeño palanganero de la esquina, vertió agua y empezó a lavarse las manos. Se quitó el chaleco y siguió sus preparaciones antes de acostarse. El peine no se detuvo, y Oleron permaneció un rato pensando. De nuevo sus ojos centellearon. Lo siguiente fue muy ingenioso…

—¡Hum! Creo que voy a leer un cuarto de hora —dijo en voz alta.

Salió del dormitorio.

Estuvo fuera un par de minutos. Cuando regresó a la alcoba, todo estaba en silencio. Miró la cómoda. El peine yacía inmóvil entre el cuello que se había quitado y un par de guantes. Sin dudarlo, Oleron alargó la mano y lo recogió. Era un peine corriente de dieciocho peniques que había comprado con una tarjeta en una botica. Estaba hecho de

una sustancia con gravedad específica definida, tan incapaz de rebelarse contra las Leyes por las que existía como los mundos que mantenían sus órbitas en el vacío. Oleron lo colocó de nuevo y después miró al montón de papeles que sostenía en la mano. Lo que había ido a buscar eran los quince capítulos de la *Romilly* original.

—¡Hum! —musitó al tirar el manuscrito en una silla—. Lo que yo pensaba… Es una celosa ciega, rabiosa y mortal.

La noche siguiente, y la de después, y durante muchas noches y días, tantos que empezó a perder la cuenta, Oleron estuvo cortejando, adulando, desatendiendo, amenazando, suplicando, devorado por la curiosidad insatisfecha y sin preocuparse por el hecho de que su vida se estuviera consumiendo por la pasión y un deseo incontenible, prosiguió con su búsqueda de la inquilina desconocida de su morada.

X

Con el paso del tiempo, pocos, aparte del cartero, subían por las escaleras de Oleron. Y puesto que los hombres que no escriben cartas reciben pocas, incluso el paso del cartero se volvió tan infrecuente que no se oía más de una o dos veces por semana. Llegó una carta de los editores de Oleron preguntando cuándo recibirían el manuscrito de su nuevo libro. Él retrasó la respuesta unos días, y al final olvidó hacerlo. Llegó una segunda carta, a la que tampoco respondió. No recibió una tercera.

El clima se estaba volviendo más luminoso y cálido. Los setos de alheña que crecían junto a los carteles con forma de hacha florecieron, y en las calles donde Oleron compraba, las cestas de las vendedoras de flores se alineaban en el bordillo de la acera. Oleron adquiría flores a diario. Su casa pedía flores frescas que había que renovar, y él no escatimaba en sus demandas.

Sin embargo, la necesidad de salir a comprarlas empezó a irritarlo cada vez más, y con más y más alivio regresaba a su casa. Tomó conciencia de que su escala de sensaciones había vuelto a sufrir un cambio sutil… un cambio que no supuso el regreso a su capacidad inicial, sino una extensión y ampliación que volvió a incluir el terror. Lo admitía de una forma del todo novedosa. *Lux Orco, tenebrae Jovi*.[73] El nombre de este terror era agorafobia. Oleron había empezado a temer el aire y el espacio y el horror que podría sobrevenir por la espalda.

No tardó en acordar que la comida y las flores le fueran entregadas a diario en casa. Se frotó las manos cuando dio con esta conveniencia. ¡Mucho mejor! Ahora podía deleitarse saliera de casa o no…

Pronto se confirmó su elección. Disfrutaba permaneciendo encerrado.

Pero no era feliz… o, si lo era, su felicidad dio un giro extraordinario. Se sentía inquieto y descontento, y en ocasiones llegaba a llorar por pura debilidad y miseria; y, sin embargo, era vagamente consciente de que no cambiaría su tristeza por toda la ruidosa alegría del mundo exterior. Y hablando de ruido: el ruido, mucho ruido, empezó a producirle el más agudo malestar. Era casi más difícil de soportar que aquel nuevo temor que le mantenía, durante las cada vez menos frecuentes ocasiones en las que salía, deslizándose junto a las paredes y palpando los amables enrejados con la mano. Avanzaba de habitación en habitación con suavidad, en pantuflas, y algunas veces permanecía muchos segundos cerrando la puerta con sumo cuidado para que ningún ruido rompiera la quietud que era un placer en sí misma. El domingo se había convertido en un día intolerable para él, ya que, desde que había llegado el buen tiempo, varios miembros de la secta a la que pertenecía el narigudo de Barrett habían empezado a reunirse en la plaza bajo sus ventanas ese día. Acudían con un enorme tambor y grandes instrumentos de viento; hombres y mujeres alzaban angustiadas voces para suplicar a su Dios; y Barrett en persona, con la cabeza alta, los ojos cerrados y el ceño fruncido, rezaba para que el sonido de su garganta penetrara los oídos de todos los infieles… como sin duda le ocurría a Oleron. Un día, en medio de una de estas rapsodias, Oleron corrió hasta la persiana, la bajó y, al hacerlo, oyó su propio nombre siendo objeto de un torrente de reproches.

Y algunas veces, pero no como si esperara una respuesta, Oleron permanecía inmóvil y hablaba suavemente. Una o dos veces dijo «¡Romilly!», y después esperó. Pero sus susurros casi nunca tomaban la forma de un nombre.

En su morada, había un lugar en concreto que empezó a obsesionarle con creciente persistencia. Era justo al abrir la puerta de su dormitorio. Un día, tras abrir todas las puertas de su vivienda (siempre exceptuando la de fuera, que sólo abría con desgana), había descubierto que si se colocaba en aquel punto, veía en mayor o menor medida sus cinco estancias sin tener que cambiar de posición. Veía toda la sala de estar, todo el dormitorio —excepto la parte oculta por la puerta abierta—, parte de la cocina, el baño y el estudio que rara vez usaba. A menudo permanecía en ese lugar sin aliento y con un dedo en el labio. Un día, mientras estaba allí, se preguntó de pronto si Madley, de quien le había hablado el sacerdote, habría descubierto la importancia estratégica de la entrada del dormitorio.

Por otro lado, la luz le producía por entonces mayor inquietud que la oscuridad. Los rayos del sol, que en su periplo diario alrededor de la casa entraban en abundancia en cada habitación, provocaban una especie de llamarada en su cerebro. Incluso la luz difusa era un dolor ligero y paralizante. A diversas horas del día, empezó a bajar, una tras otra, las persianas carmesíes. Realizaba excursiones cortas y osadas para hacer aquello, pero siempre procuraba dejar abierto el camino de vuelta, por si, de repente, necesitaba volver. Con el tiempo, bajar las persianas se convirtió en un ejercicio metódico diario, y sus estancias, cuando terminaba su ronda, tenían una media iluminación de color sangriento similar a la sala oscura de un fotógrafo.

Un día, mientras bajaba las persianas de su pequeño estudio y se retiraba ordenadamente de la habitación, lanzó una suave carcajada.

—¡Esto decepcionará al señor Barrett! —dijo, y el desconcierto de Barrett siguió proporcionándole júbilo durante una hora.

Pero otro día, poco después, un susto le dejó temblando también durante una hora. Acababa de agarrar la cuerda para cubrir la ventana sobre el asiento donde había encontrado la funda para el arpa cuando creyó ver la cola de una falda de cuadros blancos y negros desaparecer a la vuelta de la esquina de la casa. No había forma de saberlo —aunque hubiera corrido a la ventana de la otra pared, que estaba cubierta, la falda ya se habría ido—, pero estaba casi seguro de que se trataba de Elsie. Esperó oír sus pasos en las escaleras en un agónico suspense…

Pero no sonó ningún paso, y después de tres o cuatro minutos respiró profundamente de alivio.

—¡Por Júpiter, me habría comprometido de un modo horrible! —murmuró.

Y siguió murmurando de vez en cuando:

—Comprometido de un modo horrible… ninguna mujer aguantaría… ningún tipo de mujer… ¡Oh, me habría comprometido en extremo!

Pero no era feliz. No podía identificar la causa de los ataques de silencioso llanto que sufría algunas veces; iban y venían, como la adecuada iluminación de las nubes que viajaban sobre la plaza. Quizá, después de todo, aunque no fuera feliz, tampoco era infeliz. Antes le habría hecho infeliz que le quitaran algo, pero nada se le había arrebatado todavía puesto que nada le había sido concedido. Seguía esperando aquella concesión en esa casa cargada de flores y terriblemente atractiva cuyas pálidas paredes estaban teñidas y atenuadas por las persianas carmesíes y su brillo sanguinolento.

No le preocupaba que su reserva de dinero hubiera alcanzado un nivel peligrosamente bajo, ni que hubiera dejado de trabajar. ¿Dejado de trabajar? No había dejado de trabajar. ¡Quienes suponían que Oleron había dejado de trabajar no sabían nada! Ahora era, en realidad, cuando

había empezado su labor. Estaba preparando tal obra… tal obra… con su Arte estaba gestando una Señora tan sublime… si conseguía superar aquel periodo de prueba y aquella aguda espera, ya verían los hombres… ¿Cómo iban los hombres a conocer a esta Bella de Oleron antes de que Oleron mismo la conociera? Las creaciones radiantes y hermosas no se dejan caer como un hola-qué-tal. Los hombres a quienes se les confía su paternidad deben llorar lágrimas miserables, como hacía Oleron, deben hincharse con esperanzas vanas y presuntuosas, como hacía Oleron, deben perseguir, como perseguía Oleron, al caprichoso, claro, burlón, escurridizo y ardiente Espíritu que, siempre esquivo, procura que la persecución no se relaje nunca. Si Oleron pudiese seguir cazando un poco más a aquella Cazadora… la tendría brillando y jadeando en sus brazos… Oh, no: ¡quienes pensaban que había dejado de trabajar se equivocaban por completo!

Y si todo lo demás se estaba desprendiendo de Oleron, él estaba encantado de que así fuera. Como todos cuando nuestra Bella saluda. Al principio le hacemos señas y nos prometemos que pondremos a Su Señoría a prueba, la ignoramos durante un día, ponemos sus propias artimañas celosas contra ella, la desdeñamos e ignoramos cuando se acerca mimosa. Quizá se oculta siempre en nuestro interior un trasgo desalmado que nunca se deja engañar, pero al final todo se desprende. Ella saluda, saluda y todo desaparece…

Y así Oleron mantenía el puesto estratégico desde el marco de la puerta del dormitorio y observaba, esperaba y sonreía con el dedo en los labios… Era su servicio obediente, su alabanza, su compromiso, todo lo que jamás había sabido del Amor. Y cuando se veía como ahora lo hacía, odiando al muerto de Madley, deseando que nunca hubiera vivido, sintió que aquello también era un servicio aceptable…

Pero, preparándose como estaba para algo parecido a un Matrimonio, y cada vez más molesto e irritado porque la Novia no diera señal alguna, hizo un descubrimiento que tenía que haber hecho semanas antes.

Llegó a él a través de un pensamiento sobre el fallecido Madley. Desde aquella noche en la que la inexperiencia le hiciera pensar que un poco de abandono estudiado podría poner a la Bella de rodillas y en la que usara sus celos para desterrarla, no había puesto los ojos en los quince capítulos desechados de *Romilly*. Los había tirado en el asiento de la ventana y había olvidado su misma existencia. Pero los celos que le producía Madley le recordaron los que le producía a ella su rival de carne y hueso, la mujer a quien había rechazado, y así recordó esos capítulos… ¡Qué estúpido había sido! ¿De verdad esperaba que su Deseo se manifestara cuando todavía existían pruebas de su lealtad dividida? ¿Y acaso la pasión de ella no era lo bastante feroz y centrada como para dudar de la destrucción, tras dos intentos, de su rival? ¡Qué estúpido había sido!

Pero si eso era toda la promesa y el sacrificio que ella requería, lo tendría… Oh, sí, ¡y pronto!

Tomó el manuscrito del asiento de la ventana y lo acercó al fuego.

Siempre tenía el fuego encendido; el calor sacaba el último vestigio de olor de las flores que se amontonaban en la estancia. No sabía qué hora era. Hacía tiempo que se había acabado la cuerda de su reloj… a Oleron le había parecido un estúpido medidor de tiempo comparado con las cosas maravillosas que le estaban ocurriendo, pero sabía que era tarde. Tomó el manuscrito de *Romilly* y se inclinó ante el fuego.

Todavía no había terminado de retirar el pasador que mantenía las páginas unidas cuando de pronto se quedó quieto, volvió la cabeza sobre el hombro y escuchó

atentamente. El sonido que había percibido no era fuerte —había sido, sin duda, una especie de golpecito repetido dos o tres veces— pero había alarmado a Oleron. Su rostro se oscureció cuando volvió a sonar.

Oyó una voz fuera, en el rellano.

—¡Paul! ¡Paul!

Era la voz de Elsie.

—¡Paul! Sé que estás dentro… Quiero verte…

Él la maldijo entre dientes, pero no hizo ningún ruido. No pretendía dejarla entrar.

—¡Paul! Tienes problemas… Creo que estás en peligro… ¡Por lo menos acércate a la puerta!

Oleron ahogó una leve carcajada. De algún modo le entretenía que ella, que corría tanto peligro, le hablara a él de peligro. Bueno, si lo estaba, se lo merecía; ella sabía, o decía saber, todo sobre…

—¡Paul! ¡Paul!

—¡Paul! ¡Paul! —la imitó en un susurro callado.

—¡Oh, Paul, es horrible! …

¿Qué era horrible?, pensó Oleron. Deja que se vaya…

—Sólo quiero ayudarte, Paul… Prometí venir si me necesitabas…

Él era impermeable al lamentable sollozo que interrumpió aquella suave exclamación. ¡Al demonio con aquella mujer! ¿Tendría que gritarle que se fuera y que no volviera nunca? No: que grite, que llame y que llore. Tenía un don para lloriquear; pensaría que su llanto le conmovería. Le irritaba, así que apretó los dientes y agitó el puño contra ella, pero eso fue todo. Que llore.

—¡Paul! ¡Paul!

Con la mandíbula apretada, dejó caer en el fuego la primera página de *Romilly*. Después tiró el resto, hoja tras hoja.

Durante muchos minutos la voz tras la puerta continuó; después se detuvo de repente. Oyó el sonido de pasos descendiendo lentamente las escaleras. Esperaba el ruido de una caída o un grito o el golpe de un fragmento del pasamanos al desprenderse en la parte superior del rellano, pero ninguna de estas cosas ocurrió. Había sido perdonada. Al parecer, su rival la había obligado a marcharse arrastrándose, abyecta y apaleada. Oleron oyó sus pasos avanzando bajo la ventana y después se fue.

Dejó caer la última página en el fuego y luego se alzó con una risa grave. Miró con cariño la estancia.

—Qué suerte que todo haya salido así —afirmó—. ¡No se habría librado si le hubiese dirigido una palabra o una mirada! ¡Estas mujeres son unos demonios! Pero no… no debería decir eso… una de ellas ha mostrado autocontrol…

¿Quién había mostrado autocontrol? ¿Y qué se había controlado? ¡Ah! , Oleron lo sabía. El desdén, sin duda, había estado detrás de todo aquello, pero qué importaba: la molesta criatura había obtenido la gracia de irse a salvo. Sí, tenía suerte. Oleron esperaba que lo supiese…

¡Y ahora, ahora su recompensa!

Oleron cruzó la habitación. Todas las puestas estaban abiertas. Sus ojos brillaban cuando se arrellanó en la entrada de su dormitorio.

¡Qué estúpido había sido por no pensar en destruir antes el manuscrito!

¿Cómo, en una casa llena de sombras, podría distinguir su propia Sombra? ¿Cómo, en una casa llena de ruidos, podría distinguir las llamadas que presentía tan cerca? ¡Ah, un poco de confianza! ¡Él lo sabría! La casa estaba hechizada por luces tenues. El destello de una farola que entraba a duras penas por la persiana que tenía junto al codo, el fulgor azul verdoso de la luna que se percibía a través de la lejana puerta de la cocina, el melancólico

resplandor del fuego bajo las negras cenizas del manuscrito quemado, la luminosidad de los tulipanes, las margaritas y los narcisos en los cuencos, las jarras y los jarrones… ¡Todo esto no engañaba y desconcertaba su vista tanto como para no reconocer a la Suya! Había sido él, no ella, quien había retrasado el sombrío Cortejo Nupcial. Inclinó la cabeza un momento, asintiendo en silencio. Después dirigió la vista hacia el resplandor engañoso y enigmático. La habría llamado por su nombre de haberlo sabido… pero ahora ni siquiera le pediría que compartiera con él un nombre…

Su propio rostro, en el marco de la puerta, resplandecía tan blanco como los narcisos en la oscuridad…

Una sombra, ligera como un vellón, pareció formarse en la cocina (ya había pasado la época en la que Oleron habría dicho que una nube había cubierto la luna). La débil luz sobre la persiana junto a su codo se atenuó (ya había pasado la época en la que Oleron habría concluido que el farolero, en su ronda, había reducido la llama de la farola). El fuego se asentó, dejando ver los papeles negros y chamuscados. Una flor se cayó del cuenco y yació indiferente en el suelo. Todo estaba tranquilo, y entonces una corriente peregrina se movió a través de la vieja casa, pasando delante del rostro de Oleron.

De pronto, inclinando la cabeza, se apartó un poco de la jamba de la puerta. La corriente errante hizo que la puerta se moviera ligeramente desde los goznes. Oleron tembló con violencia, permaneció de pie un rato más y después, alargando la mano hasta el pomo, entrecerró la puerta, se sentó en la silla más cercana y esperó como quien espera a que una Audiencia secreta, elevada e importante le nombre…

XI

No se sabe si puede haber compasión humana por la anemia del alma. Cuando desciende el tono de la Vida y el espíritu está tan expuesto y dado la vuelta que todo lo que antes era dulce, mundano y cotidiano se vuelve horrible, la relación humana desaparece. El alma sana se aparta horrorizada, no sólo por temor a sí misma, sino por si la cordura llega a sufrir. No somos dioses. No podemos expulsar espíritus. Tenemos que procurar con egoísmo que los demonios no entren en nosotros.

Y debemos hacerlo incluso cuando el Amor nos impregna tanto que creemos que nuestra naturaleza es mitad divina. No haremos más que hablar en vano sobre honor y deber. La carta en el suelo al otro lado de la puerta permanecerá invisible, o visible por un instante breve entre dos lapsos inenarrables, para ser de nuevo abandonada y olvidada. El telegrama no se enviará, ni el mensajero que va silbando (mejor orientado que instruido en música) será consciente del dedo que empuja una persiana bajada y que después, temeroso, la deja como está. No: que el miserable lidie con sus propias sombras; que, si está tan loco, que golpee, sujete, rodee y doblegue al súcubo; pero que lo haga en una casa como aquella, donde el aire del Cielo no penetra, ni un dedo brillante del sol atraviesa el sucio crepúsculo. Los perdidos deben permanecer perdidos. La humanidad tiene otros asuntos de los que ocuparse.

La caligrafía de las dos cartas que Oleron había encontrado en el suelo en el lado interior de la puerta tras entrar sigilosamente en la cocina una mañana de junio para librar la sala de estar de un montón de flores fétidas y putrefactas tenía el mismo significado para él que un sueño

borroso y lejano. Y después, cuando el muchacho del telégrafo llamó a su puerta, a poca distancia de la cama donde yacía, rechinó los dientes y se tapó los oídos. Se imaginó al joven justo al otro lado del acceso, entre paquetes de víveres y ramos de flores muertas y agonizantes. Porque la parte superior de la entrada estaba llena de todo aquello. Oleron temía abrir la puerta para meterlo en casa. Tras una semana, los recaderos habrían informado de que se debía de haber producido un error con el pedido y habían dejado de hacer entregas. En el interior, en el rúbeo crepúsculo, las flores se volvían marrones y se pudrían donde caían.

Su poder se estaba consumiendo de forma paulatina. La Abominación se estaba amarrando al poder de Oleron. A veces la absorción constante le dejaba postrado durante muchas horas con la mirada perdida en el techo teñido de rojo, sufriendo ociosamente las extravagancias que se le pudieran antojar. Hasta sus recuerdos más fuertes ya no atraían más que de forma precaria su atención. Algunas veces el vago y cambiante recuerdo de una novela que debía escribir, una novela que era importante que escribiera, le atormentaba durante un tiempo antes de volver a desaparecer, y otras, novelas enteras, perfectas, espléndidas, concebidas para perdurar, surgían por arte de magia frente a él. Incluso a veces los recuerdos eran tan lejanos y triviales que resultaban absurdos: buhardillas donde había habitado, alojamientos que le habían dado cobijo, etcétera. Oleron había sabido mucho sobre tales cosas en su tiempo, pero todo eso era algo del pasado. Por fin había encontrado un lugar del que no pensaba salir hasta que lo sacaran… Un lugar que para algunos podría tener un matiz clorótico, para otros rezumaría demasiado a cosas mórbidas y muertas como para que un hombre vivo se encerrara en su interior, pero ¡oh!, era tan irresistible, poseía

tanta autoridad, contaba con una asociada tan particular… ¡Un lugar tan placentero cuando uno cede ante su inexorable voluntad! ¿Una novela? ¡Alguien debería escribir una novela sobre tal lugar! ¡Tiene que haber montones de cosas que escribir sobre un lugar así, si se logra llegar al fondo de todo! Seguramente aquel tipo llamado Madley, que había vivido allí, ya lo hubiera pintado. Pero Oleron no había conocido al tal Madley… presentía que no le hubiera caído bien… hubiera preferido que viviera en otro sitio… de verdad no lo aguantaba… de hecho, lo odiaba aMadleymente. (¡Ajá! ¡Menuda broma!) Lo cierto es que dudaba que aquel hombre hubiera llevado la vida que debía. Oleron a veces estaba dividido y no sabía si debía acudir al narigudo guardián de la moral pública del otro lado de la calle para hablarle de Madley, pero probablemente ya lo sabía, y en sus escandalosos rezos también oraba por él. Así era aquel hombre. Pero si Oleron mismo había reñido con él por una u otra cosa… una u otra chica… Elsie Bengough, si no recordaba mal su nombre…

Aquella Elsie Bengough le provocaba a Oleron momentos de enorme desasosiego. O quizá no estaba tan preocupado por ella como por las cosas que esta hacía. La más importante era el modo en el que insistía en aparecer en sus pensamientos. Cuando actuaba con bastante velocidad, la mandaba por donde había venido en cuanto hacía su aparición. La verdad es que no sólo era un fastidio —siempre lo había sido—: había llegado al punto de que su mera presencia en la mente de Oleron fuera enemiga del disfrute completo de ciertas experiencias. Ella no tenía tacto; tenía que haber sabido que no siempre era bienvenida en los pensamientos de los otros; tenía que haber permitido, aunque fuera por educación, que él dispusiera de ciertas temporadas para sí mismo; y debía de ser una monstruosa ignorante de las cosas si no sabía, como resultaba aparente,

que a ciertas horas especiales las venas de los hombres están inundadas de fuego, osadía y poder, en las que… bueno, en las que tenía el derecho razonable de tratar a la gente como había tratado al fisgón de Barrett… de dejarles fuera por completo. Pero no: el recuerdo de ella aparecía y aparecía y lo arruinaba todo. Cuando ella se inmiscuía, incluso las más brillantes y encumbradas ideas, que hacían que aquellas novelas perfectas y mágicas con las que soñaba resultaran aburridas y grises, desaparecían por completo. Era como si una niebla extinguiera una estrella lejana, como si en el umbral de un portal dorado preparado para Oleron se abriera un abismo, como si la sombra de un murciélago hiciera que el resplandor del alba se volviera lóbrega y oscura de nuevo… Por tanto, Oleron se esforzaba por reprimir incluso el nacimiento de pensamientos sobre ella.

Sin embargo, llegó una ocasión en la que la tal Bengough se negó rotundamente a ser suprimida. Oleron no podía decir con exactitud cuándo había ocurrido; sólo sabía, por el resplandor de la farola en la persiana, que había tenido lugar durante la noche y que hacía tiempo que no se le presentaba.

Su llegada fue sin aviso alguno; sencillamente llegó, estaba allí. Por más que se esforzara, no podía librarse de pensar en ella ni en la imagen de su rostro. Le atormentaba.

¡Pero que de entre todos los momentos eligiera aquel…! ¡De veras que era increíble! ¡Oleron no concebía cómo ella podía soportarlo! Mirar, por así decirlo, el triunfo de una Rival… ¡Por Dios! ¡Era monstruoso! Nunca había pensado que ella tuviera grandes cantidades de tacto o reserva: pero nunca le había atribuido… ¡Oh, no había palabras para aquello! ¡Monstruoso… monstruoso! Y ahora pretendía… ¡Por Dios! ¡Seguir mirando!

Oleron sintió la sangre hervir de ira contra ella hasta en las raíces de su pelo.

—¡Maldita sea! —jadeó.

Pero un instante después aquel calor y resentimiento se transformaron en sudor frío de temor y congoja. En un ataque de pánico, intentó entender lo que había hecho. Porque sabía que había hecho algo… algo fatal, irreparable, explosivo, aunque no sabía qué. Había sentido ira, pero no una llamarada de ira como aquella que de repente inundaba el crepúsculo de su conciencia con una luz blanca e infernal. Aquel terrible resplandor no era suyo… no era suyo aquel foso abierto y abrasador del Infierno… ¡No era suyo, no era suyo! Suya era la mano de un niño preparando un golpe esmirriado, pero ¿qué era la otra mano horrible que había retrocedido para golpear en el mismo sitio? ¿Lo habría desencadenado él mismo? ¿Había sido él mismo quien había provisto la chispa que encendió todo el poder acumulado de aquel lugar increíble e implacable? No lo sabía. Sólo sabía que aquella pobre partícula de ignición en su interior había explotado, que —¡oh, imposible!— un beso pegajoso (¿cómo expresarlo de otro modo?) sobre sus labios se había apartado de él con un crujido, y que de pura pena ante el terrible destino, había tenido que gritar para prevenirla de quien últimamente había intentado protegerla… protegerla…

—*¡Cuidado!* —aulló con fuerza…

La repugnancia fue instantánea. Como si una lenta y fría nube hubiera estallado sobre él, descubrió que estaba echado en la cama, que la niebla y el horror que le habían envuelto durante tanto tiempo se habían disipado, que era Paul Oleron, que estaba enfermo, desnudo, indefenso, que estaba abandonado y totalmente solo. Sus facultades, aunque débiles, respondían al fin a su llamada, y sabía que

debía de haber sido una pesadilla espantosa la que le había dejado sudando y temblando de aquel modo.

Sí, había vuelto en sí, Paul Oleron, un cansado novelista con la cumbre de su obra a su espalda que volvía a deslizarse cuesta abajo con las manos vacías. No había alcanzado los objetivos de su vida. Se había esforzado demasiado, había sobrestimado su fuerza y era un fracaso, un fracaso…

Todo le venía con una sola palabra, absorbente y completa. No necesitaba pensamiento secuencial; era un fracaso. Había fallado…

Y no había fallado con una felicidad, sino con dos. Se le había escapado la comodidad del mundo, tan preciada por los hombres, y también se le había escapado aquella recompensa por la que los hombres se privan de la comodidad, aquel elevado comportamiento, tan arrebatado, atractivo y triunfal, única justificación para el aventurero loco que se arriesga en una empresa. Y no había segundo intento. El destino no conoce el mañana. El mañana de Oleron era volver a sentarse a hacer un trabajo sin beneficio, mal hecho e innecesario, y lo mismo al día siguiente, y al siguiente, y así tantos días como pudiera haber…

Estaba tendido, pensando aquello sin fuerzas pero con cordura.

Y puesto que la tentativa había fracasado por completo, resultaba innecesario considerar si se podía salvar un poco del naufragio general. Nada bueno saldría de aquella novela a medio hacer. Él pretendía que se publicara en otoño, aunque su contrato decía que debía salir ya; daba igual; era mejor pagar la penalización a sus editores que malgastar los días que quedaban. Estaba consumido; los años se le echaban encima, y los caminos de la sabiduría y la tristeza eran lo más adecuado para el resto del viaje…

Ojalá hubiese elegido la esposa, el hijo, la compañía fiel junto al hogar, y que ellos persiguiesen un *ignis fatuus*… ¡menuda lista!

Se sentía confuso por la excesiva debilidad que le invadía, por el agobiante olor de materia vegetal en descomposición y por el hecho de que su mano, aventurándose a alejarse en busca de su rostro en la oscuridad, encontrara barba.

—¡Extraordinario! —empezó a balbucear para sí— ¿Acaso he estado enfermo? ¿Estoy enfermo ahora? Y, en ese caso, ¿por qué me han dejado solo? ¡Extraordinario!

Creyó oír un ruido en la cocina o el baño. Se irguió un poco y, apoyado en la almohada, prestó atención… ¡Ah! ¡Entonces no estaba solo! Habría sido extraordinario que lo dejaran enfermo y solo… ¿Solo? Oh, no. Alguien cuidaría de él. No iban a dejarle solo y a la deriva. Si todos los demás lo abandonaban, podía confiar en Elsie Bengough, la mejor amiga que tenía… ¡Bendito sea su fiel corazón!

Pero de pronto resonó con fuerza un grito corto, ahogado.

—¡Paul! —farfulló aquella voz.

Provenía de la cocina.

Y en ese mismo instante Oleron comprendió, sin saber cómo, dos, tres, cinco, ya no recordaba hacía cuántos minutos, que otro sonido, imperceptible entonces pero ahora capaz de paralizar su atención, había luchado por alcanzar su inteligencia. Ese sonido había sido el ligero toque del metal con el metal, igual que el sonido que hacía Oleron cuando introducía la llave en el cerrojo.

—¡Hola! ¿Quién es? —exclamó con fuerza desde la cama.

No obtuvo respuesta.

Gritó de nuevo:

—¡Hola! ¿Quién está ahí? ¿Quién es?

Por entonces ya estaba seguro de que oía ruidos, suaves y pesados, en la cocina.

—Todo esto es muy extraño —musitó—. Por Júpiter, estoy tan débil como un gatito. ¡Hola! Alguien me ha llamado, ¿verdad? Elsie, ¿eres tú?

Entonces empezó a golpear con la mano la pared al lado de la cama.

—¡Elsie!... ¡Elsie!... Me has llamado, ¿verdad?... ¡Por favor, ven, quienquiera que seas!

Percibió el sonido como de una puerta cerrándose, y después silencio. Oleron empezó a alarmarse.

—Podría ser una enfermera —murmuró—; lo más seguro es que Elsie me haya buscado una asistenta. Seguro que ha estado a mi lado cuando le ha sido posible, y me habrá buscado una enfermera para el resto del tiempo... Pero su voz era muy parecida... ¡Elsie, o quienquiera que seas! No sé qué pasa. Tengo que ir a ver qué ocurre...

Sacó una pierna de la cama. Al sentir su debilidad, alargó la mano en busca de apoyo adicional en la pared...

Pero antes de sacar la otra pierna, se detuvo y reflexionó acariciándose la recién descubierta barba. Se estaba preguntando de pronto si realmente se atrevería a ir hasta la cocina. Era un trayecto tan largo... nadie sabía qué clase de horrores podrían saltar y arremolinarse sobre sus hombros si iba tan lejos. Si un hombre tiene un impulso tan dominante de volver a la cama, debería hacer caso al aviso y obedecerlo. Además, ¿por qué iba a ir? ¿Qué había allí que le obligara a ir? Si era la criatura llamada Bengough, que cuidara de sí misma. Oleron no dejaría que las cosas se amontonaran sobre su desprotegida espalda por el bien de una aguafiestas como ella... ¡Si estaba dentro, que se fuera por donde había venido, y cuanto antes mejor! Sencillamente, Oleron no se iba a molestar por ella. Tenía trabajo que hacer. Al día siguiente seguiría escribiendo una novela cuya heroína sería tan encantadora, caprichosa, adorable, celosa, maliciosa, hermosa, atractiva y, en

resumen, malvada, que los hombres se quedarían perplejos. Ella se estaba apoderando de él; lo sabía porque cuando estaba cerca se alteraba el aire mismo de la habitación; y aquel estremecimiento de felicidad que había empezado a revolverse en él nunca aparecía a no ser que ella estuviese saludando y saludando…

Dejó de apoyarse en la pared y se dejó caer de nuevo en la cama… ¡oh, impensable!… la otra mitad de aquel beso interrumpido por el rechinar de dientes se colocó (¿cómo expresarlo si no?) en sus labios, robándole incluso el aliento…

XII

A la clara luz del sol de junio, una multitud llenaba la plaza y miraba por las ventanas de la vieja casa con antiguas señales de compañías aseguradoras en las paredes de ladrillo rojo y con los carteles que sobresalían como hachas de madera por encima de la empalizada. Dos agentes de policía permanecían junto a la verja rota del estrecho callejón de entrada para mantener a la gente a raya. Las mujeres se mantenían en el exterior de la muchedumbre, moviéndose de vez en cuando como para ver las persianas rojas de la vieja casa desde distintos ángulos y hablando en susurros. Los niños estaban en sus casas, tras las puertas cerradas.

Un hombre narigudo acompañado por un grupito de personas estaba contando una historia una y otra vez; y otro hombre, pequeño, gordo y con los ojos muy abiertos buscaba capturar la audiencia del narigudo con un relato en el que figuraba una llave.

—… y entonces descubrí que había ocurrido algo esa misma tarde —decía el narigudo—. Ahí estaba yo, donde se encuentra el agente Saunders… o, mejor dicho, estaba yo a lo mío cuando salieron ellos. ¡A mí no podían engañarme, oh, no podían engañarme! Vi la cara de ella…

—¿Cómo era, señor Barrett? —preguntó un hombre.

—Era como aquella a quien nuestro Señor dijo: «Mujer, ¿acaso te acusa algún hombre?». ¡Blanca como el papel, no había duda! ¡Que me lo digan a mí! Así que fui directo a la señora Barrett y le dije «Jane, esto tiene que parar, tiene que parar ahora mismo. Debemos evitar el mal», le dije, «y tiene que acabar ahora; que busque ayuda en otra parte».

»Y entonces me dice “John, son cuatro libras y seis peniques por semana”, esas fueron sus palabras.

»Y yo dije “Jane, aunque fueran cuarenta y seis mil libras, tiene que parar”. Y desde ese día no ha vuelto a poner el pie más allá de esa verja.

Siguió un breve silencio. Después alguien preguntó con cierta vaguedad:

—¿Y la señora Barrett llegó a… a ver algo?

Barrett se volvió de forma seca hacia su interlocutor.

—Lo que la señora Barrett viera y lo que la señora Barrett no viera no saldrá de estos labios, puesto que está escrito: guarda tu lengua del mal —contestó.

Otro hombre intervino:

—Parecía estar bastante borracho la otra noche en la taberna del Vagón y los Caballos, ¿no es así, Jim?

—Sí, menuda llevaba…

—No es que fuera demasiado bien; estuvo solo junto a la barra.

—Así es; ya hablamos de ello…

El hombre gordo de mirada asustada intentó intervenir de nuevo:

—Yo le di a ella la llave… tenía su número… vino el martes por la tarde a mi tienda…

Nadie le prestó atención.

—A callar —comentó con brusquedad un trabajador voluminoso—. Todavía no la han encontrado. Ahí están los inspectores. Pronto sabremos más.

Dos inspectores aparecieron y hablaron con los agentes que vigilaban la verja. El hombrecito rechoncho avanzó corriendo con impaciencia, diciendo que ella le había comprado la llave.

—¡Recuerdo el número porque constaba de tres unos y tres treses: 111333! —exclamó con ansiedad.

Un inspector lo apartó.

—¿Ha entrado alguien? —preguntó a uno de los agentes.

—No, señor.

—Entonces usted, Brackley, venga con nosotros. Usted, Smith, vigile la verja. Hay una patrulla en camino.

Los dos inspectores y el agente recorrieron el callejón que llevaba a la casa. Subieron las escaleras amplias y talladas.

—No parece que haya salido mucho últimamente —murmuró uno de los inspectores mientras apartaba de una patada un montón de hojas secas y papel que había en el lado exterior de la puerta de Oleron—. No creo que haga falta llamar… Brackley, rompa el cristal.

La puerta tenía dos paneles de vidrio. El cristal roto retumbó, y Brackley metió la mano a través del agujero que había hecho con el codo y abrió el pestillo.

—¡Puaj! —dijo sofocado uno de los inspectores al entrar—. ¡Dejen que entre algo de luz y de aire, rápido! Apesta a carroza fúnebre…

El grupo de la plaza vio cómo subían las persianas rojas de la vieja casa y cómo se abrían las ventanas de par en par.

—Mucho mejor —afirmó uno de los inspectores asomando la cabeza por una de las ventanas y respirando profundamente—. Aquello debe de ser el dormitorio. Simms, ¿podría entrar mientras yo reviso lo demás?

También subieron la persiana del dormitorio, y el hombre blanco como la cera y descarnado que había en la cama usó la mano de anteojera contra la inundación de luz que le torturaba. Tampoco podía creer que su oído le estuviese engañando, ya que había dos policías en la alcoba inclinándose sobre él y preguntando dónde estaba «ella». Él negó con la cabeza.

—La mujer de nombre Bengough… se trata de la señorita Elsie Bengough, ¿me oye? ¿Dónde está?… Es inútil, Brackley. Levántelo. Tenga cuidado. Creo que voy a sacar la cabeza por la ventana…

El otro inspector había estado en el estudio de Oleron y no había encontrado nada, y ahora estaba en la cocina, apartando una masa profunda de residuo vegetal que le llegaba por el tobillo y que cubría el suelo. La ventana de la cocina no tenía persiana y estaba a la sombra de la pared sin ventanas del edificio al otro lado del callejón. La cocina parecía estar vacía.

Pero el inspector, apartando flores muertas con los pies, distinguió un rastro que no había hecho él, trazado hasta un armario en la esquina. En la parte superior de la puerta del armario había un panel cuadrado que parecía deslizarse sobre unos rieles. La puerta misma estaba cerrada.

El inspector avanzó, alargó la mano hacia el pequeño pomo y deslizó la pequeña puerta por su guía.

Después dio un involuntario paso atrás.

Enmarcado por la apertura, y cayendo hacia delante un poco antes de atascarse de nuevo en el marco, había algo que parecía un pudin grumoso envuelto en una bolsa frisada de tono marrón rojizo.

—¡Ah! —dijo el inspector.

Para volver a cerrar la puertecita tendría que haber empujado el pudin hacia dentro con la mano y, en cierto modo, no le gustaba la idea de hacerlo. En vez de eso, empujó el pomo de la puerta corrediza. Había bastante peso por detrás, tanto peso que, después de abrir unos centímetros y mirar en el interior, tuvo que apoyar el hombro para volver a cerrar. Al hacerlo, dejó que sobresaliera, a cierta distancia del suelo, un triángulo de cuadrados blancos y negros de una falda.

Fue al pequeño vestíbulo.

—¡Ya está! —exclamó.

Habían vestido a Oleron. Seguía utilizando las manos como anteojeras, y su cerebro estaba muy confuso. Estaban ocurriendo muchas cosas que no entendía. No entendía el

extraordinario montón de flores muertas que parecía cubrirlo todo; no entendía por qué había agentes de policía en su habitación; no entendía por qué uno de ellos fue a pedir un coche y un camión; y no entendía qué era aquel objeto pesado que parecían estar moviendo en la cocina… su cocina…

—¿Qué ocurre? —murmuró somnoliento.

Entonces oyó un murmullo en la plaza y el frenazo que daba un coche fuera. Un oficial de policía le sostenía de nuevo del codo, y Oleron se preguntaba por qué cuando le susurró algo, este le soltó una hilera de palabras… sobre algo «que podría ser utilizado en su contra». Lo habían puesto de pie y le ayudaban a avanzar hacia la puerta.

No, Oleron no entendía nada.

Lo llevaron escaleras abajo y por el callejón. Oleron era ^ consciente de los gritos furiosos y confusos. Supuso que había varias personas que querían linchar a alguien. Después su atención se fijó en un hombre gordo y con mirada asustada que parecía estar declarando a un oficial que apuntaba todo en un cuaderno.

—La vi con él… solían estar juntos… Ella vino a mi tienda y dijo que era para él… Pensé que estaba bien… El número era 1 1 1 3 3 3 —decía el hombre.

La gente parecía muy enfadada. Muchos agentes de policía la contenían. Uno de los inspectores tenía una voz que a Oleron le pareció muy agradable y amable. Estaba diciéndole a uno que metiera a alguien en el coche antes de que sacaran otra cosa, y Oleron notó que el coche estaba aparcado junto a la verja. Resultó que era a él a quien iban a introducir en el vehículo, y cuando lo levantaron, vio que el inspector intentaba ponerse entre él y algo que había detrás del coche, pero no fue lo bastante rápido y Oleron vio que ese algo era un camión con capota. Las voces furiosas sonaban como un mar; algo duro, como una piedra, golpeó

la parte trasera del coche, y el inspector siguió a Oleron y se puso de espaldas a la ventana que estaba más cerca de la gente. Al parecer, la puerta a través de la cual habían introducido a Oleron permanecería abierta hasta que el otro inspector llegara, y, por la apertura, Oleron vio los carteles con forma de hacha de «Se alquila» entre los aligustres. Uno de ellos decía que la llave estaba disponible en el número seis…

De pronto el sonido de las voces se acalló. Por el camino de la entrada del callejón resonaron pasos que se arrastraban, y el otro inspector apareció en la puerta del coche.

—¡Vámonos! —le dijo al conductor.

Entró, cerró la puerta tras él y tapó la segunda ventana con la espalda. Oleron dormía apaciblemente entre los dos inspectores. El coche avanzó plaza abajo, el otro vehículo colina arriba. En dirección al depósito de cadáveres.

El ventanal abierto

Saki

(1911)

—Mi tía bajará enseguida, señor Nuttel —dijo con mucho aplomo una señorita de quince años—; mientras tanto debe hacer lo posible por soportarme.

Framton Nuttel se esforzó por decir algo que halagara debidamente a la sobrina sin dejar de tomar debidamente en cuenta a la tía que estaba por llegar. Dudó más que nunca que esta serie de visitas formales a personas totalmente desconocidas fueran de alguna utilidad para la cura de reposo que se había propuesto.

—Sé lo que ocurrirá —le había dicho su hermana cuando se disponía a emigrar a este retiro rural—: te encerrarás no bien llegues y no hablarás con nadie y tus nervios estarán peor que nunca debido a la depresión. Por eso te daré cartas de presentación para todas las personas que conocí allá. Algunas, por lo que recuerdo, eran bastante simpáticas.

Framton se preguntó si la señora Sappleton, la dama a quien había entregado una de las cartas de presentación, podía ser clasificada entre las simpáticas.

—¿Conoce a muchas personas aquí? —preguntó la sobrina, cuando consideró que ya había habido entre ellos suficiente comunicación silenciosa.

—Casi nadie —dijo Framton—. Mi hermana estuvo aquí, en la rectoría, hace unos cuatro años, y me dio cartas de presentación para algunas personas del lugar.

Hizo esta última declaración en un tono que denotaba claramente un sentimiento de pesar.

—Entonces no sabe prácticamente nada acerca de mi tía —prosiguió la aplomada señorita.

—Sólo su nombre y su dirección —admitió el visitante. Se preguntaba si la señora Sappleton estaría casada o sería viuda. Algo indefinido en el ambiente sugería la presencia masculina.

—Su gran tragedia ocurrió hace tres años —dijo la niña—; es decir, después que se fue su hermana.

—¿Su tragedia? —preguntó Framton; en esta apacible campiña las tragedias parecían algo fuera de lugar.

—Usted se preguntará por qué dejamos esa ventana abierta de par en par en una tarde de octubre —dijo la sobrina señalando una gran ventana que daba al jardín.

—Hace bastante calor para esta época del año —dijo Framton— pero ¿qué relación tiene esa ventana con la tragedia?

—Por esa ventana, hace exactamente tres años, su marido y sus dos hermanos menores salieron a cazar por el día. Nunca regresaron. Al atravesar el páramo para llegar al terreno donde solían cazar quedaron atrapados en una ciénaga traicionera. Ocurrió durante ese verano terriblemente lluvioso, sabe, y los terrenos que antes eran firmes de pronto cedían sin que hubiera manera de preverlo. Nunca encontraron sus cuerpos. Eso fue lo peor de todo.

A esta altura del relato la voz de la niña perdió ese tono seguro y se volvió vacilantemente humana.

—Mi pobre tía sigue creyendo que volverán algún día, ellos y el pequeño spaniel que los acompañaba, y que entrarán por la ventana como solían hacerlo. Por tal razón la ventana queda abierta hasta que ya es de noche. Mi pobre y querida tía, cuántas veces me habrá contado cómo salieron, su marido con el impermeable blanco en el brazo, y Ronnie, su hermano menor, cantando como de costumbre «¿Bertie, por qué saltas?», porque sabía que esa canción la irritaba especialmente. Sabe usted, a veces, en tardes tranquilas

como las de hoy, tengo la sensación de que todos ellos volverán a entrar por la ventana…

La niña se estremeció. Fue un alivio para Framton cuando la tía irrumpió en el cuarto pidiendo mil disculpas por haberlo hecho esperar tanto.

—Espero que Vera haya sabido entretenerlo —dijo.

—Me ha contado cosas muy interesantes —respondió Framton.

—Espero que no le moleste la ventana abierta —dijo la señora Sappleton con animación—; mi marido y mis hermanos están cazando y volverán aquí directamente, y siempre suelen entrar por la ventana. No quiero pensar en el estado en que dejarán mis pobres alfombras después de haber andado cazando por la ciénaga. Tan típico de ustedes los hombres ¿no es verdad?

Siguió parloteando alegremente acerca de la caza y de que ya no abundan las aves, y acerca de las perspectivas que había de cazar patos en invierno. Para Framton, todo eso resultaba sencillamente horrible. Hizo un esfuerzo desesperado, pero sólo a medias exitoso, de desviar la conversación a un tema menos repulsivo; se daba cuenta de que su anfitriona no le otorgaba su entera atención, y su mirada se extraviaba constantemente en dirección a la ventana abierta y al jardín. Era por cierto una infortunada coincidencia venir de visita el día del trágico aniversario.

—Los médicos han estado de acuerdo en ordenarme completo reposo. Me han prohibido toda clase de agitación mental y de ejercicios físicos violentos —anunció Framton, que abrigaba la ilusión bastante difundida de suponer que personas totalmente desconocidas y relaciones casuales estaban ávidas de conocer los más íntimos detalles de nuestras dolencias y enfermedades, su causa y su remedio —. Con respecto a la dieta no se ponen de acuerdo.

—¿No? —dijo la señora Sappleton ahogando un bostezo a último momento. Súbitamente su expresión revelaba la atención más viva… pero no estaba dirigida a lo que Framton estaba diciendo.

—¡ Por fin llegan! —exclamó—. Justo a tiempo para el té, y parece que se hubieran embarrado hasta los ojos, ¿no es verdad?

Framton se estremeció levemente y se volvió hacia la sobrina con una mirada que intentaba comunicar su compasiva comprensión. La niña tenía puesta la mirada en la ventana abierta y sus ojos brillaban de horror. Presa de un terror desconocido que helaba sus venas, Framton se volvió en su asiento y miró en la misma dirección.

En el oscuro crepúsculo tres figuras atravesaban el jardín y avanzaban hacia la ventana; cada una llevaba bajo el brazo una escopeta y una de ellas soportaba la carga adicional de un abrigo blanco puesto sobre los hombros. Los seguía un fatigado spaniel de color pardo. Silenciosamente se acercaron a la casa, y luego se oyó una voz joven y ronca que cantaba: «¿Dime, Bertie, por qué saltas?»

Framton agarró deprisa su bastón y su sombrero; la puerta de entrada, el sendero de grava y el portón, fueron etapas apenas percibidas de su intempestiva retirada. Un ciclista que iba por el camino tuvo que hacerse a un lado para evitar un choque inminente.

—Aquí estamos, querida —dijo el portador del impermeable blanco entrando por la ventana—: bastante embarrados, pero casi secos. ¿Quién era ese hombre que salió de golpe no bien aparecimos?

—Un hombre rarísimo, un tal señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—; no hablaba de otra cosa que de sus enfermedades, y se fue disparado sin despedirse ni pedir disculpas al llegar ustedes. Cualquiera diría que había visto un fantasma.

—Supongo que ha sido a causa del spaniel —dijo tranquilamente la sobrina—; me contó que los perros le producen horror. Una vez lo persiguió una jauría de perros parias hasta un cementerio cerca del Ganges, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién cavada, con esas bestias que gruñían y mostraban los colmillos y echaban espuma encima de él. Así cualquiera se vuelve pusilánime.

La fantasía sin previo aviso era su especialidad.

Orugas

E. F. Benson

(1911)

Hace uno o dos meses leí en un periódico italiano que Villa Cascana, en donde residí en una ocasión, había sido derribada e iban a construir allí mismo algún tipo de fábrica. No existe ya por tanto razón alguna para que evite escribir acerca de aquellas cosas que vi personalmente (o imaginé ver) en una determinada habitación y en un cierto rellano de esa villa, ni mencionar las circunstancias que siguieron y que, de acuerdo con la opinión del lector, pueden o no arrojar alguna luz o relacionarse de alguna manera con esta experiencia.

Villa Cascana era en todos los aspectos, salvo en uno, una casa absolutamente deliciosa; pero si estuviera hoy en pie no hay nada en el mundo, y utilizo la frase en su sentido literal, que pudiera inducirme a volver a poner un pie en ella, pues creo que estaba embrujada de una manera terrible y práctica. Los fantasmas, una vez que todo ha sido dicho y hecho, en su mayoría no causan gran daño; pueden quizás aterrar, pero la persona a la que visitan usualmente se sobrepone a su aparición. También pueden ser totalmente amistosos y beneficiosos. No lo eran las apariciones de Villa Cascana, y si hubieran hecho su «visita» de una forma ligeramente distinta no creo que hubiera conseguido sobreponerme a ella más de lo que lo hizo Arthur Inglis.

La casa se encontraba en la Riviera italiana, no lejos del Sestri di Levante, en una colina recubierta de encinas desde la que se dominaban los azules iridiscentes de ese mar encantador, mientras que por detrás se levantaban bosques de castaños color verde claro que ascendían por las laderas

de las colinas hasta que daban paso a los pinos, que formando con los anteriores un contraste oscuro coronaban las cimas. A su alrededor, con la abundancia de mediados de primavera, el jardín florecía y se llenaba de aromas, como el de las magnolias y las rosas, por encima del frescor salado que traían los vientos del mar, que fluía como una corriente por entre las habitaciones frescas y abovedadas.

Tres lados de la planta baja estaban rodeados por una *loggia* de anchas columnas, por encima de las cuales se formaba una terraza a la que tenían acceso algunas habitaciones del primer piso. La escalera principal, amplia y de escalones de mármol gris, subía desde el vestíbulo hasta el rellano exterior a esas habitaciones, que eran tres, dos amplias salas de estar con un dormitorio dispuesto en suite. Este último se hallaba desocupado, pero sí se utilizaban las salas de estar. Desde estas proseguía la escalera principal hasta el segundo piso, en el que se encontraban otras habitaciones, una de las cuales ocupaba yo, mientras que en el otro lado del rellano del primer piso media docena de escalones daban a otra serie de habitaciones en las que, en el momento del que estoy hablando, tenía su dormitorio y estudio Arthur Inglis, el artista. Así, el rellano exterior a mi habitación, en el piso superior de la casa, daba al rellano del primer piso y también a los escalones que conducían a las habitaciones de Inglis. Finalmente, Jim Stanley y su esposa (que eran mis anfitriones) ocupaban las habitaciones de otra ala de la casa en la que se encontraban, asimismo, los cuartos de los criados.

Llegué a la hora de la comida de un brillante día de mediados de mayo. El jardín estallaba de colores y fragancias; y no podría haber resultado más deliciosa, tras el sofocante paseo desde la marina, la llegada desde el calor reverberante y el resplandor del día a la frescura marmórea de la villa. Pero en el momento en que puse el pie en la casa

sentí que algo iba mal (y con respecto a esto el lector no tiene otro remedio que aceptar mi palabra). Diría que ese sentimiento era bastante vago, aunque muy potente, y recuerdo que cuando vi las cartas que me aguardaban en la mesa del vestíbulo estuve seguro de que allí estaba la explicación: comprendí que había en ellas malas noticias para mí. Y sin embargo, cuando las abrí no encontré esa explicación de mi premonición: todos mis corresponsales transmitían prosperidad. Pero, a pesar de ese presentimiento claramente erróneo, no se disipó mi inquietud. En esa casa fresca y fragante había algo malo. Pongo gran cuidado al mencionar esto porque he de explicar que, aunque por norma general duermo tan maravillosamente que el momento de apagar la luz al meterme en la cama suele parecerme contemporáneo de la llamada que me hacen a la mañana siguiente, dormí muy mal la primera noche que pasé en Villa Cascana. Puede explicarlo también el hecho de que cuando me quedé dormido (si realmente fue mientras dormía cuando vi lo que creí ver) soñé de una forma muy viva y original; «original» en el sentido de que algo que, por lo que sabía, no había entrado nunca antes en mi conciencia, de pronto la usurpó.

Pero desde entonces, además de esta premonición maligna, algunas palabras y acontecimientos que se produjeron durante el resto del día pudieron sugerir algo de lo que pensé que sucedió aquella noche, y que será conveniente relatar.

Tras el almuerzo di una vuelta alrededor de la casa con la señora Stanley, y durante el paseo ella se refirió al dormitorio desocupado del primer piso, que daba a la habitación en la que habíamos comido.

—Lo hemos dejado sin ocupar porque Jim y yo tenemos un vestidor y un dormitorio encantadores en el ala, tal como vio, y si la utilizáramos para nosotros tendríamos que

convertir el comedor en un vestidor, y tomar las comidas abajo. Sin embargo, de esta manera tenemos nuestro pequeño apartamento allí, Arthur Inglis tiene el suyo en el otro pasillo; y recordé (¿no le parece extraordinario?) que usted dijo en una ocasión que cuanto más arriba estuviera en una casa más a gusto se encontraba. Por eso le he colocado en el piso superior, en lugar de darle esa habitación.

Es un hecho que en ese momento una duda, tan vaga e incierta como mi premonición, cruzó por mi mente. No entendía el motivo de que la señora Stanley me hubiera explicado todo aquello, si es que no había otra cosa que explicar. Por eso dejé que en aquellos momentos ocupara mi mente el pensamiento de que había algo que debía ser explicado con respecto a la habitación libre.

Pero hubo otra cosa que debí transmitir al sueño: en la cena la conversación giró un momento acerca de los fantasmas. Inglis, con la certeza del convencido, expresó su creencia de que no podía considerarse imbécil a cualquiera que creyera en la existencia de los fenómenos sobrenaturales. El interés por el tema decayó al instante y, por lo que soy capaz de recordar, no se dijo ni sucedió nada más que pudiera tener relación con los acontecimientos posteriores.

Todos nos retiramos bastante pronto y particularmente yo subí las escaleras bostezando porque me sentía terriblemente somnoliento. Mi habitación estaba bastante caldeada y abrí todas las ventanas, por las que entró la luz blanca de la luna y las canciones amorosas de muchos ruiseñores. Me desvestí rápidamente y me metí en la cama, pero aunque antes había sentido tanto sueño ahora estaba muy despierto. Sin embargo eso no me inquietaba ni molestaba: no empecé a dar vueltas y a girar en la cama, pues me sentía muy feliz de escuchar el canto de los pájaros

y ver la luz. Es posible que entonces me quedara dormido, y en tal caso lo que voy a relatar puede que fuera un sueño. De cualquier modo, pensé que al cabo de un tiempo los ruiseñores dejaron de cantar y la luna descendió. Pensé también que, por alguna razón inexplicable, iba a estar despierto toda la noche, por lo que podía dedicarme a leer, y recordé que había dejado un libro que me resultaba interesante en el comedor del primer piso. Salí pues de la cama, encendí una vela y bajé. Entré en el comedor, vi en una mesa auxiliar el libro que había ido a buscar y en ese momento, simultáneamente, vi que se abría la puerta que daba al dormitorio libre. Salía de él una curiosa luz grisácea, que no era ni del amanecer ni de la luna, y miré en su interior. La cama, una cama grande con cuatro columnas en sus esquinas, estaba frente a la puerta, y sobre el cabezal colgaban tapices. Vi entonces que la luz grisácea del dormitorio procedía de la cama, o más bien de lo que había sobre ella.

Pues estaba cubierta de grandes orugas, de aproximadamente treinta centímetros de longitud, que se arrastraban sobre ella. Eran débilmente luminosas y la luz que emitían era la que me permitía ver la habitación. En lugar de las ventosas de las patas de las orugas ordinarias tenían pinzas como los cangrejos, y se movían agarrándose con ellas y deslizando luego el cuerpo hacia delante. El color de esos insectos espantosos era gris amarillento, aunque estaban cubiertos de bultos irregulares. Debía haber cientos de ellos, pues formaban sobre la cama una especie de pirámide que se arrastraba y agitaba. De vez en cuando una oruga caía al suelo con un ruido apagado, carnoso y suave, y aunque el suelo fuera duro cedía ante las ventosas de las patas como si fuera de masilla, por lo que la oruga retrocedía y volvía a subirse a la cama uniéndose a sus temibles compañeras. Por así decirlo, no daba la impresión

de que tuvieran rostro, sino que un extremo de ellas era una boca que se abría lateralmente para respirar.

Mientras las estaba mirando me pareció como si de pronto todas ellas fueran conscientes de mi presencia. Al menos todas las bocas se volvieron en mi dirección, y un instante después empezaban a tirarse de la cama produciendo en el suelo esos golpes sordos, suaves y carnosos, y a arrastrase hacia mí. Durante un segundo me quedé paralizado, como sucede a veces en los sueños, pero inmediatamente después eché a correr escaleras arriba hasta mi habitación; me acuerdo muy bien de la sensación de frialdad de los escalones de mármol bajo mis pies descalzos. Entré corriendo en la habitación, cerré con un portazo la puerta a mis espaldas y entonces, ciertamente, estaba ya bien despierto, me encontré de pie junto a mi cama cubierto por el sudor del terror.

Resonaba todavía en mis oídos el golpetazo de la puerta. No cesó entonces, como habría sido normal de haberse tratado de una simple pesadilla, el terror que se había apoderado de mí al ver esos horrendos animales arrastrándose por la cama o dejándose caer blandamente sobre el suelo. Despierto ahora, lo mismo que antes estaba soñando, no pude recuperarme plenamente del horror del sueño: no me parecía que hubiera soñado. Y hasta el amanecer, sentado o en pie, no me atreví a acostarme pensando que cada ruido o movimiento que escuchaba significaba que las orugas se estaban aproximando. Ante ellas, y ante las garras que se clavaban en el cemento del suelo, la madera de la puerta no era sino un juego de niños: ni el acero podría mantenerlas a raya.

Pero con el dulce y noble retorno del día desapareció el horror: el susurro del viento volvió a ser benigno; el miedo innombrable, fuese lo que fuese, se suavizó, y dejó de aterrarme. Despuntó el alba, al principio sin tonos de color;

después adoptó el color de las palomas; y finalmente se extendió por el cielo el espectáculo brillante y flamígero de la luz. Una norma admirable de aquella casa era que todo el mundo desayunara donde y cuando quisiera, por lo que hasta la hora del almuerzo no me encontré con ningún otro miembro del grupo, pues había desayunado en mi terraza y hasta la comida me dediqué a escribir cartas y a otras actividades personales. Bajé a comer bastante tarde, cuando ya los otros tres habían empezado a hacerlo. Entre el cuchillo y el tenedor me habían dejado una pequeña cajita de píldoras hecha de cartón y en el momento en que me sentaba me habló Inglis:

—Fíjese en eso —dijo—. Ya que le interesa la historia natural. Anoche lo encontré arrastrándose por encima de mi colcha, pero no sé qué es.

Creo que antes incluso de abrir la cajita esperaba ver ya lo que encontré en ella. En su interior había una pequeña oruga de color amarillo grisáceo con curiosos bultos y excrecencias en sus aros. Era extremadamente activa y se movía a toda prisa por la caja, dando vueltas en una y otra dirección. Sus patas no se parecían a las de ninguna oruga que yo hubiera visto: eran como las pinzas de un cangrejo. La contemplé y cerré la tapadera.

—No, no la había visto nunca —dije—. Pero parece bastante poco saludable. ¿Qué va a hacer con ella?

—Ah, la guardaré —contestó Inglis—. Ha empezado a girar y quisiera ver en qué tipo de polilla se convierte.

Volví a abrir la caja y me di cuenta de que esos movimientos presurosos eran realmente el inicio del giro para formar la tela de su capullo. Entonces Inglis volvió a hablar.

—Tiene unas patas curiosas —dijo—. Son como pinzas de cangrejos. ¿Cuál es el término latino de cangrejo? Ah, sí,

cáncer. Pues como parece que es única, vamos a bautizarla: «cáncer inglisensis».

Entonces pasó algo en mi cerebro, como si en un momento se unieran las piezas de todo lo que había visto o soñado. En sus palabras me pareció que había algo que iluminaba el conjunto, y el horror intenso que había experimentado yo aquella noche se unió con lo que el pintor acababa decir. Cogí la caja y la arrojé, con la oruga dentro, por la ventana. El camino exterior estaba cubierto de gravilla y más allá había una fuente cuya agua caía en un cuenco. La caja cayó en medio.

Inglis se echó a reír.

—Así que a los estudiosos de lo oculto no les gustan los hechos sólidos. ¡Pobre oruga mía!

La conversación recayó enseguida sobre otros temas, y sólo he detallado estas trivialidades, tal como sucedieron, para estar seguro de haber registrado todo lo que pudiera tener relación con temas ocultos o con el de las orugas. En el momento en el que lancé la cajita de píldoras a la fuente perdí la cabeza: mi única excusa es que el animal que la ocupaba, como probablemente habrá resultado evidente, era exactamente igual, en miniatura, que los que había visto amontonados sobre el lecho del dormitorio libre. Y aunque la traducción de esos fantasmas en carne y hueso —o en aquel material del que estén hechos las orugas— debió servir quizás de alivio al horror de la noche, en realidad no lo hizo. Sólo sirvió para volver más espantosamente real la pirámide que se arrastraba sobre la cama del dormitorio libre. Tras el almuerzo pasamos una o dos horas paseando perezosamente por el jardín o sentados en la *loggia*, y debían ser ya las cuatro cuando Stanley y yo fuimos a bañarnos recorriendo el camino que llevaba a la fuente en la que había caído la cajita. El agua, poco profunda, estaba clara, y en el fondo vi sus restos blancos. El agua había

desintegrado el cartón, del que no quedaba más que algunas tiras y hebras de papel empapado. El centro de la fuente lo ocupaba un cupido italiano de mármol que lanzaba el agua desde un odre que sostenía bajo el brazo. Y la oruga estaba subiendo por su pierna. Por extraño e increíble que pueda parecer, debió sobrevivir a la caída y rotura de su prisión, y se había abierto camino hasta el borde, y allí estaba, fuera de nuestro alcance, moviéndose circularmente para formar su capullo.

Mientras la miraba volvió a parecerme que, como las orugas que había visto la noche anterior, ella me vio, rompió las hebras que la rodeaban, descendió por la pierna de mármol del cupido y empezó a nadar hacia mí, como una serpiente, por la superficie del agua de la fuente. Se acercó a una velocidad extraordinaria (el hecho de que una oruga supiera nadar era ya nuevo para mí) y un momento después estaba subiendo por el borde de mármol de la fuente. Fue en ese momento cuando Inglis se unió a nosotros.

—Vaya, ¿no es otra vez nuestra vieja «cáncer inglisensis»? —preguntó al ver el animal—. ¡Tiene una prisa tremenda!

Estábamos de pie en el camino, uno al lado del otro, y cuando la oruga se acercó a menos de un metro de nosotros, se detuvo y empezó a agitarse como si dudara con respecto a la dirección que debía tomar. Luego pareció decidirse y se arrastró hacia el zapato de Inglis.

—Yo le gusto más —dijo él—. Aunque me parece que ella no me gusta a mí. Y ya que no se ha ahogado, creo que quizás…

Agitó el zapato por encima de la gravilla y la pisó.

Toda la tarde el aire fue poniéndose más y más pesado por causa del siroco que subía sin duda desde el sur, y por la noche volví a sentirme muy somnoliento cuando subí a acostarme; pero por así decirlo, por debajo de mi

somnolencia estaba la conciencia, mucho más poderosa que la noche anterior, de que algo iba mal en la casa… de que se aproximaba algo peligroso. Pero me quedé dormido enseguida, y más tarde, aunque no sé cuánto tiempo había pasado, desperté o soñé que despertaba con la sensación de que debía levantarme enseguida o sería demasiado tarde. En ese momento (soñando o despierto) luché contra ese miedo diciéndome a mí mismo que sólo era víctima de mis nervios, exacerbados por el siroco, aunque al mismo tiempo supiera con claridad absoluta en otra parte de mi mente, por así decirlo, que con cada momento de retraso aumentaba el peligro.

Esa segunda sensación acabó por ser irresistible, por lo que me puse la chaqueta y los pantalones y salí al descansillo. Comprendí entonces que ya me había retrasado bastante y que era ya demasiado tarde.

Todo el descansillo del primer piso inferior resultaba invisible bajo el enjambre de orugas que allí se arrastraban. Las puertas plegables de la sala de estar que daba al dormitorio donde las había visto la noche anterior estaban cerradas, pero cruzaban por entre las grietas y se dejaban caer de una en una por el agujero de la cerradura, alargándose hasta convertirse en cuerdecillas al pasar, y volviendo a recuperar su tamaño al salir. Algunas, como si estuvieran explorando, rozaban los escalones que daban al pasillo en cuyo extremo estaban las habitaciones de Inglis, y otras se arrastraban por los escalones inferiores que llevaban hasta donde yo me encontraba. Pero el descansillo estaba totalmente cubierto por ellas: tenía cortadas las salidas. No puedo expresar con palabras el horror helado que se apoderó de mí cuando vi aquello.

Finalmente se inició un movimiento general y fueron espesándose en los escalones que llevaban al dormitorio de Inglis. Gradualmente, como una especie de horrenda marea

de carne, avanzaron por el pasillo y vi que llegaban a su puerta las primeras, visibles gracias a la luminosidad gris clara que ellas mismas emitían. Una y otra vez traté de gritar y advertirle, aterrado siempre por la posibilidad de que pudieran darse la vuelta al oír mi voz y subir por mi escalera, pero pese a mis esfuerzos comprendí que ningún sonido salía de mi garganta. Se arrastraron por entre las aberturas de los goznes de su puerta, pasaron como lo habían hecho antes y yo me quedé clavado allí, haciendo esfuerzos impotentes por gritarle, por decirle que se escapara mientras tuviera tiempo.

El pasillo acabó por quedarse totalmente vacío: habían desaparecido todas y en ese momento tuve conciencia por primera vez del frío del piso de mármol sobre el que me hallaba descalzo. Por el este empezaba a despuntar el alba. Seis meses después me encontré con la señora Stanley en una casa de campo de Inglaterra. Hablamos de muchos temas y finalmente dijo:

—Creo que no le he visto desde que tuve las malas noticias sobre Arthur Inglis, hace ya un mes.

—No sé nada de ellas —respondí yo.

—¿No? Tiene cáncer. Ni siquiera aconsejan una operación, pues no hay esperanza de curación: dicen los doctores que está invadido.

Durante esos seis meses no creo que hubiera pasado un solo día en el que no hubiera recordado los sueños (o como prefiera llamarlos el lector) que tuve en Villa Cascana.

—Es horrible, ¿no le parece? —prosiguió ella—. Y siento que no puedo evitar la idea de que él pudo…

—¿Enfermar en la villa? —pregunté yo.

Ella me miró con cara de sorpresa.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó—. ¿Cómo sabía usted…?

Entonces me lo contó. Un año antes, en el dormitorio libre había habido un caso fatal de cáncer. Evidentemente, ella había buscado los mejores consejos, y le habían dicho que debía seguir los dictados de la máxima prudencia y que nadie debía dormir en la habitación, que esta había sido totalmente desinfectada y recientemente encalada y pintada. Pero...

La visita de J. H. Obereit a las tempojuelas

Gustav Meyrink

(1915)

En el cementerio de la parroquia del pequeño pueblo de Runkel, un lugar apartado, como fuera del mundo, descansaba para toda la eternidad el cuerpo de mi abuelo. Su tumba de piedra estaba prácticamente cubierta de musgo y apenas se leía el epitafio. Pero bajo dicho epitafio, tan reciente como si hubiera sido hecho ayer mismo, se ven con absoluta claridad cuatro letras alrededor de una cruz:

V
I
V
O[74]

VIVO. Eso quiere decir «estoy vivo». Ese fue el significado del que recibí noticia cuando leí por primera vez la inscripción, siendo apenas un niño. Una palabra que impresionó tan hondamente mi alma como si el muerto hubiera abandonado su tumba.

VIVO. Estoy vivo. Algo extraño, algo muy raro de ver en una tumba de piedra. Algo que aún hoy, al recordarlo, me provoca un vuelco del corazón. Y siempre, cuando rememoro aquel lejano día de mi infancia, experimento la sensación de que caí en un pozo interminable la primera vez que estuve ante la tumba de mi abuelo. La imaginación me hace ver a mi abuelo —al que no conocí vivo— yaciendo en su tumba, incorrupto a pesar del paso del tiempo, con las manos caídas a lo largo del cuerpo, con sus ojos abiertos y translúcidos como el cristal, inmóviles; alguien que ha escapado de la

putrefacción y espera paciente y silencioso el momento de resucitar. He visitado los cementerios de las parroquias de muchos pueblos, guiados mis pasos por un deseo vago, extraño, del que no puedo dar cuenta exacta, solo para leer los epitafios de las tumbas. Únicamente dos veces vi el anagrama de la cruz con la palabra VIVO, una en Danzig y otra en Nuremberg. En ambos casos el nombre del muerto había sido casi borrado por el dedo del tiempo; en ambos casos la palabra VIVO brillaba con toda la fuerza del instinto indomable de la vida.

De joven oí contar que mi abuelo no dejó escrita ni una sola línea. Por eso lo más apasionante, para mí, fue descubrir en el cajón de un viejo escritorio —un recuerdo de familia— cierta cantidad de notas escritas por él y encuadernadas como si de un libro se tratasen. En una de ellas leí esta extraña oración:

> *¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión?*

Eso me hizo atisbar alguna interpretación posible, más allá de su significado, de la palabra VIVO, que acompañaba continuamente mis pensamientos desde aquella edad tan temprana en que la vi y me dijeron qué significaba; una palabra que se me antojaba fantástica, casi un conjuro a repetir miles de veces, tanto como yo me la repetía en mis pensamientos, en sueños, en los momentos más insospechados de la vigilia. Si alguna vez había pensado que fue una mano extraña la que acaso escribiera VIVO en la tumba de mi abuelo, bajo su ya irreconocible epitafio, tras leer aquello que él mismo había escrito en las notas ya no me cupo duda alguna de que para él VIVO tuvo un significado mucho más profundo del que se me dijo cuando

era niño y del que yo mismo había supuesto antes de hallar sus escritos. Y como consecuencia de esta intuición comencé a interesarme por la vida del padre de mi padre. Y en tanto lo hice, y en tanto leí y estudié a lo largo de mucho tiempo todas y cada una de las líneas de aquellas notas, hoja tras hoja, confirmé que mi intuición primera contenía un razonamiento verosímil.

Muchas de esas notas, sin embargo, tienen un carácter tan privado que no sería propio darlas a conocer a otros ojos. Eso justifica que no entre yo en detalles, salvo en el caso de alguien que aparece ahí citado muchas veces, Johann Hermann Obereit. Lo que sí parece evidente a través de sus notas, a las que bien podríamos llamar sucintas memorias, es que mi abuelo fue miembro de una sociedad secreta llamada Los de Philae, una orden que hundía sus raíces en el antiguo Egipto y que había sido fundada, al parecer, por el legendario Hermes Trismegistus. Mi abuelo había anotado incluso ciertos rituales secretos y los signos para que los miembros se reconocieran entre sí. El nombre de Johann Hermann Obereit, como he dicho, aparecía frecuentemente citado. Fue químico y gran amigo de mi abuelo, por lo que pude entrever; tengo la impresión de que incluso vivieron juntos en Runkel.

Como es lógico, sentí deseos de saber muchas más cosas acerca de un antepasado tan notorio como lo fue mi abuelo, y acerca también de su renuncia del mundo para entregarse al estudio de una antigua filosofía que cultivaba el espíritu y solo el espíritu, por lo que entendí a través de la lectura de sus notas. Decidí entonces dirigirme a Runkel en busca de algún descendiente de Obereit, por si conservaba recuerdos familiares o cualquier escrito. Runkel es un pueblo pequeño y lejano, al margen del tiempo; un pueblo que parece nacido de un sueño o de un clamor ancestral, una especie de reliquia legada por la Edad Media. Sus callejas y pasajes son

estrechos como no puede suponerse, y silenciosos como la misma muerte. Impera allí el castillo de Runkelstein, señorío de los antiguos príncipes de Wied, levantado sobre la pura roca.

A la mañana siguiente a mi llegada me dirigí pronto al cementerio de la parroquia, llevado por un impulso irresistible. Despertaron de golpe los días de mi niñez y de mi primera juventud, para llenarme la memoria a medida que recorría las tumbas y leía mecánicamente sus epitafios y los nombres de quienes allí reposaban eternamente, mientras pisaba la hierba y las hojas caídas de los árboles. No tardé mucho en verme ante la tumba de mi abuelo, leyendo la mística inscripción. Y no pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que, en contra de lo que había supuesto, no estaba solo.

Un anciano de cabello blanco y surcos muy pronunciados en el rostro, se hallaba sentado en una tumba algo más allá, con la barbilla apoyada en la empuñadura de marfil de su bastón. Me miró con curiosidad a medida que me dirigía hacia él; vi que sus ojos eran brillantes, muy vivos; los ojos de alguien que, al mirar, recuerda. Vestía ropas muy anticuadas, las propias de los retratos del tiempo de Luis Felipe, o de los comienzos de la era victoriana. Estaba atónito, no tanto por su presencia como por la intuición que me hacía temblar conmocionado mientras avanzaba lentamente hacia donde se encontraba aquel hombre. Y sin parar le pregunté sin más si era Obereit.

—Sí, yo soy Johann Hermann Obereit —dijo el anciano sin dar muestras de sorpresa ante mi pregunta.

Me faltó el aliento al oírle hablar. No disminuyeron ni mi sorpresa ni mi emoción durante todo el tiempo que estuvimos hablando. No es común una experiencia como la que tuve, la de hablar cara a cara con un hombre de aspecto mucho más viejo que el mío entonces, yo que tantos años de

vida tenía cuando nos encontramos. Me dijo que contaba con un siglo y medio de años a sus espaldas, por lo que no pude por menos que sentirme un niño ante él, a pesar de mis canas, cuando hablaba de Napoleón y de otros personajes históricos a los que había conocido, como quien habla de amigos que murieron ayer.

—En Runkel —dijo sonriendo—, creen que soy en realidad mi nieto… —y señaló una tumba por la que pasábamos, pues habíamos comenzado a caminar entre las sepulturas, en la que se veía con claridad el año de 1798—. Lo cierto es que soy yo quien debería yacer de verdad ahí —siguió diciendo—, y como no quiero que la gente de por aquí me tome por una especie de Matusalén, por eso digo que soy mi nieto y por eso está ahí mi sepultura vacía. La palabra VIVO —dijo como si me adivinara el pensamiento— solo aparecerá en esa tumba si alguna vez muero realmente.

Nos hicimos muy amigos e insistió en que me quedara allí. Estuve un mes entero en Runkel; noche tras noche nos entregábamos a profundas reflexiones y debates sobre un sinfín de cosas. Pero siempre que le preguntaba por el significado de aquella sentencia leída entre las notas de mi abuelo, cambiaba de conversación.

—¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión? ¿Qué quiere decir eso? —le preguntaba yo.

Una noche, la última que pasaría en Runkel, hablamos de los antiguos procesos contra las brujas. Dije que aquellas pobres mujeres no eran más que histéricas bárbaramente sacrificadas, cuando me replicó con una pregunta:

—¿Así que no cree usted que un hombre pueda abandonar su cuerpo y vivir a través de las edades? —dijo mirándome intensamente.

Negué con la cabeza.

—Eso me parece delirante —respondí, echándome a reír —. En cuanto a las brujas, creo que está suficientemente probado que accedían al trance mediante la ingestión de narcóticos, eso es lo que las llevaba a creer que abandonaban su cuerpo y volaban en escobas.

Pareció sumirse en una profunda reflexión.

—Puede que usted crea que yo mismo viajo a través de las edades solo con mi imaginación —dijo al fin y volvió a sumirse en una especie de meditación.

Tras un largo silencio, que no interrumpí, se levantó lentamente para dirigirse a su escritorio. Volvió con un pequeño volumen entre las manos.

—Quizá pueda interesarle algo que escribí a raíz de una experiencia vivida hace muchos años —señaló—. Debo decirle, sin embargo, que en aquel tiempo era yo muy joven y aún estaba lleno de esperanza.

Comprendí por la expresión de sus ojos, tristes entonces, que en efecto aquello lo había escrito muchos años atrás.

—Siempre he creído —comenzó a decir— en eso a lo que los hombres llaman vida. A pesar de todo lo que me ha ocurrido con el paso del tiempo… Perdí cuanto más quería: mi esposa, mis hijos… todo… Entonces, cuando más solo me hallaba en este mundo, tuve la ventura de conocer a su abuelo… Fue él quien me ayudó a comprender que nuestros deseos y aspiraciones solo son expectativas, ilusiones, una larga espera… Y me ayudó a comprender igualmente cómo se enraciman, cómo se devoran entre sí las esperanzas, las expectativas, la espera, para quitarnos del rostro la máscara y que rueden las lágrimas propias del llanto de esos fantasmagóricos vampiros que penan eternamente. Llamamos a ese proceso el tiempo de las sanguijuelas, pues son las sanguijuelas las que succionan la sangre de nuestro corazón, henchido de tiempo, para quitarnos la savia de la vida. El tiempo, amigo mío, es una sanguijuela. En esta

misma habitación en la que nos encontramos decidí hace muchos años emprender la conquista de la muerte mediante el estrangulamiento de todas las esperanzas, tan devastadoras como ese tiempo que indefectiblemente deviene en una sanguijuela. Y entonces… —hizo una pausa y respiró profundamente para hallar de nuevo el resuello que le faltaba—, y entonces me convertí en una especie de leño que no diferencia si lo acarician o si lo golpean con el hacha, si lo arrojan al agua o lo echan al fuego… Desde aquel día, al menos eso quiero creer, me he desprovisto del sufrimiento consustancial a la esperanza. Ya no necesito buscar consuelo; en realidad, ya no preciso de nada. Además, ¿dónde podría hallar lo que necesitara? Sé qué soy, naturalmente; sé también quién soy… Sé que vivo… Pero hay una diferencia fundamental entre vivir y estar vivo.

—Lo que dice parece muy simple, pero es terrible —lo interrumpí profundamente conmovido por sus palabras.

—No crea. Las cosas son simplemente lo que parecen —dijo sonriendo tristemente—; el problema radica en que albergamos esperanzas. Al margen de este sentimiento, de este dolor de corazón, le aseguro que se ve uno imbuido de una suerte de beatitud que acaso comprenda usted si le digo que es muy parecida a un sueño confortador. Es una especie de dulce melodía que calma los nervios. Y en esa calma puedo saber quién soy realmente. Cuando nace en el corazón esa melodía, ya no muere. Ni durante el sueño, ni cuando el mundo exterior nos llama y agita con sus oleadas, ni cuando llega la hora de la muerte cesa esa melodía.

»Le diré por qué mueren los hombres tan pronto, por qué no viven esos miles de años que dicen las escrituras de los antiguos patriarcas que debe vivir el hombre… Son como las primeras hojas del árbol, pero olvidan que pertenecen al tronco; por eso mueren los hombres en el primer otoño… Ahora le diré cómo he logrado preservar mi cuerpo de esa

devastación. Hay una doctrina antigua, muy antigua, tanto como la misma humanidad, que se ha transmitido oralmente hasta nuestros días, aunque son muy pocos los que la conocen. Esa doctrina nos enseña a mantenernos en pie ante el umbral de la muerte, y a traspasarlo incluso sin perder la conciencia de que lo hacemos; solo el que ha muerto en su primer otoño lo traspasa inconscientemente. Quien logra traspasar incólume ese umbral deviene en un maestro de sí mismo, en un hacedor de su propia existencia. Así gana un nuevo ser, en sí mismo, sin dejar de ser…

»Y ese nuevo ser que refuerza el sí mismo es la herramienta que nos da la facultad de convertir nuestras manos y nuestros pies en los órganos imprescindibles. El latido del corazón y nuestro hálito insuflan la vida al espíritu, capaz así de ir en pos del tiempo, a través de las edades, como fueron los israelitas tras salir de Egipto, como las aguas del Mar Rojo se hicieron a un lado para permitirles el paso. Así he ido yo, a través del tiempo, a despecho de las torturas sufridas, preservando siempre a mi espíritu de los sinsabores para fortalecer el cuerpo y hacer que solo obedezca a mi espíritu. Muy pronto me sentí libre de ataduras, como nos sentimos al soñar que volamos… Pero también es cierto que alguna vez sentí que caía irremediablemente hasta verme arrastrado por una corriente negra que parecía ir del sur al norte. En nuestro lenguaje gnóstico llamamos a eso cruzar el Jordán. Vadear peligrosamente la existencia, no tanto con el agua al cuello como con la sangre a la altura de nuestras orejas. Cuando hice ese tránsito oí voces que me alertaban, que me llamaban a volver atrás. Estuve a punto de hacerlo, asustado, temeroso ante aquellas voces que me invitaban a desistir como tantos lo habían hecho. Pero entonces vi unas piedras que sobresalían del agua y a las que me así, resistiendo al torrente hasta que pude nadar y alcanzar la

orilla. Allí me vi, en mitad de la noche, desnudo como un niño recién nacido. Habían desaparecido de mí los caracteres de mi sexo, pero poseía ahora un tercer ojo, que era como el ojo de Polifemo. Un ojo que me guiaba en la oscuridad y me llevaba de tierra en tierra y de isla en isla.

»Fui a lo largo de un camino bañado por la luna, pero no sentía el suelo bajo mis pies. Cuando intentaba tocar los árboles o los arbustos, no los sentía en mis manos. Era como si hubiese entre lo que me rodeaba y yo una cortina de aire que me impidiera el contacto. La fosforescencia de las hojas y de las ramas caídas todo lo cubría, imposibilitando la visión. Pero el perfil de las cosas semejaba vagamente la existencia de algo blando y húmedo como los moluscos y todo parecía extraordinariamente sobredimensionado. Pájaros de grandes plumas, pájaros de ojos redondos y enormes… Animales como perros gigantescos que se deslizaban lentamente sobre el musgo para acercarse a mí y observarme… Había una viscosidad indescriptible en todos aquellos extraños seres que me rodeaban. Eso me hizo cobrar consciencia de quién era realmente, y de lo que era: algo tan real como lo que me rodeaba; algo, a la vez, tan deletéreo como lo que me rodeaba; algo, en fin, que habitaba las sombras a medias entre lo terrenal y lo imposible; a medias entre lo real y lo que parecía soñado, como esas sombras que se devoran a sí mismas en la muy larga espera de la felicidad. Como el hambre que mata a los cachorros de los animales del bosque, cuando sus madres salen en busca de alimento y tardan en volver, así crecen los espectros en esa región de los espíritus, y así los espectros, para no morir definitivamente, absorben la sangre de las criaturas de este mundo, como las sanguijuelas y como las arañas. Los poderes de la vida no son nada, pues ante ese ansia de sangre se desvanece toda esperanza; todo es voracidad en ese país del tiempo de las sanguijuelas; y solo

la voracidad impera mientras alguien aguarda en vano la culminación de sus esperanzas.

»Tras salir milagrosamente indemne de ese tránsito, llegué a una ciudad habitada por mucha gente… A unos los había conocido en la tierra. Traté de preservarme, cuanto me fue posible, de sus vanas esperanzas; más aún, traté de abortar sus propias esperanzas. Vi que cuanto más erraban a la espera de la concreción de sus esperanzas, más caían en la devastación que los tornaba vampiros, esos seres demoníacos que habían devorado sus corazones sin que pudieran darse cuenta, precisamente porque los vampiros también albergan la esperanza de vivir a través de las edades para redimirse y así van devorando el tiempo y la vida de los píos. Y así vi cómo también los píos se convierten en monstruos de grandes garras y ojos encendidos, en busca de sangre con la que hinchar sus mejillas. En aquella ciudad vi también un banco con un letrero que anunciaba en sus ventanas:

Fortuna
Despacho de Lotería
Todos los boletos
son ganadores
del Primer Premio.

»De aquel banco salía gente arrastrando sacos llenos de oro, mostrando grandes sonrisas triunfales en sus rostros de labios tumefactos: eran fantasmas que se habían dejado la existencia en la tierra buscando la suerte, insaciables de ganancias. Entré en el gran vestíbulo del banco, que semejaba un templo colosal, con columnas que parecían llegar al cielo. Allí, en su trono hecho con sangre coagulada, reinaba un monstruo con cuatro brazos. Su cuerpo era humano, pero tenía la cabeza de una hiena y reía abriendo

sus grandes mandíbulas. Era el dios de la guerra, aquel a quien las naciones más salvajes y supersticiosas elevan sus preces para pedir la victoria sobre el enemigo. Lleno de horror salí corriendo, angustiado por aquella atmósfera de corrupción y decadencia. Me perdí en las calles, pero solo para desembocar ante un palacio esplendoroso como nunca me había sido dado contemplar palacio alguno. Todo, las piedras, la ornamentación, el esplendor, en fin, me resultaba familiar. Era como si yo mismo lo hubiera construido, o soñado. Comencé a subir la escalinata de mármol. En la gran puerta que había ante mí pude leer… mi nombre: JOHANN H. OBEREIT. Entré. Una vez en el interior me vi con un manto de púrpura y sentado a una mesa en la que había manjares propios de un festín. Miles de esclavas bellísimas servían ese festín. De inmediato reconocí en ellas a todas las mujeres que dieron placer a mis sentidos a lo largo de mi vida, incluso aquellas con las que solo pasé un momento.

»Un sentimiento de odio indescriptible me invadió cuando reparé en que todas ellas no me habían hecho sino caer en la perversión vestida con todos los lujos que había sido mi vida; fue así como yo mismo hice un llamamiento a mi salvación acudiendo a mi propio ser, el único que podía liberarme de las vanas esperanzas y de las expectativas que aún anidaban en mi alma. Con auténtico pavor contemplé entonces el discurrir de mi vida entera, una vida desperdiciada en la espera, en la constante espera que solo conduce a la muerte. En ese sentimiento pasé unas pocas horas. Como una burbuja había transcurrido mi vida. Le aseguro que lo último que vemos en esta tierra es precisamente lo que genera nuevas esperanzas, una nueva espera. El mundo entero viene a ser preservado de sus miserias, así, por el pestífero hálito de lo decadente. ¿Quién no ha experimentado esa enervante debilidad que se apodera de uno cuando está sentado en la sala de espera de

un médico o de un abogado? Pues eso a lo que llamamos vida no es más que la sala de espera de la muerte.

»Repentinamente había comprendido al fin qué es el tiempo. Nosotros mismos estamos hechos al margen del tiempo. Los cuerpos parecen algo en sí mismos, pero no son más que tiempo coagulado. Nuestro diario peregrinar solo nos conduce a la tumba, que es una forma de regresar al tiempo, y de esperar en vano la consecución final de las esperanzas, pero los síntomas de ese proceso no son distintos de los que se producen con el hielo, cuando vuelve a ser agua. Ahora lo comprendo todo, al fin; este conocimiento hierve en mi mente y me llena de dudas que se acrecientan de continuo y hacen que el conocimiento muestre un gesto de horror en el rostro con que me alumbra. Hace años que supe qué tenía que hacer: luchar contra la muerte con todas las armas disponibles; luchar contra esos fantasmas que succionan nuestra sangre como los vampiros. Sí, los vampiros saben perfectamente cómo hacerse invisibles a los hombres, cómo ocultarse a nuestras miradas, pues nuestros ojos son los parásitos de nuestra existencia. Esa es la mayor y más diabólica treta de los vampiros: hacernos creer que no existen. Pero desde que adquirí ese conocimiento del que le he hablado, mi vida gira en torno a dos ideas: expulsar la idea de la ilusión y la idea de la espera.»

—Creo —intervine entonces, aprovechando un silencio del anciano— que yo no sería capaz de dar ese primer paso necesario para emprender el viaje del que usted me ha hablado. Y lo creo así porque estoy seguro de que mi alma, como la de todos los hombres, se alimenta de la ilusión y de la espera, y solo contraviniendo esos anhelos del alma podrá llegar al estado de placidez que usted propone. Mi alma vive de la esperanza… Pero…

—Sí, pues contravenga usted a su alma —me interrumpió—. La esperanza vive en usted mismo, en su propia vida. Bien, sea usted el eje sobre el cual tenga que girar su alma, no permita que el proceso siga produciéndose a la inversa. Conviértase en un autómata, conviértase en un muerto viviente, eso es lo que le sugiero… No se deje tentar por las frutas más sabrosas y así acabará con la esperanza del deleite. No alargue usted jamás una mano, para que nadie se la tome. Al principio parecerá usted un vagabundo penando en busca de consuelo por los desiertos, pero lentamente su soledad le hará descubrir el brillo real de las cosas, por lo que podrá contemplarlas en su verdad —tanto las más bellas como las más feas—; y comprenderá entonces que la verdad de las cosas es su único esplendor. Todo, así, carecerá para usted de importancia, y le dará a la vez lo mismo que las cosas no la tengan… Todo evento, todo cuanto suceda ante sus ojos, será importante en la misma medida en que carecerá de toda importancia. Será como matar al dragón y beber su sangre; podrá decirse entonces: navegué a través de un mar sin orillas y de una vida sin fin, con velas de nieve.

Todo lo anterior fueron las últimas palabras que me dijo Johann Hermann Obereit. No he vuelto a verlo. Han pasado muchos años desde aquel día, pero he tratado de seguir, tan bien como me ha sido posible hacerlo, su doctrina. No obstante, ni la ilusión ni la espera son ajenas a mi corazón. Soy quizá demasiado débil como para arrancar de mí esas palabras, por lo que seguramente jamás adornará mi tumba esta leyenda:

V
I
V
O

La música de Eric Zann

H. P. Lovecraft

(1921)

He examinado varios planos de la ciudad con suma atención, pero no he vuelto a encontrar la Rue d’Auseil. No me he limitado a manejar mapas modernos, pues sé que los nombres cambian con el paso del tiempo. Muy al contrario, me he sumergido a fondo en todas las antigüedades del lugar y he explorado en persona todos los rincones de la ciudad, cualquiera que fuese su nombre, que pudiera responder a la calle que en otro tiempo conocí como Rue d’Auseil. Pero a pesar de todos mis esfuerzos, no deja de ser una frustración que no haya podido dar con la casa, la calle o siquiera el distrito en donde, durante mis últimos meses de depauperada vida como estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Eric Zann.

Que me falle la memoria no me sorprende lo más mínimo, pues mi salud, tanto física como mental, se vio gravemente trastornada durante el período de mi estancia en la Rue d’Auseil y no recuerdo haber llevado allí a ninguna de mis escasas amistades. Pero que no pueda volver a encontrar el lugar resulta extraño a la vez que me deja perplejo, pues estaba a menos de media hora andando de la universidad y se distinguía por unos rasgos característicos que difícilmente podría olvidar quien hubiese pasado por allí. Lo cierto es que jamás he encontrado a nadie que haya estado en la Rue d’Auseil.

La Rue d’Auseil quedaba al otro lado de un oscuro río bordeado de empinados almacenes de ladrillo con los cristales de las ventanas empañados, y se accedía a ella por un macizo puente de piedra ennegrecida. Estaba siempre

lóbrego el curso de aquel río, como si el humo procedente de las fábricas vecinas impidiera el paso de los rayos del sol a perpetuidad. Las aguas despedían, asimismo, un hedor que no he vuelto a percibir en ninguna otra parte y que quizás algún día me ayude a dar con el lugar que busco, pues estoy seguro de que reconocería ese olor al instante. Al otro lado del puente podían verse una serie de calles adoquinadas y con raíles; luego venía la subida, gradual al principio, pero de una pendiente increíble a la altura de la Rue d'Auseil.

Jamás he visto una calle más angosta y empinada como la Rue d'Auseil. Cerrada a la circulación rodada, casi era un precipicio consistente en algunos lugares en tramos de escaleras que culminaban en la cresta en un impresionante muro cubierto de hiedra. El pavimento era irregular: unas veces losas de piedra, otras adoquines y a veces pura y simple tierra con incrustaciones de vegetación de un color verdoso y grisáceo. Las casas altas, con los tejados rematados en pico, increíblemente antiguas y estaban inclinadas a la buena de Dios hacia delante o hacia un lado. De vez en cuando podían verse dos casas con las fachadas frente por frente e inclinadas hacia delante, hasta el punto de formar casi un arco en medio de la calle; lógicamente, apenas luz alguna llegaba al suelo que había debajo de ellas. Entre las casas de uno y otro lado de la calle había unos cuantos puentes elevados.

Los vecinos de aquella calle me producían una extraña impresión. Al principio pensé que era debido a su natural silencioso y taciturno, pero luego lo atribuí al hecho de que todos allí eran ancianos. No sé cómo pude ir a parar a semejante calle, pero no fui yo ni mucho menos el único que se mudó a vivir a aquel lugar. Había vivido en muchos sitios destartalados, de los que siempre me había visto desalojado por no poder pagar la renta, hasta que finalmente un día me di de bruces con aquella casa medio en ruinas de la Rue

d’Auseil que guardaba un paralítico llamado Blandot. Era la tercera casa según se miraba desde la parte superior de la calle, y la más alta de todas con diferencia.

Mi habitación estaba en el quinto piso. Era la única habitada en aquella planta, pues la casa estaba prácticamente vacía. La noche de mi llegada oí una música extraña procedente de la buhardilla que tenía justo encima, y al día siguiente inquirí al viejo Blandot por el intérprete de aquella música. Me dijo que la persona en cuestión era un anciano violinista de origen alemán, un hombre mudo y un tanto extraño, que firmaba con el nombre de Eric Zann y que por las noches tocaba en una orquestilla teatral. Y añadió que la afición de Zann a tocar por la noches a la vuelta del teatro era el motivo que le había llevado a instalarse en aquella alta y solitaria habitación abuhardillada, cuya ventana de gablete era el único punto de la calle desde el que podía divisarse el final del muro en declive y la panorámica que se ofrecía del otro lado del mismo.

En adelante no hubo noche que no oyera a Zann, y, aunque su música me mantenía despierto, había algo extraño en ella que me turbaba. No obstante ser yo escasamente conocedor de aquel arte, estaba convencido de que ninguna de sus armonías tenía nada que ver con la música que había oído hasta entonces, de lo que deduje que tenía que tratarse de un compositor de singular talento. Cuanto más la escuchaba más me atraía aquella música, hasta que al cabo de una semana decidí darme a conocer a aquel anciano.

Una noche, cuando Zann regresaba del trabajo, le salí al paso del rellano de la escalera y le dije que me gustaría conocerlo y acompañarlo mientras tocaba. Era pequeño de estatura, delgado y andaba algo encorvado, con la ropa desgastada, ojos azules, una expresión entre grotesca y

satírica y prácticamente calvo. Su reacción ante mis primeras palabras fue violenta a la vez que temerosa. Con todo, el talante amistoso de mis maneras acabó por aplacarlo, y a regañadientes me hizo señas para que lo siguiera por la oscura, agrietada y desvencijada escalera que llevaba a la buhardilla. Su habitación, una de las dos que había en aquella buhardilla de techo inclinado, estaba orientada al oeste, hacia el muro que formaba el extremo superior de la calle. Era de grandes dimensiones, y aun parecía mayor por la total desnudez y abandono en que se encontraba. Por todo mobiliario había una delgada armadura metálica de cama, un deslustrado lavamanos, una mesita, una gran estantería, un atril y tres anticuadas sillas. Apiladas en desorden por el suelo se veían multitud de partituras. Las paredes eran de tableros desnudos, y lo más probable es que no hubieran sido revocadas en la vida; por otro lado, la abundancia de polvo y telarañas por doquier hacían que el lugar pareciese más abandonado que habitado. En suma, el bello mundo de Eric Zann debía sin duda encontrarse en algún remoto cosmos de su imaginación.

Indicándome por señas que me sentara, mi anciano y mudo vecino cerró la puerta, echó el gran cerrojo de madera y encendió una vela para aumentar la luz de la que ya portaba consigo. A continuación, sacó el violín de la apolillada funda y, cogiéndolo entre las manos, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No utilizó para nada el atril, pero, sin darme opción y tocando de memoria, me deleitó por espacio de más de una hora con melodías que sin duda debían ser creación suya. Tratar de describir su exacta naturaleza es prácticamente imposible para alguien no versado en música. Era una especie de fuga, con pasajes reiterados verdaderamente embriagadores, pero en especial

para mí por la ausencia de las extrañas notas que había oído en anteriores ocasiones desde mi habitación.

No se me iban de la cabeza aquellas obsesivas notas, e incluso a menudo las tarareaba y silbaba para mis adentros aunque sin gran precisión, así que cuando el solista depuso finalmente el arco le rogué que me las interpretara. Nada más oír mis primeras palabras aquella arrugada y grotesca faz perdió la expresión benigna y ausente que había tenido durante toda al interpretación, y pareció mostrar la misma curiosa mezcolanza de ira y temor que cuando lo abordé por vez primera. Por un momento intenté recurrir a la persuasión, disculpando los caprichos propios de la senilidad; hasta traté de despertar los exaltados ánimos de mi anfitrión silbando unos acordes de la melodía escuchada la noche precedente. Pero al instante hube de interrumpir mis silbidos, pues cuando el músico mudo reconoció la tonada su rostro se contorsionó de repente adquiriendo una expresión imposible de describir, al tiempo que alzaba su larga, fría y huesuda mano instándome a callar y no seguir la burda imitación. Y al hacerlo demostró una vez más su rareza, pues echó una mirada expectante hacia la única ventana con cortinas, como si temiera la presencia de algún intruso; una mirada doblemente absurda pues la buhardilla estaba muy por encima del resto de los tejados adyacentes, lo que la hacía prácticamente inaccesible, y además, por lo que había dicho el portero, la ventana era el único punto de la empinada calle desde el que podía verse la cumbre por encima del muro.

La mirada del anciano me hizo recordar la observación de Blandot, y de repente se me antojó satisfacer mi deseo de contemplar la amplia y vertiginosa panorámica de los tejados a la luz de la luna y las luces de la ciudad que se extendían más allá de la cumbre, algo que de entre todos los moradores de la Rue d’Auseil sólo le era dado ver a aquel

músico de avinagrado carácter. Me acerqué a la ventana y estaba ya a punto de correr las indescriptibles cortinas cuando, con una violencia y terror aún mayores que los de hasta entonces había hecho gala, mi mudo vecino se abalanzó de nuevo sobre mí, esta vez indicándome con gestos de la cabeza la dirección de la puerta y esforzándose agitadamente por alejarme de allí con ambas manos. Ahora, decididamente enfadado con mi vecino, le ordené que me soltara, que no pensaba permanecer allí ni un momento más. Viendo lo agraviado y disgustado que estaba, me soltó a la vez que su ira remitía. Al momento, volvió a agarrarme con fuerza, pero esta vez en tono amistoso, y me hizo sentarme en una silla; luego, con aire meditabundo, se acercó a la desordenada mesa, cogió un lápiz y se puso a escribir en un francés forzado, propio de un extranjero.

La nota que finalmente me extendió era una súplica en la que reclamaba tolerancia y perdón. En ella, Zann decía ser un solitario anciano afligido por extraños temores y trastornos nerviosos relacionados con su música, amén de otros problemas. Le encantaba que escuchara su música, y deseaba que volviera más noches y no le tomara en cuenta sus rarezas. Pero no podía tocar para otros sus extraños acordes ni tampoco soportar que los oyeran; asimismo, tampoco podía aguantar que otros tocaran en su habitación. No había sabido, hasta nuestra conversación en el rellano de la escalera, que desde mi habitación podía oír su música, y me rogaba encarecidamente que hablase con Blandot para que me diera una habitación en un piso más bajo donde no pudiera oírlo por la noche. Cualquier diferencia en el precio del alquiler correría de su cuenta.

Mientras trataba de descifrar el execrable francés de aquella nota, mi compasión hacia aquel pobre hombre fue en aumento. Era, al igual que yo, víctima de trastornos físicos y nerviosos, y mis estudios de metafísica me habían

enseñado que en tales casos se requería compresión más que nada. En medio de aquel silencio se oyó un ligero ruido procedente de la ventana; el viento nocturno debió hacer resonar la persiana, y por alguna razón que se me escapaba di un respingo casi tan brusco como el de Eric Zann. Cuando terminé de leer la nota, le di la mano a mi vecino y salí de allí en calidad de amigo suyo.

Al día siguiente Blandot me dio una habitación algo más cara en el tercer piso, situado entre la pieza de un anciano prestamista y la de un honrado tapicero. En el cuarto piso no vivía nadie.

No tardé en darme cuenta de que el interés mostrado por Zann en que le hiciera compañía no era lo que creí entender cuando me persuadió a mudarme del quinto piso. Nunca me llamó para que fuera a verlo, y cuando lo hacía parecía encontrarse a disgusto y tocaba con desgana. Las veladas siempre tenían lugar de noche, pues durante el día dormía y no admitía visitas. Mi afecto hacia él no aumentó, aunque parecía como si aquella buhardilla y la extraña música que tocaba mi vecino ejercieran una extraña fascinación sobre mí. No se me había ido de la cabeza el indiscreto deseo de mirar por aquella ventana y ver qué había por encima del muro y abajo, en la invisible pendiente con los rutilantes tejados y chapiteles que debían divisarse desde allí. En cierta ocasión subí a la buhardilla en horas de teatro, mientras Zann estaba fuera, pero la puerta tenía echado el cerrojo. Para lo que sí me las arreglé, en cambio, fue para oír las interpretaciones nocturnas de aquel anciano mudo. Al principio, iba de puntillas hasta mi antiguo quinto piso, y con el tiempo me atreví incluso a subir el último y chirriante tramo de la escalera que llevaba hasta la buhardilla. Allí, en el angosto rellano, al otro lado de la atrancada puerta que tenía el agujero de la cerradura tapado, pude oír con relativa frecuencia sonidos que me embargaron con un indefinible

temor, ese temor a algo impreciso y misterioso que se cierne sobre uno. No es que los sonidos fuesen espantosos, pues ciertamente no lo eran, sino que sus vibraciones no guardaban parangón alguno con nada de este mundo, y a intervalos adquirían una calidad sinfónica que difícilmente podría imaginarme proviniese de un solo músico. No había duda, Eric Zann era un genio de irresistible talento. A medida que pasaban las semanas las interpretaciones fueron adquiriendo un ritmo más frenético, y el semblante del anciano músico fue tomando un aspecto cada vez más demacrado y huraño digno de la mayor compasión. Ya no me dejaba pasar a verlo, fuese cual fuese la hora a que llamara, y me rehuía siempre que nos encontrábamos en la escalera.

Una noche, mientras escuchaba desde la puerta, oí al chirriante violín dilatarse hasta producir una caótica babel de sonidos, un pandemonio que me habría hecho dudar de mi propio juicio si desde el otro lado de la atrancada puerta no me hubiera llegado una lastimera prueba de que el horror era auténtico: el espantoso e inarticulado grito que sólo la garganta de un mudo puede emitir, y que sólo se alza en los momentos en que la angustia y el miedo son más irresistibles. Golpeé repetidas veces en la puerta, pero no percibí respuesta. Luego, aguardé en el oscuro rellano, temblando de frío y miedo, hasta que oí los débiles esfuerzos del desventurado músico por incorporarse del suelo con ayuda de una silla. Creyendo que recuperaba el sentido tras haber sufrido un desmayo, renové mis golpes al tiempo que profería en voz alta mi nombre con objeto de tranquilizarle. Oí a Zann tambaleándose hasta llegar a la ventana y cerrar las cortinas y el bastidor, y luego dirigirse dando traspiés hacia la puerta, que abrió de forma vacilante para dejarme paso. Esta vez saltaba a la vista que estaba encantado de tenerme a su lado, pues su descompuesta

cara resplandecía de alivio mientras me agarraba del abrigo, como haría un niño de las faldas de su madre.

Presa de patéticos temblores, el anciano me hizo sentarme en una silla mientras él se dejaba caer en otra, junto a la que se encontraban tirados por el suelo el violín y el arco. Durante algún tiempo permaneció inactivo, haciendo extrañas inclinaciones de cabeza, pero dando la paradójica impresión de escuchar intensa y temerosamente. A continuación, pareció recobrar el ánimo, y sentándose en una silla junto a la mesa escribió una breve nota, me la entregó y volvió a la mesa, poniéndose a escribir frenética e incesantemente. En la nota me imploraba que, por compasión hacia él y si quería satisfacer mi curiosidad, no me levantara de donde estaba hasta que él acabase de redactar un exhaustivo informe en alemán sobre los prodigios y temores que le asediaban. En vista de ello, permanecí allí sentado mientras el lápiz del anciano mudo corría sobre el papel.

Habría transcurrido ya una hora, y yo seguía allí esperando mientras el anciano músico proseguía escribiendo febrilmente y las hojas se apilaban unas sobre otras, cuando, de repente, Zann dio un respingo como si hubiera recibido una fuerte sacudida. No cabía error; sus ojos miraban a la ventana con la cortina echada y escuchaba en medio de grandes temblores. Luego, creí oír un sonido, esta vez no era horrible sino que, muy al contrario, se asemejaba a una nota musical extraordinariamente baja e infinitamente lejana, como si procediera de algún músico que habitase en alguna de las casas próximas o en una vivienda allende el imponente muro por encima del cual nunca conseguí mirar. El efecto que le produjo a Zann fue terrible, pues, soltando el lápiz, se levantó al instante, cogió el violín entre las manos y se puso a desgarrar la noche con la más frenética interpretación que

había oído salir de su arco, a excepción de cuando lo escuchaba del otro lado de la atrancada puerta.

Sería inútil intentar describir lo que tocó Eric Zann aquella espantosa noche. Era infinitamente más horrible que todo lo que había oído hasta entonces, pues ahora podía ver la expresión dibujada en su rostro y podía advertir que en esta ocasión el motivo era el temor llevado a su máxima expresión. Trataba de emitir un ruido con el fin de alejar, o acallar algo, qué exactamente no sabría decir, pero en cualquier caso debía tratarse de algo pavoroso. La interpretación alcanzó caracteres fantásticos, histéricos, de auténtico delirio, pero sin perder ni una sola de aquellas cualidades de magistral genio de que estaba dotado aquel singular anciano. Reconocí la melodía —una frenética danza húngara que se había hecho popular en los medios teatrales —, y durante unos segundos reflexioné que aquella era la primera vez que oía a Zann interpretar una composición de otro autor.

Cada vez más alto, cada vez más frenéticamente, ascendía el chirriante y lastimero alarido de aquel desesperado violín. El solista emitía unos ruidos extraños al respirar y se contorsionaba cual si fuese un mono, sin dejar de mirar temerosamente a la ventana con la cortina echada. En aquellos frenéticos acordes creía ver sombríos faunos y bacantes que bailaban y giraban como posesos en abismos desbordantes de nubes, humo y relámpagos. Y luego me pareció oír una nota más estridente y prolongada que no procedía del violín; una nota pausada, deliberada, intencional y burlona que venía de algún lejano lugar en dirección oeste.

En este trance, la persiana comenzó a batir con fuerza debido a un viento nocturno que se había levantado en el exterior, como si fuese en respuesta a la furiosa música que se oía dentro. El chirriante violín de Zann se superó a sí

mismo y se lanzó a emitir sonidos que jamás pensé que pudieran salir de las cuerdas de un violín. La persiana trepidó con más fuerza, se soltó y comenzó a golpear con estrépito la ventana. Como consecuencia de los persistentes impactos en su superficie el cristal se hizo añicos, dejando entrar una bocanada de aire frío que hizo chisporrotear la llama de las velas y crujir las hojas de papel que había sobre la mesa en que Zann intentaba poner por escrito su abominable secreto. Eché una mirada a Zann y comprobé que estaba totalmente absorto en su tarea. Sus ojos estaban inflamados, vidriosos y ausentes, y la frenética música había acabado transformándose en una orgía desenfrenada e irreconociblemente automática que ninguna pluma podría siquiera intentar describir.

Una repentina bocanada, más fuerte que las anteriores, arrebató el manuscrito y se lo llevó hacia la ventana. Preso de la desesperación, me lancé tras las cuartillas que volaban por la habitación, pero ya se las había llevado el viento antes de conseguir llegar yo a las abatidas hojas de la ventana. En aquel momento recordé mi deseo aún insatisfecho de mirar desde aquella ventana, la única de la Rue d'Auseil desde la que podía verse la ladera que había al otro lado del muro y la urbe extendida a sus pies. La oscuridad era total, pero las luces de la ciudad estaban continuamente encendidas de noche por lo que esperaba poder verlas por entre la cortina de lluvia y viento. Pero cuando miré desde la ventana más alta de la buhardilla, mientras las velas seguían chisporroteando y el enajenado violín competía con los aullidos del nocturnal viento, no vi ciudad alguna debajo de mí ni percibí el resplandor de ninguna luz cordial procedente de calles conocidas, sino únicamente la oscuridad del espacio sin límites, un espacio lleno de música y movimiento, sin parecido alguno con ningún otro rincón de la tierra. Y mientras permanecía allí de

pie contemplando con espanto aquel inimaginable espectáculo, el viento apagó las dos velas que iluminaban aquella vieja buhardilla, sumiéndolo todo en la más brutal e impenetrable oscuridad. Ante mí no tenía sino el caos y el pandemonio más absoluto; a mi espalda, la endiablada enajenación de aquellos nocturnales desgarros de las cuerdas de violín.

Tambaleándome, volví al oscuro interior de la habitación. Sin poder encender una cerilla, derribé una silla y, finalmente, me abrí paso a tientas hasta el lugar de donde provenían los gritos y aquella increíble música. Debía tratar de escapar de aquel lugar en compañía de Eric Zann, cualesquiera que fuesen las fuerzas que hubiera de vencer. En cierto momento me pareció como si algo frío me rozara y lancé un grito de espanto, pero este fue sofocado por la música que salía de aquel horrible violín. De repente, en medio de aquella oscuridad total me rozó el arco que no cesaba de rasgar violentamente las cuerdas, con lo que pude advertir que me encontraba cerca del músico. Tanteé con las manos hasta tocar el respaldo de la silla de Zann, seguidamente, palpé y agité su hombro en un intento de hacerlo volver a sus cabales.

Pero Zann no respondió, y, mientras, el violín seguía chirriando sin mostrar la menor intención de parar. Puse la mano sobre su cabeza, logrando detener su mecánica inclinación y le grité al oído que debíamos escaparnos los dos de aquellos ignotos misterios que acechaban en la noche. Pero ni percibí respuesta ni Zann redujo el frenesí de su indescriptible música. Entre tanto, extrañas corrientes de aire parecían correr de un extremo a otro de la buhardilla en medio de la oscuridad y el desorden reinantes. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando le pasé la mano por el oído, aunque no sabría bien decir por qué… no lo supe hasta que no palpé su cara inmóvil, aquella cara helada, tersa, sin la

menor señal de respiración, cuyos vidriosos ojos sobresalían inútilmente en el vacío. Y a renglón seguido, tras encontrar milagrosamente la puerta y el gran cerrojo de madera, me alejé a toda prisa de aquel ser de vidriosos ojos que habitaba en la oscuridad y de los horribles acordes de aquel maldito violín cuya furia incluso aumentó tras mi precipitada salida de aquella estancia.

Salté, conservé el equilibrio, descendí volando las interminables escaleras de aquella tenebrosa casa; me lancé a correr sin rumbo fijo por la angosta, empinada y antigua calle de escalones y desvencijadas casas. Como una exhalación descendí las escaleras y salté por encima del adoquinado pavimento, hasta llegar a las calles de la parte baja y al hediondo y encajonado río; resollando, crucé el gran puente oscuro que conduce a las amplias y saludables calles y bulevares que todos conocemos… todas ellas son terribles impresiones que me acompañarán donde quiera que vaya. Aquella noche, recuerdo, no había viento ni brillaba la luna, y todas las luces de la ciudad resplandecían.

A pesar de mis afanosas pesquisas e indagaciones, no he vuelto a localizar la Rue d’Auseil. Pero no puedo decir que lo sienta demasiado, ya sea por todo esto o por la pérdida en insondables abismos de aquellas hojas con apretada letra que únicamente la música de Eric Zann podría haber explicado.

En donde suben y bajan las mareas

Lord Dunsany

(1922)

Soñé que había hecho algo horrible, tan horrible, que se me negó sepultura en tierra y en mar, y ni siquiera había infierno para mí. Esperé algunas horas con esta certidumbre. Entonces vinieron por mí mis amigos, y secretamente me asesinaron, y con antiguo rito y entre grandes hachones encendidos, me sacaron.

Esto acontecía en Londres, y furtivamente, en el silencio de la noche, me llevaron a lo largo de calles grises y por entre míseras casas hasta el río. Y el río y el flujo del mar pugnaban entre bancos de cieno, y ambos estaban negros y llenos de los reflejos de las luces. Una súbita sorpresa asomó a sus ojos cuando se les acercaron mis amigos con sus hachas fulgurantes. Y yo lo veía, muerto y rígido, porque mi alma aún estaba entre mis huesos, porque no había infierno para ella, porque se me había negado sepultura cristiana.

Me bajaron por una escalera cubierta de musgo y viscosidades, y así descendí poco a poco al terrible fango. Allí, en el territorio de las cosas abandonadas, excavaron una fosa. Después me depositaron en la tumba, y de repente arrojaron las antorchas al río. Y cuando el agua extinguió el fulgor de las teas, se vieron, pálidas y pequeñas, nadar en la marea; y al punto se desvaneció el resplandor de la calamidad, y advertí que se aproximaba la enorme aurora; mis amigos se taparon los rostros con sus capas, y la solemne procesión se dispersó, y mis amigos fugitivos desaparecieron calladamente.

Entonces volvió el fango cansadamente y lo cubrió todo, menos mi cara. Allí yacía solo, con las cosas olvidadas, con

las cosas amontonadas que las mareas no llevarán más adelante, con las cosas inútiles y perdidas, con los ladrillos horribles que no son tierra ni piedra. Nada sentía, porque me habían asesinado; mas la percepción y el pensamiento estaban en mi alma desdichada. La aurora se abría, y vi las desoladas viviendas amontonadas en la margen del río, y en mis ojos muertos penetraban sus ventanas muertas, tras de las cuales había fardos en vez de ojos humanos.

Y tanto hastío sentí al mirar aquellas cosas abandonadas, que quise llorar, mas no pude porque estaba muerto. Supe entonces lo que jamás había sabido: que durante muchos años aquel rebaño de casas desoladas había querido llorar también, mas, por estar muertas, estaban mudas. Y supe que también las cosas olvidadas hubiesen llorado, pero no tenían ojos ni vida. Y yo también intenté llorar, pero no había lágrimas en mis ojos muertos. Y supe que el río podía habernos cuidado, podía habernos acariciado, podía habernos cantado, mas él seguía corriendo sin pensar más que en los barcos maravillosos.

Por fin, la marea hizo lo que no hizo el río, y vino y me cubrió, y mi alma halló reposo en el agua verde, y se regocijó, e imaginó que tenía la sepultura del mar. Mas con el reflujo descendió el agua otra vez, y otra vez me dejó solo con el fango insensible, con las cosas olvidadas, ahora dispersas, y con el paisaje de las desoladas casas, y con la certidumbre de que todos estábamos muertos.

En el negro muro que tenía detrás, tapizado de verdes algas, despojo del mar, aparecieron oscuros túneles y secretas galerías tortuosas que estaban dormidas y obstruidas. De ellas bajaron al cabo furtivas ratas a roerme, y mi alma se regocijó creyendo que al fin se vería libre de los malditos huesos a los que se había negado entierro.

Pero pronto se apartaron las ratas y murmuraron entre sí. No volvieron más. Cuando descubrí que hasta las ratas me

execraban, intenté llorar de nuevo. Entonces, la marea vino retirándose, y cubrió el espantoso fango, y ocultó las desoladas casas, y acarició las cosas olvidadas, y mi alma reposó por un momento en la sepultura del mar. Luego me abandonó otra vez la marea. Y sobre mí pasó durante muchos años arriba y abajo. Un día me encontró el Consejo del Condado y me dio sepultura decorosa. Era la primera tumba en que dormía. Pero aquella misma noche mis amigos vinieron por mí, y me exhumaron, y me llevaron de nuevo al hoyo somero del fango.

Una y otra vez hallaron mis huesos sepultura a través de los años, pero siempre al fin del funeral acechaba uno de aquellos hombres terribles, quienes, no bien caía la noche, venían, me sacaban y me volvían nuevamente al hoyo del fango. Por fin, un día murió el último de aquellos hombres que hicieron un tiempo la terrible ceremonia conmigo. Oí pasar su alma por el río al ponerse el sol. Y esperé de nuevo.

Pocas semanas después me encontraron otra vez, y de nuevo me sacaron de aquel lugar en que no hallaba reposo, y me dieron profunda sepultura en sagrado, donde mi alma esperaba descanso. Y al punto vinieron hombres embozados en capas y con hachones encendidos para volverme al fango, porque la ceremonia había llegado a ser tradicional y de rito. Y todas las cosas abandonadas se mofaron de mí en sus mudos corazones cuando me vieron volver, porque estaban celosas de que hubiese dejado el fango. Debe recordarse que yo no podía llorar.

Y corrían los años hacia el mar adonde van las negras barcas, y las grandes centurias abandonadas se perdían en el mar, y allí permanecía yo sin motivo de esperanza y sin atreverme a esperar sin motivo por miedo a la terrible envidia y a la cólera de las cosas que ya no podían navegar.

Una vez se desató una gran borrasca que llegó hasta Londres y que venía del mar del Sur; y vino retorciéndose río

arriba empujada por el viento furioso del Este. Y era más poderosa que las espantosas mareas, y pasó a grandes saltos sobre el fango movedizo. Y todas las tristes cosas olvidadas se regocijaron y mezcláronse con cosas que estaban más altas que ellas, y pulularon otra vez entre los señoriles barcos que se balanceaban arriba y abajo. Y sacó mis huesos de su horrible morada para no volver nunca más, esperaba yo, a sufrir la injuria de las mareas. Y con la bajamar cabalgó río abajo, y dobló hacia el Sur, y tornóse a su morada. Y repartió mis huesos por las islas y por las costas de felices y extraños continentes. Y por un momento, mientras estuvieron separados, mi alma se creyó casi libre.

Luego se levantó, al mandato de la Luna, el asiduo flujo de la marea, y deshizo en un punto el trabajo del reflujo, y recogió mis huesos de las riberas de las islas de sol, y los rebuscó por las costas de los continentes, y fluyó hacia el Norte hasta que llegó a la boca del Támesis, y subió por el río y encontró el hoyo en el fango, y en él dejó caer mis huesos; y el fango cubrió algunos y dejó otros al descubierto, porque el fango no cuida de las cosas abandonadas.

Llegó el reflujo, y vi los ojos muertos de las cosas y la envidia de las otras cosas olvidadas que no había removido la tempestad. Y transcurrieron algunas centurias más sobre el flujo y el reflujo y sobre la soledad de las cosas olvidadas. Y allí permanecía, en la indiferente prisión del fango, jamás cubierto por completo ni jamás libre, y ansiaba la gran caricia cálida de la tierra o el dulce regazo del mar.

A veces encontraban los hombres mis huesos y los enterraban, pero nunca moría la tradición, y siempre me volvían al fango los sucesores de mis amigos. Al fin dejaron de pasar los barcos y fueron apagándose las luces; ya no flotaron más río abajo las tablas de madera, y en cambio llegaron viejos árboles descuajados por el viento, en su natural simplicidad.

Al cabo percibí que dondequiera a mi lado se movía una brizna de hierba y el musgo crecía en los muros de las casas muertas. Un día, una rama de cardo silvestre pasó río abajo. Por algunos años espié atentamente aquellas señales, hasta que me cercioré de que Londres desaparecía. Entonces perdí una vez más la esperanza, y en toda la orilla del río reinaba la ira entre las cosas perdidas, pues nada se atrevía a esperar en el fango abandonado. Poco a poco se desmoronaron las horribles casas, hasta que las pobres cosas muertas que jamás tuvieron vida encontraron sepultura decorosa entre las plantas y el musgo. Al fin apareció la flor del espino y la clemátide. Y sobre los diques que habían sido muelles y almacenes se irguió al fin la rosa silvestre. Entonces supe que la causa de la Naturaleza había triunfado y que Londres había desaparecido.

El último hombre de Londres vino al muro del río, embozado en una antigua capa, que era una de aquellas que un tiempo usaron mis amigos, y se asomó al pretil para asegurarse de que yo estaba quieto allí; se marchó y no le volví a ver: había desaparecido a la par que Londres.

Pocos días después de haberse ido el último hombre entraron las aves en Londres, todas las aves que cantan. Cuando me vieron, me miraron con recelo, se apartaron un poco y hablaron entre sí.

Sólo pecó contra el Hombre —dijeron—. No es cuestión nuestra.

Seamos buenas con él —dijeron.

Entonces se me acercaron y empezaron a cantar. Era la hora del amanecer, y en las dos orillas del río, y en el cielo, y en las espesuras que un tiempo fueron calles, cantaban centenares de pájaros. A medida que el día adelantaba, arreciaban en su canto los pájaros; sus bandadas espesábanse en el aire, sobre mi cabeza, hasta que se reunieron miles de ellos cantando, y después millones, y por

último no pude ver sino un ejército de alas batientes, con la luz del sol sobre ellas, y breves claros de cielo. Entonces, cuando nada se oía en Londres más que las miríadas de notas del canto alborozado, mi alma se desprendió de mis huesos en el hoyo del fango y comenzó a trepar sobre el canto hacia el cielo. Y pareció que se abría entre las alas de los pájaros un sendero que subía y subía, y a su término se entreabría una estrecha puerta del Paraíso. Y entonces conocí por una señal que el fango no había de recibirme más, porque de repente me encontré que podía llorar.

En este instante abrí los ojos en la cama de una casa de Londres, y fuera, a la luz radiante de la mañana, trinaban unos gorriones sobre un árbol; y aún había lágrimas en mi rostro, pues la represión propia se debilita en el sueño. Me levanté y abrí de par en par la ventana, y extendiendo mis manos sobre el jardincillo, bendije a los pájaros cuyos cantos me habían arrancado a los turbulentos y espantosos siglos de mi sueño.

Donde el fuego no se apaga

May Sinclair
(1923)

No había nadie en el huerto. Enriqueta Leigh salió furtivamente al campo por el portón de hierro sin hacer ruido. Jorge Waring, teniente de marina, la esperaba allí.

Muchos años después, siempre que Enriqueta pensaba en Jorge Waring, revivía el suave y tibio olor de vino de las flores de saúco, y siempre que olía flores de saúco reveía a Jorge con su bella y noble cara como de artista y sus ojos de azul negro.

Ayer mismo la había pedido en matrimonio, pero el padre de ella la creía demasiado joven, y quería esperar. Ella no tenía diecisiete años todavía, y él tenía veinte, y se creían casi viejos ya.

Ahora se despedían hasta tres meses más tarde, para la vuelta del buque de él. Después de pocas palabras de fe, se estrecharon en un largo abrazo, y el suave y tibio olor de vino de las flores de saúco se mezclaba en sus besos bajo el árbol.

El reloj de la iglesia dio las siete, al otro lado de campos de mostaza silvestre. Y en la casa sonó un gong.

Se separaron con otros rápidos y fervientes besos. Él se apuro por el camino a la estación del tren, mientras ella volvía despacio por la senda, luchando con sus lágrimas.

—Volverá en tres meses. Puedo vivir tres meses más —se decía.

Pero no volvió nunca. Su buque se hundió en el Mediterráneo, y Jorge con él.

Pasaron quince años.

Inquieta esperaba Enriqueta Leigh, sentada en la sala de su casita de Maida Leigh, donde habitaba sola desde hacía pocos años, después de la muerte de su padre. No alejaba su vista del reloj, esperando las cuatro, la hora que Oscar Wade había fijado. Pero no estaba muy segura de que él viniera, después de haber sido rechazado el día antes.

Y se preguntaba ella por qué razones lo recibía hoy, cuando el rechazo de ayer parecía definitivo, y había pensado ya bien que no debía verlo nunca más, y se lo había dicho bien claro.

Se veía a sí misma, erguida en su silla, admirando su propia integridad, mientras él quedaba de pie, cabizbajo, abochornado, vencido; volvía a oírse repetir que no podía y no debía verlo más, que no se olvidara de su esposa, Muriel, a quien él no debía abandonar por un capricho nuevo.

A lo que había respondido él, irritado y violento:

—No tengo por qué preocuparme de ella. Todo acabó entre nosotros. Seguimos viviendo juntos sólo por el qué dirán.

Y ella, con serena dignidad:

—Y por el qué dirán, Oscar, debemos dejar de vernos. Le ruego que se vaya.

—¿De veras lo dice?

—Sí. No nos veremos nunca más. No debemos.

Y él se había ido, cabizbajo, abochornado y vencido, cuadrando sus espaldas para soportar el golpe.

Ella sentía pena por él, había sido dura sin necesidad. Ahora que ella le había trazado su límite, ¿no podría, quizá, seguir siendo amigos? Hasta ayer no estaba claro ese límite, pero hoy quería pedirle que se olvidara de lo que había dicho.

Y llegaron las cuatro, las cuatro y media y las cinco. Ya había acabado ella con el té, y renunciado a esperar más, cuando cerca de las seis llegó él, como había venido una

docena de veces ya, con su paso medido y cauto, con su porte algo arrogante, sus anchas espaldas alzándose en ritmo. Era hombre de unos cuarenta años, alto y robusto, de cuello corto y ancha cara cuadrada y rósea, en la que parecían chicos sus rasgos, por lo finitos y bellos. El corto bigote, pardo rojizo, erizaba su labio, que avanzaba, sensual. Sus ojillos brillaban, pardos, rojizos, ansiosos y animales.

Cuando no estaba él cerca, Enriqueta gustaba de pensar en él; pero siempre recibía un choque al verlo, tan diferente, en lo físico al menos, de su ideal, que seguía siendo Jorge Waring.

Se sentó frente a ella, en un silencio molesto, que rompió al fin:

—Bueno; usted me dijo que podía venir, Enriqueta.

Parecía echar sobre ella toda la responsabilidad.

—¡Oh, sí; ya lo he perdonado, Oscar!

Y él dijo que lo mejor era demostrarlo cenando con él, a lo que ella no supo negarse, y, simplemente, fueron a un restaurante en Soho.

Oscar comía como gourmet, dando a cada plato su importancia, y ella gustaba con su liberalidad ostentosa sin la menor mezquindad.

Al fin terminó la cena. El silencio embarazoso de él, su cara encendida le decían lo que estaba pensando. Pero, de vuelta, juntos, él la había dejado en la puerta del jardín. Lo había pensado mejor.

Ella no estaba segura de si se alegraba o no por ello. Había tenido su momento de exaltación virtuosa, pero no hubo alegrías en las semanas siguientes. Había querido dejarlo porque no se sentía atraída, y ahora, después de haber renunciado, por eso mismo lo buscaba.

Cenaron juntos otra y otra vez, hasta que ella se conoció le restaurante de memoria: las blancas paredes con paneles

de marcos dorados; las blandas formas turcas, azul y punzó; los almohadones de terciopelo carmesí que se prendían a su saya; los destellos de la platería y cristalería en las innúmeras mesitas; y las fachas de todos colores, rasgos y expresiones de los clientes; y las luces en sus pantallitas rojas que teñían el aire denso de tabaco perfumado, como el vino tiñe el agua; y la cara encendida de Oscar, que se encendía más u más con la cena. Siempre, cuando él se echaba para atrás con su silla y pensaba, y cuando alzaba los párpados y la miraba fijo, cavilando, ella sabía qué era, aunque no en qué acabaría.

Recordaba a Jorge Waring y toda su propia vida desencantada, sin ilusiones ya. No lo había elegido a Oscar, y en verdad, no lo había estimado antes, pero ahora que él se había impuesto a ella no podía dejarlo ir. Desde que Jorge había muerto, ningún hombre la había amado, ninguno la amaría ya. Y había sentido pena por él, pensando cómo se había retirado, vencido y avergonzado.

Estuvo cierta del final antes que él. Sólo que no sabía cómo y cuándo. Eso lo sabía él.

De tiempo en tiempo repitieron las furtivas entrevistas allí, en casa de ella.

Oscar se declaraba estar en el colmo de la dicha. Pero Enriqueta no estaba del todo segura; eso era el amor, lo que nunca había tenido, lo deseado y soñado con ardor. Siempre esperaba algo más, y más allá, algún éxtasis, celeste, supremo, que siempre se anunciaba y nunca llegaba. Algo había en él que le repelía; pero por ser él, no quería admitir que le hallaba un cierto dejo de vulgaridad.

Para justificarse, pensaba en todas las buenas cualidades, en su generosidad, su fuerza de carácter, su dignidad, su éxito como ingeniero.

Lo hacía hablar de negocios, de su oficina, de su fábrica y máquinas: se hacía prestar los mismos libros que él leía,

pero siempre que ella empezaba a hablar, tratando de comprenderlo y acercársele, él no la dejaba, le hacía ver que se salía de su esfera, que toda la conversación que un hombre necesita la tiene con sus amigos hombres.

En la primera ocasión y pretexto que hubo asuntos de él, fueron a París por separado.

Por tres días Oscar estuvo loco por ella, y ella por él.

A los seis empezó la reacción. Al final del décimo día, volviendo de Montmartre, estalló ella en un ataque de llanto, y contestó al azar cuando él le inquirió la causa, que el hotel Saint-Pierre era horrible, que le daba en los nervios y no lo soportaba más. Oscar, con indulgencia, explicó su estado como fatiga subsiguiente a la continua agitación de esos días.

Ella trató con energía de creer que su abatimiento creciente venía de que su amor era mucho más puro y espiritual que el de él; pero sabía perfectamente que había llorado de puro aburrimiento.

Estaba enamorada de él, y él la aburría hasta desesperarla; y con Oscar sucedía más o menos lo mismo. Al final de la segunda semana ella empezó a dudar de si alguna vez, en algún momento lo había podido amar realmente.

Pero la pasión retornó por corto tiempo en Londres.

En cambio, se les fue despertando el temor al peligro, que en los primeros tiempos del encanto quedaba en segundo término. Luego, al miedo de ser descubiertos, después de una enfermedad de Muriel, la esposa de Oscar, se agregó para Enriqueta el terror de la posibilidad de casarse con él, que seguía jurando que sus intenciones eran serias, y que se casaría con ella en cuanto fuera libre.

Esta idea le asustaba a veces en presencia de Oscar, y entonces él la miraba con expresión extraña, como si

adivinara, y ella veía claro que él pensaba en lo mismo y del mismo modo.

Así que la vida de Muriel se hizo preciosa para ambos, después de su enfermedad: era lo que les impedía una unión definitiva. Pero un buen día, después de unas aclaraciones y reproches mutuos, que ambos se sabían desde mucho antes, vino la ruptura y la iniciativa fue de él.

Tres años después fue Oscar quien se fue del todo ya, en un ataque de apoplejía, y su muerte fue inmenso alivio para ella. Sin embargo, en los primeros momentos se decía que así estaría más cerca de él que nunca, olvidando cuán poco había querido estarlo en vida. Y antes de mucho se persuadió de que nunca habían estado realmente juntos. Le parecía cada vez más increíble que ella hubiera podido ligarse a un hombre como Oscar Wade.

Y a los cincuenta y dos años, amiga y ayudante del vicario de Santa María Virgen en Maida Vale, diácona de su parroquia, con capa y velo, cruz y rosario, y devota sonrisa, secretaria del Hogar de Jóvenes caídas, le llegó la culminación de sus largos años de vida religiosa y filantrópica, en la hora de la muerte. Al confesarse por última vez, su mente retrocedió al pasado y encontróse otra vez con Oscar Wade. Caviló algo así si debía hablar de él, pero se dio cuenta de que no podría, y de que no era necesario: por veinte años había estado él fuera de su vida y de su mente.

Murió con su mano en la mano del vicario, el que la oyó murmurar:

—Eso es la muerte. Creía que sería horrible, y no. Es la dicha; la mayor dicha.

La agonía le arrancó la mano de la mano del vicario y enseguida terminó todo.

Por algunas horas se detuvo ella vacilante en su cuarto, y remirando todo lo tan familiar, lo veía algo extraño y

antipático ahora.

El crucifijo y las velas encendidas le recordaban alguna tremenda experiencia, cuyos detalles no alcanzaban a definir; pero que parecían tener relación con el cuerpo cubierto que yacía en la cama, que ella no asociaba a su persona.

Cuando la enfermera vino y lo descubrió, vio Enriqueta el cadáver de una mujer de edad mediana, y su propio cuerpo vivo era el de una joven de unos treinta y dos años. Su frente no tenía pasado ni futuro, y ningún recuerdo coherente o definido, ninguna idea de lo que iba a ocurrirle. Luego, de repente, el cuarto empezó a dividirse ante su vista, a partirse en zonas y hacer de piso, muebles y cielo raso, que se dislocaban y proyectaban hacia planos diversos, se inclinaban en todo sentido, se cruzaban, se cubrían con una mezcla transparente, de perspectivas distintas, como reflejos de exterior en vidrios de interior.

La cama y el cuerpo se deslizaron hacia cualquier parte, hasta perderse de vista. Ella estaba de pie al lado de la puerta, que aún quedaba firme: la abrió y se encontró en una calle, fuera de un edificio grisáceo, con gran torre de alta aguja de pizarra, que reconoció con un choque palpable de su mente: era la iglesia de Santa María Virgen, de Maida Vale, su iglesia, de la que podía oír ahora el zumbido del órgano. Abrió la puerta y entró. Ahora volvía a tiempo y espacio definidos, y recuperaba una parte limitada de memoria coherente; recordaba los detalles de la iglesia, en cierto modo permanentes y reales, ajustados a la imagen que tomaba posesión de ella. Sabía para qué había ido allí.

El servicio religioso había terminado, el coro se había retirado, y el sacristán apagaba las velas del altar. Ella caminaba por la nave central hasta un asiento conocido, cerca del púlpito, y se arrodilló. La puerta de la sacristía se abrió y el reverendo vicario salió de allí en su sotana negra,

pasó muy cerca de ella y se detuvo esperándola: tenía algo que decirle. Ella se levantó y se acercó a él, que no se movió, y parecía seguir esperando, aunque ella se le acercó luego más que nunca, hasta confundir sus rasgos. Entonces se apartó algo para ver mejor, y se encontró con que miraba la cara de Oscar Wade, que se estaba quieto, horriblemente quieto, cortándole el paso.

Ella retrocedió, y las anchas espaldas la siguieron, inclinándose a ella y sus ojos la envolvían. Abrió ella la boca para gritar, pero no salió sonido alguno; quería huir, pero temía que él se moviera con ella; así quedó, mientras las luces de las naves laterales se apagaban una por una, hasta la última. Ahora debía irse, si no, quedaría encerrada con él en esa espantosa oscuridad. Al fin consiguió moverse, llegar a tientas, como arrastrándose, cerca de un altar. Cuando miró atrás, Oscar Wade había desaparecido.

Entonces recordó que él había muerto. Lo que había visto no era Oscar, pues, sino su fantasma. Había muerto hace diecisiete años. Ahora se sentía libre de él para siempre.

Salió al atrio de la iglesia, pero no recordaba ya la calle que veía. La acera de su lado era una larga galería cubierta, que limitaban los altos pilares de un lado, y brillantes vidrieras de lujosos negocios del otro; iba por los pórticos de la calle Rívoli, en París. Allí estaba el porche del hotel Saint-Pierre. Pasó la puerta giratoria de cristales, pasó el vestíbulo gris, de aire denso, que ya conocía bien. Fue derecho a la gran escalera de alfombra gris, subió los innumerables peldaños en espiral alrededor de la jaula que encerraba al ascensor, hasta un conocido rellano, y un largo corredor gris, que alumbraba una opaca ventana al final. Y entonces, el horror del lugar la asaltó, y como no tenía ningún recuerdo ya de su iglesia y de su Hogar de Jóvenes, no se daba cuenta de que retrocedía en el tiempo. Ahora todo el tiempo y todo el espacio eran lo presente ahí.

Recordaba que debía torcer a la izquierda, donde el corredor llegaba a la ventana, y luego ir hasta el final de todos los corredores; pero tenía temía algo que había allí, no sabía bien qué. Tomando por la derecha podría escaparse, lo sabía; pero el corredor terminaba en un muro liso; tuvo que volver a la izquierda, por un laberinto de corredores hasta un pasaje oscuro, secreto y abominable, con paredes manchadas y una puerta de maderas torcidas al final, con una raya de luz encima. Podía ver ya el número de esa puerta: 107.

Algo había pasado allí, alguna vez, y si ella entraba se repetiría lo mismo. Sintió que Oscar Wade estaba en el cuarto, esperándola tras la puerta cerrada; oyó sus pasos mesurados desde la ventana hasta la puerta.

Ella se volvió horrorizada y corrió, con la rodillas que se le doblaban, hundiéndose, a lo lejos, por larguísimos corredores grises, escaleras abajo, ciega y veloz como animal perseguido, oyendo los pies de él que la seguían, hasta que la puerta giratoria de cristales la recibió y la empujó a la calle.

Lo más extraño de su estado era que no tenía tiempo. Muy vagamente recordaba que una vez había habido algo que llamaban tiempo, pero ella no sabía ya más qué era. Se daba cuenta de lo que ocurría o estaba por ocurrir, y lo situaba por el lugar que ocupaba, y medía su duración por el espacio que cruzaba mientras ello ocurría. Así que ahora pensaba: «Si pudiera ir hasta el lugar en que eso no había pasado aún. Más atrás aún».

Ahora iba por un camino blanco, entre campos y colonias envueltos en leve niebla. Llegó al puente de dorso alzado; cruzó el río y vio la vieja casa gris que sobrepasaba el alto muro del jardín. Entró por el gran portón de hierro y se halló en una gran sala de cielo raso bajo, ante la gran cama de su padre. Un cadáver estaba en ella, bajo una sábana blanca, y

era el de su padre, que se modelaba claramente. Levantó entonces la sábana, y la cara que vio fue la de Oscar Wade, quieta y suave, con la inocencia del sueño y de la muerte. Con la vista clavada en esa cara, ella, fascinada, con una alegría fría y despiadada: Oscar estaba muerto sin duda ninguna ya. Pero la cara muerta le daba miedo al fin e iba a cubrirla, cuando notó un leve movimiento en el cuerpo. Aterrorizada, alzó la sábana y la estiró con toda su fuerza, pero las otras manos empezaron a luchar convulsivas, aparecieron los anchos dedos por los bordes, con más fuerza que los de ella, y de un tirón apartaron la sábana del todo, mostrando los ojos que se abrían, y la boca que se abría, y toda la cara que la miraba con agonía y horror; y luego se irguió el cuerpo y se sentó, con sus ojos clavados en los de ella, y ambos se inmovilizaron un momento, contenidos por mutuo miedo.

De repente se recobró ella, se volvió y corrió fuera del salón, fuera de la casa. Se detuvo en el portón, indecisa hacia dónde huir. Por un lado, el puente y el camino la llevarían a la calle Rívoli y a los lóbregos corredores del hotel; por el otro lado, al camino cruzaba la aldea de su niñez.

¡Ah, si pudiera huir más lejos, hacia atrás, fuera del alcance de Oscar, estaría al fin segura! Al lado de su padre, en su lecho de muerte, había sido más joven; pero no lo bastante. Tendría que volver a lugares donde fuera más joven aún, y sabía dónde hallarlos. Cruzó por la aldea, corriendo, pasando el almacén, y la fonda, y el correo, y la iglesia, y el cementerio, hasta el portón sur del parque de su niñez.

Todo eso parecía más y más insustancial, se retiraba tras una capa de aire que brillaba sobre ello como vidrio, el paisaje se rajaba, se dislocaba, y flotaba a la deriva, le pasaba cerca, en viaje hacia lo lejos, desvaneciéndose, y en

vez del camino real y de los muros del parque, vio una calle de Londres, con sucias fachadas, claras, y en vez del portón sur del parque, la puerta giratoria del restaurante en Soho, la que giró a su paso y la empujó al comedor que se le impuso con la solidez y precisión de su realidad, lleno de conocidos detalles: las blancas paredes con paneles de marcos dorados, las blandas alfombras turcas, la facha de los clientes, moviéndose como máquinas, y las luces de pantallitas rojas. Un impulso irresistible la llevó hasta una mesa en un rincón, donde un hombre estaba solo, con su servilleta tapándole el pecho y la mitad de la cara. Se puso ella a mirar, dudosa, la parte superior de esa cara. Cuando su servilleta cayó, era Oscar Wade. Sin poder resistir, se le sentó al lado; él se reclinó tan cerca que ella sintió el calor de su cara encendida y el olor del vino, mientras él le murmuraba:

—Ya sabía que vendrías.

Comieron y bebieron en silencio.

—Es inútil que me huyas así —dijo él.

—Pero todo eso terminó —dijo ella.

—Allá sí; aquí, no.

—Terminó para siempre.

—No. Debemos empezar otra vez. Y seguir, y seguir.

—¡Ah, no! Cualquier cosa menos eso.

—No hay otra cosa.

—No, no podemos. ¿No recuerdas cómo nos aburríamos?

—¿Que recuerde? ¿Te figuras que yo te tocaría si pudiera evitarlo?… Para eso estamos aquí. Debemos: hay que hacerlo.

—No, no. Me voy ahora mismo.

—No puedes —dijo él—. La puerta está con llave.

—Oscar, ¿por qué la cerraste?

—Siempre fui así. ¿No recuerdas?

Ella volvió a la puerta, y no pudiendo abrirla, la sacudió, la golpeó, frenética.

—Es inútil, Enriqueta. Si ahora consigues salir, tendrás que volver. Lo dilatarás una hora o dos, pero ¿qué es eso en la inmortalidad?

—Habrá tiempo de hablar de inmortalidad cuando hayamos muerto. ¡Ah! …

Eso pasó. Ella se había ido muy lejos, hacia atrás, en el tiempo, muy atrás, donde Oscar no había estado nunca, y no sabría hallarla, al parque de su niñez. En cuanto pasó el portón sur, su memoria se hizo joven y limpia: flexible y liviana, se deslizaba de prisa sobre el césped, y en sus labios y en todo el cuerpo sentía la dulce agitación de su juventud. El olor de las flores de saúco llegó hasta ella a través del parterre, Jorge Waring estaba esperándola bajo el saúco, y lo había visto. Pero de cerca, el hombre que la esperaba era Oscar Wade.

Te dije que era inútil querer escapar, Enriqueta. Todos los caminos te retornan a mí. En cada vuelta me encontrarás. Estoy en todos tus recuerdos.

—Mis recuerdos son inocentes. ¿Cómo pudiste tomar el lugar de mi padre y de Jorge Waring? ¿Tú?

—Porqué los reemplacé.

—Nunca. Mi cariño por ellos era inocente.

—Tu amor por mí era parte de eso. Crees que lo pasado afecta lo futuro. ¿No se te ocurrió nunca pensar que lo futuro afecta lo pasado?

—Me iré lejos, muy lejos —dijo ella.

—Y esta vez iré contigo —dijo él.

El saúco, el parque y el portón flotaron lejos de ella y se perdieron de vista. Ella sola hacia la aldea, pero se daba cuenta de que Oscar Wade la acompañaba detrás de los árboles, al lado del camino, paso a paso, como ella, árbol a árbol. Pronto sintió que pisaba un pavimento gris, y una fila

de pilares grises a su derecha y de vidrieras a su izquierda la llevaban, al lado de Oscar Wade, por la calle Rívoli. Ambos tenían los brazos caídos y flojos, y sus cabezas divergían, agachadas.

—Alguna vez ha de acabar esto —dijo ella—. La vida no es eterna: moriremos al fin.

—¿Moriremos? Hemos muerto ya. ¿No sabes qué es esto y dónde estamos? Esta es la muerte, Enriqueta. Somos muertos. Estamos en el infierno.

—Sí. No puede haber nada peor que esto.

—Esto no es lo peor. No estamos plenamente muertos aún, mientras tengamos fuerza para volvernos y huirnos, mientras podamos ocultarnos en el recuerdo. Pero pronto habremos llegado al más lejano recuerdo, y ya no habrá nada, más allá, y no habrá otro recuerdo que este.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué? —gritó ella.

—Porque esto es lo único que nos queda.

Ella iba por un jardín entre plantas más altas que ella. Tiró de unos tallos y no podía romperlos. Era una criatura.

Se dijo que ahora estaría segura. Tan lejos había retrocedido que había llegado a ser niña otra vez. Ser inocente sin ningún recuerdo, con la mente en blanco, era estar segura al fin.

Llegó a un parterre de brillante césped, con un estanque circular rodeado de rocalla y flores blancas, amarillas y purpúreas. Peces de oro nadaban en el agua verde oliva. El más viejo, de escamas blancas, se acercaba primero, alzando su hocico, echando burbujas.

Al fondo del parterre había un seto de alheñas cortado por un amplio pasaje. Ella sabía a quién hallaría más allá, en el huerto: su madre, que la alzaría en brazos para que jugara con las duras bolas rojas que eran las manzanas colgando de su árbol. Había ido ya hasta su más lejano recuerdo, no había nada más atrás. En la pared del huerto tenía que

haber un portón de hierro que daba a un campo. Pero algo era diferente allí, algo que la asustó. Era una puerta gris en vez del portón de hierro. La empujó y entró al último corredor del hotel Saint-Pierre.

La nieve

Hugh Walpole
(1928)

Traducción de Francisco Torres Oliver

La segunda señora Ryder era una mujer joven que no se asustaba fácilmente; pero ahora permanecía en la oscuridad del pasillo con la espalda pegada a la pared y la mano en el corazón, mirando hacia la ventana gris, al otro lado de la cual la nieve caía sin cesar frente a la luz de la farola.

El pasillo iba del despacho al comedor, y la ventana asomaba a un pequeño sendero empedrado que llegaba hasta la plaza de la catedral. La señora Ryder miraba a lo largo del pasillo, pero no estaba segura de si la mujer estaba allí o no. ¡Qué absurdo! Sabía que no podía haber nadie. Pero entonces, ¿cómo era que distinguía claramente una anticuada capa gris, un pelo gris y descuidado y el contorno anguloso de unas mejillas pálidas y una barbilla puntiaguda? Y más aún: la larga caída del vestido gris formando pliegues hasta el suelo, el destello de un anillo de oro en una mano blanca. No. No. NO. Esto era una locura. Allí no había nadie. Una alucinación…

Muy débilmente, le llegó una voz: «Te lo he advertido. Esta es la última vez…».

¡Qué disparate! ¿Hasta dónde iba a llevarla la imaginación? Los pequeños ruidos de la casa, el goteo de algún grifo, una conversación apagada en la cocina, eso y otras cosas por el estilo se le habían transmutado en una voz imaginada: «La última vez…».

Pero su terror era real. Normalmente no se asustaba de nada. Era joven y sana y fuerte, amante del deporte, de la caza, del tiro al blanco, de todo ejercicio que supusiera riesgo. Y ahora estaba totalmente *paralizada* de terror:

incapaz de moverse, de avanzar por el pasillo como quería para llegar a la luz, al calor, a la seguridad del comedor. Y, entretanto, la nieve seguía cayendo sigilosa, maliciosamente, con un secreto propósito, al otro lado de la ventana, al pálido resplandor de la farola.

Entonces, inesperadamente, en el vestíbulo se empezó a oír mucho alboroto, puertas que se abrían, ruidos de pasos, un silencio y seguidamente, con hermosas y claras voces, los conocidos compases de *El buen rey Wenceslao*. Eran los niños del coro de la catedral, que hacían su acostumbrada ronda navideña. Era Nochebuena. Siempre venían en Nochebuena, a esa misma hora.

Con un alivio inmenso, casi increíble, volvió al vestíbulo. En ese mismo instante salió su marido del despacho. Los dos juntos se quedaron sonriendo al pequeño grupo de chicos embozados, envueltos en sus abrigos, que cantaban con toda el alma, tanto que el viejo caserón vibraba con su melodía.

Tranquilizada por el calor y la compañía humana, se le fue el terror. Había sido su imaginación. Últimamente no se encontraba bien. Por eso estaba tan irritable. El viejo doctor Bernard no le valía: no entendía para nada su caso. Después de Navidad iría a Londres a que la viese el mejor especialista…

De haber estado bien, no habría tenido esa lamentable explosión de malhumor, hacía media hora, por nada. Sabía que había sido por nada; aunque saberlo no le ayudaba a dominarse. Después de cada arrebato se decía a sí misma que no ocurriría nunca más; pero luego venía Herbert, decía algo irritante, una de sus estupideces, ¡y otra vez volvía a perder los nervios!

Ahora, al pie de la escalera, mientras estaba junto a él, lo notaba todavía dolido. La verdad es que le había dicho cosas personales demasiado fuertes —cosas que no pretendía

decir—, y él las había encajado con su actitud sumisa y callada de siempre. Si no fuese tan sumiso y callado, si le pagase con la misma moneda, no la sacaría de quicio. De eso estaba segura. Pero ¿a quién no le haría perder los estribos esa mansedumbre, y ese único reproche que le había hecho: «Elinor me comprendía mejor, querida»? ¡Arrojar a la primera mujer contra la segunda! ¿No era la falta de tacto más grande que un hombre podía cometer? ¿A Elinor, a esa mujer avejentada que era lo más opuesto a ella, tan alegre, brillante, divertida y joven? Esa era la razón por la que Herbert se había enamorado de ella; porque era alegre, brillante y joven. Era cierto que Elinor había sido abnegada, que había estado tan completamente dedicada a Herbert que había vivido sólo para él. La gente siempre le estaba recordando su entrega, lo que no dejaba de ser una grosería y una falta de tacto.

Bueno, pues ella no le rendía a nadie esa devoción empalagosa y anticuada; no estaba en ella, y Herbert lo sabía a esas alturas.

Sin embargo, amaba a Herbert a su manera, como él debía saber; y saberlo tan bien como para no tenerle en cuenta sus arrebatos. No se encontraba bien. Tenía que ir a Londres a que la viera un especialista…

Los niños terminaron sus villancicos, fueron debidamente recompensados, y saltaron de nuevo a la nieve como ligeros pajarillos. Regresaron los dos al despacho y se quedaron de pie junto al fuego de leña. Ella alzó la mano y le acarició su hermosa y delgada mejilla.

—Siento mucho haberme enfadado hace un rato, Bertie. No era mi intención decir lo que he dicho.

Pero él no la besó como solía, ni le dijo que no tenía importancia. Con la mirada perdida al frente, contestó:

—Bueno, Alice; espero que no. Esas cosas duelen bastante. Me desazonan más de lo que imaginas. Y se te va

volviendo una costumbre. Haces que me sienta desgraciado. Ya no sé qué hacer. Y todo por nada.

Molesta por no recibir la habitual alabanza por la melosidad con que hacía las paces, se apartó un poco y contestó:

—Está bien. Ya he dicho que lo siento. No puedo hacer más.

—De acuerdo; pero dime una cosa que quiero saber —insistió él—: ¿por qué te pones de repente tan furiosa por nada?

Estaba a punto de dejarse llevar por la cólera, la cólera que le provocaba su cerrazón, su terquedad, cuando la contuvo cierto temor, un temor extraño, inconsciente, como si alguien le hubiese susurrado: «¡Cuidado! ¡Es la última vez!».

—La culpa no ha sido sólo mía —contestó Alice, y abandonó la habitación.

Se detuvo en el helado vestíbulo sin saber adónde ir. Sentía caer la nieve fuera y le dio un escalofrío. Odiaba la nieve; odiaba el invierno, ese detestable, frío y lúgubre invierno inglés que seguía y seguía, sólo para convertirse al final en una húmeda y aguanosa primavera inglesa.

Había estado nevando todo el día. Era raro que nevase de manera tan copiosa en Polchester. Era el invierno más crudo que se conocía desde hacía años.

Cuando le pidió a Herbert invernar en el extranjero —cosa que podían hacer sin dificultad—, él le había contestado con impaciencia que se sentía demasiado apegado a este minúsculo pueblecito obispal de vivos y muertos. La catedral era muy importante para él: ¡no era feliz si no la veía a diario al salir! No le extrañaría que pensase más en la catedral que en ella. Elinor había sentido lo mismo; incluso había escrito un librito sobre la catedral,

sobre el sepulcro del Obispo Negro y los vitrales y todo lo demás…

¿Y qué era la catedral, en realidad? ¡Tan sólo un edificio!

Estaba en el salón contemplando, más allá de la nieve oscura y fantasmal, el enorme casco de la catedral, que Herbert decía que era como un buque volante, pero que a ella le parecía más bien un animal agachado relamiéndose eternamente tras devorar a los desdichados pecadores.

Estaba mirando, con frío, y sintiendo que el malestar y la irritación le iban en aumento a pesar suyo, al extremo de amenazar con ahogarla, cuando le pareció que el salón, con sus luces y su animado fuego de leña, había quedado súbitamente expuesto a la nieve, como si hubiesen aparecido grietas en todas partes, en el techo, en las paredes, en las ventanas, y la nieve se filtrase por esas fisuras y se escurriese pared abajo haciendo regueros, y formando, quizá, charcos en la alfombra.

Naturalmente, era mera imaginación. Pero lo cierto es que la habitación estaba horriblemente fría, a pesar de la chimenea encendida, y de que era el cuarto más confortable de la casa.

Y entonces, al volverse, descubrió la figura junto a la puerta. Esta vez no había error. Era una sombra gris; una sombra dotada de forma y contorno: el cabello gris y despeinado, la cara pálida como una hoja bañada por la luna, el vestido largo y gris, y con una determinación vindicativa, terriblemente amenazadora, en el ademán.

Cuando Alice se movió la figura desapareció; allí no había nadie, y la habitación volvía a estar caliente; demasiado caliente a decir verdad. Pero la joven señora Ryder —que no tenía miedo a nada salvo a perder la juventud— temblaba de tal manera que tuvo que sentarse. Y ni aun así se le pasó: las manos se le agitaban sobre los brazos de la butaca.

Todo lo había forjado su imaginación por el odio que Elinor le tenía a ella y ella a Elinor. Era verdad que no habían llegado a conocerse; pero ¿quién sabe si no estaban en lo cierto los espiritistas y el espíritu de Elinor, celoso del amor de Herbert, trataba de separarlos haciéndole perder los nervios y ser odiada por ello? ¡Cosas así podían ocurrir! Pero no dedicó mucho tiempo a estas especulaciones: le preocupaba este miedo. Era un miedo definido, inequívoco; la clase de miedo que una siente cuando la van a operar. Alguien, o algo, la amenazaba. Se agarró a la butaca como si fuera a precipitarse en la desgracia si se levantaba. Paseó la mirada a su alrededor; todos los objetos familiares, cuadros, libros, mesitas, el piano, era distintos ahora: aislados, extraños, hostiles, como si hubiesen sido conquistados por un poder enemigo.

Sintió deseos de llamar a Herbert para que acudiese a protegerla; la invadió una gran ternura hacia él. Nunca más volvería a perder la paciencia… Y en ese instante le pareció que una voz fría le susurraba al oído: «Mejor que no lo hagas. Será la última vez».

Finalmente, encontró valor para levantarse, cruzar la habitación y subir a vestirse para la cena. Ya en su dormitorio, recobró el ánimo una vez más. Desde luego, hacía mucho frío; y la nieve, como podía ver por la ventana, entre las cortinas, caía más espesa que nunca; pero se dio un baño caliente, se sentó delante de la chimenea y recobró la sensatez.

Desde muchos meses atrás, le había ido aumentando esta extraña impresión de ser vigilada y acompañada por alguien hostil. Más, quizá, por las cosas que Herbert decía de Elinor; era de esas mujeres, decía, que una vez que se enamoran de alguien ya nunca aflojan su presa: era absolutamente fiel. Daba a entender que su tenaz fidelidad le había resultado a veces un poco difícil.

—Solía decir —añadió una vez— que velaría por mí hasta que me reuniese con ella en el otro mundo. ¡Pobre Elinor! —suspiró—. Tenía una sólida fe religiosa; más que yo, me temo.

Era siempre después de una de sus rabietas cuando esta alucinación, esta horrible impresión de que hay cerca de ti alguien que te odia, se le hacía más intensa a la joven señora Ryder; pero sólo desde hacía una semana había empezado a imaginar que veía a alguien; y día tras día, la sensación de ver una figura se le había ido volviendo más fuerte.

Sólo eran nervios, por supuesto; pero era una de esas afecciones nerviosas que acaban volviéndose exasperantes si no te libras de ellas. La señora Ryder, segura ahora en el calor y la intimidad de su dormitorio, decidió que en adelante todo iba a ser alegría y dulzura. ¡Se acabaron las rabietas! Esas cosas eran las que le hacían daño.

Si Herbert era un poco cargante, ¿no lo eran todo los maridos del mundo? ¿Y acaso no era Navidad? ¡Paz a los hombres y buena voluntad! ¡Paz a Herbert y buena voluntad!

Se sentaron el uno frente al otro en el pequeño y precioso comedor adornado con grabados chinos, con la mesa iluminada y las cortinas ámbar ricamente sombreadas con el resplandor de la chimenea.

Pero Herbert no parecía el mismo. Aún seguía enfurruñado, suponía, por la pelea de la tarde. ¿No eran unos niños los hombres? ¿Unos niños increíbles?

Así que cuando la doncella abandonó el comedor, se acercó a él, se inclinó, y le dio un beso en la frente.

—Cariño… todavía sigues enfadado; lo leo en tu cara. No deberías estarlo, francamente. Es Nochebuena, y si yo te perdono, tú debes perdonarme a mí.

—¿Que me perdonas? —preguntó, mirándola con una expresión de lo más agraviada—. ¿Qué es lo que tienes que perdonarme?

Bueno, esto ya era demasiado. Se sentía humillada.

Regresó a su asiento, pero durante unos momentos no pudo contestar porque estaba presente la doncella. Cuando volvieron a estar solos dijo, haciendo acopio de toda su paciencia:

—Bertie, cariño, ¿de verdad crees que puedes sacar algo enfurruñándote así? No es digno de ti; ¿no crees?

Herbert contestó con serenidad:

—¿Enfurruñarme? No, esa no es la palabra. Pero debo mantener la calma. De lo contrario voy a decir algo que después puedo lamentar —luego, tras una pausa, como hablando consigo mismo, añadió en voz baja—: ¡Estas peleas continuas son horribles!

La cólera le estaba subiendo otra vez; como otro yo que no tenía nada que ver con ella, como una desconocida, y no obstante amiga muy antigua y familiar.

—No seas mojigato —le contestó, con la voz un poco insegura—. ¿Acaso estas peleas son todas por mi culpa?

—Elinor y yo nunca regañábamos —dijo él, tan bajo que Alice casi no lo oyó.

—¡No! Porque Elinor te consideraba perfecto. Te adoraba. Me lo has dicho cien veces. Pues yo no te considero perfecto. Tampoco yo lo soy. Los dos tenemos defectos. No soy la única culpable.

—Lo mejor sería que nos separásemos —dijo él, alzando súbitamente los ojos—. Ya no nos entendemos como antes. No sé qué es lo que ha cambiado; pero, tal como están las cosas, sería mejor que nos separásemos.

Alice lo miró y comprendió que lo amaba más que nunca; pero porque lo amaba tanto, quería herirlo. Y porque había dicho que pensaba que podía vivir sin ella, se enfureció de

tal modo que olvidó toda cautela. Su amor y su ira se potenciaban mutuamente; cuanto más furiosa se ponía, más lo amaba.

—Yo sé por qué quieres que nos separemos —dijo—. Es porque estás enamorado de otra («Qué tontería —dijo una voz dentro de ella—. Eso no lo crees ni por asomo»). Me tratas así porque lo estás, y ahora quieres dejarme.

—Yo no estoy enamorado de ninguna otra —le contestó Herbert con firmeza—, y lo sabes. Pero juntos somos tan desgraciados que es absurdo continuar… Absurdo… Todo ha fracasado.

Había tanta infelicidad, tanta amargura en su voz, que comprendió por fin que verdaderamente había ido demasiado lejos. Lo había perdido.

No había pretendido eso. Estaba asustada, y su miedo la enfureció a tal extremo que arremetió contra él.

—Muy bien… Pues les diré a todos… lo que has sido. Les contaré cómo me has tratado.

—No más escenas, por favor —contestó él con cansancio —. No resisto más. Esperemos. Mañana es Navidad…

Se le veía tan desgraciado que la ira que sentía Alice por dentro la enloquecía. No soportaba ver su triste, su desesperado desengaño de ella, de su vida juntos, de todo.

Movida por un arrebato de furia, le pegó; fue como si se pegase a sí misma. Herbert se levantó sin decir palabra y abandonó la habitación. Hubo una pausa, y a continuación oyó abrirse y cerrarse la puerta de la calle. Se había ido.

De pie, inmóvil, empezó a recobrar el dominio de sí. Cuando perdía los estribos era como si se hundiese en el agua. Y una vez que había terminado todo volvía a la superficie de la vida, preguntándose dónde había estado y qué había hecho. Ahora se encontraba desconcertada, y al mismo tiempo consciente de dos cosas, una era que en la

habitación hacía un frío gélido; la otra, que en la habitación había alguien más.

Esta vez no necesitó mirar. Ni se volvió siquiera; siguió con los ojos fijos en las cortinas de la ventana, observándolas con detalle como si las estuviese evaluando para un futuro análisis, con sus gruesos pliegues de color ámbar, la barra dorada, los cordones blancos… y tras ellas, la nieve cayendo.

No necesitó volverse; pero con un escalofrío de terror, supo que aquella figura gris que había ido acercándose cada vez más en las últimas semanas, estaba casi junto a su codo. La oyó con total claridad: «Te lo había advertido. Que sería la última vez».

En ese instante entró Onslow, el mayordomo. Onslow era corpulento, gordo, rubicundo; un mayordomo bueno y leal, apasionado de la música sacra. Era un solterón, decían, desengañado de las mujeres. Tenía una anciana madre en Liverpool a la que estaba muy unido.

Con un destello de consciencia, pensó en todas estas cosas al verlo entrar. Esperó que descubriese también a la figura gris que había junto a ella. Pero Onslow siguió impertérrito; su ceremoniosa complacencia lo resguardaba.

—El señor Fairfax ha salido —dijo ella con firmeza. Ah, sin duda Onslow ha debido ver algo, sentir algo.

—¡Sí, señora! —A continuación, sonriendo ampliamente, añadió—: Está nevando mucho. Nunca se había visto nevar de esta manera por aquí. ¿Enciendo la chimenea del salón, señora?

—No, gracias. Mejor la del despacho del señor Fairfax…

—Sí, señora. Pensaba que como esta habitación está tan caliente, quizá podía encontrar frío el salón.

¿Caliente esta habitación, cuando ella estaba tiritando de pies a cabeza? Pero no dijo nada, no fuera a descubrir…

Deseó que se quedase, pedirle que no se fuera; pero ya se había ido, cerrando suavemente la puerta tras él.

Entonces se apoderó de ella un deseo loco de huir, y no consiguió moverse. Estaba clavada al suelo; y cuando intentó gritar, chillar, dar un alarido salvaje que estremeciese la casa, le salió tan sólo un débil murmullo al sentir el tacto de una mano fría en la suya.

No volvió la cabeza: apeló a todo su carácter, a toda su vida pasada, a su pequeño, su humilde valor, a su exigua fortaleza, para hacer frente a esta sensación de proximidad de la muerte que era tan inequívoca como algunos olores, o como el sonido familiar del gong. Había tenido pesadillas sobre la proximidad de la muerte, y siempre habían sido así: un espantoso ahogo en el corazón, una parálisis de los miembros, una opresiva sensación de catástrofe como un anestésico.

«Habías sido advertida», le repitió una voz otra vez.

Sabía que si se volvía vería la cara de Elinor, blanca, resuelta, implacable; la mujer que siempre la había odiado, que había estado vilmente celosa de ella, protegiendo a su desdichado Herbert.

Un repentino impulso vindicativo pareció desbloquearla. Descubrió que podía moverse, que le obedecían las piernas.

Se dirigió a la puerta, echó a correr por el pasillo hasta el vestíbulo. ¿Dónde podría estar a salvo? Pensó en la catedral, donde aquella noche habría un servicio navideño. Abrió la puerta de la calle y, tal como estaba, echó a correr por en medio de la nieve envolvente y pesada.

Empezó a atravesar la plaza, hacia las puertas de la catedral. Sus finas zapatillas negras se hundían en la nieve. Tenía nieve en todas partes: en el pelo, en los ojos, en las ventanas de la nariz, en la boca, en el cuello descubierto, entre los pechos.

«¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!» quiso gritar; pero la nieve se lo impidió. Las luces giraban a su alrededor. La catedral se alzó como un águila negra y voló hacia ella.

Cayó de bruces; y mientras caía, una mano mucho más fría que la nieve la agarró por el cuello. Ella luchaba sobre la nieve y cuanto más luchaba más se cerraban alrededor de su garganta dos manos sin carne heladas.

Lo último que le llegó a la conciencia fue el duro contorno de un anillo clavándosele en el cuello. Luego quedó inmóvil, con el rostro hundido en la nieve, mientras los copos, ansiosamente, ferozmente, la iban sepultando.

El accidente

Ann Bridge

(1936)

Traducción de Marta Alcaraz

I

El hombre de cabellos grises sentado en el muro frente al hotel Monte Rosa de Zermatt dobló su ejemplar del *Times*, golpeó la pipa contra el parapeto de cemento sobre el que tenía los pies apoyados y, con un breve gruñido, se levantó de la silla de mimbre. «El muro» de Zermatt, eso conviene explicarlo, no es un muro en modo alguno, sino una terraza estrecha que se eleva unos treinta centímetros sobre la angosta calle y en la que solamente cabe una fila de sillas. Desde los albores del alpinismo, ingleses de nariz pelada, pantalones anchos y raídas chaquetas de *tweed* se han sentado allí durante los meses de agosto y septiembre a fumar su pipa, a leer el *Times* o a hablar sobre las rutas de ascensión a las montañas suizas con los pies apoyados contra el estrecho saliente que tienen enfrente, a observar a otros alpinistas entrar y salir del hotel y, sobre todo, a chismorrear como sólo los ingleses de las más reputadas profesiones saben hacer durante sus vacaciones. De este pecado adolecen los alpinistas en particular: clase reducidísima, raza aparte, en cierto modo, el interés que demuestran por las hazañas y hasta por las rarezas ajenas es portentoso.

Ahora, mientras el hombre de cabellos grises se acercaba a la puerta del hotel, daba unos golpecitos en el barómetro y después paseaba su figura grande, fuerte y ligeramente pesada calle abajo, dos hombres mucho más jóvenes, que tomaban un té temprano en una de las mesitas de hierro pintadas de verde cerca de la entrada del hotel, lo miraron con interés. También eran alpinistas: una insignia del Club Alpino adornaba sus chaquetas, y botas de clavos, sus pies. Con ese sol de la tarde y sin un alma en el muro, el único

objeto a la vista que podía despertar su interés o sus conjeturas era el hombre de cabellos grises que desaparecía dejando atrás la tienda del zapatero.

—¿Quién es ese? —preguntó el más joven de los dos.

—El viejo Allard. El alienista.

—¿Y un alienista qué es? —preguntó el jovenzuelo sirviéndose otra taza de té.

—Un especialista en chiflados, querido Billy. Es toda una eminencia. Dirige ese manicomio tan grande de Hampshire. Lo acompaña el viejo Franz Leukerbad. El año pasado subió al Pretzelhorn por la ruta nueva.

Entretanto, el doctor Allard proseguía su camino por la callejuela. Se había tomado el día libre y mataba el rato como suele hacerse en Zermatt. Entró en la librería Wega y encontró un volumen nuevo, en francés, sobre la demencia precoz, el cual compró. Era demasiado temprano para tomar el té, así que se internó en un pequeño cementerio para hacer tiempo y se puso a contemplar, como dos generaciones de montañeros ya habían hecho antes que él, el monumento en memoria de los cuatro alpinistas que perdieron la vida en la primera ascensión al Matterhorn. La imaginación no puede sustraerse a la naturaleza dramática de aquel episodio: tras años de lucha implacable y estéril por parte de Edward Whymper, finalmente sobrevino el éxito, aunque ensombrecido por una tragedia inesperada y todavía inexplicable. «Lord Francis Douglas», leyó el doctor Allard. Dio media vuelta con un breve suspiro. Pobre Whymper; lo recordaba de la última vez que estuvo en Zermatt: un hombrecillo chaparro, viejo y ajado, con una cara cuadrada que recordaba a la de lord Beaverbrook. El doctor Allard dirigió la vista hacia el Matterhorn, un obelisco pardo y plateado que dominaba el extremo del valle; estaba enlucido con nieve nueva, daba gusto verlo, aunque no había posibilidad alguna de atacar la arista Zmutt en varios

días. En fin, Whymper ya había muerto, y cuando lord Beaverbrook y todos sus periódicos y sus riquezas hubieran quedado en el olvido, pensó el doctor Allard, el Matterhorn seguiría allí y a Whymper todavía se lo recordaría; nadie podía mirar el Matterhorn sin pensar en Whymper, el hombre que había hecho de la montaña su monumento. Y de su coraje y su tenacidad, así como de su generosa entrega a aquella forma de feroz belleza.

Había dos tumbas recientes en el cementerio. Empujado por una fascinación curiosa, el doctor Allard se acercó a ellas y leyó los nombres de las tablitas provisionales dispuestas a los pies de cada uno de los túmulos de tierra: «James Bull, 16 de julio de 19—»; «George Henry Whitelegg, 16 de julio de 19—». Hacía un mes justo. Pobres muchachos; nadie sabría tampoco por qué habían caído. Cuando se mataron estaban solos, escalando sin guía. La vertiente noreste del Weisshorn no presentaba grandes problemas: ya había sido coronado al menos cuatro veces, y en una ocasión, por una chica de diecinueve años. Bull…, bueno, criticar a los muertos está muy feo, pero era un mal bicho: envidioso, sin escrúpulos, susceptible, siempre a la que saltaba, pensó Allard con desagrado. Siempre estorbando a los demás alpinistas, exagerando sus propias gestas, sobrevalorándose. Lo mejor de él era su pasión por el alpinismo; pero hasta eso tenía que mancillarlo: todo lo que tocaba lo transformaba en una pieza periodística. Al joven Whitelegg, el pobre, lo tenía hechizado: Bull tenía el poder de dominar a los demás, de casi poseerlos.

A veces nuestros propios pensamientos pueden asustarnos. Cuando el doctor Allard llegó a «de casi poseerlos», frenó en seco. No, no había querido decir eso; ni siquiera tratándose de Bull. La palabra «posesión» revestía para el doctor Allard un significado técnico perfectamente definido: esa forma de trastorno mental donde la

personalidad se ve invadida por un intruso que, en sus ansias de dominación, desbarata el delicadísimo mecanismo de la razón humana. Era un especialista en esta rama de la psiquiatría tan poco estudiada; había escrito un libro sobre el tema.

Como sus pensamientos lo cansaban, se sentó en un banco, al sol. ¡Su pobre Rose! Tan entusiasta, tan hermosa, tan buena…, y fulminada justo seis semanas antes de su boda por aquella espantosa enfermedad. Nunca olvidaría los días en que, delicada y amable como aún se la veía, empezó a mirarlo con los ojos de una extraña: ese recuerdo lo acosaba de un modo todavía más persistente que el terrorífico momento en que lo atacó con una ferocidad diabólica. La inhabilitaron y murió al poco tiempo en un manicomio; aquello llevó al doctor Allard a especializarse en psiquiatría. Desde entonces, había dedicado todos sus ratos libres a investigar esa extraña forma de trastorno. Había pasado años sin regresar a Zermatt; allí fue donde la conoció. Últimamente, sin embargo, había vuelto a frecuentar el lugar: transcurrieron muchísimos años, y el tiempo lima las aristas hasta de los más apasionados recuerdos. Pero esta vez regresaban vivísimos con la presencia de aquella encantadora chica, Phyllis Strangways. Le recordaba a Rose de un modo extraño. No se trataba de su persona —pues era más menuda y más rubia—, sino del apasionado amor que sentía por las montañas y su belleza, de su incansable entusiasmo por escalarlas. Nunca paraban quietos, ella y ese hermano suyo; tenían que pasar todos y cada uno de los días de sus tres semanas haciendo algo. El día anterior, siguiendo un consejo del doctor Allard, habían subido el Bishorn, la única salida que no parecía descabellado emprender con semejante cantidad de nieve nueva. Sus guías, los jóvenes Kaufmatter, eran, en opinión del doctor, demasiado frívolos e imprudentes como para

hacerse cargo de esas criaturas. Aquellos dos despertaban en el doctor Allard una ternura a medio camino entre los sentimientos paternales y una nostalgia ligada a los recuerdos de su juventud y los de otra persona. Tenía la sensación de que querían ser cuidados. Y con entusiasmo, dulzura y deferencia, aceptaban todos los consejos que él les pudiera dar. Incluso habían empezado a buscarlos, y también su compañía.

El doctor Allard miró el reloj. El tren de las 16:05 de Randa estaría a punto de llegar; lo habrían tomado. Iría a ver. Levantándose con esfuerzo de su asiento —aquel maldito agarrotamiento propio del reuma—, abandonó el cementerio.

Los encontró en la calle. Sí, habían subido al Bishorn; una pesadez, con toda esa nieve. Pero el doctor Allard echó en falta sus acostumbradas notas de jovial entusiasmo. La muchacha se veía cansada y bastante pálida; en una de las mesitas verdes, mientras tomaban un té al que el doctor los había invitado, se mantuvo extrañamente callada. Algo en su aspecto preocupó al doctor, y cuando la joven entró a darse un baño, retuvo al chico.

—Roger, ¿qué le pasa a tu hermana?

El chico frunció el ceño. Había sido cosa de ese bobo de Christian. Cuando iban de bajada, se había empeñado en desviarse por el glaciar Bis para enseñarles el lugar del Weisshorn donde el mes anterior se había producido el accidente, y aquello la había alterado.

«¡Típico de los guías», pensó Allard, «con esa pasión morbosa por los horrores!» Con todo, el efecto que aquello había tenido en la chica le sorprendió un poco; le parecía una persona bastante sensata.

—Lo siento, Roger —dijo—. Pero después de tanto tiempo, y con nieve nueva, no había nada que ver, ¿no es cierto?

El chico no respondió; seguía con el gesto torcido y expresión perpleja y dubitativa.

—¿De qué se trata, Roger? —le preguntó el doctor Allard, en esta ocasión con voz severa.

—Bueno… Creo que lo mejor será que se lo cuente, señor, aunque le pareceremos unos estúpidos —dijo el chico, a quien el tono del doctor había hecho sonrojar—. A decir verdad, sí que vimos algo. Mientras nos marchábamos. Nos habíamos alejado del pie de la pared y habíamos salido a ese nevero que queda justo debajo cuando, de repente, nos topamos con unas huellas en la nieve. —Se detuvo.

—Bueno, ¿y qué? —repuso el doctor Allard con cierta irritación—. Algún otro grupo podría haber andado por ahí perfectamente. ¿De dónde venían?

—De eso se trata —comenzó a decir Roger— No venían de ninguna parte. Empezaban ahí mismo, a campo raso. Al principio no advertimos lo extraño del asunto y las seguimos, porque nos resultaba más sencillo. Pero al cabo de un rato los guías, como de costumbre, se pusieron a hablar entre sí de cómo diantres habrían podido esas huellas partir de la nada, comenzando justo en medio de esa explanada. Phyl cogió el hilo de lo que decían y, justo cuando empezaban el descenso, se puso palidísima y me dijo: «¡Son las huellas de *esos hombres*!». Y ya no hubo manera de hacer que siguiera por allí.

El doctor Allard sacó su pipa.

—¿Y qué dijeron los guías?

—Oh, Christian se echó a reír y dijo: *Es war nur Spuren*[75], pero ni a Hans ni a él les hizo demasiada gracia la cosa, porque, a menos que alguien se hubiera dejado caer de un avión, ¿cómo podían empezar así esas pisadas? Era un asunto… *feo* —dijo el muchacho moviendo los hombros como si quisiera librarse de alguna opresión—. Así que nos desviamos hacia la izquierda y llegamos a las rocas de uno

de los costados de la cascada de hielo, donde tomamos el camino de vuelta. Pero eso fue lo que inquietó a Phyllis.

II

El doctor Allard pasó la tarde entera dándole vueltas a esa información. Cuando hubo enviado a Roger a que se cambiara, buscó a los guías y los interrogó. Le confirmaron la historia de Roger en todos sus detalles: las pisadas empezaban en la nieve de improviso, en pleno centro del trecho expuesto bajo la pared noreste del Weisshorn, como si sus artífices hubieran caído de una *Flugmaschine*[76]. Pero a aquellos hombres no se los veía deseosos de hablar del asunto, y por sus risitas y lo tonto de su actitud, más que por nada de lo que hubieran dicho, el doctor adivinó que el asunto les incomodaba tanto como a Roger. De hecho, Hans y Christian Kaufmatter estaban preocupados. El motivo no lo sabían o no querían decirlo.

Cuando los chicos se hubieron acostado —a Allard siempre le parecían niños, aunque Phyllis tenía casi veinte años y el chico por lo menos diecisiete—, el doctor salió a dar un paseo por la carretera del valle a la cálida luz de las estrellas, fumando. Ante él se alzaba el Matterhorn, apenas visible, como una forma imprecisa del color del cielo, casi transparente y desprovisto de estrellas. Se puso a ordenar mentalmente los hechos. Ningún aeroplano había atravesado el valle, había dicho Alois, el portero, «en las últimas treinta y seis horas; desde la última nevada, vamos». Por tanto, esa explicación del fenómeno quedaba descartada. Pero cuatro personas lo habían visto. ¿Se habrían confundido todos? Era posible. El doctor Allard sabía demasiado sobre las alucinaciones como para excluir esa posibilidad. Pero aunque se hubieran confundido, el problema seguía ahí: cuatro personas habían experimentado la misma alucinación, y a todos ellos, aunque en grados

diversos, les había provocado la misma desazón. Phyllis había sido la más afectada. Roger, el siguiente, aunque solamente Phyllis, advirtió el doctor, la había relacionado con los dos hombres muertos. Ejem. No era nada agradable, se mirara como se mirase. El doctor Allard coqueteó con la idea de subir al glaciar Bis al día siguiente para poder ver por sí mismo lo que hubiera que ver, pero tras pensarlo más detenidamente, descartó el plan. Era más conveniente que se quedara con los chicos, que los tuviera entretenidos y hablara con Phyllis. Sabía que, ante cualquier tipo de susto o trastorno, resultaba fundamental que la persona pudiera explayarse; aspirar el veneno de la herida, como quien dice, para evitar daños en el subconsciente. Se encargaría de eso por la mañana.

Al día siguiente, el doctor Allard tuvo un motivo para sentirse extremadamente contento de no haber subido al glaciar Bis, pues la tarde trajo consigo un susto todavía más perturbador. La mañana fue bastante tranquila. Phyllis y él fueron a dar un paseo por los prados, más allá del pueblo. Habían segado el heno, pero entre los rastrojos de aquí y de allá, en los salientes de las rocas, crecían florecillas de vivos colores; el aire estaba perfumado de tomillo. Sentado en aquel agradable y tranquilo paraje, el doctor Allard mantuvo su charla con la chica. No resultó demasiado satisfactoria. Para su sorpresa, Phyllis adoptó una actitud de suficiencia. Estaba agotada; debía de haberse abandonado a las fantasías. No, ahora ya no le afectaba. Era extraño, sí, pero realmente ya no le preocupaba, le comentó ella. Aquello le desconcertó muchísimo. La joven no quería confiarse; ¿por qué? Los posibles motivos eran dos: o realmente había superado el *shock* y ahora se sentía tonta, o estaba tan profundamente asustada que su mente rehuía el incidente. La última posibilidad era la más probable, pero mientras no

hablara del asunto, él no podría saber nada a ciencia cierta y, lo que era más importante, tampoco podría ayudarla.

Lo único que podía hacer era mantener a ese par ocupado, y con dicho objetivo en mente subieron a tomar el té al restaurante de la garganta del Gorner. Phyllis parecía verdaderamente contenta allí, lo que hizo que el golpe que estaba a punto de recibir resultara más violento. Cuando regresaron ya había llegado el correo; el doctor Allard cogió las cartas que le entregó el viejo y gordo Alois y se las llevó al muro, donde se sentó; absorto, era vagamente consciente de que los chicos estaban sentados cerca, charlando y mirando el correo, cuando oyó que Roger decía:

—¿Qué es esta postal, Phyllis? ¿Quién demonios es J. Bull?

El nombre impactó al doctor al instante con un golpecito seco como el de un martillo. Dirigió una mirada fugaz a los chicos. Phyllis estaba dándole la vuelta a una postal que tenía entre los dedos, con expresión perpleja.

—No puedo figurármelo —dijo ella—. Stresa… No conozco a nadie en Stresa; y me parece que no conozco a nadie llamado Bull. ¿Por qué iba a querer escalar con nosotros? Y, con todo, el nombre me resulta familiar…, sé que lo he visto recientemente.

Allard se levantó y se acercó a los jóvenes.

—¿Algún problema? Dejad que vea, ¿puedo? —Lo hizo todo con mucha delicadeza y naturalidad, como alguien que estuviese acercándose a un pájaro silvestre; fuera lo que fuese lo que dijera la postal, quería descubrirlo antes de que Phyllis recordase dónde había visto últimamente el nombre «J. Bull»: en la tablilla de madera a los pies de esa tumba nueva del cementerio, donde él mismo lo había visto tan sólo un día antes. Pero al tomar la postal de las manos de la muchacha, su rostro palideció; se cubrió la boca con la mano

con un extraño gesto y se lo quedó mirando con ojos sombríos.

—James Bull —dijo con la mano en la boca, en lo que casi fue un susurro— era…, ¡era uno de *ellos*!

—Querida, eso no tiene nada que ver con esta postal —repuso el doctor Allard, firme y efusivo—. Deja que la vea.

Ella se la dio y él la leyó de cabo a rabo. Estaba escrita a lápiz, apenas visible sobre la brillante superficie de la postal, bajo una fotografía de Stresa. «George y yo estamos avanzando hacia Zermatt y esperamos encontraros a tu hermano y a ti. Estamos decididos a subir con vosotros. Cordialmente…, J. Bull.» Eso era todo. El doctor le dio la vuelta. Estaba dirigida, y sin error alguno, a la señorita Phyllis Strangways, hotel Monte Rosa, Zermatt, y el matasellos era de Stresa, de dos días atrás; justo un día antes, observó el doctor Allard, de que los chicos vieran esas extrañas pisadas en el glaciar Bis. George: así se llamaba el joven Whitelegg. Eso no estaba bien; gastarle una broma pesada como aquella a alguien era horroroso. Antes de que el doctor Allard pudiera pensar qué iba a decir a continuación, el joven Roger no tuvo más remedio que cometer la tontería más grande.

—George Whitelegg, así se llamaba el otro, ¿verdad? —soltó Roger.

El doctor Allard tuvo que controlar su irritación con el muchacho.

—Sí, así es —repuso con gesto tranquilo y algo severo—, y eso demuestra que alguien le está gastando a tu hermana una broma pesada, estúpida y cruel. Me cuesta imaginar algo de peor gusto. —Se volvió hacia Phyllis, que seguía sentada, mirándolo con aquellos ojos inmóviles y sombríos —. ¿Estás segura de que no reconoces la letra? —preguntó con tono rutinario—. Vuelve a mirarla.

Pero como ni Phyllis ni Roger fueron capaces de reconocer la letra, el doctor Allard cogió la postal y les prometió que indagaría acerca del bromista de mal gusto; se mantuvo tan firme acerca de la existencia de esa persona, que no tardó en ver que la chica recuperaba su color y que su rostro adquiría una expresión más natural.

Pero sus indagaciones no progresaron de la forma que habría esperado cualquiera que hubiese oído la conversación anterior. Es cierto que el doctor Allard llamó desde la oficina de correos a la redacción del modesto periódico local que publicaba la lista de visitantes que llegaban a Stresa, y confirmó que, la semana anterior, ningún Bull se había registrado en las pensiones u hoteles de la zona; tampoco contaba con encontrar alguno; pero cuando los chicos se hubieron marchado fue a examinar la firma de Bull en el registro del hotel. Escrita con esos deplorables plumines suizos y con la pegajosa tinta de hotel de rigor, era un manchurrón violeta apenas legible que de nada serviría para establecer una comparación con el débil trazo de lápiz de la postal. Allí también averiguó que Bull no había pagado con un cheque, sino en efectivo. Finalmente, realizó un sondeo entre los pocos alpinistas ingleses que se hospedaban en el hotel para averiguar si alguno había conocido a Bull lo bastante bien como para reconocer *su* letra. Pero no dio con nadie: Bull no era demasiado popular. El doctor Allard no tuvo más remedio que admitir que aquel camino no lo estaba llevando a ningún sitio.

Al día siguiente subieron al Riffelhorn. Los chicos se habían tragado la hipótesis de la broma pesada de muy buen grado, por lo visto, y si los pensamientos del doctor Allard llegaron a adquirir un tinte más sombrío, se guardó bien de manifestarlo. Phyllis hizo una buena subida, y después de un copiosísimo té en el hotel Riffelalp, bajaron por el sendero que discurría entre los pinos con el buen

ánimo que los alpinistas suelen tener en los descensos. A las puertas del hotel, el doctor Allard se encontró con un viejo amigo que acababa de llegar de una travesía por el Matterhorn y se detuvo a intercambiar recuerdos con él. Lo interrumpió Roger, que llegó procedente del vestíbulo y le tocó el hombro con expresión turbada.

—¿Podría acercarse a ver a Phyl un momento, señor? Ya está otra vez.

El doctor entró a toda prisa. Phyllis estaba sentada en una silla a los pies de las escaleras, pálida y asustada, sujetando una postal. El matasellos era de Ornavasso, y su mensaje, parecido al de la primera postal, de la que la separaban veinticuatro horas. El doctor Allard subió a su habitación acompañado de la muchacha —el vestíbulo estaba lleno de gente—, y allí pudo hablar con ella. La joven *sí* se abrió entonces; al borde del llanto, confesó que estaba asustada y que su miedo era el mismo que había sentido en el glaciar Bis.

—No creo que sea una broma. Creo que son *ellos*. Tengo la sensación, no sabría decir por qué, de que ¡están tratando de atraparme! —dijo la muchacha mirándolo con ojos aterrorizados.

El doctor Allard preparó un sedante y le dirigió unas palabras tranquilizadoras. No debía abandonarse a esas ideas, le dijo; debía considerar el asunto una broma pesada hasta que pudieran determinar de qué se trataba.

—Los espíritus no mandan postales —dijo el doctor.

Le dio una novela, una novedad de Tauchnitz, y le mandó que cenara en la cama, pero él bajó a cenar muy intranquilo. No, los espíritus no mandaban postales, pero sí hacían que manos ajenas las escribieran. Él lo había visto. Aquello parecía…, bueno, al doctor Allard le parecía un asunto muy feo. «Estamos decididos a subir con vosotros.» ¿Qué podía desprenderse de aquello sino la resolución de subir con

ellos, dentro de sí mismos, personas, poseyéndolos? Siempre que no se tratara de una broma, claro está. Y el doctor no creía que ese fuera el caso. Aquello tenía su lógica. Ornavasso estaba casi en la entrada del valle de Anzasca, que conducía a Macugnana y el Monte Moro. De haber llegado a pie, los alpinistas habrían tomado ese camino. No, el asunto no le gustaba, ni pizca.

Tomó todas las precauciones que pudo: le ordenó a Alois que se quedara todas las postales dirigidas a la señorita Strangways y se las entregara a él. Y, así, Phyllis se libró de la que llegó al día siguiente. Venía de Bannio, como el doctor esperaba, en mitad del valle de Anzasca, y el matasellos todavía era más reciente. Al día siguiente no hubo postal, y el doctor se llevó a los chicos al glaciar Findelen, a tallar peldaños. Pero la tarde del quinto día, cuando después de un paseo entraron al hotel para tomar el té, Alois, el portero, le dio una nota a la chica. A él se la había entregado una hora antes un grupo que bajaba de la cabaña Regina Margherita, en el Monte Rosa, le dijo. Phyllis la abrió; se puso pálida y se la entregó al doctor sin mediar palabra. Tenía fecha de ese mismo día, y sólo contenía las siguientes palabras: «Hasta esta noche en Zermatt… J. B.».

III

En lo primero que pensó el doctor Allard fue en seguirles la pista a los portadores de la nota. A tal efecto, sin embargo, Alois no resultó de mucha ayuda. Eran italianos, *Führerlosen* («alpinistas sin guía»). Le habían entregado la nota, le habían preguntado por el horario del próximo tren a Visp y habían seguido hacia la estación, de donde salía un tren al cabo de media hora. Debían de haber salido hacía un buen rato, por supuesto.

Pero la preocupación por el estado de Phyllis no tardó en atajar las pesquisas y las reflexiones del doctor. Roger, con muy buen criterio, la había llevado a su habitación, y en aquellos instantes envió a una camarera a requerir de inmediato la presencia de *Herr Doktor*. Allard subió. La joven estaba acurrucada en una silla con la vista clavada al frente; cuando el doctor entró, dio un respingo violentísimo, se levantó de un brinco y se quedó de pie, temblando.

—Me atraparán —dijo con voz baja y trémula—. Llegarán esta noche y nos atraparán.

El doctor Allard le habló con voz tranquilizadora poniéndole la mano en el brazo.

—Yo te cuidaré, Phyllis, no debes alterarte tanto.

—No puede, usted no puede mantenerlos alejados. Han ido acercándose, más, más, y ahora llegarán aquí, ¡esta *noche*! —dijo ella levantando la voz hasta convertirla casi en un grito—. ¡Oh! —Se desplomó en la silla cubriéndose la cara con las manos mientras sacudía el cuerpo, estremecida.

El doctor Allard estaba completamente alarmado. Ya hubiera algo de realidad en la amenaza que tanto la asustaba, ya se tratara solamente de una horrible broma pesada, el efecto que tenía en la muchacha era el mismo:

estaba al borde de la desesperación. Empezó a temer por su cordura; si aquel estado de pánico se prolongaba, podía pasar cualquier cosa. En aquellos casos, como el doctor sabía muy bien, razonar no servía de nada: su única oportunidad era una acción decidida que aliviara la tensión. Tomó una decisión repentina.

—Roger, ve a buscar a Franz y a Christian y diles que estén listos para salir justo después del té —dijo, resuelto—. Y pídele a Marie que nos tenga preparada comida para mañana. Vamos a subir al Trift. —El chico salió a toda prisa y el hombre apoyó su mano con firmeza sobre el hombro de la chica—. ¡Phyllis!

La joven levantó la vista y el doctor le sostuvo la mirada; se trataba de un truco que había aprendido hacía mucho y del que solía servirse para su compasiva profesión.

—Escúchame, Phyllis. Si alguien viene, no nos encontrarán aquí. Vamos a subir al Trift para pasar allí la noche, y si el buen tiempo se mantiene, mañana atravesaremos el Rothorn hasta la cabaña de Mountet. —El doctor advirtió que la joven estaba atenta a lo que él decía; lo había oído, estaba asimilándolo, y el temblor disminuyó. Aprovechando la oportunidad, Allard continuó—: En cuanto a este asunto, es muy feo y misterioso, querida, pero si confiáis en mí y hacéis exactamente lo que os diga, os pondré a salvo, a los dos. ¿Entiendes?

—Sí —contestó ella débilmente aunque con más desenvoltura.

—Muy bien. Podré cuidar de vosotros si me obedecéis, pero debéis hacer lo que os diga. Ahora, preparad vuestras cosas para dos o tres días; puede que atravesemos el Dent Blanche, si hace bueno y no os cansáis demasiado. ¿Tenéis mudas de sobra? ¿Y ropa de lana? Pues cogedlo todo y luego bajad a tomar el té, que nos pondremos en marcha en cuanto hayamos terminado.

El doctor se dispuso a esperar mientras ella colocaba sus cosas en montoncitos sobre la cama; le preguntó dónde tenía la mochila e hizo comentarios sobre los artículos de su equipo, tratando de centrar la atención de la joven en aquellos detalles prácticos, hasta que Roger volvió.

—Cuando hayas terminado con tus cosas, ayuda a Roger con las suyas —dijo el doctor, y agarró al chico del brazo hasta arrancarle un gesto de dolor para impedir que protestara. El joven, asustado, lo miró y, gracias a Dios, lo comprendió todo—. Tratad de estar abajo dentro de diez minutos —les dijo, y se marchó.

Después de tomar el té, mientras caminaban por la estrecha garganta que conduce al refugio del Trift, el doctor Allard aprovechó la ocasión para mantener una charla con Roger. Ya había conseguido estar con el viejo Franz, su guía jefe, y lo había puesto al corriente de la situación. Le explicó que a la *Fräulein* le había asaltado aquella obsesión después de que la llevaran al escenario del accidente; un suceso muy desafortunado, pero que esas cosas pasaban.

—*Ja, ja* —Franz movió la cabeza, asintiendo ante tal afirmación.

Por tanto, era de suma importancia mantener su mente ocupada. El doctor Allard continuó. Y él, Franz, tenía que acercarse a la muchacha por el sendero, trabar conversación con ella y hacerla hablar. Pero no debía mencionar accidentes ni muertes ni *Gespenster* («fantasmas»), ni nada por el estilo; ni a Herr Whitelegg o Herr Bull, naturalmente.

—*Ja, ja* —asintió Franz de nuevo.

(Allard pensó que el estilo de Franz, desprovisto de dos de los temas favoritos de los guías suizos, se vería enormemente afectado, pero el guía era un viejo amigo, digno de toda confianza.)

Así que, mientras Franz entretenía a la joven dama con anécdotas de Wills, Whymper, Davidson y Coolidge, el

doctor Allard se puso a charlar con Roger. Quería averiguar qué le parecía el asunto; preocupado como había estado por Phyllis, apenas se había parado a pensar en el muchacho. Si conseguía que el chico comprendiera la situación, además, podía convertirlo en un aliado utilísimo para tratar a su hermana. El doctor, prudente, decidió empezar la conversación con un aire muy médico, explicándole qué peligros entrañaba para la mente de Phyllis la fatiga nerviosa fruto de aquellos terrores, y lo importante que era mantener su atención ocupada y no dejarla sola. (Ese punto lo recordaría más adelante.) La justificación que pudieran tener sus miedos fue un tema que al principio no abordó. Pero Roger sí lo hizo. Tras escuchar con mucha atención las instrucciones del doctor Allard, planteó una pregunta de su cosecha.

—Phyl cree, está convencida de ello, que esos hombres quieren seguir subiendo, y como ahora no tienen cuerpo con el que hacerlo, quieren usar los nuestros. Parece bastante absurdo, pero… —se detuvo— ¿es eso posible, señor?

El doctor Allard midió sus palabras con mucho cuidado antes de responder. Existía una forma de enfermedad mental, dijo, para la que se aplicaba la palabra «posesión»; pero, en general, la persona que la padecía se veía esclavizada por un rasgo de la personalidad, como la violencia o la crueldad, más que por la personalidad misma.

—E incluso en esos casos, de hecho, nos limitamos a hacer suposiciones juzgando la causa a partir de los efectos.

—Así que ¿no le parece posible? —le preguntó el muchacho mirándolo.

El doctor Allard se detuvo y se quitó el sombrero de fieltro gris. Habían salido de la garganta, y el valle abierto en el que se alza el refugio del Trift se extendía ante ellos con las montañas que lo rodeaban atrapando los últimos rayos de

sol; una brisa fresca de nieve rozó delicadamente su frente húmeda.

—Sencillamente, no lo sé —respondió por fin devolviéndole la mirada al muchacho, clavándole aquellos ojos grises alojados bajo unas cejas prominentes—. Lo único que puedo decir es que en toda una vida dedicada a esta profesión, nunca había tenido noticias de un caso de posesión directa por parte de alguien que acabara de fallecer.

Se enjugó la frente; dar con aquellas palabras y pronunciarlas lo había acalorado tanto como la empinada caminata por la garganta. Pero Roger parecía satisfecho.

—¡Bien! —dijo.

—¿No tienes miedo, Roger? —le preguntó al cabo de unos instantes el doctor.

El chico, a su vez, se demoró antes de responder. El doctor vio que miraba la figura de su hermana, esbelta y elegante, con aquellos bombachos y esa camisa, caminando a buen ritmo al lado del viejo Franz por el escarpado valle que se desplegaba ante ellos. Y entonces paseó la vista por el grupo de nobles y hermosísimas formas montañosas que rodeaban el valle.

—No mucho —respondió finalmente—. Excepto por Phyl, quiero decir. Y aquí no tanto. Abajo la cosa se estaba poniendo bastante cruda… —movió la cabeza para señalar el valle de Zermatt, que quedaba a su espalda—, pero entre estos tipos siempre me siento seguro. —Con un gesto de la mano señaló el circo montañoso.

El refugio del Trift es una pequeña posada de piedra con dormitorios y una *salle a manger*, y un cuarto para los guías. Allí cenaron la típica sopa *Maggi* espesada con queso, pan duro, ternera correosa y compota. En cuanto terminaron, el doctor mandó a los chicos a la cama. Les dio un somnífero muy fuerte a cada uno y, paternal, fue a arroparlos.

Adormilada por el sedante, Phyllis le sonrió desde su almohada.

—Que duermas bien, mi niña —susurró el doctor, conmovido por su cara infantil—. Yo cuidaré de ti. —Y salió de la habitación.

Pero no se acostó. Tenía la extraña sensación de que más valdría quedarse despierto, pasar la noche de guardia. Uno a uno, el resto de alpinistas se fueron a la cama y el doctor se quedó solo en la pequeña *salle a manger*, recostado en una silla de mimbre. Tenía un libro, pero no leía; lo reservaba para cuando empezara a entrarle sueño. Lo que hizo fue repasar mentalmente el asunto desde el principio. Lo del mensaje era curioso. El doctor cogió un cuaderno del que extrajo tres postales, una nota y una carta; lo dispuso todo sobre la despejada mesa de madera para estudiarlo. Por extraño que pareciera, el viejo Morrison, el amigo que el otro día volvía de hacer la travesía del Matterhorn, había mantenido correspondencia con Bull sobre una cuestión topográfica muy debatida, y llevaba consigo una carta suya. Aquella era la carta con la que el doctor se puso a comparar las tres postales y la nota que había recibido Phyllis. No, la letra no era exactamente la misma; y, con todo, se apreciaba un parecido, justo la clase de parecido que uno esperaría de alguien que tratara de imitar una letra bajo algún tipo de coacción. Era bastante inquietante. ¿Y por qué se le había ocurrido aquella frase, «bajo algún tipo de coacción», a propósito del asunto? No, cuanto más pensaba en ello, menos le gustaba. De repente, la puerta hizo un ruido; el doctor se sobresaltó, se levantó y fue a abrirla. No había nadie; tras la posada se alzaba la luna, y su luz apenas teñía de plata las cumbres del Wellenkuppe y el Gabelhorn que se alzaban enfrente. De la garganta ascendía la ronca voz del arroyo. El valle estaba silencioso y tranquilo. El doctor Allard se acordó del comentario del chico acerca de las montañas.

Reconfortado, entró en la posada y cerró la puerta. Sus pensamientos se dirigieron ahora a Phyllis y sus síntomas. Pobre muchacha; si su método fallaba iba a quedar muy mal parada. Aquella mirada que el doctor había interrumpido en Zermatt al entrar en la habitación de la chica acurrucada lo había asustado más que los temblores y los gritos. Era mala señal. Se acordó de Rose, su perdida Rose; también ella se pasaba el tiempo sentada, y con menor motivo todavía, apática, hundida, con la mirada al frente, perdida. ¡Ay! Cómo le recordaba todo aquello el rostro de la niña. Un mal asunto, un asunto horrible. ¿Estarían dormidos?, se preguntó. Quitándose sus viejas zapatillas de piel, el doctor subió las escaleras con sigilo y se asomó a las dos habitaciones. Sí, ambos dormían dulcemente. Volvió abajo. Pero su angustia reapareció y lo acompañó durante toda la noche. Las contraventanas, la puerta y las escaleras emitían sonidos débiles, crujían y se volvían a callar. Y al oír un ruido especialmente intenso o alarmante, el doctor Allard se levantaba de la silla cada vez más agarrotado y se encaminaba en silencio escaleras arriba para quedarse escuchando en las puertas de las habitaciones de los chicos, o se dirigía a la del refugio y la abría sin hacer ruido para inspeccionar afuera. Pero nunca había nada que ver salvo la silueta gris de la morrena en el valle desierto y sombrío, y las montañas, blancas bajo la luna.

IV

La travesía del Zinalrothorn es una de las ascensiones más agradables de los alrededores de Zermatt. Cual inmenso canino de roca rojiza, la cumbre se alza en la cresta que forma la cuenca que separa los valles de Anniviers y de Zermatt, cuenca que discurre prácticamente en su totalidad por encima de la línea de nieve. El Rothorn no puede compararse en belleza con su vecino, el Weisshorn, esa maravillosa pirámide cuyo exquisito contorno resulta tan atractivo desde todas sus vertientes, pero posee una magnificencia propia, una curva ladeada en su cima que recuerda a una ola que rompiera. Desde allí cualquiera puede arrojar a la nieve, cientos de metros más abajo, los huesos de ciruela que quedan entre las botas. La ascensión por la pared de Zermatt es, en general, sencilla: valle del Trift arriba hasta la laguna glaciar que queda a su entrada, y luego una dura caminata para ascender a la morrena del glaciar del Trift, esa extraña formación geológica, larga y curvada como una serpiente y puntiaguda como un tejado, en la que las piedras que caen de la superficie de los glaciares van amontonándose libremente; y más arriba todavía, cruzando las pendientes nevadas, en continua desviación a la derecha, hasta que por fin —¡ y menos mal! — el alpinista se encamina hacia las rocas. Esta primera parte de la ascensión es a lo que Roger se había referido como «una pesadez»; el resto es puro placer. Sobre las primeras rocas fáciles, una arista nevada sube hasta fundirse con las empinadas lajas de la cumbre; lajas de roca roja y dura, tan sólida y firme que hasta los menores agarres para las manos o los pies proporcionan una sensación de absoluta seguridad.

Esa fue la ruta que el grupo del refugio del Trift emprendió a la mañana siguiente. A las tres de la madrugada, cuando emprendieron la marcha, estaba oscuro, y las luces de los faroles que llevaban los guías titilaban como una procesión de estrellas fugaces mientras ascendían lenta y pesadamente por el sendero apenas visible, trastabillando fatigados sobre las piedras sueltas de la morrena. Hacía calor, lo que no sólo resultaba desagradable, sino que no presagiaba nada bueno, pues anunciaba un cambio de tiempo; a los alpinistas les gusta el aire fresco del amanecer. El doctor Allard sudaba copiosamente. Se detuvieron al pie de las rocas para montar la cuerda; la pausa le resultó muy grata al doctor, a quien una «noche en blanco» en una silla de mimbre no le había parecido el preámbulo ideal para una expedición de primera categoría. El sol ya estaba en lo alto, y habían subido tanto que ya podían contemplar las cumbres que quedaban al sur, más allá del valle de Zermatt. Refulgían de un rosa encendido; hermosas a la vista pero de augurio amenazador. Al verlas, los guías se pusieron a escupir y a murmurar. El Matterhorn estaba a la vista y se alzaba sobre una brecha en la cresta que separaba el Ober Gabelhorn y el Unter Gabelhorn. Era inconfundible entre tantas otras montañas por la cualidad agreste, casi salvaje, de su silueta. Los chicos, como nuevos después de una buena noche, estaban de un ánimo aceptable; Phyllis no había desayunado gran cosa en la posada, pero el doctor Allard la vio masticar galletas y chocolate con celeridad mientras identificaba las distintas cumbres y discutía las rutas para atacarlas.

¡Y cuánto le gustaba la montaña! Mucho tiempo después, Allard recordaría lo contenta que estaba ese día en el Rothorn. Cuando estuvieron encordados y se pusieron en marcha rocas arriba avanzando por la arista nevada, dio la impresión de que la joven olvidaba todos sus temores y de

que sus ánimos se elevaban como su cuerpo, imponiéndose a la gravedad, remontando hacia el cielo en lo alto, un cielo del más profundo de los azules. Cuando llegaron a las empinadas rocas de la última cima, Phyllis se encaramó por las lajas como un gato: fuerte, intrépida y vigorosa. En aquellos lugares expuestos y ventilados en los que la gente normal suele aferrar los agarres, ella se detenía con concentrada atención para volverse a mirar al doctor y lanzar a gritos alguna pregunta u observación jovial. El viejo Franz, que estaba encantado con la muchacha, intercambiaba comentarios elogiosos con los hermanos Kaufmatter en ese suizo tan gutural. A las 10:30, cuando alcanzaron la cumbre —se habían demorado, pues el doctor Allard ya no era tan rápido como antes—, Phyllis, arrebatada, se sentó justo en el borde del saliente que caía a pico, con los pies colgando alegremente a varios centenares de metros de aire azul, para almorzar y disfrutar de la vista. Allard iba recobrando la esperanza; todo parecía indicar que su método estaba resultando mejor de lo previsto. Si pudieran seguir adelante…, si pudieran evitar el regreso a Zermatt, tal vez, y continuar hacia Zinal o Arolla; ya se encargaría de que el equipaje los siguiera. Se dispuso a emprender la bajada con un ánimo casi tan bueno como el de Phyllis.

El descenso del Rothorn a la cabaña de Mountet no es tan poca cosa como la ascensión desde el Trift. La cresta la bloquean tres enormes torres rocosas, a las que los alpinistas se refieren como «gendarmes», que deben salvarse con mucho cuidado. El tercero y mayor de estos gendarmes es duro de roer. Se trata de una laja muy expuesta, de pendiente pronunciadísima, que cabalga la angosta cresta que queda a sus pies; como únicos agarres para pies y manos, las grietas en la superficie de las paredes. Aun en buenas condiciones, el lugar requiere

cuidado y cabeza fría, y aquel día las condiciones no eran buenas. La cordada se hallaba en la vertiente norte de la montaña, y mientras que en la sur las rocas estaban calientes y secas, entre los intersticios de la arista norte todavía quedaba nieve, e incluso hielo, infestando las grietas del gran gendarme. Sortear la empinadísima pared resultaba extremadamente difícil. Tuvieron que desencordar y rodear una de las puntas con una lazada para contar con una sujeción suplementaria. Después de haber bajado al viejo Franz para que, con muchos esfuerzos e imprecaciones, dejara las grietas tan limpias como pudiera, fueron descendiendo uno a uno. Aquello los retrasó considerablemente, y cuando se reunieron en la arista a los pies del gendarme ya eran las tres de la tarde y hacía cuatro horas que habían abandonado la cima. Para entonces el tiempo se había convertido en motivo de preocupación. La amenaza del viento cálido del amanecer, ese rosado bochorno del alba, parecía a punto de cumplirse: las nubes se congregaban al sur, a sus espaldas, y por la inmensa brecha de la cresta que discurría entre el Rothorn y el Weisshorn empezaban a escapar ráfagas de vapor gris. Los guías, como suelen hacer siempre que amenaza mal tiempo, estaban nerviosos e inquietos y querían apurar el descenso, pero el doctor Allard, para quien la salud de Phyllis suponía una prioridad absoluta, insistió en hacer una pausa para comer algo en cuanto llegaran a un lugar adecuado.

La hicieron, allí donde pudieron encontrar sitio, encaramados a ambos lados de la cresta; el doctor Allard y Franz quedaron en el lado oeste, y los otros tres guías y los chicos, en la pared este, mirando al Weisshorn. En el valle donde se alza la cabaña de Mountet daba el sol: una gran extensión de nieve resplandeciente que iba estrechándose hacia el norte, donde el glaciar de Durand, oculto tras la falda del Besso, doblaba valle de Anniviers abajo. Allard veía

el refugio al pie de la ladera, justo encima de la morrena. Mientras estudiaba la superficie de los glaciares con la atención automática del alpinista, le llamó la atención algo a sus pies: unas huellas en la nieve que conducían al refugio. Aquello no tenía nada de extraordinario; la ruta normal para bajar de la cresta al Mountet debía de cruzar el glaciar allí donde las huellas eran más o menos visibles, pero lo que no podía ver bien era de dónde provenían. Sacó los binóculos de la mochila, enfocó y comenzó a examinar las huellas.

Lo que vio le hizo dar un brinco tan violento que la funda de cuero de los prismáticos, que en lugar de habérsela colgado al cuello por la correa se la había apoyado descuidadamente sobre la rodilla, cayó rocas abajo retumbando hasta el glaciar. Las huellas se dirigían hacia el refugio y partían de la explanada, lejos de las rocas, bien a la vista, pero no había otras señales que las alcanzaran desde el pie de aquellas. Igual que las del glaciar Bis, nacían en plena nieve, salidas de la nada, lo cual era imposible.

Durante unos instantes, el doctor Allard sintió un malestar casi físico al contemplar por los binóculos aquella visión ominosa. Pero se recompuso al instante y, presuroso, tomó una decisión sobre cuál sería el paso siguiente. Afortunadamente, Phyllis y Roger, sentados en el extremo más alejado de la cresta, no habían visto las pisadas; debía impedir, a toda costa, que llegaran a hacerlo. La pérdida de la funda de los prismáticos había provocado un buen alboroto que el doctor supo aprovechar, y que también le proporcionó una excelente excusa para cambiar la ruta de descenso y apartarse de la cresta antes de lo acostumbrado, para poder atacar el glaciar a una buena distancia del inexplicable inicio de aquellas monstruosas pisadas. La idea de cruzarlas para llegar a la cabaña no le agradaba demasiado, pero no les quedaba otra; no tenían ningún otro

refugio a su alcance, y cuando volvieron a encordarse para continuar rocas abajo, empezó a nevar.

Descendieron con bastante facilidad, recuperaron la funda de los binóculos y se dispusieron a atacar el glaciar. Sin embargo, como el doctor Allard había temido, el ánimo de Phyllis mudó de repente: cruzó las pisadas sin hacer comentario alguno, pero primero se tornó apática y después pareció sentirse incómoda; permanecía callada hasta cuando le dirigían la palabra, y de vez en cuando se volvía a mirar a su espalda. Aquellas señales dejaron al doctor de piedra, y las trató como lo habría hecho con la fatiga: cuando llegaron al refugio bajo una copiosa nevada, le dio a la joven un brandy caliente antes de la cena y la mandó a la cama en cuanto hubo terminado. Pero las señales de angustia aumentaban, y con ellas, la desesperación del doctor. Dios, ¿qué podía hacer él?

Hizo lo que estaba en su mano. La cabaña de Mountet tiene dos plantas, y a la última se accede por una especie de escala. Allí acomodó a Phyllis y a Roger para que durmieran; aprovechó la ocasión para recordarle al chico que no dejara a su hermana sola, y suministró a Phyllis un somnífero todavía más fuerte que el de la noche anterior. Luego volvió a bajar. En las literas de paja yacían los guías, roncando. El doctor Allard atizó la estufa, acercó una silla y se acomodó de nuevo para montar guardia. Echó un último vistazo desde la puerta: la nieve seguía cayendo, abundante y silenciosa.

Pero Allard había tenido un día de escalada largo y duro, y aquella era su segunda noche de guardia. El calor de la estufa era muy reconfortante; adormilado, se puso a cabecear. De vez en cuando se enderezaba sobresaltado, pero luego volvía a dar cabezadas. Y, finalmente derrotado, se quedó dormido. Lo despertó una sensación de frío y la impresión de que, a su vera, había luz. Se levantó de un brinco y se puso a mirar a su alrededor, confundido. Con

razón hacía frío: la puerta estaba abierta de par en par. Afuera ya no nevaba, y la brillante luz de la luna y el fino aire de la noche inundaban la cabaña.

V

El doctor echó un vistazo al reloj. Eran las dos y media. Se acercó a la puerta y miró afuera. Pisadas —unas pisadas bastante pequeñas— avanzaban en la tersa nieve fresca hacia la abrupta cuesta que llevaba al glaciar. Con un pálpito, el doctor entró de nuevo al refugio y subió por la escala hasta la habitación de arriba. Justo lo que había temido: el catre lleno de paja estaba vacío, y las mantas oscuras y con olor a cerrado, echadas a un lado en dos montones alborotados. Los chicos se habían marchado.

Maldiciéndose por su condenada modorra y su imperdonable falta de autocontrol, el doctor Allard bajó la escala a toda prisa y, sin perder un instante, despertó a los cuatro guías; ahogando unos gruñidos de cuyo contenido el doctor entendió más de lo que los guías imaginaban, los hombres se levantaron, se pusieron las botas y la chaqueta, cogieron las cuerdas y los piolets, y cargaron los faroles con velas nuevas. Atándose los cordones de las botas con la espalda rígida y dolorida, Allard se puso a escucharlos. Las huellas del día anterior no habían pasado desapercibidas para los Kaufmatter, y fuera cual fuese la forma que su inquietud hubiera adoptado, habían conseguido transmitírsela a Franz y a Peter. Los Kaufmatter eran oriundos de Grindelwald y luteranos, pero cuando el católico Franz cruzó el umbral y salió al exterior, al claro gélido e iluminado por la luna, se persignó.

Las huellas conducían al borde del glaciar y lo atravesaban en dirección sur. Con el resplandor de la luna, seguirlas en la nieve recién caída no entrañaba ninguna dificultad, y los cinco hombres avanzaron a buen ritmo. La mente del doctor Allard se movía todavía más deprisa que

sus piernas. Cómo habían podido esos dos bajar por la escala, calzarse las botas, abrir la puerta y marcharse sin despertar a nadie era un misterio, aunque ahora caía en la cuenta de que a él tampoco lo había oído subir y bajar por la escala ninguno de los guías; cuando los despertó, dormían profundamente. ¿Y qué era lo que había empujado a los chicos a salir de la cabaña? ¿Se habían escapado o bien alguien los había tentado? ¿Y hacia dónde se dirigían? Cayó presa de la angustia; arriba, en el glaciar, bajo el Gabelhorn y el Rudihorn, podía haber grietas, y todo parecía indicar que habían salido sin cuerdas. La luz de la luna bastaba para iluminar los objetos que quedaban más próximos, pero era engañosa para ver a distancia; por mucho que mirara, no se apreciaba ser vivo alguno en el trecho blanco que tenían delante.

De repente, Christian Kaufmatter, que iba en cabeza, se paró en seco profiriendo un juramento tremendo y sobresaltado. Los demás, que iban acercándose a él, también se detuvieron. Hasta entonces sólo había habido un único sendero de huellas con alguna pisada más o menos espaciada, lo que evidenciaba que por ahí habían pasado dos personas y no una sola. Pero cuando el doctor Allard llegó al lugar en el que Christian y los otros guías se habían parado, vio que, de repente, habían aparecido otros dos rastros, uno a cada lado del sendero de pisadas que iban siguiendo. Las huellas frescas no se habían acercado a las antiguas; empezaban ahí de repente. Los hombres del grupo se quedaron mirando durante unos instantes, y luego Franz volvió a santiguarse. Y, a saber por qué, el horror del momento pasó. Trabajosamente, el doctor logró animarse. «*Vorwärts! Schnell!*»[77] Al principio los guías estaban tan desalentados que le costó obligarlos a seguir esa nefasta huella triple; avanzaban a un lado guardando una distancia

considerable y, a pesar de las exhortaciones del doctor, no tan rápido como antes.

La luna se escondía, y a sus espaldas rompía el alba. A medida que la luz se volvía más intensa, Christian, que se había situado en segundo lugar, inmediatamente después del doctor Allard, dejó escapar otra exclamación. Allard se detuvo. Christian se le acercó y señaló las laderas del Rudihorn que se alzaban ante sus ojos. Sobre una arista nevada se veían dos pequeñas figuras negras que ascendían veloces. El doctor Allard cogió sus binóculos Zeiss. Sí, no había duda, se trataba de Phyllis y de Roger, que subían sin cuerda. Pero por los binóculos el doctor alcanzó a ver algo que volvió a llenarlo de consternación. Ambos subían rapidísimo, y aunque no había nadie a la vista, no paraban de volverse a mirar por encima del hombro como si los persiguieran. Luego avanzaron todavía más deprisa. La cresta del Rudihorn no era lugar para tan temeraria velocidad; el escenario por donde ascendían los chicos reclamaba atención, con esas rocas sepultadas bajo la nieve fresca; más arriba aún, la ladera se empinaba considerablemente hasta que su inclinación la volvía totalmente impracticable. ¿Qué harían entonces en su desesperada huida? Porque, y el doctor estaba seguro de ello, huían de un perseguidor invisible.

La visión de los chicos, sin embargo, parecía haber ahuyentado el miedo de los guías. Les dirigieron gritos y silbidos; no hubo respuesta. Se dispusieron a darles caza atravesando el glaciar a una velocidad prodigiosa. Los Kaufmatter y Peter no tardaron en tomar la delantera a Franz y al doctor Allard, que, aunque no eran capaces de avanzar a su ritmo, los seguían tan deprisa como podían. No hicieron falta palabras: era evidente que los Kaufmatter estaban empeñados en alcanzar a esos clientes suyos que habían decidido hacer novillos. No pasó mucho tiempo antes de

que, seguidos por el doctor Allard y Franz, fueran acortando distancias bajo las laderas inferiores del Rudihorn; los chicos, a su vez, avanzaban más lentamente, pues lo empinado del camino entorpecía su marcha. De repente, los dos abandonaron la arista y, dirigiendo todavía aquellas terribles miradas hacia atrás, iniciaron un arduo y atropellado descenso por un empinadísimo *couloir* o barranco nevado, y lo atravesaron para internarse por una nívea pendiente situada en el extremo más alejado. Ahí volvieron a acelerar. Sin embargo, con aquel cambio de dirección, sus perseguidores visibles, los guías, tomaron ventaja; y aunque habían subido mucho, los chicos ya no estaban tan lejos de donde se hallaban el doctor Allard y Franz.

Los mayores del grupo les gritaron hasta que las rocas les devolvieron el eco, pero parecía que estos no tuvieran oídos: sin prestarles la menor atención, prosiguieron su desesperado camino. Y qué desesperado era. El doctor Allard lo veía con total claridad. La pendiente nevada por la que se movían lindaba en su extremo superior con una pared de hielo azul, y a la derecha se hundía con una pendiente terrible en lo alto del *couloir* que acababan de atravesar; a la izquierda, la pendiente iba a morir en una abrupta cornisa, esa curiosa formación, curvada como la cresta de una ola, contra la que el viento suele modelar la nieve. Cuando llegaran a lo alto de la pendiente se verían completamente bloqueados. Y presa del pánico como estaban, ¿qué harían entonces?

Pero, evidentemente, los Kaufmatter también se habían hecho cargo de la situación. Cruzando el glaciar por la izquierda para acortar distancias, se dirigieron a las rocas que quedaban bajo la pendiente de nieve y se dispusieron a escalarlas con la lógica intención de tratar de interceptar a ambos antes de que llegaran a la cornisa o a la pared de

hielo. Subían a una velocidad vertiginosa, y sin cuerda, para ganar así libertad de movimientos. Incluso en aquellos instantes de angustia desesperada, el doctor Allard se fijó en su magnífica destreza; era un espectáculo maravilloso ver a Christian Kaufmatter moviéndose entre aquellas difíciles rocas. Franz y el doctor se detuvieron: ya no podían hacer nada, y atravesar el glaciar tan deprisa con aquel grueso de nieve fresca había dejado al doctor agotado. Se quedaron donde estaban, contemplando aquella terrible carrera. La velocidad de los guías era asombrosa, pero los chicos ascendían como si tuvieran alas en los pies. Y en vez de volver la vista atrás, como observó el doctor por los binóculos, ahora también miraban hacia delante. Debían de haber reparado en la pared de hielo que se elevaba sobre ellos y los dejaba sin escapatoria, porque se detuvieron durante unos instantes mirando frenéticamente a izquierda y derecha. Optaron por la izquierda y se dirigieron hacia la cornisa trazando una diagonal sobre la pendiente. Lo repentino de la jugada había reducido las posibilidades de los guías de poder interceptarlos a tiempo; los segundos iban pasando, y el doctor Allard comprendió con consternada certeza que, aun con su habilidad sin igual, Christian llegaría demasiado tarde. Perdidas todas las esperanzas, el doctor comenzó a llamarlos a voces. «¡Phyllis! ¡Roger! ¡Alto!», decía sus nombres a gritos, invocaba al cielo, los llamaba otra vez. En una ocasión, el viejo Franz lo oyó gritar otro nombre en tonos desesperados y agónicos: «¡Rose!».

Pero fue en vano. Por deprisa que subiera Christian —ahora estaba detrás de ellos, cerca—, las dos aterrorizadas criaturas avanzaban todavía más rápidamente. De haberse vuelto a mirar atrás, tal vez hubieran visto una cara conocida y se hubieran puesto a salvo, pero continuaron adelante. Llegaron a la cornisa y, a unos pocos metros del

borde, se dispusieron a seguir subiendo sin darse cuenta —suponiendo que aún les quedara cabeza para reparar en algo— de que la nieve que tenían bajo los pies y que parecía tan sólida, se extendía sobre el vacío. Y con todo, casi afónico, el doctor les gritó. De repente se oyó un curioso chasquido y un gran trozo de cornisa cedió bajo el tímido peso adicional, el de la vibración de aquellos ligeros pies presurosos, y luego hubo un momento de silencio total antes de que la enorme masa de hielo y nieve se desplomara sobre las rocas y un río blanco de bloques saltarines con espuma de nieve en polvo se precipitara, estridente y atronador, hasta los mismos pies del doctor.

Ya era de noche cuando los desenterraron con la ayuda de un grupo de rescate de Zinal, pero el doctor no quiso abandonar el escenario ni un segundo, hasta que las dos camillas estuvieron de camino glaciar abajo, ocupando el centro de una silenciosa y fatigada procesión. Los llevaron hasta Zinal recorriendo el último tramo del camino a la luz de los faroles, y los acomodaron en la iglesia. El doctor tampoco quiso comer ni descansar hasta que el sacerdote hubo accedido a velarlos durante toda la noche.

Los motivos que pudieron empujar al doctor a insistir tanto a la familia Strangways para que las dos víctimas de aquel extraño accidente en el Rudihorn no fueran enterradas ni en Zinal ni en Zermatt despertaron muchas conjeturas entre sus colegas de alpinismo, tanto entonces como más tarde. El caso es que el doctor incluso se empeñó en correr con todos los gastos del traslado de los ataúdes a Inglaterra para que reposaran en el silencioso cementerio de Sussex, bajo los tejos, mirando a los Downs. Sus colegas no podían saber, por supuesto, cuán a menudo veía un adormilado rostro infantil dirigiéndole una sonrisa confiada desde una tosca almohada y oía su propia voz, que decía: «Que duermas bien, mi niña. Yo cuidaré de ti». Eso tampoco

podían saberlo los guías, pero sobre los motivos del doctor no hacían conjeturas. Los conocían bien.

Las islas nuevas

María Luisa Bombal

(1939)

Toda la noche el viento había galopado a diestra y siniestra por la pampa, bramando, apoyando siempre sobre una sola nota. A ratos cercaba la casa, se metía por las rendijas de las puertas y de las ventanas y revolvía los tules del mosquitero.

A cada vez Yolanda encendía la luz, que titubeaba, resistía un momento y se apagaba de nuevo. Cuando su hermano entró en el cuarto, al amanecer, la encontró recostada sobre el hombro izquierdo, respirando con dificultad y gimiendo.

—¡Yolanda! ¡Yolanda!

El llamado la incorporó en el lecho. Para poder mirar a Federico separó y echó sobre la espalda la oscura cabellera.

—Yolanda, ¿soñabas?

—Oh sí, sueños horribles.

—¿Por qué duermes siempre sobre el corazón? Es malo.

—Ya lo sé. ¿Qué hora es? ¿Adonde vas tan temprano y con este viento?

—A las lagunas. Parece que hay otra isla nueva. Ya van cuatro. De «La Figura» han venido a verlas. Tendremos gente. Quería avisarte.

Sin cambiar de postura Yolanda observó a su hermano —un hombre canoso y flaco— al que las altas botas ajustadas prestaban un aspecto juvenil. ¡Qué absurdos los hombres! Siempre en movimiento, siempre dispuestos a interesarse por todo. Cuando se acuestan dejan dicho que los despierten al rayar el alba. Si se acercan a la chimenea permanecen de pie, listos para huir al otro extremo del

cuarto, listos para huir siempre hacia cosas fútiles. Y tosen, fuman, hablan fuerte, temerosos del silencio como de un enemigo que al menor descuido pudiera echarse sobre ellos, adherirse a ellos e invadirlos sin remedio.

—Está bien, Federico.

—Hasta luego.

Un golpe seco de la puerta y ya las espuelas de Federico suenan alejándose sobre las baldosas del corredor. Yolanda cierra de nuevo los ojos y delicadamente, con infinitas precauciones, se recuesta en las almohadas, sobre el hombro izquierdo, sobre el corazón; se ahoga, suspira y vuelve a caer en inquietos sueños. Sueños de los que mañana a mañana se desprende pálida, extenuada, como si se hubiera batido la noche entera con el insomnio.

Mientras tanto, los de la estancia «La Figura» se habían detenido al borde de las lagunas. Amanecía. Bajo un cielo revuelto, allá, contra el horizonte, divisaban las islas nuevas, humeantes aún del esfuerzo que debieron hacer para subir de quien sabe qué estratificaciones profundas.

—¡Cuatro, cuatro islas nuevas! —gritaban.

El viento no amainó hasta el anochecer, cuando ya no se podía cazar.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do… Do, re, mi, fa, sol, la, si, do…

Las notas suben y caen, trepan y caen redondas y límpidas como burbujas de vidrio. Desde la casa achatada a lo lejos entre los altos cipreses, alguien parece tender hacia los cazadores que vuelven una estrecha escala de agua sonora.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do…

—Es Yolanda que estudia —murmura Silvestre. Y se detiene un instante como para ajustarse mejor la carabina al hombro, pero su pesado cuerpo tiembla un poco.

Entre el follaje de los arbustos se yerguen blancas flores que parecen endurecidas por la helada. Juan Manuel alarga la mano.

—No hay que tocarlas —le advierte Silvestre—; se ponen amarillas. Son las camelias que cultiva Yolanda —agrega sonriendo—. «Esa sonrisa humilde ¡qué mal le sienta!», piensa malévolo Juan Manuel, Apenas deja su aire altanero se ve que es viejo.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do… Do, re, mi, fa, sol, la, si, do…

La casa está totalmente a oscuras, pero las notas siguen brotando regulares.

—Juan Manuel, ¿no conoce usted a mi hermana Yolanda?

Ante la indicación de Federico, la mujer, que envuelta en la penumbra está sentada al piano, tiende al desconocido una mano que retira en seguida. Luego se levanta, crece, se desenrosca como una preciosa culebra. Es muy alta y extraordinariamente delgada. Juan Manuel la sigue con la mirada, mientras silenciosa y rápida enciende las primeras lámparas. Es igual que su nombre: pálida, aguda, y un poco salvaje —piensa de pronto—. Pero ¿qué tiene de extraño? ¡Ya comprendo! —reflexiona— mientras ella se desliza hacia la puerta y desaparece: unos pies demasiado pequeños. Es raro que pueda sostener un cuerpo tan largo sobre esos pies tan pequeños.

… ¡Qué estúpida comida esta comida entre hombres, entre diez cazadores que no han podido cazar y que devoran precipitadamente, sin tener siquiera una sola hazaña de qué vanagloriarse! ¿Y Yolanda? ¿Por qué no preside la cena ya que la mujer de Federico está en Buenos Aires? ¡Qué extraña silueta! ¿Fea? ¿Bonita? Liviana, eso sí, muy liviana. Y esa mirada oscura y brillante, ese algo agresivo, huidizo… ¿A quién, a qué se parece?

Juan Manuel extiende la mano para tomar su copa. Frente a él Silvestre bebe y habla y ríe fuerte, y parece desesperado.

Los cazadores dispersan las últimas brasas a golpes de pala y de tenazas; echan cenizas y más cenizas sobre los múltiples ojos de fuego que se empeñan en resurgir, coléricos. Batalla final en el tedio largo de la noche. Y ahora el pasto y los árboles del parque los envuelven bruscamente en su aliento frío. Pesados insectos aletean contra los cristales del farol que alumbra el largo corredor abierto. Sostenido por Juan Manuel, Silvestre avanza hacia su cuarto resbalando sobre las baldosas lustrosas de vapor de agua, como recién lavadas. Los sapos huyen tímidamente a su paso para acurrucarse en los rincones oscuros.

En el silencio, el golpe de las barras que se ajustan a las puertas parece repetir los disparos inútiles de los cazadores sobre las islas. Silvestre deja caer su pesado cuerpo sobre el lecho, esconde su cara demacrada entre las manos y resuella y suspira ante la mirada irritada de Juan Manuel. Él, que siempre detestó compartir un cuarto con quien sea, tiene ahora que compartirlo con un borracho, y para colmo con un borracho que se lamenta.

—Oh, Juan Manuel, Juan Manuel…

—¿Qué le pasa, don Silvestre? ¿No se siente bien?

—Oh, muchacho. ¡Quién pudiera saber, saber, saber! …

—¿Saber qué, don Silvestre?

—Esto —y acompañando la palabra con el ademán, el viejo toma la cartera del bolsillo de su saco y la tiende a Juan Manuel.

—Busca la carta. Léela. Sí, una carta. Esa, sí. Léela y dime si comprendes.

Una letra alta y trémula corre como humo, desbordando casi las cuartillas amarillentas y manoseadas. «*Silvestre: No puedo casarme con usted. Lo he pensado mucho, créame.*

No es posible, no es posible. Y sin embargo le quiero, Silvestre, le quiero y sufro. Pero no puedo. Olvídeme. En balde me pregunto qué podría salvarme. Un hijo tal vez, un hijo que pesara dulcemente dentro de mi siempre, ¡pero siempre! ¡No verlo jamás crecido, despegado de mí! ¡Yo apoyada siempre en esa pequeña vida, retenida siempre por esa presencia! Lloro, Silvestre, lloro; y no puedo explicarle nada más. — YOLANDA».

—No comprendo —balbucea Juan Manuel preso de un súbito malestar.

—Yo hace treinta años que trato de comprender. La quería. Tú no sabes cuánto la quería. Ya nadie quiere así, Juan Manuel… Una noche, dos semanas antes de que hubiéramos de casarnos, me mandó esta carta. En seguida me negó toda explicación y jamás conseguí verla a solas. Yo dejaba pasar el tiempo. «Esto se arreglará», me decía. Y así se me ha ido pasando la vida…

—¿Era la madre de Yolanda, don Silvestre? ¿Se llamaba Yolanda, también?

—¿Cómo? Hablo de Yolanda. No hay más que una. De Yolanda que me ha huido de nuevo esta noche. Esta noche, cuando la vi, me dije: tal vez ahora que han pasado tantos años, Yolanda quiera, al fin, darme una explicación. Pero se fue, como siempre. Parece que Federico trata también de hablarle, a veces, de todo esto. Y ella se echa a temblar, y huye, huye siempre…

Desde hace unos segundos el sordo rumor de un tren ha despuntado en el horizonte. Y Juan Manuel le oye insistir a la par que el malestar que se agita en su corazón.

—¿Yolanda fue su novia, don Silvestre?

—Sí, Yolanda fue mi novia, mi novia…

Juan Manuel considera fríamente los gestos desordenados de Silvestre, sus mejillas congestionadas, su pesado cuerpo

de sesentón mal conservado. ¡Don Silvestre, el viejo amigo de su padre, novio de Yolanda!

—Entonces, ¿ella no es una niña, don Silvestre?

Silvestre ríe estúpidamente.

El tren, allá en un punto fijo del horizonte, parece que se empeñara en rodar y rodar un rumor estéril.

—¿Qué edad tiene? —insiste Juan Manuel.

Silvestre se pasa la mano por la frente tratando de contar.

—A ver, yo tenía en esa época veinte, no, veintitrés…

Pero Juan Manuel apenas le oye, aliviado momentáneamente por una consoladora reflexión. «¡Importa acaso la edad cuando se es tan prodigiosamente joven!».

—… ella por consiguiente debía tener…

La frase se corta en un resuello. Y de nuevo renace en Juan Manuel la absurda ansiedad que lo mantiene atento a la confidencia que aquel hombre medio ebrio deshilvana desatinadamente. ¡Y ese tren a lo lejos, como un movimiento en suspenso, como una amenaza que no se cumple! Es seguramente la palpitación sofocada y continua de ese tren lo que lo enerva así. Maquinalmente, como quien busca una salida, se acerca a la ventana, la abre, y se inclina sobre la noche. Los faros del expreso que jadea y jadea allá en el horizonte rasgan con dos haces de luz la inmensa llanura.

—¡Maldito tren! ¡Cuándo pasará! —rezonga fuerte.

Silvestre, que ha venido a tumbarse a su lado en el alféizar de la ventana, aspira el aire a plenos pulmones y examina las dos luces fijas a lo lejos.

—Viene en línea recta, pero tardará una media hora en pasar —explica—. Acaba de salir de Lobos.

«Es liviana y tiene unos pies demasiado pequeños para su alta estatura».

—¿Qué edad tiene, don Silvestre?

—No sé. Mañana te diré.

Pero ¿por qué? —reflexiona Juan Manuel—. ¿Qué significa este afán de preocuparme y pensar en una mujer que no he visto sino una vez? ¿Será que la deseo ya? El tren. ¡Oh, ese rumor monótono, esa respiración interminable del tren que avanza obstinado y lento en la pampa!

¿Qué me pasa? —se pregunta Juan Manuel—. Debo estar cansado —piensa, al tiempo que cierra la ventana.

Mientras tanto, ella está en el extremo del jardín. Está apoyada contra la última tranquera del monte, como sobre la borda de un buque anclado en la llanura. En el cielo, una sola estrella, inmóvil; una estrella pesada y roja que parece lista a descolgarse y hundirse en el espacio infinito. Juan Manuel se apoya a su lado contra la tranquera y junto con ella se asoma a la pampa sumida en la amarillosa luz saturnal. Habla. ¿Qué le dice? Le dice al oído las frases del destino.

Y ahora la toma en sus brazos. Y ahora los brazos que la estrechan por la cintura tiemblan y esbozan una caricia nueva. ¡Va a tocarle el hombro derecho! ¡Se lo va a tocar! Y ella se debate, lucha, se agarra al alambrado para resistir mejor. Y se despierta aferrada a las sábanas, ahogada en sollozos y suspiros.

Durante un largo rato se mantiene erguida en las almohadas con el oído atento. Y ahora la casa tiembla, el espejo oscila levemente, y una camelia marchita se desprende por la corola y cae sobre la alfombra con el ruido blando y pesado con que caería un fruto maduro.

Yolanda espera que el tren haya pasado y que se haya cerrado, su estela de estrépito para volverse a dormir, recostada sobre el hombro izquierdo.

¡Maldito viento! De nuevo ha emprendido su galope aventurero por la pampa. Pero esta mañana los cazadores no están de humor para contemporizar con el viento. Echan los

botes al agua, dispuestos al abordaje de las islas nuevas que allá, en el horizonte, sobrenadan defendidas por un cerco vivo de pájaros y espuma. Desembarcan orgullosos, la carabina al hombro; pero una atmósfera ponzoñosa los obliga a detenerse casi en seguida para enjugarse la frente. Pausa breve, y luego avanzan pisando atónitas hierbas viscosas y una tierra caliente y movediza. Avanzan tambaleándose entre espirales de gaviotas que suben y bajan graznando. Azotado en el pecho por el filo de un ala, Juan Manuel vacila. Sus compañeros lo sostienen por los brazos y lo arrastran detrás de ellos. Y avanzan aún, aplastando bajo las botas frenéticos pescados de plata que el agua abandonó sobre el limo. Más allá tropiezan con una flora extraña: son matojos de coral sobre los que se precipitan ávidos. Largamente luchan por arrancarlos de cuajo, luchan hasta que sus manos sangran. Las gaviotas los encierran en espirales cada vez más apretadas. Las nubes corren muy bajas desmadejando una hilera vertiginosa de sombras. Un vaho a cada instante más denso brota del suelo. Todo hierve, se agita, tiembla. Los cazadores tratan en vano de mirar, de respirar. Descorazonados y medrosos, huyen. Alrededor de la fogata, que los peones han encendido y alimentan con ramas de eucaliptos, esperan en cuclillas el día entero a que el viento apacigüe su furia. Pero, como para exasperarlos, el viento amaina cuando está oscureciendo.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do… De nuevo aquella escala tendida hasta ellos desde las casas. Juan Manuel aguza el oído.

Do, re, mi, fa, fa bemol, la, si, do… Do, re, mi, fa, fa bemol… fa, fa bemol, fa bemol, fa bemol, fa bemol… Aquella nota intermedia y turbia bate contra el corazón de Juan Manuel y lo golpea ahí donde lo había golpeado y herido por

la mañana el ala del pájaro salvaje. Sin saber por qué se levanta y echa a andar hacia esa nota que a lo lejos repiquetea sin cesar, como una llamada.

Ahora salva los macizos de camelias. El piano calla bruscamente. Corriendo casi, penetra en el sombrío salón.

La chimenea encendida, el piano abierto… Pero Yolanda ¿dónde está? Más allá del jardín, apoyada contra la última tranquera como sobre la borda de un buque anclado en la llanura. Y ahora se estremece porque oye gotear a sus espaldas las ramas bajas de los pinos removidas por alguien que se acerca a hurtadillas. ¡Si fuera Juan Manuel!

Vuelve pausadamente la cabeza. Es él. Él en carne y hueso esta vez. ¡Oh su tez morena y dorada en al atardecer gris! Es como si lo siguiera y lo envolviera siempre una flecha de sol. Juan Manuel se apoya a su lado, contra la tranquera, y se asoma con ella a la pampa.

Del agua que bulle escondida bajo el limo de los vastos potreros empieza a levantarse el canto de las ranas. Y es como si desde el horizonte la noche se aproximara agitando millares de cascabeles de cristal.

Ahora él la mira y sonríe. ¡Oh sus dientes apretados y blancos! Deben de ser fríos y duros como pedacitos de hielo. ¡Y esa oleada de calor varonil que se desprende de él, y la alcanza y la penetra de bienestar! ¡Tener que defenderse de aquel bienestar, tener que salir del círculo que a la par que su sombra mueve aquel hombre tan hermoso y tan fuerte!

—Yolanda… —murmura. Al oír su nombre siente que la intimidad se hace de golpe entre ellos. ¡Qué bien hizo en llamarla por su nombre! Parecería que los liga ahora un largo pasado de deseo. No tener pasado. Eso era lo que los cohibía y los mantenía alejados.

—Toda la noche he soñado con usted, Juan Manuel, toda la noche…

Juan Manuel tiende los brazos; ella no lo rechaza. Lo obliga sólo a enlazarla castamente por la cintura.

—Me llaman… —gime de pronto, y se desprende y escapa. Las ramas que remueve en su huida rebotan erizadas, arañan el saco y la mejilla de Juan Manuel que sigue a una mujer desconcertado por vez primera.

Estaba de blanco. Sólo ahora que ella se acerca a su hermano para encenderle la pipa, gravemente, meticulosamente —como desempeñando una pequeña ocupación cotidiana— nota que lleva traje largo. Se ha vestido para cenar con ellos. Juan Manuel recuerda entonces que sus botas están llenas de barro y se precipita hacia su cuarto.

Cuando vuelve al salón encuentra a Yolanda sentada en el sofá, de frente a la chimenea. El fuego enciende, apaga y enciende sus pupilas negras. Tiene los brazos cruzados detrás de la nuca, y es larga y afilada como una espada, o como… ¿como qué? Juan Manuel se esfuerza en encontrar la imagen que siente presa y aleteando en su memoria.

—La comida está servida.

Yolanda se incorpora, sus pupilas se apagan de golpe. Y al pasar le clava rápidamente esas pupilas de una negrura sin transparencia, y le roza levemente el pecho con su manga de tul, como con un ala. Y la imagen afluye por fin al recuerdo de Juan Manuel, igual que una burbuja a flor de agua.

—Ya sé a qué se parece usted. Se parece a una gaviota.

Un gritito ronco, extraño, y Yolanda se desploma largo a largo y sin ruido sobre la alfombra. Reina un momento de estupor, de inacción; luego todos se precipitan para levantarla, desmayada. Ahora la transportan sobre el sofá, la acomodan en los cojines, piden agua. ¿Qué ha dicho? ¿Qué le ha dicho?

—Le dije… —empieza a explicar Juan Manuel; pero calla bruscamente, sintiéndose culpable de algo que ignora, temiendo, sin saber por qué, revelar un secreto que no le pertenece. Mientras tanto Yolanda, que ha vuelto en sí, suspira oprimiéndose el corazón con las dos manos como después de un gran susto. Se incorpora a medias, para extenderse nuevamente sobre el hombro izquierdo. Federico protesta.

—No. No te recuestes sobre el corazón. Es malo.

Ella sonríe débilmente, murmura: «Ya lo sé. Déjenme». Y hay tanta vehemencia triste, tanto cansancio en el ademán con que los despide, que todos pasan sin protestar a la habitación contigua. Todos, salvo Juan Manuel que permanece de pie junto a la chimenea.

Lívida, inmóvil, Yolanda duerme o finge dormir, recostada sobre el corazón. Juan Manuel espera anhelante un gesto de llamada o de repudio que no se cumple.

Al rayar el alba de esta tercera madrugada los cazadores se detienen una vez más al borde de las lagunas por fin apaciguadas. Mudos, contemplan la superficie tersa de las aguas. Atónitos, escrutan el horizonte gris.

Las islas nuevas han desaparecido.

Echan los botes al agua. Juan Manuel empuja el suyo con una decisión bien determinada. Bordea las viejas islas sin dejarse tentar como sus compañeros por la vida que alienta en ellas; esa vida hecha de chasquidos de alas y de juncos, de arrullos y pequeños gritos, y de ese leve temblor como de flores de limo que se despliegan sudorosas. Explorador minucioso, se pierde a lo lejos y rema de izquierda a derecha, tratando de encontrar el lugar exacto donde tan sólo ayer asomaban cuatro islas nuevas. ¿Adonde estaba la primera? Aquí. No, allí. No, aquí, más bien. Se inclina sobre el agua para buscarla, convencido sin embargo de que su

mirada no logrará jamás seguirla en su caída vertiginosa hacia abajo, seguirla hasta la profundidad oscura donde se halla confundida nuevamente con el fondo de fango y de algas.

En el círculo de un remolino, algo sobreflota, algo blando, incoloro: es una medusa. Juan Manuel se apresura a recogerla en su pañuelo, que ata luego por las cuatro puntas.

Cae la tarde cuando Yolanda, a la entrada del monte, retiene su caballo y les abre la tranquera. Ha echado a andar delante de ellos. Su pesado ropón flotante se engancha a ratos en los arbustos. Y Juan Manuel repara que monta a la antigua, vestida de amazona. La luz declina por segundos, retrocediendo en una gama de azules. Algunas urracas de larga cola vuelan graznando un instante y se acurrucan luego en racimos apretados sobre las desnudas ramas del bosque ceniciento.

De golpe, Juan Manuel ve un grabado que aún cuelga en el corredor de su vieja quinta de Adrogué: una amazona esbelta y pensativa, entregada a la voluntad de su caballo, parece errar desesperanzada entre las hojas secas y el crepúsculo. El cuadro se llama «Otoño», o «Tristeza»… No recuerda bien.

Sobre el velador de su cuarto encuentra una carta de su madre. «*Puesto que tú no estás, yo le llevaré mañana las orquídeas a Elsa*» —escribe—: Mañana. Quiere decir hoy. Hoy hace, por consiguiente, cinco años que murió su mujer. ¡Cinco años ya! Se llamaba Elsa. Nunca pudo él acostumbrarse a que tuviera un nombre tan lindo. «… ¡Y te llamas Elsa…!» —solía decirle en la mitad de un abrazo, como si aquello fuera un milagro más milagroso que su belleza rubia y su sonrisa plácida. ¡Elsa! ¡La perfección de sus rasgos! ¡Su tez trasparente detrás de la que corrían las

venas— finas pinceladas azules! ¡Tantos años de amor! Y luego aquella enfermedad fulminante. Juan Manuel se resiste a pensar en la noche en que, cubriéndose la cara con las manos para que él no la besara, Elsa gemía: «No quiero que me veas así, tan fea… ni aún después de muerta. Me taparás la cara con orquídeas. Tienes que prometerme…»

No, Juan Manuel no quiere volver a pensar en todo aquello. Desgarrado, tira la carta sobre el velador sin leer más adelante.

El mismo crepúsculo sereno ha entrado en Buenos Aires, anegando en azul de acero las piedras y el aire, y los árboles de la plaza de la Recoleta espolvoreados por la llovizna glacial del día.

La madre de Juan Manuel avanza con seguridad en un laberinto de calles muy estrechas. Con seguridad. Nunca se ha perdido en aquella intrincada ciudad. Desde muy niña la enseñaron a orientarse en ella, He aquí su casa. La pequeña y fría casa donde reposan inmóviles sus padres, sus abuelos y tantos antepasados. ¡Tantos, en una casa tan estrecha! ¡Si fuera cierto que cada uno duerme aquí solitario con su pasado y su presente; incomunicado, aunque flanco a flanco! Pero no, no es posible. La señora deposita un instante en el suelo el ramo de orquídeas que lleva en la mano y busca la llave en su cartera. Una vez que se ha persignado ante el altar, examina si los candelabros están bien lustrados, si está bien almidonado el blanco mantel. En seguida suspira y baja a la cripta agarrándose nerviosamente a la barandilla de bronce. Una lámpara de aceite cuelga del techo bajo. La llama se refleja en el piso de mármol negro y se multiplica en las anillas de los cajones alineados por fechas. Aquí todo es orden y solemne indiferencia.

Fuera empieza a lloviznar nuevamente. El agua rebota en las estrechas callejuelas de asfalto. Pero aquí todo parece lejano: la lluvia, la ciudad, y las obligaciones que la aguardan en su casa. Y ahora ella suspira nuevamente y se acerca al cajón más nuevo, más chico, y deposita las orquídeas a la altura de la cara del muerto. Las deposita sobre la cara de Elsa. «Pobre Juan Manuel» —piensa—. En vano trata de enternecerse sobre el destino de su nuera. En vano. Un rencor del que se confiesa a menudo, persiste en su corazón a pesar de las decenas de rosarios y las múltiples jaculatorias que le impone su confesor.

Mira fijamente el cajón deseosa de traspasarlo con la mirada para saber, ver, comprobar… ¡Cinco años ya que murió! Era tan frágil. Puede que el anillo de oro liso haya rodado ya de entre sus frívolos dedos desmigajados hasta el hueco de su pecho hecho cenizas. Puede, sí. Pero ¿ha muerto? No. Ha vencido a pesar de todo. Nunca se muere enteramente. Esa es la verdad. El niño moreno y fuerte continuador de la raza, ese nieto que es ahora su única razón de vivir, mira con los ojos azules y cándidos de Elsa.

Por fin a las tres de la mañana Juan Manuel se decide a levantarse del sillón junto a la chimenea, donde con desgano fumaba y bebía medio atontado por el calor del fuego. Salta por encima de los perros dormidos contra la puerta y echa a andar por el largo corredor abierto. Se siente flojo y cansado, tan cansado. «¡Anteanoche Silvestre, y esta noche yo! Estoy completamente borracho» —piensa—. Silvestre duerme. El sueño debió haberlo sorprendido de repente porque ha dejado la lámpara encendida sobre el velador.

La carta de su madre está todavía allí, semiabierta. Una larga postdata escrita de puño y letra de su hijo lo hace sonreír un poco. Trata de leer. Sus ojos se nublan en el

esfuerzo. Porfía y descifra al fin: *Papá. La abuelita me permite escribirte aquí. Aprendí tres palabras más en la geografía nueva que me regalaste. Tres palabras con la explicación y todo, que te voy a escribir aquí de memoria*.

Aerolito: *Nombre dado a masas minerales que caen de las profundidades del espacio celeste a la superficie de la tierra. Los aerolitos son fragmentos planetarios que circulan por el espacio y que*…

¡Ay!, murmura Juan Manuel, y sintiéndose tambalear se arranca de la explicación, emerge de la explicación deslumbrado y cegado como si hubieran agitado ante sus ojos una cantidad de pequeños soles.

Huracán: *Viento violento e impetuoso hecho de varios vientos opuestos que forman torbellinos*.

¡Este niño! —rezonga Juan Manuel. Y se sienta transido de frío, mientras grandes ruidos le azotan el cerebro como colazos de una ola que vuelve y se revuelve batiendo su flanco poderoso y helado contra él.

Halo: *Cerco luminoso que rodea a veces la luna*.

Una ligera neblina se interpone de pronto entre Juan Manuel y la palabra anterior, una neblina azul que flota y lo envuelve blandamente. ¡Halo! —murmura—, ¡halo! Y algo así como una inmensa ternura empieza a infiltrarse en todo su ser con la seguridad, con la suavidad de un gas. ¡Yolanda! ¡Si pudiera verla, hablarla! Quisiera, aunque más no fuese, oírla respirar a través de la puerta cerrada de su alcoba. Todos, todo duerme. ¡Qué de puertas, sigiloso y protegiendo con la mano la llama de su lámpara, debió forzar o abrir para atravesar el ala del viejo caserón! ¡Cuántas habitaciones desocupadas y polvorientas donde los muebles se amontonaban en los rincones, y cuántas otras donde, a su paso, gentes irreconocibles suspiran y se revuelven entre las sábanas! Había elegido el camino de los fantasmas y de los asesinos. Y ahora que ha logrado pegar el oído a la puerta

de Yolanda no oye sino el latir de su propio corazón. Un mueble debe sin duda alguna obstruir aquella puerta por el otro lado; un mueble muy liviano puesto que ya consiguió apartarlo de un empellón. ¿Quién gime? Juan Manuel levanta la lámpara; el cuarto da primero un vuelco y se sitúa ante sus ojos, ordenado y tranquilo.

Velada por los tules de un mosquitero advierte una cama estrecha donde Yolanda duerme caída sobre el hombro izquierdo, sobre el corazón; duerme envuelta en una cabellera oscura, frondosa y crespa, entre la que gime y se debate. Juan Manuel deposita la lámpara en el suelo, aparta los tules del mosquitero y la toma de la mano. Ella se aferra de sus dedos, y él la ayuda entonces a incorporarse sobre las almohadas, a refluir de su sueño, a vencer el peso de esa cabellera inhumana que debe atraerla hacia quien sabe qué tenebrosas regiones.

Por fin abre los ojos, suspira aliviada y murmura: Gracias.

—Gracias —repite. Y fijando delante de ella unas pupilas sonámbulas explica—: ¡Oh, era atroz! Estaba en un lugar atroz. En un parque al que a menudo bajo en mis sueños. Un parque. Plantas gigantes. Helechos altos y abiertos como árboles. Y un silencio atroz. Un silencio verde como el del cloroformo. Un silencio desde el fondo del cual se aproxima un ronco zumbido que crece y se acerca. La muerte, es la muerte. Y entonces trato de huir, de despertar. Porque si no despertara, si me alcanzara la muerte en ese parque, tal vez me vería condenada a quedarme allí para siempre. Es atroz ¿verdad?

Juan Manuel no contesta, temeroso de romper aquella intimidad con el sonido de su voz. Yolanda respira hondo y continúa:

—Dicen que durante el sueño volvemos a los sitios donde hemos vivido antes de la existencia que estamos viviendo ahora. Yo suelo también volver a cierta casa criolla. Un

cuarto, un patio, un cuarto y otro patio con una fuente en el centro. Voy y…

Enmudece bruscamente y lo mira.

Ha llegado el momento que él tanto temía. El momento en que lúcida, al fin, y libre de todo pavor, se pregunta cómo y por qué está aquel hombre sentado a la orilla de su lecho. Aguarda resignado el «¡Fuera!» imperioso y el ademán solemne con el cual se dice que las mujeres indican la puerta en esos casos. Y no. Siente de golpe un peso sobre el corazón. Yolanda ha echado la cabeza sobre su pecho.

Atónito, Juan Manuel permanece inmóvil. ¡Oh, esa sien delicada, y el olor a madreselvas vivas que se desprende de aquella impetuosa mata de pelo que le acaricia los labios! Largo rato permanece inmóvil. Inmóvil, enternecido, maravillado, como si sobre su pecho se hubiera estrellado, al pasar, un inesperado y asustadizo tesoro.

¡Yolanda! Ávidamente la estrecha contra sí. Pero ella entonces grita, un gritito ronco, extraño, y le sujeta los brazos. Él lucha enredándose entre los largos cabellos perfumados y ásperos. Lucha hasta que logra asirla por la nuca y tumbarla brutalmente hacia atrás.

Jadeante, ella revuelca la cabeza de un lado a otro y llora. Llora mientras Juan Manuel la besa en la boca, mientras le acaricia un seno pequeño y duro como las camelias que ella cultiva. ¡Tantas lágrimas! ¡Cómo se escurren por sus mejillas, apresuradas y silenciosas! ¡Tantas lágrimas! Ahora corren hasta el hueco de la almohada y hasta el hueco de su ruda mano de varón crispada bajo el cuello sometido.

Desembriagado, avergonzado casi, Juan Manuel relaja la violencia de su abrazo.

—¿Me odia, Yolanda?

Ella permanece muda, inerte.

—Yolanda. ¿Quiere que me vaya?

Ella cierra los ojos como sí se desmayara de pronto. «Váyase», murmura.

Ya lúcido, se siente enrojecer y un relámpago de vehemencia lo traspasa nuevamente de pies a cabeza. Pero su pasión se ha convertido en ira, en desagrado. Las maderas del piso crujen bajo sus pasos mientras toma la lámpara y se va, dejándola hundida en la sombra.

Al cuarto día, la neblina descuelga a lo largo de la pampa sus telones de algodón y silencio; sofoca y acorta el ruido de las detonaciones que los cazadores descargan a mansalva por las islas, ciega a las cigüeñas acobardadas y ablanda los largos juncos puntiagudos que hieren.

Yolanda. ¿Qué hará?, se pregunta Juan Manuel. ¿Qué hará mientras él arrastra sus botas pesadas de barro y mata a los pájaros sin razón ni pasión? Tal vez esté en el huerto buscando las últimas fresas o desenterrando los primeros rábanos: *Se los toma fuertemente por las hojas y se los desentierra de un tirón, se los arranca de la tierra oscura como rojos y duros corazoncitos vegetales*. O puede aún que, dentro de la casa, y empinada sobre el taburete arrimado a un armario abierto, reciba de manos de la mucama un atado de sábanas recién planchadas para ordenarías cuidadosamente en pilas iguales. ¿Y si estuviera con la frente pegada a los vidrios empañados de una ventana acechando su vuelta? Todo es posible en una mujer como Yolanda, en esa mujer extraña, en esa mujer tan parecida a… Pero Juan Manuel se detiene como temeroso de herirla con el pensamiento.

De nuevo el crepúsculo. El cazador echa una mirada por sobre la pampa sumergida tratando de situar en el espacio el monte y la casa. Una luz se enciende en lontananza a través de la neblina, como un grito sofocado que deseara orientarlo. La casa. ¡Allí está! Aborda en su bote la orilla más

cercana y echa a andar por los potreros hacia la luz, ahuyentando, a su paso, el manso ganado de pelaje primorosamente rizado por el aliento húmedo de la neblina. Salva alambrados a cuyas púas se agarra la niebla como el vellón de otro ganado. Sortea las anchas matas de cardos que se arrastran plateadas, fosforescentes, en la penumbra; receloso de aquella vegetación a la vez quemante y helada. Llega a la tranquera, cruza el parque y el jardín con sus macizos de camelias; desempaña con su mano enguantada el vidrio de la ventana y abre a la altura de sus ojos dos estrellas, como en los cuentos.

Yolanda está desnuda y de pie en el baño, absorta en la contemplación de su hombro derecho.

En su hombro derecho crece y se descuelga un poco hacia la espalda algo liviano y blando. Un ala. O más bien un comienzo de ala. O mejor dicho un muñón de ala. Un pequeño miembro atrofiado que ahora ella palpa cuidadosamente, como con recelo.

El resto del cuerpo es tal cual se lo había imaginado. Orgulloso^ estrecho, blanco.

Una alucinación. Debo haber sido víctima de una alucinación. La caminata, la neblina, el cansancio y ese estado ansioso en que vivo desde hace días me han hecho ver lo que no existe... piensa Juan Manuel mientras rueda enloquecido por los caminos agarrado al volante de su coche. ¡Si volviera! ¿Pero cómo explicar su brusca partida? ¿Y cómo explicar su regreso si lograra explicar su huida? No pensar, no pensar hasta Buenos Aires. ¡Es lo mejor!

Ya en el suburbio, una fina llovizna vela de un polvo de agua los vidrios del parabrisas. Echa a andar la aguja de níquel que hace tic tac, tic tac, con la regularidad implacable de su angustia.

Atraviesa Buenos Aires desierto y oscuro bajo un aguacero aun indeciso. Pero cuando empuja la verja y traspone el jardín de su casa, la lluvia se despeña torrencial.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vuelves a estas horas?

—¿Y el niño?

—Duerme. Son las once de la noche, Juan Manuel.

—Quiero verlo. Buenas noches, madre.

La vieja señora se encoje de hombros y se aleja resignada, envuelta en su larga bata. No, nunca logrará acostumbrarse a los caprichos de su hijo. Es muy inteligente, un gran abogado. Ella, sin embargo, lo hubiera deseado menos talentoso y un poco más convencional, como los hijos de los demás.

Juan Manuel entra al cuarto del niño y enciende la luz. Acurrucado casi contra la pared, su hijo duerme, hecho un ovillo, con las sábanas por encima de la cabeza. «Duerme como un animalito sin educación. Y eso que tiene ya nueve años. ¡De qué le servirá tener una abuela tan celosa!» —piensa Juan Manuel mientras lo destapa.

—¡Billy, despierta!

El niño se sienta en el lecho, pestañea rápido, mira a su padre y le sonríe valientemente a través de su sueño.

—Billy, te traigo un regalo.

Billy tiende instantáneamente una mano cándida. Y apremiado por ese ademán Juan Manuel sabe, de pronto, que no ha mentido. Sí, le trae un regalo. Busca en su bolsillo. Extrae un pañuelo atado por las cuatro puntas y lo entrega a su hijo. Billy desata los nudos, extiende el pañuelo y, como no encuentra nada, mira fijamente a su padre, esperando confiado una explicación.

—Era una especie de flor, Billy, una medusa magnífica, te lo juro. La pesqué en la laguna para ti… Y ha desaparecido…

El niño reflexiona un minuto y luego grita triunfante.

—No, no ha desaparecido; es que se ha deshecho, Papá, se ha deshecho. Porque las medusas son agua, nada más que agua. Lo aprendí en la geografía nueva que me regalaste.

Fuera, la lluvia se estrella violentamente contra las anchas hojas de la palmera que encoje sus ramas de charol entre los muros del estrecho jardín.

—Tienes razón, Billy. Se ha deshecho.

—… Pero las medusas son del mar, Papá. ¿Hay medusas en las lagunas?

—No sé, hijo.

Un gran cansancio lo aplasta de golpe. No sabe nada, no comprende nada.

¡Si telefoneara a Yolanda! Todo le parecería tal vez menos vago, menos pavoroso si oyera la voz de Yolanda; una voz como todas las voces, lejana y un poco sorprendida por lo inesperado de la llamada.

Arropa a Billy y lo acomoda en las almohadas. Luego baja la solemne escalera de aquella casa tan vasta, fría y fea. El teléfono está en el hall; otra ocurrencia de su madre. Descuelga el tubo mientras un relámpago enciende de arriba abajo los altos vitrales. Pide un número. Espera.

El fragor de un trueno inmenso rueda por sobre la ciudad dormida hasta perderse a lo lejos.

Su llamado corre por los alambres bajo la lluvia. Juan Manuel se divierte en seguirlo con la imaginación. Ahora corre por Rivadavia con su hilera de luces mortecinas, y ahora por el suburbio de calles pantanosas, y ahora toma la carretera que hiere derecha y solitaria la pampa inmensa; y ahora pasa por pueblos chicos, por ciudades de provincia donde el asfalto resplandece como agua detenida bajo la luz de la luna; y ahora entra tal vez de nuevo en la lluvia y llega a una estación de campo, y corre por los potreros hasta el monte, y ahora se escurre a lo largo de una avenida de

álamos hasta llegar a las casas de «La Atalaya». Y ahora aletea en timbrazos inseguros que repercuten en el enorme salón desierto donde las maderas crujen y la lluvia gotea en un rincón.

Largo rato el llamado repercute. Juan Manuel lo siente vibrar muy ronco en su oído, pero allá en el salón desierto debe sonar agudamente. Largo rato, con el corazón apretado, Juan Manuel espera. Y de pronto lo esperado se produce: alguien levanta la horquilla al otro extremo de la línea. Pero antes de que una voz diga «Hola» Juan Manuel cuelga violentamente el tubo.

Si le fuera a decir; «No es posible. Lo he pensado mucho. No es posible, créame». Si le fuera a confirmar así aquel horror. Tiene miedo de saber. No quiere saber.

Vuelve a subir lentamente la escalera.

Había pues algo más cruel, más estúpido que la muerte. ¡Él que creía que la muerte era el misterio final, el sufrimiento último! ¡La muerte, ese detenerse! Mientras él envejecía, Elsa permanecía eternamente joven, detenida en los treinta y tres años en que desertó de esta vida. Y vendría también el día en que Billy sería mayor que su madre, sabría más del mundo que lo que supo su madre. ¡La mano de Elsa hecha cenizas, y sus gestos perdurando, sin embargo, en sus cartas, en el sweater que le tejiera; y perdurando en retratos hasta el iris cristalino de sus ojos ahora vaciados!… ¿Elsa anulada, detenida en un punto fijo y viviendo, sin embargo, en el recuerdo, moviéndose junto con ellos en la vida cotidiana, como si continuara madurando su espíritu y pudiera reaccionar ante cosas que ignoró y que ignora?

Juan Manuel sabe ahora que hay algo más cruel, más incomprensible que todos esos pequeños corolarios de la muerte. Conoce un misterio nuevo, un sufrimiento hecho de malestar y de estupor.

La puerta del cuarto de Billy, que se recorta iluminada en el corredor oscuro, lo invita a pasar nuevamente, con la vaga esperanza de encontrar a Billy todavía despierto. Pero Billy duerme. Juan Manuel pasea una mirada por el cuarto buscando algo en que distraerse, algo con que aplazar su angustia. Va hacia el pupitre de colegial y hojea la geografía de Billy, «… *Historia de la tierra… La fase estelar de la tierra… La vida en la era primaria*…»

Y ahora lee «… *Cuán bello sería este paisaje silencioso en el cual los lipocodios y equisetos gigantes erguían sus tallos a tanta altura, y los helechos extendían en el aire húmedo sus verdes frondas*…»

¿Qué paisaje es este? ¡No es posible que lo haya visto antes! ¿Por qué entra entonces en él como en algo conocido? Da vuelta la hoja y lee al azar «… *Con todo, en ocasión del carbonífero es cuando los insectos vuelan en gran número por entre la densa vegetación arborescente de la época. En el carbonífero superior había insectos con tres pares de alas. Los más notables de los insectos de la época eran unos muy grandes, semejantes a nuestras libélulas actuales, aún cuando mucho mayores, pues alcanzaba una longitud de sesenta y cinco centímetros la envergadura de sus alas*…»

Yolanda, los sueños de Yolanda… el horroroso y dulce secreto de su hombro. ¡Tal vez aquí estaba la explicación del misterio!

Pero Juan Manuel no se siente capaz de remontar los intrincados corredores de la naturaleza hasta aquel origen. Teme confundir las pistas, perder las huellas, caer en algún pozo oscuro y sin salida para su entendimiento. Y abandonando una vez más a Yolanda, cierra el libro, apaga la luz, y se va.

Las ruinas circulares

Jorge Luis Borges

(1940)

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espiado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó

en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los leñadores también, porque estos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia: los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los

primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, este se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante

ese período, no reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aun sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba: se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero este no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una

rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensaran un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviaría al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido… En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: *Ahora estaré con mi hijo*. O, más raramente: *El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy*.

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer —y tal vez impaciente—. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal

ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego

comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Estos no mordieron su carne, estos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

Los siete mensajeros

Dino Buzzati

(1942)

Habiendo salido a explorar el reino de mi padre, día a día voy alejándome de la ciudad y las noticias que me llegan son cada vez más raras.

Comencé el viaje cuando tenía poco más de treinta años y han pasado ya más de ocho años, seis meses y quince días de ininterrumpido camino.

Creía, en el momento de partir, que en pocas semanas habría alcanzado los confines del reino; por el contrario, seguí encontrando nuevas gentes y países y en todas partes hombres que hablaban mi mismo idioma y que decían ser mis súbditos. A veces pienso que la brújula de mi geógrafo se ha enloquecido y que, creyendo avanzar siempre hacia el sur, en realidad damos vueltas sobre nuestros propios pasos sin aumentar jamás la distancia que nos separa de la capital; esto podría explicar por qué no estamos ahora junto a la extrema frontera.

Pero más frecuentemente me atormenta la duda de que este confín no existía, que el reino se extienda sin límite alguno y que, por más que yo avance, jamás podré arribar a la frontera. Empecé el viaje cuando tenía más de treinta años, demasiado tarde, quizás. Los amigos, los mismos familiares, se burlaban de mi proyecto, opinando que iba a despilfarrar los mejores años de mi vida. Pocos de mis leales, en realidad, aceptaron partir.

Si bien era algo descuidado —mucho más que ahora— me preocupé de poder comunicarme, durante el viaje, con mis seres queridos; entre los caballeros de la escolta elegí los siete mejores para que me sirvieran de mensajeros. Creí,

ignorante de mí, que tener siete mensajeros era una verdadera exageración.

Con el transcurso del tiempo advertí, por el contrario, que eran ridículamente pocos, a pesar de que ninguno de ellos fue asaltado por los bandidos ni malogró su cabalgadura. Los siete me han servido con una tenacidad y una devoción que difícilmente podré recompensar.

Para distinguirlos con facilidad les puse nombres cuyas iniciales eran alfabéticamente progresivas: Alejandro, Benito, Carlos, Daniel, Eduardo, Federico, Gregorio.

Poco acostumbrado a estar lejos de mi casa, envié al primero, Alejandro, al caer la noche del segundo día de viaje, cuando habíamos recorrido ya unas ochenta leguas. A la noche siguiente, para asegurarme la continuidad de las comunicaciones, envié al segundo, después al tercero, después al cuarto, consecutivamente, hasta la octava tarde del viaje en que partió Gregorio. El primero todavía no había regresado.

Llegó la décima noche mientras acampábamos en un valle deshabitado. Supe por Alejandro que su rapidez había sido menor a la prevista; había pensado que, yendo separado y en un corcel inmejorable, podría recorrer en el mismo tiempo el doble de distancia que nosotros, pero no había recorrido el doble, sino sólo una vez y media; en unas jornadas, mientras nosotros avanzábamos cuarenta leguas, él avanzaba sesenta, pero no más.

Lo mismo pasó con los otros. Benito, que partió la tercera noche del viaje, retornó recién a la décima quinta; Carlos, que partió a la cuarta noche, nos alcanzó en la vigésima. Muy pronto comprendí que bastaba multiplicar por cinco los días que llevábamos viajando para saber cuándo volvería el mensajero.

Al alejarnos constantemente de la capital, el itinerario de los mensajeros se hacía cada vez más largo. Después de

cincuenta días de camino el intervalo entre un arribo u otro comenzó a espaciarse sensiblemente; mientras antes veía llegar al campamento un mensajero cada cinco días, el intervalo llegó a hacerse de veinticinco días; la voz de mi ciudad, de esa manera, se volvía cada vez más apagada: pasábamos semanas enteras sin tener ninguna noticia.

Una vez que transcurrieron seis meses —ya habíamos atravesado los montes Fasani— el intervalo entre uno y otro arribo de los mensajeros aumentó a cuatro meses. Ahora ellos me traían noticias lejanas; el sobre me llegaba ajado, muchas veces con manchas de humedad, debido a las noches que el portador se había visto obligado a pasar al sereno.

Avanzábamos aún. En vano buscaba persuadirme de que las nubes que se deslizaban rápidamente sobre mí eran iguales a las de mi niñez, que el cielo de la ciudad lejana no era diferente de la cúpula azul que tenía sobre mí, que el aire era el mismo, igual el soplo del viento, idénticas las voces de los pájaros. Las nubes, el cielo, el aire, los vientos, los pájaros se me aparecían en verdad, como cosas nuevas y diversas; y yo me sentía extranjero.

¡Adelante! ¡Adelante! Vagabundos encontrados por la llanura me decían que los confines no estaban lejos. Yo incitaba a mis hombres a no descansar, borraba las palabras descorazonadoras que se formaban sobre sus labios.

Ya habían pasado cuatro años de mi partida. ¡Qué larga fatiga! La capital, mi casa, mi padre, se habían vuelto extrañamente remotos, casi no me parecían reales. Ahora pasaban fácilmente veinte meses entre las sucesivas apariciones de los mensajeros. Me traían curiosas misivas amarillentas por el tiempo y en ella encontraba nombres olvidados, modos de decir insólitos para mí, sentimientos que no lograba comprender. A la mañana siguiente, después de una sola noche de reposo, mientras nosotros nos

poníamos en camino, el mensajero partía en dirección opuesta, llevando a la ciudad las cartas que yo había preparado en ese mismo tiempo.

Pero ya han transcurrido ocho años y medio. Esta noche cenaba solo en mi tienda cuando entró Daniel, que aún lograba sonreír, aunque estaba muerto de cansancio. Hace casi siete años que no lo veía. Durante todo este período larguísimo no ha hecho más que correr, atravesando praderas, bosques y desiertos, cambiando quién sabe cuántas veces de cabalgadura, para traerme el paquete de sobres que hasta ahora no he tenido deseos de abrir. Ya se fue a dormir y volverá a partir mañana mismo, al amanecer.

Partirá por última vez. Consultando el calendario calculé que, aunque todo salga bien, yo continuando mi camino como lo he hecho hasta ahora y él el suyo, no podré volver a ver a Daniel hasta dentro de treinta y cuatro años. Entonces tendré setenta y dos.

Pero comienzo a sentirme cansado y es probable que me muera antes. No lo volveré a ver. Dentro de treinta y cuatro años (quizás antes, mucho antes) Daniel descubrirá, inesperadamente, los fuegos de mi campamento y se preguntará por qué nunca antes le resultó el trayecto tan corto.

Como esta noche, el buen mensajero entrará en mi tienda con las cartas amarillas, llenas de absurdas noticias de un tiempo ya sepultado; pero se detendrá en el umbral y me verá inmóvil tendido sobre el camastro, flanqueado por dos soldados con antorchas, muerto.

¡Anda, pues, Daniel, y no me digas que soy cruel! Lleva mi último saludo a la ciudad donde nací. Tú eres la última ligazón con el mundo que en un tiempo fue también mío. Los mensajes recientes me han hecho saber que han cambiado muchas cosas, que mi padre ha muerto, que la corona pasó a mi hermano mayor, que me consideran

perdido, que han construido altos palacios de piedra, allá, donde estaban las encinas a cuya sombra solíamos jugar. De cualquier manera, siempre seguirá siendo mi vieja patria. Tú eres la última atadura con ella, Daniel.

El quinto mensajero, Eduardo, que me alcanzará, si dios quiere, dentro de un año y ocho meses, no podrá volver a partir porque no tendrá tiempo de regresar. Después de ti, el silencio, ¡oh, dios mío!, a menos que encuentre los anhelados confines. Pero cuanto más avanzo, más me convenzo de que no existe frontera. No existe, sospecho, frontera alguna, por lo menos en el sentido que habitualmente le damos. No hay muralla de separación, ni ríos divisorios, ni montañas que cierran el paso. Probablemente atravesaré el límite sin ni siquiera advertirlo e, ignorante de mí, continuaré mi camino. Por eso he decidido que cuando Eduardo y los demás mensajeros, después de él, me alcancen nuevamente, en vez de volver a tomar el camino de la capital, se me adelante, para que yo pueda saber con anterioridad lo que me espera.

Desde hace un tiempo una ansiedad inusitada se apodera de mí por las noches y ya no se trata de la añoranza de las alegrías pasadas, como en los primeros tiempos del viaje; más bien es la impaciencia de conocer la tierra ignota a la que me dirijo.

Advierto —y no se lo he confiado hasta ahora a nadie— cómo de día en día, a medida que avanzo hacia la improbable meta, el cielo irradia una luz insólita como jamás había visto, ni siquiera en sueños. Ha quedado definitivamente atrás el último cielo azul.

Las plantas, los montes, los ríos que atravesamos, parecen hechos de una esencia diferente de lo ya conocido y el aire me acerca presagios que no sé transmitir.

Una nueva esperanza me llevará mañana por la mañana aun más adelante, en dirección a aquella montaña

inexplorada que ahora ocultan las sombras de la noche. Una vez más levantaré el campamento, y Daniel desaparecerá en el horizonte en dirección opuesta, para llevar a la ciudad remota mi inútil mensaje.

La noche de Margaret Rose

Francisco Tario

(1943)

Decía la carta, escrita poco menos que ilegiblemente:

X. X. Esq.,
97 Cromwell Road.
Londres S. W. 7.

Margaret Rose Lane, inglesa, de 28 años, casada con un multimillonario yanqui, lo invita a usted muy íntimamente a jugar al ajedrez el sábado en la noche.

Y al pie, con caracteres de imprenta, aparecía una serie de indicaciones muy minuciosas referentes a la situación exacta de la finca, sobre la ruta de Brighton, a unos veinticinco kilómetros de la costa.

Margaret Rose Lane, en mis borrosos recuerdos, se reducía exclusivamente a esto: a una chiquilla muy páli* da, etérea, vestida de verde y que jugaba al ajedrez admirablemente.

Escarbando en la memoria, logré, no obstante, reconstruir más tarde determinados pormenores.

Nos conocimos en Roma —no acierto a precisar con ocasión de qué sencillo incidente— en la iglesia de San Sebastián, momentos antes de descender a las catacumbas. La acompañaba, creo, una institutriz francesa, présbita o algo por el estilo, y la chiquilla debía contar por aquel entonces diecisiete o dieciocho años. Recuerdo con singular perfección, por cierto, la figura de ella en el antro

subterráneo, un poco adelante de mí, portando la misteriosa vela encendida, y cuyos reflejos azules o grises temblaban sobre su cabellera negra como una lengua de fuego sobre cualquier superficie húmeda. Resultaba indescriptiblemente sugestivo el contraste de los dos personajes que precedían: el guía —un carmelita de cabellos rizosos y nariz aguileña— y aquella espiritual muchacha, silenciosa, tímida, frecuentemente suspirante, que caminaba altivamente por entre las fosas abiertas y los cráneos diseminados.

Tres veces más nos encontramos. Una, fortuitamente, en el Foro Romano, y las restantes, de común acuerdo, en su propio hotel —¿Hotel Londres?— acompañada de sus familiares. (No recuerdo en qué número, pero tres probablemente.) Durante estas dos últimas entrevistas me fue dado comprobar con natural sorpresa la habilidad poco común de la joven para jugar al ajedrez. Creo que no logré ganarle una sola partida.

Ya a punto de despedirnos la última noche —ellos zarpaban de Nápoles próximamente— recuerdo muy bien que me dijo:

—Pronto, muy pronto, Mr. X, se olvidará usted de Margaret Rose…

Esto no tiene mayor importancia y lo habría olvidado sin lugar a dudas, a no ser por lo que ocurrió a continuación.

Nos hallábamos ambos en la sala de lectura del hotel, sentados ante una mesita cuadrada, con mi rey en jaque mate, cuando la joven tendió su mano sobre el tablero y añadió compungidamente:

—¿Por qué es tan ingrata la gente, Mr. X?

Yo aduje no sé qué falso y estúpido razonamiento, pretendiendo disuadirla de tan amarga verdad, mas contra lo que podría esperarse, su reacción fue de lo más inusitado. Retiró el brazo lentamente, palideció de un modo

angustioso, clavó en mí sus ojos febriles y balbució con un acento, diré de justo sonambulismo:

—Está bien. Sí, no nos volveremos a ver más… Acto seguido se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar desconsoladamente.

Apareció la dama francesa, y he aquí lo más singular del caso. Lejos de mostrarse sorprendida o alarmada, se aproximó silenciosamente a la chiquilla, la ayudó a incorporarse ofreciéndole la mano y procedió a secar sus lágrimas, según se hace con una criatura. Entonces, dirigiéndose a mí, con la gravedad más embarazosa, suplicó:

—Disculpe usted, caballero. Creo que le sea fácil comprender.

Las vi alejarse rumbo al vestíbulo y nunca más volví a ver a Miss Margaret Rose.

Yo regresé a América, y veinte días después de mi llegada a Nueva York recibí inesperadamente una tarjeta postal desde Londres. Margaret Rose me recordaba, “agradeciendo infinitamente los excelentes ratos que le había deparado en Italia”.

Esta, su imprevista y extraña misiva de hoy, es, a partir de aquella fecha, la primera noticia suya.

¡Cuán sensacional e insospechada es a pesar de todo la vida!

A mis cincuenta años, con el cabello blanco y roído el espíritu por un sinfín de achaques físicos y morales, me satisface plenamente percatarme de las reservas de optimismo y vigor que aún conservo bajo estos huesos. No es común ni mucho menos que un hombre en semejantes condiciones logre hallar algo realmente interesante o atractivo en las sencillas y melancólicas cosas que nos rodean. El amor, la perfecta salud física, la avidez por tanto placer ignorado, exageran las bellezas existentes. Un día

azul y cálido nos exalta; una luna redonda y limpia nos conmueve; sentimos, como parte de nuestra circulación sanguínea, el flujo y reflujo de la marea; la música nos arranca lágrimas o gritos de insensato júbilo; el alcohol remueve nuestros más profundos instintos; la noche nos place por obscura y propicia; el día, por luminoso y alegre. Y ese vibrar de nuestros músculos, ese estampido continuo de nuestro corazón, esa hambre insaciable de todas nuestras potencias físicas e intelectuales, dotan a la realidad de un ropaje opulento de lozanía, transparencia y ardor. De un ropaje que, por desdicha, va destiñéndose lamentablemente a medida que el tiempo avanza, hasta que definitivamente, inexorablemente, como una bella tarde que concluye o un cacharro que se rompe, nos encontramos rodeados de una inanición, una frialdad y unas espantosas tinieblas.

A través de la ventanilla del ferrocarril, contemplo ahora el campo fecundado por los transportes de la primavera. Una dulce y variable brisa mece los juncos, los tallos vivos de las flores, las ramas irisadas de los árboles, la ropa blanca puesta a secar sobre las piedras de los corrales. Pasta o abreva el ganado, sumergidas sus pezuñas en el corazón húmedo de la hierba. Cruzan ligeras y alegres las golondrinas, chillando estridentemente. Los arroyos tiemblan con un temblor divinamente musical y tierno. El humo azul o pardo del carbón se tiende alto, alto, bajo el firmamento metálico, desgarrándose en fragmentos —nubes sin coordinación, inconsistentes, absorbidas fatalmente por esa inmensidad solemne y luminosa—.

Y yo experimento, en virtud de estos nada sensacionales y siempre repetidos acontecimientos, una impresión de impaciencia que recuerda la del sediento frente a un manantial de agua pura y susurrante. Como un genuino adolescente o un ser que jamás ha rebasado los linderos de sus comarcas, presto una atención desmedida a cuanto se

desarrolla a mi alrededor. Lógico sería, no obstante, que tras recorrer la mitad del mundo y presenciar —y sufrir también— hechos por demás dolorosos, esta campiña inglesa tan lisa, tan insubstancial, tan flemática, me impulsara a desdoblar el diario y apartar mi vista de lo que mi vista ha contemplado innúmeras veces. Pero lejos de ser así, miro al sol bajar, bajar allá en el horizonte, y en mi interior algo también desciende, se ensombrece, calla, y temo —algún día necesariamente ha de ser— que fenezca.

Tal noción de lo inevitable y la luz que se va extinguiendo ocasionan, como de costumbre, que mi ánimo decline y mis pensamientos sean más densos.

Tiro, pues, de la cortinilla, y en el solitario compartimiento del *express* me entrego a otro género de reflexiones.

Margaret Rose… Margaret Rose… ¡Cuán lejano y obscuro se me representa aquel encuentro! Como si hubieran caído otros diez años a partir del día en que recibí su última carta, escasamente logro ahora revivir el más insignificante detalle. Sin embargo, no he dejado de pensar en todo ello durante los últimos días; no he cejado, hasta obtener de mi memoria una información conveniente. Y repito, hoy, ahora más intensamente que nunca, la existencia y proximidad de semejante mujer se me antoja absurda.

Leo y releo su incomprensible mensaje, que conservo en el bolsillo.

Margaret Rose… Cierro los ojos, con objeto de acoplar bien sus rasgos fisonómicos y, en cambio, evoco intempestivamente un ademán suyo, olvidado por completo: aquel de extender su mano fina y blanca hacia una pieza del ajedrez, tocarla después por la punta y hacerla al fin deslizarse sobre el tablero con un movimiento raudamente misterioso… Margaret Rose… singular y extraña criatura, siempre vestida de verde, a quien veo ahora reclinada

contra un árbol, exhausta, sofocada por el tórrido sol italiano, observando cuanto la rodea con una expresión peculiar de insensibilidad o desconfianza… Margaret Rose… en la actualidad casada con un multimillonario yanqui…

El tren da una brusca sacudida, se detiene ruidosamente, y cruzan por el pasillo en ese instante gran número de viajeros con su exiguo equipaje en la mano.

… ¿Una chocante aventura de amor? ¿Un candoroso e inocente rapto de sentimentalismo? ¿Una excentricidad, entre infantil y enfermiza, de una mujer rica y joven que se aburre? ¿Un propósito secreto, una necesidad urgente y grave de ayuda, insoluble para mí, pero angustiosa e intransferible para ella? ¿Un chantaje? ¿Una cobarde venganza de mis numerosos enemigos…?

Cuando echo pie a tierra, un hombrecillo azafranado se me acerca en el andén de la estación e inquiere mi nombre. Tan luego me identifica toma mi maleta decididamente, invitándome con un gesto a seguirlo. Él delante, yo detrás, cruzamos la sala de espera, descendemos unos peldaños negruzcos y llegamos hasta un espléndido carruaje tirado por un magnífico tronco de caballos blancos.

De la obscuridad total de la noche emergen a ambos lados del camino aisladas luces muy débiles, a cuyo resplandor, sin embargo, el follaje adquiere una vivacidad submarina y misteriosa. Los caballos, en pleno galope, se internan por regiones profundas, inusitadamente sombrías, y cuyo murmullo es en extremo agradable. Las curvas son numerosas, a veces muy pronunciadas, y yo tengo que asirme fuertemente del vehículo a fin de no salir despedido. Percibo, casi a intervalos iguales, el golpe del látigo en el aire. Croan las ranas en un próximo estanque que adivino, desaparecen ocasionalmente los faroles, los caballos aceleran su marcha y, arriba, un puñado de insignificantes estrellas tiembla sobre el cielo cárdeno y compacto.

De pronto, las luces de una casa que a simple vista me parece gigantesca se destacan sobre las copas de los árboles, a regular distancia. Nos detenemos frente a una gran verja, cubierta a tramos por floridas y exuberantes enredaderas. En el edificio —simultáneamente a nuestra llegada— se van apagando las luces, hasta quedar una sola ventana iluminada en la planta alta. Se apea el cochero y yo lo imito, disponiéndome a seguirlo. Enciende una lamparilla eléctrica. Durante diez minutos, más o menos, bordeamos la enorme huerta, bajo una imponente masa de fronda que el viento arrulla blandamente. Una pequeña puerta ojival, empotrada en el espeso muro a manera de cripta, parece ser de momento nuestro destino. Mi acompañante posa la maleta, extrae una llave del bolsillo, introduce esta en la cerradura y la puerta cede, no sin cierta resistencia. En el interior la luz es escasa, algo amarillenta y titubeante. Ascendemos a tientas a lo largo de una empinada escalera de caracol que trepa hacia las tinieblas. Las paredes desnudas, la ausencia total de mobiliario y cierto olor penetrante a guisos y especias, me advierten que nos hallamos en la zona de servicio. Empero, no se escucha ruido o voz alguna, cual si la casa estuviese deshabitada o todos sus mora-dores durmieran.

Ya arriba, cruzamos un vasto corredor de piedra, que cubre raída alfombra escarlata. Otra puerta que franqueamos. Un pequeño recibidor, totalmente a obscuras, y una puerta más, contra la cual el cochero golpea enérgicamente. Pretendo, a un tiempo, hacer aceptar a este una propina, dando por terminado mi viaje, pero él rehúsa una vez y otra. Desaparece al cabo con mi equipaje y yo distingo los pasos blandos de alguien que se aproxima en la silenciosa estancia. La puerta, en efecto, se abre, y me encuentro de manos a boca con Margaret Rose Lane en persona.

Margaret Rose —ahora sí recuerdo— exactamente igual a como la conocí hace diez años. Igual de lánguida, de pálida, tal vez un poco más frágil, con sus dos ojos negros, fenomenales —¡no sé cómo haberlos llegado a olvidar tan fácilmente!— y su cabellera negra, lacia, recogida sobre la nuca.

Permanecemos en pie uno frente a otro, en silencio, mirándonos atentamente. Ella esboza una sonrisa y yo, sin explicarme la causa, no encuentro nada oportuno que decir. Lo intento en vano repetidas veces.

—Margaret… —articulo al cabo trabajosamente.

Muy grave, muy aérea, con su bata verde hasta los tobillos, cierra la puerta con llave y me muestra un asiento.

Ocupo el sillón, exageradamente mullido y amplio, del cual emerge mi tronco como el de un exiguo arbusto en una gran zanja. Se sienta ella frente a mí, con una extraña impasibilidad en el rostro. Nos separa una mesita de ajedrez con las piezas listas. Arde —no sé por qué razón en primavera— un fuego gigantesco en la chimenea de piedra. El salón parece inmenso, dando la impresión de hallarse vacío.

—Margaret… —prorrumpo de nuevo; y mi voz es tan lejana que me sorprendo de ser yo mismo quien esté hablando—. ¿Es todo esto acaso un sueño?

Ella sonríe, fijas, fijas sus fenomenales pupilas en mí.

—¿Es esto un sueño? —repito instintivamente, tratando de provocar otra vez aquel terrible eco que se escurre por los muros, casi corpóreo.

Ríe y no habla, tal vez complacida de mi turbación.

Y en efecto: una desazón agudísima, completamente indescifrable, vase apoderando de mí a cada minuto que transcurre. Una sensación por demás extraña, ni de incomodidad o angustia, ni de ansiedad o sobresalto, ni de pavor o desconfianza, sino propiamente de vacío, de

inestabilidad o ausencia, como si mi personalidad, pongo por caso, fuese anulada gradualmente por otra personalidad intrusa que ocupara su lugar. Bien como al despertar de un sueño, bien como al entrar en él…

—Margaret —insisto; y del techo se desploma una voz que no es la mía—: «Margareeeet».

Continúo:

—No sé de qué singular impresión he sido víctima al penetrar en este lugar y encontrarme con usted de nuevo. ¡Discúlpeme! Cuando recibí su carta, hace apenas unos días, me sentí poseído por un vivo afán de recordar, recordar juntos y libremente aquellos lejanos momentos de Italia. Pero ahora, vistas sensatamente las cosas, no sé si deba reprocharme el haber acudido a la cita. No es prudente ser irreflexivo y considero haberlo sido esta vez de sobra…

Ríe, ríe ella; mostrando sus dientes pequeños, cuadrados. Y la risa le agita el cuerpo y se estrella después contra los muros, con un sonido semejante al que produce el granizo golpeando un tejado de lámina.

—No, no es prudente lo que hemos hecho…

No cesa de reír, tapándose el rostro con ambas manos, y estoy a punto de saltar sobre ella para hacer cesar de una vez por todas aquella risa.

—¿Se burla usted de mí? —exclamo reprimiéndome, pero comprendiendo ya que algo más grave y siniestro se esconde tras de aquellos labios convulsos.

Ríe, ríe y me mira, un poco ladeada la cabeza.

—¿Es para esto, Margaret Rose, es para esto para lo que usted me ha hecho venir a su casa? ¿Es para esto…?

Una sobreexcitación inaudita se ha apoderado ya de mí. No acierto a coordinar bien mis reflexiones y mucho menos a buscar un medio juicioso de acallar aquella risa que, penetrándome por los oídos, se derrumba en las tinieblas de mi cuerpo resquebrajándome los nervios.

—¡Basta, basta ya, Margaret! —suplico incorporándome, aunque sin decidirme a ir hasta ella—. Es posible que se halle usted fatigada, un poco enferma… Convendría que se retirara a descansar ¿le parece? ¡Le prometo volver en cuanto usted me lo indique!

Ríe ahora más escandalosamente, examinándome de arriba abajo. Ríe, y aquella catarata de risa que amenaza con no terminar nunca le ha sonrojado levemente las mejillas y llenado de lágrimas los ojos. Ríe, y en la lóbrega intimidad de la estancia aquella boca abierta, crispada, se ilumina intermitentemente con el fulgor de las llamas. Ríe, ríe, mientras me apresto a salir, encaminándome hacia la puerta. Pero de pronto calla.

Y un silencio desmesurado, sobrenatural, se extiende en torno mío; un silencio no semejante a ningún otro, que me hace detenerme. Vuelvo el rostro, temiendo encontrarme con un cuerpo exánime sobre la alfombra y me hallo, en cambio, con un semblante hierático, frío, perfectamente inmóvil, sobre un cuello erizado y firme como la punta de una roca. Nos miramos desconfiadamente, tal vez asustados de nosotros mismos. Permanecemos así largo rato, yo al extremo opuesto de la estancia. El silencio o mi sangre zumba. Llamean los leños. Y, maquinalmente, como si aquella extraña personalidad a que he aludido antes actuara ahora sobre mis músculos, hasta tal punto que todo intento de defensa es vano, giro en redondo, vuelvo sobre mis pasos, torno al sillón, y me siento.

Enorme, profundo y alucinante es el silencio que reina.

Pero Margaret Rose echa atrás la cabeza, entrecierra un poco sus fenomenales ojos y musita con una languidez malsana, moviendo rítmicamente los labios:

—¡Esta estúpida risa!

Suspira.

—¡Es horrible esta risa, Mr. X! ¡Horrible horrible esta risa que no sé de dónde me brota…!

Yace inmóvil, con una visible expresión de tristeza, en un completo abandono, dejando fluir las palabras, dulces, acariciantes, dolorosas.

—Horrible horrible, porque en las noches, cuando todos duermen y nadie escucha, la risa anda por ahí suelta, golpeándose contra las puertas siempre cerradas. ¡También son horribles las puertas cerradas, Mr. X!

No sé qué especie de fascinación emana de su rostro, ahora extático.

—Contra una puerta cerrada uno llama ansiosamente y nadie abre… Contra una puerta cerrada no queda nada qué hacer: sólo reír, reír, y la risa es un tormento. ¡Mas ni aun así se abre! Podemos dejar allí nuestras entrañas, caer sin sentido o volvernos locos, y no hay una sola mano que empuje la puerta… ¿No es esto detestable, Mr. X?

Más y más su inmovilidad se intensifica, y su mirada se pierde en la bóveda invisible, y sus palabras brotan enervantes, demasiado lentas, como un veneno mortífero aunque de sabor extraordinariamente exquisito.

—¡Esta maldita risa!

Otra vez el silencio insufrible.

Y una idea pavorosa, incomprensiblemente olvidada, se ilumina en mi cerebro. Una idea de cuya naturaleza no había tenido hasta ahora el menor atisbo y que me deja paralizado allí sobre el asiento, en estado poco menos que inconsciente.

«Margaret Rose Lane había fallecido hace tiempo».

¿Cuánto? No puedo aclararlo en tan espantosos momentos, pero la certeza de tal hecho no ofrece lugar a dudas. Tal vez cinco años, seis… ¿Acaso no recuerdo muy distintamente el momento preciso de recibir la noticia? Un diario en el club, cierta noche…

—¡Margaret! —exclamo incorporándome bruscamente, con un temblor irreprimible en los labios—. ¡Margaret! ¿Es cierto?

Debió sobrecogerla mi voz, el sudor que me arroyaba por las sienes, mi expresión indudablemente diabólica, porque su actitud es por completo distinta a la adoptada hasta ahora. Se incorpora también, avanza sin ruido —como un verdadero fantasma— y muy próxima a mí, hasta hacerme sentir la tibieza de su aliento, pregunta:

—Mr. X, ¿qué le ocurre? ¿Se siente usted enfermo? ¡Oh, tranquilícese!

—¡Margaret! ¡Margaret! —prorrumpo retrocediendo, tratando de evitar a toda costa el menor contacto con aquel ser abominable—. ¡Dígame la verdad, es preciso!

—¿La verdad? —sonríe muy tristemente y, ante mi creciente anonadamiento, reclina con suavidad su cabeza en mi hombro—. La verdad, Mr. X, es que soy muy desdichada…

Prosigue:

—¡He pensado en usted como no puede imaginarse! —y dos lentas y amargas lágrimas le arroyan hasta los labios, se le desprenden del rostro y saltan sobre mi hombro—. ¡Mi vida pudo haber sido tan distinta…! Pero era aún una chiquilla, ¿me recuerda usted bien? No tuve valor. ¡Oh! Si aquella misma tarde la tierra se hubiera desplomado y todo hubiese concluido en un segundo habría sido mejor…

Llora, llora, y ambos, de pie junto a la lámpara encendida, no somos sino dos seres absurdos, especie de ilusiones, cuya presencia habría sobrecogido al ánimo más templado de la tierra.

—¡Algún día si usted gusta le haré mis confesiones y usted se horrorizará! ¡Qué terrible, oh, qué terrible y espantoso ha sido todo!

Mira con inquietud repentina a todos lados, como temiendo que esté por presentarse aquello de lo que tan desesperadamente habla.

—Cuando subíamos de las catacumbas, sobre el último peldaño de la escalera, usted me ofreció su mano. Era ya dentro de la iglesia… El carmelita aguardaba… Mademoiselle Fournier se había quedado un poco atrás… Yo dije: «Lléveme con usted para siempre, se lo ruego». Era mi salvación, la única oportunidad de ser realmente libre. Pero el miedo ahogó mi voz y usted no me oyó, Mr. X. Ni al día siguiente, ni después, volví a atreverme; no, no me atreví. ¡Y el drama no tuvo remedio!

Sus cabellos fríos rozándome el rostro y el temblor convulso de sus brazos alrededor de mi cuello son las dos únicas cosas que percibo con mediana realidad. El resto: aquella voz melodiosa y titubeante; el fuego que vomita la chimenea; los muros altos y ennegrecidos; los muebles en las sombras; las lágrimas ya frías sobre mi carne… son testigos confusos y horripilantes del dolor de una mujer infame que sufre sobrehumanamente, con dolores nada parecidos a los de los hombres.

—¡El drama no tuvo remedio! ¡El drama no tuvo remedio! —insiste ciñéndose a mí.

Y otra voz en las alturas, por encima de la gran araña en penumbra, repite melancólicamente: «¡El drama no tuvo remedio!»

Criatura inconsolable, infinitamente desdichada, víctima tal vez de algún tormento monstruoso y secreto, Margaret Rose vacía su alma en mi alma; y yo, progresivamente, sin esperanza, inevitablemente, como un moribundo en su sopor, voy abandonándome al éxtasis, a cierta especie de ebriedad espiritual —no sé si inconsciente o tácita— y a un desmoronamiento físico, típicamente agónico. No obstante, mediante un segundo de lucidez intensísima capaz de

iluminar el cerebro de todos los hombres, logra sustraerme al hechizo de aquella voz de ultratumba y me desprendo de la mujer con violencia. La arrojo contra el asiento. Cae ella del primer golpe, su débil cuerpo enrollado como un trozo de serpentina. Negros, fenomenales los ojos, fijos en mí sin expresión alguna.

Puedo gritar:

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta! ¡No oses moverte más porque estás muerta!

Y ella calla, infinitamente triste, mirándome bien a los ojos, con una mirada tan semejante a la de un perro, que me estremezco.

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta! —continúo gritando—. ¡Aparta, porque estás muerta!

De pie, bajo el invisible techo, pregoné mil veces creo durante la noche entera la verdad pavorosa y escalofriante. Y creo también que, durante todo ese tiempo, sus ojos no pestañearon o se movieron, fijos, fijos en mí, fenomenales y negros.

—¡Estás muerta! ¡Estás muerta!

Debió ser un rapto de locura mutua, no sé.

A poco, Margaret Rose tendía graciosamente su mano blanca y larga hacia un alfil del tablero y, haciéndole deslizar por entre las demás piezas, balbucía tiernamente, con su voz cálida y tranquila:

—Jaque mate.

De nuevo me derrotaba, y de nuevo iniciábamos otra partida.

—Jaque mate —otra vez.

Así repetidas veces.

—¡Oh, Margaret Rose!, juega usted admirablemente.

Y el humo de nuestros dos cigarrillos se mezclaba en la atmósfera pesada, ascendía hasta el techo, formaba bellas nubes ondulantes y se perdía, perfumado y alegre, en las

dulces sombras nocturnas. Y reíamos confiadamente, y evocaba ella con frases interrumpidas tantas y tantas olvidadas reminiscencias: el carmelita austero, de espesos cabellos ensortijados, que pronunciaba el inglés con cierta entonación sollozante; los pinos lánguidos y solitarios de la Vía Apia, semejantes, en los atardeceres romanos, a largas copas de zafiro, rebosantes de un vino denso y escarlata; el Pincio, con sus fuentes espumosas; Santa María la Mayor, San Pietro in Vincoli; el Trevi, el Foro, las negras rejas de encaje… Y las piezas se deslizaban sobre el tablero, gemía muy dulcemente la brisa, asomaba a intervalos la luna, y un bienestar casi voluptuoso me recorría las venas.

No, no logré derrotarla.

—Admirablemente, admirable… —exclamo al fin, dándome por vencido.

Mas, inopinadamente —clarea ya el alba—, Margaret Rose me mira aterrada, pálida como un trozo de mármol. Sus ojos rebasan las órbitas, sus brazos tiemblan convulsamente. No sé qué dentro de ella, como un pájaro endemoniado, comienza a despertar y manifestarse. Chasca los dientes, gime, contrae los músculos del cuello, trata de apartar la mesa con sus piernas rígidas, se endereza un poco, ríe, y, al cabo, lanza un pavoroso grito, increíblemente prolongado que recorre la estancia y después huye por la casa. Fijos, fijos en mí sus fenomenales ojos, parecen no lograr desasirse de algo que los cautiva, que los subyuga, que los espanta y los somete irresistiblemente. Me pongo en pie, sobresaltado, comprendiendo que algo muy grave sucede. La llamo inútilmente por su nombre; la sacudo por los hombros; fríos, fríos están sus brazos y cubierta de sudor su frente…

Ha transcurrido el tiempo y aún aquel grito se enrosca afuera entre los árboles.

—¡Margaret! ¡Margaret Rose! —imploro.

Y los ojos fijos, irracionales.

—¡Margaret Rose!

Suenan pasos cercanos y una puerta se abre. De la penumbra, no sé a través de qué cortinajes o sombras, emerge un hombre en pijama, alto, joven, atlético. Viene descalzo y con los cabellos enmarañados sobre la frente. Justamente conturbado, no repara en mí. Por el contrario, cruza a mi lado a toda prisa, en dirección a la joven. La acaricia, la besa, le ordena unos cabellos sueltos tras de la oreja. Se sienta sobre el brazo del sillón.

—Margaret Rose… Mi pobre Margaret Rose… —le dice persuasiva, doloridamente, pasándole sin cesar la mano por la frente.

—¡Caballero! —me decido a exclamar, con un febril estremecimiento en los párpados.

Mas el hombre continúa sin advertirme, acariciando aquel exangüe y sudoroso cuerpo.

—Margaret Rose, anda a dormir, criatura… Otro día jugarás al ajedrez, ¿te parece? Margaret Rose, obedéceme…

—¡Caballero! —grito por segunda vez, con todas mis fuerzas—. ¡Caballero!

Margaret Rose abre suavemente los ojos y, al verme de pie frente a ella, torna a gritar tan frenéticamente como antes, señalándome con un dedo.

—¡James! ¡Ahí está, ahí…! ¡Míralo!

Y se desploma sin sentido.

Su marido mira hacia donde yo estoy —rozándole casi la espalda— y mueve tristemente la cabeza. Luego, con su esposa en brazos, cruza a mi lado misteriosamente. Así los veo desaparecer, lúgubres, silenciosos, lentos, por entre los cortinajes rojos…

Y yo descubro, alarmado, que no soy ya sino un melancólico y horripilante fantasma.

Viaje a la semilla

Alejo Carpentier

(1944)

I

—¿Qué quieres, viejo...?

Varias veces cayó la pregunta de lo alto de los andamios. Pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, fisgoneando, sacándose de la garganta un largo monólogo de frases incomprensibles. Ya habían descendido las tejas, cubriendo los canteros muertos con su mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las almenas sucesivas que iban desdentando las murallas aparecían —despojados de su secreto— cielos rasos ovales o cuadrados, cornisas, guirnaldas, dentículos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testeros como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, veteado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo aquellos obreros, negros sobre claro de cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa. El viejo se había sentado, con el cayado apuntalándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse, en sordina, los rumores de la calle mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedra, sus gorjeos de aves desagradables y pechugonas.

Dieron las cinco. Las cornisas y entablamentos se despoblaron. Sólo quedaron escaleras de mano, preparando el salto del día siguiente. El aire se hizo más fresco, aligerado de sudores, blasfemias, chirridos de cuerdas, ejes

que pedían alcuzas y palmadas en torsos pringosos. Para la casa mondada el crepúsculo llegaba más pronto. Se vestía de sombras en horas en que su ya caída balaustrada superior solía regalar a las fachadas algún relumbre de sol. La Ceres apretaba los labios. Por primera vez las habitaciones dormirían sin persianas, abiertas sobre un paisaje de escombros.

Contrariando sus apetencias, varios capiteles yacían entre las hierbas. Las hojas de acanto descubrían su condición vegetal. Una enredadera aventuró sus tentáculos hacia la voluta jónica, atraída por un aire de familia. Cuando cayó la noche, la casa estaba más cerca de la tierra. Un marco de puerta se erguía aún, en lo alto, con tablas de sombras suspendidas de sus bisagras desorientadas.

II

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños, volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Los cuadrados de mármol, blancos y negros, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras con saltos certeros, fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las charnelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación.

En los canteros muertos, levantadas por el esfuerzo de las flores, las tejas juntaron sus fragmentos, alzando un sonoro torbellino de barro, para caer en lluvia sobre la armadura del techo. La casa creció, traída nuevamente a sus proporciones habituales, pudorosa y vestida. La Ceres fue menos gris. Hubo más peces en la fuente. Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas.

El viejo introdujo una llave en la cerradura de la puerta principal, y comenzó a abrir ventanas. Sus tacones sonaban a hueco. Cuando encendió los velones, un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos de familia, y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías, al compás de cucharas movidas en jícaras de chocolate.

Don Marcial, el Marqués de Capellanías, yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de medallas, escoltado por cuatro cirios con largas barbas de cera derretida.

III

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre. Las mechas blanquearon, arrojando el pabilo. La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. Don Marcial pulsó un teclado invisible y abrió los ojos.

Confusas y revueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar. Los pomos de medicina, las borlas de damasco, el escapulario de la cabecera, los daguerrotipos, las palmas de la reja, salieron de sus nieblas. Cuando el médico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor. Durmió algunas horas y despertó bajo la mirada negra y cejuda del Padre Anastasio. De franca, detallada, poblada de pecados, la confesión se hizo reticente, penosa, llena de escondrijos. ¿Y qué derecho tenía, en el fondo, aquel carmelita, a entrometerse en su vida? Don Marcial se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienes, se levantó con sorprendente celeridad. La mujer desnuda que se desperezaba sobre el brocado del lecho buscó enaguas y corpiños, llevándose, poco después, sus rumores de seda estrujada y su perfume. Abajo, en el coche cerrado, cubriendo tachuelas del asiento, había un sobre con monedas de oro.

Don Marcial no se sentía bien. Al arreglarse la corbata frente a la luna de la consola se vio congestionado. Bajó al despacho donde lo esperaban hombres de justicia, abogados y escribientes, para disponer la venta pública de la casa. Todo había sido inútil. Sus pertenencias se irían a manos del mejor postor, al compás de martillo golpeando una tabla.

Saludó y le dejaron solo. Pensaba en los misterios de la letra escrita, en esas hebras negras que se enlazan y desenlazan sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas, tierras, árboles y piedras; maraña de hilos, sacada del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos desestimados por la Ley; cordón al cuello, que apretaban su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredos de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel. Era el amanecer. El reloj del comedor acababa de dar la seis de la tarde.

IV

Transcurrieron meses de luto, ensombrecidos por un remordimiento cada vez mayor. Al principio, la idea de traer una mujer a aquel aposento se le hacía casi razonable. Pero, poco a poco, las apetencias de un cuerpo nuevo fueron desplazadas por escrúpulos crecientes, que llegaron al flagelo. Cierta noche, Don Marcial se ensangrentó las carnes con una correa, sintiendo luego un deseo mayor, pero de corta duración. Fue entonces cuando la Marquesa volvió, una tarde, de su paseo a las orillas del Almendares. Los caballos de la calesa no traían en las crines más humedad que la del propio sudor. Pero, durante todo el resto del día, dispararon coces a las tablas de la cuadra, irritados, al parecer, por la inmovilidad de nubes bajas.

Al crepúsculo, una tinaja llena de agua se rompió en el baño de la Marquesa. Luego, las lluvias de mayo rebosaron el estanque. Y aquella negra vieja, con tacha de cimarrona y palomas debajo de la cama, que andaba por el patio murmurando: «¡Desconfía de los ríos, niña; desconfía de lo verde que corre!» No había día en que el agua no revelara su presencia. Pero esa presencia acabó por no ser más que una jícara derramada sobre el vestido traído de París, al regreso del baile aniversario dado por el Capitán General de la Colonia.

Reaparecieron muchos parientes. Volvieron muchos amigos. Ya brillaban, muy claras, las arañas del gran salón. Las grietas de la fachada se iban cerrando. El piano regresó al clavicordio. Las palmas perdían anillos. Las enredaderas saltaban la primera cornisa. Blanquearon las ojeras de la Ceres y los capiteles parecieron recién tallados. Más fogoso Marcial solía pasarse tardes enteras abrazando a la

Marquesa. Borrábanse patas de gallina, ceños y papadas, y las carnes tornaban a su dureza. Un día, un olor de pintura fresca llenó la casa.

V

Los rubores eran sinceros. Cada noche se abrían un poco más las hojas de los biombos, las faldas caían en rincones menos alumbrados y eran nuevas barreras de encajes. Al fin la Marquesa sopló las lámparas. Sólo él habló en la obscuridad. Partieron para el ingenio, en gran tren de calesas —relumbrante de grupas alazanas, bocados de plata y charoles al sol—. Pero, a la sombra de las flores de Pascua que enrojecían el soportal interior de la vivienda, advirtieron que se conocían apenas. Marcial autorizó danzas y tambores de Nación, para distraerse un poco en aquellos días olientes a perfumes de Colonia, baños de benjuí, cabelleras esparcidas, y sábanas sacadas de armarios que, al abrirse, dejaban caer sobre las lozas un mazo de vetiver. El vaho del guarapo giraba en la brisa con el toque de oración. Volando bajo, las auras anunciaban lluvias reticentes, cuyas primeras gotas, anchas y sonoras, eran sorbidas por tejas tan secas que tenían diapasón de cobre. Después de un amanecer alargado por un abrazo deslucido, aliviados de desconciertos y cerrada la herida, ambos regresaron a la ciudad. La Marquesa trocó su vestido de viaje por un traje de novia, y, como era costumbre, los esposos fueron a la iglesia para recobrar su libertad. Se devolvieron presentes a parientes y amigos, y, con revuelo de bronces y alardes de jaeces, cada cual tomó la calle de su morada. Marcial siguió visitando a María de las Mercedes por algún tiempo, hasta el día en que los anillos fueron llevados al taller del orfebre para ser desgrabados. Comenzaba, para Marcial, una vida nueva. En la casa de las rejas, la Ceres fue sustituida por una Venus italiana, y los mascarones de la fuente adelantaron casi

imperceptiblemente el relieve al ver todavía encendidas, pintada ya el alba, las luces de los velones.

VI

Una noche, después de mucho beber y marearse con tufos de tabaco frío, dejados por sus amigos, Marcial tuvo la sensación extraña de que los relojes de la casa daban las cinco, luego las cuatro y media, luego las cuatro, luego las tres y media... Era como la percepción remota de otras posibilidades. Como cuando se piensa, en enervamiento de vigilia, que puede andarse sobre el cielo raso con el piso por cielo raso, entre muebles firmemente asentados entre las vigas del techo. Fue una impresión fugaz, que no dejó la menor huella en su espíritu, poco llevado, ahora, a la meditación.

Y hubo un gran sarao, en el salón de música, el día en que alcanzó la minoría de edad. Estaba alegre, al pensar que su firma había dejado de tener un valor legal, y que los registros y escribanías, con sus polillas, se borraban de su mundo. Llegaba al punto en que los tribunales dejan de ser temibles para quienes tienen una carne desestimada por los códigos. Luego de achisparse con vinos generosos, los jóvenes descolgaron de la pared una guitarra incrustada de nácar, un salterio y un serpentón. Alguien dio cuerda al reloj que tocaba la Tirolesa de las Vacas y la Balada de los Lagos de Escocia.

Otro embocó un cuerno de caza que dormía, enroscado en su cobre, sobre los fieltros encarnados de la vitrina, al lado de la flauta travesera traída de Aranjuez. Marcial, que estaba requebrando atrevidamente a la de Campoflorido, se sumó al guirigay, buscando en el teclado, sobre bajos falsos, la melodía del Trípili-Trápala. Y subieron todos al desván, de pronto, recordando que allá, bajo vigas que iban recobrando el repello, se guardaban los trajes y libreas de la Casa de

Capellanías. En entrepaños escarchados de alcanfor descansaban los vestidos de corte, un espadín de Embajador, varias guerreras emplastronadas, el manto de un Príncipe de la Iglesia, y largas casacas, con botones de damasco y difuminos de humedad en los pliegues. Matizáronse las penumbras con cintas de amaranto, miriñaques amarillos, túnicas marchitas y flores de terciopelo. Un traje de chispero con redecilla de borlas, nacido en una mascarada de carnaval, levantó aplausos.

La de Campoflorido redondeó los hombros empolvados bajo un rebozo de color de carne criolla, que sirviera a cierta abuela, en noche de grandes decisiones familiares, para avivar los amansados fuegos de un rico Síndico de Clarisas.

Disfrazados regresaron los jóvenes al salón de música. Tocado con un tricornio de regidor, Marcial pegó tres bastonazos en el piso, y se dio comienzo a la danza de la valse, que las madres hallaban terriblemente impropio de señoritas, con eso de dejarse enlazar por la cintura, recibiendo manos de hombre sobre las ballenas del corset que todas se habían hecho según el reciente patrón de «El Jardín de las Modas». Las puertas se obscurecieron de fámulas, cuadrerizos, sirvientes, que venían de sus lejanas dependencias y de los entresuelos sofocantes para admirarse ante fiesta de tanto alboroto. Luego se jugó a la gallina ciega y al escondite. Marcial, oculto con la de Campoflorido detrás de un biombo chino, le estampó un beso en la nuca, recibiendo en respuesta un pañuelo perfumado, cuyos encajes de Bruselas guardaban suaves tibiezas de escote. Y cuando las muchachas se alejaron en las luces del crepúsculo, hacia las atalayas y torreones que se pintaban en grisnegro sobre el mar, los mozos fueron a la Casa de Baile, donde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca —así fuera de movida una guaracha— sus zapatillas de alto tacón. Y como

se estaba en carnavales, los del Cabildo Arará Tres Ojos levantaban un trueno de tambores tras de la pared medianera, en un patio sembrado de granados. Subidos en mesas y taburetes, Marcial y sus amigos alabaron el garbo de una negra de pasas entrecanas, que volvía a ser hermosa, casi deseable, cuando miraba por sobre el hombro, bailando con altivo mohín de reto.

VII

Las visitas de Don Abundio, notario y albacea de la familia, eran más frecuentes. Se sentaba gravemente a la cabecera de la cama de Marcial, dejando caer al suelo su bastón de ácana para despertarlo antes de tiempo. Al abrirse, los ojos tropezaban con una levita de alpaca, cubierta de caspa, cuyas mangas lustrosas recogían títulos y rentas. Al fin sólo quedó una pensión razonable, calculada para poner coto a toda locura. Fue entonces cuando Marcial quiso ingresar en el Real Seminario de San Carlos.

Después de mediocres exámenes, frecuentó los claustros, comprendiendo cada vez menos las explicaciones de los dómines. El mundo de las ideas se iba despoblando. Lo que había sido, al principio, una ecuménica asamblea de peplos, jubones, golas y pelucas, controversistas y ergotantes, cobraba la inmovilidad de un museo de figuras de cera. Marcial se contentaba ahora con una exposición escolástica de los sistemas, aceptando por bueno lo que se dijera en cualquier texto. «León», «Avestruz», «Ballena», «Jaguar», leíase sobre los grabados en cobre de la Historia Natural. Del mismo modo, «Aristóteles», «Santo Tomás», «Bacon», «Descartes», encabezaban páginas negras, en que se catalogaban aburridamente las interpretaciones del universo, al margen de una capitular espesa. Poco a poco, Marcial dejó de estudiarlas, encontrándose librado de un gran peso. Su mente se hizo alegre y ligera, admitiendo tan sólo un concepto instintivo de las cosas. ¿Para qué pensar en el prisma, cuando la luz clara de invierno daba mayores detalles a las fortalezas del puerto? Una manzana que cae del árbol sólo es incitación para los dientes. Un pie en una bañadera no pasa de ser un pie en una bañadera. El día que

abandonó el Seminario, olvidó los libros. El gnomon recobró su categoría de duende: el espectro fue sinónimo de fantasma; el octandro era bicho acorazado, con púas en el lomo.

Varias veces, andando pronto, inquieto el corazón, había ido a visitar a las mujeres que cuchicheaban, detrás de puertas azules, al pie de las murallas. El recuerdo de la que llevaba zapatillas bordadas y hojas de albahaca en la oreja lo perseguía, en tardes de calor, como un dolor de muelas. Pero, un día, la cólera y las amenazas de un confesor le hicieron llorar de espanto. Cayó por última vez en las sábanas del infierno, renunciando para siempre a sus rodeos por calles poco concurridas, a sus cobardías de última hora que le hacían regresar con rabia a su casa, luego de dejar a sus espaldas cierta acera rajada, señal, cuando andaba con la vista baja, de la media vuelta que debía darse por hollar el umbral de los perfumes.

Ahora vivía su crisis mística, poblada de detentes, corderos pascuales, palomas de porcelana, Vírgenes de manto azul celeste, estrellas de papel dorado, Reyes Magos, ángeles con alas de cisne, el Asno, el Buey, y un terrible San Dionisio que se le aparecía en sueños, con un gran vacío entre los hombros y el andar vacilante de quien busca un objeto perdido. Tropezaba con la cama y Marcial despertaba sobresaltado, echando mano al rosario de cuentas sordas. Las mechas, en sus pocillos de aceite, daban luz triste a imágenes que recobraban su color primero.

VIII

Los muebles crecían. Se hacía más difícil sostener los antebrazos sobre el borde de la mesa del comedor. Los armarios de cornisas labradas ensanchaban el frontis. Alargando el torso, los moros de la escalera acercaban sus antorchas a los balaustres del rellano. Las butacas eran más hondas y los sillones de mecedora tenían tendencia a irse para atrás. No había ya que doblar las piernas al recostarse en el fondo de la bañadera con anillas de mármol.

Una mañana en que leía un libro licencioso, Marcial tuvo ganas, súbitamente, de jugar con los soldados de plomo que dormían en sus cajas de madera. Volvió a ocultar el tomo bajo la jofaina del lavabo, y abrió una gaveta sellada por las telarañas. La mesa de estudio era demasiado exigua para dar cabida a tanta gente. Por ello, Marcial se sentó en el piso. Dispuso los granaderos por filas de ocho. Luego, los oficiales a caballo, rodeando al abanderado. Detrás, los artilleros, con sus cañones, escobillones y botafuegos. Cerrando la marcha, pífanos y timbales, con escolta de redoblantes. Los morteros estaban dotados de un resorte que permitía lanzar bolas de vidrio a más de un metro de distancia.

—¡Pum! … ¡Pum! … ¡Pum! …

Caían caballos, caían abanderados, caían tambores. Hubo de ser llamado tres veces por el negro Eligio, para decidirse a lavarse las manos y bajar al comedor.

Desde ese día, Marcial conservó el hábito de sentarse en el enlosado. Cuando percibió las ventajas de esa costumbre, se sorprendió por no haberlo pensando antes. Afectas al terciopelo de los cojines, las personas mayores sudan demasiado. Algunas huelen a notario —como Don Abundio—

por no conocer, con el cuerpo echado, la frialdad del mármol en todo tiempo. Sólo desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación. Hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a altura de hombre. Cuando llovía, Marcial se ocultaba debajo del clavicordio. Cada trueno hacía temblar la caja de resonancia, poniendo todas las notas a cantar. Del cielo caían los rayos para construir aquella bóveda de calderones —órgano, pinar al viento, mandolina de grillos.

IX

Aquella mañana lo encerraron en su cuarto. Oyó murmullos en toda la casa y el almuerzo que le sirvieron fue demasiado suculento para un día de semana. Había seis pasteles de la confitería de la Alameda —cuando sólo dos podían comerse, los domingos, después de misa—. Se entretuvo mirando estampas de viaje, hasta que el abejeo creciente, entrando por debajo de las puertas, le hizo mirar entre persianas. Llegaban hombres vestidos de negro, portando una caja con agarraderas de bronce.

Tuvo ganas de llorar, pero en ese momento apareció el calesero Melchor, luciendo sonrisa de dientes en lo alto de sus botas sonoras. Comenzaron a jugar al ajedrez. Melchor era caballo. Él, era Rey. Tomando las losas del piso por tablero, podía avanzar de una en una, mientras Melchor debía saltar una de frente y dos de lado, o viceversa. El juego se prolongó hasta más allá del crepúsculo, cuando pasaron los Bomberos del Comercio.

Al levantarse, fue a besar la mano de su padre que yacía en su cama de enfermo. El Marqués se sentía mejor, y habló a su hijo con el empaque y los ejemplos usuales. Los «Sí, padre» y los «No, padre», se encajaban entre cuenta y cuenta del rosario de preguntas, como las respuestas del ayudante en una misa. Marcial respetaba al Marqués, pero era por razones que nadie hubiera acertado a suponer. Lo respetaba porque era de elevada estatura y salía, en noches de baile, con el pecho rutilante de condecoraciones: porque le envidiaba el sable y los entorchados de oficial de milicias; porque, en Pascuas, había comido un pavo entero, relleno de almendras y pasas, ganando una apuesta; porque, cierta vez, sin duda con el ánimo de azotarla, agarró a una de las

mulatas que barrían la rotonda, llevándola en brazos a su habitación. Marcial, oculto detrás de una cortina, la vio salir poco después, llorosa y desabrochada, alegrándose del castigo, pues era la que siempre vaciaba las fuentes de compota devueltas a la alacena.

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

X

Cuando los muebles crecieron un poco más y Marcial supo como nadie lo que había debajo de las camas, armarios y vargueños, ocultó a todos un gran secreto: la vida no tenía encanto fuera de la presencia del calesero Melchor. Ni Dios, ni su padre, ni el obispo dorado de las procesiones del Corpus, eran tan importantes como Melchor.

Melchor venía de muy lejos. Era nieto de príncipes vencidos. En su reino había elefantes, hipopótamos, tigres y jirafas. Ahí los hombres no trabajaban, como Don Abundio, en habitaciones obscuras, llenas de legajos. Vivían de ser más astutos que los animales. Uno de ellos sacó el gran cocodrilo del lago azul, ensartándolo con una pica oculta en los cuerpos apretados de doce ocas asadas. Melchor sabía canciones fáciles de aprender, porque las palabras no tenían significado y se repetían mucho. Robaba dulces en las cocinas; se escapaba, de noche, por la puerta de los cuadrerizos, y, cierta vez, había apedreado a los de la guardia civil, desapareciendo luego en las sombras de la calle de la Amargura.

En días de lluvia, sus botas se ponían a secar junto al fogón de la cocina. Marcial hubiese querido tener pies que llenaran tales botas. La derecha se llamaba Calambín. La izquierda, Calambán. Aquel hombre que dominaba los caballos cerreros con sólo encajarles dos dedos en los belfos; aquel señor de terciopelos y espuelas, que lucía chisteras tan altas, sabía también lo fresco que era un suelo de mármol en verano, y ocultaba debajo de los muebles una fruta o un pastel arrebatados a las bandejas destinadas al Gran Salón. Marcial y Melchor tenían en común un depósito secreto de grageas y almendras, que llamaban el «Urí, urí,

urá», con entendidas carcajadas. Ambos habían explorado la casa de arriba abajo, siendo los únicos en saber que existía un pequeño sótano lleno de frascos holandeses, debajo de las cuadras, y que en desván inútil, encima de los cuartos de criadas, doce mariposas polvorientas acababan de perder las alas en caja de cristales rotos.

XI

Cuando Marcial adquirió el hábito de romper cosas, olvidó a Melchor para acercarse a los perros. Había varios en la casa. El atigrado grande; el podenco que arrastraba las tetas; el galgo, demasiado viejo para jugar; el lanudo que los demás perseguían en épocas determinadas, y que las camareras tenían que encerrar.

Marcial prefería a Canelo porque sacaba zapatos de las habitaciones y desenterraba los rosales del patio. Siempre negro de carbón o cubierto de tierra roja, devoraba la comida de los demás, chillaba sin motivo y ocultaba huesos robados al pie de la fuente. De vez en cuando, también, vaciaba un huevo acabado de poner, arrojando la gallina al aire con brusco palancazo del hocico. Todos daban de patadas al Canelo. Pero Marcial se enfermaba cuando se lo llevaban. Y el perro volvía triunfante, moviendo la cola, después de haber sido abandonado más allá de la Casa de Beneficencia, recobrando un puesto que los demás, con sus habilidades en la caza o desvelos en la guardia, nunca ocuparían.

Canelo y Marcial orinaban juntos. A veces escogían la alfombra persa del salón, para dibujar en su lana formas de nubes pardas que se ensanchaban lentamente. Eso costaba castigo de cintarazos.

Pero los cintarazos no dolían tanto como creían las personas mayores. Resultaban, en cambio, pretexto admirable para armar concertantes de aullidos, y provocar la compasión de los vecinos. Cuando la bizca del tejadillo calificaba a su padre de «bárbaro», Marcial miraba a Canelo, riendo con los ojos. Lloraban un poco más, para ganarse un bizcocho y todo quedaba olvidado. Ambos comían tierra, se

revolcaban al sol, bebían en la fuente de los peces, buscaban sombra y perfume al pie de las albahacas. En horas de calor, los canteros húmedos se llenaban de gente. Ahí estaba la gansa gris, con bolsa colgante entre las patas zambas; el gallo viejo de culo pelado; la lagartija que decía «urí, urá», sacándose del cuello una corbata rosada; el triste jubo nacido en ciudad sin hembras; el ratón que tapiaba su agujero con una semilla de carey. Un día señalaron el perro a Marcial.

—¡Guau, guau! —dijo.

Hablaba su propio idioma. Había logrado la suprema libertad. Ya quería alcanzar, con sus manos, objetos que estaban fuera del alcance de sus manos.

XII

Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que sólo divisaban gigantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arrebozado con su propia sustancia, resbaló hacia la vida.

Pero ahora el tiempo corrió más pronto, adelgazando sus últimas horas. Los minutos sonaban a glissando de naipes bajo el pulgar de un jugador.

Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían, redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los vargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas.

Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía dónde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre, los bocados de las cuadras, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin

techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, regresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa.

XIII

Cuando los obreros vinieron con el día para proseguir la demolición, encontraron el trabajo acabado. Alguien se había llevado la estatua de Ceres, vendida la víspera a un anticuario. Después de quejarse al Sindicato, los hombres fueron a sentarse en los bancos de un parque municipal. Uno recordó entonces la historia, muy difuminada, de una Marquesa de Capellanías, ahogada, en tarde de mayo, entre las malangas del Almendares. Pero nadie prestaba atención al relato, porque el sol viajaba de oriente a occidente, y las horas que crecen a la derecha de los relojes deben alargarse por la pereza, ya que son las que más seguramente llevan a la muerte.

La trama celeste

Adolfo Bioy Casares

(1948)

Cuando el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata, desaparecieron, un 20 de diciembre, de Buenos Aires, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que estos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto* (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui); un anillo de escaso valor (un aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo); unas cuantas páginas escritas a máquina —*Las aventuras del capitán Morris*— firmadas C. A. S. Transcribiré esas páginas.

LAS AVENTURAS DEL CAPITÁN MORRIS

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta que nos hablara del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de una fuente, o de una infranqueable prisión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo:

Esta es la tumba de March y esta la de Gwythyir;

esta es la tumba de Gwgawn Gleddyffreidd;
pero la tumba de Arturo es desconocida.

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro y con indiferencia, de que el tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados «pases», que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no lo favorece la magia, lo recomienda el método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural, menos aún el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian, y nací en Rauch; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe; pero deje que un armenio se arrime a su árbol genealógico: toda su descendencia odiará a los turcos. «Una vez armenio, siempre armenio.» Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de comprender y de gozar la tierra, ciertas habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo —tranquila—, pero debo confesar que en los últimos tiempos no lo mereció. Mi sobrina se entretenía en hacer las funciones de secretaria, y, como no tengo secretaria, ella misma atendía el teléfono, pasaba en limpio y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden) y organizaba mi vasto archivo. Practicaba

otra diversión no menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta; un joven militar entró, enérgicamente, en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, atrás de la mesa, y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me dan los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones —era el teniente Kramer— y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablara. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez contaminado por la marcialidad de mi interlocutor, respondí:

—A sus órdenes.

—¿Cuándo irá? —preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas…

—Lo dejarán —declaró Kramer, y con movimientos ruidosos y gimnásticos hizo la venia. Se retiró en el acto.

Miré a mi sobrina; estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde me señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hacía un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi ex libris. Lleva triplemente inscrita —en griego, en latín y en español— la sentencia *Conócete a ti mismo* (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha

pegado miles de estos ex libris en miles de volúmenes de mi versátil biblioteca. Pero hay otra causa para esta fama de egoísmo. Yo era un metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

Atendí (confusamente) a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos. Después de una solitaria espera y de un cándido y breve interrogatorio me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta. Adentro, muy cerca de la cama de Morris, dos hombres que no me saludaron jugaban al dominó.

Con Morris nos conocemos de toda la vida; nunca fuimos amigos. He querido mucho a su padre. Era un viejo excelente, con la cabeza blanca, redonda, rapada, y los ojos azules, excesivamente duros y despiertos; tenía un ingobernable patriotismo galés, una incontenible manía de contar leyendas celtas. Durante muchos años (los más felices de mi vida) fue mi profesor. Todas las tardes estudiábamos un poco, él contaba y yo escuchaba las aventuras de los mabinogion, y en seguida reponíamos fuerzas tomando unos mates con azúcar quemada. Por los patios andaba Ireneo; cazaba pájaros y ratas, y con un cortaplumas, un hilo y una aguja, combinaba cadáveres heterogéneos; el viejo Morris decía que Ireneo iba a ser médico. Yo iba a ser inventor, porque aborrecía los experimentos de Ireneo y porque alguna vez había dibujado una bala con resortes, que permitiría los más envejecedores viajes interplanetarios, y un motor hidráulico, que, puesto en marcha, no se detendría nunca. Ireneo y yo estábamos alejados por una mutua y consciente antipatía. Ahora, cuando nos encontramos, sentimos una gran dicha, una

floración de nostalgias y de cordialidades, repetimos un breve diálogo con fervientes alusiones a una amistad y a un pasado imaginarios, y en seguida no sabemos qué decirnos.

El País de Gales, la tenaz corriente celta, había acabado en su padre. Ireneo es tranquilamente argentino, e ignora y desdeña por igual a todos los extranjeros. Hasta en su apariencia es típicamente argentino (algunos lo han creído sudamericano): más bien chico, delgado, fino de huesos, de pelo negro —muy peinado, reluciente—, de mirada sagaz.

Al verme pareció emocionado (yo nunca lo había visto emocionado, ni siquiera en la noche de la muerte de su padre). Me dijo con voz clara; como para que oyeran los que jugaban al dominó:

—Dame esa mano. En estas horas de prueba has demostrado ser el único amigo.

Esto me pareció un agradecimiento excesivo para mi visita. Morris continuó:

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero comprenderás que ante un par de circunstancias así —miró con gravedad a los dos hombres— prefiero callar. Dentro de pocos días estaré en casa; entonces será un placer recibirte.

Creí que la frase era una despedida. Morris agregó que «si no tenía apuro» me quedara un rato.

—No quiero olvidarme —continuó—. Gracias por los libros.

Murmuré algo, confusamente. Ignoraba qué libros me agradecía. He cometido errores, no el de mandar libros a Ireneo.

Habló de accidentes de aviación; negó que hubiera lugares —El Palomar, en Buenos Aires; el Valle de los Reyes, en Egipto— que irradiaran corrientes capaces de provocarlos.

En sus labios, «el Valle de los Reyes» me pareció increíble. Le pregunté cómo lo conocía.

—Son las teorías del cura Moreau —repuso Morris—. Otros dicen que nos falta disciplina. Es contraria a la idiosincrasia de nuestro pueblo, si me seguís. La aspiración del aviador criollo es aeroplanos como la gente. Si no, acordate de las proezas de Mira, con el Golondrina, una lata de conservas atada con alambres…

Le pregunté por su estado y por el tratamiento a que lo sometían. Entonces fui yo quien habló en voz bien alta, para que oyeran los que jugaban al dominó.

—No admitas inyecciones. Nada de inyecciones. No te envenenes la sangre. Toma un *Depuratum* 6 y después un *Árnica 10000*. Sos un caso típico de *Árnica*. No lo olvides: dosis infinitesimales.

Me retiré con la impresión de haber logrado un pequeño triunfo. Pasaron tres semanas. En casa hubo pocas novedades. Ahora, retrospectivamente, quizá descubra que mi sobrina estuvo más atenta que nunca, y menos cordial. Según nuestra costumbre los dos viernes siguientes fuimos al cinematógrafo; pero el tercer viernes, cuando entré en su cuarto, no estaba. Había salido, ¡había olvidado que esa tarde iríamos al cinematógrafo!

Después llegó un mensaje de Morris. Me decía que ya estaba en su casa y que fuera a verlo cualquier tarde.

Me recibió en el escritorio. Lo digo sin reticencias: Morris había mejorado. Hay naturalezas que tienden tan invenciblemente al equilibrio de la salud, que los peores venenos inventados por la alopatía no las abruman.

Al entrar en esa pieza tuve la impresión de retroceder en el tiempo; casi diría que me sorprendió no encontrar al viejo Morris (muerto hace diez años), aseado y benigno, administrando con reposo los *impedimenta* del mate. Nada había cambiado. En la biblioteca encontré los mismos libros, los mismos bustos de Lloyd George y de William Morris, que habían contemplado mi agradable y ociosa juventud, ahora

me contemplaban; y en la pared colgaba el horrible cuadro que sobrecogió mis primeros insomnios: la muerte de Griffith ap Rhys, conocido como *el fulgor y el poder y la dulzura de los varones del sur*.

Traté de llevarlo inmediatamente a la conversación que le interesaba. Dijo que sólo tenía que agregar unos detalles a lo que me había expuesto en su carta. Yo no sabía qué responder; yo no había recibido ninguna carta de Ireneo. Con súbita decisión le pedí que si no le fatigaba me contara todo desde el principio.

Entonces Ireneo Morris me relató su misteriosa historia.

Hasta el 23 de junio pasado había sido probador de los aeroplanos del ejército. Primero cumplió esas funciones en la fábrica militar de Córdoba, últimamente había conseguido que lo trasladaran a la base del Palomar.

Me dio su palabra de que él, como probador, era una persona importante. Había hecho más vuelos de ensayo que cualquier aviador americano (sur y centro). Su resistencia era extraordinaria.

Tanto había repetido esos vuelos de prueba, que, automáticamente, inevitablemente, llegó a ejecutar uno solo.

Sacó del bolsillo una libreta y en una hoja en blanco trazó una serie de líneas en zigzag; escrupulosamente anotó números (distancias, alturas, graduación de ángulos); después arrancó la hoja y me la obsequió. Me apresuré a agradecerle. Declaró que yo poseía «el esquema clásico de sus pruebas».

Alrededor del 15 de junio le comunicaron que en esos días probaría un nuevo Breguet —el 309— monoplaza, de combate. Se trataba de un aparato construido según una patente francesa de hacía dos o tres años y el ensayo se cumpliría con bastante secreto. Morris se fue a su casa, tomó una libreta de apuntes —«como lo había hecho hoy»—,

dibujó el esquema —«el mismo que yo tenía en el bolsillo»—. Después se entretuvo en complicarlo; después —«en ese mismo escritorio donde nosotros departíamos amigablemente»— imaginó esos agregados, los grabó en la memoria.

El 23 de junio, alba de una hermosa y terrible aventura, fue un día gris, lluvioso. Cuando Morris llegó al aeródromo, el aparato estaba en el hangar. Tuvo que esperar que lo sacaran. Caminó para no enfermarse de frío, consiguió que se le empaparan los pies. Finalmente, apareció el Breguet. Era un monoplano de alas bajas, «nada del otro mundo, te aseguro». Lo inspeccionó someramente. Morris me miró en los ojos y en voz baja me comunicó: el asiento era estrecho, notablemente incómodo. Recordó que el indicador de combustible marcaba «lleno» y que en las alas el Breguet no tenía ninguna insignia. Dijo que saludó con la mano y que en seguida el ademán le pareció falso. Corrió unos quinientos metros y despegó. Empezó a cumplir lo que él llamaba su «nuevo esquema de prueba».

Era el probador más resistente de la República. Pura resistencia física, me aseguró. Estaba dispuesto a contarme la verdad. Aunque yo no podía creerlo, de pronto se le nubló la vista. Aquí Morris habló mucho; llegó a exaltarse; por mi parte, olvidé el «compadrito» peinado que tenía enfrente; seguí el relato: poco después de emprender los ejercicios nuevos sintió que la vista se le nublaba, se oyó decir «qué vergüenza, voy a perder el conocimiento», embistió una vasta mole oscura (quizá una nube), tuvo una visión efímera y feliz, como la visión de un radiante paraíso... Apenas consiguió enderezar el aeroplano cuando estaba por tocar el campo de aterrizaje.

Volvió en sí. Estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Zumbó un moscardón; durante algunos segundos

creyó que dormía la siesta, en el campo. Después supo que estaba herido; que estaba detenido; que estaba en el Hospital Militar. Nada de esto le sorprendió, pero todavía tardó un rato en recordar el accidente. Al recordarlo tuvo la verdadera sorpresa: no comprendía cómo había perdido el conocimiento. Sin embargo, no lo perdió una sola vez… De esto hablaré más adelante.

La persona que lo acompañaba era una mujer. La miró. Era una enfermera.

Dogmático y discriminativo, habló de mujeres en general. Fue desagradable. Dijo que había un tipo de mujer, y hasta una mujer determinada y única, para el animal que hay en el centro de cada hombre, y agregó algo en el sentido de que era un infortunio encontrarla, porque el hombre siente lo decisiva que es para su destino y la trata con temor y con torpeza, preparándose un futuro de ansiedad y de monótona frustración. Afirmó que, para el hombre «como es debido», entre las demás mujeres no habrá diferencias notables, ni peligros. Le pregunté si la enfermera correspondía a su tipo. Me respondió que no, y aclaró: «Es una mujer plácida y maternal, pero bastante linda.»

Continuó su relato. Entraron unos oficiales (precisó las jerarquías). Un soldado trajo una mesa y una silla; se fue, y volvió con una máquina de escribir. Se sentó frente a la máquina, y escribió en silencio. Cuando el soldado se detuvo, un oficial interrogó a Morris:

—¿Su nombre?

No le sorprendió esta pregunta. Pensó: «mero formulismo». Dijo su nombre, y tuvo el primer signo del horrible complot que inexplicablemente lo envolvía. Todos los oficiales rieron. Él nunca había imaginado que su nombre fuera ridículo. Se enfureció. Otro de los oficiales dijo:

—Podía inventar algo menos increíble. —Ordenó al soldado de la máquina—: Escriba, no más.

—¿Nacionalidad?

—Argentino —afirmó sin vacilaciones.

—¿Pertenece al ejército?

Tuvo una ironía:

—Yo soy el del accidente, y ustedes parecen los golpeados.

Si rieron un poco (entre ellos, como si Morris estuviera ausente).

Continuó:

—Pertenezco al ejército, con grado de capitán, regimiento 7, escuadrilla novena.

—¿Con base en Montevideo? —preguntó sarcásticamente uno de los oficiales.

—En Palomar —respondió Morris.

Dio su domicilio: Bolívar 971. Los oficiales se retiraron. Volvieron al día siguiente, esos y otros. Cuando comprendió que dudaban de su nacionalidad, o que simulaban dudar, quiso levantarse de la cama, pelearlos. La herida y la tierna presión de la enfermera lo contuvieron. Los oficiales volvieron a la tarde del otro día, a la mañana del siguiente. Hacía un calor tremendo; le dolía todo el cuerpo; me confesó que hubiera declarado cualquier cosa para que lo dejaran en paz.

¿Qué se proponían? ¿Por qué ignoraban quién era? ¿Por qué lo insultaban, por qué simulaban que no era argentino? Estaba perplejo y enfurecido. Una noche la enfermera lo tomó de la mano y le dijo que no se defendía juiciosamente. Respondió que no tenía de qué defenderse. Pasó la noche despierto, entre accesos de cólera, momentos en que estaba decidido a encarar con tranquilidad la situación, y violentas reacciones en que se negaba a «entrar en ese juego absurdo». A la mañana quiso pedir disculpas a la enfermera por el modo con que la había tratado; comprendía que la intención de ella era benévola, «y no es fea, me entendés»;

pero como no sabía pedir disculpas, le preguntó irritadamente qué le aconsejaba. La enfermera le aconsejó que llamara a declarar a alguna persona de responsabilidad.

Cuando vinieron los oficiales dijo que era amigo del teniente Kramer y del teniente Viera, del capitán Faverio, de los tenientes coroneles Margaride y Navarro.

A eso de las cinco apareció con los oficiales el teniente Kramer, su amigo de toda la vida. Morris dijo con vergüenza que «después de una conmoción, el hombre no es el mismo» y que al ver a Kramer sintió lágrimas en los ojos. Reconoció que se incorporó en la cama y abrió los brazos cuando lo vio entrar. Le gritó:

—Vení, hermano.

Kramer se detuvo y lo miró impávidamente. Un oficial le preguntó:

—Teniente Kramer, ¿conoce usted al sujeto?

La voz era insidiosa. Morris dice que esperó —esperó que el teniente Kramer, con una súbita exclamación cordial, revelara su actitud como parte de una broma—… Kramer contestó con demasiado calor, como si temiera no ser creído:

—Nunca lo he visto. Mi palabra que nunca lo he visto.

Le creyeron inmediatamente, y la tensión que durante unos segundos hubo entre ellos desapareció. Se alejaron: Morris oyó las risas de los oficiales, y la risa franca de Kramer, y la voz de un oficial que repetía «A mí no me sorprende, créame que no me sorprende. Tiene un descaro.»

Con Viera y con Margaride la escena volvió a repetirse, en lo esencial. Hubo mayor violencia. Un libro —uno de los libros que yo le habría enviado— estaba debajo de las sábanas, al alcance de su mano y alcanzó el rostro de Viera cuando este simuló que no se conocían. Morris dio una descripción circunstanciada que no creo íntegramente. Aclaro: no dudo de su coraje, sí de su velocidad epigramática. Los oficiales opinaron que no era

indispensable llamar a Faverio, que estaba en Mendoza. Imaginó entonces tener una inspiración; pensó que si las amenazas convertían en traidores a los jóvenes, fracasarían ante el general Huet, antiguo amigo de su casa, que siempre había sido con él como un padre, o, más bien, como un rectísimo padrastro.

Le contestaron secamente que no había, que nunca hubo, un general de nombre tan ridículo en el ejército argentino.

Morris no tenía miedo; tal vez si hubiera conocido el miedo se hubiera defendido mejor. Afortunadamente, le interesaban las mujeres, «y usted sabe cómo les gusta agrandar los peligros y lo cavilosas que son». La otra vez la enfermera le había tomado la mano para convencerlo del peligro que lo amenazaba; ahora Morris la miró en los ojos y le preguntó el significado de la confabulación que había contra él. La enfermera repitió lo que había oído: su afirmación de que el 23 había probado el Breguet en El Palomar era falsa; en El Palomar nadie había probado aeroplanos esa tarde. El Breguet era de un tipo recientemente adoptado por el ejército argentino, pero su numeración no correspondía a la de ningún aeroplano del ejército argentino. «¿Me creen espía?», preguntó con incredulidad. Sintió que volvía a enfurecerse. Tímidamente, la enfermera respondió: «Creen que ha venido de algún país hermano.» Morris le juró como argentino que era argentino, que no era espía; ella pareció emocionada, y continuó en el mismo tono de voz: «El uniforme es igual al nuestro; pero han descubierto que las costuras son diferentes.» Agregó: «Un detalle imperdonable», y Morris comprendió que ella tampoco le creía. Sintió que se ahogaba de rabia, y, para disimular, la besó en la boca y la abrazó.

A los pocos días la enfermera le comunicó: «Se ha comprobado que diste un domicilio falso.» Morris protestó inútilmente; la mujer estaba documentada: el ocupante de

la casa era el señor Carlos Grimaldi. Morris tuvo la sensación del recuerdo, de la amnesia. Le pareció que ese nombre estaba vinculado a alguna experiencia pasada; no pudo precisarla.

La enfermera le aseguró que su caso había determinado la formación de dos grupos antagónicos: el de los que sostenían que era extranjero y el de los que sostenían que era argentino. Más claramente: unos querían desterrarlo; otros fusilarlo.

—Con tu insistencia de que sos argentino —dijo la mujer— ayudás a los que reclaman tu muerte.

Morris le confesó que por primera vez había sentido en su patria «el desamparo que sienten los que visitan otros países». Pero seguía no temiendo nada.

La mujer lloró tanto que él, por fin, le prometió acceder a lo que pidiera. «Aunque te parezca ridículo, me gustaba verla contenta.» La mujer le pidió que «reconociera» que no era argentino. «Fue un golpe terrible, como si me dieran una ducha. Le prometí complacerla, sin ninguna intención de cumplir la promesa.» Opuso dificultades:

—Digo que soy de tal país. Al día siguiente contestan de ese país que mi declaración es falsa.

—No importa —afirmó la enfermera—. Ningún país va a reconocer que manda espías. Pero con esa declaración y algunas influencias que yo mueva, tal vez triunfen los partidarios del destierro, si no es demasiado tarde.

Al otro día un oficial fue a tomarle declaración. Estaban solos; el hombre le dijo:

—Es un asunto resuelto. Dentro de una semana firman la sentencia de muerte.

Morris me explicó:

—No me quedaba nada que perder…

«Para ver lo que sucedía», le dijo al oficial:

—Confieso que soy uruguayo.

A la tarde confesó la enfermera: le dijo a Morris que todo había sido una estratagema; que había temido que no cumpliera su promesa; el oficial era amigo y llevaba instrucciones para sacarle la declaración. Morris comentó brevemente:

—Si era otra mujer, la azoto.

Su declaración no había llegado a tiempo; la situación empeoraba. Según la enfermera, la única esperanza estaba en un señor que ella conocía y cuya identidad no podía revelar. Este señor quería verlo antes de interceder en su favor.

—Me dijo francamente —aseguró Morris—: trató de evitar la entrevista. Temía que yo causara mala impresión. Pero el señor quería verme y era la última esperanza que nos quedaba. Me recomendó no ser intransigente.

—El señor no vendrá al hospital —dijo la enfermera.

—Entonces no hay nada que hacer —respondió Morris, con alivio.

La enfermera siguió:

—La primera noche que tengamos centinelas de confianza, vas a verlo. Ya estás bien, irás solo.

Se sacó un anillo del dedo anular y se lo entregó.

—Lo calcé en el dedo meñique. Es una piedra, un vidrio o un brillante, con la cabeza de un caballo en el fondo. Debía llevarlo con la piedra hacia el interior de la mano, y los centinelas me dejarían entrar y salir como si no me vieran.

La enfermera le dio instrucciones. Saldría a las doce y media y debía volver antes de las tres y cuarto de la madrugada. La enfermera le escribió en un papelito la dirección del señor.

—¿Tenés el papel? —le pregunté.

—Sí, creo que sí —respondió, y lo buscó en su billetera. Me lo entregó displicentemente.

Era un papelito azul; la dirección —Márquez 6890— estaba escrita con letra femenina y firme («del *Sacré-Coeur*», declaró Morris, con inesperada erudición).

—¿Cómo se llama la enfermera? —inquirí por simple curiosidad.

Morris pareció incomodo. Finalmente, dijo:

—La llamaban Idibal. Ignoro si es nombre o apellido.

Continuó su relato:

Llegó la noche fijada para la salida. Idibal no apareció. Él no sabía qué hacer. A las doce y media resolvió salir.

Le pareció inútil mostrar el anillo al centinela que estaba en la puerta de su cuarto. El hombre levantó la bayoneta. Morris mostró el anillo; salió libremente. Se recostó contra una puerta: a lo lejos, en el fondo del corredor, había visto a un cabo. Después, siguiendo indicaciones de Idibal, bajó por una escalera de servicio y llegó a la puerta de calle. Mostró el anillo y salió.

Tomó un taxímetro; dio la dirección apuntada en el papel. Anduvieron más de media hora; rodearon por Juan B. Justo y Gaona los talleres del F. C. O. y tomaron una calle arbolada, hacia el limite de la ciudad; después de cinco o seis cuadras se detuvieron ante una iglesia que emergía, copiosa de columnas y de cúpulas, entre las casas bajas del barrio, blanca en la noche.

Creyó que había un error; miró el número en el papel: era el de la iglesia.

—¿Debías esperar afuera o adentro? —interrogué.

El detalle no le incumbía; entró. No vio a nadie. Le pregunté cómo era la iglesia. Igual a todas, contestó. Después supe que estuvo un rato junto a una fuente con peces, en la que caían tres chorros de agua.

Apareció «un cura de esos que se visten de hombres, como los del Ejército de Salvación» y le preguntó si buscaba a alguien. Dijo que no. El cura se fue; al rato volvió a pasar.

Estas venidas se repitieron tres o cuatro veces. Aseguró Morris que era admirable la curiosidad del sujeto, y que él ya iba a interpelarlo; pero que el otro le preguntó si tenía «el anillo del convivio».

—¿El anillo del qué?… —preguntó Morris. Y continuó explicándome—: Imaginate ¿cómo se me iba a ocurrir que hablaba del anillo que me dio Idibal?

El hombre le miró curiosamente las manos, y le ordenó:

—Muéstreme ese anillo.

Morris tuvo un movimiento de repulsión; después mostró el anillo.

El hombre lo llevó a la sacristía y le pidió que le explicara el asunto. Oyó el relato con aquiescencia; Morris aclara: «Como una explicación más o menos hábil, pero falsa; seguro de que no pretendería engañarlo, de que él oiría, finalmente, la explicación verdadera, mi confesión.»

Cuando se convenció de que Morris no hablaría más, se irritó y quiso terminar la entrevista. Dijo que trataría de hacer algo por él.

Al salir, Morris buscó Rivadavia. Se encontró frente a dos torres que parecían la entrada de un castillo o de una ciudad antigua; realmente eran la entrada de un hueco, interminable en la oscuridad. Tuvo la impresión de estar en un Buenos Aires sobrenatural y siniestro. Caminó unas cuadras; se cansó; llegó a Rivadavia, tomó un taxímetro y le dio la dirección de su casa: Bolívar 971.

Se bajó en Independencia y Bolívar; caminó hasta la puerta de la casa. No eran todavía las dos de la mañana. Le quedaba tiempo.

Quiso poner la llave en la cerradura; no pudo. Apretó el timbre. No le abrían; pasaron diez minutos. Se indignó de que la sirvientita aprovechara su ausencia —su desgracia— para dormir afuera. Apretó el timbre con toda su fuerza. Oyó ruidos que parecían venir de muy lejos; después, una serie

de golpes —uno seco, otro fugaz— rítmicos, crecientes. Apareció, enorme en la sombra, una figura humana. Morris se bajó el ala del sombrero y retrocedió hasta la parte menos iluminada del zaguán. Reconoció inmediatamente a ese hombre soñoliento y furioso y tuvo la impresión de ser él quien estaba soñando. Se dijo: «Si, el rengo Grimaldi, Carlos Grimaldi.» Ahora recordaba el nombre. Ahora, increíblemente, estaba frente al inquilino que ocupaba la casa cuando su padre la compró, hacía más de quince años.

Grimaldi irrumpió:

—¿Qué quiere?

Morris recordó el astuto empecinamiento del hombre en quedarse en la casa y las infructuosas indignaciones de su padre, que decía «lo voy a sacar con el carrito de la Municipalidad», y le mandaba regalos para que se fuera.

—¿Está la señorita Carmen Soares? —preguntó Morris, «ganando tiempo».

Grimaldi blasfemó, dio un portazo, apagó la luz. En la oscuridad, Morris oyó alejarse los pasos alternados; después, en una conmoción de vidrios y de hierros, pasó un tranvía; después se restableció el silencio. Morris pensó triunfalmente: «No me ha reconocido.»

En seguida sintió vergüenza, sorpresa, indignación. Resolvió romper la puerta a puntapiés y sacar al intruso. Como si estuviera borracho, dijo en voz alta: «Voy a levantar una denuncia en la seccional.» Se preguntó qué significaba esa ofensiva múltiple y envolvente que sus compañeros habían lanzado contra él. Decidió consultarme.

Si me encontraba en casa, tendría tiempo de explicarme los hechos. Subió a un taxímetro, y ordenó al chofer que lo llevara al pasaje Owen. El hombre lo ignoraba. Morris le preguntó de mal modo para qué daban exámenes. Abominó de todo: de la policía, que deja que nuestras casas se llenen de intrusos; de los extranjeros, que nos cambian el país y

nunca aprenden a manejar. El chofer le propuso que tomara otro taxímetro. Morris le ordenó que tomara Vélez Sársfield hasta cruzar las vías.

Se detuvieron en las barreras; interminables trenes grises hacían maniobras. Morris ordenó que rodeara por Toll la estación Sola. Bajó en Australia y Luzuriaga. El chofer le dijo que le pagara; que no podía esperarlo; que no existía tal pasaje. No le contestó; caminó con seguridad por Luzuriaga hacia el sur. El chofer lo siguió con el automóvil, insultándolo estrepitosamente. Morris pensó que si aparecía un vigilante, el chofer y él dormirían en la comisaría.

—Además —le dije— descubrirían que te habías fugado del hospital. La enfermera y los que te ayudaron tal vez se verían en un compromiso.

—Eso me tenía sin inquietud —respondió Morris, y continuó el relato:

Caminó una cuadra y no encontró el pasaje. Caminó otra cuadra, y otra. El chofer seguía protestando; la voz era más baja, el tono más sarcástico. Morris volvió sobre sus pasos; dobló por Alvarado; ahí estaba el parque Pereyra, la calle Rochadale. Tomó Rochadale; a mitad de cuadra, a la derecha, debían interrumpirse las casas, y dejar lugar al pasaje Owen. Morris sintió como la antelación de un vértigo. Las casas no se interrumpieron; se encontró en Austratia. Vio en lo alto, con un fondo de nubes nocturnas, el tanque de la International, en Luzuriaga; enfrente debía estar el pasaje Owen; no estaba.

Miró la hora; le quedaban apenas veinte minutos.

Caminó rápidamente. Muy pronto se detuvo. Estaba, con los pies hundidos en un espeso fango resbaladizo, ante una lúgubre serie de casas iguales, perdido. Quiso volver al parque Pereyra; no lo encontró. Temía que el chofer descubriera que se había perdido. Vio a un hombre, le preguntó dónde estaba el pasaje Owen. El hombre no era

del barrio. Morris siguió caminando, exasperado. Apareció otro hombre. Morris caminó hacia él; rápidamente, el chofer se bajó del automóvil y también corrió. Morris y el chofer le preguntaron a gritos si sabía dónde estaba el pasaje Owen. El hombre parecía asustado, como si creyera que lo asaltaban. Respondió que nunca oyó nombrar ese pasaje; iba a decir algo más, pero Morris lo miró amenazadoramente.

Eran las tres y cuarto de la madrugada. Morris le dijo al chofer que lo llevara a Caseros y Entre Ríos.

En el hospital había otro centinela. Pasó dos o tres veces frente a la puerta, sin atreverse a entrar. Se resolvió a probar la suerte; mostró el anillo. El centinela no lo detuvo.

La enfermera apareció al final de la tarde siguiente. Le dijo:

—La impresión que le causaste al señor de la iglesia no es favorable. Tuvo que aprobar tu disimulo: su eterna prédica a los miembros del convivio. Pero tu falta de confianza en su persona, lo ofendió.

Dudaba de que el señor se interesara verdaderamente en favor de Morris.

La situación había empeorado. Las esperanzas de hacerlo pasar por extranjero habían desaparecido, su vida estaba en inmediato peligro.

Escribió una minuciosa relación de los hechos y me la envió. Después quiso justificarse: dijo que la preocupación de la mujer lo molestaba. Tal vez él mismo empezaba a preocuparse.

Idibal visitó de nuevo al señor; consiguió, como un favor hacia ella —«no hacia el desagradable espía»— la promesa de que «las mejores influencias intervendrían activamente en el asunto». El plan era que obligaran a Morris a intentar una reproducción realista del hecho; vale decir: que le

dieran un aeroplano y le permitieran reproducir la prueba que, según él, había cumplido el día del accidente.

Las mejores influencias prevalecieron, pero el avión de la prueba sería de dos plazas. Esto significaba una dificultad para la segunda parte del plan: la fuga de Morris al Uruguay. Morris dijo que él sabría disponer del acompañante. Las influencias insistieron en que el aeroplano fuera un monoplano idéntico al del accidente.

Idibal, después de una semana en que lo abrumó con esperanzas y ansiedades, llegó radiante y declaró que todo se había conseguido. La fecha de la prueba se había fijado para el viernes próximo (faltaban cinco días). Volaría solo.

La mujer lo miró ansiosamente y le dijo:

—Te espero en la Colonia. En cuanto «despegues», enfilás al Uruguay. ¿Lo prometés?

Lo prometió. Se dio vuelta en la cama y simuló dormir. Comentó: «Me parecía que me llevaba de la mano al casamiento y eso me daba rabia.» Ignoraba que se despedían.

Como estaba restablecido, a la mañana siguiente lo llevaron al cuartel.

—Esos días fueron bravos —comentó—. Los pasé en una pieza de dos por dos, mateando y truqueando de lo lindo con los centinelas.

—Si vos no jugás al truco —le dije.

Fue una brusca inspiración. Naturalmente, yo no sabía si jugaba o no.

—Bueno: poné cualquier juego de naipes —respondió sin inquietarse.

Yo estaba asombrado. Había creído que la casualidad, o las circunstancias, habían hecho de Morris un arquetipo; jamás creí que fuera un artista del color local. Continuó:

—Me creerás un infeliz, pero yo me pasaba las horas pensando en la mujer. Estaba tan loco que llegué a creer

que la había olvidado…

Lo interpreté:

—¿Tratabas de imaginar su cara y no podías?

—¿Cómo adivinaste? —no aguardó mi contestación. Continuó el relato:

Una mañana lluviosa lo sacaron en un pretérito doble-faetón. En El Palomar lo esperaba una solemne comitiva de militares y de funcionarios. «Parecía un duelo —dijo Morris—, un duelo o una ejecución.» Dos o tres mecánicos abrieron el hangar y empujaron hacia afuera un Dewotine de caza, «un serio competidor del doble-faetón, créeme».

Lo puso en marcha; vio que no había nafta para diez minutos de vuelo; llegar al Uruguay era imposible. Tuvo un momento de tristeza; melancólicamente se dijo que tal vez fuera mejor morir que vivir como un esclavo. Había fracasado la estratagema; salir a volar era inútil; tuvo ganas de llamar a esa gente y decirles: «Señores, esto se acabó.» Por apatía dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Decidió ejecutar otra vez su nuevo esquema de prueba.

Corrió unos quinientos metros y despegó. Cumplió regularmente la primera parte del ejercicio, pero al emprender las operaciones nuevas volvió a sentirse mareado, a perder el conocimiento, a oírse una avergonzada queja por estar perdiendo el conocimiento. Sobre el campo de aterrizaje, logró enderezar el aeroplano.

Cuando volvió en sí estaba dolorosamente acostado en una cama blanca, en un cuarto alto, de paredes blancuzcas y desnudas. Comprendió que estaba herido, que estaba detenido, que estaba en el Hospital Militar. Se preguntó si todo no era una alucinación.

Completé su pensamiento:

—Una alucinación que tenías en el instante de despertar.

Supo que la caída ocurrió el 31 de agosto. Perdió la noción del tiempo. Pasaron tres o cuatro días. Se alegró de

que Idibal estuviera en la Colonia; este nuevo accidente lo avergonzaba; además, la mujer le reprocharía no haber planeado hasta el Uruguay.

Reflexionó: «Cuando se entere del accidente, volverá. Habrá que esperar dos o tres días.»

Lo atendía una nueva enfermera. Pasaban las tardes tomados de la mano.

Idibal no volvía. Morris empezó a inquietarse. Una noche tuvo gran ansiedad. «Me creerás loco —me dijo—. Estaba con ganas de verla. Pensé que había vuelto, que sabía la historia de la otra enfermera y que por eso no quería verme».

Le pidió a un practicante que llamara a Idibal. El hombre no volvía. Mucho después (pero esa misma noche; a Morris le parecía increíble que una noche durara tanto) volvió; el jefe le había dicho que en el hospital no trabajaba ninguna persona de ese nombre. Morris le ordenó que averiguara cuándo había dejado el empleo. El practicante volvió a la madrugada y le dijo que el jefe de personal ya se había retirado.

Soñaba con Idibal. De día la imaginaba. Empezó a soñar que no podía encontrarla. Finalmente, no podía imaginarla, ni soñar con ella.

Le dijeron que ninguna persona llamada Idibal «trabajaba ni había trabajado en el establecimiento».

La nueva enfermera le aconsejó que leyera. Le trajeron los diarios. Ni la sección «Al margen de los deportes y el turf» le interesaba. «Me dio la loca y pedí los libros que me mandaste.» Le respondieron que nadie le había mandado libros.

(Estuve a punto de cometer una imprudencia; de reconocer que yo no le había mandado nada.)

Pensó que se había descubierto el plan de la fuga y la participación de Idibal; por eso Idibal no aparecía. Se miró

las manos: el anillo no estaba. Lo pidió. Le dijeron que era tarde, que la intendenta se había retirado. Pasó una noche atroz y vastísima, pensando que nunca le traerían el anillo…

—Pensando —agregué— que si no te devolvían el anillo no quedaría ningún rastro de Idibal.

—No pensé en eso —afirmó honestamente—. Pero pasé la noche como un desequilibrado. Al otro día me trajeron el anillo.

—¿Lo tenés? —le pregunté con una incredulidad que me asombró a mí mismo.

—Sí —respondió—. En lugar seguro.

Abrió un cajón lateral del escritorio y sacó un anillo. La piedra del anillo tenía una vívida transparencia; no brillaba mucho. En el fondo había un altorrelieve en colores: un busto humano, femenino, con cabeza de caballo; sospeché que se trataba de la efigie de alguna divinidad antigua. Aunque no soy un experto en la materia, me atrevo a afirmar que ese anillo era una pieza de valor.

Una mañana entraron en su cuarto unos oficiales con un soldado que traía una mesa. El soldado dejó la mesa y se fue. Volvió con una máquina de escribir; la colocó sobre la mesa, acercó una silla y se sentó frente a la máquina. Empezó a escribir. Un oficial dictó: «Nombre: Ireneo Morris; nacionalidad: argentina; regimiento: tercero; escuadrilla: novena; base: El Palomar.»

Le pareció natural que pasaran por alto esas formalidades, que no le preguntaran el nombre; esta era una segunda declaración; «sin embargo —me dijo— se notaba algún progreso»; ahora aceptaban que fuera argentino, que perteneciera a su regimiento, a su escuadrilla, al Palomar. La cordura duró poco. Le preguntaron cuál fue su paradero desde el 23 de junio (fecha de la primera prueba); dónde había dejado el Breguet 304 («El número no era 304 —aclaró Morris—. Era 309»; este error inútil lo asombró); de

dónde sacó ese viejo Dewotine… Cuando dijo que el Breguet estaría por ahí cerca, ya que la caída del 23 ocurrió en El Palomar, y que sabrían de dónde salía el Dewotine, ya que ellos mismos se lo habían dado para reproducir la prueba del 23, simularon no creerle.

Pero ya no simulaban que era un desconocido, ni que era un espía. Lo acusaban de haber estado en otro país desde el 23 de junio; lo acusaban —comprendió con renovado furor— de haber vendido a otro país un arma secreta. La indescifrable conjuración continuaba, pero los acusadores habían cambiado el plan de ataque.

Gesticulante y cordial, apareció el teniente Viera. Morris lo insultó. Viera simuló una gran sorpresa; finalmente, declaró que tendrían que batirse.

—Pensé que la situación había mejorado —dijo—. Los traidores volvían a poner cara de amigos.

Lo visitó el general Huet. El mismo Kramer lo visitó. Morris estaba distraído y no tuvo tiempo de reaccionar. Kramer le gritó: «No creo una palabra de las acusaciones, hermano.» Se abrazaron, efusivos. Algún día —pensó Morris— aclararía el asunto. Le pidió a Kramer que me viera.

Me atreví a preguntar.

—Decime una cosa, Morris, ¿te acordás qué libros te mandé?

—El título no lo recuerdo —sentenció gravemente—. En tu nota está consignado.

Yo no le había escrito ninguna nota.

Lo ayudé a caminar hasta el dormitorio. Sacó del cajón de la mesa de luz una hoja de papel de carta (de un papel de carta que no reconocí). Me la entregó:

La letra parecía una mala imitación de la mía; mis T y E mayúsculas remedan las de imprenta; estas eran «inglesas». Leí:

Acuso recibo de su atenta del 16, que me ha llegado con algún retraso, debido, sin duda, a un sugerente error en la dirección. Yo no vivo en el pasaje «Owen» sino en la calle Miranda, en el barrio Nazca. Le aseguro que he leído su relación con mucho interés. Por ahora no puedo visitarlo; estoy enfermo; pero me cuidan solícitas manos femeninas y dentro de poco me repondré; entonces tendré el gusto de verlo.

Le envío, como símbolo de comprensión, estos libros de Blanqui, y le recomiendo leer, en el tomo tercero, el poema que empieza en la página 281.

Me despedí de Morris. Le prometí volver la semana siguiente. El asunto me interesaba y me dejaba perplejo. No dudaba de la buena fe de Morris; pero yo no le había escrito esa carta; yo nunca le había mandado libros; yo no conocía las obras de Blanqui.

Sobre «mi carta» debo hacer algunas observaciones: 1) su autor no tutea a Morris felizmente, Morris es poco diestro en asuntos de letras: no advirtió el «cambio» de tratamiento y no se ofendió conmigo: yo siempre lo he tuteado; 2) juro que soy inocente de la frase «Acuso recibo de su atenta»; 3) en cuanto a escribir Owen entre comillas, me asombra y lo propongo a la atención del lector.

Mi ignorancia de las obras de Blanqui se debe, quizá, al plan de lectura. Desde muy joven he comprendido que para no dejarse arrasar por la inconsiderada producción de libros y para conseguir, siquiera en apariencia, una cultura enciclopédica, era imprescindible un plan de lecturas. Este plan jalona mi vida: una época estuvo ocupada por la filosofía, otra por la literatura francesa, otra por las ciencias naturales, otra por la antigua literatura celta y en especial la del país de Kimris (debido a la influencia del padre de

Morris). La medicina se ha intercalado en este plan, sin interrumpirlo nunca.

Pocos días antes de la visita del teniente Kramer a mi consultorio, yo había concluido con las ciencias ocultas. Había explorado las obras de Papus, de Richet de Lhomond, de Stanislas de Guaita, de Labougle, del obispo de la Rocheia, de Lodge, de Hogden, de Alberto *el Grande*. Me interesaban especialmente los conjuros, las apariciones y las desapariciones; con relación a estas últimas recordaré siempre el caso de Sir Daniel Sludge Home, quien, a instancias de la Society for Psychical Research, de Londres, y ante una concurrencia compuesta exclusivamente de *baronets*, intentó unos pases que se emplean para provocar la desaparición de fantasmas y murió en el acto. En cuanto a esos nuevos Elías, que habrían desaparecido sin dejar rastros ni cadáveres, me permito dudar.

El «misterio» de la carta me incitó a leer las obras de Blanqui (autor que yo ignoraba). Lo encontré en la enciclopedia, y comprobé que había escrito sobre temas políticos. Esto me complació: inmediatas a las ciencias ocultas se hallan la política y la sociología. Mi plan observa tales transiciones para evitar que el espíritu se adormezca en largas tendencias.

Una madrugada, en la calle Corrientes, en una librería apenas atendida por un viejo borroso, encontré un polvoriento atado de libros encuadernados en cuero pardo, con títulos y filetes dorados: las obras completas de Blanqui. Lo compré por quince pesos.

En la página 281 de mi edición no hay ninguna poesía. Aunque no he leído íntegramente la obra, creo que el escrito aludido es «L’Éternité par les Astres» un poema en prosa; en mi edición comienza en la página 307, del segundo tomo.

En ese poema o ensayo encontré la explicación de la aventura de Morris.

Fui a Nazca; hablé con los comerciantes del barrio; en las dos cuadras que agotan la calle Miranda no vive ninguna persona de mi nombre.

Fui a Márquez; no hay número 6890; no hay iglesias; había —esa tarde— una poética luz, con el pasto de los potreros muy verde, muy claro y con los árboles lilas y transparentes. Además la calle no está cerca de los talleres del F. C. O. Está cerca del puente de la Noria.

Fui a los talleres del F. C. O. Tuve dificultades para rodearlos por Juan B. Justo y Gaona. Pregunté cómo salir del otro lado de los talleres. «Siga por Rivadavia —me dijeron— hasta Cuzco. Después cruce las vías.» Como era previsible, allí no existe ninguna calle Márquez; la calle que Morris denomina Márquez debe ser Bynnon. Es verdad que ni en el número 6890 —ni en el resto de la calle— hay iglesias. Muy cerca, por Cuzco, está San Cayetano; el hecho no tiene importancia: San Cayetano no es la iglesia del relato. La inexistencia de iglesias en la misma calle Bynnon, no invalida mi hipótesis de que esa calle es la mencionada por Morris… Pero esto se verá después.

Hallé también las torres que mi amigo creyó ver en un lugar despejado y solitario: son el pórtico del Club Atlético Vélez Sársfield, en Fragueiro y Barragán.

No tuve que visitar especialmente el pasaje Owen: vivo en él. Cuando Morris se encontró perdido, sospecho que estaba frente a las casas lúgubremente iguales del barrio obrero Monseñor Espinosa, con los pies enterrados en el barro blanco de la calle Perdriel.

Volví a visitar a Morris. Le pregunté si no recordaba haber pasado por una calle Hamílcar, o Haníbal, en su memorable recorrida nocturna. Afirmó que no conocía calles de esos nombres. Le pregunté si en la iglesia que él visitó había algún símbolo junto a la cruz. Se quedó en silencio,

mirándome. Creía que yo no le hablaba en serio. Finalmente, me preguntó:

—¿Cómo querés que uno se fije en esas cosas?

Le di la razón.

—Sin embargo, sería importante… —insistí—. Tratá de hacer memoria. Tratá de recordar si junto a la cruz no había alguna figura.

—Tal vez —murmuró—, tal vez un…

—¿Un trapecio? —insinué.

—Sí, un trapecio —dijo sin convicción.

—¿Simple o cruzado por una línea?

—Verdad —exclamó—. ¿Cómo sabés? ¿Estuviste en la calle Márquez? Al principio no me acordaba nada… De pronto he visto el conjunto: la cruz y el trapecio; un trapecio cruzado por una línea con puntas dobladas.

Hablaba animadamente.

—¿Y te fijaste en alguna estatua de santos?

—Viejo —exclamó con reprimida impaciencia—. No me habías pedido que levantara el inventario.

Le dije que no se enojara. Cuando se calmó, le pedí que me mostrase el anillo y que me repitiese el nombre de la enfermera.

Volví a casa, feliz. Oí ruidos en el cuarto de mi sobrina; pensé que estaría ordenando sus cosas. Procuré que no descubriera mi presencia; no quería que me interrumpieran. Tomé el libro de Blanqui, me lo puse debajo del brazo y salí a la calle.

Me senté en un banco del parque Pereyra. Una vez más leí este párrafo:

> *Habrá infinitos mundos idénticos, infinitos mundos ligeramente variados, infinitos mundos diferentes. Lo que ahora escribo en este calabozo del fuerte del Toro, lo he escrito y lo escribiré durante la eternidad, en*

una mesa, en un papel, en un calabozo, enteramente parecidos. En infinitos mundos mi situación será la misma, pero tal vez la causa de mi encierro gradualmente pierda su nobleza, hasta ser sórdida, y quizá mis líneas tengan, en otros mundos, la innegable superioridad de un adjetivo feliz.

El 23 de junio Morris cayó con su Breguet en el Buenos Aires de un mundo casi igual a este. El período confuso que siguió al accidente le impidió notar las primeras diferencias; para notar las otras se hubieran requerido una perspicacia y una educación que Morris no poseía.

Remontó vuelo una mañana gris y lluviosa; cayó en un día radiante. El moscardón, en el hospital, sugiere el verano; el «calor tremendo» que lo abrumó durante los interrogatorios, lo confirma.

Morris da en su relato algunas características diferenciales del mundo que visitó. Allí, por ejemplo, falta el País de Gales: las calles con nombre galés no existen en ese Buenos Aires: Bynnon se convierte en Márquez, y Morris, por laberintos de la noche y de su propia ofuscación, busca en vano el pasaje Owen… Yo, y Viera, y Kramer, y Margaride, y Faverio, existimos allí porque nuestro origen no es galés; el general Huet y el mismo Ireneo Morris, ambos de ascendencia galesa, no existen (él penetró por accidente). El Carlos Alberto Servian de allá, en su carta, escribe entre comillas la palabra «Owen», porque le parece extraña; por la misma razón, los oficiales rieron cuando Morris declaró su nombre.

Porque no existieron allí los Morris, en Bolívar 971 sigue viviendo el inamovible Grimaldi.

La relación de Morris revela, también, que en ese mundo Cartago no desapareció. Cuando comprendí esto hice mis tontas preguntas sobre las calles Haníbal y Hamílcar.

Alguien preguntará cómo, si no desapareció Cartago, existe el idioma español. ¿Recordaré que entre la victoria y la aniquilación puede haber grados intermedios?

El anillo es una doble prueba que tengo en mi poder. Es una prueba de que Morris estuvo en otro mundo: ningún experto, de los muchos que he consultado, reconoció la piedra. Es una prueba de la existencia (en ese otro mundo) de Cartago: el caballo es un símbolo cartaginés. ¿Quién no ha visto anillos iguales en el museo de Lavigerie?

Además —Idibal, o Iddibal— el nombre de la enfermera, es cartaginés; la fuente con peces rituales y el trapecio cruzado son cartagineses; por último —*horresco referens*— están los convivios o *circuli*, de memoria tan cartaginesa y funesta como el insaciable Moloch…

Pero volvamos a la especulación tranquila. Me pregunto si yo compré las obras de Blanqui porque estaban citadas en la carta que me mostró Morris o porque las historias de estos dos mundos son paralelas. Como allí los Morris no existen, las leyendas celtas no ocuparon parte del plan de lecturas; el otro Carlos Alberto Servian pudo adelantarse; pudo llegar antes que yo a las obras políticas.

Estoy orgulloso de él: con los pocos datos que tenía, aclaró la misteriosa aparición de Morris; para que Morris también la comprendiera, le recomendó «L’Éternité par les Astres». Me asombra, sin embargo, su jactancia de vivir en el bochornoso barrio Nazca y de ignorar el pasaje Owen.

Morris fue a ese otro mundo y regresó. No apeló a mi bala con resorte ni a los demás vehículos que se han ideado para surcar la increíble astronomía. ¿Cómo cumplió sus viajes? Abrí el diccionario de Kent; en la palabra *pase*, leí: «Complicadas series de movimientos que se hacen con las manos, por las cuales se provocan apariciones y desapariciones.» Pensé que las manos tal vez no fueran

indispensables; que los movimientos podrían hacerse con otros objetos; por ejemplo, con aviones.

Mi teoría es que el «nuevo esquema de prueba» coincide con algún pase (las dos veces que lo intenta, Morris se desmaya, y cambia de mundo).

Allí supusieron que era un espía venido de un país limítrofe: aquí explican su ausencia, imputándole una fuga al extranjero, con propósitos de vender un arma secreta. Él no entiende nada y se cree víctima de un complot inicuo.

Cuando volví a casa encontré sobre el escritorio una nota de mi sobrina. Me comunicaba que se había fugado con ese traidor arrepentido, el teniente Kramer. Añadía esta crueldad: «Tengo el consuelo de saber que no sufrirás mucho, ya que nunca te interesaste en mí.» La última línea estaba escrita con evidente saña; decía: «Kramer se interesa en mí; soy feliz.»

Tuve un gran abatimiento, no atendí a los enfermos y por más de veinte días no salí a la calle. Pensé con alguna envidia en ese yo astral, encerrado, como yo, en su casa, pero atendido por «solicitas manos femeninas». Creo conocer su intimidad; creo conocer esas manos.

Lo visité a Morris. Traté de hablarle de mi sobrina (apenas me contengo de hablar, incesantemente, de mi sobrina). Me preguntó si era una muchacha maternal. Le dije que no. Le oí hablar de la enfermera.

No es la posibilidad de encontrarme con una nueva versión de mí mismo lo que me incitaría a viajar hasta ese otro Buenos Aires. La idea de reproducirme, según la imagen de mi ex libris, o de conocerme, según su lema, no me ilusiona. Me ilusiona, tal vez, la idea de aprovechar una experiencia que el otro Servian, en su dicha, no ha adquirido.

Pero estos son problemas personales. En cambio la situación de Morris me preocupa. Aquí todos lo conocen y

han querido ser considerados con él; pero como tiene un modo de negar verdaderamente monótono y su falta de confianza exaspera a los jefes, la degradación, si no la descarga del fusilamiento, es su porvenir.

Si le hubiera pedido el anillo que le dio la enfermera, me lo habría negado. Refractario a las ideas generales, jamás hubiera entendido el derecho de la humanidad sobre ese testimonio de la existencia de otros mundos. Debo reconocer, además, que Morris tenía un insensato apego por ese anillo. Tal vez mi acción repugne a los sentimientos del *gentleman* (alias, infalible, del *cambrioleur*); la conciencia del humanista la aprueba. Finalmente, me es grato señalar un resultado inesperado: desde la pérdida del anillo, Morris está más dispuesto a escuchar mis planes de evasión.

Nosotros, los armenios, estamos unidos. Dentro de la sociedad formamos un núcleo indestructible. Tengo buenas amistades en el ejército. Morris podrá intentar una reproducción de su accidente. Yo me atreveré a acompañarlo.

C. A. S.

El relato de Carlos Alberto Servian me pareció inverosímil. No ignoro la antigua leyenda del carro de Morgan; el pasajero dice dónde quiere ir, y el carro lo lleva, pero es una leyenda. Admitamos que, por casualidad, el capitán Ireneo Morris haya caído en otro mundo; que vuelva a caer en este sería un exceso de casualidad.

Desde el principio tuve esa opinión. Los hechos la confirmaron.

Un grupo de amigos proyectamos y postergamos, año tras año, un viaje a la frontera del Uruguay con el Brasil. Este año no pudimos evitarlo, y partimos.

El 3 de abril almorzábamos en un almacén en medio del campo; después visitaríamos una «fazenda» interesantísima.

Seguido de una polvareda, llegó un interminable Packard; una especie de *jockey* bajó. Era el capitán Morris.

Pagó el almuerzo de sus compatriotas y bebió con ellos. Supe después que era secretario, o sirviente, de un contrabandista.

No acompañé a mis amigos a visitar la «fazenda». Morris me contó sus aventuras: tiroteos con la policía; estratagemas para tentar a la justicia y perder a los rivales; cruce de ríos prendido a la cola de los caballos; borracheras y mujeres… Sin duda exageró su astucia y su valor. No podré exagerar su monotonía.

De pronto, como en un vahído, creí entrever un descubrimiento. Empecé a investigar; investigué con Morris; investigué con otros, cuando Morris se fue.

Recogí pruebas de que Morris llegó a mediados de junio del año pasado, y de que *muchas veces fue visto en la región, entre principios de septiembre y fines de diciembre*. El 8 de septiembre intervino en unas carreras cuadreras, en Yaguarao; después pasó varios días en cama, a consecuencia de una caída del caballo.

Sin embargo, en esos días de septiembre, el capitán Morris estaba internado y detenido en el Hospital Militar, de Buenos Aires: las autoridades militares, compañeros de armas, sus amigos de infancia, el doctor Servian y el ahora capitán Kramer, el general Huet, viejo amigo de su casa, lo atestiguan.

La explicación es evidente:

En varios mundos casi iguales, varios capitanes Morris salieron un día (aquí el 23 de junio) a probar aeroplanos. Nuestro Morris se fugó al Uruguay o al Brasil. Otro, que salió de otro Buenos Aires, hizo unos «pases» con su aeroplano y se encontró en el Buenos Aires de otro mundo (donde no

existía Gales y donde existía Cartago; donde espera Idibal). Ese Ireneo Morris subió después en el Dewotine, volvió a hacer los «pases», y cayó en este Buenos Aires. Como era idéntico al otro Morris, hasta sus compañeros lo confundieron. Pero no era el mismo. El nuestro (el que está en el Brasil) remontó vuelo, el 23 de junio, con el Breguet 304; el otro sabía perfectamente que había probado el Breguet 309. Después, con el doctor Servian de acompañante, intenta los pases de nuevo y desaparece. Quizá lleguen a otro mundo; es menos probable que encuentren a la sobrina de Servian y a la cartaginesa.

Alegar a Blanqui, para encarecer la teoría de la pluralidad de los mundos, fue, tal vez, un mérito de Servian; yo, más limitado, hubiera propuesto la autoridad de un clásico; por ejemplo: «según Demócrito, hay una infinidad de mundos, entre los cuales algunos son, no tan sólo parecidos, sino perfectamente iguales» (Cicerón, *Primeras Académicas*, II, XVII); o: «Henos aquí, en Bauli, cerca de Pezzuoli, ¿piensas tú que ahora, en un número infinito de lugares exactamente iguales, habrá reuniones de personas con nuestros mismos nombres, revestidas de los mismos honores, que hayan pasado por las mismas circunstancias, y en ingenio, en edad, en aspecto, idénticas a nosotros, discutiendo este mismo tema?» [*id., id.*, II, XL].

Finalmente, para lectores acostumbrados a la antigua noción de mundos planetarios y esféricos, los viajes entre Buenos Aires de distintos mundos parecerán increíbles. Se preguntarán por qué los viajeros llegan siempre a Buenos Aires y no a otras regiones, a los mares o a los desiertos. La única respuesta que puedo ofrecer a una cuestión tan ajena a mi incumbencia, es que tal vez estos mundos sean como haces de espacios y de tiempos paralelos.

La lotería

Shirley Jackson

(1948)

La mañana del 27 de junio amaneció clara y soleada con el calor lozano de un día de pleno estío; las plantas mostraban profusión de flores y la hierba tenía un verdor intenso. La gente del pueblo empezó a congregarse en la plaza, entre la oficina de correos y el banco, alrededor de las diez; en algunos pueblos había tanta gente que la lotería duraba dos días y tenía que iniciarse el día 26, pero en aquel pueblecito, donde apenas había trescientas personas, todo el asunto ocupaba apenas un par de horas, de modo que podía iniciarse a las diez de la mañana y dar tiempo todavía a que los vecinos volvieran a sus casas a comer.

Los niños fueron los primeros en acercarse, por supuesto. La escuela acababa de cerrar para las vacaciones de verano y la sensación de libertad producía inquietud en la mayoría de los pequeños; tendían a formar grupos pacíficos durante un rato antes de romper a jugar con su habitual bullicio, y sus conversaciones seguían girando en torno a la clase y los profesores, los libros y las reprimendas. Bobby Martin ya se había llenado los bolsillos de piedras y los demás chicos no tardaron en seguir su ejemplo, seleccionando las piedras más lisas y redondeadas; Bobby, Harry Jones y Dickie Delacroix acumularon finalmente un gran montón de piedras en un rincón de la plaza y lo protegieron de las incursiones de los otros chicos. Las niñas se quedaron aparte, charlando entre ellas y volviendo la cabeza hacia los chicos, mientras los niños más pequeños jugaban con la tierra o se agarraban de la mano de sus hermanos o hermanas mayores.

Pronto empezaron a reunirse los hombres, que se dedicaron a hablar de sembrados y lluvias, de tractores e impuestos, mientras vigilaban a sus hijos. Formaron un grupo, lejos del montón de piedras de la esquina, y se contaron chistes sin alzar la voz, provocando sonrisas más que carcajadas. Las mujeres, con descoloridos vestidos de andar por casa y suéteres finos, llegaron poco después de sus hombres. Se saludaron entre ellas e intercambiaron apresurados chismes mientras acudían a reunirse con sus maridos. Pronto, las mujeres, ya al lado de sus maridos, empezaron a llamar a sus hijos y los pequeños acudieron a regañadientes, después de la cuarta o la quinta llamada. Bobby Martin esquivó, agachándose, la mano de su madre cuando pretendía agarrarlo y volvió corriendo, entre risas, hasta el montón de piedras. Su padre lo llamó entonces con voz severa y Bobby regresó enseguida, ocupando su lugar entre su padre y su hermano mayor. La lotería —igual que los bailes en la plaza, el club juvenil y el programa de la fiesta de Halloween— era dirigida por el señor Summers, que tenía tiempo y energía para dedicarse a las actividades cívicas.

El señor Summers era un hombre jovial, de cara redonda, que llevaba el negocio del carbón, y la gente se compadecía de él porque no había tenido hijos y su mujer era una gruñona. Cuando llegó a la plaza portando la caja negra de madera, se levantó un murmullo entre los vecinos y el señor Summers dijo: «Hoy llego un poco tarde, amigos». El administrador de correos, el señor Graves, venía tras él cargando con un taburete de tres patas, que colocó en el centro de la plaza y sobre el cual instaló la caja negra el señor Summers. Los vecinos se mantuvieron a distancia, dejando un espacio entre ellos y el taburete, y cuando el señor Summers preguntó: «¿Alguno de ustedes quiere echarme una mano?», se produjo un instante de vacilación

hasta que dos de los hombres, el señor Martin y su hijo mayor, Baxter, se acercaron para sostener la caja sobre el taburete mientras él revolvía los papeles del interior.

Los objetos originales para el juego de la lotería se habían perdido hacía mucho tiempo y la caja negra que descansaba ahora sobre el taburete llevaba utilizándose desde antes incluso de que naciera el viejo Warner, el hombre de más edad del pueblo. El señor Summers hablaba con frecuencia a sus vecinos de hacer una caja nueva, pero a nadie le gustaba modificar la tradición que representaba aquella caja negra. Corría la historia de que la caja actual se había realizado con algunas piezas de la caja que la había precedido, la que habían construido las primeras familias cuando se instalaron allí y fundaron el pueblo. Cada año, después de la lotería, el señor Summers empezaba a hablar otra vez de hacer una caja nueva, pero cada año el asunto acababa difuminándose sin que se hiciera nada al respecto. La caja negra estaba cada vez más gastada y ya ni siquiera era completamente negra, sino que le había saltado una gran astilla en uno de los lados, dejando a la vista el color original de la madera, y en algunas partes estaba descolorida o manchada. El señor Martin y su hijo mayor, Baxter, sujetaron con fuerza la caja sobre el taburete hasta que el señor Summers hubo revuelto a conciencia los papeles con sus manos. Dado que la mayor parte del ritual se había eliminado u olvidado, el señor Summers había conseguido que se sustituyeran por hojas de papel las fichas de madera que se habían utilizado durante generaciones.

Según había argumentado el señor Summers, las fichas de madera fueron muy útiles cuando el pueblo era pequeño, pero ahora que la población había superado los tres centenares de vecinos y parecía en trance de seguir creciendo, era necesario utilizar algo que cupiera mejor en la caja negra. La noche antes de la lotería, el señor Summers

y el señor Graves preparaban las hojas de papel y las introducían en la caja, que trasladaban entonces a la caja fuerte de la compañía de carbones del señor Summers para guardarla hasta el momento de llevarla a la plaza, la mañana siguiente. El resto del año, la caja se guardaba a veces en un sitio, a veces en otro; un año había permanecido en el granero del señor Graves y otro año había estado en un rincón de la oficina de correos y, a veces, se guardaba en un estante de la tienda de los Martin y se dejaba allí el resto del año.

Había que atender muchos detalles antes de que el señor Summers declarara abierta la lotería. Por ejemplo, había que confeccionar las listas de cabezas de familia, de cabezas de las casas que constituían cada familia, y de los miembros de cada casa. También debía tomarse el oportuno juramento al señor Summers como encargado de dirigir el sorteo, por parte del administrador de correos. Algunos vecinos recordaban que, en otro tiempo, el director del sorteo hacía una especie de exposición, una salmodia rutinaria y discordante que se venía recitando año tras año, como mandaban los cánones. Había quien creía que el director del sorteo debía limitarse a permanecer en el estrado mientras la recitaba o cantaba, mientras otros opinaban que tenía que mezclarse entre la gente, pero hacía muchos años que esa parte de la ceremonia se había eliminado. También se decía que había existido una salutación ritual que el director del sorteo debía utilizar para dirigirse a cada una de las personas que se acercaban para extraer la papeleta de la caja, pero también esto se había modificado con el tiempo y ahora solo se consideraba necesario que el director dirigiera algunas palabras a cada participante cuando acudía a probar su suerte. El señor Summers tenía mucho talento para todo ello; luciendo su camisa blanca impoluta y sus pantalones tejanos, con una mano apoyada tranquilamente

sobre la caja negra, tenía un aire de gran dignidad e importancia mientras conversaba interminablemente con el señor Graves y los Martin.

En el preciso instante en que el señor Summers terminaba de hablar y se volvía hacia los vecinos congregados, la señora Hutchinson apareció a toda prisa por el camino que conducía a la plaza, con un suéter sobre los hombros, y se añadió al grupo que ocupaba las últimas filas de asistentes.

—Me había olvidado por completo de qué día era —le comentó a la señora Delacroix cuando llegó a su lado, y las dos mujeres se echaron a reír por lo bajo—. Pensaba que mi marido estaba en la parte de atrás de la casa, apilando leña —prosiguió la señora Hutchinson—, y entonces miré por la ventana y vi que los niños habían desaparecido de la vista; entonces recordé que estábamos a veintisiete y vine corriendo.

Se secó las manos en el delantal y la señora Delacroix respondió:

—De todos modos, has llegado a tiempo. Todavía están con los preparativos.

La señora Hutchinson estiró el cuello para observar a la multitud y localizó a su marido y a sus hijos casi en las primeras filas. Se despidió de la señora Delacroix con unas palmaditas en el brazo y empezó a abrirse paso entre la multitud. La gente se apartó con aire festivo para dejarla avanzar; dos o tres de los presentes murmuraron, en voz lo bastante alta como para que les oyera todo el mundo: «Ahí viene tu mujer, Hutchinson», y, «Finalmente se ha presentado, Bill». La señora Hutchinson llegó hasta su marido y el señor Summers, que había estado esperando a que lo hiciera, comentó en tono jovial:

—Pensaba que íbamos a tener que empezar sin ti, Tessie.

—No querrías que dejara los platos sin lavar en el fregadero, ¿verdad, Joe? —respondió la señora Hutchinson con una sonrisa, provocando una ligera carcajada entre los presentes, que volvieron a ocupar sus anteriores posiciones tras la llegada de la mujer.

—Muy bien —anunció sobriamente el señor Summers—, supongo que será mejor empezar de una vez para acabar lo antes posible y volver pronto al trabajo. ¿Falta alguien?

—Dunbar —dijeron varias voces—. Dunbar, Dunbar.

El señor Summers consultó la lista.

—Clyde Dunbar —comentó—. Es cierto. Tiene una pierna rota, ¿no es eso? ¿Quién sacará la papeleta por él?

—Yo, supongo —respondió una mujer, y el señor Summers se volvió hacia ella.

—La esposa saca la papeleta por el marido —anunció el señor Summers, y añadió—: ¿No tienes ningún hijo mayor que lo haga por ti, Janey?

Aunque el señor Summers y todo el resto del pueblo conocían perfectamente la respuesta, era obligación del director del sorteo formular tales preguntas oficialmente. El señor Summers aguardó con expresión atenta la contestación de la señora Dunbar.

—Horace no ha cumplido aún los dieciséis —explicó la mujer con tristeza—. Me parece que este año tendré que participar yo por mi esposo.

—De acuerdo —asintió el señor Summers. Efectuó una anotación en la lista que sostenía en las manos y luego preguntó—: ¿El chico de los Watson sacará papeleta este año?

Un muchacho de elevada estatura alzó la mano entre la multitud.

—Aquí estoy —dijo—. Voy a jugar por mi madre y por mí.

El chico parpadeó, nervioso, y escondió la cara mientras varias voces de la muchedumbre comentaban en voz alta:

«Buen chico, Jack», y, «Me alegro de ver que tu madre ya tiene un hombre que se ocupe de hacerlo».

—Bien —dijo el señor Summers—, creo que ya estamos todos. ¿Ha venido el viejo Warner?

—Aquí estoy —dijo una voz, y el señor Summers asintió.

Un súbito silencio cayó sobre los reunidos mientras el señor Summers carraspeaba y contemplaba la lista.

—¿Todos preparados? —preguntó—. Bien, voy a leer los nombres (los cabezas de familia, primero) y los hombres se adelantarán para sacar una papeleta de la caja. Guarden la papeleta cerrada en la mano, sin mirarla, hasta que todo el mundo tenga la suya. ¿Está claro?

Los presentes habían asistido tantas veces al sorteo que apenas prestaron atención a las instrucciones; la mayoría de ellos permaneció tranquila y en silencio, humedeciéndose los labios y sin desviar la mirada del señor Summers. Por fin, este alzó una mano y dijo, «Adams». Un hombre se adelantó a la multitud. «Hola, Steve», le saludó el señor Summers. «Hola, Joe», le respondió el señor Adams. Los dos hombres intercambiaron una sonrisa nerviosa y seca; a continuación, el señor Adams introdujo la mano en la caja negra y sacó un papel doblado. Lo sostuvo con firmeza por una esquina, dio media vuelta y volvió a ocupar rápidamente su lugar entre la multitud, donde permaneció ligeramente apartado de su familia, sin bajar la vista a la mano donde tenía la papeleta.

—Allen —llamó el señor Summers—. Anderson… Bentham.

—Ya parece que no pasa el tiempo entre una lotería y la siguiente —comentó la señora Delacroix a la señora Graves en las filas traseras—. Me da la impresión de que la última fue apenas la semana pasada.

—Desde luego, el tiempo pasa volando —asintió la señora Graves.

—Clark… Delacroix…

—Allá va mi marido —comentó la señora Delacroix, conteniendo la respiración mientras su esposo avanzaba hacia la caja.

—Dunbar —llamó el señor Summers, y la señora Dunbar se acercó con paso firme mientras una de las mujeres exclamaba: «Animo, Janey», y otra decía: «Allá va».

—Ahora nos toca a nosotros —anunció la señora Graves y observó a su marido cuando este rodeó la caja negra, saludó al señor Summers con aire grave y escogió una papeleta de la caja. A aquellas alturas, entre los reunidos había numerosos hombres que sostenían entre sus manazas pequeñas hojas de papel, haciéndolas girar una y otra vez con gesto nervioso. La señora Dunbar y sus dos hijos estaban muy juntos; la mujer sostenía la papeleta.

—Harburt… Hutchinson…

—Vamos allá, Bill —dijo la señora Hutchinson, y los presentes cercanos a ella soltaron una carcajada.

—Jones…

—Dicen que en el pueblo de arriba están hablando de suprimir la lotería —comentó el señor Adams al viejo Warner. Este soltó un bufido y replicó:

—Hatajo de estúpidos. Si escuchas a los jóvenes, nada les parece suficiente. A este paso, dentro de poco querrán que volvamos a vivir en cavernas, que nadie trabaje más y que vivamos de ese modo. Antes teníamos un refrán que decía: «La lotería en verano, antes de recoger el grano». A este paso, pronto tendremos que alimentarnos de bellotas y frutos del bosque. La lotería ha existido siempre —añadió, irritado—. Ya es suficientemente terrible tener que ver al joven Joe Summers ahí arriba, bromeando con todo el mundo.

—En algunos lugares ha dejado de celebrarse la lotería —apuntó la señora Adams.

—Eso no traerá más que problemas —insistió el viejo Warner, testarudo—. Hatajo de jóvenes estúpidos.

—Martin… —Bobby Martin vio avanzar a su padre—. Overdyke… Percy…

—Ojalá se den prisa —murmuró la señora Dunbar a su hijo mayor—. Ojalá acaben pronto.

—Ya casi han terminado —dijo el muchacho.

—Prepárate para ir corriendo a informar a tu padre —le indicó su madre.

El señor Summers pronunció su propio apellido, dio un paso medido hacia adelante y escogió una papeleta de la caja. Luego, llamó a Warner.

—Llevo sesenta y siete años asistiendo a la lotería —proclamó el señor Warner mientras se abría paso entre la multitud—. Setenta y siete loterías.

—Watson… —el muchacho alto se adelantó con andares desgarbados. Una voz exhortó: «No te pongas nervioso, muchacho», y el señor Summers añadió: «Tómate el tiempo necesario, hijo». Después, cantó el último nombre.

—Zanini…

Tras esto se produjo una larga pausa, una espera cargada de nerviosismo hasta que el señor Summers, sosteniendo en alto su papeleta, murmuró:

—Muy bien, amigos.

Durante unos instantes, nadie se movió; a continuación, todos los cabezas de familia abrieron a la vez la papeleta. De pronto, todas las mujeres se pusieron a hablar a la vez:

—¿Quién es? ¿A quién le ha tocado? ¿A los Dunbar? ¿A los Watson?

Al cabo de unos momentos, las voces empezaron a decir:

—Es Hutchinson. Le ha tocado a Bill Hutchinson.

—Ve a decírselo a tu padre —ordenó la señora Dunbar a su hijo mayor.

Los presentes empezaron a buscar a Hutchinson con la mirada. Bill Hutchinson estaba inmóvil y callado, contemplando el papel que tenía en la mano. De pronto, Tessie Hutchinson le gritó al señor Summers:

—¡No le has dado tiempo a escoger qué papeleta quería! Te he visto, Joe Summers. ¡No es justo!

—Tienes que aceptar la suerte, Tessie —le replicó la señora Delacroix, y la señora Graves añadió:

—Todos hemos tenido las mismas oportunidades.

—¡Vamos, Tessie, cierra el pico! —intervino Bill Hutchinson.

—Bueno —anunció, acto seguido, el señor Summers—. Hasta aquí hemos ido bastante deprisa y ahora deberemos apresurarnos un poco más para terminar a tiempo.

Consultó su siguiente lista y añadió:

—Bill, tú has sacado la papeleta por la familia Hutchinson. ¿Tienes alguna casa más que pertenezca a ella?

—Están Don y Eva —exclamó la señora Hutchinson con un chillido—. ¡Ellos también deberían participar!

—Las hijas casadas entran en el sorteo con las familias de sus maridos, Tessie —replicó el señor Summers con suavidad—. Lo sabes perfectamente, como todos los demás.

—No ha sido justo —insistió Tessie.

—Me temo que no —respondió con voz abatida Bill Hutchinson a la anterior pregunta del director del sorteo—. Mi hija juega con la familia de su esposo, como está establecido. Y no tengo más familia que mis hijos pequeños.

—Entonces, por lo que respecta a la elección de la familia, ha correspondido a la tuya —declaró el señor Summers a modo de explicación—. Y, por lo que respecta a la casa, también corresponde a la tuya, ¿no es eso?

—Sí —respondió Bill Hutchinson.

—¿Cuántos chicos tienes, Bill? —preguntó oficialmente el señor Summers.

—Tres —declaró Bill Hutchinson—. Está mi hijo, Bill, y Nancy y el pequeño Dave. Además de Tessie y de mí, claro.

—Muy bien, pues —asintió el señor Summers—. ¿Has recogido sus papeletas, Harry?

El señor Graves asintió y mostró en alto las hojas de papel.

—Entonces, ponlas en la caja —le indicó el señor Summers—. Coge la de Bill y colócala dentro.

—Creo que deberíamos empezar otra vez —comentó la señora Hutchinson con toda la calma posible—. Les digo que no es justo. Bill no ha tenido tiempo para escoger qué papeleta quería. Todos lo han visto.

El señor Graves había seleccionado cinco papeletas y las había puesto en la caja. Salvo estas, dejó caer todas las demás al suelo, donde la brisa las impulsó, esparciéndolas por la plaza.

—¡Escúchenme todos! —seguía diciendo la señora Hutchinson a los vecinos que la rodeaban.

—¿Preparado, Bill? —inquirió el señor Summers, y Bill Hutchinson asintió, después de dirigir una breve mirada a su esposa e hijos.

—Recuerden —continuó el director del sorteo—: Saquen una papeleta y guárdenla sin abrir hasta que todos tengan la suya. Harry, tú ayudarás al pequeño Dave.

El señor Graves tomó de la manita al niño, que se acercó a la caja con él sin ofrecer resistencia.

—Saca un papel de la caja, Davy —le dijo el señor Summers. Davy introdujo la mano donde le decían y soltó una risita—. Saca solo un papel —insistió el señor Summers—. Harry, ocúpate tú de guardarlo.

El señor Graves tomó la mano del niño y le quitó el papel de su puño cerrado; después lo sostuvo en alto mientras el pequeño Dave se quedaba a su lado, mirándolo con aire de desconcierto.

—Ahora, Nancy —anunció el señor Summers. Nancy tenía doce años y a sus compañeros de la escuela se les aceleró la respiración mientras se adelantaba, agarrándose la falda, y extraía una papeleta con gesto delicado—. Bill, hijo —dijo el señor Summers, y Billy, con su rostro sonrojado y sus pies enormes, estuvo a punto de volcar la caja cuando sacó su papeleta—. Tessie…

La señora Hutchinson titubeó durante unos segundos, mirando a su alrededor con aire desafiante y luego apretó los labios y avanzó hasta la caja. Extrajo una papeleta y la sostuvo a su espalda.

—Bill… —dijo por último el señor Summers, y Bill Hutchinson metió la mano en la caja y tanteó el fondo antes de sacarla con el último de los papeles.

Los espectadores habían quedado en silencio.

—Espero que no sea Nancy —cuchicheó una chica, y el sonido del susurro llegó hasta el más alejado de los reunidos.

—Antes, las cosas no eran así —comentó abiertamente el viejo Warner—. Y la gente tampoco es como en otros tiempos.

—Muy bien —dijo el señor Summers—. Abran las papeletas. Tú, Harry, abre la del pequeño Dave.

El señor Graves desdobló el papel y se escuchó un suspiro general cuando lo mostró en alto y todos comprobaron que estaba en blanco. Nancy y Bill, hijo, abrieron los suyos al mismo tiempo y los dos se volvieron hacia la multitud con expresión radiante, agitando sus papeletas por encima de la cabeza.

—Tessie… —indicó el señor Summers. Se produjo una breve pausa y, a continuación, el director del sorteo miró a Bill Hutchinson. El hombre desdobló su papeleta y la enseñó. También estaba en blanco.

—Es Tessie —anunció el señor Summers en un susurro—. Muéstranos su papel, Bill.

Bill Hutchinson se acercó a su mujer y le quitó la papeleta por la fuerza. En el centro de la hoja había un punto negro, la marca que había puesto el señor Summers con el lápiz la noche anterior, en la oficina de la compañía de carbones. Bill Hutchinson mostró en alto la papeleta y se produjo una reacción agitada entre los congregados.

—Bien, amigos —proclamó el señor Summers—, démonos prisa en terminar.

Aunque los vecinos habían olvidado el ritual y habían perdido la caja negra original, aún mantenían la tradición de utilizar piedras. El montón de piedras que los chicos habían reunido antes estaba preparado y en el suelo; entre las hojas de papel que habían extraído de la caja, había más piedras. La señora Delacroix escogió una piedra tan grande que tuvo que levantarla con ambas manos y se volvió hacia la señora Dunbar.

—Vamos —le dijo—. Date prisa.

La señora Dunbar sostenía una piedra de menor tamaño en cada mano y murmuró, entre jadeos:

—No puedo apresurarme más. Tendrás que adelantarte. Ya te alcanzaré.

Los niños ya tenían su provisión de piedras y alguien le puso en la mano varias piedrecitas al pequeño Davy Hutchinson. Tessie Hutchinson había quedado en el centro de una zona despejada y extendió las manos con gesto desesperado mientras los vecinos avanzaban hacia ella.

—¡No es justo! —exclamó.

Una piedra la golpeó en la sien.

—¡Vamos, vamos, todo el mundo! —gritó el viejo Warner. Steve Adams estaba al frente de la multitud de vecinos, con la señora Graves a su lado.

—¡No es justo! ¡No hay derecho! —siguió exclamando la señora Hutchinson. Instantes después todo el pueblo cayó sobre ella.

Fueron testigos

Rosa Chacel

(1951)

Había ya pasado un cierto tiempo después del mediodía, en realidad un tiempo enteramente incierto, más difícil de precisar que el que tarda una manzana en bajar de la rama a la tierra, pues en este eran impalpables bloquecillos de piedra los que estaban bajando lentamente y asentándose en la calle.

Las máquinas que trabajaban en la demolición de una casa acababan de pararse. Los hombres habían caído rápidamente en el descanso, así como los cierres metálicos de almacenes y depósitos, y sólo habían quedado en el aire, fluctuantes y reacias a sedimentarse, las partículas de diferentes géneros y estructuras que componen el polvo. Entre estas, de opaca y material pesantez, el incógnito tráfico de los olores: aceites, frutas mustias, cueros.

No había un alma viva en toda la calle. Sólo, a veces, dejaba asomar en el quicio de una puerta la mitad de su figura un joven sirio que vendía botones y cintas, ocupando media entrada de una casa con sus mercancías. La otra mitad del portal era oscura, la otra mitad del muchacho quedaba en la sombra. La que se asomaba al quicio de la puerta, afrontaba el tiempo sin oasis del mediodía.

A lo lejos, en la calle apareció un hombre. Venía por la acera de enfrente a la puerta del sirio. No había nada de notable ni en su aspecto ni en sus ademanes: era, simplemente, un hombre que venía por la acera de enfrente. Sin embargo, al ir aproximándose, su modo de andar fue dejando de ser natural, fue acortando gradualmente el paso o, más bien, su paso fue haciéndose lento, cada vez más

lento a medida que avanzaba, y al mismo tiempo fue inclinándose y tendiendo a caer hacia adelante como una vela reblandecida. Al fin, dos casas antes de llegar enfrente, cayó.

El muchacho no reaccionó en el primer momento. Esperó a ver si se levantaba. Pero viendo que no, fue a auxiliarle. Cruzó la calle, y a menos de un metro de distancia alargó la mano con intención de levantarle y tirar de él por debajo del brazo. No llegó a tocarle. Detuvo la mano a un palmo de él, quedó un instante paralizado de terror, y al fin echó a correr hasta el almacén que estaba entreabierto. Había algunos obreros comiendo en las mesas y no quisieron hacerle caso. Le decían: «¿Quién es el que está borracho, él o tú?» Pero el sirio insistía, hasta que uno de ellos miró por la ventana y vio el bulto del hombre caído en el suelo. Entonces fueron detrás del muchacho. Suponían que era un accidentado. Cuando estaban ya cerca, el sirio les retuvo diciéndoles: «¡Fíjense bien en lo que le pasa!»

El hombre no estaba enteramente inerte, no parecía tampoco que hiciera por levantarse, pero se removía, agitado por una especie de lucha, en la que se veía bien claro que no podía ganar. Porque al empezarse a ver bien claro lo que estaba pasándole, por esto mismo empezaba a ser totalmente incomprensible, humanamente inadmisible.

El terror había paralizado a los cuatro hombres, hasta que uno de ellos logró soltarse de la repugnante fascinación rompiendo la cadena que inmovilizaba sus nervios y que estaba tramada por sus nervios mismos, contraídos, rígidos. Con movimientos convulsos como los de un cable que ha llegado a saltar por excesiva tensión, el obrero que se había destacado del grupo dirigió sus pasos otra vez hacia el almacén, y, una vez allí, hasta el teléfono. Le preguntaron qué pasaba, y respondió, pero su voz no era inteligible. Abrió la guía telefónica. Sus manos hacían temblar las hojas,

impidiéndole ver los números. Alguien, una mujer, vino en su ayuda y adivinó, sin comprender sus palabras, lo que quería. Pasó atolondradamente las hojas, no encontró nada. Gritó para que viniese el almacenero a ayudarla y, entre los dos, arrebatando el teléfono de las manos del que estaba aferrado a él, pidieron la información de la central. Pero ninguno pudo retener en la memoria el número de la Asistencia Pública que la central había dado. Así, tuvieron que volver a llamar. Al fin, lograron la comunicación y pidieron una ambulancia, dando torpemente las señas del lugar donde se encontraban.

Entonces, todos los que estaban en el almacén fueron a comprobar aquello que se obstinaban en no entender. Fueron todos, y el hombre que había ido al teléfono volvió con ellos. Fueron el almacenero y los mozos, otros obreros con dos mujeres que al principio no habían atendido, y la que había acudido al teléfono que era la que trabajaba en la cocina. Rodearon al hombre caído que ya no era un hombre caído: ya no era un hombre.

Aquel removerse que en un principio pudo parecer la lucha contra algún mal espasmódico que le sacudía, no se había aplacado enteramente, pero se había ido convirtiendo en un temblor semejante al que agita a una masa espesa cuando comienza la ebullición. Pues el hombre, en suma, ya no era más que esto: una masa sin contornos. Se había ido sumiendo en sí mismo, se había ido ablandando, de modo que los dedos de sus manos ya no eran independientes entre sí, sino que la mano era una masa de color más claro que se fundía con la masa de color oscuro que era todo el cuerpo, envuelto en el traje, pues traje y calzado sufrían idéntica transformación que el hombre mismo. Todo ello se unía e iba afectando un carácter de material homogéneo, iba pasando del estado sólido, de un ser vivo que aún alienta, a una viscosidad que retemblaba y delataba algún

vapor encerrado en ella pugnando por escapar en una burbuja, como un suspiro lento, y poco a poco empezaba a tomar la turbia transparencia de un ágata, tendiendo a volverse líquido, como las gotas de cera que se mantienen redondas porque el aire las comprime alrededor y les crea una película capaz de contener largó rato su masa sin dejarla extender.

Ya no conservaba relieve alguno que correspondiese a la forma que había tenido. Aquella forma quedaba aún acusada sólo por una especie de vetas que tardaban en borrarse del conjunto total, y naturalmente, este conjunto, al abandonar la solidez, se iba aplanando contra las losas, cubriendo un espacio cada vez más grande, hasta que, al fin, su falta de densidad fue haciéndole irregular el contorno, que acabó por romperse en aquellos puntos en que el nivel del suelo descendía, y se escurrió por entre las losas de la acera, buscando la cuneta. En aquel momento parecía que volvía a cobrar vida, esa vida con que los líquidos corren apresurados a ganar las parte más bajas, obedeciendo a una ley que el ojo humano no registra, y por eso parecen llenos de una sabiduría o de una voluntad que los conduce. Pero antes de llegar a la boca de la alcantarilla, se le vio detenerse y empezar a empaparse en la tierra. Parecía, primero, filtrarse por las junturas de las losas, y después, la primera porción que quedaba sobre las planchas de granito empezó a reducirse como sumiéndose por los poros de la piedra. Su ligereza llegó a ser entonces como la de esos líquidos muy volátiles cuya mancha, si se vierten en el suelo, empieza a mermar rápidamente por los bordes y desaparece sin dejar huella.

Antes de que hubiese llegado a desaparecer, se oyó la campanilla de la Ambulancia y el coche, doblando la esquina, vino a pararse junto al grupo de gente.

Los dos camilleros saltaron al suelo y empezaron a abrirse paso. Ya en el primer contacto con aquellas gentes que habían presenciado el prodigio hubo una ruda extrañeza por parte de unos y otros. Los que llegaban, empleaban el lenguaje usual. Preguntaban dónde estaba el hombre enfermo, si estaba aún vivo, quién se lo había llevado. Los que formaban el corro, no contestaban nada. Llevaban largo rato sin que entre sus labios, separados por el terror, pasase una sola palabra, y lo único que hicieron fue apartarse un poco para que llegasen y viesen. Pero los enfermeros exigían explicaciones. Miraban aquella mancha que se consumía por sí misma y no la reconocían como mancha de sangre. Estaban acostumbrados a encontrar en el sitio donde un hombre había caído la mancha que se vierte de las venas rotas, y aquella materia que estaban considerando no tenía el irrevocable carmesí que grita la piedad como razón última. Tenía un sombrío matiz, complejo como la angustia o el poder sin límites, y las preguntas de aquellos hombres, que no lograban entrar en la comprensión total del hecho, se perdían sin respuesta, como meros ademanes de una realidad ineficiente.

Entre los que habían asistido desde el principio, el silencio era una guardia sobre las armas que no podía deponerlas antes de la total consumación. Sólo el hombre que había logrado romper la cárcel de aquel pasmo y había establecido el contacto con los de fuera, había quedado sin poder volver a entrar en él y sin poder volver tampoco a ser libre. La voz de aquel hombre sonaba entre las preguntas, no porque las contestase, sino porque no podía callar. Su sonido no era articulado. Era como una campana que moviese el viento, era, como ya quedó dicho, una vibración convulsa, semejante a la de un alambre que salta por excesiva tensión.

Sin querer ceder a la estupefacción, aquellos hombres curtidos en el servicio de socorro temían el engaño. Querían asegurarse de que no habían sufrido una burla, amenazando con investigaciones judiciales. Nadie les escuchaba. Los que tenían los ojos fijos en la pálida sombra que apenas se distinguía ya en las losas, lo más que hicieron fue alzarlos alguna vez hasta sus rostros, esperando verles ceder en su desconfianza. Pero los hombres se resistían, hablaban de una mentira acordada entre aquel grupo de gentes para encubrir el delito de alguno de ellos, y al fin, viendo que de un momento a otro desaparecería el último resto material del fenómeno, que no tenían valor para juzgar ni para negar, hablaron de llevar algo de aquello para analizarlo, e intentaron acercarse para tomar un poco, sin saber cómo. Entonces, una de las mujeres se interpuso y gritó o, más bien, exhaló, pues su voz era como un soplo lejanísimo: «¡No lo toquen!».

Los hombres del socorro retrocedieron. Los del grupo dejaron escapar un rumor, una especie de rugido rechazando amenazadoramente aquella intrusión que turbaba los últimos momentos en que el prodigio iba a desaparecer sin dejar rastros. No querían perder aquel instante en que el último matiz se borraría, en que el último punto en que el grano de la piedra fuese aún afectado por un tinte extraño, recobraría su color. Querían palpar con la mirada el suelo después que no hubiese en él ni un solo testimonio de la existencia que había embebido. Y al fin llegó a no haberlo. Entonces comprendieron que tenían que dispersarse, y el final, el definitivo y total término del hecho empezó a conformarse a las distintas almas como a recipientes de formas diversas.

Efectos ilógicos, al parecer, imprevisibles desde cualquier punto de vista exterior, porque sólo obedecían a reacciones químicas, a fermentos, a resistencias o repulsiones. Así, los

hombres últimamente llegados, que habían asistido apenas al desarrollo del fenómeno y que por tanto carecían de datos para dar fe de él, empezaron a anhelar aquella fe, y con lo poco que habían visto empezaron a gritar su convencimiento. Otros, en cambio, habían agotado sus fuerzas soportando el proceso desde el principio al fin y, al comprobarlo totalmente extinguido, se sentían liberados de su inhumana opresión, y perezosamente querían no creer que habían visto. Otros, trataban de armonizar lo que sabían cierto e increíble con las leyes de la razón ordinaria y decían que en el porvenir se progresaría lo suficiente como para encontrarle una explicación, o bien que había que aceptar las cosas vedadas al entendimiento que caían del cielo o de donde fuese. El hombre de la voz que no podía reposar seguía delirando los gritos de su mudez, y de su garganta parecía a veces partir el mortuorio lamento de la hiena, a veces la azarosa armonía de las arpas colgadas al viento, a veces el acento de los profetas.

Todos se dispersaron por la ciudad y todos, menos este, volvieron a sus vidas y faenas habituales, combatiendo unos el recuerdo hasta lograr lavarse de él, conservándole otros con gratitud y temor.

Sólo este, el hombre que creyendo nada más ver gritó para despertarse, rompió su orden cotidiano, enajenó su vida al injertarla en la rama de aquella creencia en cuyo sentido, hostil a la mente, exento de toda ejemplaridad, se nutría una savia de locura.

No quedó sobre las losas ni un aura que advirtiese a los pasajeros dónde ponían la planta. Desde su puerta, el joven sirio vigilaba el lugar sin perder la certeza de los palmos de tierra donde todo había acontecido y, aunque nunca llegó a dudar, en algunos momentos su certeza era más firme porque la corroboraban ciertos hechos que, repetidamente observados, constituían una respuesta muda, más que muda

vaga o ambigua. Esa respuesta que se tiene al interpelar a aquello que sobrepasa las medidas humanas.

El muchacho veía a diario pasar sobre aquellas losas a los transeúntes ocupados en sus quehaceres y no esperaba de ellos ninguna señal. Pero cuando veía venir un perro, aguardaba ansiosamente. Sabía que la pureza irracional tenía que ser sensible al magnetismo que se desprendiese de aquel trozo de suelo. Y aunque nunca obtuvo una confirmación contundente, nunca tampoco fue claramente defraudado en su suposición. No llegó nunca a sorprender en el animal un movimiento de retroceso o titubeo que le hiciera decir claramente: al llegar aquí no pasa. Y sin embargo era el caso que no pasaba. Siempre, como unos metros antes, se desviaba sin mirar, o bien, al llegar ya al límite justo, parecía atraído de pronto por cualquier desperdicio que iba a revolver y olfatear frívolamente. Nunca, ninguno llegó a pararse en seco, a mirar derecho, como el hombre necesita mirar para ver. Sólo logró sorprender en algunos una ligera crispación de la oreja o bien ese curvamiento rápido del lomo con el cual parece que hacen escurrir el miedo hasta la cola.

Nunca logró observar más. Pero esto siguió observándolo indefinidamente sin que sus ojos errasen en una pulgada. El lugar donde el prodigio se había logrado estaba tan bien delimitado en su memoria como la planta de un templo cuyos cimientos no pudieran ser gastados por los siglos. Y siguió atendiendo a sus mercancías sin que nadie notase el misterio que acechaba, porque todos creían que lo que brillaba en su mirada oriental era esa oscura lámpara de fe que arde en los ojos negros que bebieron la luz en sus fuentes.

Axolotl

Julio Cortázar

(1956)

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su cola de pavo real después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotl. Me quedé una hora mirándolos, y salí incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Saint-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblistoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardín des Plantes. Empecé a ir todas las

mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una situada a la derecha y algo separada de las otras para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y los inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada

por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrescencia vegetal, las branquias supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud la que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaz de evadirse de ese sopor mineral en el que pasaban horas enteras. Sus ojos sobre todo me obsesionaban. Al lado de ellos en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras no se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su

dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas… Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojitos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran *animales*.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: «Sálvanos, sálvanos». Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos, había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas

inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. «Usted se los come con los ojos», me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana al inclinarme sobre el acuario el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de una axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario,

la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía —lo supe en el mismo momento— de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, sólo en cierto modo—, y mantener alerta su deseo

de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

Los objetos

Silvina Ocampo

(1959)

Alguien regaló a Camila Ersky, el día que cumplió veinte años, una pulsera de oro con una rosa de rubí. Era una reliquia de familia. La pulsera le gustaba y sólo la usaba en ciertas ocasiones, cuando iba a alguna reunión o al teatro, a una función de gala. Sin embargo, cuando la perdió, no compartió con el resto de la familia, el duelo de su pérdida. Por valiosos que fueran, los objetos le parecían reemplazables. Sólo apreciaba a las personas, a los canarios que adornaban su casa y a los perros. A lo largo de su vida, creo que lloró por la desaparición de una cadena de plata, con una medalla de la virgen de Luján, engarzada en oro, que uno de sus novios le había regalado. La idea de ir perdiendo las cosas, esas cosas que fatalmente perdemos, no la apenaba como al resto de su familia o a sus amigas, que eran todas tan vanidosas. Sin lágrimas había visto su casa natal despojarse, una vez por un incendio, otra vez por un empobrecimiento, ardiente como un incendio, de sus más preciados adornos (cuadros, mesas, consolas, biombos, jarrones, estatuas de bronce, abanicos, niños de mármol, bailarines de porcelana, perfumeros en forma de rábanos, vitrinas enteras con miniaturas, llenas de rulos y de barbas), horribles a veces pero valiosos. Sospecho que su conformidad no era un signo de indiferencia y que presentía con cierto malestar que los objetos la despojarían un día de algo muy precioso de su juventud. Le agradaban tal vez más a ella que a las demás personas que lloraban al perderlos. A veces los veía. Llegaban a visitarla como personas, en procesiones, especialmente de noche, cuando estaba por

dormirse, cuando viajaba en tren o en automóvil, o simplemente cuando hacía el recorrido diario para ir a su trabajo. Muchas veces le molestaban como insectos: quería espantarlos, pensar en otras cosas. Muchas veces por falta de imaginación se los describía a sus hijos, en los cuentos que les contaba para entretenerlos, mientras comían. No les agregaba ni brillo, ni belleza, ni misterio: no hacía falta.

Una tarde de invierno volvía de cumplir unas diligencias en las calles de la ciudad y al cruzar una plaza se detuvo a descansar en un banco. ¡Para qué imaginar Buenos Aires! Hay otras ciudades con plazas. Una luz crepuscular bañaba las ramas, los caminos, las casas que la rodeaban; esa luz que aumenta a veces la sagacidad de la dicha. Durante un largo rato miró el cielo, acariciando sus guantes de cabritilla manchados; luego, atraída por algo que brillaba en el suelo, bajó los ojos y vio, después de unos instantes, la pulsera que había perdido hacía más de quince años. Con la emoción que produciría a los santos el primer milagro, recogió el objeto. Cayó la noche antes que resolviera colocar como antaño en la muñeca de su brazo izquierdo la pulsera.

Cuando llegó a su casa, después de haber mirado su brazo, para asegurarse de que la pulsera no se había desvanecido, dio la noticia a sus hijos, que no interrumpieron sus juegos, y a su marido, que la miró con recelo, sin interrumpir la lectura del diario. Durante muchos días, a pesar de la indiferencia de los hijos y de la desconfianza del marido, la despertaba la alegría de haber encontrado la pulsera. Las únicas personas que se hubieran asombrado debidamente habían muerto.

Comenzó a recordar con más precisión los objetos que habían poblado su vida; los recordó con nostalgia, con ansiedad desconocida. Como en un inventario, siguiendo un orden cronológico invertido, aparecieron en su memoria la paloma de cristal de roca, con el pico y el ala rotos; la

bombonera en forma de piano; la estatua de bronce, que sostenía una antorcha con bombitas de luz; el reloj de bronce; el almohadón de mármol, a rayas celestes, con borlas; el anteojo de larga vista, con empuñadura de nácar; la taza con inscripciones y los monos de marfil, con canastitas llenas de monitos.

Del modo más natural para ella y más increíble para nosotros, fue recuperando paulatinamente los objetos que durante tanto tiempo habían morado en su memoria.

Simultáneamente advirtió que la felicidad que había sentido al principio se transformaba en malestar, en un temor, en una preocupación.

Apenas miraba las cosas, de miedo de descubrir un objeto perdido.

Desde la estatua de bronce con la antorcha que iluminaba la entrada de la casa, hasta el dije con el corazón atravesado con una flecha, mientras Camila se inquietaba, tratando de pensar en otras cosas, en los mercados, en las tiendas, en los hoteles, en cualquier parte, los objetos aparecieron. La muñeca cíngara y el calidoscopio fueron los últimos. ¿Dónde encontró estos juguetes, que pertenecían a su infancia? Me da vergüenza decirlo, porque ustedes, lectores, pensarán que sólo busco el asombro y que no digo la verdad. Pensarán que los juguetes eran otros parecidos a aquellos y no los mismos, que forzosamente no existirá una sola muñeca cíngara en el mundo ni un solo calidoscopio. El capricho quiso que el brazo de la muñeca estuviera tatuado con una mariposa en tinta china y que el calidoscopio tuviera, grabado sobre el tubo de cobre, el nombre de Camila Ersky.

Si no fuera tan patética, esta historia resultaría tediosa. Si no les parece patética, lectores, por lo menos es breve, y contarla me servirá de ejercicio. En los camarines de los teatros que Camila solía frecuentar, encontró los juguetes

que pertenecían, por una serie de coincidencias, a la hija de una bailarina que insistió en canjeárselos por un oso mecánico y un circo de material plástico. Volvió a su casa con los viejos juguetes envueltos en un papel de diario. Varias veces quiso depositar el paquete, durante el trayecto, en el descanso de una escalera o en el umbral de alguna puerta.

No había nadie en su casa. Abrió la ventana de par en par, aspiró el aire de la tarde. Entonces vio los objetos alineados contra la pared de su cuarto, como había soñado que los vería. Se arrodilló para acariciarlos. Ignoró el día y la noche. Vio que los objetos tenían caras, esas horribles caras que se les forman cuando los hemos mirado durante mucho tiempo.

A través de una suma de felicidades Camila Ersky había entrado, por fin, en el infierno.

Los cicerones

Robert Aickman

(1968)

John Trant entró en la catedral de San Bavón casi a las once y media en punto.

Estaba pasando en Bélgica una inesperada semana de vacaciones, porque Bélgica estaba cerca y la temporada estaba avanzada, y porque nunca había estado allí. Trant, que era soltero (aunque en su día quiso casarse), viajaba solo, pero rara vez se sentía solo en tales ocasiones, porque creía que su soledad era voluntaria y la consideraba más bien un estado de libertad. Tenía treinta y dos años y se sentía bastante vulgar, salvo tal vez en lo relativo a los viajes, que pensaba que se tomaba con mayor seriedad y de manera más sistemática que la mayor parte de la gente. La hora en que entró en la catedral era importante, porque en otras ciudades había sufrido los inconvenientes del irritante hábito continental de cerrar los edificios turísticos entre las doce y las dos, incluso las grandes iglesias. En realidad había estado dudando de si visitar la catedral, dado el poco tiempo que le quedaba. Ni siquiera se podía contar con la media hora entera, porque por regla general, los visitantes comenzaban a ser desalojados bastante antes del momento del cierre. Era una mañana tranquila, muy tranquila, pero encapotada. Los hombres comenzaban a aguardar, podría decirse, la definitiva muerte del año.

Lo que más sorprendió a Trant cuando entró en el inmenso edificio fue lo silencioso que parecía el interior, y lo vacío. Otras catedrales belgas albergaban veinte o treinta personas desparramadas y rezando, o al menos arrodilladas; sacerdotes de movimientos solemnes, seguidos de acólitos;

y, por supuesto, norteamericanos. Siempre había algo de lúgubre bullicio, alguna ceremonia y cuellos que se estiran para ver. Aquí no parecía haber nadie; aparte, claro está, de los de las tumbas. De nuevo se preguntó si los enterados no sabrían que era demasiado tarde para entrar.

Se apoyó en una columna del extremo occidental de la nave, como siempre hacía, y estuvo leyendo la historia de la catedral en su Guía Azul. Elegía este emplazamiento para disponer de una buena perspectiva de la construcción al llegar a la sección siguiente del texto, el resumen arquitectónico. No obstante, por regla general en seguida descubría que tenía que desplazarse si deseaba seguir las explicaciones de la guía, pues son contadas las catedrales cuya arquitectura puede dominarse, aunque sea esquemáticamente, desde un solo punto de vista. Así ocurrió ahora: Trant se encontró con que estaba perdiendo el hilo y decidió que debía hacer el trayecto previsto en la guía. Antes miró un momento en derredor. La catedral daba la sensación de seguir completamente vacía. Era una cosa rara, pero muy agradable.

Trant echó a andar por el ala sur de la nave, sosteniendo la guía como si fuese un breviario. «Púlpito de roble tallado —decía el libro—, con figuras de mármol, todo obra de Laurent Delvaux». Trant lo había contemplado por encima desde lejos, pero al observarlo ahora, levantando la vista de la guía, comenzó a reflexionar sobre lo que veía y apreció algo fuera de lo normal. ¿Era seguro que había una figura en el púlpito, no de pie y erguida, sino desplomada sobre los almohadones del predicador? Trant distinguía la coronilla de una cabeza pequeña y calva, con un flequillo claro, que casi era un aura, de pelo blanco; y, a ambos lados, los brazos extendidos con las manos colgando. Tampoco parecía un sacerdote: la figura no iba vestida de blanco ni de negro sino, por el contrario, de colores brillantes y variados.

Aunque bastante nervioso, Trant avanzó, pasó de largo junto a la siguiente columna, en la arcada entre la nave y el ala, y volvió a mirar por el vano siguiente. Inmediatamente vio que no era nada: se trataba de un simple montón de vestimentas sin importancia y libros encuadernados con tapas de colores.

Trant oyó una risa. Se giró. Detrás de él había un joven esbelto, de pelo castaño, con traje gris.

—Perdone —dijo el joven—. Yo también lo he visto, así que no se asuste. —Hablaba con gran claridad, pero el acento tenía un deje extranjero.

—Era terrorífico —dijo Trant—. No era cosa de este mundo.

—Sí. No era de este mundo, como usted dice. ¿Se ha fijado en el pelo?

—Desde luego. —El joven había elegido el detalle que más había afectado a Trant—. ¿Qué supone usted que era?

—Santo, santo, santo —dijo el joven, con su acento extranjero; luego se sonrió y se alejó despacio hacia el oeste.

Trant estaba casi seguro de que eso era lo que había dicho. El cabello de la figura ilusoria del púlpito le había recordado a Trant, en su momento, la forma en que se representan los nimbos en determinadas pinturas antiguas: con gruesas barras o franjas de luz que confluyen en el anillo neblinoso que envuelve la cabeza sagrada. El pelo blanco de la figura le había dado la sensación de que irradiaba ese mismo tipo de púas.

Trant procuró tranquilizarse y alcanzó el crucero meridional, adornado en lo alto con escudos de armas. Buscó el «*Cristo entre los doctores*, la obra maestra de Frans Pourbus el Viejo», según indicaba la guía, y trató de identificar a los famosos personajes que supuestamente

retrataba, entre otros el duque de Alba, Vigilio ab Ayatta e incluso el propio emperador Carlos V.

En la capilla adyacente, *El martirio de santa Bárbara*, por De Crayer, resultó estar cubierto por un paño, otra irritante costumbre continental que Trant ya conocía de otras ocasiones. Como no parecía haber nadie por allí, Trant levantó una esquina del paño, que era pardo y polvoriento, como tantísimas cosas en las catedrales belgas, y miró por debajo. Era difícil distinguir demasiado, sobre todo dada la escasez de luz.

—Permítame que le ayude —dijo una voz transatlántica a espaldas de Trant—. Permítame que lo quite del todo, que va usted a ver algo, creame.

De nuevo era un joven, pero esta vez pelirrojo y de aspecto juvenil, con un anorak verde.

El joven no sólo retiró la tela sino que dio la luz eléctrica.

—Gracias —dijo Trant.

—Ahora, mire bien.

Trant miró. Era una escena sumamente horrorosa.

—¡Muchacho! —Trant no deseaba ver más—. Gracias de todos modos —dijo excusándose por la repulsión.

—¡Vaya espectáculo que eran esos santos de la antigüedad! —comentó el joven transatlántico mientras ponía en su sitio el raído paño.

—Supongo que recibieron su premio en el cielo —sugirió Trant.

—Puede estar seguro de que así fue —dijo el joven, con un fervor que Trant no acertó a comprender. Apagó la luz—. Ya nos veremos.

—Eso espero —dijo Trant con una sonrisa.

El joven no dijo más, y se alejó silbando, con las manos en los bolsillos, hacia la puerta del sur. Trant no se hubiera atrevido a silbar tan fuerte en una iglesia extranjera.

Como todo el mundo sabe, la obra de arte más importante de la catedral de San Bavón es la *Adoración* del misterioso Van Eyck o de los misteriosos Van Eyck, uno o varios. En la actualidad el cuadro se expone en una pequeña capilla, aislada con cortinas, a la que se accede por el deambulatorio del coro meridional, y la mayor parte de los visitantes tienen que pagar por verlo. Cuando Trant llegó a la capilla, vio el aviso en la puerta, pero al no oír nada, como en todo el resto, supuso que estaría vacía. Algo ofendido por la solicitud de limosna, como suele ocurrirles a los protestantes, tomó la iniciativa y apartó con suavidad la cortina de color rojo oscuro.

La capilla, aunque en completo silencio, no estaba en absoluto vacía. Por el contrario, estaba tan llena que Trant no hubiera podido dar un paso en el interior aunque se hubiese atrevido.

En la capilla había dos clases de personas. Delante, varias filas de hombres vestidos de negro. Estaban arrodillados hombro contra hombro, cadera contra cadera, en lo que Trant interpretó como culto silencioso. Detrás de ellos, todavía más apretujado, un grupo, una pequeña muchedumbre de ridículas viejas belgas, gordas, feas, asexuadas y vacunas, como las que Trant había visto tan a menudo en otros sitios, tanto sagrados como seculares. Las viejas no estaban de rodillas sino sentadas. De todos modos, parecían vivir un misterioso rapto. Lo más extraño de todo era su silencio y su inmovilidad. Trant había visto grupos como aquel en todas partes de Bélgica, pero nunca, nunca en silencio, sino muy al contrario. Ni una sola de las personas de este grupo parecía haberse dado cuenta ni tan siquiera de que él estaba allí: lo cual era algo igualmente fuera de lo corriente entre gentes tan dadas a la curiosidad.

Y en aquella extraña situación, tampoco era lo menos extraño el famoso cuadro, con sus enigmáticos monstruos y

sibilas, sus alegorías ambulantes y sus colores singularmente fuertes y como de otro mundo: un conjunto sin duda interpretable en términos freudianos, pero al mismo tiempo tan denso como una alfombra oriental, y más antiguo que Adán y Eva, que aparecen al lado. Trant pensó que el cuadro se asemejaba demasiado a los desconcertantes devotos.

Soltó la cortina y siguió su camino, indiscutiblemente trastornado.

Dos capillas más allá fue a dar con *La gloria de la Virgen*, de Liemakere. Allí había un niño del coro con balandrán rojo sacando brillo al crucifijo del altar. Tenía además el pelo moreno ralo y gris, y la expresión vigilante.

—*Onze Heve Vrouw* —dijo el monaguillo, explicándole el cuadro a Trant.

—Sí —dijo Trant—. Gracias.

Se le ocurrió que era extraño que un monaguillo sacara brillo. Quizás no se tratase de un monaguillo sino de alguna otra clase de sirviente. De nuevo le volvió la idea de que pronto sería expulsado del edificio. Consultó el reloj. Se le había parado. Seguía marcando las once y veintiocho.

Trant agitó el reloj contra el oído, pero no oyó renovarse el tictac. Vio que el chico que sacaba brillo (ahora sobre los pies horadados) también llevaba reloj, sujeto con una cinta negra y fina. Trant volvió a gesticular. El muchacho negó violentamente con la cabeza. Trant no supo decidir si el reloj del muchacho estaba roto o si, cosa que era posible, creía que Trant trataba de quitárselo. Le llamó la atención que el muchacho, pensara lo que pensara, no parecía estar asustado. Lejos de eso, se mostraba tan distante como si ya fuera sacerdote, como si se negase a decirle la hora por principios. Lo cual implicaba, como presumen de hacer los sacerdotes, que se estaba negando a hacer el bien a los

demás. Trant se fue muy de prisa de la capilla donde estaba la obra maestra de Liemakere.

¿Cuánto tiempo habría estado?

En la capilla siguiente se hallaba el inmenso retablo de Rubens sobre san Bavón repartiendo sus bienes entre los pobres.

En la siguiente estaba el terrorífico *Martirio de san Livinio*, de Seghers.

Tras una nueva capilla, Trant había alcanzado la intersección del crucero septentrional y el coro. Rodeaba el coro una gruesa e impenetrable celosía de mármol negro, como la jaula de los leones imperiales. La guía recomendaba las cuatro tumbas de los antiguos obispos, que según decía estaban dentro. Pero Trant, espiando entre los barrotes de piedra, apenas lograba ver los contornos. Se desplazó de una punta a otra de los escalones del coro, buscando una perspectiva desde donde hubiese mejor luz. Fue inútil. Al final probó con la manija de la puerta del coro. La verja tenía toda la apariencia de estar cerrada con llave, pero en realidad se abrió en cuanto Trant lo intentó. Anduvo de puntillas por el recinto interior y pensó que hubiera hecho mejor en cerrar la puerta por dentro. No estaba seguro de si conseguiría ver mucho de las cuatro tumbas ni siquiera ahora. Pero allí estaban, unas enormes arcas que flanqueaban el altar mayor como guaridas de leones.

Se detuvo a los pies del altar, inclinado sobre la baranda de mármol, la última barricada, tratando de leer una de las inscripciones latinas. Trant hizo una cuestión de principios de tal ejercicio, sin admitir fácilmente la derrota. Estiró el cuello y forzó la vista hasta sentirse medio mareado. Fue captando las palabras antiguas, una por una, e intentó interpretarlas. El problema de que cerraran la catedral pasó de momento a un segundo plano de sus pensamientos. Entonces pareció suceder algo horrible; mejor dicho, dos

cosas, una tras otra. Trant pensó primero que la placa de piedra que él miraba tan fijamente parecía estarse moviendo; y luego que había aparecido una mano en uno de los ángulos superiores. A Trant le pareció que era una mano curiosamente pequeña.

Trant decidió, casi sin inmutarse, esperar a ver qué pasaba. Era evidente que todo tendría su explicación y que cualquier medida como huir lo pondría en ridículo, además de dejar el misterio sin resolver. La explicación estaba allí: la piedra siguió abriéndose y del interior surgió un niño pequeño y rubio.

—Hola —dijo el niño, mirando a Trant a través de la barrera de mármol negro, y sonriéndole.

—Hola —dijo Trant—. Hablas muy bien el inglés.

—Yo soy inglés —dijo el niño.

Llevaba una camisola de color marrón oscuro, abierta por el cuello, y pantalones marrones oscuros, pero Trant no se decidía a decir si era chico o chica. Por la travesura, lo más probable es que fuese chico, pero tenía algo que era más propio de una niña, pensó Trant.

—¿Te habías metido ahí dentro?

—Siempre me meto dentro.

—¿No te da miedo?

—Nadie puede tener miedo del obispo Triest. Él nos regaló esos candelabros. —El niño señaló hacia cuatro objetos de cobre, pero Trant no vio que ofrecieran ninguna confirmación del razonamiento del niño—. ¿Quiere usted meterse dentro? —preguntó el niño en tono educado.

—No, gracias —dijo Trant.

—Entonces voy a cerrarlo. —El niño colocó la gruesa lápida de piedra en su sitio. La demostración de fuerza era todavía más notable teniendo en cuenta que Trant se fijó en que el niño cojeaba.

—¿Vives aquí? —preguntó Trant.

—Sí —dijo el niño, y como buen niño no dijo más.

Avanzó cojeando, se subió a la baranda del altar y se puso junto a Trant, mirándolo desde su altura. A Trant le resultaba difícil calcular qué edad tendría.

—¿Quiere ver a alguno de los otros obispos?

—No, gracias —dijo Trant.

—Yo creía que tendría que ver a un obispo —dijo el niño con bastante seriedad.

—Prefiero no verlo —dijo Trant con una sonrisa.

—Tal vez no haya otra oportunidad.

—Espero que no —dijo Trant sin perder la sonrisa. Le parecía preferible conversar con el niño en un plano infantil, sin recurrir al convencionalismo adulto de las preguntas categóricas y las alusiones preestablecidas.

—Entonces le guiaré a la cripta —dijo el niño.

La cripta era el último apartado de la guía. Se entraba precisamente por la esquina noroccidental del coro y, lo mismo que la *Adoración*, conllevaba un pago adicional. Trant estaba bastante convencido de que no la visitaría.

—¿Tendré tiempo? —preguntó, consultando instintivamente el reloj parado, que se mantenía en las once y veintiocho.

—Sí —dijo el niño como antes.

El niño se adelantó cojeando, abrió la verja del coro y la sostuvo para que pasara Trant, quien no había acabado de leer la inscripción. El niño cerró la puerta y se dirigió hacia la entrada de la cripta, volviendo la cabeza sobre el hombro para asegurarse de que Trant lo seguía. A una luz algo mejor que había fuera del coro, Trant vio que el pelo del niño era un maravilloso amasijo de oro sedoso, que la cara casi blanca delataba un hermoso esqueleto y que tenía los labios más llenos y más rojos de lo habitual.

—Esto se llama el crucero ■ —dijo el niño en tono informativo. Trant sabía que la palabra se aplica a veces a la

intersección de la nave mayor y la que la atraviesa.

—O bien el nártex, creo —dijo él, apresurándose a poner en claro quién era allí el adulto.

El niño, como no era demasiado de extrañar, pareció simplemente desconcertado.

Seguía sin verse a nadie más en la catedral.

Comenzaron a descender los escalones de la cripta. El niño se agarraba a la barandilla debido a su dolencia. En lo alto había una mesa, evidentemente para recoger las limosnas, pero vacía. Trant tuvo la impresión de que no debía hacer comentarios.

En la cripta había muchas luces encendidas, lo cual le sorprendió un poco. Probablemente el vigilante se habría olvidado de apagarlas al irse —él o ella— a comer.

La guía describía la cripta como «grande», pero era mucho más grande de lo que Trant se esperaba. Las escaleras penetraban por una esquina y las columnas parecían prolongarse como árboles hacia la lejanía. Estaban hechas de piedras de distintos colores, rojo castaño, verde, gris, púrpura, oro; y también les quedaban bastantes restos de policromía, que asimismo cubrían algunas zonas del cielo de piedra de la bóveda y de los pesados muros. Bajo aquella luz tenue y desigual, la estancia resultaba misteriosa y hermosa; y tanto más cuanto que no era posible ver todo el espacio al mismo tiempo. Con el paso de los siglos, el empedrado del suelo se había alisado y ondulado, pero de un modo muy agradable. De vez en cuando había vitrinas y objetos sobre pedestales, y un suave aroma de incienso. Al entrar Trant, todo estaba en silencio. Incluso tuvo la sensación por un instante de que había algo raro en aquel silencio, de que sólo el sonido de otras esferas circulaba por allí y de que los ruidos de este mundo, los que hizo él al entrar, por ejemplo, se situaban en una dimensión distinta e

irrelevante. Permaneció quieto, un poco atemorizado, y durante un momento prestó atención a la nada.

El niño también se había parado, apoyándose contra un pilar. Volvía a sonreír, aunque muy levemente. Quizás sonriera así siempre, como si siempre estuviese contento.

Trant pensó, más que nunca, que bien podía ser una niña. Para entonces ya era bastante ridículo no haberse asegurado, pero ahora aún le resultaba más difícil preguntarlo.

—Las vestiduras del obispo Triest —dijo el niño, señalándolas. Eran unos gruesos ropajes, desbordantes de bordados y expuestos dentro de una vitrina—. Los ornamentos de san Livinio —dijo el niño, santiguándose.

Trant no sabía muy bien qué pensar respecto a los ornamentos.

—Animales —dijo el niño. Era un antiguo tratado de historia natural, escrito por un monje; en la misma página por la que estaba abierto aparecían varios animales muy extraños.

Ahora el niño comenzaba a dispararse claramente, con vehemencia, señalando un objeto tras otro.

—El altar de san Macario —dijo el niño sin santiguarse, probablemente porque faltaba la reliquia—. Los ropajes del abad Hughenois. —De nuevo se trataba de vestimentas, y de vestimentas muy parecidas a las de Triest, pensó Trant.

—¿Qué es eso? —preguntó Trant, tomando la iniciativa y señalando. En el otro extremo de la cripta, que ahora se hizo visible por primera vez para Trant en medio del bosque de columnas de colores suaves, había al parecer algo que daba la sensación de parpadear y resplandecer con luz propia.

—Eso es el final —replicó el niño—. Pronto llegará usted allí.

Desde luego que pronto, pensó Trant, si es que no nos echan antes.

—*Vía Dolorosa* —dijo el niño, señalando un cuadro.

Era una escena horrenda, pintada con gran realismo, como si el artista hubiera sido un espectador de la época.

Y a continuación venía otro que aún era más horrendo y por lo menos igual de realista.

—*El Calvario* —explicó el niño.

Doblaron un recodo, con una pared de piedra a la izquierda y el bosque de columnas a la derecha. Entonces tuvieron a la vista las dos partes del díptico, del que Trant sólo había visto antes el descolorido reverso.

—Los bienaventurados y los condenados —dijo el niño, señalando, innecesariamente, quiénes eran unos y otros.

Trant pensó que los cuadros y los frescos se estaban volviendo cada vez más morbosos, pero supuso que tal sensación se debía probablemente a que el impacto se le iba acumulando. En cualquier caso, no era posible que hubiera muchos más.

Pero aún quedaban muchas cosas por ver. En su momento llegaron frente a un grupo de cuadros colgados del muro.

—El sacrificio de los tres mártires bienaventurados —dijo el niño.

Cada uno de los mártires había muerto de distinta manera: tostado en una parrilla muy complicada, destripado, y por algún procedimiento con ayuda de una enorme rueda. Las pinturas, a diferencia de algunas de las otras, estaban extraordinariamente bien conservadas. El tercero de los mártires era una mujer joven. Había sido martirizada desnuda y era de una gran belleza, pese al tormento. Al lado colgaba otro cuadro pequeño donde se veía a un santo arrastrando su propia piel. Entre las columnas, a la derecha, había una inmensa cruz negra. A poca distancia, la figura empalada parecía extraordinariamente viva.

El niño seguía dando brincos delante, dando tan poca importancia a su defecto que Trant no pudo por menos que conmoverse. Doblaron otra esquina. Al final del deambulatorio que embocaron estaba el objeto brillante y centelleante en que había reparado Trant desde la otra punta de la cripta. El niño casi iba corriendo, sin prestar atención a los suspiros intercalados, y se detuvo junto al objeto, aguardando a que Trant llegase a su altura. El niño tenía la cabeza abatida, pero Trant distinguió que estaba mirándolo por debajo de las pestañas rubias y sedosas.

Esta vez el niño no dijo nada y Trant tuvo que limitarse a mirar con fijeza.

El objeto era un relicario renacentista, recargado de piedras preciosas. Presumiblemente eran las joyas lo que daba la impresión de lanzar destellos, puesto que ahora Trant no vio ninguna luz. En el centro del relicario había un tubo o un cilindro vertical y transparente. No tendría más de una pulgada de altura y probablemente sería de cristal. Lo único visible en su interior era un corto hilo negro, casi como el mercurio de un termómetro en miniatura; y en el fondo del tubo, observó Trant, se producía una notable decoloración.

El niño permanecía aún en la misma extraña postura, lanzando miradas de reojo a Trant o con la vista perdida. Quizás estuviese sonriendo un poco más abiertamente, pero tenía la cabeza tan hundida que en realidad Trant no lo veía. Toda su postura y su comportamiento daban a entender que el relicario tenía algo que Trant debía ser capaz de ver por sí solo. Era como si el niño estuviera cronometrando cuánto tiempo tardaría Trant en reconocerlo.

Trant pensó en la hora una vez más, y esta vez con sobresalto. El relicario era tan fascinante que casi se había olvidado del tiempo. Miró al fondo y a todo lo largo del último deambulatorio, que llegaba hasta los pies de la

escalera por la que había bajado. Mientras estuvo examinando el relicario, alguien más había acudido a la cripta. Un hombre estaba de pie en medio del pasillo, a escasa distancia de Trant. O bien no era exactamente un hombre: era el acólito con balandrán rojo, el chico que estaba sacando brillo a los pies de bronce. A Trant no le cupo duda de que había venido a echarlo.

Trant se apresuró, lleno de irrazonable culpabilidad, sin ni siquiera dar las debidas gracias al niño que le había servido de guía. Pero cuando alcanzó al chico del balandrán rojo, el muchacho extendió silenciosamente los brazos todo lo que daban de sí y dio la impresión, en contra de lo esperado, de impedirle el paso.

Aquello era bastante absurdo, sobre todo teniendo en cuenta que no había dificultad para girar a la derecha y abrirse paso entre las columnas góticas.

De hecho, Trant volvió la cabeza en esa dirección, simplemente por instinto. Pero en el vano situado a su derecha estaba el chico del otro lado del Atlántico, con el anorak verde. Mostraba la más increíble de las expresiones (a diferencia del chico del balandrán, que parecía el mismo palurdo desmañado de antes). En cuanto Trant le puso la vista encima, también él abrió los brazos de par en par, igual que había hecho el muchacho.

Aún había otro vano libre. Trant retrocedió un par de pasos, pero entonces vio entre las sombras (que parecían estar oscureciéndose) al hombre del traje gris con ligero acento extranjero. Fue levantando los brazos mientras Trant lo miraba, pero cuando los ojos de ambos se encontraron (Trant pensó que no conseguía verle muy bien el rostro), hizo algo que los otros no habían hecho. Se echó a reír.

Y al principio del otro deambulatorio, de aquel por el que Trant acababa de llegar y por el que casi había corrido el niño, concediendo tan poca importancia a su defecto, se

alzaba el mismo niño, que ahora volvía a tener la mirada alta y en realidad lucía un aspecto absolutamente radiante mientras extendía los brazos casi como un pájaro que se dispone a emprender el vuelo.

Trant oyó dar las doce al gran reloj de la catedral. Dentro de la cripta, el tono de las campanas se perdía. Se apreciaba poco más que doce grandes golpes sordos, como si fueran descargas de cañón. Las doce campanadas de la hora tardaron una enormidad de tiempo en completarse.

Mientras tanto, precisamente junto al relicario, se había abierto una puerta pequeña, en el mismo ángulo de la cripta. Sobre esta había una pequeña pero exquisita dovela de alabastro, muy bien conservada, con la talla de un alma que se llevaba un demonio pinchada en un garfio. Trant apenas se había fijado antes en la puerta, pues la gente suele pasar por alto los detalles funcionales de los recintos turísticos, los mismos detalles que son los primeros en atender quienes trabajan en el lugar.

En la puerta, casi tapándola, estaba el hombre a quien Trant había creído ver en el púlpito poco después de su entrada en el gran edificio. Ahora el hombre parecía de mayor tamaño, pero tenía la misma cabeza calva, las mismas manos exánimes, los mismos ropajes multicolores. Era la misma persona, sin ninguna duda, pero de algún modo agrandada o magnificada. Y la curiosa orla de pelo parecía más luminosa que antes.

—Ahora debe usted salir —dijo el hombre con voz amable pero firme—. Sígame.

Las cuatro figuras que rodeaban a Trant comenzaron a cerrarse a su alrededor, hasta que las yemas de los dedos extendidos casi llegaron a tocarse.

Sus preguntas no obtuvieron la menor respuesta, sus protestas fueron por completo desoídas. Sobre todo desde el momento en que todos comenzaron a cantar.

Allal

Paul Bowles

(1977)

Traducción de Rodrigo Rey Rosa

Nació en el hotel donde trabajaba su madre. El hotel tenía sólo tres habitaciones oscuras que daban a un patio detrás del bar. Más allá había otro patio más pequeño con varias puertas. Allí vivían los sirvientes, y fue allí donde Allal pasó su niñez.

El griego, dueño del hotel había despedido a la madre de Allal. Se indignó porque ella, una chica de catorce años, había tenido la osadía de dar a luz mientras estaba trabajando para él. La chica no quiso decir quién era el padre, y al griego lo enfurecía no haber sacado provecho él mismo de la situación cuando tuvo la oportunidad. Pagó a la chica el salario de tres meses y le dijo que volviera a su casa en Marrakech. Como el cocinero y su mujer simpatizaban con la chica y la invitaron a vivir con ellos durante algún tiempo, el griego le dio permiso para permanecer en el hotel hasta que el niño tuviera edad suficiente para viajar. La chica vivió algunos meses en el patio trasero con el cocinero y su mujer, y un día desapareció, sin el niño. Nadie volvió a saber de ella.

En cuanto Allal fue capaz de acarrear cosas, lo pusieron a trabajar. No tardó mucho en poder llevar cubos de agua desde el pozo que estaba detrás del hotel. El cocinero y su mujer no tenían hijos, así que Allal jugaba solo.

Cuando fue un poco mayor comenzó a explorar la meseta desierta alrededor del hotel. Allí arriba no había nada más que el cuartel, al que rodeaba un alto paredón de adobe rojo. Todo lo demás estaba abajo, en el valle: el pueblo, los huertos y el río que serpenteaba hacia el sur por entre

millares de palmas. Podía sentarse en un promontorio de roca en lo alto y mirar desde allí a la gente que andaba por las callejuelas del pueblo. Pasó bastante tiempo antes de que visitara el lugar y pudiera ver cómo eran sus habitantes. Como su madre lo había abandonado se reían de él y le llamaban hijo del pecado. Allal sentía que con esto querían convertirlo en una sombra para no tener que pensar en que existía y estaba vivo. Aguardaba con temor el momento en que tendría que ir todas las mañanas al pueblo a trabajar. Mientras tanto, ayudaba en la cocina y servía a los oficiales del cuartel y a los pocos automovilistas que viajaban por la región. En el restaurante recibía pequeñas propinas, y le daban comida y alojamiento gratis en un cubículo en el patio de los sirvientes, pero el griego no le pagaba ningún salario. Llegó el día en que esta situación comenzó a parecerle vergonzosa, y él mismo decidió bajar a vivir en el pueblo, donde se puso a trabajar con otros muchachos de su edad que ayudaban a fabricar los ladrillos de barro que la gente usaba para construir sus casas.

La vida en el pueblo no resultó muy diferente de como la había imaginado. Durante dos años se alojó en un cuarto detrás del taller de un herrero. No peleaba con nadie y ahorraba todo el dinero que no necesitaba para sustentarse. Lejos de hacer amigos, en este tiempo concibió un odio profundo por la gente del pueblo, que no le dejaba olvidar que era un hijo del pecado, y, por tanto, diferente de los demás —un maldito, *meskhot*[78]—. Más tarde encontró una casita, poco más que una choza, en los palmerales en las afueras del pueblo. El alquiler era bajo y nadie más vivía cerca. Se instaló allí, donde lo único que se oía era el viento entre los árboles, y hacía todo lo posible por evitar a la gente del pueblo.

Una calurosa tarde de verano, poco después de caer el sol, iba caminando por las arcadas que daban a la plaza principal del pueblo. Pocos pasos delante de él, un viejo de turbante blanco estaba intentando pasarse de un hombro al otro un pesado costal. De pronto, el costal cayó al suelo, y Allal vio con asombro dos figuras negras y ondulantes que salían del saco y desaparecían entre las sombras. El viejo se lanzó sobre el costal para hacerle un nudo en la boca, y comenzó a gritar:

¡Cuidado con las serpientes! ¡Ayúdenme a encontrar mis serpientes!

Varias personas dieron media vuelta y se alejaron por donde venían. Otras se quedaron mirando desde donde estaban. Algunos le gritaron al viejo:

¡Busque sus serpientes y sáquelas de aquí! ¿Por qué las trajo? ¡En este pueblo no queremos serpientes!

El viejo daba saltos de un lado para otro, y en medio de su angustia se volvió a Allal.

Cuídame esto un minuto, hijo mío.

Señaló el costal que estaba a sus pies en el suelo y, tomando un cesto que llevaba además del costal, dobló rápidamente la esquina y se metió por un callejón. Allal se quedó donde estaba. Nadie pasó cerca de él.

El viejo no tardó en volver, jadeante y triunfal. Cuando los mirones que estaban en la plaza lo vieron de nuevo, se pusieron a gritar, esta vez a Allal:

¡Muéstrale al *berrani*[79] la salida del pueblo! ¡Aquí no puede andar con esas cosas! ¡Fuera! ¡Fuera!

Recogiendo el pesado saco, Allal le dijo al viejo:

Vámonos.

Se alejaron de la plaza y atravesaron varias callejuelas hasta llegar al límite del pueblo. Entonces, el viejo alzó los

ojos, vio las palmas negras recortadas sobre el cielo del anochecer, y se volvió al niño, que estaba a su lado.

Vamos, repitió Allal, y tomó hacia la izquierda por el sendero pedregoso que llevaba a su casa. El viejo, confundido, no se movió.

Puedes quedarte conmigo esta noche, le dijo Allal.

¿Y estas?, dijo el viejo, y señaló primero el costal y luego el cesto. Tienen que quedarse conmigo.

Allal mostró los dientes al sonreír.

Pueden venir también.

Ya sentados en su casa, Allal miró el saco y el cesto.

Yo no soy como la demás gente del pueblo, dijo.

Le hizo bien oírse pronunciar estas palabras. Hizo una mueca de desprecio.

Les da miedo pasar por la plaza por una serpiente. Usted lo vio.

El viejo se rascó la barbilla.

Las serpientes son como la gente, dijo. Tienes que llegar a conocerlas. Así, pueden hacerse tus amigas.

Allal vaciló antes de preguntar:

¿Las deja salir de vez en cuando?

Siempre, dijo el viejo enfáticamente. No les cae bien estar encerradas. Tienen que llegar sanas a Taroudant, o el hombre no me las va a comprar.

Comenzó a contar la larga historia de su vida como cazador de serpientes, y explicó cómo iba a Taroudant todos los años para visitar a un hombre que las compraba para los encantadores de serpientes de la hermandad de los Aissaoua de Marrakech. Allal preparó el té mientras escuchaba, y sacó un bol con pasta de kif para comerla con el té. Más tarde, cuando estaban cómodamente sentados en medio del humo de la pipa de kif, el viejo soltó una risita. Allal se volvió para mirarlo.

¿Las saco?

¡Bueno!

Pero tienes que quedarte sentado sin hacer ruido. Acerca la lámpara.

Desató el costal, le dio una pequeña sacudida, y volvió a sentarse donde había estado. Luego, en silencio, Allal observó los cuerpos alargados que se movían con cautela hacia la luz. Entre las cobras había otras serpientes con dibujos tan delicados y perfectos que eran como la obra del lápiz y el pincel de un artista. Una de color rojo oro, la que se enroscaba perezosamente en el centro del suelo, le pareció especialmente hermosa. Mientras la miraba fijamente sintió un gran deseo de apropiársela y tenerla siempre con él.

El viejo estaba hablando.

He pasado toda mi vida con las serpientes, decía. Podría contarte un par de cosas sobre ellas. ¿Sabías que si les das *majoun*[80] puedes hacer que hagan lo que tú quieras, y sin decir una palabra? ¡Lo juro por Alá!

En la cara de Allal apareció una expresión de incertidumbre. No dudaba de lo que había dicho el otro, sino que se preguntaba cómo poner él mismo en práctica aquella información. Pues fue en ese momento cuando la idea de adueñarse de la serpiente se formó en su cabeza. Pensaba que, lo que hubiera que hacer, debía hacerlo enseguida, pues el viejo se iría por la mañana. De pronto sintió una gran impaciencia.

Guárdelas, así puedo preparar la cena, dijo en voz baja.

Se quedó sentado mirando con admiración la facilidad con que el viejo las fue cogiendo una por una por la cabeza para meterlas rápidamente en el costal. De nuevo, puso dos de las serpientes en el cesto, y una de estas, Allal se dio cuenta, era la de color rojo. En su imaginación podía ver el brillo de sus escamas a través de la tapa del cesto.

Allal comenzó a preparar la comida y trató de pensar en otras cosas. Luego, como a pesar de todo no podía sacarse la serpiente de la cabeza, comenzó a idear la manera de hacerse con ella. Estaba en cuclillas inclinado sobre el fuego en un rincón, y revolvió un poco de pasta de kif en un bol de leche, que dejó a un lado.

El viejo seguía hablando.

Fue buena suerte recuperar las dos serpientes así en medio del pueblo. Nunca se sabe lo que va a hacer la gente cuando se entera de que llevas un costal lleno de serpientes. Una vez, en El Kelaa, me las quitaron todas y las mataron una tras otra ante mis ojos. El trabajo de un año. Tuve que volver a casa y comenzar de nuevo.

No habían terminado de comer, cuando Allal vio que su huésped se adormecía. ¿Qué va a pasar?, se preguntaba. No era posible saber exactamente lo que debía hacer más tarde, pero le inquietaba la idea de tener que coger a la serpiente con las manos. Podría matarme, pensaba.

Al terminar de comer bebieron té y fumaron unas pipas de kif, y el viejo se tendió de espaldas en el suelo y dijo que iba a dormirse. Allal se levantó de un salto.

En la cara de Allal apareció una expresión de incertidumbre. No dudaba de lo que había dicho el otro, sino que se preguntaba cómo poner él mismo en práctica aquella información. Pues fue en ese momento cuando la idea de adueñarse de la serpiente se formó en su cabeza. Pensaba que, lo que hubiera que hacer, debía hacerlo enseguida, pues el viejo se iría por la mañana. De pronto sintió una gran impaciencia.

Guárdelas, así puedo preparar la cena, dijo en voz baja.

Se quedó sentado mirando con admiración la facilidad con que el viejo las fue cogiendo una por una por la cabeza para meterlas rápidamente en el costal. De nuevo, puso dos de las serpientes en el cesto, y una de estas, Allal se dio

cuenta, era la de color rojo. En su imaginación podía ver el brillo de sus escamas a través de la tapa del cesto.

Allal comenzó a preparar la comida y trató de pensar en otras cosas. Luego, como a pesar de todo no podía sacarse la serpiente de la cabeza, comenzó a idear la manera de hacerse con ella. Estaba en cuclillas inclinado sobre el fuego en un rincón, y revolvió un poco de pasta de kif en un bol de teche, que dejó a un lado.

El viejo seguía hablando.

Fue buena suerte recuperar las dos serpientes así en medio del pueblo. Nunca se sabe lo que va a hacer la gente cuando se entera de que llevas un costal lleno de serpientes. Una vez, en El Kelaa, me las quitaron todas y las mataron una tras otra ante mis ojos. El trabajo de un año. Tuve que volver a casa y comenzar de nuevo.

No habían terminado de comer, cuando Allal vio que su huésped se adormecía. ¿Qué va a pasar?, se preguntaba. No era posible saber exactamente lo que debía hacer más tarde, pero le inquietaba la idea de tener que coger a la serpiente con las manos. Podría matarme, pensaba.

Al terminar de comer bebieron té y fumaron unas pipas de kif, y el viejo se tendió de espaldas en el suelo y dijo que iba a dormirse. Allal se levantó de un salto.

¡Por aquí!, exclamó, y lo llevó hasta la pequeña alcoba donde tenía su estera. El viejo se acostó y se durmió inmediatamente.

Varias veces durante la próxima inedia hora Allal fue hasta la alcoba para mirar dentro, pero ni el cuerpo bajo el albornoz ni la cabeza envuelta en el turbante se habían movido.

Primero sacó su manta, y después de atar tres de sus puntas, la puso en el suelo, con la cuarta punta extendida en dirección al cesto. Luego colocó el bol de leche con pasta de kif sobre la manta. Mientras desataba la correa de la tapa

del cesto, el viejo tosió. Allal se quedó quieto, esperando a que el viejo dijera algo con su voz cascada. Una brisa suave había comenzado a soplar, y las hojas de las palmas hacían un ruido áspero al tocarse unas con otras, pero de la alcoba ya no llegó ningún sonido. Allal fue a gatas hasta el otro extremo del cuarto y se puso en cuclillas de espaldas a la pared, los ojos clavados en el cesto.

Varias veces le pareció ver que la tapa se movía ligeramente, pero una y otra vez se dijo a sí mismo que se había equivocado. Luego contuvo el aliento. La sombra al pie del cesto estaba moviéndose. Una de las criaturas se había deslizado al exterior por el lado invisible del cesto. Aguardó un rato antes de avanzar hacia la luz, pero cuando lo hizo, Allal respiró de nuevo con una oración de agradecimiento. Era la serpiente de colores rojo y oro.

Cuando por fin se resolvió a ir hasta el bol, describió un círculo completo a su alrededor y miró dentro desde todos los ángulos antes de meter la cabeza y descender hacia la leche. Allal la observaba, temeroso de que el extraño sabor del kif le repeliera. La serpiente no se movió de allí.

Aguardó media hora o más. La serpiente seguía inmóvil con la cabeza dentro del bol. De vez en cuando Allal dirigía una mirada al cesto para asegurarse de que la otra serpiente estaba allí todavía. Seguía soplando la brisa, que hacía que las hojas de las palmas se frotaran entre sí. Cuando Allal decidió que era el momento, se puso de pie lentamente y, sin perder de vista el cesto, donde al parecer la segunda serpiente dormía aún, alargó un brazo para agarrar las tres puntas atadas de la manta. Luego levantó la cuarta punta, de modo que la serpiente y el bol se deslizaran al interior del saco improvisado. La serpiente hizo un leve movimiento, pero a Allal no le pareció que estuviera enfadada. Sabía exactamente dónde iba a esconderla: entre unas rocas en el lecho seco del río.

Con la manta en una mano a cierta distancia de su pecho, abrió la puerta, y al salir las estrellas brillaron por encima de su cabeza. A poca distancia sendero arriba había un grupo de palmas altas, y luego se doblaba a la izquierda para bajar al *oued*[81]. Había un espacio entre los peñascos donde el bulto sería invisible. Lo introdujo con cuidado, y regresó deprisa a la cabaña. El viejo dormía.

Era imposible saber con certeza si la otra serpiente estaba todavía en el cesto, así que Allal tomó su albornoz y salió de nuevo. Cerró la puerta y se acostó en el suelo para dormir.

Antes de que saliera el sol el viejo despertó y, tumbado en la alcoba, comenzó a toser. Allal se levantó deprisa, entró en la cabaña y se puso a encender el fuego en el *mijmab*[82]. Un minuto más tarde oyó al otro que exclamaba: ¡Escaparon otra vez! ¡Se salieron del cesto! Quédate donde estás, voy a buscarlas.

Pasó poco tiempo antes de que el viejo soltara un gruñido de satisfacción. ¡Ya tengo la negra!, gritó. Allal no alzó los ojos desde el rincón en donde estaba acuclillado, y el viejo se le acercó agitando la cobra en una mano. Ahora tengo que encontrar la otra.

Guardó la serpiente y siguió buscando. Cuando el fuego comenzó a arder con fuerza, Allal se volvió y dijo: ¿Le ayudo a buscarla?

¡No! ¡No! Quédate donde estás.

Allal puso agua a hervir para hacer el té, mientras el viejo seguía dando vueltas a gatas y levantaba cajas y apartaba sacos. El turbante se le había soltado y tenía la cara cubierta de sudor.

Venga a tomar el té, le dijo Allal.

Las serpientes son muy listas, dijo el viejo. Pueden meterse en lugares que no existen. Ya moví todo lo que hay en esta casa.

Cuando terminaron de comer, salieron a buscar a la serpiente entre los troncos de las palmas, que crecían una muy cerca de la otra alrededor de la cabaña. Entristecido, seguro de que la serpiente se había escapado, el viejo volvió a entrar.

Era una buena serpiente, dijo por fin. Y ahora me voy a Taroudant.

Se despidieron, y el viejo levantó el costal y el cesto y se fue sendero arriba hacia la carretera.

Todo el día mientras trabajaba Allal estuvo pensando en la serpiente, pero aguardó hasta el anochecer para ir a los peñascos en el *oued* y sacar la manta. La llevó de vuelta a su casa en un estado de gran agitación.

Antes de desatar la manta puso leche y pasta de kif en un plato, que dejó en el suelo. Tomó él mismo tres cucharadas de la pasta y se sentó a esperar, tabaleando con los dedos en la mesa baja de madera donde servía el té. Todo ocurrió justo como lo había esperado. La serpiente salió de la manta con lentitud y no tardó en dar con el plato y comenzar a beber la leche. Mientras bebía, Allal siguió tabaleando; en cuanto terminó y alzó la cabeza para mirarlo, dejó de tocar, y la serpiente se arrastró de nuevo hasta el interior de la manta.

Más tarde esa misma noche, Allal le sirvió leche de nuevo y se puso a tabalear en la mesa. Después de un rato la serpiente sacó la cabeza, luego todo el cuerpo, y el ciclo se repitió en el mismo orden.

Aquella noche y todas las noches siguientes, Allal las pasó sentado con la serpiente, mientras con infinita paciencia se afanaba en hacerse su amigo. No intentó tocarla, pero pronto pudo hacer que apareciera y permaneciera frente a él cuanto se le antojara, con sólo tabalear sobre la mesa, para luego despedirla a voluntad. Durante la primera semana o poco más, utilizó la pasta de

kif; luego experimentó sin ella. Al final obtuvo los mismos resultados. Desde entonces la alimentó sólo con leche y huevos.

Luego, una noche mientras su amiga estaba elegantemente enroscada frente él, Allal comenzó a pensar en el viejo, y una idea que se formó en su mente expulsó de ahí a todas las demás. Hacía varias semanas que se le había terminado la pasta de kif, y decidió hacer un poco. Al otro día compró los ingredientes y después del trabajo preparó la pasta. Cuando estuvo lista, mezcló una buena cantidad con leche en un bol y lo dejó frente a la serpiente. Después tomó él mismo cuatro cucharadas, que acompañó con un vaso de té.

Enseguida se desvistió, empujó la mesa para tenerla a su alcance, y se tendió desnudo en una estera junto a la puerta. Esta vez no dejó de tabalear en la mesa aun después de que la serpiente hubo bebido toda la leche. Se había quedado completamente quieta y lo observaba, como si dudara que aquel golpeteo familiar proviniera del cuerpo cobrizo que tenía enfrente.

Al ver que la serpiente seguía inmóvil después de mucho tiempo sin dejar de mirarlo fijamente con sus ojos amarillos como de piedra, Allal comenzó a decirle una y otra vez: Ven acá. Sabía que el animal no podía oír su voz, pero creía que sí era capaz de sentir la urgencia de su llamado mental. Puedes hacer que hagan lo que tú quieras sin decir palabra, le había dicho el viejo.

Aunque la serpiente no se movía, Allal siguió repitiendo la orden, porque estaba seguro de que iba a obedecerle. Y después de otra larga espera, de pronto la serpiente bajó la cabeza y comenzó a avanzar hacia él. Llegó hasta su cadera y se deslizó a lo largo de una de sus piernas. Luego trepó por la pierna y se quedó un rato sobre su pecho.

El cuerpo era pesado y tibio; las escamas, de una suavidad maravillosa. Poco después la serpiente se enroscó para descansar en el espacio formado entre la cabeza y el hombro de Allal.

Ya la pasta de kif dominaba por completo la mente de Allal. Estaba tumbado ahí en un estado de gozo puro, y sentía la cabeza de la serpiente contra la suya, sin pensar en otra cosa que en el hecho de que él y ella estaban juntos. Los dibujos que veía formarse y derretirse detrás de sus párpados parecía que eran los mismos que cubrían el lomo de la serpiente. De vez en cuando, con un movimiento frenético, todos se elevaban en un gran torbellino y se fragmentaban para convertirse enseguida en un enorme ojo amarillo que estaba dividido a la mitad por una pupila vertical que palpitaba al ritmo de su propio corazón. Luego el ojo retrocedía a través de sombras y rayos de luz que se iban desplazando, hasta que sólo podían verse los dibujos de las escamas que vibraban con una insistencia renovada mientras volvían a fundirse y a separarse. Por fin el ojo volvió a aparecer, tan grande esta vez que su contorno ya no se veía, la pupila dilatada de tal forma que la apertura tenía tamaño suficiente para que él pasara al otro lado. Mientras miraba la oscuridad que había dentro, se dio cuenta de que una fuerza lo empujaba hacia adelante. Alargó las manos para tocar la superficie lustrosa del ojo a uno y otro lado, y al hacer esto sintió un tirón desde el interior. Se deslizó agujero dentro y lo engulló la oscuridad.

Al despertar Allal sintió que volvía de un lugar lejano. Abrió los ojos y vio junto a él algo que parecía el costado de un animal enorme con un pelaje basto y tieso. En el aire había una vibración recurrente que hacía pensar en el serpenteo de truenos lejanos en los confines del cielo. Suspiró, o imaginó que lo hacía, pues su respiración no produjo ningún sonido. Luego movió un poco la cabeza para

ver más allá de la masa de pelo que tenía al lado. Entonces vio la oreja, y comprendió que estaba mirando su propia cabeza desde el exterior. No había imaginado nada semejante; había esperado simplemente que su amiga entrara a compartir sus pensamientos con él. Pero no le pareció extraño; sólo se dijo a sí mismo que ahora veía a través de los ojos de la serpiente en lugar de los suyos propios.

Entendió entonces por qué la serpiente había sido tan desconfiada; desde donde estaba, el muchacho parecía una criatura monstruosa, con aquella cabeza de pelo erizado y la respiración que vibraba en su pecho como una tormenta lejana.

Se desenroscó y se deslizó por el suelo hacia la alcoba. En la pared de adobe había una hendidura lo bastante ancha para permitirle salir. Pasó al otro lado con dificultad y se quedó en el suelo extendido cuan largo era bajo la cristalina luz de la luna, admirando la rareza del paisaje, donde las sombras no eran sombras.

Se arrastró alrededor de la cabaña y siguió camino arriba hacia el pueblo, gozando de una sensación de libertad diferente de cualquiera que hubiera imaginado hasta entonces. Era como no tener cuerpo; la piel que lo cubría era una con él. Era maravilloso acariciar la tierra con toda la largura de su vientre mientras avanzaba por el camino silencioso y distinguía en el viento las vetas de olor acre del ajenjo. Cuando el muecín llamó desde el almenar y su voz se extendió por encima del campo, no la oyó, ni supo que antes de una hora la noche habría terminado.

Al ver a un hombre camino adelante, se hizo a un lado para esconderse tras una roca y dejar que pasara el peligro. Pero a medida que se iba acercando al pueblo aparecía más gente, de modo que descendió a la profunda acequia que corría junto al camino. Aquí, las piedras y las marañas de

plantas muertas le impedían avanzar. Seguía reptando con dificultad por el suelo de la acequia, bordeando las rocas a través de enredados laberintos de tallos secos arrastrados por el agua, cuando empezó a amanecer.

La llegada del día lo puso ansioso y triste. Trepó al borde de la acequia y alzó la cabeza para escrutar el camino. Un hombre que pasaba lo vio, se quedó inmóvil un momento, dio media vuelta y salió corriendo. Allal no esperó; ahora lo que quería era estar de vuelta en casa cuanto antes.

De pronto, sintió el golpe sordo de una piedra que dio en el suelo detrás de él. Se dejó caer deprisa por el borde de la acequia y, retorciéndose, rodó por el talud hasta el fondo. Conocía el terreno: donde el camino cruzaba el *oued* había dos alcantarillas, no muy lejos una de otra. Vio a cierta distancia a un hombre con una pala; escudriñaba la acequia. Allal siguió avanzando, seguro de que llegaría a la primera alcantarilla antes de que el hombre pudiera alcanzarlo.

El suelo del túnel debajo del camino estaba alfombrado con estrías de arena endurecida. El olor de las montañas estaba en el aire que lo atravesaba. Pudo esconderse en algún recoveco ahí abajo, pero siguió arrastrándose hasta llegar al otro extremo. Luego fue hasta la segunda alcantarilla y pasó debajo del camino en la dirección opuesta, para salir de nuevo a la acequia. Detrás de él, junto a la boca de la primera alcantarilla, se habían reunido varios hombres. Uno de ellos estaba de rodillas y tenía la cabeza y los hombros dentro del hoyo.

Con la mirada fija en el grupo de palmas al costado de su cabaña, Allal comenzó a avanzar en línea recta por el campo descubierto. Acababa de salir el sol y las piedras comenzaban a proyectar largas sombras azuladas. De repente un niñito salió de detrás de unas matas al lado del camino, y al ver a Allal, atemorizado, abrió mucho los ojos y la boca. Estaba tan cerca que Allal arremetió contra él y le

mordió la pierna. El niño salió corriendo como un loco hacia el grupo de hombres que estaban en la acequia.

Allal continuó deprisa hacia la casa, sin mirar atrás hasta que llegó a la grieta entre los bloques de adobe. Varios hombres corrían hacia él por entre los árboles. Se deslizó velozmente al interior de la alcoba. El cuerpo cobrizo seguía tumbado junto a la puerta. Pero ya no había tiempo, y Allal necesitaba tiempo para volver a entrar en él, para tenderse junto a su cabeza y decirle: Ven acá.

Mientras observaba el cuerpo inerte en el otro extremo del cuarto, hubo un violento aporreo en la puerta. El muchacho se puso de pie con el primer golpe, como si le hubieran tocado un resorte, y Allal vio con desaliento la expresión de perfecto espanto en su cara, los ojos desposeídos de inteligencia. Estaba de pie, jadeante, y apretaba los puños. La puerta se abrió y unos hombres se asomaron a mirar dentro. Entonces, con un bramido, el muchacho bajó la cabeza y se lanzó hacia adelante para salir de la *cabaña*. Uno de los hombres alargó un brazo para detenerlo, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Un instante después todos se volvieron y empezaron a correr por el palmeral detrás de la figura desnuda.

Aunque de vez en cuando lo perdían de vista, podían oír sus gritos, y entonces volvían a verlo, corriendo siempre por entre los troncos de las palmas. Tropezó finalmente y cayó de cara. Fue entonces cuando lo atraparon, lo ataron, cubrieron su desnudez y se lo llevaron, con la intención de mandarlo unos días más tarde al hospital de Berrechid.

Aquella tarde el mismo grupo de hombres volvió a la casita para llevar a cabo la busca que habían querido hacer más temprano. Allal estaba dormitando en la alcoba. Cuando despertó, los hombres ya habían entrado. Se volvió para meterse por el agujero. Vio al hombre que aguardaba fuera, garrote en mano.

Había contenido siempre la rabia en su corazón; en ese momento se desató. Como si su cuerpo hubiera sido un látigo, saltó para caer en medio del cuarto. Los hombres que tenía más cerca estaban de rodillas con las manos en el suelo, y Allal se dio el gusto de hundir los dientes en dos de ellos antes de que un tercero le cortara la cabeza con un hacha.

La leyenda de los durmientes

Danilo Kiš

(1983)

Traducción de Nevenzca Vasiljevic

Permanecieron en la caverna trescientos años,
A los cuales hay que añadir aún nueve años.

El Corán, Sura XVIII. («La caverna»), 24

I

Yacían boca arriba, sobre una húmeda y áspera lana de cabra, ya algo enmohecida por la humedad y raída aquí y allá, debido a sus movimientos, a sus torsiones, a sus huesos allí donde sus cuerpos tocaban el pelo de camello, bajo la cabeza, bajo los omóplatos, bajo los codos, en la protuberancia de la pelvis, bajo los talones y las pantorrillas, duras como ruecas.

Yacían boca arriba, con las manos cruzadas en señal de oración, como tas de los muertos, sobre la lana húmeda y enroñada que se desgastaba bajo sus cuerpos, movidos tan sólo por sus escasas e inconscientes torsiones de durmientes cansados, durmientes cansados de la vida y de sus movimientos, pero durmientes al fin; porque sus miembros seguían desplazándose de forma imperceptible para el ojo humano, y la lana se desgastaba bajo sus cuerpos allí donde estaba oprimida contra la roca desnuda de la caverna por el peso de su sueño y de sus cuerpos petrificados, allí donde estaba sometida a los deslizamientos del barro humano, al roce de los huesos contra la húmeda y áspera lana de cabra, a la fricción de la lana contra la roca de la caverna, dura como el diamante.

Yacían boca arriba en su quietud de grandes durmientes, pero los desplazamientos de sus miembros en la oscuridad del tiempo desgastaban debajo de ellos la lana húmeda, roían el tejido de pelo de camello que iba erosionándose imperceptiblemente, como cuando el agua, unida al tiempo, va cavando el duro corazón de la piedra.

Yacían boca arriba en la oscura caverna del monte Celio, con las manos cruzadas en señal de oración, como las de los muertos, los tres, Dionisio y su amigo Malus, y un poco más

lejos Juan, el bienaventurado pastor, con su perro llamado Quitmir.

Bajo sus párpados abatidos por el peso del sueño, bajo sus párpados recubiertos con el bálsamo y la cicuta del sueño, no asomaba la media luna verdosa de sus ojos muertos, pues la oscuridad era muy profunda, la húmeda oscuridad del tiempo, las tinieblas de la caverna de la eternidad.

Las paredes y los techos de la caverna rezumaban el agua eterna, gota a gota, y esta fluía con un murmullo apenas audible por las venas de la roca como la sangre por las venas de los durmientes, y de vez en cuando una gota caía sobre sus cuerpos entumecidos, sobre sus caras petrificadas, corría por las arrugas de la frente para caer en el pabellón del oído, se detenía en los pliegues arqueados de los párpados, rodaba por el glóbulo verdoso de los oíos como una lágrima helada, quedando retenida entre las pestañas de unos ojos petrificados.

Pero no despertaban.

Sordos, el oído sellado por el plomo del sueño y la pez de la oscuridad, yacían inmóviles, ensimismados ante las tinieblas de su ser, tinieblas del tiempo y de la eternidad que había petrificado su corazón de durmientes, que había detenido su aliento y el movimiento de sus pulmones, que había helado el rumor de la sangre en sus venas.

Sólo crecían sus cabellos y sus barbas, el vello de su cuerpo y el vello de sus axilas, alimentados por la humedad de la caverna y la inmovilidad de los cuerpos, estimulados por las cenizas del olvido y la exaltación de los sueños, sólo crecían sus uñas, con leves crujidos, imperceptiblemente, igual de imperceptiblemente que el agua construye y destruye, mientras dormían.

II

El más joven, Dionisio, que tenía una rosa prendida en el corazón y yacía entre Juan, el pastor, y su amigo Malus, fue el primero en despertar, de repente, como acariciado por el viento del tiempo y del recuerdo. Lo primero que oyó fue el rezumar del agua por las bóvedas de la caverna, lo primero que sintió, una espina clavada en su corazón. Bañada por el silencio, su conciencia de durmiente cansado, su conciencia sumergida en la húmeda oscuridad de la caverna, no pudo emerger de inmediato, pues su cuerpo estaba entumecido por su largo descanso y su alma turbada por los sueños.

Invocó el nombre de su Señor e invocó el dulce nombre de Prista, y recordó todo lo sucedido, lo recordó con el terror de un moribundo y la felicidad de un enamorado. Pues lo que había sucedido con su alma y con su cuerpo, ya no sabía cuándo, le parecía de nuevo ser un sueño, tal vez no fuera de nuevo más que un sueño, la pesadilla de la vida y la pesadilla de la muerte, la pesadilla de un amor insaciado, la pesadilla del tiempo y de la eternidad.

Sentía a su lado, a su izquierda y a su derecha, los cuerpos yertos en un sueño profundo, los cuerpos de Juan el pastor y de Malus, su amigo, los sentía aunque durmieran sin un soplo, sin un movimiento, mudos, como momificados, incluso sin olor alguno a cuerpo humano, incluso sin el hedor de la carne humana en descomposición; sentía la presencia de su inmaterialidad, intuía hacia la izquierda, junto a las piernas de Juan, el cuerpo inmaterial y momificado del perro del pastor, que yacía al lado de su amo, con sus patas delanteras extendidas, centinela perdida velando su sueño de muerto.

III

El cuerpo petrificado, los miembros entumecidos sobre la lana raída cuya humedad no sentía, Dionisio separó con esfuerzo sus dos manos cruzadas sobre el pecho, sus dedos rígidos tras el sueño y la inmovilidad, que parecían haberse soldado los unos a los otros, y se acordó de su cuerpo y de su materialidad, se acordó de su corazón que de pronto revivía en él; y revivían sus entrañas y sus pulmones, y sus ojos sellados por el plomo del sueño, y su sexo, dormido y helado, tan lejano como lejos estaba de él el pecado.

Y su conciencia volvió al corazón de la caverna, a su oscuridad opaca y densa como la pez, y trató de percibir la eterna clepsidra del tiempo, porque quería volver a colocar su inmaterialidad en el tiempo, su conciencia y su cuerpo en el corazón del tiempo, quería volver atrás, a un tiempo anterior a este sueño y a esta caverna. Y recordó primero el dulce nombre de Frisca, porque ella habitaba sus sueños y su realidad, su corazón y el corazón del tiempo, el corazón del sueño y el corazón del despertar.

Al principio no supo qué hacer, pues no quería despertar a sus compañeros de sueño, cansados y aún dormidos, cómplices de los mismos ensueños, así que sumergió su propia conciencia en el río del tiempo, para separar el sueño de la realidad, para situarse, coa la ayuda de su conciencia y de sus recuerdos, y con la ayuda de su Señor, a quien dirigía su oración.

Pero en su interior no había más que el recuerdo de su propio sueño y de su despertar, el de antes y el de ahora, en su interior aún no había más que una oscuridad absoluta, como antes de la creación, como antes de la vida, cuando el

Señor aún no había desligado el sueño de la realidad, ni la realidad del sueño.

Y si no hubiese sido por la rosa prendida en su corazón, si no hubiese sido por el dulce nombre de Prisca, por su recuerdo que llevaba grabado en el cuerpo, si no hubiese sido por su presencia en su corazón, en su piel, en su conciencia, en sus entrañas vacías, seguramente aún no se habría despertado.

IV

Porque ya no era la Prisca de antes, la Prisca del sueño anterior, aquella que había hallado ante la puerta de su sueño anterior, en el corazón de su anterior despertar. ¡Ay! , ya no era la misma Prisca, a quien se había prometido para la eternidad, ya no era su Prisca del sueño anterior y de la realidad anterior, ya no era, y que Dios le perdonara, la misma mujer, Prisca, la hija del rey Decio, enemigo del cristianismo, no era el mismo sueño con la misma mujer, ya no era su Prisca que se había prometido a él para la eternidad, sino otra mujer con su mismo nombre y muy parecida a ella, pero no era la misma Prisca, aunque por su estatura se pareciera a ella; pero no, no era ella.

E invocó el recuerdo vivo, dolorosamente vivo, de su imagen, la imagen de su Prisca, pero ahora aparecía la imagen de dos mujeres confundidas en una sola en el tiempo y en su memoria, y en ello ya no existían límites ni fronteras, porque estaban hechas del polvo y de las cenizas de dos recuerdos, del barro de dos creaciones consecutivas, a las que el sueño había insuflado un alma, la suya.

Y estas dos imágenes se condensaban en una sola en su conciencia, en su recuerdo, moldeaba el barro del que estaban hechas, y ya casi no podía distinguir a las dos mujeres, los dos sueños, sino sólo una, Prisca, la de los ojos almendrados, su Prisca, la de ahora y la de antes, y este recuerdo le dio la alegría y la fuerza suficientes para sacarle del sueño, pero no para poner en movimiento sus miembros entumecidos, pues se asustó de sus propios pensamientos en el momento de arrollar el hilo de sus recuerdos, de acordarse de todo lo sucedido antes de este sueño.

V

Y vio el resplandor de las antorchas prendidas sobre sus cabezas, como estrellas, bajo la bóveda de la caverna, y recordó y oyó el murmullo de la muchedumbre que se había congregado alrededor de ellos, luego el silencio que reinó por un instante y el grito y la huida del gentío cuando Juan alzó las manos al cielo e invocó el nombre del Señor.

¿Acaso era un sueño? ¿Era acaso el sueño de un sonámbulo, un sueño dentro de otro sueño, y por lo tanto más real que el verdadero sueño, por no permitir que se midiera su fuerza con la del despertar, con la de la conciencia, puesto que de este sueño se despenaba de nuevo en otro sueño? ¿O se trataba sólo de un sueño divino, un sueño de la eternidad y del tiempo? Un sueño sin ilusiones y sin dudas, un sueño provisto de lengua y de sentidos, un sueño no sólo del alma sino también del cuerpo, sueño de la conciencia tanto como del cuerpo, sueño de contornos claros y precisos, con su propio idioma y sus propios sonidos, un sueño palpable, un sueño que se puede sentir con la lengua, el olfato y el oído, un sueño más fuerte que la realidad, un sueño que probablemente tengan un sólo los muertos, un sueño que no permite ser negado con el filo de la navaja con la que recortas tu barba, pues la sangre brotaría en seguida, y todo lo que barias no sería más que la prueba de tu conciencia despierta y de la realidad, en este sueño sangra la piel y sangra el corazón, en él se alegra el cuerpo y se alegra el alma, en él no hay más milagros que la vida; el despertar de este sueño se halla en la muerte.

Ni siquiera tuvieron tiempo de despedirse, pues cada uno de ellos estaba ocupado con su propia alma, y con el perdón de sus pecados, y cada uno para sí, luego a coro, se pusieron

a susurrar oraciones entre sus labios secos, porque sabían que la gente volvería, que sólo habían ido a buscar a los legionarios de Decio o a preparar las jaulas con las fieras, dejando a un guarda en el umbral de la caverna, hasta que todo estuviera listo para su masacre, con la que la chusma, un montón de impíos, disfrutaría.

VI

Volvieron con antorchas y faroles que iluminaron la caverna con una nueva y potente luz, vinieron entonando cánticos y salmos; los niños llevaban faroles e iconos, y la caverna se iluminó con sus cánticos religiosos y sus oraciones, las voces de los sacerdotes resonaban en la roca de la caverna, mientras que las voces de los niños, todos ellos muchachos vestidos de blanco, formaban como un coro de ángeles celestiales.

La caverna no tardó en llenarse del humo de las antorchas y de olor a incienso, todos cantaban en voz alta a la gloria del Señor, los sacerdotes y los niños y ellos tres, Dionisio, Malus y Juan, el bienaventurado pastor, cantaban con ellos a coro los salmos a la gloria de Jesús de Nazaret, el hacedor de milagros y el redentor.

¿Acaso era también esto un sueño? ¿Era una visión o estaban ya en las puertas del paraíso? ¿Era el final de su pesadilla y de sus alucinaciones, o era su asunción?

Los miraba con el alma confusa, igual que ellos los miraban a ellos tres, como desde lo alto de un palco. Y vio en el resplandor de las antorchas sus caras y sus ropas, y quedó atónito, porque estas ropas eran de una tela muy fina, porque eran de color escarlata y cochinilla, porque eran de piel de carnero teñida de rojo, porque llevaban adornos de oro, de plata y de bronce. Y sujetaban ante sí los iconos en los que brillaban el oro, la plata y las piedras preciosas.

VII

Entonces salieron de entre la muchedumbre unos cuantos jóvenes de brazos musculosos, se inclinaron ante ellos e hicieron el signo de la cruz, les besaron los pies y las manos, luego los levantaron uno por uno, tan fácilmente como si hubiesen sido niños, y se pusieron en marcha por el suelo irregular de la caverna, llevándolos con cuidado, como si hubiesen sido iconos, apenas sin tocarlos con sus vigorosas manos, mientras que el gentío alumbraba sus pasos y su camino sin parar de cantar salmos a la gloria del Señor.

En cabeza llevaban a Juan, el bienaventurado pastor; tenía las manos cruzadas en señal de oración, y susurraba su sencilla oración que Dios prefiere a todas las demás; detrás de él llevaban a Malus, con su larga barba blanca, a él también le habían envuelto en ropas claras, bordadas de oro, y justo detrás de ellos se balanceaba suavemente, como en una barca, en los fuertes brazos de los porteadores, él, Dionisio.

¿Acaso era también esto un sueño?

Y vio las cabezas afeitadas de los jóvenes sobre cuyas espaldas yacía como en una camilla su cuerpo, que a él mismo le parecía ligero como el de un niño o el de un viejo impotente. ¿Acaso era también esto, esta asunción, un sueño? Y estos cánticos, y los ojos de los jóvenes que lo transportaban sin atreverse a alzar sus miradas bacía él, de modo que no veía más que frondosas cejas al final de sus frentes bajas, y párpados medio abatidos bajo sus pestañas; y los cuellos vigorosos y las cabezas desnudas, iluminadas por las antorchas de los que llevaban a Malus delante de él, cuesta arriba, como hacia el cielo y el paraíso celestial, mientras que la muchedumbre, de pie a ambos lados,

blandía las antorchas encendidas y los faroles, sin que él se atreviera a mirarles a tos ojos, aunque sólo fuera por un instante, para descubrir, bajo los párpados entreabiertos, el glóbulo vacío y de un blanco verdoso del ojo de estos sonámbulos dormidos que caminaban y cantaban salmos y rezos en sueños; que en su sueño profundo, en su sueño de sonámbulos, los conducían a los tres, salvando los torbellinos de piedra de la caverna, salvando las profundas grietas y las rocas resbaladizas, a través de enormes y espaciosas salas y de templos de espuma cristalina, a través de angostos corredores limitados por bóvedas bajas.

¿Y de dónde les venía esta seguridad en el andar, esta paz sublime con la que salvaban todos los peligros, llevando su carga con destreza y habilidad, apenas sin tocarla con sus vigorosas manos?

Intentaba en vano resolver sus dudas, encontrar una mirada, un ojo humano en el que ver su imagen, en el que encontrar su propia mirada, el reflejo de su conciencia despierta. Sí al menos hubiese podido capear la mirada de un niño, de uno de estos ángeles, de pie a ambos lados del camino, vestidos de blanco, a su izquierda y a su derecha, por encima de él, en un palco de cristal, como en un templo; pero era en vano. En cuanto le parecía que sus ojos encontraban los ojos humanos y angelicales de algún niño, en cuanto le parecía que uno de ellos buscaba su mirada, en cuanto volvía sus ojos hacia él, este desviaba su mirada, abada sobre sus ojos el velo de sus párpados de plomo y sus densas pestañas, mientras proseguía un cántico, con los ojos ya del todo cerrados, su boca redonda seguía abriéndose y cerrándose como la de un pez, y él, Dionisio, sentía que en esta mirada oculta, en esta boca de pez, había algo de hipocresía, de ausencia intencionada, de miedo o de respeto, o de la torpeza del sonámbulo.

Porque sólo podían andar de este modo los sonámbulos, conducidos a través de los precipicios por la mano del Todopoderoso, por la audacia de los que no ven la profundidad del abismo bajo sus pies, por la locura de los que son arrastrados por la fuerza de su antigua divinidad, la fuerza pagana de su cuerpo que todavía recuerda la fe de sus mayores que adoraban a la luna; sus pasos y sus brazos extendidos, todo ello es adoración de la Luna, diosa pagana, desde la cual les llaman las almas de sus antepasados, pues ese caminar no es más que la llamada de la sangre y la llamada del tiempo; y él mismo no se atrevía a pronunciar ni una sola palabra, por miedo a despertar a estos paganos dormidos, a estos sonámbulos reunidos en esta caverna para celebrar su festividad, la de su diosa pagana, porque afuera brillaba sin duda la luna llena.

VIII

Y no se atrevía a pronunciar ni una sola palabra, salvo las de su oración que susurraba para sí entreabriendo apenas sus labios secos, por miedo a despertarse él también de este hechizo sonámbulo y de que todos se precipitaran en las oscuras profundidades, por encima de las que le llevaban ahora, hollando descalzos y con silenciosas pisadas el suelo húmedo de la caverna, iluminada por d resplandor de sus húmedos destellos, su voz y su despertar los arrastrarían a todos por el oscuro precipicio del que los estaban sacando ahora a ellos tres sobre sus hombros, cuesta arriba, y todos se despeñarían en el terror del despertar, por el abismo que se abría bajo sus pies, por la oscura garganta de la caverna, hasta la que no llegaba ni la luz de las antorchas, pero cuyas profundidades y simas sin fondo estaban presentes en su conciencia despierta de sonámbulo: oyó una piedra desprenderse bajo los pies descalzos de quienes lo transportaban, y rodar cuesta abajo botando de roca en roca, sonora y veloz, luego cada vez más silenciosa y lenta, perdiéndose como un eco; el ruido no había cesado, se había apagado, pues la piedra no había tocado el fondo, como tampoco podía alcanzarlo su conciencia despierta/dormida.

¿Era un sueño, o una ilusión sonámbula de su conciencia medio dormida, un sueño de su cuerpo pagano, de antepasados paganos, adoradores de la diosa-luna, de la diosa-luna llena, estos antepasados que ahora le llamaban? Afuera brillaba sin duda la luna llena u otra fase, se despertaban las almas de sus antepasados, fas almas de los predecesores maternos y paternos llamaban a su cuerpo pagano, atraían su sangre pagana.

¿O era acaso la asunción de su alma, el momento en el que el alma se separaba del cuerpo, el alma cristiana de un cuerpo pagano, el cuerpo pecador de un alma pecadora, a la que le había sido concedida la gracia, a la que le habían sido perdonados los pecados?

¿Era acaso un sueño, este perro que transportaban al lado de Juan, que llevaban en sus brazos como al Cordero de Dios? ¿Y aquel niño que abrazaba contra su pecho al perro Quitmir como al cordero ofrendado o al ídolo pagano, llevándolo a través de las simas y de los precipicios, estrechándolo contra su pecho como el Buen Pastor, los ojos clavados en el suelo, sin atreverse él tampoco a mirar los turbios ojos color verde cárdeno de Quitmir, velados por la catarata del sueño, sus ojos verdes y cárdenos como una ciruela, sus ojos entreabiertos, casi apagados y ciegos? Tampoco él, Dionisio, podía captar la mirada de Quitmir, ahora que el niño y el perro se habían detenido a su lado a la entrada del angosto pasaje, para ceder el paso a quienes los transportaban, agachándose hasta el suelo, casi gateando; y él, Dionisio, se sentía como si hubiese estado flotando por encima de las piedras, siempre en la misma postura, medio tumbado, con la cabeza ligeramente levantada y recostada en el pecho de uno de los que le llevaban, y lo único que oía era el jadeo contenido de sus porteadores. Ya no se veía ni al niño ni a Quitmir, porque el niño se había detenido a la entrada del angosto pasaje para ceder el paso a quienes los transportaban a ellos tres, a Juan, a Malus y a él, Dionisio, se habían detenido bajando la mirada a la entrada del angosto desfiladero para esperar su tumo, sin dejar de estrecharlo entre sus brazos, a Quitmir el de los ojos cárdenos.

IX

Desde las dos bocas del angosto pasaje llegaba una luz trémula, que apenas se percibía a su espalda, mientras que por delante de él, hacia el final del pasillo, iba volviéndose más y más fuerte, penetrando entre los afilados dientes de la enorme mandíbula batiente de Polifemo, pues sin duda era aquello: el antiguo umbral de la caverna, del que se había vuelto a acordar ahora, como también se acordaba de las historias que Juan, el bienaventurado pastor, les contaba antaño, durante su primer sueño, o su primera realidad; el pasaje se había ensanchado, o era sólo una impresión, y desde lo aleo de los hombros de sus porteadores podía ver cómo la roca de la caverna había sido dañada en aquel lugar, veía los colmillos con el pico roto, brillante y aplanado, cristalinos y blancos, con cortes sesgados y recientes, inmaculados y resplandecientes como la sal, sobre pequeños raigones color de herrumbre.

¿Era acaso un sueño?

Estos tullidos que empezaron a arrastrarse a sus pies, a retorcerse como gusanos, a besarlos los pies y las manos, antes de que los robustos porteadores hubieran conseguido sacarlos de la caverna. ¿Era acaso un sueño?, este umbral de la caverna, al que recordaba gracias a las manchas de su bóveda, a los dibujos grabados sin duda por los pastores con una piedra o un cuchillo, en la dura roca, lo recordaba porque antaño habla falsos ídolos y cabezas de burro dibujados por la mano pecadora de los pastores, y había dibujos lascivos, en las paredes, a alturas que alcanzaba la mano del hombre, y había un hedor a excrementos humanos.

Y ahora, estos dibujos lascivos y estas cabezas de burro habían sido borrados, aún se percibían sobre la piedra huellas recientes allí donde habían sido frotados y raspados, y el olor a excrementos humanos había desaparecido, pues sin duda habían evacuado los excrementos; en las paredes de la caverna ardían ahora faroles y teas olorosas atizonadas en las grietas, la bóveda estaba tapizada de flores y de coronas de laurel y de iconos rebordeados con oro, mientras que el suelo estaba cubierto de una alfombra de flotes que los porteadores iban pisando con sus pies descalzos, y la muchedumbre cantaba salmos y susurraba oraciones.

Los ciegos y los tullidos se arrastraban a sus pies, retorciéndose como gusanos, besaban su cuerpo y le imploraban con palabras roncas y terribles, le imploraban en nombre del amor y de la fe, del sol y de la luna, de la vida y de la muerte, del infierno y del paraíso, le imploraban y le suplicaban que les devolviera la vista y les curara las heridas y sus miembros muertos, que les devolviera la luz del día y la luz de la fe.

¿Eran un sueño o una pesadilla estos lisiados que mendigaban e imploraban, estos infelices que peleaban a muletazos y a arañazos por la gracia de su cuerpo, la gracia de su curación? ¿Era acaso un sueño? Su propia incapacidad para pronunciar una sola palabra, para hacer lo que fuera por estos infelices, por estos tullidos que los jóvenes robustos apartaban del camino de la procesión, que empujaban hada los lados haciendo caso omiso de su ceguera y de su impotencia, de su invalidez y de su parálisis, ¿era acaso un sueño? Su propia incapacidad para situarse en este milagro, en este sufrimiento y en esta ineptitud suya, esta incapacidad para hacer lo que fuera por estos desgraciados que mendigaban e imploraban, para confesarles su propia ineptitud, para pedirles su gracia, para pedirles una palabra humana, para rogarles que le creyeran,

que creyeran en su impotencia, para ganarse su confianza con sus juramentos y súplicas, y conseguir que le dijeran lo que le estaba sucediendo, si todo esto era un sueño, estos ojos muertos y ciegos que se alzaban hacia él, vacíos y horribles, con sus espantosas escleróticas inyectadas de sangre, estos ojos ciegos que le buscaban y le encontraban, pues eran los únicos ojos que había conseguido ver, los únicos ojos que se habían vuelto hacia él, que se habían dignado volverse hacia él, porque ni siquiera los tullidos que se arrastraban sobre sus muñones y le besaban los pies con sus labios helados, ni siquiera ellos se habían dignado mirarle, no alzando hacia él más que sus brazos amputados, en un semiabrazo, juntando sus muñones en una horrible semioración que acababa a la altura de los codos, en los pliegues y en las costuras monstruosas de sus medios-miembros mutilados.

¿Era una pesadilla, esta ascensión suya? ¿Era la pesadilla del purgatorio por el cual pasaba el cuerpo? ¿Era el último castigo y la última amonestación a su cuerpo pecador, esta escena del horror humano, para que el alma pudiera recordar el infierno, antes de su asunción?

¿Era una pesadilla, o sólo el calvario de su cuerpo y de su alma, el infierno mismo, al que llevaban su cuerpo para asarlo y descuartizarlo, mientras que esta plegaria y estos cánticos religiosos, esta luz y este camino en brazos, a alas de los ángeles, no era más que la última tentación a la que se veía sometida el alma pecadora, para recordarle al alma el paraíso perdido, los jardines del paraíso y las delicias del paraíso que no había mercado, por lo que el Señor lo conducía en alas de los ángeles caídos, por la orilla de estos jardines, para que su alma sintiera la voluptuosidad y las delicias, para que sintiera el perfume del incienso y del olíbano, la dulzura de la oración, para que le resultaran aún más penosos los sufrimientos del infierno, pues en su

recuerdo resonarían las plegarias y los cánticos, pues en su recuerdo vivirían los perfumes de las teas olorosas y del incienso, pues en su memoria viviría la luz, la intuición de la luz celestial?

X

¿Era un sueño? ¿Era acaso un sueño, esta luz del día? Esta luz que le inundó de pronto al retroceder el gentío del umbral de la caverna, al abrirse una puerta en la pared de la masa que se había reunido en el lugar, y apareció una nueva luz, sin duda divina, una luz olvidada, a la vez lejana y próxima, la luz de un día soleado, la luz de la vida y de la vista clara.

Primero no vio más que la bóveda azul del cielo, lejana, iluminada por su propio resplandor, azul celeste, muy por encima de su cabeza, un mar celestial azul, tranquilo y sereno, rebosante en su propia pleamar; entonces le pareció ver en este suave azul del cielo algunas nubes blancas, no los corderos celestiales, no un rebaño, un rebaño celestial blanco pastando, sino tan sólo algunas hebras de lana blanca, flotando en la pleamar de la bóveda azul, lo justo para que el ojo humano, para que su ojo, no dudara de este azul celeste, lo justo para que su alma no se pusiera a divagar.

Porque era sin lugar a dudas la luz del día y era sin lugar a dudas la luz azul del cielo y de su asunción; ¿o era también esto un sueño? Este fulgor que hizo que sus ojos se cerrasen solos, incluso antes de que hubiesen salido del todo de la caverna, balanceado como en una barca, sobre los vigorosos hombros de sus porteadores, y esta luz le salpicó como si fuera agua, y su alma se sumergió en esta ola azul y centelleante como en el agua bautismal, hasta la garganta, y quedó inmerso en el caliente bienestar de una luz que procedía de un lejano recuerdo de su alma, de un lejano sueño, le azocó los ojos como una iluminación y como la llama de tas alas de los ángeles, y cerró con fuerza los

ojos, los cerró hasta dolerle, pero ahora ya no era para protegerse de las tinieblas y de las alucinaciones, sino de la luz; y sintió esta diferencia, la sintió por debajo de sus párpados firmemente abatidos, porque en su conciencia, en algún punto en el medio de su frente, en alguna parte detrás del hueso frontal, en el centro, justo entre los dos ojos, en la raíz del nervio óptico y en el mismo corazón de la vista, giraron volutas púrpuras, púrpuras y moradas, y cárdenas y amarillas y verdes, luego otra vez púrpuras, y no cabía duda de que era la luz y no una ilusión, o tal vez fuera tan solo una ilusión de la vista, ¡pero era la luz!

XI

Al menos de que, ¡ay!, esto también fuera un sueño, una ilusión del cuerpo, una ilusión de la vista, la ilusión de un sonámbulo que había cruzado los límites y las fronteras de la noche y de la luna, los límites del alba y del claro de luna, que había puesto un pie en el día y en la luz del sol poniente, divinidad eterna en eterna lucha con la diosa Luna, y que en este momento venía a disipar la engañosa y falsa luz de la diosa derrocada, su enemiga. ¡Pero era la luz! No una luz trémula y débil que se consume y se gasta por sí misma, que se enciende y se apaga por sí misma, que se persigue y se ahoga a sí misma, que arde en su propia llama y en su propio humo, en su propia vacilación y su propia exaltación, en su propia brasa y en su propio tizón. ¡Era realmente la luz!

No la fría luz de la luna, sino la luz del día, la luz del sol que traspasa los párpados firmemente abatidos, una luz que se infiltra en la espesa trama de las pestañas, como una llama roja, que se infiltra en los poros de la piel, la luz del día que se siente con cada parte del cuerpo, al emerger de la oscura y fría caverna, caliente luz bendita, luz del día, fuente de la vida.

¡Ay! Sí es que esto no era también un sueño.

¿Este púrpura que inmediatamente invadió su sangre, e hizo que su corazón temblara y que por su cuerpo fluyera la sangre, de repente caliente y alegre, la sangre de repente roja y viva, este caliente manto del sol con el que se arropó como si fuera su propia piel caliente, ingrávido manto de oro del sol que envolvió su cuerpo, por encima de la lana de cabra sobre la que llevaba un fastuoso ropaje de seda?

¿O acaso era también esto un sueño? Este nuevo olor terreno que invadió su olfato embotado por el largo sueño y el descanso, este cálido olor a tierra, este olor a hierba y a plantas, aliento bendito del mundo y de la vida, que, después del aire pútrido de la caverna, olía a manzana.

¿Era también esto un sueño? Este brebaje bendito de su espíritu y de su cuerpo, este fulgor que le impedía abrir los ojos, porque le había golpeado la frente con tal impacto que la luz se le hizo tiniebla roja y amarilla, azul y púrpura y verde, y se vio obligado a mantener los ojos bien cerrados, pues bajo sus párpados reinaba una oscuridad púrpura y cálida, como si hubiese sumergido su cabeza en la sangre hirviendo de la inmolación.

XII

Como un niño en la cuna o sobre la espalda de su madre, se tambaleaba sobre los hombros de sus porteadores; un niño dormido sobre la espalda de su madre, en el campo, bajo un sol de fuego, los ojos cerrados por una reconfortante fatiga, sintiendo tan sólo la ardiente luz del sol sobre su piel, sobre sus miembros entumecidos, sobre sus párpados firmemente abatidos.

Aturdido por tanta luz y por estos olores, en el límite entre la conciencia y el desmayo, escuchaba la oraciones y los cánticos de los peregrinos, el coro angelical de las voces de los niños y el chirrido de los instrumentos, el gemido de las cítaras y el plañido de las flautas, flotando en la pleamar de la canción que resonaba, al son de los clarines de los ángeles.

Salpicado por oleadas de voces cada vez nuevas, voces del gentío, lamentos y llantos, maldiciones y súplicas, llevado a alas de olores cada vez nuevos, olores a gentío y a sudor, que de repente invadieron su olfato, en el momento en que la sangre caliente y roja del sol empezó a correr, atravesando el hielo de su cuerpo embalsamado por la humedad y las tinieblas, sintió el olor de sus porteadores, el olor de sus cabezas afeitadas y de sus axilas agrias, igual que sintió el olor olvidado de las reses en el momento en que los trasladaron a los tres a un carro de bueyes, en el que habían extendido unas mullidas pieles de oveja.

La cabeza apoyada sobre mullidas almohadas, yacía en el carro como en una barca, y escuchaba el chirrido de las ruedas, un chirrido lento y perezoso, que se confundía con los cantos y los lamentos. Cuando entreabrió sus párpados abatidos en los que se imprimió la luz del día, haciendo una

incisión en el glóbulo del ojo, como si fuera un filo de acero, vio a su lado, a su izquierda y a su derecha, los rostros de Juan y de su amigo Malus, unos rostros mudos y sin expresión, como lo estaba sin duda el suyo, vio sus ojos entreabiertos y clavados, los de ellos también, en el azul del cielo como si fuera el milagro de la creación.

¿Era también esto un sueño? Esta cálida inmovilidad y esta súbita tranquilidad, esta infantil e inocente entrega al sol y a la luz del día, estos ojos vueltos hacia la bóveda celestial, hacia la azul bóveda celestial, ya sin una nube, la bóveda celestial de un azul olvidado, un azul reconfortante, de un azul milagroso. ¿Era también un sueño?

Y sintió la alegría de su cuerpo liberado de esa húmeda, viscosa, peguntosa capa de tinieblas, la infantil alegría de la carne, de las entrañas y de los huesos, la alegría de la médula ósea y de la médula espinal, una alegría animal, una alegría de batracio, de serpiente, cuando el cuerpo, sufriendo los dolores del parto, se libra de su muda de oscuridad, de su capa de humedad y de moho, de su dura piel de tinieblas húmedas e intemporales, que penetraban por los poros húmedos e intemporales, hasta la sensible y sangrienta epidermis, y se infiltraban por el cuerpo como el veneno de la serpiente hasta la carne, hasta los huesos, hasta la médula ósea, siguiendo los mismos caminos por los que fluía la cálida luz del sol.

¿Era acaso un sueño? Este baño de sol que extraía las tinieblas de su médula ósea, esta exudación del cuerpo que expulsaba por los poros el verde veneno de la serpiente, para que volviera a su cuerpo la luz de la vida, la savia vital, para que la sangre recobrara su color rojo.

¿Acaso era también esto un sueño, este momento en el que se abrió ante ti la pesada roca de su caverna-tumba, y en el que le iluminó la luz celestial?

XIII

Ahora, de nuevo en la oscuridad de la caverna, podía recordar todo esto con una claridad dolorosa, porque su cuerpo helado recordaba el calor, porque su sangre recordaba la luz, porque su ojo recordaba el azul del cielo, porque su oído recordaba los cánticos y las flautas.

Y he aquí que todo era de nuevo silencio, todo eran de nuevo tinieblas, todo era de nuevo entorpecimiento e inmovilidad, ausencia de movimiento y ausencia de luz, y sin embargo recordaba la luz, la recordaba con frío y con nostalgia en su carne, con un recuerdo que le bacía temblar, como entonces, en aquel sueño o en aquella realidad, cuando le había acariciado la luz del sol, cuando el sol se había posado sobre sus hombros, había arropado sus riñones, cuando en aquel sueño o en aquella realidad había germinado en sus entrañas, corrido por su sangre, calentado sus huesos.

Y he aquí que todo era de nuevo sepultura del cuerpo y cárcel del alma, reino de las tinieblas, palacio mohoso, de un moho verde que había invadido su corazón y su piel, su médula ósea y su médula espinal, y en vano intentaba comprobar, en vano tocaba con sus dedos secos y entumecidos la roca húmeda y helada de la caverna, en vano se le abrían los ojos hasta desorbitarse, en vano los tocaba con los dedos para comprobar si todo esto no era un sueño y una quimera, este silencio acribillado por el goteo de un agua invisible por la bóveda invisible de la caverna, esta oscuridad mordisqueada por el tenue rumor del agua, en vano aguzaba el oído para captar el sonido de los cantos y el lamento de las flautas, para oír los cantos que aún recordaba intensamente, que su cuerpo recordaba.

Nada; sólo el eco vacío del silencio y el sonoro silencio de la caverna; el sonido del silencio, el silencio del tiempo. La luz de las tinieblas. El agua del sueño. El agua.

XIV

El carro entró traqueteando en la ciudad y por encima de su cabeza, a lo alto, se alzaron las bóvedas de las puertas de la ciudad, hendiendo por un instante el azul del cielo con sus arcos de piedra al alcance de sus manos que yacían inmóviles a lo largo de su cuerpo entumecido, casi muerto.

En los sitios donde la piedra estaba agrietada aparecían en los arcos algunas briznas de hierba verde, dos o tres briznas verdes, o simplemente una raíz blanca y ramificada, o una hoja corroída de algún helecho salvaje que crecía en el mismo corazón de la piedra; ¡no, esto no era un sueño! Este sol hendido por rayas de sombra bajo las bóvedas de las puertas de la ciudad, este helecho, esta hierba, este musgo al alcance de sus manos; no, esto no era un sueño.

Porque se puede soñar con el cielo, el agua, el fuego, se puede soñar con el hombre y la mujer, sobre todo con la mujer, se puede soñar un sueño despierto y un sueño en sueños, pero estoy seguro que no era un sueño, esta piedra blanca tallada, estas bóvedas, esta dura ciudad.

XV

El carro al que estaban uncidos los bueyes los transportaba, chirriando y traqueteando, por debajo de las bóvedas de las puertas de la ciudad, atravesando las sombras de las casas situadas a ambos lados del camino, pero él apenas divisaba tas casas, pues miraba constantemente hada arriba, los ojos petrificados e inmovilizados de asombro o de sueño, e intuía a su lado, a su derecha y a su izquierda, la pétrea presencia de las casas de piedra, de las más altas cuando la sombra caía sobre su rostro y sus ojos cansados, e intuía la pétrea presencia de las chozas mis bajas que no tapaban el sol pero estaban presentes, invisibles pero erguidas y reales, más reales que el chirrido del carro de bueyes y que las voces de la muchedumbre que seguía acompañándolos, murmurando oraciones y cantando salmos.

XVI

«¡Oh, bienaventurado, seréis conducidos ante el emperador!» —No, esto no era un sueño, aún podía recordar aquella voz, tal vez ya no aquel rostro, aquella voz llena de emoción, una voz quebrada por el miedo o el fervor «¡Oh, bienaventurado!»

Y vio, tumbado en el carro e inmóvil, la barba pelirroja y los ojos azul claro de un joven que se había indinado sobre él, por detrás, de tal modo que su rostro estaba en sentido opuesto al del suyo y que al acercársele, le tapaba el sol. «¡Oh, bienaventurado!» ¿Era a él, a Dionisio, a quien le hablaba, o eran el sueño y la quimera que aún jugaban con su conciencia?

Sus ojos clavados en los del joven, observó con sorpresa que estos ojos lo miraban y buscaban su mirada, tímidos y amedrantados, pero con cierta insolencia juvenil.

Y Dionisio, mirando enmudecido, vio moverse los finos labios al mismo tiempo que la barba pelirroja, y leyó en los labios del joven estas palabras, incluso antes de que su oído se las comunicara a la conciencia: «¡Oh, bienaventurado!»

¿No sería esto acaso una irrisión y una burla? ¿No sería la voz de su propio sueño y la voz de su quimera?

Y Dionisio dijo: «¿Quién eres?» Su voz apenas resultó audible cuando, de repente, surgió de su interior. Como si toda la anterior insolencia hubiese desaparecido de estos ojos azul claro, se apartaron de él por un instante, las pestañas también pelirrojas en sus puntas se abatieron sobre estos ojos, sólo los labios volvieron a moverse.

«¡Oh, bienaventurado! ¡Soy tu esclavo y el esclavo de tu señor!»

¿Fue también esto un sueño? ¿Estos labios que balbucearon y esta barba que tembló?

«¡Decio no es mi señor!», pronunció, dispuesto a oír el regido de los leones. Pero he aquí que en el instante en que cerró los ojos para oír mejor el rugido de los leones, el rostro del joven de la barba pelirroja desapareció y encima de él volvió a extenderse únicamente la inmensidad del cielo.

XVII

De repente se hizo el silencio, sucediendo a los monótonos lamentos y a los cantos de la muchedumbre; había cesado el chirrido de las ruedas traqueteando por los baches del camino; el carro debía haberse parado.

¿Acaso era también esto un sueño? ¿Esta quietud que invadió de pronto su alma, tras tan larga confusión, tras las voces, y tras tantos prodigios? ¿Acaso era también esto un sueño? Las voces de la muchedumbre se habían callado del todo, el chirrido del carro había cesado, el rechinar y el roce del bastidor. Los rayos de sol que antes caían sesgados sobre su rostro se habían desvanecido, interceptados por el techo, invisible para él, de algún porche. Su cuerpo descansaba sobre la mullida piel de oveja, y el olor de la lana invadía su olfato, y el olor a ciprés y a cipresal, y el olor del día soleado, y los calientes, embriagantes olores del mar.

Su cuerpo entumecido, arrullado hasta entonces como en una cuna por el chirrido de las ruedas y la mecedura del carro, sus huesos ligeros, sus entrañas vacías, su corazón adormecido, su piel seca, se entregaban ahora a la quietud del cuerpo, a una respiración sosegada; se sentía como un niño recién despertado.

¡No, esto no era un sueño, esta quietud, esta iluminación!

XVIII

Pero antes de que mirara a su izquierda y a su derecha, incluso antes de que se preguntara si todo esto era un sueño, incluso antes de que pudiera entender la prodigiosa asunción de su cuerpo en el baño oloroso de este día de verano, recordó el dulce nombre de Prisca y su cuerpo quedó inundado en un instante de bienestar, y el aire exhaló un perfume a rosas.

¡Oh alegría!

Y el mero recuerdo que su cuerpo y su corazón tenían de este instante de paz, de esta oleada de emoción, entonces, ante la puerta del palacio, cuando la muchedumbre se hubo callado del todo y hubo cesado el chirrido del carro, y cuando se le clavó en el alma el dulce nombre de Prisca, cuando sintió el perfume a rosas, este momento volvió a despertar en él, en la oscuridad de la caverna, en el sepulcro de la eternidad, una turbia y lejana felicidad, le rozó el aliento del recuerdo, le inundó el cuerpo de una luz y un calor lejanos, y luego todo se volvió pesar de su alma y tinieblas del tiempo.

XIX

Yacía en la oscuridad de la caverna y los ojos se le abrían en vano hasta desorbitarse, en vano llamaba a Malus, su amigo, en vano Llamaba a Juan, el bienaventurado pastor, en vano llamaba a Quitmir, el perro de ojos verdes, en vano llamaba a su Señor; la oscuridad era densa como la pez, el silencio era el silencio del sepulcro de la eternidad. Sólo se oía el goteo del agua por las bóvedas invisibles, sólo la molienda de la eternidad en la clepsidra del tiempo.

¡Ah! ¿Quién pudiera deslindar el sueño de la realidad, el día de la noche, la noche del alba, los recuerdos de las quimeras?

¿Quién pudiera colocar un hito visible entre el sueño y la muerte?

¿Quién pudiera, oh Señor, marcar los lindes y colocar hitos visibles entre el presente, el pasado y el futuro?

¿Quién pudiera, Señor, separar la alegría del amor de la tristeza del recuerdo?

Bienaventurados, Señor, los que esperan, porque sus esperanzas se verán realizadas.

Bienaventurados, Señor, los que saben distinguir el día de la noche, porque gozarán del día y gozarán de la noche y del descanso nocturno.

Bienaventurados, Señor, aquellos cuyo pasado fue, cuyo presente es y cuyo futuro será, porque sus vidas huirán como el agua.

Bienaventurados los que sueñan de noche y recuerdan de día sus sueños, porque ellos cosecharán alegrías.

Bienaventurados. Señor, los que saben de día por dónde anduvieron de noche, porque de ellos es el día y de ellos es la noche.

Bienaventurados, Señor, los que de día no recuerdan su erranza nocturna, porque de ellos será la luz del día.

XX

Yacían boca arriba en la oscura caverna del monte Celio, con las manos cruzadas en señal de oración, como las de los muerto, los tres, Dionisio y su amigo Malus, y un poco más lejos Juan, el bienaventurado pastor, con su perro llamado Quitmir.

Yacían en el profundo sueño de los muertos.

> *Si de pronto hubieses venido hacia ellos, hubieras retrocedido y escapado muy lejos, pues al verlos seguramente te hubieses llenado de espanto*[83].

La canción de Lord Rendall

Javier Marías

(1989)

James Ryan Denham (1911-1943), nacido en Londres y educado en Cambridge, fue uno de los talentos malogrados por la II Guerra Mundial. Perteneciente a una familia acomodada, inició una carrera diplomática que lo llevó a Birmania y la India (1934- 1937). Su obra literaria conocida es breve y escasa, y se compone de cinco títulos, todos ellos publicados en ediciones privadas hoy inencontrables, ya que al parecer juzgaba esta actividad un mero entretenimiento. Amigo de Malcolm Lowry, con quien había coincidido en la universidad, y del famoso coleccionista de arte Edward James, él mismo llegó a poseer una excelente colección de pintura francesa del XVIII y el XIX.

Su último libro, How to Kill *(1943), del que procede el cuento aquí traducido, «Lord Rendall's Song», fue el único que intentó publicar en edición comercial, pero ningún editor lo quiso porque se consideró que podría deprimir a los combatientes y a la población, aún en plena guerra, y por la desusada carga erótica de algunos de los relatos. Con anterioridad, Denham había publicado un libro de versos,* Vanishings *(1932), otro volumen de cuentos,* Knives and Landscapes *(1934), una novela corta,* The Night-Face *(1938), y* Gentle Men and Women *(1939), una serie de breves semblanzas de personajes célebres, entre ellos Chaplin, Cocteau, la bailarina Tilly Losch y el pianista Dinu Lipatti. Denham murió a los treinta y dos años, caído en combate en el Norte de África.*

Aunque el presente relato (una mise en abîme *de vértigo) se explica perfectamente por sí solo, puede ser útil saber*

que la canción popular inglesa Lord Rendall *es el diálogo entre el joven Lord Rendall y su madre después de que aquél haya sido envenenado por su novia. A la última pregunta de la madre, «¿Qué le dejarás a tu amor, Rendall, hijo mío?», éste responde: «Una soga para ahorcarla, madre, una soga para ahorcarla».*

Para Julia Altares,
que aún no me ha descubierto.

Quería darle la sorpresa a Janet, así que no le comuniqué el día de mi regreso. Cuatro años, pensé, son tanto tiempo que no importarán unos días más de incertidumbre. Saber un lunes, por medio de una carta, que llego el miércoles le será menos emocionante que saberlo el mismo miércoles al abrir la puerta y encontrarse conmigo en el umbral. La guerra, la prisión, todo aquello había quedado atrás. Tan rápidamente atrás que ya empezaba a olvidarlo. Estaba más que dispuesto a olvidarlo en seguida, a lograr que mi vida con Janet y el niño no se viera afectada por mis padecimientos, a reanudarla como si nunca me hubiera ido y jamás hubieran existido el frente, las órdenes, los combates, los piojos, las mutilaciones, el hambre, la muerte. El miedo y los tormentos del campo de concentración alemán. Ella sabía que yo estaba vivo, se le había notificado, sabía que había sido hecho prisionero y que por tanto estaba vivo, que regresaría.

Debía de esperar a diario el aviso de mi llegada. Le daría una sorpresa, no un susto, y valía la pena. Llamaría a la puerta, ella abriría secándose las manos en el delantal y allí estaría yo, vestido por fin de paisano, con no muy buen aspecto y más flaco, pero sonriente y deseando abrazarla, besarla. La cogería en brazos, le arrancaría el delantal, ella lloraría con la cara hundida en mi hombro. Yo notaría cómo

sus lágrimas me humedecían la tela de la chaqueta, una humedad tan distinta de la de la celda de castigo con sus goteras, de la de la lluvia monótona cayendo sobre los cascos durante las marchas y en las trincheras.

Desde que tomé la decisión de no avisarla disfruté tanto anticipando la escena de mi llegada que cuando me encontré ante la casa me dio pena poner término a aquella dulce espera. Fue por eso por lo que me acerqué sigilosamente por la parte de atrás, para tratar de escuchar algún ruido o ver algo desde fuera. Quería acostumbrarme de nuevo a los sonidos habituales, a los más familiares, a los que había echado dolorosamente de menos cuando era imposible oírlos: el ruido de los cacharros en la cocina, el chirrido de la puerta del baño, los pasos de Janet. Y la voz del niño. El niño acababa de cumplir un mes cuando yo me había ido, y entonces sólo tenía voz para llorar y gritar. Ahora, con cuatro años, tendría una voz verdadera, una forma de hablar propia, tal vez parecida a la de su madre, con quien habría estado tanto tiempo. Se llamaba Martin.

No sabía si estaban en casa. Me llegué hasta la puerta de atrás y contuve el aliento, ávido de sonidos. Fue el llanto del niño lo primero que oí, y me extrañó. Era el llanto de un niño pequeño, tan pequeño como era Martin cuando yo partí para el frente. ¿Cómo era posible? Me pregunté si me habría equivocado de casa, también si Janet y el niño se podrían haber mudado sin que yo lo supiera y ahora vivía allí otra familia. El llanto del niño se oía lejano, como si viniera de nuestro dormitorio. Me atreví a mirar. Allí estaba la cocina, vacía, sin personas y sin comida. Estaba anocheciendo, era hora de que Janet se preparara algo de cena, quizá iba a hacerlo en cuanto el niño se apaciguara. Pero no pude esperar, y bordeé la casa para intentar ver algo por la parte delantera. La ventana de mi derecha era la del salón; la de mi izquierda, al otro lado de la puerta principal, la de

nuestra alcoba. Rodeé la casa por la derecha, pegado a los muros y semiagachado para no ser visto. Luego me fui incorporando lentamente hasta que con mi ojo izquierdo vi el interior del salón. Estaba también vacío, la ventana estaba cerrada, y seguía oyendo el llanto del niño, del niño que ya no podía ser Martin. Janet debía de estar en el dormitorio, calmando a aquel niño, quienquiera que fuese y si ella era ella. Iba ya a desplazarme hacia la ventana de la izquierda cuando se abrió la puerta del salón y vi aparecer a Janet. Sí, era ella, no me había equivocado de casa ni se habían mudado sin mi conocimiento. Llevaba puesto un delantal, como había previsto. Llevaba siempre puesto el delantal, decía que quitárselo era una pérdida de tiempo porque siempre, decía, había que volver a ponérselo por algo. Estaba muy guapa, no había cambiado. Pero todo esto lo vi y lo pensé en un par de segundos, porque detrás de ella, inmediatamente, entró también un hombre. Era muy alto, y desde mi perspectiva la cabeza le quedaba cortada por la parte superior del marco de la ventana. Estaba en mangas de camisa, aunque con corbata, como si hubiera vuelto del trabajo hacía poco y sólo le hubiera dado tiempo a despojarse de la chaqueta. Parecía estar en su casa. Al entrar había caminado detrás de Janet como caminan los maridos por sus casas detrás de sus mujeres. Si yo me agachaba más no podría ver nada, así que decidí esperar a que se sentara para verle la cara. Él me dio la espalda durante unos segundos y vi muy cerca la espalda de su camisa blanca, las manos en los bolsillos. Cuando se retiró de la ventana, dejó entrar en mi campo visual a Janet de nuevo. No se hablaban. Parecían enfadados, con uno de esos momentáneos silencios tensos que siguen a una discusión entre marido y mujer. Entonces Janet se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Era raro que llevara medias transparentes y zapatos de tacón alto con el delantal puesto. Se echó las

manos a la cara y se puso a llorar. Él, entonces, se agachó a su lado, pero no para consolarla, sino que se limitó a observarla en su llanto. Y fue entonces, al agacharse, cuando le vi la cara. Su cara era mi cara. El hombre que estaba allí, en mangas de camisa, era exactamente igual que yo. No es que hubiera un gran parecido, es que las facciones eran idénticas, eran las mías, como si me viera en un espejo, o, mejor dicho, como si me estuviera viendo en una de aquellas películas familiares que habíamos rodado al poco de nacer Martin. El padre de Janet nos había regalado una cámara, para que tuviéramos imágenes de nuestro niño cuando ya no fuera niño. El padre de Janet tenía dinero antes de la guerra, y yo confiaba en que Janet, pese a las estrecheces, hubiera podido filmar algo de aquellos años de Martin que yo me había perdido. Pensé si quizá no estaba viendo eso, una película. Si quizá no había llegado justo en el momento en que Janet, nostálgica, estaba proyectando en el salón una vieja escena de antes de mi partida. Pero no era así, porque lo que yo veía estaba en color, no en blanco y negro, y además, nunca había habido nadie que nos filmara a ella y a mí desde aquella ventana, pues lo que veía lo veía desde el ángulo que yo ocupaba en aquel momento. El hombre que estaba allí era real, de haber roto el cristal podría haberlo tocado. Y allí estaba, agachado, con mis mismos ojos, y mi misma nariz, y mis mismos labios, y el pelo rubio y rizado, y hasta tenía la pequeña cicatriz al final de la ceja izquierda, una pedrada de mi primo Derek en la infancia. Me toqué la pequeña cicatriz. Ya era de noche.

Ahora estaba hablando, pero el cristal cerrado no permitía oír las palabras, y el llanto de Martin había cesado desde que habían entrado en la habitación. Era Janet quien sollozaba ahora, y el hombre que era igual que yo le decía cosas, agachado, a su altura, pero por su expresión se veía que tampoco las palabras eran de consuelo, sino quizá de

burla, o de recriminación. La cabeza me daba vueltas, pero aun así pensé, dos, tres ideas, a cuál más absurda. Pensé que ella había encontrado a un hombre idéntico a mí para suplantarme durante mi larga ausencia. También pensé que se había producido una incomprensible alteración o cancelación del tiempo, que aquellos cuatro años habían sido en verdad olvidados, borrados, como yo deseaba ahora para la reanudación de mi vida con Janet y el niño. Los años de guerra y prisión no habían existido, y yo, Tom Booth, no había ido a la guerra ni había sido hecho prisionero, y por eso estaba allí, como cualquier día, discutiendo con Janet a la vuelta del trabajo. Había pasado con ella aquellos cuatro años. Yo, Tom Booth, no había sido llamado a filas y había permanecido en casa. Pero entonces, ¿quién era yo, el que miraba por la ventana, el que había caminado hasta aquella casa, el que acababa de regresar de un campo de concentración alemán? ¿A quién pertenecían tantos recuerdos? ¿Quién había combatido? Y pensé también otra cosa: que la emoción de la llegada me estaba haciendo ver una escena del pasado, alguna escena anterior a mi marcha, quizá la última, algo que había olvidado y que ahora venía a mí con la fuerza de la recuperación. Quizá Janet había llorado el último día, porque me marchaba y podían matarme, y yo me lo había tomado a broma. Eso podía explicar el llanto del niño, Martin, aún bebé. Pero lo cierto es que todo aquello no era una alucinación, no lo imaginaba ni lo rememoraba, sino que lo veía. Y además, Janet no había llorado antes de mi partida. Era una mujer con mucha entereza, no dejó de sonreír hasta el último instante, no dejó de comportarse con naturalidad, como si yo no fuera a marcharme, sabía que lo contrario me lo habría hecho todo más difícil. Iba a llorar hoy, pero sobre mi hombro, al abrirme la puerta, mojándome la chaqueta.

No, no estaba viendo nada del pasado, nada que hubiera olvidado. Y de ello tuve absoluta certeza cuando vi que el hombre, el marido, el hombre que era yo, Tom, se ponía de pronto en pie y agarraba del cuello a Janet, a su mujer, mi mujer, sentada en el sofá. La agarró del cuello con ambas manos y supe que empezó a apretar, aunque lo que yo veía era la espalda de Tom de nuevo, mi espalda, la enorme camisa blanca que tapaba a Janet, sentada en el sofá. De ella sólo veía los brazos extendidos, los brazos que daban manotazos al aire y luego se ocultaban tras la camisa, quizá en un desesperado intento por abrir mis manos que no eran mías; y luego, al cabo de unos segundos, los brazos de Janet volvieron a aparecer, a ambos lados de la camisa que yo veía de espaldas, pero ahora para caer inertes. Oí de nuevo el llanto del niño, que atravesaba los cristales de las ventanas cerradas. El hombre salió entonces del salón, por la izquierda, seguramente iba a nuestro dormitorio, donde estaba el niño. Y al apartarse vi a Janet muerta, estrangulada. Se le habían subido las faldas en el forcejeo, había perdido uno de los zapatos de tacón alto. Le vi las ligas en las que no había querido pensar durante aquellos cuatro años.

Estaba paralizado, pero aun así pensé: el hombre que es yo, el hombre que no se ha movido de Chesham durante todo este tiempo va a matar también a Martin, o al niño nuevo, si es que Janet y yo hemos tenido otro niño durante mi ausencia. Tengo que romper el cristal y entrar y matar al hombre antes de que él mate a Martin o a su propio hijo recién nacido. Tengo que impedirlo. Tengo que matarme ahora mismo. Sin embargo, yo estoy de este lado del cristal, y el peligro seguiría dentro.

Mientras pensaba todo esto el llanto del niño se interrumpió, y se interrumpió de golpe. No hubo los lloriqueos propios de la paulatina calma, del progresivo

sosiego que va llegando a los niños cuando se los coge en brazos, o se los mece, o se les canta. Antes de mi partida yo le cantaba a Martin la canción de Lord Rendall, y a veces conseguía que se apaciguara y dejara de llorar, pero lo conseguía muy lentamente, cantándosela una y otra vez. Sollozaba, cada vez más débilmente, hasta quedarse dormido. Ahora aquel niño, en cambio, se había callado de repente, sin transición alguna. Y sin darme cuenta, en medio del silencio, empecé a cantar la canción de Lord Rendall junto a la ventana, la que solía cantarle a Martin y comienza diciendo: «¿Dónde has estado todo el día, Rendall, hijo mío?», sólo que yo le decía: «¿Dónde has estado todo el día, Martin, hijo mío?». Y entonces, al empezar a cantarla junto a la ventana, oí la voz del hombre que, desde nuestra alcoba, se unía a la mía para cantar el segundo verso: «¿Dónde has estado todo el día, mi precioso Tom?». Pero el niño, mi niño Martin o su niño que también se llamaba Tom, ya no lloraba. Y cuando el hombre y yo acabamos de cantar la canción de Lord Rendall, no pude evitar preguntarme cuál de los dos tendría que ir a la horca.

El ángulo del horror

Cristina Fernández Cubas

(1990)

Ahora, cuando golpeaba la puerta por tercera vez, miraba por el ojo de la cerradura sin alcanzar a ver, o paseaba enfurruñada por la azotea, Julia se daba cuenta de que debía haber actuado días atrás, desde el mismo momento en que descubrió que su hermano le ocultaba un secreto, antes de que la familia tomara cartas en el asunto y estableciera un cerco de interrogatorios y amonestaciones. Porque Carlos seguía ahí. Encerrado con llave en una habitación oscura, fingiendo hallarse ligeramente indispuesto, abandonando la soledad de la buhardilla tan sólo para comer, siempre a disgusto, oculto tras unas opacas gafas de sol, refugiándose en un silencio exasperante e insólito. «Está enamorado», había dicho su madre. Pero Julia sabía que su extraña actitud nada tenía que ver con los avatares del amor o del desengaño. Por eso había decidido montar guardia en el último piso, junto a la puerta del dormitorio, escrutando a través de la cerradura el menor indicio de movimiento, aguardando a que el calor de la estación le obligara a abrir la ventana que asomaba a la azotea. Una ventana larga y estrecha por la que ella entraría de un salto, como un gato perseguido, la sombra de cualquiera de las sábanas secándose al sol, una aparición tan rápida e inesperada que Carlos, vencido por la sorpresa, no tendría más remedio que hablar, que preguntar por lo menos: «¿Quién te ha dado permiso para irrumpir de esta forma?». O bien: «¡Lárgate! ¿No ves que estoy ocupado?». Y ella vería. Vería al fin en qué consistían las misteriosas ocupaciones de su hermano, comprendería su extrema palidez y se apresuraría a

ofrecerle su ayuda. Pero llevaba más de dos horas de estricta vigilancia y empezaba a sentirse ridícula y humillada. Abandonó su posición de espía junto a la puerta, salió a la azotea y volvió a contar, como tantas veces a lo largo de la tarde, el número de baldosas defectuosas y resquebrajadas, las pinzas de plástico y las de madera, los pasos exactos que la separaban de la ventana larga y estrecha. Golpeó con los nudillos el cristal y se oyó decir a sí misma con voz fatigada: «Soy Julia». En realidad tendría que haber dicho: «Sigo siendo yo, Julia». Pero ¡qué podía importar ya! Esta vez, sin embargo, aguzó el oído. Le pareció percibir un lejano gemido, el chasquido de los muelles oxidados de la cama, unos pasos arrastrados, un sonido metálico, de nuevo un chasquido y un nítido e inesperado: «Entra. Está abierto». Y Julia, en aquel instante, sintió un estremecimiento muy parecido al extraño temblor que recorrió su cuerpo días atrás, cuando comprendió, de pronto, que a su hermano le ocurría *algo*.

Hacía ya un par de semanas que Carlos había regresado de su primer viaje de estudios. El día 2 de septiembre, la fecha que ella había coloreado de rojo en el calendario de su cuarto y que ahora le parecía cada vez más lejana e imposible. Lo recordaba al pie de la escalerilla del jumbo de la British Airways, agitando uno de sus brazos, y se veía a sí misma, admirada de que a los dieciocho años se pudiera crecer aún, saltando con entusiasmo en la terraza del aeropuerto, devolviéndole besos y saludos, abriéndose camino a empujones para darle la bienvenida en el vestíbulo. Carlos había regresado. Un poco más delgado, bastante más alto y ostensiblemente pálido. Pero Julia le encontró más guapo aún que a su partida y no prestó atención a los comentarios de su madre acerca de la deficiente alimentación de los ingleses o las excelencias incomparables del clima mediterráneo. Tampoco, al subir al

coche, cuando su hermano se mostró encantado ante la perspectiva de disfrutar unas cuantas semanas en la casa de la playa y su padre le asaeteó a inocentes preguntas sobre las rubias jovencitas de Brighton, Julia rio las ocurrencias de la familia. Se hallaba demasiado emocionada y su cabeza bullía de planes y proyectos. Al día siguiente, cuando sus padres dejaran de preguntar y avasallar, ella y Carlos se contarían en secreto las incidencias del verano, en el tejado, como siempre, con los pies oscilantes en el extremo del alero, como cuando eran pequeños y Carlos le enseñaba a dibujar y ella le mostraba su colección de cromos. Al llegar al jardín, Marta les salió al encuentro dando saltos y Julia se admiró por segunda vez de lo mucho que había crecido su hermano. «A los dieciocho años», pensó. «¡Qué absurdo!» Pero no pronunció palabra.

Carlos se había quedado ensimismado contemplando la fachada de la casa como si la viera por vez primera. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha, el ceño fruncido, los labios contraídos en un extraño rictus que Julia no supo interpretar. Permaneció unos instantes inmóvil, mirando hacia el frente con ojos de hipnotizado, ajeno a los movimientos de la familia, al trajín de las maletas, a la proximidad de la propia Julia. Después, sin modificar apenas su postura, apoyó la cabeza en el hombro izquierdo, sus ojos reflejaron estupor, el extraño rictus de la boca dejó paso a una inequívoca expresión de lasitud y abatimiento, se pasó la mano por la frente y, concentrando la vista en el suelo, cruzó cabizbajo el empedrado camino del jardín.

Durante la cena el padre siguió interesándose por sus conquistas y la madre preocupándose por su mal color. Marta soltó un par de ocurrencias que Carlos acogió con una sonrisa. Parecía cansado y soñoliento. El viaje, tal vez. Besó a la familia y se retiró a dormir.

Al día siguiente Julia se levantó muy temprano, repasó la lista de lecturas que Carlos le había recomendado al partir, reunió las cuartillas en las que había anotado sus impresiones y se encaramó al tejado. Al cabo de un buen rato, cansada de esperar, saltó a la azotea. La ventana de su hermano se hallaba entornada, pero no parecía que hubiese nadie en el interior del dormitorio. Se asomó a la balaustrada y miró hacia el jardín.

Carlos estaba allí, en la misma posición que la noche anterior, contemplando la casa con una mezcla de estupor y consternación, inclinando la cabeza, primero a la derecha, luego a la izquierda, clavando la mirada en el suelo y cruzando abatido el empedrado camino que le separaba de la casa. Fue entonces cuando Julia comprendió, de pronto, que a su hermano le ocurría *algo*.

La hipótesis de un amor imposible fue cobrando fuerza en los tensos almuerzos de la casa. Una inglesa, una rubia y pálida jovencita de Brighton. La melancolía del primer amor, la tristeza de la distancia, la apatía con la que los jóvenes de su edad suelen contemplar todo lo que no haga referencia al objeto de su pasión. Pero eso fue al principio. Cuando Carlos se limitaba a mostrarse huraño y esquivo, a sobresaltarse ante cualquier pregunta, a evitar su mirada, a rechazar las caricias de la pequeña Marta. Tal vez, en aquel momento, debía haber actuado con firmeza. Pero ahora Carlos acababa de pronunciar: «Entra. Está abierto», y ella, armándose de valor, no tenía más remedio que empujar la puerta.

Al principio no acertó a percibir otra cosa que un calor sofocante y una respiración entrecortada y lastimera. Al rato, aprendió a distinguir entre las sombras: Carlos se hallaba sentado a los pies de la cama y en sus ojos parecían concentrarse los únicos destellos de luz que habían logrado atravesar su fortaleza. ¿O no eran sus ojos? Julia abrió ligeramente uno de los postigos de la ventana y suspiró

aliviada. Sí, aquel muchacho abatido, oculto tras unas inexpugnables gafas de sol, con la frente salpicada de relucientes gotitas de sudor, era su hermano. Sólo que su palidez le parecía ahora demasiado alarmante, su actitud demasiado inexplicable, para que pudiera justificarlo en lo sucesivo a los ojos de la familia.

—Van a llamar a un médico —dijo.

Carlos no se inmutó. Siguió durante unos minutos con la cabeza inclinada hacia el suelo, entrechocando las rodillas, jugueteando con sus dedos como si interpretara una pieza infantil sobre el teclado de un piano inexistente.

—Quieren obligarte a comer… A que abandones de una vez esta habitación inmunda.

A Julia le pareció que su hermano se estremecía. «La habitación», pensó, «¿qué encontrará en esta habitación para permanecer aquí durante tanto tiempo?» Miró a su alrededor y se sorprendió de que no estuviera todo lo desordenada que cabía esperar. Carlos, desde la cama, respiraba con fuerza. «Va a hablar», se dijo y, sofocada por la agobiante atmósfera, empujó tímidamente uno de los postigos y entreabrió la ventana.

—Julia —oyó—. Sé que no vas a entender nada de lo que te pueda contar. Pero necesito hablar con alguien.

Un destello de orgullo iluminó sus ojos. Carlos, como en otros tiempos, iba a hacerla partícipe de sus secretos, convertirla en su más fiel aliada, pedirle una ayuda que ella se apresuraría a conceder. Ahora comprendía que había obrado rectamente al montar guardia junto a aquella habitación en sombras, actuando como una ridícula espía aficionada, soportando silencios, midiendo hasta la saciedad las dimensiones de la tórrida y solitaria azotea. Porque Carlos había dicho: «necesito hablar con alguien…». Y ella estaba allí, junto a la ventana entreabierta, dispuesta a registrar atentamente todo cuanto él decidiera confiarle, sin

atreverse a intervenir, sin importarle que le hablara en un tono bajo, de difícil comprensión, como si temiera escuchar de sus propios labios el secreto motivo de su desazón. «Todo se reduce a una cuestión de...» Julia no pudo entender la última palabra pronunciada entre dientes, a media voz, pero prefirió no interrumpir.

Sacó un arrugado cigarrillo del bolsillo y se lo tendió a su hermano. Carlos, sin levantar la vista, lo rechazó.

—Todo empezó en Brighton, en un día como tantos otros —continuó—. Me eché en la cama, cerré la ventana para olvidarme de la lluvia, y me dormí. Eso fue en Brighton... ¿no te lo he dicho ya?

Julia asintió con un carraspeo.

—Soñé que había concluido los exámenes con gran éxito, que me llenaban de diplomas y medallas, que, de repente, deseaba encontrarme aquí entre vosotros y, sin pensarlo dos veces, decidía aparecer por sorpresa. Me subía entonces a un tren, un tren increíblemente largo y estrecho, y, casi sin darme cuenta, llegaba hasta aquí. «Es un sueño», me dije y, enormemente complacido, hice lo posible por no despertarme. Bajé del tren y me encaminé cantando hacia la casa. Era de madrugada y las calles estaban desiertas. De pronto me di cuenta de que me había olvidado la maleta en el compartimento, los regalos que os había comprado, los diplomas y las medallas, y que debía regresar a la estación antes de que el tren partiera de nuevo para Brighton. «Es un sueño», me repetí. «Figura que he enviado el equipaje por correo. No perdamos tiempo. Luego, a lo peor, la historia se complica». Y me detuve ante la fachada de la casa.

Julia tuvo que hacer un esfuerzo para no intervenir. También a ella le ocurrían esas cosas y nunca les había concedido la menor importancia. Desde pequeña se supo capaz de regir algunos de sus sueños, de comprender súbitamente, en medio de la peor pesadilla, que ella, y sólo

ella, era la dueña absoluta de aquella mágica sucesión de imágenes y que podía, con sólo proponérselo, eliminar a determinados personajes, invocar a otros o acelerar el ritmo de lo que ocurría. No siempre lo lograba —para ello era necesario adquirir la conciencia de la propiedad sobre el sueño— y, además, no lo consideraba especialmente divertido. Prefería dejarse embarcar por extrañas historias, como si sucedieran de verdad y ella fuera simplemente la protagonista, pero no la dueña, de aquellas imprevisibles aventuras. Una vez su hermana Marta, a pesar de sus pocos años, le contó algo similar. «Hoy he mandado en mi sueño», había dicho. Y ahora recordaba de pronto ciertas conversaciones sobre el asunto con los compañeros del instituto e, incluso, le parecía haber leído algo semejante en las memorias de una baronesa o condesa que le prestó una amiga. Encendió el arrugado cigarrillo que sostenía aún en la mano, aspiró una bocanada de humo, y sintió algo áspero y ardiente que le quemaba la garganta. Al escuchar su propia tos se dio cuenta de que en la habitación reinaba el más absoluto silencio y que debía de hacer ya un buen rato que Carlos había dejado de hablar y que ella se había entregado a estúpidas elucubraciones.

—Sigue, por favor —dijo al fin.

Carlos, después de un titubeo, prosiguió:

—Era la casa, la casa en la que estamos ahora tú y yo, la casa en la que hemos pasado todos los veranos desde que nacimos. Y, sin embargo, había algo muy extraño en ella. Algo tremendamente desagradable y angustioso que al principio no supe precisar. Porque era exactamente *esta casa*, sólo que, por un extraño don o castigo, yo la contemplaba desde un insólito ángulo de visión. Me desperté sudoroso y agitado, e intenté tranquilizarme recordando que sólo había sido un sueño.

Carlos se cubrió la cara con las manos y ahogó un gemido. A su hermana le pareció que musitaba un innecesario «hasta llegar aquí…» y revivió, con cierta decepción, la transformación a la que había asistido días atrás en la puerta del jardín. «De modo que era eso», iba a decir, «simplemente eso». Pero tampoco esta vez pronunció palabra. Carlos se había puesto en pie.

—Es un ángulo —continuó—. Un extraño ángulo que no por el horror que me produce deja de ser real… Y lo peor es que ya no hay remedio. Sé que no podré librarme de él en toda la vida…

Los últimos sollozos la obligaron a desviar la mirada en dirección a la azotea. De repente le incomodaba encontrarse allí, sin acertar a entender gran cosa de lo que estaba escuchando, sintiéndose definitivamente alarmada ante el desmoronamiento de aquel ser a quien siempre había creído fuerte, sano y envidiable. Quizá sus padres estuvieran en lo cierto y lo de Carlos no se remediase con atenciones ni confidencias. Necesitaba un médico. Y su labor iba a consistir en algo tan sencillo como abandonar cuanto antes aquella habitación asfixiante y unirse a la preocupación del resto de la familia. «Bueno», dijo con decisión, «había prometido llevar a Marta al cine…» Pero enseguida reparó en que su semblante desmentía su fingida tranquilidad. Las gafas de Carlos la enfrentaron por partida doble a su propio rostro. Dos cabezas de cabello revuelto y ojos muy abiertos y asustados. Así debía de verla él: una niña atrapada en la guarida de un ogro, inventando excusas para salir quedamente de la habitación, aguardando el momento de traspasar el umbral de la puerta, respirar hondo y echar a correr escaleras abajo. Y ahora, además, Carlos, desde el otro lado de los oscuros cristales, parecía haberse quedado embobado escrutándola, y ella sentía debajo de aquellas dos cabezas de cabello revuelto y ojos espantados dos pares

de piernas que empezaban a temblar, demasiado para que pudiera seguir hablando de Marta o del cine, como si aquella tarde fuera una tarde cualquiera en que importaran Marta o la vaga promesa de llevarla al cine. La sombra de una sábana agitada por el viento le privó por unos instantes de la visión de su hermano. Cuando de nuevo se hizo la luz, Julia reparó en que Carlos se le había aproximado aún más. Sostenía las gafas en una mano y mostraba unos párpados hinchados y una expresión alucinada. «Es maravilloso», dijo con un hilo de voz. «A ti, Julia, a ti aún puedo mirarte». Y de nuevo esa preferencia, esa singularidad que le otorgaba por segunda vez en la tarde, terminó con sus propósitos con inverosímil rapidez. «Está enamorado», dijo durante la cena, y comió sin apetito un plato de insípidas verduras que olvidó salar y sazonar.

No tardó en darse cuenta de que había obrado de forma estúpida. Aquella noche y las que siguieron a la primera visita a la buhardilla. Cuando se erigió en mediadora entre su hermano y el mundo; cuando se encargó de hacer desaparecer de su alcoba los platos intocados; cuando reveló a Carlos, como la fiel aliada que había sido siempre, el diagnóstico del médico —depresión aguda— y la decisión de la familia de internarlo en una casa de reposo. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. Carlos acogió la noticia de su inmediato internamiento con sorprendente dejadez. Se caló las gafas oscuras —aquellas gafas impenetrables de las que sólo en su presencia osaba desprenderse—, manifestó su deseo de abandonar la buhardilla, paseó del brazo de Julia por algunas dependencias de la casa, saludó a la familia, contestó a sus preguntas con frases tranquilizadoras. Sí, se encontraba bien, mucho mejor, lo peor había pasado ya, no tenían por qué preocuparse. Se encerró unos minutos en el baño de sus padres. Julia, a través de la puerta, oyó el clic-clac del armarito metálico, el

chasquido de un papel, el goteo del agua de colonia. Al salir le encontró peinado y aseado, y le pareció mucho más apacible y sereno. Le acompañó hasta su cuarto, le ayudó a echarse en la cama y bajó al comedor.

Fue algo después cuando Julia se sintió súbitamente asustada. Recordó la cerradura de la buhardilla arrancada de cuajo por su padre hacía ya unos días, la preocupación de su madre, el gesto significativo del médico al declararse incompetente ante los dolores del alma, el clic-clac del armarito metálico… Un armario blanco y ordenado en el que nunca se le había ocurrido curiosear, el botiquín, el orgullo de su madre, nadie en tan poco espacio podía haber reunido tal cantidad de remedios para afrontar cualquier situación. Subió los escalones de dos en dos, jadeando como un galgo, aterrorizada ante la posibilidad de nombrar lo que no podía tener nombre. Al llegar al dormitorio empujó la puerta, abrió los postigos y se precipitó sobre el lecho. Carlos dormía plácidamente, desprovisto de sus inseparables gafas oscuras, olvidado de tormentos y angustias. Ni todo el sol de la azotea que ahora se filtraba a raudales por la ventana, ni los esfuerzos de Julia por despertarle, consiguieron hacerle mover un músculo. Se sorprendió a sí misma gimiendo, gritando, asomándose a la escalera y voceando los nombres de la familia. Después todo sucedió con inaudita rapidez. La respiración de Carlos fue haciéndose débil, casi imperceptible, su rostro recobró por momentos la belleza reposada y tranquila de otros tiempos, su boca dibujó una media sonrisa beatífica y plácida. Ahora ya no podía negar evidencias: Carlos dormía por primera vez desde que regresara de Brighton, aquel 2 de septiembre, la fecha que ella había coloreado de rojo en su calendario.

No tuvo tiempo para lamentarse de su estúpida actuación ni para desear con todas sus fuerzas que el tiempo girase sobre sí mismo, que todavía fuera agosto y que ella, sentada

en el alero del tejado, esperase ansiosamente, junto a un montón de cuartillas, la llegada de su hermano. Pero cerró los ojos e intentó convencerse de que era aún pequeña, una niña que durante el día jugaba a las muñecas y coleccionaba cromos, y que, a veces, por las noches, sufría tremendas pesadillas. «Soy la dueña del sueño», se dijo. «Es sólo un sueño». Pero cuando abrió los ojos no se sintió capaz de continuar con el engaño. Aquella terrible pesadilla no era un sueño ni ella poseía poder alguno para rebobinar imágenes, alterar situaciones o lograr siquiera que aquel rostro hermoso y apacible recuperase la angustia de la enfermedad. De nuevo la sombra de una sábana agitada por el viento se señoreó unos instantes de la habitación. Julia volvió la mirada hacia su hermano. Por primera vez en la vida comprendía lo que era la muerte. Inexplicable, inaprehensible, oculta tras una apariencia de fingido descanso. Veía a la Muerte, lo que tiene la muerte de horror y de destrucción, de putrefacción y abismo. Porque ya no era Carlos quien yacía en el lecho sino Ella, la gran ladrona, burdamente disfrazada con rasgos ajenos, riéndose a carcajadas tras aquellos párpados enrojecidos e hinchados, mostrando a todos el engaño de la vida, proclamando su oscuro reino, su caprichosa voluntad, sus inquebrantables y crueles designios. Se restregó los ojos y miró a su padre. Era su padre. Aquel hombre sentado en la cabecera de la cama era su padre. Pero había algo enormemente desagradable en sus facciones. Como si una calavera hubiese sido maquillada con chorros de cera, empolvada e iluminada con pinturas de teatro. Un payaso, pensó, un *clown* de la peor especie… Se asió del brazo de su madre y una repugnancia súbita la obligó a apartarse. ¿Por qué de repente tenía la piel tan pálida, el tacto tan viscoso? Salió corriendo a la azotea y se apoyó en la balaustrada.

—El ángulo —gimió—. Dios mío… ¡he descubierto el ángulo!

Y fue entonces cuando notó que Marta estaba junto a ella, con uno de sus muñecos en los brazos y un caramelo mordisqueado entre sus dedos. Marta seguía siendo una criatura preciosa. «A ti, Marta», pensó, «a ti todavía puedo mirarte». Y aunque la frase le golpeó el cerebro con otra voz, con otra entonación, con el recuerdo de un ser querido que no podría ya volver a ver en la vida, no fue esto lo que más la sobresaltó ni lo que le hizo echarse a tierra y golpear las baldosas con los puños. Había visto a Marta, la mirada expectante de Marta, y en el fondo de sus ojos oscuros, la súbita comprensión de que a ella, Julia, le estaba ocurriendo *algo*.

Lo oculto

Naiyer Masud
(1999)

Traducción de Rocío Moriones Alonso

Ba kuja sar niham keh chun zanjir
Har dari halqa-e-dari digar-ast.
(«¿Dónde podré ocultarme, si cada puerta
me conduce a otra, en una cadena infinita?»)

Cita anónima hallada en un texto de Mir Taqi Mir

Tú mantienes mis ojos abiertos.
Estoy tan turbado que no puedo hablar.
Pienso en los días de antaño,
rememoro los años remotos.

Salmo 77

«Permanecimos mirándonos en silencio durante un rato. En nuestros rostros no había el menor indicio de curiosidad. Su mirada era fogosa e intensa, y durante todo ese tiempo no hubo ni un instante en que me pareciera indolente. Sin embargo, fui incapaz de descubrir si sus ojos estaban diciendo algo o estaban pensando. Sentí que entre nosotros se establecía una especie de comprensión tácita, y, por primera vez desde que llegué a aquella casa, me embargó una repentina sensación de desaliento. En ese momento, su cuidadora apoyó la mano en mi hombro, y salí fuera con ella.

Una vez en el exterior, mientras hablaba con su cuidadora, sentí una y otra vez que no podía expresarme

con claridad, y que aquel paciente caminaba mucho más aventajado por un camino desconocido para mí».

He dejado de hablar, pero no de mirar. No es fácil dejar de mirar cuando se tienen ojos, sin embargo, es relativamente fácil dejar de hablar aunque se tenga lengua. Sin duda, a veces también siento el deseo de cerrar los ojos, pero por ahora permanecen abiertos. Especialmente por aquella que es mi cuidadora. Ella es el último recuerdo que conservo del tiempo pasado, ya para siempre perdido, que transcurrió en aquella casa en la que por primera vez abrí los ojos y aprendí a hablar. Cuando yo vivía allí, ella era una niña de año y medio, y me quería mucho. En cuanto llegaba a casa, la llamaba, y mientras yo estaba allí, ella siempre andaba a mi alrededor.

Ahora ya no recuerda aquellos tiempos. Lo único que le han dicho es que soy el último miembro de su familia. No sabe nada acerca de mi vida, pero, a pesar de ello, me quiere mucho. Está convencida de que me vio por primera vez aquí. Es evidente que no sabe que yo la solía llamar «mi novia». La comencé a llamar así porque ella misma, cada vez que alguien le preguntaba, se refería a mí como su novio. Esta era una de las diversiones de toda la familia. A veces, para hacerla rabiar, alguien le decía que yo era en realidad su novio, y se divertía viendo cómo la niña se enfadaba. Entre aquellos que la hacían rabiar también estaban mis familiares de más edad, tanto mujeres como hombres. En aquel tiempo todo su pequeño mundo era su rival, pero entre esos rivales no se hallaba aquella mujer a la que más quería después de mí y de su propia madre, quien, a su vez, también la quería mucho a ella, probablemente mucho más que yo.

Ella tenía unos dos años más que yo. Doce años antes de la época a la que me estoy refiriendo la vi por primera vez

en la boda de mi hermano mayor. Era la hermana menor de la mujer de mi hermano, pero por una lejana relación de parentesco, también era tía mía, aunque no carnal. En la boda de mi hermano ella ya era una adolescente, y yo, un chico vergonzoso. Me trataba como si fuera mayor que yo, y a pesar de que hablábamos y bromeábamos con gran familiaridad, cuando se reía de lo que yo decía, seguía adoptando una actitud de persona mayor. En su comportamiento no había afectación, pues de lo contrario me habría molestado; además, no es que me tratara como si ella fuera mucho mayor que yo, sino como si yo fuera mucho más pequeño que ella, y eso a mí me agradaba. Había ocasiones en las que me llegaba a sentir realmente como su sobrino pequeño. Especialmente, cuando al comparar su ciudad con la mía, comenzaba a ensalzar la suya, lo cual hacía que empezara a discutir con ella como un niño. Venía a visitarnos de vez en cuando y se quedaba un tiempo. En esta ocasión llevaba ya con nosotros unos tres o cuatro días.

Llegué a casa y, como hacía habitualmente, en cuanto entré en el jardín llamé a mi novia. La casa estaba en completo silencio, pero mi tía sí que estaba. Se acababa de bañar, y estaba sentada al sol secándose el pelo. Le pregunté por los demás y me contestó que se habían marchado todos a una boda. Como no sabía muy bien qué decir, le pregunté también por mi novia, aunque era evidente que ella también se había marchado con los demás. Me senté cerca de mi tía y empezamos a hablar de cosas sin importancia, principalmente de la niña, y nos reímos mucho.

Al cabo de un rato ya se le había secado el pelo. Se levantó y empezó a recogérselo en un moño. Al hacerlo, alzó los hombros y adelantó un poco sus caderas desnudas. Elevó el torso y lo inclinó hacia atrás y eso hizo que el pelo le cayera por la espalda. Todo esto sucedió en cuestión de

segundos, pero en ese momento no me afectó lo más mínimo. Mientras se recogía el cabello continuamos hablando. Entonces se le abrió el cierre del pendiente y este se cayó al suelo cerca de sus pies. Enseguida me incliné para recogerlo. Mi mirada se detuvo en sus talones, y al verlos recordé que se acababa de bañar. Recogí el pendiente y continué hablando con ella mientras intentaba a la vez ponérselo. Sentí el aroma fresco de su cuerpo recién bañado. Ella siguió recogiéndose el pelo y yo seguí intentando sin éxito ponerle el pendiente, y al final se le puso la oreja roja. En ese instante, sin querer, le hice daño en el lóbulo con el cierre. Ella se quejó un poco y me regañó, y acto seguido, me quitó el pendiente de las manos riéndose y se lo puso inmediatamente. A continuación, subió a su habitación a descansar y yo me fui a la mía.

Un poco más tarde subí, probablemente buscando un libro. Cuando me disponía a volver a bajar, dirigí mi mirada a la habitación de mi tía y vi que estaba de pie delante de la persiana de bambú de la puerta. Tenía el pelo un poco despeinado y se le notaba en los ojos que se acababa de levantar. Entré en su habitación y comenzamos a hablar otra vez de cosas sin importancia. Una vez más empezó a recogerse el cabello y se volvió a repetir la misma escena que había presenciado antes abajo. En esta ocasión, al ver cómo sus caderas se adelantaban ligeramente, por unos instantes me sentí levemente turbado. Ahora hablábamos de aquella boda a la que todos se habían marchado. Yo le estaba contando que había mucha diferencia de altura entre el novio y la novia, y exageré tanto esa diferencia que llegué a decirle que ella sólo le llegaba a él por la cintura. Mi tía me dijo riéndose:

—Bueno, pues ya es más alta que tu novia.

Entonces empezamos a hablar otra vez de la niña. La verdad es que el silencio que reinaba en la casa se debía

sobre todo a su ausencia. Justo cuando yo estaba a punto de decir alguna otra cosa, ella se levantó de la cama y me dijo:

—Vamos a ver cuánto me sacas tú de altura.

Nos pusimos de pie uno frente al otro riéndonos y ella se acercó a mí. Volví a sentir el aroma de su cuerpo recién bañado, pero en ese momento era un aroma cálido. Nos aproximamos un poco más, de modo que su frente me quedó a la altura de los labios.

—Tú eres mucho más baja que yo —le dije.

—De eso, nada —contestó ella, y levantó los talones riéndose mientras se ponía de puntillas.

—Y ahora, ¿qué?

Yo le puse las manos en la cintura y empujé hacia abajo.

—Estás haciendo trampa —le dije, y me agaché mientras empujaba nuevamente sus talones con fuerza hasta que tocaron el suelo. Después me levanté. Ya no se reía. Volví a sujetarle la cintura.

—Eres una tramposa —le dije, y le apreté la cintura con las manos. Extendió los brazos y me puso las manos en el cuello. Sentí cómo nos envolvía un profundo silencio, y le apreté más aún la cintura.

—La puerta —me dijo en un susurro.

Sin dejar de sujetarla, me acerqué a la puerta. La solté y corrí el pestillo lentamente. Después me volví hacia ella y recordé la actitud de persona mayor con la que me había tratado hasta ese momento, y, al hacerlo, por primera vez me sentí enfadado con ella, pero, inmediatamente, mi enfado se tornó en una atracción física irresistible, y me agaché y le sujeté las piernas. Mientras lo hacía, ella me cogió con las manos dos mechones de pelo y me atrajo hacia sí con gran fuerza, haciendo que mi cabeza quedara a la altura de su pecho. Sin dejar de cogerme el pelo se inclinó hacia la cama; yo le levanté los pies e hice que se sentara. Le rodeé la cintura con un brazo y empecé a empujar su

torso hacia atrás, pero justo en ese momento ella me soltó y se levantó. Yo me quedé mirándola, y ella me dijo en voz baja:

—La puerta de la escalera está abierta.

—No hay nadie en casa.

—Pero a lo mejor viene alguien.

Salimos los dos juntos en silencio, pusimos la cadena en la puerta de la escalera, volvimos a la habitación y echamos el pestillo. Excepto por un leve estremecimiento que recoma nuestros cuerpos, estábamos tan normales como cuando hablábamos a diario. Ella se detuvo delante de la cama y volvió a recogerse el pelo. Se quitó los pendientes y los puso cerca de la almohada. Por un instante recordé aquellas historias tantas veces oídas en las que las aventuras amorosas comienzan de ese mismo modo, cuando los amantes se ponen a comparar su altura, y en ese mismo instante decidí que todas esas historias formaban parte de la ficción y del deseo, y que la auténtica realidad únicamente la estábamos experimentando esta mujer, que por un parentesco lejano era mi tía, si bien una tía cuya hermana mayor era la mujer de mi hermano, y yo. La cogí en brazos suavemente, y la recosté sobre la cama. Recordé, y quizá ella también lo hizo, el momento en el que yo había entrado en casa preguntando por mi novia. Los dos empezamos a temblar ligeramente. Me incliné hacia ella, pero, de repente, se incorporó y se sentó. El miedo se reflejaba en su mirada.

—Alguien nos está observando —dijo en voz muy baja señalando hacia la puerta.

Me giré y miré hacia la puerta cerrada, y yo también tuve la impresión de que fuera había alguien agachado cerca de la rendija, que justo en ese momento se apartó, para volver a acercarse al instante. Esto se repitió varias veces. Seguimos mirando hacia la puerta en silencio, hasta que finalmente me levanté y la abrí de par en par. La persiana de

bambú que había fuera se estaba moviendo ligeramente por el viento. Pasé la mano por ella de arriba abajo, cerré la puerta y me volví hacia atrás. La persiana, al moverse, hacía que la secuencia estriada de luces y sombras que producían las varillas de bambú cambiara continuamente de lugar a través de la rendija. Me volví hacia mi tía. En su rostro se reflejó una tímida sonrisa, pero el corazón le latía con fuerza, y tenía las manos y los pies fríos. Me senté en una silla al lado de su cama y le empecé a hablar de ilusiones ópticas. Ella también me contó algo acerca de ellas y volvimos a hablar tal como hacíamos habitualmente, sin hacer mención alguna a lo que había sucedido. Al final, me dijo:

—Deben de estar a punto de llegar.

Entonces yo también recordé que la puerta de la escalera estaba cerrada por dentro. En ese momento se empezaron a oír abajo las voces de nuestros familiares, de modo que me levanté, abrí la puerta de la habitación de par en par y salí. Mi tía salió detrás de mí a cierta distancia. Tras soltar la cadena de la puerta de la escalera, volví a la habitación de arriba. Empezamos a hablar como antes de cosas sin importancia. Al cabo de un momento se oyeron unos pasos fuera de la habitación. Al mirar, vi que en la puerta estaba la niña vestida de los pies a la cabeza como una novia. En cuanto mi tía la vio, dio un grito de alegría, corrió hacia ella, la cogió en brazos y empezó a darle muchos besos mientras la niña, riéndose, intentaba soltarse. En la casa donde se había celebrado la boda unas chicas muy ingeniosas la habían disfrazado de novia y le habían puesto un montón de adornos de flores. Al cabo de un rato entraron en la habitación su madre y otros niños. En ese momento la niña estaba sentada en mi regazo, y yo le estaba preguntando qué había comido en el banquete. Ella sólo se sabía el nombre de dos o tres platos y no hacía más que repetirlos.

Su madre intentó cogerla en brazos pero ella se negaba a separarse de mí.

—¡Vaya novia más sinvergüenza! —dijo mi tía, y bajaron todos al piso inferior, entre risas.

Al cabo de un rato, toda la familia estaba abajo, en la veranda interior de la casa, alrededor de la niña. Mi tía le estaba enseñando a comportarse de forma modosa, y de vez en cuando se oían las carcajadas de los demás.

Antes del anochecer, intenté encontrarme con mi tía a solas varias veces, pero ella estuvo todo el tiempo sentada con un grupo de mujeres, escuchando los relatos de la boda. Por la noche, en tres ocasiones, traté de abrir la puerta de las escaleras con sigilo, pero estaba cerrada por dentro. Yo sabía que por la noche también dormían en su habitación una o dos mujeres holgazanas, pero a pesar de ello quería subir. Al día siguiente, entre la mañana y el mediodía, la vi varias veces sentada con otras mujeres, pero como yo no soy muy aficionado a sentarme en su compañía, le dije alguna cosa irrelevante y me marché.

Después de comer, cuando todo el mundo se había retirado a sus habitaciones, y la mayoría de las estancias superiores que daban al jardín estaban cerradas por dentro, subí y levanté la persiana de bambú de la habitación de mi tía. Ella se hallaba justo delante, durmiendo en la cama. Me quedé contemplándola un rato con la persiana levantada. Pensé que no estaba durmiendo sino que sólo había cerrado los ojos. Tenía la cabeza apoyada en la almohada y echada hacia atrás, y los puños cerrados. Sus pendientes estaban cerca de la cabecera. De repente, cobraron nitidez aquellas imágenes difusas de los preámbulos de nuestro encuentro del día anterior, al tiempo que se borraba todo aquello que sucedió después. Me parecía como si hubiera acabado de abrazarla y de recostarla en la cama. Entré en la habitación

y me volví para cerrar la puerta. Justo al lado había una de aquellas mujeres holgazanas sentada sobre la alfombra haciendo un ovillo de lana. Me saludó efusivamente y luego me comunicó la obviedad de que mi tía estaba durmiendo. Me quedé un rato en la habitación buscando un libro imaginario, y después, al no encontrarlo, me marché fingiendo algo de contrariedad. Mientras buscaba el libro, contemplé varias veces el rostro de mi tía. Realmente estaba dormida.

Por la tarde, en la planta baja, me encontré a la misma mujer. Volví a subir y levanté la persiana de bambú de la habitación. Mi tía estaba sentada cerca de la puerta, frente al espejo, y se estaba peinando mientras otra mujer holgazana le contaba la historia de la primera vez que su marido la pegó. Yo ya la había escuchado varias veces, pues de hecho, constituía uno de los entretenimientos propios de mi casa. Mi tía se estaba riendo y en ese momento me vio en el espejo. Me dijo que me sentara, pero yo volví a preguntar otra vez por aquel libro imaginario y volví a bajar.

Desde por la tarde hasta por la noche tuve que permanecer fuera de casa para hacer un recado, pero después de echar a perder aquello para lo que me habían enviado, regresé. Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas por dentro, incluida la de la escalera. Yo también me fui a mi dormitorio, cerré la puerta y me acosté. Intenté imaginarme a mi tía pero no lo conseguí, aunque sí logré sentir por un instante el suave aroma de su cuerpo. Mientras me iba adormeciendo estaba seguro de que iba a soñar con ella, pero en mi primer sueño no hubo más que oscuridad. Más o menos hacia media noche soñé con las extrañas mujeres que, vestidas como novias, se hacían gestos obscenos las unas a las otras. Después, permanecí despierto, pero cuando empezó a amanecer me volví a dormir. Bien entrado el día, finalicé mi descanso sin sueños.

Me sentía confuso, como si tuviera la cabeza llena de humo. Me fui directamente a bañarme. Mientras lo hacía me imaginaba que en ese mismo instante se estaba bañando allí mismo mi tía, pero sacudí la cabeza y de ese modo alejé de mi mente esa imagen, así como el humo que la invadía. Cuando terminé, salí y vi que mi tía se encontraba sentada al sol secándose el pelo. Uno de mis familiares mayores se acercó a ella y comenzó a relatarle desde el principio la larga historia de los antiguos lazos que unían a su familia con la nuestra. En la veranda, aquellas dos mujeres holgazanas del día anterior se estaban peleando por algo, aunque, debido a la presencia de aquel anciano, hablaban en voz baja. Con ellas había otras tres holgazanas que también estaban hablando en voz baja para intentar reconciliarlas, o quizá para echar más leña al fuego. Mi tía escuchaba a aquel anciano con gran respeto y con la cabeza cubierta. Yo la dejé ahí hablando con él y subí al piso de arriba, pero, una vez allí, me dirigí a su habitación, donde me detuve. Delante de la persiana de bambú que colgaba de la puerta estaba otra holgazana de pie. En cuanto me vio me preguntó si mi tía ya se había bañado. Le dije que yo qué sabía, y volví a bajar. Hasta ese momento no tenía la menor idea de que en mi casa hubiera tantas mujeres como aquellas, cuya única ocupación consistía en ayudarnos en las tareas de la casa, ya fueran fáciles o difíciles.

Abajo, aquel anciano continuaba con su relato mientras caminaba delante de mi tía; ya había concluido la historia pasada de la familia y ahora estaba en el presente.

Por la tarde me volvieron a enviar fuera. Tras intentar cumplir con la tarea que ayer había desbaratado, regresé a casa, ya muy tarde, después de embarullarla aún más. Por la noche me desperté varias veces y todas ellas pensé que, teniendo en cuenta el tiempo que se quedaba en casa mi tía

normalmente cuando venía, se estaba aproximando el día de su partida. A la mañana siguiente tenía otra vez la cabeza llena de humo, pero esta vez no desapareció al bañarme. Ahora tenía la certeza de que si me encontraba a mi tía a solas, la mataría. No tenía muy claro cómo lo haría, pero decidí que ese día no me acercaría a ella.

Al cabo de unas horas, al salir de mi habitación, la vi en la veranda con otras mujeres. Me llamó haciendo una señal con la mano. Al contrario de lo que era habitual, la veranda estaba relativamente silenciosa. La niña dormía en los brazos de su madre. Era evidente que estaba enferma. La recosté en mi regazo y le pregunté a su madre cómo estaba. En ese momento aquel anciano entró en el porche y el ambiente se hizo más tenso. Preguntó por la salud de la niña, intentando moderar su vozarrón, pero, a pesar de ello, esta se despertó en mi regazo. Tenía aspecto de estar ya prácticamente recuperada. El hombre empezó a bromear con ella preguntándole por su novio, y al oír sus respuestas comprendimos que ella no se había dado cuenta de que estaba en mi regazo. Él le empezó a preguntar que dónde estaba yo. Todas sus respuestas nos hacían reír. Al final le hice cosquillas, y al darse cuenta de que estaba allí mismo, se empezó a reír con todo el mundo aunque un poco avergonzada. El hombre la cogió y se la llevó a la zona de la casa donde tenía sus habitaciones. Ella también le quería mucho. La pasada noche se había despertado varias veces y lo había estado llamando.

En cuanto aquel hombre se fue el ambiente se fue distendiendo y, poco a poco, con la conversación, fue aumentando el volumen de las risas. Entre otras cosas, hablamos de la fecha en que estábamos, pero mi tía y yo no nos poníamos de acuerdo en qué día era y todos los demás empezaron a escuchar con atención nuestra discusión. No había forma de convencerla. En una pared de una

habitación que había al lado de la veranda asomaba un calendario que hizo uno de mis antiguos familiares. Con él se podía averiguar la fecha de cualquier año, aunque era algo que requería mucho tiempo y complejas operaciones matemáticas. Nos levantamos para corroborar nuestras respectivas opiniones con la ayuda de aquel calendario. Entramos en la habitación, y en cuanto estuvimos detrás de la puerta nos abrazamos y caímos al suelo en una convulsión, pero en seguida nos levantamos y volvimos a salir. La madre de la niña nos preguntó a qué conclusión habíamos llegado en nuestra discusión, pero justo entonces alguien se rio a carcajadas por algo, y luego se volvió a reír una vez más. Mí tía tenía la cara pálida y, si en ese momento algún recién llegado nos hubiera observado con atención, habría pensado que acabábamos de salir después de estar un buen rato juntos a solas.

Aquel día logré terminar perfectamente el trabajo que había estropeado los dos días anteriores, y volví aún más tarde que la noche anterior. Todo el mundo estaba ya durmiendo y yo también me fui a mi habitación y me acosté.

Durante el tiempo que transcurrió desde que mi tía se levantó de la cama en la habitación de arriba y se acercó a mí, hasta el momento en que nos encontramos en la habitación del calendario, no me planteé siquiera qué era lo que ella sentía al respecto; ni siquiera pensé que quizá le diera igual. A pesar de ello, pensé en matarla. Durante toda la noche mis sentimientos fluctuaron constantemente entre el remordimiento, la atracción física, y el deseo imperioso de encontrarme a solas con ella. Al final, me levanté por la mañana sin haber conseguido dormir. En ese momento me invadía el remordimiento; por eso cuando la primera holgazana que se levantaba por las mañanas me dijo que por la noche había venido el hermano de mi tía a decirle

algo y que ella se había marchado con él, en el estado de somnolencia en el que me encontraba, no me sentí afectado, simplemente lamenté no haber podido pedirle perdón.

Cuando les dije a mis familiares de más edad que quería vivir por mi cuenta, les costó entender que me hubiera cansado de mi acomodada vida. A pesar de que no pude dar ninguna respuesta convincente a las numerosas preguntas que me hicieron, al final conseguí que lo aceptaran ya que todos ellos me querían mucho. Al ver los preparativos que hicieron para mi partida me di cuenta de lo cómodo que me encontraba en aquella casa con ellos, y me sentí un poco molesto conmigo mismo. Unos días antes de mi partida, me regalaron una piedra en la que había grabados nombres sagrados, para que la llevara colgada al cuello. Era una herencia familiar que llevaba con nosotros muchas generaciones. Eso hizo que me sintiera aún más molesto, así que me la quité a escondidas y la guardé en el baúl de ropa vieja en el que siempre había estado.

Mis familiares de más edad se despidieron de mí de una forma muy contenida, y cuando salí de casa, aquellas voces que me acompañaron hasta más lejos fueron las de las extrañas mujeres rogando que volviera sano y salvo.

Me resultó difícil vivir por mi cuenta, pero al final, pude recurrir al nombre de mis mayores, y de ese modo ellos, sin hacer nada, ni darse cuenta siquiera, lograron que pudiera valerme por mí mismo. Conseguí un trabajo relacionado con la inspección de casas. Al principio estaba convencido de que no me iba a ir bien ya que en aquella época toda casa que no fuera la mía no me parecía más que un montón de materia inerte o de plantas marchitas. A veces sentía animosidad hacia ellas, otras me parecían juguetes feos, y otras me quedaba contemplándolas durante un rato como si

fueran niños tontos que quisieran ocultarme algo. Quizá esa fuera la razón, aunque no sabría decir cuándo ni cómo comenzó, de que las casas empezaran a cobrar vida ante mí.

Al principio, no sentía el más mínimo interés hacia las personas que las habitaban. Sin embargo, en cuanto veía una casa, era capaz de determinar el tiempo que había transcurrido desde su construcción, qué reformas había sufrido, cuándo se habían realizado estas, y cómo transcurría el tiempo en su interior. Estaba convencido de que el tiempo no discurría de igual manera en el exterior de una casa que en su interior. Asimismo estaba convencido de que podía transcurrir de forma diversa en las diferentes partes de una misma casa. Por eso la decadencia de una casa y la estimación que yo hacía del tiempo de vida que le quedaba normalmente no guardaba relación alguna con su aspecto visible. No obstante, no se pudo comprobar la veracidad o falsedad de ninguna de mis estimaciones ya que la valoración aproximada de la vida restante de una casa, era mucho mayor que la del tiempo que me quedaba de vida.

En cierta ocasión, me hallaba delante de una casa y me pareció que la puerta estaba cerrada como si se estuviera tapando el rostro con las manos por miedo o para protegerse, o porque se avergonzaba de algo. No pude adivinar nada acerca de ella; por ello, cuando entré me quedé mucho tiempo observando con atención todos y cada uno de los rincones, las paredes, las puertas, el suelo y el techo. Tras pasar prácticamente todo el día allí, regresé sin llegar a ninguna conclusión y estuve toda la noche pensando en ella. Repasé mentalmente la inspección que había hecho, y recordé todo aquello que había visto. Finalmente, llegué a la conclusión de que en esa casa había una zona en la que se sentía miedo, y otra en la que sentía que algún deseo desconocido estaba a punto de realizarse.

Al día siguiente me hallaba delante de otra casa. La puerta también estaba cerrada, pero esta vez me pareció que me miraba fijamente a los ojos de forma descarada. Al cabo de un rato entré en ella y la recorrí. En una de las estancias sentí que el miedo se apoderaba de mí. Entonces me quedé esperando a que surgiera la otra sensación, y cuando estuve en otro punto de la casa noté que se iba a cumplir algún deseo intenso pero desconocido.

Me sorprendió que no hubiera reparado en ello hasta entonces. Volví a algunas de las casas que ya había inspeccionado varias veces, y en todas ellas encontré una zona de temor y otra de deseo. No había ninguna que careciera de estos lugares, ya fuera nueva o antigua, o fuera una entre cientos iguales. Descubrir esas zonas de temor y de deseo se convirtió en mi pasatiempo, un pasatiempo que empezó a afectar a mi trabajo, pues estaba convencido, sin justificación alguna, de que no era posible hacer una estimación de la vida de aquellas casas que poseían estos lugares. Finalmente, tras verme muy afectado y pensar que me había vuelto idiota o loco, decidí abandonar aquel pasatiempo, pero dado que mi trabajo consistía en inspeccionar casas, aunque no intentara descubrir estas zonas terminaba sabiendo dónde se hallaban. No obstante, traté de interesarme menos por ellas, pero justo entonces vi una en la que la zona de temor y la de deseo se hallaban en el mismo sitio.

Permanecí de pie en ese lugar durante mucho rato, intentando reconocer si aquello que sentía era temor o deseo, pero fui incapaz de lograrlo. En esa zona, el deseo era temor, y el temor, deseo. Permanecí tanto tiempo allí de pie, que la dueña creyó que me pasaba algo. Era una mujer joven, y en ese momento, aparte de nosotros dos, no había nadie más en la casa. Se acercó para mirarme atentamente y me di cuenta de que esa zona de miedo y deseo también

le estaba afectando a ella. Me cogió de las manos y con una especie de extraño atrevimiento recatado me aconsejó que descansara en la habitación de enfrente. Yo le dije que me encontraba bien, y después de hablar con ella de diversos asuntos relacionados con los negocios, me marché. Sin embargo, quizá fuera a partir de ese día cuando nació mi interés por las personas que habitaban las casas, y al cabo de un tiempo, no podía pensar en una cosa sin la otra. Es más, a veces, me parecía que las dos cosas eran una sola, ya que sentía el mismo interés por ambas.

Ese interés acentuó más aún mi atención hacia las casas. Ahora, con sólo mirar someramente una casa, sabía cuáles eran las zonas de paso más comunes y las que menos, las usadas o las abandonadas. Sabía hasta qué parte de la casa llegaría el sonido de una voz que se emitiera desde cualquier otra parte de ella, y con qué intensidad lo haría. Después contemplaba con atención cada estancia. Las recorría todas y adivinaba qué partes se veían y qué partes quedaban ocultas desde cualquier rendija de las ventanas y de las puertas y desde cualquier tragaluz. En todas las habitaciones encontraba siempre alguna parte que no se podía ver desde ningún tragaluz ni ninguna rendija. Para determinar qué parte era esta, me ponía de pie en medio de la habitación y pintaba mentalmente toda la habitación de negro; a continuación, pintaba de blanco con mi mirada todas aquellas partes visibles desde alguna rendija o algún tragaluz. De ese modo, aquella parte donde al final quedaba color negro era la verdadera parte oculta de esa habitación. Excepto en los dormitorios de los niños, no encontré ninguna habitación en cuya parte oculta no hubiera espacio para un hombre y una mujer. Luego me empecé a concentrar en la imagen de esas áreas ocultas de color negro. Creaban formas muy diversas, cuyo parecido con algunos objetos era sorprendente, pero no encontré ninguna que pareciera algo

completo. Todas parecían incompletas o rotas. Conseguí ver innumerables siluetas de partes ocultas. Muchas de ellas tenían formas conocidas, como por ejemplo leones, cangrejos, balanzas, y cosas así, pero todas ellas eran incompletas. Otras formaban imágenes de cosas desconocidas, pero estas formas, a pesar de ser desconocidas, también parecían incompletas y al verlas, provocaban un efecto extraño en la mente.

Un día me encontraba en la habitación exterior de un edificio recién construido, contemplando la silueta de su parte oculta. La imagen resultante me resultaba desconocida. Al concentrarme en esa forma, de repente, recordé que hacía mucho tiempo había visto una casa en ruinas cuya zona de deseo tenía esa misma forma.

Hasta entonces sólo me había fijado en los contornos de las zonas de temor y de deseo de las casas. Nunca me había fijado en qué figura formaba el espacio que quedaba entre esos dos contornos, pero ahora empecé a recordar muchas, o quizá, todas aquellas figuras, y nuevamente pensé que me estaba volviendo idiota o loco. A pesar de ello, tuve la certeza de que nadie podía contemplar las casas del mismo modo en que yo lo hacía, y como resultado se apoderó de mí la idea de que yo era el único que tenía derecho sobre sus habitantes.

No tenía una residencia fija. Recorrí muchas ciudades y cambié de casa en numerosas ocasiones. Sentía como si en cada ciudad centellearan las casas, y en cada casa, las mujeres, y como si todas aquellas mujeres estuvieran a mi alcance. Me insinué a muchas de ellas y muchas de ellas se me insinuaron a mí. También hubo ocasiones en las que me llevé alguna sorpresa. Por ejemplo, hubo mujeres que creí que carecían del más mínimo deseo sexual, o que eran demasiado inocentes, o que sentían aversión al sexo, y

luego resultaron ser presas de esos deseos y estar dispuestas a lo que fuera para saciarlos, hasta el punto de que, en ocasiones, me sentí intimidado por sus insinuaciones. Hubo otras mujeres de las que pensé que vivían por y para esos deseos y que sólo estaban esperando que yo les hiciera la más mínima señal, pero cuando intenté insinuarme, algunas de ellas resultaron ser tan inocentes al respecto que no fueron capaces de entender mis avances. A algunas les invadió la depresión y a otras, el miedo. Una de ellas se quedó tan aterrorizada que abandonó su vida tranquila y segura, y se marchó. Era una mujer que no hacía más que recogerse su larga melena negra, y yo creí que lo hacía para atraerme hacia ella. Yo no pretendía que ella saliera huyendo, y por ello salí a buscarla. Lo único que quería decirle es que fueron sus cabellos negros los que me desorientaron, pero ella siguió escapando de mí. Quizá pensó que la perseguía como una bestia lasciva. Fui incapaz de encontrarla y sospecho que fue precisamente el miedo que sentía hacia mí lo que la mató, aunque siempre me consuelo pensando que se cayó al río accidentalmente, y que, seguramente, habría salido a flote en algún otro lugar y alguien la habría salvado.

Después de aquello dejé de insinuarme, y esperaba a que se me insinuaran a mí. Estos intervalos de espera a veces eran muy largos. Durante uno de ellos, llegué a una nueva ciudad en la que no conocía a nadie. Un día estaba paseando por el mercado principal y una mujer que estaba a cierta distancia, de pie delante de las tiendas, al verme, me hizo una señal para que me acercara a ella. Pensando que era una mujer de la calle, seguí adelante, pero entonces, me llamó por mi nombre. Me detuve, me giré hacia donde estaba y ella se acercó a mí.

—¿No me reconoces? —me preguntó sonriendo, y entonces me acordé de ella. Unos años antes habíamos sido amigos. Salvo el hecho de que era un poco mayor, no había cambiado nada.

Me sorprendió que no la hubiera reconocido, y me alegré de conocer a alguien en aquella ciudad desconocida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

—Ahora vivo aquí —me dijo, y al cabo de un rato estábamos hablando con gran familiaridad. Yo no hacía más que pensar que era una mujer de la calle. No sólo no tenía ninguna experiencia con mujeres de la calle sino que tampoco sabía reconocerlas bien, así que no sé por qué ella me daba esa impresión. Seguí hablando y observándola con atención, y mis sospechas se hicieron más acuciantes. Al darse cuenta de que la observaba, su rostro se llenó de serenidad, lo cual confirmó mis sospechas. Estuvo mucho tiempo insinuándose, para lo cual se sirvió de la palabra, de la mirada y de los gestos. Anteriormente, era yo quien se insinuaba a ella. Unos años antes ya era una mujer madura; sin embargo, ahora se comportaba como si fuera una muchachita inocente, al mismo tiempo que coqueteaba. Me sentí un poco triste. Volví a observarla con atención. Seguía siendo muy atractiva, pero había cambiado mucho. Mientras hablaba con ella, me parecía que el tiempo allí, en el mercado, transcurría muy deprisa, y le pregunté:

—¿Dónde vives?

Me indicó con la mano hacia la parte posterior del mercado y me dijo:

—Si no tienes nada que hacer ahora, puedes venir y te enseño mi casa.

En aquel momento yo no tenía nada que hacer. La vez anterior nuestra relación comenzó de la misma forma, cuando ella me enseñó su casa, en la que por entonces vivía sola. Al cabo de un rato fuimos atravesando diferentes zonas

del mercado. Se paró en una tienda y compró un candado grande y guardó una de sus llaves junto con este en su bolso, sujetando la otra entre el pulgar y el índice mientras hablaba con el vendedor sobre un tipo especial de candado. Después, con gran naturalidad, me puso esa llave en la mano y seguimos andando.

«Quiere que todo ocurra de la misma forma», pensé, y de nuevo tuve la impresión de que el tiempo transcurría muy deprisa.

—¿Está muy lejos? —le pregunté.

—No, ya hemos llegado —me contestó. Y giró al llegar a una calle ancha. En ese momento nos encontrábamos frente a la puerta principal, que era de madera vieja, pero recién pintada. Abrió el candado de la puerta y lo metió en su bolso, y luego abrió la puerta y entró en la casa. Yo me quedé en el umbral, y un poco después, abrió la puerta lateral contigua a la principal y volvió a salir. Tenía en la mano el candado nuevo.

—No te habrás olvidado, ¿no? —me preguntó, y se rio con ganas.

—No, me acuerdo —le dije, y cogí el candado que tenía en la mano. Ella volvió a entrar por la puerta principal. Yo corrí el cerrojo de la puerta principal, le puse el candado y lo cerré con la llave que tenía. A continuación, entré por la puerta lateral y la cerré por dentro con el cerrojo. Me encontraba en una habitación amplia en la que había algunos vanos y pequeñas hornacinas, pero en la que no había ningún mueble en el que sentarse. Salí de allí y me encontré en un jardín bastante amplio. Desde allí se veía el muro del jardín de enfrente, en el que había una ventana de una altura un poco menor a la de una persona. Mientras me acercaba a ella oí una voz que provenía del interior de la casa.

—Por allí, no; por aquí.

Me volví y vi que al lado del extremo del muro, detrás de dos o tres árboles pequeños había una veranda, en la que estaba ella. Fui hacia allí y me senté en un *takht*. A mis espaldas había una puerta. Ella la abrió y entramos en una habitación donde había una cama y otros objetos domésticos colocados ordenadamente. Se sentó en la cama con aspecto de estar cansada y yo me senté en una silla.

—Entonces, ¿vives sola aquí? —le pregunté.

—¿Sola?… Bueno, como si lo estuviera. En realidad, aquí también vive una señora mayor a la que conozco.

—Y ahora, ¿dónde está?

—No lo sé. Hace unos cuatro o cinco días, de repente, comenzó a llorar. Estuvo toda la noche llorando a escondidas. Al día siguiente, conseguí que me dijera que no hacía más que acordarse de una casa. Después, de repente, se empezó a acordar de la casa de su niñez. Hizo el equipaje a toda prisa, y ese mismo día se marchó. Cuando vuelva te la presentaré.

—¿Y para qué quiero yo conocer a una vieja llorica?

—No, pero si también es muy divertida. Habla tan bien de su marido que…, y cuando te cuenta la historia de cómo la pegaba su marido, te mueres de la risa.

—Pues yo no quiero morirme de risa por culpa de una vieja —le dije, y salí de la habitación. Ella también salió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Me gustaría ver la casa —le respondí. Y salí al jardín.

—Pero, si no hay nada que ver —dijo—. No hay nada más que esta veranda, el dormitorio, y la otra habitación de fuera; el resto se derrumbó.

Nos encontrábamos a cierta distancia de la ventana del muro del jardín. Recorrí el muro con la mirada. Se veía claramente que era una casa grande que habían dividido en dos con esa pared.

—¿Quién vive allí? —le pregunté.

—No sé —me contestó—, a lo mejor no vive nadie.

En ese momento nos hallábamos de pie cerca de la ventana. Estaba hecha de modo bastante tosco con unos cuantos tablones de madera colocados verticalmente. Sobre ambas hojas, había clavada una tabla en diagonal, que hacía que la ventana quedara firmemente cerrada. Me puse a golpear la tabla suavemente con los dedos y de repente, sentí como si la tierra temblara bajo mis pies. Abracé por la cintura a aquella mujer y la atraje hacia mí. Ella se quedó un poco asombrada. Yo mismo me quedé asombrado. Sin dejar de sujetarla, retrocedí unos pasos, y luego la solté.

«De modo que en esta casa la zona del deseo está aquí», pensé, y acto seguido, me aproximé bastante a la ventana y me giré hacia aquella mujer. Ella me miró y sonrió.

—¡Te has vuelto un Don Prisas, tú! —me dijo.

La tierra volvió a temblar dos veces más, y sentí un leve escalofrío.

«Y la zona del temor, también», pensé con una melancolía infundada. Aquella mujer se encontraba frente a mí sonriendo, y había conseguido fingir excitación con la mirada. Yo permanecí un rato al lado de la ventana. Aquella zona ocupaba una franja de terreno junto a la ventana de no más de tres palmos. El resto quedaba al otro lado.

—¿Quién vive ahí?

—¡Si ya te lo he dicho antes! ¡Nadie, Don Prisas!

—Vámonos —le dije, acercándome a ella. Nos dirigimos a la veranda. Ahora sí que estaba un poco excitada. Apoyó suavemente las manos en mis hombros.

—Allí es un poco sofocante —me susurró, de modo que nos quedamos en ese mismo lugar. En ese momento evoqué nuestros antiguos encuentros, en los que su deseo sexual se trocaba en torbellino y se apoderaba de ella, y quizá hoy, en aquella casa, también estuviera fingiendo eso mismo, o estuviera demostrando que en ese momento la embargaba

aquel mismo torbellino. En esa casa, o al menos en aquella parte de la casa, el tiempo transcurría incluso más deprisa que en el mercado. Empecé a sentir una especie de amor por aquella mujer que era la única persona a la que conocía en aquella ciudad desconocida.

—No has cambiado nada —me dijo en voz baja.

—Sí, con el tiempo… —le dije, y alcé la vista hacia la ventana. En la rendija que había entre el marco y las tablas noté el brillo de una mirada. En ese momento aquella mujer se empezó a deslizar entre mis brazos. Como en los viejos tiempos, había cerrado los ojos. La sujeté y volví a mirar hacia la ventana. Detrás de la rendija superior había dos profundos ojos negros que nos observaban. Me incliné hacia la mujer con la que estaba y al inclinarme vi desde otras rendijas el reflejo de un vestido rojo. Volví a mirar de reojo hacia la rendija superior. Aquellos ojos negros nos estaban mirando fijamente, pero no a la cara, sino a nuestros cuerpos. La idea de que una desconocida nos estuviera observando y pensara que yo no me estaba dando cuenta, me excitó un poco, así que aparté la vista.

Estábamos muy cerca de esa ventana. Poco a poco, me fui agachando hasta colocar la cabeza en esa franja del suelo. Tenía la vaga sensación de que estaba con una mujer y de que la tenía entre mis brazos. Mi mirada se concentró en el espacio que quedaba debajo de la ventana, desde el cual se veía un pie. Si no fuera porque su dedo gordo no hacía más que moverse, habría pensado que era una estatua de cera blanca. Detrás del pie, a una distancia que no pude determinar, se veía un arco de madera oscura y un pedestal. Sobre el pie se reflejaba el rojo del vestido.

Sentí el aroma nuevo de un cuerpo femenino mezclado ligeramente con un olor antiguo.

Volvió a levantar el dedo del pie y vi que en él llevaba atado un cordel largo de color negro, cuyo extremo no sabía

dónde estaba. Si hubiera querido podría haber alargado la mano y tocarlo, y puede que hiciera un pequeño amago, pero la mujer que estaba conmigo me cogió las dos manos, entreabrió un poco los ojos, y luego los volvió a cerrar. Quizá sentía que no le estaba prestando demasiada atención, por lo que me concentré más en ella. Después de un rato, mientras se arreglaba los cabellos me dijo:

—No has cambiado nada.

Yo miré hacia la ventana. Al otro lado, ya no había nadie. Empecé a pensar que quizá ella hubiera planeado toda esa escena para una amiga suya. Me quedé traspuesto un rato. De repente, me volví y la miré fijamente, pero sus ojos sólo reflejaban una necia satisfacción.

—Tú tampoco has cambiado —le dije, y me separé de ella y fui a la veranda.

Me encontraba con ella prácticamente todos los días en aquella casa.

«Hasta que la señora no regrese, esta casa es tuya», me dijo el primer día, de modo que yo empecé a considerarla así, e iba allí siempre que quería. Si la puerta principal estaba cerrada por dentro, llamaba, y ella venía y me abría. Charlábamos durante un rato, y después me levantaba y me iba. Si la puerta principal estaba cerrada con candado, lo abría con mi llave, entraba y luego salía por la puerta lateral. Cerraba con candado la puerta principal, volvía a entrar por la puerta lateral y cerraba el pestillo por dentro. A veces nos encontrábamos en la veranda y otras en la habitación, y ese día terminaba volviendo tarde a casa. Al cabo de un tiempo, me empecé a encontrar la puerta principal cerrada por dentro y tenía que llamar a la puerta. Ella me abría y pasábamos el tiempo contándonos historias interesantes, y luego yo regresaba.

Un día estuve llamando a la puerta principal durante un rato hasta que me di cuenta de que estaba el candado puesto. «Me he acostumbrado a llamar a la puerta», pensé, y abrí el candado y entré. Salí por el lateral, puse el candado en la puerta principal, y después cerré tras de mí, dirigiéndome a la veranda. Ella no estaba allí, y el pestillo de la puerta de su habitación estaba cerrado por fuera. Ya me había ocurrido alguna vez al principio que ella llegaba un poco después que yo. Abrí la puerta de su habitación y me acosté en su cama. Permanecí allí durante un rato, adormilado. Finalmente, salí de la habitación y fui al jardín. El sol se estaba ocultando y estaba a punto de anochecer. Me sorprendió que la hubiera esperado durante tanto tiempo. A pesar de ello, seguí esperándola un poco más y luego salí por la puerta lateral. Abrí el candado de la puerta principal y volví a entrar. Cerré la lateral por dentro y cuando me estaba dirigiendo a la principal me detuve y fui hacia la veranda. Al llegar, abrí la puerta de la habitación y, una vez dentro, cambié la posición de la cama.

«Tiene que saberlo», pensé, y después cerré la puerta de la habitación y salí al jardín. Cuando me estaba dirigiendo a la entrada principal, sentí algo y me detuve. Giré la cabeza muy despacio y miré hacia la ventana. Vi cómo esos ojos negros me miraban a los ojos a través de la rendija superior. Volví la cabeza hacia la puerta principal.

«Tenía que haberlo sabido», pensé nuevamente con una melancolía infundada, y me di la vuelta dirigiéndome lentamente a la veranda. Entré en la habitación y volví a colocar la cama en la posición anterior. Salí al jardín y fui al extremo del muro contiguo a la veranda. A continuación, me fui aproximando a la ventana caminando pegado al muro. Al llegar a ella me agaché hasta que casi toqué el suelo con la cabeza. Por el espacio inferior podía ver aquel pie como de cera blanca. Ese día también tenía el cordel negro atado en

el dedo. A pesar de que estaba completamente inmóvil me pareció que se movía hacia atrás. De repente, saqué la mano por la abertura inferior y cogí el cordel negro y me lo enrosqué en dos dedos de la mano dándole varias vueltas. Ella intentó echar el pie hacia atrás pero yo tiré del cordel con todas mis fuerzas hacia mí. Ahora tenía la mano entre su pie y mis ojos, y podía observar el cordel que tenía enroscado en los dedos. Era de seda muy fuerte, y sentía como si estuviera a punto de cortarme los dedos y se me fueran a caer. Le di dos o tres vueltas más hasta que mi mano quedó junto a su dedo gordo.

El cordel me hacía tanto daño que no me dejaba pensar. Cuando me aproximé desde la veranda hacia la ventana, decidí insinuarme, pero ahora no sabía qué era lo que tenía que hacer, y aquel cordel me estaba cortando los dedos. La oscuridad de la noche descendió ante mis ojos como un velo negro. A pesar de que el cordel me estaba haciendo mucho daño logré pensar algo, y lo primero que pensé fue que yo no era el único que sufría. En comparación con mi mano masculina, aquel pie delicado y femenino parecía aún más suave, y ese mismo cordel que me estaba cortando los dedos también anudaba el suyo. Se lo acaricié despacio y con los otros dos dedos que tenía libres recorrí su pie. Era mucho más suave de lo que había imaginado y en ese momento estaba frío como el hielo, sin embargo, sentí cómo bajo su piel delicada fluía la sangre.

Ya había anochecido completamente y a duras penas distinguía la silueta borrosa de los pequeños árboles situados frente a la veranda. «Le estoy haciendo daño», pensé, y de repente me di cuenta de que, excepto la primera vez, no había vuelto a tirar del cordel hacia mí. A pesar de ello, no hacía más que pensar que le estaba haciendo daño. Desenrosqué dos o tres vueltas del cordel, levanté la otra mano y toqué la ventana a tientas. Intenté incorporarme

apoyándome con fuerza en la tabla que estaba clavada en diagonal, pero se desclavó y me quedé con ella en la mano, y en ese momento se me soltó el cordel de los dedos. Apoyé las manos en la ventana e intenté recuperar el equilibrio, pero como ya no había nada que fijara las tablas, se abrieron los dos batientes y me encontré al otro lado de la ventana. En medio de aquella oscuridad pude entrever el contorno del arco de madera y una sombra que se aproximaba lentamente hacia él

Seguí a esa sombra hasta que en la profunda oscuridad del arco dejé de verme a mí mismo.

Aquella fue mi primera experiencia en la oscuridad total. Tras atravesar el arco, seguí caminando un poco, pero al cabo de un instante mis pasos se empezaron a detener por sí solos. Intenté caminar en una y otra dirección, pero como estaba muy oscuro, me detenía, y al final perdí totalmente el sentido de la orientación y no sabía siquiera dónde estaba situado el arco. Lo único que sabía era que me encontraba en una casa desconocida con una mujer desconocida, y tenía la certeza de que estábamos solos. El hecho de haber estado tantas veces antes en muchas casas con distintas mujeres había provocado que se me desarrollaran los sentidos como los de los animales, y en ese momento, de pie en medio de aquella oscuridad, me sentía exactamente como un animal que estuviera aguzando sus cinco sentidos para orientarse. Respiré profundamente. Estaba seguro de que aquí también sentiría ese olor especial de las casas viejas que distinguía desde fuera, pero no fue así. Aunque sabía que iba a ser inútil, forcé la vista de tal manera que mi rostro debía tener un aspecto terrible, pero seguí siendo incapaz de orientarme en aquella oscuridad. Desde el momento en que me enrollé el hilo en los dedos dejé de percibir sonido alguno. A pesar de ello, hice algún intento

infructuoso por escuchar algo. Me di cuenta de que ya llevaba un buen rato aguzando mis sentidos cuando, de repente, sentí que en ese mismo instante estaba pasando por debajo del arco. Justo en ese momento dos manos suaves rozaron las mías y yo las agarré con fuerza y tiré de ellas hacia mí.

Al cabo de un rato dejé de sujetarlas con tanta fuerza, y mis manos recorrieron sus caderas, sus codos y sus brazos hasta llegar a sus hombros, y de allí ascendieron hasta su cara. Estaba intentando adivinar cómo era, pero lo único que pude descubrir fue que tenía unas pestañas largas y densas. Fui recorriendo su cuerpo con las manos, descendiendo desde su cuello hasta llegar a sus pies y acariciar sus talones y sus dedos. Cuando finalmente toqué el suelo con la cabeza, di un ligero tirón al cordel que tenía atado en el dedo del pie y me levanté. De nuevo tenía sus manos suaves entre las mías. La presión de sus palmas aumentó, y por primera vez en aquella oscuridad mis manos fueron capaces de percibir colores. Dos palmas blancas cubiertas de intrincados diseños rojos fueron ascendiendo desde mis manos hasta mis muñecas, de mis muñecas a mis codos y de mis codos a mis hombros, hasta que cubrieron mi rostro. Sus pulgares, cuyos extremos estaban completamente pintados de rojo, se deslizaron por mis mejillas y al llegar a mi garganta se detuvieron. Sus dedos acariciaron ligeramente mi cuello tres veces y luego sus palmas se volvieron a detener en mis hombros y permanecieron allí un rato. A continuación, fueron palpando toda mi ropa lentamente hasta llegar a mis pies, y después, desaparecieron durante unos instantes en aquella oscuridad, para volver a apoyarse nuevamente sobre mis hombros. Recordé aquel antiguo aroma que sentí el primer día mezclado con el aroma a cuerpo femenino. Era uno de aquellos aromas tan antiguos como el mundo, que existía ya antes de que existieran las

flores y que provocaba, al inhalarlo, que se empezara a recordar aquello que se había olvidado. Sin embargo, esta vez no recordé nada que hubiera olvidado sino que olvidé aquello que recordaba.

La presión de aquellas manos sobre mis hombros aumentó, luego disminuyó, y después volvió a aumentar, para posteriormente, desaparecer. Entonces, sentí a un mismo tiempo el contacto de todo su cuerpo femenino. Me di cuenta de que me encontraba en la oscuridad con una mujer que al menos una vez me había visto a plena luz del día con otra mujer. También me di cuenta de que estaba forzando mucho la vista inútilmente, de modo que cerré los ojos. Sabía que no habría ninguna diferencia, y efectivamente, no la hubo hasta mucho más tarde. Sin embargo, en ese momento en que me olvidé de la existencia de mis ojos, vi cómo me hundía lentamente en un lago de agua transparente y en el fondo de aquel lago vislumbré las ruinas de un templo. Abrí los ojos, y al ver que todo estaba completamente oscuro, me tranquilicé. Volví a recordar que junto a mí, en medio de aquella oscuridad, había una mujer. Mi respiración sintió la fogosidad de su cuerpo. «Está envuelta en un torbellino», pensé, y volví a cerrar los ojos, tanto que a pesar de intentarlo, no pude abrirlos. Volví a ver otra vez aquel lago de agua transparente. Las ruinas del templo se estaban elevando y se acercaban a mí, tanto que las rozaba con el pie, pero, a pesar de ello, no las sentí. Mientras estaba sumido en su contemplación, las aguas transparentes se oscurecieron y las ruinas desaparecieron.

No sé cuánto tiempo tardé en abrir los ojos. En el lugar en que yo me encontraba seguía reinando una profunda oscuridad, aunque a un lado pude vislumbrar el contorno borroso del arco, más allá del cual comenzaba a despuntar el alba. En esa oscuridad percibí, palpándolo de los pies a la

cabeza, ese cuerpo que yacía allí, completamente inmóvil. Durante un rato mantuve mis palmas sobre las suyas, esperando sentir su transpiración, pero estas permanecieron secas y frías. Sin embargo, mis manos volvieron a sentir el tacto del intrincado dibujo rojo de una de las suyas. El dibujo tenía la forma de algo desconocido. Me concentré intensamente en esa forma, y tuve la certeza de que era la zona de temor de alguna casa, y también la zona de deseo de alguna casa, y también la zona oculta de alguna habitación. Intenté recordar dónde y cuándo había visto antes aquella forma, pero después pensé que, aun siendo desconocida, parecía totalmente completa, por lo que me tuve que convencer a mí mismo de que no la había visto anteriormente. Intenté sin éxito arrebatar aquel dibujo de su palma, y después, lo toqué con la frente y salí del arco. La ventana parecía una mancha negra. La atravesé y llegué al otro lado.

Cuando estaba atravesando el jardín en dirección a la puerta principal, en los pequeños árboles que había frente a la veranda empezaron a piar los pájaros de la mañana y en la veranda tosía una mujer mayor.

No dejé de hablar repentinamente. Al principio, ni siquiera me di cuenta de que estaba dejando de hablar, ya que anteriormente tampoco hablaba mucho. En realidad, empecé a pensar mucho. Después de volver de aquella casa estuve durmiendo durante dos días seguidos, y soñé que pensaba. Cuando me desperté seguí pensando. Lo primero que pensé fue que había pasado aquella noche únicamente con la ayuda del tacto. No sólo todo aquello que experimenté fue gracias a él, sino que quizá todo ello no fuera más que otro aspecto del mismo. Sin embargo, no eché nada en falta y, excepto los primeros instantes, el resto

de la noche pensé que mis cinco sentidos estaban satisfechos.

No sentía la más mínima curiosidad por aquella mujer, y eso me asombraba. Intenté forzarme a pensar en ella, pero mi mente rechazó cualquier pensamiento sobre ella. Estuve unos días luchando contra mi mente y finalmente tuve que darme por vencido. Lo único que saqué en claro de aquel encuentro fue que aunque la viera de cerca, no la reconocería. Sin embargo, ella sería capaz de reconocerme inmediatamente en cualquier otro lugar. No obstante, esta idea ni me inquietó ni me tranquilizó, así que acepté que era una realidad destruida e inerte y dejé de pensar en ella. Entonces me di cuenta de que también había dejado prácticamente de hablar.

No he hecho ningún voto de silencio, pero no veo la necesidad de hablar gracias a estas personas tan amables de esta casa que me vieron en alguna parte, me reconocieron y me dijeron que nuestras familias estaban unidas por antiguos lazos. Ellas me trajeron aquí y me dieron la opción de elegir en esta casa tan grande el lugar que quisiera para quedarme. La recorrí varias veces, y se alegraron mucho de que me gustara la parte que se hallaba prácticamente vacía.

Mi cama está justamente encima de la zona de temor. En esta casa no he encontrado la zona del deseo, pero como eso es imposible, creo que aquí el temor y el deseo están en una misma zona, que es justo la que yo ocupo.

Un día a media noche empecé a recorrer mi habitación y mi mirada se detuvo sobre aquella zona. Me di cuenta de que creaba una figura negra. Esa figura tenía una forma desconocida pero completa. Me quedé contemplándola durante mucho tiempo. Después observé la habitación desde todas las rendijas, tragaluces, puertas y ventanas. La

pinté de blanco con la mirada y esa figura quedó sin pintar de blanco.

«Es la figura de la parte oculta», pensé, y en ese momento, empezaron a piar fuera los pájaros de la mañana. Estaba seguro de que si me concentraba un poco recordaría dónde había visto antes aquella figura, pero había prometido que no iba a volver a hacer esfuerzos mentales. A partir de ese momento dejé de hablar definitivamente.

Desde el día en que me presentaron a mi cuidadora, coloqué mi cama de tal forma que una parte quedara un poco más allá de aquella zona. Ella se sienta sobre esa parte de la cama, y yo la contemplo. Soy consciente que de ese modo la estoy protegiendo a ella y también me estoy protegiendo a mí mismo.

Notas

[1] «El hombre está hecho de tal manera que todo su verdadero gozo brota de la contemplación del misterio, y salvo por su frenética e indomeñable locura, el misterio nunca le abandona; siempre brota dentro de su alma, pozo de inagotable deleite.» **<<**

[2] Excluyo deliberadamente el cuento de Lope de Vega, *La posada del mal hospedaje*, publicado en 1614 (que, en realidad, es un fragmento de su novela *El peregrino en su patria*) porque, aunque en 1854 George Borrow lo consideró «el mejor cuento de fantasmas del mundo», el paso del tiempo ha convertido su opinión en una broma involuntaria. **<<**

[3] Su casa de campo, Strawberry Hill, de un estilo, digamos, *rococó medieval* y saturada de una ornamentación flamígera, ideada por él mismo, fue un claro antecedente de la arquitectura neogótica del XIX. Y algo muy parecido sucedió con su breve ensayo *On Modern Gardening* (1780), limpio alegato contra el rígido formalismo geométrico francés de setos recortados (vigente en Francia desde el Renacimiento), que abrirá las puertas al nuevo jardín romántico inglés, de inspiración rousseauniana, convertido en paisaje natural. **<<**

[4] Sin embargo, no todo en la novela gótica es delirio de salón, pues al menos esta produjo tres obras realmente inspiradas: *Vathek* (1782) de William Beckford; *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley, acaso el primer mito literario moderno —el otro es el vampiro—; y *Melmoth, the Wanderer* (1820), del clérigo irlandés Charles Robert Maturin, que Lovecraft calificó como primera obra maestra del horror moderno. **<<**

[5] El siglo pasado es escaso en obras fantásticas francesas, pero hay notables excepciones: las novelas *Le voyageur sur la terre* (1927) de Julien Green, y *Le Mont Analogue* (1944) de René Daumal, cuyo subtítulo reza: «Novela de aventuras alpinas no euclidianas y simbólicamente auténticas» (*El monte Análogo*, Atalanta, n.° 6, 2006). **<<**

[6] Los tres relatos se hallan recogidos en el volumen *La voz maligna*, Atalanta, Vilaür, 2006. **<<**

[7] A pesar de acabar su carrera siendo una figura muy popular, no sólo como escritor sino como locutor radiofónico y televisivo, la aventura vital de Algernon Blackwood no pudo estar más alejada de las convenciones mundanas. Al terminar sus estudios, viajó a Canadá con el vago propósito de probar fortuna y fracasó en varios oficios. Pero esta experiencia le forjó un alma estoica y errabunda. Marchaba por el mundo acompañado de una maleta con una muda, un pijama y su máquina de escribir como únicas pertenencias. Después de regresar desde Estados Unidos a Inglaterra en 1899, viajó por Francia (allí escaló los Alpes) y por Alemania, donde remontó el Danubio, paisaje que le servirá de escenario para uno de sus cuentos más celebrados, *Los sauces (The Willows)*. En aquella época comenzó a interesarse por la magia, y en 1900 entró a formar parte de la Orden Hermética del Alba Dorada (*Golden Dawn*), a la que pertenecían W. B. Yeats, Arthur Machen, A. E. Waite, Aleister Crowley y Constance, la esposa de Oscar Wilde. **<<**

[8] Otro inglés que no debemos olvidar es William Hope Hodgson (1875-1918), autor de dos libros notables: la novela visionaria *La casa en el confín de la tierra, (The House of the Borderland*, 1908), que contiene una impresionante descripción de la vertiginosa muerte del sistema solar, y la recopilación de relatos *Men of Deep Waters* (1914). Por otra parte, *La nube púrpura (The Purple Cloud)* del irlandés M. P. Shiel (1865-1947), que versa sobre una epidemia que ha despoblado totalmente el planeta, es igualmente inolvidable. **<<**

[9] Hijo de una madre neurótica y puritana, y de un viajante de comercio mujeriego, que casi no paraba en casa y murió pronto, Lovecraft se educó bajo los arduos auspicios de una viuda rencorosa que no dejaba de restregarle por la cara su fealdad y fomentar su delicada salud. Además le tenía enseñado a no jugar con los demás niños (que, según decía, eran todos unos brutos) y lo forzaba a ampararse de un mundo externo que en su opinión era violento, degenerado y lascivo. En consecuencia, fue un niño solitario y soñador, que con los años acabaría siendo un perfecto reaccionario, racista y puritano, profundamente sarcástico con todo lo que sonara a «democracia», «progreso», «libertad» o «religión». **<<**

[10] Sus amigos August Derleth (1909-1971), Clark Ashton Smith (1893-1961), Robert Bloch (1917-1994), y Robert Howard (1906-1936) y Fritz Leiber (1910-1992), entre otros, continuaron la estela del maestro, con Derleth en cabeza, por ser quien más trató de sistematizar y completar los mitos lovecraftianos. Esta estela continuó su curso hasta llegar a nuestros días, donde contamos con los oscuros y sofisticados relatos de Thomas Ligotti (n. 1953). **<<**

[11] Al ser preguntado por *The Paris Review* si podía dar una definición de literatura fantástica, Borges, tras poner en duda semejante pretensión, recordó las palabras de Conrad en su prefacio a *La línea de sombra*, declarándose en total empatía con lo dicho por el escritor polaco acerca del mundo como algo esencialmente «misterioso, insondable». Borges no profesó ningún sistema filosófico ni religioso de ningún género, salvo el «sistema de la perplejidad», como su admirado Chesterton. **<<**

[12] Hijo del extravagante arquitecto William Aickman, y nieto del novelista Victoriano Richard Marsh, cuya novela ocultista, *The Beetle*, rivalizó en fama con el *Drácula* de Bram Stoker, Robert Aickman fue un hombre inclinado hacia el arte, la música y el teatro, que ejerció la crítica musical y se implicó a fondo en la defensa ecológica de los canales ingleses. **<<**

[13] Mención aparte merece el británico Mervyn Peake (1911-1968) cuya trilogía formada por *Titas Groan, Gormenghast* y *Titus Alone* es una perfecta simbiosis entre novela gótica, Kafka y surrealismo. **<<**

[14] Nacida en San Francisco, Shirley Jackson (1916-1965), comenzó su carrera literaria publicando cuentos en revistas. Pero la aparición en *The New Yorker* en 1948 de *La lotería* produjo tal furor entre los lectores que recibió lluvia de cartas, algunas de ellas enconadas. Nadie hasta entonces había transmitido con una metáfora tan exacta la perversa crueldad de fondo de la sociedad norteamericana. En realidad, nada hay en este cuento de sobrenatural, pero su argumento es tan increíble y sorprendente que empapa todo el ambiente de onirismo. **<<**

[15] May Sinclair (1863-1946), pseudónimo de Mary Amelia St. Claire, fue una prolífica y exitosa escritora inglesa, activa sufragista, que también ejerció la crítica desde una posición central en la vanguardia literaria anglosajona de su tiempo. Amiga de Ezra Pound, escribió sobre el *imaginismo* y T. S. Eliot. Su libro de cuentos *Uncanny Stories* (1923), extraña mezcla de historias de fantasmas, Freud, Einstein, idealismo alemán y doctrinas místicas, encantó al joven Borges. **<<**

[16] Aunque el actor, poeta, filósofo y escritor alemán, Hanns Heinz Ewers (1871-1943) desarrollara un amplio catálogo de temas, hoy es recordado solamente por sus cuentos y novelas fantásticas, como *La mandrágora (Alraune)* —curiosamente, una de las novelas preferidas de Adolf Hitler—, sobre un científico que crea una criatura infernal en el útero de una prostituta con el esperma de un criminal ahorcado. En la Primera Guerra Mundial trabajó como agente alemán en Estados Unidos y España. Durante los años de la República de Weimar, Ewers simpatizó con el nazismo y con su idea nacionalista, aunque más tarde cayó en desgracia con el régimen debido a su repulsa del antisemitismo y a su homosexualidad —lo cual no ha salvado a su obra de cierto repudio en Alemania y otros países. **<<**

[17] Sir Hugh Seymour Walpole (1884-1941) fue un prolífico escritor inglés autor de 41 novelas (algunas de ellas muy populares), cinco volúmenes de cuentos y tres biografías. Residió toda su vida en el noroeste de Inglaterra, en donde era frecuentemente visitado por W. H. Auden. Junto a Noel Coward e Ivor Novello, formaba parte del círculo artístico gay de Londres. **<<**

[18] Ann Bridge (1889-1974), pseudónimo de Mary Ann Dolling Sanders, nació «con un anhelo inexplicable por las alturas». Autora de quince novelas y ocho series de misterio, un temprano viaje a los Alpes con su familia despertó su pasión por el alpinismo, convirtiéndose a los 19 años en miembro del Club Alpino. Llegó a realizar dieciséis escaladas importantes a lo largo de su vida. **<<**

[19] Para zambullirse en el tema de los vampiros, el lector puede acudir a mi antología *Vampiros* (Atalanta, Vilaür, 2010). He preferido prescindir aquí de estos relatos para no repetirme. **<<**

[20] Nayer Masud nació en Lucknow (India). Se doctoró en urdu y persa y, como su padre, ha sido un destacado catedrático de literatura persa hasta su jubilación en 1997. Además de traductor de Kafka y literatura persa al urdu, ha escrito varios libros de ensayos y cuentos infantiles, pero en su obra destacan sus tres volúmenes de relatos, que han recibido importantes premios en su país. Kafka, Poe y Borges son sus tres escritores occidentales favoritos. **<<**

[21] El estadounidense O. Henry, pseudónimo de William Sydney Porter (1862-1910), fue periodista, farmacéutico y maestro del cuento breve. Sus finales narrativos juegan tan diestramente con la sorpresa que en inglés es usual apelar a «un final a lo O. Henry». Su procelosa vida estuvo marcada por una fidelidad absoluta al alcohol. En 1895, cuando trabajaba como cajero del First National Bank, fue acusado de desfalco y se vio obligado a huir a Honduras, donde pasó dos años hasta tener conocimiento del grave estado de salud de su mujer y regresó a Austin para reunirse con ella. Pocos meses después, fue arrestado y condenado a cinco años de prisión, donde empezó a escribir cuentos cortos con el pseudónimo de O. Henry. Gustaron mucho y, al cumplir la pena, el periódico *The World* le contrató para publicar un cuento por semana durante los nueve años que duró su carrera literaria. **<<**

[22] Antes de ser católico hasta la médula, Giovanni Papini (1881-1956) fue un joven nihilista, un adelantado del existencialismo francés. Durante este corto período, que duró casi las dos primeras décadas del siglo pasado, Papini escribió los que posiblemente son sus mejores libros: *Lo trágico cotidiano* (1906), *El piloto ciego* (1907) y el mejor de todos, *Palabras y sangre* (1912). Todos respiran un desesperado lirismo. **<<**

[23] Fitz James O’Brien, cuyo nombre real era Michael O’Brien, nació en el Condado de Cork. Al acabar sus estudios en la Universidad de Dublín, se marchó a Londres, donde dilapidó toda su fortuna entre los veinte y veinticuatro años. En 1852 viajó a Estados Unidos y se cambió el nombre. Sus primeros textos aparecieron en periódicos, con los que colaboraría durante casi toda su vida. En Nueva York llevó una intensa vida social antes del estallido de la Guerra de Secesión. Entonces, se alistó en el ejército unionista, distinguiéndose pronto por su arrojo, pero fue herido y murió tras agonizar durante meses. **<<**

[24] Hermana de Victoria Ocampo —la mítica editora de la revista *Sur*—, Silvina Ocampo (1903-1993) es una de las escritoras más raras y originales del siglo XX. Casada en 1940 con Adolfo Bioy Casares, formó parte junto al grupo literario de *Sur*, encabezado por Borges, de una de las élites literarias más importantes de aquella época. En París estudió dibujo con De Chirico, pero consagró su vida a la literatura como narradora de cuentos, poeta y traductora. **<<**

[25] Aunque la obra más conocida del milanés Dino Buzzati (1906-1972) es *El desierto de los tártaros*, fue un excelente escritor de cuentos cuyo particular mundo narrativo no proviene de la tradición fantástica del terror, sino de Kafka y del surrealismo. Su última novela, *El gran retrato*, ensaya la ciencia-ficción experimental. **<<**

[26] Leonid Andréiev (1871-1919) cultivó indistintamente las dos corrientes literarias más extendidas en su época: el realismo y el simbolismo. En 1901, la publicación de su primer libro de relatos, del que se vendieron más de doscientos cincuenta mil ejemplares, le lanzó a la fama. Sin embargo, sus excentricidades, unidas a un carácter idealista y rebelde, hicieron que más tarde cayera en desgracia, en gran medida, debido a su falta de adaptación al nuevo régimen bolchevique, por lo que tuvo que exiliarse a Finlandia, lugar en el que murió sumido en la pobreza. **<<**

[27] Más que una nota, la vida de Gustav Meyer, el verdadero apellido de Meyrink (1868-1932) necesitaría todo un libro. Nacido en Viena, era hijo ilegítimo del barón Karl Varnbüler von Hemmingen, ministro de Estado de Württemberg, y de la actriz judía Maria Meyer. Aunque el barón no quería ni hablar de casarse con su madre, proveyó a su hijo de los recursos económicos necesarios para sus estudios y le asignó más tarde un fondo bancario con el cual Meyrink pudo fundar un pequeño banco, junto a un sobrino del poeta Morgenstern. En su juventud fue un dandi (dueño del primer automóvil de Praga), pero una seria incompatibilidad con su socio, unida a una grave depresión, lo arrastró hasta las puertas del suicidio. Cuando se encontraba a punto de volarse los sesos con una pistola, recibió por debajo de la puerta un prospecto: un folleto ocultista sobre la vida en el más allá. Meyrink lo tomó como una señal del destino; más tarde sería cofundador de la Logia Teosófica de la Estrella Azul en Praga. En 1903, diez años después de este incidente, Meyrink escribió en un sanatorio para tuberculosos su primer cuento y lo envió a la revista satírica *Simplicissimus*. Su editor, Ludwig Thoma, lo sacó casualmente de una papelera, adonde había ido a parar, y quedó entusiasmado con la lectura. En 1905 publicaría su primer libro de cuentos, y en 1913 *El Golem*, del que dos años después ya habían vendido doscientos mil ejemplares en plena guerra mundial. Este libro le hizo famoso y rico. Su vida sentimental también fue azarosa. Su primer matrimonio acabó en una separación algo escandalosa, que lo forzó a marcharse a Viena. Pero la cosa no quedó ahí, pues se vio obligado a batirse en duelo varias veces con unos oficiales del ejército para defender el honor de su amante, Philomena

Bernt, con la que se casaría más tarde. También pasó una corta pero dura temporada en la cárcel, acusado de estafa. Meyrink dedicó toda su vida a la escritura y el estudio del ocultismo. Fue miembro activo de varias ordenes esotéricas, entre ellas el Alba Dorada de Londres. Poco después del suicidio de su segundo hijo, a los veinticuatro años —la misma edad que tenía él cuando intentó poner fin a su vida — Gustav Meyrink abandonó este mundo. **<<**

[28] La escritora chilena María Luisa Bombal (1910-1980) se trasladó a París nada más morir su padre, para terminar sus estudios en la Universidad de la Sorbona. Allí aprendió teatro y a tocar el violín. De vuelta, en Santiago de Chile, conoció al piloto Eulogio Sánchez, de quien se enamoraría perdidamente. La relación duró poco y ella quedó destrozada. Un día se dirigió a su casa a la hora de la cena, entró en el cuarto que guardaba las armas y se disparó en el cuello. No logró matarse y su amigo Pablo Neruda se la llevó a Buenos Aires, donde ejercía de cónsul. Allí conoció a Lorca, Borges y Pirandello y se integró en el ambiente literario de la ciudad. Su obra es breve. En 1934 publicó su primera novela, *La última niebla*, y cuatro años más tarde *La amortajada*, que impresionaría mucho al joven Juan Rulfo. En 1941 volvió a adquirir una pistola y se encaminó al hotel Crillón, donde se hospedaba su antiguo amante. Le disparó tres tiros en el brazo y la encerraron en un correccional, pero Eulogio no presentó cargos y acabaron soltándola. Poco después se marchó a Estados Unidos, donde vivió durante treinta años. Allí conoció al conde Rafael de Saint Phall, con el que tuvo una hija. Al enviudar, regresó a Chile, ciudad en la que murió bañada en alcohol. **<<**

[29] Autora de cinco libros de cuentos y dos novelas, entre otras obras, Cristina Fernández Cubas (n. 1945) es, junto a José María Merino y Pilar Pedraza (y de forma más transversal, Juan José Millás), una de las figuras más destacadas de la literatura fantástica española y del cuento español de las últimas décadas. **<<**

[30] «A los dioses ignotos» (Actos, XVII, 23). **<<**

[31] Este perro de aguas, cuya vida —como se verá luego— está unida a la de Bartolomé, parece ser una criatura demoníaca, y procede, sin duda, del Fausto de Goethe. **<<**

[32] Molière, Don Juan, IV, 3. <<

[33] Una de las más célebres de Roma, empezada según los planos de Rafael y decorada por Julio Romano. **<<**

[34] En español en el original. **<<**

[35] En italiano en el original. **<<**

[36] Se trata de Catherine Stevens (1800-1876), escritora inglesa, interesada en el espiritismo y el ocultismo, y conocida sobretodo por sus cuentos de terror. (*N. del T.*) **<<**

[37] Así llaman los musulmanes a los zoroástricos, adoradores del sol. (*N. del T.*) **<<**

[38] Genios de la mitología arábiga, representados en *Las mil y una noches* con cuernos, zarpas de león, pezuñas de asno y tamaño gigantesco. (*N. del T.*) **<<**

[39] Alusión a «Historia del pescador», de *Las mil y una noches* (*N. del T.*) **<<**

[40] Vocablo derivado del inglés *ghoul* que a su vez proviene del árabe *ghul*, y que alude a un demonio o espectro. Este término aparece en *Las mil y una noches* (*N. del T.*) **<<**

[41] *Viaje a donde gustéis* (1843), de Alfred de Musset, libro romántico de viajes y fantasías. (*N. del T.*) **<<**

[42] Escrito entre diciembre de 1875 y mayo de 1876, se publicó por primera vez en el periódico *Novoe Vremia* (Tiempos nuevos) en el año 1877 (*N. de la T.*). **<<**

[43] *Highland Caterans* y *Moss Troopers*, bandas de ladrones que operaban en los caminos y bosques de Gran Bretaña. **<<**

[44] Gilles de Laval, Barón de Rais, nacido en 1404, uno de los hombres más ricos de Francia, bebedor y mujeriego, gran militar. Fue compañero de Santa Juana de Arco en su campaña contra los ingleses por la liberación de Francia. Recibió en brazos a Juana cuando fue herida en el asalto de París. Después de que ella fuera traicionada, vendida a los ingleses y quemada en la hoguera, Gilles de Rais, se retiró a su castillo y organizó grandes fiestas y torneos, fue conocido por su generosidad con todos, incluso financió la construcción de capillas y templos. Después de años de derroches, su fortuna se agotó y tuvo que vender sus propiedades; pero, siendo un noble, Carlos VII prohibió su compra. Entonces conoció a un italiano, Francesco Prelati, famoso por su conocimiento de las ciencias ocultas. Este hombre la aseguró que obtendría oro mediante el sacrificio de niños pequeños a Satanás. Gilles de Rais, se convirtió en violador y asesino de niños, tomaba a los hijos de sus siervos y les desnudaba, los dejaba correr en el bosque y les daba caza acompañado de sus perros. O los degollaba en los calabozos de su castillo, utilizaba la sangre en rituales mágicos, y quemaba los cuerpos. (Ver el artículo sobre sadismo en «El libro de la vida sexual», de J. J. López Ibor, Danae). Sus crímenes fueron descubiertos y fue juzgado y ejecutado el 26 de octubre 1440, colgado sobre una pira ardiente. Margaret Alice Murray en un apéndice a «*The Witch-Cult in Western Europe*» (Appendix V «Notes on the Trials of Joan of Arc and Gilles de Rais», edición electrónica de www.sacred-texts.com), apunta que hay evidencias acerca de que los antepasados de Gilles de Rais eran hadas (a las que identifica, desmitificándolas, con un pueblo pigmeo viviendo en Europa), además especula sobre la

pertenencia de Gilles de Rais y Juana de Arco a un movimiento religioso subterráneo, al Culto Diánico, religión de la brujería ritual, en la que estarían envueltos una parte importante de la población, desde el pueblo bajo hasta la misma Corte del Rey. El cuerpo de Gilles de Rais, fue retirado de las llamas rápidamente por sus seguidores, y en el lugar de su suplicio su hija levantó un monumento, donde las mujeres lactantes iban a rezar para tener leche abundante. Dos años después de su ejecución Carlos VII anuló su sentencia y rehabilitó su figura. **<<**

[45] Éxodo, XXII, 15; en medio de la exposición de las Tablas de Ley, el primer precepto de las leyes morales y religiosas es: «No dejarás con vida a la bruja.» **<<**

[46] John Keats, (1795-1821), uno de los más grandes poetas ingleses, fue vapuleado por la crítica de su tiempo y por está razón huyó a Italia, dónde murió. Uno de las críticas más ultrajantes fue la que John Gibson Lockhart, publicara en el *Blackwood's Edinburgh Magazine*, en 1818; en el artículo hay poco de crítica literaria, es más bien un muestrario de insultos: «nuestros propios lacayos componen tragedias», [Keats] «parece haber recibido de la naturaleza talentos […] de un orden superior, que dedicados a cualquier profesión útil lo hubieran convertido en un ciudadano, si no eminente, por lo menos respetable», «incultos y endebles mozalbetes», «es mejor ser un boticario hambriento que un poeta hambriento, así que de vuelta la tienda Mr. John, […] pero por el amor de Dios sé un poco más ahorrativo en soporíficos de la que lo has sido en tu poesía». Hay un extracto de ese artículo en www.englishhistory.net/keats/criticism-lockhart.html. **<<**

[47] Tófet es el nombre del lugar donde se arrojan los restos mortales, pero también tiene un sentido bíblico, la palabra se menciona en Jeremías, VII, 31; Isaías, XXXV, 33; y en 2 Reyes, XXIII, 10, dónde se dice: «Profanó el Tófet que había en el valle de Ben Hirón, para que nadie pudiera arrojar a su hijo o hija a la pira de fuego en honor a Mólec». (Biblia de Jerusalén) Tófet era, entonces, el lugar dónde se hacían sacrificios de niños a Moloch, la nota de la Biblia de Jerusalén dice que el término significa «quemadero», pero se le han incorporado las vocales de la palabra *Boset*, «vergüenza / infamia.» **<<**

[48] En el original la falsa relación se establece entre *Juggernaut* y *argonauts*. **<<**

[49] Esta es tal vez una interpretación de un pasaje de la Primera Epístola de Pablo a los Corintios, el «Himno a la Caridad», XIII, «Aunque reparta todos mis bienes, y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad nada me aprovecha» (v. 3), «La caridad no acaba nunca.» (v. 8). **<<**

[50] Un personaje de los mitos artúricos, Sir Gallahad o Galaor, llamado El Casto, es el prototipo del caballero puro y sin mancha, hijo de Sir Launcelot du Lake. Su llegada la Corte del Rey Arturo desató la Búsqueda del Santo Grial, pero sólo Gallahad fue digno de encontrar la copa de la Última Cena. Al tocar la copa Gallahad sufrió un éxtasis místico y abrazó la muerte. La leyenda del Rey Arturo fue otro de los temas que atrajeron a Machen, escribió varios ensayos sobre el tema y un cuento: *The Great Return*, 1915. **<<**

[51] «¿Quién sabe?» (*Qui sait?*) de Guy de Maupassant, uno de los mejores relatos fantásticos, incluido en «Antología de la Literatura Fantástica» de Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo. **<<**

[52] «*The Book of Hallowe’en*» de Ruth Edna Kelley: «Pontypridd, al sur de Gales, era el centro religioso Druida. Aún está marcado por un círculo de piedras y un altar en una colina. En años posteriores se creyó que las piedras eran personas transformadas en esas formas por el poder de una bruja». (Chapter X. In Wales, edición de sacred-texts.com). **<<**

[53] M. A. Murray, en la obra citada, («El Culto de la Brujas en Europa Occidental»), habla de que el lugar predilecto de las brujas para celebrar el rito del Sabbat, eran los círculos de piedra. «Es también notable cuántos de nuestros círculos de pierda [Gran Bretaña], tales como Las Nueve Doncellas, o Las Doncellas Danzantes, y otros, están tradicionalmente conectados con mujeres que bailaban en el Sabbat.» **<<**

[54] *Venture not upon you life*

this my own wedded wife.

En el «*Malleus Maleficarum*», o «El Martillo de las Brujas», (un manual de cacería de brujas escrito en 1486 por los inquisidores alemanes Henrich Kraemer y Jacobus Sprenger) se narra una historia vagamente similar, pero el protagonista es un varón: «relata Pedro de Paludes en su cuarto libro, acerca de un joven que se había prometido en matrimonio a cierto ídolo, pese a lo cual se casó con una doncella, con la cual fue incapaz de mantener contacto alguno porque siempre intervenía el diablo, apareciéndose en forma física.» **<<**

[55] Parecería una referencia a «Alicia en el País de las Maravillas», Mary Lewis en su artículo «*Wicthcraft and Wizardry in Wales*» (Brujería y Hechicería en Gales), comenta que la liebre es una de las formas que adoptan las brujas en Gales, y que los movimientos de las liebres corriendo eran para los Druidas signos reveladores de cosas secretas, y en ocasiones basaban sus augurios en dichos movimientos. **<<**

[56] La palabra que utiliza Machen es «*will-o’-the-wisps*», que no significa exactamente «fuegos fatuos». Los «*will-o’-the-wisps*» (o Guillermo de los Fuegos Fatuos), como apunta Ruth E. Kelley en su libro sobre el Halloween ya citado, son espíritus del folklore teutónico que aparecen en los pantanos en forma de luces flotantes, buscando confundir y extraviar a los viajeros. **<<**

[57] En esta historia hay 2 elementos: el mito griego de Acteón y la leyenda alemana de Tannhäuser.

A) Acteón, un gran cazador nieto de Cadmo, al término de una jornada de cacería llega al valle de Gargaphie, donde vaga alejándose de sus compañeros, mientras el sol se mete; y entonces sorprende a Diana, la diosa virgen de la cacería, bañándose en un lago. Diana, llena de furia, transforma a Acteón en un ciervo, y el cazador muere devorado por sus propios perros de caza; en una célebre traducción rimada al inglés de «Las Metamorfosis» de Ovidio (hecha por Dryden, Pope, Addison y otros) por necesidades de métrica se ven obligados a decir que Acteón iba persiguiendo un ciervo.

B) Tannhäuser, fue un poeta y trovador alemán que existió realmente en el siglo XIII, sobre él se tejió una leyenda que inspiraría la ópera homónima de Wagner. Tannhäuser, deseoso de gozar de amores y placeres, busca a la diosa Venus, la cual se había ido a vivir dentro de una montaña después del triunfo de Cristo. Tannhäuser vive durante siete años dentro de la montaña de Venus, bebiendo los más exquisitos vinos y gozando de la más prodigiosa de las amantes. Pero al final se harta y huye de la montaña, vive una vida de abstinencia y celibato, pero no puede olvidar a Venus; todo el día siente su mirada sobre él llamándolo a que vuelva, y por las noches sus sueños lo devuelven al interior de la montaña. Hace un peregrinaje hasta Roma dónde pide confesión al Papa Urbano, este al oír su historia se horroriza y le contesta: «¡Desdichado Tannhäuser! El encanto de que estás poseído no es posible romperlo. El diablo que se llama Venus es el peor de los diablos y nunca te podré arrancar de sus garras seductoras». Tannhäuser, al

oír esto, abandona sus intenciones piadosas y vuelve a la montaña de Venus, donde ha de permanecer eternamente. En realidad la leyenda original es un poco más piadosa y moralista, aquí doy la versión del poeta alemán Heinrich Heine. Quien se interese en la leyenda original puede consultar el ensayo de Heine «Los dioses en el destierro» (Porrúa), el cual es muy útil para profundizar el tema de la supervivencia de la espiritualidad pagana después del triunfo del cristianismo. **<<**

[58] Murray, comenta varios tipos de danzas realizadas en el Sabbat, pero el tipo más común era una danza en círculos, dando vueltas y vueltas vertiginosas. Cita al respecto a Henry More («*Antidote against atheism*», 1655): «Sería razonable preguntarnos aquí sobre la naturaleza de esos grandes *Anillos obscuros* sobre la hierba, a los que llaman *Círculos de las Hadas*, si podrán ser sitios de Reunión de las Brujas, o los lugares de la danza de esos pequeños Espíritus Espantajos a los que llaman *Elfos* o *Hadas*». (V. The rites, 3. Tha dances, sacred-texts.com). **<<**

[59] En el mismo capítulo, un poco más adelante, Murray comenta: «Como la marcha parecía ser de gran importancia, y como al parecer el quedarse atrás en la danza era una ofensa punible, posiblemente este sea el origen de la expresión: “Que el diablo se lleve al último”». **<<**

[60] *Meadowsweet*. La ulmaria (*Filipendula ulmaria*) llamada también «Reina de los Prados,» es una planta perenne que crece en setos o pantanos, su tallo es rojizo y su flor de un blanco cremoso. Era una de las hierbas más sagradas para los druidas y tiene grandes propiedades medicinales (de ella se deriva la Aspirina). Se le asocia con Aine, el Hada Brillante, hija de Egogaba, rey de los Tuatha de Dannan. **<<**

[61] Hay una Lady Avenel, Mary Avenel, en la novela «*The Monastery*» (1820) de Sir Walter Scott. Habiendo nacido en una víspera de Todos los Santos, Mary Avenel poseía la facultad de comunicarse con los poderes sobrenaturales. Una especie de banshee o hada era su protectora, la Dama Blanca de Avenel, este espíritu anunciaba la fortuna buena o mala, manifestaba un gran interés en la familia Avenel, pero hacia otras personas actuaba de manera caprichosa, en ocasiones con una inmensa malignidad. **<<**

[62] *Glame stone*: la palabra *glame* parece invención de Machen, tal vez derivada de «*gleam*»: brillo. El objeto a que se refiere no es de su invención; R. E. Kelley, op-cit.: «La insignia del Druida iniciado era una esfera de cristal de la que se dice que era fabricada en verano a partir de la saliva de las serpientes, atrapada por los sacerdotes cuando las serpientes arrojaban su saliva al aire.

‘Y la potente piedra-áspid

Producida antes de la luna otoñal

Cuando en ondulante trenza

Las efervescentes sierpes prolíficas se unen.’

MASON: Cacractacus.» **<<**

[63] *Sir Dickon, Sir Dickon, your day is done,*

You shall be drowned in the water wan. **<<**

[64] *Sir Rowland, your life has ended its span,*

High on a tree I see you hang. **<<**

[65] *Sir Noll, Sir Noll, so cease your life,*

Your heart piercèd with the knife. **<<**

[66] *Sir John, return, and turn to clay*,

In fire of fever you waste away.

La confección de figuras de cera para propósitos de magia negra es un hecho documentado. Uno de los casos más célebres es el que apunta M. A. Murray en la obra ya citada, el caso de las brujas de North Berwick en 1590, en el cual 3 *covens* (agrupaciones de 13 brujos para propósitos rituales), fueron juzgadas por el cargo de alta traición y complot para asesinar al rey y a la reina de Inglaterra. El diablo de Sabbat (jefe máximo) de estas *covens*, era Francis Stewart, conde de Bothwell; el padre de Francis era hijo ilegítimo de James V, así que si James VI moría sin tener hijos, Bothwell heredaría el trono. Durante un viaje de los reyes a Escocia, las brujas de North Berwick, realizaron rituales para llamar una tormenta; y la tormenta realmente tuvo lugar, la nave de los reyes apenas se salvó. Después de que este primer intento fallara, las brujas y brujos moldearon muñecos de cera de los reyes, a los que insertaron clavos; al mismo tiempo habían formulado un plan para envenenarlos, pero la conspiración fue descubierta antes. Bothwell murió, empobrecido, en la ciudad de Nápoles. (II. The god. 3. Identification). **<<**

[67] La iniciación de niños pequeños en el Culto Diánico (brujería), era una práctica común antes de que la Inquisición diezmara dicha religión. M. A. Murray cita muchos casos de niñas-brujas, el más notable es el ocurrido en Lille, Francia, en 1661. Madame Antoinette Bourignon fundó en esa época una casa para muchachas de las clases más bajas. «Después de unos años, en 1661, ella descubrió que treinta y dos de estas chicas eran adoradoras del Diablo, y tenían el hábito de asistir al Sabbat de las Brujas». (III. Admission Ceremonies. 1.General).

En la Segunda Parte del «*Malleus Maleficarum*», se cita también el caso de una niña bruja:

«En el ducado de Suabia, cierto campesino fue a sus campos con su hijita, de apenas ocho años de edad para observar sus cosechas, y se quejó de la sequía y dijo: '¡Ay! ¿Cuándo lloverá?' La niña lo oyó, y en la sencillez de su corazón dijo: 'Padre, si quieres que llueva, yo puedo conseguirlo'. Y el padre le contestó: '¿Qué? ¿Sabes hacer llover?' Y la niña respondió: 'Puedo hacer llover y puedo provocar granizos y tormentas también'. Y el padre preguntó: '¿Quién te enseñó?' Y ella dijo: 'Mi madre, pero me dijo que no se lo contara a nadie'. Y entonces el padre interrogó: '¿Cómo te lo enseñó?' Y ella contestó: 'Me envió a un maestro que hará todo lo que le pida en cualquier momento'. Pero el padre dijo: '¿Alguna vez lo viste?' Y ella: 'A veces vi a hombres que entraban a ver a mamá y salían; y cuando le pregunté quiénes eran, me dijo que eran nuestros amos, a quienes ella me había entregado, y que eran patronos poderosos y ricos'. El padre se aterrorizó, y le preguntó si podía provocar entonces una tormenta. Y la niña dijo: 'Sí, si tengo un poco

de agua’. Entonces llevó a la niña de la mano a un arroyo, y le dijo: ‘Hazlo, pero sólo en nuestras tierras’. Entonces la niña metió la mano en el agua y la agitó en el nombre de su amo, como le había enseñado su madre, y he aquí que la lluvia cayó sólo sobre esa tierra. Y al verlo, el padre dijo: ‘Ahora conviértelo en granizo, pero sólo en uno de nuestros campos’. Y cuando la niña lo hizo, el padre quedó convencido, y acusó a su esposa ante el juez. Y la esposa fue apresada y condenada y quemada; pero la hija se reconcilió y fue dedicada a Dios con solemnidad, pues desde entonces ya no pudo efectuar esos hechizos y encantamientos.» **<<**

[68] Salmo104:23. (*N. del T.*). **<<**

[69] Nemrod (o Nimrod) fue el fundador del imperio babilónico, además de un excelente guerrero y cazador de animales salvajes, como marcaba la tradición babilónica en relación con sus príncipes. (*N. del T.*). **<<**

[70] Actualmente conocida como Kenora, es una pequeña ciudad localizada en el noroeste de Ontario (Canadá), junto al lago de los Bosques, por la que el Canadian Pacific Railway comenzó a pasar en 1886. (*N. del T.*). **<<**

[71] Desde el siglo XVIII era costumbre que el señor introdujese la cabeza con la peluca puesta en estos armarios especialmente diseñados para que los criados se la espolvoreasen con un fuelle cargado de polvos. Solían cubrirse el rostro con un cono de papel para no llegar a manchar el traje. Se prefería esta costumbre a la de espolvorear la peluca colocada sobre un soporte de madera. Los materiales del empolvado eran, inicialmente, harina de trigo y cal, almidón de arroz o de patata y posteriormente talco. (N. del E.) **<<**

[72] En el original, Onions se refiere a una *picquet-table* (N. del E.) **<<**

[73] «Luz de Plutón, tinieblas de Júpiter», Hipócrates, *Opera vera et Adscripta in tres classes divisa*, capítulo V. (TV. del E.) **<<**

[74] En español en el original. **<<**

[75] «Sólo eran huellas.» *(N. del E.)* **<<**

[76] «Avión.» *(N. del E.)* **<<**

[77] «¡Adelante! ¡Rápido!» *(N. del E.)* **<<**

[78] «Malnacido», en marroquí. *(N. del E.)* **<<**

[79] «Extranjero», en marroquí. *(N. del E.)* **<<**

[80] Postre de Marruecos hecho de nueces y miel. *(N. del E.)*
<<

[81] Cauce de agua en regiones semidesérticas del Norte de África. *(N. del E.)* **<<**

[82] «Brasero», en marroquí. *(N. del E.)* **<<**

[83] Fragmento del Sura XVIII (Sura de la caverna), 17. El Corán, Op., cit, pág. 373, nota 19. (N. del T.) **<<**